

MAX HASTINGS

1914

EL AÑO
DE LA CATASTROFE

CRÍTICA

Índice

[Portada](#)

[1914](#)

[Lista de ilustraciones](#)

[Mapas](#)

[Introducción](#)

[Cronología de 1914](#)

[Organización de los ejércitos en 1914](#)

[Prólogo: Sarajevo](#)

[1. «Se nota que hay algo en marcha»](#)

[I. Cambio y decadencia](#)

[II. Planes de batalla](#)

[2. La pendiente hacia la guerra](#)

[I. Los austríacos amenazan](#)

[II. Los rusos reaccionan](#)

[III. Los alemanes se ponen en marcha](#)

[IV. Los británicos deciden](#)

[3. «El soberbio espectáculo de un mundo que arde en llamas»](#)

[I. Migraciones](#)

[II. Pasiones](#)

[III. Partidas](#)

[4. Desastre en el Drina](#)

[5. A la muerte con banderas y trompetas](#)

[I. La ejecución del Plan XVII](#)

[II. La «bestialidad alemana»](#)

[III. El choque de Lanrezac y Schlieffen](#)

[6. Los combates británicos](#)

[I. Mons](#)

[II. Le Cateau: «No le veo la gracia por ningún lado»](#)

[7. La retirada](#)

[8. Tannenberg: «¡Ay! ¡Son tantos miles los que están allí sangrando!»](#)

[9. La hora de Joffre](#)

[I. París, a raya](#)

[II. Sir John se desespera](#)

[III. Semillas de esperanza](#)

[10. La Némesis de Moltke](#)

[I. El Marne](#)

[II. «Tablas a nuestro favor»](#)

[11. «Pobres diablos, defendieron sus barcos como hombres»](#)

[12. Tres ejércitos en Polonia](#)

[13. «¿Habías bailado alguna vez con él?»](#)

[I. Frentes nacionales](#)

[II. Noticias y abusos](#)

[14. Campo abierto, cielo abierto](#)

[I. La aventura de Churchill](#)

[II. «Inventos del diablo»](#)

[15. Ypres: «Algo sin ninguna esperanza de éxito»](#)

[16. «El azote de la humanidad»](#)

[I. Polonia](#)

[II. El último triunfo de los serbios](#)

[17. Vida en el barro](#)

[18. Noche de paz, noche de amor](#)

[Agradecimientos](#)

[Referencias](#)

[Bibliografía](#)

[Imágenes](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Lista de ilustraciones

Las imágenes de las campañas de 1914 escasean. Las que afirman documentar el combate suelen ser de pose o bien falsas, y muchos pies de foto contemporáneos son inexactos, ya sea de forma deliberada o accidental. Las fotografías de este libro se han elegido con estas realidades en mente, para transmitir la impresión más vivaz posible del aspecto de los campos de batalla, aun reconociendo que son pocas las que se pueden situar y fechar adecuadamente y que algunas son anteriores a la guerra.

Káiser Guillermo II (Popperfoto/Getty Images)
Poincaré y el zar, San Petersburgo, julio de 1914 (© Interfoto/Alamy)
Asquith y Lloyd George (Colección privada)
Pašić (Imagno/Getty Images); Berchtold (akg/Imagno); Sazonov (© RA/Lebrecht Music & Arts); Grey (Hulton Archive/Getty Images); Churchill (Hulton Archive/Getty Images); Bethmann Hollweg (DPA/Press Association Images)
Rusos solicitan ayuda divina (Mirrorpix)
Moltke (The Granger Collection/Topfoto); Ludendorff (Hulton Archive/ Getty Images); Hindenburg (Hulton Archive/Getty Images); Kitchener (Hulton Archive/Getty Images); Lanrezac (Mary Evans/Epic/Tallandier)
Conrad (© Ullsteinbild/Topfoto); Joffre (© Roger Viollet/Topfoto); French (© Roger Viollet/Topfoto); Haig (© Roger Viollet/Topfoto); Falkenhayn (Hulton Archive/Getty Images); Franchet d'Espèrey (DeAgostini/ Getty Images)
Rusos en Galizia (Mirrorpix)
Avance de tropas serbias (© Robert Hunt Library/Mary Evans)
Putnik (© The Art Archive/Alamy)
Potiorek (Getty Images)
Cabo Egon Kisch (© IMAGNO/Lebrecht)

Tropas austríacas realizan una ejecución masiva de civiles serbios (© Robert Hunt Library/Mary Evans)

Pieza de sitio austríaca (Photo12/Ann Ronan Picture Library)

Kluck (akg-images)

Bülow (© INTERFOTO/Alamy)

Tropas francesas, antes del diluvio (© Roger-Viollet/Topfoto)

Belgas en acción (Underwood Archives/Getty Images)

Los legendarios *soixante-quinzes* franceses (Roger-Viollet/Rex Features)

Smith-Dorrien (Mirropix)

Wilson, Foch y Huguet (Hulton Archive/Getty Images)

Murray (Universal History Archive/ UIG/The Bridgeman Art Library)

Avance alemán (RA/Lebrecht Music & Arts)

Franceses exhiben ánimo atacante (Mirropix)

Caballería austro-húngara en Galizia (© Robert Hunt Library/Mary Evans)

Despliegue británico en su primer campo de batalla (© IWM [Q 53319])

Tropas británicas aguardan al enemigo

Samsonov (DeAgostini/GettyImages)

Rusos atacados

Prisioneros rusos después de Tannenberg (© Robert Hunt Library/Mary Evans)

Rennenkampf (RIA Novosti)

Pintura de Fortunino Matania sobre la acción de la Batería L en Néry (© David Cohen Fine Art/Mary Evans Picture Library)

Regimiento de Middlesex bajo el fuego (R. C. Money. LC GS 1126. Reproducido con el permiso de la biblioteca de la Universidad de Leeds)

Chica de Suffolk conduce un tranvía de Lowestoft (© IWM [Q 31032])

Vivac de soldados rusos (David King Collection)

Hospital de campaña ruso (David King Collection)

Frente occidental, invierno de 1914 (© SZ Photo/Scherl/The Bridgeman Art Library)

Dorothie Feilding (Colecciones del Warwickshire County Record Office: CR2017/F246/326); Edouard Cœurdevey (Archivo personal de Jean Cœurdevey); Jacques Rivière (Todos los derechos reservados. Colección privada); Richard Hentsch (bpk/Studio Niermann/Emil Bieber); Paul Lintier (De Paul Lintier, *Avec une batterie de 75. Le Tube 1233. Souvenirs d'un chef de pièce (1915–1916)*, París, 1917); Vladimir Littauer (De Vladimir S. Littauer, *Russian Hussar*, J. A. Allen & Co., Londres, 1965); Constantin Schneider («Constantin Schneider als Oberleutnant»; Foto: Colección privada; Reproducción: Salzburger Landesarchiv; de:

Veröffentlichungen der Kommission für Neuere Geschichte Österreichs, Vol. 95, Viena [et al.], Böhlau, 2003); Lionel Tennyson (Tennyson Research Centre, Lincolnshire County Council); Venetia Stanley (© Illustrated London News Ltd/Mary Evans); Louis Spears (Patrick Aylmer); Helene Schweida y Wilhelm Kaisen (Archivo Estatal de Bremen); Louis Barthas (De *Les carnets de guerre de Louis Barthas, tonnelier, 1914–1918*, © Editions de la Découverte, París; Yale University Press publica en 2013 una edición inglesa); François Mayer (© IWM Q 111149)

Una familia huye de un campo de batalla (Mirrorpix)

Soldados británicos en Bélgica, invierno de 1914 (K. W. Brewster/The Liddle Collection/Leeds University Library. Fotografía LC GS 0195)

Aunque se ha procurado encontrar a los titulares de los derechos de reproducción de todas las fotografías, en algunos no ha resultado posible. El autor y los editores recibirán con agrado toda información que permita rectificar tales omisiones en ediciones futuras.

Mapas

Nota del autor: Los movimientos de los vastos ejércitos de 1914 fueron tan complejos que resulta imposible trasladarlos con detalle a la cartografía. En los siguientes mapas he buscado, sobre todo, la claridad para el lector no especializado; por ejemplo, omito los números de las divisiones donde no resultan esenciales. Por lo general, me baso en los mapas de Arthur Banks en *A Military Atlas of the First World War* (Heinemann, 1975).

Concentraciones rivales en el frente occidental, agosto de 1914

Serbia, 1914

Batallas de las fronteras en la Lorena, 10-28 de agosto de 1914

Avance alemán a través de Bélgica, agosto de 1914

Batalla de Mons, 23 de agosto de 1914

Los británicos en Le Cateau, 26 de agosto de 1914

Retirada aliada, 23 de agosto-6 de septiembre de 1914

Panorama del frente oriental, 1914-1918

Avance ruso en Prusia oriental

La batalla de Tannenberg, 24-29 de agosto de 1914: situación previa

La batalla de Tannenberg: acto final

Avance alemán del 17 de agosto al 5 de septiembre de 1914

La batalla del Marne, 5-6 de septiembre 1914

La batalla del Marne, 7-8 de septiembre 1914

La batalla del Marne, 9 de septiembre 1914

Los ejércitos alemanes, en retirada hacia el Aisne

El escenario de Galizia

Retirada aliada a la posición Yser-Lys (9 a 15 de octubre de 1914)

Primera batalla de Ypres: primeros movimientos

Primera batalla de Ypres: posiciones finales

Posiciones aproximadas de los frentes oriental y occidental, diciembre de 1914

En 1910, el general de brigada Henry Wilson, por entonces comandante de la escuela militar del Ejército Británico, defendió la probabilidad de que estallase una guerra en Europa y sostuvo que, para Gran Bretaña, la única opción prudente era aliarse con Francia en contra de los alemanes. Un estudiante se aventuró a discutirlo, alegando que solo «una estupidez inconcebible por parte de los hombres de estado» podría precipitar una conflagración general. Wilson le respondió con sorna: «¡Ja, ja, ja! ¡Una estupidez inconcebible es precisamente lo que se va a encontrar!».¹

«Nos estamos preparando para entrar en un largo túnel, lleno de sangre y oscuridad.» André Gide, 28 de julio de 1914.²

El 16 de agosto, un funcionario del ministerio ruso de Asuntos Exteriores le dijo al agregado militar británico, en tono de broma: «Ustedes, los militares, tendrían que estar muy satisfechos de que les hayamos preparado una guerra tan bonita». El oficial respondió: «Mejor esperemos a ver si, después de todo, será una guerra tan bonita».³

Introducción

Winston Churchill escribió, años más tarde: «Ninguna parte de la Gran Guerra se puede comparar, por su interés, con el principio. La acumulación silenciosa y acompasada de unas fuerzas colosales, la incertidumbre sobre sus movimientos y posiciones, la gran cantidad de hechos desconocidos e incognoscibles hicieron de la primera colisión un drama jamás superado. En la guerra tampoco se dio ningún otro período en el que la batalla general se librara a tan gran escala, en el que la carnicería fuese tan rápida o hubiera tanto en juego. Por añadidura, al principio, nuestras capacidades de asombro, horror y entusiasmo aún no habían quedado cauterizadas e insensibilizadas por los años de hornos en llamas».¹ Así sucedió, en efecto, aunque entre los compañeros de Churchill que vivieron aquellos sucesos gigantescos, pocos se echaron sobre ellos con tal ansia.

En nuestro siglo XXI, la estampa popular de la primera guerra mundial está dominada por imágenes de trincheras, barro, alambradas y poetas. Se tiende a creer que el primer día de la batalla del Somme, de 1916, fue el más sangriento del conflicto. No es así. En agosto de 1914, el ejército francés avanzaba por entre un bucólico paisaje virginal, bajo un sol radiante, en masas compactas, con sus abrigos azules y sus pantalones rojos, capitaneado por oficiales en sus monturas de batalla, con banderas al viento y bandas de música; así, libró batallas completamente distintas de las que se vivirían luego, y con un coste diario aún más terrible. Aunque las pérdidas del bando francés son objeto de discusión, los mejores cálculos sugieren que en los cinco meses de guerra de 1914 sufrió bastante más de un millón de bajas,* de las que 329.000 fueron fallecidos. Una compañía que entró en su primera batalla con 82 hombres, a finales de agosto solo contaba con tres hombres vivos e ilesos.

Los alemanes sufrieron 800.000 bajas en el mismo período, lo que supuso tres veces más muertes que durante toda la guerra franco-prusiana. Esta cifra también representó un índice de pérdidas superior a cualquier otra fase posterior del conflicto. En agosto, los británicos se batieron en dos combates, en Mons y en Le Cateau, que se incorporaron a su leyenda nacional. En octubre, su pequeña fuerza se

vio sumida en una pesadilla de tres semanas: la primera batalla de Ypres. Lograron mantener la línea a duras penas y con una contribución belga y francesa mayor de lo que los chovinistas admiten; pero buena parte del viejo ejército británico descansa para siempre en los cementerios de la región: en 1914 murieron cuatro veces más soldados del rey que los caídos durante los tres años de la guerra de los bóers. Mientras tanto, en el este, semanas después de haber abandonado sus campos de cosecha, tiendas y tornos, los soldados rusos, austríacos y alemanes, todos recién movilizados, se enfrentaron en grandes combates; la diminuta Serbia infligió a los austríacos una serie de derrotas que dejó tambaleante al imperio de los Habsburgo, con un total, en Navidad, de 1,27 millones de bajas a manos serbias y rusas, lo que equivale a una tercera parte de sus soldados movilizados.

Muchos libros sobre 1914 se limitan o bien a describir la tormenta política y diplomática que comportó que, en agosto, las tierras se inundaran de ejércitos, o bien ofrecen una historia militar. Yo he tratado de aunar ambas tendencias para ofrecer a los lectores algunas respuestas, al menos, a la gran pregunta: ¿qué le sucedió a Europa en 1914? Los primeros capítulos describen cómo empezó la guerra. Más adelante, narro los sucesos acaecidos en los campos de batalla y detrás de ellos, hasta que, con la llegada del invierno, el conflicto quedó en tablas y adquirió el carácter militar que conservaría, en gran medida, hasta la última fase, en 1918. Poner el punto final en la Navidad de 1914 es arbitrario, pero me gustaría apelar al comentario donde Winston Churchill sostenía que la fase inicial del conflicto tuvo un carácter único, lo que justifica un examen aislado. En el capítulo de conclusión ofrezco algunas reflexiones más amplias.

El estallido se ha descrito, con razón, como la serie de acontecimientos más compleja de la historia, mucho más difícil de comprender y explicar que la revolución rusa, el principio de la segunda guerra mundial o la crisis de los misiles de Cuba. Esta parte de la historia es, inevitablemente, la de los hombres de estado y los generales que buscaron la guerra; la de las estratagemas opuestas de la Triple Alianza —Alemania y Austria-Hungría, junto con Italia como miembro inactivo— contra la Triple Entente de Rusia, Francia y Gran Bretaña.

En la Gran Bretaña actual, muchos creen que la guerra fue tan horrenda que apenas importan las causas diversas que motivaron la intervención de los distintos beligerantes; la versión *Blackadder* de la historia, si me permiten citar la famosa serie satírica de la BBC. Me parece un enfoque erróneo, aun sin compartir plenamente el punto de vista ciceroniano según el cual las causas de los sucesos son más importantes que los sucesos mismos. Un historiador tan sabio como Kenneth O. Morgan, ni conservador ni revisionista, pronunció en 1996 una conferencia acerca del legado cultural de los dos desastres mundiales del siglo xx, en la que sostenía que «la historia de la primera guerra mundial fue secuestrada por los

críticos en la década de 1920». Entre estos destaca Maynard Keynes, un germanófilo apasionado que denunció la supuesta injusticia e insensatez del tratado de Versalles de 1919, sin dedicar un momento a pensar qué clase de paz habría tenido Europa si la hubieran diseñado un Kaiserreich victorioso y sus aliados. El contraste entre la repugnancia del pueblo británico tras la primera guerra mundial y su triunfalismo posterior a 1945, igualmente insensato, es llamativo y exagerado hasta el absurdo. Por mi parte, estoy entre los que rechazan la idea de que el conflicto de 1914-1918 perteneciera a un orden moral distinto al de 1939-1945. Si Gran Bretaña se hubiera mantenido al margen mientras las potencias centrales conquistaban el continente, sus intereses se habrían visto directamente amenazados por una Alemania cuya victoria habría alimentado, sin duda, las ansias de dominación.

El cronista del siglo xvii John Aubrey escribió: «En 1647 fui a visitar a Parson Stump, movido por la curiosidad de ver sus manuscritos, algunos de los cuales había contemplado ya en mi niñez; pero en aquella época se habían perdido y dispersado: sus hijos eran cañoneros y soldados y limpiaban con ellos sus cañones». Todos los historiadores se enfrentan a disgustos parecidos, pero los estudiosos de 1914 se ven afligidos por el fenómeno inverso: hay una sobreabundancia de material en muchas lenguas, y buena parte es sospechoso o claramente corrupto. Casi todos los actores principales falsificaron, en mayor o menor medida, el testimonio de sus actuaciones; mucho material de archivo quedó destruido, no solo por descuido, sino porque con frecuencia se lo juzgó injurioso para la reputación de los países o los individuos. A partir de 1919, los líderes alemanes, persiguiendo la ventaja política, hicieron cuanto estuvo en su mano por moldear un testimonio que pudiera exonerar a su país de la responsabilidad de la guerra, y para ello eliminaron de forma sistemática todas las pruebas embarazosas. Algunos serbios, rusos y franceses llevaron a cabo acciones similares.

Además, dado que fueron muchos los hombres de estado y militares que a lo largo de los años previos a 1914 cambiaron de opinión en diversas ocasiones, sus palabras públicas y privadas pueden utilizarse como prueba de un extenso y variado abanico de juicios acerca de sus convicciones e intenciones. En una ocasión, un estudioso describió la oceanografía como «una actividad creativa que emprenden individuos que ... satisfacen su propia curiosidad. Tratan de encontrar modelos significativos en los datos de las investigaciones, propias y ajenas; y, con mucha más frecuencia de la que cabría esperar, la interpretación no pasa de la simple conjetura».² Lo mismo sucede con el estudio de la historia en general, y con la de 1914 en particular.

El debate intelectual sobre la responsabilidad de la guerra se ha prolongado durante décadas y ha vivido diversas fases. Desde la década de 1920, se dio especial credibilidad a la idea —influida por la extendida creencia de que el tratado de

Versalles, de 1919, impuso a Alemania condiciones de una severidad excesiva— de que la culpa recaía por igual en todas las potencias europeas. Luego vio la luz —en 1942 en Italia y en 1953 en Gran Bretaña— un trabajo fundamental de Luigi Albertini, *Le origini della guerra del 1914*, que sentó las bases de muchos estudios posteriores, especialmente en lo relativo al énfasis sobre la responsabilidad alemana. En 1961, Fritz Fischer publicó otro libro innovador, *Griff nach der Weltmacht: die Kriegszielpolitik des Kaiserlichen Deutschland, 1914-18*, donde sostenía que el Kaiserreich debía cargar con el peso de la culpa, porque pruebas documentales demostraban que los líderes del país habían resuelto iniciar una guerra europea antes de que el acelerado desarrollo de Rusia y su armamento precipitasen un cambio radical en la ventaja estratégica.*

Al principio, los compatriotas de Fischer respondieron con indignación. Eran miembros de una generación que aceptaba a regañadientes la obligación de cargar con la responsabilidad de la segunda guerra mundial; y allí estaba Fischer, insistiendo en que su propia nación también debía cargar con la culpa de la primera. Aquello era excesivo y la comunidad académica se le echó encima. El encarnizamiento de la «controversia de Fischer» en Alemania jamás ha tenido igual en ningún otro debate histórico comparable, ya sea en Gran Bretaña o en Estados Unidos. Calmadas las aguas, sin embargo, se llegó a un notable consenso de que, con algún pequeño matiz, Fischer estaba en lo cierto.

No obstante, en las tres últimas décadas, autores de ambas orillas del Atlántico han puesto en tela de juicio, de forma rotunda, distintos aspectos de su tesis. Entre las aportaciones más impresionantes se cuenta la de GeorgesHenri Soutou, *L'or et le sang* [«El oro y la sangre»], de 1989. Soutou no abordó las causas del conflicto sino los distintos objetivos de guerra de los aliados y las potencias centrales, y demostró de forma muy convincente que los alemanes, más que entrar en la guerra con un plan coherente que buscara dominar el mundo, fueron construyendo sus objetivos sobre la marcha. Otros historiadores han caminado por sendas más polémicas. Sean McMeekin escribió en 2011: «La guerra de 1914 fue la guerra de Rusia, más que la de Alemania».³ Samuel Williamson afirmó en un seminario celebrado en marzo de 2012 en el Centro Wilson de Washington que la teoría de una culpa netamente alemana ya no se sostenía. Niall Ferguson atribuye una gran responsabilidad al ministro de Asuntos Exteriores británico, sir Edward Grey. Christopher Clark sostiene que Austria tenía pleno derecho a exigir a Serbia, un país que era de hecho un «estado canalla», una compensación militar por el asesinato del archiduque Francisco Fernando. Por su parte, John Rohl, un historiador magistral del káiser y su corte, no cesa en la defensa de que había «pruebas cruciales de intencionalidad por parte de Alemania».

No importa —por ahora— cuál de estas tesis parezca más o menos

convinciente; baste decir que no hay peligro de que la controversia de 1914 llegue a acallarse jamás. Existen muchas interpretaciones alternativas posibles y todas ellas son conjeturas. En los primeros años del siglo XXI se han publicado abundantes teorías frescas y evaluaciones nuevas e imaginativas sobre la crisis de julio, pero muy poco material documental antes desconocido, relevante y convincente. No existe y jamás existirá una interpretación «definitiva» del inicio de la guerra: cada escritor puede ofrecer, tan solo, una visión personal. Aunque expondré mis propias conclusiones, he hecho cuanto estaba en mi mano por acoger igualmente las pruebas divergentes, para que los lectores puedan decidir por sí mismos.

Los testigos contemporáneos quedaron tan sobrecogidos como lo están hoy sus descendientes del siglo XXI ante la enormidad de lo que le ocurrió a Europa en agosto de 1914 y durante los meses y los años que siguieron. El teniente Edward Louis Spears, oficial de enlace británico en el 5.º Ejército francés, reflexionaba extensamente un tiempo después: «Cuando un trasatlántico se hunde, todo el mundo a bordo —grandes y pequeños sin distinción— lucha en vano por igual y durante un tiempo similar contra elementos que los superan en tal medida que cualquier diferencia existente entre las fuerzas o capacidades de los nadadores es insignificante comparada con las fuerzas contra las que se enfrentan y que los sepultan a todos con una diferencia de unos pocos minutos entre sí».⁴

A partir del momento en que las naciones quedaron bloqueadas en la batalla, yo he hecho hincapié en el testimonio de las gentes más modestas —los soldados, marinos y civiles— que se convirtieron en sus víctimas. Aunque aquí se retrata a hombres famosos y se habla de sucesos bien conocidos, cualquier libro escrito después de un siglo debe aspirar a traer nuevos invitados a la fiesta, lo que ayuda a explicar mi interés por los frentes serbio y galiziano, poco conocidos para los lectores occidentales.

Una dificultad a la hora de describir los vastos acontecimientos que se desarrollaron simultáneamente en campos de batalla situados a muchos cientos de kilómetros unos de otros es decidir cómo presentarlos. Yo he escogido recorrer los escenarios uno tras otro, asumiendo un pequeño perjuicio cronológico. Esto significa que los lectores deben recordar —por ejemplo— que en Tannenberg se batalló al mismo tiempo que los ejércitos francés y británico se replegaban hacia el Marne. En aras de la coherencia, creo más conveniente evitar carreras apresuradas de un frente a otro. Como en algunos de mis libros anteriores, me he esforzado por omitir los detalles militares, como los números de división y regimiento y otros datos semejantes. La experiencia humana es lo que atrae con mayor prontitud la imaginación de un lector del siglo XXI. Pero para comprender la evolución de las primeras campañas de la primera guerra mundial, es esencial saber que todos los comandantes temían por encima de todo quedar «con el flanco al descubierto»,

porque los extremos exteriores y la retaguardia de un ejército son sus puntos más vulnerables. Mucho de lo que les sucedió a los soldados en el otoño de 1914, ya fuera en Francia, Bélgica, Galizia, Prusia o Serbia oriental, se debió al intento de los generales de atacar un flanco abierto o evitar convertirse en la víctima de semejante maniobra.

Hew Strachan, en el primer volumen de su magistral historia de la primera guerra mundial, abordó los sucesos de África y el Pacífico para recordarnos que esta fue, indudablemente, una contienda universal. Yo decidí que un lienzo de esas características no encajaría bien en el marco de mi trabajo. Este es, por tanto, el retrato de la tragedia europea, que bien sabe Dios que fue lo bastante magna y terrible. En aras de la claridad, he impuesto algunas formas estilísticas arbitrarias. San Petersburgo pasó a llamarse Petrogrado el 19 de agosto de 1914, pero yo he conservado el nombre antiguo —y moderno—. Serbia solía aparecer como Servia en los periódicos y documentos contemporáneos, pero yo he utilizado la primera forma, también en las citas. A los soldados y los ciudadanos del imperio de los Habsburgo se los denomina aquí con frecuencia «austríacos», fuera del contexto político, y no austro-húngaros, como sería más propio. Tras la primera mención de una persona cuyo nombre completo incluye un «von», como en el caso de Von Kluck, omito el honorífico. Los topónimos están regularizados, de modo que Mulhouse, por ejemplo, no convive con su designación alemana como Mülhausen.

A pesar de haber escrito muchos libros sobre guerra, y en especial sobre la segunda guerra mundial, este es mi primer trabajo por entero dedicado a la precursora de esta última. Mi dedicación a este período empezó en 1963, cuando era un inexperto recién salido de la secundaria; me tomé un año libre y estuve trabajando como ayudante en la investigación para una serie de 26 capítulos de la BBC, *The Great War*; cobraba por ello 10 libras semanales, al menos 9 más de las que merecía. Entre los autores del programa se contaban John Terraine, Correlli Barnett y Alistair Horne. Entrevisté y mantuve correspondencia con muchos veteranos del conflicto, que para entonces apenas entraban en la tercera edad, e investigué tanto la literatura publicada como los documentos de archivo. Viví aquella experiencia de juventud como una de las más felices y gratificantes de mi vida, y parte de los frutos de mi trabajo de 1963-1964 han demostrado ser útiles en este libro.

Mi generación de estudiantes devoró con avidez el superventas de Barbara Tuchman *Los cañones de agosto*, de 1962.* Años después supuso para mí casi una conmoción oír cómo un historiador académico desestimaba el libro por su «rematada falta de rigor erudito». Pese a todo, sigue siendo un ejemplo deslumbrante de narrativa histórica, que conserva el afecto sin reparos de muchos admiradores; yo entre ellos, pues contribuyó en gran medida a estimular mi pasión

por el pasado. Aquellos días ejercerán una fascinación eterna en la humanidad: fueron testigo de los últimos brotes fatales de la vieja Europa, coronada y tocada de escarapela, a los que siguió el nacimiento de un terrible mundo nuevo en pie de guerra.

MAX HASTINGS
Chilton Foliat, Berkshire
Junio de 2013

Cronología de 1914

- 28 de junio. El archiduque Francisco Fernando es asesinado en Sarajevo.
- 23 de julio. Austria-Hungría plantea un ultimátum a Serbia.
- 28 de julio. Austria-Hungría declara la guerra a Serbia.
- 29 de julio. Los austríacos bombardean Belgrado.
- 31 de julio. Rusia se moviliza;* Alemania plantea ultimátums a París y San Petersburgo.
- 1 de agosto. Alemania y Francia se movilizan.
- 3 de agosto. Alemania declara la guerra a Francia.
- 4 de agosto. Alemania invade Bélgica; Gran Bretaña declara la guerra a Alemania.
- 8 de agosto. Francia ocupa brevemente Mulhouse, en Alsacia.
- 13 de agosto. Los austríacos invaden Serbia; Francia pone en marcha grandes ofensivas en Alsacia y Lorena.
- 15 de agosto. Primeros enfrentamientos ruso-austríacos en Galizia.
- 16 de agosto. El último fuerte de Lieja cae en manos alemanas.
- 20 de agosto. Los serbios derrotan a los austríacos en el monte Cer.
- 20 de agosto. Cae Bruselas.
- 20 de agosto. Los franceses son rechazados en Morhange.
- 20 de agosto. Derrota de los alemanes en Gumbinnen, en Prusia oriental.
- 22 de agosto. Mueren 27.000 franceses en un solo día de las fracasadas «batallas de las fronteras».
- 21-23 de agosto. Batalla de Charleroi.
- 23 de agosto. La Fuerza Expedicionaria Británica (FEB) libra la primera batalla en Mons.
- 24-29 de agosto. Batalla de Tannenberg.
- 26 de agosto. La FEB lucha en Le Cateau.
- 28 de agosto. Batalla del golfo de Heligoland.
- 29 de agosto. Batalla de Guisa.
- 2 de septiembre. La fortaleza austríaca de Lemberg cae en manos rusas.

- 6 de septiembre. Francia lanza la contraofensiva del Marne.
- 7 de septiembre. Los austríacos reanudan la invasión de Serbia.
- 9 de septiembre. Los alemanes inician la retirada al Aisne.
- 9 de septiembre. Batalla de los lagos de Masuria.
- 23 de septiembre. Japón declara la guerra a Alemania.
- 9 de octubre. Cae Amberes.
- 10 de octubre. La fortaleza austríaca de Przemyśl cae en manos rusas.
- 12 de octubre. Empieza la campaña de Flandes, que culmina en las tres semanas de la primera batalla de Ypres.
- 29 de octubre. El Imperio Otomano entra en la guerra, sumándose al bando de las potencias centrales.
- 18-24 de noviembre. Batalla de Łódź, que termina con la retirada alemana.
- 2 de diciembre. Cae Belgrado.
- 15 de diciembre. En Galizia, el ejército austríaco tiene que retirarse a los Cárpatos.
- 17 de diciembre. Los austríacos vuelven a ser expulsados de Serbia.

Organización de los ejércitos en 1914

La estructura de cada una de las fuerzas beligerantes y el tamaño de sus unidades eran variables, pero quizá resulte de utilidad ofrecer al lector una aproximación, aunque sea muy somera:

UN EJÉRCITO podía estar formado por un mínimo de dos y un máximo de cinco cuerpos (capitaneados, habitualmente, por un teniente general). Un cuerpo se componía de dos o tres divisiones de infantería (a las órdenes de generales de división), con una dotación cada una de entre 15.000 y 20.000 hombres —las divisiones de caballería solían representar cerca de un tercio de estas fuerzas—, más las unidades de apoyo, ingeniería y logística y, por lo general, cierta artillería pesada. Una división británica podía constar de tres BRIGADAS (a las órdenes de generales de brigada), todas con sus propios cañones —la llamada «artillería de campo»—, idealmente en una proporción de al menos una batería por cada batallón de infantería. Algunos ejércitos continentales colocaban los regimientos, de dos o tres BATALLONES, directamente bajo el mando de la división. Una brigada de infantería británica solía estar formada, por otra parte, por cuatro batallones, con una fuerza inicial de unos 1.000 efectivos y un teniente coronel al mando de cada uno. Un batallón tenía cuatro COMPAÑÍAS de fusileros, de 200 hombres, a las órdenes cada una de un comandante o un capitán, junto con un escalón de apoyo: ametralladoras, transporte, abastecimiento y cosas por el estilo. Una compañía tenía cuatro SECCIONES de fusilería, guiadas por tenientes, con 40 hombres cada una. Los regimientos de caballería, de entre 400 y 600 hombres cada uno, estaban divididos, en cambio, en escuadrones y pelotones. Todas estas disposiciones «establecidas» menguaron rápidamente con la tensión de la batalla.

Prólogo

Sarajevo

El pequeño y estrafalario melodrama que se desarrolló en Bosnia el 28 de junio de 1914 tuvo un efecto sobre la historia del mundo similar al que podría tener una avispa al picar a un enfermo crónico que, de resultas de ello, enloqueciese y, abandonando el lecho, consagrarse sus últimos días a destruir el avispero. El asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria-Hungría no procuró la auténtica «causa» de la primera guerra mundial; más bien se lo utilizó para justificar la liberación de unas fuerzas que ya estaban en juego. Que un terrorista adolescente matase al único hombre de entre todos los líderes del imperio de los Habsburgo que, probablemente, habría recurrido a su influencia para intentar impedir un cataclismo, no es sino una ironía de la historia, sin mayor trascendencia. Pero los sucesos de aquel tórrido día en Sarajevo ejercen una fascinación sobre la posteridad que se debe permitir a cualquier cronista de 1914.

Francisco Fernando no gozaba de especial estima por parte de nadie, exceptuando a su mujer. Era un hombre corpulento, de cincuenta años, uno de los setenta archiduques del imperio, que acabó convertido en heredero después de que su primo Rodolfo matase de un tiro a su amante y él mismo se suicidara en Mayerling, en 1889. Al emperador Francisco José le molestaba su sobrino; otros lo consideraban un tirano arrogante y dogmático. La pasión dominante de Francisco Fernando era la caza: acabó con la vida de unas 250.000 criaturas salvajes, antes de terminar sus días en el pequeño y raído morral de Gravrilo Princip.

En 1900, el archiduque entregó su afecto a una aristócrata bohemia: Sofía Chotek. Esta era inteligente y resuelta; en una ocasión, durante unas maniobras del ejército, reprendió a los oficiales al mando por la imprecisión con que marchaban sus hombres. Pero la ausencia de sangre real la convertía, a ojos de la corte imperial, en una figura inelegible como emperatriz. El monarca, que consintió el matrimonio a regañadientes, insistió en que tenía que ser morgánico. Con ello, la pareja quedaba en una situación socialmente intolerable a ojos de la mayoría de la

altanera aristocracia austríaca. Aunque Francisco Fernando y Sofía eran perfectamente felices juntos, sus vidas se veían ensombrecidas por las mezquinas humillaciones que se le dirigían a ella, como apéndice regio y pseudorregio. Francisco Fernando bautizó su paseo favorito del castillo bohemio de Konopiště con el nombre de Oberer Kreuzweg («Estaciones Superiores de la Cruz»). En las funciones de la corte, seguía al emperador en precedencia, pero sin su esposa; por ello, él sentía una animadversión cada vez más intensa hacia quien orquestaba aquellos insultos, el príncipe y chambelán Alfredo, príncipe de Montenuovo.

La condición de Francisco Fernando como heredero forzoso, sin embargo, conllevaba que él y su esposa fueran los encargados de recibir a los generales, políticos y grandes nobles extranjeros. El 13 de junio de 1914, el káiser alemán los visitó en Konopiště, acompañado del gran almirante Alfred von Tirpitz, un criador de rosas que ansiaba ver los famosos arriates del castillo. Guillermo II era propenso a sufrir contratiempos sociales: en esta ocasión, sus perros salchicha, Wadl y Hexl, hicieron un papelón al matar uno de los faisanes exóticos de Francisco Fernando. Al parecer, el káiser y el archiduque discutieron sobre cuestiones triviales, más que sobre las cuestiones políticas de Europa o los Balcanes.

Al día siguiente, el domingo 14, el conde Leopold von Berchtold, el ministro de Exteriores austríaco y político más importante de su país, visitó Konopiště con su esposa. Los Berchtold eran escandalosamente ricos y disfrutaban sin cortapisas de la vida elegante. Vivían con pasión las carreras de caballos y aquella primavera uno de sus *yearlings* había ganado el preciado hándicap «Con Amore» en Freudenau. Nandine, la condesa, era amiga de la infancia de Sofía de Hohenberg. Los invitados llegaron al castillo a la hora del desayuno, pasaron el día contemplando los jardines y las pinturas, sobre las cuales el conde era considerado un entendido, y luego cogieron un tren de última hora de la tarde hacia Viena; jamás volverían a ver a sus anfitriones.

Los puntos de vista del archiduque, en materia social y política, eran conservadores y los divulgaba con vigor. Tras asistir en 1910 al funeral de Eduardo VII en Londres, escribió a casa deplorando la zafiedad de la mayoría de sus colegas soberanos y la supuesta impertinencia de algunos políticos allí presentes, en especial del expresidente de Estados Unidos Theodore Roosevelt. Algunas veces se ha dicho que Francisco Fernando era un hombre inteligente. Aun siendo cierto, como ocurre con tantos otros personajes de la realeza en época moderna, la posición lo había corrompido y le confería el poder para manifestar opiniones anticuadas y cargadas de prejuicios incluso para lo habitual en su día.

Detestaba a los húngaros y comentó ante el káiser: «El que dan en llamar “magiar noble y caballeroso” es un tipo de lo más infame, antidinástico, mentiroso e informal». Consideraba a los eslavos del sur como un género infrahumano y se

refería a los serbios como «aquellos cerdos». Ansiaba recuperar para el imperio Venecia y la Lombardía, que habían pasado a ser italianas en vida suya. Durante una visita a Rusia, en 1891, Francisco Fernando declaró que la autocracia del país representaba «un modelo admirable». El zar Nicolás II rehuía la intemperancia de Francisco Fernando, sobre todo en cuestiones raciales. Tanto el archiduque como su esposa eran católicos fervientes, benefactores de los jesuitas y hostiles a los francmasones, judíos y liberales. Tal era el fervor religioso de Sofía que en 1901 capitaneó a doscientas mujeres modernas en una marcha por Viena.

Sin embargo, el archiduque albergaba una convicción prudente: mientras que muchos austríacos —en particular, el general y jefe del Estado Mayor del ejército de tierra Conrad von Hötzendorf— detestaban Rusia y veían con buenos ojos la perspectiva de una confrontación bélica con el zar, Francisco Fernando disentía. Estaba decidido, según dijo repetidamente, a evitar un enfrentamiento armado. Con el deseo de alcanzar una «concordia entre emperadores», escribió: «Jamás dirigiré una guerra contra Rusia. Haré sacrificios para evitarla. Una guerra entre Austria y Rusia acabaría o con el derrocamiento de los Romanov o el de los Habsburgo; y tal vez con el derrocamiento de ambos». En una ocasión escribió a Berchtold: «¡Excelencia! No se deje influir por Conrad, ¡jamás! ¡No preste el menor crédito a su cháchara sobre el emperador! Por descontado, él quiere cualquier guerra posible, cualquier clase de precipitación a lo “¡hurra!” que conquiste Serbia y Dios sabe qué más ... Mediante la guerra, quiere compensar el jaleo que, al menos en parte, es su responsabilidad. En conclusión: no juguemos a los guerreros balcánicos. No nos rebajemos a su vandalismo. Guardemos las distancias y dejemos que la escoria se parta el cráneo, unos a otros. Sería imperdonable, demencial, iniciar algo que nos enfrentase a Rusia».¹

Francisco Fernando, aunque con idéntica propensión a los arrebatos de retórica violenta que el káiser Guillermo, era un actor menos temerario. De haber estado vivo el archiduque cuando se produjo la confrontación decisiva con Rusia, es probable que hubiera ejercido su influencia para evitar la guerra. Pero estaba muerto, y ello porque había insistido en visitar oficialmente una de las regiones más turbulentas y peligrosas bajo el gobierno de su tío. Todas las monarquías europeas compartían la creencia de que poseer extensos territorios —el imperio— constituía una medida fundamental de virilidad y grandeza. Mientras que las colonias británicas y francesas quedaban lejos, al otro lado de los océanos, las de los Habsburgo y Romanov estaban a la vuelta de la esquina. Las monedas húngaras llevaban una abreviatura de la inscripción: «Francisco José, por la gracia de Dios emperador de Austria y Hungría, Croacia, Eslavonia y Dalmacia, rey apostólico». En 1908, Austria-Hungría se anexionó Bosnia y Herzegovina, lo cual despertó la cólera rusa. Estas provincias gemelas, antiguas posesiones otomanas con una

población mixta de serbios y musulmanes, estaban ocupadas por Austria desde 1878, bajo un mandato que aprobó el Congreso de Berlín, pero la mayoría de bosnios acogía con rabia aquel sometimiento.

En 1913, un diplomático extranjero exclamó desesperado a propósito de los austro-húngaros: «¡Jamás he visto gente tan decidida a trabajar en contra de sus propios intereses!».² Era una insensatez extraordinaria, para un imperio que crujía bajo el peso de sus propias contradicciones y las frustraciones de sus minorías oprimidas, empeñarse en tomar Bosnia-Herzegovina. Pero Francisco José seguía dolido por la doble humillación que suponía haber perdido sus dominios en el norte de Italia al poco de heredar el trono, y sufrido una derrota militar contra Prusia en 1866. La adquisición de nuevas colonias en los Balcanes parecía brindarle una compensación, además de frustrar las ambiciones de Serbia de incorporarlas en un estado paneslavo.

Con la febril agitación de las provincias, fue imprudente anunciar ya en marzo el programa de visitas de Francisco Fernando en Bosnia. Esta información posibilitó que uno de los muchos grupos de disidentes violentos, los Jóvenes Bosnios —una sociedad secreta de estudiantes de origen campesino—, aprovechara la ocasión para matarlo. No sabemos si tomaron esta decisión por iniciativa propia o a instancias de quienes manejaban los hilos en Belgrado: a falta de pruebas concretas, cualquier perspectiva es posible. Uno de sus miembros era el joven de diecinueve años Gavrilo Princip. Como muchos personajes que a lo largo de la historia han representado su mismo papel, Princip se pasó su corta vida esforzándose porque la gente superase la primera reacción de querer descartarlo por su escasa estatura y personalidad anodina. En 1912 se presentó como voluntario para luchar por Serbia en la primera guerra balcánica, pero lo rechazaron por falta de altura. En el primer interrogatorio posterior a su notoriedad, en junio de 1914, se explicó diciendo: «Allí donde iba, la gente me tomaba por un pelele».

En mayo, Princip y dos conspiradores más viajaron a Belgrado. La ciudad era la capital de un país joven y volátil, que solo en 1903 se independizó plenamente del Imperio Otomano, una monarquía constitucional que constituía el alma del movimiento paneslavo. Princip conocía bien Serbia, tras haber vivido allí durante dos años. Los Jóvenes Bosnios recibieron cuatro pistolas automáticas Browning y seis bombas, por iniciativa del comandante Vojin Tankosić, del Ujedinjenje ili Smrt, un movimiento terrorista apodado «la Mano Negra», que tenía sus orígenes en sociedades secretas alemanas e italianas.

El grupo lo dirigía el coronel Dragutin Dimitrijević, de treinta y seis años; era

jefe del servicio de inteligencia militar y se lo conocía con el sobrenombre de «Apis» por el dios toro egipcio. Era la figura principal en una de las tres facciones implicadas en la lucha por el dominio nacional serbio. Los otros dos elementos estaban dirigidos respectivamente por Alejandro, el príncipe regente —que odiaba al coronel porque se negaba a tratar con deferencia a la familia real—, y Nikola Pašić, el primer ministro. Apis tenía el aspecto de un fanático revolucionario: pálido, calvo, robusto, enigmático, «como un mongol gigante», en palabras de un diplomático. No se casó nunca y dedicó toda su vida al movimiento, que se jactaba de contar con un rito iniciático encapuchado, y un sello con una bandera de huesos piratas, una daga, una bomba y veneno. Su cometido era asesinar: había destacado dentro del grupo de jóvenes oficiales del ejército que, en 1903, mató al rey Alejandro de Serbia y a la reina Draga en su propio dormitorio de palacio.

La influencia de la Mano Negra se dejó sentir en muchas instituciones serbias, y de forma especial en el ejército. Pašić, un hombre de sesenta y nueve años y apariencia venerable, con pelo y barba canos, era un enemigo acérrimo de Apis, al que algunos compañeros pensaron en asesinar en 1913. El primer ministro y buena parte de sus colegas veían en el coronel una amenaza para la estabilidad del país, e incluso para su existencia; el ministro del Interior, Milan Protić, calificó la Mano Negra ante un invitado, el 14 de junio, como una «amenaza para la democracia».³ Pero en una sociedad dividida por intereses encontrados, el gobierno civil carecía de autoridad para destituir o encarcelar a un Apis que gozaba de la protección del jefe del Estado Mayor del ejército.

Más allá de las pistolas, las bombas y las cápsulas suicidas de cianuro, no hay pruebas sólidas de qué otros apoyos o guía recibieron Princip y sus camaradas en Belgrado. Los asesinos se fueron a la tumba negando la complicidad oficial de Serbia. Parece ciertamente muy probable que la Mano Negra instase e instruyese a los Jóvenes Bosnios a asesinar al archiduque, pero lo único que sabemos con seguridad es que sus agentes les suministraron medios para perpetrar actos terroristas en territorio de los Habsburgo. Princip realizó prácticas de tiro en un parque de Belgrado, y el 27 de mayo disfrutó de una cena de despedida con los otros dos conjurados, Trifko Grabež y Nedeljko Čabrinović, antes de empezar lo que sería un viaje de ocho días a Sarajevo. Princip y Grabež realizaron parte del trayecto a pie, a campo traviesa, con la ayuda de un funcionario de fronteras instruido por la Mano Negra. Sin embargo, si de verdad Apis se había comprometido en cuerpo y alma con la trama del asesinato, resulta desconcertante que, poco antes de abandonar Belgrado, el futuro asesino tuviera que empeñar su abrigo a cambio de unos pocos dinares para pagarse los gastos.

¿Quién más sabía qué? El embajador ruso en Belgrado, Nikolai Hartwig, era un paneslavista fanático y amigo de la Mano Negra; es posible que formara parte

del complot. Pero la afirmación de que San Petersburgo tuvo conocimiento previo del asesinato no solo carece de pruebas que la fundamenten, sino que cuesta de creer. El gobierno ruso era plenamente hostil a Austria-Hungría porque este perseguía a sus minorías eslavas, pero el zar y sus ministros no tenían razones plausibles para querer la muerte de Francisco Fernando.

El campesino bosnio que guió de vuelta a Princip y Grabež a territorio Habsburgo —el otro compañero, Čabrinović, viajaba de forma independiente— era un informador del gobierno serbio, que dio parte de sus movimientos y de las bombas y pistolas de sus equipajes al Ministerio del Interior en Belgrado. Su informe, leído por el primer ministro y resumido de su puño y letra, no hacía mención alguna de una trama contra Francisco Fernando. Pašić encargó una investigación y dio órdenes de que se detuviera la entrada de armas de Bosnia a Serbia, pero en eso quedó todo. Más adelante, un ministro serbio afirmó que Pašić había informado al gabinete, a finales de mayo o principios de junio, de que varios asesinos estaban de camino a Sarajevo para matar a Francisco Fernando. Sea o no cierto —no se recogían actas de las reuniones del gabinete—, al parecer Pašić dio instrucciones al embajador de Serbia en Viena para que transmitiera a las autoridades austríacas tan solo una advertencia vaga y de carácter general, quizá porque no deseaba brindar a los Habsburgo otro motivo de queja —y extremadamente grave— hacia su país.

Los serbios representaron un papel violento, en los márgenes del imperio de los Habsburgo, semejante al que algunas facciones irlandesas interpretaron en los asuntos británicos durante determinados períodos del siglo XX, aunque esta última sociedad ha demostrado tener mayor capacidad de resistencia. La crónica brutalidad serbia en contra de sus propias minorías —sobre todo, la musulmana— era una mala tarjeta de presentación para su Estado. Algunos historiadores creen que sus gobernantes tuvieron una implicación tan profunda en el terrorismo, y explícitamente en la conspiración contra Francisco Fernando, que el país debería ser considerado como un «estado canalla». De nuevo estamos ante una perspectiva que se basa en pruebas circunstanciales y conjeturas. Conociendo la enemistad entre Apis y Pašić, parece poco probable que hubieran forjado un frente común para provocar la muerte del archiduque.

Aun sin el aviso previo de Belgrado, las autoridades austríacas contaban con razones muy poderosas para prever una protesta violenta o alguna intentona de asesinato contra Francisco Fernando, quien, por su parte, reconocía plenamente el peligro que corría. El 23 de junio, él y su esposa partieron desde su hacienda de Chlumetz y se vieron obligados a iniciar su viaje a Bosnia en un compartimento de primera clase del expreso de Viena, porque los ejes de su automóvil se habían recalentado. Enojado, el archiduque dijo: «Nuestro viaje empieza con un augurio

sumamente prometedor. Aquí se nos quema el coche y allí abajo nos lanzarán bombas». La época previa a 1914 se caracterizó por un terrorismo endémico, sobre todo en los Balcanes, que eran blanco del condescendiente humor británico; así, *Punch* publicó un chiste en el que un anarquista le pregunta a otro: «¿Qué hora marca tu bomba?». Saki escribió un cuento de humor negro acerca de un atentado, *El huevo de Pascua*, y tanto Joseph Conrad como Henry James escribieron novelas sobre terroristas.

Para los Habsburgo, eran cuestiones habituales. La emperatriz Isabel, esposa de Francisco José, pero ya separada de él, murió apuñalada por un anarquista italiano mientras subía a bordo de un vapor en Génova, en 1898. Diez años después, en Lemberg, un estudiante ucraniano de veinte años asesinó al gobernador de Galizia, el conde Potocki, mientras gritaba: «Este es su castigo por nuestros sufrimientos». El juez que presidía el proceso del croata que disparó a otro grande Habsburgo preguntó al terrorista —nacido en Wisconsin— si creía que matar estaba justificado. El hombre respondió: «En este caso, sí. En Estados Unidos, es la opinión generalizada, y tengo detrás de mí a 500.000 croatas americanos. Yo no soy el último de ellos ... Estas acciones contra las vidas de los dignatarios son nuestra única arma». El 3 de junio de 1908, el joven bosnio Bogdan Žerajić trató de disparar contra el emperador en Mostar, pero en el último momento se echó atrás. En lugar de ello, viajó hasta Sarajevo, disparó varias veces contra el general Marijan Varešanin y luego —creyendo erróneamente que lo había matado— se suicidó con la última bala. Más tarde se dijo, aunque nunca se ha demostrado, que la Mano Negra le suministró el revolver. La policía austríaca le cortó la cabeza para conservarla en su museo negro.

En junio de 1912, un colegial disparó contra el gobernador de Croacia en Zagreb; erró el tiro, pero alcanzó a un miembro de la administración imperial. En marzo de 1914, el vicario general de Transilvania fue asesinado mediante una bomba de relojería que los rumanos le enviaron por correo. Pero Francisco Fernando era capaz de ver una parte graciosa en el peligro: mientras observaba una maniobra militar, su Estado Mayor cayó presa del pánico cuando una figura despeinada surgió de pronto desde detrás de unos matorrales, empuñando un enorme objeto negro. El archiduque estalló en una carcajada: «¡Oh, dejen que me dispare! Es su oficio; es un fotógrafo de la corte. ¡Permítanle ganarse la vida!».

Pese a todo, nada había de cómico en la innegable amenaza en Bosnia. La policía austríaca había detectado y frustrado varias conspiraciones anteriores. Se sabía que Gravrilo Princip estaba vinculado a «actividades contra el Estado». Pero cuando se registró en Sarajevo como nuevo visitante, no se hizo nada para controlar sus actividades. El general Oskar Potiorek, gobernador de Bosnia, era el responsable de la seguridad durante la visita real. El jefe de su departamento

político le advirtió de la amenaza de los Jóvenes Bosnios, pero él se mofó de aquel hombre «que tenía miedo de unos niños». Luego se dijo que los funcionarios habían dedicado más energías a discutir los menús de las cenas y las temperaturas a las que se debían servir los vinos, que a la seguridad del huésped de honor. La negligencia oficial brindó la ocasión a Princip y a sus amigos.

La tarde del 27 de junio, Francisco Fernando y Sofía —cuya entrada en Sarajevo no estaba prevista hasta el día siguiente— siguieron un impulso y entraron en coche a la ciudad, una exótica comunidad semiorientada de unos 42.000 habitantes, para visitar las tiendas de artesanía, incluido un puesto de alfombras, observados por una multitud entre la que se mezclaba Princip. La pareja se divirtió de lo lindo. Más tarde, en la ciudad termal de Ilidže, el doctor Josip Sunarić, destacado miembro del Parlamento bosnio que les había rogado que cancelasen la visita, fue presentado a la duquesa. Ella le reprendió: «Mi querido doctor Sunarić, después de todo, estabais en un error. Las cosas no siempre salen como anunciáis. Allí donde hemos ido, todo el mundo, hasta el último serbio, nos ha recibido con tanta simpatía, educación y calor que estamos muy complacidos con nuestra visita». Sunarić le respondió: «Su Alteza, ruego a Dios que cuando tenga el honor de verla de nuevo mañana por la noche, pueda usted repetir estas mismas palabras. Me descargaría de un terrible peso».⁴

Aquella noche se sirvió en el hotel Bosna, de Ilidže, un banquete para el archiduque; los invitados pudieron disfrutar de *potage régence*, *soufflés délicieux*, *blanquette de truite à la gelée*, pollo, cordero, buey, *crème aux ananas en surprise*, queso, helado y bombones. Lo regaron todo con vinos de Madeira, Tokay y el Žilavka bosnio. A la mañana siguiente, antes de partir a Sarajevo, Francisco Fernando envió un telegrama a su hijo mayor, Max, felicitando al joven por los resultados de su examen en la academia Schotten. Él y Sofía adoraban a sus hijos: el archiduque jamás se sentía tan feliz como cuando compartía con ellos los juguetes en la habitación infantil de Konopišće. Era el decimocuarto aniversario de boda de la pareja y una fecha preñada de un doloroso sentido para los serbios: el aniversario de su derrota en 1389, a manos de los otomanos, en Kosovo.

El archiduque se presentó con el uniforme de general de caballería: guerrera azul celeste, cuello dorado con tres estrellas de plata, pantalón negro con la banda roja, rematado por un casco con plumas verdes de pavo real. Sofía, una figura majestuosa y de gran busto, llevaba un precioso sombrero blanco con velo, un largo vestido de seda también blanco, con rosas de tela roja y blanca metidas en el fajín encarnado, además de una estola de armiño sobre los hombros. Avanzada la mañana del día 28, según el horario publicado, la caravana archiducal partió de la estación de Sarajevo. Siete asesinos de los Jóvenes Bosnios se habían desplegado para cubrir los tres puentes del río; Francisco Fernando tendría que cruzar por uno

de ellos.

Los automóviles regios pasaron por lo que más tarde el arzobispo católico describió como «una auténtica avenida de asesinos». Poco antes de llegar a la primera parada prevista, una bomba lanzada por el impresor Nedeljko Čabrinović impactó en el coche de Francisco Fernando, pero rebotó sobre la capota plegada antes de explotar y solo hirió a dos miembros de la comitiva. Apresaron a Čabrinović y se lo llevaron no sin que antes protagonizase un desganado intento de quitarse la vida. Declaró con orgullo: «Soy un héroe serbio». Del resto de conspiradores, no hubo casi ninguno que lograra utilizar sus armas; más tarde presentarían toda una colección de excusas para justificar la flojera. El archiduque llegó al Ayuntamiento, donde manifestó una comprensible exasperación al verse obligado a escuchar pacientemente la lectura de un discurso de bienvenida. Cuando el grupo volvió a subir a los vehículos, dijo que deseaba visitar a los oficiales heridos por la bomba de Čabrinović. A la entrada de la calle Francisco José, el general Potiorek, en el asiento delantero del auto archiducal, protestó: el conductor iba en sentido contrario. El coche se detuvo. No disponía de marcha atrás, de modo que hubo que empujarlo para deshacer el camino hasta el muelle de Appel, justo al lado de donde se encontraba Princip.

El joven sacó la pistola, la levantó y disparó dos veces. Otro conspirador, Mihajlo Pucará, propinó una patada a un detective que había visto lo sucedido e intentó intervenir. Sofía y Francisco Fernando fueron alcanzados desde una distancia de tan solo unos metros. Ella se desplomó de inmediato y cayó muerta mientras él musitaba: «Sofía, Sofía, no mueras; vive, por nuestros hijos». Estas fueron sus últimas palabras; falleció poco después de las 11 de la mañana. Princip fue apresado por la multitud. Pucará, un joven extremadamente apuesto que había rechazado un papel en el Teatro Nacional de Belgrado para poder hacer carrera en el terrorismo, forcejeó con un oficial que intentaba atacar a Princip con su sable. Otro joven, Ferdinand Behr, también hizo cuanto pudo por salvar al asesino de las represalias.

La conjura para asesinar al archiduque era de aficionados, hasta un punto ridículo, y solo tuvo éxito porque las autoridades austríacas no adoptaron las precauciones elementales en un entorno hostil. Esto, a su vez, plantea otra cuestión: ¿representó el asesinato realmente el mejor empeño de Apis, el archiconspirador, o fue simplemente un ataque anárquico y poco más que casual contra el gobierno de los Habsburgo? No existe una respuesta concluyente, pero el juez de instrucción del Tribunal del Distrito de Sarajevo, Leo Pfeffer, pensó al ver por primera vez a Princip que «costaba imaginar que un individuo de aspecto tan débil hubiera podido cometer una acción tan grave». El joven asesino se esforzó por explicar que no había pretendido matar a la duquesa, además de al archiduque: «Las balas no van

exactamente donde uno quiere». De hecho, es asombroso que incluso a tan corta distancia, la pistola de Princip matase a dos personas con dos disparos; a menudo, las heridas de revólver no son fatales.

En las primeras cuarenta y ocho horas posteriores a los asesinatos, se arrestó en Bosnia a más de doscientos líderes serbios, y se los trasladó, junto a Princip y Čabrinović, a la prisión militar. Se produjeron algunos linchamientos de campesinos en momentos de descontrol. A los pocos días, todos los conspiradores estaban bajo custodia, salvo el carpintero musulmán Mehmed Mehmedbašić, que escapó a Montenegro. A finales de junio, se había encarcelado a 5.000 serbios; 150 de ellos fueron ahorcados cuando empezaron las hostilidades posteriores. Los auxiliares de la milicia austríaca del Schutzkorps se cobraron una venganza inmediata sobre muchos más musulmanes y croatas. En el juicio, que empezó en octubre, Princip, Čabrinović y Grabež fueron sentenciados a veinte años de cárcel; por ser menores, se libraron de la pena capital. Se dictaron penas de prisión para otros tres, y cinco fueron ajusticiados en la horca el 3 de febrero de 1915; hubo otros cuatro cómplices condenados también a penas de cárcel, desde los tres años a cadena perpetua. Nueve de los acusados quedaron en libertad, incluidos algunos de los campesinos a los que Princip afirmó haber obligado a colaborar.

La noticia de las muertes del archiduque y su esposa se extendió por todo el imperio aquel mismo día, y luego por toda Europa. En el aeródromo de Viena, la banda estaba tocando una pieza nueva, «La marcha del aviador», durante una exhibición de vuelo, cuando, a las 3 de la tarde, el acto se interrumpió de forma repentina al recibirse las nuevas de Sarajevo. El emperador Francisco José estaba en Ischl cuando Von Paar,^{*} su ayudante general, le comunicó la noticia de los asesinatos. La recibió sin dejar traslucir emoción, pero aquel día decidió comer solo.⁵

El káiser participaba en la regata de Kiel. Una lancha se acercó al yate real y Guillermo le hizo señas para que se apartase. Haciendo caso omiso de la advertencia, Georg von Müller, jefe del gabinete naval imperial, siguió acercándose; el almirante metió una nota en su pitillera y la lanzó a la cubierta del *Hohenzollern*, donde la recogió un marinero que se la llevó a Guillermo. Este cogió el estuche, leyó la nota y empalideció mientras murmuraba: «¡Todo tendrá que empezar de nuevo!». El káiser estaba entre los pocos hombres de Europa a quienes Francisco Fernando caía bien; su relación con él era emocional y se sintió sinceramente dolido por su fallecimiento. Así las cosas, dio orden de abandonar la regata. El contraalmirante Albert Hopman, jefe del Estado Mayor central de la marina alemana, se encontraba también en Kiel, después de concluir una comida a la que se había invitado al embajador británico, cuando le llegó la información sobre la «repentina muerte» de Francisco Fernando. Al anochecer, conocedor ya de

las circunstancias exactas, escribió que era «un acto atroz que tendrá unas consecuencias políticas incalculables».⁶

Pero en la mayor parte de Europa, las noticias se recibieron con más serenidad, porque los actos terroristas eran ya un fenómeno habitual. En San Petersburgo, los amigos del corresponsal británico sir Arthur Ransome despacharon los asesinatos como «un acto típico del salvajismo balcánico»,⁷ igual que la mayoría de gente en Londres. En París, Raymond Recouly, periodista de *Le Figaro*, constató una idea general según la cual «la crisis en curso pronto se reduciría a la categoría de las peleas balcánicas, como las que se repetían cada quince o veinte años, y que los propios pueblos balcánicos arreglaban entre ellos sin necesidad de que ninguna de las grandes potencias se viera envuelta». El presidente Raymond Poincaré estaba en las carreras de Longchamps, donde la información de los disparos en Sarajevo no le impidió disfrutar del Gran Premio. Al cabo de dos días, en la escuela prusiana, Elfriede Kühr y sus compañeras de doce años inspeccionaban en el periódico las fotografías del asesino y su víctima. «Princip es más guapo que ese cerdo gordo de Francisco Fernando», apuntó ella maliciosamente; las otras niñas desaprobaron su frivolidad.⁸

El servicio fúnebre del archiduque, bajo el sofocante calor de la capilla del palacio de Hofburg, duró solo quince minutos, tras lo cual Francisco José reanudó sus curas en Ischl. El viejo emperador no fingió una gran aflicción por la muerte de su sobrino, aunque hervía de cólera por la forma en que había sucedido. Los sentimientos —o tal vez la ausencia de ellos— eran compartidos por la mayoría de los súbditos. El 29 de junio, en Viena, el profesor Josef Redlich anotó en su diario: «En la ciudad no se respira dolor. La música ha estado sonando en todas partes».⁹ *The Times* de Londres informó del funeral el 1 de junio, con una medida que llegaba a producir somnolencia. Su corresponsal en Viena afirmó que «por lo que a la prensa respecta, hasta la fecha se observa una llamativa ausencia de cualquier inclinación a que la monarquía en su conjunto se vengue de los serbios por los delitos de lo que se cree es una pequeña minoría ... Con respecto a la prensa serbia, sus declaraciones también son, en su conjunto, considerablemente comedidas».

Los observadores extranjeros se sorprendieron de que el duelo vienés por el heredero al trono imperial fuera tan superficial y evidentemente falso. Resultó, por tanto, irónico que el gobierno imperial apenas dudase antes de tomar la determinación de aprovechar los asesinatos como justificación para invadir Serbia, aun a costa de provocar un enfrentamiento armado con Rusia. Y Princip había matado al único hombre del imperio comprometido con evitarlo.

1

«Se nota que hay algo en marcha»

I. Cambio y decadencia

Un día de 1895, un joven oficial del ejército británico fue a comer con el viejo estadista sir William Harcourt, en Londres. Tras una conversación en la que el invitado tuvo un peso en absoluto menor, según sus propias palabras, el teniente Winston Churchill —porque era él— preguntó impaciente a Harcourt: «Y ahora, ¿qué sucederá?». Su anfitrión respondió con la inigualable autocomplacencia victoriana: «Mi querido Winston, las experiencias de una larga vida me han convencido de que nunca pasa nada».¹ Las fotografías en color sepia ejercen una fascinación sobre las generaciones modernas, intensificada por la serenidad que la larga exposición de las placas fotográficas imprimía a sus objetos. Tenemos aprecio por las imágenes de la vieja Europa en los últimos años previos a la guerra: aristócratas ataviados con tiaras y trajes de fiesta, blancas corbatas y fracs; campesinos balcánicos con bombacho y fez; grupos de familias reales altaneras y destinadas a caer.

Los jóvenes con bigotes y pipas humeantes, tocados con el inevitable sombrero de paja, impulsando bateas en compañía de chicas de cabello de paje y cuello alto, hacen pensar en un idilio antes de la tormenta. En los círculos de la buena sociedad, incluso el lenguaje estaba terriblemente encorsetado: expresiones como «maldita sea» o «puñetero» eran intolerables, y no se oían voces más fuertes entre hombres ni mujeres, salvo en un contexto muy personal. «Decente» era un elogio de primer orden; «desvergonzado» representaba una condena inapelable. Cincuenta años después, el escritor y veterano de guerra británico Reginald Pound afirmó: «La objetividad sarcástica de nuestra actual escuela de historiadores no es capaz ni de atravesar ni de hacer desvanecerse la bruma dorada de aquella época tan singular; pues a pesar de las injusticias endémicas, las elevadas rentas de la propiedad, la abundante desdicha y la constante presencia del alcoholismo, la gente conoció una clase de felicidad incorrupta que luego desapareció del mundo».²

Sin embargo, aunque Pound estuvo allí y nosotros no, parece difícil aceptar su visión de las cosas. Solo una persona con voluntad de permanecer ciega a los extraordinarios acontecimientos del mundo podría referirse a los primeros años del siglo xx como una época de tranquilidad; mucho menos, de satisfacción. Más bien al contrario: se vivía un momento de agitación, de pasiones y frustraciones, de novedades científicas e industriales, de ambiciones políticas irreconciliables, que

provocaron que muchas de las primeras figuras de la época reconociesen que el viejo orden estaba dejando de ser sostenible. A decir verdad, los duques aún tenían a su servicio lacayos con el pelo empolvado en blanco; las casas elegantes tenían costumbre de que en sus comidas se sirviesen entre diez y doce platos; aún se celebraban duelos en el continente. Pero estaba claro que todo aquello tocaba ya a su fin, que el futuro lo decidiría la voluntad de las masas o quienes tuviesen la habilidad de manipularlas, y no los caprichos de la casta gobernante tradicional, por más que quienes ostentaban el poder se esforzasen en posponer el aguacero.

En nuestra época nos enorgullece pensar que debemos vivir —y nuestros líderes nacionales deben decidir— en un clima de cambio de una rapidez inaudita. Pero entre 1900 y 1914, los avances tecnológicos, sociales y políticos barrieron Europa y Estados Unidos a una escala jamás vista en ningún período anterior, en un abrir y cerrar de ojos de la experiencia humana. Einstein publicó su teoría de la relatividad especial; Marie Curie aisló el radio y Leo Baekeland inventó la baquelita, el primer polímero sintético. Teléfonos, gramófonos, vehículos a motor, sesiones cinematográficas y casas con electricidad se convirtieron en elementos corrientes entre la gente con posibles de las sociedades más ricas del mundo. La circulación en masa de periódicos alcanzó un poder político y una influencia social sin precedentes.

En 1903, el hombre logró que funcionase por primera vez el vuelo motorizado; cinco años después, el conde Ferdinand von Zeppelin poetizó la misión de garantizar vía libre por los cielos, una perspectiva cada vez más plausible: «Solo con ello podrá hacerse realidad el antiguo mandamiento divino ... [de que] la creación debe ser dominada por la humanidad». En el mar, después de que la Marina Real británica botara en 1906 el *Dreadnought*, todos los buques principales que no contaban con artillería pesada montada en torretas eléctricas quedaron obsoletos y descartados para la batalla naval. La distancia a la que se esperaba que las escuadras abrieran fuego unas contra otras —unos pocos miles de metros, cuando los almirantes eran aún cadetes— se había ampliado ahora a decenas de kilómetros. Se comprendió que los submarinos serían una potente arma de guerra. Al otro lado del océano, aunque el primer gran conflicto de la era industrial fue la guerra civil estadounidense, y no la primera guerra mundial, en el intervalo entre ambas contiendas la tecnología de destrucción experimentó avances espectaculares: las ametralladoras lograron ser fiables y eficientes y la artillería aumentó su potencial homicida. Se comprendió que la alambrada también podía usarse para controlar los movimientos de los soldados, con la misma eficacia que controlaba los de los animales. Pese a todo, buena parte de las conjeturas que se promulgaron sobre el futuro carácter de la guerra estaban equivocadas. Un artículo sin firmar que apareció publicado en 1908 en el semanario alemán *Militär-Wochenblatt* afirmaba

que la experiencia ruso-nipona de 1904-1905 en Manchuria «demostró que podían tomarse hasta las trincheras y fortificaciones bien defendidas, a campo abierto incluso, con coraje y una astuta explotación del terreno ... La idea de que los estados libren una guerra hasta el punto de caer en el agotamiento absoluto escapa a la experiencia cultural europea».³

El socialismo se convirtió en una fuerza de primer orden en todos los países del continente, al tiempo que el liberalismo iniciaba su declive histórico. También pasó a los primeros lugares la revolución de la mujer contra el sometimiento estatutario, sobre todo en Gran Bretaña. En toda Europa, los salarios reales aumentaron casi un 50 % entre 1890 y 1912, la mortalidad infantil disminuyó y la nutrición mejoró de forma considerable. Sin embargo, pese a todos estos avances —o debido a ellos, según la perspectiva de Tocqueville de que la miseria es menos soportable cuando no es absoluta—, decenas de millones de trabajadores protestaban por las desigualdades sociales. Las industrias de Rusia, Francia, Alemania y Gran Bretaña se vieron sacudidas por las huelgas, en ocasiones violentas, que sembraron la alarma e incluso el terror entre las clases gobernantes. En 1905, Rusia vivió su primera gran revolución. Alemania desplazó a Francia y Rusia como enemigo más plausible del Imperio Británico. Gran Bretaña, que había sido la primera nación industrializada del mundo, vio caer su cuota de la producción mundial de un tercio en 1870 a una séptima parte en 1913.

Todo esto sucedió en un lapso de tiempo corto, similar al que hoy nos separa de los ataques terroristas contra Estados Unidos en 2001. El político e historiador social Charles Masterman escribió, en 1909, que no tenía claro «si la civilización está a punto florecer o bien de convertirse en una marchita maraña de hojas secas y oro desvaído ... si estamos a punto de sumergirnos en un nuevo período de tumultos y agitación o si, de repente, se abrirá una puerta que revelará unos esplendores inimaginables».⁴ El escritor austríaco Carl von Lang escribió a principios de 1914: «Se nota que hay algo en marcha; lo único impredecible es el calendario. Quizá veamos varios años más de paz, pero es igualmente posible que, de la noche a la mañana, estalle una agitación terrible».⁵

No es de extrañar que a los hombres de estado de Europa, enfundados en sus fracs, les resultara difícil adecuar sus ideas y conducta a la nueva época a la que se vieron empujados de forma tan abrupta, a la aceleración de las comunicaciones que transformó las relaciones humanas y a un incremento del poder destructivo de las fuerzas armadas que pocos supieron entender. La diplomacia en coche de caballo, tanto como el gobierno de los coronados electos por un accidente de cuna, resultaron totalmente inadecuados para manejar una crisis de la era eléctrica. Winston Churchill escribió en 1930: «Apenas ha perdurado ninguna de las cosas materiales o de renombre que crecí considerando como permanentes o vitales.

Todo aquello que juzgaba imposible que sucediera, o me enseñaron a juzgarlo así, ha sucedido».⁶

Entre 1815 y 1870, Rusia, Prusia, Austria y Francia tuvieron casi la misma autoridad en el escenario mundial, por detrás de Gran Bretaña. Luego, la nueva Alemania aceleró y se la reconoció como la nación continental de mayor éxito, con diferencia: líder mundial en casi todos los sectores industriales, desde la farmacéutica a la tecnología automovilística, y pionera social en cuanto a la promoción de seguros médicos y pensiones de vejez. En Gran Bretaña, algunos patrioter belicosos se dejaron engañar por la inmensidad de su imperio y seguían creyendo en la primacía de su pequeño país; pero los economistas analizaron fríamente su eclipse, por detrás de Estados Unidos y de Alemania tanto en la producción como en el comercio, con el cuarto puesto ocupado por Francia. Todas las grandes naciones consideraban positiva la ambición de extender al máximo su propia grandeza y sus posesiones territoriales. Solo Gran Bretaña y Francia estaban a favor de mantener el *statu quo* en el extranjero, porque ya habían saciado sus ambiciones imperiales.

Otros se sentían inquietos. En mayo de 1912, el teniente coronel Alick Russell, agregado militar británico en Berlín, manifestó su preocupación por el febril estado de ánimo que percibía. A su juicio, «en los corazones alemanes [se vivía la] incómoda sensación de que el ejército patrio estaba adquiriendo la fama de una escasa predisposición al combate, más una intensa irritación ante lo que se consideraba arrogancia francesa y nuestra propia hostilidad, en apariencia inevitable». En conjunto, apuntaba, «obtenemos una suma de sentimiento nacional que, llegado el caso, podría decantar la balanza cuando se pese en ella la cuestión de la guerra o la paz».⁷ La preocupación de Russell por la imprevisibilidad e inestabilidad alemanas, que a veces rozaba la histeria, se reflejaba en todos sus despachos y fue creciendo durante los dos años siguientes.

En contra de lo que creían sus vecinos, sin embargo, en Alemania había mucha gente que no sentía interés por la guerra. El país se acercaba a una crisis constitucional. El Partido Socialdemócrata, que dominaba el Reichstag —pues el movimiento socialista alemán era el mayor del mundo—, se mostraba netamente hostil al militarismo. A principios de 1914, el agregado naval británico informó, no sin cierta sorpresa, de que las reuniones navales del Reichstag apenas contaban con asistencia; solo acudían entre veinte y cincuenta miembros, que además no paraban de cuchichear durante las intervenciones.⁸ La clase trabajadora industrial estaba sumamente distanciada de un gobierno formado por ministros conservadores a los que se había nombrado por resultar aceptables al káiser.

Pero Alemania, aunque ya no era un estado absolutista a la manera de Rusia, conservaba el carácter de una autocracia militarizada, más que de una democracia.

Su institución más poderosa era el ejército y su cabeza coronada adoraba verse rodeado de soldados. El 18 de octubre de 1913, el káiser Guillermo II decretó celebraciones a gran escala para conmemorar el centenario de la victoria de Leipzig, la batalla de las Naciones contra Bonaparte. Atendiendo al ejemplo real, los grandes almacenes alemanes cedieron extensas superficies para instalar dioramas conmemorativos. En el mercado había un surtido espléndido de productos de aire militar. En uno de los puestos del correo militar se vendía una armónica llamada *Wandervogel*, en honor de un movimiento de excursionismo juvenil austro-alemán. Una de las arpas más vendidas tenía grabada la inscripción *Durch Kampf zum Sieg* («Por la batalla a la victoria»)⁹. Gertrud Schädla, una maestra de veintisiete años que vivía en un pueblo cercano a Bremen, describió en su diario de mayo de 1914 un espectáculo para recaudar fondos para la Cruz Roja: «Me despierta mucho interés; ¿cómo iba a ser de otro modo, teniendo tres hermanos a los que pueden llamar a filas? Además, he comprendido la naturaleza crucial de este trabajo después de leer la vida de Florence Nightingale, y a través de la interesante obra de Paul Rohrbach *Der deutsche Gedanke in der Welt*, sé hasta qué punto es grave e incesante la amenaza de guerra que pesa sobre nosotros».

Guillermo II presidía un imperio que solo estuvo unificado en vida suya, y que, pese a haber alcanzado un enorme poderío económico, seguía preso de las inseguridades que su mismo dirigente encarnaba. No tenía verdadera sed de sangre, pero sí cierto gusto por las panoplias y las poses, y ansias de victoria militar; exhibía muchas de las características de una versión uniformada del Sr. Sapo de la novela *El viento en los sauces*, de Kenneth Grahame. Los visitantes destacaban la atmósfera extraordinariamente homoerótica de la corte, en la que el káiser recibía a sus amigos íntimos varones, como el duque de Wurtemberg, con un beso en los labios. En la primera década del siglo, la corte y el ejército se vieron agitados por una serie de escándalos homosexuales casi tan traumáticos como el caso Dreyfus en Francia. En 1908, Dietrich von Hülsen-Haeseler, jefe del secretariado militar del káiser, murió de un ataque al corazón mientras protagonizaba un *pas seul* de sobremesa, vestido con un tutú de ballet, ante el público del pabellón de caza, entre el que se contaba el propio emperador.

Y mientras el círculo íntimo de Guillermo demostraba su gusto por lo grotesco, él mismo perseguía sus pasiones con una inagotable falta de juicio. La mayoría de sus contemporáneos, incluidos los estadistas europeos, creían que estaba trastornado; clínicamente, es probable que tuvieran razón. Christopher Clark ha escrito: «Fue un ejemplar extremo de aquella categoría social eduardiana: el pesado del grupo que siempre le está contando su proyecto de turno al que tiene al lado. No es de extrañar que la perspectiva de verse acorralado por el káiser después de la comida o la cena, cuando era imposible huir, despertase el terror en los

corazones de tantos miembros de la realeza europea».¹⁰ El contraalmirante Albert Hopman, un oficial de la marina sagaz e iconoclasta, escribió del emperador en mayo de 1914: «Es vanidad pura; todo lo sacrifica a su humor y sus diversiones infantiles, y nadie lo controla en estas conductas. Me pregunto cómo personas con sangre, y no agua, en las venas, pueden soportar vivir a su alrededor».¹¹ Hopman describió en su diario un extraño sueño de la noche del 18 de junio de 1914: «Estaba de pie frente a un castillo ... Entonces vi al viejo káiser Guillermo [I], descompuesto, hablando con varias personas mientras sostenía el sable enfundado en la vaina. Yo me acerqué a él caminando, lo sostuve y lo conduje hacia el castillo. Mientras lo hacía, él me dijo: “Debéis desenvainar la espada ... Mi nieto [Guillermo II] es demasiado débil [para hacerlo]”».¹²

En la funesta partida de cartas de 1914, todos los monarcas europeos eran comodines; pero Guillermo era el caso más extremo. Bismarck legó a su país un sistema de gobierno disfuncional, en el que la voluntad del pueblo alemán, manifestada en la composición del Reichstag, quedaba falseada por los poderes del emperador, como la designación de los ministros y el jefe del Estado Mayor del ejército.¹³ Jonathan Steinberg ha descrito la era que se inauguró cuando Guillermo destituyó a su canciller, en 1890, al poco de asumir el trono: «Bismarck ... dejó un sistema que solo podía gobernar él —una persona excepcional—, y solo si tenía como superior a un káiser normal. [Luego] no se cumplió ninguna de las condiciones y el sistema fue resbalando hacia el terreno de la adulación, las intrigas y bravatas que convirtieron la Alemania del káiser en un peligro para sus vecinos». Max Weber, que nació en aquella era, escribió algo parecido de Bismarck: «Dejó una nación *carente de toda educación política ... del todo desprovista de voluntad política*. Se había acostumbrado a *someterse con paciencia* y fatalismo a todo lo que se decidiera por ella en nombre del gobierno monárquico».^{14*} Donde más se notaba la influencia democrática era en los asuntos económicos nacionales; donde menos, en la política exterior, muy secretista y dirigida por ministros nombrados personalmente por el káiser, inconscientes del equilibrio de representación en el Reichstag, y con una influencia del ejército variable, pero crucial.

Socialmente, los Hohenzollern lo entendieron todo mal. El príncipe heredero regresó de una serie de cacerías del zorro en Inglaterra, en 1913, convencido —no poco erróneamente— de la popularidad de Alemania entre la clase gobernante de aquel país. Su padre, con el brazo atrofiado y la obsesión por las minucias de los uniformes y los reglamentos militares, era una personalidad crispada que, para obtener respeto, tuvo que alternar lisonjas y amenazas en una sucesión poco prudente. En una ocasión, Guillermo preguntó al imperialista Cecil Rhodes: «Dígame, Rhodes, ¿cuál es la razón de que yo no sea popular en Inglaterra? ¿Qué

puedo hacer para ser más popular?». Rhodes le respondió: «Supongamos que prueba a no hacer nada». El káiser vaciló y luego prorrumpió en una sonora carcajada. Escapaba a sus capacidades atender a aquel consejo. En 1908, Guillermo garabateó una nota en el margen de un despacho de su embajador en Londres: «Si quieren una guerra, por mí, que la empiecen. ¡Nos nos asusta!».

En los años previos a 1914, las alianzas públicas no estaban grabadas a fuego: oscilaban, vacilaban, cambiaban. Los franceses inauguraron el siglo con una posible invasión de Inglaterra señalada en sus escenarios de guerra; y en 1905, los británicos aún tenían planes de contingencia para una posible guerra con Francia. Estos últimos también creyeron que Rusia podría abandonar la Triple Entente y unirse a la Triple Alianza. En 1912, el conde Berchtold, de Austria coqueteó tratando de acercarse a San Petersburgo, aunque este movimiento se fue a pique por las diferencias irreconciliables con respecto a los Balcanes. Al año siguiente, Alemania ofreció préstamos a Serbia. Entre la primera generación de los eruditos de Rhodes en Oxford, muchos eran jóvenes alemanes, cuya presencia reflejaba el respeto, incluso la reverencia, de los británicos por la cultura de su nación. Y la industria: hasta 1911, Vickers colaboró con Krupp en el diseño y la manufactura de las espoletas de obús.

Aunque la «carrera naval» anglo-germana perjudicó gravemente las relaciones bilaterales, el canciller Theobald Bethmann Hollweg y el canciller británico Richard Haldane intentaron mejorarlas, aunque de un modo titubeante; el primero, tratando de obtener la garantía de neutralidad británica en caso de una guerra continental. La reputación de Bethmann sufrió por aquellas aproximaciones, pues el nacionalismo alemán más fanático lo tomó por un presunto anglófilo. Mientras tanto, el hermano del káiser, el príncipe Enrique de Prusia, durante una conversación celebrada en Berlín en 1914 con el agregado de la marina británica, el capitán Wilfred Henderson, recalcó, en un inglés idiosincrásico pero fácilmente comprensible en cualquier mesa londinense, que «otras grandes potencias marítimas europeas no son hombres blancos».¹⁵ Este comentario, que desdeñaba por igual a rusos, italianos, austrohúngaros y franceses, mereció la cálida aprobación de Henderson. Al informar de estos comentarios principescos al Almirantazgo, escribía: «No puedo evitar sentir que Su Alteza Real ha expresado, en un inglés peculiar, un punto de vista muy extendido en nuestra propia armada».

Estas palabras se consideraron lo suficientemente embarazosas como para suprimirlas de un volumen de informes diplomáticos similares, publicado una generación después. Pero el asunto del príncipe se reavivó una noche en la que

cenaron juntos oficiales navales británicos y alemanes y solo se ofreció un brindis por «las dos naciones blancas».¹⁶ En la regata de Kiel de 1914, algunos marineros alemanes juraron amistad eterna a sus colegas visitantes de la Marina Real. El comandante del *Pommern* dijo a los oficiales del crucero *Southampton*: «Tratamos de acoplarnos a las tradiciones de nuestra marina, y cuando veo en los periódicos que hay que considerar la posibilidad de una guerra entre nuestras dos naciones, lo leo con horror; para nosotros, semejante conflicto sería una guerra civil». El almirante Tirpitz contrató a una institutriz inglesa para sus hijas, que completaron su educación en el Instituto Femenino de Cheltenham.

Ahora bien, si Alemania admiraba a Gran Bretaña, también quería provocarla, particularmente a través de la creación de una flota capaz de entablar combate con la Marina Real —este era, sobre todo, un compromiso personal del káiser, al que se oponían con firmeza tanto el canciller como el ejército— y, lo que es más importante, rechazando el equilibrio de poderes continental, tan amado por los británicos. En Kiel, en 1914, el vicealmirante sir George Warrender intentó adular a Tirpitz, diciendo: «Es usted el hombre más famoso de toda Europa». Tirpitz respondió: «Jamás había oído tal cosa». A lo que Warrender precisó: «Al menos en Inglaterra». El almirante masculló: «Ustedes, los ingleses, siempre creen que soy el Coco de Inglaterra». Así era Tirpitz y así era también el káiser. Aunque Alemania lo disimulase, sus líderes pretendían asegurarse el control de la dirección de Europa, algo que ningún gobierno británico les concedería, y luego proponían alargar el brazo al otro lado de los océanos del mundo.

Lord Haldane le dijo al príncipe Lichnowsky, según refirió luego el embajador alemán: «Inglaterra, si [los alemanes] atacamos Francia, se alzaría incondicionalmente en su ayuda, porque Inglaterra no puede permitir alteraciones en el equilibrio de poder». Pero a Lichnowsky no lo tomaban en serio en Berlín, en parte por el entusiasmo que mostraba hacia las cosas inglesas. Por otro lado, sus anfitriones tampoco le correspondían. El primer ministro británico Herbert Asquith escribió a su confidente Venetia Stanley, a propósito de los Lichnowsky: «Son unos invitados muy pesados. Ninguno de ellos tiene maneras, y él habla en demasía y muestra curiosidad por nimiedades».¹⁷

La advertencia de Haldane, transmitida a Berlín a través del embajador, fue descartada con desprecio. El general Helmuth von Moltke, el jefe de Estado Mayor alemán, consideraba al ejército británico una gendarmería imperial de escasa trascendencia; y a la Marina Real británica, una institución irrelevante en caso de enfrentamiento continental entre soldados. El káiser garabateó en el informe del embajador su propia idea de que el concepto británico de equilibrio de poderes era una «idiotez» que convertiría a Inglaterra «en nuestro eterno enemigo». Escribió a Francisco Fernando de Austria describiéndole las observaciones de Haldane como

algo «cargado de veneno y odio y envidia del buen curso de nuestra mutua alianza y de nuestros dos países». Varios académicos británicos advirtieron de la opinión imperante en las universidades alemanas sobre lo inevitable de un enfrentamiento histórico entre el pueblo del káiser y el suyo propio, identificándolos como la pujante Roma y la condenada Cartago.

Alemania y la monarquía dual de Austria-Hungría eran pilares gemelos de la Triple Alianza, de la que Italia era un tercer miembro en cuya participación en caso de guerra nadie confiaba. Durante buena parte del siglo anterior, al Imperio Otomano se lo había conocido como «el enfermo de Europa», por la mengua de su poderío y sus territorios. Ahora era esta la condición del imperio de los Habsburgo, cuya disolución, a la vista de sus propias contradicciones y minorías desafectas, era motivo de conjeturas constantes en las cancillerías y la prensa, sobre todo en Alemania. Pero los gobernantes del imperio de los Hohenzollern elevaron la conservación de su inseguro aliado a la categoría de objetivo clave en política de exteriores. El káiser y sus consejeros se encadenaron a los Habsburgo, sobre todo porque los beneficiarios de la disolución de Austria-Hungría serían sus enemigos más odiados: Rusia y los clientes balcánicos. El káiser cargó a menudo contra la «eslavidad» y el supuesto liderazgo ruso de un frente contra la «germanidad». El 10 de diciembre de 1912, dijo al embajador suizo en Berlín: «No dejaremos a Austria en la estacada: si la diplomacia fracasa, tendremos que luchar en esta guerra de razas».¹⁸

El imperio de los Habsburgo lo integraban cincuenta millones de personas de once nacionalidades, en los territorios de las actuales Austria, Eslovaquia, República Checa, Hungría, Croacia, Bosnia-Herzegovina, partes de Polonia y el noreste de Italia. Francisco José era un anciano de ochenta y tres años, ya cansado, que llevaba en el trono desde 1848 y creó la monarquía dual en 1867. Durante veintiocho años había disfrutado de relaciones íntimas con la actriz Katharina Schratt. En sus cartas se dirigía a ella como «mi querida buena amiga»; ella le contestaba como «Su Imperial y Real Majestad, mi más Augusto Señor». Ella tenía cincuenta y un años en 1914 y hacía tiempo que se habían asentado en una agradable rutina doméstica. En Ischl, su residencia de verano, el emperador paseaba en solitario hasta la casa de ella, Villa Felicitas, donde a veces llegaba a las 7 de la mañana, tras haber hecho llegar una nota: «Por favor, deja la puerta pequeña abierta».

Tras vivir algunos años de juventud como soldado, pero sin ver prácticamente ninguna acción militar, el emperador gustaba de vestir casi invariablemente el uniforme; a su juicio, el ejército era la fuerza unificadora del imperio. Su cuerpo de oficiales estaba dominado por nobles, la mayoría de los cuales combinaban el engreimiento con la incompetencia. Como símbolo del reinado de Francisco José

cabe citar su insistencia, siendo él un monarca joven, en celebrar ejercicios militares en un patio de armas cubierto por una capa de hielo, lo cual provocó resbalones y caídas de muchos caballos, además de la muerte de dos de sus jinetes. A una escala mayor, fue así como siguió gobernando, tratando de desafiar a unas fuerzas sociales, políticas y económicas inexorables. Norman Stone ha definido la monarquía Habsburgo como «un sistema de escapismo institucionalizado».¹⁹ Su capital albergaba tanta pobreza y desempleo como cualquier ciudad europea, y más desesperación que la mayoría: en 1913, casi 1.500 vieneses intentaron suicidarse y más de la mitad lo lograron. En cuanto al consentimiento popular, un escritor ha señalado a propósito del Parlamento austríaco: «Era menos una legislatura que una algarabía. Pero como la algarabía era vienesa, sonaba y rechinaba con cierto estilo».²⁰ En marzo de 1914, el jaleo subió demasiado el tono para Francisco José: suspendió el Reichsrat, a la vista de los incesantes enfrentamientos entre sus miembros checos y alemanes. En adelante, él y sus ministros gobernaron por decreto.

Austria-Hungría era una sociedad predominantemente rural, pero por Viena se brindaba como por una de las capitales más cultas y cosmopolitas de la Tierra, adorada por Franz Lehár y Thomas Mann. Lenin la consideraba una «ciudad poderosa, bella y llena de vida». El «Alexander's Ragtime Band» de Irving Berlin se cantaba allí en inglés, y en 1913 fue anfitriona del estreno mundial del *Pigmalión* de Bernard Shaw. Es una rareza del destino que, en aquel mismo año, Stalin, Trotsky, Tito y Hitler vivieran durante algunos meses en Viena. El gran boxeador estadounidense Jack Johnson fue la estrella de aquella temporada de invierno en el Teatro Apolo. Entre un gran número de cafés famosos, el Landtmann era el preferido de Sigmund Freud. La ciudad representaba un pináculo mundial del esnobismo: los tenderos hacían reverencias, hacían resonar los taconazos e incluso besaban las manos de sus clientes de clase media; los adulaban añadiendo incluso un aristocrático «von» a sus nombres y dirigiéndose a ellos como «Su Gracia». El servicio doméstico estaba sometido a rutinas prácticamente feudales: el derecho laboral autorizaba a las criadas a descansar solo siete horas cada dos semanas, en domingos alternos. La aristocracia vienesa tenía una costumbre de Año Nuevo que consistía en verter copas de plomo fundido en cubos de champán helado, para intentar predecir el futuro atendiendo a las formas en las que el metal se hubiera endurecido.

La vida social de la aristocracia austríaca era la más ritual de Europa, dominada por las apariencias en la platea del Teatro de la Corte y de la Ópera de la Corte, y semanalmente en las visitas programadas a las residencias particulares. Todo vienes que se preciase sabía que el domingo era la tarde de la princesa Croy; el lunes, de la condesa Haugwitz; el martes, de la condesa Berchtold; el miércoles,

de la condesa Buquoy. La condesa Stenberg organizaba jornadas de esquí de fin de semana en Semmering, en los Alpes; la condesa Larisch presidía las partidas de *bridge*; de Pauline, la princesa Metternich, se decía que recibía a tantos banqueros judíos que se la conocía burlescamente como «Notre Dame de Zion». Viena contaba con una de las comunidades judías más numerosas e influyentes de Europa, con el formidable antisemitismo que ello traía aparejado.

Aunque los alemanes trataban a los austríacos con condescendencia en los campos político y militar, en las reuniones con los Habsburgo en terreno propio tenían tendencia a los ataques de incompetencia social. Wickham Steed, que tantos años fuera corresponsal de *The Times*, escribió de Viena: «La combinación de lo majestuoso y lo hogareño, de la luz y el color; la ausencia, por comparación, de monstruosidades arquitectónicas, y la influencia italiana que se percibe en todas partes contribuyen, junto con la gracia y la belleza de las mujeres, la educada amabilidad de los habitantes y el acento cálido y abierto de sus palabras, a cautivar el ojo y el oído de cualquier visitante de mundo».²¹ Pero Steed también consideró que la vanidad vienesa era «insufrible»; percibía «una atmósfera general de irrealidad» y se quejaba de que la ciudad carecía de alma.

Los austríacos cultivaron relaciones con Alemania, Turquía y Grecia, en un esfuerzo por frustrar las ambiciones serbias de crear un estado paneslavo: una Yugoslavia que integraría a varios millones de súbditos de los Habsburgo. En los años anteriores a 1914, el imperio también se acostumbró a utilizar amenazas militares como extensión habitual de su diplomacia. Sus generales contemplaban la guerra con una despreocupación irresponsable, como una mera herramienta de los intereses nacionales, más que como un pasaporte al Hades. Conforme aumentaba la alienación de las minorías, crecía también la torpeza en el manejo de la represión imperial. Viena fomentaba la separación entre sus súbditos musulmanes, serbios y croatas. A casi todas las minorías les estaban negados los derechos políticos, pero se les podían exigir cargas fiscales leoninas. Tal vez Viena se moviese a ritmo de vals, pero en los dominios de Francisco José poco más estaba teñido de gracia o clemencia. Lo mejor que se puede decir es que sus vecinos no se comportaban mejor.

Los líderes de Rusia compartían con la corte del káiser la creencia de que los dos imperios estaban destinados a participar en una lucha histórica entre la germanidad y la esclavitud. Los alemanes no ocultaban su desprecio hacia los rusos y los sometían a desaires constantes. Al mismo tiempo, los súbditos del zar se resentían de la superioridad cultural e industrial de Alemania. Turquía era el motivo de

fricción más notorio y conflictivo entre ambas naciones. Ambos países rodearon al renqueante Imperio Otomano como depredadores empeñados en apoderarse de partes selectas de su cadáver. El control de la entrada al mar Negro por los Dardanelos, por donde pasaba el 37 % de las exportaciones rusas, era una cuestión especialmente crítica. A San Petersburgo le valía con una débil supervisión otomana; no con la dominación germánica, pero este era un objetivo clave en la política exterior del káiser. Los Jóvenes Turcos que subieron al poder en la Constantinopla de 1908 dieron la bienvenida a la ayuda alemana, sobre todo a los consejeros militares, en su campaña de modernización del país. Con respecto al punto de vista de Berlín, cuando el general Liman von Sanders partió a hacerse cargo del acuartelamiento de Constantinopla en 1913, Guillermo le apremió: «Cree usted para mí un nuevo ejército vigoroso que obedezca mis órdenes».²²

El nombramiento de Liman para la plaza de Constantinopla despertó la consternación en San Petersburgo. El presidente de la Duma rogó a Nicolás II que demostrase su audacia arrebatando los Dardanelos a los otomanos antes de que lo hicieran los alemanes: «El Estrecho debe ser nuestro. Recibiremos la guerra con los brazos abiertos y esta incrementará el prestigio del gobierno».²³ En una reunión del consejo de ministros de diciembre de 1913, se preguntó a los ministros de Guerra y Marina si estaban preparados para prestar sus servicios en combate, a lo que respondieron que «Rusia estaba en perfectas condiciones para la contienda con Alemania, ni qué decir con Austria».²⁴ En febrero siguiente, los servicios de inteligencia militar rusos pasaron al gobierno un memorando secreto alemán que causó conmoción en San Petersburgo: enfatizaba la resolución de Berlín de controlar los Dardanelos y asegurar que los oficiales del káiser dominaran las baterías de artillería del Estrecho. Parece exagerado sugerir, como hacen algunos historiadores, que los rusos ansiaban iniciar una guerra en 1914 para hacerse con los accesos al mar Negro, pero no cabe duda de que sí deseaban combatir para impedir que los alemanes los tomaran como propios.

Para la consternación de sus enemigos austríacos y alemanes, Rusia vivió un momento esplendoroso en los últimos años anteriores al Armagedón. Después de 1917, sus nuevos gobernantes bolcheviques forjaron un mito a propósito del fracaso industrial de los zares. En realidad, la economía rusa se había convertido en la cuarta del mundo, con un crecimiento anual de casi el 10 %. La renta nacional del país en 1913 era casi tan alta como la de Gran Bretaña, el 171 % de la de Francia o el 83,5 % de la alemana, si bien distribuida entre una población mucho más numerosa: el zar gobernaba a doscientos millones de personas, frente a los sesenta y cinco del káiser. Rusia tenía la mayor producción agrícola de Europa, con un cultivo cerealístico igual al de Inglaterra, Francia y Alemania juntas. Tras varios años de buenas cosechas, los ingresos del Estado iban en alza. En 1910, la densidad

ferroviaria de la Rusia europea suponía solo una décima parte de la británica o alemana, pero mediante préstamos franceses, se amplió rápidamente. La producción rusa de carbón, hierro, acero y productos de algodón se equiparaba con la de Francia, aunque todavía era bastante inferior a las de Alemania o Gran Bretaña.

En su mayoría, los rusos vivían notablemente mejor que a finales del siglo anterior: la renta per cápita creció en un 56 % entre 1898 y 1913. Con la expansión de las escuelas, los índices de alfabetización se duplicaron en el mismo período, rozando casi el 40 %, mientras que los de mortalidad infantil y general cayeron en picado. Había una clase empresarial pujante, aunque con poca influencia sobre el gobierno, aún dominado por la aristocracia terrateniente. El costoso estilo de vida ruso despertaba fascinación entre los europeos occidentales. La elegante revista británica *The Lady* retrataba el imperio de Nicolás II en unos términos románticos e incluso efusivos en exceso: «Este enorme país, con sus grandes ciudades y áridas estepas, sus extremos de riqueza y pobreza, atrapa la imaginación. No pocos ingleses e inglesas han sucumbido a su fascinación y lo han convertido en su hogar; y los ingleses, por lo general, son bienvenidos y del agrado de los rusos. Se sabe que las niñas de las clases más acaudaladas reciben una esmeradísima formación. Las mantienen bajo un control muy estricto en las habitaciones infantiles y las aulas de estudio; llevan una vida sencilla y saludable; estudian varias lenguas, entre las que se cuentan el inglés y el francés..., con el resultado de que su formación es rica, son interesantes y elegantes, y sus formas, agradables y reposadas».²⁵

Era cierto, sin duda, que el resto de las monarquías y círculos aristocráticos europeos se codeaban sin problemas con sus colegas rusos, que se sentían tanto en su casa cuando estaban en París, Biarritz o Londres, como cuando estaban en San Petersburgo. Pero el régimen zarista, y la aristocracia extremadamente hedonista que había tras él, se enfrentaba a graves tensiones dentro de la propia nación. Fueran cuales fuesen las dificultades a las que se tuviera que enfrentar el imperio de los Habsburgo para manejar a sus minorías étnicas, las de los Romanov eran peores: la rusificación forzosa, sobre todo en lo lingüístico, sufría una tremenda resistencia en Finlandia, Polonia, los estados bálticos y las regiones musulmanas del Cáucaso. Además, Rusia debía afrontar una gran agitación política provocada por la desafección de los trabajadores industriales. En 1910, el país sufrió 222 huelgas, todas atribuidas según la policía a cuestiones económicas, más que a factores políticos. En 1913, la cuenta había ascendido a 2.404 huelgas, de las que 1.034 se tacharon de políticas; durante el año siguiente, se produjeron 3.543 y 2.565 se consideraron políticas. El barón Nikolai Wrangel profetizó: «Estamos en vísperas de unos acontecimientos cuya naturaleza el mundo no ha conocido desde los tiempos de las invasiones bárbaras. Pronto, todo aquello que forma parte de nuestras vidas parecerá inútil a los ojos del mundo. Está a punto de comenzar un

período de barbarie que durará décadas».

Nicolás II era un hombre sensible, más racional que el káiser, si no más inteligente. Habiendo visto que la guerra ruso-japonesa —que libró por instigación de Guillermo— provocó una revolución interior, el zar supo entender que un conflicto general en Europa sería desastroso para la mayoría de los participantes, si no para todos. Pero conservaba una fe cándida en los intereses comunes del gremio de los emperadores, dando por supuesto que él y Guillermo disfrutaban de un entendimiento personal y estaban comprometidos con la paz a partes iguales. No obstante, las recientes humillaciones sufridas por Rusia —en 1905, por parte del ejército japonés, y en 1908, de la diplomacia austríaca, cuando los Habsburgo se anexionaron sumariamente Bosnia-Herzegovina— ejercieron en el zar una influencia contradictoria. Esta última le escocía especialmente. En enero de 1914, Nicolás II indicó sin ambages al antiguo ministro de Exteriores francés, Théophile Delcassé: «No vamos a permitir que nos pisoteen».²⁶

Nicolás II era un gobernante concienzudo, que revisaba todos los despachos y telegramas del extranjero; muchos informes de la inteligencia militar llevaban su marca personal. Pero tenía una imaginación limitada: vivía en una reclusión casi divina, apartado de su pueblo, atendido por ministros de diversos grados de incompetencia, entregados a mantener el gobierno autoritario. Paternalista y seguro de sí mismo, en sus visitas a las zonas rurales se dejaba engañar sobre la popularidad de la monarquía por las fugaces estampas de un campesinado clamoroso con el que jamás trató en serio. Creía que el sentimiento revolucionario, el reformista incluso, quedaba restringido a judíos, estudiantes, agricultores sin tierras y algunos obreros industriales. El káiser no se hubiera atrevido a actuar con la arbitrariedad que demostró el zar en su desprecio a la voluntad del pueblo: cuando la Duma votó contra la financiación de cuatro acorazados para la flota del Báltico, Nicolás se encogió de hombros y ordenó que los construyeran de todos modos. Incluso la opinión del Consejo de Estado, con sus 215 miembros —sobre todo, terratenientes o nobles—, tenía un peso limitado.

Si en 1914 no había ningún gobierno europeo que demostrase gran cohesión, el de Nicolás II estaba particularmente destartado. Lord Lansdowne hizo una mordaz observación a propósito de la debilidad de carácter del monarca: «La única forma de tratar con el zar es ser el último en abandonar la habitación». Su consejero político más importante era Sergei Sazonov, el ministro de Exteriores, quien tenía cincuenta y tres años y formaba parte de la nobleza menor; había viajado por toda Europa y trabajó en la embajada rusa en Londres, donde desarrolló un recelo malsano hacia los propósitos británicos. Llevaba cuatro años al frente del Ministerio de Exteriores. Su departamento —conocido, por su ubicación, como el Puente de los Cantantes, igual que a su homólogo francés se lo llamaba el Quai

d'Orsay— apenas hablaba con el Ministerio de Guerra o con su titular, Vladimir Sukhomlinov; entre tanto, este apenas tenía noticia de las cuestiones internacionales.

Los estadistas rusos estaban divididos entre orientalistas y occidentalistas. Algunos defendían priorizar el Asia rusa y explotar sus recursos minerales. El barón de Rosen, diplomático de oficio, recalcó al zar que su imperio no tenía intereses en Europa, fuera de sus propias fronteras; y, por supuesto, ninguno que valiera una guerra. Pero Rosen fue víctima de las burlas de otros asesores reales que lo acusaban de no ser «un auténtico ruso». El respeto personal que Nicolás sentía hacia Alemania, su simpatía incluso, lo llevó a encaminar casi toda su hostilidad impulsiva contra Austria-Hungría. Aunque no promovía el paneslavismo, estaba decidido a hacer valer la legitimidad de la influencia rusa en los Balcanes. Aún hoy se debate vivamente en qué grado semejante supuesto podía justificarse en los terrenos de lo moral y lo político.

La intelectualidad rusa detestaba y despreciaba por sistema el régimen imperial. El capitán Langlois, un francés experto en el imperio zarista, escribió en 1913 que «la juventud rusa, respaldada o, por desgracia, incluso animada por sus maestros, adoptó sentimientos antimilitaristas e incluso antipatrióticos que apenas podemos imaginar».²⁷ Cuando llegó la guerra, el cinismo de la clase rusa culta quedó en evidencia por la gran cantidad de hijos de aquellas familias que eludieron el servicio militar. La literatura rusa no había dado ningún Kipling que cantase las alabanzas del imperio. La falta de autoestima, unida a una agresividad nacionalista, ha sido siempre una llamativa contradicción del carácter ruso. Los súbditos reflexivos de Nicolás eran conscientes de sus reiterados fracasos en las guerras: habían perdido contra británicos, franceses, turcos y japoneses. Esta última contienda representó la primera ocasión en la historia moderna en la que una nación europea caía derrotada ante otra asiática, lo cual agravaba la humillación. En 1876, el príncipe Gorchakov, ministro de Exteriores, había comentado a un colega con pesimismo: «Somos una gran nación impotente».²⁸ En 1909, el general A. A. Kireyev lamentaba en su diario: «Nos hemos convertido en una potencia de segunda»; a su juicio, la unidad imperial y la cohesión moral se estaban derrumbando.²⁹ Cuando Rusia consintió que Austria se anexionase Bosnia-Herzegovina, él exclamó con amargura: «¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! ¡Valdría más morir!».

La nueva relación de Francia con Rusia se trabó en 1894, cuando los dos gobiernos firmaron una convención militar. Era consecuencia del convencimiento de que ninguna de las dos naciones podría aspirar a luchar por sí sola contra Alemania, que representaba una amenaza común; y que solo una alianza como aquella podía ofrecer garantías contra las ambiciones expansionistas del káiser. A partir de entonces, los franceses avanzaron sustanciosos préstamos a San

Petersburgo, destinados sobre todo a la construcción de una red de ferrocarriles estratégica. Francia tenía muchos vínculos culturales con Rusia, simbolizados en los Ballets Rusos de Diaghilev, el no va más de París. La estrecha relación militar conocida como Entente Dual experimentó una evolución progresiva: en 1901, los rusos acordaron con los franceses que su ejército se enfrentaría a los alemanes dieciocho días después de cualquier declaración de guerra. Los fondos franceses financiaron un ambicioso programa de rearme y los rusos incluso aspiraban a haber creado, para 1930, una marina de guerra de primera categoría.

En los tiempos de paz, el ejército del zar era el mayor de Europa: 1,42 millones de hombres, que podían ascender a cinco millones con la movilización. Pero ¿podrían luchar? Muchos extranjeros se mostraban escépticos. Tras observar unas maniobras rusas, el agregado militar británico escribió: «Vimos mucho espectáculo marcial, pero muy poco adiestramiento serio para la guerra moderna».³⁰ El general francés Joseph Joffre, invitado a inspeccionar las fuerzas de Nicolás en agosto de 1913, se mostró de acuerdo.³¹ Consideró que varios asesores del zar —entre ellos, el propio ministro de Guerra— eran francamente hostiles a la entente de su país con Francia. El ejército ruso cargaba con el peso de líderes débiles y enfrentamientos crónicos entre bandos; un historiador ha escrito que conservaba «rasgos propios de un cuerpo de guardia dinástico».³² Su espíritu se definía mejor por la disciplina brutal que por la pericia o la motivación, aunque sus comandantes daban por sentado que sus hombres lucharían mejor en una causa eslava que contra los japoneses en 1904-1905.

Los rusos se sentían orgullosos de la ayuda que habían prestado para liberar a buena parte de los Balcanes del dominio otomano, y no estaban dispuestos a que ocupara su lugar la hegemonía austríaca o la alemana. El *Novoe Vremya*, periódico oficioso de San Petersburgo, publicó en junio de 1908 que era imposible permitir que Alemania ostentara el dominio cultural en el sur y el este de Europa «sin que se perdiera el carácter ruso».³³ En 1913, el segundo de la embajada británica en Belgrado, G. H. Barclay, escribió que «Serbia es, a efectos prácticos, una provincia rusa».³⁴ Se trataba de una exageración, porque los líderes serbios se negaban a ceder su autoridad, pero San Petersburgo dejó claro que el país estaba bajo su protección. Las garantías de seguridad que Rusia brindó a Serbia resultaron ser tan fatales para la paz europea como el apoyo de Alemania a Austria, aunque con la notable diferencia de que las primeras eran defensivas y el segundo, agresivo. Sin embargo, en último término, Rusia incurrió en una irresponsabilidad al no exigir debidamente que, como compensación a su respaldo militar, Serbia pusiera fin a la subversión en el imperio de los Habsburgo.

Los eslavos del sur vivían en cuatro estados distintos —el imperio de los Habsburgo, Serbia, Montenegro y Bulgaria— bajo ocho sistemas de gobierno diferentes. Su apasionado nacionalismo se cobró un terrible y sangriento precio: cerca del 16 % de la población total —casi dos millones de hombres, mujeres y niños— murió violentamente en los seis años de enfrentamiento militar que precedieron al armisticio de 1918. Serbia libró dos guerras balcánicas, en 1912 y 1913, para aumentar sus territorios y su poder anexionándose partes del Imperio Otomano. En 1912, el ministro de Exteriores ruso declaró que un triunfo serbo-búlgaro sobre los turcos sería el peor resultado posible de la primera guerra balcánica, porque otorgaría poder a los estados locales para que volvieran sus instintos agresivos ya no en contra del islam, sino de la germanidad: «En este caso ... se debe estar preparado para una gran guerra europea, general y decisiva». Y, ciertamente, búlgaros y serbios vencieron en aquel conflicto; una ulterior victoria serbo-rumana en la segunda guerra balcánica —en la que se disputaba el botín de la primera— empeoró aún más las cosas. Serbia duplicó su territorio al incorporar Macedonia y Kosovo. Los serbios rebotaban orgullo, ambición y exceso de confianza. Parecía que la guerra les iba bien.

En junio de 1914 se creyó que el ministro plenipotenciario ruso en Belgrado, el paneslavista convencido Nikolai Hartwig, era partidario de un enfrentamiento armado entre Serbia y Austria, pero es casi seguro que no sucedía lo mismo con San Petersburgo. El embajador ruso en Constantinopla se lamentaba de que Hartwig, antiguo columnista de periódico, «muestre la actividad propia de un periodista irresponsable».³⁵ Serbia era un país joven, que no fue arrebatado al Imperio Otomano hasta 1878 y ahora se encontraba pegado a la frontera sureste del imperio de los Habsburgo como un tumor maligno. Los estadistas occidentales contemplaban la zona con impaciencia y suspicacia. La fe en sí mismos y el popular eslogan «Donde vive un serbio, allí está Serbia» desestabilizaron los Balcanes. Las cancillerías europeas se irritaron con su cultura de la «pequeña Serbia» como víctima orgullosa. Los serbios trataron a sus minorías, sobre todo a los súbditos musulmanes, con una brutalidad evidente y, en muchas ocasiones, letal. Todas las potencias continentales comprendieron que los serbios no realizarían su ambición —que su gobierno abarcara también a los dos millones de hermanos que aún estaban bajo mandato de los Habsburgo— sin derrocar al imperio de Francisco José.

Solo cuatro millones y medio de serbios ocupaban 87.300 kilómetros cuadrados de regiones rurales ricas y montañas estériles: un país más pequeño que Rumanía o Grecia. Cuatro quintas partes de la población vivía de la tierra, y el país conservaba un exótico legado oriental de los largos años de sometimiento otomano. Sus industrias, pues, eran de base agrícola: molinos de harina y aserraderos,

refinerías de azúcar, tabaco. «A poco más de dos días de tren [desde Londres]»,³⁶ escribía un viajero emocionado antes de la guerra, «hay un país subdesarrollado de una extraordinaria fertilidad y potencialmente rico, con una historia más maravillosa que ningún cuento de hadas y una raza de héroes y patriotas que quizá un día cojan a Europa por las orejas ... No conozco otro país que pueda ofrecer una impresión de belleza tan general, un aire medieval tan inconfundible. Todo el ambiente es de novela romántica. La conversación se ve salpicada de cuentos de huidas casi milagrosas y hazañas de caballería ... Todo extranjero es bien recibido y, más que ninguno, el inglés».³⁷

Otros veían a Serbia bajo un prisma menos rosado: el país ejemplificaba la tradición balcánica de la violencia nacional, del cambio de régimen por asesinato. La noche del 11 de junio de 1903, un grupo de jóvenes oficiales serbios cayó sobre el tiránico rey Alejandro y la odiada reina Draga, a la luz de las velas, en sus aposentos privados del palacio: más tarde hallaron los cuerpos en el jardín, acribillados a balazos y mutilados. Entre los asesinos se encontraba Dragutin Dimitrijević, que se convertiría en el Apis de la conspiración de Sarajevo: fue herido en una refriega con la guardia real y eso le valió la condición de héroe nacional. Cuando el rey Pedro regresó de un prolongado exilio en Suiza para asumir el trono de lo que teóricamente era una monarquía constitucional, Serbia no había calmado las luchas entre facciones. Pedro tenía dos hijos: el mayor, Jorge (Đorđe), había estudiado en Rusia y era frívolo y violento; tuvo que renunciar a su derecho al trono en 1908, tras un escándalo: mató a patadas a su mayordomo. Su hermano Alejandro, que pasó a ser el heredero real, era sospechoso de haber intentado envenenar a Jorge. La familia real serbia no era un modelo de coexistencia pacífica y el ejército ostentaba tanto poder como el de un pequeño estado moderno de África.

Aunque la de Serbia era una sociedad rural, gozaba de una economía dinámica y una clase intelectual formada en Occidente. Un refinado aspirante a este círculo transmitía su entusiasmo a un visitante extranjero: «Estoy tan orgulloso de este país. Es tan bucólico, ¿no le parece? Siempre me recuerda a la sinfonía Pastoral de Beethoven». Silbó unos compases abstraído. «No, me he equivocado; esta es la Tercera, ¿no?».³⁸ Siglos de dominación otomana habían dejado un exótico legado cultural de tintes orientales. El corresponsal estadounidense John Reed escribió:

En las estaciones se ve a gentes de toda clase: hombres con turbante, con fez o cubiertos con sombreros cónicos de piel marrón; hombres con pantalones turcos o con camisas largas y medias de lino crudo, tejidas en casa; con chalecos de piel profusamente adornados con círculos y flores, o trajes de gruesa lana marrón ornamentados con diseños trenzados en negro; anchos fajines rojos que les envuelven varias veces el pecho, sandalias de cuero cosidas a un círculo en la punta y cogidas hasta la pantorrilla, con cintas de cuero que atan a la altura de las rodillas; las mujeres, con velos y bombachos turcos, o con

chaquetas de lana o cuero bordadas en colores brillantes, cinturones de la excepcional seda que tejen en el pueblo, enaguas de lino bordadas, delantales negros adornados con flores, gruesas sobrefaldas tejidas en vistosas rayas de colores y recogidas atrás, y pañoletas de seda blancas o amarillas sobre la cabeza.³⁹

En los locales públicos, los hombres bebían café turco y tomaban el cremoso *kaymak*. Cada domingo, en las plazas de los pueblos, los campesinos se reunían para bailar; tenían danzas distintas para celebrar los matrimonios o los bautizos, e incluso para cada partido en época electoral. Cantaban canciones, a menudo, con contenido político: «¡Tú paga mis impuestos, que yo te votaré!». Este era el país que despertaba, en la misma medida, una intensa angustia y hostilidad en Austria y un sentimiento de protección en Rusia. Se contemple como se contemple el papel de Serbia en la crisis de 1914, cuesta defender que se trataba de una comunidad de mártires inocentes.

En la Europa occidental, la violencia balcánica era un hecho tan conocido que las nuevas manifestaciones apenas provocaban un hastiado desdén. En París, en junio de 1914, la situación general de Europa se consideraba menos peligrosa que en 1905 o 1911, cuando la diplomacia logró distender las profundas tensiones entre la Triple Alianza y la Triple Entente.⁴⁰ Raymond Poincaré, a la sazón de cincuenta y tres años, era un antiguo primer ministro conservador que, tras ser elegido presidente en 1913, fue el primero en dar a su puesto un carácter más ejecutivo que ceremonial. Aunque se convirtió en el primer hombre en el cargo que, desde 1870, cenaba en la embajada alemana en París, detestaba y temía a la nación del káiser y ofreció su apoyo para que Rusia fuese el pilar central de la política de exteriores francesa. Pocos historiadores responsables sugieren que los franceses deseaban una guerra europea en 1914, pero Poincaré, en lo tocante a su participación en tal suceso, renunció en gran medida a la independencia de criterio de su país. Los alemanes eran los enemigos históricos de su pueblo. Se sabía que su plan bélico exigía asaltar Francia de inmediato, antes de dirigirse contra Rusia. Poincaré creyó —quizá con acierto— que las potencias de la Entente tenían que avanzar unidas si no querían que Alemania acabara con todas ellas, una por una.

Francia se había recuperado extraordinariamente de la derrota ante Prusia en 1870. Que Bismarck se anexionara las dos provincias francesas de Alsacia y Lorena, como zona de amortiguamiento estratégica al oeste del Rin, seguía siendo un agravio, pero ya no era una herida abierta en la conciencia nacional. El imperio francés prosperaba, pese al descontento crónico de sus súbditos musulmanes, especialmente en el norte de África. El prestigio del ejército había quedado seriamente dañado por los diez años de alarde de brutalidad, esnobismo, estupidez y

antisemitismo que sus oficiales de mayor rango exhibieron durante el caso Dreyfus, pero ahora se lo reconocía —aunque no el káiser— como una de las fuerzas de combate más formidables de Europa. Las crecientes fortunas francesas y su compromiso con la innovación se plasmaron en las primeras cabinas telefónicas, la electrificación del ferrocarril y el nacimiento de los mapas Michelin. Los hermanos Lumière fueron pioneros en la evolución del cine. El transporte estaba experimentando un proceso de mecanización; París se convirtió en la cuarta ciudad del mundo dotada de metro, que pronto trasladaba a cuatrocientos millones de pasajeros por año. Se la reconocía como la capital cultural del mundo, hogar de las vanguardias y de los mejores pintores de la Tierra.

La Tercera República era conocida como la *république des paysans*; aunque seguía existiendo desigualdad social, la influencia de la clase terrateniente era más débil que en cualquier otro país de Europa. El bienestar social francés evolucionó con la incorporación de un sistema de pensiones voluntario, una legislación sobre los seguros de accidentes y un sistema sanitario mejorado. La clase media francesa tenía más poder político que la de ningún otro país europeo. Poincaré era abogado e hijo de funcionario. El anterior y futuro primer ministro, Georges Clemenceau, era médico e hijo de médico. En la medida en que la aristocracia desempeñaba una profesión, lo hacía dentro del ejército, aunque debemos señalar que los orígenes de los principales militares franceses de 1914-1918 —Joseph Joffre, Ferdinand Foch y Philippe Pétain— eran modestos por igual. La influencia de la Iglesia disminuía a pasos agigantados entre el campesinado y las masas industriales; su poder residual se mantenía entre los miembros de la aristocracia y la burguesía.⁴¹ Desde el punto de vista social, la nación era cada día más ilustrada: aunque el artículo 213 del Código Napoleónico aún decretaba que la mujer debía obediencia legal a su esposo, un modesto pero creciente número de mujeres empezó a practicar la abogacía o la medicina, como la muy señera Marie Curie, ganadora de dos premios Nobel.

En el campo, las condiciones seguían siendo rudimentarias y los campesinos vivían en estrecha proximidad con sus animales. Los extranjeros se burlaban de los hábitos de higiene de los franceses, por considerarlos insuficientes: la mayoría de la gente se bañaba una sola vez por semana y los hombres de clase media más modestos guardaban las apariencias con cuellos y puños falsos.⁴² Los franceses mostraban más tolerancia con los burdeles que ninguna otra nación europea, aunque había cierta polémica acerca de si esto era el reflejo de su progreso o de una depravación. El alcoholismo suponía un problema grave, que empeoró con la prosperidad: el francés medio consumía 162 litros de vino al año; algunos mineros mitigaban la dureza de sus trabajos bebiendo hasta seis litros diarios. El país tenía medio millón de tabernas: una por cada 82 habitantes. Hay constancia de que las madres ponían vino en los biberones de sus bebés y los médicos solían prescribirlo

en caso de enfermedad, incluso a los niños. El vino y la masculinidad formaban un binomio indisoluble. Beber cerveza o agua se consideraba antipatriótico.

Los políticos franceses estaban obsesionados con la necesidad de contrarrestar la ventaja demográfica alemana. Entre 1890 y 1896 —los años de nacimiento de la mayoría de los combatientes de la primera guerra mundial—, el pueblo del káiser engendró más del doble de niños que sus vecinos republicanos; según el censo de 1907, la población francesa sumaba 39 millones de personas,⁴³ lo que significaba tres alemanes por cada dos franceses. En Francia, las trabajadoras gozaban de un permiso de maternidad, con una bonificación en efectivo para las que daban el pecho. Los niveles de salud habían mejorado de un modo sorprendente desde comienzos del siglo xx, cuando uno de cada diez nuevos reclutas militares de Francia medía menos de 1,55 metros de altura.⁴⁴ Pero muchas familias burguesas decidieron desafiar a sus sacerdotes y limitarse a un solo hijo. Poincaré presentó su ley de 1913 del servicio militar obligatorio de tres años como una medida de defensa esencial.⁴⁵ Gracias a un esfuerzo heroico, Francia había recuperado la condición de gran potencia. Pero casi nadie, incluido su propio pueblo, pensaba que sus efectivos militares pudieran equipararse, sin más ayuda, a los de Alemania; y por esto habían buscado la alianza con Rusia.

Los británicos, el tercer y último pilar de la Entente, gobernaban el mayor imperio jamás visto en el mundo, y seguía siendo su principal potencia financiera, pero los contemporáneos más atentos comprendieron que su dominio estaba desapareciendo. En su país se producía una enorme riqueza, pero las divisiones sociales y políticas se habían agudizado. Los cinco millones de británicos más prósperos se repartían unos ingresos de 830 millones de libras esterlinas, mientras que los otros treinta y ocho millones se conformaban con un resto de 880 millones. El periodista Georges Dangerfield analizó la situación de Gran Bretaña en las épocas eduardiana y posteduardiana, desde la perspectiva de 1935, en su obra capital *The Strange Death of Liberal England*:

El nuevo financiero, el nuevo plutócrata, tenía poco de aquel sentido de la responsabilidad que antaño había sancionado el poder de las clases terratenientes. Era una figura puramente internacional, o eso parecía, y su lenguaje era el dinero ... ¿Dé dónde provenía el dinero? No parecía preocuparle a nadie. Estaba allí para gastarlo, y para hacerlo de la forma más ostentosa posible; porque sus nuevos dueños impusieron la moda ... La sociedad, en los últimos años de preguerra, se tornó desenfrenadamente plutocrática; las clases medias se volvieron más confiadas y dependientes; solo los trabajadores parecían privados de su porción de prosperidad ... Las clases medias ... miraban a los productores de Inglaterra con una mirada cínica, temerosa y vengativa.⁴⁶

En 1926, C. E. Montague adoptó un punto de vista muy parecido a propósito del período anterior a 1914 en *Rough Justice*, una novela autobiográfica: «El mundo inglés que él amaba y en el que creía parecía estar derrumbándose, y derrumbarse empezando por arriba ... Los viejos jinetes parecían caer con sus caballos; los temían, no se acercaban a ellos si podían evitarlo, rehuían la antigua responsabilidad de comprender sus necesidades y compartir sus lentos y amistosos pensamientos ... Los únicos derechos de capitania que la vieja clase gobernante poseyó jamás provenían de la fuerza del amor de sus miembros y de conocer a los arrendatarios, obreros, sirvientes, soldados rasos y marineros, sus camaradas de toda la vida en la economía rural, los deportes, la crianza de los niños y la caballería de la guerra y la aventura».⁴⁷ Todo esto era palabrería sentimental, pero reflejaba el hecho de que la aristocracia y el Partido Conservador lucharon con uñas y dientes para resistirse a la introducción de unas reformas sociales básicas, por parte de los liberales, en 1909.

El gobierno y su burocracia apenas tenían incidencia en la vida de la mayoría de las personas, para bien o para mal. Se podía viajar al extranjero sin pasaporte y había libertad para cambiar cantidades ilimitadas de capital. Un extranjero podía establecer su residencia en Inglaterra sin pasar por ningún proceso de consentimiento oficial. Aunque tras conseguir el poder en 1905 los liberales habían duplicado el presupuesto para servicios sociales, los 200 millones de libras recaudados mediante todo tipo de impuestos en 1913-1914 no ascendían siquiera al 8 % de la renta nacional. La escolaridad terminaba a los trece años; a los setenta, un ciudadano británico podía recibir una pensión exigua, y en 1911 Lloyd George había creado un rudimentario sistema de seguros para proteger a los enfermos y a los desempleados.

Sin embargo, transcurrida una década del nuevo siglo, en términos reales el obrero británico era más pobre que diez años antes y, por lo tanto, más desafecto. Las disputas e interrupciones eran constantes, sobre todo en la industria del carbón. En 1910, los marinos y estibadores fueron a la huelga para exigir un sueldo mínimo y mejores condiciones laborales; también hubo una huelga de transporte. Las mujeres que trabajaban en una fábrica de productos de confitería con un sueldo de entre siete y nueve chelines por semana —las niñas cobraban tres— consiguieron un aumento de entre uno y cuatro chelines tras un paro en la producción. En 1911, se perdieron en las huelgas más de diez millones de días de trabajo; compárese esta cifra con la de 2011: 1,4 millones de días laborables. La militancia no nacía de los líderes sindicales, muchos de ellos tan asustados como los empleados, sino de los propios obreros. Un secretario sindical desesperado le dijo a un árbitro laboral que no lograba entender qué le había sucedido al país: «Parece que todo el mundo ha perdido la cabeza».⁴⁸

La mano del estado era especialmente visible en el uso de su poderío militar a la hora de sofocar las revueltas de la clase obrera. En 1910, se desplegaron tropas contra los alborotadores en las minas de carbón del valle de Rhondda: a los húsares y fusileros de Lancashire se les ordenó presentarse en Tonypany. Como ministro del Interior, Winston Churchill envió una columna de caballería a intimidar el East End de Londres, hogar de miles de estibadores en huelga. Durante un paro del ferrocarril, el alcalde de Chesterfield ordenó a las tropas que abrieran fuego contra una muchedumbre que estaba destrozando la estación de la localidad; el oficial al mando, en un gesto de prudencia, se negó a dar la orden.

Los propietarios del carbón eran los representantes menos receptivos del capitalismo contemporáneo: en 1912 rechazaron sumariamente la petición sindical de un pago de cinco chelines por hombre y turno, y dos para los niños (lo que se conoció como el «cinco y dos»). En esta misma época, los vinateros de Londres Berry Bros cobraban noventa y seis chelines por la docena de botellas de champán Veuve Clicquot, o sesenta por una docena de botellas de Nuits de Saint-Georges de 1898. Aquel año se perdieron más de treinta y ocho millones de días laborables en huelgas. No es difícil comprender las quejas de los trabajadores: en octubre de 1913, una explosión en la mina de carbón de Senghenydd, provocada por una negligencia criminal en la gestión de la seguridad, se cobró 439 vidas. En la Cámara de los Comunes, las lágrimas resbalaban por el rostro de sir Herbert Asquith, el primer ministro, mientras llamaba a los obreros huelguistas a volver a las minas. La esposa de Asquith, Margot —una criatura extravagante, con un criterio anodino, pero una fuerte personalidad—, intentó negociar en privado con el líder de los mineros para resolver la disputa. Cuando este se negó, ella escribió enojada: «No veo por qué nadie debería saber que nos hemos visto». Entre 1910 y 1914, los sindicatos pasaron de 2,37 millones de miembros a casi cuatro. Durante los siete meses anteriores al estallido de la guerra, la industria británica recibió el golpe de 937 huelgas.

Pero tan grave al menos como la guerra industrial fue la crisis del Ulster. Entre 1912 y 1914, parecía realista esperar que en el Reino Unido estallaría una guerra civil. A cambio del respaldo de los parlamentarios de origen irlandés en la aprobación de su presupuesto de 1909 (que causó gran división y fue la semilla del estado del bienestar), Asquith tuvo que pagar un precio: que Irlanda tuviera una autonomía (*Home Rule*). A partir de ahí los protestantes del Ulster se armaron, decididos a no convertirse en la minoría de una sociedad gobernada por los católicos. Su rechazo de la legislación del *Home Rule*, al pasar por el Parlamento, obtuvo el apoyo del Partido Conservador y sus líderes, llegando incluso a preparar la resistencia violenta contra la ejecución de la nueva ley. Buena parte de la aristocracia era propietaria de terrenos en Irlanda, lo cual suscitó un especial

sentimiento de indignación contra Asquith.

En marzo de 1914, algunos oficiales del ejército hicieron explícita su negativa a tomar parte en la coerción de los rebeldes del Ulster mediante el denominado «motín de Curragh», que precipitó la dimisión del jefe del Estado Mayor imperial, el mariscal de campo sir John French, y del ministro de Guerra, el coronel Jack Seely. En un momento de locura, este comunicó al comandante en jefe que los oficiales que no quisieran servir en el Ulster podían «desaparecer». El general de división sir Henry Wilson, director de las operaciones militares en el Ministerio de la Guerra, escribió con tono triunfante en su diario: «Nosotros, los soldados, hemos vencido a Asquith y sus viles ardidés». ⁴⁹ Temporalmente, el primer ministro se hizo cargo en persona de la cartera de Guerra.

Los liberales que Asquith lideraba formaron uno de los gobiernos con más talento de la historia británica; en 1914 tenían el control personajes como Lloyd George, canciller del Tesoro; Winston Churchill, primer lord del Almirantazgo; Richard Haldane, antiguo ministro de Guerra, reformista, entonces lord canciller. El propio primer ministro era un superviviente de una época anterior, suficientemente mayor como para haber visto —a los doce años, en 1864— los cuerpos de cinco asesinos colgados en la horca en Newgate, con las cabezas cubiertas por capuchas blancas. Asquith era un abogado de modestos orígenes en la clase media, «con una reserva romana siempre natural en él», según su biógrafo: «Luchaba contra toda manifestación de sus sentimientos más fuertes». ⁵⁰ George Dangerfield fue aún más allá y afirmó que Asquith carecía de imaginación y pasión; que, pese a su elevada inteligencia, no consiguió encarar convincentemente ninguna de las grandes crisis que vivió Gran Bretaña durante sus años en el cargo: «Era ingenioso, pero no sutil; sabía improvisar con notable brillantez sobre el tema de cualquier otro. Era un imperialista moderado, un progresista moderado, un humorista moderado y, siendo el más exigente de los políticos liberales, era solo moderadamente evasivo». ⁵¹ Si bien este era un juicio cínico, es indudable que, para agosto de 1914, Asquith era un hombre viejo y cansado.

Los políticos británicos habían desarrollado un temperamento salvaje y una conducta a menudo irresponsable. Lord Halsbury, un veterano abogado conservador, denunció «el gobierno de un gabinete controlado por socialistas descontrolados». ⁵² Un parlamentario *tory* arrojó un reglamento contra Winston Churchill, en la biblioteca de los Comunes, y le dio en la cara. Antes del gran enfrenamiento del Ulster, era habitual ver a los líderes de los partidos rivales en la misma sala, pero luego ellos —y sus seguidores— impusieron cierta distancia social. Margot Asquith escribió a lady Curzon, esposa del presidente de los *tories*, para protestar porque la excluyeran del baile de mayo organizado por esta, al que

asistieron el rey y la reina. Curzon respondió altivamente que sería «políticamente incorrecto invitar, incluso a una reunión social, a la esposa e hija del jefe de un gobierno al que se opone inflexiblemente la mayoría de mis amigos».

El canadiense-escocés Bonar Law había sucedido a Arthur Balfour como abanderado de los *tories* en noviembre de 1911 y jugó la «carta de Orange» como gambito cínico contra los liberales. El 28 de noviembre de 1913, el líder de la oposición (la «Leal Oposición de Su Majestad») solicitó públicamente al ejército británico que no hiciera valer el *Home Rule* en Irlanda del Norte. Se trató de una muestra asombrosa de incorrección constitucional, que, sin embargo, contó con el apoyo de su partido y de la mayoría de la aristocracia, a la vez que no provocaba la censura real. Entre los unionistas destacaba el abogado sir Edward Carson, el enemigo más acérrimo de Oscar Wilde en los tribunales, a quien se acertó al describirlo como «un fanático inteligente».⁵³ El capitán James Craig, líder de los rebeldes del Ulster, escribió: «Se está extendiendo fuera del país el sentimiento — del que puedo dar testimonio de primera mano— de que Alemania y el emperador alemán serían preferibles al gobierno de John Redmond [y su *Home Rule* irlandés]».

El mariscal de campo lord Roberts, el más famoso de los viejos militares británicos, aplaudió públicamente en abril de 1914 el envío de armas a los rebeldes protestantes y declaró que todo intento de coaccionar al Ulster sería «la ruina del ejército». Miles de hombres desfilaban descaradamente armados por las calles de Belfast, dirigidos por Carson, Craig y el más incendiario de los conservadores, F. E. Smith. Y mientras tanto, el gobierno británico no hacía nada. En el sur de Irlanda, los nacionalistas militantes siguieron el ejemplo de Carson y el éxito de su desafío al Parlamento: empezaron a procurarse sus propias armas. El ejército británico demostró ser mucho menos indulgente con la militancia nacionalista que con los excesos de los hombres del Ulster. El domingo 26 de julio de 1914, en el paseo dublinés de Bachelor's Walk, las tropas dispararon contra civiles desarmados — aunque implicados en el tráfico de armas— con un resultado de tres muertos y treinta y ocho heridos.

Si el mundo consideraba al Imperio Británico rico y poderoso, al gobierno de Asquith le achacaban una debilidad crónica. A todas luces, parecía incapaz de sofocar las acciones industriales violentas o la locura del Ulster. Parecía incapaz incluso de lidiar con el movimiento sufragista, cuya clamorosa campaña por el voto de la mujer se había vuelto ensordecedora. Las militantes rompían las ventanas de todo Londres; usaban ácido para quemar sus lemas sobre el césped de los campos de golf; en prisión, hacían huelgas de hambre. En junio de 1913, Emily Davison se mató al tirarse a los pies del caballo del rey en el Derby. Durante los primeros siete meses de 1914, las sufragistas prendieron fuego a 107 edificios.

Los críticos de Asquith pasaban por alto una cuestión obvia: ningún hombre

podría haber contenido o anulado las enormes fuerzas políticas y sociales que estaban sacudiendo Gran Bretaña. George Dangerfield escribió: «Muy pocos primeros ministros en la historia se han visto afectados por tantas plagas y en tan breve espacio de tiempo».⁵⁴ El destacado autonomista irlandés John Dillon le dijo a Wilfrid Scawen Blunt: «El país amenaza con vivir una revolución».⁵⁵ Estos conflictos internos causaron una profunda impresión en el extranjero: les parecía que una gran democracia se hundía en la decadencia. Francia y Rusia, como aliados de Gran Bretaña, estaban consternados. A sus posibles enemigos, sobre todo en Alemania, les costaba imaginar que un país agitado por semejantes convulsiones — con el ejército, aun siendo tan poco numeroso, internamente dividido— pudiera suponer una amenaza para sus ambiciones y su poder continental.

II. Planes de batalla

Muchos europeos anticiparon, con distinto grado de entusiasmo, que más pronto o más tarde sus dos alianzas rivales llegarían a las manos. Lejos de considerarla un imposible, la guerra continental se consideraba una salida de lo más probable —y en modo alguno intolerable— a las tensiones internacionales. Europa contaba con veinte millones de soldados regulares y reservistas, y cada país desarrolló planes para todos los posibles despliegues. Todas las partes se proponían atacar. Las ordenanzas del servicio de campaña del ejército británico, de 1909, cuyo borrador se debía en gran medida a la mano de sir Douglas Haig, afirmaban: «Un éxito decisivo en la batalla solo puede alcanzarse mediante una vigorosa ofensiva». En febrero de 1914, el servicio de la inteligencia militar rusa entregó a su gobierno dos memorandos alemanes en los que se analizaba la necesidad de preparar a la opinión pública para una guerra en dos frentes. Italia, el tercer miembro de la Triple Alianza, estaba comprometida teóricamente con Austria y Alemania, lo que significaba que los franceses debían disponer tropas no solo para enfrentarse a los alemanes, sino también para defender su frontera sureste. Todas las potencias europeas, sin embargo —e incluso los propios italianos— tenían sus reservas con respecto a la actitud de Italia en caso de guerra. Algo sí parecía claro: el gobierno de Roma acabaría apoyando a cualquier potencia que prometiera consentirle sus ambiciones de expansión territorial.

En Alemania, el jefe del Estado Mayor Helmuth von Moltke heredó en 1906 de su predecesor, Alfred von Schlieffen, el plan para un grandioso avance arrollador por el norte de Francia, rodeando París, que aplastara al ejército francés antes de dirigirse contra Rusia. Durante el siglo pasado, el punto de vista de Schlieffen ha estado en el centro de todos los debates acerca de si Alemania podría haber ganado la guerra en 1914. La confianza de los dirigentes germanos en que podían iniciar un conflicto europeo general, y salir victoriosos del intento, radicaba por entero en el concepto de Schlieffen o, para ser más exactos, en la modificación que Moltke introdujo.

Al káiser le gustaba fingir que gobernaba Alemania y, en ocasiones, así lo hacía; el canciller al que había nombrado, el liberal-conservador Bethmann Hollweg, ejerció una influencia variable, mientras se esforzaba por manejar un Reichstag cada día más hostil. Pero la figura individual más poderosa en el imperio de Guillermo fue Moltke, quien controlaba la maquinaria militar más formidable de

toda Europa. Era un general fuera de lo común, un seguidor de la Ciencia Cristiana, que tocaba el violonchelo y era presa de una profunda melancolía: lo apodaban *der traurige Julius*, «el triste Julio». En su vida eran evidentes la devoción hacia su esposa y la fascinación por la vida después de la muerte, el espiritismo y lo oculto, que ella alentaba. Moltke creía que ocupaba la posición más honorable sobre la Tierra. Ni él ni su ejército respondían ante ningún político; solo ante el káiser.

El Alto Estado Mayor, que funcionaba bajo su dirección, era la institución más respetada de Alemania. La formaban 625 oficiales que trabajaban en un edificio de la Königsplatz de Berlín, donde Moltke y su familia ocupaban un piso. Había una seguridad muy estricta: no disponían de secretarías u oficinistas y todos los borradores de documentos eran obra de oficiales del Estado Mayor. Cuando el servicio de limpieza se marchaba, cada mañana, ninguna mujer entraba en el edificio, salvo Eliza Moltke y su sirvienta. Cada año, cuando se preparaba un nuevo plan de movilización, se procedía a una meticulosa destrucción de las copias de la versión superflua. El rendimiento del Estado Mayor debía poco a la tecnología: no tenían coches; hasta el influyente Departamento Ferroviario contaba con una sola mecanógrafa; las llamadas de teléfono urgentes se realizaban desde una única cabina situada en el pasillo. No había cantina y la mayoría de los oficiales se traía el almuerzo de casa, para comer en sus escritorios a lo largo de una jornada laboral de entre doce y catorce horas. A todos los miembros del Estado Mayor se les había enseñado a pensar en sí mismos como parte de una élite sagrada, sujeta a unas reglas sociales que se observaban escrupulosamente: ningún hombre, por ejemplo, entraría en un bar frecuentado por socialistas.

El propio Moltke trataba de proyectar una impresión de fuerza personal que pronto se demostraría ilusoria, pero ejerció una influencia crucial en el camino hacia la guerra. Era un hombre de gran inteligencia y formación cultural, que ascendió gracias a una estrecha relación con el káiser que comenzó cuando era auxiliar de su tío, «el Gran Moltke», vencedor contra Francia en 1870-1871. Guillermo consideró que el sobrino del héroe resultaba agradable y se aferró a la convicción de que el genio del viejo tenía que haber pasado a la próxima generación. Pero la decisión de nombrar a Helmuth jefe del Estado Mayor fue controvertida; para algunos, incluso escandalosa. Uno de los antiguos instructores militares de Moltke escribió: «Este hombre podría ser un desastre».⁵⁶ La elección de Guillermo derivaba, por supuesto, de su relación personal: a su juicio, el general le ofrecía una compañía y un trato agradables, requisito esencial de los cortesanos a lo largo de los tiempos. Moltke había demostrado ser un oficial competente sin dar pruebas de genio militar ni, de hecho, haber tenido mucha oportunidad de darlas.

Fue irónico que, después de 1890, el viejo Moltke sostuviera que, a partir de entonces, el destino de Europa debería decidirse por la vía diplomática y no en el

campo de batalla: consideraba que la guerra había dejado de ser útil para Alemania. Pero a partir de 1906, su sobrino —de mucho menos talento— manifestó que, a su juicio, el concepto de la gran maniobra envolvente de Schlieffen posibilitaría que Alemania se hiciera con el dominio de Europa. En febrero de 1913, Moltke le dijo al jefe del Estado Mayor austríaco, Conrad Hötzendorf: «El destino de Austria, definitivamente, no se decidirá en el río Bug, sino en el Sena».⁵⁷ Se convenció de que la nueva tecnología —los globos y los vehículos a motor— favorecería el control, muy centralizado, que los ejércitos alemanes tenían sobre el campo de batalla. Otros oficiales de alta graduación se mostraron mucho más escépticos. Karl von Einem, sobre todo, advirtió de las dificultades que podía entrañar dirigir los movimientos de casi tres millones de hombres y las probables limitaciones de unos reservistas en mala forma y mal entrenados; y anticipó —con acierto— que el épico avance por tierras francesas se vería frenado por una pérdida progresiva de impulso.

Pese a todo, Moltke siguió siendo, si no un entusiasta, al menos un fatalista con respecto a lo inexorable de la guerra con Rusia y Francia. En octubre de 1912, a sus sesenta y cuatro años, dijo: «Si la guerra viene, espero que llegue pronto, antes de que yo sea demasiado viejo para afrontar las cosas satisfactoriamente». Comunicó al káiser que tenía confianza en vencer rápidamente en una campaña decisiva, y repitió el comentario en los comienzos de la crisis de julio de 1914. El colosal enigma del jefe del Estado Mayor es que, mientras tanto, en privado abrigaba dudas y temores que estallarían de forma repentina y espectacular cuando llegara el conflicto. La parte racional de su naturaleza le decía que un gran choque entre las grandes potencias tendría que ser prolongado y duro, no rápido y fácil. En una ocasión comentó al káiser: «La próxima guerra será una guerra nacional. No se resolverá mediante una batalla decisiva, sino en una contienda larga y agotadora con un enemigo que no caerá vencido hasta que se quebrante por completo su fuerza nacional ... una guerra que agotará por completo a nuestro propio pueblo, aun si vencemos».

Pero su propia conducta en los años anteriores a 1914 desdecía de esta cautela prudente. Moltke aceptaba la perspectiva de una gran colisión europea con una firmeza que prevalecía cuando a veces otros —Bethmann y el káiser— flaqueaban. El alto mando alemán sucumbió a una enfermedad común entre los militares de máxima graduación de muchas nacionalidades y épocas: deseaba demostrar a su gobierno y al pueblo que sus carísimas fuerzas armadas podían llevar a cabo sus fantasías. Moltke se describió a sí mismo, ante el príncipe Von Bülow, con palabras famosas (quizá de triste fama): «No me falta coraje personal, pero no alcanzo a decidir con rapidez; soy demasiado reflexivo, demasiado escrupuloso o, si lo prefiere, demasiado consciente para esa clase de puesto. No tengo capacidad para

arriesgarlo todo en una sola tirada». Pero, en contra de esta profesión de conocimiento personal, ansiaba conseguir la victoria para así mostrarse merecedor de una responsabilidad para la cual casi nadie, entre sus pares, lo consideraba apto. Esto requería una movilización y concentración de las fuerzas asombrosamente rápidas; el despliegue de una pequeña fuerza dilatoria, para contener a los rusos, mientras la fuerza abrumadora de la nación conquistaba Francia en una campaña de solo cuarenta días, para luego volverse hacia el este.

Los planes de Austria-Hungría eran más flexibles —caóticos, de hecho—, porque el imperio no podía saber con certeza si combatiría contra Serbia en solitario (como deseaba) o si se enfrentaría a un segundo frente en su frontera de Galizia con la Polonia rusa. Muchas figuras extrañas se disputaban la atención en el escenario europeo de 1914, pero Conrad Hötzendorf destacaba entre ellos. Churchill lo describió como un «oficial oscuro, pequeño, frágil y delgado, con ojos penetrantes y expresivos en el rostro de un ascético».⁵⁸ Cuesta imaginar a un hombre menos apropiado para su papel: era un incompetente de marca mayor, pero también un imperialista radical que ansiaba que los Habsburgo dominasen el Adriático, el Mediterráneo oriental, los Balcanes y el norte de África. Cumplía a la perfección la sentencia del viejo Moltke acerca de la clase de oficial más peligrosa: unía a la estupidez una gran energía. Su mujer había muerto un decenio atrás y compartía casa con su madre. En los últimos tiempos se había enamorado de Virginie von Reininghaus, esposa de un magnate de la cerveza, que acabó por convertirse en una obsesión. Llegó a convencerse de que si conseguía llevar a Austria a una gran victoria militar, cabalgaría sobre una ola de gloria personal y convencería a su Gina de que se divorciase de su marido y se casase con él. Así, le escribió para confiarle la esperanza de «una guerra de la que podré volver coronado con el éxito que me permitirá romper todas las barreras que se alzan entre nosotros ... y reclamarte como mi amadísima esposa».

Desde 1906, Conrad había estado exigiendo una acción militar contra Serbia. En los diecisiete meses transcurridos entre el 1 de enero de 1913 y el 1 de junio de 1914, el jefe del Estado Mayor instó veintiséis veces a su gobierno a entrar en guerra. El día de San Valentín de 1914 escribió a Moltke para insistir en que Austria necesitaba con urgencia «romper el anillo que una vez más amenaza con encerrarnos». Para Conrad —como para Berchtold, de hecho—, la muerte del archiduque ofrecía una excusa caída del cielo para la guerra, más que una justificación. Tras ser testigo de la reducción del Imperio Otomano, humillado por unas naciones balcánicas jóvenes y firmes durante los conflictos regionales de los tres años anteriores, Conrad creyó que Sarajevo ofrecía a Austria su última oportunidad de escapar del mismo destino, al destruir la amenaza de un eslavismo autoritario encarnado en Serbia. Dijo: «Una monarquía tan antigua y un ejército tan

antiguo [como los Habsburgo] no pueden perecer sin gloria».⁵⁹

Berchtold, el ministro de Exteriores austríaco, caracterizó la política de Conrad en julio de 1914 como de «guerra, guerra, guerra». Ansioso por borrar la vergüenza de la derrota austríaca en 1866 ante los prusianos, el general lamentaba «esta estúpida paz que no hace más que arrastrarse». Tan fuertes eran sus ansias de enfrentamiento militar que apenas prestó atención a las cuestiones prácticas. Durante años, el ejército de tierra de Austria había ido acumulando moho y quedando por detrás de sus vecinos. El Parlamento se resistía a subir los impuestos necesarios para aumentar el presupuesto y la armada se llevaba buena parte del dinero disponible. Aunque la industria austríaca producía buen armamento —sobre todo, la artillería pesada y el fusil M95—, el ejército carecía de dinero para comprarlo en cantidad adecuada.

Entre el batiburrillo de minorías étnicas que conformaban el imperio, había muchos desafectos. Según las cifras de 1911, en cada millar de soldados austro-húngaros había un promedio de 267 alemanes, 233 húngaros, 135 checos, 85 polacos, 81 ucranios, 67 croatas y serbios, 54 rumanos, 38 eslovacos, 26 eslovenos y 14 italianos. En los cuerpos de oficiales, por el contrario, el 76,1 % eran alemanes, el 10,7 % eran húngaros y el 5,2 %, checos. En proporción con la población respectiva, los alemanes tenían tres veces más oficiales de los que les corresponderían; los húngaros, la mitad; y los eslavos, una décima parte.⁶⁰ El ejército austríaco se gestionaba, por lo tanto, al estilo colonial, con muchos fusileros eslavos capitaneados por alemanes, más o menos como los oficiales británicos dirigían su ejército indio. De todas las potencias europeas, Austria era la menos preparada para responder a sus propias pretensiones en el campo de batalla. Conrad dio por sentado, simplemente, que si Rusia intervenía en interés de Serbia, los alemanes aguantarían la presión.

Viena había instado a Berlín a adoptar una política dura con respecto a los serbios. Ya en 1912, Guillermo y Moltke aseguraron a Francisco Fernando y Conrad que «podían contar con el pleno apoyo de Alemania en toda circunstancia», lo que algunos historiadores han dado en llamar «el primer cheque en blanco». Berlín tampoco guardó en secreto su compromiso: el 28 de noviembre, el secretario de Estado, Alfred von Kiderlen-Waechter, dijo ante el Reichstag: «Si Austria se ve obligada, por la razón que sea, a combatir por su posición de gran potencia, nosotros debemos estar a su lado». Bethmann Hollweg se hizo eco de este mensaje el 2 de diciembre, al afirmar que si Rusia atacaba a los austríacos por reafirmar sus legítimos intereses en los Balcanes, «entonces nosotros lucharemos por el mantenimiento de nuestra propia posición en Europa, en defensa de nuestro propio futuro y seguridad».

Desde que se supo de la existencia de una reunión entre el káiser y sus

caudillos —a la que no asistieron Bethmann ni el ministro de Exteriores, Gottlieb von Jagow—, celebrada en el Palacio Real el 8 de diciembre de 1912, fue objeto de una atención viva y sostenida durante dos generaciones. Guillermo y los principales generales y almirantes de Alemania debatieron sobre la insistencia de Haldane en que Gran Bretaña estaba comprometida con preservar el equilibrio de potencias en el continente. Aunque no había actas, inmediatamente después Georg Müller, jefe del gabinete naval de Guillermo, anotó en su diario que Moltke había dicho: «Guerra, cuanto antes, mejor». El almirante añadió, de su propia cosecha: «No saca las conclusiones lógicas de esto, que es plantear un ultimátum a Rusia o a Francia, o a ambas, lo cual desataría la guerra teniendo la razón de nuestro lado».⁶¹

Otras tres fuentes confirman el relato de Müller, incluida la del plenipotenciario militar de Sajonia en Berlín, que el día 11 escribió a su propio ministro de Guerra: «Su Excelencia Von Moltke quiere la guerra ... Su Excelencia Von Tirpitz, en cambio, preferiría que llegase transcurrido un año, cuando estén a punto el canal [de Kiel] y la base de submarinos de Heligoland».⁶² Después de la reunión del 8 de diciembre, los líderes alemanes acordaron que debía ponerse en marcha una campaña de prensa con la que preparar a la nación para el combate con Rusia, aunque no sucedió así. Müller escribió a Bethmann para informarle de las conclusiones de la reunión. Aunque seamos prudentes al valorar la importancia del Comité de Guerra de 1912 y rechazemos la tesis más oscura de Fischer, según la cual Alemania, a partir de entonces, encaminó su política a precipitar un conflicto general en Europa, el testimonio de la posterior conducta alemana nos muestra un Berlín asombrosamente tranquilo ante la posibilidad de semejante resultado. Los líderes nacionales tenían la confianza de que podrían imponerse, a condición de que el enfrentamiento se produjera antes de que el rearme ruso estuviera terminado, en 1916. Müller se sintió en la obligación de informar al káiser de que algunos oficiales de rango superior estaban tan convencidos de la inminencia de la guerra que habían convertido en oro sus posesiones personales de efectivo y acciones de bolsa.

Más tarde pareció que, en ocasiones, Bethmann flaqueaba. Por ejemplo, en junio de 1913 dijo: «Ya estoy cansado de la guerra y la retórica belicista y los eternos armamentos. Ya es hora de que las grandes naciones se calmen y prosigan con un trabajo pacífico. De otro modo, sin duda se producirá una explosión que nadie quiere y que hará daño a todo el mundo». Sin embargo, el canciller representó un papel destacado a la hora de fortalecer la maquinaria bélica alemana. En una conversación con el mariscal de campo Wilhelm von der Goltz, le dijo al viejo soldado e intelectual militar que podía garantizar el apoyo del Reichstag a cualquier solicitud de financiación militar. Goltz respondió que, en ese caso, sería mejor que el ejército se apresurase a presentar su lista de la compra. En efecto, dijo

el canciller; pero si pide usted mucho dinero, habrá que verlo usándolo con prontitud, atacando. A Goltz le pareció muy bien. Entonces Bethmann añadió, en un momento de duda característico: «Pero incluso Bismarck evitó una guerra preventiva en el año [18]75». Era plenamente consciente de que el Canciller de Hierro, en la última etapa de su vida, había insistido en que Alemania debía dejar de combatir. Goltz replicó desdeñoso que, para Bismarck, era fácil tomar aquel camino, después de haber ganado ya tres guerras. Bethmann se convirtió en el principal impulsor de la solicitud parlamentaria del astronómico presupuesto militar de 1913, que incrementó radicalmente las fuerzas armadas del país.

Mientras tanto, Moltke era solo el más destacado de los militares alemanes de relieve que, durante los diecinueve meses transcurridos entre el Comité de Guerra de diciembre de 1912 y el estallido del conflicto, en agosto de 1914, mostró un insaciable apetito por una confrontación europea. En mayo de este último año, el conde y general Georg von Waldersee, intendente general del ejército imperial, escribió un memorando optimista acerca de las perspectivas estratégicas a corto plazo, pero sombrío con respecto al futuro a largo plazo: «Alemania no tiene razones para esperar un ataque en el futuro inmediato, pero ... no solo carece absolutamente de razones para esquivar el conflicto sino que, más que eso, la probabilidad de alcanzar una victoria rápida en una gran guerra europea sigue siendo hoy muy favorable a Alemania, y también a la Triple Alianza. Pronto, sin embargo, ya no será así».⁶³ Disponemos de muchas más pruebas documentales para respaldar el argumento de que los líderes alemanes deseaban una guerra en 1914 que para defender cualquiera de los escenarios alternativos que se han propuesto en los últimos años.

La Triple Entente tenía en común con la Triple Alianza el hecho de que solo dos de sus miembros estaban firmemente comprometidos a combatir juntos. Representaba una manifestación de buena voluntad y una posible colaboración militar, en modo alguno segura: algo más firme entre Francia y Rusia, algo menos por parte de Gran Bretaña. Los rusos siempre supieron que ellos tendrían que lidiar cualquier posible guerra desde el expuesto saliente de Polonia, vulnerable por el norte y el oeste ante Alemania, y por la parte sur ante los Habsburgo. Desde el punto de vista ruso, la carrera del despliegue de las fuerzas tras la movilización era una carrera para salvar Polonia; su principal prioridad era asegurar las fronteras polacas.

Ya en 1900 habían tomado la decisión de lanzar ofensivas simultáneas contra los alemanes en Prusia oriental y contra los austríacos en Galizia. Aunque en 1905 manifestaron ciertas dudas a este respecto, en 1912 habían renovado el compromiso

y, en adelante, lo sostuvieron: se sentían muy atraídos por la idea de conquistar la Galizia de los Habsburgo y, de este modo, hacerse con una nueva y fuerte frontera montañosa, en los Cárpatos. Tenían dos planes alternativos. El primero, el «Plan G», respondía a la improbable contingencia de que los alemanes desplegasen el grueso de su ejército en el este. El segundo —el que se ejecutó en 1914— era el «Plan A». Requería que dos ejércitos se adentraran en Prusia oriental, como prolegómeno a la invasión de Alemania como tal. Mientras tanto, otros tres ejércitos lanzarían la ofensiva principal contra los austríacos, obligándolos a retirarse a los Cárpatos.

Francia pensaba enfrentarse a Alemania de acuerdo con su «Plan XVII». Joffre lo había perfeccionado, pero era mucho menos detallado que las disposiciones de Moltke. Allí donde Schlieffen bosquejó un proyecto de una colosal invasión de Francia, el Estado Mayor francés solo esbozó varias operaciones contra el ejército alemán, aunque estas presuponían un posterior avance por el interior del reino del káiser. El Plan XVII trataba ante todo de la logística precisa para concentrar las fuerzas tras la frontera, y no contaba ni con una agenda de operaciones, ni con la definición de objetivos territoriales explícitos. Mucho más importantes que el plan eran los valores y la doctrina que fomentaba con fervor mesiánico el jefe del Estado Mayor. «El ejército francés», decían sus *Ordenanzas* de 1913, obra de Joffre, «retomando sus tradiciones, en lo sucesivo solo reconocerá la ley de la ofensiva». La mejor fuente de Berlín en París, «el Agente 17», un *boulevardier* austríaco llamado barón Schluga von Tastenfeld, que conseguía mucha de su información moviéndose por los grandes salones, informó a Moltke —con acierto— de que probablemente Joffre invertiría el mayor esfuerzo en las Ardenas, por el centro del frente.

El jefe del Estado Mayor francés era un técnico, no un intelectual. Siempre fue una persona seria; de niño lo apodaron *le père Joffre* («el papá Joffre»). Los servicios de inteligencia alemanes lo describían como un hombre esforzado y responsable, pero demasiado lento y torpe para responder con eficacia ante una iniciativa tan espectacular como la maniobra envolvente de Schlieffen. Sin embargo, los políticos franceses lo consideraban adecuado porque —a diferencia de muchos de sus colegas— Joffre carecía de ambiciones políticas personales. Su franqueza, por otra parte, también les parecía refrescante. Cuenta la leyenda que Joseph Caillaux, el líder francés durante la crisis de Agadir, preguntó al jefe del Estado Mayor, entonces recién nombrado: «General, dicen que Napoleón solo libraba una guerra si creía que las probabilidades de victoria estaban 70 a 30 a su favor. ¿Tenemos ese 70 a 30?». Joffre respondió con laconismo: «*Non, monsieur le premier ministre*».

Fuera cierto o no que el jefe del Estado Mayor adoptara una postura tan cauta

en 1911, a partir de entonces demostró más confianza. Joffre creía que, con Rusia como compañera, el ejército francés poseía las fuerzas y, sobre todo, el espíritu necesario para derrotar a los alemanes. Equivocó el cálculo cometiendo un error común a todos los militares europeos de 1914, al poner una fe exagerada en el poder del coraje humano. Los franceses lo llamaban *cran* —«agallas»— y *élan vital*. La instrucción hacía hincapié en la importancia absoluta de la voluntad de ganar. El ejército francés se equipó con un gran número de sus soberbios *soixante-quinze* —cañones de campaña de repetición, de 75 milímetros—, pero descuidó los obuses y la artillería pesada, que consideraba irrelevantes para su doctrina de ataque. Los acontecimientos demostrarían que los 75 milímetros y las agallas eran medios insuficientes para la guerra; pero en el verano de 1914, Joffre y la mayoría de sus colegas creían lo contrario.

En cuanto a la valoración francesa de las intenciones de Alemania, los oficiales de inteligencia del Deuxième Bureau infravaloraron sobremanera el global de las fuerzas del ejército alemán, porque no previeron que Moltke desplegaría sus formaciones de reserva al lado de las regulares; también creyeron que enviaría veintidós divisiones en contra de los rusos, cuando en realidad solo destinó once. Acertaron al creer que los alemanes tratarían de llevar a cabo una maniobra envolvente, pero al errar en el cálculo de las fuerzas enemigas, equivocaron en una medida garrafal su ámbito geográfico. Supusieron que los alemanes solo pasarían por una esquina de Bélgica, en lugar de barrer todo el país. Joffre calculó que las concentraciones alemanas en el norte y el sur debilitarían el centro de Moltke hasta hacerlo vulnerable a la ofensiva francesa. En esto, anduvo muy equivocado.

Los comandantes de ambos bandos subestimaron terriblemente a sus contrincantes. Los complejos planes rivales de movilización y despliegue no fueron la causa del conflicto de 1914, pero las grandes potencias habrían tenido muchas menos ganas de ir a la guerra si sus jefes militares hubieran reconocido la debilidad fundamental de su doctrina ofensiva. En las valoraciones de todos los países tuvieron mucho peso los éxitos de las ofensivas japonesas de 1905 contra las ametralladoras rusas. Concluyeron que esta experiencia demostraba que, con un espíritu lo suficientemente elevado, podrían imponerse a la tecnología moderna.

Algunos entusiastas patriotas británicos, a principios del verano de 1914, esperaban con ilusión el mes de junio del año siguiente, cuando se conmemoraría el centenario de la batalla de Waterloo; y propusieron usar aquella ocasión para celebrar que, durante todo un siglo, ningún ejército británico había derramado su sangre en la Europa occidental.⁶⁴ Sin embargo, se habían preparado prudentes

planificaciones de contingencia para volver a hacerlo. Los ejércitos británico y francés habían iniciado conversaciones entre los estados mayores en 1906, y al año siguiente Gran Bretaña había firmado un acuerdo con Rusia. Los rusos, sin embargo, pusieron en tela de juicio la buena voluntad de su nuevo amigo cuando, en 1912, un astillero británico empezó a construir dos buques de guerra para los turcos, lo cual suponía una amenaza mortal para los dominios del zar en el mar Negro. Cuando San Petersburgo expuso su desconfianza, el Foreign Office respondió despreocupadamente que no podía inmiscuirse en los contratos comerciales privados. Además, una misión naval británica prestaba su ayuda a la flota otomana al mismo tiempo que Liman von Sanders adiestraba al ejército turco.

En una ocasión, en 1908, en una cena de Bethmann Hollweg con Lloyd George, el canciller alemán empezó a dar voces, agitando las manos mientras denunciaba el «anillo de acero» que sus enemigos estaban creando alrededor de su país: «Inglaterra abraza a Francia. Traba amistad con Rusia. Pero no es porque se amen entre ustedes, ¡es porque odian a Alemania!». ⁶⁵ Bethmann se equivocaba. La adhesión de Gran Bretaña a la Entente vino dada no tanto por el entusiasmo de abrazar a Rusia y Francia como aliadas o socias contra el káiser, como por la voluntad británica de reducir el número de sus enemigos. Cada vez se veía más claro, al menos en Whitehall, que el vasto imperio del que tan orgullosos se sentían amenazaba con convertirse en una carga estratégica y económica, en lugar de ser una fuente de riqueza. El poder ruso en el Asia central, y el Gran Juego que se derivó, no se podía contrarrestar sin un enorme gasto y esfuerzo. La disputa entre Gran Bretaña y Francia por Fashoda, en el Alto Nilo, en 1898, había vuelto a despertar enemistades y celos viscerales. La evolución que se dio durante la primera década del siglo xx no fue tanto una triple entente en la que Gran Bretaña ansiaba comprometerse, sino dos procesos de distensión paralelos.

Sazonov, en San Petersburgo, sabía lo mucho que Francia y su propio país necesitaban a Gran Bretaña. El 31 de diciembre de 1913 escribió: «Ambas potencias [Francia y Rusia] apenas son capaces de asestar un golpe mortal a Alemania, ni siquiera en caso de éxito en el campo de batalla, que siempre es algo incierto. Sin embargo, una lucha en la que participase Gran Bretaña podría ser fatal para Alemania». ⁶⁶ Por esto, el ministro de Exteriores estaba enfurecido ante la «política vacilante y retraída» de Londres, que a su juicio suponía un obstáculo crucial para la disuasión. No obstante, Gran Bretaña seguía mostrando un entusiasmo tibio por Rusia. Para muchos demócratas convencidos, resultaba violento que su país tuviera que relacionarse con una autocracia absolutista y, aún peor, con sus clientes balcánicos. En París, a las puertas del clímax de la crisis de julio de 1914, Raymond Recouly, de *Le Figaro*, se encontró con sir Francis Bertie, el embajador británico, a punto de entrar en el Quai d'Orsay. El inglés, apodado «el Toro» por sus colegas,

mostró su preocupación por la situación de Europa y dijo: «¿Confía usted en los rusos? ¡Nosotros, no del todo!». Añadió: «Y lo mismo diría de los serbios. Por eso nuestro país no se sentirá cómodo si tiene que batallar en la misma guerra que rusos y serbios».⁶⁷ Además, en Gran Bretaña, mucha gente —sobre todo la de más edad— mostraba muy poco entusiasmo ante la perspectiva de entrar en un conflicto en el mismo bando que Francia. En 1914, cuando sus colegas del Partido Conservador dieron la bienvenida a la Entente, lord Rosebery dijo, enojado: «Todos ustedes están en un error. ¡Al final, esto significa la guerra contra Alemania!».⁶⁸ La anciana *lady* Londesborough, sobrina nieta de Wellington, comentó a Osbert Sitwell en 1914: «¡No me asustan los alemanes, sino los franceses!».⁶⁹

La desconfianza era mutua. Uno de los principales motivos por los que el presidente Poincaré estaba resuelto a unirse a Rusia como aliada militar era su temor de que, en el momento preciso, Gran Bretaña no estuviera prestando su apoyo al ejército francés. Mientras que Francia y Rusia habían firmado un tratado bilateral y estaban comprometidas a prestarse apoyo mutuo en caso de ataque, Gran Bretaña no era partidaria de mantener un pacto tan estrecho, sino más bien de dar muestra de buenas intenciones y establecer conversaciones entre los estados mayores de tierra y la marina. La primera deliberación acerca de una eventual fuerza expedicionaria a Francia tuvo lugar en diciembre de 1908. Más adelante, el 23 de agosto de 1911, un subcomité del Comité Imperial de Defensa, en el que estaban presentes lord Asquith y Churchill, trató extensamente la posibilidad de que Gran Bretaña se viera obligada a intervenir en caso de guerra en Europa. Un historiador moderno ha sugerido que esta reunión «preparó el terreno para una confrontación militar entre Gran Bretaña y Alemania». Parece muy exagerado: nadie sabía mejor que Asquith lo renuentes que se podían mostrar su propio partido y el Parlamento a la hora de refrendar la participación del país en un conflicto europeo.

Tras la reunión del Comité de Defensa, el primer ministro protestó, alegando que «todas las cuestiones sobre qué medidas se adoptarán han estado y deben seguir estando reservadas a la decisión del gabinete, y queda muy lejos de la función de los oficiales de la marina o el ejército emitir un juicio anticipado sobre tales asuntos». La opinión contemporánea de un exasperado oficial superior del Estado Mayor británico —Henry Wilson— era que «aún no había un acuerdo definitivo con Francia, sobre entrar con ella; nada salvo una autorización emitida a regañadientes por nuestro gob[ernador] al Estado Mayor, sobre la teoría de una posible cooperación».⁷⁰ Esto parece bastante cierto. El jefe del Foreign Office, sir Arthur Nicolson, recordó al ministro de Exteriores, en agosto de 1914, que «usted le ha prometido una y otra vez a M. Cambon [el embajador francés] que, si el agresor era

Alemania, usted estaría al lado de Francia». Grey replicó de un modo que justificaba todo prejuicio francés con respecto a la duplicidad anglosajona: «Sí, pero no tiene nada por escrito».⁷¹

Un cronista reciente de esta época ha sugerido que los generales y ministros de Asquith se entregaron a «una entusiasta planificación bélica» tras la reunión de 1911.⁷² Sin duda, se tomaron medidas preventivas y, a partir de aquel año, se fueron trazando planes; por ejemplo, los edificios donde la Universidad de Oxford celebraba sus exámenes se eligieron para uso hospitalario. Pero parece irrazonable calificar estas medidas de «entusiastas». Lo que resultó extraordinario en la elaboración de las políticas británicas durante la evolución de la Entente —y se reflejó en las actitudes sostenidas en la reunión del Comité Imperial de Defensa en 1911— fue que el gobierno reconociera la posibilidad de participar en una guerra continental, al tiempo que proponía contribuir a ello con un ejército ridículamente reducido. Winston Churchill escribió más adelante que, siendo un joven oficial de caballería en la década de 1890, él y los de su clase eran tan conscientes de la insignificancia del ejército británico en comparación con los continentales que «ningún teniente patriotero u oficial comefuego del Estado Mayor ... ni siquiera en sus momentos más optimistas, habría creído que se mandaría de nuevo a nuestro pequeño ejército a Europa».⁷³ Quince años después, aunque Haldane había reformado la estructura del ejército, seguía siendo pequeño, para lo habitual en el continente. La previsión del presupuesto militar de 1913 no mencionaba ningún papel importante en un conflicto europeo. A la supuesta Fuerza Expedicionaria se le dio este nombre porque nadie sabía en qué zona del extranjero podrían desplegarla; quizá en la India, en África o en el Medio Oriente.

He aquí una manifestación de una enorme e histórica locura inglesa, repetida a lo largo de muchos siglos, incluido el XXI: adoptar una estrategia de gestos, asignando pequeñas fuerzas como garantía de buenas intenciones, y a la vez haciendo caso omiso de la flagrante insuficiencia para los objetivos militares en cuestión. A partir de 1907, lord Northcliffe había estado haciendo campaña a favor del alistamiento en su *Daily Mail*, para crear un ejército británico de un tamaño equiparable a la grandeza del imperio; pero su cruzada recibió poco apoyo. La acusación más grave contra el gobierno de Asquith, y en concreto contra el ministro de Exteriores, sir Edward Grey, es que desarrollaron una política sensata al admitir la posibilidad de que Gran Bretaña no pudiera permanecer neutral en el caso de una guerra general en Europa, porque la hegemonía alemana en el continente representaría un resultado intolerable; pero rehusaron tomar las medidas prácticas adecuadas para participar en una batalla de aquellas características.

Se suele retratar a Grey como un personaje amable y civilizado que en 1914 lamentó que estallara la guerra con una elocuencia poco habitual, y que escribió

buenos libros sobre observación de aves y pesca con mosca. Viudo, a sus cincuenta y dos años, sus asuntos personales estaban menos vacíos de lo que suponía la mayoría de sus contemporáneos. Tuvo una vida amorosa muy animada, aunque también mucho más discreta que la de su colega Lloyd George; el último biógrafo de Grey identifica a dos hijos ilegítimos.⁷⁴ Algunos de sus contemporáneos lo despreciaban. Sir Eyre Crowe, un funcionario del Foreign Office reputado por su falta de moderación, calificó a Grey de «tonto incapaz, inútil y pusilánime». El habitual carácter taciturno del ministro de Exteriores hizo que Lloyd George, por ejemplo, llegase a la conclusión de que valía menos de lo que se pensaba y que su economía con las palabras no reflejaba un carácter fuerte, sino débil. Grey no hablaba lenguas extranjeras y le disgustaba el extranjero. Pese a ser un hombre muy inteligente, también era intolerante y presa de violentos cambios de ánimo.

Pero entre 1905 y 1916, dirigió la política de exteriores británica como si fuera su dominio privado. Lloyd George escribió: «Durante los ocho años anteriores a la guerra, el gobierno dedicó una parte ridículamente pequeña de su tiempo a considerar las cuestiones extranjeras».⁷⁵ La actitud del gobierno de Asquith ante estos asuntos, como ante las otras potencias europeas, reflejaba un sumo engreimiento moral que se manifestaba en una condescendencia que ofendía especialmente a los alemanes. El embajador francés en Londres, Paul Cambon, observó con sarcasmo que nada complacía más a un inglés que descubrir que los intereses de Inglaterra coincidían con los de la humanidad en general: «Y allí donde esa confluencia no existe, hace cuanto puede para generarla». En una cena en la que estaban presentes varios miembros del gobierno, lord Northcliffe afirmó con desprecio que los editores de periódicos británicos estaban mejor informados de los asuntos exteriores que cualquier ministro del gabinete.⁷⁶ El canciller afirmó del titular de Exteriores: «Sir Edward Grey pertenece a la clase que, por herencia y tradición, espera encontrar un lugar en la judicatura para sentarse a juzgar a sus semejantes desde lo alto, antes incluso de haber tenido oportunidad de familiarizarse con los trabajos y padecimientos de la humanidad».⁷⁷

Esta era una pulla característicamente desagradable, pero Henry Wilson escribió, tras sus conversaciones con los ministros, en 1911, acerca de los escenarios de conflicto, que no le impresionaba «la comprensión de la situación por parte de Grey y Haldane [a la sazón, ministro de Guerra], siendo Grey con mucho el más ignorante y descuidado de ambos, pues no solo no tenía idea de lo que significaba la guerra, sino que me dio la impresión de que ni siquiera quería saberlo ... un hombre débil, vanidoso e ignorante, indigno para el cargo de ministro de Exteriores de cualquier país más grande que Portugal».⁷⁸ Bernard Shaw odiaba a Grey por ser un «*Junker* de la cabeza a los pies ... [con] un gusto personal por la

mendacidad»,⁷⁹ una acusación relacionada con una brutal respuesta británica a una disputa de 1906 en un pueblo egipcio sobre el derecho de los oficiales al tiro al pichón.

Aunque se tratara de una hipérbole de Shaw, la diplomacia secreta de Grey era sin duda prepotente, como todo el manejo británico de las cuestiones extranjeras en aquella época. En agosto de 1904, lord Percy —en nombre del gobierno, entonces conservador— respondió con magnificencia patricia a una pregunta en los Comunes, acerca del acuerdo anglo-francés recién cerrado: «La especulación y conjetura con respecto a la existencia o no existencia de cláusulas secretas en los tratados internacionales es un privilegio público, cuya conservación depende de la reticencia oficial». Pero Asquith escribió a Grey el 5 de septiembre de 1911, advirtiéndole sobre los peligros del diálogo que el ministro de Exteriores había autorizado entre los estados mayores francés y británico: «Mi querido Grey, conversaciones como las celebradas entre el general Joffre y el coronel Fairholme me parecen bastante peligrosas, sobre todo la parte relativa a la posible ayuda británica. No se debe alentar a los franceses, en las circunstancias actuales, a realizar sus planes basándose en supuestos de esta naturaleza. Suyo afectísimo, H[erbert] H[enry] A[squith]».

Pese a todo, el primer ministro, ante las graves dificultades que vivía en su propia nación, prácticamente dio a Grey carta blanca en los asuntos del extranjero. El ministro de Exteriores se sentía capacitado para ofrecer a los franceses garantías de un probable respaldo británico en caso de guerra, sin consultar al pleno del gabinete o a la Cámara de los Comunes, en un procedimiento incompatible con la noción moderna o incluso contemporánea de la gobernanza democrática; y, posiblemente, sin parangón hasta la connivencia —aún menos justificable— de los gobiernos inglés y francés para invadir Egipto en 1956. Grey actuó en secreto porque sabía que no conseguiría un mandato parlamentario. Durante la crisis de julio, su voluntad personal de que Gran Bretaña luchase en el bando de Francia iba muy por delante de la de la mayoría de sus colegas en el gobierno o de la opinión pública.

Sin embargo, se hace difícil defender la teoría de que Grey tuvo gran parte de la responsabilidad de la guerra porque ni supo hablar con franqueza al pueblo británico durante los últimos años de paz, ni tampoco acertó a advertir explícitamente a Berlín de que Gran Bretaña no permanecería neutral. Los alemanes, en el rumbo adoptado en 1914, ya contaban con la intervención británica y concedían escasa importancia a la posible participación de un ejército al que despreciaban. Tampoco se dejaron intimidar por el riesgo económico que podía suponer el absoluto dominio británico de la marina mercante a nivel mundial, y su capacidad para imponer un bloqueo, porque su intención era alcanzar una victoria

rápida. Probablemente, ninguna acción que el gobierno de Asquith hubiera podido acometer habría logrado evitar la guerra en 1914, aunque es cierto que otro ministro de Exteriores quizá hubiera adoptado otra perspectiva acerca de la participación británica.

La Fuerza Expedicionaria Británica (FEB) prevista iba bien pertrechada, en relación con su tamaño, pero su insuficiencia numérica reflejaba una reticencia a gastar mucho dinero en soldados, cuando la Marina Real estaba absorbiendo una cuarta parte del presupuesto estatal. Henry Wilson, quien fuera director de operaciones militares entre 1910 y 1914, hablaba de «nuestro pequeño y curioso ejército»,⁸⁰ y sostenía con desdén que en el continente no había ningún problema militar que pudiera saldarse adecuadamente con la respuesta de las exiguas seis divisiones británicas. Pero el gobierno no estaba dispuesto a consentir más y su política era un reflejo del sentir popular. Los ingleses querían y valoraban a los marinos; en cambio, tanto las fuerzas regulares como las territoriales contaban con menos reclutas de los necesarios; el entusiasmo por el servicio militar era especialmente bajo entre los habitantes del campo y los galeses.

Wilson representó un papel crucial a la hora de establecer una relación militar con Francia mucho más estrecha de lo que la mayoría de los soldados británicos quería, o el gabinete sabía. Era un orador brillante, de convicciones imprevisibles y a menudo temerarias, que suspendió cinco veces los exámenes de ingreso a la academia militar. Fue, durante mucho tiempo, defensor del reclutamiento y hablaba de los voluntarios a tiempo parcial de la Fuerza Territorial como «los mejores hombres de Inglaterra, y los más patriotas, porque están intentando hacer algo».⁸¹ En 1910, siendo comandante de la escuela militar del Ejército Británico, defendió la probabilidad de una guerra europea y sostuvo que, para Gran Bretaña, la única opción prudente era aliarse con Francia en contra de los alemanes. Un estudiante se aventuró a discutirlo, alegando que solo «una estupidez inconcebible por parte de los hombres de Estado» podría precipitar una conflagración general. Wilson le respondió con sorna: «¡Ja, ja, ja! ¡Una estupidez inconcebible es precisamente lo que se va a encontrar!».⁸² Lord Esher escribió más tarde que Wilson enviaba a sus pupilos de vuelta a las formaciones «con la sensación de que [la guerra europea] era un cataclismo inminente».⁸³ El primer ministro se lo describió a Venetia Stanley como «un rufián ponzoñoso pero astuto»;⁸⁴ no son palabras poco acertadas. Era un intrigante desprovisto de vergüenza, que se entrometía en todo hasta el punto de ofrecer apoyo a la amenaza de rebelión de los protestantes del Ulster. Pero gracias a él, casi en exclusiva, el ejército británico tenía planes preparados para enviar una fuerza expedicionaria al continente, lo que se conoció como el plan «W. F.» (*with France*, «con Francia»).

En 1911, Wilson consiguió que Grey aceptara desarrollar, junto con las compañías ferroviarias de Gran Bretaña, un programa para trasladar a las unidades hasta los puertos, en caso de guerra, y se fijaran unos horarios adecuados. Aquel año, a finales de julio, Lloyd George pronunció en la Mansion House* un discurso en el que presentaba a Inglaterra al lado de Francia, sin lugar a dudas, en cualquier disputa con Alemania; y Wilson se convirtió en el instrumento más señero de Inglaterra en los preparativos que debían permitir cumplir con tal compromiso. A lo largo de 1913, realizó siete visitas a Francia, y en las conversaciones con Joffre y su Estado Mayor prometió 150.000 hombres para el decimotercer día después de la movilización, que se concentrarían entre Arrás, San Quintín y Cambrai, preparados para las operaciones. Aunque era descabellado, fue así como un alto oficial británico dio origen a un acuerdo militar. Wilson sostuvo que, aunque la FEB sería pequeña, su contribución moral sería de primer orden. Subestimó terriblemente las fuerzas alemanas con las que se enfrentarían. Pero aunque por entonces era solo un general de brigada, ejerció una influencia extraordinaria —y probablemente decisiva— a la hora de convencer a Asquith de que contemplase el compromiso militar en el continente, aunque no lo confirmase con claridad. Esto parece reflejar el sentido de la prudencia propio de un hombre de Estado, más que cualquier gusto personal por el belicismo.

Mientras tanto, en las conversaciones anglo-rusas de los estado mayores navales, en 1914, los británicos sopesaron si prestar apoyo a un desembarco ruso en la Pomerania. Era la clase de juego de guerra que se permitían todas las fuerzas armadas, pero cuando un diplomático ruso filtró la noticia en Berlín, la paranoia alemana con la Entente se agravó. Por desgracia, no representaba una operación bélica creíble. Si la mayoría del ejército británico no había reflexionado mucho sobre la posibilidad de participar en un conflicto europeo, la Marina Real aún lo había pensado menos. Los países continentales esperaban que habría un enfrentamiento armado, antes o después, lo cual ayudó a que este acabase por suceder. Los habitantes de la isla vecina, en cambio, consideraban más probable verse luchando entre ellos al cabo de poco tiempo.

2

La pendiente hacia la guerra

I. Los austríacos amenazan

Aunque en el imperio de los Habsburgo se vivieron pocas muestras de duelo sincero por Francisco Fernando, después de su asesinato la cólera de Austria contra sus perpetradores era manifiesta. A Joven Avakumović, un abogado serbio de renombre y político de la oposición liberal, le estaban enseñando sus habitaciones en el hotel tirolés donde iba a comenzar sus vacaciones con la familia cuando el portero le entregó un periódico en el que se anunciaban los asesinatos de Sarajevo.¹ Con un gesto de gravedad, comunicó a su esposa e hija que estas nuevas tendrían sin duda consecuencias importantes para su país. Aquella noche, tras la cena, oyó en el salón las conjeturas de otros huéspedes, que insistían en que Serbia estaba implicada en los asesinatos y debían exigírsele responsabilidades: «Me fijé, sobre todo, en un hombre bien vestido y bien educado, que hablaba con mucha dureza y estaba sentado con otros tres en la mesa contigua a la nuestra. Declaraba en voz alta: “Serbia es culpable, debe ser castigada”; y los otros tres afirmaban: “¡Es cierto!” ... Luego supe, por el portero, que aquel hombre era un funcionario del Ministerio de Exteriores».²

En Viena, a los asesinos de Sarajevo primero los calificaron de «bosnios», luego, simplemente, de «serbios». Hubo violentas manifestaciones antiserbias por todo el imperio. En Sarajevo destrozaron el hotel Europa, propiedad de unos serbios, junto con la escuela serbia; el cónsul alemán escribió que la ciudad estaba viviendo «su propia matanza de San Bartolomé». El 30 de junio, en Viena, una multitud de unos doscientos estudiantes se manifestó frente a la embajada serbia. Gritaban: «¡Abajo Serbia! ¡Larga vida a Austria! ¡Viva los Habsburgo!», y quemaron la bandera que odiaban.³ Escenas como aquella se repitieron a lo largo de los días posteriores.

El *chargé* austríaco en Belgrado, Wilhelm von Stork, informó enojado a Viena el 30 de junio: «En las calles y en los cafés se respira júbilo por nuestra tragedia; ven en ella la mano de Dios y un castigo justificado por todo el daño que Austria-Hungría le ha hecho siempre a Serbia». La prensa opositora de Serbia, con una indiferencia pasmosa hacia los intereses y la reputación de su país, aplaudió el asesinato del archiduque. Cuando el estudiante Jovan Dinić corrió a la plaza principal de Belgrado para hablar de la noticia con sus amigos, se sorprendió al verlos pontificando, no entre susurros conmovidos, sino con estridencia

jubilosa. Un joven prometedor, aspirante a abogado, proclamaba que las maniobras militares austríacas en Bosnia habían sido una provocación intolerable y una amenaza directa a todos los serbios y que ahora los serbios de Bosnia «saltarían por encima del fuego» junto con la nación serbia.⁴ Los malentendidos intensificaban el rencor: ese mismo 30 de junio, la ciudad fronteriza de Metalka, en Montenegro, estaba engalanada con banderas, y los ultrajados austríacos interpretaron que sus vecinos celebraban el asesinato de Francisco Fernando. Hasta al cabo de una semana no supieron que Metalka había estado conmemorando el aniversario del príncipe heredero de Montenegro. Austria integraba estas provocaciones imaginarias e irrelevantes en el mismo marco que la auténtica y grave acción del asesinato archiducal.

En todo conflicto con más de dos beligerantes, los participantes cuentan con distinta motivación para decidirse a entrar en el combate; en el caso de 1914, esto se cumplió a la perfección. La toma de decisiones de siete gobiernos se vio influida por miedos y ambiciones muy diversas. Aunque siguieron enfrentamientos en muchos lugares del mundo, y sobre todo en Europa, y las naciones en guerra profesaban alianzas comunes, sin duda no se movían por una lógica común. Austria tomó la decisión casi inmediata de responder al asesinato de Francisco Fernando con la invasión de Serbia, no porque a sus líderes les importasen un rábano las personas del asesinado archiduque y su molesta esposa, sino porque los asesinatos representaban la mejor justificación de que jamás dispondrían para pasar cuentas con un vecino terriblemente conflictivo.

Los gobernantes del imperio de los Habsburgo llegaron a la convicción de que la acción militar era la única forma de superar sus problemas, no solo con Serbia, sino también con el resto de sus propios pueblos en estado de agitación. El ministro de Economía, Leon von Biliński, dijo después: «Nos decidimos por la guerra bastante pronto».⁵ El agregado militar de Viena en Belgrado informó de que los asesinatos habían sido planeados y organizados por el jefe de la inteligencia serbia. Los gobernantes de Austria coincidieron en que esto representaba una declaración de guerra, aunque Viena no disponía de más pruebas para vincular a los conspiradores con la monarquía serbia o el gobierno electo que los historiadores modernos. El ministro de Guerra, Alexander von Krobatin, y el general Oskar Potiorek, comandante en jefe de Bosnia-Herzegovina, exigieron por igual la acción militar. Berchtold, al que sus compañeros tildaban con frecuencia de indeciso, demostró en este caso una resolución prematura. El 30 de junio habló, en privado, de la necesidad de «ajustar definitivamente las cuentas» con Serbia.

Berchtold estaba rodeado de un grupo de jóvenes diplomáticos —el conde Janós de Forgách, el barón Alexander von Musulin, el conde Alexander de Hoyos— convencidos de que una política de exteriores firme y expansionista era la mejor

cura para las enfermedades nacionales del imperio. Forgách fue un primer motor en el compromiso de aplastar a Serbia. Hoyos fue el responsable de asegurarse el apoyo de Alemania; puso de manifiesto la temeridad imperante en Viena al decir: «Para nosotros, es irrelevante si de todo esto se deriva una guerra mundial». Musulin redactó los borradores de los comunicados cruciales: era un «parlanchín impetuoso» que más tarde se enorgullecía de haber sido «el hombre que provocó la guerra».⁶

El emperador Francisco José escribió personalmente al káiser Guillermo diciéndole: «Vuestra Majestad también estará convencido, tras los terribles sucesos de Bosnia, de que no cabe pensar en una conciliación [pacífica] del conflicto entre nosotros y Serbia». El 4 de julio, Berchtold despachó a Hoyos a Berlín, donde en adelante el diplomático sostuvo una serie de reuniones con Guillermo y sus consejeros, en las que se le prometió el apoyo incondicional de Alemania para cualquier medida que Austria decidiera adoptar; lo que más adelante se haría famoso como el «cheque en blanco», puntal de la atribución a Alemania de la responsabilidad de la primera guerra mundial. En la tarde del 5 de julio, el enviado austríaco informó de que el káiser pensaba que, «si realmente considerásemos necesaria la acción militar contra Serbia, le parecería lamentable que no aprovechásemos la ventaja del momento actual, que desde nuestro punto de vista es favorable».⁷

Los alemanes instaron a los austríacos a forzar la paz, negando a los serbios el tiempo de conseguir apoyo militar o diplomático; querían que Viena se enfrentase a San Petersburgo con un hecho consumado con rapidez: las tropas imperiales ocuparían la capital serbia. Cuando Hoyos regresó a su país, Arthur Zimmermann, el vicesecretario de Estado alemán, consideraba que las probabilidades de conflicto entre Austria y Serbia rozaban el 90 %. Durante las semanas posteriores al ultimátum de Viena, los alemanes trinaban ante la lentitud austríaca. Bethmann, el canciller, demostró ser vulnerable a los momentos de pánico. Kurt Riezler, su principal asesor y secretario confidencial, escribió en su diario el 6 de julio, manifestando su consternación ante un escenario que inquietaba un tanto a su señor: «Una acción contra Serbia puede engendrar una guerra mundial. De una guerra, independientemente del resultado, el canciller espera una revolución de todo lo existente ... Vanas esperanzas generalizadas, una densa niebla sobre el pueblo. Lo mismo en toda Europa. El futuro es de Rusia, que ... va cayendo sobre nosotros como una pesadilla cada día más rotunda».

Riezler intentó tranquilizar a Bethmann, sugiriéndole que tal vez pudieran imponerse a Serbia por la sola vía diplomática, y luego añadió, alentador: «Si la guerra ha de venir y el velo [de la amistad que enmascara la enemistad fundamental entre los pueblos] ha de caer, entonces todo el *Volk* avanzará, guiado por una

sensación de peligro y urgencia. La victoria es la liberación».⁸ Los líderes políticos alemanes entraron en la crisis de julio en medio de esta clase de reflexiones y fantasías wagnerianas. En esta etapa, Bethmann y el káiser protagonizaron el grueso de las conversaciones celebradas en representación de su país. Aunque Moltke aseguró a Guillermo que el ejército estaba preparado para luchar en cualquier momento, algunos historiadores afirman que no se le consultó directamente antes de ofrecer a Austria las garantías cruciales.

Tras el regreso de Hoyos a Viena, los líderes alemanes se comportaron con una despreocupación que, a juicio de los teóricos de la conspiración, no era sino teatro. Bethmann pasó casi todo el resto del mes en su finca de Hohenfinow, en el Oder, aunque realizó discretas visitas a Berlín durante las cuales consultó con los militares. Moltke se fue a Karlsbad, a una cura —la segunda de ese año— de donde no regresó hasta el 25 de julio, justo a tiempo para el enfrentamiento entre Viena y Belgrado. El káiser zarpó el 6 de julio en su crucero anual en yate por el mar del Norte, que no terminó hasta el 27. Los oficiales de mayor rango, como el ministro prusiano de Guerra, Erich von Falkenhayn, se fueron de vacaciones; a los periódicos se los instó a no provocar deliberadamente a los franceses.

Aunque algunos especialistas consideran que esto demuestra que hubo un engaño orquestado, es más probable que, en aquel momento, los alemanes creyeran sinceramente que la guerra austro-serbia que habían ordenado podía ser local, aunque se mostraban pesimistas con respecto al elevado riesgo de que no fuera así. El contraalmirante Albert Hopman, observador sagaz e informado, escribió en su diario el 6 de julio: «En mi opinión, la situación nos es bastante favorable; tan favorable que un estadista firme y resuelto la aprovecharía al máximo».⁹ A lo largo de las semanas posteriores, Hopman insistió en su parecer, ampliamente compartido en Berlín, de que Alemania podría conseguir, y a un coste bajo, un importante beneficio diplomático de la crisis de los Balcanes. El 16 de julio escribió: «Personalmente, no creo que la guerra se vaya a enredar»; y de nuevo el día 21: «Europa no peleará por Serbia».¹⁰

En Viena, el día 7, Berchtold comunicó al consejo de ministros austríaco que Alemania ofrecía un respaldo incondicional a unas medidas drásticas, «incluso si nuestras operaciones contra Serbia ocasionan la gran guerra». Ese día, el barón Wladimar Giesl, el enviado austríaco en Belgrado, regresó a su puesto, tras las consultas celebradas en Viena, con claras instrucciones del ministro de Exteriores: «Sea como sea que los serbios reaccionen al ultimátum [que entonces se estaba redactando], debéis romper las relaciones y debe concluir en guerra».¹¹ Solo el ministro-presidente de Hungría, el conde István Tisza, lamentó la amenaza de «la terrible calamidad de una guerra europea» y aconsejó precaución. Comentó al

conde Julius Andrásy que la culpa de las acciones del grupito sin escrúpulos que asesinó al archiduque no debía pagarlas toda una nación y mantuvo su postura hasta mediados de julio.

Por el contrario, el jefe del Estado Mayor del ejército austríaco, Conrad, exigía una acción agresiva. Una vez terminado el conflicto, el conde Hoyos escribió: «Hoy nadie puede imaginar hasta qué punto la fe en el poder de Alemania, en la invencibilidad del ejército alemán, determinó nuestro pensamiento y cuán seguros estábamos todos de que Alemania ~~ganaría fácilmente la guerra contra Francia~~ [borrado en el original] nos brindaría la mayor garantía de seguridad si de nuestra acción contra Serbia se derivaba una guerra europea».¹²

Muchos militares austríacos no solo vivían tranquilos ante la posibilidad de provocar una guerra contra el oso ruso, sino que contemplaban esta confrontación como una contribución indispensable para eliminar la amenaza paneslavista. Wolfgang Heller, un oficial del Estado Mayor, anotó en su diario el 24 de julio que confiaba en que Serbia rechazaría el ultimátum de Viena; y solo le preocupaba que los rusos no mordieran el anzuelo: «No se puede alcanzar el verdadero éxito a menos que podamos ejecutar el *Kriegsfall R* [el plan para combatir a Rusia]. Solo se podrá encontrar una solución al problema [eslavo] si Serbia y Montenegro dejan de existir como estados independientes. Sería inútil ir a la guerra contra Serbia sin haberse resuelto a erradicarla del mapa; una campaña de las llamadas “punitivas” [*Strafexpedition*], sería inútil, un desperdicio de balas; el problema eslavo del sur debe resolverse por la vía radical, de modo que todos los eslavos del sur estén unidos bajo la bandera de los Habsburgo».¹³ Eran opiniones habituales entre los nobles, generales, políticos y diplomáticos austríacos.

Se ordenó, pues, una guerra austro-serbia. Pero el conflicto regional balcánico ¿estaba condenado a convertirse en una catástrofe europea general? ¿Merecía Serbia que la salvaran del destino que Austria y Alemania habían decretado para ella? La irresponsabilidad del comportamiento serbio es casi indiscutible, pero a la vista de las pruebas parece exagerado tachar al país de «estado canalla» y merecedor de su propia destrucción. Resulta mucho menos extraño que el imperio de los Habsburgo, en el estado febril que le provocaban sus propias debilidades y vulnerabilidades, decidiera iniciar una guerra para castigar a Apis y sus compatriotas, que el hecho de que su vecina, la gran y pujante Alemania, se arriesgase a un enfrentamiento general para un objetivo marginal.

Parece haber varias explicaciones. En primer lugar, los gobernantes alemanes, como tantos hombres de su generación, aceptaban la vía bélica como un medio natural para conseguir las ambiciones nacionales y ejercer el poder: a lo largo del siglo XIX, Prusia la había explotado de forma rentable en tres ocasiones. Georg Müller, el jefe del gabinete naval de Guillermo, le dijo a su señor en 1911: «La

guerra no es el peor demonio», y esta creencia era común en el pensamiento de Berlín.¹⁴ El káiser y sus principales asesores subestimaron la magnitud de la supremacía que su país estaba alcanzando gracias a su habilidad económica e industrial, sin necesidad de batallar contra nadie. Se equivocaron terriblemente al suponer que solo podían asegurarse la hegemonía europea mediante el despliegue de las armas en los campos de batalla.

Pero, en aquella época, la paranoia era un rasgo característico de la psique alemana: la convicción de que la posición estratégica nacional, lejos de fortalecerse progresivamente, perdía fuerza con el ascenso del socialismo en el país y la capacidad militar de la Entente en el extranjero. Muchos banqueros e industriales alemanes estaban seguros, enfermizamente, de que las democracias occidentales estaban resueltas a estrangular el comercio alemán. En un principio, el embajador de Berlín en Viena trató de calmar la belicosidad austríaca, pero el káiser garabateó en sus informes: «¿Quién le ha autorizado a hacer tal cosa? ¡Es una terrible estupidez!». Los alemanes sabían que, casi con toda seguridad, el zar echaría su manto protector sobre Serbia; se había comprometido a hacerlo así. Pero Moltke y Bethmann Hollweg rozaban la obsesión al considerar que Rusia suponía para ellos una amenaza existencial; y si había que luchar contra el ejército de Nicolás, mejor hacerlo pronto que tarde. El 20 de mayo de 1914, en el compartimento en que viajaban de Potsdam a Berlín, el jefe del Estado Mayor le dijo al ministro de Exteriores Jagow que, en pocos años, Rusia lideraría la carrera armamentística. Si el precio de adelantarse a aquella superioridad implicaba también enfrentarse con Francia, aliada de Rusia —según Moltke daba por sentado—, el Estado Mayor se había preparado meticulosamente para aquella posibilidad y tenía plena confianza en la victoria.

Por naturaleza, Bethmann era un funcionario del gobierno, más que un líder. Lloyd George se refirió más adelante a algunas conversaciones que había sostenido con él en 1908, en una visita a Alemania en la que estudió su ley de seguros sanitarios: «Una personalidad atractiva, pero no deslumbrante ... un burócrata inteligente, trabajador y sumamente razonable, pero no me ha dado la impresión de haber conocido a un hombre con poder para, tal vez, algún día alterar el destino». Bethmann también era un indeciso, sobre todo en lo relativo a los méritos rivales de la paz y la guerra. En 1912 regresó alarmado de una visita a Rusia, ante las pruebas de su creciente poderío; y al año siguiente se le oyó defender un enfrentamiento preventivo. En 1913 sermoneó al Reichstag acerca de la «inevitable lucha» que se avecinaba entre eslavos y teutones, y advirtió a Viena de que Rusia sin duda se uniría a cualquier conflicto entre Austria y Serbia. En sus mejores momentos, sin embargo, el canciller reconoció los peligros que implicaba un enfrentamiento armado. El 4 de junio de 1914 le dijo al embajador bávaro que los conservadores

que imaginaban que, mediante un conflicto, reafirmarían su propio poder nacional aplastando a los odiados socialistas, estaban en un error: «Una guerra mundial, con sus incalculables ramificaciones, fortalecerá la democracia social, que canta las virtudes de la paz». La guerra podría cobrarse fácilmente, añadió, el trono de varios soberanos.

El aislamiento personal de Bethmann no mejoró su criterio. Su esposa falleció en mayo de 1914, tras una larga enfermedad, y él pasaba sus ratos libres entregado a la lectura de Platón en griego. A nivel político, había perdido casi todas las amistades, sobre todo en el Reichstag. Moltke no tenía tiempo para Bethmann, cuya carrera ya solo dependía del káiser, su patrón. Al principio, el canciller vio en la crisis de julio la oportunidad de restaurar su autoridad y su reputación personal, asestando un golpe diplomático a las potencias centrales. Fue uno de los principales responsables de incitar al káiser a apoyar a Austria, y fue muy selectivo con el tráfico de telegramas que mostraba a su jefe, para preservar la firmeza de su decisión. Creía que Alemania debía perseguir el rumbo elegido sin temor a la eventual respuesta de San Petersburgo.

Formando un equipo entrelazado, Bethmann, el káiser y Moltke adoptaron las decisiones cruciales. Alemania alentaba enérgicamente a Austria a atacar a Serbia, y los tres actores principales de Berlín no intentaron controlar los sucesos de modo que se evitase una calamidad mayor. Ahí radica su culpabilidad por lo que ocurrió a continuación. Parece erróneo afirmar que entraron en la crisis de julio empeñados en precipitar un conflicto europeo general, pero el omnipresente fatalismo alemán con respecto al resultado contribuyó, en gran medida, a que así sucediera. El líder socialdemócrata August Bebel, héroe de millones de trabajadores, pronunció una apasionada advertencia tras la crisis de Agadir en 1911: «Todas las naciones seguirán armándose para la guerra hasta que llegue el día en que uno u otro diga: “Vale más un final terrible que un horror sin final”. [Un país también podría decir:] “Si nos retrasamos más, seremos los más débiles en lugar de los más fuertes.” Entonces, sucederá la catástrofe; se desatarán en Europa los grandes planes de movilización, por los cuales entre 16 y 18 millones de hombres, los mejores de muchas naciones, armados con los mejores instrumentos letales, tomarán el campo unos contra otros. Se acerca el *Götterdämmerung* del mundo burgués».

Thomas Mann escribió que los intelectuales alemanes cantaban las alabanzas de la guerra «como en una competición mutua, con profunda pasión, como si ellos y el pueblo, cuya voz representan, no vieran nada mejor, nada más bello que combatir a muchos enemigos».¹⁵ Algunos conservadores quedaron impresionados con un superventas de 1912, escrito por el general Friedrich von Bernhardi: *Alemania y la próxima guerra*. Allí se promulgaba el «deber [alemán] de hacer la guerra ... La guerra es una necesidad biológica de primer orden ... Sin la guerra, las

razas inferiores o decadentes obstruirían fácilmente el desarrollo de elementos sanos y en crecimiento, a lo que seguiría una decadencia universal ... El poder otorga el derecho a conquistar u ocupar». Bernhardt fue destituido por Moltke, que lo tachó de «perfecto soñador», pero el libro no pasó en absoluto desapercibido en Gran Bretaña, donde sir Arthur Conan Doyle y H. G. Wells se contaron entre quienes manifestaron su repugnancia.* Quizá la opinión pública británica estuviera empañada por el hecho de que su propia nación ya había llevado a cabo todas las conquistas y ocupaciones que necesitaba.

El fatalismo con respecto a la inevitabilidad o la conveniencia del conflicto era aún más evidente en el imperio de los Habsburgo. En marzo de 1914, la influyente publicación militar *Danzer's Arme-Zeitung* declaró que la situación internacional raras veces se había antojado más grave. Las constantes guerras balcánicas, a las que se habían añadido, en 1911, la invasión y la colonización de Libia por parte de Italia, eran claramente los pasos previos «a la gran conflagración que nos aguarda sin remedio. Vemos que la carrera armamentística ya no es una forma de mantener el equilibrio de poder, como ha sucedido durante décadas, sino que se ha convertido en un preparativo desenfrenado y abierto hacia un conflicto que puede empezar mañana o pasado mañana». El *Danzer's* señalaba que a Rusia aún le faltaban algunos años para completar la red estratégica de ferrocarril, indispensable para agilizar la movilización; por ello, una guerra anticipada resultaría «inconveniente para nuestros enemigos». Esto llevó al escritor a sostener que, en beneficio de los grandes intereses de Austria y sus aliados, se debería proceder al ataque antes de perder la iniciativa: «Hoy, el equilibrio es bastante favorable, pero solo Dios sabe si mañana estaremos igual. Más pronto o más tarde, deberá realizarse el sacrificio de una sangrienta hecatombe, así que aprovechemos el momento. Tenemos las fuerzas; ¡solo falta la decisión!». ¹⁶

El 14 de julio, el conde Berchtold presidió una importante reunión en la que se decidirían los siguientes pasos del imperio. Conrad puso sobre la mesa la cuestión del calendario: dado que movilizar a los reservistas en medio de la cosecha amenazaba con causar dificultades económicas, él prefería retrasar la guerra hasta el 12 de agosto. El ministro de Exteriores rechazó el aplazamiento. «La situación diplomática no resistirá tanto», comunicó al jefe del ejército, refiriéndose a que la presión de la Entente podía acabar obligándolos a mantener la paz. Se comunicó al embajador alemán que el equipo de Berchtold trabajaba en la redacción de un ultimátum para Belgrado, pensado para que fuera rechazado.

La Europa occidental prestó muy poca atención a la última tanda de discusiones balcánicas. Una nota en la página de sociedad y corte de *The Times* del 3 de julio decía: «El problema del servicio doméstico es uno de los más graves del presente. Con la idea de colaborar a su resolución, hace unos meses *The Times*

inició un plan mediante el cual damas expertas prestaban su ayuda a otras damas para que estas consiguieran sirvientes capaces y de confianza». El día 16, el periódico abordaba la situación europea en un segundo editorial, insistiendo en que Serbia debía abrir voluntariamente una investigación sobre el asesinato de Francisco Fernando. Concluía, en tono displicente, que ni la fuerza ni la amenaza de recurrir a esta podrían representar un papel provechoso en la diplomacia entre Austria-Hungría y Serbia: «Cualquier intento de encararla así representaría un nuevo peligro para la paz europea y esto, estamos seguros, lo perciben claramente el emperador y sus consejeros más sagaces». Dos días después, la página de noticias internacionales de *The Times* estaba encabezada por una información sobre México; la única noticia europea se titulaba «La amenaza serbia». El 17 de julio, Lloyd George comunicó a un público de empresarios londinenses que «aunque en los asuntos exteriores nunca se consigue un cielo totalmente azul», parecía que algunas nubes empezaban a escampar. Reafirmó su confianza en que los problemas de Europa terminarían pronto. Desde un principio, a los políticos y los periódicos británicos —preocupados, en cualquier caso, por la crisis del Ulster— les costaba creer que los agravios de Austria contra Serbia merecieran una guerra.

Francia, que atravesaba un período de inestabilidad política crónica tras vivir siete cambios de gobierno entre 1911 y 1914, estaba inmersa en sus escabrosos asuntos nacionales, entre los que destacaba el juicio de Henriette, esposa de Joseph Caillaux, por haber asesinado a tiros al editor de *Le Figaro*, Gaston Calmette. El presidente, Raymond Poincaré, junto con René Viviani, su primer ministro temporal, zarparon de Dunkerque a primera hora de la mañana del 16 de julio, a bordo del acorazado *France*, en viaje de visita oficial a Rusia. Ambos aseveraron emprender la ruta como unas vacaciones; según dijo más adelante Poincaré, «navega[mos] bajo la ilusión de la paz».¹⁷ El servicio de radio del barco era rudimentario y, a lo largo de los días pasados en el mar, se vieron casi incomunicados: «Una espesa niebla cae sobre las olas, como si quisiera ocultar las costas europeas».

El día 20, el grupo francés llegó al embarcadero del palacio de Peterhof, donde los recibieron la familia imperial y varios ministros de Nicolás II. Maurice Paléologue, el embajador francés, afirmó que había oído decir al zar, mientras esperaba para recibir a sus huéspedes franceses: «No me puedo creer que [el káiser] quiera la guerra ... Si usted lo conociera como yo ... ¡Cuánta teatralidad [hay] en su pose! Para nosotros, ahora resulta aún más importante poder contar con Inglaterra en caso de emergencia. A menos que Alemania haya perdido la cabeza por completo, jamás atacará a Rusia, Francia e Inglaterra juntas».¹⁸ Tras las cortesías iniciales, Poincaré preguntó su opinión sobre los asesinatos de Sarajevo a Sergei Sazonov. Según las memorias del presidente, el ministro de Exteriores se mostró

displicente, y los mensajes de la embajada francesa en Viena, advirtiendo de que parecía probable que los austríacos tomaran medidas drásticas, no se reenviaron a San Petersburgo hasta al cabo de unos días. En el banquete que se celebró a continuación, Paléologue, que estaba cada vez más eufórico y emocionado conforme avanzaba el viaje, escribió: «Recordaré durante mucho tiempo la deslumbrante exhibición de joyas en los hombros de las mujeres ... una fantástica sucesión de diamantes, perlas, rubíes, zafiros, esmeraldas, topacios, berilos».¹⁹ Allí hubo un último florecer de la serena autocomplacencia de la clase dominante de la vieja Europa.

René Viviani encarnaba la idea que un inglés podía tener de un francés de teatro: locuaz, imprevisible, impulsivo y sujeto a accesos de grosería extrema. Durante el viaje a Rusia, estaba claro que tenía la cabeza más puesta en las cuestiones nacionales que en las internacionales: temía que, en el circo del juicio a *madame* de Caillaux, aparecieran pruebas embarazosas para él; y estaba nervioso por su querida, una actriz de la Comédie Française. Cuando llegaron mensajes de París, Poincaré se fue impacientando por saber todo lo referido a la crisis europea, pero Viviani solo parecía preocuparse por los cotilleos de la capital. Afirmó que la cuestión serbia acabaría resolviéndose, sin duda alguna, de modo que no había razones para apresurar la vuelta a casa.

Poincaré, apasionado defensor de la Entente, dirigió las conversaciones con los rusos y en su diario hizo constar una justificación personal muy teatral: «He asumido las responsabilidades de Viviani. Me temo que es un indeciso y un pusilánime». Paléologue señaló: «Era Poincaré el que llevaba la iniciativa. Al poco ya se ocupaba de todas las conversaciones, y el zar solo asentía dando su conformidad, si bien su apariencia general parecía demostrar una aprobación sincera. Irradiaba simpatía y confianza».²⁰ El embajador era un testigo poco fiable, pero acertaba en cuanto al ánimo distendido de las conversaciones.

Es terriblemente difícil evaluar esta «cumbre franco-rusa» —tal como se la denominaría hoy—, porque no hubo actas ni se conservan muchos documentos estatales relevantes. Las memorias redactadas por algunos de los actores principales son elusivas, y quizá incluso directamente falsas, con respecto a lo acontecido. Poincaré y Sazonov afirmaron, por igual, haber hablado de generalidades porque no tenían noticia del inminente ultimátum austríaco a Serbia. Esto bien podría ser falso, ya que los rusos habían logrado descodificar el tráfico diplomático de Viena. El Estado Mayor zarista conocía bien los planes de los Habsburgo y sus maniobras: el coronel homosexual Alfred Redl, que era jefe del servicio de inteligencia austríaco —hasta que se quitó la vida, en 1913— era solo el más famoso de una red de agentes a sueldo de San Petersburgo. Los rusos tenían menos información sobre Alemania, aunque abrigaban pocas dudas con respecto a sus planes de guerra, con

la gran maniobra envolvente por el oeste, tras comprarle a un espía, por 10.000 rublos, el informe sobre los simulacros de combate del ejército alemán en 1905.

Es probable que las delegaciones rusa y francesa sostuvieran intensos debates sobre la crisis de los Balcanes y asumieran una línea dura. Poincaré creía que los alemanes iban de farol: «Cada vez que hemos adoptado una postura de conciliación con Alemania, ella se ha aprovechado; en cambio, siempre que nos hemos mostrado firmes, ha cedido».²¹ La firmeza, que se consideraba una virtud, influyó poderosamente en el comportamiento de todas las potencias en julio de 1914. Algunos historiadores creen que, en San Petersburgo, Poincaré fortaleció la determinación belicista de Sazonov; «una triste pataleta», a juicio de Robert Vansittart, del Foreign Office británico.²² Durante un banquete de estado en la embajada francesa, el ministro de Exteriores habló con el presidente en unos términos que reflejaban, a la inversa, las palabras de Conrad: afirmó que, si la crisis empeoraba, a Rusia le resultaría muy dificultoso llevar a cabo una movilización durante la cosecha. El hecho de que el francés reconociera en sus memorias haber sostenido una conversación acerca de tal contingencia sugiere que él y Sazonov ya creían que la situación balcánica era más grave de lo que luego admitieron.

Pero es fácil aceptar que Francia y Rusia acordaron coordinar una respuesta firme al ultimátum austríaco a Serbia, que llegaba a contemplar incluso una movilización preventiva de los rusos, como la que había tenido lugar en la última crisis balcánica, sin que esto los condene por haber precipitado una guerra europea. Sin duda, el zar no estaba en absoluto entusiasmado con aquel enfrentamiento, y sus generales sabían que su posición militar, con respecto a Alemania, sería mucho más fuerte en 1916. Los embajadores de Rusia en París, Viena y Berlín, junto con el general Yuri Danilov —el jefe de operaciones del ejército, un hombre de fuerte personalidad—, se ausentaron de sus puestos hasta que se planteó el ultimátum austríaco, el 24 de julio; otra indicación más de que San Petersburgo no preveía las hostilidades. De estas reuniones, todo lo que sabemos con seguridad es que el zar propuso realizar una visita a Francia en 1915. Ascendiendo por el Neva, en una zona de hermosos paisajes, el grupo franco-prusiano pasó ante astilleros en los que se construían buques de guerra, pero los trabajadores estaban en huelga. Nicolás apuntó que era obra de agitadores alemanes, que pretendían arruinar la visita estatal, pero Poincaré se encogió de hombros: «Simples conjeturas».

El día 21, el grupo del presidente recibió a todos los embajadores destinados en San Petersburgo, ataviados con sus bombachos y sus soberbios uniformes recamados en oro, e intercambió palabras banales con la mayoría de ellos. El enviado alemán comentó que, entrado el verano, ansiaba visitar junto con su familia francesa el país galo. El británico sir George Buchanan —«frío, lento y extremadamente cortés», en palabras del presidente— demostró cierta alarma ante

la situación europea y sugirió que Viena y San Petersburgo abrieran una vía de diálogo directa. Poincaré respondió que eso sería tomar una dirección muy peligrosa, y escribió en su diario: «Esta conversación me ha dejado pesimista». El conde Friedrich Szapáry, el embajador imperial, perturbó mucho más al presidente francés, que escribió: «Da la impresión de que Austria-Hungría quiere hacer extensiva a toda Serbia la responsabilidad del crimen cometido [en Sarajevo] y probablemente desea humillar a su pequeño vecino. Si no digo nada, supondrá que Francia da su aprobación a una iniciativa violenta. Replico entonces que Serbia tiene amigos en Rusia que quedarían atónitos ante esta información, y que tal sorpresa sería compartida en todas partes».

Paléologue recordaba a Szapáry diciendo fríamente a Poincaré: «¡*Monsieur le Président*, no podemos admitir que un gobierno extranjero permita que en sus territorios se tramem conjuras contra nuestro sistema de gobierno!». ²³ Se supone que el presidente insistió en que todas las potencias europeas debían mostrar cautela, añadiendo: «Con un poco de buena voluntad, este asunto serbio es fácil de resolver. Pero con la misma facilidad puede convertirse en algo crítico. Serbia tiene muy buenos amigos en el pueblo ruso. Y Rusia tiene un aliado: Francia. ¡Podemos temer muchas complicaciones!». Szapáry hizo una reverencia y se fue sin pronunciar una palabra más. Poincaré le dijo a Viviani y a Paléologue, según este último: «No estoy satisfecho con esta conversación. Desde luego, el embajador ha recibido instrucciones de no decir nada ... Austria nos esconde un *coup de théâtre*. Sazonov debe mantenerse firme, y nosotros, respaldarle». Es una versión falseada, pero es probable que reproduzca el tono de lo que se dijo.

Llegó un telegrama desde París, en el que se comunicaba que Alemania ofrecía su respaldo a Austria-Hungría. Viviani y Poincaré afirmaron haber coincidido en que parecía un farol, para aumentar la presión sobre los serbios; pero los líderes franceses empezaban a sentirse alarmados ante la poca y tardía información que llegaba desde París. Al poco, los alemanes empezaron a interferir en parte de los mensajes radiofónicos de la diplomacia francesa. El mero hecho de que Berlín adoptase tales medidas en la crisis de julio, al lado de su sistemática falsedad en los contactos con las otras potencias, sitúa al país bajo una luz poco agradable. Si Alemania deseaba de verdad un final pacífico, difícilmente lo promovería aislando a los líderes franceses de los acontecimientos en marcha o mintiendo sobre lo que ellos mismos sabían.

El día 23, Poincaré ofreció una cena bajo un entoldado, en el alcázar del *France*, que se estropeó cuando una fuerte tempestad empapó a la emperatriz y a sus hijas. El presidente se irritó porque la armada francesa había demostrado muy poca imaginación y elegancia en la preparación de la velada. La cena, a todas luces, necesitaba de un toque femenino. Pero la delegación francesa abandonó San

Petersburgo, unas horas después, con la certeza de que la visita había sido un éxito y habiendo ratificado el compromiso francés con Rusia. De hecho, es posible que la visible incomodidad de Viviani se viera alimentada por el temor de no saber hasta dónde llegaría su presidente con las promesas de apoyo, aunque, una vez más, carecemos de pruebas al respecto. Poincaré conjeturó, más adelante, que el empeño alemán de aislarlo de la información durante aquellos días críticos se debió al miedo de que, de otro modo, Rusia y Francia pudieran haber planteado una iniciativa de paz creíble. No es muy verosímil; pero es un hecho constatado que los austríacos demoraron la presentación del ultimátum contra Serbia hasta estar seguros de que el grupo presidencial francés se había hecho a la mar y navegaba cada vez más lejos de las costas rusas. Hasta el día siguiente, en efecto, Poincaré y Viviani no empezaron a recibir, en fragmentos sucesivos, el texto del documento austríaco definitivo.

Por asombroso que parezca, entre el 14 y el 25 de julio, los dos hombres no recibieron ningún despacho de la misión francesa en Belgrado, porque el plenipotenciario estaba enfermo.²⁴ Entre tanto, en San Petersburgo, Paléologue seguía recomendando «firmeza» a Sazonov. En aquellos tiempos, los embajadores eran personas importantes, en su calidad de intermediarios y, a veces, de protagonistas. Paléologue era una personalidad imprevisible, que no temía la guerra porque creía que la balanza militar se inclinaba ahora del lado de Rusia y Francia. Pese a todo, sigue siendo difícil de entender por qué la cumbre de San Petersburgo debe condenarse como un episodio maligno y conspirador, tal como pretenden hacer creer algunas voces, aun careciendo de las pruebas necesarias.

Sin duda, entre Rusia y Alemania existía una competencia feroz por el control de los Dardanelos y el acceso al mar del Norte, pero esta última cuestión solo influyó en los acontecimientos de 1914 porque había intensificado la animosidad y las sospechas entre ambas naciones. El imperio zarista tenía motivos más poderosos que cualquier otra nación en Europa para retrasar el enfrentamiento. En San Petersburgo, durante el mes de julio, las dos potencias de la Entente no conversaron en torno de una iniciativa militar propia, sino sobre cómo se debía reaccionar a un iniciativa austríaca que, a todas luces, tenía muchas probabilidades de contar con el respaldo alemán. Nunca fue verosímil que Rusia consintiera en la eliminación de Serbia, ni que París dejase a San Petersburgo sin apoyo. Esto lo sabían tanto los austríacos como los alemanes, pero no se dejaron amedrentar porque se creían capaces de vencer la contienda.

Austria tomó la decisión definitiva de invadir Serbia, haciendo caso omiso de la

respuesta que Belgrado diera a las exigencias de Viena, en una reunión secreta en la residencia de Berchtold, el día 19 de julio. El conde Tisza, el único que antes había disentido, se había reconciliado con la línea del ministro de Exteriores; en Hungría, la opinión pública se había vuelto tan febrilmente antiserbia como en Austria. El barón Musulin, responsable de la redacción del ultimátum austríaco a Serbia, dijo más adelante con orgullo que él lo había «esculpido y pulido como una piedra preciosa» para «asombrar al mundo con la elocuencia de su acusación». El día anterior a su entrega se mandó una copia a Berlín, que el gobierno alemán no trató de enmendar o suavizar y que, más adelante, afirmarían en falso no haber visto antes de su presentación.

El documento presentado a Belgrado a las 6 de la tarde del 23 de julio denunciaba a Serbia por fomentar el terrorismo y el asesinato en el imperio de los Habsburgo. Las acusaciones contenidas en el ultimátum, referidas a la participación de la Mano Negra en la trama de Sarajevo, eran válidas en su mayoría. Pero las cláusulas 5 y 6, en las que los austríacos exigían que se les otorgara poder para investigar y arbitrar en suelo serbio, representaban una rendición de la soberanía que ninguna nación podía aceptar; Viena no esperaba que Serbia lo hiciera. El misil de Berchtold se había lanzado y estaba en pleno vuelo.

II. Los rusos reaccionan

El 23 de julio, Nikola Pašić, el primer ministro serbio, se encontraba lejos de las elecciones de Belgrado; convirtió en costumbre el apartarse de la capital en momentos de crisis, quizá no accidentalmente. En su ausencia, el ultimátum austríaco lo recibió el ministro de Economía serbio, el doctor Laza Paču. Se desató una actividad febril. Apis, uno de los principales responsables de la crisis, acudió a casa de su cuñado, Živan Živanović, y le advirtió con seriedad: «La situación es muy grave. Austria ha enviado un ultimátum, la noticia ha llegado a Rusia y se han dado órdenes de movilización».²⁵ Živanović, como tantos otros, escoltó apresuradamente a su familia a la seguridad temporal del campo.

El embajador ruso, el atroz Nikolai Hartwig, había fallecido repentinamente de un ataque al corazón el 10 de julio; su asistente, Vasily Strandman, se vio al cargo de la misión, que estaba dotada de una plantilla modesta. Strandman reclutó a su esposa y a Lyudmila Nikolaevna, hija de Hartwig, para que lo ayudasen a cifrar la enorme montaña de telegramas que debían enviar a Sazonov en San Petersburgo; formaban una curiosa instantánea de diplomacia casera. A última hora, ya de noche, estaban enfrascados en esta tarea cuando un sirviente entró para informar de que Alejandro, el príncipe regente de veintiséis años, esperaba abajo para analizar el ultimátum. El ruso dijo al joven, visiblemente emocionado: «Los términos son muy estrictos y ofrecen pocas esperanzas de un final pacífico». Strandman añadió que, a menos que pudieran aceptarlo en su totalidad, Serbia debía prepararse para la guerra. El príncipe estuvo de acuerdo y, a continuación preguntó, sin ambages: «¿Qué hará Rusia?». Strandman respondió: «No puedo decir nada, porque San Petersburgo aún no ha visto el ultimátum y no tengo instrucciones». «Cierto, pero ¿qué opinión le merece, a título personal?» Strandman dijo que le parecía sumamente probable que Rusia ofreciera protección a Serbia. Entonces Alejandro quiso saber: «¿Qué deberíamos hacer ahora?». El ruso le instó a telegrafiar al zar.²⁶

El príncipe, que había estudiado en Rusia, guardó silencio un momento y luego añadió: «Sí, mi padre el rey mandará un telegrama». Strandman le rogó: «Vos mismo debéis comunicar [al zar] lo sucedido, ofrecerle vuestra valoración de la situación y pedir ayuda. Deberíais firmar vos, mejor que el rey». Alejandro preguntó, en tono cortante, por qué; a lo que Strandman respondió: «Porque a vos, el zar os conoce y os ama, mientras que al rey Pedro apenas lo conoce». Siguieron

conversando acerca de la signatura durante unos minutos más. Strandman propuso mandar copia del mensaje al rey Víctor Manuel de Italia, casado con la tía de Alejandro. También aceptó mandar un cable a San Petersburgo, sin tardanza, para pedir 120.000 rifles y otro equipamiento militar que los serbios necesitaban con urgencia; anteriormente, los rusos no habían acertado a mandar nunca las remesas de armas prometidas.

La Europa occidental y sus líderes fueron lentos a la hora de encarar el ultimátum austríaco con la urgencia que requería. El presidente y el primer ministro de Francia se hallaban en el mar. Raymond Recouly, de *Le Figaro*, comentó que, en París, los primeros indicios de la gravedad de la crisis no le llegaron a través de los ministros o los diplomáticos, sino de los periodistas financieros.²⁷ Antes de que los austríacos pasasen a la acción, entre el 12 y el 15 de julio, en las bolsas de Viena y Budapest se desató una actividad frenética, provocada probablemente por información privilegiada. «Todo el mundo lo vende todo por cualquier precio que pueda obtener», le dijo a Recouly el editor de economía de *Le Figaro*.²⁸ Las bolsas no hicieron caso de la falsa ilusión de algunas cancillerías, que defendían la voluntad de moderación de Austria-Hungría: esperaban la guerra.

Por todo el imperio de los Habsburgo y en Serbia, muchos millones de personas contenían el aliento. Una maestra de Graz escribió el 23 de julio: «Nadie podía pensar o hablar de nada más».²⁹ En Serbia vivían una estación exuberante: los jardines estaban llenos de rosas, claveles, alhelíes, jazmines, lilas y las penetrantes fragancias del tilo y la acacia. Los campesinos acudían a Belgrado y otras ciudades desde los pueblos del alrededor, muchos en compañía de sus familias, para vender en la calle huevos duros, licor de ciruela, queso o pan. Al atardecer, los jóvenes se reunían para cantar canciones, ante los ancianos, ya canosos, que los contemplaban en silencio. En la capital serbia, la doctora Slavka Mihajlović escribió al enterarse en su hospital de la noticia del ultimátum: «Nos quedamos atónitos. Cruzamos la mirada unos con otros, aterrados, pero debemos volver al trabajo ... Contábamos con que las relaciones entre Austria y Serbia se tornarían más tensas, pero no esperábamos un ultimátum ... Toda la ciudad está conmocionada. Las calles y los cafés se llenan de gente nerviosa ... No ha pasado un año desde que nuestra pequeña Serbia salió de dos sangrientas guerras, con Turquía y Bulgaria. Algunos heridos yacen aún en el hospital. ¿Tendremos que ver más derramamiento de sangre y más tragedias?».³⁰

La crisis de julio entró en su fase última el día 24, cuando en las cancillerías europeas se conocieron los términos del ultimátum austríaco. Sazonov dijo inmediatamente: «*C'est la guerre européenne*». Comentó al zar que los austríacos jamás habrían osado actuar así sin contar con la garantía de Alemania. La respuesta

de Nicolás fue cauta, pero convocó un consejo de ministros que se reuniría aquel mismo día, algo más tarde. Luego, Sazonov recibió a sir George Buchanan, que insistió en dejar tiempo a la diplomacia. Paléologue, como era de esperar, siguió abogando por la línea dura. Lo que acaeció en San Petersburgo durante los siguientes cuatro días aseguró que el conflicto en ciernes no quedara confinado a los Balcanes.

Todos los planes operativos de 1914 eran complejos, y el de los rusos, más que ningún otro, debido a las grandes distancias materiales. Cada soldado movilizado por el zar debía recorrer una media de más de 1.100 kilómetros hasta llegar a su regimiento, frente a los 300 kilómetros de media de los alemanes. La red ferroviaria estratégica necesitaba que el llamamiento a las armas se hiciera con un plazo de doce días y, en cualquier caso, la concentración de las tropas rusas se realizaría con mucha más lentitud que la alemana. Al cabo de una hora de haber recibido el ultimátum, Sazonov ordenó que el ejército se pusiera en pie de guerra. Aquel mismo día, 24 horas más tarde, el ministro de Economía Peter Bark ordenó a los funcionarios del Ministerio de Exteriores que dispusieran la repatriación de 100 millones de rublos de los fondos estatales depositados en Berlín.

La determinación belicista de Austria y el respaldo del «cheque en blanco» alemán fueron anteriores a cualquier respuesta que diera la Entente. Durante una crisis balcánica previa, en el invierno de 1912-1913, Rusia adoptó las mismas precauciones militares que activó el 24 de julio de 1914, sin que ello desencadenase hostilidades. A menos que San Petersburgo propusiera consentir la invasión austríaca de Serbia, las órdenes inmediatas de alerta al ejército ruso no suponían entusiasmo por provocar una catástrofe europea, sino prudencia. Hubo, sin embargo, un nuevo factor crucial. En 1912-1913, Alemania no había apoyado la línea dura de los austríacos en los Balcanes, pues carecía de algunos elementos clave en su propia preparación militar: el puente del Rin en Remagen, el puente de Karwendel por el cual la artillería pesada austríaca podría desplazarse hacia el norte, el canal de Kiel y un nuevo presupuesto para el ejército. Ahora todos aquellos enlaces estaban terminados: la maquinaria de Moltke estaba casi perfectamente engrasada. San Petersburgo y el resto de Europa sabían que, si Rusia movía pieza, casi con toda certeza Alemania respondería. Sazonov afirmaba que la movilización no era una declaración de guerra que el ejército del zar podía estar preparado durante semanas, sin necesidad de pasar a la acción, como había sucedido en la crisis anterior. Pero la política alemana era distinta e inequívoca: si el ejército del káiser se reunía, era para marchar.

La reunión del consejo de ministros ruso del 24 de julio duró dos horas. Sazonov hizo hincapié en los preparativos de guerra en Berlín —que probablemente exageró— y el infeliz pasado, en el que las concesiones rusas a la

fortaleza de Austria o Alemania fueron tratadas como síntomas de debilidad. Sostuvo que había llegado el momento de plantarse; dejar caer a Serbia constituía una traición intolerable. Los dos ministros de servicio, Vladimir Sukhomlinov e Igor Grigorovich, dijeron que, si bien el programa de rearme nacional aún estaba incompleto, la marina y el ejército de tierra estaban preparados para el combate. Sus contribuciones fueron importantes: si hubieran ofrecido un discurso más prudente —o quizá más realista—, tal vez Rusia se habría replegado.

Por inverosímil que parezca, visto desde el extranjero, las intervenciones de mayor peso fueron las del ministro de Agricultura. Alexander Krivoshein era un hombre hábil, dado a politiquiar en la corte, con una extensa red de contactos. Afirmó que «la opinión pública no entendería por qué, en un momento crítico que afectaba a intereses vitales de Rusia, el gobierno imperial se mostraba reticente a actuar con audacia».³¹ Sin desdeñar los riesgos, creía que la conciliación sería un error. El zar sostuvo una larga conversación privada con su tío, el gran duque Nicolás, que estaba al mando del distrito militar de San Petersburgo. Se desconoce el contenido del encuentro, pero probablemente el gran duque expresó su confianza tanto en el respaldo de Francia como en la fuerza de su ejército: había quedado muy impresionado por una visita realizada en 1912, durante la cual observó a los soldados de Joffre. Además, él y su hermano Pedro estaban casados con dos hermanas, hijas del rey de Montenegro, cuya apasionada influencia se utilizó para apremiar a los rusos a combatir a los austríacos hasta el último aliento.

El zar seguía profundamente consternado ante la perspectiva de un conflicto que, bien lo sabía, podría destruir a su dinastía. El 24 de julio señaló, pensativo: «Cuando [la guerra] haya estallado, será difícil de parar». Sin embargo, consintió en iniciar los preliminares de la movilización. En su esfuerzo por interpretar el papel de gobernante de una gran potencia —condición que Rusia a duras penas podía reivindicar—, Nicolás no actuó de modo innoble o con malicia, pero sí precipitadamente. Emuló a Francisco José al fijar el rumbo hacia la destrucción de un régimen: el suyo propio.

Aquella tarde, Sazonov dijo al embajador serbio que Rusia protegería la independencia de su país. No se ofreció ningún «cheque en blanco» a Belgrado; al contrario, insistió en que aceptase la mayoría de los términos del ultimátum austríaco. Pero su compromiso resultó decisivo a la hora de convencer al gobierno serbio de que rechazase parte de las demandas de Viena: sin Rusia, la única opción era la rendición absoluta. Sazonov tenía confianza en que su país contaría con Francia, aunque no ponía grandes esperanzas en el apoyo británico; señaló con pesar que todos los periódicos ingleses, salvo *The Times*, respaldaban a Austria en la crisis. En Gran Bretaña, mucha gente —algunos, desde sus cargos públicos— se mostraba totalmente reacia a una intervención rusa. Simpatizaban con los austríacos

en su visión de Serbia como un genuino incordio balcánico.

Aquel día, mientras Europa contenía la respiración a la espera de la respuesta serbia al ultimátum de Viena, una violenta tempestad sacudió la Europa central. Se contaba que, fuera del Parlamento de Budapest, se vio tambalearse la estatua de Gyula Andrassy, uno de los arquitectos de la monarquía dual. Los ciudadanos, asustados, comentaban entre ellos que sus antepasados consideraban aquellos sucesos como un presagio. Pero un funcionario del Ministerio de Economía, Lajos Thalloczy, se preguntaba en su diario: «¿Para quién?». Aquella tarde, multitudes inquietas se congregaron en las calles de Berlín, pero al anochecer todavía no se disponía de más noticias.

Al día siguiente, el sábado 25, la maestra alemana Gertrud Schädla describió en su diario cómo su familia se abalanzó sobre el periódico de la mañana, ansiosa por conocer las últimas noticias.³² Escribió: «Pese al peligro de vernos arrastrados a una guerra, la gente aplaude la postura de fuerza de Austria. El asesinato de la pareja ducal exige un castigo severo». Como deferencia a la gravedad de la situación internacional, se canceló la feria local de tiro, aunque ya se habían levantado las casetas y los tirovivos. Mientras tanto, Belgrado se abarrotaba de personas preocupadas que cuchicheaban en las calles, en las puertas de los jardines y en cafés como El Zar Ruso. Se abalanzaban sobre cada nueva edición del periódico con la misma ansiedad que en casa de Gertrud Schädla. Corría el rumor —bastante fidedigno— de que había tropas austríacas reuniéndose en la frontera, pero aún no imperaba el pánico: los serbios, con su infinita capacidad para engañarse a sí mismos, se aferraban a la creencia de que, de algún modo, el destino los dejaría al margen.

La tarde del 25, la socialdemocracia alemana organizó protestas contra la guerra. Bethmann rechazó las peticiones conservadoras de prohibir las reuniones, pero decretó que debían celebrarse en una sala y mantenerse fuera de las calles. Más de cien mil personas participaron en concentraciones por todo el país, en las que los líderes del Partido Socialdemócrata proclamaban que Austria estaba buscando una pelea a la que Alemania no debía unirse.

A todos los políticos les resulta difícil encarar con convicción más de una urgencia al mismo tiempo. Esto explica en buena parte por qué el gobierno británico acometió la situación europea con tanta lentitud. Hasta la última semana de julio, el pensamiento de los ministros principales estaba centrado en la crisis del Ulster, con exclusión de casi todo lo demás. El primer ministro, Herbert Asquith, solo mencionó los asesinatos en una ocasión, casi inmediatamente después de los

sucesos, en sus cartas privadas a Venetia Stanley; y no volvió a hablar de ello hasta el 24 de julio. Durante aquellos días, una conocida húngara de Lloyd George se puso en contacto con él y lo arengó acerca de la imprudente despreocupación con que los británicos afrontaban las repercusiones de Sarajevo; adujo que si la cólera de Austria no se calmaba, la guerra sería inevitable.³³ El canciller no quedó muy convencido y más tarde se arrepentiría de ello. Un editorial de *The Times* del 3 de julio se titulaba «Esfuerzos para la paz», pero en referencia al Ulster, no a Europa. Se creía que el Reino Unido estaba a punto de entrar en una guerra civil, en la que los protestantes del Ulster se enfrentarían al gobierno de los liberales. Los rebeldes contaban con el apasionado apoyo no solo del Partido Conservador, sino también de gran parte de la aristocracia británica y muchos oficiales del ejército.

En una época en la que todas las naciones europeas medían el poder según la extensión de los imperios, los imperialistas veían peligrar la grandeza británica si se permitía la secesión de su otra isla. La crisis del Ulster cayó sobre una sociedad que ya había recibido el impacto de las luchas industriales: en los sectores de la construcción se vivió un cierre patronal prolongado, además de conflictos en las minas, el ferrocarril y la industria de la ingeniería. En un discurso de julio, Lloyd George advirtió que la crisis industrial y la irlandesa eran, por igual, «las más graves a las que un gobierno ha tenido que enfrentarse desde hace siglos». No exageraba. Se anunciaba un enfrentamiento constitucional histórico, como reconoció el rey Jorge V cuando convocó una reunión de los partidos enfrentados en el palacio de Buckingham con la intención de buscar una vía conciliatoria.

Otro editorial, también de *The Times*, que rezaba «El rey y la crisis», del 20 de julio, hacía referencia al Ulster. La pasión católica se intensificaba a la par que la protestante: el martes 21, el *Manchester Guardian* informaba de que se oía gritar a un grupo de fusileros de Dublín que volvían del campamento de instrucción: «¡Tendremos un *Home Rule*, cueste lo que cueste!» y «¡De nuevo, una nación!». En *The Economist*, una carta de un lector se preguntaba qué sucedería con la precipitada afirmación pública de lord Roberts —por la que, en apoyo de los simpatizantes de la orden de Orange en el ejército, proclamaba que se debía permitir a los soldados actuar libremente, según su conciencia—, si los nacionalistas irlandeses vestidos con el uniforme caqui británico reclamaban ese derecho. Se vivieron escenas extraordinarias cuando los más destacados partidarios de la autonomía irlandesa, Redmon y Dillon, caminaban en dirección al palacio de Buckingham para asistir a la reunión con el rey: varios miembros de la guardia irlandesa, ataviados con sus uniformes, los vitorearon a su paso.

El 22 de julio, el Ulster seguía copando las columnas de *The Times*, aunque el periódico admitía que la creciente tensión entre Austria-Hungría y Serbia se había «agravado de forma que no cabía ignorarla»; aunque «no tenemos ningún deseo de

exagerar el peligro ... una percepción objetiva de su magnitud podría colocar a las potencias en situación de conjurarlo antes de que sea demasiado tarde». Para *The Times*, era tan evidente que la guerra amenazaría la existencia misma de Austria-Hungría que abrigaba toda esperanza de que el emperador actuase «de forma razonable». En la tarde del 24 de julio, Asquith se vio obligado a comunicar a la Cámara de los Comunes que la reunión irlandesa del rey había concluido sin acuerdo. El gabinete se sumió en una polémica acerca de los futuros límites de los seis condados del Ulster que quedarían excluidos de la ejecución inmediata del *Home Rule*; fue una concesión que los rebeldes protestantes consiguieron a punta de pistola. Pero luego, el ministro de Exteriores, sir Edward Grey, informó a sus colegas de las draconianas condiciones del ultimátum austríaco a Serbia. Winston Churchill ha descrito con unas frases imperecederas cómo «los distritos de Fermanagh y Tyrone se iban desvaneciendo otra vez tras la brumas y borrascas de Irlanda, y una extraña luz empezó a caer de inmediato y, cada vez con más intensidad, a iluminar el mapa de Europa».³⁴

Pero aquella noche, pocos ingleses se fueron a la cama previendo que el drama balcánico tendría consecuencias para ellos. Como la guerra europea acabó desbancando la crisis irlandesa y provocó que el gobierno aplazara la ejecución del *Home Rule*, primero mientras durase el conflicto y luego de manera indefinida — porque en 1921 fue sustituido por la partición e independencia de Irlanda—, hoy se suelen subestimar los odios salvajes y la magnitud de la amenaza a la estructura política de Gran Bretaña. El embrollo del Ulster también influyó significativamente en la actitud de Berlín: los líderes alemanes vieron a los británicos inmersos en problemas nacionales y supusieron que una nación tan preocupada y dividida no podría amenazar sus objetivos.

El día 25, *The Times* reconocía por primera vez la gravedad de la situación, al afirmar —aunque solo fuera en un editorial de segundo plano— que, a menos que Austria-Hungría moderase su actitud hacia Serbia, «nos hallamos al borde de la guerra, y de una guerra cargada de peligros incalculables para las grandes potencias ... Austria-Hungría deja que un pequeño y temperamental reino balcánico decida, a las pocas horas de haber recibido el aviso, si habrá o no una tercera guerra balcánica; en esta ocasión, una guerra balcánica en la que una de las grandes potencias participará como actor principal desde un principio». Se hizo notar muchas veces que si Austria hubiera estado verdaderamente interesada en evitar el conflicto, su ultimátum habría concedido a Serbia un lapso de respuesta de más de cuarenta y ocho horas para permitir el trabajo diplomático.

Pero el público británico aún seguía fijándose más en cuestiones nacionales triviales, como el «incordio de las bocinas», que tantas discusiones suscitó entre las cartas al director de *The Times*. El 24 de julio, Asquith aún se refirió a los Balcanes,

en carta a Venetia Stanley, en un tono que seguía mostrando una indiferencia olímpica, aunque la preocupación iba aumentando lentamente: «Rusia intenta arrastrarnos a entrar ... Lo curioso es que en muchos puntos, si no en todos, Austria tiene razón, y Serbia no; pero los austríacos vienen a ser el pueblo más estúpido de Europa ... y proceden de un modo tan brutal que harán que muchos crean que se trata del caso de una gran potencia que abusa sin miramientos de una pequeña. Sea como sea, estamos en la situación más peligrosa de los últimos cuarenta años y quizá, por azar, haya sido positiva al dejar en segundo plano la escabrosa estampa de una “guerra civil” en el Ulster».³⁵ Asquith le dijo al arzobispo de Canterbury que los serbios se merecían «una buena tunda». Durante la tarde del 25 de julio, presidió una fiesta diplomática al aire libre, en el 10 de Downing Street, en la que una orquesta de cuerda tocaba mientras el embajador alemán se codeaba con el serbio, y los Lloyd George se mezclaban con distintos pares.

En la noche de aquel mismo sábado, el ministro de Justicia, sir John Simon, presidió una reunión de los liberales de Birmingham en Altrincham. Les dijo: «Hemos estado tan ocupados con nuestros propios asuntos políticos que algunos quizá no hayamos percibido la gravedad de la situación que amenaza el continente europeo ... Decidamos que el papel que representará este país ... de principio a fin, será el de mediador, con el único deseo de fomentar relaciones mejores y más pacíficas». Es comprensible que muchos europeos, tanto aliados como enemigos, se distanciasen de aquellas pretensiones de superioridad moral.

En el anuncio de prensa de los festejos sociales de la inminente Semana de Regatas de Cowes, se decía que «el príncipe Enrique de Prusia iba a estar entre los invitados, pero en este momento le resulta imposible abandonar Alemania, debido a la crisis, aunque lo hará más adelante en caso de que la situación mejore». Walter Cunliffe, gobernador del Banco de Inglaterra, quiso tranquilizar a sus huéspedes en Inverewe, en las Highlands escocesas, diciendo que una gran guerra era imposible porque «los alemanes carecen de crédito». El financiero sir Ernest Cassell ofreció las mismas garantías en la fastuosa reunión veraniega de *Mrs. George Keppel* al otro lado del Canal, en la Casa Clingendaal, cerca de La Haya: no había fondos para financiar un conflicto general europeo.³⁶ Sin embargo, una joven de la fiesta declaró que ella debía regresar a casa. Violet Asquith quería estar con su padre, en Downing Street. Algunos jóvenes siguieron su ejemplo. Lord Lascelles, de la guardia de granaderos, le dijo a su amigo lord Castlerosse: «Mejor que volvamos». Condujeron hasta la costa y allí tomaron un barco a Inglaterra, junto con otros compatriotas con la misma inquietud.

Justo antes de que, a las 6 de la tarde del día 25, expirase el plazo fijado por Austria, el primer ministro envió personalmente la respuesta de Serbia al barón Giesl. Pašić, consciente de la solemnidad del momento, adoptó una expresión de triste gravedad. Comunicó al austríaco, en un alemán imperfecto: «Hemos aceptado parte de sus demandas; en cuanto al resto, depositamos nuestras esperanzas en su lealtad y caballerosidad como general austríaco. Con usted, siempre hemos estado muy satisfechos». Los serbios aceptaban la totalidad de las duras condiciones austríacas, salvo la exigencia de concederles autoridad sobre su mismo suelo. Cuando en la Europa occidental conocieron la respuesta, algunos se engañaron brevemente, pensando que se había evitado una guerra. «La gente está aliviada y al mismo tiempo descontenta, al saber que Serbia cede», escribió André Gide.³⁷ Pero Viena no fingió desear un final pacífico: fuera cual fuera la respuesta serbia, el barón Giesl había recibido instrucciones de trasladarse a la frontera, hasta Zemun, en el tren de las 18.30.

La noticia de que el ultimátum no había sido aceptado en su totalidad provocó una explosión de frívolo regocijo en Viena, donde hubo muchedumbres en las calles hasta la madrugada. Recientemente se ha sugerido que el serbio Nikola Pašić también estaba secretamente entusiasmado con una guerra que comprometería a Rusia en apoyo de las ambiciones paneslavas de Serbia; aunque es muy poco probable, vuelve a ser algo no demostrado e imposible de demostrar. Pero los serbios sabían que su respuesta no satisfacería a Viena, y cuatro horas antes, a las 2 de la tarde, ya habían dictado sus propias órdenes de movilización. Aquella noche, el funcionario del gobierno Jovan Žujović, ahora de uniforme, subió a un tren que llevaba al Estado Mayor hacia el este, a la zona de concentración del ejército, mientras su hermano, médico, se presentaba en el hospital de campo de una división.³⁸ Tras dos conflictos recientes y una movilización, los serbios estaban más acostumbrados a aquellas rutinas que ningún otro país europeo. Pero su ejército no se había vuelto a pertrechar después de la segunda guerra balcánica, y el gobierno era consciente del desabastecimiento de los arsenales: una razón más para dudar de que Pašić recibiera las hostilidades con agrado.

A la mañana siguiente, Berchtold informó a su emperador —falsamente— de que los serbios habían disparado contra vapores austríacos en el Danubio. El viejo Francisco José firmó sin demora la orden de movilización del imperio al tiempo que pronunciaba un enigmático: *Also doch!* («¡Después de todo!»). Desde el comienzo de la crisis, sus ministros habían debatido seriamente tan solo dos asuntos: las medidas diplomáticas para asegurarse el apoyo alemán y los aspectos prácticos del desmembramiento de Serbia tras su conquista. Belgrado, la única ciudad importante del país, quedaría anexionada al imperio de los Habsburgo, junto con algunos territorios adicionales. Ofrecerían otras porciones a Rumanía,

Bulgaria, Grecia y Montenegro, para reconciliarlos con la nueva administración. De este modo, Serbia dejaría de estorbar al mundo y el movimiento paneslavo quedaría privado de su principal motor. Tanto Austria como Alemania mintieron repetidamente sobre estas intenciones, asegurando a los rusos y al mundo que el gobierno Habsburgo no tenía planes de imponer cambios territoriales sobre Serbia.

El conde István Burián escribió que «a lo largo y ancho de Europa, nuestros pasos retumban como una tempestad que verdaderamente decidirá nuestro destino». Theodor Wolff, editor del *Berliner Tageblatt*, afirmaba que la respuesta cada vez más desenfrenada ante la aparición de cada edición especial en las calles de la capital no reflejaba solo el ansia de noticias, sino también el hecho de que ningún hombre quería estar solo y el deseo de compartir sus temores con los demás: «De repente, la multitud se pone en marcha. Aparecen un par de furgonetas de reparto, que una muchedumbre toma al asalto. Algunos sostienen un papel blanco, otros miran por encima del hombro ... La gente se queda en sus coches o carruajes, permanece en la calle, observa, espera alguna certeza ... Jamás antes se había leído tanto en la calle ... Todo el mundo lo hace; las floristas de delante del café Kranzler muestran la misma ansiedad que la elegante dama del interior del café».

Una edición especial de las 9.30 de la noche del 25 de julio informaba de que los serbios habían rechazado el ultimátum de Viena. Unas pocas personas se alegraron; la mayoría, simplemente, se fue a casa. Pero una multitud de personas se congregaron frente a las embajadas austríaca e italiana, vociferando consignas patrióticas: «¡Abajo Serbia!». Los nacionalistas cantaban ante el despacho del canciller. Las orquestas de los cafés tocaban *Deutschland über alles*. Según Wolff, «la música se elevaba sublime al cielo», seguida del himno austríaco *Gott erhalte Franz den Kaiser*. Kurt Riezler escribió: «Por la tarde y durante el domingo, la gente cantaba. El canciller está muy emocionado, profundamente conmovido y fortalecido, sobre todo desde que llegan noticias [de estas muestras de emoción popular] desde todas partes del imperio. Entre la gente [hay] una gran urgencia, aunque confusa, por actuar, el anhelo de que un gran movimiento ... se eleve por una gran causa, para demostrar las capacidades propias».³⁹

Joffre, el jefe del Estado Mayor y comandante en jefe de Francia, encontró a los políticos civiles nerviosos, como cabía esperar, haciendo frente a una gran crisis mientras el presidente y el primer ministro se hallaban en el extranjero. El general comunicó a Messimy, el ministro de Guerra, que estaba preparado para dirigir una movilización en su ausencia: «*Monsieur le Ministre*, si tenemos que ir a la guerra, así lo haremos». Messimy respondió emocionado: «¡Bravo!».⁴⁰ El 25 de julio, sin consultar a Joffre, el ministro telegrafió una orden a todos los altos cargos del ejército que estaban de permiso para que regresasen a sus unidades; eso provocó una irritación general que le recordó que, para tomar esas medidas, existía

un orden previsto que él se había saltado. Aquella noche, el servicio de inteligencia francés supo que los oficiales alemanes en Suiza habían recibido órdenes de volver de permiso; estaban situando a la guardia en puentes clave por todo el imperio del káiser.⁴¹ Pese a todo, se decidió no llamar a los soldados franceses que estaban de vacaciones, pues a muchos se los necesitaba en sus pueblos para la cosecha.

En Londres, sir Edward Grey aún abrigaba una falsa esperanza del todo infundada, aunque difícilmente innoble: que Alemania utilizaría su influencia sobre Viena para impedir que una disputa balcánica tomara las proporciones de un conflicto europeo general. Pero aquella noche del día 25, el jefe del Departamento de Oriente y Occidente del Foreign Office, sir Eyre Crowe, advirtió de la gravedad de la situación. Escribió que en ese momento todo giraba en torno de una cuestión vital, la de «si Alemania está o no decidida a librar esta guerra ahora»; e insistió en que la vía con más probabilidades de evitar el desastre era que Gran Bretaña dejase claro que no permanecería neutral en un conflicto que implicaba a Francia y Rusia. Pero en aquel momento no había ninguna posibilidad de que el gabinete o la Cámara de los Comunes refrendase ningún compromiso parecido aunque Grey lo hubiera pedido, cosa que tampoco hizo.

Ahora Europa ya tenía una guerra: solo faltaba determinar la magnitud del conflicto. Todo dependía de Rusia. Jules Cambon, el embajador francés en Berlín, habló con su homólogo belga: «Hoy, el destino de Francia y el mantenimiento de la paz en Europa dependen de una voluntad extranjera, la del zar. ¿Qué decidirá? ¿Con que asesoramiento? Si se decanta por la guerra, Francia, la víctima de su alianza, seguirá el destino de su aliada en los campos de batalla».⁴² Se daba por seguro que Serbia no se habría atrevido a rechazar siquiera una parte del ultimátum de Austria de no contar con el respaldo ruso. A la 1 de la madrugada del 26 de julio, San Petersburgo impuso la ley marcial en la Rusia polaca. Más tarde, aquel mismo día, se dictaron órdenes cruciales de premovilización. El ejército necesitaba 15 días para poder presentar batalla, y un mes para el pleno despliegue; por lo tanto, cada hora contaba. Sazonov quería solo una movilización parcial; Rusia había tomado la misma medida en 1912 sin generar una guerra. Parecía prudente no provocar directamente a los alemanes y, por lo tanto, abstenerse de activar las tropas del distrito de Varsovia, las más cercanas a su frontera. Pero cuando Danilov, el alto mando de operaciones, regresó aquel mismo día del Cáucaso, explicó al ministro de Exteriores que una movilización restringida representaría un impedimento fundamental para todo el proceso.

En el mismo día 26, el ministro de Asuntos Internos dictó una orden que

prohibía la publicación o mención pública de información relativa a las fuerzas armadas, amparándose en los términos de las leyes rusas sobre la traición.⁴³ Se informó de que los faros y luces de navegación se estaban apagando en todas las aguas rusas, salvo en los mares interiores, el Caspio y el de Azov. La base naval de Sebastopol quedó cerrada a los barcos, y los navíos rusos en el mar recibieron órdenes de detener las transmisiones radiofónicas. Se pusieron en marcha una serie de restricciones a nivel nacional, que empezaban con una orden de cierre de todos los restaurantes de San Petersburgo a partir de las 10 de la noche. Al día siguiente, todos los austríacos y alemanes en suelo ruso recibieron órdenes de arreglar sus asuntos y abandonar el país de inmediato.⁴⁴ A partir del día 27, también la navegación en el mar del Norte tuvo aviso de que cualquier embarcación que circulase por la costa durante las horas de oscuridad corría el riesgo de que se le disparase.

Los soldados empezaron a movilizarse. Fuera de Moscú, los húsares de Sumskoi cambiaron los ejercicios por los barracones, donde herraron de nuevo a los caballos, repartieron los uniformes de campaña y revisaron el equipo y los arneses. Los hombres guardaron sus posesiones personales en baúles etiquetados con su nombre y la dirección de sus parientes más próximos. Enviaron la plata de la sala de oficiales al Banco Estatal, para guardarla en lugar seguro, y los apreciados estandartes del regimiento se entregaron al museo.⁴⁵ El agregado militar serbio en Berlín señaló que él había viajado por Alemania el 26 y el 27 de julio sin observar ninguna actividad de naturaleza bélica, pero al cruzar a territorio ruso «notamos que se estaban tomando medidas propias de una movilización a gran escala».⁴⁶ Cuando sir George Buchanan preguntó a Sazonov por las idas y venidas de los militares rusos, el ministro de Exteriores respondió en tono tranquilizador que con ello solo se respondía a las turbulencias industriales en curso. El embajador, sin embargo, no tenía la menor duda de que el ejército se preparaba para la guerra. Aquel día, el 26 de julio, Grey expuso al príncipe Lichnowsky, el embajador alemán en Londres, la solución que Gran Bretaña proponía para la crisis: una cumbre de los cuatro países. Berlín la descartó de inmediato, en la creencia de que una reunión semejante tendría que condenar a Austria. Una prueba más de que Alemania no tuvo interés en lograr una solución diplomática.

Durante los últimos días de julio, el peso del tráfico enviado de un gobierno a otro inundó el sistema internacional de comunicaciones, relativamente primitivo, de modo que hubo cables vitales sometidos a un retraso crónico. Solo una parte menor de los mensajes del gobierno se transmitían a través de la radio diplomática: la mayoría se confiaban a la red telegráfica comercial. Los detalles de la movilización en Rusia tardaron en llegar al gobierno francés, por ejemplo, porque cada mensaje

que salía de su embajada en San Petersburgo debía recorrer más de tres kilómetros antes de llegar a la oficina del telégrafo público. Los descodificadores de mensajes del Foreign Office —tan solo cuatro— estaban desbordados; trabajaban por parejas, y mientras uno leía en voz alta los grupos, otro los transcribía en formato de correo postal; todo se hacía sin recurrir a la taquigrafía. Como el envío de grupos mayores era más caro, se esforzaban por ser lacónicos, en bien de la economía. Una vez terminado, el mensaje se ensobraba y un mensajero lo llevaba a la oficina postal central de Londres, en la calle Strand, para su transmisión.⁴⁷

Los civiles alemanes eran cada vez más conscientes de que quizá tendrían que luchar. La perspectiva consternó a los socialistas y emocionó a los conservadores. Wilhelm Kaisen era un yesero de veintisiete años, de Bremen, socialdemócrata convencido. El día 26 de julio escribió a su novia Helene contándole la repugnancia que le provocaba aquel panorama europeo: «Guerra: estas letras contienen un océano de sangre y horror tan atroz que su contemplación nos provoca estremecimientos».⁴⁸ Kaisen tenía muchas esperanzas de que la Internacional Socialista interviniese para impedir el conflicto. Si no lo conseguía, él preveía un motín entre los soldados, sobre todo «cuando la mortífera aviación liberase la perdición desde el cielo». Por toda Europa, a lo largo del último fin de semana de julio, los temores de que estallase la tormenta dieron lugar a decenas de miles de bodas apresuradas. En la pequeña localidad de Linden, cerca de Hannover, la Oficina del Registro casó a 46 parejas antes de cerrar por fin a las 11 de la noche del domingo. En el propio Hannover, fueron 200 las parejas que se unieron en matrimonio.

En una fecha anterior del mismo 1914, el almirante Tirpitz le había dicho a un diplomático, con dudosa veracidad, que los ingleses controlaban sus periódicos mucho mejor que los alemanes. «Pese a vuestra “libertad de prensa”, en cuanto recibís una directriz de vuestro gobierno, toda vuestra prensa nacional se muestra unánime con respecto a las cuestiones que no atañen directamente a su política interior».⁴⁹ Por el contrario, los periódicos alemanes, decía el almirante con desdén, eran «cargueros a demanda», cada uno de los cuales representaba el parecer de su pequeño grupo. Había 3.000 cabeceras, 50 de ellas en Berlín. Ahora, el *Berlin Post* pedía que Austria se quedara sola y tomase el rumbo que quisiera. El *Rheinisch-Westfälische Zeitung* decía el 24 de julio: «No estamos obligados a respaldar las guerras de agresión de los Habsburgo». *Vorwärts*, una publicación socialdemócrata, declaró con desdén el 27 de julio que «solo los adolescentes inmaduros podrían sentirse atraídos por una aventura guerrera que ha de convertir Europa en un matadero que apestará a sangre y descomposición».⁵⁰

Por el contrario, en Friburgo, el boletín semioficial de la ciudad, el *Freiburger*

Tagblatt, afirmaba que la guerra austríaca que se cernía sobre Serbia «se ha apoderado por completo de nuestra ciudad. Toda nuestra vida se ha desarrollado como si nosotros mismos tuviéramos que desenvainar la espada; entre las familias, en las tiendas y en las plazas públicas, en las calles, en los tranvías. Son sentimientos verdaderamente elevados, arraigados en el auténtico patriotismo alemán». El *Freiburger Zeitung* dijo que «una oleada del más elevado entusiasmo patriota cae en cascada, como un torrente de primavera, por toda la ciudad».⁵¹ Hasta los periódicos socialistas más pacifistas afirmaban que, si la guerra llegaba a Alemania, la clase obrera lucharía uniéndose a la defensa de la patria. Una derrota alemana sería «impensable, horrible ... no deseamos que nuestras mujeres e hijos sean víctimas de la bestialidad de los cosacos».⁵²

Un periodista liberal escribió el 26 de julio en el *Weser-Zeitung*: «No podemos permitir que Austria sucumba, porque entonces nosotros mismos estaríamos amenazados con terminar sometidos al gigantesco coloso ruso, con su barbarie. Ahora debemos batallar para asegurarnos nuestra propia libertad y paz. La tormenta del este y el oeste será terrible, pero se impondrán la pericia, el coraje y los sacrificios de nuestro ejército. Todo alemán sentirá el glorioso deber de demostrar que es digno de nuestros antepasados [que lucharon] en Leipzig y Sedán». Pero hasta el más estridente editorialista esperaba que Francia y Gran Bretaña permanecieran neutrales, dejando que Alemania dirigiese la atención militar exclusivamente sobre Rusia. El gobierno de Berlín, en uno de sus ataques de moderación, apremió a los austríacos a movilizar, en un principio, solo las fuerzas precisas para Serbia.

Pero el 26 de julio, Jules Cambon advirtió a Jagow, el ministro de Exteriores alemán, que en esta ocasión los británicos no permanecerían neutrales, a diferencia de lo sucedido en 1870. Jagow se encogió de hombros: «Usted tiene su información y nosotros la nuestra, que es completamente distinta. Nosotros confiamos en la neutralidad británica».⁵³ Cambon fue de los que luego consideró siempre que este momento representó un malentendido crucial; creía que si los alemanes hubieran sabido que Gran Bretaña lucharía, no se habrían arriesgado a entrar en guerra. Sin embargo, su opinión parece equivocada. En Alemania, los responsables de las decisiones —Moltke el primero— llevaban mucho tiempo sopesando esta posibilidad, e incluso probabilidad, de una intervención británica; y la descartaron por considerarla irrelevante. El resultado de una lucha continental lo decidiría el choque de grandes ejércitos, en lo cual la contribución de las tropas británicas sería, por fuerza, minúscula, y la de su armada, irrelevante.

En aquel momento, además, la mayor parte de la clase dirigente británica permanecía indiferente al destino de Serbia y se mostraba netamente hostil a la intervención. El embajador inglés en París, sir Francis Bertie, escribió el 27 de

julio: «Parece increíble que el gobierno ruso vaya a sumir a Europa en la guerra solo para hacerse el protector de los serbios». ⁵⁴ Muchas personas influyentes dudaban del acierto de destrozar la paz europea para salvar un país escuálido, como Serbia.

Mientras tanto, Berchtold, en Viena, decidió que ya era urgente iniciar la acción militar: escribió con aprensión que «no era imposible que la Triple Entente aún tratase de dar con una solución pacífica al conflicto, a menos que una declaración de guerra creara una situación más definida». ⁵⁵ Desde Berlín, sin que Bethmann lo supiera, Moltke envió un mensaje a Viena, apremiando a culminar la movilización militar y rechazando la mediación; pero los austríacos no lo descifraron y leyeron hasta haberse comprometido ya con la invasión. A las 11 de la mañana del martes 28 de julio, sentado ante el escritorio de su estudio en Bad Ischl, el emperador Francisco José firmaba una declaración de guerra, el documento que acabaría siendo la sentencia de muerte de su propio imperio.

Aquella tarde, a primera hora, el telégrafo llevó una copia de esta misiva a las oficinas provisionales del Ministerio de Asuntos Exteriores serbio, en Niš. Al principio, los funcionarios creyeron que se trataba de un engaño. Uno de ellos, Milan Stojadinović, escribió más tarde: «Tenía una forma muy inusual, en aquella época en que la etiqueta de este tipo de cosas se consideraba aún importante». ⁵⁶ Aunque el lenguaje era rudo y seco, carente de toda diplomacia, al final los serbios decidieron que el telegrama tenía que ser auténtico. Uno de ellos se lo llevó calle abajo, a la cafetería Europa, donde el primer ministro estaba comiendo con Strandman, el enviado en funciones de Rusia.

El líder serbio, objeto de todas las miradas, leyó las escuetas palabras. Luego se santiguó, pasó el fatal documento a su compañero ruso, se levantó y se dirigió a la concurrencia: «Austria nos ha declarado la guerra. La nuestra es una causa justa. Dios nos ayudará». Otro funcionario del Ministerio de Exteriores entró precipitadamente para informar de que otra comunicación de redacción parecida acababa de llegar al alto mando del ejército en Kragujevac. Al poco, llegó un mensaje de San Petersburgo para Strandman, a quien se le encargó entregarlo personalmente a Pašić. Con la firma del zar, declaraba que, si bien Rusia deseaba la paz, no permanecería indiferente a la suerte de Serbia. Después de leerlo, Pašić se santiguó una vez más y dijo, con reverencia y teatralidad: «Señor, gran zar ruso misericordioso». ⁵⁷

En París, sin embargo, la sensación del día 28 no fue la declaración de guerra austríaca, sino la absolución de *madame* de Caillaux, que había reconocido ser autora del asesinato de Gaston Calmette. En medio de la admiración y la sorpresa mundiales, un jurado decidió que la cobertura ofrecida por *Le Figaro* de su relación

con su actual marido, cuando aún eran amantes, justificaba que a ojos de ella la acción no resultase desmedida. Y mientras tanto, los líderes franceses seguían casi incomunicados en su crucero por el Báltico. El viaje se había convertido en una pesadilla: Poincaré y Viviani se vieron obligados a continuar con el intercambio de cortesías en Estocolmo y una ruta marítima aparentemente interminable, mientras las nubes de guerra barrían Europa occidental. Muchos de los mensajes radiofónicos que les llegaron el día 26 no se pudieron descifrar. El presidente y el primer ministro mantuvieron algunas conversaciones tensas, en torno de la crisis. Poincaré escribió: «M. Viviani y yo siempre volvemos sobre lo mismo: ¿Qué quiere Austria? ¿Qué quiere Alemania?».

Aun cuando la contribución del presidente francés a la crisis fuera más significativa de lo que luego él mismo quiso admitir, no pudo haber disfrutado de dar vueltas por el Báltico mientras en Europa el fuego prendía y destellaba. En París, Joffre y los militares franceses se sentían muy frustrados a consecuencia de la parálisis política. El general escribió, enfadado: «La preocupación principal [de los ministros] ... era no realizar ningún movimiento que pudiera interpretarse de ningún otro modo, salvo como respuesta a las iniciativas alemanas. Esta actitud tímida se debía, en gran medida, a que los jefes del gobierno no estuvieran presentes».⁵⁸ El día 28 Joffre quedó horrorizado cuando a Messimy, tras un retraso «incomprensible» de una semana, le llegó un despacho enviado por Cambon el día 21, desde Berlín, en el que se le comunicaba que Alemania había puesto en marcha las medidas de premovilización. El embajador exageraba la situación, pero ahora los franceses creyeron que las fuerzas de Moltke llevaban una semana de ventaja en los preparativos y aun así Messimy seguía sin querer actuar en ausencia de Viviani.

La cautela del ministro de Guerra era prudente, pero la sulfurada cólera de Joffre pone de relieve la urgencia con la que, en Francia, Rusia y Alemania, los militares se estaban abriendo paso a empujones hacia el centro del escenario. La guerra se aproximaba y todos los comandantes en jefe tenían pavor a las consecuencias si el enemigo estaba preparado para atacar el primero. De este modo, cada uno de ellos empezó a presionar a sus respectivos líderes políticos. Los jefes del Estado Mayor ruso lamentaron la indecisión del zar ante el presidente de la Duma. La carrera armamentística europea y los planes de contingencia militar no fueron los responsables de la guerra; se trataba más de síntomas que de causas. En los últimos días de julio de 1914, sin embargo, los generales empujaron a los gobiernos hacia el abismo: sabían que ellos cargarían con las culpas si su nación perdía en el campo de batalla la mortal partida de movimientos rápidos, pero discretos, que ahora jugaban.

El día 27, Poincaré y Viviani supieron que la prensa francesa había sido terriblemente crítica con su ausencia de París. Los dos hombres decidieron

apresurar el regreso; repostaron en Copenhague y llegaron a Dunkerque según lo previsto, a primera hora de la mañana del 29 de julio. Los alemanes no habían cesado de interferir en las comunicaciones de radio entre París, San Petersburgo y Berlín, pero es difícil creer que este engorro alterara los resultados. Los rusos estaban decididos a reaccionar al asalto de Austria sobre Serbia. El gobierno francés se había comprometido a respaldarlos, sabedor de que, si había guerra, los alemanes atacarían primero a Francia. La potente estación de radio de la Torre Eiffel permitió que el agregado militar ruso mantuviera contacto con San Petersburgo en el transcurso de la crisis, por encima de las interferencias alemanas. El crucero por el Báltico de Poincaré y Viviani tuvo, probablemente, muy poca influencia —quizá ninguna— en el desarrollo de la historia. El presidente apostó por una política de «firmeza» con Alemania; es probable que, en la crisis de julio, hubiera hecho que su país apoyara a Rusia aunque no hubiera habido una reunión con Sazonov en San Petersburgo.

En Francia, mucha gente reconoció la creciente probabilidad de acabar en el campo de batalla. El día 26 de junio se vivieron escenas de intensa emoción en las calles de París: la gente vitoreaba las apariciones de las bandas militares habituales en los fines de semana; algunos manifestantes quemaron una bandera de los Habsburgo frente a la embajada austríaca. La mayoría de los ciudadanos se enfrentaba a la perspectiva de la guerra sin entusiasmo, pero con una abrumadora resignación, y culpaban de todo a Alemania. Cuando el impresor Louis Derenne dejó su trabajo en Orleans, oyó que la multitud chillaba: «*Mort aux boches!*», sin pensar que, hasta la fecha, los principales agentes de la crisis no habían sido los alemanes, sino los austríacos.⁵⁹ «Nos estamos preparando para entrar en un largo túnel, lleno de sangre y oscuridad», escribió André Gide.⁶⁰ El gobierno no dio señales públicas claras de sus intenciones hasta que Poincaré y Viviani llegaron a la capital, el día 29, pero en general se suponía que, si Rusia luchaba, también lo haría Francia.

Joffre, por iniciativa propia, había comunicado a los rusos el día 27 que podían esperar pleno apoyo de su país. Tanto el jefe del Estado Mayor como Messimy, el ministro de Guerra, urgieron a Rusia a acelerar su movilización y desplegarse lo antes posible contra Alemania. Sabían que el plan de guerra alemán necesitaba un ataque inmediato en Occidente. Para la seguridad de Francia, era vital que los rusos creasen lo más pronto posible una «amenaza potencial», de modo que Moltke se viera obligado a dividir sus fuerzas. En París, las prisas por acaparar oro desataron el pánico en la Bolsa. En el país galo, igual que en toda Europa, el descenso del crédito estaba provocando una enorme crisis financiera que solo se paliaba con la intervención de los gobiernos. La gente paseaba por los bulevares y se apiñaba en los cafés y restaurantes, no tanto en busca de refrescos como de

noticias y compañía.

En Berlín, en la tarde del martes 28 de julio, varios miles de personas de barrios obreros marcharon hacia el centro de la ciudad coreando tonadas socialistas y gritando: «¡Abajo la guerra!» y «¡Larga vida a la democracia!». La policía montada, con las espadas desenvainadas, les impidió entrar a las calles principales, aunque hacia las 10 de la noche un millar de personas consiguió romper la barrera y llegar al paseo Unter den Linden. En las aceras, los transeúntes mostraban su desaprobación cantando las enardecedoras *Wacht am Rhein* y *Heil dir im Siegerkranz*. Media hora más tarde, la policía inició la carga y despejó la calle, en medio de los aplausos de los clientes, con tazas de chocolate en la mano, en los balcones del café Bauer y el café Kranzler.

Se arrestó a 28 personas por cantar consignas antibélicas y, de esta manera, «alterar el orden público». La prensa derechista hizo su agosto en la mañana siguiente, denunciando a los manifestantes como «una turba» y a quienes se significaban en contra de la guerra como «traidores». Algunos historiadores apuntan la posibilidad de que hubiera más alemanes en las manifestaciones en contra de la guerra que a favor de ella, cosa que bien podría ser cierta. Pero en el modo en que el káiser, Moltke y Bethmann llevaron las cosas no influyeron en nada las muestras de disconformidad, que, según consideraron —y con acierto—, cesarían cuando la nación se viera en un compromiso. Y había muchos menos alemanes en las protestas contra la guerra que cuatro años antes, cuando en las calles se exigió la reforma del voto prusiano.

El primer movimiento estratégico importante de Gran Bretaña tuvo lugar el domingo 26 de julio, cuando estaba previsto que la flota de las aguas territoriales de la Marina Real se dispersase tras un ensayo de movilización. El personal del *Daily Mail* de Northcliffe creyó que aquel día estaban llevando a cabo algún cometido por la iniciativa del primer lord del Almirantazgo. En medio de la crisis inminente, telegrafieron a su señoría a su residencia vacacional de Norfolk: «Winston Churchill, Pear Tree Cottage, Overstrand: AUSTRIA DECLARA GUERRA SERBIA, FLOTA ALEMANA SE CONCENTRA, ROGAMOS VERIFICACIÓN FLOTA BRITÁNICA DESMOVILIZADA: *DAILY MAIL*». Este mensaje se le entregó a Churchill en una playa cercana. Jamás respondió, pero al cabo de una hora habló por teléfono con el primer Lord del Mar, el príncipe Louis de Battenberg, y cogió el tren de la tarde de vuelta a Londres. Entrada la noche, se dictó orden de cancelar la dispersión de la flota, que dos días después fue enviada a la base de guerra de Scapa Flow, en las islas Orcadas.⁶¹ Paul Cambon dijo más adelante que Churchill prestó un gran servicio a Francia al apoyar con tanto entusiasmo la intervención y ordenar no desmovilizar la flota, «algo que nosotros [los franceses] jamás hemos reconocido lo suficiente».⁶²

Sin embargo, entre los británicos en general aún no se respiraba un clima de

peligro inminente. Asquith escribió a Venetia Stanley el día 28: «Ayer tuvimos una reunión ministerial ... básicamente para hablar de la guerra y de la paz. Me temo que el experimento de Grey, de organizar una reunión *à quatre*, no saldrá bien, porque los alemanes se niegan a participar. La única esperanza real es que Austria y Rusia lleguen a un entendimiento entre ellas. Pero por el momento, no parece que las cosas vayan bien y probablemente Winston se está animando». Churchill adoptó una postura descaradamente cínica, reproduciendo el ánimo que movía la política en Berlín: «Si la guerra era inevitable, aquella era la oportunidad más favorable, con mucho, y la única que aglutinaría a Francia, Rusia y a nosotros mismos». Ese mismo día escribió a su esposa Clementine: «Mi querida y bella [esposa]: todo tiende a la catástrofe y el hundimiento. Estoy interesado, preparado y contento».⁶³ Asquith terminó su carta del 28 de julio a Venetia Stanley con una nota de trivialidad: «Está siendo una tarde de poca actividad en la Cámara, así que haré que Violet les dé la paliza a una o dos personas para que vengan a cenar a casa y a jugar al *bridge*». El primer ministro no mostraba más agitación la tarde siguiente, la del día 29: «Acabo de terminar un consejo del ejército ... Bastante interesante, porque le permite a uno darse cuenta de cuáles son los primeros pasos en una guerra real».

Algunos utilizaron el conflicto en ciernes como oportunidad para sacar beneficio. La Cotton Powder Company, cuya impresionante placa de cobre anunciaba la sede de Kent como «fabricantes de cordita, pólvora de algodón, explosivos detonantes, señales de socorro, detonadores, etc.», escribió al ministro de Guerra serbio el 29 de julio. Su compañía le ofrecía un suministro de 10.000 granadas de fusil que eran «parte de un contrato de 80.000 que estamos produciendo para otro gobierno extranjero ... Este pedido sigue a otro, ya cerrado, de 25.000 unidades, que se han utilizado en hostilidades reales con los resultados más satisfactorios ... Hay 10.000 unidades empaquetadas y dispuestas para el envío, que podemos mandarles en veinticuatro horas. Si lo desea, la misma granada puede lanzarse con la mano para combates a corta distancia». Se desconoce si Belgrado realizó o no este pedido, pero, desde luego, no se podía acusar a la Cotton Powder Company de ser una empresa británica con poca iniciativa.⁶⁴

En la tarde del 28 de julio, el servicio de inteligencia militar ruso informó de que se estaban movilizando las tres cuartas partes del ejército austríaco, doce cuerpos del total de dieciséis; muchos más soldados de los que Viena necesitaba para enfrentarse a Serbia. Aunque el zar aún no había firmado la orden, aquella noche el jefe del Estado Mayor de Rusia telegrafió a los oficiales de alto rango de todos los distritos militares, advirtiéndoles de que «el 30 de julio será proclamado el primer día de nuestra movilización general».⁶⁵ El zar cedió a las presiones de Sazonov y aceptó que la movilización general comenzara al día siguiente. Desde el 24 de julio, los rusos habían ultimado preparativos militares por delante de

cualquier otro país, salvo Austria y Serbia; pero toda decisión de Rusia se hacía sobre el telón de fondo de la determinación austríaca de aplastar a los serbios por la fuerza. Las esperanzas de paz se desplomaron en San Petersburgo el 29 de julio, cuando llegó la noticia de que los austríacos habían empezado a bombardear Belgrado.

Políticos y diplomáticos rusos se unieron en el convencimiento de que debían luchar. Aquel día, el jefe de la misión diplomática en Sofía, A. A. Savinsky, un hombre por lo general moderado, dijo que si el país cedía, «nuestro prestigio en el mundo eslavo y en los Balcanes se extinguirá para no volver».⁶⁶ Aleksandr Giers dijo en Constantinopla que, si Rusia bajaba la cabeza, Turquía y los Balcanes pasarían indefectiblemente al campo de las potencias centrales. Otro diplomático, Nikolai de Basily, replicó con dignidad a un amigo —el agregado militar austríaco— que advertía de una catástrofe nacional si el zar iba a la guerra: «Comete un grave error de cálculo al suponer que el miedo a la revolución impedirá que Rusia cumpla su deber como nación».⁶⁷

Bethmann Hollweg advertía ahora a San Petersburgo de que, a menos que Rusia detuviera sus preparativos, Alemania se movilizaría. Este mensaje reforzó la convicción de Sazonov de que el enfrentamiento armado era inevitable, pero hizo que el zar vacilase de nuevo. Había recibido un mensaje personal del káiser; en respuesta, insistió en que Rusia debía dar un paso atrás —aunque fuera una medida inútil— y volver a la movilización parcial. Pero Sazonov no cejó. Al día siguiente, el 30 de julio, a las 5 de la tarde, pese a lamentar el «enviar a miles y miles de hombres a la muerte», Nicolás firmó una orden de movilización general que se haría efectiva a la mañana siguiente.

Aquella tarde, muchas unidades del ejército ruso recibieron una alerta telefónica indicándoles que esperasen la llegada de un correo con instrucciones secretas. A los húsares de Sumskoï se les ordenó que estuvieran preparados para marchar, a las treinta y seis horas, hacia la frontera de Polonia con Prusia oriental, mientras el regimiento de granaderos que compartía el cuartel con ellos, a las afueras de Moscú, se encaminaría a la frontera austríaca. Se entregó a los soldados raciones de comida enlatada de emergencia. El corneta Sokolov señaló que tenían fecha de 1904, pero eso no frenó el interés de los soldados. Para vergüenza de los oficiales húsares, al cabo de una hora los barracones estaban sembrados de latas vacías. «¡Eran como niños!», escribió un exasperado Vladimir Littauer.⁶⁸ Comparaba aquel comportamiento con el de los rezagados alemanes, a los que apresaron más adelante, algunos a punto de morir de hambre. Los soldados del káiser eran tan disciplinados que, a falta de órdenes, ningún hombre había tocado sus raciones de emergencia.

Después de que un último tren de civiles cruzase la frontera desde Prusia

oriental a Rusia, el día 30 de julio,⁶⁹ un pasajero ruso que hasta entonces había permanecido en silencio estalló en una serie de locuaces expresiones de frustración por no haber tenido una bomba que lanzar a las vías férreas del puente de Dirschau; y manifestó su alegría porque sus guardias aún llevasen el uniforme de gala en lugar de la ropa de campaña, porque eso indicaba que esos «cerdos de los alemanes» aún no estaban preparados. Los líderes rusos comprendieron que se estaban metiendo en una aventura que excedía las fuerzas del país. Es bastante improbable que se hubieran atrevido a actuar en contra de las potencias centrales de 1914 sin tener garantizado el respaldo francés. Tanto en lo diplomático como en lo militar, quizá habrían hecho mejor retrasando la movilización hasta que el ejército austríaco hubiera iniciado su invasión de Serbia. Pero quienes tomaban las decisiones en San Petersburgo, y especialmente Sazonov, alimentaban el miedo a que, por culpa de su retraso, Alemania les pudiera tomar la delantera. Las mentiras de Rusia con respecto a su modelo exacto de movilización acabaron siendo prácticamente irrelevantes en el resultado europeo. Toda vez que San Petersburgo tomó la determinación de emprender acciones militares del tipo que fuera contra Austria, era indudable que Alemania respondería.

Los rusos no pusieron gran empeño en ocultar sus amplios preparativos. En la noche del 29 de julio el zar comunicó al káiser, sin ningún empacho, en una de sus conversaciones personales «de Nicky a Willy»: «Las medidas militares que ahora entran en vigor se decidieron hace cinco días, por motivos defensivos, teniendo en cuenta los preparativos de Austria».⁷⁰ Aquellos que han atribuido a Austria la responsabilidad principal de la guerra se ven obligados a tomar como base el mismo argumento que el káiser en julio de 1914: que el zar debería haber mantenido una paz europea más extensa permitiendo que Austria librara una guerra menor para aplastar a Serbia. Cabe defenderlo así, pero parece fundamental reconocer sus términos antes que intentar presentar una acusación espuria, según la cual los rusos serían culpables de duplicidad. Las fechas más importantes de la crisis de julio fueron los días 23 de julio, cuando Austria explicitó su compromiso de destruir Serbia, y el 24, cuando Rusia empezó a tomar medidas activas en respuesta. A menos que haya pruebas evidentes de que el gobierno serbio estaba complicado en la trama para asesinar a Francisco Fernando, o bien de que Rusia tenía conocimiento previo del atentado, la implicación del zar en contra del intento de extinguir Serbia parece justificada. La razón que más podía invitar a Nicolás a contenerse no tenía que ver, sin duda, con la legitimidad de la actuación rusa, sino con la cautela ante la amenaza que la beligerancia representaba para su propio sistema de gobierno.

III. Los alemanes se ponen en marcha

La única perspectiva insostenible, con respecto a la crisis de julio, es que la guerra fue la consecuencia de una serie de accidentes. Al contrario: los líderes de todas las grandes potencias creían estar actuando de forma racional, persiguiendo unos objetivos coherentes y alcanzables. No obstante, aún pervive un gran enigma sobre quién ejercía la autoridad en Alemania: ¿quién estaba al mando? A lo largo del decenio precedente, la gobernanza de la nación se había tornado cada vez más disfuncional, aun cuando su poder económico aumentaba. Una nueva generación de políticos electos, muchos de ellos socialistas, peleaba por el acceso al poder fuera de los palacios aún dominados por las botas de espuelas de una autocracia muy militarizada. El káiser se había convertido en el símbolo del nacionalismo autoritario del país, más que en un gobernante ejecutivo, pero siguió llevando a cabo intervenciones erráticas. A su alrededor, personalidades, instituciones y grupos políticos rivales competían por el control. La fuerza militar terrestre y la naval siempre estaban en desacuerdo. El Estado Mayor apenas hablaba con el ministro de la Guerra. Cada cierto tiempo, los estados que formaban el imperio iban afirmando su autonomía frente a Berlín.

Un autor alemán predijo en 1910 que, durante el período de tensión política y militar que antecede a cualquier conflicto, «la prensa y sus instrumentos clave, el telégrafo y el teléfono, ejercerán una enorme influencia, que puede ser para bien o para mal».⁷¹ Moltke estaba de acuerdo. Por grande que fuera el poder del ejército, el jefe del Estado Mayor reconocía que, para convencer a millones de civiles reclutados de que se comprometieran en un conflicto del siglo xx, la causa debía contar con el apoyo popular. Según anotó un oficial prusiano en 1908, «Moltke me ha dicho que se había terminado la época de las guerras de gabinete y que una guerra que el pueblo alemán no quisiera o no entendiera, y por tanto no gozase de sus simpatías, resultaría un asunto muy peligroso. Si ... la gente creía que se había invocado la guerra con frivolidad y esta no tenía más objetivo que sacar de apuros a las clases dirigentes, entonces deberíamos empezar por disparar contra nuestros propios súbditos».⁷² Esto explica en buena parte que Alemania rechazase unirse a Austria durante las guerras balcánicas previas y enseña por qué, en julio de 1914, Moltke consideró imprescindible asegurarse de que, en Alemania, el pueblo se considerase una víctima amenazada y no un agresor. La crisis europea se solapaba

con las turbulencias nacionales. El descontento laboral, manifiesto a través de las frecuentes huelgas, alarmaba al gobierno de Berlín tanto como otros problemas similares despertaban, en Gran Bretaña, Francia y Rusia, el miedo a la inestabilidad social.

Es difícil evaluar la conducta del káiser, porque cambiaba de opinión muy a menudo. Las anotaciones garabateadas en los documentos de Estado ponen de relieve su irremediable falta de comedimiento: «¡Se engaña usted, señor Sazonov!», «¡Maldición!», «¡No!», «¡No es él quien debe decidir!», «¡Una terrible muestra de la insolencia británica!». El signo de exclamación era su herramienta de gobierno predilecta. Cuando Guillermo retomaba la vía de la prudencia, siempre llegaba demasiado tarde para deshacer el mal causado por su imprudencia, aún más habitual. Se cuenta que el 5 de julio le dijo a Bethmann: «Debemos utilizar todos los recursos para evitar que la controversia austro-serbia crezca hasta convertirse en un conflicto internacional». Pero al día siguiente otorgó a Viena el «cheque en blanco».

El 27 de julio, al regresar de su recreo en aguas de Noruega para leer la humilde respuesta de Serbia al ultimátum de Viena, su primera reacción fue anunciar que a su juicio ya no había «razones para una guerra». Pero ese mismo día, Bethmann comunicó al embajador alemán en Austria: «Debe parecer que solo hemos entrado en guerra porque nos han obligado a ello».⁷³ El general Erich von Falkenhayn, el ministro de Guerra prusiano, se reunió con el káiser y Moltke el día 27 y luego anotó: «Ahora se ha decidido resolverlo con la guerra, sin atender al coste». Tres días después, el 30 de julio, el general bávaro Krafft von Dellmensingen escribió en su diario: «El káiser desea la paz, sin reservas, y su esposa trabaja en esa dirección con todas sus fuerzas. Él desea, incluso, influir sobre Austria e impedir que vaya más allá. ¡Sería el peor de los desastres! ¡Perderíamos todo el crédito como aliados!».⁷⁴

Pero, para entonces, aquellos rumores de la corte llevaban ya dos días invalidados. El 28 de julio, el káiser había dicho: «La bola que ha echado a rodar ya no se puede detener», y al parecer lo decía en serio. Quizá cabría comparar su errático proceder con el de un actor aficionado que se esfuerza por representar el papel del monarca en una obra histórica de Shakespeare. Guillermo ponía empeño en estar a la altura del resto del grupo, en representar el papel de emperador, pero sin comprender qué le exigía el puesto: siempre entraba a destiempo o pronunciaba los versos equivocados.

Pero si a principios de julio la política alemana se había mostrado vacilante, ahora el avance hacia la guerra había cogido impulso. El día 29, en Berlín, Falkenhayn trató de forzar el ritmo y declaró que había pasado ya el momento de las mentiras; Alemania no podía seguir esperando a que Rusia diera el paso, sino que debía movilizarse. A Bethmann y Moltke les preocupaba que, a nivel nacional,

se les viera ir por detrás de Rusia en lugar de a la cabeza, pero sabían que el momento se acercaba. Tenían preparado un ultimátum para Bélgica, que era neutral, exigiendo para las tropas alemanas el derecho de paso por su territorio. Después Bethmann cometió un error diplomático garrafal. En un momento en que el sentimiento británico se mostraba vacilante, envió una oferta a sir Edward Grey: ¿Se comprometería Gran Bretaña a permanecer neutral, si se le garantizaba que Alemania respetaría la integridad territorial belga y francesa? Este intento de chantaje, que demostraba a las claras la voluntad alemana de atacar por el oeste, desató la indignación en Londres. «Hay algo grosero, casi infantil, en la diplomacia alemana», escribió Asquith con desdén.⁷⁵ Grey respondió secamente que Gran Bretaña no podía, bajo ninguna circunstancia, contemplar una propuesta tan vergonzosa.

Las noticias de Londres provocaron en Guillermo y Bethmann una breve crisis de nervios durante la noche del 29 de julio. Era evidente que estaban dirigiendo a su país hacia el mayor enfrentamiento armado de la historia, y que era poco probable que los británicos se mantuvieran neutrales. De repente, el káiser propuso que los austríacos se conformaran con ocupar Belgrado hasta que se cumplieran sus condiciones. A las 2.55 de la madrugada del día 30, Bethmann telegrafió a Viena urgiendo la aceptación de la mediación diplomática. Sin embargo, cuando su mensaje llegó a Berchtold, la movilización austríaca ya había comenzado; y ese mismo día también se recibió el telegrama de Moltke que instaba al imperio a rechazar la mediación y desplegar su ejército contra Rusia, antes que contra Serbia. De este modo, el jefe del Estado Mayor dejó claro que antes de tener conocimiento de la plena movilización rusa, estaba personalmente implicado en una guerra más amplia y dispuesto a ejercer su influencia en la esfera diplomática de un modo que superaba, con mucho, el habitual de un jefe de Estado Mayor del ejército. Al leer aquellos mensajes contradictorios, Berchtold preguntó a Conrad: «¿Quién gobierna en Berlín, Moltke o Bethmann?».⁷⁶ Los austríacos se encogieron de hombros, en sentido figurado y quizá también literal; luego continuaron con la movilización y bombardearon Belgrado.

En cualquier caso, la respuesta a la pregunta de Berchtold era ahora: Moltke. Bethmann no volvió a intentar frenar la insistencia del jefe del Estado Mayor en que la marcha hacia la guerra debía seguir su curso. Más aún, el canciller no tardaría en abogar por unos objetivos de guerra de más amplio alcance, encaminados explícitamente a asegurar el dominio de Alemania sobre Europa. Aunque el káiser y Bethmann estuvieron dándole vueltas a la cuestión durante el mes de julio, nunca se decidieron a adoptar la única medida que, probablemente, habría evitado el desastre: retirar el apoyo alemán a la invasión austríaca de Serbia. En los últimos días del mes, Moltke y Falkenhayn reafirmaron los imperativos militares —y la primacía

del ejército a la hora de tomar decisiones, ahora que la guerra era inevitable— de un modo que no admitía discusión. Guillermo, como su canciller, carecía de la fuerza necesaria para permitir que lo viesan en retirada cuando sus generales insistían en que era su deber someterse al juicio del combate. En un ocasión, Falkenhayn había presionado para que se mantuvieran los duelos como medio de resolución de disputas personales entre oficiales, mencionando su importancia «para el honor del ejército». Ahora, con idéntico ánimo, acalló secamente las tardías vacilaciones del káiser: «Le recordé que ya no estaba al mando de estos asuntos».

Moltke se convirtió en la personalidad crucial en los últimos movimientos de Alemania. El ejército era la institución más poderosa del país y él lo dirigía. Parte de la acusación histórica contra el jefe del Estado Mayor es que, aun siendo discutible la crítica de que había defendido la guerra desde el principio, sí refrendó esa vía en un momento en que también abrigaba serias dudas acerca de las implicaciones de la contienda y las perspectivas de éxito alemanas. Si ya fue suficientemente horrible que un hombre tan estúpido como Conrad hubiera deseado el Apocalipsis, parece aún más vil que uno de la inteligencia de Moltke fuera cómplice del resultado. La explicación más plausible, respaldada por su ulterior conducta en pleno estrés bélico, es que, como el káiser, el jefe del Estado Mayor era un hombre fundamentalmente débil que trataba de hacerse pasar por alguien fuerte. En Viena y en Berlín por igual —así como también en San Petersburgo y París, aunque en menor medida— se respiraba un ansia fatal de enfrentamiento, de decisión, después de toda una década de crisis inconclusas.

Muchos militares alemanes, además de sus políticos conservadores, creyeron que la guerra les ofrecía la posibilidad de invertir la marea socialdemócrata, que consideraban como una amenaza para la grandeza nacional y su propia autoridad. Los generales también veían que, transcurridos dos o tres años, una vez fortalecida la capacidad rusa, se desvanecerían las últimas esperanzas alemanas de alcanzar la visión mística de Schlieffen: aplastar a Francia antes de poner rumbo al este. La disuasión estaba condenada al fracaso, interviniese o no Gran Bretaña en la lucha, porque los alemanes tenían pleno convencimiento de que en 1914 sus oportunidades de derrotar a cualquier combinación de la Entente eran mejores que en ningún otro momento futuro. Berlín solo quería asegurarse de que el zar cargaba con el descrédito de iniciar la movilización y de la potente respuesta militar del káiser.

Los belgas reconocieron, repentinamente, el peligro al que se enfrentaba su país. El barón de Gaiffier d'Hestroy, el director político del Ministerio de Exteriores belga, estaba de vacaciones con su familia en la Engadina y recibió órdenes de apurar el regreso; partió hacia Bruselas el 29 de julio. Descubrió que los alemanes, o los austro-húngaros, ya habían requisado muchos trenes para el

movimiento de tropas; solo un encuentro casual le otorgó una plaza de regreso en el carruaje privado de un industrial belga, con el que llegó a Bruselas en la mañana del día 30.

Aquel día, sir Francis Bertie escribió, no poco erróneamente, pero en un estilo que reflejaba el estado de ánimo en París: «Las cosas penden de la balanza de la paz y de la guerra. Nos ven como el factor decisivo. Los italianos sugieren que tanto ellos como nosotros debemos mantenernos al margen. ¡Mal negocio para los franceses! Le he escrito a Grey que aquí sienten que la paz entre las potencias depende de Inglaterra, y que si ella se declara *solidaire* con Francia y Rusia, no habrá guerra, porque Alemania no correrá el riesgo de ver cómo los británicos bloquean sus vías marítimas de suministro».⁷⁷ En la tarde del 30 de julio, se supo que a los franceses que intentaban cruzar a pie la frontera con Alemania se les impedía hacerlo, a la vez que se detenía a los coches e incluso a las locomotoras con las mismas intenciones; las líneas telefónicas habían sido cortadas.

La gente se reunía en toda Francia para comentar las noticias. En las pequeñas fábricas de Beaurepaire, en Isère, el trabajo se interrumpió; las calles se llenaron de una multitud solemne, que hablaba de la crisis con una honda gravedad, antes que con emoción. Según contaba un hombre de la localidad, «era como un funeral. Parecía que nuestra pequeña ciudad estaba de luto».⁷⁸ El 30 de julio, en Alemania, un millar de clientes de la Caja de Ahorros Municipal de Friburgo vació sus cuentas, lo cual obligó a restringir las retiradas de dinero; y hubo colas similares a las puertas de la mayoría de los bancos europeos. Muchos tenderos se negaban a aceptar pagos en papel moneda, mientras otros cerraron sus puertas. En El Havre, los camareros advertían a los clientes, antes de que pidieran, que solo aceptarían pagos en oro, en lugar de los billetes de banco.

Quedaban aún unas pocas rachas de optimismo: en la tarde del día 30, en el patio del palacio Borbón, los periodistas se apelotonaron alrededor de M. Malvy, del Ministerio de Exteriores, quien les habló de nuevos contactos entre San Petersburgo, Berlín y Viena. «Tan pronto como los diplomáticos inicien las conversaciones, podremos esperar un acuerdo», dijo.⁷⁹ Pero aquella noche, a una hora ya tardía, mientras Raymond Recouly escribía su columna de *Le Figaro*, un colega irrumpió en su despacho y gritó: «Henri de Rothschild está abajo. Ha cenado con un importante funcionario del Ministerio de Exteriores que le ha dicho que la guerra era una cuestión de días, quizá de horas incluso».⁸⁰ Al poco, apareció una amiga y preguntó al periodista si debería cancelar unas vacaciones motorizadas que pensaba hacer en Bélgica la semana siguiente. Sin dudar, Recouly respondió: «Si está usted decidida a conducir, mejor váyase hacia Biarritz o Marsella».

En la tarde del día 30, Moltke ya no quería seguir esperando a que los rusos

anunciasen su movilización. Le dijo a Bethmann que Alemania debía actuar. Los dos acordaron que, con independencia de lo que hiciera el zar, Alemania proclamaría su propia movilización al mediodía del día siguiente, el 31. Pocos minutos antes de cumplirse este plazo, los alemanes supieron —con gran alivio— que San Petersburgo había anunciado su propio movimiento. De este modo, Berlín podría ir a la guerra habiendo logrado su objetivo diplomático fundamental: ver cómo los rusos se convertían en los primeros, después de Austria, en desenvainar la espada. Después de una «declaración de peligro de guerra» oficial (*Zustand der dröhenden Kriegsgefahr*, una definición legal) el día 31, el ejército empezó a patrullar de inmediato las fronteras alemanas. Se produjeron algunos cruces sin autorización, por parte de las tropas de ambos bandos, sobre todo en Alsacia. Los zapadores alemanes volaron un puente ferroviario próximo a Illfurt, al dar crédito a una información falsa según la cual los franceses estaban cerca. No obstante, hasta el 3 de agosto Berlín no autorizó formalmente a sus soldados a invadir el territorio francés.⁸¹

Después de que el káiser firmase la orden de movilización de Alemania —a las 5 de la tarde del día 1 de agosto, en la *Sternensaal* o Sala de las Estrellas de su palacio de Berlín—, con su habitual intuición para realizar el movimiento erróneo, ordenó que sirvieran champán en su suite. El general bávaro Von Wenninger visitó al ministro de Guerra prusiano, al poco de llegar la noticia de la movilización rusa: «Rostros sonrientes en todas partes, la gente se da la mano por los pasillos, se felicitan mutuamente por haber saltado la zanja». Rusia había actuado como Wenninger, Moltke, Falkenhayn y sus camaradas habían confesado desear ardientemente: cuando Alemania adoptó medidas de premovilización el 31 de julio, los únicos temores que manifestaron tenían que ver con que quizá Francia no quisiera seguir su ejemplo y, de esa forma, se negara a caer en la trampa. Guillermo despreciaba a los franceses por ser «una raza femenina, no varonil como los anglosajones o los teutones», y esto, sin duda, influía en su falta de aprensión a la hora de guerrear contra ellos.

Aquel día se produjo aún otra crisis interna en Berlín: Moltke había abandonado el palacio tras la ceremonia del decreto de movilización, cuando llegó un telegrama para el káiser, de Lichnowsky, desde Londres. Afirmaba que Grey había prometido que Gran Bretaña permanecería neutral y garantizaría la neutralidad francesa si Alemania se abstenía de atacar Francia. Guillermo estaba exultante. Avisaron a Moltke para decirle que ya solo tenía que luchar en el este. Siguió una conversación histórica: el jefe del Estado Mayor, consternado, dijo que

los planes de movilización no podían alterarse; semejante trastorno no mandaría a un ejército al campo de batalla, sino una turbamulta. Le escandalizaba que Guillermo pretendiera entrometerse cuando la diplomacia ya había tocado a su fin; ahora, la cuestión era librar una guerra, y era su responsabilidad.

Pronto se aclaró que el despacho de Lichnowsky era la consecuencia de un absurdo malentendido en cuanto a la posición británica. Los franceses se estaban movilizando y Alemania tenía su guerra de dos frentes. Pero la conversación con Guillermo tuvo un impacto devastador en Moltke. Este regresó a las dependencias del Estado Mayor iracundo, con el rostro moteado de un rojo violento. Se dirigió a su ayudante: «Quiero librar una guerra contra los franceses y los rusos, pero no contra esa clase de káiser».⁸² Su esposa testificó más adelante que, a su entender, había sufrido una leve apoplejía. La salud de Moltke ya era frágil, y sus nervios, inestables. Ahora, al borde de la colisión de ejércitos que tanto había contribuido a provocar, se apreciaban las primeras señales de una debilidad física y moral que, pasadas seis semanas, lo habría destruido.

La movilización alemana se acompañó de una declaración de guerra contra Rusia, seis días antes de que los austríacos les imitaran. Un estudiante bávaro de catorce años, Heinrich Himmler, escribió en su diario el 1 de agosto: «Juegos en el jardín por la mañana. Por la tarde también. 7.30, Alemania declara la guerra a Rusia».⁸³ Se informó a Francia de que solo podrían aceptar su neutralidad a condición de que rindiera sus fortalezas de frontera ante Alemania «como muestra de sinceridad». Bethmann se enfureció al verse marginado por los militares. Fue un oficial del Estado Mayor, el comandante Hans von Haeften, quien preparó la declaración que el káiser pronunciaría ante el pueblo alemán. El canciller y el general siempre habían dejado traslucir un resentimiento y disgusto mutuo. A partir de entonces, su animosidad se hizo manifiesta. La tarde del 1 de agosto, la multitud vitoreaba al káiser cuando bajó en coche desde Potsdam, cruzando el Unter den Linden berlinés, vestido con el uniforme completo de un coracero de la guardia. Guillermo mostró un gran entusiasmo: «Impera una maravillosa confianza ... unanimidad y determinación». El periodista Theodor Wolff, un espectador, comentó a propósito del entusiasmo de la multitud ante la aparición del káiser: «Era un día caluroso y soleado. En el aire cálido se notaba ya un bochornoso aliento febril y olor a sangre».⁸⁴ Un periódico de derechas relataba que, tras el paso de Guillermo, se apreciaba «en la multitud un ánimo de pureza espiritual digno del momento». Los desconocidos se daban apretones de manos entre ellos.

La movilización rusa resolvió un problema político fundamental para Moltke. Los socialdemócratas alemanes bien podrían haber continuado oponiéndose a la guerra, de haberse considerado que su país era el primero en mover las piezas. En esta situación, aunque el gobierno ya se había comprometido en secreto con la

marcha, Berlín podía afirmar que Alemania solo respondía a la iniciativa rusa; se preparaba para defender al Reich de la agresión eslava. El almirante Müller escribió el 1 de agosto: «El estado de ánimo es excelente. El gobierno ha sabido presentarnos muy bien como los agredidos».⁸⁵ Después de caer, Moltke escribió a un colega, mariscal de campo: «Es horrible verse condenado a la inactividad en esta guerra que he preparado e iniciado».⁸⁶ Tampoco estaba solo en el círculo de alemanes importantes que confesaban sin reparos su responsabilidad de los horrores que ahora se ordenaban. El ministro de Exteriores Gottlieb Jagow explicó más tarde a una amiga que estaba obsesionado con el hecho de que Alemania había «querido la guerra» que luego fue tan mal.⁸⁷ En 1916, el magnate naviero Albert Ballin rehusó encontrarse con Jagow porque «no quería tener nada que ver con un hombre que ostentaba la responsabilidad de todo este desastre y de las muertes de tantos centenares de miles de hombres».

Wilhelm von Stumm, un estrecho colaborador de Jagow, le dijo a Theodor Wolff en febrero de 1915: «Hemos ido asumiendo la idea de que al final acabaríamos en guerra con Rusia ... Si la guerra no hubiera empezado ahora, la habríamos librado dos años después, en peores condiciones ... Nadie podría haber previsto que, en el terreno militar, no todo saldría como habíamos imaginado».⁸⁸ El príncipe Von Bülow, antiguo canciller, culpó a Bethmann Hollweg por haber concedido a Austria el «cheque en blanco» el 5 de julio; no sugería que Alemania hubiera buscado la guerra, pero sí afirmó que el canciller debería haber insistido en consultar previamente sobre las condiciones del ultimátum de Viena a Belgrado, y reprobó asimismo que Berlín hubiera rechazado la propuesta de una reunión diplomática, lanzada desde Gran Bretaña.

Durante los dos días anteriores y posteriores a la movilización, el estado de ánimo de la opinión pública alemana se tornó menos eufórico. El 31 de julio un periodista del *Frankfurter Zeitung* refería: «Pesa una notable gravedad sobre todo, una tranquilidad y una paz alarmantes ... En sus silenciosas habitaciones, las esposas y las jóvenes se sientan alimentando sombríos pensamientos respecto al futuro inmediato ... un gran miedo a cosas terribles, a lo que pueda pasar». El socialdemócrata Wilhelm Heberlein dijo que, en Hamburgo, la noticia de la movilización se recibió con pesimismo: «La mayoría de la gente estaba deprimida, como si esperase ser decapitada al día siguiente».⁸⁹ El *Hamburger Echo* decía que, en la tarde del 1 de agosto, «el bullicioso ánimo que habían provocado unos pocos locos irreflexivos durante los primeros días de la semana ha ido desapareciendo ... pocas veces se oye en la calle una risa alegre».

Aquel día, Gertrud Schädla visitó varias veces el centro de la localidad de Verden para recabar las últimas noticias, hasta que finalmente vio, a las 6 de la

tarde, la orden de movilización. Describió así la mezcla de sentimientos de su comunidad: «Estábamos medio felices porque nuestro gobierno se ha conducido con nobleza y rigor, y medio llorosos por el miedo al futuro».⁹⁰ Luego añadió: «Ahora, todos nuestros miedos se han hecho realidad, cosas que parecían al mismo tiempo demasiado posibles y aun así imposibles ... Nuestros enemigos nos atormentan despiadadamente en el este, el oeste y el norte. ¡Ahora verán que nosotros respondemos! ... Nosotros no queríamos la guerra. Si la hubiéramos querido, ¡podríamos haberla tenido diez veces a lo largo de estos cuarenta y tres años de paz!». ⁹¹ El domingo 2 de agosto, la policía de Berlín advirtió de algunas manifestaciones de entusiasmo un tanto extrañas, como por ejemplo la multitud que se apelotonaba ante el coche del káiser. Por primera vez, los soldados que custodiaban los edificios públicos aparecieron vestidos de color gris campaña. Desde el mismísimo inicio de la lucha, Alemania se convirtió en la primera potencia que caracterizó el conflicto como una cuestión que superaba los límites europeos; como una guerra mundial, una *Weltkrieg*.

Cuando Alemania empezó a movilizarse, sir Francis Bertie fue a visitar al primer ministro francés, en París, y lo encontró «en un estado de muchos nervios ... Evidentemente, los alemanes quieren precipitar los acontecimientos antes de que los rusos puedan estar preparados».⁹² Francia iba ahora dos días por detrás de Alemania en sus preparativos militares: Joffre transmitió al gobierno que cada retraso adicional de veinticuatro horas significaba, posiblemente, perder hasta 20 kilómetros más de territorio francés cuando comenzase la ofensiva de Moltke. Algunos socialistas seguían acérrimamente opuestos a la guerra, pero se hacía caso omiso de sus gestos por la paz. El prefecto regional de Isère se contaba entre los muchos oficiales que desautorizaron las protestas públicas; prohibió una manifestación socialista antibélica, el 31 de julio, en Vienne. Los sindicatos locales planearon otra concentración para el 2 de agosto, en Grenoble, pero se retiraron cuando comprendieron que recibirían muy poco apoyo de las bases y, al final, la convocatoria se acabaría anulando.

Jean Jaurès, el gran líder socialista francés, subió a un taxi para que le llevara a un restaurante de París, en la noche del 31 de julio, y se quejaba amargamente a su compañero de viaje porque la frenética conducción del chófer acabaría costándoles la vida. «No creas», le respondió el otro, en tono burlón; «como todos los conductores parisinos, este es un buen socialista y buen sindicalista».⁹³ No fue la velocidad temeraria lo que mató a Jaurès aquella noche, sin embargo; fue un

fanático trastornado que le disparó por la espalda mientras él cenaba. Este asesinato provocó una oleada de horror y estupefacción en toda Europa, mucho más exaltada que la que engendró la muerte de Francisco Fernando. A Jaurès se lo reconocía internacionalmente como un gigante de la política. *Le Temps* lamentaba que hubiera desaparecido «justo en el momento en que ... su oratoria iba a convertirse en un arma de defensa nacional».⁹⁴

Raymond Recouly escribió, a propósito de aquella noche del 31 de julio: «Al salir del periódico con un amigo, hacia la una de la noche, en la esquina de la *rue Drouot*, oímos a lo lejos el sonoro repiqueteo de un escuadrón de caballería. Los cafés se cerraban en ese momento, pero aún quedaba mucha gente. Los cascos resonaron aún más fuerte en los adoquines. Una voz chilló: “¡Aquí vienen los *cuirassiers!*”. Fue como si una descarga eléctrica recorriese la multitud. Se abrieron las ventanas de todos los pisos; la gente se subía a los bancos, a las mesas de los cafés; un taxista corpulento trepó al techo de su vehículo, aun a riesgo de romperlo. Justo detrás de un grupo de niños y jóvenes, apareció la caballería. Vestidos de campaña, con los cascos puestos, imponentes con sus largas capas, llenaban la vía. Un formidable clamor estalló en todas las bocas: “*Vive la France! Vive l’armée!*”. El taxista del techo del automóvil parecía frenético; chillaba más fuerte que todos los demás, lanzando su gorra al aire y agitando los brazos».⁹⁵

Aquella noche, más tarde, un recadero de *Le Temps* que estaba delante de la oficina central de correos, en el *boulevard des Italiens*, vio cómo colgaban la orden de movilización. Justo antes de las 4 de la mañana del 1 de agosto, entró corriendo en el despacho del director del periódico al tiempo que vociferaba: «*C’est affiché!*». Todo el personal se precipitó a la calle para verlo con sus propios ojos. Una multitud se congregó ante una de las ventanas de la oficina de correos para leer la pequeña hoja azul; la de Rusia era de color lila. «Movilización no es guerra», había repetido el primer ministro Viviani al firmar la orden.⁹⁶ Pero como dijo Raymond Recouly, «nadie le creía. Si no era guerra, era en cualquier caso algo igualmente terrible».⁹⁷ El ejército francés tenía instrucciones de no acercarse a menos de diez kilómetros de las fronteras alemana o belga, para asegurarse de que la ignominia derivada de la agresión territorial recayera plenamente sobre Berlín.

Cuando las tropas francesas empezaron a congregarse, sir Francis Bertie escribió: «La población está muy tranquila. Hoy aquí se oye: “*Vive l’Angleterre!*”; quizá mañana sea “*perfidie Albion*”. Tenía que haber cenado en la villa de Edmond de Rothschild en Boulogne-sur-Seine; pero la cita fue en París, porque todos sus caballos y automóviles habían sido requisados. Su cupé eléctrico no puede salir de la *enceinte* [el perímetro urbano]; ningún automóvil puede hacerlo sin un permiso especial. Nuestros cuatro lacayos han partido para incorporarse inmediatamente a

sus regimientos, y el ayudante del mayordomo nos dejó hace diez días; otros tres hombres se han unido a la bandera. He pedido que me dejasen conservar al chófer francés».⁹⁸ Hubo manifestaciones violentas contra negocios propiedad de alemanes, como la fábrica de elaboración de alimentos Maggi, que cobró una especial virulencia porque los pequeños productores de leche franceses consideraban al gigante una amenaza comercial. Las tiendas alemanas y austríacas sufrían saqueos en los que la policía se mantenía al margen. Viviani dijo ante la Cámara de los Diputados: «Alemania no tiene nada que reprocharnos. Se está atacando la independencia, la dignidad y la seguridad que la Triple Entente ha garantizado en beneficio de Europa». Sus palabras recibieron un estruendoso aplauso.

La novelista estadounidense Edith Wharton, que residía en Francia, había pasado el mes de julio en la península ibérica y las Baleares. Regresó a París el 1 de agosto y tuvo que abandonar sus planes de viajar a Inglaterra para el resto del verano: «Todo parecía extraño, ominoso e irreal, como el resplandor amarillo que precede a una tormenta. Había momentos en los que me sentía como si hubiera muerto para despertar en un mundo desconocido. Y así era».⁹⁹

IV. Los británicos deciden

Ahora, toda Europa aguardaba la actuación del gobierno de Asquith. En Viena, Alexander Freud escribió a su hermano Sigmund, sin dar crédito a la idea de que los británicos pudieran entrar en la guerra junto a Rusia, pues, a su juicio, «un pueblo civilizado no escoge el bando de los bárbaros».¹⁰⁰ A muchos alemanes también les costaba comprender la amenaza de la beligerancia británica en una lucha que, a su juicio, no era de la incumbencia de Albión. Richard Stumpf, un marinero de la flota de alta mar alemana, manifestó su disgusto porque tan solo dos semanas después de que una escuadra de la Marina Real británica fuese recibida con toda clase de honores amistosos en la Regata de Kiel, su país tenía que pensar en sumarse a las hostilidades: «Se hace duro pensar que [el comportamiento británico] se debe en realidad a los celos; que la culpa la tiene la maldita envidia comercial».¹⁰¹ Los alemanes retrasaron hasta el 3 de agosto su declaración de guerra contra Francia, con la esperanza de proteger la neutralidad británica. El káiser continuó pensando que era plausible, porque había quedado absurdamente impresionado por una conversación que, tiempo atrás, había sostenido su hermano con el rey Jorge V: el príncipe Enrique regresó de Londres informando de que el monarca garantizaba que su país permanecería ajeno a cualquier conflicto europeo. Guillermo pensó que Gran Bretaña tendría la prudencia de atenerse a ello en cualquier circunstancia, puesto que, tal como observó inteligentemente, «los acorazados no tienen ruedas».

Un turista de viaje por Francia escribió: «Nadie que no estuviera en París en aquella época puede llegar a darse cuenta de la intensa angustia de los franceses durante esos días de esperar al pronunciamiento inglés».¹⁰² Las intenciones del gobierno de Asquith seguían siendo marcadamente inciertas. Un editorial de *The Times* del 29 de julio elogiaba la generosidad del país: «Tenemos un interés constante y una política que, por tradición, mantiene el equilibrio de poderes en Europa»; en cuanto a la Entente con Francia, «debemos mantenernos fieles en el futuro, pase lo que pase». Los franceses, no obstante, se exasperaban con aquellas misericordiosas expresiones de buena voluntad; lo único que ansiaban saber era si el ejército británico lucharía en su bando. Y en aquel momento, la respuesta era que no.

Grey, Churchill y Asquith querían que Gran Bretaña se mantuviera firme junto

con los otros miembros de la Entente: ya el 29 de julio, el ministro de Exteriores amenazó en privado con dimitir si el gobierno no seguía aquella vía. El primer lord del Almirantazgo se enfrentó y engatusó a su amigo el ministro de Economía para que venciese la persistente renuencia de Lloyd George a ver a Gran Bretaña implicada en un conflicto continental. Churchill sugirió, de forma absurda, que la participación no tenía que suponer un gran coste: «Juntos podemos llevar a cabo una amplia política social ... La guerra naval será barata». Pero cuando Rusia se movilizó, la mayoría de los británicos se resistió a la idea de que su país debía seguir tal ejemplo. El *Daily News* afirmó rotundamente el 29 de julio: «El esfuerzo más efectivo que podemos hacer por la paz es dejar claro que no se sacrificará una sola vida británica a favor de la hegemonía de Rusia en el mundo eslavo». El Partido Laborista calibró la posibilidad de pedir a los sindicatos que convocaran una huelga general si Asquith intentaba unirse a la lucha. «Europa entera en armas», rezaba un titular del *Daily Mail* del 30 de julio, como si describiera sucesos remotos; dos días más tarde, titulaba: «Europa a la deriva hacia el desastre». En una cena del 31 de julio, el conde de Benckendorff, el embajador ruso, le contaba al escritor Maurice Baring que tanto él como el enviado francés tenían el sombrío convencimiento de que Inglaterra no lucharía.¹⁰³

El periódico de izquierdas *Daily Chronicle* aplaudía el 31 de julio la ausencia de patriotismo popular: «Muy positiva y, en comparación con lo que vivimos hace un tiempo, muy sorprendente es la ausencia total de sentimientos antigermánicos. En los últimos años hemos hecho un gran trabajo para reabrir los ojos británicos a nuestra comunión de intereses con el gran pueblo cuya civilización es, en muchas formas, la más afín a la nuestra en Europa; y la sola idea de un conflicto ruinoso entre nosotros parece aún más desagradable ahora que, quizá, hace una generación». Aquel día, el *Manchester Guardian* se convirtió en el primer periódico británico que sugería la posibilidad de que Inglaterra se viera obligada a combatir si Francia era atacada. Sin embargo, también descartaba cualquier posibilidad de que Alemania invadiese Bélgica, porque una acción semejante violaría el tratado europeo de 1839, que garantizaba la neutralidad belga y había sido firmado tanto por Berlín como por Londres.

Un soldado de los Royal Welch Fusiliers [reales fusileros galeses] se despertó en su cuartel de la ciudad de Dorchester, en Dorset, a las 6 de la mañana del soleado viernes 31 de julio, con la música de la banda del regimiento que interpretaba la alegre canción *I Do Like to be Beside the Seaside*. Pero muchos británicos reconocían ya que el conflicto estaba muy cerca de sus costas. Norman Macleod, un secretario particular del almirante, estaba «bastante preocupado (1) porque [estoy] totalmente en co[ntr]a de la idea de la guerra y (2) por temor a una crisis financiera y económica; la gente compraba alimentos para acaparar. El tipo de interés subió al

10 % ... creía que estos problemas pondrían límites al patriotismo». Una delegación de la City londinense se puso en contacto con el ministro de Economía para exponer que «el único medio de salvar el mundo era que su propio país permaneciera fuera del conflicto, para poder seguir siendo el gran mercado, el árbitro económico del mundo». El 1 de agosto, el *Daily News* publicaba un artículo de su director, A. G. Gardiner, titulado: «¿Por qué no debemos combatir?». El autor preguntaba: «¿En qué parte del ancho mundo chocan nuestros intereses con Alemania? En ninguna parte. Con Rusia tenemos conflictos potenciales por todo el sureste de Europa y el sur de Asia». Después de que el gabinete se reuniera aquel sábado, Paul Cambon le dijo a Grey —en francés, por mediación de un intérprete, pues en las conversaciones oficiales se limitaba por sistema a emplear su propia lengua— que rechazaba rotundamente comunicar su resolución a París, «o, mejor dicho, la falta [de resolución]». ¹⁰⁴

Muchos británicos creían que la responsabilidad de la pesadilla en ciernes recaía en Belgrado y San Petersburgo. *The Economist* advirtió que «la provocación iniciada por Serbia la ha continuado Rusia. Si se desata una gran guerra, la movilización rusa será su causa directa. Y nos tememos que los venenosos artículos de *The Times* hayan alimentado las esperanzas del zar con respecto al apoyo británico». ¹⁰⁵ En una carta al director de Josef Redlich, un lector vienés de *The Economist*, se decía: «En todo el territorio austríaco, sin distinción de partidos, la opinión pública palpita con esta pregunta: “¿Cuánto tiempo tolerará Austria un concepto de buena vecindad como el que impera en Serbia?”». Nueve distinguidos académicos de Cambridge escribieron a *The Times*: «Consideramos a Alemania una nación que lidera el camino en las artes y las ciencias, y todos hemos aprendido y aprendemos de los estudiosos alemanes. Una guerra contra ellos, en interés de Serbia y Rusia, sería un pecado contra la civilización. Si, desafortunadamente, a causa de unas honrosas obligaciones nos vemos implicados en la guerra, el patriotismo podrá acallar nuestras bocas, pero en esta coyuntura consideramos justificada la protesta, por nuestra parte, al vernos arrastrados a una lucha contra una nación tan semejante a la nuestra».

Aquella noche del 1 de agosto, Grey cenó con su secretario particular en el Club Brooks, de la calle de St. James; tras levantarse de la mesa, estuvieron jugando juntos al billar. Mientras tanto, el primer ministro se retiró a la cama con sensación de agravio: la crisis le había obligado a cancelar un fin de semana campestre en compañía de Venetia Stanley, el objeto de su obsesión amorosa, por más que no consumada, durante 26 años. «Puedo decir, sinceramente, que jamás he sufrido una decepción más amarga», le escribió Asquith. ¹⁰⁶ Afirmaba tener algunos problemas para sumirse en la inconsciencia, «pero realmente no he dormido mal, en este ir y venir medio sonámbulo; gracias a Dios, me ha acompañado una imagen de ti, que

me ha dado calma y paz». Las prolíficas y compulsivamente indiscretas cartas del primer ministro británico a Stanley no ayudaron mucho a mejorar su reputación, pero sí suponen una fuente impagable para comprender su pensamiento.

Los más destacados periódicos de izquierdas —el *Daily Chronicle*, el *Daily News* y el *Manchester Guardian*— seguían mostrando una fuerte oposición a la intervención británica, pero la actitud del gobierno se iba afianzando en sentido contrario. El domingo 2 de agosto, Asquith desayunó con el embajador alemán y advirtió al exaltado Lichnowsky de las nefastas consecuencias que tendría que el ejército de su país cumpliera con su amenaza de marchar a través de una Bélgica neutral. Delante de Downing Street y Whitehall se formaron multitudes entre las que se veía, por primera vez, muchos rostros ansiosos. El líder conservador Bonar Law escribió al primer ministro prometiéndole el apoyo de su partido a una declaración de guerra británica; era una misiva destinada a apresurar tal resultado.

El gabinete se reunió y, a través de Grey, supo que la flota francesa se había movilizado. Francia, les dijo, contaba ahora con Gran Bretaña para proteger el Canal y el mar del Norte, tras haber concentrado sus fuerzas en el Mediterráneo, de acuerdo con el pacto secreto firmado en las conversaciones navales anglo-francesas de 1912. Algunos ministros quedaron asombrados —confundidos, de hecho— al saber por primera vez de la existencia de este trascendental compromiso. Pero el gabinete acordó, con distintos grados de reticencia, honrar las condiciones y desplegar buques de guerra que protegieran la costa norte de Francia. De inmediato, los alemanes prometieron mantenerse fuera del Canal a cambio de la neutralidad británica; pero cuando Paul Cambon supo del compromiso de la Marina Real, se animó: «Esta era la decisión que yo esperaba ... Un gran país no puede hacer la guerra a medias. Desde el momento en que decidió combatir en el mar, estaba destinado sin remedio a que así fuera también en tierra».¹⁰⁷

El gabinete, sin embargo, seguía rechazando la propuesta. Aquella tarde del 2 de agosto, sir John French, jefe del Estado Mayor imperial (hasta que dimitiera, en marzo, a raíz del motín de Curragh) realizó una extraña llamada telefónica: buscaba orientación acerca de las intenciones militares del gobierno, no en los ministros sino en George Riddell, el dueño del *News of the World*. El pequeño mariscal de campo preguntó a Riddell si, en caso de guerra, se enviaría una fuerza expedicionaria a Francia, y quién estaría al mando. Riddell trasladó la consulta al gobierno. Lloyd George respondió que French debía presentarse personalmente en Downing Street a las 10 de la mañana del día siguiente.¹⁰⁸ Pero cuando acudió, se le dijo que aún no había posibilidad de que Gran Bretaña mandase un ejército al continente.

Ahora Bélgica se había convertido en el centro de la atención inglesa. A las 3 de la tarde del 2 de agosto, el vicecónsul belga en Colonia llegó al Ministerio de

Exteriores, en Bruselas, e informó de que desde las 6 de la mañana de aquel mismo día había estado viendo trenes que salían de las estaciones de la ciudad del Rin cada 3 o 4 minutos, atestados de soldados: no se dirigían hacia Francia, sino hacia Aixa-la-Chapelle y la frontera belga.¹⁰⁹ Cuando se añadió que las tropas alemanas habían entrado en Luxemburgo y se esperaba una invasión inminente de Bélgica, el ministro de Exteriores Jean Davignon le dijo, emocionado, a su colega el barón Gaiffier: «Vayamos a misa y ofrezcamos plegarias por nuestro propio país. ¡Jamás las ha necesitado tanto!».¹¹⁰

En noviembre de 1913, el rey Alberto había visitado Berlín, donde recibió una sombría advertencia del káiser y Moltke: «Sería aconsejable que los países pequeños, como Bélgica, se pusieran del lado del fuerte, siempre que quieran conservar su independencia».¹¹¹ El 2 de agosto, el monarca belga tuvo que enfrentarse al significado de esta amenaza: Alemania exigió sumariamente que se diera a su ejército derecho de paso por el país. Los franceses no estaban seguros de cómo respondería el gobierno de Bruselas; creían que amplias zonas de Bélgica se mostrarían germanófilas. La decisión de rechazar la solicitud de Berlín fue personal, de Alberto, en tanto que rey y comandante en jefe de las fuerzas armadas, pero contó con el abrumador respaldo de todo su pueblo.

«La respuesta [al ultimátum de Berlín] era muy fácil de redactar», dijo el barón Gaiffier. «Solo teníamos que trasladar al papel, en lenguaje claro, los sentimientos que nos movían a cada uno de nosotros. Estábamos seguros de interpretar correctamente las opiniones de todo el país».¹¹² Pero aquella tarde de domingo, aunque el gobierno belga era consciente de lo peor, en Bruselas el ánimo aún conservaba cierta inocencia, sobre todo entre los ciudadanos más humildes. Al terminar aquel radiante día de verano, un numeroso grupo de paseantes que habían salido a caminar en los campos de alrededor regresaban ya a la ciudad, muchos de ellos cantando y con grandes ramos de flores.

Gran Bretaña se encontraba entre los garantes de la neutralidad belga, según el tratado europeo de 1839, firmado al poco de que el país se separase de Holanda. A última hora del día 2 de agosto, los alemanes advirtieron al gobierno británico de su intención de marchar a través del país del rey Alberto, con o sin su consentimiento. A las 7 de la mañana del día siguiente, se transmitió a Berlín que Bélgica rechazaba el ultimátum. Al publicarse la noticia, Bruselas se convirtió en un mar de banderas tricolor. La mayoría de los alemanes contempló este gesto de desafío con una lástima despectiva. «¡Ay, pobres necios!», repetía sin cesar el consejero de la legación alemana, mientras contemplaba las calles repletas de símbolos nacionales. «¡Ay, pobres necios! ¿Por qué no se apartan del camino de la apisonadora? No queremos hacerles daño, pero si se quedan en nuestro camino, los

aplastaremos. ¡Ay, pobres necios!»¹¹³

Algunas veces se ha sugerido que al pueblo del rey Alberto le habría ido mejor si el monarca se hubiera plegado a lo inevitable y hubiera otorgado paso libre al ejército alemán. Pero ¿por qué debería haberlo hecho, él o el gobernante de cualquier otra nación soberana? A lo largo de la historia moderna, las grandes democracias han considerado con frecuencia que proteger a los pequeños estados frente a la agresión suponía un imperativo moral. En 1914, la fuerza mayor influía en los acontecimientos mucho más que la ley internacional. Pero la mayoría del pueblo británico entendió, junto con el gobierno, que la invasión alemana de Bélgica representaba una afrenta a la moralidad, así como al orden europeo. Irónicamente, desde el momento en que los alemanes se decidieron a violar la neutralidad belga —como llevaban haciendo en secreto durante una década—, habría sido mejor para ellos jugarse el todo por el todo y atacar sin ultimátum. El lapso de tiempo transcurrido entre la amenaza y el asalto permitió al rey Alberto congregarse a su pueblo y a la opinión extranjera, además de preparar la resistencia. Los belgas organizaron un programa de demolición de túneles ferroviarios extremadamente efectivo, que limitó los movimientos en tren del enemigo a través de su país durante los meses siguientes.

Hoy, los defensores del proceder alemán alegan —como sostuvo entonces el gobierno de Berlín— que si el ejército del káiser no hubiera violado la neutralidad belga, lo habrían hecho rápidamente los aliados. La única prueba que respalda esta afirmación es que los británicos debatieron sobre un posible bloqueo de Amberes como paso hacia Alemania, una contingencia superada por los acontecimientos; del mismo modo, previnieron a los franceses contra la transgresión de la territorialidad belga y Joffre asintió. Hasta entonces, Alemania había sido la ganadora indiscutible, a expensas de Rusia, en el juego de manipular los sucesos para evitar una imagen de agresor directo. Moltke perdió tal condición, sin embargo, en el mismo momento en que sus ejércitos cruzaron la frontera belga. Bismarck había advertido a sus compatriotas contra esta acción, precisamente porque previó el impacto que tendría en la opinión pública extranjera. El asalto sobre Bélgica cayó como una bendición para aquellos miembros del gobierno de Asquith que ya estaban convencidos de que Gran Bretaña tenía que entrar en la guerra europea. Sin Bélgica, el país habría entrado dividido en el conflicto (de haber llegado a entrar). Moltke cometió un error de cálculo crucial: estaba tan convencido de que Gran Bretaña también combatiría, que no consideró el hecho de que la neutralidad belga pudiera influir de tal modo en este resultado, hacia un lado o hacia el otro. Estaba muy equivocado. La imagen de mártir del rey Alberto y su pueblo hizo que se sumaran a la causa de la guerra millones de británicos que hasta entonces se habían opuesto a ella.

No hubo pocas ironías en la prisa de Gran Bretaña por abrazar a «la valerosa y pequeña Bélgica». Durante la guerra de los bóers, el país de Alberto había adoptado una posición fervientemente antibritánica. El deplorable récord de inhumanidad que Bélgica ostentaba como potencia colonial en el Congo solo quedó superado por el de Alemania en el África suroccidental. Los soldados franceses y británicos contemplaban al ejército belga con desprecio y tenían a sus oficiales por dandis demasiado aficionados a las poses.¹¹⁴ Además, a lo largo del mes anterior, la prensa católica belga había prestado un fuerte respaldo al derecho de Austria-Hungría a emprender acciones militares contra Serbia. El periódico *L'Express*, de Lieja, denunció la entente franco-rusa como «la pesadilla de todos aquellos que en su corazón aspiran a un futuro de libertad, democracia y civilización ... [es] una alianza contra natura».¹¹⁵

No importaba. En Londres, unos pocos ministros aún se aferraban a la creencia de que el solo paso del ejército alemán no debería constituir un *casus belli*. Pero la mayoría del pueblo británico reconocía en esto, por fin, una certeza moral, en medio de un mar de confusiones balcánicas y europeas. La noche del domingo 2 de agosto llegó un telegrama para Grey, mientras este cenaba con Haldane, advirtiéndole de que la acción germánica contra Bélgica era inminente. Los dos hombres se dirigieron sin demora a Downing Street, donde apartaron a Asquith de su círculo de invitados personales. Le comentaron la noticia y solicitaron su autorización para movilizar al ejército. Haldane se ofreció voluntario para ocupar temporalmente el puesto de ministro de la Guerra, ya que era obvio que Asquith estaría demasiado ocupado para seguir desempeñando tal función. El primer ministro dio su conformidad a ambas propuestas.

En la mañana del lunes 3 de agosto, un día en que los bancos británicos estaban cerrados, *The Times* declaró: «Europa será el escenario de la guerra más terrible jamás vista desde la caída del Imperio Romano ... la culpa ha de recaer principalmente sobre Alemania. Podría haber contenido la plaga si en Viena hubiese optado por hablar como lo hace cuando actúa en serio. Ha preferido no hacerlo». Whitehall, bañado por un sol brillante, se hizo impracticable al tránsito; tan compacta era la expectante multitud. A las 11 de la mañana, se informó al gabinete de la decisión del rey Alberto de Bélgica, que había optado por ofrecer resistencia, pero los ministros todavía debatían. Dos de ellos, sir John Simon y lord Beauchamp, anunciaron que dimitirían antes de ser cómplices de la participación británica en la guerra. Pero Lloyd George, una figura clave, superó por fin sus reservas personales y apostó por combatir. Un colega liberal lamentaba, decepcionado, que el canciller «carecía de fe en sus convicciones». Probablemente, la decisión se explique porque en Lloyd George pesó más el temor político a dividir el gobierno y el Partido Liberal —lo cual supondría una ventaja para el

Partido Conservador— que el fervor hacia la causa de la Entente. Asquith telefoneó a Dover para detener a lord Kitchener, el más eminente de los militares británicos, que estaba a punto de partir hacia Egipto. El primer ministro pidió al mariscal de campo que regresase a Londres; era probable que lo necesitaran.

Aquella mañana, George Lambert, el lord civil del Almirantazgo, desconocedor de los trascendentales sucesos de última hora, comentó al secretario financiero: «Espero que el gabinete deje de dar vueltas y se decida por una cosa u otra». El otro responsable, que, según palabras de un testigo, «parecía muy pálido y nervioso, a diferencia del sábado», respondió: «Creo que ya han decidido».¹¹⁶ Pero la población británica seguía muy dividida. Aun con las noticias de Bélgica, el funcionario público Norman Macleod escribió el 3 de agosto: «Muy descontento con el giro de los acontecimientos; peligro de compromisos diplomáticos secretos que forzarán al pueblo a la guerra, ciegamente; de no ser por las razones económicas, habría renunciado a [mi] puesto».¹¹⁷ Sir George Riddell, dueño del *News of the World*, le habló a Lloyd George de su «sentimiento de intensa exasperación ... a la vista de un gobierno que se embarca en la guerra». Guy Fleetwood-Wilson protestó en la columna de las cartas al director de *The Times*: «Escribo como “hombre de la calle”. Sin duda, soy desacostumbradamente corto de entendederas, porque por mi vida que no puedo entender por qué este país ha de verse arrastrado a esta guerra». Serbia, a su juicio, «no merece la vida de un solo granadero británico».

Pero por toda Gran Bretaña, las instalaciones militares estaban recibiendo la orden de movilización. El capitán Maurice Festing, de la real infantería de marina británica, estaba ansioso por recibir la llamada mientras jugaba un partido de críquet en el arsenal del cuerpo, a las afueras de Deal: había anotado 66 *not out* y acababa de ver cumplida su anhelada ilusión de lanzar una bola por la ventana del comedor de los sargentos.¹¹⁸ El coronel de los fusileros galeses estaba cenando en una fiesta cuando se presentó un ordenanza con un mensaje; los invitados estaban casi seguros del contenido de la misiva, pero se impuso la etiqueta y el mensajero permaneció a la espera, hasta que la cena hubo terminado y las damas se habían retirado ya. Entonces se le permitió entregar el telegrama de movilización del regimiento.

Gran Bretaña fue la única gran potencia que debatió en el Parlamento su entrada en la guerra. A las 3 de la tarde de aquel 3 de agosto, Grey, visiblemente tenso y agotado, se puso en pie en la Cámara de los Comunes para pronunciar la primera declaración formal del gobierno en relación con la crisis. No era un gran orador, y el tiempo de gracia que podría haber dedicado a prepararse el discurso se lo había robado el príncipe Lichnowsky, que fue a su despacho a presentar un último y vano ruego con la intención de que Gran Bretaña no considerara el paso de

las tropas alemanas por un pequeño rincón de Bélgica como un *casus belli*. Fue la última reunión de aquellos dos hombres.

La sala de la Cámara estaba repleta, igual que la tribuna diplomática y la reservada a los visitantes. Asquith se mantuvo impávido mientras Grey invitaba a la Cámara a considerar la crisis desde el punto de vista de «los intereses británicos, el honor británico y la obligación británica». El ministro de Exteriores habló a los parlamentarios sobre el acuerdo naval secreto con Francia y sobre cómo el gobierno había llegado a la conclusión de que no debía permitirse que los alemanes bombardeasen libremente la costa norte, tan próxima a Gran Bretaña. Los *tories* vitoreaban, mientras los liberales permanecían sentados, muchos de ellos nada convencidos. En ese momento, Grey, que había discursado sin especial entusiasmo acerca de los intereses británicos y sus rutas comerciales, proyectó repentinamente una pasión inaudita en él, para describir la violación de la neutralidad belga. «¿Acaso este país podría permanecer inmóvil mientras contempla el más espantoso crimen que jamás haya manchado el rostro de la historia, convirtiéndose así en partícipe del pecado?»

Volvió al consabido —y fundamental— tema del gobierno británico desde hacía siglos: el equilibrio de poder en Europa. Gran Bretaña, dijo, debe tomar cartas «contra el engrandecimiento desmesurado de cualquier potencia, sea la que sea». Transcurridos setenta y cinco minutos, concluyó con una perorata teatral y un llamamiento: «Ni por un segundo creo que, si nos mantenemos al margen de esta guerra, cuando llegue su fin seamos capaces de deshacer lo que haya sucedido ... impedir que toda la Europa occidental que hoy tenemos frente a nosotros caiga bajo el dominio de una sola potencia ... eso supondría sacrificar nuestro respeto, buen nombre y reputación ante el mundo, y comportaría las consecuencias más serias y graves».

Esta última afirmación se ha convertido, en el siglo pasado, en el centro de todas las discusiones al respecto de si Gran Bretaña debería haber entrado, o no, en la primera guerra mundial. Los Comunes, aquella tarde, recibieron sus palabras con una aclamación apabullante. Fue porque Grey, a lo largo de sus veintinueve años como parlamentario, se había dado a conocer como un hombre compulsivamente taciturno; por ello, la elocuencia exhibida en esta ocasión logró un efecto muy llamativo. Simon y Beauchamp, tras oírlo hablar, presentaron su dimisión. El ánimo del Partido Liberal, instintivamente pacifista, experimentó un giro radical a favor de la guerra, aunque nunca se invitó al Parlamento a votar sobre el paso definitivo.

«¿Qué pasará ahora?», le preguntó Churchill a Grey, mientras ambos salían de la Cámara. El ministro de Exteriores le dijo que enviarían un ultimátum a Berlín, solicitando que Alemania se retirase de Bélgica en veinticuatro horas. Sir Francis Bertie escribió: «El discurso de Grey ... fue espléndido y [en París] ha generado

mucha más satisfacción de lo que yo esperaba. Alemania estaba decidida a hacer la guerra, e hizo cuanto pudo para que nosotros nos abstuviéramos de participar en la lucha». ¹¹⁹ Jules Cambon dijo, al terminarse el conflicto: «Fuimos extraordinariamente afortunados de que el Partido Liberal británico estuviera en el gobierno. Si hubiera estado en la oposición, quizá la intervención británica habría tardado más en llegar». ¹²⁰ Probablemente, estaba en lo cierto; si un gobierno conservador hubiera querido combatir, los liberales no le habrían prestado su apoyo, en modo alguno. El espíritu de contradicción habría pesado demasiado, como sucedió con dos miembros menores del gabinete —lord Morley y John Burns— que también presentaron su dimisión.

Aquella noche, a pesar de todos los dramas sucedidos durante el día, persistía la incertidumbre con respecto a qué medidas militares prácticas adoptaría Gran Bretaña. El ministro de Exteriores demostró una ingenuidad asombrosa —y perjudicó gravemente su reputación ante la posteridad— cuando comunicó a los Comunes que, siendo Gran Bretaña una potencia naval, al entrar en guerra «sufriremos, pero poco más de lo que sufriríamos si nos quedásemos al margen». Como en el gobierno aún persistían aquellas ilusiones vanas, ningún ministro autorizó el envío inmediato de ningún ejército al continente. Estas evasivas exasperaban a los militares, que sabían que cada hora contaba, en lo relativo a organizar una Fuerza Expedicionaria Británica y transportarla al continente antes de que el gigante alemán hubiera entrado en Francia y Bélgica.

Coudourier de Chassigne, el corresponsal de *Le Figaro* en Londres, llamó a Tom Clarke, redactor de noticias del *Daily Mail*, a la caza de novedades: «¿Irán ustedes en ayuda de Francia?», preguntó con urgencia. ¹²¹ «Sé que toda la nación británica está con nosotros, pero este gobierno suyo, con su maldito “esperemos a ver”, ¿cuándo se moverá? Pronto será demasiado tarde. Es terrible ... ¿No pueden hacer nada lord Northcliffe y el *Daily Mail*?» Un anciano francés miraba un póster colgado en el exterior de las oficinas de un periódico de Niza y decía con disgusto: «*L'Angleterre se dégage! C'est ignoble!*». ¹²² A primera hora de la tarde de aquel 3 de agosto, el embajador alemán en París habló con René Viviani y le leyó en voz alta una declaración de guerra, cuya fuerza moral quedaba perjudicada por las mentiras que contenía. El documento afirmaba que la aviación francesa había bombardeado Núremberg y Karlsruhe y había sobrevolado Bélgica, violando su neutralidad. Viviani negó los cargos y luego los dos hombres se saludaron en silencio y partieron. El general Joffre se despidió formalmente de Poincaré antes de partir hacia el cuartel general desde donde, en los meses siguientes, ejercería un poder más absoluto que cualquier otro comandante nacional.

Justo después de las 8 de la mañana del 4 de agosto, las primeras tropas alemanas cruzaron la frontera belga en Gemmerich, a unos 50 kilómetros de Lieja. Los gendarmes belgas hicieron un gesto vano, pero cargado de significado, al disparar sobre ellos antes de poner pies en polvorosa. A mediodía, el rey Alberto solicitó formalmente ayuda a Gran Bretaña, como garante de la neutralidad belga. Luego, ataviado con el uniforme de batalla, cabalgó al frente de una reducida comitiva de carruajes; en uno de ellos viajaban su esposa e hijos, en dirección al edificio parlamentario de Bruselas. Tras desmontar y adentrarse en la sala, creó un momento de teatralidad inigualable al lanzar al auditorio la pregunta: «Caballeros, ¿están decididos irrevocablemente a preservar intactos los sagrados bienes que nos legaron nuestros antepasados?». Todos los presentes se alzaron como un solo hombre y gritaron: «*Oui! Oui! Oui!*».

En Berlín, el káiser convocó a los diputados del Reichstag a su palacio. Los recibió con el casco puesto y todo el uniforme militar, flanqueado por un Bethmann ataviado con las ropas de los dragones de la guardia. No habló de Bélgica; en su lugar dijo que la guerra había sido una provocación serbia con el respaldo de Rusia: «Desenvainamos la espada con la conciencia clara y las manos limpias». Su discurso arrancó un embravecido aplauso. En cambio, cuando Bethmann se dirigió luego al Reichstag, demostró una franqueza que más tarde Tirpitz tachó de locura: «Nuestra invasión de Bélgica es contraria a la ley internacional, pero este error que ahora cometemos», reconoció, sin tapujos, «lo convertiremos en un acierto al alcanzar nuestros objetivos militares». Los socialdemócratas aplaudieron con tanto entusiasmo como los conservadores.

Asquith y Grey fueron vitoreados por multitudes en Whitehall, mientras iban y venían apresuradamente de la Cámara de los Comunes, el 4 de agosto. El primer ministro escribió a Venetia Stanley: «Winston, que a todo le ha puesto sus pinturas de guerra, espera con ansia un combate naval a primera hora de la mañana ... Todo esto me colma de tristeza». Aquella tarde, se leyó ante los Comunes la proclama de movilización del rey Jorge V, tras lo cual Asquith repitió ante la Cámara el ultimátum británico a Alemania, que exigía una respuesta antes de la medianoche; las 11, en el horario de Londres. La última parte del documento no se envió hasta las 7 de la tarde, después de que Grey tuviera noticia de que las fuerzas del káiser habían entrado en territorio belga. Cuando Bethmann lo recibió, a través del embajador británico, afirmó que «la sangre me hervía ante esta hipócrita insistencia con Bélgica, que no era el motivo por el que Inglaterra había entrado en la guerra». El canciller arengó a sir Edward Goschen, culpabilizando a Gran Bretaña de la guerra y lo que se derivaría de ella, y terminaba: «Todo por una palabra —“neutralidad”—, solo por un trozo de papel». La frase pasó a la historia. Una gran cantidad de alemanes manifestaron que, a sus ojos, la intervención británica

era una traición.

En Londres, al caer la noche, el gabinete se reunió una vez más, y tuvo noticia de que Alemania ya se consideraba en guerra con Gran Bretaña. Tras el ulterior debate, se sentaron todos juntos en la sala del consejo de Downing Street, esperando las campanadas. Cuando el Big Ben hizo tañer la primera de las 11, el gobierno supo lo peor. Veinte minutos más tarde, se enviaba al ejército británico el telegrama de guerra, en un lenguaje claro. Norman Macleod percibió, en las veinticuatro horas previas un «extraordinario cambio en el sentir popular, contrario hasta el lunes, en todo caso, a la guerra —con la “Liga de la Neutralidad” por delante—, pero el rechazo alemán a respetar la neutralidad de Bélgica lo destruyó por completo».¹²³ Observó «otro cambio notable. El viernes y el sábado se había desatado el pánico en la City y la gente se precipitaba a acaparar alimentos. [El lunes] había una sensación de absoluta confianza en el gobierno; jamás he visto nada parecido, desde luego no en la época de la guerra de los bóers».

En el comedor de oficiales de la Marina Real en Chatham, en la noche del 4 de agosto un camarero entregó un telegrama al comandante del cuerpo, que lo leyó en voz alta: «Empiezan de inmediato las hostilidades contra Alemania».¹²⁴ Los oficiales allí reunidos recibieron la noticia con aplausos; muchos de ellos habrían muerto antes de un año. A los dominios y colonias británicas —la India, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica, principalmente— no se les llegó a consultar siquiera la decisión de entrar en combate: sus gobernadores generales recibieron nuevas proclamaciones de su autoridad, en las que se les comunicaba que estaban en guerra con Alemania, al lado de la madre patria. Solo se alzaron a presentar objeciones unas pocas voces de los bóers. Uno de ellos, Jacobus Deventer, reunió a su comando y telegrafió a su antiguo general, Louis Botha, el por entonces primer ministro de Sudáfrica: «Todos mis burgueses armados, montados y dispuestos. ¿Contra quién luchamos: británicos o alemanes?». Al final aceptó la orden de unirse a una fuerza que se reunía para invadir la zona alemana del suroeste de África, aunque otros prepararon una efímera rebelión antibritánica.

Fueron muchos los europeos que, aun siendo hombres inteligentes y cultos, no alcanzaron a percibir la gravedad del rumbo de los acontecimientos en el que se habían implicado. Lo resaltan los comentarios de los líderes británicos que expresaron su gratitud porque la guerra hubiera salvado al país de una sangrienta confrontación en Irlanda. En el discurso que Grey pronunció el 3 de agosto en la Cámara de los Comunes, hizo un aparte que rozaba lo frívolo: «Me gustaría decir algo: el único punto de luz en una situación tan atroz es Irlanda». Sir William Birdwood, secretario del gobierno de la India, escribió: «Menuda suerte ha sido esta guerra para lo de Irlanda; ha impedido una guerra civil y, para cuando se haya terminado, quizá estemos todos ya hartos de luchar».¹²⁵

Ramsay MacDonald, que dimitió de la dirección del Partido Laborista cuando sus seguidores —igual que sus homólogos alemanes— decidieron votar a favor de los créditos de guerra, obtuvo algunos vótores al afirmar en los Comunes que Gran Bretaña debería haber permanecido neutral, aunque cuando siguió adelante y reivindicó que «en lo más profundo de nuestros corazones, creemos que eso [habría sido lo] correcto, y solo esto es coherente con el honor de este país y las tradiciones del partido que ahora gobierna», recibió por respuesta unas risitas burlonas que los testigos más sensibles juzgaron impropias. El señor Ponsonby, parlamentario por Stirling Burghs, dijo que «estábamos al borde de una gran guerra y él odiaba ver a la gente embarcándose en ella tranquilamente», lo cual despertó algunas voces de aprobación. Otro parlamentario, el señor Wedgwood, dijo que esta no iba a ser «una de nuestras queridas guerras del siglo XVIII ... sino que se trata de preservar la civilización que ha costado siglos levantar». Quizá el comentario más sabio, aunque en la época cosechó pocos aplausos, fuera otro de Ramsay MacDonald: «Ninguna guerra empieza siendo impopular».

Durante los últimos días de la crisis, muchos de los hombres más importantes —los principales en sus naciones, los más poderosos del mundo— vivieron momentos que los dejaron encogidos. Entrevieron el horror de las consecuencias del rumbo que estaban adoptando y miraron hacia atrás, por encima de sus hombros, anhelantes. Así sucedió en el caso del káiser, de Bethmann o del zar Nicolás; pero no pasó lo mismo, según parece, con los austríacos, con Moltke o con Sazonov. Los franceses demostraban un pesimismo asombroso con respecto a la necesidad de apoyar a Rusia, aunque solo fuera porque estaban convencidos —casi seguro, con razón— de que el ejército alemán acabaría cayendo de todos modos sobre Francia, en tanto que miembro de la Entente. Los británicos, dejando aparte a unos pocos embravecidos como Churchill, tenían menos ganas de entrar en guerra, pero entendían que la violación de Bélgica justificaba unirse a la contienda. Como Gran Bretaña era una de las grandes potencias, creían que, cuando estaban en juego grandes cosas, el país tenía que representar un gran papel.

Durante los últimos días de paz, Vernon Kell, director del servicio de seguridad británico MI5, permaneció todo el tiempo en su despacho de Watergate House, organizando el arresto de los agentes alemanes conocidos. Aunque su incipiente organización contaba solo con diecisiete personas, había trabado lazos útiles con los jefes de policía de los condados: entre el 3 y el 16 de agosto se realizaron 22 arrestos. Algunos espías huyeron al estilo de Walter Rimann, un profesor de lengua de Hull que cogió el ferry de Zeebrugge. Se cree que otros pocos pasaron

inadvertidos, pero de ser así, contribuyeron en poco al esfuerzo bélico alemán.

Muchos de los apresados pudieron ser identificados gracias a que se interceptó su correspondencia con el servicio de inteligencia alemán, el NachrichtenAbteilung, mediante una orden del Ministerio del Interior; un sistema que fomentó Winston Churchill. El káiser se enfureció ante la incompetencia de sus jefes de espionaje. Gustav Steinhauer, el maestro de ceremonias de la red británica, contaba que Guillermo había preguntado: «¿Estoy rodeado de imbéciles? ¿Quién es el responsable?». ¹²⁶ La inteligencia militar alemana había centrado sus esfuerzos, exclusivamente, en Francia, y dejó que la marina se ocupase de Gran Bretaña. Steinhauer, que solía viajar allí en el período prebélico, había reclutado a los agentes principalmente por la vía de escribir cartas no solicitadas a expatriados alemanes; su «cartero» más activo era Karl Ernst, un barbero de Pentonville, que se acercaba a los marineros en busca de información. En Gran Bretaña, la inteligencia alemana de la época de guerra no llegó a recuperarse de la redada de 1914: incluso el 21 de agosto, Berlín aún desconocía que había zarpado hacia Francia una Fuerza Expedicionaria Británica.

Mientras tanto, Bernard Shaw telegrafió a su traductor alemán: «USTED Y YO EN GUERRA, EL ABSURDO NO PUEDE IR MÁS ALLÁ. MIS MÁS AMISTOSOS DESEOS CON USTED EN TODA CIRCUNSTANCIA». Lord Northcliffe habló con su antiguo corresponsal en Viena, Wickham Steed: «¡Bien! ¡Ya llegó!». Steed respondió: «¡Sí, gracias a Dios!». ¹²⁷ El recuerdo de la reina Victoria hizo que muchos rusos se refiriesen a Inglaterra como *Anglichanka*, la mujer inglesa. Un campesino dijo en agosto de 1914 que «estaba contento de que *Anglichanka* estuviera con Rusia, porque en primer lugar era lista y ayudaría; en segundo lugar, si creía que las cosas iban mal con Rusia, era buena y ayudaría; en tercer lugar, llegado el momento de restablecer la paz, era decidida y no cedería». ¹²⁸

Fran Šuklje era un famoso sabio esloveno, que en 1914 contaba sesenta y cinco años. El 4 agosto, este súbdito involuntario de los Habsburgo estaba sentado bajo los árboles del conocido jardín de Stembur en Kandija, cuando leyó la noticia de la declaración de guerra británica. Comunicó al pequeño grupo de discípulos que estaban junto a él: «Daréis gracias a Dios si esta guerra ha terminado antes de tres años». ¹²⁹ Sus palabras pronto se difundieron entre sus conciudadanos, «cuyo unánime parecer era que me había vuelto loco. Daban por cierto un final en tres semanas, tres meses a lo sumo». En Berlín, Frederick Wiles, del *Daily Mail*, describió algunas escenas en la embajada británica aquel día: «Al darse cuenta de lo que se les venía encima, los alemanes se volvieron bárbaros iracundos ... Piedras, llaves, palos, cuchillos, paraguas; y cualquier cosa que pudiera lanzarse pasaba a toda velocidad a través de las destrozadas ventanas».

Durante un partido de tenis en Inglaterra, el escritor Jerome K. Jerome expresó

«alivio y gratitud ... Temía tanto que Grey acabase cediendo en el último momento ... Tenía mis dudas sobre Asquith. No creía que el viejo tuviera agallas ... Gracias a Dios, no tendremos que leer “Fabricado en Alemania” hasta de aquí un tiempo». La noche del 4 de agosto, mientras una multitud inconsciente gritaba y cantaba delante del palacio de Buckingham, Maurice Baring observaba a un borracho que, vestido de gala, arengaba a los transeúntes desde el techo de un taxi en Trafalgar Square.¹³⁰

Aun después de haberse declarado la guerra seguía habiendo disidentes enardecidos. El 5 de agosto, August C. P. Scott declaró en el *Manchester Guardian*: «Por medio de algún contrato secreto, Inglaterra está técnicamente comprometida a sus propias espaldas con la ruinosa locura de participar en la violenta apuesta de la guerra entre dos ligas militaristas ... Será una guerra en la que arriesgaremos todo aquello de lo que estamos orgullosos y en la que no obtendremos nada ... Un día, lo lamentaremos». Muchos británicos creen, en el siglo XXI, que Scott tenía razón, sobre todo conociendo el horror de la experiencia posterior, pero también porque no están convencidos de que fuera necesario resistirse con las armas a la Alemania del káiser, a cualquier precio.

¿Habría actuado de otro modo alguna de las potencias de la Entente de haber sabido lo profundamente implicado que estaba el ejército serbio —que no el gobierno— en el asesinato de Francisco Fernando? Es casi seguro que no, porque no era esa la razón que llevó a actuar a Austria y Alemania, o a sus contrincantes. Los rusos, sencillamente, consideraban que la extinción de un pequeño estado eslavo era un castigo excesivo e intolerable por el crimen de Princip y, para el caso, de Apis. A menos que Francia hubiera declarado su neutralidad sin tardanza y hubiera rendido sus fronteras como Alemania le pedía, su alianza con Rusia habría provocado el ataque de Moltke contra los países del oeste. A los británicos, el inminente destino de Serbia los dejaba completamente indiferentes y solo actuaron en respuesta a la violación germánica de la neutralidad belga y la amenaza sobre Francia. Los distintos participantes en lo que pronto se convertiría en la Gran Guerra tenían motivos muy diversos para luchar, y objetivos con pocos elementos en común. Tres conflictos —el de los Balcanes, por las cuestiones de la Europa del Este; la lucha continental que debía determinar si el dominio alemán se impondría; y, por último, el desafío de los alemanes al control general de los ingleses en el campo naval— se metamorfosearon en uno solo de carácter global. Otras cuestiones, la mayoría relativas al acaparamiento de tierras, quedarían en segundo plano cuando otras naciones —en especial, Japón, Turquía e Italia— se unieran a la lucha.

A lo largo del siglo pasado, en Gran Bretaña muchas personas sostuvieron que el precio por participar en la guerra había sido tan demoledor que ningún propósito podía justificarlo razonablemente; bastante gente culpó a sir Edward Grey por

desea la implicación inglesa. Pero, sabiendo que Alemania estaba decidida a dominar Europa y conociendo las consecuencias probables de tal hegemonía para Gran Bretaña, ¿habría actuado el ministro de Exteriores de forma responsable si no hubiera dado ningún paso para evitar semejante resultado?

Lloyd George, en sus memorias, propone un argumento más popular contra el conflicto, al echar la culpa a los militares, a los que odiaba: «De no haber sido por el celo profesional y la prisa con que los militares pusieron en marcha los planes que ya habían acordado de antemano entre ellos, las negociaciones entre gobiernos, que para entonces apenas habían comenzado, podrían haber seguido adelante y se podría haber evitado la guerra; probablemente, se habría conseguido». Se trata de un absurdo. Lo que sucedió no fue «una guerra por accidente», sino una guerra mal pensada por parte de los austríacos y con el respaldo de los alemanes.

Hoy, como en 1914, cualquier juicio sobre la necesidad de que Gran Bretaña entrase en guerra está influido, forzosamente, por la valoración del carácter del imperio del káiser Guillermo II. Parece frívolo sugerir, como hacen unos pocos sensacionalistas modernos, que la victoria alemana solo habría creado, con cincuenta años de anticipación, una entidad semejante a la Unión Europea. Aunque el régimen del káiser no puede equipararse con el de los nazis, sus políticas difícilmente pueden calificarse de ilustradas. Su objetivo era dominar; por la vía pacífica, si era posible, pero en caso contrario recurrirían a la guerra. La paranoia alemana hizo que ellos mismos interpretasen como un acto hostil cualquier tentativa de revisar o cuestionar su firmeza a nivel internacional. Además, durante la crisis de julio, tanto ellos como los austríacos mintieron sistemáticamente con respecto a sus intenciones y sus acciones. Por el contrario, fueran cuales fueran los defectos del proceder inglés, el gobierno de Asquith siempre contó lo que a su juicio era la verdad, tanto a sus aliados como a sus futuros enemigos.

El currículum del Kaiserreich en el extranjero era inhumano incluso para lo habitual en la época. Autorizó primero, y aplaudió después, el genocidio de los pueblos herero y namaqua, en el África suroccidental alemana, en 1904-1907; una barbaridad que superaba con mucho cualquier desmán colonial de los británicos. El comportamiento alemán durante la invasión de Bélgica y Francia en 1914, incluidas las masacres de civiles a gran escala aprobadas desde los altos mandos, no puede compararse con el de la segunda guerra mundial, porque no hubo intención genocida; pero proyectaron una imagen profundamente perturbadora del carácter del régimen que aspiraba a gobernar Europa.

Parece un error suponer que la neutralidad en 1914 habría supuesto un final feliz para el Imperio Británico. Los instintos autoritarios e inquisitivos del liderazgo alemán difícilmente se habrían moderado con un triunfo en el campo de batalla. El régimen del káiser no entró en la guerra con un gran plan de dominación

mundial, pero sin duda sus líderes exigirían un jugoso botín como recompensa por la victoria que anticipaban. Bethmann Hollweg preparó una lista personal de peticiones el 9 de septiembre de 1914, cuando Berlín veía la victoria al alcance de la mano. «El objetivo de la guerra —escribió— es conseguir garantías [de seguridad], del este al oeste, para el futuro próximo, mediante el debilitamiento de nuestros adversarios.»¹³¹

Francia tendría que ceder a Alemania los depósitos de hierro de Briey; Belfort; una franja costera desde Dunkerque a Boulogne; la vertiente oeste del macizo de los Vosgos. Derruirían sus fortalezas fronterizas. Tal como había pasado en 1870, el monto de las indemnizaciones que deberían pagar sería suficiente como para asegurarse de que «Francia es incapaz de gastar considerables sumas en armamento durante los próximos dieciocho o veinte años». En cuanto a otros lugares, Luxemburgo quedaría anexionado de inmediato; Bélgica y Holanda se convertirían en estados vasallos; las fronteras rusas se encogerían drásticamente; se crearía un extenso imperio colonial creado en el África central y una unión económica alemana que se extendería desde Escandinavia hasta Turquía.

Georges-Henri Soutou ha sostenido convincentemente que Bethmann jamás habló tan en serio con respecto a sus exigencias territoriales —se esforzó por convencer al káiser para que dejase de pedir la anexión de Bélgica— como de la intención de imponer una unión aduanera en el continente.¹³² Pero fuesen cuales fueran los medios que Berlín se proponía emplear, el objetivo era indudable; en palabras de Soutou, «está claro que la unión aduanera debe, de este modo, posibilitar el control de Alemania sobre Europa».¹³³ Aunque otros líderes alemanes preparasen listas de deseos distintas, todos daban por seguro que la guerra no podría terminar sin que su nación recibiera lo que juzgaba como recompensas financieras y territoriales «adecuadas». Una vez derrotados sus únicos rivales importantes en el continente, era poco creíble que Alemania se contentase luego con firmar un generoso acuerdo con una Gran Bretaña neutral o consentir su control general del mar.

Al gabinete de Asquith se lo suele acusar de opacidad en las cuestiones europeas, estratégicas (entre 1906 y 1914) y tácticas (durante la crisis de julio). Aunque Gran Bretaña se convirtió en miembro de la Triple Entente, las capitales europeas, Londres incluida, seguían sin saber si el país se uniría a la guerra de Europa. Pero los británicos tenían poco poder a la hora de controlar los acontecimientos. Aunque los alemanes preferían no combatir contra ellos, en Berlín se los consideraba un elemento marginal en un combate armado entre fuerzas continentales. Solo si Gran Bretaña hubiera seguido el camino, inaceptable a nivel nacional, de crear un gran ejército permanente, podría haber sido capaz de representar un papel disuasorio eficaz en 1914. El error más grave de Gran Bretaña

fue suponer que el país podría conservar su querido equilibrio de poderes en el continente sin un grueso de soldados creíble en apoyo de la diplomacia. Pero fracasar en el reclutamiento de un ejército difícilmente puede considerarse igual a sembrar la guerra por doquier.

El argumento de que Gran Bretaña debería haber declarado antes de la crisis de 1914 su decisión de participar en cualquier enfrentamiento francoruso con Alemania ignora la naturaleza de las democracias y la obligada prudencia en el arte de gobernar. Ningún gobierno podría haber conseguido el apoyo del Parlamento en un compromiso indefinido de participar en un conflicto europeo, pasando por alto las circunstancias de su evolución; y no hay ninguna razón por la que debiera haberlo hecho. Si en julio de 1914 Asquith hubiera ofrecido apoyo incondicional a Francia y Rusia, habría sido culpable de la misma temeridad —el «cheque en blanco»— que con justicia condenó a Alemania por su conducta hacia Austria-Hungría y, en menor medida, a Francia también por su compromiso con Rusia.

Gran Bretaña apreciaba el *statu quo* y estaba comprometida con la paz, porque aún parecía ir a la cabeza del mundo. El gobierno de Asquith sentía cierta incomodidad con Rusia y con las locuras que su gobierno era capaz de cometer; no tenía ningún deseo de alimentar la belicosidad francesa. Su única opción racional en la década anterior a la guerra como en julio de 1914, era demostrar buena voluntad a sus aliados y un respaldo provisional, cuyo alcance y naturaleza dependerían de los sucesos y los acontecimientos exactos. El fracaso de esta política es evidente: cuando Gran Bretaña intentó acercarse a las obligaciones europeas, especialmente a la Entente, fue suficiente para implicarla en el mayor conflicto de la historia, pero no para prevenir tamaño desastre. Pese a todo, se hace difícil imaginar ninguna otra vía diplomática alternativa para Gran Bretaña antes de la guerra, capaz de conseguir el respaldo político en el país y de convencer a Alemania de que el riesgo de la guerra era inaceptable.

Quienes defienden que el conflicto general se habría podido evitar después, incluso, de que Austria declarase la guerra a Serbia, y quienes colocan a Rusia en el puesto de responsabilidad por lo que pasó después, dan a entender que Austria y su garante alemán deberían haber obtenido el consentimiento para actuar a punta de pistola en los Balcanes, en Bélgica y de hecho por toda Europa. Solo el ultimátum alemán a Bélgica permitió que los partidarios de la guerra en el gabinete consiguieran el mandato. En ocasiones se dice que fue un mero pretexto, puesto que Grey, Churchill y varios colegas ya se habían decantado por la beligerancia aun antes de que apareciera el problema de Bélgica. Pero sigue siendo improbable que hubieran conseguido su objetivo sin la violación de la neutralidad belga. No parece innoble ni absurdo que buena parte de la Cámara de los Comunes y del pueblo británico se aferrase a esto como *casus belli*, a la vez que rehuían entrar en guerra

en apoyo de Serbia o solo para cumplir el mal definido compromiso con la Triple Entente. Aunque se absuelva a Alemania de seguir un plan que desencadenase una guerra europea general en 1914, sigue pareciendo que merece casi toda la culpa porque tuvo la capacidad de impedirla y no la utilizó.

El 3 de agosto, el káiser comunicó a sus ordenanzas que sacasen el uniforme gris de campaña, las botas de caña alta, los guantes marrones y un casco sin plumas para su discurso ante el Reichstag al día siguiente. Luego decidió que se terciaba un espectáculo aún más espléndido. Decidió aparecer vestido de gala, acompañado de todo oficial de alta graduación disponible en Berlín, engalanado con sus medallas y fajines. En todo su esplendor como caudillo supremo de Alemania, al día siguiente se dirigió con gran emoción a la concurrencia: «Desde lo más hondo de mi corazón, les agradezco sus muestras de amor y lealtad. En la lucha que se avecina, no veo más partidos en mi *Volk: Ich kenne keine Parteien mehr, ich kenne nur Deutsche* (“Entre nosotros solo hay alemanes”)). En aquel momento Guillermo viviría unas pocas semanas jubilosas de la gloria militar con la que siempre había soñado. En adelante, sin embargo, las sombras se cernerían sobre él y sobre Europa.

**«El soberbio espectáculo
de un mundo que arde en llamas»**

I. Migraciones

A lo largo y ancho de la Europa continental, por última vez en la historia, las proclamaciones de guerra se acompañaron —musicalmente, pero también metafóricamente— de un toque de rebato. En ciudades como Friburgo, un trompetero y un oficial de policía hicieron una ronda por las plazas principales de la ciudad, en un automóvil renqueante, parando en cada una para comunicar las noticias. La mayoría de las naciones que acababan de entrar en guerra cumplieron la transición de la paz con una eficiencia ominosa. El teniente coronel Gerhard Tappen, jefe de operaciones de Moltke, admitió «sentir algo especial» cuando abrió la caja fuerte de la oficina para retirar el «Plan de Despliegue 1914-1915» de Alemania, pero la movilización representó el mayor triunfo profesional en la carrera del jefe del Estado Mayor. Antes de que llegara la guerra, Berlín temía que las huelgas del ferrocarril, instigadas por los socialistas, pudieran causar disturbios, pero no llegaron a producirse. Entre los cuatro millones de hombres convocados a la bandera, hubo pocas ausencias.

Los planes de contingencia de los gobiernos iban mucho más allá de la mecánica de la movilización. Maurice Hankey,¹ secretario del Comité Imperial de Defensa de Gran Bretaña, había producido anualmente, desde 1910, ediciones actualizadas del *Libro de la guerra* (*The War Book*). Se trataba de un volumen en cuarto, de cubiertas rojas, con el subtítulo dorado de «Coordinación de la acción departamental en CASO DE RELACIONES TENSAS Y UN ESTALLIDO DE GUERRA». La última edición, que se hizo circular por Whitehall el 30 de junio de 1914, contenía 318 páginas de dos tintas, gris y azul, que detallaban las responsabilidades de cada departamento de Estado; primero, en la «Fase de precaución»: «El ministro [de Asuntos Exteriores], previendo el peligro de que este país se vea envuelto en guerra en el futuro próximo, decide advertir al Gabinete a este efecto». El *Libro de la guerra*, con los circunloquios propios de un caballero, hacía hincapié en la importancia de la discreción: «El viceministro insta especialmente, a todo miembro de su Estado Mayor a quien pueda incumbir, a observar la mayor reserva con respecto a la existencia de relaciones tensas y todas las cuestiones relativas a las medidas de precaución».

A partir de aquí, el *Libro* catalogaba toda clase de pasos prácticos necesarios, como el envío al Parlamento de la ley para el control de extranjeros, la

introducción de la censura, la captura de barcos mercantes enemigos, el corte de los cables telegráficos submarinos del enemigo, la formación de una milicia en las islas del Canal y el aviso a las potencias neutrales de un bloqueo inminente de los puertos enemigos. Al tratar la gestión del tráfico telegráfico, un apéndice afirmaba: «Con miras a señalar el mayor número de telegramas que requieren prioridad sobre todos los demás, se parte del supuesto ... de que la guerra sería tal que el Reino Unido se hallaría ante la oposición inmediata de los tres países que forman la Triple Alianza». Se advertía al Ministerio de Guerra: «Serán necesarias ciertas medidas defensivas contra ataques traicioneros o sorpresivos». La dirección telegráfica del jefe de censura del Almirantazgo sería: «*Scoured*, Londres». El Ministerio del Interior debía alertar a los jefes de policía para que «prestaran especial atención a los movimientos de extranjeros sospechosos». Todo esto fue pasando durante los primeros días de agosto.

A los serbios les consternó que su país se viera obligado a movilizarse antes de haber reunido la cosecha, en lugar de esperar al otoño, como al comienzo de las dos guerras balcánicas anteriores, cuando los establos estaban llenos. No solo les consternaba ver partir a los hombres, sino también el espectáculo de ver que el ejército se llevaba los carros y bueyes, de gran valor para ellos. Sin embargo, Tadija Pejović comentó que, a su alrededor, todo el mundo cantaba, «porque es costumbre entre los serbios cantar cuando los soldados van a la guerra».² Jóvenes y viejos, por igual, tenían poca idea de cuánto podría durar su aventura. Los niños, que no lo comprendían, preguntaban por qué sus familias se deshacían así.

La generosidad hacia el enemigo quedaría pronto vetada de toda la vida pública de los beligerantes, pero en agosto aún pervivían vestigios. El Consejo Nacional de la Iglesia Libre de Gran Bretaña adoptó una resolución que afirmaba: «Ha caído sobre la civilización europea el crimen y el horror de una guerra universal. Resulta inútil buscar distribuir las culpas amablemente». H. W. Nevinson, corresponsal en Berlín del *Daily News*, escribió que los jóvenes alemanes a los que había visto marchar con el ejército «son sin duda hombres de buena instrucción y hermosa constitución, de una estirpe muy similar a la nuestra más selecta». Daba su aplauso a los campos, bien labrados, a los niños, limpios y bien criados, y a todo lo que Alemania había aportado al progreso del mundo. Con el mismo ánimo, algunos académicos británicos se esforzaron por preservar el respeto hacia un país que ahora se había convertido en su enemigo mortal. «Solo la ignorancia puede permitirse burlarse de la cultura alemana»,³ escribió un teólogo de Cambridge.

Una maestra de treinta y un años que vivía cerca de Graz, y escribía un diario que firmaba simplemente como «Itha J.», era una nacionalista austríaca apasionada. Expresó su disgusto cuando su amiga Martha describió la amargura de algunos hombres llamados a la bandera. «Lo siento —interrumpió Itha secamente—, pero es

incomprensible que haya hombres que se quejen. Yo lo llamo “cobardía”. No puede ser otra cosa.»⁴ En esta época, la expresión casi universal de la formación cultural era el clasicismo. El joven Edonard Beer, uno de cuatro hermanos belgas que se unieron a las fuerzas armadas de su país, citó a Julio César con cierta autocomplacencia: «*Omnium Gallorum fortissimi sunt Belgae*» («los belgas son los más valerosos de todos los galos»)⁵

El escritor Sergei Kondurashkin estaba de vacaciones con su familia en el sur de Rusia, donde pudo atisbar todo un microcosmos de la vasta movilización de su país: «El omnipotente aparato del estado, de nombres y números, fue capaz de encontrar a la gente incluso en los desfiladeros remotos de las montañas caucásicas, bajo los glaciares de Amanaus. Llegaban mensajeros al galope con telegramas para los médicos, profesores e ingenieros: ¡todo el mundo a la guerra! Los viajes privados en ferrocarril se acabaron, el correo se volvió irregular y, durante un tiempo, se rechazaron los telegramas personales. Parecía que el modelo de la vida cotidiana que nos rodeaba, formado a lo largo de los siglos, se estaba deteniendo, rompiéndose sin hacer ruido, mientras la guerra establecía sus propias pautas».⁶

Las fuerzas movilizadas por Rusia sobre el papel —en la realidad, nunca se llegó al potencial completo— eran las más numerosas de todos los beligerantes, pero la mayoría de los llamados a la bandera tenían poca noción sobre la causa. Iván Kuchernigo describió una escena vivida en su aldea, tras la aparición repentina de un policía que fue llamando a todas las puertas para convocar a los campesinos a una asamblea. Se reunieron en un estado de confusión general, preguntándose los unos a los otros, en vano. De pronto, el más anciano del lugar exigió silencio: «¡Esto es lo que ha pasado, chicos! ¡Se ha presentado un enemigo! Ha atacado nuestra Madre Rusia (*Matushku Rossiu*) y nuestro Padre Zar necesita nuestra ayuda. Nuestro enemigo, por ahora, es Alemania». Un murmullo recorrió la multitud: «¡Son los alemanes! ¡Los alemanes!». El anciano pidió silencio otra vez: «Bien, chicos, para no perder tiempo enredándonos con listas, quien se sienta sano y capacitado para servir a la Patria debe presentarse en la oficina del comandante militar del distrito, en Aleshka; os aconsejo llevar dos recambios de ropa interior, y allí os darán todo lo demás. Y ahora, ¡rápido!».⁷ La multitud se dispersó hacia sus casas, dejando de lado el trabajo en los campos. Kuchernigo escribió: «Dios mío, ¡cuántas lágrimas se derramaron cuando nos tuvimos que ir». Su hija de cinco años se sentó en sus brazos, se apretó contra él y preguntó: «Papá, ¿por qué te vas? ¿Por qué nos dejas? ¿Quién va a ganar el dinero y nos va a conseguir el pan?». La niña abrazó y besó a su padre, que no tardó en llorar. «No pude dar respuesta a sus preguntas, y le respondí tan solo: “No tardaré en volver a casa, hija mía”».

En Francia, la movilización continuó durante quince días. Los reclutas se

dividían por grupos de edades: primero se presentaban los más jóvenes, luego los mayores; la llegada al cuartel se procesaba con una velocidad asombrosa. Desde el momento en que se recibía a un hombre, en un plazo de veinte minutos se le quitaban las ropas de civil, se lo bañaba, uniformaba y enviaba a su unidad. Sumando los refuerzos de sus regimientos mercenarios coloniales, en su mayoría norteafricanos, Francia reclutó a 3,8 millones de soldados con formación específica; aproximadamente, los mismos que Alemania. El campesino de diecisiete años Ephraim Grenadou asistía a la vigilia posterior al funeral de un joven amigo, cuando unos gendarmes montados entraron en su pequeña ciudad de Saint-Loup (Eure y Loir) para colgar un cartel blanco y estridente: *MOBILISATION GENERALE*. «El maestro nos gritó que tocáramos a rebato. Todo el mundo se congregó en torno de la alcaldía, habiendo abandonado los campos a media cosecha.» Se iban preguntando unos a otros: «Y tú, ¿cuándo te vas?». «Yo, el segundo día.» «Yo, el tercero.» «Yo me voy el 25.» «Ah, tú no te irás nunca; para entonces ya habremos vuelto.» Al día siguiente, Achilles, el pregonero de Saint-Loup, dio una vuelta por la comunidad anunciando la noticia precedida de toques de trompeta: «Todo el que tenga buenas botas, se las debe llevar. Os pagarán 15 francos».⁸

Dos coches de la policía llevaron la orden a la plaza de la iglesia de Valtieu (Isère) a las 4.30 de la tarde del 1 de agosto. El campanero local convocó a la población de inmediato. El maestro de la aldea describió así el efecto: «Parecía que, de golpe, el viejo rebato feudal había regresado para acosarnos. Durante mucho rato, nadie habló. Algunos habían perdido el aliento; otros estaban mudos por la conmoción. Muchos llevaban horcas en la mano. “¿Qué puede significar? ¿Qué nos va a pasar?”, preguntaban las mujeres. Esposas, niños, maridos; todos estaban poseídos por la angustia y la emoción. Las esposas se aferraban a los brazos de sus maridos. Los niños, al ver llorar a su madres, también rompieron a llorar». En su mayoría, los hombres se desplazaron al café, para hablar de la cuestión práctica de cómo se podría acabar la cosecha. El ánimo general era de determinación.⁹

El sargento Paul Gourdant expresó su consternación por dejar atrás a una esposa postrada en la cama y cuatro hijos; le angustiaba que la carga de cuidarlos recayera sobre sus padres, ya ancianos. Pero la religión le sirvió de apoyo: «Dios me dio fuerza para apartar mis miedos y ansiedades y pensar solamente en la defensa de mi país».¹⁰ Henri Perrin, dueño de una pequeña ferretería en Vienne, corrió por la ciudad saldando deudas, antes de instruir minuciosamente a su joven esposa sobre cómo debía administrar la tienda en su ausencia. Luego la familia se arrodilló y rezó en común. Los Perrin explicaron a sus dos hijos pequeños que «papá debe marcharse un tiempo, a trabajar por el país».¹¹ En miles de estaciones de

tren, había grupos de parientes estoicos, angustiados o francamente emocionados rodeando a cada uno de los hombres que subían al tren. Uno gritó con alegría: «¡Todos al tren de Berlín! ¡Y lo bien que lo pasaremos allí!». André Gide, que lo veía como espectador, comentó: «La gente sonreía, pero no aplaudía».¹² Algunos campesinos tomaron la ocasión como unas vacaciones; eran jóvenes que nunca habían gozado de tal lujo. Unos pocos huyeron a esconderse en los bosques, pero las mujeres, con severidad, hicieron que la mayoría se presentara mansamente en el cuartel.

La vasta migración europea creó una correspondiente agitación social. «Son tantos los hombres que se han ido —decía un periódico regional francés, *La Croix d'Isère*— que en las pequeñas ciudades y aldeas del Delfinado impera una atmósfera de tristeza y condenación.» El rector de la Academia de Grenoble escribió: «Por todo el valle, los gritos y las voces antaño familiares de los granjeros que iban al mercado, la animada “charla campesina” en los cafés y las plazas de los mercados, ha cedido el paso al silencio angustiado de las mujeres, los niños y los ancianos».¹³ Las máquinas estaban detenidas y había escasez de pan; los obreros cualificados se habían ido y el ejército se había apropiado de las reservas de gasolina. En Malleval, un conductor con afán de servicio público trasvasó de su automóvil el combustible preciso para que una trilladora pudiera funcionar durante dos días y acabar la cosecha.

Entre los beligerantes, solo Gran Bretaña carecía de un sistema de servicio militar universal; por eso, su ejército profesional era relativamente reducido —247.432 hombres— y además estaba disperso por todo el imperio. A diferencia de las potencias continentales, que reunieron a millones de reclutas con instrucción, los británicos solo hicieron uniformarse a otros 145.347 reservistas —exsoldados a los que, por contrato, cabía llamar a filas— y 268.777 hombres de la Fuerza Territorial, dedicados a tiempo parcial. Aunque el proceso experimentó pocos sobresaltos, algunos de los hombres respondieron con reticencia, e incluso truculencia, al verse arrancados de la vida civil. El honorable capitán Lionel Tennyson, de la Brigada de Rifles, nieto del poeta Tennyson y jugador de críquet con Inglaterra, que había pasado el invierno anterior realizando partidos de prueba en Sudáfrica, condenó a quince reservistas que mostraron síntomas de lo que más adelante se denominaría «bolchevismo» a veintiún días de arresto. Esto, según dijo, los «tranquilizó un poco».¹⁴

El ejército de Austria se formó, para la guerra que sus soberanos habían buscado, con la incompetencia propia de la Ruritania. Su punto fuerte eran los exóticos uniformes para desfiles y las espléndidas bandas de música. Parte de la artillería aún tenía los anticuados cañones de bronce de 1899. La clase gobernante de los Habsburgo quizá se entusiasmara con la idea de aplastar Serbia, pero en su

mayoría, como era tradicional, habían rehuido el servicio militar, que dejaban para las gentes más humildes. Se envió al frente a hombres de edad relativamente avanzada, mientras que los más jóvenes y fuertes se quedaban atrás, para proteger puentes y estaciones. En las primeras listas de bajas se veía que, entre los muertos, había padres de familia de cuarenta y dos años, o más.¹⁵ El llamamiento a filas de los médicos causó problemas graves, sobre todo en las zonas rurales de los Alpes, donde las comunicaciones eran deficientes y el ejército había requisado los caballos, carros y carruajes.¹⁶ Conrad eligió expresamente, para el asalto a Serbia, formaciones reclutadas entre las minorías eslavas. Viena se engañaba al creer que una experiencia briosa de aplastamiento de sus hermanos raciales reforzaría la lealtad al imperio de tales súbditos de los Habsburgo.

Había cierta confusión en torno a qué naciones tomarían las armas en qué bando. Un japonés quedó asombrado al recibir un abrazo en una calle de Berlín, tras rumorearse brevemente que su país apoyaría a las potencias centrales. Lo mismo se dijo de Italia,¹⁷ por lo que, cuando unos obreros italianos emigrantes, de regreso a su país, se toparon con tropas imperiales que se dirigían al frente, los austríacos los saludaron con un entusiasta *Hoch Italien!*; los obreros replicaron con la misma simpatía: *Eviva Austria!* Pero el ejército de Italia se hallaba en un estado calamitoso. Durante la mayor parte de la crisis de preguerra, el país había estado sin jefe de Estado Mayor, porque el titular había muerto el 1 de julio y no se nombró sucesor —el conde Luigi Cadorna— hasta el 27. Cadorna prometió que Italia apoyaría a los alemanes, pero el ministro de Exteriores lo desacreditó. Italia solo se interesaba por la guerra para consolidar adquisiciones territoriales: ante todo, partes de Serbia y de las tierras habsburguesas de lengua italiana. Ello produjo un embrollo constitucional. El rey Víctor Manuel quería firmar una orden de movilización, a instancias de Cadorna, para luchar junto con Alemania y Austria; pero el 2 de agosto, el gabinete votó a favor de la neutralidad. Con ello, Italia se salvó, al menos temporalmente, del inminente baño de sangre, pero muchos austríacos y alemanes expresaron su disgusto con lo que entendían era una traición.

Entre tanto, Europa estaba repleta de civiles que viajaban con el intento de volver a sus países nativos. Geoffrey Clarke, exoficial de la Brigada de Rifles, que vivía a las afueras de París, tomó nota de una conversación con un ferroviario al que se encontró en el andén de su estación local.¹⁸ Este francés, que iba a unirse a su regimiento, preguntó dónde se dirigía el inglés, quien reveló que regresaba a su país, para unirse a su ejército. «Ah!», replicó el francés con calidez, «*alors, nous serons ensemble.*» Le tendió la mano y, cuando se la dieron, se despidió: «*Au revoir, à bientôt.*» Medio millón de obreros emigrantes rusos tuvieron que abandonar sus trabajos de verano en Alemania. En Gran Bretaña, miles de empleados alemanes de

los hoteles y restaurantes subieron a los transbordadores con rumbo a la neutral Holanda. En Berlín, cientos de maestros de inglés se vieron en apuros al quedar privados de metálico. Ochenta mil turistas estadounidenses se apresuraron a regresar a su país; algunos, en el vapor *Viking*, que compraron en común. En las estaciones de tren se apiñaban desesperados de muchas nacionalidades. George Galpin, encargado de una zapatería en Londres, tenía un vecino alemán en Wimbledon, que se marchó a su país justo antes de que la contienda estallara. Galpin acompañó al hombre a la estación de Victoria, donde su nuevo enemigo bromeó: «No se inquiete tanto. ¡Yo procuraré que usted y su familia reciban un buen trato cuando entremos en Inglaterra!». ¹⁹

Peter Kollwitz, hijo menor de la pintora prusiano-oriental Käthe Kollwitz, había nacido en una familia dedicada al gran arte y con ideales de izquierda. La guerra lo encontró de vacaciones en Noruega, con tres amigos. Regresaron a su país resueltos a alistarse. En el tren que iba de Bergen a Oslo, los viajeros ingleses y franceses los avergonzaron con su amabilidad. Al llegar por fin a Berlín, «hablaban con emoción de su nueva identidad como guerreros, prendida de sensualidad y el estremecimiento de la batalla imaginada». ²⁰ No sin cierta discusión familiar, el padre de Peter firmó los papeles por los que consentía que su hijo se alistara siendo menor de edad; luego, él y su hermano Hans se marcharon al cuartel y dejaron a sus padres «llorando, llorando, llorando». Peter se marchó hacia el frente, y la tumba, llevando en su mochila el regalo de despedida de su madre: el *Fausto* de Goethe.

Algunos diplomáticos mostraron una despreocupación imprudente al continuar exhibiendo su condición protegida, en el mismo espíritu de las guerras de caballeros del siglo XIX. En París, el enviado bávaro fue visto cenando en el Ritz en la noche del 2 de agosto; el conde Szécsen, embajador austríaco, careció de la sensibilidad precisa para interrumpir sus comidas en el club de moda Cercle de l'Union, para pesar de sus miembros, que terminaron cerrándole las puertas. En Berlín, el embajador francés recibió, con recíproco malhumor, la orden alemana de no seguir enviando a su personal a cenar al hotel Bristol, porque resultaría difícil garantizar su seguridad. Cambon perdió los nervios: «¿Y dónde diablos quiere que coman? Hasta donde yo sé, la clientela del Bristol la forman personas de buena crianza». ²¹ El embajador telefoneó al hotel y pidió que enviaran a la embajada la comida de su plantilla. El administrador replicó que no lo haría sin la autorización del Ministerio de Exteriores. Cambon pasó la tarde del 3 de agosto, y toda la mañana siguiente, en el laborioso proceso de quemar documentos secretos, hasta que él y su personal tomaron un tren hacia Dinamarca, neutral, para proseguir desde allí hacia su país.

En el mar hubo oleadas de emoción. Por ejemplo, cuando el crucero de

combate *Goeben* y su compañero, el crucero ligero *Breslau*, cruzaron el Mediterráneo hacia el este, a la huida, frente a una torpeza colosal de la Marina Real británica, que enfureció a Winston Churchill. El periódico alemán *Lokal-Anzeiger* informó en tono de triunfo sobre cómo el *Goeben* zarpó de Mesina el 2 de agosto: «El humo de la chimenea se espesa; entre el silencio resuena el ruido de halar las cadenas de las anclas. Una multitud de miles de personas acude en tropel al puerto; entonces retumban claramente desde el *Goeben* las notas de *Heil dir im Siegerkranz*. Con la cabeza inclinada, los oficiales y la tripulación forman en los costados. Tres vítores vehementes en honor del caudillo supremo llegan hasta la costa, donde la muchedumbre continúa en silencio, impresionada por la alegre calma y confianza con la que los marinos alemanes se dirigen a la batalla. Más tarde llegan noticias [falsas] conforme se ha avistado el hundimiento de un barco británico. Una cosa está clara: ¡han pasado!».

Y en efecto, habían pasado, para disgusto del Almirantazgo en Londres, después de que la Marina Real fracasara lamentablemente en la persecución. Se permitió a los dos barcos pasar por los Dardanelos. Una vez en el Bósforo, los Jóvenes Turcos en el poder convencieron a Berlín de que los presentara, con todos sus hombres, ante la marina turca, en un *coup de théâtre* espectacular. El desafío exitoso del *Goeben* a la armada británica quizá influyera de forma clara en la decisión turca de incorporarse a las potencias centrales; pero fue más importante aún la amargura engendrada por décadas de desaires británicos hacia el Imperio Otomano, como la confiscación de Creta y Chipre. Además, los turcos odiaban y temían a los rusos.

Entre las manifestaciones más graves de la guerra estuvo el hundimiento del crédito, lo que creó una crisis enorme e inmediata en la City de Londres, capital financiera del mundo. Durante días, se corrió un riesgo cierto de derrumbe del sistema monetario global. Lo impidió tan solo la decisión del canciller, el 13 de agosto, conforme el Tesoro asumiría la presión: el Banco de Inglaterra compró letras de cambio pendientes por valor de 350 millones de libras. La suma era escalofriante, pero la intervención salvó el sistema financiero.

II. Pasiones

Algunas personas respondieron con serenidad a las nuevas circunstancias del conflicto europeo. En Schneidemühl (Prusia), Elfriede Kühr, de doce años, preguntaba a su abuela si Alemania vencería. La mujer aseguró con orgullo: «En toda mi vida, nunca hemos perdido una guerra; así que esta tampoco la perderemos».²² La nieta quedó desconcertada porque aquel acontecimiento, supuestamente trascendental, apenas afectaba de forma inmediata su vida cotidiana: «Tomamos panecillos blancos y carne de calidad, y salimos a pasear como si nada hubiera sucedido».²³ Es tan solo un mito que, en su mayoría, los beligerantes esperaban que la guerra fuera corta. Hubo personas ignorantes, e incluso algunas mejor informadas, que participaron de tal engaño en parte porque los economistas, con su habitual falta de juicio, les aseguraron que Europa no tardaría en quedarse sin dinero. Pero muchos soldados reflexivos de todas las naciones reconocieron que un conflicto europeo general podía durar mucho tiempo.

En París, aún se podía ver *Fausto* en la ópera, y la prensa encontraba espacio para informar de la muerte de un niño atropellado por una furgoneta de reparto de la leche; una conferencia futurista continuaba debatiendo sobre las ventajas de excavar un túnel bajo el Canal. Pero el 2 de agosto, la capital francesa declaró el estado de sitio mientras durase la guerra: el municipio cedió a los militares toda la responsabilidad sobre el orden público, con poderes de entrada draconianos y restricciones a la asamblea y el entretenimiento. Tres días después se aprobó una ley para «reprimir las indiscreciones de la prensa en tiempos de guerra», que prohibía publicar toda información militar que no hubiera sido autorizada por el gobierno o el alto mando. Se vetó que los periodistas entraran en las zonas de combate. En los meses posteriores, Joffre, como comandante en jefe del ejército de tierra, ejerció poderes casi iguales a los de una dictadura nacional, lo que provocó la envidia de su homólogo alemán, Moltke, coartado por el káiser. En las puertas de los negocios de París abundaban los signos en los que se afirmaba, con una mezcla de pesar y orgullo: «*Maison fermé à cause du départ du patron et des employés sous le drapeau français*». Los cafés y bares cerraban ahora a las 8 de la tarde; los restaurantes, a las 9.30. La caballería instaló un campamento en los bulevares y ataba las monturas a los castaños. A las 10 de la noche, la ciudad más vibrante de Europa estaba casi muda.

El 5 de agosto, el Parlamento alemán acordó aportar un préstamo de guerra de 5.000 millones de marcos, con el apoyo socialdemócrata, aunque la mayoría de sus miembros se oponía al conflicto. La guerra se había convertido en un hecho consumado y, por ende, el patriotismo se imponía a las convicciones anteriores, como ocurría también en Gran Bretaña y Francia. Los socialistas, heridos por la pulla conservadora según la cual no eran sino *Vaterländslose Gesellen* («gente sin patria»), se sintieron obligados a formar bajo la bandera. Además, el miedo y la aversión a Rusia eran tan apasionados en la izquierda como en la derecha. La mayoría de los alemanes creía, sinceramente, que su país estaba rodeado de enemigos. El *Münchener Neueste Nachrichten* reflexionaba con amargura, el 7 de agosto, sobre la renovación de una hostilidad extranjera demasiado conocida, un «odio a la alemanidad, que en esta ocasión procede del este». En el oficioso *Kölnische Zeitung* se leía: «Ahora que Inglaterra ha mostrado sus cartas, todo el mundo puede ver a qué se está jugando: es la conspiración más potente de la historia del mundo».

El *Neue Preußische Zeitung* fue el primero en emplear la palabra *Burgfrieden* para describir la nueva tregua política de Alemania. Derivaba de una costumbre medieval, que prohibía las luchas personales en el interior de las murallas de un castillo en combate. Ahora, la *Burgfrieden* volvió a ser moneda común. En Francia, con el mismo espíritu, el primer ministro acuñó el 4 de agosto un concepto que pasó a la lengua común, *l'union sacrée*: «*Dans la guerre qui s'engage, la France ... sera héroïquement défendue par tous ses fils, dont rien ne brisera devant l'ennemi l'union sacrée*» («En la guerra que se avecina, Francia será heroicamente defendida por todos sus hijos, cuya unión sagrada ante el enemigo será indisoluble»). En la prensa había mucha belicosidad. El clerical *Croix d'Isère* afirmó que la contienda era *la guerre purificatrice*, y Francia debía superar esa purificación como castigo a los pecados cometidos durante la Tercera República. Según escribió otro contemporáneo: «Esa era la idea que estaba en todas partes: que la guerra limpiaría el aire y haría que, una vez acabada, las cosas que nos rodeaban fueran más agradables». El periódico socialista *Le Droit du Peuple* adoptó como lema: «la guerra por la paz».

En Gran Bretaña la reconciliación también se convirtió en un tema predominante. El 11 de agosto, el gobierno recibió con alivio la excusa para perdonar todas las condenas de cárcel de las sufragistas. Entre la famosa familia Pankhurst, Sylvia siguió pidiendo la paz, pero su hermana Christabel y su madre Emmeline denunciaron «el peligro alemán». La ejecutiva del Congreso de Sindicatos Británicos aseveró que identificaba la guerra con «la preservación y el mantenimiento de un gobierno democrático libre y sin restricciones». No fueron pocos los que creyeron —al igual que hacen hoy algunos historiadores modernos

— que las hostilidades con Alemania evitaron una colisión violenta entre los obreros, los patronos y el gobierno británicos.

John Redmond, líder de los partidarios de la autonomía irlandesa (*Home Rule*), hizo un gesto conciliador de suprema inteligencia al declarar en la Cámara de los Comunes: «En Irlanda hay dos grandes cuerpos de voluntarios. Uno de ellos ha surgido en el sur. Digo al gobierno que mañana mismo pueden retirar de Irlanda todas sus tropas. Digo que los hijos de Irlanda defenderán sus costas frente a una invasión extranjera; y, para este fin, los católicos nacionalistas del sur que han tomado las armas se alegrarán de sumarse a la batalla junto con los protestantes armados del Ulster, en el norte». Cuando Redmond se sentó, el aplauso fue ensordecedor; pero con estas palabras perdió su condición de portaestandarte del nacionalismo irlandés y destruyó su carrera política.

El ejecutivo del *Daily Mail* Tom Clarke escribió en su diario el 5 de agosto: «El simulacro de guerra del Ulster ya se ha olvidado. La gente habla de ello con susurros avergonzados. La historia de los días más recientes es una pesadilla ... Ahora que nos hemos echado de cabeza, uno ya se siente mejor ... [El pueblo británico] es consciente de que nos esperan tiempos duros. Tienen confianza, pero sin chulería. Hoy todo el mundo está pensando en el mar del Norte. La batalla decisiva se podría librar allí, incluso esta misma noche».²⁴ Un editorial de *The Times* se expresaba con más romanticismo escolar que rigor intelectual: «[El pueblo de Gran Bretaña] siente y sabe que se los ha llamado a desenvainar [la espada] en la vieja causa; que, una vez más, con las palabras que el rey Guillermo inscribió en su estandarte, ellos “mantendrán las libertades de Europa”. Es la causa por la que luchó Wellington en la Península y Nelson en Trafalgar; la causa de los débiles contra los fuertes, de los pueblos pequeños contra sus vecinos apabullantes, de la ley contra la fuerza bruta».²⁵

La guerra dio lugar a muchos actos de generosidad personal. Algunos fueron útiles, y otros no; en la mayoría pudo haber abusos. Un grande de Francia, que donó su querido automóvil al servicio de la nación, se enfureció al verlo en la *rue* de Rivoli unos días después, ocupado por la amante del ministro de Guerra. Alois Fürst zu Löwenstein-Wertheim-Rosenberg era un rico aristócrata alemán con escaso interés en los asuntos militares, que anteriormente había rehuido el servicio. Pero ahora, como muchos de su clase, ofreció un espléndido automóvil al ejército de Baviera, junto con sus propios servicios como conductor, para así aportar «una pequeña parte al sacrificio personal». También convirtió su castillo de Kleinheubach en un hospital, que se consideró adecuado para diez oficiales y veinte soldados de la tropa, y costeó todos los gastos. Se le concedió el grado de teniente y, tras quince días de demora, mientras su sastre, agobiado por el trabajo, completaba los uniformes, partió hacia el frente.

Los ricos a los que no se había llamado a exponerse a las balas y proyectiles ofrecieron a cambio dinero para el bien común. El nombre del rey Jorge V encabezaba una lista de donantes al Fondo de Socorro Nacional de Gran Bretaña, con una aportación de 5.000 libras esterlinas, a las que la reina añadió 1.000 guineas. Sir Ernest Cassell y lord Northcliffe dieron 5.000 libras cada uno, lord Derby, otras 2.000, y personas de menor fortuna, cantidades menores; pero nadie pudo decidir de inmediato a qué fin cabía aplicar dignamente aquel dinero. Se estableció un Fondo de Socorro de Serbia que, en septiembre, había recaudado 100.000 libras. El duque de Sutherland comenzó un proyecto por el que la aristocracia permitía que sus vastas residencias de campo se usaran como hospitales, pero hubo que descartar muchas de las 250 residencias ofrecidas por la inadecuación de su alcantarillado. El duque fue entonces más allá y anunció que también podía entregar un hospital de convalecencia en Londres, con una plantilla al completo, listo para recibir pacientes. Un oficial del Almirantazgo acudió a investigar, no sin escepticismo, y quedó asombrado al constatar que en efecto el duque tenía una instalación de apoyo médico en Victoria Street: se había fundado en nombre de los Voluntarios del Ulster, en previsión de una guerra civil irlandesa.

Millones de alemanes empezaron a aportar *Liebesgaben*, donaciones de caridad que incluían alimentos, bebida, tabaco y ropa para los soldados; pero a veces, se entendía que había excesos en el entusiasmo por ayudar a los soldados. El *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*²⁶ aconsejó a las mujeres acaudaladas que no invitaran a su hogar a los hijos de los pobres, porque si se acostumbraban a un nivel de vida tan superior al propio, era probable que los más humildes cayeran en la insatisfacción. Algunas empresas comerciales abrazaron nuevas oportunidades. La compañía textil Courtaulds anunciaba un crespón negro impermeable que permitía llevar «duelo a la moda». Burberry empezó a comercializar «equipos de servicio activo»: «Todo oficial querrá su impermeable Burberry». Los sastres de Thresher y Glenny ganaron mucho dinero con los uniformes, y en Ross se vivió una explosión en las ventas de prismáticos. Un fabricante de coches rápidos de dos asientos los vendía como idóneos «para oficiales y otros». En París, las tiendas de géneros de punto empezaron a ofrecer prendas tan poco veraniegas como medias y ropa interior gruesa, adecuada para la campaña.²⁷ En Londres hubo quejas porque la armería de Webley y Scott cobraba ahora 10 libras por un revólver que en julio habían vendido por tan solo cinco guineas.

Estos casos de «especulación» provocaron la ira pública. El acaparamiento de comida hizo que algunas tiendas alemanas bajaran la persiana, y casi todas subieron los precios. En Múnich, el precio de las patatas se multiplicó por dos; la sal, por tres; la harina subió un 45 %. En Hamburgo, un grupo de mujeres asaltó el establecimiento de un supuesto especulador y fustigó a su propietario con sus

propias salchichas. El *Deutsche Volkszeitung* informó de un altercado por causa de unas patatas, entre unos clientes y una verdulera que pedía doce peniques por kilo, en lugar de los seis o siete de costumbre. La vendedora exclamó con tono de desafío: «Bueno, pues si no os gusta el precio, ¡ya le venderé mis patatas a los rusos!». Hubo ciudadanos que respondieron con furia y la policía tuvo que intervenir para rescatar a la verdulera.

Entre tanto, las revistas llenaban sus páginas con fotografías y dibujos de soldados y equipos militares. Los periódicos traían noticias de guerra, principalmente falsas, y excluían casi todo lo demás. En las clases de matemáticas se enseñaba a los niños a sumar y restar soldados y barcos. Se escribieron incontables poemas bélicos, casi siempre espantosos por igual: «Úsame, oh, Inglaterra, / en tu hora de necesidad», escribió Elizabeth, hija del poeta laureado Robert Bridges. «Da, pues, Inglaterra, / si mi vida has menester / un don aún más bello / que es la muerte no temer». En Londres, el museo de cera de Madame Tussaud trasladó la estatua del káiser de la Galería Real a la Cámara de los Horrores. El famoso sentido del humor británico padeció la guerra desde el primer minuto: Bernard Shaw se vio en problemas tras componer un artículo en el que instaba a ambos bandos a fusilar a sus oficiales y regresar a casa.²⁸ Bibliotecas y librerías retiraron de sus estantes las obras de Shaw, mientras el archipámpano de las letras J. C. Squire pedía que lo untaran de alquitrán y emplumaran. Shaw no se corrigió, y se mofó diciendo que, si en verdad los aliados querían aplastar Alemania, el método racional pasaba por matar a todas sus mujeres.²⁹

El 2 de agosto, una compañía del regimiento de los Sherwood Foresters entró en las atarazanas de Armstrong en el río Tyne y se desplegó en torno de un acorazado casi acabado. Estaba destinado a ser el orgullo de la flota de Turquía y quinientos marineros del sultán aguardaban ansiosamente a bordo de un viejo buque de pasajeros, río abajo. Pero Winston Churchill decretó al respecto que la Marina Real tenía precedencia; y, a las pocas semanas, el *Reshadieh*, rebautizado como *Erin*, se unió a la Gran Flota en Scapa Flow; un segundo acorazado, el *Sultán Osmán I*, se convirtió en el *Agincourt*. Aunque Gran Bretaña ofreció a los turcos 1.000 libras al día por el uso de los barcos, más la devolución de los mismos, o de todo su valor, al concluir las hostilidades, la opinión turca se sintió indignada por la pérdida de dos barcos que se habían financiado en parte por suscripción pública. Este sentimiento de ultraje contribuyó poderosamente a que Constantinopla decidiera, a los pocos días, dar la bienvenida a los *Goeben* y *Breslau*. A todas luces, la neutralidad turca era precaria.

Europa batallaba por ajustarse a las nuevas lealtades y animadversiones. En Viena, Francisco José intentó exhibir la solidaridad del sindicato monárquico al rechazar una propuesta de su Ministerio de Guerra, que pedía que el 27.º regimiento de infantería renunciara a su título «del rey de los belgas»; el 12.º de húsares de Austria siguió siendo conocido como «del rey Eduardo VII». Pero la familia real británica se apresuró a privar a sus parientes alemanes de los honores de Gran Bretaña: el káiser envió al palacio de Buckingham sus uniformes como almirante de la flota y mariscal de campo. El Jardín del Rey de Wurtemberg, en Niza, pasó a llamarse plaza de Alsacia-Lorena. El Gran Café de Berlín se convirtió en el café Unidad; en sus paredes mostraba un mapa de guerra constantemente actualizado y los clientes podían escuchar la lectura en voz alta de los últimos partes del frente. Muchos restaurantes alemanes eliminaron de sus cartas las palabras y los sintagmas franceses e ingleses, lo que confundió a los comensales, que no podían comprender qué estaban pidiendo cuando los platos se describían en su propia lengua.³⁰ Entre tanto, en Francia, la cerveza de tipo Pilsner se etiquetó como «Bière de la Meuse».

La fiebre del espionaje se apoderó de Europa. En Münster, una ciudad notablemente católica, los civiles detuvieron a varias monjas a las que acusaban de ser espías rusas; la policía arrestó en cuatro ocasiones al jefe de los jardineros de la ciudad, porque le gustaba vestir un traje que parecía ser de corte inglés.³¹ La prensa británica informó desde Bruselas: «Se ha detenido aquí a cinco espías alemanes disfrazados de sacerdotes». Se decía que unos agentes rusos habían bombardeado puentes alemanes y envenenado reservas de agua, lo que obligó a la policía múniquesa a patrullar por las calles para tranquilizar a la gente con respecto a la calidad del agua del grifo. En Belgrado, se detuvo a varios hombres acusados de realizar señales luminosas desde el hotel Moskva a unos artilleros austríacos destacados en Zemun.³²

El hotel Astoria de París cerró entre acusaciones de que su administrador, alemán, había instalado en el techo aparatos para interceptar comunicaciones de radio francesas; el embajador británico oyó el rumor de que se había fusilado sumariamente a aquel hombre, y, aunque no le dio crédito, escribió con aire resignado que esperaba que «habría buen número de *tueries*».³³ En *The Times* se publicó una carta que alertaba a los lectores del riesgo que, para la seguridad nacional, suponía que hubiera en Gran Bretaña destacados residentes de origen teutónico: «Durante el último cuarto de siglo, varios extranjeros muy bien situados, algunos naturalizados y otros no, que se sabe mantienen una estrecha comunicación con círculos financieros y alemanes, han comprado el acceso a la sociedad británica». El autor de la carta instaba a espiar las conversaciones telefónicas y vigilar de cerca a aquellos «simpatizantes muy bien situados», y terminaba con una

advertencia ominosa: «No quiero ser alarmista, pero sé de qué hablo». Esta desagradable misiva estaba firmada solo con la inicial S.³⁴

En Berlín, la famosa actriz de origen danés Asta Nielsen bajaba caminando por el bulevar Unter den Linden cuando, de manera súbita e incomprensible, la denunciaron: «Me arrancaron el sombrero para que se me viera el pelo negro. “¡Una rusa!”, oí que alguien gritaba detrás de mí, y una mano me agarró del pelo. Chillé, presa del dolor y el miedo. Ante mí se presentó un hombre que me reconoció, y chilló mi nombre a los excitados que estaban detrás de mí; me soltaron y empezaron a maldecirse unos a otros. Uno de ellos empezó a agitar los brazos como si se hubiera vuelto loco y alcanzó a uno de los otros en la cara. Lo hizo sangrar. “No te puedes quedar aquí”, dijo mi salvador. “Esta gente ha perdido del todo la cabeza. Ya no saben qué están haciendo”».³⁵

En todas partes, la sed de información era insaciable. Los periódicos se arrancaban de las manos de los vendedores, en cuanto llegaba una nueva edición, y los clientes de los cafés se dirigían a perfectos extraños. Los rumores no tenían freno. En San Petersburgo se dijo que el emperador Francisco José había muerto. En Mostar, unos soldados austríacos oyeron que en Francia había estallado la revolución y se había asesinado al presidente de la República.³⁶ En las terrazas de Niza había sabihondos que auguraban que el hambre obligaría a Alemania a abandonar la guerra al cabo de unas pocas semanas. Un residente local escribió el 5 de agosto: «No hay noticias genuinas de la guerra; sean de tierra o de mar, todo lo que aparece en la prensa es una invención». En Alemania, aquella semana, el *Hannoverscher Courier* publicó una denuncia injuriosa: «¡Animales! ... En el día de ayer, un cirujano francés y dos oficiales franceses de incógnito han intentado envenenar las fuentes con bacilos del cólera. Se les ha formado consejo de guerra y se los ha fusilado».³⁷ También se suponía que había hordas de belgas asesinando a civiles alemanes: los soldados de Moltke aseguraron haber capturado a un belga con los bolsillos repletos de dedos de alemanes a los que pretendía robar los anillos.

Los rusos se amontonaban en las estaciones de tren, donde era más probable recibir primero las noticias: los periódicos de Moscú tardaban varios días en llegar a las áreas remotas y, cuando lo hacían, incluían poca información sustanciosa. Los habitantes de las zonas rurales salían a las carreteras para preguntar a los viajeros cuanto pudieran saber. «Uno quedó encantado de encontrar a un simple cosaco», escribió Sergei Kondurashkin en el Cáucaso, «y escuchó con ansiedad sus palabras ingenuas, esperando pacientemente a que las piedras de moler de su memoria se pusieran poco a poco en movimiento.»³⁸ Cuando, con retraso, llegaban los periódicos de dos días, la familia Kondurashkin y los amigos se apiñaban en la

galería de su dacha de vacaciones, hasta sumar veinte personas, entre los ocho y los sesenta años, incluidos niños, estudiantes, funcionarios, maestros y médicos. Se eligió a uno como el lector más claro y se le invitó a leer los artículos en voz alta para el grupo, en un momento muy chejoviano. Él enfilaba entonces la funesta retahíla de noticias: declaraciones de guerra, incursiones de Alemania en Polonia y de Rusia en la Prusia oriental, la llegada a Varsovia de los primeros prisioneros de guerra.

Hubo conjeturas intensas, casi siempre escasamente fundamentadas, sobre cómo sería el conflicto. Los expertos alemanes ofrecían predicciones particularmente optimistas. Así, un autor del *Braunschweigische Anzeigen* aseguraba que las tácticas y el armamento modernos reducirían las bajas: «Sin duda, algunos choques quizá sean aún ciertamente graves, pero está claro que las pérdidas generales serán inferiores. Las vastas multitudes que ahora se movilizan no se enfrentarán a experiencias tan violentas como mucha gente imagina. La batalla no será ninguna masacre» (*Die Schlacht wird kein Schlachten*).³⁹ En Gran Bretaña había mucho temor a la amenaza de una supuesta invasión alemana, lo que movió a muchos civiles a incorporarse a clubes de tiro locales. La gente quedaba admirada ante la vista de los cañones antiaéreos que se estaban montando en el Arco del Almirantazgo y los puentes de Londres; la marina instó al Ministerio de Guerra a desplegar algunos aviones en Hyde Park.

Estos miedos tuvieron su reflejo al otro lado del mar del Norte. Anna Treplin, que vivía en el puerto alemán de Cuxhaven, se sintió alarmada por la perspectiva de que los buques de guerra británicos bombardearan el puerto y, con este, la residencia costera que ocupaban ella y sus tres hijos. Al igual que, en la preguerra, los lectores británicos se habían emocionado con la electrizante novela de Erskine Childers sobre la amenaza alemana, *El enigma de las arenas*, muchos alemanes leyeron el bombazo paralelo, titulado *1906*. Esta obra de 1905, de un autor que firmaba con el seudónimo *Seestern* [«Estrella de mar»] —en realidad, un periodista llamado Ferdinand Grauthoff— preveía que las fuerzas marítimas anglo-francesas asaltarían Cuxhaven y se produciría un duelo de artillería entre los barcos de guerra aliados y las fortalezas costeras.⁴⁰ Frau Treplin levantó el campamento y se fue a Hamburgo con los niños y los nervios.

La leyenda de que Europa recibió el conflicto con los brazos abiertos está hoy muy matizada, si no desacreditada. Las comunidades rurales de todas las naciones quedaron conmocionadas y profundamente consternadas; la mayoría de los que lanzaban vítores en las calles eran los jóvenes urbanos, aún sin responsabilidades. La gente reflexiva estaba horrorizada. Michel Corday, un destacado funcionario francés, escribió: «Todas las ideas y los hechos causados por el estallido de la guerra llegaron como un golpe amargo y mortal contra la gran convicción que

albergaba yo en mi corazón: el concepto del progreso permanente, de estar avanzando hacia una felicidad cada vez mayor. Nunca pensé que pudiera ocurrir algo como esto».

Pero algunos románticos y nacionalistas sí la acogieron con entusiasmo, como la austríaca Itha J., quien describió con lirismo «la magnificencia de nuestra época ... el soberbio espectáculo de un mundo que arde en llamas».⁴¹ Incluso mientras gimoteaba en la estación el 2 de agosto, despidiendo a su esposo, un teniente, hablaba extasiada sobre «esta maravillosa [generación] de jóvenes que parte a la batalla y la muerte con risas y alegrías. Nadie tiembla, nadie gime, ¿acaso un ejército así no está destinado a obtener la victoria?». Alemania experimentó la euforia más vistosa, por influencia del recuerdo del glorioso triunfo contra Francia en 1870. Su Cruz Roja tuvo que instar a la gente a dar menos chocolate a los soldados, porque los estaban haciendo enfermar. El 2 de agosto, un periodista escribió en el *Tägliche Rundschau*: «Lo que ha vivido Alemania en los días recientes ha sido una propia renovación milagrosa, en la que se ha liberado de todo lo secundario y extraño; ha supuesto un reconocimiento sumamente poderoso de nuestro propio yo».

En la sesión del Reichstag del 4 de agosto, Bethmann Hollweg aseveró que aquella fecha perviviría para siempre entre las más excelsas de Alemania. Falkenhayn le dijo al canciller: «Incluso si cayéramos por esto, ha sido hermoso», y muchos compatriotas asintieron. El 14 de agosto, Riezler, secretario de August Bethmann, exultaba así: «Guerra, guerra, el pueblo se ha puesto en pie: es como si antes no hubiera habido nada ahí y ahora, de pronto, es algo potente y en movimiento ... en la superficie, la mayor confusión, y sin embargo, el orden más significativo; ya son millones los que han cruzado el Rin».⁴² Una joven, Gertrud Baumer, escribió —con la sentimentalidad empalagosa que caracterizaba el momento en Alemania— que la guerra incrementaba las reservas de amor en el mundo «pues enseñaba a amar al prójimo más que a uno mismo».⁴³

En Gran Bretaña, por el contrario, mientras en el Almirantazgo Norman Macleod reconocía una «sensación de confianza en la marina y el ejército de tierra, y la resolución de emprender este gran asunto lo mejor posible, ciertamente no hay ardor marcial. Por descontado, los hombres se están alistando y presentando voluntarios con la suficiente rapidez, y todo el mundo se ha convertido en un experto naval y militar; pero se nota la ausencia del gozo por el combate —la gloria de la batalla— que era tan perceptible al empezar la guerra de los bóers y poco antes; se deja de lado casi por completo el ánimo a lo Kipling y no se pierden de vista, ni por un momento, los horrores de la guerra».⁴⁴ En *The Economist* se hacía hincapié en la grave importancia de los acontecimientos en curso y sus

consecuencias para la civilización: «Desde la última semana, millones de hombres han sido retirados de los campos y las fábricas para matarse unos a otros por orden de los caudillos de Europa. Es quizá la mayor tragedia de la historia humana ... En la opinión de muchos jueces inteligentes, la consecuencia segura será una sublevación social, una revolución tremenda. Quizá sea esta la última ocasión en la que las clases trabajadoras del continente permitirán que se las haga marchar hacia la destrucción al dictado de la diplomacia y por orden de sus caudillos».⁴⁵ La revista expresaba sus dudas sobre cómo responderían a la llegada de la guerra la clase trabajadora de Gran Bretaña, ya descontenta, y los súbditos irlandeses distanciados. «Se ha constatado con claridad», decía uno de sus corresponsales, «que en el norte de Inglaterra aún se da un alto grado de apatía.»

Y en efecto, era así. Decenas de miles de voluntarios corrieron a ofrecerse para el ejército, pero muchos más reclutas potenciales decidieron quedarse en casa. Cierta señor Doyle de la Casa Manor de Birtley, en el condado noringlés de Durham, escribió al *Yorkshire Post*: «Debería empezarse verdaderamente en serio con la importante obra de instruir al público al respecto de la relevancia de la guerra. Hace unos pocos días, al pasar por una de las aldeas mayores, me paré a ver a una docena o así de jóvenes que, habiendo recluta en un campo inmediato, se habían sumado a la bandera. Eran seis veces más numerosos los que estaban mirándose pasivamente, apoyados en una cerca. Le pregunté a uno de ellos —un joven atlético y fornido— por qué era espectador y no participante. Me miró a los ojos y dijo: “Porque no vale la pena; no serviríamos de nada durante seis meses, y para entonces, ya no habrá enemigo; Alemania habrá desaparecido del mapa”. Otro joven opinaba: “Esta guerra extranjera no es asunto nuestro. Deberíamos dejar que lo resolvieran Austria y Serbia. Alemania no ha querido entrar hasta que le ha obligado Rusia, y nosotros deberíamos habernos mantenido al margen. Como sea, estamos bien; la flota nos mantendrá a salvo”».

Pero otros se sentían con ganas de vestir el caqui. El escritor A. P. Herbert, que era un iconoclasta nato, escribió sin embargo mucho después en contra del musical satírico *Oh, What a Lovely War!*, que sugería que él y los de su generación se vieron «embaucados para alistarse por damiselas que cantaban canciones patrióticas o la intimidación de pósteres imperiosos».⁴⁶ Herbert afirmaba seguir pensando que Gran Bretaña había ido a la guerra por una causa justa y no se arrepentía de su propio compromiso de batallar por ella. La opinión de los intelectuales británicos, en su mayoría, era coincidente. Thomas Hardy creía que «por una vez, Inglaterra era inocente ... la guerra había empezado porque los alemanes querían luchar».⁴⁷ Sir Walter Raleigh, profesor de historia en Oxford, le confió a un amigo: «A menudo he sabido que esto iba a pasar, cuando he oído a los alemanes hablar sobre su destino y sus planes para realizarlo. Me alegra haber vivido para verlo y me

enferma no poder participar».⁴⁸ Muchos hombres idealizaron la perspectiva del servicio militar, como hizo C. E. Montague en su novela autobiográfica *Rough Justice*: «Tener siempre solo algo fácil, y no duro, que hacer; ser libre para entregarse ... a días enteros de basta salud, para dejarse ir, con voluntad, al paso de la marcha, los bailes regulados de la instrucción ... mientras los clarines entonan llamadas festivas o graves que te dirigen a través de los días fáciles y ocupados». Un amigo dijo de Montague que era «el único hombre cuyo pelo se había tornado negro de la noche a la mañana por medio del valor». A la edad de cuarenta y siete años, aunque en principio se oponía a la guerra, se tiñó el pelo cano de negro para poder unirse a la Guardia de Granaderos.

En Gran Bretaña, pocas familias abrazaron el advenimiento de la guerra con tanto entusiasmo belicoso como la de Robert Emmet. Era un estadounidense rico de la costa este del país, de cuarenta y tres años, que desde 1900 vivía y cazaba el zorro en Warwickshire. A sus reuniones festivas de varios días de duración, en Moreton Paddox, asistían sobre todo oficiales de la reserva y caballería, «que acogieron con una angustia feroz» la posibilidad de que el gobierno rehuyera una declaración de guerra «que parecía la respuesta natural, e incluso inevitable, a la gratuita invasión alemana de Bélgica».⁴⁹ El teléfono no dejaba de funcionar para preguntar por las últimas noticias a los porteros de los clubes masculinos de Londres. El martes siguiente, Emmet, que había servido como teniente de la Guardia Nacional de Nueva York en la guerra hispanoestadounidense, se llevó a toda la familia a Londres. Tras instalarse en su cuartel habitual del hotel Claridge, se dirigió a su esposa y tres hijos adolescentes. Les dijo que él solo veía dos posibilidades: desaparecer y volver, sin hacer ruido, a la seguridad de los Estados Unidos neutrales, o quedarse y luchar. Dejó clara su propia preferencia e invitó a votar a la asamblea. Los tres hijos no vacilaron en quedarse; «su madre, a su vez, tuvo el coraje de votar igualmente que sí, y mi voto final hizo unánime la decisión. Mi ánimo quedó libre de un gran peso».

En la misma semana del estallido de la guerra, el comandante Emmet regresó a Warwickshire e izó en la hierba la bandera de las barras y estrellas. Pretendía transmitir un gesto de solidaridad con Gran Bretaña, pero los vecinos, por desgracia, se lo tomaron a mal. El cuñado lo telefoneó para decirle que, si no arriaba la bandera, cabía la posibilidad de que le incendiaran la casa; la gente suponía que pretendía proclamar su propia neutralidad y proteger sus propiedades en el caso de una invasión alemana. Emmet se sintió indignado y mantuvo el desafío durante tres días, antes de arriar prudentemente los colores. Al poco tiempo, cedió Moreton Paddox como hospital, lo que fue durante toda la guerra, mientras él se dedicaba a instruir reclutas de la caballería y sus propios hijos se alistaban.

Por toda Europa, las familias ajustaron la economía doméstica a la perspectiva

de una nueva austeridad. La urgencia con la que se despidió al personal auxiliar causó muchas penurias.⁵⁰ Muchas sirvientas alemanas perdieron su puesto y pronto se hallaron apiñándose en las ollas comunes de la ciudad. Violet Asquith se quejó a Venetia Stanley de la conducta grosera de lord Elcho, en cuya casa ella y su padre habían pasado una semana. Este par «planteó un ultimátum abrupto a todos sus empleados, sirvientes, etc.: o se unían al ejército o los despedía; y luego se ha marchado a Londres dejando a la pobre *lady* Elcho —que tiene “muchos años de servicio como amante de Arthur Balfour”— lidiando con la situación que él ha creado sin consultarla de ningún modo. Es demasiado cruel, porque aquí la gente apenas sabe nada de la guerra».⁵¹

La escasez de materias primas obligó a muchas fábricas a reducir o detener la producción, de modo que, en Alemania, el desempleo ascendió del 2,7 % de julio a un 22,7 % en agosto. Los comerciales que trabajaban a comisión vieron desvanecerse sus ingresos. Un pastor del barrio obrero de Moabit, en Berlín, comentó que el entusiasmo por la guerra era un lujo que solo podían permitirse los intelectuales. Según el *Rheinische Zeitung*, «en los barrios de nuestra clase trabajadora, a última hora del día, impera un ánimo tenso. No hay ruidos, no hay canciones. Se oyen gemidos y se ve a los hombres con el gesto grave ... no hay lemas patrióticos estridentes, no hay hurras, sino trabajo y sacrificio». Un periodista que visitaba Hoxton, en el East End londinense, «que siempre ha sido un bastión de la penuria», halló que su gente estaba «amenazada por una angustia genuinamente desastrosa, con la conmoción de la guerra».⁵² La miseria era especialmente dura en Lancashire, donde en uno de cada cinco telares de algodón se interrumpió el trabajo, y en uno de cada siete, quedó reducido a una dedicación parcial. Había más de 100.000 trabajadores del algodón en paro; de golpe, medio Burnley estaba desempleado, y un tercio de Preston.

El historiador judío Gustav Mayer encontró a su padre, el 12 de agosto, lamentando la ruina del negocio en su pañería del Zehlendorf berlinés.⁵³ En Friburgo unos 10.000 hombres, buena parte de la mano de obra de la ciudad, se unieron al ejército, por lo que una empresa tuvo que renunciar a 154 de sus 231 obreros; la fábrica de muebles de Ditley perdió a 45 hombres, un tercio de sus empleados; y un editor local se quedó sin un centenar, en su mayoría, impresores. El sector de la construcción se vino abajo casi de la noche a la mañana. Los productores textiles y de cuero sufrieron mucho por la carestía de materia prima.

Resulta difícil exagerar el impacto económico y social de la movilización masiva de caballos, que creó dificultades no solo a la agricultura, sino a todas las formas de transporte. Aunque el mundo no tardaría en motorizarse, en 1914 el medio habitual de transporte de los bienes y las personas, allí donde no alcanzaban

los trenes, eran aún los caballos y los bueyes. En las zonas rurales próximas a Halle, en Alemania, un pastor aseguró que los granjeros estaban más preocupados por la requisita de sus animales y carros que por la recluta de sus jornaleros.⁵⁴ En Inglaterra también hubo una requisita implacable de caballos, aunque con unas compensaciones generosas: 40 libras por un caballo de la tropa y 60 por un corcel de oficial, lo que permitió a varios propietarios reciclar caballos de caza sin especial valor. El teniente Guy Harcourt-Vernon, de la Guardia de Granaderos, escribió a casa exhibiendo una mezcla de optimismo, confusión y oportunismo: «Esta guerra debería terminar en cuanto los rusos marchen sobre Berlín, digamos de 4 a 6 meses, pero confío en que no discutirán por los despojos, como en la guerra balcánica. Me pregunto si, después de todo, nos enviarán a nosotros. ¿Están requisando caballos? De ser así, deja que se lleven a *Child*, pero exígeles 60 libras, si las van a dar. Probablemente, es más de lo que podría rentarme de cualquier otro modo».⁵⁵ En la Torre de Londres había largas filas de los caballos comprados, atados en el foso.

En los campos cosecheros de la vasta hacienda de Sledmere, en Yorkshire, el 5 de agosto, se entregaron los documentos de movilización a los carreteros. Tras haber servido en Sudáfrica, sir Mark Sykes, parlamentario y grande del lugar, se había persuadido de que una futura guerra revelaría una escasez de medios de transporte del ejército. Por ello, convenció al Ministerio de Guerra de aprobar un plan por el que se alistaría, como conductores voluntarios, a trabajadores agrícolas suyos y de sus vecinos. Estos hombres no recibían ninguna instrucción militar, pero estaban sometidos al llamamiento. Sykes reunió a varios conductores a sus propias expensas, y les repartió graduaciones como «carretero», «capataz» y «maestro de vía», con sus respectivas insignias de solapa, de latón. En 1913, el Ministerio de Guerra asumió la responsabilidad de pagar a los hombres recompensas anuales de entre uno y cuatro soberanos. Los carreteros solían llamar a esta moneda «la paga tonta», porque parecía ganarse con gran facilidad: realizando una carrera cronometrada en torno a una pista de obstáculos, en forma de ocho, de Sledmere. A las 8 de la tarde del 5 de agosto, más de ochocientos hombres de esa condición se habían congregado en el cuartel del Army Service Corps [Cuerpo de Servicio del Ejército] en Bradford, donde les dieron uniformes y recibieron un poco de instrucción apresurada.⁵⁶ A las pocas semanas, la mayoría estaban conduciendo en Francia.

La guerra no se había precipitado por efecto del fervor nacionalista popular, sino por las decisiones de grupos muy reducidos en el seno de siete gobiernos. En la

mayoría de los países, antes de que se iniciaran las hostilidades, la asistencia a las manifestaciones probeligerancia era muy escasa; y tampoco hay pruebas de que tales reuniones influyeran en las decisiones adoptadas. Al revés, fue el hecho del conflicto lo que precipitó el despliegue de patriotismo y congregó a las sociedades en sus causas respectivas. Muchas personas que se habían opuesto con determinación a la batalla decidieron que la fase de los debates había concluido y que la solidaridad nacional se había convertido en un deber. Un clérigo protestante de la Selva Negra comentó que los católicos que hasta el momento habían hecho caso omiso de su existencia, lo saludaban ahora con un «Hola, pastor».⁵⁷ Elfriede Kühr, la niña de doce años que vivía con sus abuelos en Schneidemühl, escribió el 3 de agosto: «Debemos aprender nuevas canciones sobre la gloria de la guerra. En nuestra ciudad, el entusiasmo crece hora tras hora. La gente pasea por las calles en grupos, gritando: “¡Abajo Serbia! ¡Larga vida a Alemania!”. Todo el mundo lleva borlas negras, blancas y rojas en sus ojales, o lazos negros, blancos y rojos».⁵⁸

El mariscal de campo lord Roberts, el Bobs tan apreciado por la opinión pública británica, escribió en *The Times* el 6 de agosto: «“Mi país, con razón o sin ella, y con razón o sin ella, mi país” es el sentimiento máspreciado en el pecho de todo aquel que es digno de ser llamado “hombre”». Incluso el pacifista y exlíder laborista Ramsay MacDonald aseveró que «los que pueden acudir a filas, deben hacerlo, y los que trabajan en las fábricas de munición, deben poner en ello todo su empeño». En comunidades de toda Francia se llevaron a término reconciliaciones políticas rituales. El 4 de agosto, se leyó en París un mensaje del presidente Poincaré ante una Cámara de los Diputados llena a rebosar, en el que pedía poner fin a las peleas de clase y de facciones que habían dividido la Tercera República. Se lo recibió con un aplauso exaltado, tras lo cual los enemigos políticos se dieron la mano. En muchas bocas se oía el sintagma *la patrie en danger* como manifestación de la *union sacrée*. En Francia, como en Alemania, tal solidaridad se interpretó como un triunfo de la derecha política, reflejo del eclipse de los socialistas que se habían opuesto a la beligerancia.

En los primeros días de agosto, el Partido Laborista patrocinó reuniones contra la guerra en varias ciudades y poblaciones británicas. La fabiana Beatrice Webb asistió a una de ellas, en la plaza de Trafalgar, donde hablaron Keir Hardie y George Lansbury. No se sintió conmovida ni por sus formas ni por su mensaje, y luego escribió: «Ha sido una exhibición fútil e indigna, este entonar “La bandera roja” y aprobar resoluciones radicales ya gastadas a favor de la paz universal».⁵⁹ Comentó con aprobación que incluso muchos pacifistas extremos «están mostrándose de acuerdo en que no debíamos abandonar a Bélgica». Sin embargo, a Webb la echaba atrás «el desagradable abuso de la religión» como estímulo del patriotismo. Quizá estuviera pensando en el obispo de Londres, que había afirmado:

«Esta es la mayor batalla jamás librada por la religión cristiana ... debemos elegir entre la mano o el puño: la mano con los clavos de Cristo, o el amenazante puño en alto».⁶⁰

En las estaciones de tren de Nikolaevsky, Baltiysky y Varshavsky, en San Petersburgo, miles de hombres encendieron velas en las vías mientras partían a unirse a sus regimientos. El arzobispo católico de Friburgo presentó ante su rebaño la guerra como una *Heimsuchung*: un azote enviado por Dios para poner a prueba a los creyentes.⁶¹ Un capellán proclamó estentóreamente: «Ruge sobre Alemania, tú, gran guerra santa de libertad. Derriba todo lo que está podrido y enfermo, cura las heridas del cuerpo de nuestro pueblo alemán y permite que crezca una raza, una nueva raza, colmada de reverencia por Dios, lealtad al deber y amor fraternal». En el imperio de los Habsburgo, el obispo de Sekau exultaba en la creencia de que la guerra introduciría un nuevo orden (espiritual): «Este es el fin de la cultura sin Dios y sin Cristo, [y de] la alta política sin religión».

Los despliegues más espectaculares de apoyo, en apariencia espontáneo, a la guerra se dieron en Rusia. El 4 de agosto, la embajada alemana en San Petersburgo fue saqueada por una multitud que causó la muerte de un desdichado conserje. Según el corresponsal británico Arthur Ransome, un ruso parafraseó la vieja sentencia romana sobre la perdición de Cartago: *Germania delenda est*.⁶² Dos días más tarde, en la capital, un cuarto de millón de personas se reunieron para cantar canciones patrióticas. Incluso en las ciudades de provincia, lejos de la élite metropolitana, había muchedumbres en las calles; algunos llevaban retratos de Nicolás II, decorados con banderas. «¡Larga vida al zar y al pueblo!», gritaban.⁶³

Ahora bien, pese a tales despliegues de fervor en algunas ciudades, pocos rusos se engañaron creyendo que la guerra les haría algún bien: pocas guerras habían hecho tal cosa. En los sectores inferiores de la escala social se intensificó el escepticismo o, mejor dicho, el cinismo. El historiador Allan Wildman ha escrito que, para los campesinos de Rusia, era «una aventura estéril de las clases altas, que deberían pagar ellos».⁶⁴ Menshikov, el columnista principal de *Novoe Vremya*, escribió: «Hoy en día, entre las masas no hay nada de la fe, de la capacidad de prender, que había en los días de Suvorov y Napoleón».⁶⁵ En Riga, además de enseñas celebradoras aparecieron otras que proclamaban: «¡Abajo la guerra!».

En algunos lugares hubo disturbios en contra de la recluta forzosa, o, al menos, rabia desatada contra la incompetencia con la que se estaba llevando a cabo. Un oficial telegrafió desde Tomsk: «Los reservistas están causando desórdenes en casi todas partes ... En Novosibirsk, una muchedumbre de reservistas saqueó tiendas y empezó a saquear el bazar, y se detuvo la algarada con la ayuda de [soldados] ... La chusma les arrojó piedras».⁶⁶ Cuando alguien disparó un tiro que hirió a un

soldado, la tropa abrió fuego contra la multitud, y mató a dos civiles e hirió a otros dos de gravedad. Entre tanto, los reservistas saqueaban licorerías en varias aldeas; algunos se manifestaron con furia para exigir alimentos, y en contra de la requisita de sus caballos, indispensables para la actividad agrícola.

En París, el artista Paul Maze acudió a los Inválidos para ofrecerse voluntario para el ejército, y descubrió que ya no se aceptaba a más hombres de forma inmediata. Un sargento viejo y canoso despidió al joven alicaído con las palabras: «¿A qué preocuparse? Tendrá todo lo que espera antes de que esto acabe». Maze, que era bilingüe, se unió como intérprete a la Fuerza Expedicionaria Británica, que desembarcaba en El Havre, y terminó siendo un oficial condecorado. Muchos jóvenes de todos los países, y en especial los artistas y escritores, sentían menos entusiasmo que curiosidad ante la perspectiva de ver un campo de batalla. El vienes de nacimiento Ludwig Wittgenstein, que contaba veinticinco años, la vio primero como una posibilidad de huir de sus propias confusiones e incertidumbres filosóficas, intensificadas tras estudiar en Cambridge con Bertrand Russell. Se presentó voluntario para el servicio militar y, en su diario cifrado, expresó el placer que sintió al ser recibido amablemente. «Y ahora, ¿seré capaz de trabajar?», se preguntaba el 9 de agosto. «¡Siento curiosidad por mi vida futura! Las autoridades militares de Viena han sido extraordinariamente corteses. Los oficiales, que tenían que tratar con miles de hombres cada día, respondieron a mis preguntas con amabilidad y por extenso. Esta clase de cosas me alegra sobremanera; me recuerdan la forma en que se hacen las cosas en Inglaterra.»⁶⁷ Al cabo de unos pocos días, sin embargo, Wittgenstein se desanimó. Destinado como operador de un reflector a bordo de la pequeña embarcación armada *Goplana*, en el Vístula, halló que la compañía de los marineros rasos era, más que poco grata, repulsiva: «¡Los hombres son unos cerdos deprimentes! ¡No muestran ningún entusiasmo, sino una brutalidad, estupidez y maldad increíbles! Así, es falso que una gran causa compartida —la guerra— ennoblece a la humanidad».⁶⁸

El alemán Paul Hub, un joven de veinticuatro años de Stetten, una vecindad próxima a Stuttgart, se presentó voluntario tras comprometerse con su novia, María, de veintiún años. Partió al frente el 4 de agosto, y escribió a sus padres: «Por favor, guardad la ropa limpia un poco más, hasta que os la pida. Entre tanto, deshaced mi maleta ... Las cartas de María están en el maletín de compromiso, junto con mis leontinas y otros recuerdos que me traen a la memoria los tiempos felices pasados con ella. Por favor, cuidad de ellos. Confío en volver».⁶⁹ Como muchos otros, Hub quedó decepcionado.

El conflicto creó algunas lealtades inesperadas. En los últimos días de julio de 1914, el novelista y funcionario civil británico Erskine Childers cometió alta traición: navegó con su yate *Asgard* hasta el puerto irlandés de Howth y entregó a

militantes nacionalistas un cargamento de rifles traído clandestinamente de Alemania. Pero un mes más tarde, Childers, de cuarenta y cuatro años, fue reclutado por el primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill —que ignoraba las aventuras del *Asgard*— como oficial de la reserva naval, para que aconsejara sobre la costa alemana del mar del Norte. Childers había estado navegando varios años en las islas Frisias, antes de escribir su electrizante novela de 1903, *El enigma de las arenas*, cuya trama se centraba en una conspiración para que Alemania invadiera Gran Bretaña. Ahora, el autor esbozó un memorando para el Almirantazgo, donde proponía tomar las islas de Borkum y Juist como plataformas desde las que lanzar un asalto anfibio sobre Alemania. «El plan de invasión que sube por el valle del Ems ... me parece, en este momento, la mejor ocasión de concluir la guerra con un golpe decisivo», escribió. Y concluyó: «El autor se aventura a confiar en la posibilidad de tener el honor de hallar empleo, si el servicio lo permite, bien en la obra aeronáutica o en cualquier otra instalación, si alguna de las operaciones esbozadas en este memorando se lleva a cabo».⁷⁰

El 20 de agosto, Childers subió, como oficial de inteligencia, al portahidroaviones *HMS Engadine*, donde sus camaradas irlandeses quizá se habrían sorprendido al verlo, dos días después, saludando al vicealmirante sir John Jellicoe y dando la mano a Winston Churchill, en su visita al barco. Escribió: «La atmósfera de a bordo es de optimismo alegre. Resultaría ridículo, aunque quizá más preciso, calificarla de pesimista; tan confiada y jovial es la previsión de cierta fatalidad en nuestro yate de pacotilla, con sus pistolas de juguete y sus delicados aviones mariposa. Pero de hecho, ningún ser humano puede predecir nuestro destino, porque toda la empresa es nueva en la guerra: un experimento incalculable».⁷¹ Childers estuvo entre el limitado número de hombres de todas las nacionalidades que se emocionaron con la idea de tener un papel propio en el primer gran conflicto del siglo xx, que puso en marcha sus máquinas más nuevas y excitantes, como alfombras voladoras hacia el cielo.

III. Partidas

Con la excepción de Churchill y Haldane, los miembros del gobierno británico no entendían nada de los asuntos militares, y eran conscientes de ello. En realidad, en aquella época, los políticos de todas las nacionalidades confiaban en dejar la ciencia militar y estratégica exclusivamente en manos de sus soldados, en un acto de cesión que lamentarían a los pocos años. Asquith habría querido nombrar de nuevo a Haldane como ministro de Guerra, en su calidad de arquitecto de las radicales y brillantes reformas del ejército en la década anterior. Pero no se vio capaz de hacerlo porque el lord canciller era víctima de una cruel campaña de prensa encabezada por *The Times*, que lo condenaba como filogermánico. El nombramiento recayó entonces en el mariscal de campo Herbert Kitchener, que era conde de Kitchener de Jartum y el militar más señero de Gran Bretaña. El nuevo ministro era un hombre de enorme popularidad y poseía unas credenciales infrecuentes: al haberse criado en parte en Suiza, hablaba francés con fluidez. En 1870 había servido brevemente en una unidad francesa de ambulancia de campo, aventura que se terminó de golpe al sufrir una neumonía tras haber subido en globo a contemplar el ejército del Loira.

Pero el sombrío, austero y taciturno Kitchener también tenía limitaciones notables. No solo era apolítico, sino que condenaba la política. Lloyd George escribió que, en las reuniones del gabinete, hablaba con «voz fuerte y entrecortada» y mostraba «una mirada remota, que no se dirigía a nadie en particular, indicio seguro de su incomodidad en un medio que no le resultaba familiar. Se sentaba en el consejo con hombres que pertenecían a la profesión contra la que había luchado toda su vida y por la cual, en su corazón, sentía la mezcla acostumbrada de aprensión y desprecio militar».⁷²

Kitchener era un solitario, sin el hábito de preguntar ni confiar en otros, y en el Ministerio de Guerra no varió de costumbre. Siempre había tenido una pobre opinión de las fuerzas francesas, y en 1911 le dijo a Lloyd George que, si el conflicto estallaba, los alemanes podrían «pasar a través de ellos como si fueran perdices».⁷³ Aun así, era un soldado capaz, cuya mayor aportación, en 1914, fue la insistencia en que Gran Bretaña debía prepararse para una contienda larga. Tuvo que lidiar, casi en solitario, para transformar una fuerza de escaramuzadores imperiales en una hueste apta para la guerra continental. Entre el ejército regular,

las reservas, la Fuerza Territorial y una variopinta sucesión de milicias, Gran Bretaña contaba con 733.514 hombres, más o menos formados, dispersos por todo el mundo. Todos eran conscientes de que se necesitarían números muy superiores, pero, por desgracia, Kitchener echó a perder el programa de expansión. El camino más obvio habría sido partir del marco ya existente de la Fuerza Territorial, pero el nuevo ministro de Guerra sentía un gran desprecio por los *terriers*. Decidió hacer caso omiso de ellos y crear un «nuevo ejército» cuyos soldados y oficiales serían novatos por igual. El caos consiguiente, y las penalidades que cientos de miles de jóvenes reclutas sufrieron entre agosto de 1914 y su inmolación en Francia al año siguiente, componen una historia lamentable.

Entre los numerosos voluntarios de agosto estaba Robert Cude, un obrero industrial, de veintiún años, del sur de Londres. Primero intentó unirse a la marina, y se lo envió al puerto de Devon para una prueba, que suspendió por «mi incapacidad de soportar que me manden».⁷⁴ Con tres compañeros de la fábrica, se unió acto seguido al regimiento de Kent oriental. Al llegar al cuartel de Canterbury se encontraron sin comida ni alojamiento, y tuvieron que estirarse en el campo de instrucción. Luego se los trasladó a un campamento en Purfleet, donde había veintidós ocupantes por tienda. «¡Somos una tropa de lo más cosmopolita!», escribió Cude. «Hay toda clase de ropas ... Desfiles cada pocos minutos. Estoy harto de jugar a los soldados. Hora de cenar, menú: “agua caliente con trozos flotantes de una sustancia que llaman ‘carne’”».⁷⁵ Cuando se dio a Cude y sus compañeros tres días de permiso, mientras las autoridades resolvían qué hacer con ellos, uno de cada cinco hombres no volvió.

Se rechazó a muchos voluntarios. El escritor Jerome K. Jerome, autor del inmortal y jocoso texto eduardiano *Tres hombres en una barca*, acabó conduciendo una ambulancia francesa después de que se le negara un uniforme del rey; lo que tampoco era de extrañar, pues contaba cincuenta y cinco años. Un anuncio para posibles oficiales, situado por un regimiento, afirmaba sin vergüenza que «se dará preferencia a los hombres de colegios privados, buena apariencia y buenas señas», pero incluso a estos solicitantes se los rechazó. *The Times* publicó una carta colectiva firmada por, según se hacían llamar, «Ocho sin Compromiso». Los autores expresaban su malestar porque los hubieran rechazado para los puestos de oficial, alegando que a sus treinta y tantos años eran demasiado viejos, pese a estar «en perfecta forma y capacidad para el servicio activo». Ahora se proponían unirse a la tropa, pero querían hacerlo junto con otros de similar origen social: «Se invita a todos los hombres de colegios privados, de edad y características similares, a un encuentro informal en la dirección infraescrita —Brook Street W, n.º 59a— para estudiar la formación de una “Legión de Tiradores”».⁷⁶ Era el espíritu que engendró los batallones de «colegas», que luego sufrieron horriblemente en

Francia.

Algunos patriotas decidieron que, si los jóvenes no se presentaban voluntarios en el número suficiente, las mujeres podían «aportar su granito de arena», avergonzándolos para que lo hicieran. Bernard Hamley estaba jugando al golf con un amigo en el campo de Wimbledon Common, y se felicitaba por un bonito golpeo inicial, cuando dos chicas salieron del local del club, situado allí cerca. Una dijo con brusquedad: «Ha sido un buen tiro, ¿no es cierto? Confío en que tendréis la misma puntería contra los alemanes», antes de regalar unas plumas blancas a los dos jugadores. Los hombres se identificaron entonces como oficiales de la 1.^a Brigada de Rifles de Londres, que disfrutaban de unas pocas horas de permiso. «Las chicas quedaron bastante abatidas y no acertaron a excusarse suficientemente.»⁷⁷

Stephen Lang le explicó a una mujer que le dio una pluma en la High Street de Camden que solo tenía diecisiete años y, además, trabajaba en el ferrocarril, lo que era una «ocupación protegida». La chica replicó enfadada: «Esa ya me la han contado», y le introdujo la pluma en la nariz. Un sargento de reclutamiento al que Lang le explicó lo mismo respondió: «¿Diecinueve? Es una buena edad?». «Pero solo tengo diecisiete; nací en 1898.» «1896 es perfecto. La guerra es lo único para lo que puede valer este cabrón», dijo, y lo alistó.⁷⁸

Algunas mujeres ansiaban no quedar a salvo, pero les resultó difícil identificar qué papel podían interpretar. Gladys Winterbottom fue una excepción. Su marido Archie era oficial subalterno con el 5.^o Regimiento de Dragones. Sin paciencia para la idea de que en el campo de batalla no había lugar para esposas y madres, envió a los niños al campo y ofreció su persona y el automóvil de la familia a la división de caballería de Aldershot. El general de división Edmund Allenby, su comandante, a quien su Estado Mayor solía apodar «el Toro», halló tiempo el 14 de agosto para firmarle una recomendación: «Por la presente certifico que la señora A. Winterbottom me ha llevado en automóvil. Tengo constancia de que es una chófer de perfecta eficiencia y la recomiendo para el empleo con toda confianza». Cuando el ejército, pese a todo, se negó a emplearla en el escenario bélico, se convirtió en conductora de ambulancia con una unidad de voluntarios británicos que se unió a los belgas, y, al cabo de unas pocas semanas, prestaba servicio en la línea de fuego.

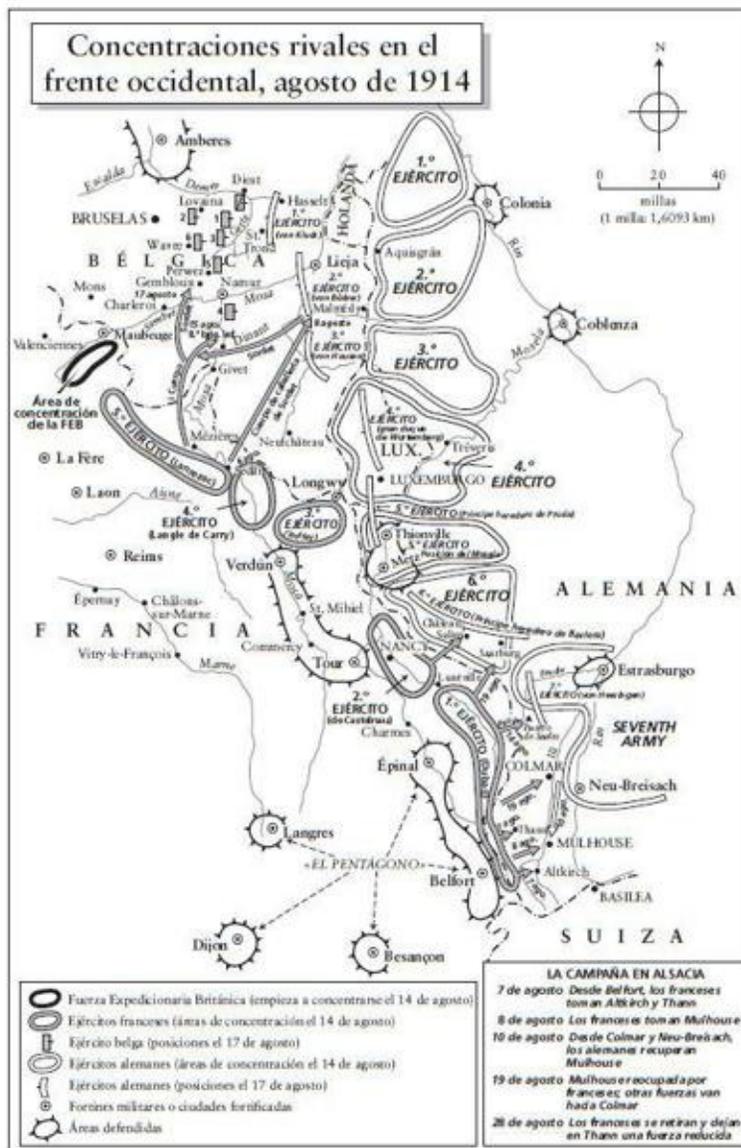
Los aliados, cuando empezaron a desplegarse, se sentían más fuertes por el hecho de saber que, sobre el papel, eran netamente superiores a sus enemigos. La población combinada de Rusia, Francia, Gran Bretaña y Bélgica sumaba 279 millones de personas, frente a los 120 millones de las potencias centrales; sus ejércitos movilizaban 199 divisiones de infantería frente a 137, y 50 formaciones de caballería frente a 22. Más de la mitad de esta fuerza militar era rusa y, por ello, algunas personas fantaseaban con entusiasmo sobre la aparición de alguna unidad de las huestes zaristas en los campos de batalla de Europa occidental.

Las disposiciones se habían establecido mucho antes. Los alemanes enviaron siete ejércitos al oeste, para ejecutar la variante Moltke del concepto Schlieffen: rodear con gran amplitud al ejército francés, para así lograr su destrucción rápida. Los austríacos enviaron a casi la mitad de sus soldados a invadir Serbia, y el resto marchó a enfrentarse con los rusos en Galizia, donde la Polonia rusa hacía frontera con el imperio de los Habsburgo. Los serbios se aprestaron a defender sus fronteras occidentales contra los austríacos. Los rusos asignaron dos ejércitos a la invasión de Prusia oriental, y otros cuatro a luchar con los austríacos. Francia empezó a ejecutar el Plan XVII; hasta el 6 de agosto, se prohibió a las fuerzas francesas entrar en Bélgica, y a sus aviones, sobrevolarla, para que no pudiera discutirse que la responsabilidad de quebrantar la neutralidad del país había sido exclusivamente alemana.

Solo Gran Bretaña titubeó al respecto de cómo empezar las operaciones militares, igual que había vacilado sobre si participar en la guerra o no. El gabinete nombró un Comité de Guerra que se reunió por primera vez en Downing Street, bajo la presidencia de Asquith, a las 4 de la tarde del 5 de agosto. Su dilema inmediato fue decidir si enviar al otro lado del Canal el pequeño ejército del país. Aunque Grey y soldados como Henry Wilson siempre quisieron que fuera así, y habían prometido a los franceses que lo harían, había personas importantes que eran del todo contrarias. Creían que el país podía —y debía— lidiar una campaña solamente naval. Buena parte de la planificación británica de preguerra, en lo relativo a la batalla continental, se había centrado en castigar la economía alemana mediante un bloqueo. Pero estos proyectos se atrofiaron en parte porque el Ministerio de Exteriores no quería incomodar a los neutrales, y en parte por el deseo de sostener el comercio británico. El miedo a precipitar un desastroso hundimiento financiero mundial, como el que amenazaba con producirse, fue otro incentivo crucial a favor de la cautela. Además, ante una crisis en la que parecía probable que el destino de Europa se resolviera a lo largo de unas semanas, el bloqueo ofrecía poco interés, pues requiere de varios meses para lograr un efecto. Hubo quien defendió en serio un proyecto de aprovechar el dominio naval de la Marina Real para desembarcar una fuerza de asalto en la costa báltica de Alemania, lo que abriría un segundo frente.

Lord Northcliffe, el magnate de la prensa más poderoso de Europa, propietario de *The Times* y el *Daily Mail*, empezó oponiéndose con vehemencia a cualquier compromiso continental. «¿Qué es esto que andan diciendo sobre una Fuerza Expedicionaria Británica para Francia?», gritó a sus ejecutivos principales. «Es un absurdo. Ni un solo soldado debe dejar este país. Tenemos una flota soberbia, que prestará toda la ayuda a su alcance, pero yo no apoyaré que se envíe fuera de este país ni a un solo soldado británico. ¿Qué pasa con una invasión? ¿Qué

pasa con nuestro propio país? Ni un solo soldado irá sin mi consentimiento. Díganlo así en el periódico de mañana.»⁷⁹ Pero se produjo un momento inusual cuando los editores reunidos del señor de la prensa lograron convencerlo de la opinión contraria, y los periódicos de Northcliffe respaldaron el envío de una FEB.



En la reunión del Comité de Guerra del 5 de agosto, se hicieron algunas sugerencias descabelladas. El mariscal de campo sir John French desconfiaba sobremedera de los aliados de Gran Bretaña. Ansiaba dirigir una guerra exclusivamente británica, tan alejada como fuera posible de cualquier actividad en la que pudiera participar el ejército francés. En Downing Street, propuso tomar posiciones en los alrededores de Amberes. El teniente general sir Douglas Haig, que dirigiría un cuerpo, escribió una vez acabado el encuentro: «¡Me hizo temblar

la imprudencia con la que sir J. French habló de “las ventajas” de que la FEB actuara desde Amberes contra un ejército alemán poderoso y aún intacto!». ⁸⁰ Haig, que a la postre sería el más famoso —aunque no necesariamente para bien— de los generales británicos de la guerra, expresó su miedo prudente a sufrir una derrota por grupos «si nos separamos de los franceses al principio de la campaña», y se mostró de acuerdo con Kitchener en que la guerra no sería corta.

Haig, que en 1914 contaba cincuenta y tres años, era un hombre inteligente y relativamente culto, que había entrado tarde en la academia de Sandhurst, tras pasar tres años en Oxford. No era un aristócrata, pues descendía de una familia escocesa, dedicada a la destilación de whisky; adquirió fama como administrador capaz y eficaz comandante de campo. La reputación póstuma de Haig quedó muy dañada por la publicación de sus diarios de guerra, que exponían tanto una aparente insensibilidad a las horrendas pérdidas del frente occidental como una desagradable inclinación a las intrigas palaciegas: aprovechó sin escrúpulos, para sus propios objetivos, la posición de su esposa Doris como dama de compañía de la reina. Era un hombre de su tiempo, clase y condición, que nunca obtendría el afecto de la posteridad; pero contra el terrible telón de fondo del frente occidental entre 1914 y 1918, donde ningún general de ninguna nacionalidad logró mejorar mucho su reputación, Haig fue un militar más capaz de lo que se colige de su caricatura.

En la reunión del Comité de Guerra del 5 de agosto, sin embargo, sugirió que Gran Bretaña se abstuviera de enviar tropas al continente durante los primeros meses, hasta que se pudiera organizar, formar y pertrechar adecuadamente un ejército más fuerte. Esta idea horrorizó a Henry Wilson, quien señaló acertadamente que el destino de Francia se resolvería en unas pocas semanas, si no días: el aliado de Gran Bretaña necesitaba en aquel mismo momento todos los hombres que el país pudiera aportar. La decisión del gobierno de enviar una Fuerza Expedicionaria cabe atribuirle, prácticamente por entero, a Wilson. En toda la historia, nunca un solo general de una categoría relativamente secundaria había ejercido una influencia tan profunda.

Al día siguiente, el Comité de Guerra autorizó trasladar a Francia una FEB que constaba de una división de caballería y cuatro de infantería. Dos formaciones de infantería —el remanente del ejército disponible para un despliegue inmediato— se quedaron en el país temporalmente, para la defensa nacional, lo que también incluía reprimir cualquier posible disturbio entre la clase obrera desafecta. En consecuencia, al principio la fuerza de la FEB sería muy inferior a la de Francia, e incluso la de Bélgica. Sin embargo, esto representó la decisión estratégica del gobierno más importante en toda la guerra. Dada la insularidad instintiva de la mayoría de los políticos británicos, así como de sus ciudadanos, no cabía dar por sentado en ningún caso que el país fuera a unirse a la batalla terrestre continental.

El mando de la FEB se otorgó, como se esperaba, a French, un hombre de ascendencia irlandesa, de sesenta y un años. Venía de la caballería y se entendía que se había distinguido en la guerra de los bóers. Se había visto involucrado en el motín de Curragh, unos meses antes, incidente durante el cual dimitió como jefe del Estado Mayor imperial. Aunque se lo rehabilitó, él mismo temía que su carrera estuviera acabándose. El gobierno liberal, y muchas mujeres de la alta sociedad, tenían simpatía por él, pero no estaba muy cualificado para el alto mando. Era un hombre de prejuicios firmes e inteligencia limitada, que nunca había dirigido fuerzas muy numerosas. Apenas hablaba una palabra de francés y, en el continente, tendría que colaborar estrechamente con el aliado crucial de Gran Bretaña. Haig escribió el 11 de agosto: «Sé que French es poco idóneo para esta gran comandancia en un tiempo de crisis en la historia de nuestra nación», y la mayoría de sus pares se mostraron de acuerdo.⁸¹ Probablemente, se habría elegido a Wilson como jefe del Estado Mayor de French, pues era el único militar británico de importancia que gozaba de la confianza de Joffre; pero lo impedía el hecho de haber apoyado la causa Orange en la crisis del Ulster. Así, Wilson tuvo que contentarse con el curioso título de subjefe del Estado Mayor, por debajo de sir Archibald Murray.

Más adelante, Lloyd George volvió la mirada sobre los debates y las confusiones de aquellos días: «Fue mi primera experiencia de la falibilidad de los guías militares: los tercos errores de cálculo, los enredos y la falta de coordinación, que supusieron segar la flor de los ejércitos más capaces que jamás Francia e Inglaterra habían puesto en el campo». Estas eran las palabras de un político al que la guerra colmó de una amargura extravagante contra los soldados; en particular, el canciller maltrató exageradamente a Kitchener. Lo mejor que cabe afirmar de French es que su posterior dirección como comandante en jefe de las campañas fue poco más egregia que la de sus homólogos de los otros ejércitos europeos, en ambos bandos.

Las órdenes de Kitchener a sir John, emitidas el 10 de agosto, incluyen un pasaje clave que, en las semanas posteriores, el comandante en jefe interpretó como una exigencia de pusilanimidad: «Debe reconocerse, desde el principio, que el poderío numérico de la fuerza británica —y sus eventuales refuerzos— está estrictamente limitado y, si nunca se pierde de vista este hecho, resultará evidente que debe prestarse la mayor atención a reducir al mínimo las bajas y mermas ... El elevado arrojo y disciplina de vuestras tropas debería hallar, y sin duda hallará, plena oportunidad de exhibición en la campaña; pero debe recordarse a los oficiales que en esta —su primera— experiencia de la guerra europea, deben emplear un grado de cautela mayor que en las hostilidades previas contra un adversario sin formación». En otras palabras, Kitchener sabía que la colisión inminente no se

parecería a las masacres que él mismo había ejecutado en el Sudán dieciséis años antes, al disparar con su artillería y las ametralladoras Gatling contra los lanceros derviches.

A finales de 1912, tras la segunda crisis de Marruecos, se había fundado un Comité Ejecutivo del Ferrocarril, para planear su gestión en caso de guerra. Ahora entró en acción con una eficacia impresionante en el transporte de la FEB hasta los puertos de embarque. Pero mientras los hombres de French cruzaban el Canal, protegidos por los cañones de la Marina Real, en el Ministerio de Guerra seguían peleándose al respecto de qué deberían hacer tras tomar tierra. Kitchener esperaba que los alemanes cruzarían el Mosa y, por ello, era partidario de concentrar las fuerzas británicas en Amiens, bastante lejos de la frontera belga. Henry Wilson mostró impaciencia con la actitud del ministro de Guerra y, en una nota posterior a la reunión de la tarde del 12 de agosto, escribió: «Aún cree que los alemanes vienen por el norte del Mosa con gran fuerza y nos abrumarán antes de que podamos concentrarnos».

La valoración de Kitchener era correcta; de hecho, su evaluación estratégica fue mucho más perspicaz que la del Estado Mayor de Francia. Pero Wilson acertaba al afirmar que el objetivo principal de las fuerzas británicas debía ser evitar un triunfo relámpago de los alemanes; una *blitzkrieg*, aunque la palabra todavía no se había inventado. En aquel día bochornoso en el Ministerio de Guerra, Kitchener cedió al punto de vista de Wilson y aceptó que la FEB avanzara hacia la ciudad fortificada fronteriza de Maubeuge, a la izquierda del ejército francés.

Ahora todo eran prisas y movimiento. El *Illustrated London News* publicó una fotografía de caballos reunidos y marcados en los establos londinenses de la gran cadena de kioscos W. H. Smith. Los cuarteles y salas de reclutamiento de voluntarios solían situarse en los centros urbanos y, por ello, una batería movilizada de la artillería montada de la Territorial pasó por el corazón del barrio financiero de Londres de camino a la guerra. En París, un sacerdote de moda, el *abbé* Mugnier, estaba sentado en un café frente a la Gare du Nord, escuchando en confesión a los jóvenes que partían hacia el frente: «¡Rápido, señor *abbé*, que mi tren está a punto de salir!». ⁸² Un visitante de la mansión del conde de Greffulhe, en el número 8 de la *rue d'Astorg*, pasó en el patio a un grupo de jóvenes a los que reconoció vagamente, y luego identificó como los lacayos del conde, que partían a unirse con sus regimientos. Dentro de las salas que ahora resonaban desiertas pero habían albergado multitud de fiestas fastuosas, vio que al señor de la casa se le servía una comida fría, traída de un restaurante por el mayordomo, en un último

gesto antes de que este hombre también dejara la librea del conde para incorporarse a la guarnición de Belfort.⁸³

A lo largo de miles de kilómetros de vías férreas europeas, vagones llenos de soldados avanzaban lentamente hacia los campos de batalla elegidos para ellos, proclamando una enemistad algo afectada. Los franceses garabateaban con tiza en las paredes de sus trenes lemas como *Mort aux boches!*; los soldados británicos preferían un «¡Colgad al káiser!»; los trenes de la tropa alemana estaban decorados con ramas verdes recién cortadas. En Friburgo, uno de los numerosos espectadores que contemplaba la salida del regimiento de infantería de su ciudad, el 6 de agosto, quedó impresionado por la mirada resuelta y los uniformes immaculados: «De pronto, un vítor: llegaba la compañía de ametralladoras ... Luego los cocineros de campaña ... Luego los carros de equipajes y raciones; todos los caballos, con adornos nuevos; todos los carros, con el equipo en perfecta condición. Era una vista maravillosa».⁸⁴ En Schneidemühl, Elfriede Kühr vio cómo el regimiento de la ciudad se dirigía a la estación cantando con firmeza *Die Wacht am Rhein* entre el aplauso de las multitudes. «Hombro con hombro, entraron en el andén formando una gran oleada gris. Todos los soldados tenían largas guirnaldas de flores colgadas en el cuello o sujetas en el pecho. De los cañones de los fusiles salían ásteres, alhelíes y rosas, como si con ellos se quisieran disparar flores al enemigo. La expresión de los soldados era de gravedad. Pensaba que los vería alegres y exultantes». El código moral alemán del momento exigía que las jóvenes que servían en las cantinas de beneficencia de la estación contaran con la compañía de matronas de más edad. Un alcalde local advirtió con tono de censura: «Tras el ejército que porta armas viene el ejército del amor».⁸⁵

La pequeña Elfriede le gritó a un soldado que se asomaba a una ventana mientras el tren se alejaba de la muchedumbre apiñada en el andén: «*Leb wohl!*» («¡Adiós!»). Y el hombre replicó amablemente: «*Auf wiedersehen, Mädel*».⁸⁶ En 312 horas, 11.000 trenes transportaron a 119.754 oficiales, 2,1 millones de soldados y 600.000 caballos por territorio alemán hasta las áreas de concentración en las fronteras de Francia, Bélgica y Luxemburgo. La infantería, caballería y artillería de los siete ejércitos occidentales de Moltke cruzó los puentes del Rin a bordo de 560 trenes diarios, de cincuenta y cuatro vagones cada uno.

En las profundidades de Rusia, Sergei Kondurashkin observaba cómo otros trenes largos, cargados de soldados, se tambaleaban hacia el norte mientras los topes de los vagones chocaban unos con otros. «Las mujeres los despedían berreando y gimiendo. Debilitadas por la pena, perdían el sentido las unas en brazos de las otras, [gritando]: “Ay, ¿no era ese mi amor? ¿No era ese mi amado?”».⁸⁷ Mientras los húsares de Sumskoi hacían resonar las herraduras y arreos a su paso

por Moscú, un transeúnte bendecía a los soldados y regalaba un icono al oficial al mando de la sección de ametralladoras.⁸⁸

Los padres del teniente Vladimir Littauer vivían en San Petersburgo, y él no disponía de tiempo para visitar la oficina telefónica central de Moscú, el único lugar desde el que podría haber llamado para informarles de su partida. En cualquier caso, según escribió más tarde, habrían expresado poca emoción. Pensaban que si su hijo había elegido una carrera militar, parte de su contrato pasaba por la batalla: «Simplemente, me habrían deseado buena suerte y dicho: “Que Dios te proteja”». ⁸⁹ En la estación, muchos caballos se resistían tercamente a subir a los vagones de carga, de madera de color rojo oscuro. Pero de un modo u otro, se los hizo subir y el regimiento se puso en marcha. Cuando los sucesivos trenes se deslizaron hacia el suroeste por la estación de Rzhev, los soldados destinados al frente pudieron ver la figura de un sargento anciano, ya canoso, que saludaba a sus ocupantes con rigidez y las mejillas surcadas de lágrimas.

Hubo otros momentos de lágrimas. El príncipe Lichnowsky no dejaba de llorar al abandonar la embajada alemana en Londres, mientras el rey de Wurtemberg sollozaba al contemplar cómo sus regimientos se marchaban al frente. Winston Churchill lloró al despedir a Henry Wilson, de camino a Francia, lo que llevó al oficial del Estado Mayor a escribir: «Nunca lo aprecié tanto». Aunque algunos de los soldados británicos que se marcharon eran veteranos de las guerras coloniales, otros tenían un desconocimiento asombroso del gremio. Entre los oficiales de la Guardia Irlandesa estaba el teniente lord Castlerosse, que en su vida apenas había cumplido un día de instrucción militar: su oficial al mando era un pariente que había aceptado llevarse a la guerra al joven como un favor personal, aprovechando que la Guardia decidía sus propias reglas de alistamiento.⁹⁰ Un expatriado británico que regresaba por el paso de Calais vio en el Canal a uno de los vapores que llevaban la FEB hacia el sur. Oyó una voz estentórea que, entre los cientos de hombres alineados en sus barandillas, bramaba: «¡Palmaremos a lo grande!».⁹¹ Con la condescendencia de su edad y carácter, el inglés reflexionaba: «¡Qué frases más espléndidas hace emerger la guerra de las gargantas de la gente humilde!».

A las 5 de la mañana del 3 de agosto, Charles Stein y sus camaradas de los granaderos belgas fueron despertados por toques de clarín. Dos horas después, desfilaron y se les proporcionó ropas de campaña. El coronel se dirigió al regimiento y les dijo que parecía inevitable que Bélgica tuviera que luchar para defenderse. Como un hombre, todos gritaron: «*Vive le Roi! Vive la Belgique! Vive le colonel!*». Marcharon frente a una multitud de espectadores, algunos de los cuales lanzaban vítores, pero otros —en especial, las mujeres— lloraban.⁹²

Aun así, la batalla todavía parecía una idea que no atemorizaba, sino

emocionaba. Jože Cvelbar era un artista joven y prometedor que ahora se disponía a servir en la infantería austríaca. Escribió a un amigo, con tono de confusión: «Solo Dios sabe si volveré; pero si lo hago, será como un hombre. Entiendo que los hombres crecen, en tales circunstancias ... Este año me han apabullado muchas cosas. He despertado de mis sueños. Había estado planeando viajar a Venecia».⁹³ El teniente Charles de Gaulle escribió: «Adiós, mis habitaciones, mis libros, mis objetos familiares. La vida parece ahora mucho más intensa, y las minucias más ínfimas sobresalen en relieve ahora que tal vez todo se esté acercando a su fin».⁹⁴ Pero afirmó no sentirse arredrado, como correspondía a un soldado profesional, al prever la «aventura desconocida» que él «glorificaba de antemano ... sin horror».⁹⁵ El capitán Plieux de Diusse fue de los que abrigaba ilusiones elevadas y gozosas: «“El frente”, palabras mágicas que evocan tal gloria y heroísmo que combina todas las más nobles y selectas cualidades humanas. Vetar el yo en el interés de la defensa de la nación ... Parto con una emoción apenas escondida».

El domingo 16 de agosto, un grupo jovial y efervescente, vestido con gris de campaña, pero adornado con condecoraciones relucientes, se reunió en la estación de Potsdam para subir a once trenes que transportarían al káiser, Moltke y sus estados mayores a un nuevo cuartel avanzado en Coblenza. Unos pocos días antes, el jefe del Estado Mayor había afirmado que «si queda algo de justicia en este mundo, nosotros debemos ganar esta guerra»; tal era aún el estado de ánimo de Moltke.⁹⁶ Para disgusto de los subordinados, y en deferencia a la frágil salud de Moltke, el káiser había permitido que los acompañara su esposa Eliza y la doncella de esta, para ofrecer consuelo doméstico al hombre que había contribuido más que nadie a hacer realidad la guerra. Cuando los vagones abandonaban la estación para su viaje nocturno, los pasajeros uniformados quedaron impresionados por la meticulosidad de los arreglos: todos los compartimentos tenían nombre y los asientos del restaurante quedaron distribuidos en cuanto arrancó el tren. Unos pocos, no obstante, se sintieron inquietos por aquella extravagante comodidad y las delicias de comida y bebida. Uno se preguntaba: «Pero ¿qué somos: auténticos guerreros o sibaritas?».

Un chaval de diez años, llamado Yves Congar, que vivía en Sedán, en el límite mismo de la frontera franco-alemana, había escrito con exuberancia el 29 de julio: «Solo puedo pensar en la guerra. Me gustaría ser soldado y combatir».⁹⁷ En su lugar, sin embargo, a los pocos días su comunidad sufrió las primeras manifestaciones brutales de la realidad del conflicto: la vanguardia de la hueste alemana cruzó la frontera de Francia. Los que ocuparon Sedán se apropiaron sin compasión de coches, caballos, vino y comida; incluso de los teléfonos de las casas. El padre de Yves Congar estaba entre los que fueron apresados como rehenes, para

asegurarse de la obediencia de la comunidad.

Los pies que pisaron las gotas de sangre inaugurales de la guerra fueron delicados. El primer soldado muerto que vio Florence Farnborough, una inglesa que prestaba servicio como enfermera voluntaria en Rusia, fue el mozo de un oficial, llamado Vasily, que murió en el hospital tras recibir una coz en la cabeza cuando el caballo de su superior enfiló el camino del frente. Florence se arrastró al depósito para observar el cuerpo, «tan pequeño, delgado y arrugado que parecía el de un chiquillo, antes que el de un hombre crecido. Tenía la cara de un color gris blanquecino —nunca antes había visto yo tal color en una cara— y las mejillas se le habían hundido».⁹⁸ Le habían puesto terrones de azúcar en los párpados, para mantenerlos cerrados. En adelante, en los campos de batalla, a los muertos se les negaría tales refinamientos. La obertura había terminado. El lugar de las fantasías de los primeros días de la guerra lo ocupaban ahora realidades terribles.

4

Desastre en el Drina

El frente occidental se convertiría en el reñidero de la guerra, pero la matanza empezó en el este, cuando el ejército austro-húngaro de Conrad Hötendorf lanzó su campaña de venganza contra Serbia. En las primeras horas del 29 de julio, los ciudadanos de Belgrado se despertaron con el fuego de los cañones de la fortaleza ribereña y fronteriza de Zemun. A las pocas horas, los monitores a vapor de pequeño calado de las fuerzas austríacas descendieron por el Sava y el Danubio y empezaron a bombardear la capital serbia, alcanzando algunos edificios próximos a la catedral. Las calles no tardaron en vaciarse. Se produjo una explosión atronadora cuando los soldados serbios detonaron cargas que derruyeron el puente fluvial que unía su país con el imperio de los Habsburgo. Para satisfacción de los ingenieros, los escombros cayeron sobre una cañonera austríaca, cuyos tripulantes se ahogaron, en su mayoría.

Muchedumbres ansiosas por huir asaltaron tres trenes en la estación de Belgrado, que acumulaban vapor con intención de partir hacia el este. Cuando por fin arrancaron, había familias vistosamente ataviadas, junto con sus posesiones portátiles, incluso en los techos de los vagones. Cuando los barcos de guerra austríacos empezaron a ajustar el alcance de su artillería sobre el primer tren, cundió el pánico: «El sonido de los cañonazos y las explosiones de los proyectiles se mezclaban con gritos y llantos terribles, de niños y mujeres presas del espanto», escribió Sveta Milutinović.¹ «Por suerte, no alcanzaron a nadie, porque el ingeniero jefe atravesó la zona letal a toda velocidad y luego giró hacia Topčider ... [Entre tanto, en Belgrado] tras la primera descarga, muchas mujeres empezaron a vestir a sus hijos varones con faldas y chales, al creer que los soldados enemigos no maltratarían a unas niñas».

Živan Živanović, oficial del Ministerio de Exteriores serbio, escribió: «La guerra que Austria-Hungría declaró a Serbia en julio de 1914 llegó de forma tan brusca e inesperada como un terremoto, un incendio o una gran inundación. Después de las guerras balcánicas, ¿acaso no necesitaba Serbia la paz más que nunca?». ² Tales afirmaciones eran insinceras, porque Živanović era cuñado de Apis, o Dragutin Dimitrijević, protector de los asesinos de Francisco Fernando. Incluso si el pueblo serbio no merecía el cataclismo que sacudió su país tras la declaración de guerra de Austria-Hungría, quienes estaban al cabo de las maquinaciones de la Mano Negra difícilmente podían alegar que se castigaba a inocentes, por mucho que, naturalmente, eso es lo que hicieron.

Los líderes serbios eran conscientes de que no podían aspirar a una victoria militar completa sobre Austria. Ahora bien, si su ejército lograba permanecer en el cuadrilátero hasta que sus poderosos aliados se impusieran en los campos de batalla de otras zonas, la guerra valdría de algo; de hecho, lo valdría todo. De las cenizas del imperio de los Habsburgo podría emerger un estado paneslavo: Yugoslavia. En las escuelas, se enseñaba a los niños, como parte de la geografía propia, la de las antiguas tierras serbias: Macedonia, Dalmacia, Bosnia, Herzegovina, Croacia, Banato y Bačka. La vista del otro lado del Danubio, según escribió con simpatía un visitante inglés, «es muy querida por todos los serbios, que miran con añoranza su antiguo imperio, y los hogares de sus compatriotas diseminados por los tiernos marrones, azules y amarillos de las llanuras».³ Esto los animaba a luchar: según un antiguo poema nacional, «soy serbio, nacido para ser soldado».

Entre tanto, en el otro bando, la casta dirigente austríaca se embarcaba en la guerra que había elegido echando al olvido el abismo que separaba la imagen que de sí mismo tenía su ejército, que se veía como un pavo real, y su realidad esclerótica. Alexander Brosch von Aarenau era un general destacado que había servido durante años como edecán de Francisco Fernando. El 29 de julio escribió exultante: «Más que Estados Unidos, Austria es un país con un potencial ilimitado. Ha pasado de golpe de la humillación y el agotamiento, la indolencia, la frivolidad y la cobardía, a un ánimo de tal gravedad, dinamismo y calma férrea, que uno se enorgullece sobremanera de la patria y de sus líderes. ¡Qué impresionante ha sido el ultimátum [a Serbia]! ¡Qué bien ha funcionado ... la posterior movilización! Y ahora, para imposibilitar toda interferencia gratuita, pese al gruñido del oso ruso, llega la declaración de guerra, ¡sorprendente incluso para un soldado! Cada golpe ha seguido al golpe previo de tal modo que ni la suma de Bismarck y Moltke [el Mayor] habría podido concluir la cuestión de una manera más digna, enérgica y ... habilidosa. Se ha pillado a Serbia completamente desprevenida ... y ahora se tambalea con las grandes potencias que han quedado del todo asombradas, y ya comprende que ninguna intervención podría resultarle útil».⁴ Las palabras de Aarenau ponen de manifiesto la complacencia con la que los comandantes de Austria —y ante todo, Conrad— vieron la catástrofe continental. Su estado de ánimo se contagió a los ciudadanos corrientes. Sigmund Freud escribió: «Quizá por primera vez en treinta años me siento austríaco, y quisiera dar otra oportunidad a este imperio para el que apenas cabe esperanza. El humor es excelente, en todas partes. Una iniciativa valiente ha tenido un efecto liberador».⁵

Austria había lanzado Europa a una gran guerra para castigar —en realidad, destruir— a Serbia. Pero ahora las potencias centrales se enfrentaban a oponentes mucho mayores y más peligrosos. Para poder lidiar con los aliados en el campo de batalla, era esencial cooperar estrechamente. El 30 de julio, el teniente coronel Karl

von Kageneck, agregado militar de Alemania en Viena, solicitó al segundo de Moltke «jugar con las cartas absolutamente descubiertas, con miras a no repetir la [negativa] experiencia de todas las guerras de coalición».⁶ Pero en absoluta contradicción con esta idea, no se hizo nada para conseguir una colaboración eficaz. La razón debería haber convencido a Conrad de enviar a Serbia tan solo una fuerza menor, que frustrara cualquier iniciativa de este país, mientras el gran grueso del ejército austríaco se enfrentaba a la amenaza rusa, en el norte, en la Galizia polaca. Solo cabía ocuparse de los serbios si antes se derrotaba a los rusos.

El káiser escribió a Viena el 31 de julio: «En esta dura lucha, es de la mayor importancia que Austria dirija su fuerza principal contra Rusia y no la divida lanzando una ofensiva simultánea contra Serbia. Esto es tanto más importante cuanto que una gran parte de mi ejército estará atada por Francia. En esta lucha de gigantes en la que nos embarcamos, hombro con hombro, Serbia interpreta un papel bastante subordinado, lo que exige limitarse a las medidas defensivas más absolutamente necesarias». Era de sentido común, pero Conrad no atendió. La pasión y un pensamiento confuso, en esto como tantas otras cuestiones, hicieron que el jefe del Estado Mayor austríaco dividiera sus fuerzas. Destinó diecinueve divisiones a combatir con las once de Serbia, y envió otras treinta a enfrentarse a las formaciones rusas en Galizia. Alemanes y austríacos se repartieron la culpa de la incapacidad de coordinar una estrategia; ambas naciones hicieron simplemente lo que a sus comandantes se les antojaba mejor. Conrad obligó a dos ejércitos de Bosnia, separados en principio por unos 110 kilómetros, a invadir desde el oeste Serbia y su aliado menor, Montenegro. A un tercer ejército, de Hungría, se lo consideró disponible durante tres semanas de agosto —como si fuera una temporada teatral limitada—, antes de desplegarse de nuevo en Galizia. Esta fuerza debía atacar por el sur, cruzando el río Sava al oeste de Belgrado.

Las operaciones contra Serbia estaban dirigidas por el general Oskar Potiorek, gobernador de Bosnia. El mismo hombre que había echado a perder las disposiciones de la seguridad de Francisco Fernando en Sarajevo fue invitado, un mes más tarde, a capitanear una operación militar crucial. Potiorek era un hombre soltero, que se había dedicado a la profesión como un monje a la suya, y aun así logró seguir ignorando cualquier aspecto de ella que fuera o moderno o importante; nunca había visto un día de acción. El ejército austríaco dispuso de una formación y unos equipos deficientes, y sus soldados eslavos sentían poca lealtad. Los comandantes hicieron caso omiso de detalles tan tediosos como la balística de la artillería;⁷ el propio Potiorek en persona fue el responsable de frustrar la compra de cañones de montaña modernos, que habrían sido de enorme valor en la geografía serbia. No había coordinación entre la infantería y la artillería. En una conferencia sobre estrategia de 1906, Potiorek atajó las conjeturas del Estado

Mayor sobre los problemas de abastecimiento: «¡Guerrear significa pasar hambre! Si empiezo hoy una operación con 200.000 hombres, sé que puedo lograr mis objetivos con tan solo 100.000».⁸

Cualquier ilusión de que Conrad y sus subordinados fueran figuras caballerescas, adornadas con la gracia de un salón de baile vienés, se desvaneció ante su brutal manejo de la guerra. Antes incluso de invadir Serbia, abrieron un segundo frente contra sus propias minorías sospechosas de deslealtad: el 26 de julio se impuso el gobierno militar sobre Bosnia y Herzegovina. Se arrestó a cientos de serbios, incluidos tres miembros del Parlamento austríaco. En Eslovenia se introdujo la ley marcial, proclamada por oficiales locales que iban de distrito en distrito en carruajes tirados por caballos. En cada cruce de caminos, la pequeña procesión se detenía, un tambor tocaba un redoble para pedir atención y un dignatario vestido con abrigo negro y sombrero de copa rojo leía la proclamación.

Los transeúntes apenas prestaban atención a la ceremonia porque, en palabras del esloveno Valentin Oblak, «no comprendían todas las consecuencias» del decreto, que eran en efecto draconianas. Los periódicos de oposición se cerraron; en Dubrovnik se llevaron a cabo cincuenta ejecuciones, y más en otros lugares. En Austria, algunos checos recibieron palizas brutales (una de estas víctimas acabó muriendo en Linz) por haber gritado, supuestamente, «¡Arriba Serbia!». Entre las consecuencias de tales acciones estuvo que varios miles de los dos millones de súbditos serbios del imperio cruzaran la frontera y se enrolaran en el ejército de Belgrado.

El pueblo de Serbia, en cambio, no solo se caracterizaba por un nacionalismo feroz, sino por conocer el oficio de la guerra. En las recientes guerras balcánicas, habían adquirido una experiencia de la que carecían los ejércitos del imperio. No temían al sacrificio; a varios visitantes extranjeros les llamó la atención la popularidad de *Coriolano*, la más sangrienta de las obras de Shakespeare, entre el público de los teatros serbios. Consideraban que el conflicto con Austria les proporcionaba una ocasión única para avanzar en la causa paneslava. De una población de cuatro millones, acertaron a movilizar la asombrosa cifra de medio millón de hombres, cuatro quintas partes de los cuales estaban ahora desplegados en la frontera occidental, a la par que sus aliados montenegrinos —45.000 soldados— tomaban posiciones más al sur.

Combatirían en sus propias montañas, con la ayuda de partisanos locales, a los que se conocía como *komitadji*. El corresponsal militar de *The Times* escribió que «no se debía desdeñar» al ejército serbio, pues daría «muchos problemas» a los austríacos;⁹ y estaba en lo cierto. Entre los soldados serbios había una camaradería más fuerte que las diferencias de clases, lo que además se traducía en pocas diferencias entre los grados: un soldado raso podía saludar a un oficial y luego

darle la mano como si se conocieran del mismo pueblo, de un modo inconcebible en ningún otro ejército en guerra. «En Serbia somos todos campesinos, y nos enorgullecemos de serlo», le dijo un coronel serbio a un corresponsal estadounidense.¹⁰ Sin embargo, tenían pocas armas: un tercio de los hombres movilizados en 1914 carecía de rifle, y la producción local de municiones era lenta. A finales de julio, la necesidad del país era tan extrema que la policía registró casa por casa buscando fusiles. Los uniformes eran restos harapientos de las guerras balcánicas; a muchos reclutas solo les pudieron dar guerreras y sombreros (*šajkače*), y a algunos, ni siquiera eso. El jefe del Estado Mayor dijo al Ministerio de Guerra que debía indicarse a los nuevos reclutas que se trajeran de casa las ropas y las botas, porque «no habría uniformes, al menos inicialmente». Pero a los serbios les gustaba combatir, y lo hacían bien. Al principio, se acercaron a la guerra como si fuera una aventura romántica: todos los regimientos avanzaron hacia el frente encabezados por dos o tres cíngaros, que tocaban gaitas o su variante nacional del violín, y entonaban canciones de amor, peanes a la victoria y cantos épicos.

Živan Živanović, el cuñado de Apis, describió así el optimismo febril: «La gente de Živkovci afirmaba: “Hemos derrotado a los turcos, hemos expulsado a los búlgaros, ahora les toca a los [austríacos]; si Dios quiere, les mostraremos quiénes son los mejores”». ¹¹ El geólogo Tadija Pejović se maravilló del ánimo de los soldados a los que veía marchar hacia el frente desde la base de retaguardia de Kragujevac, armados solo con palas y azadones. Bromeaban con ganas: «¡Son para enterrar a todos los suabos muertos!» (*Schwaben*, con el nombre que los serbios usaban por igual para los súbditos de Francisco José y de Guillermo II).¹² Y mientras que los austríacos solo desplegaron cañones de 10 centímetros y carecían de artillería pesada, los serbios tenían obuses modernos de 15 centímetros, y demostraron muy pronto que sabían usarlos.

El jefe de su Estado Mayor, el mariscal de campo Radomir Putnik, era un militar competente, aunque ya contaba sesenta y siete años; a pocos serbios les inquietaba su estrecha asociación con la Mano Negra. La crisis de julio encontró al duro veterano en un balneario húngaro, tras dejar los planes bélicos de su país cerrados en una caja de caudales de Belgrado, de la cual solo él tenía una llave. Para acceder a los documentos, los subordinados tenían que usar pólvora de algodón; los austríacos, en el último gesto cortés de la guerra, permitieron que el general regresara a su país cruzando su territorio. Tras un breve roce con la neumonía, el 5 de agosto August Putnik estaba en su puesto, dirigiendo las operaciones.

El gobierno serbio sabía que Belgrado, en la frontera danubiana del país con Hungría, era inmediatamente vulnerable; y evacuó hacia el este, a Niš, sus archivos y personal, junto con algunos diplomáticos cruciales, como el enviado de Rusia,

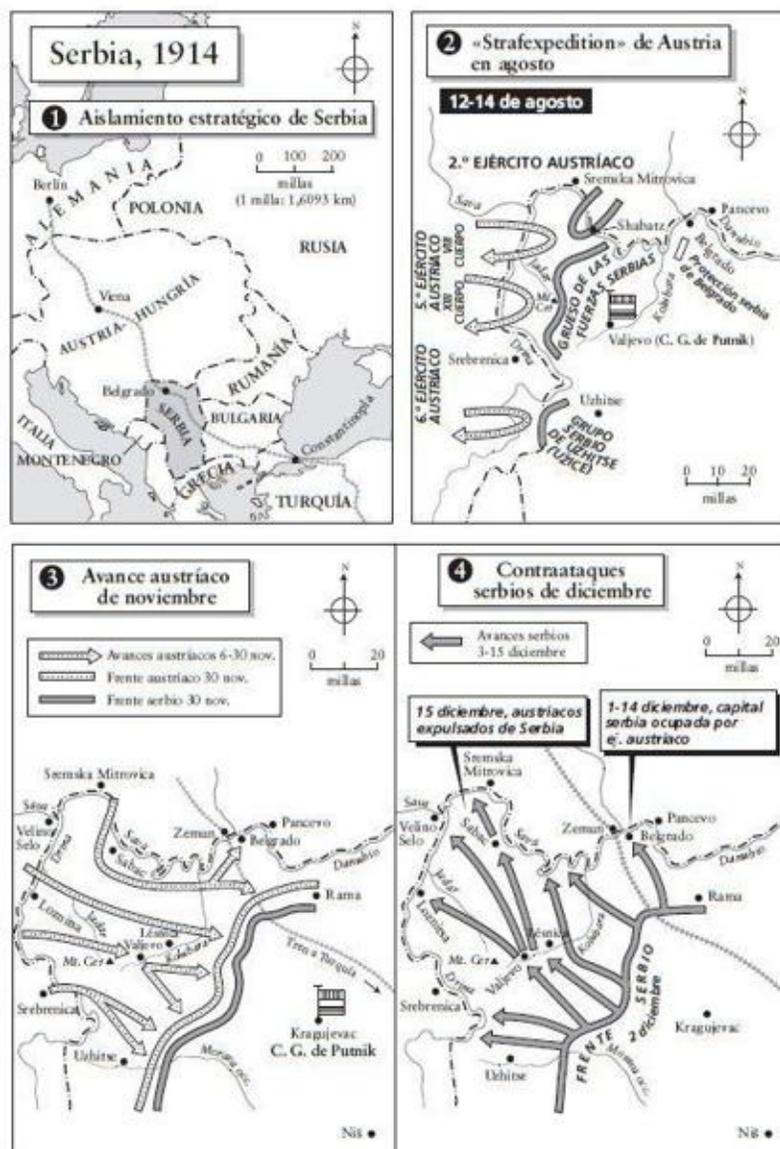
Vasily Strandman. Entre el caos de la movilización, los trenes se arrastraban el doble de lento que de costumbre. Una vez cómodos en sus nuevos cuarteles, los ministros serbios sitiaron la misión rusa con peticiones de armas y pertrechos; su primera solicitud consistió en 200.000 uniformes y cuatro transmisores de radio.¹³

Pese a todo, pervivió una despreocupación fundamental, que describió Milan Stojadinović, funcionario del Ministerio de Economía: «Seguíamos sin tener claro en qué nos estábamos metiendo nosotros y nuestro país ... Estábamos convencidos de que Serbia iba a ganar. Yo no lo podía entender entonces y sigo sin entenderlo ahora: ¿De dónde venía ese optimismo? ¿De dónde aquella insana fe en la victoria? Éramos cuatro millones contra cuarenta y cinco. Y sin embargo, esta fe en una victoria segura nos hizo abrazar la guerra satisfechos, contentos, felices, cantando canciones. En todo mi propio ministerio, durante los dos días y dos noches necesarios para preparar el traslado [a Niš], una canción se repetía constantemente, con pasión genuina y ojos brillantes, entonada por un grupo en su sala mientras otro descansaba en la sala vecina: “Bulgaria, traidora / vino a luchar a Bregalnica [batalla de la segunda guerra balcánica]. / ¡Ven, Austria, ven / a por el mismo destino!”». ¹⁴

Pero cuando los austríacos empezaron a bombardear la capital serbia desde sus cañoneras del Danubio y las baterías de la otra orilla, la húngara, los ciudadanos de Belgrado lo pasaron muy mal. Los policías corrían de una calle a otra entre los escombros y cristales rotos, polvo y personas que sangraban, y detonaciones estruendosas; advertían a los ciudadanos que se refugiaran o huyeran. Muchos reunieron cuantas posesiones podían llevar y se afanaron en alcanzar la precaria seguridad del campo, o bien pagaron pequeñas fortunas por un carro o carruaje que los llevara hasta allí.¹⁵ Cuando Živan Živanović vio por primera vez Belgrado bajo un bombardeo, «me pareció que la Ciudad Vieja merecía, sin duda, el nombre que le daban los turcos: “el hogar de la guerra”. De todas partes venían proyectiles que estallaban sobre la ciudad». ¹⁶

Slavka Mihajlović, doctora que ya había prestado servicio en los anteriores conflictos de su país, se maravilló de la manera en la que los que se quedaron en la capital se ajustaron a la nueva realidad: «En cuanto la artillería se paraba por un rato, los cafés abrían de nuevo y la gente volvía corriendo. Ante un vaso de vino y *rakia*, se enteraban de las últimas noticias antes de apresurarse a volver a casa en previsión de una nueva oleada de bombardeos. El fuego enemigo atacaba sin cesar zonas distintas de la ciudad, con la intención de sembrar el terror lo más ampliamente posible ... La comida suponía muchos problemas. En cada pausa del bombardeo, se veía a mujeres, niños y ancianos que corrían aquí y allá con cestos, intentando resolver sus necesidades lo antes posible». ¹⁷

Jovan Žujović, del Ministerio de Exteriores, pasó el 6 de agosto ayudando al personal del Instituto Geológico de Belgrado a empaquetar su preciosa colección de meteoritos. Pero una vez guardado todo, no había forma de sacar las cajas antes de que los austríacos retomaran el bombardeo. Al día siguiente, Žujović trabajó entre una multitud de ciudadanos que se esforzaban por salvar la biblioteca de la Asociación Francesa, incendiada por los proyectiles. Pese al empeño, quedó reducida a cenizas, igual que, aquella noche, buena parte de la universidad de la ciudad. Era evidente, según escribió con amargura el autor del diario, que los austríacos apuntaban contra instituciones culturales. Así, hizo trasladar a su propia casa, para custodiarla, la colección de meteoritos.¹⁸



Entre tanto, más al sur y al oeste, envueltos en nubes de polvo, dos ejércitos

austriacos recorrían Bosnia hacia las fronteras de Serbia y Montenegro en el río Drina. La infantería, doblada por los casi treinta kilos de peso de las mochilas, sudaba prodigiosamente en el calor del verano. Les habían dado raciones adicionales de carne enlatada, que ahora la mayoría prefirió tirar, antes que seguir cargando; pero luego lo lamentaron, porque los carros de abastecimiento y las cocinas de campaña del ejército iban muy por detrás de los soldados. «El lunes, marchamos de Jablanica a Rama», escribió Matija Malešič, del regimiento del *Graf von Lacy*. «El calor era terrible. Sed, sed, sed, el equipo, pesado como el plomo, un calor insufrible, y aun así teníamos que seguir andando, seguir andando. Es tan duro que uno se pregunta, instintivamente, para qué lo han traído a este mundo. ¿Solo para sufrir?»¹⁹

Los conductores austriacos castigaron los pocos y preciosos vehículos motorizados al recorrer a velocidades imprudentes las pistas balcánicas, irregulares y sin asfaltar. El chófer voluntario Alex Pallavicini escribió con aire desesperado, el 6 de agosto: «Si seguimos así, nuestros coches no tardarán en reventar. La gente parece creer que un automóvil es algo indestructible».²⁰ Las muchedumbres humanas e interminables columnas de carros y de baterías de artillería llenaban todas las vías bosnias de acceso al frente, lo que dificultaba llevar raciones a las vanguardias. Según escribió Pallavicini tras un día de ajeteo entre un tráfico caótico: «Da la impresión de que este atasco no se resolverá jamás. He tardado más de nueve horas en recorrer 40 kilómetros». Algunos soldados le dijeron al cabo Egon Kisch que habían hallado el cuerpo de un camarada al que los serbios habían cortado la cabeza y los brazos y desollado las piernas. Kisch escribió con una cautela razonable: «Si la historia es cierta —aunque lo dudo—, entonces los serbios han mutilado a ese pobre hombre no por complacerse en la animalidad, sino para asustarnos antes de que nos enfrentemos a ellos».²¹

Mientras se acercaban al río Drina, los hombres quedaron desconcertados por lo que Kisch describió como numerosas «grandes moscas zumbadoras».²² Al fin, estos inocentes comprendieron que estaban oyendo pasar las primeras balas. El 10 de agosto, los soldados de Potiorek empezaron a preparar el paso del río por tres puntos, al oeste y sur de Belgrado, a entre 80 y 160 kilómetros de la ciudad. En Batar, una formación avanzó por un pontón flotante recién construido, que unía Bosnia y Serbia, encabezados por una banda que tocaba aires marciales. Un proyectil serbio cayó en el medio y mató a algunos intérpretes y arrojó a otros al agua. La música dejó de sonar.

El grueso de las tropas austro-húngaras se había reunido en la oscuridad, en la orilla occidental, presto a cruzar al amanecer, bajo un bombardeo de cobertura. Pero de pronto, sus propios proyectiles empezaron a quedarse cortos y explotar en

el agua o incluso entre los mismos infantes a la espera. El cabo Kisch vio estallar una bala en la copa de un árbol bajo el cual se habían reunido, con sus mejores galas, un comandante de división y su Estado Mayor. «*Herrgott!*», exclamó el general, conmovido. «Nos ha ido de poco. Será mejor que nos retiremos.»²³ Al amanecer, no obstante, los defensores serbios se retiraron de la otra orilla y cedieron el paso del Drina a los invasores.

Potiorek no parecía inquieto por estas deficiencias casi más propias de una farsa. En su diario escribió, con cierta autocomplacencia, el 12 de agosto: «Hoy ha comenzado mi guerra». Solo el día 15, los austríacos establecieron una base firme en la orilla oriental y empezaron a avanzar muy lentamente. Alex Pallavicini escribió: «Todo el horizonte está lleno de columnas de humo que señalan el movimiento de nuestras tropas. No dejan de aparecer nuevos incendios: hay por todas partes balas de paja que parecen dispuestas para ese fin. La artillería enemiga dispara intensamente. El espectáculo se asemejaba a un espléndido ejercicio de campo».²⁴ El relato del cabo Kisch contrasta por su tono de pesar: una marcha incesante interrumpida tan solo por breves cabezadas a campo abierto; ropas y equipo empapados por el paso de los ríos. «Aunque el enemigo estaba delante de nosotros, nos enfrentábamos a otros oponentes aún más terribles: las mochilas que llevábamos a la espalda; el agotamiento; arbustos espinosos que rasgaban la ropa y arañaban la piel; ortigas irritantes; hambre; helor nocturno tras el calor de las tardes. Así avanzamos hasta Lešnica. De vez en cuando dejábamos atrás una *kutja* [casa de madera] o una aldea saqueada. No había más signo de vida que algunas gallinas.»²⁵

La invasión de Serbia topó con una resistencia generalizada de civiles armados. Los franceses habían empleado esas tácticas en su guerra de 1870-1871 con Prusia, y también se utilizarían repetidamente en la segunda guerra mundial. Pero en 1914, Serbia fue el único frente donde se convirtieron en habituales, para mayor furia de los austríacos. Alex Pallavicini notició que le habían disparado guerrilleros que se ocultaban en enormes campos de cereales, varios kilómetros por detrás del frente.²⁶ Mientras una unidad austríaca avanzaba por un bosque, un *komitadji* apareció de repente y disparó a quemarropa al teniente Hugo Schulz, que cayó muerto. El serbio también cayó fusilado, pero los austríacos que miraron su cadáver afirmaron que aún tenía los ojos abiertos y se le veía una sonrisa en el rostro, «como si estuviera satisfecho de haber trocado su propia vida por la de un oficial enemigo».²⁷ En su mayoría, los partisanos adoptaron un enfoque más sutil: esperaban a que las tropas enemigas hubieran pasado y disparaban por la espalda, lo que desataba el caos y una lluvia de tiros descontrolada.

«[Nuestros hombres] se dispersaron como gallinas asustadas», escribió Egon

Kisch, «disparando a diestra y siniestra, delante y atrás sin ningún enemigo a la vista y sin que se diera orden alguna. Así, hirieron a gran número de los nuestros ... Solo unos pocos hombres abrieron fuego, pero causaron mucho daño. Por detrás de mí, un cabo no cesaba de hacer sonar su silbato, con la intención de cortar el fuego. De pronto oí caer un cuerpo, me volví y le vi tirado en el suelo, sangrando por la frente. Al cabo de un momento, dejó de moverse. Se requirieron diez minutos para que los silbatos y las órdenes gritadas interrumpieran el fuego y pudiéramos retomar la marcha. En nuestro camino, vimos cosas horribles: algún que otro serbio muerto, pero muchos más camaradas heridos de nuestro propio regimiento. Esta fue nuestra primera escaramuza.»

Los austríacos estaban resueltos a lidiar la guerra según sus propias normas. Entendían la actividad de las guerrillas como una afrenta y, además, temían que cualquier éxito serbio despertara la simpatía y la sublevación de las minorías eslavas del imperio. En la Bosnia de los Habsburgo, adoptaron una política de represión preventiva: hacían subir a trenes a grupos enteros de súbditos serbios de Francisco José, como rehenes, y los amenazaban con ejecutarlos sumariamente si se producía cualquier ataque o sabotaje de los *komitadji*. Entre tanto, en Serbia, un comandante dijo a sus oficiales que se aseguraran de que sus hombres estaban al corriente de «nuestra superioridad numérica y moral, hasta el punto del fanatismo».²⁸ El jefe de la inteligencia austríaca, el coronel Oskar von Hranilović, ya había advertido de la probabilidad de toparse con guerrillas. Se acordó entonces que se respondería a la resistencia con la aplicación implacable del *Kriegsnotwehrrecht*: la ley marcial de autodefensa.

Así, millares de civiles serbios, en su mayoría inocentes, murieron fusilados o colgados de manera sumaria. El 16 de agosto, por ejemplo, se arrastró ante el coronel del 11.º regimiento de infantería a cinco «Tschuzen» (campesinos eslovenos o croatas) a los que se acusaba de ser partisanos.²⁹ El ayudante del regimiento preguntó: «¿Quién los ha visto disparar?». Algunas voces respondieron rápidamente: «El capitán y diez hombres». Se llevó a los infortunados campesinos ante un terraplén, se les ordenó arrodillarse y se los fusiló. El relato de estos incidentes por parte de Alex Pallavicini abunda en detalles circunstanciales, pero se antoja apresurado aceptar sin más sus acusaciones contra las víctimas serbias. Describió que, el 17 de agosto, dispararon contra su columna desde un campo de cereales, por detrás del frente. Las patrullas austríacas a las que se envió a investigar regresaron con sesenta y tres prisioneros; afirmaban que entre las personas armadas con fusiles habían dado con mujeres y niños, y con un sacerdote en posesión de granadas.

«Al cabo de una hora», escribió Pallavicini, «solo se veía una fosa común. Para no inquietar a [nuestros] soldados con [el sonido de los] disparos, se mató a

esta gente a golpe de bayoneta. Decían que al sacerdote le habían arrancado la barba; después de las atrocidades que habían sufrido, nuestros hombres estaban así de furiosos. Por la tarde conduje hasta Losnitza, donde había catorce [serbios] pendientes de una horca. El *Oberstleutnant* Kokotović había ordenado colgarlos. Desde algunos tejados todavía se disparaba contra nuestras tropas. Sentimos un odio incontenible contra ellos, y todos son enemigos nuestros. La población es tan traidora que siempre debo contar con que quizá me maten a tiros un niño o una anciana, por serviles que parezcan sus rostros ... No estamos luchando contra un ejército de 300.000 soldados, sino contra toda una nación. Es una guerra que parece impulsada por el fervor religioso. Los sacerdotes son los peores agitadores, y los monasterios, los centros principales de agitación.»³⁰

Un rasgo llamativo de las muchas ejecuciones de civiles perpetradas en el frente oriental, sobre todo por parte de los austro-húngaros en Serbia, es que se las fotografió y las imágenes se publicaron. Era así porque, lejos de verse desde Viena como un motivo de vergüenza, la matanza punitiva de supuestos espías y francotiradores era una faceta importante de su forma de actuar; Conrad quería que lo supiera cuanta más gente, mejor. Los verdugos mostraban los cuerpos ante la cámara como un cazador que exhibe sus trofeos animales.³¹ Un oficial austríaco en Serbia escribió el 24 de agosto:

Me encontré una columna de treinta [supuestos francotiradores] reunidos para su ejecución. Los acompañaba una muchedumbre, entre la que estaban el príncipe Odescalchi y el teniente Weiss, que no pudieron contenerse de abofetear a aquellos pobres desgraciados, pese a que estaban atados. Intentamos contenerlos, pero fue del todo imposible. El espacio de ejecución estaba en el margen del bosque que había por detrás del monasterio. Los [serbios condenados] debían cavar sus propias tumbas. Entonces se los sentaba delante de la fosa y se los bayoneteaba de cinco en cinco; a cada hombre lo apuñalaban tres infantes. Era un espectáculo truculento. Odescalchi se comportaba como una fiera y habría querido participar. Era terrible ver cómo se echaba la tierra sobre las víctimas cuando algunas aún estaban vivas — y, de hecho, se esforzaban por salir de la fosa— y ver que algunas se levantaban de la tumba. Nuestros hombres se portaron como salvajes. Yo no pude soportar aquel espectáculo y me marché de allí.³²

El general Kasimir Lutgendorf, comandante de división en Serbia, hizo ejecutar a 120 habitantes de la ciudad de Šabac, el 17 de agosto, por haber participado, según se dijo, en una guerra callejera.³³ En realidad, el ejército serbio había evacuado Šabac sin ofrecer resistencia y dejando tras de sí solo a mujeres, niños y ancianos. Sigue siendo un misterio por qué Lutgendorf ordenó estas ejecuciones, aunque era igualmente implacable con sus propios soldados. En la tarde de aquel mismo 17 de agosto, el general recibió un informe sobre tres hombres —el soldado Josef Ebert y los auxiliares médicos Franz Buzek y Josef Douhlik— que habían bebido aguardiente requisado hasta el sopor etílico y luego se habían puesto a disparar sus rifles como locos.

Sin más discusiones, Lutgendorf ordenó ejecutar a aquellos desaprensivos, como ejemplo para los demás. Para no desperdiciar balas, decretó que se los cosiera a bayonetazos en público. La noche siguiente, mientras los desgraciados gritaban proclamando su inocencia, los condujeron hasta la iglesia de Šabac, frente a una gran multitud, y un sacerdote les dio la absolución. Hubo una demora porque el pelotón elegido se negó a cumplir con su papel y hubo que designar a otras bayonetas. El acto posterior fue de farsa negra, cuando llegó el comandante de corps y general Karl Tersztyanzky corriendo y se adelantó agitando la gorra y exigiendo que se interrumpiera la ejecución. Llegaba tarde: tres de los soldados habían muerto. En 1920, un tribunal austríaco juzgó y condenó a Lutgendorf por estas muertes. Sin embargo, nunca se le incriminó por el asesinato de los civiles de Šabac. Se calcula que, durante las dos primeras semanas de su campaña de agosto, los austríacos mataron sumariamente a unos 3.500 civiles. Conrad no se arrepentía y afirmaba que «la población, incluidas las mujeres, ha participado en la batalla y perpetrado atrocidades contra las tropas austríacas ... Nadie que conozca la mentalidad y el nivel cultural de los pueblos balcánicos se asombrará de ello».³⁴ Se dice que los húngaros, enemigos tradicionales de los serbios, fueron los responsables de algunos de los crímenes más graves contra la población civil.

Entre tanto, en las áreas avanzadas, los soldados austríacos empezaban a pensar que el enemigo sabía qué debía hacer mucho mejor que sus propios comandantes. Los artilleros serbios habían inspeccionado el terreno y alineado los cañones de antemano. Sus tácticas se caracterizaban por el ingenio y la habilidad: tras ser atacados el 18 de agosto, los serbios emprendieron una retirada ágil y, tras alcanzar unas obras de campaña preparadas a tal fin, abrieron fuego. La persecución austríaca se desintegró, pues los soldados fueron arrojándose donde podían, en busca de cobertura. Entonces los serbios empezaron a arrojar granadas, lo que alarmó a las tropas del imperio, que nunca habían visto tales armas. Un serbio gritó, en alemán: «Oficiales, ¡un paso adelante!». Cierta capitán Wagner tuvo el reflejo de obedecer y fue abatido a tiros. Los comandantes austríacos seguían obstinados en no recurrir a la cautela. Cuando se advirtió a un cuartel que, en lo alto de una colina que esperaban subir, los serbios tenían fortificaciones de campaña y búnkeres de hormigón, el Estado Mayor desdeñó el aviso alegando que «tal manera de luchar les parecía inverosímil».³⁵ Las tropas pagaron la factura en bajas.

Los soldados austríacos también quedaban desconcertados por un torrente confuso de órdenes y contraórdenes. Mientras las andanadas y los proyectiles serbios erosionaban las columnas enemigas, los recién llegados a la batalla se esforzaban por hallar figuras retóricas capaces de expresar sus sonidos infernales. El médico austríaco Johann Bachmann comparó el fuego de los fusiles con las gotas de lluvia que tamborilean sobre un tejado durante una tormenta, y la artillería,

con el ruido sordo de golpear con fuerza un bastón contra un paraguas abierto, seguido de una reverberación «similar a una cuerda de bajo pulsada con energía. Como melómano, intenté determinar su altura y resolví que se aproximaba a la nota La de un bajo».³⁶ La intendencia casi se vino abajo.³⁷ Los soldados cada vez pasaban un hambre más feroz y saqueaban las mochilas de los camaradas muertos y heridos en busca de alimento.

Los invasores atacaron a los serbios atrincherados en una posición alta, designada como Colina 404. Tras un duelo feroz de artillería y armas menores, los defensores se retiraron; pero los austríacos sufrieron pérdidas graves, especialmente entre los oficiales que se adelantaban montados sobre sus corceles, con los sables desenvainados al sol «como si quisieran ofrecer a los *komitadji* el blanco más definido posible», en palabras de un soldado asombrado por tal actitud.³⁸ Cuando se extinguieron los ecos de aquella pequeña batalla, los invasores entraron en la población de Slatina. Aquí, por primera vez, hallaron algunos civiles que expresaron su sorpresa al descubrir que la mayoría de los soldados que estaban arrasando sus campos eran checos y, por lo tanto, «hermanos eslavos».

Al cabo Kisch se le cayó una preciada pastilla de jabón en el estanque de la población, donde desapareció para siempre. «La busqué con la mirada, nostálgico. Era un último fragmento de civilización.»³⁹ Le irritaba la creciente convicción de que, en Europa, salvo él mismo, todo el mundo aprovechaba la guerra para ganar dinero. En una posición apesada, estudió una miscelánea de la munición que usaban los serbios. Muchas balas, según pudo observar con enfado, eran de fabricación austríaca y alemana, pues se leía: «Hirtenberger Patronen-, Zündhütchen- und Metallwarenfabrik vorm. Keller & Co., Manfred Weiß Budapest»; comprobó que unos cartuchos turcos venían de la Deutsche Metallpatronenfabrik de Karlsruhe; sobre la munición rusa se había impreso: «Niemiezkaja fabrike oruschia I munizii» y el nombre de Berlín. «Otras cajas proceden de París o de Lieja o, prudentemente, no lo indican.»⁴⁰

La fase decisiva de esta primera campaña serbia comenzó el 15 de agosto, cuando los austríacos se dispusieron a asaltar las formaciones que defendían el monte Cer, al este del Drina, a unos 30 kilómetros de distancia. Era una meseta de unos veinte kilómetros de longitud por cuatro de anchura, situada entre montañas de casi 1.000 metros de altura, que se elevaban sobre extensos campos de cereales. Para la infantería austríaca, cargada con mucho peso, la ascensión fue dura; y la artillería no les podía acompañar. Las guerrillas de *komitadji* disparaban desde los bosques de alrededor. En la tarde del 15, entre un temporal de lluvias torrenciales, los invasores alcanzaron la meseta. A la 1 de la madrugada, las tropas serbias cercaron los vivacs austríacos y se anunciaron a los centinelas, que nada

sospechaban, como croatas del imperio. Acto seguido, en la oscuridad, abrieron fuego con sus rifles contra un enemigo que dormitaba en completa desorganización. Los soldados serbios gritaban: «*Kuku Mayka!*» («¡Santa Madre, ayúdame!»), pero eran sus enemigos los que estaban necesitados de asistencia divina.

La mayoría de los oficiales austríacos murieron mientras intentaban reunir a sus hombres, incluido Joseph Fiedler, que fue el primero de los treinta y cinco coroneles de los Habsburgo que hallaron la muerte aquellos días. El comandante de división tomó un fusil y luchó a escasa distancia de los serbios, junto con su Estado Mayor. Se siguieron varias horas de refriega confusa, hasta que, al amanecer, ambos bandos se retiraron, temporalmente exhaustos. Luego los serbios trajeron refuerzos y artillería. Observados por su monarca, el rey Pedro, desde una colina cercana, fueron batiendo a los desmoralizados austríacos hasta que al fin se replegaron.

Los serbios pagaron cara la victoria, pues perdieron a cuarenta y siete oficiales y casi 3.000 soldados; en un regimiento quedaron heridos o murieron los cuatro comandantes de batallón y trece de los dieciséis comandantes de compañía. La caballería que acosaba a la retaguardia austríaca se encontró de pronto ante una unidad de ametralladoras que, tras uno o dos minutos de fuego, aniquiló a dos escuadrones que cometieron la imprudencia de cargar contra estas; era una primera prueba de la vulnerabilidad de la caballería contra las armas modernas, lo que quedaría aún más de manifiesto en Francia. Pero las pérdidas austríacas fueron muy superiores. Tanto en la batalla como a posteriori, las guerrillas los hostigaron a cada paso. El monte Cer entró en el folklore serbio como una victoria histórica. El 20 de agosto, los supervivientes de la batalla se retiraron tambaleantes a Bosnia, de donde venían, tras sufrir 28.000 bajas y ofrecer a la Entente su primera victoria en la guerra. La respuesta más lógica de Austria habría sido despedir a Potiorek, que había presidido el fiasco. Pero la influencia en la corte de Viena bastó para salvar la comandancia del general e incluso la de Conrad. Se optó por culpar a las desgraciadas tropas checas que habían sido la punta de lanza de la operación; se dijo que habían dejado en la estaca a su emperador. Una investigación oficial del desastre del monte Cer concluyó que los soldados de etnia alemana habían sido los únicos, entre los presentes, que cumplieron con su deber.

Los serbios carecían de la fuerza precisa para, acto seguido, aprovechar el éxito saliendo en pos del enemigo en retirada hacia el oeste. Pero el día 20, por la insistencia de Conrad, el ejército imperial que se oponía a Serbia en la frontera húngara empezó a marchar hacia Galizia, lo que debilitó seriamente las fuerzas de Potiorek. Algunas tropas austríacas continuaron avanzando en el interior de Serbia, por breve tiempo y en un estado de privación y desmoralización. El infante Matija

Malešič escribió, el 21 de agosto: «Entre un calor espantoso, nuestro camino nos hace subir las colinas desde Konjice. No se nos permite beber agua según deseamos, pese a que marchamos inmediatamente a la derecha [de un río]. Todo se asemeja a unas maniobras y, sin embargo, ¡es tan distinto!». ⁴¹ Tres días más tarde, añadió: «Solo ahora he comprendido que esto será real; cuán horrible será el combate contra una nación dura, experta y valiente, que lucha por su existencia: literalmente, por su “ser o no ser”. Esta es una noche hermosa, estrellada, y yo estoy estirado sobre el suelo desnudo; acabo de rezar y levantar la mirada al cielo, pensando cuánto echo de menos la Carniola [su región natal en Eslovenia], mi madre y una vida idílica que no supe apreciar en lo que valía. Probablemente, nunca tendré ocasión de disfrutar de nuevo de ella».

Pronto, las columnas austríacas que seguían en Serbia cedieron a lo inevitable y se replegaron. Los hombres tenían la garganta tan seca que, cuando estalló una tormenta, sacaron sus tarteras de lata para atrapar la lluvia. Todas las unidades dejaron tras de sí una estela de restos: mochilas, sombreros, sables, rifles. El teniente de la reserva austríaca Roland Wüster usó su revólver por vez primera para intentar matar a un caballo desfallecido. Tras disparar por tres veces al animal, no obstante, este aún logró ponerse en pie y alejarse lentamente. Un superior exasperado ordenó al joven desconcertado que rematara el trabajo con un pico. Los hombres heridos quedaron abandonados en los hospitales de campaña, por la falta de transportes de evacuación. Egon Kisch escribió desesperado: «El ejército está vencido y, de hecho, aplastado, y ahora emprende una retirada precipitada en gran escala». ⁴² Él mismo compró un asiento en un carro, por dos cigarrillos: «Una horda arrasadora huyó de regreso hacia la frontera, en un estado de terror ciego. Los cocheros azotaban a sus caballos ... oficiales y soldados por igual intentaban abrirse paso entre las columnas de carro o por los terraplenes del exterior de los caminos».

Alex Pallavicini describió el pánico entre las filas austríacas cuando una nube de polvo lejana, y la noticia de que se estaba atacando un tren de pertrechos, sugirieron que tenían a los serbios en los talones. Los generales y oficiales del Estado Mayor saltaron a sus coches y cruzaron en ellos el Drina, haciendo caso omiso de los gritos de los heridos, que rogaban que no los abandonaran. «La carretera está sembrada de personas y caballos muertos y heridos. Todo el mundo salió corriendo hacia los puentes. La migración entera continuó hacia Brčko [en la orilla austríaca]. Muchos caballos se ahogaron en el Drina.» ⁴³ Como los fugitivos eran fáciles de ver, la artillería serbia aceleró su huida con andanadas de proyectiles de metralla. Muchos caballos austríacos, gravemente heridos, sufrieron muertes prolongadas porque ninguno de los que huían dedicó el minuto o la bala precisos para poner fin a sus padecimientos. Otro soldado escribió: «El ejército está

derrotado y huye de un modo ciego, salvaje y caótico ... Una multitud desordenada se lanzó, con un miedo demencial, hacia la frontera ... Los hombres se pisoteaban unos a otros con las prisas».⁴⁴

La maestra austríaca Itha J., belicosamente nacionalista, escribió en su diario el 17 de agosto: «Nos duele el corazón al pensar en nuestros soldados ahí afuera, en los campos. ¡Cumplen con su deber entre el fango y la suciedad, estirados en marismas y trincheras! Hace cincuenta años que no hemos tenido guerras y nuestros hombres no están habituados a esta clase de tensión».⁴⁵ Estaba en lo cierto. El 24 de agosto por la tarde ya no quedaba ni un austríaco en suelo serbio, salvo 4.500 prisioneros. Los serbios habían perdido a 16.000 hombres, entre muertos y heridos, y los austríacos a más del doble; el coste habría parecido terrible, de no enmarcarse en el contexto de la masacre que pronto sacudió toda Europa. El imperio de los Habsburgo, servido por oficiales incompetentes y soldados mal dispuestos, se había humillado a sí mismo. Un diminuto país balcánico demostró ser capaz de vapulear a los invasores austríacos hasta el punto de que solo una chusma cruzó de regreso el Drina.

De vuelta en casa, al mismo tiempo que el ejército de Francisco José sufría el desastre, el pueblo austríaco celebraba las noticias fantásticas que traía la prensa sobre sus supuestos triunfos. Itha J. escribió en su diario, el 22 de agosto: «¡Maravilloso! ¡Maravilloso! En nuestros corazones desborda la exultación; hemos obtenido una gallarda y gloriosa victoria tras una dura batalla contra esa banda de fanáticos serbios, destruyendo treinta batallones serbios ... Se dice que hemos perdido a muchos, muchos de nuestros valientes. Pero la victoria es nuestra ... Nos quedamos en los cafés hasta muy entrada la noche, a la espera de todos los detalles».⁴⁶ Al día siguiente, sin embargo, su humor cambió abruptamente. Mucho más sobria, se preguntó por qué, tras haber destruido «treinta batallones serbios», los vencedores habían «regresado a sus antiguas posiciones».⁴⁷ Reflexionaba, inquieta: «Se dice que “el enemigo no obstaculizó la retirada ordenada”. Pero ¿a qué retirarse, si han vencido? Corren por la ciudad toda clase de rumores. Los oficiales dicen que tenemos en Serbia un número de soldados demasiado corto ... Uno decía que los serbios habían apalizado de tal modo a 8.000 hombres de nuestro amado [regimiento] vienés Deutschmeister, que solo quedan 400 supervivientes. ¿No es espantoso? ¿Y a quién hay que culpar?».⁴⁸

Los hombres de las unidades austríacas destrozadas, que ahora acampaban tras la orilla occidental del Drina, culpaban a sus comandantes: «Nuestros generales son unos asnos viejos e ineptos ... La gente que ha empezado esto es responsable de cientos de miles de tragedias».⁴⁹ En Lanja, en Bosnia, un regimiento pasó revista para distribuir el correo. Cuando se nombraba en vano a un hombre tras otro, desde

las filas se oían voces que gritaban: «¡Está muerto!». Se publicaron las primeras listas de bajas. En una sola semana, la unidad del cabo Kisch ya no podía contar con sesenta y nueve oficiales (veintitrés de ellos, muertos) y un millar de hombres. Esto representaba un 71 % de bajas entre los oficiales y un 25 % entre la tropa.⁵⁰ El médico de un batallón escribió a su casa angustiada, explicando que su unidad había perdido ocho oficiales y doscientos soldados: «[nuestros hombres] pasan un hambre terrible, y ... combatir en Serbia ha resultado muy difícil por el hecho de que toda la población participa en la batalla».⁵¹ Más al sur, incluso el minúsculo ejército de Montenegro fue capaz de desalojar su cuota de invasores.

Hacia finales de agosto, se sabía en todo el imperio de los Habsburgo que el ejército de Francisco José había sufrido en Serbia pérdidas terribles; según algunos informes —que demostraron ser exactos—, en el río Sava flotaban incontables cadáveres austríacos. Itha J. escribió: «El corazón se para, siento ganas de chillar... y borrar de la imaginación esta imagen espantosa».⁵² El gobierno presentó una nueva versión de los hechos y anunció que la expedición de castigo contra Serbia carecía de importancia en el conjunto del esfuerzo bélico de la nación; pero no engañó a nadie. «Este boletín causó una impresión horrorosa», escribió el Dr. Eugen Lampe, sacerdote esloveno.⁵³ «Todo el mundo pasó del triunfalismo a la melancolía. Si no podemos lidiar con los serbios, ¿qué sucederá en Rusia?»⁵⁴ Y en efecto, ¿qué podía pasar? Los soldados austríacos recibieron con disgusto los periódicos que comunicaban aquella clase de nuevas valoraciones. Se les decía que, con la entrada de Rusia en la guerra, el frente serbio se había convertido en «algo puramente secundario»; que lo de Serbia solo pretendía ser una correría. Después de aquel «éxito», las unidades se habían «retirado para preparar una nueva incursión». Egon Kisch y sus camaradas estaban furiosos con aquellas afirmaciones «completamente falsas y engañosas».

Los oficiales austríacos respondieron a la derrota imponiendo medidas duras —más aún: salvajes— para mejorar la disciplina antes de la siguiente batalla.⁵⁵ Como castigo por comerse las raciones de emergencia, algunos soldados quedaron atados a un árbol bajo el sol durante todo un día. A Kisch, esta historia le recordaba desagradablemente el trato que los «pieles rojas» de Estados Unidos administraban a los blancos que apresaban. A los soldados aburridos se los obligaba a marchar y ejercitarse fuera del campamento, para sostener la moral, se les decía; entre tanto, sus comandantes planeaban la renovación de la campaña. Kisch escribió con aire de sarcasmo que seis u ocho horas de instrucción al día «es sin duda el mejor modo de lograr que todo el mundo se sienta feliz».⁵⁶

El 28 de agosto, los serbios realizaron una modesta incursión propia en territorio imperial: sus tropas cruzaron el río Sava al oeste de Belgrado y ocuparon

la ciudad húngara de Zemun. El comandante de la flota austríaca del Danubio informó de que la población local «dio la bienvenida a las tropas serbias con gran entusiasmo, arrojando flores y agitando banderas».⁵⁷ Al día siguiente, el puente ferroviario del Sava que unía Belgrado con la orilla enemiga, que había sido destruido por los serbios al desatarse las hostilidades, se reparó lo suficiente para permitir el tránsito a pie. Jovan Žujović fue uno de los que cruzó hacia el norte, para ver su ciudad bombardeada desde las antiguas posiciones de la artillería austríaca y obtener algunas fotografías. Muchos de los habitantes de la húngara Zemun, a su vez, aprovecharon para pasar a Belgrado. Al ser de etnia serbia y tener simpatía por este país, no querían estar al alcance de la venganza cuando los austríacos volvieran. Entre tanto, más al sur, en los primeros días de septiembre, unos cuarenta batallones serbios y montenegrinos entraron en Bosnia, donde se produjeron, durante las semanas posteriores, escaramuzas de poca intensidad.

El gobierno serbio, que ahora tenía un respiro, se esforzó por lograr toda clase de ayuda de sus aliados, lo que representaba dificultades prácticas de primer orden para un país sin salida al mar y con comunicaciones deficientes. El 7 de septiembre, el ministro de Exteriores británico escribió, con la elaborada formalidad de la época: «Sir E. Grey presenta su felicitación al ministro serbio y ... tiene el honor de informarle de que se ha recibido un mensaje del encargado de negocios de Su Majestad en El Cairo, transmitiendo que se han dado instrucciones para permitir la exportación de 3.000 sacos de arroz a Serbia».⁵⁸ Pero los desdichados serbios necesitaban mucho más que el suministro de unos pocos días de arroz. Su guerra, lejos de haberse vencido, solo acababa de empezar.

En los primeros días de septiembre, los austríacos lanzaron una segunda invasión. Llegaron refuerzos para completar las menguadas filas de los regimientos de Potiorek. Se dio un guía eslovaco a cada unidad.⁵⁹ Los oficiales de un batallón, como no sabían hablar la lengua del hombre que se les había designado, intentaron explicarle en lenguaje de signos que ahora se hallaba sometido a la justicia militar y, si desertaba, se le ejecutaría. Pero el infortunado campesino lo entendió mal; interpretó que lo pensaban ajusticiar acto seguido y cayó de rodillas gimoteando y gritando que era inocente.

Mientras Egon Kisch marchaba de nuevo hacia el Drina, junto con sus camaradas, se esforzaba por convencerse a sí mismo de que, cuando le disparasen por segunda vez, le resultaría menos duro. «El agua no parece tan fría cuando estás dentro», escribió en su diario. «Seguramente, con los disparos ocurre lo mismo. Pero antes de sumergirte, sientes escalofríos y los dientes te castañetean.»⁶⁰ Pese a

todo, la nueva invasión de Serbia comenzó tan desastrosamente como la primera. El 8 de septiembre, cerca de Velino Selo, los hombres empezaron a subir a los botes de asalto para cruzar el Drina, bajo un intenso fuego de armas menores. De la sección de Kisch, de veinte hombres, solo había diez a bordo cuando el bote se echó a navegar; los otros habían tenido la prudencia de desaparecer.⁶¹ Remar mientras las balas serbias azotaban el agua se les hacía interminable. Cuando llegaron a la orilla oriental, asaltaron su bote hombres que, tras haber sido heridos, querían volver como fuera a lugar seguro. Miles de austríacos de tres regimientos se arremolinaban confusamente en torno de la cabeza de puente, incapaces de avanzar frente al fuego de las posiciones de hormigón de los serbios.

Cayó la noche. A lo largo de las horas de oscuridad, los austríacos, empapados, se acurrucaron unos con otros junto al agua. Al poco de amanecer, el 9 de septiembre, se ordenó la retirada. Solo doce botes, con una capacidad de cuarenta hombres cada uno, estaban en condiciones de devolver a los supervivientes al punto de salida, por lo que la evacuación se prolongó durante varias horas. En su mayoría, los hombres dejaron atrás las armas y pertrechos. Mientras los austríacos impacientes por embarcar gritaban con furia y desesperación a los barqueros, la infantería serbia se adelantó hasta la orilla y vació los rifles sobre los fugitivos. Varios botes se hundieron por efecto de la artillería y muchos hombres se ahogaron porque o bien no sabían nadar o estaban heridos. Los caídos atacaban los botes ya sobrecargados y recibían la negativa cada vez más implacable de sus ocupantes. Egon Kisch logró escapar metiéndose en el agua y agarrándose, sin que se dieran cuenta, al banco de remo de un bote que avanzaba hacia la costa bosnia.

Durante la semana posterior al desastre, había cadáveres austríacos flotando en los ríos Sava y Drina. En otros lugares, algunas unidades entraron en Serbia con una dificultad inicial menor, pero sin lograr ninguna ventaja militar relevante. El suboficial Matija Malešič escribió desanimado el 16 de septiembre: «¡Qué hambre tengo! ¡Y cuántas veces pienso en casa y lo que será la vida cuando vuelva ... Hay un montón de cosas sobre las que podría escribir, pero debo procurar no gastar demasiado papel, pues Dios sabe cuánto durará esta contienda, y el papel escasea. Debo centrarme en lo más importante; y Dios sabe en qué manos podría caer este diario si yo muero. Es mejor guardarse muchas cosas. ¿Qué me sucederá? ... Me siento fatal; no tengo sensibilidad en el pie, por la congelación, solo donde la piel se ha rasgado; no oigo por el oído derecho. Me temo que ya no soy el mismo ser humano que antaño fui».⁶²

Al tiempo que se desarrollaba este nuevo desastre, otras fuerzas austríacas renovaban el asalto a través del Sava. El 14 de septiembre, al amparo de la oscuridad, varias unidades vadearon el río justo al norte de su confluencia con el Drina. Una vez asentados en la orilla oriental, repelieron un contraataque serbio.

Pero durante los días siguientes, no consiguieron avanzar más y quedaron encerrados en un perímetro reducido. Hubo multitud de casos de heridas autoinfligidas. Potiorek ordenó desdeñosamente a sus soldados que se esforzaran más, «sin temor a las bajas», pero no lograron ir más allá de la península de Paranica. Tras varias semanas de escaramuzas inconcluyentes, los austríacos pasaron otra vez el Drina y se retiraron a Bosnia.

Ninguno de los dos bandos tenía fuerza para imponer un resultado decisivo. Más al sur, serbios y montenegrinos tuvieron que ceder sus puntos de apoyo en Bosnia. Después de su retirada, de acuerdo con el ánimo con el que se lidiaba la guerra en esta región de lealtades líquidas, los austríacos colgaron o fusilaron directamente a la población local que había cometido la imprudencia de mostrar simpatía por sus ocupantes temporales. El general Potiorek se lamentaba: «Nuestros serbios luchan por Serbia no solo en Herzegovina, sino también en Visegrado, donde la población actuó secretamente contra nuestras tropas mientras estas se retiraban».⁶³ El sacerdote serbio Vid Parežanin, ahorcado por los austríacos por, supuestamente, transmitir información al enemigo, gritó mientras le colocaban la soga alrededor del cuello: «¡Larga vida a Serbia! ¡Larga vida al ejército serbio! ¡Larga vida a Rusia!».

El médico austríaco Jochan Bachmann tomó nota de varias ocasiones en las que «la chusma bosnia de simpatías serbias», supuestamente, espío para el ejército de Serbia. Mencionó una pareja de viejos campesinos, sospechosa de tal conducta: ahorcaron al marido, fusilaron a la esposa, y saquearon e incendiaron su casa. Pero incluso Bachmann quedó horrorizado por el destino de un prisionero serbio herido en la cabeza. Tras haberlo cuidado por la noche y haberlo tendido en un establo próximo a la carretera de Visegrado, el médico lo buscó al alba, para cambiarlo de ropa antes de que el regimiento se marchara. Le dijeron que habían colgado al prisionero porque los gritos de denuncia de Austria, a lo largo de la noche, habían disgustado al coronel del regimiento. «Tal orden me resultaba incomprensible y era reflejo de una grosera insensibilidad. El pobre desgraciado había contraído meningitis, por la herida, y sus desvaríos eran fruto del delirio febril», escribió Bachmann.⁶⁴

El mismo destino hallaron buen número de residentes serbios del imperio de los Habsburgo que cruzaron la frontera para alistarse en el ejército serbio, si luego caían en manos de los austríacos. Esto no impidió a 452 de los 70.000 austro-húngaros que en ese momento eran prisioneros de Belgrado unirse a las filas serbias. Viena impuso en su colonia bosnia un nuevo aluvión de medidas represivas, con la intención de reforzar la lealtad de los habitantes. Así, se prohibió el uso de la escritura cirílica en la escuela. Se dio a las tropas austro-húngaras órdenes draconianas al respecto de cómo debían tratar a los sospechosos de terrorismo. Se

les advertía contra las guerrillas de los *komitadji* serbios y se les enseñaba a disparar a la menor provocación, incluso contra mujeres y niños, «porque también estos pueden lanzar bombas y granadas».⁶⁵ La contienda pasó a ser una guerra prolongada en dos frentes: casi un millón de serbios y austríacos luchaban en el norte, en el río Sava, y en las montañas al este del Drina.

Como hecho grotesco menor de aquellos tiempos, al mismo tiempo que lo hacían, en la vecina Bosnia se arrastraba adelante el juicio de los hombres cuyas acciones lo habían empezado todo. Un oficial austro-húngaro destinado en Sarajevo contemplaba la procesión, dos veces al día, de los conspiradores acusados de asesinar a Francisco Fernando, que iban de los cuarteles de detención al juzgado donde se desarrollaba el proceso: «Primero venía un guardia poderoso, luego los criminales, flanqueados por más guardias, más otra cuadrilla en la retaguardia. Todos los traidores estaban atados con cadenas y encadenados entre sí, por lo que era imposible escapar. Princip iba siempre en el centro. Tenía un aspecto muy poco impresionante, con el pelo negro, los rasgos pálidos y la figura pequeña y delgada ... El traslado solía acompañarse de abucheos e invectivas tirolesas de los soldados vigilantes, a lo que Princip respondía con una sonrisa cínica».⁶⁶

Solo lentamente los líderes de Serbia y Austria comprendieron que estaban fundidos en un abrazo que acarrearía el desastre para los dos. La guerra redujo el antiguo país a un páramo, y costó la vida de unas 750.000 personas: uno de cada seis serbios, lo que supone, con mucho, la proporción más elevada, entre todos los beligerantes, de población fallecida en el conflicto. Solo a este respecto, los austríacos lograron su propósito: Serbia sufrió un castigo terrible por la intervención de algunos serbios en la muerte del archiduque. Al mismo tiempo, sin embargo, el ejército de Conrad padeció humillaciones tales que ningún éxito posterior pudo borrarlas. Aquí el mundo oyó tañer las campanas por el hundimiento próximo del imperio de los Habsburgo. Pero muy pronto, el repique balcánico quedó ahogado por las vastas y ensordecedoras explosiones de otros campos de batalla tanto en Europa occidental como oriental.

A la muerte con banderas y trompetas

I. La ejecución del Plan XVII

A lo largo de la primera quincena de agosto, bajo cielos brillantes, los ejércitos de Francia, Alemania, Bélgica y Gran Bretaña marcharon desde sus puntos de desembarco ferroviario para chocar contra el enemigo entre trigales dorados y espectadores campesinos admirados. Millones de hombres recorrieron muchos kilómetros cada día, algunos a pie, otros a caballo o en carros, unos pocos en los primitivos vehículos a motor. «El pelo se nos pegaba al pelo, las cejas y la barba», escribió Paul Lintier, del 14.º regimiento, «y cuando una columna de autobuses motorizados de París acabó de pasar junto a nosotros, estábamos tan blancos como la carretera misma»; blancos, porque Francia contaba con relativamente pocas carreteras asfaltadas.¹ Cada cuerpo alemán, acompañado por 2.000 carros y 14.000 caballos, ocupaba unos veinte kilómetros de camino.

Mientras que los ejércitos alemán y británico habían adoptado uniformes de color verde grisáceo y caqui, respectivamente, franceses y belgas conservaban los tonos brillantes del siglo XIX. De una forma fantástica, los soldados de Francia avanzaban contra el fuego del enemigo bajo las banderas de sus regimientos y con música de tambores y trompetas. No son pocas las lápidas francesas de 1914 en las que, tras el nombre del fallecido, se lee una sucinta inscripción como «clarín» o «trompeta». Muchas unidades desplegaron bandas completas; algunos oficiales vestían guantes blancos. Todos los beligerantes se lanzaban a la acción capitaneados por comandantes armados con espadas y montados sobre corceles.

A partir de septiembre, los ejércitos excavaron posiciones en la tierra; pero el rasgo que caracterizó las batallas de agosto, en Francia y Bélgica, fue que los movimientos de infantería, caballería y artillería eran prontamente visibles por igual. Auténticas multitudes avanzaban contra el poderosamente devastador armamento moderno de la misma manera en que lo hacían los guerreros desde los tiempos antiguos. Las consecuencias no sorprendieron a nadie, salvo a algunos generales. El 22 de agosto, el ejército francés sufrió bajas en una escala tal que, en todo el resto de la guerra, ninguna otra nación las superó en un solo día. Su comandante en jefe, el general Joseph Joffre, orquestó una serie de batallas que, para un espectador, se habrían asemejado a las del siglo XIX, en todos los aspectos, salvo en la escasez de genio militar. El hecho de que entre los militares franceses más señeros imperase la convicción de que el arrojo —*cran*— bastaba para superar

la potencia de fuego causó más de un cuarto de millón de bajas, entre sus jóvenes compatriotas, durante las primeras tres semanas. Los alemanes solo perdieron aproximadamente una tercera parte; su propia hora de la muerte llegó más tarde.

Cierto día de 1909, un turista paseaba por las calles de la gran fortaleza de Lieja, la puerta de entrada a Bélgica, a horcajadas del Mosa. Era una figura sombría, de rasgos marcados y ceño siempre fruncido, que contemplaba con avidez no las joyas arquitectónicas, sino el anillo de fortificaciones modernas que protegían los accesos a la ciudad. Se trataba del coronel Erich Ludendorff, de cuarenta y cuatro años, un combatiente obsesivo al que se tenía por una de las estrellas más brillantes del ejército alemán. Estaba inspeccionando el campo de batalla que se le había asignado, sabedor de que tomar Lieja y barrer luego todo el país, neutral, eran elementos cruciales en el plan alemán de destrucción del ejército francés. Lo había concebido así, en los primeros años del siglo, el jefe del Estado Mayor, el conde Alfred von Schlieffen, que preveía atacar a través del territorio holandés. Moltke prefirió marchar a través de Lieja porque se decidió que Holanda quedaría en cuarentena, como conducto neutral hacia el mundo exterior —una especie de «tráquea» para Alemania—, función para la que, desde luego, resultó útil.

No existió nunca un «Plan Schlieffen» ordenado con precisión, por lo que parece más adecuado hablar de un indudable «concepto Schlieffen», que identificaba dos elementos fundamentales: la necesidad de aplastar Francia rápidamente, antes de volverse en contra de Rusia, y la intención de hacerlo mediante un vasto movimiento de superación por el flanco, cuya ala derecha sería el foco de la fuerza y las esperanzas alemanas. En 1913, Ludendorff perdió la posición de jefe de operaciones en el Estado Mayor, en teoría por insistir con terquedad infatigable en que, para llevar a cabo la fabulosa visión bélica de Alemania, sería imprescindible contar con más hombres. Pero un año después se halló de nuevo ante de Lieja e interpretó un papel personal destacado entre el trueno y el traqueteo de las armas.

Falkenhayn dijo, al principio de agosto: «Es crucial utilizar la euforia imperante antes de que se convierta en humo».² Así intentó hacerlo Moltke, lanzando contra Lieja el primer gran asalto de la guerra occidental. La ciudad estaba defendida por un destacamento de 40.000 hombres, reforzado por una división de campo, lo que sumaba muchos más hombres de lo que los atacantes preveían encontrar. El comandante local de los alemanes, el general Otto von Emmich, proclamó ante los belgas: «Queremos un camino despejado para atacar a los que desean atacarnos. Les doy mi garantía de que la población belga no tendrá

que sufrir los horrores de la guerra».

Pero en lugar de «un camino despejado», el 5 de agosto las primeras oleadas de sus soldados de Westfalia y Hannover se toparon con un fuego feroz de la artillería y las armas menores. Estas tropas noveles, que nunca habían oído un disparo en combate, tuvieron que retirarse con pérdidas graves. Un oficial belga escribió: «Mientras la infantería alemana iba avanzando, línea tras línea, nosotros simplemente los acribillábamos ... No intentaron ningún despliegue, sino que se acercaron ... casi hombro con hombro, hasta que, mientras los derribábamos, los muertos se apilaban unos sobre otros, en una espantosa barricada de muertos y heridos que amenazaba con cubrir el alcance de nuestras armas y causarnos problemas». ³ El ejército alemán empezó su guerra de una manera que el resto de Europa emularía en las semanas siguientes y, en Lieja, Moltke obtuvo una primera cosecha de madres y viudas apesadumbradas.

El gobierno belga tuvo el impulso de emitir un comunicado triunfalista: «Hemos logrado una victoria completa. Se han repelido todos los ataques alemanes». Pero Emmich acababa de empezar; en los días posteriores, sus hombres acometieron de nuevo con el apoyo de intensos bombardeos. Las bajas aumentaron: una brigada perdió a más de la mitad de sus hombres, incluidos el comandante y el coronel de un regimiento; en otro ataque, en Visé, se sufrieron las bajas de treinta oficiales y 1.150 hombres. El 6 de agosto se introdujo una novedad poco grata: un zepelín realizó el primer bombardeo aéreo de una ciudad europea, Lieja, matando a nueve personas.

Antes de la guerra, Henry Wilson había rogado en vano a los belgas que fortificaran mejor Lieja y Namur. Ahora descubrían que sus fortalezas eran vulnerables al asalto sostenido. El general Gérard Leman, comandante de la guarnición de Lieja, desistió del empeño de mantener un perímetro continuo. Envío a casi la mitad de sus hombres a unirse al ejército de campaña belga, y desde entonces confió en que el fuego alterno de los bastiones pudiera contener la irrupción alemana. Los fuertes de Lieja, como los que defendían la frontera oriental de Francia, estaban contruidos de hormigón reforzado por enormes terraplenes. Para mantener a la infantería enemiga a raya, había zanjas cubiertas por ametralladoras (aunque no en número suficiente). Todas las defensas del fuerte estaban dominadas por cañones montados sobre vías, en casamatas y cúpulas de acero, que, aunque pesaban más de cien toneladas por pieza, podían moverse a mano, mediante manivelas.

Cinco cuerpos alemanes —150.000 hombres— hostigaban la ciudad. Cada vez eran más numerosos los atacantes que aprovechaban la oscuridad para infiltrarse entre los fuertes. Se les ordenaba avanzar con las armas descargadas, para impedir que soldados se disparasen entre sí por descuido; pero más allá de cierto liderazgo

resuelto, imperaba la confusión. Con un gesto netamente teatral, en la mañana del 7 de agosto, Ludendorff se adelantó, reunió a algunas unidades abatidas que languidecían bajo el fuego belga, y las capitaneó en persona hasta entrar en la ciudadela de Lieja, abandonada. Por esta acción obtuvo —fácilmente— la condecoración más alta de Alemania: la *Pour le Mérite*. Se informó a la nación de que Lieja había caído: *Lüttich ist gefallen*. Una semana antes, pocos súbditos del káiser miraban la guerra con el optimismo de los prusianos en 1870, pero la toma de Lieja desató una oleada de entusiasmo popular que perduró hasta septiembre. Los alemanes, como casi todos los pueblos, rehuían las masacres pero adoraban las victorias, especialmente si se producían con rapidez. Ciudades y villas exultaban, con cantos y bailes por las calles. Al día siguiente se reunió a los escolares para que compartieran el festejo y se les dio un día libre.⁴

La celebración era prematura. Pese a la caída de la ciudadela, los belgas resistieron con gran terquedad en la mayoría de los fuertes de alrededor. El 8 de agosto, el general Karl von Einem asumió la responsabilidad del asalto. Abandonó los ataques frontales y desplegó 60.000 hombres en un «anillo de acero» envolvente, en espera de que llegara la artillería pesada. Los belgas siguieron disparando: las primeras bajas del regimiento del doctor Lorenz Treplin fueron tres hombres que tuvieron la imprudencia de dejar sus puestos en el fuerte capturado de Barchon para bañarse en el Mosa, donde la explosión de un proyectil les causó cortes y magulladuras graves. Salvo esto, según escribió el cirujano el 11 de agosto, la vida era aburrida: «Sopor y tranquilidad»;⁵ pidió a su esposa que le enviara un libro para pasar el tiempo. Ella contó a sus hijos que papá estaba en un sitio donde tendría que hablar en francés; la pequeña Ingeborg, de cuatro años, se lamentaba porque «¡entonces no le entenderé cuando vuelva!».⁶

Los civiles que se cruzaban con los ejércitos se cansaron de la guerra muy pronto. «No te puedes imaginar lo triste que es la vida aquí», escribió a una amiga *madame* Jeanne van Bleyenbergh, esposa de un médico de Gante. «Hay mucha gente arruinada. Pierre había pensado en enviarme a Inglaterra ... pero no quiero estar tan lejos y no poder volver cuando quiera, y además, ya es demasiado tarde.»⁷ Lo que le esperaba al país era peor, mucho peor. El asalto de Lieja provocó las primeras manifestaciones de un arrebató alemán, de un mes de duración, sobre supuestos francotiradores que se oponían a su avance; el ejército del káiser replicó comportándose con un salvajismo extraordinario. La noche del 4 de agosto, las tropas de la población de Bernau se dejaron llevar por el pánico, entre disparos inexplicados que costaron la vida a once alemanes. Al día siguiente, se mató a diez aldeanos, en represalia, incluida una familia de cinco personas, escondida en un sótano. La noche siguiente, un proyectil belga aterrizó en la aldea de Saint-Hadelin

e hirió a algunos alemanes destacados allí. Se acusó a un maestro local de haber revelado su posición enviando señales al fuerte de Fléron, y se lo fusiló acto seguido, junto con varios miembros de su familia. Aquel mismo día se produjeron las primeras ejecuciones en masa. Un oficial histérico, el general de división Von Kraewel, explicó que si habían repelido el ataque de sus hombres era porque «la población entera de Lieja y los alrededores ha participado en la batalla». Entre los días 4 y 7, la brigada de Kraewel fusiló a 117 civiles supuestamente implicados en una «resistencia colectiva».

Paralelamente, otra brigada, furiosa tras ser repelida, dio rienda suelta a la frustración por las pérdidas en la población de Soumagne, donde se fusiló o pasó por la bayoneta a 118 habitantes, y se destruyó un centenar de casas. Los soldados alemanes dijeron a los supervivientes: «Los que nos están disparando desde el fuerte de Fléron son vuestros hermanos». El día 6, doscientos civiles de las comunidades de Romsée y Olne fueron empleados como escudos humanos por los alemanes, que avanzaban sobre los fuertes de Embourg y Chaudfontaine. A otros rehenes se los tuvo presos, sin alimento, en los puentes del Mosa, durante varios días, para impedir que la artillería belga destruyera los pasos. El 8 de agosto, varios soldados llevaron a un prado próximo a setenta y dos habitantes de Melen, incluidas ocho mujeres y cuatro niñas de menos de trece años, y los ejecutaron. Cuando acudió el burgomaestre local, con la esperanza de identificar y enterrar a los muertos, también lo mataron a tiros; y se prendió fuego a la mayor parte de las casas.⁸ Sesenta y cuatro personas murieron de forma similar en Olne y Saint-Hadelin, y otras cuarenta en Riessonart. El 8 de agosto, los alemanes habían matado a unos 850 civiles en el entorno de Lieja y habían prendido fuego a unos 1.300 edificios, bien para apaciguar su propia histeria, bien para afirmar su dominio. Un recaudador de impuestos de Francorchamps, cuyo padre había sido asesinado, protestó ante un oficial alemán, afirmando que ningún ciudadano local había alzado la mano contra los invasores. El soldado se encogió de hombros y le respondió, en francés: «No importa. En Lieja matáis a nuestros hombres. Nosotros también tenemos el derecho a mataros».⁹

Las posiciones belgas estaban acorazadas contra la artillería de campaña; solo la fundición más pesada de Krupp y Škoda podía penetrar sus casamatas. Harry Kessler, un *Rittmeister** de la reserva, de cuarenta y seis años, que capitaneaba un tren de municiones a las afueras de Lieja, se sorprendió una mañana al encontrarse con artilleros austríacos.¹⁰ Le dijeron que habían venido «a toda prisa, de Trieste», para traer cuatro baterías de obuses Škoda de 305 milímetros. Estas armas colosales abrieron fuego el 12 de agosto, acompañadas pronto por cuatro monstruosos Krupp de 420 milímetros, manejado cada uno por doscientos hombres; se disparaban

eléctricamente, desde una distancia de unos trescientos metros, y lanzaban proyectiles perforantes. La defensa de Lieja acabó con erupciones violentas de tierra y hormigón, con fragmentos de acero y carne humana: en un punto, un solo proyectil mató a trescientos defensores. Al general Leman lo sacaron inconsciente, ahogado por los gases, de las ruinas de Fort de Loncin. Con treinta y pocos proyectiles hubo suficiente para cada bastión: los de la orilla derecha del Mosa cayeron el día 13, y los de la izquierda, tres días después.

La toma de Lieja costó 3.500 bajas a los atacantes. Los once días de asedio no representaron una demora equiparable en el avance alemán, porque, en todo caso, el grueso del ejército del káiser había necesitado tiempo para concentrarse. Algunas formaciones ya bajaban rápidamente hacia la frontera francesa, por un pasillo de unos veinte kilómetros de anchura, por el que dos vastos ejércitos debían apretarse de algún modo. Pero la batalla por Lieja sí causó problemas: los ejércitos invasores del flanco por la derecha no pudieron pasar con la prontitud que necesitaban para cumplir con su larguísimo paso por Bélgica y el norte de Francia antes de que las fuerzas de Joffre pudieran desplegarse de nuevo para hacerles frente.

En Alemania, algunos expertos militares habían sostenido, en la fase previa a la contienda, que era preferible una guerra absoluta, rápida y devastadora, antes que un conflicto sostenido y limitado. Uno de estos autores escribió en 1913: «La implacable destrucción de las fuerzas y armas del enemigo es el objetivo más humano, por extraño que pueda sonar. Cuanto más generosa y ampliamente se defina el concepto “humanidad”, menos efectivos devienen los combates ... [y, por ende] la guerra durará más tiempo, y sus consecuencias caerán con mayor peso sobre la existencia entera de los beligerantes. Solo la dedicación sin inhibiciones de todos los elementos de fuerza puede permitir derrocar de forma rápida y decisiva al enemigo».¹¹ Esto era lo que pretendía lograr Moltke en agosto de 1914. Y en las primeras semanas de la guerra europea, los ejércitos de Francia también llevaron a cabo su propio intento dramático de forzar un resultado antes de que la acción alemana hubiera alcanzado todo su impulso. En los cientos de kilómetros de contacto entre los beligerantes, de Bélgica a la frontera suiza, las formaciones de Joffre empezaron a avanzar en cumplimiento del Plan XVII. Los llamativos jinetes del cuerpo de caballería del general Jean-François Sordet, vestidos con atavíos napoleónicos, corrieron hacia Lieja por delante del 5.º Ejército francés, entre los vítores entusiastas de los civiles belgas, que los saludaban al paso. Pero el 8 de agosto, a unos quince kilómetros de la ciudad, los dragones y lanceros de Sordet se encontraron con fuerzas alemanas. Tuvieron que replegarse, sin haber hecho más que agotar sus desdichadas monturas; sus brillantes cascos y petos, y los penachos en las crines, no se acompañaban de armas eficaces. La caballería británica llevaba fusiles de infantería y estaba entrenada para luchar desmontada, pero los franceses

solo tenían espadas y carabinas del modelo de 1890, poco más útiles que unas simples pistolas.

Un sargento de la caballería ligera describió más adelante la frustración que sufrió su regimiento cuando intentó cargar contra los jinetes enemigos en Bélgica, para toparse solo con el fuego letal de la infantería alemana, que vació muchas sillas: «Así ocurrió una y otra vez, quizá por veinte o treinta veces».¹² En cada encuentro, su número se reducía. El manejo de los caballos era una habilidad militar crucial, pero el del ejército francés era lamentable. Durante las primeras semanas de campaña, la caballería de Sordet cabalgó unos cincuenta y cinco kilómetros diarios, y algunos regimientos cubrieron distancias mucho mayores: el 9.º de coraceros anotó, en su diario de guerra, haber recorrido 160 kilómetros en tan solo cuarenta y ocho horas. Pronto, sus caballos no podían aguantarse en pie, agotados por cargar más de 110 kilos cada uno; la alimentación era insuficiente y apestaban por las llagas no curadas de las sillas. A diferencia de los jinetes británicos, que aprendían a llevar de las riendas a sus animales, tanto como podían, para reservar su fuerza para la acción militar, los franceses —y alemanes— montaron a muchas bestias infelices hasta matarlas.

Mientras los ejércitos desarrollaban los primeros roces y escaramuzas, muchos hombres ponían de manifiesto su inocencia. El soldado Charles Stein, de los granaderos belgas, miraba cómo estallaban los proyectiles alemanes y se deleitaba en una vista que le parecía hermosa, hasta que vio que obligaba a huir a sus propios compatriotas.¹³ En la noche del 11, un temeroso centinela de la unidad de Stein disparó contra una vaca que pastaba demasiado cerca de su posición. Una compañía de reservistas alemanes también vio movimientos en la sombra, y respondió con andanadas que mataron a varias cabezas de ganado y afectaron, antes de que se restaurara el orden, a una patrulla que volvía.¹⁴ Cuando un proyectil aterrizó, sin estallar, cerca del capitán francés Plieux de Diusse, se inclinó con curiosidad, con la intención de cogerlo, hasta que un veterano le gritó que se quemaría; De Diusse no tenía ni idea de que los proyectiles estaban calientes.

Al mismo tiempo que las columnas de Moltke cruzaban Bélgica, más al sur, tuvieron lugar los primeros enfrentamientos graves entre sus formaciones y las de Joffre. El 3 de agosto, los franceses se adentraron en las «provincias perdidas» que se anexionó Prusia tras la victoria de 1870. Es difícil saber cuántos franceses, en 1914, se emocionaban realmente con Alsacia y Lorena. Un joven al que se interrogó al respecto unos años antes se encogió de hombros y dijo que era «un hecho histórico ... No creo que esta cuestión interese a la juventud de hoy, o al país, y a mí tampoco me interesa». En 1908, el periódico *La Patrie* aseveró: «Para la mayoría de los franceses, el desmembramiento es un hecho tan distante como la guerra de los Siete Años».

Pero a quienes les importaba, les importaba de veras. El general LouisNapoléon Conneau, por ejemplo, que capitaneaba un cuerpo de caballería en 1914, cumplió con un ritual de preguerra: acampar durante una noche, con su regimiento de dragones, por detrás de un puesto fronterizo de entrada a Alsacia. Muchos de estos hombres, ahora en cabeza de los ejércitos de Francia, lloraron al partir para liberar a los que consideraban compatriotas oprimidos, pese a que, entre los habitantes de Alsacia y Lorena, unos 380.000 lucharon como reclutas del ejército alemán. La provincia de Alsacia —de lengua alemana, pero, en la mayor parte de su historia moderna, de gobierno francés— ocupa unos 160 kilómetros de norte a sur, pero tiene una profundidad de tan solo 60. Su paisaje occidental está dominado por los montes Vosgos: los Vogesen, para los alemanes, igual que Alsacia era Elsass y Lorena, Lothringen. La frontera entre Francia y Alsacia recorría una cadena montañosa pronunciada, de bosques densos, que se alza en muchos puntos hasta los 1.000 metros de altura.

En el norte, los alemanes habían construido la vasta fortaleza de Mutzig, con una red de búnkeres subterráneos, para proteger el camino de Estrasburgo. En el sur, hacia la ciudad textil de Mulhouse, entre los Vosgos y los Alpes, estaba la vieja llanura inundable del Rin. Se trataba de un pasillo de unos treinta kilómetros de anchura, el único que permitía el paso fácil de un ejército. La mayoría de la provincia era un paisaje rústico y campesino, conocido por sus quesos, vinos y encajes. Tenía poca importancia estratégica, porque era un camino sin salida: más allá había obstáculos principales, como eran los bosques y las colinas del sur de Alemania. Además, el frente alsaciano se podía reforzar y abastecer mucho mejor desde Alemania que desde Francia. Pero Moltke acertó al prever que, en caso de guerra, el ejército francés no podría resistirse al atractivo de recuperar las provincias orientales.

Los alemanes que se desplegaron en la defensa de Alsacia contemplaron asombrados la llegada de los primeros soldados franceses, vestidos con los mismos largos abrigos azules, pantalones rojos y quepis que sus padres, en el ejército prusiano, habían conocido y derrotado allá en 1870. Uno de los hombres del káiser escribió, en carta a su casa: «Desde luego, parecen salidos de un libro ilustrado».¹⁵ Joffre y sus oficiales no podían quejarse de que no se les hubiera advertido de la imprudencia de aferrarse a las plumas brillantes. En la primavera de 1914, el coronel Serret, agregado militar en Berlín, envió un largo informe sobre las últimas maniobras de Alemania. Identificó la importancia de sus obuses y artillería pesada, que desdeñaban los altos oficiales de París. Hizo hincapié en las ventajas de los uniformes alemanes, de color gris verdoso, que pasaban más desapercibidos; e instó a los soldados franceses no solo a abandonar sus atavíos tradicionales, sino también a prescindir de los elementos brillantes: empuñaduras de las espadas,

utensilios de cocina, incluso los botones. Citó al káiser: «[Durante siglos,] hemos creído que la ropa militar debería ser estéticamente agradable ... Para venir a las manos y poder matar, era importante poder reconocerse mutuamente. Ahora que nos desplegábamos a varios kilómetros de distancia, no deberíamos exhibirnos». Guillermo, según Serret, lamentaba que se perdiera el atavío brillante de los soldados, pero ahora la guerra, dijo el káiser, se había convertido en «un asunto sucio y melancólico».

El coronel se enfureció por un artículo a la contra, que apareció en *Le Temps* el 30 de abril. Se afirmaba que otras naciones deploraban haber adoptado uniformes apagados y que Francia podía felicitarse de haber rechazado tal necedad. Serret escribió de nuevo al Ministerio de Guerra, lamentando que los uniformes a la antigua usanza hacían que sus hombres fueran los más llamativos del mundo: «Esta diferencia en la visibilidad, por la cual el soldado más insignificante [del ejército francés] debe atraer la atención inmediata, tendrá un efecto [adverso] más grave, sobre la moral, que si se les pidiera luchar con un fusil inferior».¹⁶ Añadió que el brillante ejército francés «ostentaría el récord de visibilidad frente a sus adversarios». En julio, una nueva regulación introdujo una ropa de servicio más razonable, de color azul grisáceo (*bleu horizon*); pero la norma llegó tarde, y cuando empezó la matanza aún no se disponía de los nuevos uniformes.

Aunque los 260.000 hombres del general Yvon Dubail en Alsacia representaban el mayor de los cinco ejércitos franceses —reorganizados como siete durante las semanas posteriores—, Joffre indicó a los comandantes del sur que su tarea era solo hacer frente y contener la mayor cantidad posible de fuerzas enemigas, mientras sus camaradas del norte asestaban los golpes decisivos. Al principio, los alemanes no ofrecieron una resistencia seria: en el camino a Mulhouse, los hombres de Dubail solo sufrieron un centenar de bajas. A las 3 de la tarde del 8 de agosto, se invitó al pueblo francés a regocijarse porque la tricolor ondeaba otra vez sobre la ciudad, que el enemigo había evacuado. La llegada de los libertadores fue saludada con interpretaciones repetidas de *La Marsellesa* y bailes en las calles. El general Louis Bonneau, comandante local de los franceses, que era además nacido en la provincia, organizó un desfile victorioso de dos horas y proclamó con grandilocuencia: «Hijos de Alsacia, tras cuarenta y cuatro años de dolorosa espera, los soldados franceses pisan una vez más el suelo de vuestra noble tierra. Son los primeros jornaleros de una gran obra de venganza».

Las celebraciones tuvieron corta vida. Veinticuatro horas después, los alemanes usaron refuerzos masivos para contraatacar. Entre un calor opresivo, hubo combates confusos en bosques y viñas, en los que no todos los soldados del káiser demostraron ser heroicos. Cuando el comandante Otto Teschner ordenó un ataque frontal, solo obedecieron los oficiales y unos pocos hombres; otros estaban

refugiados en una gravera. Teschner se vio obligado a amenazar con fusilar a los reticentes y provocó una huida aterrorizada hacia la retaguardia. Otro oficial, enviado a descubrir qué estaba pasando en el frente, se topó con multitudes en fuga: «Me dijeron que los habían derrotado y querían [retirarse] al otro lado del Rin».¹⁷ Pero en ese punto, la marea cambió. Los alemanes se impusieron y los franceses abandonaron Mulhouse. Bonneau, conmocionado, ordenó una retirada general al otro lado de la frontera, hasta Belfort.

Joffre se enfureció tanto por el revés militar como por la humillación moral. Castigó a Bonneau por detener el avance para hacer festejos en Mulhouse, cuando debería haber seguido hasta poder destruir los puentes del Rin. El comandante en jefe pretendía hacer una demostración de fuerza en Alsacia, para elevar el ánimo de todo el ejército; y en su lugar, se encontraba con que Bonneau pedía refuerzos para resolver una situación difícil. Se despachó al general y su subordinado principal, como responsables de una retirada que se llevó a cabo «en un desorden indescriptible, un caos de caballos, cañones y rezagados».¹⁸ Pero Joffre ocultó la noticia del fracaso a la opinión pública francesa, en una primera manifestación de la prepotencia con la que el comandante en jefe de Francia ejercería su mando.

A los aliados del káiser, sin embargo, sí se les informó con prontitud de este triunfo. «Por la tarde han llegado noticias de una espléndida victoria alemana contra los franceses en [Mulhouse]», escribió la maestra austriaca Itha J. «¡Estos alemanes! ¿Serán de veras la nueva fuerza del futuro? ¿Está la vieja gloria de Francia destinada a caer, y su estrella, a apagarse y desaparecer?»¹⁹ Pero en Alsacia, muchos soldados alemanes quedaron igual de conmocionados y traumatizados que sus enemigos franceses por su primera, y breve, experiencia de combate. El 10 de agosto, un oficial de artillería le dijo al sargento Wilhelm Kaisen: «Durante mucho tiempo, hemos esperado la guerra con ganas; pero ahora que vemos su cruda realidad, uno se distancia con un escalofrío». Kaisen escribió a su novia Helene: «Sus palabras me quemaban la conciencia, pues sé que otros piensan lo mismo. Mientras él hablaba, alguien entró corriendo para decir que Francia pedía la paz. No puedes imaginar con qué entusiasmo se recibió la noticia. ¡Ah, estos locos! No saben cuánto está en juego: que ha empezado una batalla por la existencia, que se librará hasta el último penique. Esta será la última guerra de Europa».²⁰

Más al norte, el suboficial Ernst Klopper —que, en tiempos de paz, era artista en Pforzheim— sucumbió a la melancolía al contemplar el campo de batalla. Sus camaradas muertos estaban dispuestos en filas, para su entierro, y la población francesa que habían tomado había quedado reducida a cenizas casi por completo. Klopper estaba agobiado por las peticiones clamorosas de comida y agua, y el rescate de los caballos, los cerdos y el ganado atrapado en los establos y rediles.

Escribió en su diario: «No me gusta anotar estas atrocidades perversas. Nunca he visto nada más triste que un campo de batalla, con tantas víctimas, muertos y heridos. Aunque hemos vencido, me siento muy deprimido. Es como si hubieran estado aquí los antiguos hunos: todo está hecho trizas. Cocinas, baúles, sótanos, todo saqueado en busca de comida y bebida. Arden hasta los montones de estiércol».

Millones de hombres, en sus primeras acciones, compartieron la confusión de Jacques Rivière, joven intelectual francés de veintiocho años, y amigo de André Gide.²¹ Cuando él y sus camaradas veían que una casa se hundía e incendiaba bajo el fuego de la artillería, de algún modo se imaginaban asistiendo a un torneo militar, una guerra fantástica, unos fuegos artificiales celebrados en una vasta arena. Al observar las maniobras de la caballería por el frente, Rivière se preguntaba cómo se distinguiría, en la distancia, a los jinetes franceses de los alemanes; y pronto descubrió que era imposible. Su unidad abrió fuego enérgicamente contra sus propios dragones; por suerte, sin efecto. Al oír el fuego de la artillería, como todos los novatos, no tenía claro si salía o venía. A Rivière se le fueron ocurriendo comparaciones cada vez más fantasiosas: tres ulanos que corrían con las lanzas levantadas por un prado, en el horizonte lejano, «se asemejan a barcos que se agitan en las olas distantes».

Pero algunos jóvenes exhibieron, al menos brevemente, un entusiasmo ardiente. Lucien Laby, un estudiante de medicina militar, de veintidós años, al que habían movilizadado como camillero, se sintió tan frustrado por no poder combatir que, el 10 de agosto, afirmó haberse quitado el brazalete de la Cruz Roja para ir por libre con algunos compañeros en busca de alemanes a los que matar.²² En su diario escribió que su pasión nacía de las historias sobre las atrocidades enemigas, entre las que se decía que disparaban contra las ambulancias. «No se lo dijimos a nadie, porque habrían reprimido estas pequeñas expediciones de aficionado.» Aseveró haber cumplido con su propósito y volvió al papel que le habían atribuido. «Durante mucho tiempo había querido hacer esto, y ahora cumpliré con mi deber como auxiliar médico con mucha más alegría.»

En Alsacia, los primeros choques fueron crudos. Los ejércitos rivales enviaron a sus hombres, de forma repetida, a atacar en masas apiñadas, desde la misma línea de marcha, sin intentar un despliegue en orden abierto. Los comandantes se encogían de hombros, alegando que no podían emplear otras tácticas cuando surgían batallas de encuentro por doquier. Era más fácil que unos soldados que avanzaban hombro con hombro mantuvieran el impulso, en comparación con una muchedumbre dispersa. Pero las consecuencias eran devastadoras cada vez que los atacantes franceses o alemanes se topaban con la artillería y las ametralladoras de sus oponentes.

Los profesionales de las fuerzas armadas habían tenido mucho tiempo para

verlo: casi una década atrás, en Manchuria, las armas automáticas causaron una masacre que contemplaron muchos observadores militares europeos. A partir de aquella experiencia, los alemanes adoptaron ametralladoras Maxim para su propio ejército; en 1914 había 12.500 en servicio, las denominadas MG 08, con muchas más en producción. Es popular el mito de que los regimientos de Moltke, en proporción, desplegaron más armas automáticas que la Fuerza Expedicionaria Británica; pero no fue así. La Vickers británica, con la mira ajustada hasta los 2.650 metros, era también una modificación de la Maxim, y fue el modelo que engendró la mayoría de las ametralladoras pesadas del medio siglo siguiente. Aun así, en las primeras semanas de la guerra, la prensa británica usó la palabra francesa para las armas automáticas: *mitrailleuses*.

Los rusos también usaron una variante de la Maxim, con la recámara adaptada a una bala un poco más ligera que la británica y alemana. Todas estas armas se refrigeraban con agua y pesaban unos 18 kilos, más las cajas de los cinturones de munición, que sumaban otros 7 kilos de peso cada una. Normalmente, las manejaban equipos de tres hombres, y su precisión era de unos 1.000 metros. Las balas batían una zona adicional de varios metros cuadrados alrededor del blanco, lo que aumentaba su poder letal. Los franceses preferían su propio modelo, la Hotchkiss alimentada por cargador y refrigerada con aire; era una buena arma, pese la tendencia a encasquillarse. Pero al principio, los franceses tenían menos armas automáticas que los alemanes y británicos. En los ejércitos de Joffre, la ametralladora se acabó llamando, con fuerte ironía, *arme noble*, y todos los comandantes se quejaban de no tenerlas en cantidad suficiente. En agosto, sin embargo, ningún oficial elegante quería que lo asociaran con una tecnología tan poco caballerosa. Lo más llamativo de 1914 fue que un número relativamente escaso de ametralladoras hizo unas carnicerías prodigiosas.

Joseph Césaire Joffre, comandante en jefe —y, durante una campaña, prácticamente dictador de Francia— dirigió sus destinos militares desde el GQG, o Grand-Quartier-Général, emplazado en una escuela de la plaza Royer-Collard, en la pequeña ciudad de Vitry-le-François (departamento de Marne). Cada mañana acudía a trabajar desde la casa próxima de cierto señor Chapron, oficial de ingeniería retirado —el propio Joffre también era ingeniero— con el que estaba alojado. Cada día, a las 11, regresaba a casa de Chapron, para comer, en un ritual que reforzó su fama como hombre de una calma inquebrantable. Solo durante el mes de agosto de 1914 abandonó la costumbre adicional de rematar la mesa con una siesta. La cena era a las 6.30 de la tarde; como en los comedores de los oficiales británicos, en la

conversación del cuartel del Estado Mayor estaba prohibido «hablar del trabajo». Luego se celebraba una breve conferencia vespertina —*le petit rapport*— y, a las 9, el comandante en jefe se retiraba a la cama.

La mayoría de los generales británicos se enorgullecían de su apariencia personal, pero Joffre tendía al desaliño. Su corpulencia fue objeto de algunas burlas; se afirmaba que la regulación que exigía que todos los oficiales franceses fueran capaces de montar a caballo con convicción tuvo que dejar de aplicársele. En 1914 contaba sesenta y dos años, y su talento innato le había permitido ascender con rapidez desde unos orígenes humildes, como uno de los once hijos de un tonelero. Había pasado la mayor parte de su carrera en las colonias francesas, pero cuando en 1911 quedó vacante el puesto de jefe del Estado Mayor del ejército de tierra, Joseph Gallieni, el candidato más obvio, afirmó con vehemencia que el hombre idóneo era Joffre, no él mismo. El general tenía fama de escuchar más de lo que hablaba. Durante las conferencias y las crisis, solía incomodar e incluso alarmar a los comandantes subordinados al quedarse sentado durante horas en sus cuarteles, a menudo sin decir ni una palabra.

Era un técnico sin pretensiones intelectuales, que aborrecía del detalle y solo se interesaba por las grandes decisiones. En el GQG lo apoyaba un grupo de hombres que, sin ser necios, pensaban y actuaban dentro de un corsé convencional muy apretado; las exhibiciones de imaginación eran mal recibidas. Se cuenta que el general Ferdinand Foch —probablemente, el militar francés más capaz e inspirador de toda su generación— advirtió a un oficial del Estado Mayor, ya en 1911, de que Moltke optaría por una gran maniobra envolvente: «Dígale al general Joffre ... [que] no olvide nunca lo siguiente: los alemanes nos harán frente situando en el campo treinta y cinco cuerpos del ejército, con el ala derecha en la costa del Canal». En el GQG, no obstante, se negaron a reconocer la crucial importancia del norte. Joffre cometió el error fundamental de centrar sus energías casi exclusivamente en su propia ofensiva a lo largo de la frontera alemana. En las tres primeras semanas de las hostilidades, apenas se interesó por las intenciones de su enemigo.

Si el comandante en jefe hubiera sido prudente, al menos habría demorado su propia gran iniciativa hasta saber que los rusos habían empezado a actuar en el este. Al poco de que se iniciaran las hostilidades, la inteligencia advirtió de que, en Bélgica, los alemanes parecían mostrarse inesperadamente fuertes. Pero el 11 de agosto, Joffre ordenó que sus ejércitos empezaran el ataque principal; la entrada en Alsacia había sido un simple aperitivo. A los dos días, un tercio del total de sus fuerzas —muchos de sus hombres, campesinos que apenas se habían sacudido la paja del pelo— marchó contra los alemanes en Alsacia-Lorena. A la brigada del cabo Bernard Delabeye se le dijo, con una despreocupación negligente, que su misión era «sitiar Estrasburgo». Pero el soldado se mofaba del general de brigada y

sus bravuconadas: «Con el abrigo negro y los pantalones rojos, parece un superviviente de Solferino [en 1859]». ²³ Delabeye no tenía mejor opinión del coronel que les ordenó avanzar: «Es viejo y no sabe nada del fuego letal de un enemigo invisible, que empieza incluso antes del ataque. Bajo el diluvio de proyectiles y fuego de ametralladoras, los hombres corren en todas direcciones. El mito del asalto rápido con bayonetas se evapora. Los primeros en morir caen sin haber divisado siquiera al enemigo. La primera vez que vemos a los alemanes, son tan solo formas grisáceas a cincuenta metros de distancia, a los que solo se identifica por la punta de los cascos. Luego viene una retirada que es casi una desbandada».

Al coronel Serret, agregado de preguerra en Berlín, siempre le había preocupado que, entre los oficiales de su país, había una abundancia de diletantes, más que de profesionales serios con estudios de táctica moderna. En uno de sus informes escribió: «Francia me hace pensar en una fábrica en la que hay demasiados ingenieros e inventores, pero no suficientes capataces, que sí abundan en Alemania. La guerra moderna, con sus ejércitos pesados, ¿exige genios o trabajo duro?». El ejército francés había institucionalizado la promoción de oficiales de los que se sabía eran ancianos, incompetentes o ambas cosas, por simple razón de su edad o sus contactos. En 1914, esta política se cobró un precio muy elevado: en todas las capas de la sociedad, al cabo de una quincena de días de movilización, decenas de miles de familias quedaron sumidas en el dolor. Una condesa que vivía en Niza tenía una cuñada que afirmaba ser médium espiritista. ²⁴ Algunos meses antes de la guerra, esta mujer predijo que el hijo de la condesa moriría pronto de un balazo, a la edad de veinte años. En Alsacia, la predicción de la médium se cumplió.

En el otro bando, en la Lorena, el 6.º Ejército alemán estaba capitaneado por Rupprecht, príncipe heredero de Baviera, de cuarenta y cinco años, que a su izquierda, en el sur de Alsacia, controlaba también el 7.º Ejército. En aquellos días, y por última vez, los ejércitos alemanes mantuvieron su integridad regional: las formaciones de Rupprecht estaban compuestas, en su inmensa mayoría, por bávaros. Moltke le había encargado que mantuviera una estrategia defensiva: sencillamente, que ocupara al mayor número posible de fuerzas francesas, mientras por el norte se realizaba el gran movimiento envolvente. Ahora, por lo tanto, los dos ejércitos alemanes aguardaban a Joffre.

Los franceses reconquistaron otra vez Mulhouse el 18 de agosto, causando muchas pérdidas al enemigo. Pero ellos mismos también sufrieron muchas bajas y, en esta ocasión, la recepción de los habitantes fue muy prudente. Los que se habían regocijado con la anterior llegada de los franceses habían sufrido represalias brutales al regresar los alemanes; y ahora los alsacianos temían que se repitiera. El general Paul-Marie Pau se contentó con tomar la ciudad y descartó seguir más al

este. Más al norte, el 14 de agosto, el 2.º Ejército del general Edouard de Castelnau entró en la Lorena occidental —una zona rural despejada, que se combinaba con distritos de extracción de sal y de carbón— como solían hacerlo los franceses: encabezados por oficiales montados, portaestandartes y bandas de música. Esta vez, los alemanes no les disputaron el paso con intensidad, porque habían preparado una recepción más elaborada unos treinta kilómetros más al este. En Alsacia-Lorena abundaban las vías férreas estratégicas, estaciones con múltiples apartaderos, construidos a propósito para desembarcar tropas; así ocurría por ejemplo en la villa fronteriza de Chambrey (Lorena), cuyo edificio principal estaba construido en el estilo —y la escala— de un pequeño *schloss*. La intención de los alemanes era atraer a los franceses a una bolsa, permitiéndoles avanzar hasta que se los pudiera atacar por tres lados.

El día 17, en Londres, *The Times* escribió con optimismo sobre los ejércitos de Joffre, entre la niebla de ignorancia y desinformación que envolvía el campo de batalla: «Están preparados, y más que preparados; y no será una sorpresa que ahora avancen con el espíritu que mejor se corresponde con el genio militar francés». Y así lo hicieron. Durante cuatro días, Castelnau avanzó despacio. La retaguardia alemana se excedió en su reacción: se detuvo a prender fuego a todas las poblaciones que abandonaban y resistió con tanta energía que anuló la posibilidad de atraer hacia delante a los franceses, que sufrieron un millar de bajas antes de las 9 de la mañana del día 15.

los ataques rivales chocaron con una fuerza impresionante y pérdidas cuantiosas en ambos bandos.

A la izquierda, donde los franceses se desplegaron sobre un eje este-oeste, los alemanes se limitaron a mantener el terreno y dejar que se acercaran los soldados de Foch. Las masas de azul y rojo, de espléndida apariencia, marcharon con bravura a través de un valle ancho y poco profundo, hacia la ciudad de Morhange, sita en lo alto de una colina, donde los ocupantes habían creado una gran base militar. Desde allí arriba, disfrutaban de una vista sin interrupción, hacia el suroeste, a lo largo de varios kilómetros. Habían tenido cuarenta y cuatro años de ocio, en los que estudiar el terreno y medir las distancias, para este preciso momento. Y les sacaron el máximo provecho: a la espera de los franceses, dispusieron sus fuerzas con la precisión de un ejercicio de exhibición militar; más aún, quizá, con la de un campo de batalla napoleónico. En la meseta que se alzaba al noroeste de Morhange, situaron obuses de 150 milímetros, con hileras de 77 milímetros y ametralladoras en los bancales de las laderas inferiores de las mismas montañas. Aviadores franceses advirtieron a sus comandantes de la solidez —casi inexpugnable— de la posición alemana, pero no se les hizo caso. Los atacantes avanzaron en dos vastas columnas, entre el Forêt de Cremecy y el Forêt de Bride. Esta batalla solo es conocida en la actualidad por los estudiosos especializados en la guerra, pero fue asombrosa por su escala y su carácter.

Imagínese el espectáculo que veían los alemanes, desde las alturas, aquella mañana: a las órdenes de Foch, unos 43.000 soldados franceses avanzaban por los campos descubiertos que había por debajo de Morhange, a plena vista del enemigo, hasta recibir una lluvia de fuego que diezmó sus filas. Dos divisiones quedaron destrozadas; un oficial francés describió «un caos sublime de infantes, artilleros con sus torpes carros, suministros de combate, pertrechos del regimiento, brillantes automóviles de nuestros brillantes estados mayores, todos topando unos con otros, cruzándose sin saber qué hacer o adónde ir».²⁵ Por detrás del campo de la masacre estaba la aldea de Fontaine Saint-Barbe. Se convirtió en un centro de atención médica de las bajas francesas, aunque las instalaciones no daban abasto. Por la tarde, en torno del lavadero comunitario y la bomba de agua de Fontaine, yacían cientos de hombres que sangraban y gemían; muchos, en las últimas. Entre tanto, a la derecha de Foch ocurrían cosas aún peores, pues todo el cuerpo vecino se vino abajo y huyó dejando el flanco desprotegido.

Los alemanes empezaron a hostigar a los franceses, ya tambaleantes, por tres lados. Enviaron la infantería bávara, con sus propias banderas desplegadas, a completar lo que habían comenzado los cañones. El cuerpo de Foch reconoció 5.000 bajas en el combate de aquel día, bajo Morhange, 1.500 de las cuales yacen enterradas en un solo cementerio; pero el total verdadero quizá fuera el doble.

Muchos de los muertos llevaban nombres alsacianos; por algún extraño azar del destino, 158 eran de ciudadanía o ascendencia rusa, hombres cuyos nombres se inscribieron en sus lápidas con transcripciones groseras, como Picofay Borrisof, Nicolai Bororghin, Fryaje Dimitry. Entre los muertos también había un *sous-lieutenant* de la infantería ligera, Charles de Curières de Castelnau. Antes de la guerra, como jefe del Estado Mayor de Joffre, el padre de Charles, el general, participó en la creación del Plan XVII; sin embargo, se había opuesto a la ofensiva de la Lorena. Joffre impuso su criterio y, por ende, le correspondió una responsabilidad abrumadora por los horrores que padecieron las armas francesas en los campos teñidos de sangre de Morhange. Los habitantes locales también lo pagaron caro. En el valle estaba la aldea de Dahlin. Tras la batalla, los bávaros triunfantes arrasaron sus casas, ejecutaron al sacerdote y deportaron a los habitantes, por haber mostrado, dijeron, simpatía por los franceses. El victorioso príncipe Rupprecht se paseó con sus edecanes por el bosque próximo de Dieuze, admirado por el caos de armas, ropas y pertrechos abandonados.

En la noche del 20, Castelnau, que estaba furioso con sus subordinados, ordenó una retirada completa al interior de Francia, retrocediendo veinticinco kilómetros hasta el río Meurthe y los montes conocidos como la Grand Couronné de Nancy, que protegían esta ciudad. Unos días más tarde, el 24, un periodista de *Le Matin* presentó uno de los escasos relatos que permitieron a los lectores franceses estar al cabo de los desastres que sufrían sus ejércitos: «Compañías y batallones pasaban en un desorden indescriptible. Entre los soldados había mujeres con los niños en brazos ... niñas con sus mejores ropas de domingo, ancianos que portaban o arrastraban una estrambótica mezcla de objetos. Regimientos enteros se replegaban sin orden. Uno tenía la impresión de que la disciplina se había perdido por completo».

El general al mando había adoptado la costumbre de leer en voz alta cada mañana, ante su Estado Mayor, los nombres de los oficiales que habían caído el día anterior. El 21 de agosto, la voz le flaqueó momentáneamente al pronunciar el nombre de Charles Castelnau: el primero de sus tres hijos en morir en la guerra. Luego recobró la voz y continuó leyendo hasta el final. En el frente de la Lorena, sin embargo, la situación no era tan negra como aparentaba: Castelnau pudo reagrupar a su ejército con notable rapidez y eficacia. Los alemanes habían sufrido suficiente para no hostigar de inmediato a los hombres de Foch durante su retirada; pero también fueron capaces de repeler a los vecinos septentrional y meridional de Castelnau, y para todos los soldados franceses la experiencia fue penosa. Antes de abandonar Sarrebourg, el general y *comte* Louis de Maud'huy estuvo firme, con su Estado Mayor, bajo la intensa artillería alemana, mientras varias bandas tocaban juntamente la *Marche Lorraine*.

Foch mantuvo el puesto —de hecho, no tardó en ser ascendido a comandante de un ejército— porque Joffre admiraba su energía y su *cran*, aunque difícilmente podía aplaudir lo que había logrado en Morhange. Sigue resultando desconcertante que el comandante en jefe francés permitiera —menos aún, animara a emprender— la ofensiva de la Lorena, porque nunca había supuesto que se pudieran conseguir allí resultados decisivos. Antes incluso de Morhange ya estaba desplazando fuerzas al norte, quitando un cuerpo a Castelnau y desviando otro destinado a su sector. Joffre siempre había dicho a sus comandantes que su labor era atar al mayor número posible de fuerzas alemanas, más que ganar la guerra, algo que solo se lograría más al norte. De ser así, es extraordinario que aceptara pérdidas colosales en pos de objetivos secundarios.

Pero en agosto de 1914, todos los comandantes manejaban pródigamente a los soldados, y no se preocupaban por las bajas; solo mucho más adelante, los beligerantes se vieron obligados a reconocer que la carne y la sangre eran recursos finitos. Con su habitual extravagancia, el káiser declaró que la batalla de la Lorena, el 20 de agosto, había supuesto «el mayor triunfo en la historia de la guerra». En el núcleo de la frustración de los objetivos alemanes en agosto de 1914, se encuentra la incapacidad, por parte tanto de Guillermo como de sus generales, de comprender qué magnitud operativa se necesitaría para obtener un resultado decisivo, más que un simple éxito local en una batalla entre naciones industrializadas del siglo xx. Cuando en los campos de batalla había millones de soldados, matar a unas pocas decenas de miles de enemigos no era suficiente.

Sin embargo, en aquellos días, el desastre francés de Morhange se reprodujo en otros lugares. El festín letal de Alsacia-Lorena solo representó una parte del espantoso historial de Joffre. Al mismo tiempo, en otros puntos del frente, otros ejércitos franceses sufrían destinos aún más sangrientos en enfrentamientos aislados con los alemanes. El ejército más septentrional, el 5.º, del general Charles Lanrezac, con un cuarto de millón de hombres, entró en Bélgica y remontó el Mosa dejando atrás Sedán y Mézières, hasta Dinant, antes de encontrarse con los alemanes. En la noche del 14 de agosto, tras una marcha prolongada, el regimiento del teniente Charles de Gaulle se echó a dormir, desplomado por el agotamiento, en las calles mismas de Dinant. A primera hora de la mañana siguiente, comenzaron a caer proyectiles alemanes sobre la ciudad. Los defensores, tras vivir unos pocos momentos de confusión, se activaron. Entre el repiqueteo de los fusiles alemanes, los soldados franceses corrieron al otro lado de una vía férrea, en dirección a un puente sobre el Mosa, amenazado ahora por el enemigo.

El propio De Gaulle había recorrido tan solo una veintena de metros cuando «algo me golpeó la pierna, como un latigazo, y me hizo tropezar. Caí al suelo y el sargento Debout cayó encima de mí, muerto en el acto. Entonces nos rodeó un

espeluznante aluvión de balas. Podía oír el sonido apagado de estas al chocar contra los muertos y heridos diseminados por el suelo. Conseguí soltarme de mis vecinos, que ya eran cadáveres o casi». ²⁶ El joven teniente se sorprendió a sí mismo de sobrevivir a un largo gateo hasta el puente del Mosa, donde ayudó a reunir cuanto quedaba del regimiento. Por la noche, trepó a un carro que trasladaba bajas hasta la retaguardia. Fue operado de una herida de bala en el peroné derecho, que había paralizado el nervio ciático pero, curiosamente, no le causaba dolor. Su regimiento, como todo el 5.º Ejército, empezó a retirarse.

Joffre y la mayoría de sus oficiales principales esperaban que las batallas decisivas fueran libradas por el grupo vecino de Lanrezac, más al sur, en el centro del frente, en la zona de las Ardenas. El GQG tenía la desventaja de haber trazado los planes bélicos de Francia con incertidumbre al respecto del papel que podrían interpretar los británicos (si interpretaban alguno). Incluso en este momento, mientras la reducida FEB avanzaba hacia la frontera franco-belga, el alto mando francés mostró poco interés en lo que pudiera estar pasando o dejara de pasar por allí. Joffre recibió una larga serie de informes de oficiales de inteligencia y aviadores franceses, conforme los alemanes estaban cruzando el frente por el norte, hacia su flanco izquierdo, en gran número. Los belgas también describieron masas de soldados que atravesaban su país en largas columnas de color gris verdoso. De todo esto, Joffre solo concluyó que, como las fuerzas de Moltke —cuyo total había subestimado mucho— eran tan potentes por los dos flancos, en el centro tenían que ser débiles. En lugar de concentrarse en la amenaza del norte, el comandante en jefe dirigió su gran persona hacia la ofensiva de la propia Francia —supuestamente decisiva— por Luxemburgo y el sur de Bélgica, a través de las Ardenas. El 21 de agosto dio la orden —una de las más fatídicas de la historia francesa— de que nueve cuerpos del 3.º y 4.º Ejército atacaran entre Charleroi y Verdún, mientras el 5.º hacía lo mismo en el río Sambre.

Sir Henry Wilson, de la FEB, escribió aquel día a casa: «Es una idea al mismo tiempo gloriosa y melancólica, que, dentro de una semana, se habrá librado la acción más grande de la que el mundo habrá tenido noticia». El GQG dijo a los comandantes del 3.º y 4.º Ejército que no esperasen hallar una oposición fuerte; pero en realidad, avanzaban contra diez cuerpos alemanes, capitaneados por el hijo del káiser, el príncipe heredero Guillermo. *Little Willy** y su jefe del Estado Mayor estaban resueltos a encontrar la gloria. Tras el reconocimiento, las intenciones francesas eran palmarias. Por mucho que Moltke les hubiera ordenado adoptar una actitud defensiva, los alemanes no pensaban interpretar un papel pasivo mientras otros obtenían victorias cruciales según el concepto de Schlieffen. Por ello, sus hombres avanzaron al encuentro de los franceses, lo que precipitó una serie de letales batallas de encuentro.

En la mañana del 22, entre una neblina espesa, las columnas francesas marcharon hacia el norte, a través de Virton, ya dentro de Bélgica. La caballería, que trotaba por delante, se acercó a la granja de Belle Vue, en lo alto de una colina pronunciada, donde fue blanco de fuego intenso. Una alambrada impidió a los jinetes intentar un movimiento de flanqueo. El día fue caótico y sangriento. Las calles de Virton quedaron atestadas de caballeros, infantes y cañones franceses; estos últimos, impotentes, entre la niebla. Los alemanes intentaron ganar terreno; los oficiales les ordenaron identificarse mutuamente con canciones. Sus oponentes entonaron igualmente *La Marsellesa*, la última canción que salió de la boca de muchos. Cuando una unidad de infantería francesa ocupó sus posiciones, sus hombres parecían esperar lo peor. Cierta oficial, el capitán Kerquence, les ordenó repetir bajo el fuego los movimientos de la instrucción, lo cual, según afirmaba poco convincentemente la historia del regimiento, permitió «recuperar la energía y el ánimo del batallón».

Un general subalterno expresó su inquietud, ante el comandante de la división, al respecto de la bondad de seguir adelante a ciegas. Un joven oficial que oyó la conversación dijo más adelante: «Aún puedo oír a Trentinian, que miraba desde lo alto de su caballo con soberbia, decir: “¡Se excede usted en la cautela, general”. Así que seguimos adelante».²⁷ De pronto, la niebla se aclaró. La infantería, la caballería y las baterías de artillería francesas se encontraron expuestas a plena vista de los cañoneros alemanes, situados en la cima de la colina. Cuando se introdujo el *soixante-quinze* (cañón de 75 milímetros), algunos oficiales se opusieron a emplear un escudo protector para su equipo, alegando que «los franceses deben mirar al enemigo a la cara».²⁸ Por fortuna para los artilleros, aquella estúpida jactancia se había superado. Pero allí, en Virton, los escudos resultaban casi inútiles, porque los equipos se hallaban bajo el fuego de los obuses, en un ángulo elevado demoledor. La caballería del 12.º regimiento de húsares también fue abatida por la artillería.

La infantería intentó renovar la ofensiva colina arriba, con movimientos breves. En las ordenanzas del servicio de campaña de Francia, se consideraba que, en veinte segundos, una línea de asalto podía adelantar cincuenta metros antes de que el enemigo pudiera recargar las armas. Un superviviente de Virton comentó con amargura: «Los que escribieron tales ordenanzas, sencillamente, habían olvidado la existencia de cosas tales como las ametralladoras. Podíamos oír claramente dos de aquellos “molinillos de café” en acción; y cada vez que nuestros hombres se ponían en pie para avanzar, la línea se adelgazaba. Al final, nuestro capitán dio la orden: “¡Monten bayonetas y carguen!”. Era ya el mediodía, y ... hacía un calor infernal. Nuestros hombres, con todo el equipo, comenzaron a remontar rápida y pesadamente la colina de hierba, con el repique de los tambores y el son de los clarines anunciando la carga. Ni siquiera llegamos a alcanzar a los de

Wurtemberg. Nos abatieron a todos antes de llegar. Me hirieron y me quedé allí tendido hasta que, más tarde, me recogieron». El general Edgard de Trentinian, que había organizado el desastre, se enfrentó luego a una investigación. Fue absuelto y, por aquella mañana demencial, condecorado.

«La batalla estaba perdida. Yo no sabía ni por qué ni cómo», escribió el artillero Paul Lintier, cuya batería se montó para la marcha y retiró poco después del mediodía.²⁹ «... Vi que había proyectiles explotando sobre un bosque, muy lejos, al suroeste. Al parecer, nuestro flanco había quedado completamente expuesto ... Los cocheros azuzaban a los caballos, mientras el resto saltamos de los ejes de los carros, para aligerar la carga, y corrimos a lo largo de los dos flancos de la columna, en formación abierta. A media colina, un carro de infantería, averiado, estaba tendido en medio del camino. Un pobre caballo blanco había quedado atrapado por los ejes, mientras el conductor gritaba y empujaba una de las ruedas. Uno de nuestros cabos llamó al infante y le dijo: “¡Eh, tú, sigue adelante!” ... Nos miró con cara lastimera y pude ver lágrimas en sus ojos. “¿Que siga adelante? ¡Dime tú como!”» Lintier y sus camaradas ayudaron a devolver el carro al camino. «Eran casi las 2 de la tarde. El aire era caliente y opresivo.»

En Virton, los alemanes perdieron a 283 muertos y 1.187 heridos, pero las bajas francesas fueron varias veces superiores. En dos ocasiones, formaciones enteras se vinieron abajo y huyeron; los muertos quedaron amontonados como sillas plegables, unos encima de otros, solapándose según iban cayendo. Como siempre, la caballería sufrió una masacre: murieron dos comandantes de brigada y todos los oficiales de un regimiento; otro perdió a un tercio de sus fuerzas. Aquella tarde, los comandantes del 3.º Ejército albergaron primero la falsa ilusión de renovar el ataque al día siguiente; se ordenó a los hombres que cavaran trincheras con las únicas herramientas que había a mano: platos de campaña. Pero pronto se reconoció que unos regimientos que habían perdido a casi todos sus guías no estaban en condiciones de combatir otra vez. Un superviviente, conmocionado por la experiencia, se quedó musitando una y otra vez: «Nos han segado... ¡Ay! ¡Segado!».³⁰ Las unidades descompuestas evacuaron Virton, cuyos habitantes recibieron luego una represalia severa de los alemanes, que los acusaban de haber hecho señales a la artillería francesa. El káiser concedió tanto a su hijo como al príncipe Rupprecht la Cruz de Hierro de primera y segunda clase.

Más al norte, aquel mismo terrible día 22, el 4.º Ejército francés avanzó por una carretera forestal que atravesaban las Ardenas pasando por la población de Bellefontaine. Un regimiento, capitaneado por Charles Mangin, siguió adelante hasta que, en las cercanías de Tertigny, los alemanes abrieron fuego desde un bosque próximo. A continuación hubo combates enconados; Mangin encabezó una carga de bayonetas, al tiempo que había combates callejeros en Bellefontaine,

sometida a una lluvia de proyectiles. Aquella tarde, los supervivientes franceses se retiraron a la linde del bosque, habiendo perdido a ocho comandantes de compañía y más de un tercio del regimiento. Francia siempre había planeado aprovechar los mercenarios coloniales para compensar la carencia de soldados blancos. Mangin escribió en un libro deplorable que publicó en 1910, *La Force noire*: «En futuras batallas, estos primitivos, para los que la vida cuenta muy poco y cuya sangre juvenil fluye con gran ardor, como si ansiara derramarse, sin duda exhibirán la vieja “furia francesa” y le darán nuevo vigor, de ser preciso». Ahora que había estallado la guerra, en efecto se arrojó en primer lugar a sus llamas a los marroquíes, senegaleses y argelinos. En 1918, los soldados negros de Francia habían sufrido un índice de mortalidad que triplicaba el de sus camaradas blancos, porque muy a menudo se los elegía para las tareas suicidas.

Una de las primeras misiones de esta índole recayó en la 3.^a división de infantería colonial. El 22 de agosto, sus unidades avanzaron en columna por la aldea de Rossignol y, desde ahí, remontaron un camino estrecho que se adentraba por el Forêt d'Anlier. Los franceses no habían emprendido ninguna labor de reconocimiento; sencillamente, los caballos, infantes y cañones marcharon por el bosque, entre la niebla, encabezados por los *chasseurs d'Afrique*, apodados *marsouins* («marsopas») por una vieja conexión naval. Los alemanes, ya desplegados entre los árboles, esperaron con paciencia a tener a su alcance toda la división, y luego desataron una tormenta de fuego que, a los pocos minutos, había hecho trizas la formación. Atrapados en aquel camino estrecho, caballos, hombres, carros y cañones se arremolinaron caóticamente, hasta que los más afortunados se las ingeniaron para rendirse. La división perdió a 228 oficiales y 10.272 soldados de la tropa, incluidos 3.800 que cayeron prisioneros; dos generales murieron y uno fue herido y apresado. De hecho, casi todos los comandantes franceses perecieron: entre la artillería de la división, solo sobrevivió un oficial.

La masacre fue fruto tan solo del fuego de los rifles y las ametralladoras, porque la artillería, en un bosque denso, resultaba inútil. Tras la guerra, el padre de uno de los muertos, el teniente Paul Feunette, le erigió un monumento; el afligido padre nunca se perdonó que, antes de la guerra, cuando su hijo estaba disfrutando de la juventud, él le instó, con la intención de «meterlo en vereda», a unirse a los *chasseurs* africanos. Tras la retirada francesa, los alemanes emprendieron otra orgía de violencia contra los civiles y, el 22 de agosto, mataron a 122 personas en Rossignol.

Solo este día de combate, el 22, costó al ejército francés la muerte de 27.000 hombres, más los heridos y desaparecidos. Eran pérdidas muy superiores a las que padecieron los británicos el 1 de julio de 1916, el primer día de la batalla del Somme, que a menudo se cita como la fecha más sangrienta de la primera guerra

mundial. Otros movimientos de avance sobre Longwy y Neufchâteau quedaron despedazados de un modo similar a los de más al sur. Las bajas de agosto de 1914 no solo fueron estadísticamente más terribles, sino que asestaron al ejército francés un golpe del que no terminó de recuperarse; de hecho, admira que se recuperase al menos en parte. El comandante del 4.º Ejército, Langle de Cary, transmitió a Joffre un resumen lacónico: «En suma, resultados sin duda insatisfactorios». No pocos oficiales destacados perdieron hijos: Foch, por ejemplo, a su único hijo y a su yerno. El comandante en jefe instó a renovar el asalto, pero Langle no le hizo caso y se retiró.

Más al sur, la suerte de los franceses mejoró por breve tiempo. Edouard Cœurdevey escribió al 23 de agosto: «Semana agotadora. Hemos seguido el rápido avance de nuestras tropas y aquí estamos, en Alsacia. Recibimos suministros frescos en el campo de batalla. Trincheras, casas quemadas, la estación saqueada, la iglesia destrozada por los proyectiles, casas con agujeros de bala, cruces en el margen de un bosque, un convoy de prisioneros. Muchas cosas tristes, especialmente, los prisioneros: una tropa de hombres agotados, sucios, demacrados, con la cabeza hundida, sin armas ni pertrechos, vestidos con cualquier cosa».³¹ Pero después de este breve acceso de optimismo, volvieron las tribulaciones. Cuando Castelnau se retiró de la Lorena, las tropas vecinas de Alsacia se vieron obligadas a hacer lo mismo, a riesgo de quedar con el flanco al descubierto. «5 de la mañana, orden de movimiento: retirada a la retaguardia», anotó Cœurdevey el 24 de agosto.³² «No hay otra explicación. Parece que estamos a la vista. Los alsacianos, que nos habían recibido sin entusiasmo, nos dejan sin pesar. Alsacia se ha desnacionalizado durante estos últimos cuarenta y cinco años. Francia parecía haberla olvidado y haber aceptado la mutilación; Alemania la ha maltratado, así que no tiene patria. ¡Pobre gente! El ejemplo de Bélgica tiene que hacerles comprender que no hay tres soluciones, sino dos: o Francia o Alemania.»

Paul Deschanel, presidente del Congreso de los Diputados francés, le dijo más adelante a sir Francis Bertie que toda la incursión en Alsacia-Lorena había sido «teatral y un gran error».³³ André Gide garabateó en su diario: «El asunto de Mulhouse, cualquier otra nación lo habría evitado ... En Francia se cometen errores por amor al comentario o el gesto dramáticos».³⁴ Nunca hubo una perspectiva realista de que los asaltos del sur pudieran terminar con una victoria útil; se emprendieron —según anticiparon fríamente los alemanes— con el mero fin de restaurar la gloria de Francia, un objetivo que habría sido mejor posponer salvo que (o hasta que) sus ejércitos se hubieran impuesto en las demás zonas.

Los ejércitos de Moltke también quedaron castigados por la dureza de los combates entre los bosques y las viñas de Alsacia. En los Vosgos, los *chasseurs*

alpins, tropas de montaña especializadas, infligieron cuantiosas bajas. La reconquista alemana de Mulhouse fue desquiciada, realizada sin labores de reconocimiento. Cierta comandante Leist deploró cuán difícil le había resultado contener el pánico tras quedar aislado del alto mando efectivo: «No puede hablarse de conexión con el regimiento. Durante toda la batalla, no se pasó ni una sola orden regimental».³⁵ El sargento Otto Breinlinger dejó constancia de que, tras la toma de Mulhouse, su compañía pasó de 250 hombres a dieciséis.

Pese a todo, no cabe duda de que la factura más gravosa de las batallas de mediados de agosto le correspondió a las fuerzas de Joffre. El regimiento de Jacques Rivière combatió por vez primera —o, más bien, se unió a la lista de víctimas— con el 3.º Ejército, al norte de Nancy.³⁶ Él y sus compañeros de una unidad de reserva estaban esperando la orden de ponerse en movimiento cuando, de pronto, su capitán gritó: «¡Abajo! ¡Abajo!», con una urgencia que nunca había exhibido durante los ejercicios. Rivière oyó un «sonido sedoso y desgarrador» cuando el primero de varias docenas de proyectiles rasgó el aire por encima de sus cabezas. Hubo un momento de pánico cuando se interpretó que unos ruidos violentos entre los árboles de un bosque cercano eran los enemigos, a punto de acometer. Entonces vieron que era el caballo de su oficial, que había roto las ataduras y estaba desbocado. Entre los franceses empezaron a caer proyectiles de cuatro en cuatro, que levantaban columnas de humo con una nítida forma de rombo.

Al amanecer del 24 de agosto, los alemanes avanzaron y tomaron prisionero a Rivière. Este se admiró del hecho de que, cuando el enemigo se apoderó de las trincheras desde las que él y sus camaradas habían estado disparando durante horas, los conquistadores no mostraron ninguna mala voluntad: «Se había acabado, y eso era todo».³⁷ Los métodos alemanes, pensó el francés, eran cínicos y fríos. Solo disparaban hasta derrotar al enemigo, y entonces, una vez obtenido el resultado deseado, concluían el asunto con la misma escasa emoción con la que un contable alinearía plumas y papel en su pupitre. «Ahí nace su éxito en la guerra», reflexionó Rivière. «Las operaciones militares, según se practican hoy, parecen hechas para ellos ... Hacen lo necesario y llevan el trabajo hasta su conclusión (de un modo imposible para un francés) ... Saquean y prenden fuego de un modo exactamente igual (de metódico).»³⁸ También André Gide escribió: «Para nosotros, el ejército seguía siendo un instrumento; para [los alemanes], es un órgano; de forma que, sin mucha exageración, podría decirse que, para ese órgano, la guerra era la función necesaria».³⁹

El oficial de enlace militar del presidente Poincaré, el coronel Marie-Jean Pénelon, tendía a exhibir un optimismo absurdo. Pero ahora, cuando el político preguntó: «¿Es una derrota?», Pénelon respondió sucintamente: «*Oui, M. le*

Président». Aparte de las vidas, la pérdida de territorios privó a Francia de buena parte de su capacidad de producción de carbón, hierro y acero. Poincaré escribió abatido, el 24 de agosto: «¿Dónde están ahora las ilusiones que hemos estado alimentando durante la última quincena? Desde ahora, la salvación solo podrá depender de la fortaleza de nuestra resistencia». Muchos soldados franceses reconocieron que las huestes del káiser habían demostrado ser una maquinaria de combate mucho más formidable que la propia. Jacques Rivière, en cautividad, observaba con respeto cómo las tropas alemanas bajaban de un tren en una cabeza de línea y luego emprendían la marcha hacia el campo de batalla «en una procesión interminable y bien ordenada». Se trataba, a su juicio, de «un ejército hecho para la guerra, y no un ejército que hace la guerra porque le ha tocado esta suerte», como el de Francia.

Sin embargo, Rivière y muchos de sus compatriotas otorgaban un respeto excesivo al enemigo. No había duda de la energía, eficiencia y motivación de los suboficiales y soldados de Moltke; pero pocos oficiales demostraron genialidad táctica. Cuando la infantería alemana atacaba, sus formaciones apelotonadas sufrían tantas bajas como las francesas. Los proyectiles de los *soixantequinzes*, junto con el fuego de las ametralladoras y los fusiles, tenía un efecto letal sobre el avance enemigo. En ambos bandos, la futilidad de los alardes de coraje, por parte de muchos oficiales, despertó el asombro e incluso la repulsión de aquellos a los que capitaneaban. Un espectador alemán escribió al respecto de una escena del 18 de agosto, cuando los granaderos del káiser marcharon por vez primera al combate: «Antes incluso de que empezara el combate, su Alteza Real el príncipe Joaquín Alberto [de Prusia] y el jefe de la compañía de ametralladoras cabalgaron adelante para hacer un reconocimiento, y se expusieron de una forma desconcertante al fuego enemigo, sin desmontar».⁴⁰ A lo largo de la batalla posterior, todo el Estado Mayor del regimiento estuvo entre las tropas avanzadas. El 22, otra historia de un regimiento alemán afirmaba: «Los duros asaltos del 131.º de infantería han hecho menguar mucho sus filas». Karl Gruber, un arquitecto de Friburgo, que ahora servía como comandante de una compañía, halló que sus hombres lo acosaban sin parar, con la voluntad de saber: «Teniente, ¿llegaremos pronto a París?», «teniente, ¿acabará pronto esta matanza?».⁴¹ En agosto, el 4.º Ejército, del duque de Wurtemberg, admitió 20.000 bajas; el 5.º, del príncipe heredero, casi las mismas.

Además, la maquinaria del mando alemán empezó a mostrar imperfecciones graves, y sus oficiales más señeros, deficiencias de criterio y de carácter. Joffre presidió la catástrofe de las «batallas de las fronteras», pero al menos no había dudas al respecto de su autoridad sobre sus ejércitos y su estrecha supervisión de sus actuaciones. Moltke, por el contrario, dejaba que los subordinados ejecutaran su voluntad en el campo, sin apenas intervenir ni coordinarlos. Intentó hacer pasar la

delegación por virtud, afirmando que, entre sus propias responsabilidades, la más importante no era supervisar con detalle a sus generales, sino controlar al káiser.

El advenimiento de la guerra había arrojado sobre Guillermo el papel, nominalmente, de caudillo supremo; y el jefe del Estado Mayor temía que su señor quisiera hacer realidad esa atribución; temía que, si se acercaba al frente, intentaría entremeterse con la dirección de las operaciones. En consecuencia, Moltke se esforzó por aislar al káiser de forma que no influyera en el campo de batalla. El 16 de agosto, el cuartel imperial se estableció en Coblenza; Guillermo pasó a residir en el castillo, y el Estado Mayor de Moltke, en el hotel Union. Incomprendiblemente, el jefe de comunicaciones estaba instalado en otra parte, en Bad Ems, lo que alteró gravemente el envío de las señales de mando. El teniente coronel Gerhard Tappen, jefe de operaciones y figura clave, odiada por sus subalternos por sus formas autoritarias y su brusquedad constante, instó a Moltke a acercarse más a la acción. El jefe del Estado Mayor alegó, de forma poco convincente, que la zona rural intermedia aún era insegura. En realidad, parece ser que concebía su propia función como la de un presidente de un consejo corporativo, y no como la de su principal oficial de operaciones. La consecuencia de ello fue permitir que los siete comandantes de los ejércitos terrestres del oeste dirigieran la mayor operación militar de la historia de la manera que a cada uno le pareciera mejor.

Napoleón escribió que la presencia del general lo es todo, que este no es meramente la cabeza, sino el auténtico todo de un ejército: «No fue el ejército romano el que conquistó la Galia, sino César; no fue el ejército cartaginés lo que hizo temblar al ejército republicano a las puertas de Roma, sino Aníbal; no fue el ejército macedonio el que llegó hasta el Indo, sino Alejandro». En 1914, la personalidad había perdido una importancia que ganó la masa, con respecto a un siglo atrás. Pero la tesis de Bonaparte no quedó invalidada. Si en las tres primeras semanas de la guerra el mando francés había cometido las pifias más desastrosas, en adelante el alemán lo imitaría.

Durante una breve temporada, sin embargo, los soldados del káiser se vieron como conquistadores y saborearon las oportunidades de apoderarse de los frutos de la victoria, pequeños y grandes. El 22 de agosto, el soldado Vogel, del 105.º regimiento silesio, y otros dos hombres de su unidad se metieron en una tienda de comestibles francesa y la saquearon. Vogel iba cargado con el botín cuando se topó con el ayudante de su batallón. «¿Qué cosas buenas lleva usted en esa caja?», quiso saber el oficial. «Galletas, señor teniente.» «¿Puedo coger algunas?» «Por descontado, señor.»⁴² Vogel contó que, al día siguiente, seis soldados franceses se acercaron hasta las líneas alemanas bajo una bandera blanca, para entregarse. La mayoría de sus camaradas —escribió el alemán— se habían retirado al interior de

un bosque próximo, dejando tras de sí cientos de muertos que «hedían como la peste». Pero este mismo fue, a todas luces, el destino inmediato del propio Vogel, pues su diario cayó en manos inglesas, con las páginas empapadas de sangre.

Durante el tiempo en que los soldados combatían en torno de las fronteras, decenas de millones de civiles esperaron las noticias del campo de batalla. Helene Schweida escribió a su novio Wilhelm Kaisen, desde Bremen, el 18 de agosto: «Los civiles no sabemos nada. Tras la emoción febril de los primeros días de la movilización, ahora ha descendido la calma. Bremen no tardará en ser una ciudad de mujeres».⁴³ En las primeras semanas de la guerra, todas las sociedades experimentaron oleadas sucesivas de júbilo y desánimo, entre unas noticias del frente que eran insuficientes y, a menudo, contenían falsedades de calado. En agosto, la mayoría del gozo prematuro se produjo en Alemania. En la tarde del 21, la nueva de las victorias en la Lorena desató una ronda de celebraciones en las ciudades y villas del país. En Friburgo, por ejemplo, más de una casa se engalanó con banderas de Alemania y el Gran Ducado de Baden, las campanas tañeron, se izaron los colores imperiales sobre la catedral, y hubo vítores entregados en las calles, por el káiser y el ejército.⁴⁴ Muchedumbres emocionadas se reunieron en torno del monumento a la Victoria, en la plaza central de la ciudad.

En Francia, hasta un extremo extraordinario, se mantuvo a la población, como al gobierno y sus aliados británicos, en la ignorancia de lo que estaba ocurriendo, las masacres y retiradas. Pero había indicios suficientes para consternar a los más informados. Una anciana viuda de Niza, disgustada al tener noticias de que los regimientos de su zona, la Provenza, estaban dando un mal rendimiento en la Lorena, comentó desdeñosamente que la población masculina esperaba vivir de sus mujeres.⁴⁵ El embajador británico sir Francis Bertie escribió el día 16: «Creo que el sistema francés de anunciar solo los éxitos del país, y las capturas de hombres y cañones, es necio, pues sin duda habrán perdido a muchos hombres y varios cañones, y cuando se conozca la verdad, las protestas serán enormes».⁴⁶ Dos semanas después añadió: «Hay mucha más descripción y verdad en *The Times* que en ninguno de los periódicos franceses», aunque esto tampoco suponía un gran halago.⁴⁷

Entre las primeras intrusiones de la guerra en el frente nacional estuvo la llegada de heridos a las ciudades de provincias. Grenoble, por ejemplo, recibió los primeros vagones el 22 de agosto, y en septiembre, la ciudad cuidaba de 2.000 bajas. La mayoría habían sido enviados directamente desde el frente, para que las autoridades locales los distribuyeran a su criterio entre las ciudades y pueblos. El

alto mando ordenó que, para no perjudicar la moral, la población civil tuviera el mínimo contacto posible con los heridos. Pero con cada tren que llegaba a la estación, el andén se llenaba de espectadores que formulaban preguntas ansiosas, las cuales, por lo general, no recibían más respuesta que el encogerse de hombros. Uno de los cazadores alpinos dijo: «Los soldados solemos saber tan poco sobre la situación militar como los civiles. Nuestra sección, nuestra compañía, nuestra unidad; no sabíamos de nada más ni solíamos cuidarnos de nada más».⁴⁸

Tras las primeras semanas, sin embargo, la prontitud de la marea de curiosidad civil sobre las bajas y empatía con sus padecimientos enfrió el ánimo de muchos. En Narbona, el tonelero Louis Barthas comentó con amargura que cuando los hospitales de la ciudad quedaron desbordados y la alcaldía pidió a los ciudadanos que se llevaran algún herido a sus casas, en buena medida la petición cayó en oídos sordos.⁴⁹ Los heridos languidecían durante horas, en camillas tendidas alrededor de la estación, sin que nadie supiera dónde enviarlos. Durante meses, las instalaciones médicas de todos los beligerantes, y en particular de los franceses, quedaron saturadas por cientos de miles de tullidos y lacerados. Muchos hombres murieron por no recibir tratamientos, aunque poco refinados, ya conocidos en la época, pero a menudo no se podía disponer de ellos.

Las masacres de aquellas primeras semanas de espanto no hundieron la moral de los franceses; de hecho, en su mayoría, los hombres de los ejércitos de Joffre mostraron una firmeza asombrosa. Pero una nueva sensatez templó el ánimo de muchos. Un oficial francés escribió secamente a un amigo inglés: «Evidentemente, lo que está pasando no ocurre en un teatro; el lugar y las fechas de las acciones no las regula un toque de silbato; y los miembros del público, impacientes por la cena, pueden hallarse que la acción se prolonga algo más de lo que les gustaría ... Combatiremos contra el enemigo hasta el último hombre e invirtiendo hasta el último *écu*, y tranquilo: mucho antes de llegar hasta eso, Alemania habrá doblado el espinazo».⁵⁰ Pero cuando las ofensivas francesas fracasaron y quedaron en nada, el gran asalto de Moltke adquirió impulso. Los enfrentamientos de mediados de agosto sirvieron solo de obertura para las semanas posteriores, que decidirían la guerra.

II. La «bestialidad alemana»

Un aspecto relevante y ciertamente desagradable de las primeras semanas de la campaña alemana en el oeste fue el mal trato que su ejército dio a los civiles, aprobado al más alto nivel. La política de crueldad institucionalizada que los invasores iniciaron en Lieja se amplió luego a todas las zonas que ocuparon. Condicionados por las experiencias de 1870-1871 en Francia, cuando se toparon con guerrillas de civiles, en 1914 se mostraron obsesionados con la supuesta amenaza de los francotiradores, contrarios a las leyes de la guerra. Un soldado anotó en su diario, cerca de Andenne, el 19 de agosto: «En los pueblos disparan una y otra vez contra nuestras patrullas de caballería, dicen. Ya son varios los pobres tipos que han perdido la vida por eso. ¡Qué infamia! Una bala honrada en una batalla honrada; de acuerdo, entonces uno ha derramado su sangre por la patria. Pero que te disparen emboscados, desde la ventana de una casa, con el cañón del arma escondido entre las macetas, no: esa no es la bonita muerte de un soldado».⁵¹

En una carta de un oficial, publicada en el periódico *Deutsche Tageszeitung* el 19 de agosto, se decía: «Tenemos que cañonear hasta arrasarse prácticamente cada ciudad y pueblo ... porque los civiles, sobre todo las mujeres, disparan a las tropas al paso. Ayer, unos civiles dispararon contra la infantería desde la torre de la iglesia, en X, y eliminaron a media compañía de bravos soldados. Se apresó a los civiles, se los ejecutó y se dejó el pueblo en llamas. Una mujer cortó la cabeza de un ulano herido. Se la atrapó y tuvo que llevar la cabeza hasta Y, donde la mataron. Mis hombres son magníficos y desbordan coraje. Arden en deseos de venganza. Protegen a sus oficiales y, cada vez que atrapan a francotiradores, los cuelgan de un árbol en el margen del camino». Aunque el relato parece de lo más fantástico, la paranoia por las guerrillas era general. Un alemán garantizó a unos prisioneros franceses que estarían a salvo, porque «todos los soldados son camaradas», pero luego blandió la bayoneta amenazadoramente y añadió: «Pero en cuanto a los francotiradores...».⁵²

Los informes sobre la conducta del enemigo en Bélgica —la «bestialidad alemana»— pronto ocuparon titulares en todos los periódicos aliados. Un soldado irlandés herido, que estaba en el hospital de Dover, dijo a Asquith, el primer ministro, que había visto con sus propios ojos cómo los alemanes situaban por delante de sus tropas una pantalla de mujeres y niños. Tales incidentes ocurrían,

pero a veces, quizá los testigos vieran tan solo a refugiados huyendo espontáneamente por delante de los atacantes. Algunos relatos, sin embargo, se exageraron grotescamente: hubo historias de bebés empalados por bayonetas «hunas», o manos de madres cortadas por los granaderos prusianos. El cadete naval británico Geoffrey Harper escribió en su diario el 24 de agosto, tras tener noticias de atrocidades cometidas en Bélgica: «Es una mamarrachada decir que los alemanes son “una raza culta” o una raza civilizada. Si el grueso de su ejército es capaz de hacer lo que está haciendo, el resto de la raza debe ser igual. Desde ahora, miraré a todos los alemanes —hombres, mujeres y niños, del káiser abajo— no como pobres salvajes sin educación, sino como salvajes deliberados».⁵³

En los periódicos alemanes hubo una polémica feroz al respecto de si la propia población civil debía ofrecer resistencia en el caso de una invasión. H. G. Wells y sir Arthur Conan Doyle defendieron que sí, pero un corresponsal de *The Times* se mostró en absoluto desacuerdo y se refirió a la futilidad de la resistencia civil belga, que no hacía daño a los alemanes, pero sí provocaba represalias salvajes: «Que nadie dude de cuáles serían las consecuencias. Deberíamos poder ver el espeluznante y enloquecedor espectáculo de los pueblos en llamas, ejecuciones brutales y todos los horrores indescriptibles que suele suponer la venganza de una soldadesca exasperada».

No tardó mucho en saberse que algunas informaciones sobre la conducta alemana en Bélgica se habían exagerado, o incluso inventado por completo, para fines propagandísticos. Se produjo una reacción violenta. Un día, un estadounidense entró en las oficinas del Foyer Franco-Belge de París, un grupo al que André Gide estaba prestando ayuda, y ofreció en son de burla una generosa donación si el personal le podía presentar a un solo niño que hubiera sido mutilado por los invasores alemanes.⁵⁴ Este incidente fue posterior a la publicación de un artículo de prensa en el que Jean Richepin afirmaba que, en los territorios ocupados, el enemigo había cortado las manos a 4.000 niños.

Muchos soldados británicos —al menos, en las etapas iniciales de la guerra, antes de que el gas y la masacre prolongada endurecieran las actitudes— respetaban a los alemanes como «adversarios honorables». Se disgustaban con las noticias atroces de la prensa, que no encajaban con su propia experiencia. El comandante Bertie Trevor escribió en septiembre una carta a casa en la que aplaudía a un enemigo deportivo: «Luchamos contra el cuerpo de la guardia ... buena gente ... Las (supuestas) atrocidades de los alemanes contra los heridos se han exagerado mucho».⁵⁵ El *New Statesman* proclamó su escepticismo al respecto de la supuesta brutalidad del enemigo contra los civiles: «Parece darse el caso, universalmente, de que, si nuestro enemigo no comete atrocidades, uno se las inventa para poder

odiarlo tanto como se necesita odiarlo».⁵⁶ Bernard Shaw comparó desdeñosamente la pasión de la prensa por los relatos de barbaridades con «un combatiente herido de muerte que pide morfina a gritos».⁵⁷

Años más tarde, en 1928, el parlamentario laborista Arthur Ponsonby publicó un libro titulado *Falsehood in Wartime*, donde afirmaba que las «atrocidades» de 1914 eran invenciones deliberadas de los gobiernos aliados, concebidas para fomentar el odio contra el enemigo. Fue una obra aclamada por la opinión pública liberal, que cobró gran popularidad, como era de esperar, en Alemania, donde luego la reeditaron los nazis. Por toda Europa, hasta el día de hoy, mucha gente cree que la denuncia de los crímenes de guerra alemanes apenas tenía base real. La cuestión se entrelazó con la convicción de posguerra, entre los liberales británicos, de que todos los beligerantes compartían la responsabilidad política y moral por la catástrofe que se había vivido, y que todos eran igualmente culpables de crímenes contra la humanidad.

Este punto de vista choca con las pruebas contemporáneas. La investigación moderna ha demostrado que, aunque algunas noticias de prensa eran mentiras, en Bélgica y Francia el ejército alemán se comportó en efecto con una inhumanidad sistemática. Los soldados británicos y franceses ejecutaron a algunos civiles inocentes, franceses y belgas, a los que tomaron por espías; pero en contra de los aliados occidentales no hay noticias, ni acusaciones siquiera, en la escala de las masacres alemanas. Con la obsesión de los francotiradores, el ejército del káiser asesinó a un gran número de civiles y rehenes. Los cronistas recientes más autorizados de los crímenes de guerra alemanes, John Horne y Alan Kramer, han escrito: «Podemos afirmar categóricamente que no hubo ni una resistencia civil colectiva ni la acción militar de unidades de francotiradores [a diferencia de lo que ocurrió durante la guerra franco-prusiana de 1870-1871]. Hubo unos pocos casos aislados de civiles que, a título personal, dispararon contra los alemanes, pero ninguno de estos incidentes provocó ejecuciones colectivas como las de Dinant, Lovaina o Lieja, en Bélgica, y otras de Francia».⁵⁸

Desde los primeros días de agosto, los rumores de la actividad de francotiradores, con detalles de sus supuestas atrocidades, se extendieron febrilmente entre las formaciones alemanas. Tales infundios alimentaron la disposición de los soldados a, por un lado, creerse lo peor cada vez que oían disparos por detrás del frente, y, por otro, vengarse de forma sumaria. Desde el nivel más alto se aprobó una política de severidad extrema. El 9 de agosto, el káiser escribió: «La población de Bélgica ... se condujo de un modo diabólico, por no decir bestial, en nada mejor que el de los cosacos. Torturaban a los heridos, los apaleaban hasta la muerte, mataban a los médicos y sus auxiliares, disparaban en secreto ... contra hombres que estaban en la calle sin causar daño ... El rey de los

belgas debe ser notificado acto seguido que, como su pueblo se ha situado fuera de la observancia de todas las costumbres europeas ... recibirá la misma clase de trato».

Veamos una muestra de los incidentes que provocaron respuestas alemanas espantosas. En la provincia belga de Luxemburgo, la noche del 12 de agosto, una mujer de Arlon segó accidentalmente el cable de un teléfono de campaña al abrir los postigos de la ventana. La denunciaron por sabotaje; el comandante local ordenó arrasar el pueblo y el pago de una indemnización. Un oficial de policía, al que se tenía como rehén, fue ejecutado a la noche siguiente, después de que la caballería alemana afirmara haber recibido disparos. En Jarny, Luxemburgo, el 10 de agosto, un italiano mató a tiros a su propio perro en cumplimiento de un edicto alemán sobre el control de mascotas; ello hizo que se informara de supuestas actividades de francotiradores, lo que comportó el fusilamiento de quince italianos. Los contratiempos tácticos del campo de batalla derivaban, a menudo, en letales despliegues de odio contra los civiles. El 11 de agosto, después de que los dragones alemanes tuvieran que retirarse bajo el fuego rival, afirmaron haber sido atacados por los habitantes de Bazailles; se fusiló a veinticinco y se prendió fuego a cuarenta y cinco casas. En Visé, el 16, unos pioneros de Königsberg, en estado de embriaguez, denunciaron un ataque; se fusiló a veinticinco habitantes y se deportó a 631 a Alemania; se saqueó la ciudad y se incendiaron seiscientas casas.

Algunas unidades alemanas castigaban a las tropas enemigas por ofrecer resistencia. Así, cuando el 19 de agosto dos regimientos belgas frenaron una ofensiva sobre Aarschot, los invasores, afrontados, mataron a veinte prisioneros y arrojaron sus cuerpos al río Demer. Aquel mismo día, algo más tarde, cierto coronel Stenger, comandante de una brigada, murió por efecto, probablemente, del «fuego amigo»; como represalia, un capitán llamado Karge ordenó fusilar acto seguido a sesenta y seis rehenes varones, en tandas de tres, y a lo largo de la noche se incendió y saqueó la ciudad. El 28 de agosto, otro millar de habitantes de la ciudad fueron transportados hasta Lovaina y, al llegar aquí, se fusiló a algunos; a otros cuatrocientos se los deportó a Alemania, incluidos varios monjes del monasterio local, de la orden del Sagrado Corazón. En total, fallecieron 156 habitantes de Aarschot.

Al parecer, incluso algunos de los propios oficiales alemanes sentían recelos ante tales acciones. Después de que, en Andenne-Seilles, se asesinara a 262 civiles de ambos sexos y todas las edades, el nuevo comandante de la ciudad, el capitán Becker, ordenó celebrar un «festival de reconciliación» el 28 de agosto, que los habitantes locales interpretaron como prueba de la incomodidad de los germanos. Pero los incidentes relativos al uso de civiles como escudos humanos siguieron siendo relativamente frecuentes, incluido uno, durante la toma de Namur, en el que dos sacerdotes murieron cumpliendo esa función. También en Namur, que fue

ocupada al caer la noche del 23 de agosto, se reunió a cuatrocientos rehenes en una escuela de equitación, y un oficial alemán se dirigió a ellos en un francés vacilante: «Han disparado contra nuestros soldados. Haremos como hicimos en Andenne. Andenne [está] acabada ... Los habitantes intentaron envenenar a nuestros soldados, dispararon contra nuestros soldados ... A vosotros también os fusilaremos, porque acabáis de disparar a nuestros soldados, aquí mismo, en la Grand Place. Y los belgas también les habéis cortado a nuestros soldados la nariz, las orejas, los ojos y los dedos».⁵⁹ Pese a todo, el resultado fue de lo más inusual, ya que a última hora se liberó abruptamente a los rehenes.

La catástrofe incendiaria que sacudió la vieja ciudad de Lovaina fue provocada por una serie de disparos repentinos e inexplicados a las 8 de la tarde del 25 de agosto. Los soldados entraron en las casas, sacaron a los hombres para apalearlos y, en algunos casos, los mataron a tiros. Aquella noche, a las 11.30, unos soldados entraron en la biblioteca de la universidad y le prendieron fuego; luego impidieron que los bomberos belgas apagaran el incendio, que destruyó 300.000 volúmenes. Los tiros e incendios se prolongaron hasta el 26, destruyendo unos 2.000 edificios. Se sacó de la ciudad a unos 10.000 habitantes y se deportó a 1.500 a Alemania.

Los ocupantes estaban convencidos de que los clérigos belgas tenían un papel destacado en la incitación a la resistencia. Un joven jesuita, el padre Dupierreux, estaba entre los cuatrocientos académicos y sacerdotes de Lovaina a los que se reunió en un campo a las afueras de Bruselas y se registró en busca de armas. A Dupierreux se le halló un diario en el que había escrito un pasaje que sus captores leyeron en voz alta: «Decididamente, no me gustan los alemanes. Uno estudiaba que, hace siglos, los bárbaros prendían fuego a ciudades sin fortificar, saqueaban casas y asesinaban a los vecinos inocentes. Los alemanes han hecho exactamente lo mismo ... Esta gente puede estar orgullosa de su *Kultur*».⁶⁰ Ejecutaron al sacerdote allí mismo.

«Los habitantes de Seilles atacaron a nuestros pioneros, que construían un puente sobre el Mosa, y mataron a veinte de ellos», escribió el *Graf* Harry Kessler en su diario, el 22 de agosto. «Como castigo, a unos doscientos ciudadanos se les formó consejo de guerra y se los fusiló. No queda ni una casa con techo o ventanas; una calle tras otra solo hay paredes desnudas y quemadas y, más terrible aún: efectos del hogar, fotografías familiares, espejos rotos, mesas y sillas tiradas ... Hay una familia sentada en los adoquines, delante de una casa que aún arde: la miran, llorando y llorando, hasta que caen las últimas vigas ... Todos los convoyes [alemanes] que encontramos entre Seilles y Bierwart traían botín ... nuestros soldados se han acostumbrado a beber y saquear. En Lieja, secciones enteras se embriagan cada día con el vino y el aguardiente de las casas reducidas a cenizas. Será difícil parar algo así.»⁶¹

En Leffe, a las afueras de Dinant, el 23 de agosto, las tropas alemanas llegaron a la convicción de que se enfrentaban a una resistencia civil generalizada. El cabo Franz Stiebing describió qué ocurrió a continuación: «Nos abrimos paso casa por casa, mientras nos disparaban desde casi todos los edificios, y arrestamos a los hombres, que iban casi todos armados. Se les ejecutó sumariamente en la calle. Solo se perdonó la vida de los niños menores de 15 años, los ancianos y las mujeres ... No vi que nadie de mi batallón resultara muerto o herido en este combate callejero; pero vi los cadáveres de, por lo menos, 180 francotiradores».⁶² Entre los 312 habitantes de Leffe que murieron, a cuarenta y tres hombres se les ejecutó después de sacarlos de la iglesia.

No será necesario seguir detallando esta clase de episodios. Kramer y Horne registran 129 atrocidades «graves» documentadas durante las primeras semanas de la guerra: 101 en Bélgica y veintiocho en Francia, en las que se mató a sangre fría a un total de 5.146 civiles. También constan 383 incidentes «menores», con menos de diez muertes cada uno, que suman otras 1.100 personas. Durante las operaciones de 1914, se sabe que los alemanes mataron deliberadamente a un total de unos 6.427 civiles. Cerca del 65 % de los incidentes «graves» respondían a acusaciones de fuego de francotiradores civiles. Las matanzas fueron obra de hombres de todos los ejércitos alemanes. Las atrocidades solo menguaron claramente cuando el frente se estabilizó, en octubre.

Es interesante comparar estas estadísticas con las del frente oriental. En un informe oficial alemán se hizo constar que, durante la invasión rusa de Prusia oriental, murieron 101 civiles. Solo constaban dos «incidentes graves»; uno el 28 de agosto, en Santoppen (Sątopy), donde se ejecutó a diecinueve alemanes; y otro en Christiankehmen, el 11 de septiembre, donde murieron catorce civiles. El informe alemán concluía así: «Las atrocidades rusas ... han resultado ser una gran exageración ... Se informa de que las tropas rusas se han portado con corrección hacia los habitantes, en todas partes. Cuando se han arrasado pueblos y ciudades, ha sido, casi sin excepción, durante duelos de artillería».⁶³ Erich Ludendorff intentó oponer el comportamiento supuestamente «aberrante» de los belgas para con el ejército del káiser al hecho de que «en Prusia oriental, muchos de los soldados rusos mostraron una conducta ejemplar».

Nos hemos ocupado aquí con cierta extensión del tema de las atrocidades porque tuvo un papel importante en la evolución de la opinión pública aliada en torno de la guerra, junto con mitos y leyendas asociados. Desde las primeras semanas, algunos escépticos, dentro del bando aliado, denunciaron que las historias del «espanto» alemán eran mera propaganda. Seis corresponsales estadounidenses en Alemania, encabezados por Irving S. Cobb, del *Saturday Evening Post*, enviaron un cable conjunto a la agencia Associated Press, el 7 de septiembre, desacreditando

las informaciones sobre los horrores: «Nos unimos en el ánimo de demostrar infundadas las noticias de atrocidades alemanas, en lo que nos sea posible ... Tras pasar dos semanas con las tropas, y en compañía de ellas, remontando más de 150 kilómetros, nos ha sido imposible constatar ni un solo ejemplo no provocado».

Esta ingenua proclamación no era coherente con ciertas notas de la propia prensa alemana, como la publicada en el *Kölnische Zeitung* cuatro días antes; lejos de negar las historias de represalias salvajes, lo que intentaba era justificarlas: «Nuestros valientes compatriotas no estaban preparados para la resistencia de los habitantes de las ciudades y los pueblos que estaban obligados a ocupar. ¿Cómo podían esperar que se les disparase desde las ventanas y los sótanos? Al principio, quedaron petrificados de horror por tales crímenes, y solo cuando los oficiales lo ordenaron así, adoptaron medidas punitivas, quemaron casas, ejecutaron civiles». Los investigadores modernos han reunido pruebas cuya veracidad parece difícil poner en duda. En Bélgica y Francia, durante el mes de agosto de 1914, el ejército del káiser fue presa de la histeria, a lo que se unió la determinación de imponer su supremacía de forma rápida e implacable. También, entre algunos soldados, había un deseo de vengarse de las bajas y los contratiempos del campo de batalla en cualquier víctima que tuvieran a mano. En todos los ejércitos y todas las guerras se cometen fechorías no autorizadas, pero en este caso la jerarquía alemana refrendó formalmente la legitimidad de la conducta de sus soldados.

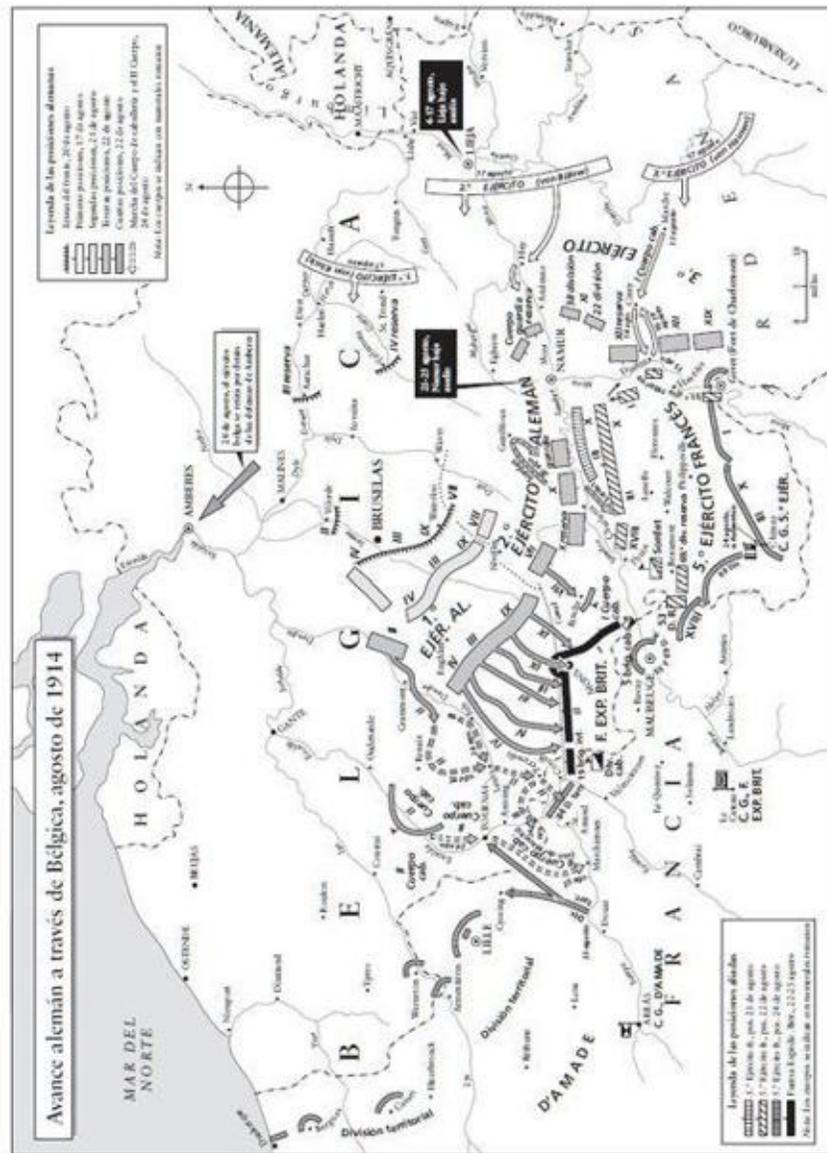
Muchas personas bien intencionadas, tanto soldados como civiles, tras descubrir que algunas de las graves acusaciones contemporáneas eran falsas, concluyen que no hay que dar crédito en general a las «historias de atrocidades» del ejército alemán. Esta idea prendió especialmente entre los británicos, debido a su respeto por la cultura alemana de preguerra. Pero era una convicción ingenua. Sus enemigos, sin duda, perpetraron en Bélgica y Francia, en 1914, acciones indignas de una sociedad civilizada. En defensa del comportamiento alemán, a veces se alega que entre las otras naciones europeas, y sus ejércitos, también hubo algunas conductas bárbaras. Los rusos perpetraron toda una serie de barbaridades contra los judíos polacos en 1914-1915. El comportamiento de los belgas en su colonia del Congo fue terrible por sistema. La trayectoria de las fuerzas de seguridad del Imperio Británico en la India y África quedó empañada por excesos contra los civiles, igual que hicieron los franceses en sus posesiones de ultramar. En ocasiones, los británicos también actuaron de un modo deplorable durante los combates por la independencia de Irlanda, en 1920-1921.

III. El choque de Lanrezac y Schlieffen

Durante todo el tiempo en que los ejércitos franceses habían estado arrojándose sobre los alemanes a lo largo de casi toda la frontera oriental de Francia, las huestes de Moltke caminaron, caminaron y caminaron hacia el centro del escenario, que dominarían en los días siguientes. En Bélgica y el norte de Francia, más que en Luxemburgo, Alsacia o la Lorena, se decidiría el destino de Europa. Casi 600.000 soldados alemanes de dos ejércitos pasaron Bruselas y luego continuaron hacia el sur, hacia la frontera de las dos naciones. En su camino estaba el 5.º Ejército francés, al que pronto se uniría la Fuerza Expedicionaria Británica; entre los dos, sumaban exactamente la mitad de efectivos que el enemigo.

Joffre aún tenía la esperanza de que las fuerzas belgas pudieran golpear el flanco derecho de los alemanes cuando Moltke —según esperaba, erróneamente— apareciera al sur del Mosa. Tras la caída de Lieja, lo más razonable habría sido que los belgas se retirasen a la fortaleza fronteriza de Namur, al alcance del principal ejército francés. Pero al rey Alberto le interesaba menos la prudencia que aferrarse al suelo nacional. Por ello, resolvió replegarse en el fortín septentrional, Amberes, y aguantar allí hasta que los aliados marcharan en su socorro; él mismo llegó a la ciudad el 20 de agosto. El GQG de Joffre hizo caso omiso de las advertencias claras e insistentes de los belgas, conforme la fuerza principal del ejército alemán estaba atravesando ahora su país con rumbo a Francia.

En la tarde del 21 de agosto, sin embargo, el comandante del 5.º Ejército francés, el general Charles Lanrezac, comprendió de pronto con qué fuerza el enemigo estaba a punto de acometerle. Sus formaciones estaban por debajo de la maza descendente del ala derecha alemana, el golpe crucial en la ejecución del concepto de Schlieffen por parte de Moltke. La fuerza de Lanrezac constaba de cuatro cuerpos y, aunque era tres veces más numerosa que la reducida Fuerza Expedicionaria Británica, que se acercaba por su derecha, sin embargo era mucho menos amplia que la alemana. En aquel momento, el GQG aún esperaba que el 5.º Ejército se uniera con los grupos vecinos, más al sur, para renovar la gran ofensiva de Joffre. Pero su comandante desafió las órdenes recibidas, abandonó el papel de atacante y empezó a replegarse al sur del río Sambre, con los alemanes apiñándose en sus talones.



Lanrezac, que contaba a la sazón sesenta y dos años, ha tenido una pobre prensa entre los historiadores, y es fácil entender por qué. Aunque era un hombre inteligente y uno de los intelectuales militares más señeros de su nación, lo era de una forma zafia e ineficaz, dado no ya al pesimismo, sino al abatimiento. Despreciaba a los británicos, que le devolvieron el desdén con interés. Se refería a la FEB como *L'armée W[ilson]*, porque el jefe del Estado Mayor era el único oficial destacado que hablaba francés y, por ende, el único que merecía su atención. Pero Lanrezac comprendió mucho mejor que Joffre qué estaba pasando a mediados de agosto de 1914. Estuvo entre los primeros generales franceses que entendieron que los alemanes cruzaban Bélgica con una fuerza formidable, e instó a su comandante en jefe, en vano, a abandonar la ofensiva de las Ardenas, «esa trampa mortal». Las retiradas repetidas que Lanrezac ordenó por iniciativa propia fueron

tildadas de pusilánimes tanto por Joffre como por los británicos. Pero preservaron el 5.º Ejército para un servicio importante bajo un comandante mejor. De forma más inmediata, la forma en que Lanrezac manejó sus fuerzas negó a los alemanes el choque decisivo en el norte, que estaban impacientes por provocar.

Al principio, el comandante en jefe no presionó a su subordinado para que atacara. Así, el 5.º Ejército estuvo esencialmente inactivo hasta que, el 21 de agosto, las formaciones de Karl von Bülow cayeron sobre él cerca de Charleroi. Esta era una región industrial, muy urbanizada, que dificultaba el combate defensivo porque la infantería y la artillería no podían obtener una vista clara del enemigo. Aquel día, los alemanes tomaron puentes en el río Sambre y repelieron los diversos contraataques. A la mañana siguiente —el 22 de agosto, que en Francia quedó empapado de sangre—, Bülow y su Estado Mayor subieron en coche a un terreno elevado desde el que podían observar las operaciones. Lanrezac no dio ninguna orden a los dos comandantes locales, situados en el otro lado del valle, por lo que estos hicieron lo que se esperaba de todo general francés en agosto: atacaron y destinaron a sus hombres a una sucesión de cargas masivas, con la intención de reconquistar los puentes del río. Fueron rechazados, con 6.000 bajas.

La destrucción de dos regimientos de la infantería colonial, el 1.º de *tirailleurs* y el 2.º de zuavos, entró en la leyenda sangrienta de la época. Hubo combates cuerpo a cuerpo, de una gran ferocidad, en torno de la bandera de los *tirailleurs*, que cambió de manos repetidamente. El informe del regimiento lo expresó con una formulación poco pulcra, pero muy expresiva: «el portaestandarte murió cinco veces». El teniente Edward Louis Spears, oficial de enlace británico con Lanrezac, escribió sobre el regimiento atacante: «Como si fueran maniobras, en densa formación, al son de los clarines y tambores y con las banderas al viento, se arrojó al asalto con suma gallardía. Estos hombres aguerridos, frente a unas ametralladoras y unos cañones cuyos artilleros jamás habrían soñado con tales blancos ... fueron rechazados con alguna confusión».⁶⁴ En su mayoría, el 5.º Ejército, recordémoslo, desconocía las experiencias escalofrantes que las fuerzas francesas habían vivido ya más al sur, durante dos semanas. Spears vio cómo algunos de los hombres de Lanrezac se aprestaban a renovar el asalto: «Eran como niños ansiosos, tan alegres como si estuvieran de vacaciones y fueran a echarse a caminar, carretera abajo, para pasar un día en la feria del lugar».⁶⁵ A las pocas horas, aquellos ánimos radiantes quedaron extinguidos en una tormenta de explosivos de gran intensidad y fuego de ametralladoras.

El teniente Spears (o «Spiers», según solía escribir su apellido en aquella época) se convirtió en uno de los participantes más notables del drama de 1914. Contaba veintiocho años y, tras haberse criado en Francia, podía hacer algo muy infrecuente entre los soldados británicos de su tiempo: hablar francés sin acento.

Pese a su juventud y su graduación, desde los primeros días de la campaña se hizo indispensable para los oficiales de más categoría de los dos aliados, cuya eminencia no le intimidaba en absoluto. Cuatro años más tarde, el embajador de Francia en Londres describió a Spears como una «persona sumamente peligrosa ... un judío muy capaz e intrigante, siempre buscando el favor ajeno».⁶⁶ Muchos de los compatriotas de Spears compartían este desdén. Más adelante, a lo largo de la guerra, Winston Churchill trabó amistad con él, y sus camaradas escépticos lo atribuyeron a que los dos eran embaucadores por igual. Pero el oficial de enlace fue un testigo de conversaciones cruciales entre los aliados, y después publicó una narración de sus experiencias, *Liaison 1914*, que es una obra maestra.

En el frente del 5.º Ejército, el 22 de agosto, tras aplastar los ataques franceses, los alemanes lanzaron su propia ofensiva. A media tarde, el centro de Lanrezac se estaba descomponiendo y su ejército había retrocedido desordenadamente unos diez kilómetros. Tres divisiones alemanas se habían bastado para infligir una severa derrota a nueve formaciones francesas. En un principio, el general pensó en contraatacar al día siguiente. Pero al recibir malas noticias de todos los sectores, a las 9.30 de la noche del 23 de agosto ordenó una retirada general, con la esperanza de plantarse en nuevas posiciones, más al sur, donde lidiar con los alemanes en mejores condiciones. Lo hizo justo a tiempo, pues, aunque el ejército de Bülow también había sufrido bajas de consideración en las batallas del Sambre, sus divisiones ya estaban desplegando sus fuerzas al sur del río. El error mayúsculo del comandante francés fue que, habiendo acertado al desafiar las órdenes, dejó tanto a Joffre como a los aliados británicos en posiciones próximas, en la suposición de que iba a retomar la ofensiva de forma inminente, pero no lo hizo.

Entre el 20 y el 23 de agosto, murieron 40.000 soldados franceses. El 29 de agosto, el total de bajas francesas, desde el principio de la guerra, sumaba 260.000 hombres (incluidos 75.000 muertos). El 3.º y 4.º Ejército, en las Ardenas, habían sufrido más que nadie: de los 80.000 infantes del 3.º, habían caído 13.000. La noche del 23 de agosto, las «batallas de las fronteras» se habían acabado. Siguieron siendo los enfrentamientos armados más sangrientos de toda la guerra, en el cómputo diario. Y al mismo tiempo que los hombres de Lanrezac retrocedían, unos pocos kilómetros más al oeste la Fuerza Expedicionaria Británica chocó con los alemanes por primera vez, en la pequeña y deprimente ciudad industrial belga de Mons.

6

Los combates británicos

I. Mons

El 3 de agosto, el corresponsal militar de *The Times*, el inteligente y canalla coronel Charles à Court Repington, declaró que en la frontera franco-alemana se vivirían las primeras grandes operaciones militares de la guerra. Y añadió, con ferocidad: «Si nuestras tropas faltan a la cita, la historia lo atribuirá a nuestra cobardía», en referencia a la lentitud con la que el gobierno de Asquith daba su aprobación al envío de tropas al continente. El día 10, Repington avisaba: «Tenemos que estar preparados para una empresa desesperada, por parte de toda la marina alemana, y para el intento de cooperación del ejército alemán en ese ataque». Dos días después escribió, lúgubrementemente: «No deberíamos hacernos ilusiones; la *Massenschlacht* que se avecina no será sino la colisión más atrozmente destructiva de la historia moderna»; y el 15 de agosto apostilló: «Es, cuando menos, posible que la guerra dure mucho tiempo».

Aquel mismo día, sir John French, comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica (FEB), llegó a la Gare du Nord de París, donde fue a recibirlo una gran muchedumbre, a pesar de la llovizna persistente. Tras el subsiguiente encuentro del mariscal de campo con los líderes de Francia, en el Palacio del Elíseo, sir Francis Bertie describió a René Viviani como «abrumado, tenso y angustiado». Por su parte, «el ministro de Guerra estaba más ansioso por exhibir su conocimiento del inglés que por compartir información valiosa». Entre las enormes incertidumbres y temores, no es de extrañar que los nervios de los actores principales, ninguno de los cuales era joven, se tensaran hasta el límite. Probablemente, Bertie no era consciente de que Joffre no le estaba contando a su gobierno —por no hablar de al pueblo de Francia— casi nada sobre los acontecimientos del campo de batalla.

En Gran Bretaña impera la presunción de que la primera guerra mundial no empezó en serio hasta el 23 de agosto, cuando los «viejos despreciables» de la FEB aplastaron a las huestes del káiser en Mons, lo cual salvó a Inglaterra con su esfuerzo, y a Europa con su ejemplo. En realidad, por descontado, el ejército francés ya llevaba casi tres semanas de combates sangrientos antes de que el primero de los soldados del rey-emperador disparase un tiro en la guerra; y también estaban ya ensangrentadas Serbia, Polonia y Prusia oriental.

En el norte de Francia, durante los primeros choques de la guerra, la aportación británica, aunque relevante, quedó del todo subordinada a la de las

fuerzas aliadas, mucho más numerosas. Contra los 1.077 batallones de infantería alemanes, al empezar la campaña los franceses desplegaron 1.108; los belgas, 120, y la FEB... 52. Es improbable que el káiser hablara nunca del «pequeño y despreciable ejército» de Gran Bretaña, pese a lo que afirma el mito popular; pero su magnitud, de una inadecuación absurda, habría justificado tales calificativos. La fuerza inicial de French constaba de dieciséis regimientos de caballería, los mencionados cincuenta y dos batallones de infantería, dieciséis brigadas de cañones de campaña, cinco baterías de artillería con caballos, cuatro baterías pesadas, ocho compañías de campo de ingenieros reales y los cuerpos de servicio y demás contingentes de apoyo. Más adelante —a partir de 1916, con Francia cada vez más exhausta—, Gran Bretaña asumió un papel principal en el frente occidental. En agosto de 1914, por el contrario, la FEB solo llevó a cabo un largo repliegue interrumpido por dos acciones de contención. Los errores de cálculo y los desatinos alemanes, junto con el peso numérico y el arrojo de los franceses, contribuyeron mucho más que los británicos a impedir que el káiser pudiera desfilarse victoriosamente por los Campos Elíseos. Pero esto no menoscaba la fascinación con la que la posteridad contempla las primeras acciones de la FEB.

A los aliados anglosajones se les recibió en el continente con los brazos abiertos. Tras una marcha, el 13 de agosto, el teniente Guy Harcourt-Vernon escribió: «La última milla, medio batallón quedó atrás, asaltado por los habitantes, que los regaron con agua y sidra. La disciplina, espantosa».¹ Los auxiliares de las unidades visitaban a los pagadores de la brigada para cambiar los soberanos de oro ingleses por francos locales. En Amiens, un café de la plaza Gambetta adoptó una costumbre que se había extendido por todos los campos de guerra de Europa: a las 9 de la noche, hora de cerrar, los clientes civiles y uniformados por igual se ponían en pie, en posición de firmes, mientras la banda tocada en sucesión todos los himnos nacionales de los aliados. Pero las ancianas que supervisaban los baños públicos locales trataban a sus visitantes —sin asomo de error— como corderos destinados a la matanza. Se frotaban los ojos mientras repartían té gratuitamente, diciendo: «*Pauvres petits anglais, ils vont bientôt être tués*».

El ala derecha de los ejércitos de Moltke era la que debía recorrer más kilómetros para cumplir con su parte en la vasta maniobra envolvente de las fuerzas de Joffre. Tras abrirse paso por Lieja, se envió a dos cuerpos en persecución del ejército belga, que se retiraba al norte, hacia la fortaleza de Amberes, con la esperanza de que los franceses acabaran socorriéndoles; a ocupar Bruselas; y a asegurar las líneas de comunicación. Estas distracciones debilitaron significativamente el impulso principal de «Schlieffen» hacia el sur. Las fuerzas belgas no podían emprender una acción ofensiva de calado, y habría sido muy razonable hacer caso omiso de ellas hasta haber derrotado a los franceses, para

luego barrerlas a placer.

En la tercera semana de agosto, los ejércitos adyacentes de Alexander von Kluck y Karl von Bülow, que sumaban más de medio millón de hombres, estaban cruzando Bélgica, lenta y pesadamente, hacia el sur, hacia la frontera francesa. Algunos testigos que los vieron avanzar quedaron conmocionados por lo que parecía un fenómeno irresistible. Richard Harding Davis, periodista y novelista estadounidense, describió cómo hicieron una entrada triunfal en Bruselas a las 3.20 de la tarde del 20 de agosto: «Ya no eran regimientos de hombres en marcha, sino algo extraño, inhumano, una fuerza de la naturaleza como un desprendimiento de tierras, un maremoto o la lava que se desliza por una montaña. No era nada de este planeta, sino algo misterioso, fantasmal».² Harding Davis se admiró ante la sensación de poder que proyectaban miles de hombres cantando *Patria, mi patria* como «los golpes de un gigantesco martinete».

En cuanto a sus comandantes, Kluck contaba sesenta y ocho años, y era un profesional duro, correoso, sin orígenes nobles, que había ascendido por sus méritos. Bülow tenía la misma edad, y era un aristócrata prusiano al que Kluck estaba subordinado, aunque luego, en el campo, este último no siempre le hizo caso. Moltke tenía a Bülow por el más capaz de sus generales y, por ello, le confió las responsabilidades cruciales; pero tanto él como Kluck eran viejos, y carecían de la forma precisa para asumir papeles de liderazgo en las operaciones militares más importantes de la historia, como pronto se vería. En el seno de los dos ejércitos de Bülow, tanto a los hombres como a las bestias les dolían los pies. Tan solo en una división de la caballería alemana, setenta animales murieron de agotamiento en las dos primeras semanas de la campaña; y el resto, apenas podían echarse a trotar. No se adoptó ningún sistema para el descanso regular de los hombres en marcha, como convenía para que pudieran dosificarse y cuidar los pies ampollados.

Hacia ellos avanzaban las columnas de la Fuerza Expedicionaria Británica, que recorrían campos de suave ondulación y gozaban de bienvenidas tan cálidas como las que sus soldados habían estado recibiendo desde que desembarcaran en los puertos del Canal. «Este pueblo francés, sin duda, posee un entusiasmo que escapa a la comprensión británica», escribió lord Bernard Gordon-Lennox, de los granaderos, «y a la vieja Inglaterra le sentaría extraordinariamente bien ver el patriotismo sin reservas y la *bon camaraderie* que se muestra en todas partes.»³ Algunos hombres se fijaron en la profusión de muérdago colgado en las ramas de los árboles del margen de las carreteras, aunque relativamente pocos vivirían para poder besar a ninguna mujer bajo los adornos de Navidad. Más de la mitad de las fuerzas de todas las unidades de la FEB eran reservistas vueltos a llamar a filas: de regreso de una cómoda vida civil y calzados con sus botas nuevas, les costaba mantener el paso.

Guy Harcourt-Vernon garabateó, el día 22: «Todos los hombres han estado atracándose de peras y manzanas. Los granjeros dicen preferirnos a los prusianos. ¡Pues claro!».⁴ El comandante en jefe de la FEB aceptó detener al grupo en el canal de Mons-Condé, nada más entrar en Bélgica, donde podría proteger la izquierda de Lanrezac si la caballería francesa llenaba el espacio intermedio. Pero entonces al 5.º Ejército le partieron la nariz en Charleroi, y cedió terreno. Con ello, británicos y franceses quedaron peligrosamente mal alineados: al mismo tiempo que los hombres de Lanrezac se replegaban, la FEB seguía avanzando alegremente.

Cuando las columnas caquis llegaron a Mons, unos 55 kilómetros al sur de Bruselas, los soldados, con las caras ya enrojecidas por el sol del verano, se quitaron las guerreras y empezaron a cavar trincheras; esto, sin embargo, serviría de poco entre el abarrotamiento de una región suburbana e industrial, donde los edificios limitaban los campos de fuego. Hacia la noche, salió de los canales una infinidad de insectos, lo que llevó a miles de hombres a maldecir profusamente mientras se golpeaban en las picaduras. En la distancia, hacia el sureste, algunos oyeron la explosión de los cañones en el frente del 5.º Ejército. Sir John French tuvo noticias de que los alemanes habían repelido a sus aliados, pero no comprendió en qué escala: el ejército francés había perdido una cuarta parte de la fuerza movilizada y la izquierda de Lanrezac se hallaba quince kilómetros por detrás de los británicos.

El pequeño mariscal de campo conservó el optimismo sobre las perspectivas de los aliados. Sabía que los alemanes estaban a punto de acometer, pero se mostró extrañamente despreocupado a la hora de situar a sus tropas en el camino. El jefe de la inteligencia de la FEB, el muy competente coronel George MacDonogh, avisó — a partir del reconocimiento aéreo y los mensajes del Estado Mayor de Lanrezac — de que se les echaban encima tres cuerpos alemanes. Sir John desdeñó la amenaza y propuso seguir avanzando hacia Soignies. Cuando interrogó personalmente a un piloto del Royal Flying Corps [Real Cuerpo Aéreo británico] que había observado las masas de Kluck, el comandante en jefe no le dio crédito y cambió de tema para charlar paternalmente sobre el aeroplano del angustiado joven.⁵

Los primeros tiros británicos de la guerra se dispararon a primeras horas de la mañana del 22. La caballería del escuadrón C del 4.º regimiento de dragones de la guardia real irlandesa se desplegó en lo alto de una colina poco pronunciada, unos cinco kilómetros al norte del canal de Mons-Condé. Por delante de ellos, vieron acercarse, desde una hondonada, a una patrulla de lanceros alemanes, incluido un oficial que fumaba un cigarro. El capitán Charles Hornby encabezó dos pelotones que bajaron a medio galope por la carretera, haciendo saltar chispas de los guijarros, en persecución de un enemigo que se dio a la huida. Hubo una refriega a menos de dos kilómetros de allí, en la que los británicos hicieron cinco prisioneros

entre unos alemanes sorprendidos y obstaculizados por sus lanzas. El cabo Ted Thomas utilizó su fusil; tras varios años en los campos de tiro, donde uno esperaba por unos segundos a que le señalaran un blanco de papel, quedó asombrado por la prontitud con la que un jinete alemán cayó de su silla: el primer enemigo derribado por una bala británica. Hornby volvió exultante e informó de que la víctima había muerto como un caballero, a punta de acero. Dejó la espada al armero del regimiento, para que la afilara, y expresó un pesar estúpido ante la necesidad de que la limpiaran de sangre. El general de la brigada había prometido una condecoración (de la Orden del Servicio Distinguido) al primer oficial que matara a un alemán con el nuevo modelo de espada de caballería, y Hornby la recibió según lo acordado.

En la tarde del 22 de agosto llegó un mensaje de Lanrezac sugiriendo a sir John French que toda la FEB virase hacia la derecha para atacar el flanco del avance de Bülow. En los flancos abiertos es donde los ejércitos pierden las batallas, e incluso las guerras, si un enemigo se las ingenia para acometerlos. Pero esta maniobra británica habría sido una locura en aquellas circunstancias; los seis cuerpos de Kluck, muy próximos a las formaciones de Bülow, los podrían haber sepultado, encarados al revés. El comandante en jefe se negó, en la que fue casi su última decisión razonable de la campaña, y se retiró a dormir sin temer nada: ni que la perdición era inminente, ni siquiera que le aguardaban problemas graves.

Las dos divisiones del II Cuerpo del general sir Horace Smith-Dorrien pasaron la noche acampadas a lo largo del canal de Mons-Condé, con la caballería cubriendo por la izquierda, encabezada por Allenby. El I Cuerpo, de Haig, se desplegó formando un cuadrante, por la derecha, extendiéndose hacia atrás, en dirección al 5.º Ejército de Lanrezac. Las posiciones de la FEB distaban de ser ideales para recibir un ataque: el canal, de veinticinco kilómetros, no era lo bastante ancho ni profundo para representar un obstáculo relevante, pues de media no llegaba a los veinte metros de anchura. En algunos tramos del frente británico, de cuarenta y dos kilómetros en total, el terreno de la orilla septentrional descendía hasta el agua entre bosques o grupos de edificios, lo cual, en ambos casos, ofrecía cobertura a la aproximación del enemigo.

Al cuerpo de Smith-Dorrien se le asignó un frente mucho más extenso que al de Haig. Los británicos eran tan poco numerosos que no podían formar una línea ininterrumpida —algunos batallones debían proteger unos 2.000 metros— y, por ende, se concentraron en torno de los puentes, lo que dejaba amplios espacios libres que un atacante podía aprovechar, sobre todo con la ayuda de barcasas amarradas a intervalos a lo largo del camino de sirga. Al noreste de Mons, el canal se torcía formando media lazada y creando un saliente peligroso para las compañías que defendían aquel sector: fusileros reales y Middlesex. Al anochecer, el día 22, el teniente coronel Charles Hull, de Middlesex, cuyas rígidas ideas sobre la disciplina

inspiraban al tiempo respeto y miedo, paseó montado por las posiciones del batallón junto con su ayudante, Tom Wollocombe. Hull se encolerizó al saber que un comandante de compañía instaba a sus hombres a disparar sin descanso contra un avión alemán: el coronel afirmó que pronto necesitarían todas y cada una de las balas que llevaban. Cuando se hizo oscuro, los británicos oyeron una ráfaga de mosquetes, distante e inexplicada, que ayudó a mantener despierta a la guardia.

En parte porque esperaban reanudar pronto la marcha, y sobre todo porque aún no se habían contagiado del ánimo necesariamente imperioso de la guerra, los defensores no acertaron a usar las horas de gracia previas a la llegada de los alemanes para preparar la demolición de los dieciocho puentes del canal. Simplemente, erigieron algunas barricadas desgastadas e instalaron ametralladoras para cubrir los accesos. Los ingenieros colocaron unas pocas cargas, por precaución; en uno de los puentes, un zapador montó en bicicleta para buscar algunos detonadores de los que carecía. Inmediatamente antes del amanecer del 23 de agosto, sir John French conferenció brevemente con sus dos comandantes en el cuartel de Smith-Dorrien, sito en el Château de Sars. Se lo vio efervescente, y afirmó, contra todos los indicios, que en las inmediaciones solo había un cuerpo alemán, o a lo sumo dos. Dijo a sus generales que estuvieran preparados para cualquier alternativa: avanzar, mantener la línea o replegarse. Luego se alejó en su automóvil, para visitar una brigada de infantería en Valenciennes, y no interpretó ningún otro papel en la batalla que se desarrollaría a continuación. Fue una conducta del todo extraordinaria para un comandante en jefe que era responsable del único ejército de campo británico, que iniciaba la primera campaña continental en un siglo y, según se sabía, tenía el enemigo a mano. En cuanto a los franceses, no parece que comprendieran la gravedad del momento. No se dio instrucciones claras a los subordinados, hasta el nivel de la sección, más allá de indicarles que debían defender sus posiciones durante un día o dos.

De madrugada, llegó una orden para las unidades del frente: «Estén en su puesto y con las armas listas a las 4.30 de la mañana. Transportes cargados y caballos ensillados. Den acuse». A las 6, llegaron nuevas instrucciones de enviar a la retaguardia los carros de bagaje de los batallones. Más tarde, los hombres dieron las gracias por ello: una vez iniciada la batalla, habría sido imposible salvar los equipos bajo el fuego enemigo. Durante las tensas hora o dos horas en las que aguardaron al enemigo con las armas dispuestas, el regimiento de Middlesex recibió un mensaje insuperablemente intrascendente de la división, lamentando que uno de sus oficiales se había marchado de una herrería belga, en Taisnières, sin pagar las nuevas herraduras de su caballo. En su mayoría, los hombres usaron la pausa para mejorar sus posiciones, bajo la amistosa mirada de la población local, vestida con sus mejores ropas de domingo. Ni los soldados ni los civiles previeron

el peligro, lo que solo engendró muerte y devastación. Los oficiales consultaban mapas que eran inútiles por la ausencia de detalles. Los primeros roces se desarrollaron bajo una llovizna, pero el sol no tardó en abrirse paso. Los centinelas de la caballería se reincorporaron a sus filas. La artillería enemiga empezó a lanzar proyectiles sobre las unidades de Smith-Dorrien, interrumpiendo descortésmente el desayuno de algunos de sus hombres.

Estos eran soldados de un ejército que, desde hacía medio siglo, solo había vivido campañas coloniales, muy a menudo contra nativos armados con lanzas; solo los bóers les habían mostrado qué podían hacer las armas menores modernas. La edad media de la FEB era de veinticinco años, y muchos de los soldados más jóvenes nunca habían disparado a matar. Pero también había veteranos de más edad que habían combatido contra derviches y pastunes: cuando un brigada se dispuso a formar un círculo defensivo con los carros de bagaje, a las afueras de un pueblo belga, lo denominó *zareba*;^{*} era un eco del Sudán de Kitchener.

La FEB era poco numerosa, pero sus soldados, gracias en buena medida a Richard Haldane, eran los mejor pertrechados de toda la historia bélica de Gran Bretaña. Tenían el soberbio fusil corto Lee-Enfield, alimentado por cargador, con balas de calibre 0,303, y la ametralladora Vickers. Algunos hombres llevaban utensilios personales de cuero, mientras a otros ya les habían dado las bolsas de munición y cinchas de lienzo que empezaban a ser la norma. Las dos estaban bien diseñadas, como la mochila británica. Los hombres valoraban sus polainas de vendaje, pese a lo fastidioso que resultaba tener que envolver las piernas con las largas cintas de algodón; las polainas les resultaban cálidas y reforzaban el tobillo en los terrenos agrestes, marchas prolongadas y trincheras fangosas. Las deficiencias más graves de la FEB eran sus números, la artillería pesada y el transporte motorizado. En el otoño de 1914, los campesinos franceses se acostumbraron a ver camiones confiscados que aún lucían los nombres de los almacenes de Londres a los que pertenecían —Harrods, Maples, Whiteleys— y motocicletas conducidas por civiles jóvenes y ansiosos, voluntarios de mensajería. Las furgonetas que pertenecían al servicio de restauración de J. Lyons no tardaron en llevar a los heridos de las estaciones de Londres a los hospitales de la ciudad.

Era un ejército en el que muchos de los oficiales parecían físicamente indistinguibles unos de otros, todos con el típico bigote muy recortado. Daban por sentado que —con la salvedad del cuerpo de servicio, los pioneros y similares— eran caballeros cuyo medio de transporte personal, por naturaleza, eran los caballos, no los vehículos motorizados; eran miembros del mismo club y muchos

ya se conocían de antemano. Cuando Tom Bridges se halló derribado de su montura y en el camino del enemigo, fue rescatado por un oficial del Estado Mayor que pasaba en un Rolls-Royce y coincidió que había ido a la escuela con él. Tras el período de paz, en el que los ascensos se producían a ritmo de tortuga, en Mons había muchos capitanes de treinta y seis o treinta y siete años, junto con muchos comandantes ya en los cuarenta. Sus hombres procedían, en su gran mayoría, del campesinado rural o la clase humilde industrial. Charles Edward Russell, un destacado socialista estadounidense que visitó Gran Bretaña durante el verano de 1914, lamentó que en los uniformes se manifestara el sistema de clases. Tras observar la instrucción de los reclutas, le llamó la atención la disparidad de altura entre los oficiales y la tropa —aquellos eran, de media, 13 centímetros más altos— y la pobre apariencia de los últimos: «Ojos apagados, bocas abiertas que parecen a punto de babear, expresión ausente, los estigmas del suburbio: un espectáculo terrible».

Sin embargo, algunas (aunque sin duda no todas) de tales víctimas de la privación fueron soldados decididos. Era inútil esperar que pensasen mucho por sí mismos, pero esta misma limitación afectaba a la mayoría de sus oficiales. Pocos habrían estado llevando la sarga caqui, aquellos días, si hubieran sido capaces de ganarse la vida por cualquier otro medio. «No odiábamos a Alemania. Con un ánimo auténticamente mercenario, habríamos combatido exactamente igual contra los franceses», escribió Tom Bridges, veterano de la guerra de los bóers.⁶ Junto al canal, rompieron los cristales de casas y almacenes, para crear posiciones de disparo; algunos, con vestigios de culpa por estropear la propiedad ajena.

Las primeras unidades de la infantería de Kluck empezaron a bajar por la colina, en dirección al agua, protegidas a lo largo de la mayor parte de un camino sin encanto por casas grisáceas, bocas de mina e instalaciones industriales. Aunque el ejército alemán era un poderoso instrumento bélico, en este momento crítico exhibió debilidad, sobre todo en lo relativo a la inteligencia. En agosto, los comandantes de todos los beligerantes rivalizaban entre sí por los errores de cálculo en cuanto a las intenciones y fuerza de sus oponentes. El de Kluck era el más grande de los siete ejércitos del káiser en el oeste. Los hombres de sus regimientos de cabeza se acercaron a Mons sabiendo que había soldados británicos en los alrededores, pero ignorando sus fuerzas y despliegue; el día 23, los aviones alemanes no desempeñaron ninguna función útil de reconocimiento. El propio Kluck gozaba de la estima de sus pares, pero no reveló ningún genio en esta, su primera batalla de 1914.

Hull, al mando de los hombres de Middlesex, era un entusiasta de las armas menores, que se había empeñado en que sus hombres supieran disparar bien; y aquel día se enorgulleció de ellos. Las sucesivas acometidas alemanas fueron controladas por un letal fuego de los rifles. Pronto, en la orilla norte se acumularon cadáveres de uniformes gris verdoso, rematados por los cascos de tipo *pickelhaube*. Pero los hombres de Kluck, a su vez, buscaron posiciones de tiro y pronto estaban causando bajas entre los británicos, mal ocultos.

Uno de los hombres de Hull, el soldado Jack, dijo más tarde: «Cuando empezaron los tiros, me asustó el ruido. Nunca había oído nada parecido. La mayoría de los proyectiles estallaba muy por detrás de nosotros, pero también había un extraño silbido cuando se acercaban las balas. Estábamos cuatro en la trinchera de los fusiles; nuestro oficial venía a vernos y recuerdo haber pensado: “¡Bájate, pedazo de atontado!”. Luego supe que al pobre hombre lo habían matado. También alcanzaron al hombre que había a mi lado. Yo estaba disparando y él soltó de pronto una especie de gruñido y se quedó quieto. Nunca había visto a un muerto, hasta entonces». Guy Harcourt-Vernon escribió: «Es curioso ver cómo todo el mundo se agacha cuando suena una bala. Sabes que ya ha pasado, pero igualmente bajas siempre la cabeza».⁸ Pronto, las balas y los proyectiles eran tan numerosos que no había tiempo de agacharse. En su mayoría, los hombres se concentraban en ir renovando los cargadores, de cinco balas, de unas armas recalentadas. Pero se ha hablado en exceso de la supuesta capacidad de tiro de los fusileros, de quince balas por minuto; en realidad, cualquier unidad que sostuviera tal ritmo de disparo no habría tardado en agotar la munición.

En su mayoría, el avance alemán lo formaban hombres tan noveles, en lo relativo a la guerra, como los británicos. Algunos experimentaron una breve euforia, como la que más tarde describió Walter Bloem, capitán de los granaderos de Brandemburgo. Al echarse adelante, «surgió desde dentro de mí un grito de triunfo, un canto salvaje y sobrenatural, que me elevaba e inspiraba y me colmaba todos los sentidos. Había superado el miedo; había conquistado mi yo material mortal». Al principio, los hombres de Kluck avanzaron en masa, directamente desde la línea de marcha, y sufrieron en consecuencia. Un suboficial británico escribió: «Formaban bloques sólidos, cuadrados, que se recortaban claramente contra el cielo, y era imposible fallar el tiro ... Se arrastraban cada vez más cerca, hasta que nuestros oficiales daban la orden ... Parecían tambalearse como un borracho alcanzado de pronto entre los ojos, tras lo cual salían corriendo hacia nosotros, gritando palabras estafalarias que no podíamos comprender».⁹

En la misma línea, uno de los *highlanders* de Gordon explicaba: «¡Pobres diablos de la infantería! Avanzaban en compañías de al menos 150 hombres, de cinco filas de profundidad, y nuestro fusil tiene una trayectoria plana de hasta 550

metros. ¡Adivínese el resultado! Podíamos plantar los fusiles en la trinchera y apuntar deliberadamente. La primera compañía, sencillamente, la volaba por los aires una descarga a 650 metros, y con aquella formación demencial, seguro que cada bala encontraba al menos dos blancos. Las otras compañías seguían avanzando muy despacio, cubriéndose con los camaradas muertos; pero no podían hacer absolutamente nada». La guerra se convertiría, en muy gran medida, en una batalla entre los grupos rivales de piezas de artillería y ametralladoras; pero durante una breve campaña, a finales del verano de 1914, los fusiles desplegaron su poder contra cuerpos de hombres que se exponían a simple vista.

Sin embargo, los ingleses sobrestimaron terriblemente las bajas que infligían sus fusileros. Muchos de los alemanes que cayeron al suelo solo se estaban poniendo a cubierto. Las unidades de Kluck se dividieron en grupos menores, que maniobraron con más sutileza, apoyados por obuses que causaban un número creciente de bajas. Lejos de comportarse como los necios «cabezacuadradas» de la caricatura británica, muchos alemanes usaron el fuego y la maniobra con eficacia.

Las compañías de Smith-Dorrien que estaban desplegadas en posiciones avanzadas, al otro lado del canal, se replegaron de nuevo en la orilla izquierda. «¡Dios! ¡Pero cómo dispara su artillería!», exclamó un *highlander* de Gordon;¹⁰ el bombardeo con proyectiles era una experiencia nueva, y desagradable, para casi todos los miembros de la FEB. «Los hombres cavaban pequeños huecos en los que se sentarse, y la mayoría se estaban volviendo un poco susceptibles, pues no estaban acostumbrados a esa vida», escribió Tom Wollocombe.¹¹ Para lo habitual en las batallas francesas de los días precedentes —por no hablar de las de Ypres, dos meses después—, las pérdidas británicas fueron escasas. Pero para tropas sin experiencia de la potencia de fuego de un ejército europeo moderno, aquel día de agosto en la orilla del canal pareció suficientemente espantoso. Hubo poca actividad alemana por la derecha, donde se desplegaba el cuerpo de Haig, pero en el frente de Smith-Dorrien la información de los prisioneros y las enseñas de los enemigos muertos revelaron la presencia de elementos de dos cuerpos, que atacaron con especial dureza el saliente nororiental.

Pero debe hacerse hincapié en que, aunque Kluck encabezaba un ejército mucho más numeroso que el de French, la cantidad de soldados que participaron activamente en la batalla de Mons, el 23 de agosto, por parte de los bandos, fue aproximadamente igual. Se ha elogiado mucho el heroísmo británico, pero no tanto el coraje alemán, también muy notable. Aunque se derribó a un número importante de hombres de Kluck en los accesos al agua, había decenas que se avanzaron para buscar puntos de apoyo en la orilla meridional; algunos los tomaron en menos de una hora y media desde que se inició la batalla.

Entre los alemanes, fue memorable el papel del hamburgués Oskar Niemeyer.

Al este del paso de la vía férrea por Nimy, defendido por los fusileros reales, había un puente de peatones que podía impulsarse, a pedales, hasta el otro lado del canal; los británicos lo habían dejado aparcado a lo largo de su orilla. Niemeyer se sumergió, nadó hasta el otro lado y, bajo el fuego británico, logró impulsar el paso casi hasta la orilla septentrional, antes de que lo derribaran. Esta hazaña le habría valido una Cruz de la Victoria si aquella mañana hubiera vestido de caqui. Los camaradas del muerto lograron atrapar el puente con una cuerda y estirarlo hasta su lado; luego empezaron a pasar por él.

Acciones similares, realizadas en una docena de puntos en el transcurso de la mañana, expusieron a algunas unidades a un fuego enfilado, e incluso amenazó con dejarlas aisladas. Poco antes de la 1 del mediodía, los de Middlesex recibieron de la división un mensaje increíblemente tarde: «Decidirán cuándo se deben destruir los puentes y botes de sus zonas». Según constató Tom Wollocombe, «era demasiado tarde: el enemigo o había pasado o estaba pasando».¹² Los defensores de Mons estaban diseminados con una densidad insuficiente para generar la violencia precisa para contener a la hueste de Kluck. Las baterías de artillería británicas, situadas inmediatamente detrás de la infantería, sufrieron mucho por el fuego alemán, casi tanto como los fusileros. «Fue magnífico el modo en que nuestros leales artilleros se mantuvieron junto a sus piezas», dijo Wollocombe.¹³ Uno de ellos, el sargento William Edgington, escribió en su diario con notable eufemismo: «Un día muy exigente; los alemanes parecían estar en todas partes».¹⁴ Las unidades de Middlesex estuvieron entre las que no recibían apoyo directo de la artillería, porque los artilleros más próximos no podían ver blancos y estaban obligados, simplemente, a lanzar proyectiles en la dirección general del enemigo.

Aunque los británicos vapulearon a los regimientos principales de Kluck, a medida que pasaba el día, sus propias bajas fueron en ascenso; entre tanto, el goteo de alemanes que cruzaban el canal se convirtió en auténticos torrentes. A primera hora de la tarde, Douglas Haig se arrastró hasta la cresta de una colina cercana, cinco kilómetros al norte de Le Bonnet; le acompañaba un oficial del Estado Mayor. En un silencio sombrío, pudieron ver, desde allí arriba, «masas de figuras vestidas de gris que avanzaban» sobre el grupo vecino del II Cuerpo.¹⁵ El fuego de la artillería enemiga era tan preciso, en algunos sectores, que los soldados de Smith-Dorrien —como los de cualquier otra nación, en aquel mes de agosto— llegaron a la malsana convicción de que había espías que informaban a las baterías rivales. A la postre, una unidad tras otra, el II Cuerpo empezó a replegarse. Sus hombres se fueron dirigiendo como podían hacia la retaguardia, y las secciones se turnaban para cubrirse mutuamente la retirada, mientras algunos soldados se ofrecían como apoyo a los compañeros heridos. Era difícil emprender una maniobra disciplinada,

en vez de huir caóticamente. Cuando el coronel Hull vio que una de las secciones se retiraba a las órdenes de un sargento —los dos oficiales de la compañía habían quedado heridos—, pidió a su ayudante que identificara al suboficial. Tras echar un vistazo con los gemelos de campaña, Tom Wollocombe le dio el nombre, a lo que Hull replicó, furiosamente, que «si el sargento X no había recibido orden de replegarse, haría que lo fusilaran».¹⁶ El sospechoso no tuvo que plantarse ante un pelotón de fusilamiento porque, aquella noche, era uno de los que figuraban en la lista de «desaparecidos».

El soldado Sid Godley se apoderó de la ametralladora de unos fusileros reales en Nimy, después de que el equipo muriera, y con ella se hizo merecedor —junto con el teniente Maurice Dease, póstumamente— de una Cruz de la Victoria por la defensa del puente de la vía férrea. Se dijo que Godley, aunque herido varias veces, siguió disparando para cubrir la retirada del batallón hasta que, al atardecer, los alemanes tomaron la posición y lo hicieron prisionero. Algunos escépticos arrojan dudas sobre la realidad de esta acción, pues señalan que no hay versión alemana que reconozca haber encontrado tal resistencia; sugieren que las hazañas de Dease y Godley cuentan sobre todo con el testimonio de este último y que el alto mando ardía en deseos de identificar héroes. En cambio, no hay disputas sobre el arrojado capitán Theodore Wright, de los ingenieros reales, que las 3 de la tarde empezó un trayecto valeroso —aunque irremediablemente tardío— a lo largo del canal, en un frente de cinco kilómetros, en el intento de demoler cinco puentes. El equipo de Wright estuvo bajo el fuego la mayor parte del camino, y el conductor, lógicamente, veía con alarma la idea de recorrer varios kilómetros de un campo de batalla en un automóvil cargado con ocho cajas de pólvora de algodón.

Aunque le disparaban desde tres lados, el ingeniero se las arregló para destruir el paso de Jemappes. Mientras estaba trabajando en otro, en Mariette, envió a su vehículo a trasladar a un herido a la retaguardia. Fue alcanzado en la cabeza por un fragmento de proyectil y se halló sin electricidad para detonar las cargas. A toda prisa, llevó un cable hasta la red de una casa próxima. Sin lograr obtener corriente, intentó, una y otra vez, conseguir el contacto, mientras algunos fusileros de Northumberland le proporcionaban fuego de cobertura. El agotamiento hizo que Wright se resbalara y cayera al canal. Un suboficial, el sargento Smith, pudo sacarlo, pero eran ya las 5 de la tarde y los alemanes les disparaban desde una distancia inferior a treinta metros. Los ingenieros abandonaron el empeño y se retiraron. Por este día de valeroso trabajo, y otros que culminó antes de que lo mataran, Wright recibió una Cruz de la Victoria. Pero todo fue en vano: en el frente británico solo se dinamitó un puente, porque las órdenes al respecto se habían dado demasiado tarde.

Al caer la noche, los alemanes controlaban Mons. No hay una fuente fiable

para sus bajas, pero el comandante del batallón de brandemburgueses de Walter Bloem se lamentaba desolado: «¡Eres el único comandante de compañía que ha quedado! ... ¡Es una ruina! ¡Mi orgulloso y hermoso batallón!». ¹⁷ En su regimiento habían muerto un comandante de batallón y su ayudante; tres comandantes de compañía y seis de sección; había otros dieciséis oficiales heridos; y la tropa había sufrido en proporción. Bloem decía, con tristeza: «Nuestra primera batalla ha sido una derrota, una derrota inaudita; y contra los ingleses, los ingleses de quienes nos reíamos».

Aunque este comentario suele citarse para celebrar los logros de la FEB, era una exageración descomunal que refleja lo mucho que le pesaban al autor las bajas, como suele pasar a todos los combatientes noveles. El batallón de Bloem sufrió pérdidas mucho más graves que ninguna otra unidad alemana aquel día. Los británicos habían sido incapaces de frustrar el avance de Kluck; solo lo habían demorado un día, antes de ceder las posiciones al enemigo. Según constata con aire triunfal la historia de otro regimiento alemán, aquella noche, «el espíritu de victoria era abrumador y se disfrutó al máximo». ¹⁸ El I Cuerpo y la caballería de Allenby apenas habían intervenido. Lo afortunado de Mons fue que los desatinos del enemigo permitieron que la FEB se retirara casi intacta; se calcula que perdió unos 1.600 hombres, en su mayoría, prisioneros. Un antiguo viajante comercial de Hamburgo, que hablaba inglés con fluidez, reunió a los prisioneros con un toque de humor: «Caballeros, por favor, ¡de cuatro en cuatro!». ¹⁹ Casi la mitad de las pérdidas recayeron sobre tan solo dos batallones: el 4.º de Middlesex, con más de cuatrocientas bajas, y el 2.º de la guardia real irlandesa, con más de trescientas. Las bajas alemanas totales fueron similares, pero con una proporción mucho mayor de muertos y heridos, no de prisioneros.

Los británicos miraban con desdén a sus aliados. Sin embargo, para que en Mons se pudiera ofrecer una breve resistencia, y luego el II Cuerpo pudiera escapar, fue esencial que una fuerza improvisada de los reservistas franceses, encabezada por el general Albert d'Amade, protegiera el flanco izquierdo de Smith-Dorrien. Al mismo tiempo que se libraba la pequeña batalla británica, el 5.º Ejército de Lanrezac sufría mucho más intensamente, en Charleroi. Aún más al sur, en las Ardenas, en los días 23 y 24 murieron en total 18.000 hombres del 4.º Ejército francés y el 4.º alemán. En un bosque próximo a Bertrix, todo un cuerpo francés entró en pánico y huyó abandonando la artillería. Además, los alemanes empezaron a bombardear la fortaleza de Namur, defendida por 35.000 soldados franceses y belgas; y la tomaron, dos días después, habiendo sufrido tan solo novecientas bajas. El 3.º Ejército alemán, dirigido por el general Max von Hausen, se preparaba para cruzar el Mosa en Dinant, mediante pontones y barcas. Hausen había luchado con el ejército austríaco en 1866, contra los prusianos. A sus sesenta y siete años, y siendo

el ministro de Guerra de Sajonia, vio una ocasión de que sus fuerzas rodearan las de Lanrezac. Franchet d'Espèrey, el más capaz de los comandantes de corps del 5.º Ejército, lanzó un contraataque por propia iniciativa, que hizo replegarse a los alemanes. Sin embargo, aquella misma noche, los hombres de Hausen se hicieron con el control de la ciudad y masacraron brutalmente a su población. Pero Franchet d'Espèrey había ganado tiempo para la retirada del 5.º Ejército y Hausen perdió a 4.000 hombres.

En comparación con todos estos enfrentamientos, las hazañas británicas en Mons tienen menos relevancia, aunque no así en el ánimo de sir John French y sus oficiales más destacados. A las 3 de la tarde del 23, el comandante en jefe regresó de su viaje a Valenciennes, engañado aún con la idea de que los aliados podrían renovar pronto el avance. Al caer la noche, no obstante, se vio obligado a reconocer la realidad y aceptar la valoración del coronel MacDonogh, que afirmaba que su ejército se enfrentaba a un enemigo de enorme poderío. Los hombres de Kluck se reunían en gran número a la derecha del II Cuerpo (ahora, al sur y oeste de Mons) y amenazaban con aislarlo del I Cuerpo; por último, y aún más amenazadoramente, sir John sabía que Lanrezac había empezado a retirar el 5.º Ejército del valle del Sambre, por mucho que Joffre ansiara lo contrario. La FEB había empezado el día quince kilómetros por delante de los franceses; ahora, la brecha amenazaba con ampliarse peligrosamente, invitando a los alemanes a ocuparla. Sir John reconoció que su propio mando debía retirarse con rapidez o se enfrentaría a una destrucción casi inevitable.

La FEB pasó la noche acampada unos cinco kilómetros al sur de Mons; sus hombres esperaban que, a la mañana siguiente, tendrían que luchar en la nueva línea. Aquella tarde, Tom Wollocombe tuvo «tiempo incluso de pensar que una batalla era algo maravilloso y emocionante, cuando estaba en marcha ... nuestros hombres no estaban desanimados, sino muy impresionados por la superioridad de su fusilería y sus maniobras en orden abierto, por encima del fuego del enemigo y los movimientos *en masse*».²⁰ Pero a la 1 de la madrugada del 24, el cuartel general dio órdenes de retirarse, sin ninguna guía sobre cómo se iba a desarrollar la guerra, lo que se dejó al criterio de los comandantes. Fue otra prueba más de la incompetencia del cuartel general británico, especialmente de Murray y Wilson, que simplemente no sabían actuar como oficiales del Estado Mayor. El único que sí sabía era el intendente general, sir William «Wully» Robertson, quien, a lo largo de las semanas siguientes, improvisó con energía y pericia un sistema de abastecimiento para la FEB.

En el espacio de unas pocas horas, sir John French había pasado de una confianza alegre al pesimismo, incluso al pánico. Ahora, una vez hablaba de llevar a su fuerza al refugio de la vieja fortaleza de Mauberge; y la siguiente, de retirarse

hacia el noroeste, a Amiens, cortando todo contacto con sus aliados. La experiencia de unos pocos días de campaña hizo que el comandante en jefe británico llegara a la hiperbólica conclusión de que los soldados franceses no eran gente con la que se pudiera tratar, no eran «gente decente» con la que quisiera seguir batallando. Tal actitud habría resultado ridícula, sin más, si no hubiera supuesto arriesgarse a graves consecuencias para la causa aliada.

Entre tanto, en París, aquella mañana del 24, Joffre le dijo a Messimy, el ministro de Guerra, que en aquel momento el ejército francés no tenía más elección que abandonar la ofensiva, que había fracasado. La estrategia nacional había quedado desacreditada. El ejército francés se había quemado en ataques fútiles; ahora solo podía aspirar a una defensa prolongada. El comandante en jefe le dijo al político: «Nuestro objetivo tiene que ser aguantar el mayor tiempo posible, intentando agotar al enemigo, y reanudar la ofensiva cuando llegue la hora». Frente a las noticias del norte, a Joffre se le desvanecía al fin la imagen errónea que se había formado con respecto al despliegue y las intenciones de los alemanes. Había comprendido el propósito de Moltke.

Hasta aquí, el comandante en jefe solo ocasionalmente había prestado atención al ala izquierda. En adelante, esta se convirtió en el foco de todos sus miedos; y después, de sus esperanzas. Al día siguiente, el 25, envió a sus comandantes (con copia para sir John French) la famosa *Instruction Générale No. 2*, donde declaraba su intención de empezar a transferir numerosas fuerzas al norte para crear un nuevo ejército a la izquierda de la FEB. Estaba ansioso por encarar el peligro de este flanco mediante fuerzas en las que tuviera la confianza de que iban a aceptar sus órdenes; los británicos no lo harían. Pero el nuevo despliegue de Joffre, dada su enorme complejidad, no se podría completar antes del 2 septiembre; y esto, en las circunstancias del momento, era una eternidad. Para bien o para mal, antes de aquel día todavía pasarían muchas cosas; algunas, a la FEB.

Es difícil, para un ejército que se tirotea con un adversario que avanza, romper el contacto y retirarse ordenadamente. Con las primeras luces del 24, los alemanes empezaron a hostigar una vez más al II Cuerpo. Aquel día, muchas unidades se vieron envueltas en escaramuzas, aunque con pocas pérdidas, antes de vivaquear de nuevo varios kilómetros más al sur. Ocurrió un incidente notable cuando el 9.º de lanceros y dragones de la guardia cargó contra los cañones alemanes en Audregnies, cruzando un kilómetro y medio de campo abierto; fue una locura extraordinaria incluso para lo esperable en la caballería británica. Los dirigía en teniente coronel David Campbell, un jinete famoso, que se había impuesto en una carrera de obstáculos del Grand National, montando su propio caballo, The Soarer. Tom Bridges fue uno de los muchos hombres que, en Audregnies, fue a lomos de un peso pesado, uno de los caballos de caza que unos meses antes había estado

saltando vallas en los condados rurales, antes de que el ejército los comprara. La carretera se hundía de pronto, lo que causó muchas caídas; y los cañones alemanes desmontaron a muchos hombres, que se refugiaron detrás de garberas de mieses, desde donde devolvieron el fuego. La montura de Bridges, Umslopoogas, murió.

Los británicos acabaron retirándose, tras sufrir ochenta bajas humanas — menos de las que merecían— y bastantes más bajas equinas. El escolar alemán Heinrich Himmler, de catorce años, escribió exultante en su diario: «Nuestras tropas avanzan al oeste del Mosa, hacia Maubeuge. Allí hay una brigada de caballería, a la que han apaleado, ¡apaleado de verdad! ¡Hurra!». ²¹ Aquel día, el mayor «Ma» Jeffreys, de los granaderos (en el cuerpo de Haig), describió «una marcha larga y exigente ... con gran calor y por caminos muy malos y polvorientos. Los hombres están muy cansados y sin ver claro qué pretendemos». ²² Jeffreys se disgustó al encontrarse en la carretera a muchos rezagados de la guardia de Coldstream, e insistió en que a sus propios hombres habría que negarles ocasiones de quedarse atrás: la única concesión, para los más agotados, era dejar sus mochilas y fusiles en los carros de bagaje del batallón.

Bernard Gordon-Lennox deploró el supuesto secretismo que mantenía a los oficiales en la ignorancia de los planes e intenciones del cuartel general: «Muy desazonador. Nadie sabe adónde va, dónde está, qué tenemos por delante, ni nada de nada; y lo que se nos dice, por lo general, resulta ser completamente erróneo». ²³ En verdad, por descontado, este desconcierto no procedía del sentido de la discreción del cuartel general, sino de su incompetencia e indecisión. La incapacidad de informar a los subordinados sobre el propósito y contexto de sus actividades fue una debilidad crónica del mando británico, a lo largo de toda la campaña.

El 25 de agosto se repitió el mismo patrón. Por detrás de las ruinas del viejo foro romano de Bavay, los caminos del sur se dividían. Era imposible que una sola carretera llevara a toda la FEB y una muchedumbre de civiles fugitivos. Se decidió enviar al I Cuerpo por la ruta que corría al este del gran bosque de Mormal, mientras el II Cuerpo seguía una línea casi paralela por el lado occidental. Todo el día hubo en Bavay un embotellamiento de tráfico, mientras una mezcla de las formaciones de French se esforzaba por pasar. «Nunca he estado tan cansado», escribió el capitán Guy Blewitt, del regimiento de infantería ligera de Oxfordshire y Buckinghamshire (los Ox and Bucks). «En las últimas 46 horas, no he dormido, he recorrido 65 kilómetros y, además, tenía la angustia de una retaguardia. Al acercarnos a Bavay, era evidente que la situación era grave, pues la carretera estaba desbordada: la caballería con sus monturas, jinetes que habían perdido los caballos, carretas de traslado de heridos, refugiados, bicicletas, cochecitos infantiles, cañones, infantería en filas de a cuatro, infantes que habían perdido sus unidades e infantes cuyas unidades no sabían dónde debían ir y estaban durmiendo en la cuneta.

Los guijarros de Bavay te dejaban los pies llagados y nos alegramos de pasar a un campo de rastrojos para acampar; pronto se encendieron fuegos y hubo algo de comida que echarse al estómago y algo de paja en la que dormir.»²⁴

El control del tráfico, durante toda la retirada, fue deficiente; y en aquellos primeros días, los británicos carecían de la frialdad precisa para despejar la carretera de vehículos y civiles en fuga. Guy Blewitt vio a un belga muy anciano, obviamente moribundo, al que llevaban en un carro. Al inglés le dolió la ironía de que el anciano hallara la fuerza suficiente para gritar con una voz aguda y aflautada: *Vive l'Angleterre!* En cambio, a algunas unidades a las que se había vitoreado cuando avanzaban, ahora se las abucheaba en la retirada: la población local adivinaba qué precio pagaría por la derrota aliada cuando llegaran los alemanes. El teniente Rose, del batallón de Wiltshire, describió así la noche del 25 de agosto: «En todo el camino de vuelta, había dos líneas de vehículos, cañones, ambulancias, etc., que iban por la misma vía, no muy ancha; y la infantería, sin formar de ningún modo ... Estaba oscuro, salvo por los destellos intermitentes de los relámpagos y el resplandor de las casas que ardían en los varios pueblos incendiados por los proyectiles ... Llovía a cántaros. Los hombres estaban muy cansados; llevaban dos días sin recibir raciones, pero no estaban nada desmoralizados».²⁵

Aquel mismo día 25, el 2.º batallón de granaderos recorrió casi veinticuatro kilómetros, sufriendo por el calor, dolido por los pies llagados e impedidos por los refugiados que empujaban carretillas y carrucos. Un oficial británico miró con compasión a una anciana dividida entre la urgencia de ponerse a salvo y el hondo instinto campesino, contrario a abandonar la granja. «Pero ¿quién dará de comer a los cochinos?», se lamentaba.²⁶ Un centenar de kilómetros al norte, en Gante, ama de casa belga Jeanne van Bleyenberghé escribía a una amiga: «Te hace llorar ver a toda esta pobre gente, con muchos hijos, que ha dejado atrás la vaca, el cerdo y todo lo que se habían ganado con el azacaneo ... Llevamos solo tres semanas de guerra, y a mí ya me parecen años».²⁷

Finalmente, los granaderos se detuvieron justo al sur del Sambre, en la ciudad de Landrecies, donde Haig había situado el nuevo cuartel general del cuerpo. La guardia había tenido el alivio de quitarse el equipo militar y echarse cómodamente en su alojamiento, cuando, hacia las 5 de la tarde, sonó una alarma. Los habitantes se retiraron a sus sótanos, mientras unos jinetes de la caballería irlandesa, en estado de pánico, corrían por la calle mayor gritando: «¡Los alemanes están aquí!». Se averiguó que una patrulla de la caballería enemiga había aparecido a las afueras de la ciudad, para luego retirarse velozmente. Se destinó a hombres de la guardia de Coldstream a proteger el acceso por el puente del Sambre, que tomaron posiciones en torno de una granja situada en un terreno elevado, unos quinientos metros al

norte del río. El primer indicio de actividad llegó cuando oyeron unas voces que, según dijeron más adelante, cantaban animadamente *La Marsellesa*.

En lugar de soldados franceses, sin embargo, fue un oficial alemán el que se acercó a la barricada de muebles erigida por la guardia. Con una iniciativa notable, pareja a una negligencia británica no menos llamativa (Haig escribió enojado, en su diario, que «su centinela no parece haber estado muy alerta»),²⁸ el alemán pudo apoderarse de una ametralladora Vickers sin vigilancia, y retirarse con ella. Luego se produjo una escaramuza general, al caer la noche, durante la cual uno de los guardias de Coldstream, George Wyatt, obtuvo una Cruz de la Victoria al correr bajo un intenso fuego enemigo a apagar las llamas de un montón de sacos de cereales, en un incendio que ponía en peligro la posición británica. Su regimiento, no obstante, apenas se distinguió en Landrecies.

Los británicos se sintieron ofendidos por la perfidia de unos enemigos que, a su juicio, cantaban canciones francesas para disimular su aproximación; pero los alemanes esperaban hallar alojamiento, y no enemigos, en Landrecies. Su columna estaba encabezada por una carreta de cocina de campaña; si de veras cantaban el himno nacional de Francia, es probable que eligieran esta música porque les sonaba bien, más que como una *ruse de guerre*. Ninguno de los dos bandos exhibió gran pericia táctica. Un oficial destacado consideró que los de la guardia estaban «muy dormidos, y las medidas adoptadas fueron muy tibias». Pero unos pocos proyectiles del enemigo cayeron en la ciudad y los granaderos salieron en apoyo de los de Coldstream. Según un oficial: «Parecen diablos, de cómo aprietan, estos alemanes». Pero luego añadió: «En cuanto los *Dutchmen* [no “holandeses”, sino una corrupción de *Deutscher Mann*, “(soldado) alemán”] intentaban avanzar, disparábamos unas andanadas rápidas y letales. Cargaron con arrojo tres o cuatro veces, pero siempre los abatimos».

La refriega de Landrecies —pues no fue más— le costó a cada bando unas 120 bajas. Los británicos resistieron hasta el amanecer, medio dormidos y temblando de frío en la oscuridad: entre las sorpresas desagradables de la campaña estuvo el helor de las noches. Luego se retiraron de la ciudad, aliviados porque el enemigo les permitiera levantar el campamento sin hostigarlos. La mayoría de los granaderos perdieron el equipo, porque los carros de bagaje del batallón se habían empleado para las barricadas callejeras. «Ma» Jeffreys escribió: «Me gusta que, en su mayoría, los otros cayeran dormidos mientras yo marchaba adelante ... Aún no sabemos nada sobre el curso general de la guerra».²⁹

La consecuencia más importante de la escaramuza de Landrecies fue que Haig, el comandante, sucumbió temporalmente al pánico. Los británicos se quedaron con la impresión de que el asalto alemán había sido mucho más intenso de lo que fue en realidad, y al principio sostuvieron haber matado a 800 enemigos. Haig se sentía

terriblemente mal, debilitado por un episodio de «cagalera» y una dosis heroica de bicarbonato sódico. Entre el fuego cruzado de la noche y la confusión en las calles, quedó convencido —con sir John French— de que su fuerza estaba al borde del desastre. El comandante y el cuartel general huyeron hacia el sur. Durante al menos los cinco días siguientes, Haig manifestó un derrotismo que pocos de sus subordinados llegaron a olvidar. Centró sus energías en salvar su propio cuerpo, sin apenas prestar atención a la suerte que pudiera correr el de Smith-Dorrien. El coronel James Edmonds, jefe del Estado Mayor de una división, que con el tiempo sería historiador británico oficial de la guerra, escribió palabras brutales sobre este episodio en una carta personal a un antiguo camarada, fechada en 1930: «D. H. quedó ... completamente destrozado por el asunto de Landrecies; había sacado su revólver y hablaba de “vender caras nuestras vidas”. Sin duda también creía que SmithD[orrien] estaría en problemas. Pero, como fuera, jugó con egoísmo y se marchó dejando a Smith-D en la estacada, aunque [a Haig] le habían contado lo de los tiroteos en Le Cateau y que los alemanes habían cruzado el frente de su retaguardia».³⁰

Mientras sir John French debería haberse preocupado por las formaciones de Smith-Dorrien, gravemente expuestas y hostigadas sin descanso por los alemanes, en su lugar se irritaba por una amenaza inexistente a las formaciones de Haig. Estas continuaron hacia el sur, recorriendo kilómetros con cansancio, pero apenas perturbadas por la acción enemiga; sus camaradas, por el contrario, combatieron en la acción más sangrienta de la retirada.

II. Le Cateau: «No le veo la gracia por ningún lado»

El resplandor del sol de finales de agosto, que calentaba e iluminaba los campos franceses, parecía burlarse de la condición de los ejércitos rivales, que daban vueltas entre una niebla de incertidumbres y errores. El día 25, el II Cuerpo británico sufrió muchas frustraciones: el tráfico de refugiados era tan numeroso y denso que obligó a detenerse a sus columnas en retirada; algunas unidades quedaron rezagadas por dificultades locales: los reales fusileros irlandeses se vieron demorados por un largo tren de artillería, que cruzaba la línea de marcha del batallón. Al atardecer, su coronel, Wilkinson Bird, informó a su general de brigada de que los hombres estaban demasiados cansados para seguir marchando y combatiendo durante la noche, si debían continuar sirviendo de retaguardia.³¹ A las 10 de la noche, el batallón entró en Le Cateau, a unos cuarenta kilómetros al sur de Mons. Bird fue a la oficina postal y llamó por teléfono al cuartel general del cuerpo, que le ordenó seguir la marcha hasta la población de Bertry, cinco kilómetros más al oeste.

Salió a la plaza del lugar, muy iluminada, y llena a reventar de carros, rezagados y soldados que comían y bebían en los restaurantes. Uno de los oficiales preguntó: «¿Os detendréis, señor?». Bird respondió lacónicamente: «No. El peligro es desmedido». Sabía que, en cuanto sus hombres rompieran filas, le costaría varias horas ponerlos otra vez en movimiento. El batallón salió del pueblo, remontó penosamente la colina, se adentró por los campos oscuros... y se perdió. A las 2 de la madrugada, acabaron saliendo a Reumont, todavía a kilómetro y medio de Bertry, donde hallaron el cuartel general de la 3.^a división. Bird pidió una cena para sus hombres; un oficial del Estado Mayor respondió: «No os la darán, porque nos retiramos otra vez a las cuatro, y ayer nos costó cinco horas ponernos en marcha». Los fusileros cayeron dormidos en un grupo de edificios de una granja próxima. Algunos oficiales comieron algo en un pequeño café de la vecina Maurois.

Al acercarse la noche anterior, el II Cuerpo había emitido la «Orden operativa número 6», que empezaba diciendo: «El ejército continuará mañana con la retirada». Pero en la madrugada del 26, Smith-Dorrien se vio obligado a reconsiderarlo. Muchas de sus unidades estaban tan exhaustas y hambrientas como los fusileros irlandeses y algunos aún avanzaban a través de la oscuridad, hacia Le Cateau. Se dio cuenta de que, si el cuerpo intentaba seguir hacia el sur aquel mismo

día, la cohesión se vendría abajo; y los alemanes, a los que tenían en los talones, aplastarían a las unidades rezagadas.

A veces, las personalidades de los generales carecen de color; pero no era el caso de sir Horace Smith-Dorrien, el duodécimo en una familia de dieciséis hijos. Como joven oficial de transportes en Zululandia, fue uno de los pocos supervivientes del desastre de 1879 en Isandlwana, tras lo cual se le propuso para una Cruz de la Victoria por sus esfuerzos para salvar a otros fugitivos. En adelante, adquirió una extensa experiencia en las guerras coloniales y combatió en Omdurman; con Kitchener trabó una amistad de por vida. Acabó la guerra de los bóers con la reputación consolidada, y posteriormente ocupó una sucesión de mandos. Era un partidario entusiasta de reformar el ejército, que favoreció los mosquetes y predicó a favor de las ametralladoras. En julio de 1914, se le encargó dirigirse a varios miles de cadetes de las escuelas privadas, en su campamento de verano, y allí sorprendió a un público casi uniformemente patriotero al afirmar que «debería evitarse la guerra, a casi cualquier coste; la guerra no resolvería nada; toda Europa, y no solo Europa, quedará reducida a cenizas; las pérdidas de vidas serían tan cuantiosas que el conjunto de la población quedaría diezmado». En aquel momento, la mayoría de los cadetes retrocedió ante la herejía, pero los que tuvieron la fortuna de sobrevivir hasta 1918 volvieron la vista atrás con respeto hacia la franqueza e independencia de pensamiento de Smith-Dorrien.

Asumió el mando del II Cuerpo de forma inesperada, después de que el teniente general sir James Grierson falleciera de un repentino ataque al corazón. Un estilo de vida dado a los excesos y un contorno voluminoso de más no facilitaban que Grierson llevara bien la tensión del servicio activo, pero su muerte representó una pérdida porque, como antiguo agregado militar en Berlín, conocía muy bien el ejército alemán. Kitchener impuso a Smith-Dorrien como sustituto, contra la férrea oposición de French, que lo detestaba. Aunque por lo general era un hombre sólido y tranquilo, el nuevo comandante de corps tendía a unos estallidos temperamentales que asustaban a los subordinados; de hecho, después de Mons, su jefe del Estado Mayor presentó la dimisión.

Este, pues, era el hombre al mando en Le Cateau, el 26 de agosto. A primeras horas de la madrugada, Smith-Dorrien consultó a todos los oficiales de alta graduación que pudo reunir. Allenby, que dirigía la caballería, informó de que tanto sus hombres como sus caballos estaban «casi acabados». Dijo que, a menos que el II Cuerpo empezara a retirarse antes del amanecer, el enemigo estaba tan cerca que sería inevitable que hubiera una batalla al alba. Hubert Hamilton, al mando de la 3.^a división, dijo que a sus hombres les resultaba imposible moverse antes de las 9 de la mañana. La 5.^a división estaba aún más dispersa, y la 4.^a —que no había bajado de los trenes de los puertos del Canal hasta la noche del 24 y aún carecía de la mayoría

de sus unidades de apoyo— estaba enredada en una acción nocturna de retaguardia. Smith-Dorrien preguntó a Allenby si aceptaría sus órdenes. Este asintió. «Muy bien, caballeros: lucharemos», dijo el comandante de corps, con palabras que quedan bien para la historia, «y también pediré al general Snow [al mando de la 4.^a división] que actúe a mi dictado».

Todos los oficiales suspiraron con alivio. Tras el caos y la ausencia de propósitos claros que los habían acompañado los tres últimos días, aquí había una decisión definida, que fue bien recibida. También la recibió bien, en un principio, sir John French, después de que se le informara, en mensaje enviado por automóvil al cuartel general, de que la mitad de su ejército libraría la segunda batalla de la campaña sin contar con la asistencia o la guía de su comandante en jefe. Más adelante, French se retractó públicamente, y en sus memorias fustigó a Smith-Dorrien. Sin embargo, dada la situación del II Cuerpo, es difícil ver de qué otro modo podría haber actuado su comandante. Se propuso el objetivo de asestar «un golpe que detuviera» a los alemanes, para obtener un respiro durante el cual reanudar la retirada. Esperaba contar con el apoyo del I Cuerpo, pero French no le comunicó que Haig proseguía con su propio repliegue y dejaba desprotegido el flanco derecho del II Cuerpo.

A las 7 de la mañana, Smith-Dorrien acudió a una llamada transmitida por la red telefónica del ferrocarril. Resultó ser Henry Wilson; el subjefe del Estado Mayor comunicaba que ahora el comandante en jefe había decidido que el II Cuerpo siguiera en retirada. Demasiado tarde, dijo Smith-Dorrien; las tropas ya estaban en acción y no podrían volver atrás hasta la noche. Un tiempo después, Wilson afirmó haber deseado «buena suerte; la vuestra es la primera voz alegre que oigo en tres días». Al parecer, no obstante, sir Henry también expresó un pesimismo extremo sobre la perspectiva que aguardaba al II Cuerpo. Aquel mismo día, James Edmonds se encontró con Smith-Dorrien, quien se quejó de saber demasiado poco al respecto de lo que estaba pasando y de haberse visto obligado a adoptar una decisión tan importante. Edmonds le tranquilizó: «No debe inquietarse por eso, señor. Ha hecho lo correcto».³² El general comentó que, desde el cuartel general, parecían pensar otra cosa: «Ese Wilson me decía al teléfono, esta mañana, que si me quedaba a luchar habría otro Sedán», en referencia al desastre que vivieron allí los franceses en 1870.

Cuando el jefe del Estado Mayor de sir John French recibió el mensaje de Smith-Dorrien, conforme planeaba plantarse a ofrecer resistencia en Le Cateau, sir Archibald Murray llegó a la conclusión de que era el fin de la FEB. De una forma que se habría antojado cansinamente teatral, si no hubiera ocurrido de verdad, cayó desmayado. Un colega con el inverosímil nombre de «Fido» Childs afirmó: «No llamen a un médico: tengo una pinta de champán».³³ James Edmonds escribió

burlonamente: «¡Y eso le hicieron tragar a Murray a las 5 de la mañana! ... “Curly” Birch, que cabalgaba furiosamente por los campos de la zona, buscando las brigadas de caballería que Allenby había perdido, me dijo que las instrucciones del cuartel general eran “salvar la caballería y la artillería montada”». En los cuarteles de French, fueron horas casi demenciales y con el paso del día no se recobró la cordura.

En ese momento, y durante varios días más, el comandante en jefe y su Estado Mayor fueron presa del derrotismo e incluso del pánico. Joffre lo pudo ver con sus propios ojos al llegar a San Quintín, a lo largo de la mañana, para debatir sobre su nuevo plan de campaña con los británicos y Lanrezac, del 5.º Ejército, al mismo tiempo que los hombres de Smith-Dorrien se batían por sus vidas unos pocos kilómetros más al norte. Los generales se encontraron en una mansión burguesa, lúgubre y recargada, en la que se había establecido sir John French. Lanrezac estaba de un humor pésimo, y horas antes había insultado a Joffre y French ante su propio Estado Mayor, con una intensidad que desconcertó e incluso molestó a sus oficiales. Afirmó estar de acuerdo cuando Joffre dijo que, para el 5.º Ejército, era esencial contraatacar repetidamente para mantener la presión sobre los alemanes; y prometió que, en cuanto el ejército en retirada hubiera pasado los bosques de la zona de Avesnes, donde la artillería no se podía desplegar eficazmente, retomaría la ofensiva en campo abierto.

Joffre no debía saber que, en realidad, Lanrezac no tenía intención de hacer nada parecido. El 26, mientras los británicos combatían en Le Cateau, el 5.º Ejército prosiguió con su lenta retirada; las únicas fuerzas francesas que aquel día vivieron alguna clase de escaramuza relevante fueron la caballería de Sordet y el grupo improvisado de divisiones de reservistas a la izquierda de Smith-Dorrien. Tom Wollocombe, de los Middlesex, fue uno de los pocos oficiales británicos que reconoció una contribución generosa de sus aliados: «Las tropas francesas ... del general D’Amade nos libraron de mucha presión». Entre tanto, en San Quintín, Joffre quedó conmocionado por la brutalidad de las palabras con las que el comandante en jefe británico recriminaba que la FEB había estado expuesta al desastre desde el momento en que llegó al frente, por falta de respaldo de los franceses. La conferencia se desarrolló en una sala en sombra, con los postigos cerrados, en la que, según Spears, «todo el mundo hablaba en voz baja, como si hubiera un cadáver en la habitación de al lado».³⁴ Fue necesario contar casi siempre con intérpretes, porque pocos de los británicos presentes hablaban francés y ni Joffre ni sus subordinados dominaban el inglés.

El comandante en jefe de Francia empezó a explicar el plan de su contraofensiva, la «Instrucción general n.º 2». Se desanimó al saber que el comandante en jefe de la FEB no sabía nada al respecto: sir Archibald Murray, en

estado de hundimiento mental y físico, no había acertado a mostrarle a su superior este documento crucial. Joffre resumió su intención de crear una nueva «masa de maniobra» con el 4.º y el 5.º Ejército a la derecha de la FEB, para luego aportar refuerzos por la izquierda. Recalcó a sus aliados británicos la necesidad de mantener la posición y contraatacar, para lo cual prometió la ayuda de sus hombres. Sir John no se sintió preocupado e insistió en que pensaba limitarse a continuar con su propia retirada. Según Spears, «en aquella sala, imperaba la sensación de que todo estaba perdido, como cuando un jurado está a punto de emitir un veredicto de culpabilidad unido a la pena capital».³⁵ Al acabar la reunión, sir John French se alejó en coche hacia el sur, llevándose consigo el cuartel general y sin prestar apenas atención a la batalla de Smith-Dorrien, más al norte. Según Spears, de nuevo, «fue quizá el peor de los días del cuartel general. Los nervios estaban fatal, la moral era escasa y la confusión, abundante. El Estado Mayor quería que lo alentaran y la partida de sir John tuvo el efecto contrario».³⁶

Joffre escribió en sus memorias: «Me llevé conmigo la impresión definida de que nuestro costado izquierdo era muy frágil, y me preguntaba, angustiado, si podría aguantarlo el tiempo suficiente para permitirme una nueva agrupación de nuestras fuerzas». El comandante principal de los aliados se enfrentaba al peligro de los alemanes, tan vasto como inminente; a las dudas sobre el coraje y la competencia de Lanrezac, en el sector más gravemente amenazado; y, por último, a un comandante en jefe británico distanciado de sus aliados y obviamente acobardado por la crisis. Un cuerpo británico se estaba retirando sobre un eje distinto al decretado por el cuartel general, mientras el otro había empezado una batalla crucial por su propia iniciativa. La conferencia de San Quintín terminó sin decisiones, sin más resultado que el asenso de los británicos a que Lanrezac siguiera con la retirada. Joffre partió sin haber intentado imponer su personalidad por encima de la de sir John French. Los dos comandantes en jefe aliados parecían carecer de una cualidad tan vital en el campo de batalla como es el control de la situación.

Para ser justos con el comandante de la FEB, aunque Joffre hubiera asegurado que Lanrezac cooperaría, sus promesas quedaron en nada. Sin embargo, esto a duras penas justificaba la creciente determinación de sir John de, en la práctica, lavarse las manos al respecto de la campaña. Decir que el cuartel de French no era un lugar feliz y que su Estado Mayor no era un equipo unido sería un eufemismo. Aparte del hecho de que el comandante en jefe no gozaba de la confianza de sus subordinados, Henry Wilson detestaba a su jefe de Estado Mayor, resentido por no ocupar el puesto de Murray; más todavía cuando este último mantuvo el cargo aun después de sufrir un colapso nervioso.

Años más tarde, Murray escribió a un antiguo camarada: «Para mí, fue un

período de pesar y humillación ... Como sabes, los miembros más destacados del [cuartel general] hacían siempre que podían como si no estuviera, frustraban mis planes sin cesar, incluso modificaban mis instrucciones ... Nunca antes, ni después, he trabajado con un Estado Mayor desleal ...¿Por qué me quedé con esa camarilla del Ministerio de Guerra cuando sabía que no me querían? Fue un error ... Quería ver bien a sir John. Había estado muchos años con él, y sabía mejor que nadie que su salud, carácter y temperamento lo hacían inadecuado, en mi opinión, para la crisis a la que nos enfrentábamos».³⁷ Concluyó afirmando que si Wilson hubiera sido menos desleal, «no habría tenido que lidiar con sir John sin ayuda». El único sentimiento que compartían French, Murray y Wilson era la falta de confianza mutua, una situación inquietante en el mando de cualquier ejército en campaña. De hecho, las relaciones personales entre casi todos los oficiales británicos de primer orden, en Francia, oscilaban entre lo frío y lo emponzoñado. No mejorarían durante el año siguiente, en el que las intrigas se tornarían una epidemia. Henry Wilson, por ejemplo, le dijo en cierta ocasión a French que Kitchener era tan enemigo de la FEB como Moltke o Falkenhayn. Si cupiera comparar a los generales británicos con algún grupo de hermanos, sería solo con el de Caín y Abel.

Toda vez que, el día 26, se aclaró la neblina de primera hora, una sucesión de pilotos del Real Cuerpo Aéreo regresó de las misiones de reconocimiento afirmando que había fuerzas enemigas obstruyendo, a lo largo de varios kilómetros, todas las vías de acceso al frente del II Cuerpo: «Los mapas [de los aviadores] quedaron negros por las líneas con las que dibujaban las columnas de las tropas alemanas», según palabras de un oficial del Estado Mayor.³⁸ Un solo regimiento de infantería de tres batallones, 233 caballos y setenta carros ocupaba casi dos kilómetros de carretera; y eran seis los que se acercaban rápidamente a Le Cateau, celebrada como la cuna de Matisse. «Parecía un sitio pequeño, agradable, tranquilo y bañado por el sol», comentaba un oficial británico, «a punto de entrar en la historia en compañía del trueno de los grandes cañones ... desconocedora de su destino, parecía que nada pudiera llegar a alterar nunca aquella pequeña ciudad.»³⁹ La batalla que Smith-Dorrien libró el 26 de agosto (568.º aniversario de Crécy) resultó ser mucho más sangrienta que la de Mons; de hecho, costó tantas vidas británicas como el desembarco de Normandía, en junio de 1944, en la siguiente guerra mundial. Fue completamente distinto a casi todo lo que sucedió a sus supervivientes en los cuatro años posteriores. Fue la última batalla importante del ejército británico en la que un hombre (que estuviera, en este caso, en el terreno elevado que había a cosa de kilómetro y medio al noroeste de Le Cateau) podía

haber abarcado dentro de su campo de visión casi todos los puntos cruciales del día.

La pequeña ciudad estaba enclavada en un valle, donde resultaba invisible para los 60.000 soldados que tomaron posiciones en los quince kilómetros de campos verdes y dorados de la meseta superior, con ligeras ondulaciones y en general despejada. Los cereales se habían segado y amontonado en garberas sobre los rastrojos que, entre extensiones de remolacha azucarera y tréboles, con algún almiar ocasional, llegaban hasta donde alcanzaba la mirada. Un soldado consideró que el lugar se asemejaba a un terreno de instrucción que conocía bien: «La llanura de Salisbury, sin los árboles».⁴⁰ Smith-Dorrien desplegó el cuerpo, con los hombres agotados, sobre un terreno desfavorable y mal reconocido. Algunas unidades, sobre todo las situadas a la derecha y más cerca de Le Cateau, se hallaron defendiendo posiciones que los alemanes no tardaron en ver desde más arriba, con la posibilidad de emplazar a hombres en terreno muertos, no batido por la artillería. Más adelante se reprochó que a los británicos les habría ido mejor de haberse situado en una sierra más alta, unos ochocientos metros más al sur. Pero Smith-Dorrien se habría encogido de hombros: «La necesidad obligaba».

Algunos lecatenses se acercaron a ayudar a los británicos a atrincherarse. Los más próximos a la ciudad fueron los hombres de Yorkshire, emplazados en unas estrechas zanjas de fusilería, excavadas por los ingenieros reales, con los de Suffolk a la derecha. Los de Norfolk se esforzaban por derribar un árbol que se elevaba aisladamente en su posición y ofrecía un blanco idóneo a los artilleros enemigos. Los destacamentos de señales recorrían el campo de batalla a medio galope, tendiendo cables de teléfono extraído de unos bidones giratorios, montados en carros. Pero la reserva de cable era del todo insuficiente, porque en Mons se había gastado (y perdido) una gran cantidad. Durante la campaña de agosto de 1914, el medio de comunicación más importante fueron las redes telefónicas francesas, civiles y ferroviarias, de una eficiencia suprema. Un historiador oficial escribió, más adelante: «Al empezar la campaña dispusimos de un sistema de intercomunicación en el que, en circunstancias favorables, las conexiones fueron más numerosas que lo que se logró hasta mucho más avanzada la guerra».⁴¹ Sin embargo, en agosto hubo ocasiones en las que las unidades no tuvieron más opción que enviar mensajes mediante luces y banderas. El método más fiable siguió siendo el de hacía miles de años: enviar mensajeros a pie o a caballo. En el campo de Le Cateau, fue habitual ver jinetes al galope, que corrían de una unidad a otra arriesgando la vida para entregar las órdenes.

La batalla se desarrolló irregularmente; a grandes rasgos, de derecha a izquierda de la línea británica. La artillería empezó a disparar a las 6 de la mañana y, al poco tiempo, los hombres de Kluck entraron en la ciudad de Le Cateau, que no se intentó defender, e hizo que los piquetes británicos se replegaran a lo alto de la

colina, en su límite oriental. Uno de los atacantes, el teniente Kuhlorn, recordaba luego: «Ordené a mi sección: “¡En pie! ¡Adelante! ¡Avanzad!” y avanzamos en acometidas breves. Al volver la mirada alrededor, durante una pausa, hallé conmigo a unos ocho hombres y varios suboficiales. El resto se habían quedado donde estaban».⁴² Sin embargo, unos pocos metros cada vez, él y su regimiento lograban ganar terreno. A las 9 de la mañana, los cañones de Kluck disparaban intensamente sobre los batallones de Suffolk y Yorkshire y sus baterías de apoyo, todos a la vista; con ello los sometieron a una prueba muy dura, a lo largo de muchas horas. El coronel de Suffolk fue de los primeros en caer; antes de que pasara mucho tiempo, una batería de artillería había perdido a todos sus oficiales y solo disparaba con un único cañón. A media mañana, los alemanes superaron por el flanco el costado derecho de Smith-Dorrien, por lo que, durante el resto del día, dispararon contra Suffolk y Yorkshire desde tres lados, y pudieron situar las ametralladoras para enfilar las posiciones británicas.

Más al norte, algunas de las unidades del II Cuerpo seguían en marcha hacia los puntos del frente asignados aun después de que la batalla empezara. A las 7 de la mañana, un ciclista jadeante ascendió metódicamente el camino a la granja en la que el coronel Bird, de los fusileros irlandeses, había robado una o dos horas de sueño, con órdenes de marchar de inmediato hacia Bertry. Al principio, un Bird confuso no recordaba dónde hallaría a sus hombres. Hizo venir a su ayudante, el capitán Dillon, casi dormido en un sillón. «Lo siento mucho, señor. Recuerdo haberme sentado... y nada más, hasta que me habéis despertado», se excusó Dillon. Una hora después, con sus compañías penando amodorradas por detrás de él, Bird entró a caballo en Bertry; fuera del cuartel general del cuerpo, encontró allí a Smith-Dorrien. «¿Lucharán sus hombres?», quiso saber el general. Bird asintió. El apasionado y enjuto comandante paseó la mirada por la columna. «Vuestros hombres tienen muy buen aspecto ... Solamente necesitan un buen combate, y no más retiradas.»⁴³ Los fusileros irlandeses fueron enviados unos tres kilómetros al noroeste, a la estación de Caudry, en el centro de la línea británica.

Un oficial del Estado Mayor comentó que, una vez echadas las suertes, Smith-Dorrien no quería interferencias de su comandante en jefe. «Estaba inquieto ante la posibilidad de que sir John pudiera venir; se explayó bastante al respecto, tras lo cual hizo algún comentario informal sobre los flancos derecho e izquierdo, ambos desprotegidos; pero confiaba en poder plantear una buena batalla, aunque corriera el riesgo de quedar rodeado.»⁴⁴ Hacia las 10 de la mañana, la infantería alemana empezó a avanzar en grandes números por los campos de rastrojos al oeste de Le Cateau. Kluck creía que estaba desplegando su IV Cuerpo contra seis divisiones de la FEB, que se retiraban hacia el suroeste. Debido a este error, sus formaciones se toparon con los británicos en una serie de enfrentamientos descoordinados que

privaron a los alemanes de la oportunidad de asestar el golpe con todas sus fuerzas.

Los soldados de Kluck estaban casi tan cansados como sus oponentes, tras haber recorrido unos cincuenta kilómetros el día anterior. En contra de la afirmación británica de que el número de atacantes lanzados contra el II Cuerpo era abrumador, tan solo seis regimientos, junto con tres o cuatro batallones de *Jäger* [«cazadores»] como hostigadores, y varios miles de hombres de la caballería desmontados, se enfrentaron a Smith-Dorrien el 26 de agosto. Era una fuerza formidable y contaba con el apoyo de una artillería excelente. Pero no resulta creíble plantear Le Cateau como la lucha de David y Goliat del mito británico: las fuerzas respectivas no distaban mucho unas de otras.

Al igual que en Mons, cada vez que los alemanes aparecían en masa al alcance de los fusiles, se los destrozaba. «Contra la infantería alemana, es imposible fallar. Se acercan a montones», escribió el comandante Bertie Trevor, de cuarenta y tres años, al mando de una compañía de los Yorkshire.⁴⁵ Pero a su vez, los defensores sufrieron con el fuego de artillería, que causó pérdidas especialmente graves entre las baterías británicas, desplegadas tan visiblemente como sus antecesores en la sierra de Mont Saint-Jean, en Waterloo, en 1815. De hecho, al primer duque de Wellington buena parte de lo visto en Le Cateau le habría resultado conocido: tropas enemigas que avanzaban en columnas densas; cocheros que fustigaban a las bestias de tiro, espumeantes, para soltar el avantrén de los cañones; jinetes que galopaban aquí y allá, llevando órdenes.

Un oficial alemán escribió admirado: «No me parecía posible que a una masacre como aquella pudiera sobrevivir nada de carne y hueso ... Nuestros hombres atacaban con suma resolución, pero una y otra vez los repelían aquellos soldados incomparables. Sin atender a las pérdidas, la artillería inglesa se adelantó para proteger a sus infantes y, a la vista de nuestros propios cañones, lanzaba un fuego devastador».⁴⁶ Otro participante alemán, el teniente Schacht, de una compañía de ametralladoras, fue más escéptico: «Pudimos ver una batería [británica] que, según nuestra doctrina, estaba situada demasiado adelantada, entre la línea de los infantes, de la cual estábamos ya muy cerca. ¡Derecha! ¡Blancos a 1.400 metros! Fuego rápido. Algo corto. ¡Más alto! Pronto pudimos observar el efecto. No podía haber más actividad ni en un hormiguero vuelto del revés. Por todas partes había hombres y caballos dando vueltas, cayendo y en medio de todo este revuelo, sonaba un incesante *rata-tata-tac*».⁴⁷

Cuando Smith-Dorrien ordenó que hombres de su magra reserva se adelantaran para proteger el flanco amenazado, pocos fueron capaces de superar la distancia en un terreno barrido por el fuego alemán. Bertie Trevor, de los hombres de Yorkshire, calificó luego la batalla como «demasiado terrible para describirla ... Disparamos 350 balas por hombre, en mi compañía, y con muy buena ejecución.

Pero estábamos en una auténtica trampa; es increíble que quede alguien con vida e ileso. Hasta que uno lleva horas siendo acribillado con lidita y metralla, ametralladoras y rifles, no puede uno entender la guerra. Y no le veo la gracia por ningún lado».⁴⁸ Un avión alemán, que pasaba en círculos arrojando de forma esporádica bombas de humo de colores con el fin de señalar blancos para la artillería, aportó un toque contemporáneo a una batalla del siglo XIX. Por el costado derecho de Smith-Dorrien, como decíamos, a las 10 de la mañana una batería de artillería había perdido a todos sus oficiales y solo le quedaba un cañón en funcionamiento. Fue un día en el que los batallones de los condados del ejército británico —Yorkshire, Suffolk, Cornualles, Surrey oriental y los *highlanders* de Argyll y Sutherland— se comportaron con una profesionalidad, constancia e insistencia que sus máximos comandantes —con la notable excepción del comandante del cuerpo— no mostraron por igual.

En el costado izquierdo de los británicos, el día empezó con un pequeño desastre. Los hombres del batallón King's Own Royal habían marchado durante toda la noche. Al amanecer estaban en la carretera de Ligny, en columnas por compañías, a la espera del desayuno prometido. El capitán R. G. Beaumont divisó a varios jinetes en el horizonte, que no parecían ni británicos ni franceses; pero cuando sugirió que eran alemanes, el coronel afirmó que se dejara de tonterías; el enemigo, según este oficial, se hallaba al menos a tres horas de camino.⁴⁹ El traqueteo de los carros fue bienvenido con voces de: «¡Aquí vienen los cocineros!».

Los hombres amontonaron las armas y sacaron los platos de campaña, mientras los jinetes distantes acercaban sus propios vehículos rodados y los descargaban a la vista. Era una unidad de la caballería alemana, a la que se permitió desplegar las ametralladoras sin ningún problema. Cuando casi un millar de soldados se apiñaban a la espera del desayuno, las Maxim abrieron fuego.

Las primeras explosiones mataron al coronel británico y provocaron la huida de tres compañías que, en estado de pánico, abandonaron el montón de fusiles. Casi todos los que intentaron correr fueron abatidos; solo los que se tiraron al suelo evitaron la matanza. El segundo al mando logró reunir a suficientes supervivientes para rescatar las armas y recoger a la mayoría de los heridos. Pero en unos pocos minutos, el batallón había tenido cuatrocientas bajas, en una demostración letal del precio de la exposición. Entre los testigos del bochorno había un comandante de sección, del grupo vecino de Warwick; era el teniente Bernard Montgomery, futuro mariscal de campo, que llegó a la convicción de que, aquel día, el mando y el control británicos habían sido muy deficientes. Luego, los hombres del King's Own mantuvieron la posición durante un tiempo, con la ayuda del hecho de que solo se enfrentaban a escaramuceros y caballería. Pero cuando los jinetes del cuerpo de caballería del general Georg von Marwitz hicieron su aparición por detrás del

flanco izquierdo del King's Own, la infantería británica se retiró.

Cuando, a su vez, los alemanes se expusieron, sufrieron tanto como los hombres de Smith-Dorrien: una batería desenganchó el avatrén y abrió fuego frente a los soldados de Hampshire, cuyos rifles obligaron a los artilleros a retirarse de inmediato. La artillería de campaña de ambos bandos trabajó con la desventaja de que los equipos necesitaban poder ver sus objetivos, en el llamado «fuego directo». Los oficiales de observación adelantada, conectados por teléfono con las posiciones de fuego, no estaban disponibles entonces. Era terrible, recordando el desastre británico de Colenso, en la guerra de los bóers, invitar a los artilleros y encargados de los caballos a desplegarse a la vista, y dentro del alcance, tanto de los fusiles como de la artillería alemana; pero en Le Cateau, esto pasó durante todo el día, y se repitió constantemente durante aquella primera campaña. Los cañones británicos disparaban con «visores abiertos» (según se denominaron) a distancias de unos 1.100 metros; no más de lo que ya hacía la artillería de Wellington. Los alemanes estaban mejor equipados para abrir fuego indirecto desde posiciones ocultas, gracias a sus obuses, más pesados; pero uno y otro bando debían ajustarse a unas reservas limitadas de munición. Las andanadas parecían brutales a quienes las sufrían, sobre todo sin la protección de las trincheras, pero eran meras miniaturas de lo que se vería en batallas posteriores.

Un aspecto característico incluso de las acciones más feroces es que no todos los participantes estaban luchando todo el tiempo. En Le Cateau, mientras algunas unidades sufrían un castigo muy severo, otras tuvieron una mañana asombrosamente tranquila, en sectores que los alemanes no habían empezado a hostigar. Tom Wollocombe, de Middlesex, anotó que hacia las 11.30 «comió bastante bien» en la cantina de su batallón, en la retaguardia. De nuevo en las posiciones avanzadas, durante algún tiempo «estuvimos allí sentados, charlando y bromeando, y aburriéndonos bastante».⁵⁰ Incluso cuando empezaron a caer proyectiles alemanes alrededor, Wollocombe aún quedó fascinado por el espectáculo de cuatro vacas negras que pastaban calmosamente. Una acabó recibiendo un impacto directo, y murió, pero las otras tres estuvieron rumiando hasta el final de la batalla. Un participante alemán también se divirtió al ver que un rebaño de ovejas cruzaba el frente entre los cañonazos, balando furiosamente.

El teniente Roebbling, de la infantería alemana, halló que, aunque observaba con toda atención las posiciones británicas mediante su telescopio, no podía identificar un enemigo al que disparar. «Al mismo tiempo, había cosas que pasaban silbando o impactaban contra el suelo. Entonces, de repente, el segundo hombre a mi derecha gritó: “*Adieu, Subenbach, me han dado!*”. El cabo Subenbach respondió: “¡No digas eso, Busse! ¡Anímate!”. Un poco después llegó un gemido: “Ah, ¡sólo me han dado en el hombro y la oreja!”»⁵¹ Roebbling pidió el fusil y algo de

munición del herido, pero aún no lograba distinguir contra qué abrir fuego. Entre una lluvia de metralla, una bala impactó en la correa del arma y rasgó la mano del teniente. Uno de sus hombres le aplicó un vendaje de campaña.

El joven oficial notó que, a medida que los proyectiles alemanes iban causando daño, el fuego británico menguaba de intensidad. Pero cuando el teniente Fricke se puso en pie de un salto y, blandiendo la espada, ordenó avanzar a sus hombres, fue derribado en seguida. Luego Roebbling vio sucumbir al mismo destino al comandante de su compañía, hijo de un oficial de la guerra franco-prusiana: «La espada que su padre había dejado caer al sufrir una herida mortal, a la cabeza de la misma 7.^a compañía, ante Beaumont, en 1870, cayó ahora al suelo para siempre». En Caudry, el teniente Von Davier buscó la risa de sus hombres, para animarlos bajo el fuego, al gemir sarcásticamente: «¡He perdido mi monóculo! Quienquiera que lo encuentre, ¡que me lo entregue!».⁵² Sus enemigos le habrían aplaudido.

Los alemanes empezaron a acosar el centro británico hacia mediodía con un coste considerable. El coronel Hull, de Middlesex, hizo esperar a sus hombres hasta que el enemigo se acercó a menos de quinientos metros. Dispararon en cadena, con gran efecto, pero entre tanto, jinetes desmontados se infiltraron en Caudry. Se instó a contraatacar a los reales fusileros irlandeses, que defendían una parte de la pequeña ciudad. Para alivio del coronel Bird, la orden fue cancelada por un oficial superior, que dijo: «Lo que buscamos es hacer que los alemanes se paren y se cansen».⁵³ Poco después de la 1 del mediodía empezaron a caer los primeros proyectiles alemanes. Bird vio soldados británicos que corrían hacia la retaguardia. Todos los caballos de tiro de Middlesex murieron, y pronto había muchas casas en llamas. «Muchos hombres corrían a la retaguardia de un modo vergonzoso; incluso suboficiales», escribió el oficial de comunicaciones Alexander Johnston, que estaba en la ciudad. «Ver a ingleses conducirse así es algo que entristece y hace pensar en el futuro con inquietud, porque el fuego no era tan intenso, ni las pérdidas tan grandes. Por supuesto, estos eran solo los malos hombres, o aquellos cuyos oficiales habían resultado heridos y en consecuencia estaban descontrolados; porque uno siempre se encontraba una gran cantidad de gente espléndida que aguantaba el tipo animosamente.»

El coronel Bird intentaba contener a los fugitivos de Caudry cuando, de pronto, se topó con su general de brigada, desplomado sobre la silla de un caballo de batalla y guiado a la retaguardia por dos oficiales del Estado Mayor. «Saludos, señor. Espero que no esté herido», dijo el coronel. El general de brigada musitó: «No, solo voy atrás un rato» y dejó el campo. La retirada de este oficial de primera categoría se excusó por el hecho de que estaba conmocionado por un proyectil, pero más adelante a la tropa se la fusiló por esta clase de acciones. El contraataque de un grupo improvisado de tropas británicas, capitaneadas por el edecán del

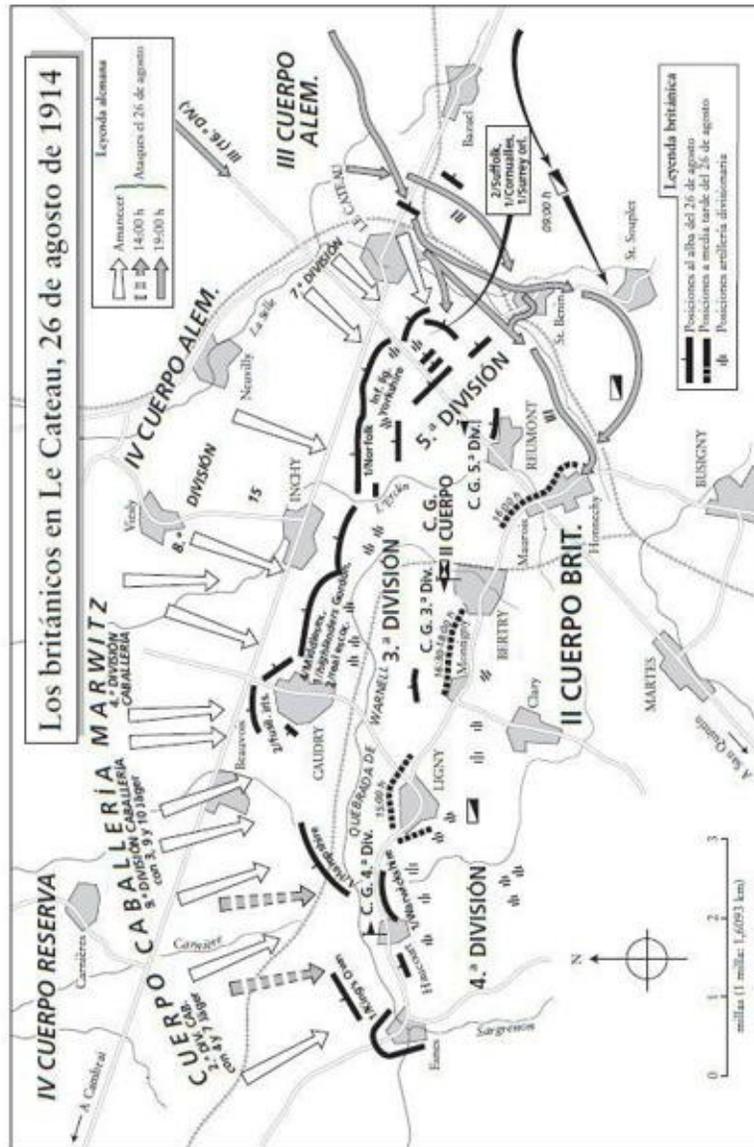
comandante de la división, expulsó temporalmente a los alemanes de la mitad sur de Caudry.

Entre tanto, por la derecha, el II Cuerpo se veía en un apuro cada vez peor. Smith-Dorrien había contado con el apoyo de Haig, pero las formaciones del I Cuerpo seguían retirándose, sin sufrir apenas persecución, y el cuartel general no intentó que dieran la vuelta. Así, el asalto alemán sobre el flanco expuesto de Le Cateau no tuvo impedimento. La infantería y las baterías británicas se enfrentaron a una tormenta de artillería y fuego de ametralladoras, de un enemigo que ahora podía observar casi al metro sus posiciones. El soldado Fred Petch, del batallón de Suffolk, estaba disparando contra unos alemanes que intentaban trepar por una pequeña barranca, a su derecha, cuando una primera bala de ametralladora rebotó en la culata de su fusil, y una segunda le atravesó la cadera izquierda y la pierna contraria, «lo que me dejó no poco paralizado».⁵⁴ Cuando hubo una breve pausa en los movimientos y disparos alemanes, George Reynolds, del batallón de Yorkshire, dijo: «Fue como si el árbitro hubiera hecho sonar el silbato, y nosotros estábamos allí tirados, preguntándonos cómo sería la segunda parte».

Más de lo mismo, fue la respuesta. Poco después del mediodía, era evidente que los británicos se tenían que retirar; ya había un goteo de hombres hacia la retaguardia. Varias unidades se replegaron intactas, pero otras se quedaron porque la infantería enemiga se movía por detrás de ellas, en lo alto de la colina de Le Cateau. «Hacia las 2.30, la situación no podía ser peor», escribió Bertie Trevor, de Yorkshire. «La sierra de nuestra derecha ... saltó en pedazos por los proyectiles, y nos caían encima las Maxim, en medio ángulo recto, desde unos ochocientos metros, y cantidades ingentes de proyectil (alta potencia y metralla). Alcanzaron a la mitad de los hombres y la munición se estaba acabando ... Un batallón había levantado las manos, y recuerdo ver venir a la guardia alemana, que los hizo prisioneros y desfiló alrededor de ellos.»⁵⁵

El problema más urgente fue el de sacar la artillería británica. Algunas baterías disparaban desde posiciones paralelas a las de la infantería; estas tenían que traer las bestias de tiro, enganchar el avantrén y retirarse, al alcance de cualquier alemán en un kilómetro y medio. Los hombres que defendían la derecha de Smith-Dorrien fueron testigos de una serie de exhibiciones de gallardía a la antigua, tan extraordinaria como absurda, mientras los artilleros galopaban una y otra vez hacia delante, para alejar las piezas entre una lluvia de proyectiles y fuego de armas menores. Los infantes se pusieron en pie para vitorear el espectáculo de los caballos de una batería, que emprendían el descenso de una pendiente pronunciada a la vista de los alemanes. En el otro lado, el teniente Schacht y sus compañeros de las ametralladoras lo observaban sin dar crédito a sus ojos: «A medio ángulo recto, entre los destellos, apareció una masa oscura. Eran los equipos [británicos], que se

acercaban galopando a lo loco. No pudimos evitar preguntarnos si estaban locos. Pero no, era que, con una bravura extraordinaria, intentaban llevarse las baterías en el último minuto ... Con un ritmo febril, doce ametralladoras arrojaron una lluvia de balas contra las víctimas del sacrificio. ¡Qué horrible confusión se formó! ... Un [caballo] siguió en pie entre aquel violento diluvio de fuego; empezó a pastar, relinchó por el agua y agitó la cabeza con cansancio».



Una y otra vez, las balas cayeron y los proyectiles explotaron entre los caballos y jinetes, que caían revolcándose en un montón sangriento. Se logró sacar dos cañones de la masacre y llevarlos a la retaguardia; pero hubo que abandonar las demás baterías, una vez retirados los bloques de cierre. Se otorgaron sendas cruces de la Victoria a un oficial y dos carteros que, a menos de doscientos metros de la

infantería alemana, corrieron y, de algún modo, lograron llevarse un obús; el equipo que intentaba llevarse el segundo acabó hecho pedazos. Las unidades de Suffolk, de Argyll y Sutherland, y la infantería ligera de Yorkshire, cubrieron la retirada de la 5.^a división a media tarde, antes de ser destruidas en el lugar en el que resistían. A las 3 de la tarde, el comandante Trevor, de Yorkshire, guió de vuelta a los supervivientes de su propia compañía. Aunque dos hombres cayeron abatidos a su lado mientras cruzaban un campo de cereales, «aun así, nos retiramos al paso, a la genuina manera de Aldershot, y por tres veces nos volvimos e intentamos responder al fuego. Luego cada hombre tuvo que correr a alguna trinchera, bajo un fuego asesino ... Nos retiramos entre los cañones, con los artilleros muertos por todas partes».⁵⁶

Smith-Dorrien estaba junto a la carretera, viendo marchar a sus tropas; las unidades, en un desorden esperable, pero la mayoría de soldados, sorprendentemente, con la moral muy alta. Más tarde, escribió: «Era una vista maravillosa. Hombres que fumaban sus pipas, sin preocupaciones evidentes, y bajaban por la carretera a buen ritmo; sin formación de ninguna clase, con una mezcla de hombres de todas las unidades. En su momento, me recordó a una multitud que se alejaba de la celebración de una carrera».⁵⁷ Era una vista de lo más fantásica e irreal: el cuerpo de Smith-Dorrien se había visto obligado a desarrollar una batalla del siglo XIX expuesto a la potencia de fuego del siglo XX, y nadie en su sano juicio había disfrutado de la experiencia. Además, era un error pretender que todos sus hombres se habían portado como héroes. Los oficiales empuñaron el revólver para detener la huida de algunos fugitivos frustrados. En Caudry, a media tarde, se pidió al coronel Wilkinson Bird, de los fusileros irlandeses —que había asumido el mando de su brigada—, que encabezara un nuevo contraataque. Cuando dio la orden a un comandante al mando del batallón adyacente, aquel oficial miró a Bird a los ojos y le dijo: «Debo advertirle, señor, que los hombres no lucharán otra vez. Están muy castigados». «Pero ¿defenderán?» «Sí; creo que sí.»⁵⁸

Bird, desesperado por obtener información, frenó a un agitado oficial del Estado Mayor que pasaba por allí al galope: «¡Eh! ¡Eh! ¡Dime qué ha pasado!». El hombre gritó: «5.^a división, hecha pedazos a nuestra derecha. A la izquierda, la 4.^a división, obligada a retirarse. ¡Adiós!». Era una versión extravagante del hecho de que los británicos sufrían una intensa presión, pero reflejaba el pánico que se había apoderado de algunas personas cuyo puesto les exigía más que eso. Alexander Johnston recibió con abatimiento que su general de brigada ordenara retirarse de Caudry: «Tengo la impresión de que, de algún modo, deberíamos habernos quedado en la ciudad. La infantería alemana no mostraba deseos de asaltar». Pero los proyectiles habían destruido el ánimo de los defensores. Bird le dijo al comandante de un batallón próximo que sus hombres debían actuar como

retaguardia. «Haré lo que pueda, señor, pero debo advertiros que, después de lo que han pasado, es posible que los hombres no resistan un ataque fuerte», respondió el oficial. Aunque algunos artilleros británicos mostraron una gran valentía, aquella tarde, el comandante de una batería de la que Bird solicitó respaldo se lo denegó, afirmando que no podía exponer a sus hombres a las armas menores alemanas. Aunque Bird dio una orden directa al oficial, pronto supo, a través de un ordenanza, que la batería se retiró en cuanto los alemanes abrieron fuego sobre ella desde Ligny. Fue prudente, pero deshonroso.

Un ordenanza a caballo dio por fin a la brigada de Bird la señal de repliegue. Cientos de soldados se levantaron de los rastros y empezaron a correr hacia el sur, hacia un puente situado bajo una vía férrea que ya quedaba por detrás del frente británico. A un espectador, la escena le recordó «el principio de una gran carrera campo a través». Bird y los ayudantes de la unidad subieron a los caballos para asegurarse de que sus hombres los podían ver. «Montamos y observamos el pánico. Primero vinieron carreteros, que azuzaban brutalmente a unas bestias que tiraban con ansia de cañones y carruajes, cargados de infantes aferrados. Luego, tras una pausa, una muchedumbre que ahora iba al paso, porque se habían quedado sin aliento ... Hacia el final de la multitud, venían los oficiales, caminando por separado o en parejas.»

Hull, el oficial al mando de los hombres de Middlesex, con su voluntad de hierro, fue el último hombre de la división al que se vio retirarse. Algunos equipos de la artillería se dirigieron con celeridad hacia la retaguardia, sin hacer ningún intento de salvar los cañones. Algunos jóvenes oficiales de los fusileros irlandeses se ofrecieron voluntarios para rescatar las piezas abandonadas; pero sin caballos ni arneses, era del todo imposible. Aquel día, los fusileros perdieron a cinco oficiales y sesenta hombres de la tropa, muertos o desaparecidos (en su mayoría, prisioneros) y otros veintinueve heridos. Wilkinson Bird sobrevivió ileso a aquel día, pero tres semanas después perdió una pierna en otra acción. El teniente Siegener, de la infantería alemana, describió cómo sus hombres empezaron a avanzar al ver la retirada británica: «Nuestras pérdidas habían sido grandes, y aún lo eran, pero queríamos seguir adelante. A doscientos metros de nuestro frente había una trinchera aún ocupada; pero ya habían desplegado banderas blancas. Sus hombres tenían las manos en alto y se rindieron. Un oficial se acercó y entregó la espada, pero aún nos disparaban desde más arriba. Se lo dije, y amenacé con fusilarlo allí mismo; el británico levantó la mano hacia la retaguardia y el fuego se interrumpió».⁵⁹

A la derecha, los hombres de Yorkshire se sacrificaron. A las 4.30 quedaron aislados. Un corneta alemán tocó el alto el fuego británico, con la intención de impedir una masacre. Pero los restos del batallón siguieron luchando; uno de sus

oficiales, el comandante Cal Yate, de cuarenta y dos años, encabezó a diecinueve supervivientes en una última carga de bayonetas, en la que cayó malherido. Siempre es discutible si tales acciones son heroicas o una necedad fútil; en este caso, a Yate se le otorgó una Cruz de la Victoria, póstuma, pues murió como prisionero en Alemania, supuestamente en un intento de fuga. A algunos hombres de Yorkshire se los pasó por la bayoneta, cuando finalmente se los derrotó, pero a la mayoría se les perdonó la vida, y los alemanes también dieron un trato humano a los heridos. Cuando los pocos hombres que huyeron al grupo principal del II Cuerpo formaron de nuevo, se comprobó que habían caído diecisiete oficiales, incluido el coronel de Yorkshire, junto con la mayoría de sus suboficiales y hombres. Bertie Trevor asumió el mando de los restos.

En el centro de la zona británica, los *highlanders* de Gordon no recibieron la señal de retirada, que dio hacia las 5 de la tarde un mensajero a caballo que consideró que acercarse a poco más de 200 metros de la unidad en combate ya sería suficiente.⁶⁰ Solo un subalterno le vio hacer señales; como en aquel momento lo estaban hostigando con intensidad, no dijo nada. Tres secciones se alejaron del lugar por propia iniciativa, y acabaron alcanzando las líneas británicas. El resto continuó disparando desde los montes de Audencourt hasta que cayó la noche, junto con algunos rezagados de los reales escoceses y reales irlandeses. Hubo una querrela extraña entre el oficial al mando de los Gordon y otro oficial que, por una confusa coincidencia, se apellidaba Gordon (el coronel honorario W. E. Gordon, un sudafricano condecorado con la Cruz de la Victoria). Este último afirmó su derecho a sustituir al oficial al mando y tomó la precedencia sobre el grupo, que se dirigió hacia el sur en la oscuridad. En la población de Bertry, algunos oficiales entraron en un bar que encontraron ocupado por los alemanes; luego contaron la inverosímil historia de que se habían enfrentado a ellos con el revólver y los habían matado. Casi todo el grupo, de 750 hombres, terminó por rendirse. Con el tiempo se han perdido los detalles de su odisea desesperada, que, a todas luces, incluía recriminaciones cortantes entre oficiales destacados. Un oficial escocés, que resultó herido, contó que un joven teniente alemán le ofreció chocolate y preguntó: «Ingleses, ¿por qué habéis venido en contra de nosotros? No servirá de nada. Dentro de tres días, estaremos en París».

La caballería francesa del general Sordet, que había entrado en acción más al oeste, junto con sus cañones de 75 milímetros, interpretó un papel de valor incalculable al prestar cobertura a la retirada británica, que se prolongó durante las horas de oscuridad. La división de reservistas del general Henri de Ferron también atacó las formaciones alemanas que se desplegaban hacia Le Cateau. Sin su apoyo, los hombres de Kluck podrían haber llegado al flanco izquierdo de Smith-Dorrien durante la tarde, con consecuencias desastrosas. En algunas de las posiciones del II

Cuerpo, no dejaron de caer proyectiles enemigos hasta varias horas después de ser abandonadas. «Los británicos se habían retirado con tanta habilidad que no nos dimos cuenta de nada», escribió el capitán de caballería *Freiherr** Von der Horst.⁶¹ Smith-Dorrien había concluido su obstinada resistencia defensiva completando la más difícil de las maniobras del campo de batalla: retirarse con el enemigo muy cerca.

A juicio del capitán de artillería alemán Fritz Schneider, el 26 de agosto fue un día de gloria en la historia de su regimiento, «pero los británicos también lucharon con valentía: hay que reconocerlo. A pesar de lo intenso y sangriento de sus pérdidas, mantuvieron las posiciones ... Cuando, entrada la tarde, nos hallábamos en la carretera, en Beauvois, vimos pasar a un grupo de entre cuarenta y cincuenta prisioneros. Eran todos hombres altos y fornidos, cuyo porte y ropas causaban una impresión sobresaliente. ¡Qué contraste con los franceses bajos, pálidos y angustiados, con sus uniformes mugrientos, que apresamos dos días antes en Tournai!».⁶² El botín más popular de la batalla resultaron ser las decenas de sobretodos británicos abandonados, cuya calidad fue muy apreciada por los vencedores.

La incapacidad alemana de rodear y destruir el mando de Smith-Dorrien habló mal de la competencia de Kluck y puso de manifiesto la intensidad de la resistencia a la que se enfrentaban sus regimientos. El 26 de agosto, el II Cuerpo mantuvo una posición en la que parecía tener todos los números para ser exterminado. Smith-Dorrien conservó la calma y logró sacar a sus hombres con un orden aceptable. Como en Mons, sin embargo, en ningún caso cabe hablar de un triunfo británico. Sus hombres solo habían logrado contener a los perseguidores durante unas pocas horas, y evitaron la catástrofe, ante todo, porque sus enemigos no acertaron a reunir sus fuerzas superiores con la rapidez precisa. En Le Cateau, el II Cuerpo abandonó 38 cañones y, oficialmente, registró la pérdida de 7.812 hombres. Era mucho, para un ejército reducido, aunque en los días siguientes reapareció un buen número de rezagados. La cifra más realista del total de bajas del bando británico parece rondar los cinco mil hombres; unos quinientos murieron, unos dos mil quinientos fueron tomados prisioneros, y el resto resultaron heridos.

Mientras el II Cuerpo continuaba la retirada, había oficiales del Estado Mayor en las cunetas, dirigiendo a los hombres hacia sus propias unidades. La identificación era más difícil por el hecho de que muchos habían dado las insignias de sus gorras a civiles franceses o belgas. Tom Wollocombe describió el espectáculo y su propia mezcla de emociones: «La carretera ... era de auténtico espanto: caballos y hombres, muertos y heridos, repartidos por todo el camino, y avantrenes, cañones, ambulancias, carretas, carros y toda clase de cosas en movimiento, chocando unas con otras, sin control. En la marcha de aquella tarde no

me podía sentir mejor, aunque al entrar en acción estaba sin apenas fuerzas. Un enemigo es un estímulo maravilloso».

Los hombres de Smith-Dorrien habían ganado una ventaja de doce horas, que sus enemigos no se esforzaron por reducir. El análisis de las bajas entre las tropas de Kluck en Le Cateau indica que sus pérdidas ascendieron a la mitad que las de Smith-Dorrien: pocos alemanes cayeron prisioneros, a diferencia de los británicos que se quedaron atrás en el campo de batalla. Según los datos de Kluck, en los diez días en los que se desarrollaron las batallas de Mons y Le Cateau, las bajas en combate fueron de poco más de siete mil hombres. Durante todo el mes de agosto, el 1.º Ejército alemán solo reconoció la muerte o la desaparición de 2.863 hombres, más otros 7.869 heridos. Son pérdidas marginales, cuando Kluck mandaba sobre un total de 217.384 hombres. Solo la enfermería ya le supuso un problema similar, con 8.000 hombres, en su mayoría, impedidos de caminar por las llagas de los pies. Los historiadores oficiales de Gran Bretaña dijeron, en la década de 1920, que los alemanes subestimaban a propósito sus bajas, pero no parece haber razones para ello. La FEB combatió con mucho vigor en sus dos grandes batallas de agosto, pero su fuego causó menos daños al enemigo de lo que los optimistas suponían y los románticos han imaginado desde entonces.

Los soldados alemanes concluyeron los dos choques con respeto a la mosquetería y la resolución británicas, pero los comandantes no vieron nada que les hiciera arredrarse. Moltke expresó su satisfacción por el resultado de Le Cateau: las formaciones de Kluck siguieron avanzando, y la FEB, retirándose. Los británicos construyeron una leyenda heroica al centrarse en actos de coraje individual y pasar por alto el «panorama general», más crudo. Probablemente, Smith-Dorrien no tenía más remedio que combatir. Pero entre los campos de rastrojos y remolacha, se halló con una confusión de mil demonios, de la que tuvo la fortuna de escapar (con más ayuda francesa de lo que se suele reconocer).

En la noche del 26, Haig envió un telegrama al cuartel general, que Edmonds, el historiador oficial, sugirió a posteriori que obedecía a la mala conciencia: «Sin noticias del II Cuerpo salvo ruido de cañones desde Le Cateau y Beaumont. ¿Puede ayudar en algo el I Cuerpo?». ⁶³ No, por supuesto, no podía. El día había acabado y, con él, uno de los pasajes menos encomiables de la carrera militar de Haig. Edmonds —sin duda colérico, y quizá también malicioso— apuntó que el comandante del I Cuerpo siempre se negó a hablar de Le Cateau, salvo para decir que, en su opinión, Smith-Dorrien se equivocó al ofrecer batalla. El historiador añadió con retintín: «Supongo que Haig nunca estuvo muy orgulloso del agosto de 1914». ⁶⁴ La determinación y profesionalidad de los soldados británicos compensó, aunque por poco margen, la necedad e ineptitud de sus oficiales superiores. La aportación más significativa de las dos acciones de Mons y Le Cateau fue frenar el

impulso con el que Kluck avanzaba: cada día que los alemanes no lograban ganar terreno en Francia, se favorecía el nuevo despliegue de Joffre. El tiempo adquiría una importancia crucial y a Moltke se le estaba acabando.

7

La retirada

Es rasgo peculiarmente británico hallar gloria en las retiradas: a La Coruña en 1809, de Kabul en 1842, a Dunkerque en 1940 y también de Mons en 1914. En Bélgica y Francia, en aquel agosto, la Fuerza Expedicionaria Británica sufrió las consecuencias de la política del gobierno de Asquith, que, repitiendo lo que muchas administraciones del país habían hecho a lo largo de la historia, persiguió una estrategia de gestos. Los ministros enviaron un ejército absurdamente reducido al continente, donde se enredó en un choque entre las grandes potencias terrestres de Europa. Solo gracias a la buena fortuna, a la masa aportada por Francia y a las meteduras de pata alemanas, la FEB escapó de un desastre que su dimensión inadecuada y la incompetencia de su comandante en jefe hacían probable. No se debería olvidar nunca que, desde el punto de vista estratégico, era mucho más importante que se retirara del este del país el ejército francés, mucho más numeroso que el británico, que el hecho de que este último se retirase de Mons. Las experiencias de los soldados de Joffre más al este fueron en paralelo a las de la FEB.

Durante los once días posteriores a Le Cateau, en un calor opresivo interrumpido por esporádicas tormentas de verano, largas columnas de hombres, caballos y carros avanzaron penosamente hacia el sur; a veces, sesteando mientras marchaban o montaban. El sargento de artillería William Edgington escribió el 26: «Marcha a San Quintín, con mucha lluvia, y todos muy afectados por la falta de sueño. Sin raciones ... Todas las filas están muy deprimidas, no solo porque nos retiramos continuamente, sino por la ausencia absoluta de información; al parecer, simplemente nos llevan atrás a ciegas».¹ Algunos rezagados, incapaces de aguantar el dolor en los pies y el suplicio del movimiento, se escabulleron a bosques o campos adyacentes a los caminos, donde durmieron felizmente hasta que se despertaban presos, o caían muertos, de manos alemanas. Unos pocos, tras separarse del ejército, fueron escondidos por belgas o franceses; algunos fueron traicionados, y en algún caso, fusilados, muchos meses después. Hubo algún choque menor y ocasional cuando alguna unidad de la retaguardia se quedaba atrás y se encontraba cortada.

La experiencia de Le Cateau llevó a algunos soldados y oficiales británicos más lejos de lo que podían soportar. En la tarde del 26 de agosto, Tom Bridges condujo a su escuadrón de dragones, sobre el ruidoso *pavé*, hasta la plaza central de San Quintín, donde quedó consternado al encontrar a doscientos o trescientos

soldados que, por agotamiento, yacían postrados sin hacer caso alguno a las imprecaciones o patadas. Bridges quedó aún más conmocionado al ver que dos batallones —de Warwick y fusileros de Dublín— habían amontonado armas en la estación de tren, después de que los oficiales al mando entregaran al alcalde de San Quintín una promesa escrita de rendición, para evitar que la ciudad fuese bombardeada. Bridges recuperó el documento condenatorio de manos francesas; pero cuando envió un mensajero a indicar a los dos coroneles que su propia caballería cubriría la huida de los batallones de aquellos, las tropas se negaron a moverse, salvo que se les proporcionara un tren. Bridges replicó que, si no se ponían en marcha antes de treinta minutos, no dejaría ni a un soldado británico con vida en la ciudad. Ante la amenaza, los hombres se pusieron en pie, enfurruñados, y echaron a andar. Entonces el comandante centró su atención en los rezagados de la plaza. Contempló sus formas somnolientas y pensó: «¡Ojalá tuviera una banda!». Se fijó en una tienda de juguetes y vio el modo de crear una; junto con su trompeta, se pertrechó con un tambor y una flauta, y ambos marcharon dando vueltas por toda la plaza y tocando como locos *The British Grenadiers* y *Tipperary*.

Los soldados empezaron a reírse y luego a aplaudir. Bridges los arengó, gritando que los llevaría de vuelta a sus regimientos. Uno por uno, se pusieron en pie y formaron filas. Se había hecho oscuro. Bridges y el trompeta, reforzados con un par de armónicas, condujeron a la variopinta columna fuera de San Quintín. Algunos de los hombres llegaron a unirse a la línea de marcha del II Cuerpo, pero cuatro días después aún faltaban 291 «rezagados» del batallón de Warwick. Los dos coroneles rebeldes, John Elkington (de Warwick) y Arthur Mainwaring (fusileros de Dublín), fueron destituidos por el intento de rendición; el 14 septiembre, se hizo constar oficialmente su condena por «comportarse de un modo escandaloso, impropio del carácter de un oficial y caballero».² Elkington, aunque contaba ya cuarenta y nueve años, respondió como si de una novela se tratara: uniéndose a la Legión Extranjera de Francia, con la que perdió una pierna y obtuvo la Legión de Honor. El rey Jorge V lo recuperó para el ejército británico e incluso le concedió una Orden del Servicio Distinguido (DSO), pero el coronel pasó el resto de su vida recluido y se negó a llevar las medallas. Uno de los jóvenes oficiales de Warwick era Bernard Montgomery, que en sus memorias posteriores dejó claro que no tenía muy buena opinión de Elkington y que en Le Cateau hubo una actuación ciertamente desquiciada.

El oficial al mando de otro batallón, en cambio, habló de la fase posterior a la batalla con un orgullo partidista en pro de su regimiento: «Me encontré con lo que parecía ser una masa desorganizada de soldados de toda clase de unidades, entremezclados. Se estaban retirando sin prisas, pero sin formar de ningún modo. No había pánico, solo desorganización. [Entonces] vi al batallón de Wiltshire, que

marchaba por la carretera en buen orden, listo para actuar en cuanto hiciera falta». Llegaron a San Quintín, unos treinta kilómetros al sur de su campo de batalla, a primeras horas del 27. Al amanecer del día siguiente, el II Cuerpo estaba en el Somme, a algo menos de sesenta kilómetros de Le Cateau, tras haber demostrado que sus hombres sabían marchar con la misma intensidad con la que sabían combatir.

Si la aportación de sir John French a la dirección de la campaña británica, desde Mons, había sido errática y deshonrosa, por fortuna para él, su oponente lo hizo aún peor. Kluck, que dirigía fuerzas mucho más numerosas, las hizo maniobrar tan torpemente que perdió varias ocasiones de cazar a los vulnerables británicos. El día 27, el general alemán agravó los errores anteriores al mantener la marcha en dirección sur, mientras los británicos viraban al sureste, hacia París, sin que el enemigo los inquietara. Aquel día, la mayoría de las atenciones de Kluck cayeron sobre las divisiones francesas situadas a la izquierda de los británicos.

Una consecuencia del hundimiento moral del comandante en jefe —su conducta no mereció un calificativo más suave— es que su oficial de enlace con el GQG, el coronel Charles Huguet, informó a Joffre con absoluto desánimo y derrotismo. El 26, el francés escribió: «Batalla perdida por el ejército británico, que parece haber perdido toda cohesión». En los días posteriores, el pesimismo se apoderó de las zonas de retaguardia de la FEB. Huguet envió otro mensaje el 27, en el que afirmaba: «Las condiciones son tales que, por ahora, el ejército británico ha dejado de existir. No se hallará en situación de volver al frente hasta que descansa a fondo y se reconstituya». Es frecuente que los escritores británicos censuren al coronel por su pesimismo, pero sería injusto. Las afirmaciones de Huguet solo reflejaban el punto de vista histérico que imperaba en el cuartel general y, más en particular, en el ánimo de su comandante en jefe.

El lío de rezagados, junto con la angustia evidente de muchos de los oficiales de mayor categoría, incubaron un pánico que acabó extendiéndose a Londres. Huguet sugirió que sir John French podría insistir en retirar la FEB hasta El Havre. El comandante en jefe se sintió atraído, en efecto, por la idea fantástica de retirar al ejército de la campaña durante unas pocas semanas, para reorganizarlo y pertrecharlo de nuevo, mientras los principales oficiales de su Estado Mayor no hacían nada para restaurar la confianza. Henry Wilson envió un mensaje al comandante de la 4.^a división: «Descarte toda la munición y toda la impedimenta que no se requiera forzosamente, cargue a todos los inútiles en cualquier transporte, caballo o máquina, y apúrese». Se dio la misma orden al II Cuerpo. Smith-Dorrien la canceló con una contraorden inmediata, pero sir John French lo reprendió por hacer tal cosa.

El abatimiento del alto mando apenas tenía justificación. El I Cuerpo de Haig

casi no había combatido. La mayoría de las unidades del II Cuerpo sufrían solo de agotamiento; su espíritu de combate no se había visto afectado. Muchos no comprendían que se siguiera huyendo ante el enemigo. Como no podían ver las enormes masas grises de los ejércitos de Kluck y Bülow, tenían la confianza chulesca de que, visto lo visto, los podían barrer. Su comandante en jefe, sin embargo, solo veía una posibilidad: ante una fuerza abrumadoramente superior en número, y junto a unos aliados en los que ya no confiaba lo más mínimo, la FEB debía continuar huyendo; de ser posible, hasta el mar. Solo el firme sentido común del intendente general sir William Robertson, que organizó depósitos de munición y raciones a lo largo de la línea de retirada del ejército, permitió que las tropas siguieran comiendo y en condiciones de combatir.

La FEB recorrió más de trescientos kilómetros, entre Mons y el Marne, con una media de cuatro horas de sueño nocturno. Tres guardias irlandeses, tan exhaustos que literalmente caminaban dormidos, viraron hacia el sur aferrados al cinturón de su ayudante, lord Desmond Fitzgerald. El 28 de agosto, Guy Harcourt-Vernon escribió: «Ahora la marcha es mucho más lenta, pero, de un modo u otro, seguimos ganando terreno».³ En las paradas, cortaban el alambre de las vallas para crear cercas defensivas, y cogían las patatas de los campos con sentimiento de placer culpable por aquella licencia para robar. De forma incomprensible, el 29 de agosto los granaderos dedicaron dos horas a repartir la paga según el desfile acostumbrado.

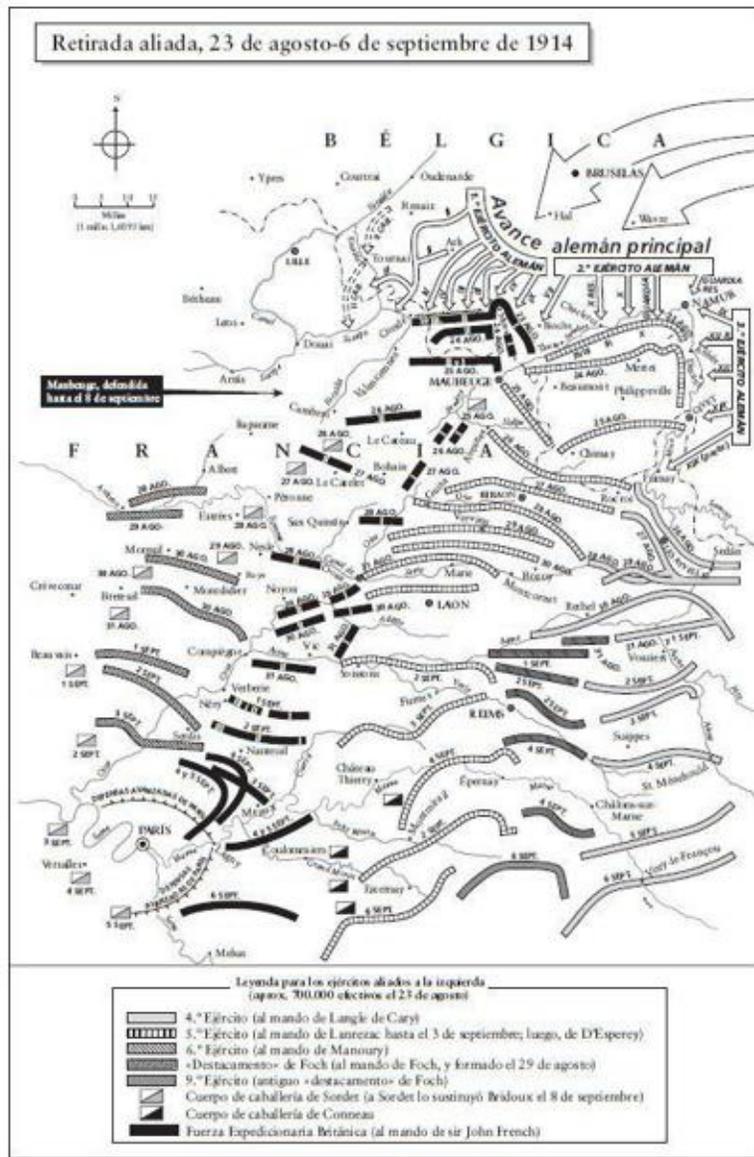
Hubo refriegas ocasionales con los alemanes. A los *rangers* de Connaught se les debía una contribución notable a la cultura de la guerra, al cantar *It's a Long Way to Tipperary* el día de su desembarco en Francia. George Curnock, reportero estelar del *Daily Mail*, oyó la canción y la mencionó en una noticia. El director del periódico escribió en su diario: «El jefe [lord Northcliffe] nos ha ordenado convertirlo en un bombazo e imprimir la música para que todo el mundo la conozca. Dice que, gracias al genio de Curnock, pronto tendremos a todo el mundo cantándolo».⁴ Y así fue. Pero el 26 de agosto, los *rangers* de Connaught vivieron una experiencia mucho menos feliz. Actuaban como retaguardia y no recibieron la orden de retirada; perdieron a seis oficiales y 280 hombres, incluido el coronel (casi todos ellos, como prisioneros).⁵

El 27 de agosto, el 2.º batallón de los reales fusileros de Munster sufrió pérdidas aún más graves. La unidad estaba dirigida por un oficial de ascendencia francesa, llamado Paul Charrier, que tres semanas antes había expresado su entusiasmo ante la perspectiva de luchar contra los alemanes, enemigos hereditarios de su pueblo. Al norte de Etreux, los de Munster fueron víctimas de otro de los fallos de comunicación de la campaña: quedaron aislados al no recibir una orden de repliegue. Los soldados irlandeses intentaron escapar cuneta abajo, mientras una

ametralladora Maxim mantenía el enemigo a raya. Al final, quedaron arrinconados en un huerto, donde lucharon hasta la tarde, cuando los alemanes usaron un rebaño para ocultar su ataque último. Se hizo prisioneros a cuatro oficiales heridos y 240 soldados de la tropa; murieron diez oficiales y 118 hombres más. También murió el propio Charrier, un personaje ciertamente excéntrico, que combatía tocado con salacot; fue herido por dos veces, encabezando contraataques, antes de sucumbir. Otro de los heridos fue cierto teniente Awdry, que, según se dijo, cayó con la espada en su mano; con el paso del tiempo, un hermano suyo se hizo increíblemente famoso como el «reverendo Awdry», autor de las historias infantiles de *El tren Thomas*.

En otro lugar, el mejor amigo del carretero Horace Goatham en su batería de cañones de 18 libras puso la mano sobre el lomo de su caballo, para montar, y acto seguido una bala se la atravesó. Goatham logró subirlo en otro caballo y azuzó a las bestias de tiro. No obstante, pasado un rato, su compañero se desplomó en la silla, por la sangre perdida, y resbaló al suelo. Los artilleros tuvieron la suerte de encontrar el carro de una ambulancia de campaña, que recogió al herido y lo llevó a lugar seguro, una suerte que no todos tenían. Después de esta, la peor experiencia de Goatham se produjo cuando su batería llegó a un río cuyo puente había sido dinamitado. Solo ofrecía un paso hacia el sur, un precario pontón de los ingenieros reales, batido por la metralla alemana. «Tuvimos que esperar a que los proyectiles explotaran, y luego galopar como locos hasta el otro lado, de cañón en cañón. Perdimos un equipo de tiro, que saltó hecho pedazos. También alcanzaron el caballo de mi lado, pero pudimos salir. Desde luego, si alguien se ha merecido una condecoración por aquí, han sido todos esos de los r[eales] i[n]genieros, porque en cuanto derribaban a uno y caía al agua, otro saltaba [al pontón] para ocupar su lugar.»⁶

Un sargento de los Ox and Bucks gritó repetidamente durante aquellos días: «¡Dadle duro, tíos! ¡Estamos haciendo historia!». Pero si tales histrionismos quedan bien en la historia, en los hombres agotados a los que se dirigían solo provocaban exasperación. En cambio, el cabo Bernard Denore, del batallón de Berkshire, se felicitó de que su colega Ginger Gilmore encontrara una armónica y se pusiera en cabeza de la compañía, tocando canciones, pese a que apenas podía caminar porque «tenía los pies vendados con harapos ensangrentados ... sobre todo tocaba *The Irish Emigrant*, que es una buena tonada para la marcha ... Un oficial me preguntó si quería un turno en su montura, pero me miré al que ya llevaba y le dije: “No, gracias”». ⁷ Otros fueron menos generosos. Cuando el oficial médico de los reales fusileros galeses desmontó para atender a un herido, pidió a un cameroniano (fusilero escocés) que le aguantara las riendas; pero el hombre saltó a la silla y se alejó al galope, obligando al infortunado doctor a continuar a pie.



Los caballos no tardaron en ir cojos, muchos de ellos, en buena parte porque no había a mano la posibilidad de herrarlos. Había animales rengos y muertos esparcidos por toda la línea de marcha, junto con carros y pertrechos abandonados. El cochero Charles Harrison y sus compañeros subsistieron principalmente gracias a las verduras crudas, que cogían de los campos próximos a la carretera. Varios acabaron teniendo problemas por perder la gorra, que les resbalaba de la cabeza cuando esta se les vencía de sueño, incluso mientras iban a caballo. Y durante todo el camino, el ejército en retirada compartió el espacio con densas columnas de refugiados, extrañamente vestidos con sus mejores galas de domingo, porque esas eran las que vestían para salir de sus pueblos; algo que, para algunos, era el principio de cuatro años de exilio.

La manera en la que la campaña inundó Francia, anegando un extenso trecho

de un gran país aún no habituado a la guerra, produjo algunos encuentros singulares. Cuando el personal del cuartel del Real Cuerpo Aéreo necesitó neumáticos y faros de automóvil, el 29 de agosto, un oficial se limitó a conducir hasta la exposición de Daimler en París y adquirió tantos como podía llevar en su vehículo, pagándolos con soberanos de oro de un abultado baúl que se le había confiado para tales fines. «*Les anglais sont épatants*», se admiró el vendedor francés, que sacudía la cabeza asombrado por aquella gente «maravillosa».⁸ La mezcla de lo antiguo y lo moderno podría representarse con la experiencia de unos pilotos del Real Cuerpo Aéreo, que, exhaustos, pasaron una de las noches de la retirada durmiendo sin desvestirse en un montón de paja de un establo, mientras un escuadrón de los voluntarios de caballería de Irlanda del Norte (North Irish Horse) vigilaba los aparatos en un campo cercano.

Un oficial del Estado Mayor enviado en misión de enlace desde el I Cuerpo se reunió con Smith-Dorrien y sus auxiliares el día 29, y anotó en su diario que el II Cuerpo mostraba una moral muy distinta a la del cuartel general, pues distaba mucho del desánimo: «muy tranquilos, accesibles y agradables; no tan ocupados que no puedan decir una o dos palabras alegres, y bastante poco afectados».⁹ Pero a juicio de algunos oficiales, la moral de toda la FEB se estaba viniendo abajo. El coronel George Morris, de la guardia irlandesa (que hallaría la muerte dos días después) era «muy pesimista» y le decía a otro oficial que «era la vieja historia de los aliados que no aciertan a ponerse de acuerdo y todo sale mal ... deberíamos embarcarnos de regreso a Inglaterra dentro de quince días».¹⁰ Guy Harcourt-Vernon escribió a su casa el 29 de agosto: «Las marchas han sido espantosas y, salvo que tengamos pronto un día de descanso, no quedará ni un hombre en la tropa». Pero tras unas horas de bienvenido reposo, añadió: «Aún seremos capaces de seguir adelante por mucho tiempo. Es maravilloso lo distinta que se ve la vida después de dormir y comer». Aun así, continuaron en retirada un día tras otro, igual que, a su derecha, los ejércitos franceses.

El 25 de agosto, el teniente coronel Gerhard Tappen, jefe del *Operationsabteilung* del Estado Mayor, declaró con satisfacción: «En un plazo de seis semanas, habremos acabado todo el trabajo».¹¹ Fuera cual fuese el significado que tuvieran, en el pensamiento aliado, Mons, Le Cateau y acciones francesas comparables, a los alemanes solo parecía importarles el hecho de que seguían avanzando y rechazando todos los contraataques franceses. El 27, el alto mando ya había abandonado (si no explícitamente, al menos tácitamente) el plan de rodear París por el oeste, al decidir que ahora bastaba con acosar al enemigo apaleado hasta su destrucción. Los éxitos

del ejército alemán dieron pie a un enorme error de valoración. Tras infligir bajas colosales al ejército francés, Moltke y sus subordinados no acertaron a comprender que, en el choque armado más descomunal de la historia, ni siquiera esas matanzas bastaban para destruir la capacidad de resistencia del enemigo. En los últimos días de agosto y primeros de septiembre, se apoderó de los comandantes del káiser una autocomplacencia que resultó fatal para ellos: se convencieron de que, para completar el triunfo, ya no necesitaban una estrategia coherente.

Sin embargo, en algunos lugares —en particular, en el frente de la Lorena—, el avance alemán sufría casi tanto como la retirada francesa. El 25 de agosto, las fuerzas de Joffre lanzaron un contraataque en la *trouée* de Charmes, un terreno difícil, comprendido entre Tour y Épinal, de ríos y de montes empinados. En lo que se dio en llamar «batalla del río Mortagne», unos 225.000 soldados franceses se enfrentaron a unos 300.000 del príncipe Rupprecht. El combate se fue apagando hasta quedar en tablas el 28 de agosto, pero los bávaros perdieron mucha sangre por poco beneficio: un historiador calcula que, en Alsacia-Lorena, sufrieron 66.000 bajas. El paso de los alemanes se frenó, sobre todo el del 3.º Ejército, de Hausen: al menos hasta los primeros días de septiembre, los comandantes de Moltke reconocían que era necesario avanzar al mismo paso que las tropas vecinas, lo que a veces suponía contener a los propios hombres. La tarde del 29 se produjo un hecho decisivo: Bülow invitó a Kluck, su subordinado, a variar el eje de su movimiento, virando al interior (más al este) para asestar un golpe letal al 5.º Ejército de Lanrezac. Esta iniciativa se adoptó sin la debida autorización del jefe del Estado Mayor, pese a que suponía una modificación crucial incluso de la versión del concepto Schlieffen modificada por el alto mando alemán (OHL u Oberste Heeresleitung). Al día siguiente, Moltke asintió. Al parecer, él también suponía que ahora bastaba con arrear al castigado ejército francés hacia el sureste, hacia la frontera suiza.

La formidable antena de radio de la Torre Eiffel interceptó las comunicaciones alemanas de este movimiento; al cabo de unas horas, Joffre tenía en su mesa una copia de la orden fundamental. Pese a las anteriores pifias del comandante en jefe, en esta ocasión comprendió de inmediato el alcance de la decisión alemana de cruzar el frente francés ante París, y vio que ello ofrecía una gran oportunidad para los aliados. Con un orgullo asombrosamente desmedido, Bülow había ordenado a Kluck que desfilara por delante de un enemigo al que aún no habían derrotado. El 30 de agosto, Falkenhayn avisó a Moltke de que el ejército francés no se había hundido; se replegaba, pero ordenadamente. Si en verdad Joffre estaba tan apaleado —argumentaba el ministro de Guerra prusiano—, ¿dónde estaban los arsenales ingentes de cañones y pertrechos capturados al enemigo?, ¿y la gran multitud de prisioneros en manos de los vencedores?

Aunque Moltke se preciaba de desdeñar las críticas de Falkenhayn, en realidad, se sumaron a la incomodidad de un comandante que ya adolecía, en secreto, de febriles angustias propias. Antes estaba tan convencido de que la victoria en el oeste era inminente que había propuesto enviar seis cuerpos a Prusia oriental y, de hecho, había enviado dos. Pero aquel mismo 30 de agosto, expuso al almirante Müller razonamientos muy similares a los que le había expuesto a él Falkenhayn, intranquilo por la ausencia de los desechos que serían de esperar en un ejército destrozado: «Pese a las fantasías del káiser, hemos hecho replegarse a los franceses, pero no están derrotados. Eso aún no ha pasado. ¿Dónde están nuestros prisioneros?». El 1 de septiembre, el jefe del Estado Mayor recobró brevemente el ánimo. Se emocionó ante la perspectiva de culminar con éxito una maniobra envolvente entre Verdún y Reims. Pero, como ocurrió tan a menudo aquellos días, los alemanes avanzaron con excesiva lentitud y las fuerzas de Joffre, en cambio, se retiraron con celeridad. La angustia de Moltke se intensificó. ¿Acaso las victorias que tanto emocionaban al emperador eran meras ocupaciones de haciendas belgas y francesas? Confesó su intranquilidad a los subordinados. Pero como había abdicado de la dirección operativa de los ejércitos, sus temores no influyeron en el comportamiento de Kluck y Bülow en días tan fundamentales como fueron los siguientes.

No obstante, es erróneo achacar a los dos comandantes del ejército la responsabilidad de que las fantasías alemanas de obtener la victoria en 1914 se vinieran abajo al cabo de poco. Antes bien, cayeron prisioneros de la precariedad esencial del plan bélico de su nación. Es improbable que ningún gran proyecto hubiera tenido un resultado rápido y concluyente sin que se produjera el hundimiento moral absoluto de los ejércitos aliados; y no se produjo. Pero Moltke había ido abandonando, progresivamente, su propia versión diluida de Schlieffen, al debilitar el costado derecho y, el 24 de agosto, aprobar que los bávaros del príncipe Rupprecht persiguieran al ejército de Castelnau en su retirada hacia Nancy. A medida que crecía la autocomplacencia alemana, la concepción de Schlieffen — compleja, aunque imperfecta— se sustituyó por la mera búsqueda de objetivos de oportunidad. Los comandantes del káiser se veían en cabeza de un avance prolongado y veloz, frente a la huida de franceses y británicos. Bülow, Kluck y sus homólogos de más al sur estaban más afectados por el cansancio de los hombres y los caballos que por las bajas de combate. Suponían que las batallas más duras ya habían quedado atrás.

En Berlín, Kurt Riezler, el confidente de Bethmann Hollweg, escribió: «Uno ya empieza a hacer planes sobre el botín de la victoria ... Hoy hemos mirado el mapa. Yo siempre abogo por la constitución de estados vasallos. Hoy el canciller me ha llamado a su presencia y me ha preguntado por las condiciones de paz y por mis

ideas». ¹² Unos días después añadió, en tono lírico: «Los alemanes hemos ... despertado en nosotros poderes cuya magnitud nunca habríamos podido imaginar. Por encima de todo, hemos descubierto una esencia espiritual a través de la cual podemos concentrar esos poderes». ¹³

En el otro bando, en los últimos días de agosto, mientras Joffre atisbaba una pequeña posibilidad de redimir las espantosas derrotas que habían vivido las armas francesas bajo su liderazgo, pocos de sus subordinados compartían estas esperanzas renovadas; desde luego, no los oficiales del alto mando de la FEB. Estos solo experimentaron la realidad de una huida sostenida, cada vez más al sur. El 27, Joffre se comunicó con Lanrezac, en su cuartel de Marle. El 5.º Ejército proseguía con su retirada, al otro lado del río Oise: el GQG indicó a su comandante que ahora debía orientar el cuerpo de su izquierda hacia el oeste, para atacar el flanco izquierdo de Kluck y aliviar con ello la presión sobre la FEB. Cuando el comandante en jefe se marchó, Lanrezac se encendió y criticó a Joffre y los británicos con una furia que dejó anonadado a su Estado Mayor. Le parecía que tal acometida no podía tener éxito y solo valdría para lanzar a su ejército a las fauces de la máquina alemana. En cuanto a sir John French, continuó con la retirada y no mostró ningún interés por lo que Lanrezac hiciera o dejara de hacer.

El día 28, Joffre hizo una aparición memorable, en persona, con su largo sobretodo negro, en los cuarteles del 5.º Ejército. Primero se mostró cordial y halagador, y dirigió elogios a varios oficiales. Pero a continuación se produjo una explosión de cólera y una amenaza explícita: si al día siguiente, el 5.º Ejército no atacaba, despediría a Lanrezac. Se envió un oficial de enlace a Haig y Smith-Dorrien, para informarles de lo que iba a ocurrir y pedir su cooperación. Cerca de Lucy, los franceses hallaron al comandante del I Cuerpo británico, que recibía el informe de un agitado piloto del Real Cuerpo Aéreo, que acababa de aterrizar para confirmar que el flanco de Kluck quedaba en efecto expuesto, después de que sus columnas hubieran virado al este. Haig avisó a Lanrezac de que estaban ante una gran oportunidad; se alegraría de poder apoyar un contraataque poderoso, y sus formaciones estarían en disposición de moverse a las 5 de la mañana del día siguiente.

Durante las horas posteriores, sin embargo, algunas unidades británicas sufrieron retrasos por escaramuzas con los alemanes. Haig comunicó primero que partiría media hora más tarde, y luego, que no podría ponerse en marcha hasta el mediodía; por último, dijo que no podía hacer nada sin la conformidad de sir John French. Esto se encontró con una negativa abrupta: el comandante en jefe afirmó

que el I Cuerpo necesitaba un día de descanso. Lanrezac estaba furibundo, y Joffre, desanimado. Spears, que tenía que soportar las reprimendas tanto coléricas como silenciosas del Estado Mayor del 5.º Ejército, escribió: «Los franceses pensaban que los británicos se daban a la fuga en el momento crucial, y los británicos estaban convencidos de que los habían tratado tan mal que ya no podían confiar lo más mínimo en sus aliados».¹⁴ Aun así, el 5.º Ejército se lanzó al ataque.

Guisa está enclavada en el profundo valle del Oise, en el que, tanto al norte como al sur del río, se entremezclan colinas de bosques densos con campos despejados. Hay vistas que se extienden a varios kilómetros, con los hitos de granjas que exhiben nombres amargos como Désolation o Monchagrin. Aquí, a la mañana siguiente, Lanrezac ordenó avanzar a sus formaciones: por la derecha apuntaba a Kluck, y por la izquierda, a Bülow. En un principio, este último movimiento tuvo cierto éxito e hizo retroceder hasta cinco kilómetros a los alemanes. «Manejó sus unidades con la pericia de un maestro en el gran juego de la guerra», escribió Spears; «pero jugó las cartas sin celo ni fe.»¹⁵ La segunda parte del comentario era cierta, a todas luces. Sin embargo, parece infundado afirmar que, por una vez en su vida, el día 29 August Lanrezac actuara como un comandante inspirador.

A la izquierda, el ataque principal del 5.º Ejército fue repelido tras sufrir bajas de importancia. Antes del asalto, los alemanes apresaron al Estado Mayor de un cuerpo, cuyos papeles demostraban que el objetivo principal de los franceses era el frente de Kluck. Así, Bülow podía estar tranquilo; no debía temer gran cosa. Cuando los franceses avanzaron hacia San Quintín, los alemanes estaban preparados: el terreno que los atacantes ganaron, con un gran coste, no tardaron en perderlo otra vez. Solo más al norte, en los alrededores de Guisa, el 5.º Ejército logró un adelanto notable y avanzó por los dos costados de la ciudad, aprovechando una brecha entre los ejércitos de Kluck y Bülow. El mando alemán local se vino abajo y su artillería provocó muchas bajas al disparar contra una de sus propias unidades de la guardia.

La brigada de la vanguardia francesa que se dirigía a Le Hérie estaba encabezada por el comandante Louis Franchet d'Espèrey, quien más adelante se convertiría en uno de los generales franceses destacados en la guerra. Tuvo suerte de sobrevivir para hacerlo, porque el 29 de agosto montó hacia la línea alemana, al sur de Guisa, entre las banderas al viento de sus regimientos y la música de las bandas. Bülow quedó preocupado por el vigor del ataque, hasta el punto de solicitar la ayuda del grupo vecino de Hausen, quien sin embargo replicó que tenía las manos atadas por su propio frente. Bülow también instó a Kluck a virar más claramente hacia el sur, acortando aún más la gran maniobra envolvente.

Lanrezac envió una nueva petición de apoyo a los británicos, y recibió una

nueva negativa, transmitida por Henry Wilson. Este consideraba que el ataque del 5.º Ejército era una locura, porque, ante fuerzas tan abrumadoramente superiores, no podía llevar a ningún sitio. Aquella noche, Wilson condujo hasta Reims para reunirse con Joffre y le rogó que ordenara la retirada antes de que Kluck y Bülow se unieran en contra de Lanrezac, lo que quizá precipitaría el desastre. Joffre dio instrucciones, en efecto, para que el 5.º Ejército reanudara el repliegue; pero es improbable que Wilson influyera en la decisión. Bülow informó a Moltke de que había obtenido una victoria, pero añadió que sus hombres estaban demasiado cansados para continuar la marcha al día siguiente. Así, Lanrezac, y los cuerpos de varios miles de hombres, ganaron un respiro. Franchet d'Espèrey fue el único general que reforzó su crédito en las acciones de Guisa.

La confusión en los dos ejércitos, sobre sus posiciones respectivas, provocó durante aquellos días incidentes curiosos entre los soldados desinformados. Un joven y elegante oficial de la caballería alemana llegó a la población de La Fère en un automóvil polvoriento que se detuvo ante la oficina de Correos. Sin prestar atención a los soldados franceses que había por allí —probablemente, supuso que eran prisioneros—, entró y compró y escribió varias postales. Al volver a salir, fue apresado bruscamente por los militares enemigos, junto con su conductor, quien resultó ser un antiguo taxista de Berlín. El oficial se sintió amargado por aquella captura ignominiosa y se negó a hablar, pero no así el chófer, que pronunció palabras expresivas de condena de la guerra. Un oficial francés se divirtió mostrando a Louis Spears las postales del alemán, que, recobradas de la oficina de Correos, afirmaban que los británicos huían corriendo «como ovejas».¹⁶

Al día siguiente, 30 de agosto, el káiser y Moltke —no sin retraso— trasladaron el cuartel de Coblenza a Luxemburgo. Moltke se estableció en una escuela. Los mensajes del frente y para el frente debían pasar por varias estaciones intermedias, con retrasos que a veces ascendían a la asombrosa cifra de veinte horas. A los comandantes de los ejércitos les inquietaba poco el problema, porque les liberaba de la interferencia de sus jefes del Estado Mayor, que no deseaban. Pero la consecuencia fue que la falta de control de la campaña, por parte de Moltke, llegó a institucionalizarse. Cada uno de sus subordinados actuaba según su propio criterio.

Aquel mismo día, sir John French envió uno de sus comunicados de más infausta fama, al escribir a Joffre desde su nuevo cuartel general en el palacio de Compiègne: «Me parece muy necesario recalcar que el ejército británico no puede, en ningún caso, ocupar su lugar en el frente durante al menos diez días. Para causar muchas bajas, necesito hombres y cañones ... Comprenderá usted que no puedo satisfacer su deseo de que rellene el espacio vacío en el 5.º y el 6.º Ejército». Sir John afirmó que pretendía retirarse más allá del Sena. Era un telegrama devastador.

Es extraordinario que a un oficial capaz de enviarlo se le confiara jamás el mando de ningún ejército en campaña, y aún más llamativo que todavía conservara el puesto durante más de un año. El comportamiento de sir John French entre Mons y el Marne desenmascaró su cobardía; no fue la primera ni la última figura semejante que logró la eminencia militar, pero aun así representaba un peso muerto para la causa aliada. Sir James Edmonds calificó a French de «viejo vanidoso, ignorante y vengativo, con un desagradable apoyo social». Quizá eran palabras crueles, pero difícilmente cabe sugerir que eran injustas. Varios de los principales subordinados de French también mostraron deficiencias, especialmente Murray, Wilson y, en cierta medida, Haig, aunque este último se rehabilitaría dos meses después, en Ypres.

Lo mejor que puede afirmarse sobre las limitaciones de los generales británicos es que en los puestos similares de los ejércitos rivales, en agosto de 1914, también se vieron grandes carencias. Su comportamiento quizá no fue peor que el de muchos grupos semejantes de la sociedad civil, que se hallaron ante desafíos desconocidos y en circunstancias de una magnitud sin precedentes; pero en la guerra, el precio de la confusión se paga en vidas humanas. Moltke, que desde el principio estaba aquejado de una mala salud, ahora padecía visiblemente; si se negó a imponer su control personal sobre la fase decisiva de una campaña que había buscado fue, probablemente, porque no tenía ni idea de cómo hacerlo. Tanto él como sus subordinados demostraron ser incapaces de aprovechar la superioridad institucional del ejército alemán para lograr una victoria decisiva. En parte, se puede atribuir al hecho de que buscaban hacer realidad unas ambiciones que, en la era premotorizada, quedaban fuera del alcance de sus ejércitos. Las tecnologías de la movilidad y comunicación, en efecto, habían mejorado mucho menos que la potencia de fuego. Pero sigue siendo llamativo que Moltke diera tal amplitud de acción a Kluck y Bülow; y no es de extrañar que estos metieran la pata.

En el bando francés, Joffre había lanzado el Plan XVII con terribles consecuencias para su país y su ejército. En las «batallas de las fronteras», muchos de sus subordinados exhibieron deficiencias. Lanrezac era un militar con cierto talento, pero aun así demostró carecer de la fuerza moral precisa para el alto mando. Si la insistencia de Joffre por combatir en Guisa, el 29 de agosto, valió la pena o no, sigue siendo una cuestión tan polémica como la relativa a la resistencia de Smith-Dorrien en Le Cateau. Era evidente que Lanrezac solo podía asestar «un golpe que detuviera» a los alemanes si sacrificaba a muchos hombres. La balanza de las pruebas sugiere que la batalla representó una apuesta aceptable, pues de nuevo frenó y causó bajas importantes a los alemanes.

Pero en los días posteriores, los aliados siguieron retirándose y la moral de las tropas, decayendo. Joffre aún se aferraba a la esperanza de una contraofensiva

importante por su izquierda; en aquellos últimos días de agosto, subieron desde el sur montones de trenes abarrotados de caballos, cañones y soldados franceses. Pero para aquellos que no hacían sino marchar, solo había una realidad: la del calor, la carretera y los pies heridos y ampollados. Y no era lo único que afectaba a sus cuerpos cansados; casi cuatrocientos años antes, Montaigne había escrito: «He visto a muchos soldados con molestias por la irregularidad intestinal». A finales de agosto, había hombres en todos los ejércitos cuyas penalidades se agravaban por el estreñimiento y la diarrea, mientras recorrían Francia entre el agotamiento y la confusión compartida. Marc Bloch, a la sazón recluta francés —y, con el tiempo, historiador asesinado por los nazis—, escribió con un ánimo en el que se reflejaba el de su nación: «Soporto mejor las malas noticias que la incertidumbre ... ¡Oh, qué días tan malos, de retirada, cansancio, aburrimiento y angustia!». ¹⁷

En la mañana del 1 de septiembre, por vez primera desde Le Cateau, salvo algunas escaramuzas, los alemanes alcanzaron a elementos de la FEB. Kluck no estaba buscando a los británicos, en cuyos asuntos había perdido interés, sino que avanzaba hacia el sureste en pos de Lanrezac. Pero por eso mismo, sus elementos de cabeza cruzaron el frente británico al dirigirse hacia Château-Thierry y varios puentes del río Marne. El primer encuentro con las unidades de French se produjo a poco más de cincuenta kilómetros al norte de París, en Néry. Una brigada de la caballería británica, que ocupó la población durante la noche, se quedó los mejores alojamientos y albergó muchas de sus bestias en una gran granja situada junto a la iglesia. La batería L de la real artillería montada, la última en llegar, se vio obligada a dormir como pudiera en un huerto, inmediatamente al sur de la aldea, antes de una gran fábrica de azúcar. Néry estaba junto a un valle estrecho y profundo, cubierto de maleza densa, en el lado oriental. Más allá, a unos quinientos metros de la población, había más terreno elevado. El 1 de septiembre amaneció con niebla. La batería L estaba preparada, a punto de partir. Entonces se ordenó una demora; se bajaron los ejes de los avantrenes y algunos equipos se fueron a la fábrica, a reponer agua.

A continuación se produjo una serie de conmociones. Primero, un piquete de los húsares entró a toda prisa en la aldea para advertir de la presencia de un caballo alemán. La niebla se levantó de pronto y, a las 5.40 de la mañana, una docena de piezas de campaña de la división de caballería de Marwitz empezaron a disparar contra los británicos a quemarropa, a menos de mil metros, desde la colina que cerraba el valle estrecho por el otro lado. Las monturas de los Bays (los dragones de la guardia) huyeron calle abajo, presas del pánico. Buena parte de la caballería

británica resultaba invisible para los alemanes, por hallarse entre las casas; pero el huerto de la batería L quedaba a la vista, como blanco perfecto y seguro. Una andanada tras otra cayó sobre ellos con un efecto devastador. Los caballos se encabritaron, rompieron las ataduras y salieron en estampida; los hombres buscaron alguna cobertura, cogieron los equipos o intentaron domar a las bestias.

La mayoría de los cañones estaban sujetos a los avantrenes, con los carreteros y artilleros preparados para montar e irse. El fuego alemán cayó sobre ellos con un efecto asolador, y destruyó equipos enteros en un caos de carne humana y animal. El capitán Edward Bradbury, segundo al mando, gritó: «¡Venga! ¿Quién se viene a los cañones?» y encabezó a un puñado de hombres que atravesaron la lluvia de proyectiles con la intención de replicar. Lograron activar tres cañones, pero dos quedaron pronto silenciados. El último siguió disparando entre la cortina de fuego hasta que solo Bradbury, el sargento Nelson y el brigada Dorrell quedaron con vida para hacerla funcionar, entre un montón de cañoneros y monturas muertos o moribundos.

Bradbury, un jinete entusiasta de las carreras de obstáculos, que acababa de cumplir los treinta y tres, perdió una pierna en un cambio de munición, pero siguió dando órdenes hasta que se derrumbó por la sangre perdida. Mientras lo llevaban a la retaguardia, moribundo, pasó junto al oficial al mando de los Bays y gritó: «Oiga, coronel, vaya tunda nos han dado, ¿no cree?». Los otros dos artilleros de Bradbury dispararon hasta agotar las balas. La destrucción de la batería L fue un desastre en miniatura, que comportó la pérdida de cinco oficiales y cuarenta y nueve soldados. Es razonable dudar de cuánto daño causaría su cañón en las difícilísimas circunstancias de aquella mañana; pero es característico de la iconografía militar que las acciones de Bradbury y sus dos camaradas se recompensaran con cruces de la Victoria y pasaran a la leyenda, celebradas en una soberbia pintura heroica, mientras que la venganza que los británicos llevaron a cabo inmediatamente después prácticamente ha caído en el olvido.

Los húsares desplegaron las ametralladoras en Néry para disparar contra el otro lado del valle, e infligieron bajas terribles entre los caballos y artilleros enemigos. El teniente Algy Lunn también puso en acción las Vickers de los dragones de la guardia. Pronto, los cañones estaban al rojo y los condensadores silbaban por el vapor. Lunn y sus hombres recargaron frenéticamente las cintas de cartuchos, para sostener el fuego. La infantería de Middlesex y los fusileros reales, alojada en una aldea vecina, acudió para duplicar las fuerzas británicas y empezó a escaramuzar hacia el sector norte de Néry, mientras dos escuadrones del 5.º batallón de los dragones de la guardia trazaron un círculo por el sur y desmontaron y abrieron fuego contra los alemanes desde el otro flanco. La batería I de la real artillería montada se incorporó a la batalla, con gran efecto, hacia las 8 de la

mañana, más o menos cuando se quedaba callada la última de las piezas de la batería L.

La caballería de Marwitz se replegó entre la confusión, abandonando ocho de sus doce cañones y perdiendo a setenta y ocho hombres como prisioneros. Un médico alemán protestó vigorosamente por la confiscación de sus binoculares y su caballo gris, que insistió en que era propiedad privada; para apoyar su argumento blandía una edición de la Convención de Ginebra en lengua francesa. Aun así, la caballería victoriosa se llevó las dos cosas. Los británicos se pelearon entre sí a la hora de determinar a quién correspondía el crédito de haber dado su merecido a los alemanes. Lo que estaba claro es que los dos bandos lo pagaron caro, y sobre todo, sus caballos: en las inmediaciones de Néry murieron entre trescientas y cuatrocientas bestias. Según Harry Dillon, de los Ox and Bucks, «esta es una de las peores cosas de la guerra: los caballos muertos por todas partes, con un hedor espantoso. Los cuerpos de los hombres se los llevan y hacen lo que sea con ellos, pero no hay tiempo para hacer nada con los caballos».¹⁸

También se polemizaba sobre quién merecía cruces de la Victoria (si era el caso). Se opinó que el brigada Dorrell recibió una condecoración, en parte, por ser «un buen tipo»: se había alistado siendo menor de edad, a los dieciséis, había prestado servicio en la guerra de los bóers y había alcanzado la graduación de suboficial por el camino más duro. No supone injuria alguna, para los que obtuvieron la condecoración más alta de las armas británicas durante las primeras semanas de la guerra, decir que, unos meses después, entre una masacre implacable, el listón del premio se elevó: durante el resto de la guerra, para lograrlo hubo que conseguir y sufrir más. Un monumento británico elevado en la escena de la destrucción de la batería L afirma, con un desvergonzado orgullo nacionalista: «La batalla del Marne se ganó en Néry». Esta aseveración refleja el hecho de que, el 1 de septiembre, la caballería alemana lo pasó mal. No obstante, en realidad, aquella acción fue solo un incidente menor en la colosal épica de la retirada de más de un millón de hombres.

Más al este, entre las 10.45 de la mañana y las 2 de la tarde de aquel mismo día, hubo otro enfrentamiento similar. Una retaguardia del cuerpo de Haig, que se retiraba por uno de los pocos caminos que atravesaban el enorme bosque de Villers-Cotterêts, se enredó en un combate confuso que supuso para la brigada la acción más costosa de todo el mes. El bosque corre a lo largo de la cresta de una sierra. Su denso follaje de verano impedía que los cuerpos avanzaran en formación, salvo a caballo, y dificultaba establecer blancos contra los que abrir fuego. Los británicos eran particularmente vulnerables a la amenaza de verse atacados por el flanco y aislados por alemanes infiltrados entre los árboles. La compañía n.º 4 de granaderos perdió a muchos hombres librando un contraataque con la bayoneta. El

comandante «Ma» Jeffreys se encontró al comandante de la brigada llevando de las riendas un caballo sobre el que estaba desplomado el general de brigada, «malherido y a todas luces muy dolorido». El oficial del Estado Mayor gritó a Jeffreys que se estaba conteniendo al enemigo, pero el batallón tendría que retirarse pronto. Entonces, un guardia de Coldstream, Stephen Burton, se acercó a Jeffreys sin apenas fuerzas. Dijo: «Por el amor de Dios, sáquenme de aquí o me capturarán; no podré llegar muy lejos». Con dificultad, el granadero alzó a Burton a un caballo de carga y encargó a un auxiliar de transportes que lo llevara a la retaguardia.

Un guardia se inclinaba para ofrecer a su compañero una salchicha cuando una bala impactó en su bota, rebotó y, tras entrarle por la boca, salió por lo alto de su cabeza. Dos secciones de los granaderos quedaron aisladas y destruidas, tras luchar casi hasta el último hombre. En total, perdieron a cuatro oficiales y 160 hombres de menor graduación; a la enorme figura adolescente del teniente George Cecil se la vio por última vez en cabeza de una carga de bayonetas, con la espada en la mano. Al cabo de poco, Jeffreys tuvo que asumir el mando temporal de su batallón y supervisó su retirada, por grupos. «Los alemanes no nos hostigaron. Era evidente que no solo habían tenido muchas pérdidas, sino que estaban muy dispersos por la espesura del bosque, y los podíamos oír gritar órdenes y soplar unos cuernos pequeños, al parecer para reunir a los hombres.»¹⁹

Lord Castlerosse, de la guardia irlandesa, fue una de las bajas que se quedó atrás. Estaba guiando a unos rezagados, bajo el fuego de las ametralladoras, cuando levantó la mano para repeler una avispa. Una bala le golpeó en el brazo, lo conmocionó y le hizo caer inconsciente. Al despertar, se encontró con una columna alemana, que pasaba por el lugar. El oficial al mando de un batallón, al ver al oficial británico, se paró a charlar brevemente: «¿Sabía que el duque de Connaught es el coronel de este regimiento? ¿Por qué emprenden la guerra contra sus propios primos?».²⁰ Unas horas más tarde, Castlerosse, desatendido y con grandes dolores, se vio acosado por un soldado alemán que le pinchaba con la bayoneta. Un oficial con el uniforme de los húsares de la calavera (Totenkopfhüsaren) se detuvo allí, reprendió al torturador del prisionero e hizo que un asistente médico le curara su herida. Luego escribió su nombre —Von Cramm, padre de un tenista que llegaría por tres veces a la final del torneo de Wimbledon— en el cuaderno de campo de Castlerosse, y le dijo: «Si alguna vez cae en vuestras manos un alemán, os ruego que seáis amable con él, como yo lo he sido con usted».²¹

En Villers-Cotterêts, la guardia irlandesa sufrió trescientas bajas; y otra brigada que cubría su retirada, 160. En lo que respecta a los méritos, aquella tarde del 1 de septiembre, la brecha abierta entre los dos cuerpos británicos, que tantos temores y consternación había causado desde que se separaron en Bavay el 25 de agosto, se cerró al fin. Pero algunas partidas de la caballería alemana continuaron

infiltrándose aquí y allá, lo que causaba momentos de confusión. El general de división Charles Monro, al mando de la 2.^a división, atisbó unos jinetes a lo lejos y le gritó a Jeffreys: «¡Tienen a la caballería por aquí! ¡Rápido! ¡Que estos hombres hagan conversión y abran fuego!». El granadero, que por fortuna estaba más tranquilo que su superior, vio que los caballos eran blancos y respondió: «Pero son los Scots Greys, señor», a lo cual el «cansado y alterado» Monro replicó: «¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!». ²² Los reales fusileros galeses tuvieron una experiencia similar y, por orden de un general sobreexcitado, abrieron fuego contra el 19.º regimiento de húsares.

Sir John French estaba en un lío mayor. Aquel día, su cuartel general abandonó con indecorosa premura el *château* de Dammartin en el que se habían alojado. Según escribió el comandante Christopher Baker-Carr: «La salida se hizo huyendo, presas del pánico. A cada momento llegaban rumores de miles de ulanos en los bosques próximos. De cualquier manera, se cargó el material de oficina y se hizo subir a las mecanógrafas en camiones que esperaban, en filas apretadas, delante del *château*. La noche, negra como boca de lobo, quedó iluminada por un centenar de focos deslumbrantes. Con gran dificultad, recogí a mi cuota de pasajeros y me alejé de aquella masa de vehículos en ebullición». ²³ En las inmediaciones, «Wully» Robertson se había sentado a cenar cordero asado cuando llegó la alarma; a toda prisa, le envolvieron la comida en papel de periódico y la echaron al suelo de un camión, para que se la tomara fría al día siguiente. Nadie se acordó de avisar al ayudante general, sir Nevil Macready, que cenaba en el cuartel con su Estado Mayor, de que el comandante en jefe había levantado el campamento; al saber la noticia, salió enojado, en pos de los fugitivos. Baker-Carr, sin embargo, volvió a Dammartin a lo largo de la noche, para recuperar ropa limpia para la que apenas tenía recambio. Al hallar que la pequeña ciudad estaba tranquila, disfrutó de una buena noche de sueño allí mismo.

Bob Barnard era uno de los muchos soldados británicos que en ese momento estaban tan completamente exhaustos como confusos por una retirada que no se explicaba, habiendo visto a tan pocos alemanes. Escribió: «No teníamos ni idea de adónde íbamos, pero recuerdo que fue el 1 de septiembre cuando vimos el primer indicador que decía “París”. Me alegré de verlo, porque no había estado nunca en París». ²⁴ Pero Barnard no iba hacia allí, en ese momento; la ruta de la retirada británica seguía hacia el sur. Muchos de los que la siguieron morirían sin llegar a atisbar siquiera las delicias de la capital francesa.

En el mismo momento en que la intranquilidad de Moltke sobre la situación

estratégica de su ejército empezaba a precipitar la crisis de ánimo decisiva de su carrera, los súbditos del káiser se regocijaban ante la perspectiva de un triunfo inminente. El 1 de septiembre, el *Vossische Zeitung* escribía en su editorial: «La mente es a duras penas capaz de comprender la noticia que se está dando al pueblo alemán sobre sus victorias en el este y el oeste. Representa un juicio divino, por así decir, que señala a nuestros antagonistas como los criminales que causaron esta espantosa guerra». Medio siglo antes, el industrial y banquero Gustav Mavissen escribió admirado entre la euforia posterior a la victoria de Prusia sobre Austria, en 1866: «No soy devoto del dios Marte ... pero los trofeos de la guerra ejercen un encanto mágico sobre el niño de la paz. Los ojos se quedan involuntariamente fascinados y el espíritu sale en pos de las interminables filas de hombres que aclaman al dios del momento: la victoria». Así ocurría de nuevo en Alemania durante los primeros días de septiembre de 1914.

Sus enemigos no ponían peros a este triunfalismo: entre las fuerzas británicas había un profundo pesimismo, si no incluso desesperación. Muchos de los oficiales de la FEB estaban dispuestos a lavarse las manos y abandonar el barco de los aliados; figuradamente, pero también literalmente, para coger otros barcos y regresar a su país. James Harper, oficial ayudante de capitán, escribió con amargura: «El maldito ejército francés no aparece nunca, para nada. Ha habido una mala estrategia en algún lado ... Los hombres, me temo, están perdiendo la confianza».²⁵ La noticia de que el gobierno francés estaba evacuando París se extendió como la pólvora por la FEB, haciendo que el suboficial de artillería William Edgington escribiera, «todo esto parece apuntar a un desastre, y todo lo que recibimos de los aliados es ese mítico cuerpo de la caballería francesa».²⁶

Guy Harcourt-Vernon escribió: «Personalmente, creo que los franceses no se han movilizadado como debían, y que nos están usando para contener a todo el ejército alemán, para darles tiempo a ellos. Pase lo que pase, el ejército británico ha cumplido con su deber ... en la última semana, hemos estado luchando solos». Una semana después, añadió: «No me puedo sentir nada contento con esta guerra, simplemente no puedo creer en los franceses. Una y otra vez, nos han dicho que tenemos cuerpos franceses a los dos lados, y que vamos a tomar posiciones; pero cada día es lo mismo y vuelta otra vez ... ¿A quién le extraña que nos sintamos extenuados, agotados y desanimados?». Ningún oficial británico del alto mando se esforzó lo más mínimo en convencer a sus subordinados de que los franceses estaban cumpliendo su papel con valentía; y si carecían de inteligencia precisa al respecto, tampoco lo fingieron al menos. El patriotismo institucional del ejército británico tuvo un efecto deplorable al hacer inalcanzable, en una hora crítica, el respeto mutuo imprescindible en toda alianza de éxito.

La retirada de Mons costó a la FEB 15.000 hombres, entre muertos, heridos y

prisioneros, más la pérdida de cuarenta y dos cañones; quien más padeció todo ello fue el II Cuerpo. Fueron solo una pequeña fracción de las bajas francesas, pero sus comandantes quedaron conmocionados. Les parecía del todo posible —a ellos, como a los generales del káiser— que los alemanes tuvieran la victoria a mano. Por suerte para la causa aliada, el espíritu de Francia, lejos de haberse extinguido, alcanzaría pronto una redención histórica.

**Tannenberg: «¡Ay! ¡Son tantos miles
los que están allí sangrando!»**

Los pueblos de Europa estaban sobrecogidos por la escala de las fuerzas desatadas por todo el continente. «La sociedad rusa no ha experimentado tales emociones desde la guerra de 1812», escribió Sergei Kondurashkin. «Estaba a punto de librarse una gran batalla en el umbral mismo de nuestra casa. Se llamaba a hombres que llevaban diecisiete años en la reserva; seis millones de hombres ... Un mar de gente contra otro mar de gente ... La propia imaginación era incapaz de comprender la escala de los acontecimientos venideros.»¹ Pero una vez que también las huestes rusas se dispersaron en frentes de muchos cientos de kilómetros —tres veces la extensión de los combates del oeste—, de pronto se volvieron mucho menos impresionantes que cuando desfilaban y se les pasaba revista. Un tema dominante de las campañas de 1914 fue la falta de adecuación entre las enormes aspiraciones de los caudillos bélicos de Europa y los medios insuficientes con los que se propusieron hacerlas realidad.

En el frente oriental, la razón debería haber llevado a la Stavka —el alto mando del zar— a la convicción de que su enemigo crucial era Alemania: si Rusia lograba victorias rápidas contra el ejército alemán de Prusia oriental, que era relativamente pequeño, ello tendría un impacto radical —incluso decisivo— sobre el conjunto de la guerra. Eso era lo que el gobierno francés quería e imploró al gobierno ruso que lo intentara. Sin embargo, el general Alexei Speyer, el más respetado de los planificadores estratégicos de Rusia, optó por otra vía e instó a aplastar a los austríacos antes de acometer a los alemanes. La Stavka, que se estableció en un pinar situado junto a un cruce de vías férreas, en Baranovichi (Bielorrusia), deliberó, vaciló y acabó cometiendo un error paralelo al de Conrad Hötzendorf. Así, los rusos dividieron sus ejércitos e intentaron atacar a los dos enemigos simultáneamente. Dos tercios de las fuerzas de disposición inmediata — 1,2 millones de hombres— se enviaron a combatir contra los austríacos en el sur de Polonia; el otro tercio atacó a los alemanes en Prusia oriental.

Moltke había asumido un gran riesgo al desplegar tan solo una fuerza de bloqueo para contener a los rusos; y ahora su apuesta se pondría a prueba. Los súbditos orientales del káiser tenían muy claro que el enemigo al que más odiaban y temían estaba muy cerca de sus hogares. Al *Neue Preußische Zeitung* se lo conocía como el *Kreuzzeitung* («periódico de la Cruz») por la Cruz de Hierro de su cabecera. El 6 de agosto de 1914 afirmaba que la «Cruz de los caballeros teutónicos de Prusia» debía alzarse de nuevo para combatir contra los bárbaros del este.

Durante las primeras semanas de guerra, se invocó a menudo el recuerdo de los caballeros. Había un gran temor a que las «hordas rusas» avanzaran hasta Berlín entre la destrucción y el saqueo.

A finales del verano de 1914, las fuerzas armadas de la Madre Rusia convergieron, desde todos los rincones del imperio de Nicolás II, sobre su colonia polaca, foco por igual de las operaciones contra Alemania y contra Austria. El zar quería asumir el mando personal de sus ejércitos sobre el campo, pero le convencieron de poner en su lugar la figura subordinada de un comandante en jefe, su tío el gran duque Nicolás (apodado a menudo «Nicolás el Alto», para distinguirlo del emperador, «Nicolás el Bajo»). El tren personal del gran duque se arrastró lentamente por la línea de Vitebsk, hacia el teatro de guerra. Se servían comidas y cenas de tres platos, con abundancia de vinos de Burdeos y Madeira. El marqués de Laguiche, general y agregado militar de Francia, objetaba frustrado: «Piénsese en mí: con treinta y ocho años de servicio, y habiendo soñado tanto con este momento, me encuentro, cuando al fin ha llegado la hora, aquí atascado».²

Entre conversaciones anodinas, para pasar el tiempo, el gran duque le dijo al general de división Alfred Knox, agregado militar británico, que estaba impaciente por ir a Inglaterra a practicar el tiro, una vez acabara la guerra; era un apasionado de la caza. Habló del disgusto que le provocaban los alemanes y afirmó que, cuando se derrotara al Kaiserreich, había que desintegrarlo. Para lo habitual entre los militares regios, Nicolás provocaba cierto respeto; pero aun así, siempre había sido un instructor de tropas antes que un comandante de campo. Carecía tanto de la autoridad delegada como de la personalidad poderosa necesarias para coordinar la actuación de los generales rusos en Polonia. Cuando al fin llegaron a Baranovichi, en la mañana del domingo 16, aún imperaba la frivolidad. Un funcionario del Ministerio de Exteriores dijo a Knox: «Ustedes, los militares, tendrían que estar muy satisfechos de que les hayamos preparado una guerra tan bonita». Knox respondió con cautela: «Mejor esperemos a ver si, después de todo, será una guerra tan bonita».³

Un tren tras otro, fueron trasladando a Varsovia (y más lejos) los caballos, infantes y cañones de una de las huestes militares más exóticas que el mundo ha visto. Muchos de los oficiales de infantería eran de extracción campesina; la mayoría de los generales y los jefes de la caballería, en cambio, eran aristócratas. Aunque no todos los comandantes rusos eran unos incompetentes, en los primeros meses de la guerra no desplegaron más genio militar que la mayoría de sus homólogos franceses y austríacos. Sobre todo en los meses iniciales, en el frente oriental la caballería interpretó un papel mucho más destacado que en el oeste. Los observadores extranjeros quedaban, inevitablemente, impresionados por los exóticos regimientos del zar: cosacos del Don, el Turkestán y los Urales (estos

últimos, «hombres grandes, de barbas pelirrojas y aspecto salvaje»⁴. Los oficiales llevaban los mapas en sus gorros altos; muchos enemigos murieron atravesados por lanzas. Y el número de caballos rusos era asombroso: en una de sus incursiones, el cuerpo del general Novikov desplegó 140 escuadrones. Sobre los hombres, el corresponsal Alexei Ksyunin escribió: «Los ropajes amarillos y púrpuras de los turcomanos brillaban cegadores sobre el telón de fondo de las casas de los pueblos. Llevaban unos enormes sombreros de piel de oveja, y sus rasgos oscuros y pelo salvaje les hacían parecer pintorescos y majestuosos. Al galopar en sus monturas no causaban menos pánico que un vehículo armado. Les ofrecí cigarrillos e intenté charlar con ellos, pero fue inútil, porque no hablaban ruso. Solo sabían decir: “Gracias, señor”, y nada más».⁵

Un corresponsal estadounidense describió un escuadrón de los cosacos de Kubanski: «Un centenar de gigantes medio salvajes, vestidos con la antigua panoplia de aquel curioso pueblo eslavo que trabaja ante todo en la guerra y sirve al zar en la batalla desde los quince o dieciséis años: altos gorros de piel, largos caftanes anudados por la cintura y de un rosa o azul o verde apagados, con bolsillos inclinados para los cartuchos; yataganes curvos con incrustaciones de oro y plata; dagas con empuñaduras de piedras sin tallar; y botas de punta afilada, curvada hacia arriba ... Eran gigantes, pero como niños».⁶ La caballería del 1.º Ejército estaba capitaneada por el viejo kan de Najicheván, que una mañana apareció llorando en su tienda porque las hemorroides le impedían montar.

Algunos oficiales del zar eran profesionales serios, pero otros trataban a sus hombres como un señor rural a sus siervos. Los extranjeros quedaban asombrados a ver comandantes que, cuando el regimiento se detenía a pasar la noche, salían a buscar mujeres y dejaban que los caballos y los hombres camparan a sus anchas. En ocasiones se vio a los cosacos emplear el látigo para detener a la infantería en fuga. No había un sistema de abastecimiento regular; se esperaba que el ejército subsistiera ante todo de la tierra, aunque todas las columnas llevaban una reserva de sacos de *sujari*, un pan negro seco, equiparable al bizcocho seco o la galleta de barco.

El Imperio Ruso tenía un saliente de importancia crítica: Polonia. Allí, los ejércitos del zar podían lidiar con los enemigos, pero también verse amenazados por los contragolpes. Los soldados rusos recién llegados a la región quedaron impresionados por las condiciones de vida de la Polonia rural, cuyas casas estaban guarnecidas con delicadezas desconocidas, tales como sillones y sofás, o cortinas de encaje. Había colonos alemanes entre los campesinos, y en una región tan políglota era difícil adivinar qué lengua resultaría comprensible para la población local. Cuando un oficial ruso preguntó, primero en polaco y luego en ruso, si una familia campesina tenía algún producto que vender, lo miraron perplejos. Tuvo más

suerte en alemán, pero el viejo campesino, amargado ya por la experiencia, respondió: «¿Qué productos?», y se agitó en la silla, con aspecto asustado. El oficial quiso saber por qué no habían almacenado ningún fruto del verano. «Lo hemos vendido todo», respondieron.⁷



El teatro de guerra oriental debe entenderse como una región colonial, en la que rusos, austríacos y alemanes por igual gobernaban sobre minorías —polacos, bosnios, checos, serbios, judíos— cuya lealtad a sus respectivos imperios distaba de ser segura. Esto reforzó la paranoia sobre posibles espías y saboteadores, más fuerte aquí que en el frente occidental, en cuanto los ejércitos de tres imperios empezaron a escaramuzar más allá de sus fronteras respectivas. A los judíos se los consideraba presa natural de cualquier patriota ruso que se topara con uno. El tren

del regimiento de infantería de Belobeevsky se detuvo durante dos horas en la estación polaca de Tłusz. Muchos hombres se escaparon a la ciudad y se apoderaron de bienes que se negaban a pagar a los tenderos judíos. Los comerciantes bajaron la persiana, y los soldados replicaron rompiendo las puertas e iniciando un saqueo sin freno, con los oficiales allí mismo, observando. El episodio no habría constado en ningún sitio, de no haber sido porque un general se escandalizó.⁸ Al día siguiente, en Lublin, hubo un saqueo sistemático de treinta tiendas judías. Josh Samborn ha escrito: «Los soldados sabían que su palabra merecería más crédito que la de un judío, e incluso asesinar a judíos a los que se robaba apenas tenía castigo».⁹

Un gendarme ruso telegrafió a su superior para informarle de que, en Vyshov, «so guisa de compradores de caballos, llegaron dos alemanes que pasaron la noche en el establo del judío Gurman y luego se marcharon a Ostrolenka».¹⁰ El 18 de agosto, en Tarczyn, se desató una serie de incendios al paso de las tropas rusas, y se culpó automáticamente a los judíos, que lo habrían hecho «con el objetivo de indicar al enemigo por dónde se movían nuestras tropas». Se arrestó a catorce infortunados. Excepcionalmente, se los liberó más tarde, cuando el jefe de la policía local concluyó que habían sido incendios fortuitos; pero los bienes saqueados no se devolvieron ni se compensó a nadie por ellos.¹¹ A lo largo de los meses siguientes, hubo una serie de pogromos contra las comunidades judías, obra ante todo (pero no solo) de los cosacos. Muchos judíos huyeron a Varsovia, pero de allí se los deportó al este por la fuerza.

El teniente Andrei Lobanov-Rostovsky era un zapador de veintidós años, que había viajado y leído mucho, como hijo de un diplomático noble. Describió que, en una pequeña ciudad polaca, su unidad de soldados recién movilizados asesinó a ocho judíos en un ataque de fiebre antiespías. Aquella tarde, mientras los hombres se preparaban para la misa, vieron un eclipse parcial de sol. Aunque los soldados supersticiosos se inquietaron por lo que habían hecho por la mañana, su conciencia no tardó en tranquilizarse: a su paso por Polonia, los soldados rusos tomaron todo lo que pudieron, independientemente del hecho de que las víctimas, en teoría, fueran compatriotas. Para la inmensa mayoría de los súbditos del zar, el extranjero empezaba en la aldea de al lado. Aunque el general Paul Rennenkampf proclamó edictos rigurosos contra el pillaje en territorio ruso, y el 10 de agosto anunció que se había fusilado a cuatro hombres por robar a civiles, sus subordinados no se esforzaron casi nada por ejecutar tales órdenes. A los oficiales de intendencia, que debían procurar alimento para sus hombres, les resultaba difícil hacerse con los productos locales, incluso donde el ejército estaba dispuesto a pagar por ellos.

En el otro bando, durante los primeros días de la guerra los alemanes

practicaron el mismo salvajismo que en Bélgica, y destruyeron las ciudades polacas fronterizas de Kalisz y Częstochowa, tomando rehenes y matando a civiles. Tras ocupar Kalisz el 2 de agosto, los invasores se obsesionaron con los informes de francotiradores civiles, y empezaron a disparar libremente contra los habitantes.¹² Se tomó como rehenes a los sospechosos de ser «jefes de una banda de francotiradores» y a dignatarios civiles y religiosos: muy pronto, había 750 personas bajo custodia. Hubo violaciones, saqueos e incendios generalizados. Los alemanes admitieron haber ejecutado a once civiles, pero los lugareños hablaban de una cifra total muy superior. Cuando los invasores se retiraron, la artillería bombardeó con resentimiento la ciudad, lo que obligó a huir a decenas de miles de polacos.

Los húsares de Sumskoi, que bajaron del tren en Suwalki, el 3 de agosto, cabalgaron hacia la frontera de Prusia oriental entre el flujo contrario de refugiados polvorientos y desesperados, que se alejaban del frente a pie o conducían carros cargados con sus escasas posesiones. Los temores mutuos provocaron migraciones semejantes de civiles en Polonia, Prusia oriental y Galizia. Una mujer refugiada en la sede de la Cruz Roja en Schneidemühl gritaba sin descanso: «¿Dónde podemos ir? ¿Dónde podemos ir?». Miró a su hija de doce años, Elfriede Kühr, y dijo: «Una niña como tú no puede entender todo esto, verdad?». Elfriede escribió: «Corrían lágrimas por sus mejillas rojas y regordetas». A los pocos días, la niña apuntó, con una ingenuidad conmovedora: «Ahora, Gretel y yo jugamos en el patio a un juego en el que su vieja muñeca es una niña refugiada que se ha quedado sin pañales. Le ha pintado el trasero de rojo, para mostrar que está irritado».¹³

En 1914, Prusia oriental llevaba un siglo sin guerras; un largo respiro en la historia turbulenta de la región. En sus vastas llanuras, descubiertas y escasamente pobladas, primero vagaron a voluntad los lanceros de ambos bandos, como los corsarios de edades añejas; y se enfrentaron a enemigos de espíritu afín o atacaron las poblaciones según el capricho de sus comandantes.¹⁴ A menudo, la única forma que tenía una patrulla de discernir la situación del enemigo era buscando columnas de humo en el horizonte, como almenaras de una tragedia doméstica. El oficial de caballería Nikolai Gumilev se acostumbró a asaltar casas cuyos propietarios acababan de huir, a veces, dejando tras de sí el café en el fuego, la lana en la mesa o los libros abiertos. Mientras aprovechaba aquellas comodidades, «recordé el cuento infantil de la niña que entraba en la casa de una familia de osos, y todo el rato esperaba oír al que, enojado, quería saber: “¿Quién se ha comido mis gachas? ¿Quién ha dormido en mi cama?”».¹⁵

En la población fronteriza de Popowen, al sur de Lyck, en Prusia oriental, los

campesinos vieron con temor cómo se acercaban las llamas, a medida que se prendía fuego a las comunidades vecinas. Un día atisbaron un solitario jinete ruso que, con el fusil preparado, los observaba desde lo alto de una colina próxima. Pronto apareció una tropa entera, que se marchó tras cortar el cable del telégrafo. Nadie podía saber con certeza qué era lo que les convenía hacer a continuación. El maestro Johann Sczuka huyó con su familia y un carro cargado de posesiones, para regresar a los pocos días, cuando todo aún parecía normal, salvo treinta vacas sedientas y no ordeñadas que mugían en las granjas abandonadas.¹⁶

Al volver a casa, se envió a las dos hijas jóvenes de los Sczuka a peinar la zona a por gallinas perdidas y otras fuentes de comida. En sus paseos, las chicas vieron a un hombre que venía en bicicleta de otra población. Él les habló, y ellas, de pronto, vieron unas figuras lejanas que bajaban hacia el lugar desde las colinas. El ciclista les aconsejó desaparecer y él mismo se puso en marcha, pero fue derribado a tiros a los pocos momentos, para el horror de las jóvenes espectadoras. Los recién llegados eran rusos. Las chicas corrieron a casa, sin atender a las ortigas que les pinchaban las piernas y al terreno irregular en el que Elisabeth, de diez años, perdió los zapatos. Agotadas, se refugiaron en la casa familiar, a la espera del siguiente acto.¹⁷

En los días posteriores, entre el 10 y el 15 de agosto, hubo patrullas de ambos ejércitos vagando por la zona. La población local advirtió a un grupo de la caballería alemana de que había rusos en un bosque cercano, pero los hombres avanzaron igualmente, y les dispararon. Los jinetes más imprudentes aprendían lecciones duras. El capitán Lazarev, al mando de un escuadrón de los húsares de Sumskoi, halló que sus hombres eran reticentes a avanzar hacia el fuego alemán. Intentó inspirarles con su ejemplo; galopó directamente hacia el enemigo, y no tardó en ser derribado de la silla.¹⁸ Otro oficial ruso expresó su sorpresa al respecto de lo rápido que uno se habituaba a los horrores de la guerra, y en especial, a los cadáveres. Con el calor del verano se corrompían con rapidez, la piel se oscurecía, la boca quedaba abierta y los dientes relucían a distancia. «Pero solo la primera impresión es repulsiva; después, uno se queda casi indiferente.»¹⁹

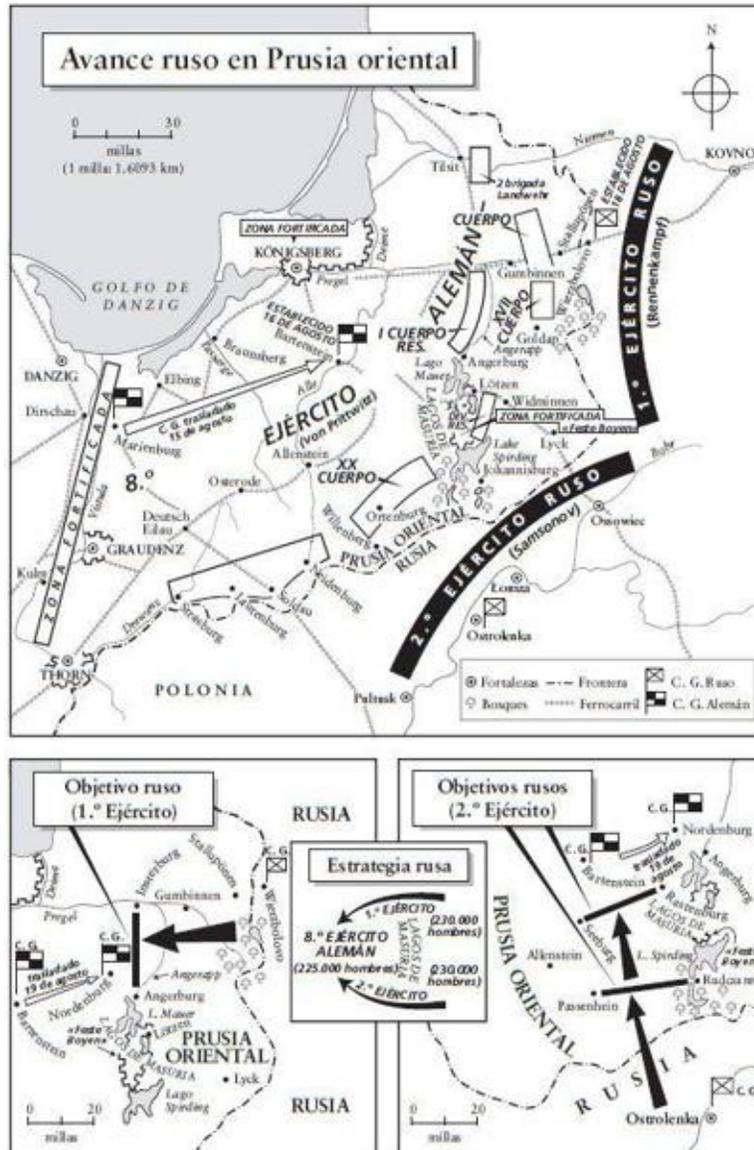
Los húsares de Sumskoi desmontaron para acercarse a una posición alemana, pero de golpe se encontraron sin apenas monturas, porque estas, aterrorizadas por el fuego de la artillería, se liberaron de sus ataduras y huyeron desbocadas. Muchos hombres se vieron obligados a caminar pesada e ignominiosamente hacia la retaguardia, aunque un húsar que aún conservaba el caballo cargó sobre él a un corneta herido. A menos de dos kilómetros, los soldados tuvieron el alivio de encontrarse con su oficial al mando, que había apresado de nuevo a la mayoría de los animales.²⁰ Un día o dos más tarde, cuando el escuadrón del teniente Vladimir

Littauer fue atacado de pronto por fuego de fusiles, uno de sus jinetes señaló hacia una granja y gritó: «Allí están, ¡mirad!». Al volver la mirada, avistaron a dos figuras que desaparecían por detrás de unos edificios. Littauer encabezó a veinte hombres que, tras desmontar, subieron a lo largo de una útil zanja, que luego el teniente comprendió que marcaba la frontera de Rusia con Prusia oriental. Al llegar a la granja, no encontraron a nadie. «No supimos qué hacer, salvo prenderle fuego. En adelante, cada vez que nos veíamos en circunstancias similares, nuestras tropas lo hacían siempre así», escribió.²¹

La granja que destruyeron estaba en suelo ruso, pero el joven húsar observó que «en el lado alemán estaba pasando algo demencial: ardían por todas partes casas, almiares y cobertizos»; eran más consecuencias desdichadas de la paranoia de los francotiradores. Por las unidades rusas corrían rumores de un cosaco que, tras pedir leche a una mujer prusiano-oriental, murió tiroteado; o un comandante de división que, al inclinarse para preguntar a otra mujer si había visto soldados alemanes, no recibió otra respuesta que un disparo de revólver. Estas fantasías causaron sufrimiento a los civiles de ambos lados de la frontera.

Para la defensa de Prusia oriental se desplegaron solo once divisiones de la infantería alemana y una de caballería; el 15 % de las fuerzas del káiser. Los habitantes de este rústico puesto avanzado del imperio guillermino —una tierra llana y melancólica de ganados, lagos, bosques y pastos— tenían razones para estar resentidos contra sus gobernantes, que los expusieron conscientemente a la devastación que sembrarían las huestes rivales con el único fin de cumplir con su grandiosa visión estratégica en Francia. El objetivo del 8.º Ejército en el este —una hueste relativamente pequeña, dirigida por el general Maximilian von Prittwitz und Gaffron— no era destruir las fuerzas del zar, tarea imposible, sino tan solo mantener un frente lo más controlado posible; ganar tiempo hasta que las legiones occidentales hubieran aplastado a los franceses y pudieran pasar al este para saldar las cuentas definitivamente. Los oficiales de Prittwitz tenían clara su orfandad. La formación que les asignaron estaba constituida por los restos del vasto despliegue de Alemania en el oeste. Tenían un Estado Mayor improvisado y su comandante estaba confuso por haber recibido mensajes contradictorios de Berlín. Tras indicársele, antes de la guerra, que solo se le pedía que mantuviera al enemigo más o menos a raya, el 14 de agosto Moltke le instó a maniobrar con agresividad si recibía una ofensiva a gran escala: «Si vienen los rusos, simplemente, que no haya defensa, sino ataque, ataque, ataque». El teniente coronel Max Hoffmann, jefe de operaciones de Prittwitz, confió a su diario que se las tenía que ver con

responsabilidades «gigantescas, que me agotan los nervios más de lo que esperaba». Comentó con cinismo que, si la campaña iba bien, ensalzarían a su general como un gran capitán, mientras que «si las cosas no van bien, nos culparán a nosotros»: el Estado Mayor.



Al mismo tiempo que las legiones occidentales de Moltke se acercaban a Bruselas, las formaciones de Pritwitz se toparon con patrullas de caballería que anunciaban la llegada de dos ejércitos invasores descomunales: casi cuatuplicaban la fuerza numérica alemana. Los rusos destinaron a su ofensiva septentrional 480 batallones, frente a los 130 germánicos; y 5.800 cañones, contra 774. Sukhomlinov, el ministro de Guerra, escribió con satisfacción en su diario, el 9 de agosto: «Parece que el lobo alemán no tardará en quedar acorralado: lo tiene todo en

contra». Los franceses, sin embargo, quedaron consternados al ver la división de las fuerzas rusas. Antes de la guerra, la Stavka había asegurado que consideraba primordial concentrar y equipar plenamente a sus hombres antes de poner un pie en el territorio alemán. Pero a mediados de agosto, esta prudente resolución se vino abajo ante la necesidad acuciante de distraer de la campaña del oeste parte de las fuerzas y la atención del enemigo: los rusos iniciaron las operaciones cuando les faltaba aún un 20 % de su infantería.

En el centro de Prusia oriental hay una serie de grandes masas de agua rodeadas por zonas pantanosas: los lagos de Masuria. El 1.º Ejército ruso, a las órdenes del general Paul Rennenkampf, avanzó hacia el oeste desde un punto de salida situado al norte de los lagos; a los pocos días, el 2.º Ejército de Aleksandr Samsonov se puso en marcha a lo largo de un eje meridional. Los dos comandantes, por lo tanto, quedaron separados en el tiempo y el espacio, y por cierta animosidad mutua, aunque esta última, probablemente, se ha exagerado. Los invasores anunciaron con grandilocuencia: «Ante vosotros, prusianos, nosotros, los representantes de Rusia, nos presentamos como los heraldos de una esclavitud unida». Samsonov se condujo con una jactancia imprudente; devolvió al interior de Polonia su transmisor de radio y cabalgó hacia delante a hacer un reconocimiento sin ningún medio de comunicación rápida. En su mayoría, las líneas telefónicas estaban cortadas.

A las pocas horas, casi todos los jinetes rusos que protegían el flanco izquierdo del ejército de Rennenkampf cabalgaban con un queso colgado de la silla, tras saquear una planta de producción quesera en la ciudad de Mirunskén. «Un jinete está acostumbrado a muchos olores; pero el de entonces no tuvo igual ni antes ni después», escribió uno de ellos.²² Durante días, se dieron un festín que pocos soldados del zar habían conocido nunca, tras saquear un botín de salchichas, jamón, cerdo, ganso y gallina. Si una montura rusa quedaba coja o recibía un disparo, el jinete lo cambiaba por una alemana: en los campos pastaban animales de granja y había abundancia de caballos libres. Cuando los húsares de Sumskoi pasaron por un criadero, se apoderaron de todas las bestias que pudieron atrapar, tras murmurar palabras engañosas que se convirtieron en muletilla de todo el ejército, sobre los «regalos de la agradecida población local». Vladimir Littauer se quedó con un hermoso pura sangre zaino de cuatro años, pero resultó ser un caballo de mal genio.²³

Desde el principio, los jinetes se vieron forzados a reconocer su vulnerabilidad. Dos escuadrones de húsares que avanzaban sobre una aldea fueron rechazados por los fusiles de un puñado de alemanes, y se retiraron habiendo sufrido bajas de importancia.²⁴ Littauer se esforzó por montar en una silla a un suboficial que sangraba, mientras las balas levantaban el polvo alrededor. De pronto

se preguntó, de un modo típico de un gentilhomme ruso entre campesinos: «¿Por qué estoy ayudando a este hombre? Apenas lo conozco. ¿Por qué debería ayudarlo?». Entonces, otro oficial avisó: «¡Cuidado con los civiles!». Como para demostrar la veracidad de sus palabras, de un bosque cercano salió un disparo que hirió a un corneta. Como de costumbre, se atribuyó a un francotirador.

Los habitantes alemanes de Prusia oriental soportaron el saqueo ruso con sombría resignación, pero respondían con furia cuando veían que algún miembro local de la minoría polaca se sumaba al pillaje de los hogares abandonados. El maestro Johann Sczuka anotó con solemnidad los nombres de todos aquellos a los que reconocía, especialmente si eran sus propios alumnos, con la idea de exigir represalias en el futuro. Riñó a una mujer que halló cerca de su población, cargada de despojos, pero esta se desentendió y siguió adelante con aire de desafío y el botín bien agarrado.²⁵ Algunos oficiales rusos se comportaron de un modo sorprendentemente humano y sensible. Martos, uno de los comandantes de Samsonov, expresó su incomodidad por alojarse en una casa que aún estaba adornada con las posesiones y fotografías de sus propietarios alemanes, ahora en fuga. Un día, cuando se encontró a unos niños que vagaban desatendidos por el campo de batalla, los condujo a la retaguardia en su propio coche.

Las largas columnas que transitaban pesadamente por el territorio alemán llenaron de asombro a los observadores, por su carácter exótico y la mezcla de pertrechos modernos y primitivos. Los infantes no tenían botas altas. El abastecimiento se arregló de forma caótica e inadecuada, obstaculizado además por las carreteras deficientes y la escasez de vías férreas en la retaguardia. El ejército ruso rechazaba los obuses, como un «arma de cobardes» que podían disparar hombres situados fuera de la vista de sus enemigos; como apoyo de la artillería, solo disponían de cañones de campaña. Las comunicaciones fallaban por la escasez de radios y los comandantes debían expresarse en mensajes sin cifrar, porque cada cuerpo lo hacía con un código distinto. Los invasores solo disponían de veinticinco teléfonos y unos 130 kilómetros de cable. La caballería sabía actuar principalmente como infantería montada, llenando brechas entre cuerpos; y apenas se esforzaba por cumplir con la tarea vital del reconocimiento. Rusia contaba con pocos aviones; la mayoría de los disponibles se había enviado a Galizia, y los de Prusia oriental estaban en tierra, temporalmente, por falta de combustible.

En 1910, el escritor alemán Heino von Basedow describió sus impresiones sobre el ejército de zar, con palabras que reflejaban la opinión más general entre los extranjeros: «El soldado ruso es impulsivo como un niño. Es fácil de excitar mediante agitadores (que los hacen rebelarse), pero se somete de nuevo con la misma facilidad».²⁶ Basedow se sorprendía de la cultura del descuido propia de los soldados del zar, simbolizada por el hecho de que cada soldado llevaba la gorra en

un ángulo distinto. Un suboficial que guiaba la marcha de una columna con un sonoro «*ras-dwa*» («un, dos»), con la esperanza de mantener el paso y la precisión de los hombres, no podía impedir que uno de la última fila estuviera comiéndose tranquilamente una manzana. Los soldados que, en teoría, marchaban en posición de firmes, levantaban igualmente la mano, por sistema, para santiguarse cuando pasaban ante una iglesia o un icono de cuneta. A su vez, un granadero podía sentarse en un mojón de carretera a vender a quien pasara el pan de su sección. Eran maneras militares impropias, a ojos de los alemanes. Alfred Knox comentó que en el campo de batalla imperaba la misma tranquilidad; se asombró de ver a artilleros rusos que dormían apoyados en sus escudos de artillería, unos pocos minutos antes de que les tocara abrir fuego.

Rennenkampf y Samsonov avanzaban a tuestas, compartiendo con los alemanes la incertidumbre sobre el paradero de cada cual. Los rusos ocuparon la ciudad de Lyck, pero se vieron obligados a evacuarla casi de inmediato. La noticia no llegó a un oficial zarista que condujo con aire de elegancia hasta el hotel *Königlicher Hof* y, al bajar del coche, se convirtió en prisionero de guerra; no le sirvió de nada que sus compatriotas recuperasen la ciudad a las pocas horas. Cada día había choques entre patrullas de los ejércitos rivales, que cabalgaban aquí y allá, de unos pueblos y ciudades a otros, a veces disparando contra su propio bando, en medio de la confusión general.

Muchos soldados rusos y alemanes ya estaban exhaustos, por lo épico de la marcha, antes incluso de empezar a combatir. Algunos hombres de Samsonov partieron de Bialystok y, en tan solo quince días, recorrieron 328 kilómetros. Uno de los cuerpos de Pritwitz caminó durante doce días a marchas forzadas, desde Darkehmen y, tras cubrir trescientos kilómetros, entró en combate acto seguido, en la mañana del día 20. Su comandante, el general August von Mackensen, ordenó atacar al ejército de Rennenkampf cerca de la población y el empalme ferroviario de Gumbinnen, unos treinta kilómetros en el interior de Prusia oriental. Los alemanes se adentraban por los flancos rusos con una facilidad pasmosa. En el centro, sin embargo, los rechazaron con tales pérdidas que lo ganado en otras zonas perdió todo su valor. Al avanzar en cambio en formación dispersa —*Schützenlinien*—, se hallaron con el fuego de dos divisiones atrincheradas. Los hombres de Mackensen llevaban veinte horas de marcha, sin dormir y sin reservas de agua. Las tácticas empleadas no fueron más sutiles que las del ejército francés en Alsacia-Lorena y obtuvieron una recompensa similar.

Un regimiento ruso de 3.000 fusiles y ocho ametralladoras disparó 800.000 balas aquel día. Su artillería de apoyo se condujo con excelencia: los cañoneros demostraron una pericia que se repetiría en los futuros campos de batalla. Miles de alemanes fueron barridos —uno de cada cuatro— y muchos de los supervivientes

huyeron presas del pánico y no dejaron de correr durante horas. Un teniente de granaderos intentó animar a sus hombres gritando, como desafío, que los rusos apuntaban como inútiles, hasta que cayó con el pecho atravesado por una bala. Miles de heridos no recibieron atención médica. La caballería de Mackensen quedó separada de la infantería y no se reunió con ella hasta varios días después, y en estado de agotamiento. Al caer la noche, el campo de batalla de Gumbinnen estaba sembrado de bajas por las dos partes. Cuando por fin se llevó a algunas a los hospitales de campaña, un oficial ruso se fijó en un soldado raso alemán que, postrado en una camilla, fumaba un cigarro. Aunque era un rollo de los más baratos, y no un lujo cubano, el húsar quedó maravillado ante la riqueza de una sociedad enemiga que permitía que un humilde fusilero accediera a productos completamente inalcanzables para la tropa rusa.

Las formaciones prusianas quedaron vapuleadas.²⁷ Durante la noche, a sus oficiales les costó mucho trabajo reunirlos. Al día siguiente, el alto mando alemán experimentó una sucesión rápida de cambios de humor. Algunos oficiales de categoría creían que había una oportunidad de acortar o rodear las líneas del ejército de Rennenkampf, si se renovaba la acción aprovechando el éxito del día anterior contra los flancos. Pero Prittwitz, muy castigado por las pérdidas, se resistió a asumir el riesgo. Moltke le había dicho que su responsabilidad primera era mantener al ejército intacto. Así, el comandante en jefe adoptó una decisión radical: retirarse y emprender un repliegue estratégico, hacía el Vístula, a lo largo de más de 160 kilómetros.

La orden encolerizó a Max Hoffmann y muchos de sus camaradas, que entendían que no había ninguna necesidad de echarse atrás. También precipitó el caos en las áreas de retaguardia del ejército. El 22 de agosto, las autoridades militares ordenaron enviar todo el ganado y los cereales al oeste, al otro lado del Vístula, fuera del alcance de los rusos. Luego los refugiados empezaron a apresurarse en la misma dirección. Los movimientos hacia el oeste de ganado, productos y personas chocaban de frente con los refuerzos y suministros enviados al este. Durante algunos días, entre los civiles situados por detrás del frente alemán imperó el pánico. Casi un millón de prusianos orientales —cerca de una cuarta parte de la población total— dejó sus hogares debido a la amenaza rusa, en su mayoría, sin más posesiones que las que podían llevar a la espalda.

La avalancha de refugiados que se dirigía a la ciudad fronteriza de Schneidemühl convenció a muchos de sus habitantes de huir hacia el oeste. Los carros cargados con las propiedades familiares, que traqueteaban camino de la estación, se convirtieron en una vista habitual en las calles. Los recién llegados venían con historias terribles de destrucción, supuestas violaciones y asesinatos; Marie, ama de llaves de la familia Kuhr, amenazó con esfumarse, llevada por los

nervios. La gente de la ciudad debatía qué hacer con un niño refugiado que había perdido a sus padres; una madre lloraba porque había perdido a sus hijos en el camino del este. La esposa de un granjero aseguraba, sombríamente, que en la comunidad de la que huía «no quedaba una piedra en pie ... todo estaba en llamas ... solo pudimos llevarnos la ropa y un poquito de dinero».²⁸ En otro punto de la frontera prusiano-oriental, en la estación de Elbing, las autoridades locales colgaron un cartel desazonador: «Esta ciudad está llena a rebosar de refugiados. Por favor, sigan su camino».²⁹ La planificación de preguerra alemana, relativa a una posible invasión rusa, incluía medidas para contener con presas el curso del río Nogat. Crear inundaciones a lo largo de su curso frenaría el acceso a Prusia central, a cambio de anegar trechos importantes de terreno agrícola y muchas aldeas. El Estado Mayor de Prittwitz cambió de idea repetidamente al respecto de si dar este paso drástico. Al final, no hubo inundación, porque habría provocado una nueva oleada de emigrantes.³⁰

En el bando ruso, el éxito de Gumbinnen desató una euforia que se extendió a San Petersburgo y, desde allí, al resto del imperio del zar. Los rusos se engañaban; creían que los alemanes habían emprendido una retirada completa hacia la fortaleza costera de Königsberg. Rennenkampf cometió uno de los errores cruciales de la campaña. En la estela de su pequeña victoria, con autocomplacencia, y teniendo en cuenta que le faltaban reservas (sobre todo, de munición), decidió dar a sus hombres un descanso y recargar los avantrenes antes de seguir avanzando. Así, no intentó perseguir al enemigo en retirada. Si hubiera partido sin demora hacia el sur, quizá Alemania habría sufrido consecuencias dramáticas. Pero Rennenkampf se limitó a quedarse sentado en el campo de batalla.

Entre tanto, Samsonov, informado de Gumbinnen, vio una oportunidad de aislar las fuerzas de Prittwitz y lograr un triunfo histórico. Su ejército avanzó con rapidez para recoger los despojos del éxito de Rennenkampf, en una iniciativa que supuso equivocarse —de forma calamitosa— la valoración del estado y las intenciones de los alemanes. En los días posteriores a Gumbinnen, el brillante jefe de operaciones de Prittwitz convenció a su general para que revirtiera la decisión anterior de poner rumbo al Vístula. Max Hoffmann alegó que aún les aguardaban grandes oportunidades. El reconocimiento mostró que Rennenkampf iba a paso de caracol. El coronel instó a dejar atrás una pantalla débil, que vigilase al 1.º Ejército ruso, para que Prittwitz aprovechara la excelente red ferroviaria alemana, enviara dos cuerpos al sur, en contra de Samsonov, y, con suerte, le asestara un golpe catastrófico. Por la forma en que el 2.º Ejército avanzaba, parecía asombrosamente vulnerable, sobre todo en los flancos.

Los alemanes habían hecho frecuentes simulacros de esta clase de escenario para la derrota de una fuerza invasora rusa, pero es llamativo que Prittwitz aceptara

un plan así de audaz, con lo afectado que estaba. Aquí empezó una de las maniobras cruciales de la contienda. Y al tiempo que las tropas subían a los trenes que los llevaban al sur, intervino el alto mando. En Coblenza, un Moltke desconfiado tuvo noticias de Gumbinnen y la previsión de retirada hasta el Vístula. Tuvo un arranque de cólera, furioso y, de hecho, lagrimoso; y llamó por teléfono a cada uno de los comandantes de Prusia oriental, para saber sus opiniones. Coincidieron en que la orden de Prittwitz era errónea e innecesaria. En la tarde del 22 de agosto, el cuartel del 8.º Ejército en Marienburg, en la frontera oeste de Prusia oriental, recibió un mensaje lacónico: Prittwitz quedaba destituido. Para ocupar su lugar, se hizo volver del retiro al viejo general Paul von Hindenburg; le acompañaría en el campo un nuevo jefe del Estado Mayor del ejército, el deprimente y temperamental Erich Ludendorff, reciente héroe de Lieja.

Hindenburg era un hombre impasible, de sesenta y seis años. Había sido oficial de infantería en las guerras de Prusia contra Austria, en 1866, y contra Francia, cuatro años después. Se había retirado del ejército en 1911 y, desde entonces, se dedicaba a su pipa, a la lectura diaria de periódicos y a un poco de turismo por Italia. Cuando Alemania se movilizó, se decepcionó al comprobar que no contaban con él. El corpulento Hindenburg gruñía enojado: «Aquí estoy, sentado como una vieja delante del fogón». Pero en la tarde del 22 de agosto, recibió un telegrama en su piso de Hannover: ¿estaba disponible para servicio inmediato? Respondió al instante, con suma brevedad: «Estoy preparado». A las 4 de la mañana del día siguiente, un tren especial, en el que ya iba su jefe de Estado Mayor, se detuvo brevemente a recogerlo en un oscuro andén de la estación de Hannover; y luego siguió adelante, con rapidez, hacia Prusia oriental.

El nombramiento de Hindenburg era cuestión de apariencias. Ni siquiera era la primera elección para aquella labor; simplemente, era un oficial de jerarquía adecuada para dirigir el 8.º Ejército, cuya residencia coincidía que estaba situada en la línea que debía seguir su jefe de Estado Mayor para llegar a Prusia oriental. Este último era el hombre que Berlín esperaba que transformase la campaña, seleccionado antes de que Moltke dedicara un solo pensamiento a identificar a un comandante en jefe decorativo. Ludendorff era un plebeyo, de cuarenta y nueve años, que, en un ejército dominado por los aristócratas, había ascendido por pura aptitud. Era un guerrero adusto y profesional hasta la última célula de su cuerpo, que consideraba la guerra como la ocupación natural de la humanidad. Había formado parte del Estado Mayor general en tiempos de Schlieffen, al que aún idolatraba. Durante una década, había sido un partidario entusiasta del principio nuclear de la planificación alemana: en Prusia oriental habría una dedicación secundaria, hasta que se deshicieran de Francia.

Era un hombre de fría racionalidad, aunque de temperamento muy nervioso,

que en 1904 se permitió el único gesto romántico de su vida, al enamorarse de una mujer casada, y madre de cuatro hijos, Margarethe Pernet. Se encontraron en la calle, durante una tormenta, y él le ofreció galantemente el refugio de su paraguas. Margarethe se divorció de su esposo y se casó con Ludendorff, y ambos formaron una pareja de notable éxito. Ahora, Moltke le escribía: «Tiene ante usted una tarea nueva y difícil ... No sé de otro hombre en el que tenga una confianza tan absoluta. Quizá sea capaz de salvar la situación en el este. No se moleste conmigo por haberle alejado de un puesto en el que está, quizá, en el umbral de una acción decisiva que, si Dios quiere, será concluyente ... También el káiser confía en usted». Esta última afirmación era incierta. Ludendorff recibió de manos de Guillermo la condecoración Pour le Mérite, por la acción de Lieja, una hora antes de que su tren partiera hacia el este. Pero el káiser estaba furioso porque Moltke no le había consultado en ninguno de los nombramientos del 8.º Ejército, y tenía al nuevo jefe del Estado Mayor por un aventurero vulgar y ambicioso.

Los dos generales, que serían una de las parejas militares más famosas de la historia, llegaron a Marienburg el 23 de agosto. La recepción del abatido Estado Mayor de Prittwitz fue sombría y de una formalidad gélida. Max Hoffmann, ciertamente, albergaba dudas sobre los recién llegados: ambos eran una incógnita, y en cuanto a Ludendorff, exhibía el aire de quien sabe que lo tiene todo por demostrar. El plan de concentrarse contra Samsonov, concebido por Hoffmann, ya se había puesto en marcha, y desde entonces los hechos se desarrollaron con una velocidad asombrosa. Moltke tomó una decisión trascendental: desplazar seis cuerpos en refuerzo del 8.º Ejército. Ludendorff afirmó que ni deseaba ni necesitaba tales refuerzos, que debilitarían el frente occidental en un momento crucial. Le dijeron que iban para allá, igualmente, y que pensara en darles uso. Al final, Moltke envió solo dos cuerpos, que llegaron después de que se produjera el histórico choque con Samsonov. Pero en adelante, los críticos alemanes citaron esta modificación del despliegue como una prueba de que el jefe del Estado Mayor estaba perdiendo el buen juicio y el dominio de los nervios.

En Marienburg, menos de veinticuatro horas después de que Hindenburg asumiera el mando, se interceptaron dos mensajes de radio del enemigo, sin codificar. Revelaban que las fuerzas de Rennenkampf y Samsonov se habían alejado tanto que no se podían prestar apoyo mutuo. El morse del servicial comandante del 1.º Ejército también informó a los alemanes de las líneas de marcha de cada uno de los cuerpos de Samsonov. En la nueva era de la comunicación por radio, todos los beligerantes tenían mucho que aprender sobre la seguridad del éter —en el frente occidental, los franceses interceptaron relevantes mensajes *en clair* del enemigo y descifraron varios códigos alemanes—, pero las consecuencias de este desliz ruso fueron especialmente importantes. Hindenburg y Ludendorff habían subido a un

coche para inspeccionar el área de operaciones, y se dirigían hacia una colina situada al sur de Montowo, cuando los mensajes llegaron a Max Hoffmann en el cuartel general del ejército. Este saltó a otro automóvil, en pos de sus jefes, con los textos agarrados. Su conductor llegó a ponerse junto al descapotable de los generales; el coronel se inclinó hacia ellos y puso las copias en la mano de Ludendorff. Este los leyó y los dos coches se detuvieron. Los alemanes conferenciaron sobre el significado de la noticia.

Hoffmann era ahora el segundo de Ludendorff. Respondía al perfil de caricatura de los oficiales del Estado Mayor prusiano; un hombre brillante, obstinado, un especialista en Rusia que había estudiado durante años el ejército zarista (para empezar como observador alemán de la guerra ruso-japonesa). Sabía que era improbable que hubiera una coordinación eficaz entre Rennenkampf y Samsonov. La indiscreción rusa ofrecía a sus enemigos una oportunidad de aplastarlos por separado. Hoffmann podía reclamar el crédito de haber inspirado la concentración alemana en el sur pero quien presidía ahora su ejecución era Ludendorff. En 1891, 1898 y 1899, los alemanes habían realizado maniobras para practicar justamente este escenario en Prusia oriental, y se había propuesto la misma medida que el 8.º Ejército adoptaba ahora. Ludendorff concentró sus formaciones ligeramente más al sur y al este de lo que pretendía su subordinado. En cuanto a la lenta e imperturbable aportación de Hindenburg, unos años más tarde Hoffmann guió a un equipo de cadetes del ejército por el campo de Tannenberg. «Aquí —les dijo, con desdén— es donde Hindenburg durmió antes de la batalla; aquí es donde durmió después de la batalla, y aquí donde durmió mientras se batallaba.»

El encuentro inminente supondría una colisión entre el ejército más profesional de Europa y el más descuidado. Los rusos no se preocuparon del reconocimiento, la logística, las instalaciones médicas, la concentración de fuerzas ni la simple prudencia; y esto no se podía compensar solamente con la masa, una buena artillería y el coraje campesino. Aleksandr Samsonov tenía cincuenta y cuatro años y era una figura festivamente apegada a su mujer, que estaba de permiso con ella, en el Cáucaso, cuando lo llamaron a la guerra. En Prusia oriental, solía expresar su disgusto por no tener noticias de casa (al igual que sus hombres). Charlaba amistosamente y bromeaba con los soldados: «Y tú, ¿de dónde vienes?», «¿Estás casado?», «Cuando vuelvas, tu mujer no te va a reconocer. ¡Mira qué barba te has dejado!», «¿Tienes hijos? Cuando fui a la guerra en 1904, dejé una hija de año y medio; y al volver, ¡huía de mí!». ³¹

Postovsky, el jefe del Estado Mayor de Samsonov, tenía el poco halagador apodo de «el *mullah* loco». Describió el avance del 2.º Ejército como una «aventura», palabra desafortunada para una ofensiva de la que dependía, en gran

medida, la suerte de su país. Para la comunicación con Rennenkampf y con su propio cuartel general de la retaguardia, dependía de mensajeros que viajaban en coche hasta remotas emisoras de radio; a veces, hasta la propia Varsovia. En la última semana de agosto, el general se engañó creyendo que los alemanes se habían puesto en fuga y a él le bastaría con aprovechar la victoria de Rennenkampf. El servicio de inteligencia del ejército era tan flojo que ni siquiera alcanzaba a comprender los documentos capturados, pues no tenía a nadie que entendiera el alemán. Con las prisas de Samsonov de cruzar la supuesta línea de retirada del enemigo, dejó tras de sí un cuerpo a su derecha, entre los lagos de Masuria, y otro a la izquierda. Tres cuerpos avanzaron hacia el norte y se dispersaron por un frente de un centenar de kilómetros, sin una pantalla de caballería eficaz, que avisara de los movimientos del enemigo.

Entre tanto, las formaciones de Hindenburg marchaban pesadamente hacia el sur, agotadas por el calor y obstaculizadas por largas columnas de refugiados que huían ante los rusos. Los soldados demostraron no tener escrúpulos a la hora de apartar a los civiles fuera de la carretera o tumbar sus carros para dejar paso a la artillería; las columnas de caballería y los carros de bagaje pisoteaban entre el polvo preciadas posesiones de las familias. El hecho de que muchos de los soldados alemanes fueran además residentes de la zona provocó algunos incidentes penosos durante la campaña. Cierta soldado de primera, apellidado Schwald, se encontró que se ordenaba a su batería de artillería destruir Eydtkuhnen, su ciudad natal, tras ser ocupada por los rusos; y el coronel Emil Hell tuvo que bombardear su propia casa en Gross-Grieben.

El 8.º Ejército, de Hindenburg, estaba preparado para asestar uno de los grandes golpes militares de la historia, en un momento en el que los aliados occidentales de Rusia estaban muy satisfechos por el curso de los hechos, cuya realidad desconocían del todo. El 24 de agosto, el corresponsal militar de *The Times* le decía al pueblo británico: «En el este, todo continúa yendo bien». Un editorial afirmaba: «Antes de no mucho, habrá huestes de rusos en el territorio alemán, como descubrirán los alemanes a sus propias expensas». Sin embargo, aquel mismo día trajo el primer enfrentamiento de lo que se dio en llamar «batalla de Tannenberg» (aunque las acciones cruciales se libraron a algunos kilómetros de este pueblo). Al principio, chocaron frente a frente un cuerpo ruso y otro alemán. Ludendorff, de visita en el cuartel general local, le dijo histriónicamente a su comandante que sus formaciones debían «resistir hasta el último hombre» para dar tiempo a llegar al ala izquierda de Hindenburg. Así, rusos y alemanes se asolaron mutuamente todo el día, mientras los hombres de Samsonov avanzaban una y otra vez por campo abierto, buscando la penetración.



Por la tarde, como los hombres aún no estaban acostumbrados a pérdidas graves, el derramamiento de sangre les pareció terrible: un regimiento ruso había perdido a nueve comandantes de compañía, de un total de dieciséis; una compañía de 190 hombres acabó el día con solo setenta, y todos los oficiales habían muerto. Pero al acercarse la noche, los alemanes se replegaron. Samsonov estaba exultante: una vez más —le pareció—, el enemigo se retiraba ante el poder ruso. A la mañana siguiente, henchido de esperanza, ordenó a su ejército retomar el avance; no sabía que los alemanes habían cedido terreno, la noche anterior, solo para alinear cuerpos vecinos. Así, cuando los soldados de Samsonov se adelantaron, el 25, se hallaron con que, por tres costados, una potencia de fuego abrumadora machacaba sus columnas. Al caer la noche, los alemanes sabían que estaban logrando resultados importantes y, al mismo tiempo, reconocían que aún no eran concluyentes.

Hindenburg dormía tan tranquilo; a Ludendorff, los nervios no le permitieron dormir nada.

El 26 de agosto, el ala derecha de Samsonov avanzó de nuevo, y se encontró con el bombardeo de la artillería y el barrido de las armas menores de dos cuerpos alemanes. Aun así, aquella noche, la cena del Estado Mayor de Hindenburg se desarrolló en un silencio total. Había llegado una información alarmante: el ejército de Rennenkampf marchaba en apoyo de Samsonov, de un modo que podía transformar la batalla, si caía sobre el flanco o sobre la retaguardia alemanas. Durante algún tiempo, Ludendorff estuvo haciendo rodar con furia su panecillo sobre la mesa. Entonces pidió charlar en privado con Hindenburg. Aquella noche, el anciano general interpretó un papel útil, al calmar el tormento anímico de su subordinado. Por fin llegaron noticias de que la información sobre Rennenkampf era falsa; las formaciones del 1.º Ejército no se habían movido. Las castigadas fuerzas de Samsonov estaban solas.

El 27 trajo otra convulsión al cuartel del 8.º Ejército. Los oficiales de la oficina de correos de Allenstein, en la retaguardia profunda de los alemanes, llamaron por teléfono para informar de que unidades rusas habían entrado en su ciudad.³² Algunos soldados del zar, que desconocían el mundo, más allá de sus aldeas natales, quedaron impresionados por el tamaño de Allenstein y lo contemplaban todo creyendo que habían llegado a Berlín. Pero se les dio poco tiempo para quedarse con la boca abierta. El Estado Mayor de Hindenburg desvió con rapidez unos refuerzos cuyos trenes debían pasar por la misma Allenstein, y entonces siguió batiendo al ejército de Samsonov. Aquel día, el 27, el castigo terrible correspondió al flanco izquierdo de los rusos.

A veces se ha dicho que Tannenberg fue un «milagro accidental», porque el general Hermann von François, a quien Ludendorff había ordenado atacar la izquierda rusa, se retrasaba en llegar a la posición asignada, debido a que sus hombres estaban agotados después una larga marcha hasta el campo de batalla. La consecuencia fue que, cuando su cuerpo atacó al fin, se halló por detrás de la retaguardia de Samsonov, lista para completar el círculo. Los alemanes consideraron a François uno de los héroes más destacados del combate. Uno de sus regimientos concentró todo su arsenal de armas automáticas en una batería de seis Maxim que disparaba al unísono contra los rusos, confusos e inermes. Pronto, los alemanes vieron ondear banderas blancas en astas y fusiles; fueron las primeras, entre los miles de símbolos iguales a lo largo y ancho del vasto campo de batalla.

François estaba reventando la retaguardia rusa, causando consternación y rendiciones en masa. Los generales alemanes se permitieron el entusiasmo, al fin confiados en que estaban obteniendo una victoria de primerísimo orden.

El jefe del Estado Mayor de Samsonov, Postovsky, envió a la retaguardia al agregado militar británico, diciéndole: «La situación es muy grave y no es correcto que un extranjero vea en qué estado nos encontramos».³³ Samsonov reconoció ante Alfred Knox que su ejército se echaba atrás entre el caos, y añadió, enigmáticamente, que no sabía qué les depararía el futuro, «pero incluso si ocurría lo peor, no afectaría al resultado último de la guerra».³⁴ Al cabo de poco, los alemanes asestaron el golpetazo definitivo en el centro de las fuerzas rusas. Los restos del 2.º Ejército empezaron a replegarse caóticamente hacia la frontera polaca. Cerca de la mitad de los 230.000 hombres de Samsonov habían caído muertos, heridos o apresados; sus tres cuerpos atacantes estaban hechos pedazos. Había cadáveres dispersos a lo largo de muchos kilómetros, en una región con abundancia de lobos salvajes.

Decenas de miles de rusos en estado de confusión, en las zonas de Ortelsburg y Neidenburg, se hallaron atrapados contra los lagos, vagando perdidos en los bosques o esforzándose por vadear ríos. El ejército, destrozado, se deshizo; cada fragmento emprendía su propio camino en el intento de huir de los implacables alemanes. Hindenburg pidió, y se le concedió, el consenso del káiser para bautizar la victoria como «batalla de Tannenberg». Aunque esta población se halla a varios kilómetros, su nombre tenía una resonancia poderosa. Allí, en 1410, los caballeros de la Orden Teutónica habían sufrido una derrota histórica a manos de polacos y lituanos. Ahora se daba la vuelta a aquel resultado.

Max Hoffmann se sorprendió al recibir una Cruz de Hierro por su aportación: «Nunca pensé que uno podía ganarse esta preciosa condecoración militar al teléfono». Pero también se pavoneó: «Vi que tiene que haber alguien que mantenga la cabeza fría y supere las crisis y dificultades con absoluta falta de misericordia y dedicación a la victoria».³⁵ El 31 de agosto, Hoffmann dio una vuelta por el campo de batalla con un general, el conde de Dohna. Cuando llegaron a un término de vía donde había miles de prisioneros de guerra rusos a la espera de ser enjaulados, Dohna preguntó a Hoffmann: «Bueno, ¿cuántos prisioneros habrá?». Hoffmann calculaba que habría entre treinta y cuarenta mil; para Dohna, no serían más de veinte mil. Hoffmann propuso apostar un marco por cada prisionero de diferencia, por arriba o por debajo, con los veinte mil. Dohna lo rechazó; habría tenido que pagarle una fortuna, pues el recuento final fue de 92.000 prisioneros de guerra, junto con 350 cañones rusos.

Para lograr aquella victoria crucial, los alemanes solo habían sufrido 12.000

bajas, del total de 150.000 hombres asignados por Hindenburg a la batalla.³⁶ El káiser, con su típica exhibición de buen juicio, sugirió arrear a los prisioneros hasta la península de Curlandia, en el Báltico, donde se les dejaría morir de hambre.³⁷ En Alemania, la figura del anciano Hindenburg logró una condición heroica perdurable. Le nombraron mariscal de campo y, en muchas poblaciones, se erigieron enormes imágenes de madera, chapadas con clavos de metal que los ciudadanos compraban para recaudar fondos para la Cruz Roja. «Nuestro Hindenburg» adquirió una estatura y autoridad que pronto alarmó al káiser, y que además atormentaba a Ludendorff, quien sabía que su comandante en jefe no era sino un toro viejo y pesado.

«Nuestros corazones desbordan gratitud», escribió la maestra Gertrud Schädla, en Verden, al tener noticias de Tannenberg; «y sobre todo, esperanza de que la guerra no se adentrará mucho en el invierno. Pero ¡ay! ¡Son tantos miles los que están allí sangrando!».³⁸ El propio Samsonov escapó de la carnicería habiéndolo perdido todo: hasta los mapas. Al caer la noche, él y sus ayudantes solo podían leer la brújula encendiendo cerillas; cuando estas se apagaban, seguían adelante cansados, casi a tientas. El general era asmático y pronto tuvo que apoyarse en los hombros de sus auxiliares. El 31 de agosto, cuando Alfred Knox preguntó por el paradero del comandante caído, un ruso le respondió en silencio, pasándose la mano por el cuello. Al final, Samsonov se detuvo y dijo, ante su pequeño grupo de oficiales del Estado Mayor: «El emperador confiaba en mí. ¿Cómo puedo presentarme ante él, después de tal desastre?». ³⁹ Entonces se pegó un tiro y dejó que sus hombres huyeran a Polonia como bien pudieran.

Murieron muchos otros comandantes rusos de primer orden. Uno de ellos —el mismo Martos que había cuidado de los niños desatendidos— resultó herido por un proyectil que impactó en su coche. Le acompañaba Aleksandra Aleksandrovna, esposa de un oficial del regimiento de Muromski, que, como hablaba alemán, hacía de intérprete. La última vez que se la vio, huía hacia un bosque. Los supervivientes rusos de la batalla de Tannenberg afirmaron con acritud que sus comandantes actuaban como si dispusieran de tantos millones de hombres «que no importa cuántos arrojan a la muerte». ⁴⁰ Según escribió Alfred Knox: «Parece que los rusos eran demasiado simples y de buen natural para librar una guerra moderna». Era una forma amable de reconocer que Samsonov y su parentela profesional no estaban preparados para subir al cuadrilátero en contra de Ludendorff y el ejército alemán. Los rusos presentaron sus tropas como los platos sucesivos de un banquete, que el enemigo podía ir devorando uno tras otro. Las fuerzas del zar se hundieron casi invariablemente cuando las atacaban por el flanco, mientras en el centro, los alemanes eran capaces de librar una sucesión de acciones defensivas en los

términos más favorables, antes de avanzar en persecución de un enemigo golpeado.

Como en cualquier batalla, a la victoria alemana contribuyeron muchos factores: la previsión de Hoffmann, la pericia de Ludendorff, la incompetencia rusa... y una pizca de suerte. De la noche a la mañana, Hindenburg se convirtió en el ídolo del pueblo alemán, mientras casi todos los oficiales con uniforme del káiser saludaban lo que entendían era la genialidad de Ludendorff. Por encima de todo, los alemanes sabían que habían demostrado la superioridad fundamental de sus soldados frente a los de Rusia. Su condescendencia, si no desprecio, hacia el ejército ruso persistió, con funestas consecuencias, hasta la segunda guerra mundial.

Ahora le tocaba a Rennenkampf sufrir el mismo destino que a Samsonov. Durante la primera semana de septiembre, los escolares de Schneidemühl, cerca de la frontera oriental de Alemania, observaban con fascinación los atestados trenes de las tropas, que pasaban por la ciudad cada media hora, camino del este: eran los dos cuerpos enviados por Moltke desde el frente occidental para reforzar a Hindenburg. En la mañana del 9, los alemanes atacaron al 1.º Ejército entre los lagos de Masuria, que dieron nombre a la batalla. Primero se dejó al descubierto el flanco izquierdo de los rusos; luego se hundieron la derecha y el centro. Hindenburg completó su triunfo. A los pocos días, los rusos se retiraban de Prusia oriental saqueando los pueblos de la frontera con el cruel resentimiento de la derrota. Al pasar por Johannisberg, los tártaros quisieron llevarse una estatua de Bismarck. Su general objetó que tal clase de acción «causaría un incidente internacional».⁴¹ Los tártaros se llevaron la estatua igualmente, alegando, sin duda, que para incidentes internacionales ya tenían la guerra.

La familia Sczuka contempló el reflujo de la marea del poder ruso que había barrido su comunidad. El ejército de Rennenkampf, ahora enormemente reducido, fue pasando durante varios días junto a las casitas de Popowen. Los aldeanos veían hombres heridos; otros que habían perdido las armas y los pertrechos; carros rotos y caballos destrozados, que se dejaban abandonados en las cunetas cuando perdían una rueda o la infortunada bestia se derrumbaba. La pequeña Elisabeth Sczuka sintió un arranque de piedad por un asno agotado cuyo dueño ruso lo iba azotando por el camino. Algunos de sus vecinos padecieron en sus carnes el rencor de los derrotados. Una pareja de ancianos, los Olschewski, fueron expulsados de su casita por un oficial que blandía un *knut*; este acercó una cerilla a la paja de su lecho y las llamas devoraron el edificio.⁴² Aun así, los Sczuka se regocijaron por la victoria. Como todos eran leales a Alemania, se sentaron en la seguridad de su hogar y, a la

luz de las velas y en torno del piano, cantaron el himno prusiano *Heil dir im Siegerkranz*, mientras los rezagados de *Rennenkampf* iban pasando por fuera, toda la noche.⁴³

El 1.º Ejército de Rusia solo escapó a la destrucción total por la velocidad con la que huyó: cuarenta kilómetros diarios, lo que dejó a sus perseguidores muy atrás. La caballería alemana no demostró ser más eficaz que la de ninguna otra nación a la hora de cumplir con su función tradicional de perseguir a un enemigo derrotado; la fusilería de la retaguardia alemana les impidió acercarse. Las formaciones de *Rennenkampf* estaban muy castigadas y apaleadas, pero en su mayoría sobrevivieron para combatir otro día. Los alemanes habían cumplido su propósito inmediato de aplastar la invasión de Prusia oriental. En los meses posteriores, el enemigo mantuvo una presencia amenazadora al otro lado de la frontera y, de hecho, cruzó de nuevo por la fuerza. Pero ya no parecía creíble que una «apisonadora rusa» entrara en Alemania por esa vía.

Los aliados occidentales tardaron en comprender la gravedad de los desastres que los ejércitos del zar habían padecido en Tannenberg y los lagos de Masuria. Entre los torrentes de propaganda, en competencia y mutuamente contradictoria, que emitían todos los beligerantes, en Londres y París no se dio crédito a las informaciones alemanas sobre los triunfos de Hindenburg. Los rusos se esforzaron por ocultar a sus aliados la escala de su humillación y lo lograron en no poca medida. Se permitió que las buenas noticias de Galizia, más al sur, disimularan las más sombrías de Prusia oriental. Los recursos humanos de Rusia eran tan vastos que la destrucción del ejército de Samsonov y el vapuleo al de *Rennenkampf* no parecían representar, para el poder militar del zar, ninguna catástrofe irreversible; tan solo el hundimiento de sus esperanzas más inmediatas y radicales.

En ocasiones se ha sugerido que la ofensiva rusa de agosto interpretó un papel decisivo en la resolución de la guerra, al convencer a Moltke de transferir dos cuerpos del oeste en un momento crucial, lo que modificó la relación de fuerzas alemanas en el este en comparación con las del oeste, relación que pasó de 1:10 a 1:8. Ahora bien, la idea parece improbable. Parece más plausible concluir que, sencillamente, los recursos de Alemania eran insuficientes para culminar sus imponentes ambiciones en Francia al mismo tiempo que se emprendían en el este operaciones de la clase que fueran. El triunfo de Alemania en Tannenberg también supuso un desastre para sus líderes, y para aquellas personas que, entre su pueblo, ansiaban la paz y que la contienda tuviera un final negociado y rápido. La euforia nacional consolidó de golpe la confianza en la perspectiva de que cabía obtener una victoria absoluta; sobre todo, a juicio de Erich Ludendorff.

La víctima más conspicua de aquellas primeras batallas orientales fue la confianza del ejército ruso en sí mismo, que nunca se recuperó de las humillaciones

sufridas en 1914 en Prusia oriental. Muchos oficiales reconocieron que se debían a la ineptitud institucional del ejército zarista, así como a la escasez de comandantes competentes, lo que lastraría su capacidad de combate hasta el final de su participación bélica, en 1917. El soldado ruso mostraba una formidable disposición a sufrir, y, a veces, un coraje asombroso. Tales cualidades permitían derrotar a los austríacos, pero no al ejército del káiser.

La exultación inicial de los rusos fue sustituida por semanas de alarma extrema e incluso pánico. Previendo una ofensiva alemana en Polonia, los puentes de Varsovia se prepararon para la demolición, mientras las familias y los funcionarios del gobierno hacían las maletas, prestos para huir con rapidez. Pero los alemanes, temporalmente, estaban contentos. Habían frustrado las grandes ambiciones de Rusia. Casi toda la atención de los jefes alemanes se centró entonces en el frente occidental, donde se estaba decidiendo, en ese momento, el destino de su descomunal apuesta estratégica.

9

La hora de Joffre

I. París, a raya

En agosto se vivió una transformación sorprendentemente total en la capital francesa, que pasó a ser una ciudad en guerra; si no sitiada, al menos en peligro inminente de vivir tal destino. Se cerraron todos los edificios públicos, incluidos los museos. El gobierno requisó los autobuses, mientras los taxis desaparecían temporalmente de las calles. El metro seguía funcionando, con mujeres como revisoras; pero iba tan abarrotado que muchos preferían la ruta a pie. En las calles, los sonidos más notorios eran las sirenas de las ambulancias que trasladaban a los heridos desde las estaciones a los hospitales. Cerraron muchas tiendas porque el personal se hallaba en el frente, igual que todos los teatros, salvo unas pocas salas de cine. Más de 50.000 personas, casi todas mujeres, acudieron a un servicio religioso oficiado en Notre Dame para ofrecer oraciones por Francia.¹

Empezaron a escasear algunos productos. Había mucha leche —el ganado pastoreaba en el Bois de Boulogne—, pero faltaba la mantequilla porque no había manos que la batieran; los panaderos dejaron de hacer *croissants* y todo tipo de «panes especiales». Se podía conseguir poca carne de caballo, porque el ejército se había llevado a tantos animales que los granjeros consideraron más provechoso quedarse con el resto de los animales, como posibles monturas, que mandarlos al matadero. El parque de Belleville quedó cerrado al público para acomodar ovejas y ganado; como medida de precaución adicional en caso de que la capital tuviera que soportar un asedio, secaron el lago y lo llenaron de conejos.²

Aun rodeados de numerosas incongruencias, una mañana los transeúntes se sobresaltaron al ver un rebaño de ovejas por la *rue* de Rivoli; lo llevaban al ferrocarril oriental. El ejército tomó posesión del hotel George V y el Grand Palais hizo las veces de cuartel para 2.000 infantes de marina, en lugar de albergar las acostumbradas obras de arte. Versalles se convirtió en un campamento armado. El cielo nocturno de la capital se veía perforado por los incontables haces de luz de los reflectores, que rastreaban la aviación enemiga. Una multitud de espectadores rodeaba a diario el hospital estadounidense de Neuilly, observando a los heridos que ingresaban. Voluntarios de muchas nacionalidades se presentaban para la inspección médica de nuevos reclutas en los Inválidos. Los porcentajes de rechazo se consideraron reflejo de la salud de cada una de las sociedades: se descartó a la mitad de los aspirantes rusos, un tercio de los polacos, el 11 % de los italianos, el

4 % de los ingleses y a ningún estadounidense.³ El embajador británico manifestó su irritación cuando lord Kitchener permitió a los súbditos del rey alistarse en el servicio francés. Lo más propio habría sido que los quinientos hombres que ya habían dado el paso —escribió con disgusto sir Francis Bertie— se hubieran unido al ejército de su propio país.⁴

La hambruna más aguda era la de noticias: las únicas nuevas de la guerra provenían de tres boletines lacónicos y anodinos, enviados a lo largo del día, a intervalos, desde el Ministerio de la Guerra. Las primeras noticias del mortífero combate de Alsacia llegaron a los parisinos en una copia de un periódico italiano de hacía cinco días, cuyo corresponsal se hacía eco de una nota de Basilea. Muchos rotativos nacionales cerraron y, los que habían sobrevivido, ofrecían poca cosa, porque el precio del papel se había disparado y miles de impresores y periodistas habían sido movilizados.⁵ André Gide estaba tan ávido de información que leía nueve periódicos cada día. Marcel Proust admitió leer siete: la mayoría le resultaban poco clarificadores, pero admiraba los comentarios militares de Henri Bidou en el *Journal des Débats*: «Claro y bueno, lo único decente que he leído sobre la guerra». Su confianza quedó algo alterada, sin embargo, cuando Bidou simultaneó el cargo con el de crítico de teatro del periódico: «¡Ahora que no se arme un lío!».⁶

A consecuencia del misterioso secretismo que, por obra de Joffre y el gobierno, rodeaba las operaciones militares, la nación quedó traumatizada cuando, el 28 de agosto, el gobierno publicó un abrupto comunicado anunciando que «nuestras líneas abarcan desde el Somme a los Vosgos». Fue una conmoción que se comunicara con tanta indiferencia que el enemigo había avanzado tanto hacia el corazón de Francia. «¡De qué demencial optimismo hemos caído!», se lamentaba Gide. «Los periódicos habían hecho tan bien su trabajo que todo el mundo empezaba a imaginar que a nuestro ejército le bastaba con dejarse ver para que todo el ejército alemán huyera en desbandada.»⁷ Ahora, por el contrario, la gente se resignaba a que la capital sufriera un asedio, una perspectiva que cobró visos de realidad cuando, el día 29, un monoplano Taube dejó caer cinco pequeñas bombas sobre la ciudad.

El 30 de agosto, la nación supo que el gobierno levantaba el campamento y partía hacia Burdeos llevándose consigo las reservas de oro del Banco de Francia; y que los alemanes habían tomado Compiègne. En la embajada británica, sir Francis Bertie quemó sus papeles confidenciales. Escribió en tono sombrío: «Los alemanes parecen seguros de poder ocupar París con éxito»,⁸ y al poco, él mismo se escabulló a Burdeos, junto con la mayor parte del cuerpo diplomático. El viaje en tren duró catorce horas, en lugar de las siete habituales; Bertie se quejó de que su

equipo estaba apelotonado en tres compartimentos mientras que los rusos habían requisado ocho, para acomodar no solo a las familias de los diplomáticos sino también a los sirvientes con niños.⁹

El funcionario Michel Corday, que había abandonado París con su departamento, escribió con desdén sobre sus superiores: «es triste ver a estos hombres ahora ... deambulando en sus coches ... subiendo a sus trenes especiales, ver cómo disfrutaban feliz y abiertamente de su poder».¹⁰ Se ridiculizó mucho a los ministros refugiados, que se daban el lujo de comer en el restaurante *Au Chapon Fin*; los más ocurrentes rebautizaron el local como *Au Capon Fin*, sustituyendo «capón» por «cobarde». Una noche, durante el aperitivo, Corday y algunos políticos hablaban, con especial mal gusto, sobre una curiosidad lingüística que de repente había cobrado relevancia: ¿por qué había una palabra para la mujer que había perdido a su marido —viuda—, pero ninguna para la madre que había perdido a su criatura? Se desarrolló una absurda competencia entre los censores militares de París y Burdeos: por turnos, cada uno sacaba de quicio a los periodistas aprobando para la publicación el material que el otro había descartado. Se creía que la normativa sobre las noticias era menos rigurosa en Burdeos; pero Francia, como todas las naciones beligerantes, prohibió que se publicara el total de bajas.

Al ver que el gobierno abandonaba la capital, un millón de refugiados más humildes hizo lo mismo. Entre ellos estaba Proust, que partió hacia su querido Cabourg, en la costa de Normandía. El viaje, de cinco horas, acabó durando veintidós y, a su llegada, encontró el pequeño hospital del pueblo atestado de soldados heridos. Un día tras otro, les llevaba sencillos regalos: cartas, juegos de mesa, bombones. Un grupo de duquesas fugitivas ayudaba a organizar comedores de beneficencia para refugiados belgas, pero el novelista señaló que las *cocottes* locales demostraron ser bastante más eficientes en estas tareas.

Uno de los últimos actos del ministro de la Guerra, Adolphe Messimy, antes de irse a Burdeos, fue nombrar gobernador militar de París al general Joseph Gallieni. Era un hombre de sesenta y cinco años, enjuto, adusto, con gafas. Tenía una larga experiencia en la guerra colonial y en 1911 había renunciado a su derecho al mando supremo de Francia, cediendo el puesto a Joffre. En palabras de Lloyd George, que lo vio en aquellos días, aquel hombre estaba «evidentemente muy enfermo; tenía un aspecto amarillento, consumido y angustiado. Parecía que la muerte estaba a punto de aniquilar la vida hasta de la última de sus partículas».¹¹ Gallieni se había retirado del ejército aquel mes de abril, pero cuando la bandera lo reclamó en esta emergencia suprema, reunió unas reservas de energía, resolución y perspicacia — por no hablar del ingenio— que sirvieron bien a Francia.¹² Él, como Lanrezac, había visitado antes el GQG en Vitry-le-François, y el 14 de julio aconsejó en vano

a Joffre en contra de una ofensiva en las Ardenas.

Gallieni parecía el hombre indicado para el momento. Aunque los anglosajones atribuyen a los franceses una propensión crónica a las muestras de emoción, hasta el viejo general se sorprendió de que, el día 16, Messimy lo besara afectuosamente, al aceptar él la gobernación militar. Gallieni se lanzó inmediatamente a organizar un perímetro defensivo alrededor de la capital, aunque se hacía pocas ilusiones; si los alemanes cruzaban las líneas del ejército francés, París difícilmente podría resistir un sitio como el de 1870. Gallieni echaba chispas con las evasivas de los burócratas, que parecían incapaces de ajustar el ritmo anterior, de los días de paz, al necesario en una situación de extremo peligro nacional; las demoliciones esenciales para crear campos de fuego no se habían llevado a cabo por temor a generar angustia entre las comunidades locales.

El 27 de agosto, el gobierno cayó y se llevó a cabo una reorganización. René Viviani siguió como primer ministro, aunque con un enorme descrédito a sus espaldas, y por primera vez entraron en el gobierno dos socialistas. Los diputados de la Asamblea Nacional estaban disgustados con la evidente incapacidad total de Messimy para controlar a Joffre; que el comandante en jefe se negara incluso a permitir la visita del presidente en el campo de batalla enfureció a Poincaré; así, al final Messimy tuvo que abandonar el Ministerio de la Guerra. Le sustituyó Alexandre Millerand, que no hizo nada por mitigar los problemas de Gallieni. En París, el gobernador heredó un acuartelamiento de cien mil efectivos, pero todos eran sobrantes de otros cuerpos del ejército, no una fuerza de combate coherente. Para que la ciudad pudiera resistir un asalto alemán, concluyó el gobernador, necesitaría tres cuerpos profesionales —las formaciones de reservistas eran inútiles— y no había perspectivas de que Joffre se los fuese a dar.

Un inglés lamentaba, en los primeros días de septiembre, la desolación de la ciudad más brillante de Europa. Las terrazas de los cafés de moda estaban casi desiertas. Un famoso *boulevardier* se sentaba solo y abatido, «abandonado por su corte». Un mordaz redactor parisino afirmó que, en la carretera que iba de la ciudad a Fontainebleau, los automóviles estaban tirados en las cunetas porque sus dueños, acostumbrados a confiar la conducción a los chóferes, quisieron huir poniéndose ellos mismos al volante y no lo consiguieron. Los Inválidos quedó sitiado por la gente que, atemorizada y desesperada, buscaba conseguir permisos militares para abandonar la ciudad, y largas colas serpenteaban alrededor de las taquillas de la estación. Los parisinos observaron desconsolados cómo se derribaban los árboles para convertirlos en obstáculos, y cómo en las calles se erigían barreras de madera con troneras. Una tarde, en el Bois de Boulogne, una multitud se quedó mirando un águila que volaba en el cielo describiendo círculos, y discutieron sobre su significado: ¿era un broncíneo símbolo de Napoleón o era el ave de la familia

Hohenzollern? Al final, resultó ser un buitre que se había escapado de un zoológico.¹³

II. Sir John se desespera

Entrado el otoño de 1914, Lloyd George, el ministro de Economía británico, sostuvo una conversación con Castelnau, al mando del 2.º Ejército. En el debate acerca de las dificultades a las que se enfrentaban los aliados, el galés hizo alguna referencia al militar más señero de Francia: «¡Ah, Napoleón, Napoleón!», reflexionaba el general. «Si estuviese aquí ahora, habría sabido ver el “algo más”». ¹⁴ Pero luego, cuando le preguntaron si Francia podría expulsar a los alemanes, Castelnau solo se encogió de hombros: «*Il le faut!*». Su afirmación de que eliminar a los invasores no era una opción, sino una necesidad imperiosa, suponía reconocer la difícil situación estratégica en que vivió Francia desde finales de agosto de 1914 hasta el armisticio, más de cuatro años después. Ponía de manifiesto el hecho de que Alemania ocupaba grandes áreas de los territorios francés y belga. En adelante, los aliados tuvieron que mantener operaciones ofensivas para despojar a los ejércitos del káiser del territorio conquistado.

¿Pero cómo? Más tarde, los admiradores de Gallieni defendieron que el gran cambio de fortuna que el ejército francés vivió en septiembre de 1914 era mérito suyo; entre otras razones, porque Joffre había caído muy bajo. En las primeras semanas de guerra, el comandante en jefe había presidido una sucesión de masacres que costaron la vida a más de cien mil jóvenes, en los intentos de llevar a cabo el Plan XVII. El comandante en jefe había entendido mal, en su totalidad, los despliegues y las intenciones alemanas y guió a los ejércitos de su país hacia el desastre. Si Joffre hubiera muerto el 1 de septiembre, la historia solo le recordaría como un incapaz y un carnicero. Más adelante volvería a errar en sus cálculos y sería responsable de otros costosos fracasos que precipitaron su despido en diciembre de 1916.

Sin embargo, durante unas breves semanas, a finales de agosto y en septiembre de 1914, aunque el general no se ganó el derecho a ser considerado uno de los militares excepcionales de la historia, sí tuvo un momento de grandeza. Su primer éxito notable fue que, tras los desastres de las «batallas de las fronteras», no sufrió ningún ataque de nervios. Los generales europeos de su generación estaban condicionados de entrada a prever grandes pérdidas en cualquier enfrentamiento armado; lejos de quedar traumatizados por las listas de bajas, la mayoría de los oficiales de alto rango contemplaba la respuesta estoica como una medida crucial

de su virilidad. Pero esto no impidió que, en el otoño de 1914, varios comandantes de ambos bandos sucumbieran a la desesperación.

Joffre no lo hizo. Aunque con retraso, este hombre lento, pesado y fuerte comprendió la intención del enemigo. Mantuvo la propia disciplina cuando otros — franceses, británicos y alemanes por igual— perdieron la suya de forma evidente; demostró una calma olímpica y una voluntad de hierro que resultaron decisivas a la hora de impedir el triunfo de los ejércitos del káiser. La transición de Joffre — desde su papel como encargado del matadero en las batallas de las fronteras al de salvador de los aliados— empezó el 25 de agosto, el día en que dio comienzo a un gran traslado de fuerzas en dirección norte, desde Alsacia-Lorena. Confiando en que las formidables fortificaciones francesas de preguerra podrían contener a gran número de alemanes, reubicó a veinte divisiones de infantería y tres de caballería en el centro y la izquierda de la línea aliada. El movimiento requería una organización ferroviaria de enorme complejidad y no se habría completado hasta el 1 de septiembre. Mientras tanto, la izquierda de los aliados seguía en retirada, pero en el centro del frente, los ejércitos franceses lanzaron algunos contraataques importantes y efectivos; el 25 de agosto, por ejemplo, se enfrentaron a fuerzas alemanas en ruta hacia Nancy. Castelnau, que estaba al mando de aquel sector, demostró una notable habilidad para dirigir la defensa contra el avance del príncipe Rupprecht desde Morhange.

En aquellos días, Joffre, aun con su apariencia tan poco ágil, demostró una energía considerable. Odiaba comunicarse con el mando por teléfono. En comparación con Moltke, que no abandonó nunca el cuartel general hasta el 11 de septiembre, el francés recorrió cientos de kilómetros por carreteras polvorientas, obstruidas por las tropas y los refugiados, para reunirse con sus generales. Su coche lo conducía, a una velocidad de vértigo, el antiguo piloto de carreras Georges Bouillot, que ganó el puesto al imponerse en las ediciones de 1912 y 1913 del Grand Prix de Francia; el veloz convoy del comandante en jefe se convirtió en una visión habitual en la retaguardia de los ejércitos.

Los británicos continuaron replegándose, aproximadamente al mismo ritmo que los tres ejércitos franceses que, retirándose por su derecha, protagonizaron algunas acciones de retaguardia mucho más feroces y costosas que Mons o Le Cateau. Lanrezac aún creía que el II Cuerpo británico había sido destruido, en efecto, en la batalla del día 26, lo cual reforzó el desprecio de su equipo por sus aliados anglosajones. Joffre se vio obligado a permitir que la retirada continuase, porque el nuevo 6.º Ejército que estaba empezando a formar en el flanco extremo izquierdo tardaría una semana en estar listo para el combate. Estaba claro que el plan original, trazado en su *Instruction Générale No. 2* del 25 de agosto, era impracticable, porque las posiciones identificadas para el contraataque ya estaban

cayendo en manos alemanas. Pero ¿seguía siendo válido el concepto de una gran ofensiva en el norte? El comandante en jefe británico y sus oficiales permanecían indiferentes; solo les preocupaba salvar a su pequeña fuerza de lo que consideraban un desastre francés. El 28 de agosto, los aliados se habían replegado al sur del Somme. Tres días después, empezaron a cruzar el Aisne y los paisajes del champán, dejando atrás Reims.

Nuevos contratiempos envenenaron más las relaciones entre los aliados. La tarde del día 30, el equipo de Lanrezac envió un mensaje al cuartel general en el que indicaba a los británicos que debían volar un importante puente sobre el Oise, en Bailly. Una partida de zapadores, con sus explosivos, se demoró varias horas en salir. En la oscuridad, el camión cometió un terrible error al entrar en el puente sin advertir que los alemanes ya habían tomado posesión de él; todos los ingenieros murieron y el paso quedó intacto. Al día siguiente, el 31, la retirada del 5.º Ejército continuó bajo un sol abrasador. Los franceses necesitaban desesperadamente la ayuda de la caballería de Allenby para proteger su flanco izquierdo. Louis Spears recurrió a una imaginativa solución: telefoneó a una serie de jefas de oficinas de correos en lugares donde era probable encontrar tropas británicas. Al final, una de ellas le dio una respuesta positiva y fue a buscar a un gendarme de lo más efectivo, quien, a su vez, llevó hasta el teléfono a un húsar inglés con el que el oficial de enlace había servido en cierta ocasión. Este oficial le prometió que pasaría el mensaje e intentaría, por su cuenta, conseguir que una parte de la caballería se desplegara en la brecha entre los dos ejércitos; aun así, no pasó gran cosa.

Mientras tanto, el cuartel general estaba casi incomunicado; con el desplazamiento constante hacia el sur, había caído en el mutismo. Sir John y su equipo, según Spears, ahora «demostraban poco interés en los acontecimientos que no afectaban directamente al ejército británico».¹⁵ El día 31 fue de importancia capital, porque el comandante en jefe británico fue demasiado lejos. Envío un telegrama a Londres en el que daba rienda suelta a la repugnancia que le provocaban los franceses y la campaña que debía compartir, por obligación, con ellos. «No sé por qué se me debería pedir que corriera de nuevo el riesgo de un desastre absoluto, para salvarlos por segunda vez. No creo que imaginen ustedes el deplorable estado del II Cuerpo y cómo esto paraliza mi capacidad de ataque», escribió.

Esta exhibición de irritabilidad por parte del militar que dirigía el único ejército británico en el campo de batalla dejó asombrado al gabinete. El telegrama de sir John llegó a Londres en un momento crítico. Durante casi todo el primer mes de guerra, los grandes acontecimientos que tuvieron lugar en el continente, y la parte que había representado su pequeña fuerza en ellos, habían quedado envueltos en el misterio y las informaciones erróneas. Los primeros artículos de prensa eran

escasos, pero indefectiblemente alentadores. El 17 de agosto, *The Times* mostraba un titular optimista: «Los alemanes, expulsados de Dinant». Siguiendo la tradición, muchos oficiales de la Fuerza Expedicionaria Británica escribían a casa quitándole hierro a la ordalía. Harry Dillon, un capitán de treinta y un años en la infantería de los Ox and Bucks, decía entusiasmado el 29 de agosto: «Me encuentro muy bien y todo va de primera. Hemos hecho una gran marcha: ha sido un trabajo terrible, veinticinco horas casi sin parar, y así llevamos, sin apenas descanso, durante días. Los pies llegan a doler tanto que es casi insoportable. Nos hemos encontrado con la flor y nata del ejército alemán y los hemos abatido por miles ... Los cerdos están haciendo todo tipo de vilezas. Una vez, llevaban a civiles, mujeres y niños, por delante de ellos ... En otra ocasión, se vistieron con uniformes franceses y aparecieron gritando ... Les hemos dado su merecido en todas partes».

Aparte de este tipo de absurdos, pensados para subir el ánimo de la propia familia, incluso el primer ministro vivía en una despreocupada ignorancia con respecto a la magnitud de las batallas que estaban librando los franceses, que eclipsaban la experiencia británica. Asquith leyó dos veces de arriba abajo el telegrama que informaba de la acción en Mons antes de señalar, con resignación, a Kitchener: «Supongo que estáis haciendo cuanto podéis». Hizo referencia en repetidas ocasiones a la supuesta falta de voluntad combativa de los franceses, citando la convicción, típica del ejército británico, de que sus aliados tenían «canguelo». En la reunión ministerial del 24 de agosto, se produjo un breve debate acerca de una posible evacuación de la FEB por la vía de Dunkerque. Sin embargo, al final los ánimos acabaron templándose un poco. Maurice Bonham-Carter, miembro del equipo de Downing Street, escribió a Violet Asquith el 28 de agosto con una autocomplacencia nacionalista característica: «Nuestro pueblo ha hecho maravillas y pienso, de verdad, que a los franceses les hemos salvado la situación».¹⁶ El propio Asquith manifestó un sentimiento similar el 29 de agosto: «Los belgas ... son gente francamente valerosa —hasta ahora, mucho más que los franceses— y ahora están reuniendo sus fuerzas».¹⁷ El líder británico parecía no tener ni idea de la magnitud de los sucesos en marcha, militares y de otra índole. Aquel mismo día escribió a Venetia Stanley, hablándole, con absoluta tranquilidad, de la posibilidad de que los rusos enviasen a Francia a tres o cuatro cuerpos del ejército, por la vía de Arcángel: «¿No te parece una buena idea?». Dos días después, añadió unos garabatos que encabezó con la advertencia de «secreto»: «Los rusos no pueden venir. ¡Tardarían cosa de seis semanas en llegar hasta Arcángel!».

Asquith era un hombre muy inteligente y sensible, pero escribía acerca de asuntos estratégicos vitales como si hablase de la irremediable, pero fastidiosa ausencia de algunos invitados a una recepción al aire libre. Durante el mes de agosto, con su país en guerra, recuperó la costumbre de pasar los fines de semana

en el campo. De regreso de uno de tales idilios en Kent, se encontró con un motorista que había sufrido una avería y remolcó amablemente su vehículo hasta el pueblo más cercano. En ese mismo viaje, recogió a dos niños pequeños que volvían de un día de vacaciones en Margate, y los llevó a la tienda de Lewisham donde vivían, uno de ellos sentado en las rodillas del primer ministro.

No hay razón para ver hipocresía en estos detalles de buena intención. Ninguno le reportó ocasión de salir en una foto populista; eran, tan solo, el reflejo de un carácter bondadoso y paternalista. Pero cuesta imaginar a Winston Churchill, en su calidad de líder nacional durante la gran guerra posterior, comportándose de este modo en el fragor de las vitales urgencias de una crisis similar. Casi todo lo que Asquith dijo e hizo en 1914 fue el reflejo de la conducta de un hombre comedido que respondía comedidamente al desarrollo de una catástrofe europea descomulgada. No tenía capacidad ni vocación para ejercer el control de las operaciones militares, tarea que dejó en manos de Kitchener y el Ministerio de la Guerra. Que no fuera un guerrero no supone un descrédito para su figura. Pero, en una emergencia de tales dimensiones, dejó de ser un líder nacional adecuado, como sucedería con Neville Chamberlain en 1940.

Mientras tanto, el pueblo británico tenía aún menos conocimiento de la situación en Europa. *The Times* afirmó con seguridad, el 18 de agosto: «Lo único claro es que el ejército alemán aún no ha entrado en la ofensiva con la radicalidad e impetuosidad que nos habían inducido a esperar los expertos militares». Al cabo de tres días, se vio que la verdad era la contraria; el *Chronicle* refirió a sus lectores: «La tremenda batalla que, con toda probabilidad, decidirá el destino y remodelará el mapa de Europa ha empezado ya, sin duda alguna». Luego, durante diez largos días el público quedó privado de noticias importantes, lo cual alimentó una apatía generalizada, sobre todo entre los «órdenes inferiores», social y políticamente desafectos.

El rector de Eton, Edward Lyttelton, en una carta publicada en *The Times* el día 24, manifestó su consternación ante lo que él consideraba debilidad moral de aquella gente: «Muchos de nuestros obreros parecen creer que, si Alemania gana, ellos no estarán peor que ahora. Si no se combate esta idea, podríamos estar perdidos». Tras una fiesta de fin de semana en el campo, el jurista parlamentario Hugh Godley escribió a Violet Asquith, el mismo 24 de agosto: «Es extraordinario pensar lo poco que la gente de los distritos rurales parece saber u opinar de todo lo que está pasando ... Realmente, están mucho más interesados en sus propios asuntos».¹⁸ Ese mismo día, la combinación del supuesto triunfo ruso en Prusia oriental y las victorias serbias sobre los austríacos provocó un arranque de optimismo desenfrenado en la prensa. Se vaticinó que las fuerzas del zar pronto tomarían Königsberg y luego pondrían rumbo a Danzig. El charlatán Horatio

Bottomley tocó la cima del sentimentalismo sensiblero al proclamar en la revista *John Bull*: «Que todo británico contemple con sosegada confianza y firme resolución el Dorado Atardecer en que los sonidos de la batalla serán silenciados y, junto con las mujeres y los niños, nos congregaremos para hablar de la victoria de nuestros bienamados camaradas perdidos y del nuevo mundo en el que el Príncipe de la Paz será el Rey».

Pero entonces, las noticias sobre las desgracias francesas empezaron a filtrarse por Whitehall y Westminster. El funcionario del Almirantazgo Norman Macleod escribió irritado en su diario el 24 de agosto: «Si los franceses no pueden defender su propio país, parece inútil ayudarlos».¹⁹ Al día siguiente, el corresponsal militar de *The Times* predijo —no sin acierto, aunque dos días después de que el suceso tuviera lugar— que, en Mons, el ejército británico se vería obligado a unirse a la retirada francesa hacia el sur. Ese mismo 25 de agosto, Norman Macleod sostuvo una sombría conversación con el cuarto lord del mar, el capitán Cecil Lambert, «que veía la situación con terrible pesimismo; en su opinión, el ejército francés no resistiría bien: “Me temo que dejarán pasar a los alemanes”». Pero Macleod comentó que, esa misma tarde, Lambert se había animado: «Nuestros hombres han actuado estupendamente bien y han acabado con pocas bajas en total; la situación es más esperanzadora».²⁰

El redactor del *Daily Mail* escribió en su diario, el día 26 de agosto: «Publicadas las primeras bajas británicas. Más de 2.000. Parecen tantísimas, y la guerra acaba de empezar. Todo el mundo habla de ellas entre susurros, horrorizado».²¹ Durante aquellas primeras semanas, *The Times* publicó breves biografías de los oficiales caídos, hasta agotar el espacio: «El teniente Claude Henry nació en 1881 y se unió al regimiento real de Worcestershire en 1903 ... Desde 1909 hasta el pasado julio trabajó con la fuerza de frontera del África Occidental ... El capitán Dugald Stewart Gilkinson nació en 1880 y se unió a los fusileros escoceses en 1899. Sirvió a las órdenes de sir Redvers Buller en el ejército de socorro de Ladysmith». Estas reseñas aparecían acompañadas de fotografías, algunas del todo inapropiadas, como la del teniente A. F. H. Round, del regimiento de Essex, al que se veía vestido con el equipo de fútbol. En la misma línea, después de que el acorazado *Amphion* fuera víctima de una mina en el mar del Norte, *The Times* publicó una lista completa de los centenares de tripulantes que se habían salvado, un tipo de sutileza que pronto hubo que abandonar.

Un anuncio en el periódico es reflejo de la impresionante ingenuidad que seguía reinando en el país, en lo relativo a las batallas libradas en el continente: «La magnífica lealtad de la India en un momento de necesidad del Imperio ha despertado la admiración del mundo. Los príncipes indios y los campesinos indios, las tropas y el tesoro, todos se ponen al servicio de Gran Bretaña con una devoción

conmovera. Usted, a cambio, puede hacer un pequeño gesto a favor de la India, y beneficiarse con él. Utilice en casa Puro Té de la India; insista en que en los restaurantes y teterías le sirvan Puro Té de la India».

La política de franceses y británicos, que impedía a la prensa acercarse a los ejércitos, tuvo muy malas consecuencias. El público se angustiaba con la falta de información sobre el destino de sus soldados. Como los corresponsales no tenían más fuentes de noticias que los escasos boletines oficiales, se dispusieron a explorar el frente por su cuenta. A la mayoría, los rechazaron; corría una historia —que posiblemente no fuera inventada— de un grupo de reporteros a los que detuvieron de camino al campo de batalla y llevaron ante Horace Smith-Dorrien. Uno afirmó ser el enviado de *The Times*, a lo cual el general respondió con aspereza que esperaba que su jefe, lord Northcliffe, recompensaría generosamente al periodista por su empuje y celo; pero que él, por su parte, mandaría al grupo de reporteros bajo custodia a Tours, para retenerlos allí hasta haber acabado con la guerra.²²

A falta de despachos del frente, los expertos volvieron a quedar limitados a las conjeturas y chismorreos militares. Los editores empezaron a publicar las cartas que los soldados mandaban a sus familiares y que luego esposas y madres, encandiladas por las hazañas de sus hombres, reenviaban a los periódicos. Pronto salió a la luz que muchas de aquellas memorias eran florituras o mentiras descaradas. La brigada de fusileros se enfureció al descubrir que uno de sus hombres, cierto Curtis, había escrito una carta que tuvo mucho eco en la prensa, en la que daba detalle de su propio heroísmo durante la retirada. En realidad, el hombre era un rezagado que se escabulló a la retaguardia sin participar en la acción.

Mientras tanto, el *Illustrated London News* del 29 de agosto calificaba de «victoria» la actuación de las tropas británicas en Mons. Su retirada, según afirmaba en tono reconfortante Charles Lowe, guardaba parecido con la del ejército de Wellington en Quatre Bras, en 1815: «Solo era cuestión de *un peu reculer pour mieux sauter* y el resultado fue Waterloo ... Entonces les dieron una lección a los franceses y ahora —casi en el mismo sitio— les están dando ejemplo». Ante tan increíble condescendencia, apenas sorprende que Joffre y sus subordinados se exasperasen.

Luego, el 29 de agosto, los lectores del periódico sufrieron un contundente *shock*: noticias absolutamente inesperadas de que la campaña en el continente iba en verdad muy mal. *The Times* publicó un informe de un corresponsal, fechado en Amiens el 28 de agosto: «La situación en el norte parece ser muy grave». En medio del caos de la retirada, al final los periodistas pudieron hablar con algunos soldados, que les describieron un panorama deprimente. Luego fue aún peor: el

reportero de *The Times* Arthur Moore iba en bicicleta por la carretera cuando se encontró con unos rezagados de la FEB. Tras escuchar sus relatos, regresó a escribir una noticia detallada de la penosa situación del ejército británico, que causó sensación al aparecer publicada en una edición especial del 31 de agosto. Retrataba la FEB como si hubiera sufrido una derrota total: «Es importante que la nación tome ahora conciencia de algunas cosas», escribió Moore. «Verdades amargas, pero podemos afrontarlas. Tenemos que reducir nuestras bajas, evaluar bien la situación, apretar los dientes ... No vi miedo en los rostros de nadie. Era un ejército roto y en desbandada, pero no uno de hombres acorralados ... Nuestras bajas son muy elevadas. He visto los restos deshechos de muchos regimientos ... En resumen, el primer gran esfuerzo alemán ha tenido éxito. Debemos encarar el hecho de que la Fuerza Expedicionaria Británica, que recibió el grueso del golpe, ha sufrido pérdidas terribles y exige un refuerzo inmenso e inmediato». Concluía afirmando que el ejército alemán también había padecido considerablemente: «Es posible que haya llegado a su límite».

The Times publicó un editorial rimbombante: «El ejército británico ha superado toda la gloria de su larga historia y ha ganado un nuevo e imperecedero renombre ... Pese a que tuvo que batirse en retirada ante la abrumadora fuerza y tenacidad del enemigo, conserva una línea intacta, aunque maltrecha». Es difícil exagerar el impacto del artículo en la opinión pública. Su aparición encolerizó al resto de la prensa británica, que había obedecido las indicaciones del gobierno de mantener la moral a base de insulseces. Asquith denunció la historia y descartó la conclusión de Moore de que el ejército estuviera deshecho. Pero la tormenta de la noticia aún rugía cuando llegó el telegrama secreto en el que el comandante en jefe describía las condiciones de la FEB de una forma muy semejante a la del corresponsal de prensa «sensacionalista». Ambos estaban en un error y exageraban una barbaridad. Pero el derrotismo de French amenazaba con tener graves consecuencias: informaba al primer ministro de que se proponía retirarse más allá del Sena y establecer una nueva base logística en el puerto de La Rochelle. El comandante en jefe, sin duda, se veía como sir John Moore en España un siglo antes, cuando salvó a su pequeña y aguerrida fuerza retirándose a La Coruña.

En Londres circulaban los rumores más disparatados, dando una imagen cruel e injusta del ejército francés. Norman Macleod anotó en su diario noticias de un desplome absoluto; del comandante en jefe británico, que, supuestamente, amenazaba con retirar a la FEB a Inglaterra; de una división de la caballería francesa que, al parecer, se negaba a respaldar a unidades británicas en apuros, «porque decían estar cansados»; de una FEB que luchó durante once días, sin tregua, hasta que «el cuerpo no daba más de sí». El cuarto lord del mar le dijo a Macleod, con aire cansado, que al parecer Gran Bretaña tendría que salvar, una vez

más, a los franceses a pesar de ellos mismos, como hiciera antaño Wellington con los españoles. Al día siguiente, este dignatario confesó: «A los franceses se les ha dicho que o luchan o se van al infierno».²³

Así de revuelto estaba el ánimo en Whitehall y Westminster cuando el gabinete recibió el telegrama de sir John. El hecho de que el comandante en jefe del ejército británico en el campo de batalla recomendase lavarse las manos con respecto a la campaña —que era lo que venía a decir la propuesta— era un asunto de una gravedad sin parangón. La idea de que la Fuerza Expedicionaria Británica renegase unilateralmente del ejército francés amenazaba con desencadenar terribles consecuencias para la causa aliada. El gabinete tomó una decisión crucial y, en modo alguno, inevitable: la solidaridad anglofrancesa debía quedar por encima de cualquier otra consideración. No se haría caso del mariscal del campo. Se le daría orden directa de mantener a la FEB en el frente, al lado de los ejércitos de Joffre. El ministro de Guerra, lord Kitchener, fue enviado a París para asegurarse de que sir John cumplía con lo que se le decía. El comandante en jefe debía abandonar su intento —desvergonzado y vil— de huir de Francia.

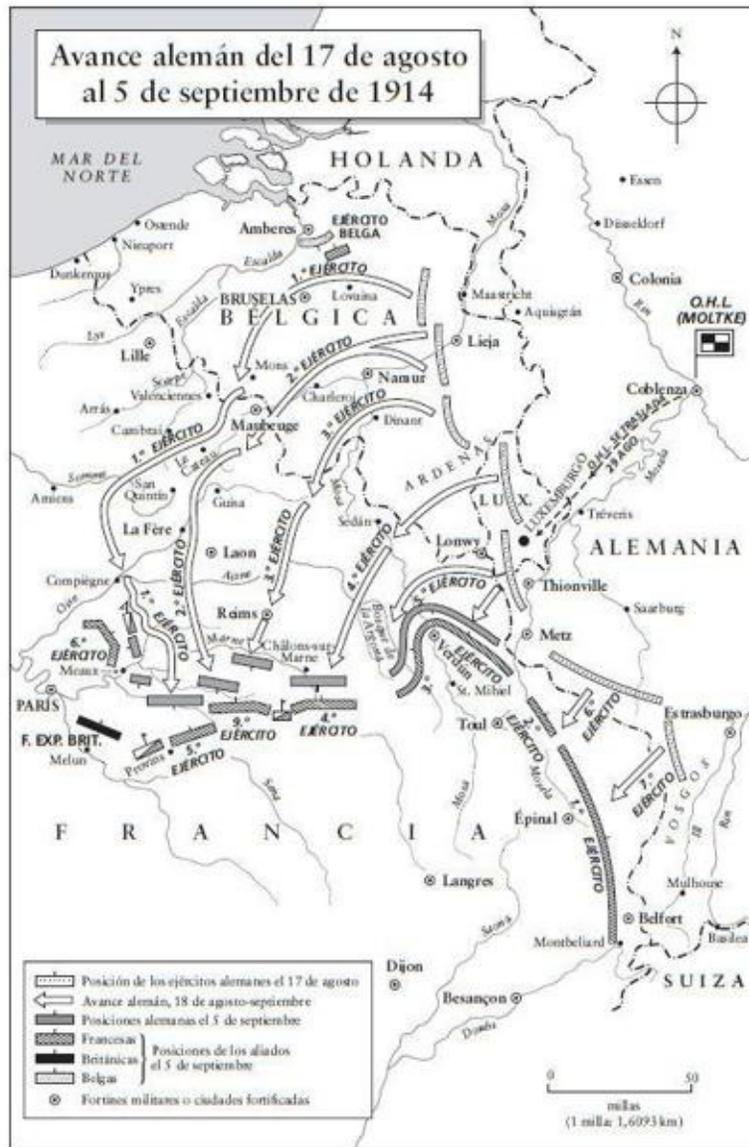
III. Semillas de esperanza

El 1 de septiembre, en la capital francesa —al mismo tiempo que la batería L y la brigada de la guardia libraban sus batallas menores en Néry y Villers-Cotterêts—, se celebraba una reunión de capital importancia en la embajada británica, en el antiguo palacio de Paulina Bonaparte, en la *rue Saint-Honoré*. Kitchener, venido a toda prisa desde Londres, eligió este punto de encuentro para reunirse con sir John French, al que hicieron venir desde Compiègne. Más tarde, el comandante en jefe manifestó su disgusto, primero por tener que abandonar su cuartel general para verse ni más ni menos que con Kitchener; y segundo, porque su colega como mariscal de campo, ahora un mero civil —como ministro de Guerra—, se presentó de uniforme. French denunció la visita por tratarse de una interferencia política insólita con su propia «autoridad y mando ejecutivo» y rechazó rotundamente la propuesta de Kitchener de ver en persona a la Fuerza Expedicionaria Británica en el campo de batalla. Realmente, el comandante en jefe tuvo que sentirse terriblemente inepto en compañía de un militar mucho más listo que él, que lucía la medalla conmemorativa francesa por la campaña de 1870-1871 (ofrecida a Kitchener, con retraso, el año anterior). Tras una reunión tensa, enconada incluso, se llegó a un acuerdo precario en relación con los planes operativos: sir John continuaría con la retirada de la FEB, pero tenía órdenes de actuar en plena concordancia con los planes de Joffre y cuidarse de proteger sus flancos.

En los cuatro días posteriores, la determinación de French de aprovechar al máximo la cláusula de salvaguardia de los flancos llevó a Joffre y a sus camaradas a la desesperación. El comandante en jefe británico interpretó que estas órdenes le conferían poder para rechazar las repetidas peticiones de que participara en una contraofensiva aliada. French solo pretendía mantener a sus hombres en marcha hasta que el Sena se interpusiera entre ellos y los alemanes. John Terraine ha escrito: «La incertidumbre con respecto a las intenciones británicas, su aparente determinación de no hacer nada más que retirarse mientras los alemanes invadían la mayor parte del norte de Francia, agravó muchísimo las dificultades de Joffre».²⁴ Y estas eran muy considerables. Más adelante, Gallieni describió la situación de los ejércitos del país —sin duda, con un pronunciado partidismo que daba una imagen de caos hasta que él hubo tomado las riendas— de un modo que, pese a todo, entraña cierto grado de condena. Afirmaba haberse encontrado con generales, por

detrás del frente, que habían perdido a sus tropas; tropas que habían perdido a sus oficiales; comandantes que no tenían ni idea de dónde estaban o adónde se suponía que iban. El 2 de septiembre, el gobernador de París habló con Joffre, que manifestó temer por la suerte del ala izquierda del 5.º Ejército, «debido a la apatía de los británicos, que no quieren marchar».

El ejército británico, en todas sus guerras —incluida la de 1939-1945—, ha acostumbrado a disfrutar del lujo de disponer de meses, incluso años, de preparación antes de verse obligado a luchar en serio. Aquellos retrasos solían ser inevitables, en cualquier caso, cuando la nación tenía que congregarse a fuerzas expedicionarias y luego transportarlas por vía marítima; en ocasiones, recorriendo grandes distancias. Sin embargo, los sucesos de 1914 provocaron un trauma excepcionalmente brusco: a las tres semanas de verse sumidos en un conflicto europeo completamente inesperado, los soldados ya habían pasado de los patios de armas, los pubs, los comedores de oficiales y los campos de polo a la carnicería del campo de batalla. Para algunos —entre ellos, varios comandantes— el cambio resultó insoportable por lo drástico. Demostraron ser incapaces de dar el salto psicológico necesario para asumir sus papeles en un drama del que pendía el destino de Europa. La noche del 31 de agosto, Spears oyó que Lanrezac murmuraba para sí mismo en una voz desacostumbradamente baja y un tono nostálgico. Estaba parafraseando a Horacio: «Dichoso aquel que se queda en el hogar, acariciando el pecho de su amada, en vez de hacer la guerra».²⁵ Tal rendición al sentimiento, por parte de los oficiales que fallaron a sus países en agosto de 1914, será digna de lástima, pero no de simpatía. Ningún hombre debiera aceptar grandes responsabilidades si no está dispuesto a soportar el peso que conllevan.



Para quienes aquellos días tenían asuntos urgentes, el tráfico en París y sus alrededores se había vuelto exasperante, por la multitud de soldados, vehículos y refugiados que obstruían todos los caminos por detrás del frente. Una noche, un oficial británico se vio obligado a abandonar su automóvil y echarse a andar en medio de una carretera bloqueada por un regimiento de caballería que no avanzaba: «Los grandes e imponentes coraceros, torpes y gigantescos con sus cascos y sus petos, se sentaban impassibles sobre sus caballos. No desmontó un solo hombre. En el calmado aire del atardecer, el retronar de los cañones parecía muy próximo. Una ráfaga de viento movía los penachos de cola de caballo que colgaban a la espalda de cada hombre, y luego la larga columna de acero seguía otra vez inmóvil».²⁶ Un oficial del Estado Mayor del 5.º Ejército, el comandante Lamotte, tuvo que viajar a París varias veces para pedir un mayor esfuerzo a los impresores de mapas

militares. Estos se enfrentaban a una insaciable demanda de representaciones de Francia, mientras decenas de millares de mapas de Alemania occidental, cuidadosamente almacenados a la espera de la gran ofensiva de Joffre, se enmohecían en un sótano a la espera de que el conflicto se equilibrara.

Los últimos días de agosto y los primeros de septiembre fueron testigo de algunos actos de heroísmo aliado, pero también de escenas que reflejaban vileza y miseria. Era habitual oír lamentos sobre el pillaje de los alemanes en Francia, que sin duda existió; no se hablaba tanto de los excesos de los soldados franceses y británicos en su retirada, aunque algunos protagonizaron saqueos despiadados, sobre todo de alcohol. A Edouard Cœurdevey le repugnó el espectáculo de destrucción creado en Le Mesnil-Amelot, en el Oise, no por el enemigo sino por las tropas coloniales francesas: «Los dueños de las grandes granjas viven en casas de un lujo inimaginable: jarrones de cristal, pianos, mesas de billar, camas suntuosas, todo lo cual ha quedado invadido por una soldadesca salvaje. Han reventado todo lo que estaba cerrado y tirado al suelo todo el contenido, han saqueado cuanto querían, han ensuciado cuanto no les era de utilidad, han destrozado los retratos de familia, han arrojado al suelo las sábanas y la ropa interior de las mujeres, han esparcido comida por las camas, la mesa de billar y los pianos. La porcelana está hecha añicos en el suelo; algunos [soldados] han [defecado] en las camas. Los alemanes no lo habrían hecho peor».

Las instalaciones médicas del ejército estaban saturadas por la cantidad de bajas. Cerca de una tercera parte de los heridos británicos que llegaban al hospital de campaña acababan muriendo de gangrena. En el ejército francés, el auxiliar médico Lucien Laby contaba que solo su propia ambulancia ya recogió a 406 hombres en el primer mes de la guerra, 650 en el segundo. A menudo era imposible evacuarlos con la luz del día, y por la noche eran difíciles de localizar incluso con la ayuda de algunos *chiens sanitaires* del ejército francés: 150 perros adiestrados para ello. Laby se acostumbró a emitir juicios sumarios y despiadados: abandonaba a los que no tenían perspectivas de sobrevivir y, en algunos casos, afirma haber puesto fin a sus sufrimientos con la pistola. Por todo equipo no tenía sino un suministro de vendas; contuvo la hemorragia de un hombre colocándole dos galletas de campaña en las heridas y aplicando un vendaje lo más apretado posible.

En los hospitales de campaña no había luces y, con frecuencia, sí abundaba el barro. Laby escribía: «¡Qué horror! ¡Cuántos heridos! Todos nos suplican que los cuidemos y los atendamos primero. Hay una bodega llena de ellos, además de la casa entera, en todas las habitaciones y en todas las camas». Hasta los evacuados que tenían la suerte de encontrar sitio en los trenes abarrotados podían esperar poco alivio en la retaguardia. Muchos recibían el primer tratamiento hospitalario solo después de una espera de cuatro o cinco días. El tétanos mataba multitudes. Un

capellán del hospital estadounidense de Neuilly describió cómo él y sus colegas preguntaban a cada hombre dónde le habían alcanzado: «Varios se señalaban, en silencio, el cuello, la cabeza o el costado. Otros levantaban las sábanas para mostrar unos grandes parches negros, rodeados de manchas rojas. El olor es vomitivo ... Esta mañana he dado la absolución a un lionés: tenía el cerebro al descubierto, y la mitad del cuerpo, paralizado, pero se mantenía bastante consciente y sensato, y podía responder sí o no a las preguntas que se le hacían».

No fueron pocos los soldados que, en buen estado físico, aprovecharon el caos de la retirada para escapar de sus unidades: algunos regresarían luego, diciendo que se habían perdido, otros se conformaron con quedarse atrás y caer prisioneros. Sir John French y su equipo no fueron los únicos en sucumbir al derrotismo; el general Joseph de Maistre, jefe del Estado Mayor del 1.º Ejército, contó luego a Spears que durante los desastres de agosto contempló, seriamente, la posibilidad de pegarse un tiro.²⁷ El oficial británico describió una escena del 1 de septiembre, cuando los hombres del 5.º Ejército seguían replegándose al noreste de París: «Parecían fantasmas en el Hades, expiando con su aterradora marcha infinita los pecados del mundo. La cabeza gacha, los pantalones rojos y los abrigos azules indistinguibles por el polvo, chocando contra los vehículos de transporte, contra los carros abandonados, los unos contra los otros, andaban a rastras por las interminables carreteras, con los ojos llenos de un polvo que emborronaba el hirviente paisaje, de modo que solo veían con claridad el primer plano de las mochilas tiradas, los hombres postrados y, de vez en cuando, un cañón abandonado».²⁸

Los civiles trataban de esquivar las consecuencias del maremoto que barría sus comunidades, grandes o pequeñas. El alcalde de una aldea llamada Défricheur interrumpió a un grupo de soldados que sudaban cavando una tumba para un caballo, y se quejó con amargura de que estaban demasiado cerca de las casas habitadas. Entre gruñidos, los soldados se apartaron para volver a empezar el trabajo en un campo.²⁹ Pocas unidades en ambos bandos encontraban tiempo para enterrar a los hombres muertos, por no hablar ya de los animales. «Es extraordinario cómo se acostumbra uno a esta vida nómada, durmiendo aquí y allí sin pensar en nada importante, porque no sabemos nada», escribió Edouard Cœurdevey. «No vemos ni cartas ni periódicos y no podemos compartir el drama que se está desarrollando ... Marchamos, estúpidos y mudos, como esclavos del dios de la guerra.»

Solo un puñado de los millones de personas uniformadas que integraron —en ambos bandos— este movimiento humano semejante a una terrible migración animal tuvo algún indicio del cambio de fortuna que se estaba produciendo. Joffre pudo presumir de algunas ganancias estratégicas derivadas de los sucesos de agosto. Aunque a un precio espantoso, los ataques franceses en Alsacia-Lorena

habían impedido a los alemanes desplazar tropas para reforzar su flanco derecho en Bélgica. Los ejércitos de la Entente eran cada vez más fuertes, a medida que iban llegando tropas de las colonias de ultramar; la declaración de neutralidad italiana permitió que Francia retirara a los defensores de la frontera sur para consolidar el frente occidental. Gracias al 5.º Ejército, a los reservistas de D'Amade y a la FEB, los alemanes habían perdido la carrera de la victoria decisiva en el norte, antes de que Joffre volviera a desplegar a sus hombres formando primero un escudo y luego una espada contra su avance.

En los últimos días de agosto y los primeros de septiembre, llegaban a París, desde el sur, trenes atiborrados de hombres, vehículos, cañones y caballos, que descargaban al norte de la capital francesa para sumarse al 6.º Ejército del general Joseph Manoury. El alemán Alois Löwenstein, un simple teniente, escribió a casa para decir que los franceses habían luchado con dureza y estaban bien dirigidos: «Sobre todo, tienen la capacidad de mover grandes masas de tropas con celeridad y, de este modo, atacar nuestros puntos más débiles con superioridad numérica».³⁰ Esta observación reflejaba una conciencia bastante más clara que la demostrada, pese a su rango inconmensurablemente superior al de Löwenstein, por el Estado Mayor alemán, con respecto a las capacidades del sistema ferroviario francés, que ahora se aprovechaba con un efecto crucial.

Joffre colocó al 6.º Ejército bajo la autoridad de Gallieni; sin embargo, denegó la petición del gobernador de que otro cuerpo se uniera al acuartelamiento de la capital: el destino de París tenía que depender de una gran batalla que se libraría lejos de la vista de sus maravillas. En privado, Joffre clamaba contra lo que consideraba una retirada británica precipitada, que le había imposibilitado luchar donde él habría querido: en los alrededores de Amiens. Sin embargo, ante sir John French y sus subordinados, mostró una cortesía casi oriental. Aunque la fuerza expedicionaria de Gran Bretaña constituía tan solo el 3 % de las fuerzas aliadas, su apoyo era indispensable para la contraofensiva. Los británicos marchaban —aunque hacia la retaguardia— entre el 5.º y el 6.º Ejército; había que convencerlos para que se quedasen allí.

Cada vez más pruebas demostraban que Kluck había cometido un error crucial: en lugar de rodear París, como había planeado Schlieffen, o incluso dirigirse directamente hacia la capital, estaba haciendo virar a sus fuerzas en dirección este, acortando el golpe. De este modo, empezó a cruzar por el frente del embrión del ejército de Manoury, de cuya existencia los alemanes no sabían nada. La acción de Kluck era el reflejo de la convicción absoluta que reinaba entre los generales de Moltke: que las acciones cruciales de la campaña ya se habían librado. Alemania ya tenía a más de cien mil prisioneros franceses; aparentemente, solo les quedaba recoger los frutos del triunfo. La fiebre de la victoria se extendió por todo el

imperio de los Hohenzollern. Incluso en las zonas obreras de Berlín, que hasta la fecha se habían mostrado tan hostiles al conflicto, se hicieron visibles por primera vez las banderas en las ventanas populares. En medio de la euforia del momento, el cañonero novel Herbert Sulzbach partió hacia el frente el 2 de septiembre, frustrado por no estar ya con el victorioso ejército de su nación a las puertas de París: «Me dominó un extraño sentimiento, una mezcla de felicidad, euforia, orgullo, la emoción de despedirme y la conciencia de la grandeza del momento».³¹

Durante el siglo pasado, se desató una polémica feroz en torno a la frustración de las esperanzas alemanas de obtener una victoria absoluta en 1914. A veces se ha sugerido que el gran movimiento envolvente de Moltke falló solo porque este carecía de la visión y la audacia necesarias para ejecutar adecuadamente el plan de Schlieffen. También se dio mucha importancia al hecho de que, por iniciativa de Bülow, a finales de agosto se produjera un brusco cambio de dirección al norte de París, afirmando que suponía traicionar fatalmente una concepción brillante. Ambas tesis son poco convincentes. No es probable que ninguna estrategia hubiera permitido a los alemanes dictar sentencia en 1914, cuando los aliados occidentales movilizaron unas fuerzas en general comparables a las de Moltke, a menos que sus adversarios sufrieran un derrumbamiento absoluto.

El jefe de Estado Mayor fue duramente criticado por sus propios compatriotas, durante la guerra y después de ella, por debilitar el flanco derecho alemán para consolidar el sur. Es cierto que Moltke estaba angustiado por garantizar la defensa de cada metro de terreno alemán, cuando cualquier otro gran capitán de la historia habría aceptado la necesidad de ceder algo de territorio para asegurarse de contar, en el punto decisivo, con las fuerzas necesarias; sin duda, se equivocó al respaldar al príncipe Rupprecht en su marcha sobre Nancy. Pero este era un mundo bélico nuevo, que enfrentaba las fuerzas de unos y otros a un nivel sin precedentes. El ejército francés se había convertido en un instrumento mucho más impresionante de lo que era en 1870 o en 1906, cuando se retiró Schlieffen. Ningún comandante responsable podría haber dejado expuestos sectores en los que supiera que los hombres de Joffre contaban con una fuerza formidable.

Dejando a un lado todo lo demás, cabe la posibilidad de que la visión de Schlieffen de una gran maniobra envolvente no pudiera llevarse a cabo, en modo alguno, con un ejército cuya movilidad dependía de los pies de sus hombres y los cascos de sus caballos. En el siglo xx se había producido una revolución en el poder destructivo de las armas, pero no con la misma intensidad en las tecnologías de la movilidad y la comunicación. En la era premotorizada, los defensores

demonstraron una capacidad de redesplegarse y reforzarse superior a la de los atacantes, si aprovechaban la red ferroviaria. Fue una ilusión colectiva desastrosa suponer que se podía dar con la fórmula para derrotar rápidamente a tres de las grandes potencias de Europa. Probablemente, en 1914 ni un Bonaparte podría haber logrado un resultado distinto. Como a tantos comandantes y sabios militares de la historia, la fatal limitación del conde Alfred Schlieffen fue que carecía de los conocimientos logísticos esenciales en todas las operaciones militares modernas: el peso diario del aprovisionamiento preciso para mantener a un ejército en el campo de batalla se había duplicado desde 1870. Más que un genio de la estrategia, Schlieffen demostró ser un fantasioso que trajo la perdición a sus necios discípulos.

El 1 de septiembre, la inteligencia francesa pudo confirmar el cambio de dirección de Kluck. Uno de los oficiales del Estado Mayor de Lanrezac recibió del frente una mochila cubierta de sangre. La habían cogido del cadáver de un oficial de la caballería alemana y contenía comida, ropa y papeles, además de un mapa. Este no solo reveló el despliegue de cada cuerpo del ejército de Kluck, sino que también tenía señalados, en líneas a lápiz, los campamentos previstos para aquella noche; todos al noreste de París. Era la confirmación de que París había dejado de ser el objetivo inmediato de Kluck. El ala derecha del ejército alemán estaba cruzando el frente aliado, exponiéndose a un contraataque.

Un torrente de señales interceptadas recalcó el agotamiento de las tropas enemigas, paralelo a la acumulación de dificultades de suministro y transporte. Los ejércitos de Moltke —y los caballos, cruciales para su logística— se vieron en graves apuros; estaban demasiado lejos de los términos de su red ferroviaria, y los animales estaban mal alimentados (en el mejor de los casos; en el peor, con problemas digestivos a consecuencia de una dieta de maíz verde). Se estaba evidenciando que las formaciones de la reserva alemana, a las que Moltke asignó un papel clave, solo a duras penas lograban cumplir con su cometido. Los hombres recién salidos de la vida civil eran tan inadecuados como sus equivalentes en el bando aliado, y carecían del debido apoyo de la artillería. En lo tocante al padecimiento de los animales, un mensaje descifrado pedía tres cargamentos de herraduras y tantos clavos como se pudieran encontrar para la división de la caballería de la guardia, en Noyon. Solo el 1.º Ejército de Kluck tenía 84.000 caballos, que necesitaban casi dos millones de libras de forraje al día: miles de animales flaqueaban o estaban a punto de caer. Había una notable escasez de los carros necesarios para transportar el heno.

También faltaban cirujanos veterinarios: aunque una simple brigada de infantería tenía 480 caballos, todos los veterinarios habían sido destinados a las unidades de caballería y artillería. Muchos caballos eran atendidos por hombres inexpertos, e incluso totalmente ignorantes, cuyos desacertados tratamientos

aceleraban el fallecimiento de los animales. Por su parte, la tecnología tenía un valor limitado, porque todos los ejércitos padecían a causa de la poca fiabilidad de unos vehículos a motor rudimentarios. El diario del teniente Edward Hacker, al mando de una sección del cuerpo de servicio de la FEB, describía un día de la retirada: «A uno de nuestros camiones (un Thorney), se le recalentaron los frenos y ardió. A otro (un Wolseley) se le embozó la entrada del aceite ... En un Halley rompimos un tubo de la gasolina y lo tuvimos que soldar».³² Esta clase de experiencias cotidianas eran habituales en las secciones motorizadas de todos los ejércitos que había en Francia, incluido el del káiser. Las posibilidades de uso eran escasas y disminuyeron rápidamente con la tensión de la campaña. Durante el avance alemán, todas las columnas infringieron radicalmente la regulación militar de tiempos de paz, según la cual los vehículos a motor solo debían recorrer cien kilómetros al día, para permitir el mantenimiento. En septiembre, dos terceras partes de los cuatro mil camiones de Moltke se habían averiado.

Las formaciones de Lanrezac estaban desplegadas ahora justo al sur del Aisne, unos cien kilómetros al noreste de París. El ejército de Manoury, cuya existencia seguían ignorando los alemanes, se concentraba al norte de la capital, a unos sesenta y cinco kilómetros. Y en alguna parte de la retaguardia de ambos estaba la Fuerza Expedicionaria Británica. La cooperación de esta era esencial para lanzar el golpe devastador que Joffre quería asestar contra el flanco abierto de Kluck. Si sir John French y sus hombres se limitaban a cruzarse de brazos mientras los ejércitos de Joffre avanzaban, se abriría entre ellos una brecha insostenible. «Pero yo no puedo pedirles [a los británicos] que hagan esto, después de no haber conseguido nada de ellos hasta ahora», escribió el general al ministro de la Guerra el 1 de septiembre, a lo que añadió, sombrío: «En cualquier caso, tampoco sé si lo aprobarían». Su problema principal, durante los días posteriores, mientras preparaba el contraataque, fue persuadir al comandante en jefe británico —estúpido hasta la saciedad y cargado con un resentimiento infantil— para que participase en la acción.

Afortunadamente para Joffre y la causa aliada, aquel día Kitchener dejó claro a sir John que bajo ningún concepto el gobierno británico consentiría una retirada unilateral, abandonando a Francia. Kitchener copió al comandante en jefe el telegrama que había enviado al gabinete de guerra el miércoles por la mañana: «Ahora, las tropas de French están en la línea de combate, donde permanecerán en conformidad con los movimientos del ejército francés, aunque al mismo tiempo vigilarán que, en ningún momento, sus flancos queden desprotegidos». Con el tiempo, al propio Kitchener no le cupo duda de que su conversación, y las instrucciones derivadas, fue decisiva para que sir John abandonara su intención de guiar a la FEB hacia la costa lo más rápido posible.

Tras haberse librado las batallas de septiembre, Gallieni pidió que se le reconociera haber ideado y ejecutado el plan de ataque. Era una exageración. Joffre estaba determinado a lanzar una contraofensiva en el norte antes incluso de que se nombrara a Gallieni. Ambos hombres llegaron, por caminos separados, a la misma conclusión, y Joffre estaba al mando. Pero la energía y el ingenio del gobernador fueron cruciales para concentrar al ejército de Manoury y, posteriormente, espolpearlo a combatir. Como símbolo de su contribución, se ha destacado la forma en que movilizó todos los recursos logísticos de la capital para hacer avanzar a la tropa: los legendarios «taxis del Marne». Requisó estos vehículos, sin duda, pero solo llevaron a 4.000 hombres —una sola brigada— a reunirse con los otros 150.000 del 6.º Ejército. Pese a todo, Gallieni merece un sitio entre las figuras inspiradoras del momento, cuando muchas vasijas más débiles se estaban resquebrajando.

Entre estas figuras, la principal, por supuesto, fue la de Charles Lanrezac. El 3 de septiembre, muy a disgusto, porque eran viejos camaradas, Joffre lo despidió. El comandante del 5.º Ejército fue *limogé*, por usar el término francés contemporáneo para los oficiales que eran cesados de sus puestos y enviados (figuradamente, si no en realidad) a los barracones de retaguardia de Limoges. A Lanrezac no le consoló el hecho de que, en aquellos días, Joffre purgara igualmente a muchos otros generales que habían exhibido una dirección deficiente: en total, se sustituyó a tres jefes de ejércitos, diez comandantes de cuerpos y treinta y ocho de división.

La noticia de estos cambios generales llegó pronto a la FEB. Sir John French estuvo encantado, aunque nadie merecía más que él el ser *limogé*. Los oficiales británicos más modestos también se alegraron: el 4 de septiembre, Guy Harcourt-Vernon oyó el rumor de que los ejércitos franceses de la zona contaban con nuevos generales «jóvenes y llenos de ardor». Le dijeron que, a los anteriores, los habían fusilado por cobardía: «Me pregunto si era cierto o no».³³ Era cierto, en parte. Joffre no fusilaba a los generales que fracasaban, pero autorizó un despiadado programa de ejecuciones de soldados ordinarios culpables de deserción o cobardía, *pour encourager les autres*. «Los hombres que abandonen sus unidades —escribió Joffre en un orden del 2 de septiembre—, si los hay, serán apresados y fusilados de inmediato.» Esta medida tuvo un efecto muy rápido y útil, al hacer que los hombres tomaran conciencia de las consecuencias más probables de abandonar el campo de batalla. En 1914, la mayoría del ejército francés demostró coraje y determinación, sobre todo si se toman en cuenta las espantosas experiencias que sus hombres vivieron en agosto. Pero su voluntad de combatir se vio fortalecida por las sanciones draconianas que los pelotones de fusilamiento se encargaban de ejecutar.

Lanrezac fue sustituido por el comandante más destacado de su propio cuerpo, Louis Franchet d'Espèrey, el fiero oficial que, tras distinguirse en los combates de

Dinant y Guisa, acabaría convirtiéndose en uno de los generales franceses más admirados de la guerra. Spears escribió que «su cabeza me recordaba al proyectil de un obús».³⁴ El primer discurso del nuevo comandante del ejército a su Estado Mayor, el 4 de septiembre, supuso una descarga de energía: advirtió que aquellos que fracasasen en su deber serían fusilados; que el 5.º Ejército tenía que prepararse para librar el combate de su vida. Con el estado de ánimo del momento, los camaradas compadecían a los ejecutados, pero pocos ponían en duda la necesidad de castigos extremos. Jules Allard era un antiguo gendarme, reclutado ahora como policía militar, que acompañaba al capellán y un abogado cuando comunicaban la sentencia capital a un soldado. Luego, los tres presenciaban la ejecución: «Rechaza que le venden los ojos. Él mismo da la orden de disparar; el doctor comprueba que esté efectivamente muerto. Muere como debería haber vivido».³⁵

El 3 de septiembre, Gallieni sacó tiempo de su cometido en la organización defensiva de la capital para visitar a unos pocos miembros del cuerpo diplomático que no se habían sumado a la huida a Bruselas. Lo recibieron cordialmente los embajadores estadounidense y español, advirtiéndole este último que él celebraría la victoria alemana. Su homólogo noruego no solo compartía tales simpatías, sino que sugirió que él mismo podría representar el papel de intermediario en el armisticio, cuando llegasen los alemanes.³⁶

Mientras tanto, el comandante en jefe pasaba las horas en su cuartel general, pensando en silencio, sopesando las circunstancias. Spears bosquejó una escena en Bar-sur-Aube, donde se había trasladado ahora el cuartel general: «Joffre pasó toda la sofocante tarde sentado a la sombra de un fresno de follaje colgante, en el desierto patio del colegio donde trabajaba el equipo. De vez en cuando llegaba un rumor de voces a través de las ventanas abiertas de las clases; a ratos se oía el timbre del teléfono y, esporádicamente, un tono más elevado rompía el monótono silencio cuando un exasperado oficial trataba de hacerse oír a través de una mala línea. Pero en el patio, ningún movimiento; nada más que olas de calor que se levantaban del ancho espacio de gravilla donde estaba pensando un gran hombre».³⁷ Gallieni despachó un mensaje para Manoury, ordenando que el 6.º Ejército estuviera listo para atacar al día siguiente, el día 5. Pero ¿era posible? ¿Colaborarían los británicos en una operación así?

Los augurios no eran buenos. Haig escribió a su esposa el 3 de septiembre: «Los franceses son muy poco de fiar. No se puede creer uno ni una palabra de lo que dicen».³⁸ Al día siguiente le dijo a sir John French que su propio cuerpo estaba agotado: «Podíamos aguantar una posición, pero ellos no podían atacar ni moverse “a paso ligero”. Smith-Dorrien llegó y coincidió con todo lo que yo había dicho. Sir J. Fr. estuvo de acuerdo en que [la FEB] debía retirarse de inmediato por detrás

del Sena, para recomponerse».³⁹ Aquí estaba el comandante en jefe británico, cuatro días después de la reunión en la que Kitchener había insistido en que la Fuerza Expedicionaria Británica debía permanecer en el frente junto a los franceses, ansioso aún por separarse de ellos.

El 4 de septiembre, Franchet d'Espèrey dejó su cuartel general —donde a fe que ya tenía bastante de qué ocuparse— para dirigirse a Bray a celebrar una primera reunión con sir John French. Al llegar y no ver señales de los británicos, se enfureció. Al fin apareció Henry Wilson, excusándose por la ausencia de su jefe. Franchet d'Espèrey explicó que su propio ejército atacaría al día siguiente. ¿Marcharían los británicos en su flanco izquierdo? Wilson afirmó que no podía comprometerse en nombre de su jefe. El francés se marchó sulfurado, como bien cabía esperar. Murray, el jefe del Estado Mayor de la FEB, ya estaba inmerso en unas tensas discusiones con Gallieni y Manoury a propósito del cuándo y dónde exactamente atacaría el 6.º Ejército; el hecho de que hubiera desarrollado un profundo disgusto hacia el gobernador de París no facilitaba las cosas. El día 4, por fin, trazaron un plan que requería un día de retraso —hasta el día 6— para que los británicos se retirasen unos kilómetros más, dejando espacio para que el 6.º Ejército se desplegara un poco más hacia el este y atacase el sur del río Marne. Joffre y Franchet d'Espèrey habían previsto avanzar el 5 de septiembre en un frente mucho más ancho, desde el emplazamiento aproximado en el que se hallaban los ejércitos, al norte del Marne.

Por casualidad, el día 4, representantes de los gobiernos británicos, francés y ruso quisieron enfatizar su solidaridad firmando un acuerdo —la declaración de Londres— en virtud de la cual prometían no pactar por separado una paz con Alemania. En gran medida, había sido una iniciativa promovida por el temor de los rusos a que los terribles apuros de Francia pudieran llevar a su gobierno a tirar la toalla. Pero los franceses tenían sus propias preocupaciones, a consecuencia de la lamentable actuación británica. Aquella misma tarde, en el campo de batalla, el coronel Huguet informó al GQG de que sir John French había decidido continuar con la retirada de la FEB los días 5 y 6 de septiembre, alegando que aún tenía que reflexionar sobre el plan de ataque de su aliado. Se entendería que Joffre, Franchet d'Espèrey, Manoury y Gallieni hubieran deseado ver al comandante en jefe británico en el fondo del mar; y, en privado, seguro que se dijeron tal cosa.

El día 4 a las 8 de la tarde, Joffre estaba cenando en Bar-sur-Aube su plato preferido, *gigot à la Bretonne*, en el tenso, deprimido y pesimista ambiente que angustiaba a su equipo. Un oficial irrumpió de repente «con el uniforme negro, gris por el polvo, igual que el rostro y la barba. Tenía polvo hasta en los ojos, irritados, que parpadeaban molestos frente a la luz. Dio un paso adelante, saludó y dijo: “*Mon général*, el general Franchet d'Espèrey me ha pedido que le diga que los ingleses

están preparados para asumir la ofensiva”». ⁴⁰ Aunque a regañadientes y tarde, sir John había accedido a seguir las instrucciones de su gobierno. El comandante en jefe levantó los brazos al cielo. «Entonces, ¡podemos ponernos en marcha!», exclamó. Aunque el relato de Spears sea exageradamente dramático, capta bien el tono. De algún modo, Murray y Wilson habían convencido al mariscal de campo, de escasa estatura, de que los británicos debían al menos presentar apariencia de cooperación con la ofensiva francesa. Joffre decretó que la carga aliada en el Marne comenzaría el 6 de septiembre. A las 9.15 de la noche, sir John French telegrafió su aprobación oficial a la participación de la Fuerza Expedicionaria Británica.

Aquel mismo día, Kluck había enviado un mensaje al mando supremo alemán: «A consecuencia de las dificultades y los combates incesantes», dijo, su ejército «había llegado al límite de sus fuerzas ... Se desean con urgencia refuerzos rápidos». Con aquello, Kluck estaba admitiendo, casi explícitamente, que el triunfalismo de sus palabras y acciones de la semana pasada había estado fuera de lugar. Walter Bloem describía así el estado de su compañía: «[Sin] lavarse durante días ... los rostros cubiertos con las barbas sin afeitar, parecían salvajes prehistóricos. Llevaban abrigos cubiertos de polvo y salpicados de la sangre de vendar a los heridos, ennegrecidos por el humo de la pólvora y rasgados por los arbustos espinosos y las alambradas». ⁴¹

En la tarde del 4 de septiembre, Moltke había abandonado definitiva y explícitamente la idea de Schlieffen: reconoció la amenaza francesa contra su ala derecha, aunque aún no su gravedad. Decretó que los últimos grandes ataques de la guerra tendrían lugar en el centro y a la izquierda de la línea alemana, para conseguir rodear Verdún. Apremió a Kluck y Bülow para que cooperasen estrechamente entre ellos y ordenó que el 1.º Ejército quedara encarado hacia París, por si los aliados contraatacaban desde allí. Kluck hizo caso omiso de las imprecisas directrices del jefe del Estado Mayor y se equivocó otra vez al perseguir a Lanrezac. Hausen, al mando del 3.º Ejército, informó en aquella tarde del día 4 de que había dado un descanso a su ejército hasta el día siguiente, lo que significaba que no podría cooperar con el ataque planeado por Bülow. Moltke no puso objeciones, pero una vez más, la lentitud alemana les hizo perder una buena oportunidad: si Hausen hubiera seguido adelante, podría haberse adentrado en la brecha abierta entre las fuerzas opuestas de Ferdinand Foch —ahora al mando del recién creado 9.º Ejército— y Langle de Cary; pero no lo hizo. De este modo, los invasores de Francia se cavaron su propia tumba.

La guerra no se detuvo mientras los aliados se preparaban para lanzar su ofensiva. Seguían sumándose muertes en casi todos los frentes, casi cada hora; los franceses tuvieron que luchar con dureza para resistir un gran ataque alemán en la

Couronné de Nancy, al mismo tiempo que el 6.º Ejército se congregaba en el norte. Charles Péguy —un famoso poeta, socialista y editor— recibió un tiro en la cabeza en Villeroy el 4 de septiembre, a los cuarenta y un años, y su muerte se convirtió en un símbolo del sacrificio francés,⁴² igual que la imperturbable imagen de «Papa» Joffre pronto se distinguió como encarnación de la firme voluntad de resistencia del país.

Por descontado, nadie, en ningún bando, sabía que los alemanes habían llegado al límite de su avance en Francia. La anciana señora Lemaire, íntima amiga de Proust y organizadora de uno de los grandes salones artísticos de París, estaba en su castillo de Reveillon (Sena y Marne) el 5 de septiembre cuando llegó a la zona la vanguardia enemiga. Ella estaba paseando por el jardín con su hija Suzette cuando apareció un oficial de la caballería alemana, que saltó la valla y detuvo el caballo a sus pies. El intruso se colocó un monóculo en el ojo y gritó: «Quería ver a Madeleine Lemaire, ¡y ahora ya lo he hecho!». Tiró de las riendas y se fue. Era un vívido ejemplo de la hermandad entre las clases cultas europeas;⁴³ aquella noche, una unidad alemana ocupó la casa.

Al mismo tiempo que numerosas tropas salían de París hacia el frente y los hombres de Manoury ocupaban sus nuevas posiciones, persistía la incertidumbre con respecto a los despliegues exactos del 5.º y 6.º Ejército, así como de la Fuerza Expedicionaria Británica. A primera hora de aquella tarde, Joffre condujo hasta el castillo de Vaux-le-Pénil, en Melun, donde se alojaba sir John French. La historia que viene a continuación, en un brillante —aunque exagerado— relato de Spears, se ha contado ya muchas veces, pero sigue siendo indispensable en cualquier texto sobre 1914. Al entrar en el vestíbulo, Joffre intercambió saludos con el pequeño grupo de oficiales franceses y británicos allí presentes, con todos los hombres aún en posición de firmes. «De repente —escribió Spears— empezó a hablar con esa voz suya tan característica, baja, apagada y sin color, afirmando que había considerado su deber acudir a dar las gracias personalmente a sir John por haber tomado una decisión de la que podía depender el destino de Europa.»⁴⁴ El mariscal de campo inglés se inclinó.

Entonces Joffre expuso su plan:

Estábamos pendientes de cada una de sus palabras. Veíamos, a medida que él lo evocaba, el inmenso campo de batalla en el que los cuerpos, arrastrados por el magnetismo de su voluntad, se movían como piezas de una intrincada maquinaria hasta encajar en sus lugares previstos. Vimos trenes en largas procesiones penando bajo el peso de su carga humana; grandes montañas de proyectiles amontonados a los lados de los cañones, ya preparados y silenciosos ... Joffre parecía estar señalándonos a los alemanes: obcecados en su error, se apresuraban hacia su destino; sus ingentes, colosales y polvorientas columnas corrían hacia el precipicio por el que pronto rodarían. Como a un profeta, se le escuchaba con auténtica fe. Estábamos escuchando la historia de la victoria del Marne y nos la creímos por completo ... Luego, se volvió directamente hacia sir John y, con un atractivo tan intenso que resultaba irresistible y las manos

unidas con tanta fuerza que iba a hacerse daño, el general Joffre dijo: «*Monsieur le Maréchal, c'est la France qui vous supplie*». Dejó caer las manos a los lados, exhausto. El esfuerzo realizado lo había agotado.

Testigos franceses atribuyeron otras palabras a Joffre: «*Il y a de l'honneur de l'Angleterre, Monsieur le Maréchal!*». Esta frase, en la que advierte que el honor de Gran Bretaña estaba en juego, habría sonado menos a súplica y, por lo tanto, resulta más creíble. De lo que no cabe duda es de que Joffre apeló apasionadamente a sir John. El comandante en jefe británico se esforzó por responder algo en la lengua del francés. Luego, abandonando el intento, se volvió hacia el oficial de su equipo: «Maldita sea, no puedo explicarme. Dígale que todo cuanto nuestros hombres puedan hacer, lo harán». Con esta observación, los dos comandantes en jefe se separaron.

Aunque esta versión del encuentro supone una lectura irresistible y el final anotado por Spears ofrece una culminación convenientemente conmovedora, la realidad fue más cruda. La participación británica en la ofensiva del Marne sería muy secundaria, muy lenta, y de una desgana vergonzosa incluso en los testimonios de participantes británicos. Lo mejor que se pudo decir al respecto es que las tropas de sir John ocuparon su puesto en el frente, mientras las formaciones vecinas de Manoury y Franchet d'Espèrey, junto con el 9.º Ejército de Foch, libraban las batallas. Durante aquellos días, sobre todo entre el 1 y el 5 de septiembre, la personalidad de Joffre mantuvo una tranquila determinación que, por sí sola, permitió detener y luego invertir en parte las enormes y crueles derrotas de agosto. Fueran cuales fuesen los fracasos y decepciones que les esperaban, cuando los aliados iniciaron lo que se conocería como la batalla del Marne, Joffre demostró ser un gran comandante militar. A última hora del 5 de septiembre, Gallieni telegrafió a sus fuerzas con una exaltación sin límite: «*Demain, en avant!*».

10

La Némésis de Moltke

I. El Marne

Antes de embarcarse en su gran ofensiva occidental —o, de hecho, en la guerra —, los alemanes deberían haber sopesado el hecho de que, a lo largo de la historia, solo raramente ha habido una resolución rápida de conflictos entre bandos aproximadamente iguales. Incluso los triunfos de Marlborough en las batallas contra los franceses, y de Bonaparte sobre sus muchos enemigos, resultaron inconcluyentes. La victoria de Wellington en Waterloo y de Moltke el Viejo en Sedán fueron excepciones al curso más general de la guerra. Los ejércitos de 1914 estaban equipados para causar en sus enemigos una terrorífica destrucción material y humana, pero la tecnología del transporte no estaba al mismo nivel. Peor aún: las masas de la vasta movilización habían pasado a exceder la capacidad de sus comandantes de comunicarse con ellas rápidamente.

Las radios, disponibles desde hacía menos de una generación, eran pocas y pesadas, y estaban reservadas a los cuarteles generales de mayor nivel; carecían del suficiente alcance y fiabilidad. Los aparatos de «chispa» de 1914, además, no podían sintonizar ajustadamente, por lo que las señales se dispersaban por todas las frecuencias de onda larga conocidas y, por lo tanto, era fácil interceptarlas. La tecnología de válvulas, que posibilitó la transmisión en banda estrecha, no se inventó en Estados Unidos hasta 1913 ni tuvo gran uso en Europa hasta dos años después. Por otro lado, muchos de los códigos empleados por los beligerantes eran descifrados por sus enemigos. En posiciones estáticas, se podía acceder a las formaciones por medio del telégrafo o el teléfono; pero en movimiento, solo podían recibir mensajes a través de mensajeros que, a veces, usaban automóviles, pero en muchos casos aún iban a caballo.

Cuando más ambiciosos eran los objetivos de un general —y los del ejército alemán, en 1914, eran de una ambición suprema—, más difícil resultaba controlar los movimientos de sus hombres. Había un retraso inevitable de varias horas —e incluso varios días— entre la emisión de las órdenes y su traslado y ejecución en un espacio de miles de kilómetros cuadrados de actividad operativa. Una vez que una formación se comprometía a actuar de una determinada manera, a menudo era tan difícil modificarla como lo sería gobernar un acorazado desde el puente enviando marineros a mover los timones a mano. La inversión de la suerte de Alemania que se produjo en los primeros días de septiembre se debió, sobre todo, a la inmensa falacia de Schlieffen, y en menor grado a la falta de firmeza del liderazgo de

Moltke; pero también a las dificultades técnicas de dirigir los movimientos de seis ejércitos alemanes que combatían en suelo extranjero. Las derrotas y retiradas de French tuvieron al menos el efecto compensador de que permitieron a Joffre aprovechar, con gran beneficio, el sistema de comunicaciones de su propio país.

Es característico de la guerra, sin embargo, que los comandantes solo vean todas las dificultades de su propio bando. Especialmente los británicos, en el ánimo del momento, no supieron comprender que sus oponentes estaban en un problema cada vez mayor. El plan de guerra de Alemania requería que millones de hombres —muchos de ellos, recién salidos de una cómoda vida civil— recorrieran a pie vastas distancias por la Europa occidental, llevando cargas pesadas en el calor del verano. En los primeros días de septiembre, los invasores de Francia hallaron que sus columnas perdían cohesión, pues los soldados más débiles marchaban con más lentitud y los rezagados se quedaban atrás. Se malgastaba tiempo y energía en errores en la lectura de mapas, órdenes traspapeladas y cambios de objetivo. Las unidades se adelantaban unas a otras por la carretera y perdían consistencia. La falta de sueño y la negativa a detenerse regularmente se cobraron un precio aún más alto. El historiador de un regimiento alemán deploraba que, por un mando confuso, las líneas de marcha aumentaran el cansancio de los hombres al optar por caminos demasiado poco rectos y poco convergentes.

Los dos primeros días de septiembre pasaron sin que un solo mensaje del 1.º o 2.º Ejército llegara al cuartel del alto mando alemán (Oberste Heeresleitung u OHL). En la tarde del día 1, Moltke envió una pregunta a Kluck: «¿Cuál es su situación? Requiere respuesta inmediata», pero no recibió ninguna. El 4, un mensaje enojado de Kluck para Moltke se demoró dieciséis horas en la transmisión. A través de todo este período de crucial importancia, las fuerzas de Joffre se estaban concentrando en el norte. El 23 de agosto —el día de Mons— los tres ejércitos del ala derecha alemana constaban de 24,5 divisiones, frente a 17,5 unidades aliadas. Cuando Joffre completó el nuevo despliegue, el 6 de septiembre, pudo asignar a su ofensiva del Marne cuarenta y una divisiones. Para lograrlo, debilitó enormemente el frente del sur; pero las poderosas fortificaciones francesas de preguerra compensaban la inferioridad numérica. En Alsacia-Lorena, la responsabilidad del ataque recaía ahora sobre los alemanes. Un mes de guerra del siglo XX ya había puesto de relieve las ventajas de las que disfrutaban los defensores, sobre todo si tenían posiciones preparadas.

Uno de los errores más graves de Moltke fue acceder a la petición de Rupprecht, el príncipe heredero de Baviera, de extender hacia el oeste el éxito de su ejército en Morhange. Moltke maldijo a la dinastía reinante, que no solo le suponía la carga del káiser, sino también, como comandantes del ejército, de dos principitos y un gran duque. Gruñía: «Joffre es un afortunado; en Francia, un príncipe no

significa nada». Afirmaba estar incapacitado para destacar a oficiales de enlace que informaran directamente al OHL desde los cuarteles generales de los ejércitos porque su presencia sería mal recibida.

Pero pese a todas las excusas de Moltke, la culpa principal del caos debe achacársele a él. Vacilaba sin cesar; primero dio su aprobación a la ofensiva de Rupprecht, pero dos días después afirmó que solo quería «dejar clavados» a los franceses en el frente de la Lorena. Aun así, Rupprecht cargó adelante, con la determinación de asaltar la cadena montañosa, de un millar de metros de altura y muy fortificada, conocida como la Grand Couronné de Nancy. A lo largo de los primeros días de septiembre, la ofensiva del príncipe causó mucha inquietud a los franceses. Al norte de la ciudad, los alemanes ganaron terreno hasta la sierra larga y baja que protegía Verdún, creando lo que más adelante se conoció como «saliente de Saint-Mihiel». Pero en el terreno elevado de la propia Couronné, Castelnau —«la roca», como se le apodó— se defendió con una obstinación admirable.

El asalto principal a este objetivo empezó en la noche del 3 de septiembre, y dio origen a combates salvajes, mientras enjambres de figuras vestidas de gris campaña se esforzaban por llegar a las alturas. Se conquistaron y reconquistaron posiciones claves, de modo que los muertos de los ejércitos rivales quedaban mezclados entre un caos de armas abandonadas, munición suelta y pertrechos. Las bajas fueron especialmente graves entre los oficiales alemanes. La defensa pendía de un hilo y, en la tarde del 5, Castelnau instó a una retirada estratégica. Joffre rechazó la solicitud, insistiendo en que el 2.º Ejército debía aguantar. Entregado a su gran contraofensiva en el norte, siguió privando de divisiones a Castelnau, incluso mientras estaba por decidir el resultado de Nancy. El 7 de septiembre, los alemanes tomaron una población clave, SainteGeneviève, y los franceses la reconquistaron en una batalla que continuó aun después de la puesta de sol.

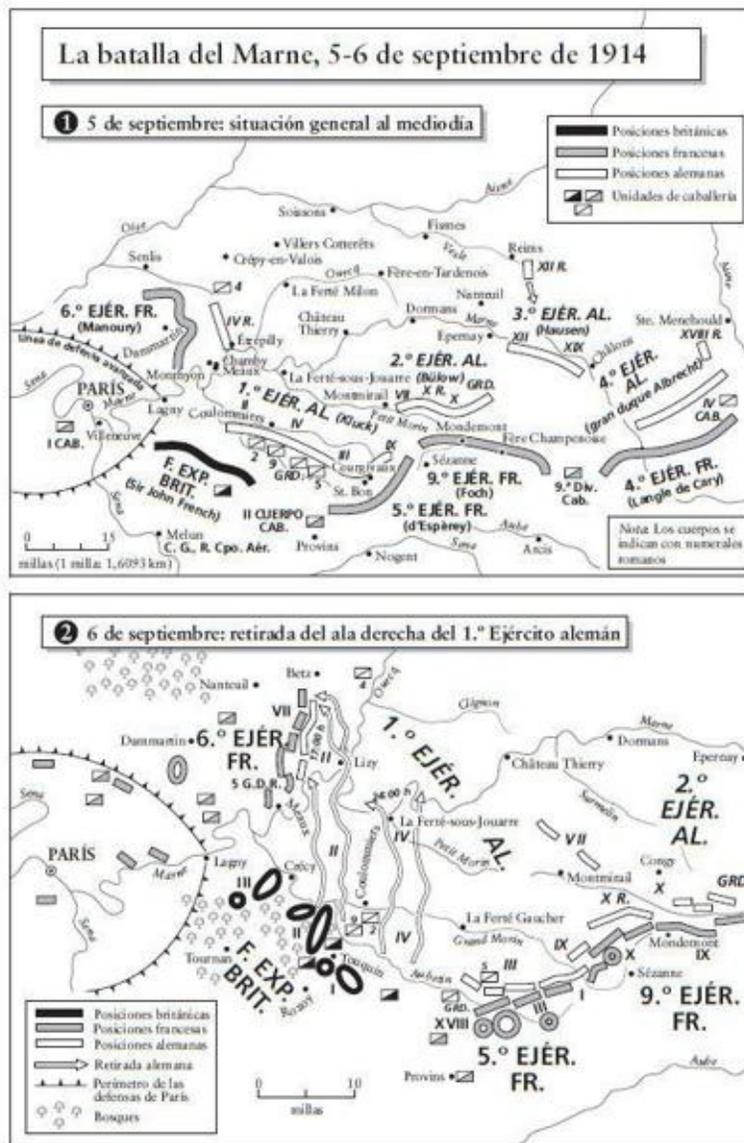
Aquel mismo día, el destacamento del fuerte de Troyon, de 450 hombres, repelió una masiva acometida alemana. En estos choques, el cuerpo de Baden sufrió diez mil bajas; los asaltos frontales costaban a los alemanes tantas vidas como a los franceses. El 10 de septiembre, Castelnau contraatacó, hizo replegarse a los alemanes varios kilómetros y se apoderó, en Lunéville, de enormes montones de suministros. La línea del Meurthe quedó controlada, y Nancy, salvada. Los hombres de Rupprecht volaron los puentes del río, sabedores de que no volverían a necesitarlos con urgencia. Un regimiento bávaro perdió a un millar de hombres durante el repliegue, el 11 de septiembre. El jefe del Estado Mayor de Rupprecht culpó del fracaso de Nancy a los repetidos cambios de opinión de Moltke. En verdad, este último nunca debería haber dado su aprobación al intento. Si los franceses estaban obligados a combatir de forma desesperada y simultánea en varios frentes, también los alemanes; y la división del esfuerzo contribuyó a su

inminente fracaso estratégico.

Los ejércitos de Joffre que mantenían el frente del centro y el sur se comprometieron a fondo en la ofensiva septentrional de Francia. La desafiante expresión *Ils ne passeront pas* no se aplicó en Verdún hasta 1916, pero también se podría haber acuñado en septiembre de 1914, cuando los alemanes batieron por primera vez las puertas de la gran red de fortalezas. Si los ejércitos de Castelnau y su grupo vecino de más al norte se hubieran venido abajo, todo lo conseguido en el Marne habría sido en vano. Obligar a Rupprecht a echarse atrás en la Grand Couronné fue tan grave, para Alemania, como lo había sido el desastre de Morhange para Francia. La posteridad le ha prestado mucha menos atención de la que merece porque, en aquellos mismos días, se desarrollaban más al norte acontecimientos que han sido más celebrados.

A principios de septiembre, los fallos en la inteligencia volvieron a ejercer una influencia crítica sobre los acontecimientos; y se trató de fallos alemanes. El ejército de Kluck marchaba hacia el sur y su flanco derecho circunvalaba París por el oeste, a unos cincuenta kilómetros. Sus aviones de reconocimiento informaron de la retirada hacia el sur de grandes columnas del enemigo. Los alemanes no miraron —o no con la atención precisa— hacia el oeste; y los comandantes hicieron caso omiso de los informes de algunos pilotos, que hablaban de concentraciones francesas delante de París y por detrás del flanco de Kluck. Allí el 6.º Ejército, de Manoury, estaba reuniendo a 150.000 hombres. El general era un artillero retirado, de sesenta y seis años, al que volvieron a llamar en 1914; ahora dirigía siete divisiones de la reserva. Los comandantes alemanes, convencidos de que los franceses (y también, aunque era de menor importancia, los británicos) eran enemigos derrotados, siguieron sin prestarle atención; simplemente se peleaban entre sí sobre el mejor modo de sellar su triunfo. Kluck insistió en la persecución de la Fuerza Expedicionaria Británica y el 5.º Ejército, pero continuó sin atraparlos.

Mientras Joffre aún estaba intentando engatusar a sir John French para que luchara, Manoury comenzó a ganar terreno hacia el este, apiñando al flanco derecho de Kluck a lo largo del río Ourcq, tributario del Marne. Al ver el agotamiento y la desmoralización de los hombres, les parecía increíble que el ejército fuera capaz de emprender un ataque de consideración. Unos pocos expusieron una protesta formal ante sus comandantes, que la descartaron. El 6 de septiembre, el 5.º y 6.º Ejército empezaron a avanzar.



El primer héroe de las batallas del Marne —pues fueron muchas, a lo largo de un frente de más de 150 kilómetros— fue un alemán. Para patrullar por su retaguardia (de cara a París, en posiciones centradas en las colinas de Monthyon, al noroeste de Meaux), Kluck solo había dejado un cuerpo de escasa fortaleza: 22.800 reservistas al mando del general Hans von Gronau. Cuando las vanguardias de Manoury se encontraron con los alemanes, Gronau contuvo su avance exhibiendo sus dotes como general de soberbia energía, pese a que sus números eran muy inferiores. La artillería alemana frenó el impulso del 6.º Ejército y la sorpresa se perdió. Entonces Gronau se retiró diez kilómetros y, justo antes de la medianoche del 6, informó al cuartel del ejército de que venía Manoury. Su propio cuerpo sufrió 4.200 bajas, pero aportó una ayuda crucial que impidió que los alemanes se derrumbaran de golpe. Kluck adoptó una decisión trascendental, drástica e

inmediata: hizo virar todo su mando para enfrentarse a la nueva amenaza y luego contraatacar.

Entre tanto, el 5.º Ejército, de Franchet d'Espèrey, marchaba contra Bülow; y algunos de sus oficiales aún estaban imbuidos del espíritu temerario de agosto. El general Philippe Pétain cabalgó en persona hacia el frente para dirigirse a sus regimientos. Declaró que la retirada había concluido: iban a atacar. Lo presentó como una buena noticia y algunos de sus oyentes parecían dispuestos a creer en sus palabras. Pero en la mañana del 6, cuando se ordenó a los hombres avanzar contra el primer objetivo, la aldea de Saint-Bon, se arredraron. Pétain desmontó de su caballo, se apresuró a unirse a la infantería en la primera línea y capitaneó en persona la embestida; contra todas las probabilidades, sobrevivió. Saint-Bon se tomó; los cañones franceses se echaron adelante y se desplegaron de nuevo. Pronto, la infantería renovó la acometida. La división de Pétain disfrutaba de la pequeña ventaja de poseer un avión de reconocimiento propio. Su comandante de artillería, el coronel Estienne, lo había trocado por un carro de municiones y ahora lo aprovechaba para identificar blancos para sus cañones.

El conde Louis de Maud'huy, general y comandante del cuerpo, había nacido en Metz y abandonó la ciudad en 1870, después de que los prusianos la tomaran. Era un católico devoto que, en aquel momento, hizo la promesa —que cumplió— de que no volvería a entrar en un lugar de entretenimiento, como un café, una sala de conciertos o un teatro, hasta que la tricolor ondeara de nuevo sobre Alsacia-Lorena. Douglas Haig describió a Maud'huy con la condescendencia que mostraba hacia casi todos los franceses: «Un hombre pequeño y activo, de unos cincuenta y ocho años, con el pelo rubio rojizo, ¡probablemente teñido! Sin duda recuerda al francés típico que uno veía en la escena en el período de Luis XIV».¹ Maud'huy había sobrevivido al baño de sangre de Morhange, dos semanas atrás, y ahora ansiaba guiar a sus divisiones a la victoria, al precio que fuera. Y fue un precio elevado: el primer día del Marne, en una brigada hubo seiscientos muertos.

Después de las desoladoras experiencias del 5.º Ejército el mes anterior, fue un milagro que Franchet d'Espèrey convenciera a sus hombres de avanzar lo más mínimo; y, en un número al menos suficiente de casos, exhibir la energía que resultaba vital para el éxito. Más adelante, Kluck comentó, con admiración: «Que hombres que han tenido que retirarse durante quince días, han tenido que dormir en el suelo, medio muertos del agotamiento, pudieran, al son del clarín, coger los fusiles y atacar, era algo con lo que los alemanes nunca habíamos contado; una posibilidad que, en nuestros centros de estudio militar, nadie había llegado a sopesar».

Pero el 6 de septiembre fue un día de nuevas masacres, y la ofensiva de Joffre vivió un miedo mortal. Un regimiento al que se ordenó tomar el pueblo de

Vareddes retomó la táctica de agosto de avanzar por detrás de la bandera, al son de los tambores. En la primera media hora cayeron veinte oficiales; el coronel Chaulet, su comandante, resultó herido en el brazo y el hombro, pero se quitó la guerrera rasgada y ensangrentada y, a pecho descubierto, encabezó una carga con bayoneta a lo largo de unos 1.400 metros de campo despejado. El pueblo de Chambry cambió de manos por tres veces hasta que, el caer la noche, los atacantes zuavos se hicieron con el control; el camposanto estaba repleto de los cadáveres de sus hombres, de vistosos ropajes. Se dijo que una brigada marroquí decapitó algunos cuerpos de alemanes, y la historia de las tropas coloniales francesas lo hace creíble, igual que algunos relatos similares sobre los *gurkhas* británicos. El teniente Paul Tuffnau, oficial de la reserva de veintisiete años, vástago de una familia de vinateros de Burdeos, observó el avance de los franceses por un campo de remolachas:

Marchan hacia delante de un modo magnífico, pero demasiado rápido, demasiado cerca unos de otros ... Avanzamos con ellos, pero mis ametralladoras van mucho más atrás. Finalmente viene Chamoutin, muy disgustado: «Pobre Maire ... Una bala en el corazón». Algunos hombres intentan escabullirse hacia la retaguardia, escondidos entre las remolachas. Me acerco a ellos y los amenazo con la pistola. Afirman que están heridos o ayudando a un herido. Silban balas sin descanso, desde todas las direcciones. Cuesta mucho hacer que los hombres se pongan en pie.²

Aunque Tuffnau se enfadaba con los responsables de las ametralladoras, instándolos a seguir adelante, estos se negaron.

La carga se frena, se detiene. Mulleret, el portaestandarte, está tirado de espaldas en el otro lado de la carretera, con la cabeza en un saco. Por detrás de un almiar, veo la bandera, unos pocos hombres y el coronel, que tiembla como una hoja, con la guerrera abierta, el brazo derecho en cabestrillo y la camisa cubierta de sangre.

Yo estoy vendando a Mulleret, que está herido por debajo del hombro izquierdo. Tiene los ojos cerrados y, todavía, algún color en el rostro. «¿Eres tú, *Tuffra*?» Me toma de la mano y la aprieta con fuerza. «¿No me dejarás, verdad? ... Desabróchame el cinturón, por debajo de la camisa ... Llevo algo de oro en el cinturón. Déjalo, pero coge mi pistola»

Al poco tiempo, el regimiento lanzó otra carga, entre una tormenta de mosquetería y proyectiles. Una vez más, Tuffnau se halló teniendo que luchar para que sus hombres no huyeran:

«¡Alto! ¡Media vuelta! ¡Adelante!» No dejo de gritar, y estos bravos soldados en efecto se dan la vuelta. Veo a Dumesnil, que sostiene la bandera. Cerca de mí, un sargento se arranca con *La Marsellesa* y todo el mundo se suma. Pero el estruendo, increíble, ahoga el cántico de Valmy.

Uno por uno fueron arrastrándose hasta la retaguardia. Cuando el sol se puso por detrás de la línea francesa, Tuffnau cayó dormido en una trinchera. Al anochecer del 6 de septiembre, en el ala izquierda de los franceses, el 6.º Ejército

había adelantado entre tres y cinco kilómetros. Al otro lado del frente, en la lejanía, la oscuridad quedaba rota por el resplandor de las aldeas en llamas, incendiadas durante los combates del día. Más al este, el 5.º Ejército se esforzaba por mantener unas conquistas modestas bajo el bombardeo alemán: en cada uno de los días del Marne, los cañones de Moltke gastaron más munición que la empleada por los prusianos en toda la guerra de 1870. Charles Mangin, uno de los comandantes de división de Franchet d'Espèrey, se adelantó corriendo hasta el pueblo de Courgivaux para detener a los soldados franceses que huían de los proyectiles alemanes y convencerlos de que resistieran. Sus hombres se quejaban de que llevaban dos días sin comer.

Al tiempo que las fuerzas de Manoury y Franchet d'Espèrey ganaban algo de terreno, en el resto de los lugares, los asuntos franceses eran poco prometedores. El recién formado 9.º Ejército de Foch defendía una línea montañosa a un centenar de kilómetros al sureste de París, por detrás del Petit Morin, un río con una alameda de ribera, en las marismas de Saint-Gond. Era una zona desolada y poco atractiva, atravesada tan solo por unos pocos pasos elevados. Los soldados de a pie podían vadear con el agua por la cintura, pero los vehículos no podían cruzar las marismas. Foch, hijo de un funcionario civil de Tarbes, que en 1914 contaba sesenta y tres años, era famoso por su inteligencia, autoritarismo, decisión y expresión monosilábica; pero también era uno de los pocos oficiales franceses que hablaba inglés con fluidez. Por fortuna para los que necesitaban comprender sus deseos, tuvo como jefe del Estado Mayor al coronel Maxime Weygand, al que pronto apodó «mi enciclopedia». Weygand interpretó con brillantez las órdenes y frases cortadas de Foch, y ambos formaron un equipo histórico. El ala izquierda del 9.º Ejército debía emprender un ataque nocturno por las marismas, en la madrugada del 6 de septiembre, encabezado por una brigada marroquí. Justo antes del amanecer, mientras marchaban subiendo por el camino de Congy, rompieron la oscuridad el resplandor de los reflectores alemanes y un torrente de fuego. El avance francés quedó paralizado.

Los alemanes, entre tanto, atacaban en otros puntos por propia iniciativa, subiendo las colinas del sur de las marismas. Al amanecer, un cuartel de división emplazado en el *château* de Mondement fue objeto de un intenso fuego de artillería. Mientras el comandante local de los franceses —el general Humbert, de magnífica apariencia, con su monóculo— observaba el desarrollo de los combates por medio de sus prismáticos, desde una ventana, el propietario del castillo, cierto señor Jacob, levantaba periódicamente la trampilla del sótano en el que se habían refugiado él y su familia para preguntar por el estado de la batalla. Jacob, que sufría del corazón, murió a los pocos días, incapaz de resistir las desagradables emociones que había sufrido.

Más al norte, la infantería de Foch pasó el día medio hundida entre las marismas: cada vez que intentaban salir por el costado oriental, las ametralladoras alemanas los diezmaban. A las 4 de la tarde, se ordenó la retirada del regimiento atacante, tras perder a un tercio de sus hombres. Otra unidad huyó bajo el fuego enemigo, en Villeneuve. Se hizo formar a sus hombres, se les dio una reprimenda feroz y se los envió de vuelta a la batalla. Una diferencia común a todos los soldados de Joffre fue que el *poilu* seguía resistiéndose, por razones culturales, a usar la pala; y lo pagaron caro. Más adelante, Weygand afirmó: «El soldado francés no sabía nada de las trincheras. Nadie le había enseñado cómo cavar para protegerse, al menos de manera sistemática. Cuando había que hacerlo, te tocaba aguantar su disgusto». Maurice Gamelin se mostró de acuerdo: «La idea de organizar cualquier tipo de defensa despertaba en ellos una repugnancia casi innata; se creía que cavar un hoyo era un gesto deshonesto para unos combatientes leales que, en el fondo de su corazón, ansiaban ofrecerse al peligro con el pecho descubierto. Era algo instintivo, que parecía haber llegado a nuestra era de las máquinas y la guerra económica implacable como herencia de la temeraria caballería de Agincourt o las refinadas gracias de Fontenoy». Los alemanes, en cambio, nunca se avergonzaron de atrincherarse en cada alto. Mientras continuaban avanzando con fuerza hacia la carretera de Sézanne, en el extremo occidental de las marismas de Saint-Gond, nadie dudaba de que, en el frente de Foch, la batalla les era favorable.

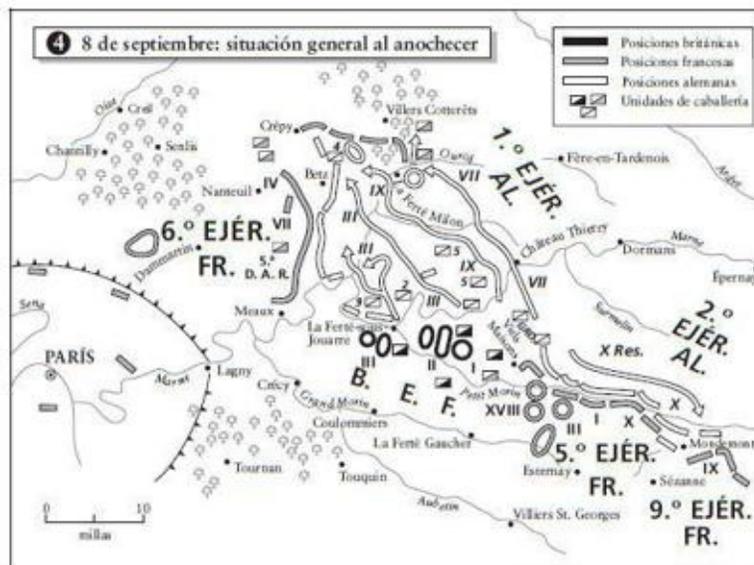
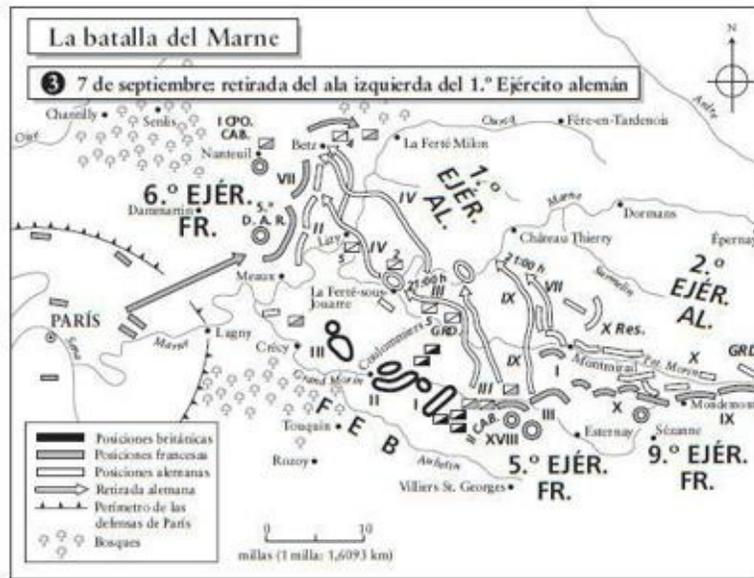
Sin embargo, con mucho, el acontecimiento más importante del 6 de septiembre fue la respuesta de Kluck a los ataques de Manoury. El comandante alemán corrió a desviar hombres de su izquierda —situados frente a la FEB, que no hacía nada que lo inquietara— para reforzar el sector amenazado. El 5 de septiembre, las formaciones de Kluck dibujaban una línea de este a oeste. Al terminar el día siguiente, su ejército se estaba desplegando a lo largo de una línea de norte a sur y estaba contraatacando con ferocidad. El hecho de que se sintiera capaz de hacerlo reflejaba una vergonzosa ausencia de voluntad de los británicos, que podría haber resultado desastrosa para la causa aliada. El pueblo de Francia estaba en vilo: sabía que se libraba una gran batalla, pero desconocía por completo su desarrollo. Un hombre herido en los enfrentamientos iniciales describió cómo lo recibieron al llegar a Grenoble, su ciudad de nacimiento, a bordo de un tren hospital. «Fue extraordinario. Flores, chocolate, vino ... nos festejaban como a héroes, pero no podíamos responder a las preguntas: “Los alemanes ¿están muy lejos de París?”, “¿Estamos en retirada?”. Y los habitantes de Grenoble, como en toda Francia, querían saber: “¿Qué están haciendo los británicos?”.»³

En efecto, ¿qué estaban haciendo? Los jefes del ejército francés despotricaban por la lentitud que mostró la FEB el 6 de septiembre. Los refuerzos de Kluck

estaban cruzando por su frente de forma desordenada, muy vulnerable a un ataque decidido. Pero los británicos habían empezado el día a más de quince kilómetros de sus aliados y avanzaron penosamente aletargados. Mientras los franceses, a ambos lados, luchaban por sus vidas, el teniente Lionel Tennyson solo apuntó un comentario al respecto de la indolente marcha que su unidad emprendió aquel día: «Hemos pasado junto a la hermosa residencia de Jimmy Rothschild, y vimos montones de faisanes corriendo por todas partes. ¡Qué ganas de pararnos y pillar alguno!».⁴

Aquella tarde, el guardabosques inglés de los Rothschild sorprendió, en un cobertizo de la finca, al soldado Thomas Highgate, del regimiento real de Kent occidental, que había resuelto que las glorias de la ofensiva del Marne no eran para él; vestía ropas de civil, robadas, y esto lo condenó. Highgate murió ante un pelotón de fusilamiento el 8 de septiembre, en una ceremonia observada por dos compañías de sus camaradas, de acuerdo con una directriz de Horace Smith-Dorrien. El de los hombres rezagados, con tendencia a la deserción, era un problema grave: el comandante del cuerpo quería que la ejecución tuviera el máximo efecto de disuasión posible. Las órdenes dadas al capitán preboste especificaban que Highgate debía morir «con la mayor publicidad posible»; y así fue.⁵

El 6 de septiembre, durante algunas horas, sir Douglas Haig detuvo el avance de su cuerpo al recibir informaciones vagas sobre la presencia de fuerzas enemigas por delante. Así, terminó el día a unos once kilómetros de sus objetivos, tras haber perdido tan solo a siete muertos y cuarenta y cuatro heridos. Con el desperdicio característico de la guerra, los zapadores británicos que, unos días antes, durante la retirada, habían demolido un gran puente de piedra en Frilport, ahora se veían obligados a construir un nuevo paso sobre el río, que permitiera a la infantería deshacer sus pasos. Lo más emocionante que les pasó a unos pilotos del Real Cuerpo Aéreo alojados en una escuela femenina, el 6 de septiembre, fue que se vistieron los camiones de las alumnas sobre sus uniformes y protagonizaron una épica batalla de almohadones.⁶ Al día siguiente, el lunes 7, mientras el ejército de Manoury, a su izquierda, intentaba reanudar la ofensiva bajo una lluvia torrencial, la FEB recorrió poco más de veinte kilómetros y, de nuevo, apenas combatió.



Alexander Johnston, oficial de una brigada de comunicaciones en el II Cuerpo, dejó constancia de su perplejidad: «No salimos hasta las 5 de la tarde. No lo puedo entender. Sin duda, nuestro deber, de acuerdo con las ordenanzas del servicio de campaña, es “no escatimar hombre, caballo ni cañón en la persecución del enemigo”, etc. ... He sabido que, si nuestro I Cuerpo hubiera avanzado un poco más, anoche bien habríamos podido arrinconar a esos alemanes». En la retaguardia, la caballería de Marwitz organizó una serie de acciones de hostigamiento que lograron el objetivo que se proponían: reducir a paso de tortuga la velocidad de avance de los británicos. Parece justo afirmar que, durante los días cruciales del Marne, los británicos —según deseaba su comandante en jefe— estuvieron presentes de cuerpo, pero ausentes de espíritu. Todos los ejércitos enviaron avalanchas de mensajes a sus retaguardias, protestando por el agotamiento de sus

respectivos soldados; pero es llamativo comparar el lento progreso de la FEB con la velocidad con la que Kluck modificó su frente: el 7 de septiembre, sus hombres recorrieron más de sesenta kilómetros; y el 8, cerca de setenta.

Entre tanto, la leyenda más famosa de la batalla es la de los taxis de París, que llevaron refuerzos a Manoury cuando su línea amenazaba con venirse abajo por efecto de los contraataques alemanes. El número de hombres implicados, en realidad, fue escaso, pero el encanto de la historia perdura. A finales de agosto, se hizo desplazarse a la 7.^a división francesa al norte del 3.^o Ejército, desde Sainte-Menehould, en lo que fue un viaje de pesadilla: algunos de los trenes tardaron veinticuatro horas en completar diez kilómetros en la zona de Troyes, donde la red estaba abarrotada de vagones de suministro, de ambulancias y de refugiados. Los hombres descansaban alojados en Pantin, limítrofe con la zona norte de París, cuando Gallieni les ordenó partir de inmediato a reunirse con el 6.^o Ejército. Cuando se le respondió que no se disponía de suficientes vehículos militares, el gobernador dio órdenes de requisar transportes civiles. Un oficial del Estado Mayor llamó por teléfono a la prefectura de policía: «Haga que todos los taxis — sin excepción— regresen a sus bases. Ordene a las compañías de taxi, por teléfono, que provean a sus vehículos de combustible, aceite y, cuando convenga, neumáticos, y los envíen sin demora a la Explanada de los Inválidos».⁷

Poco después de las 10 de la noche, una de las columnas de automóviles más larga jamás concentrada hasta la fecha —cuatrocientos, incluidos unos pocos coches privados y autobuses descubiertos de veinticuatro plazas— partió en busca de sus pasajeros. Aquella primera noche, y el día siguiente, fueron un anticlímax. Los oficiales del Estado Mayor responsables de dirigir al convoy no acertaron a encontrar las tropas que se suponía debían transportar. Los chóferes, muchos de ellos, de bastante edad, aguardaban sentados al sol, una hora tras otra, observando cómo las unidades de caballería y bicicleta pasaban en ruta hacia el frente y, de vez en cuando, lanzando gritos de ánimo: «*Vive les dragons!*»; «*Vive les cyclistes!*».

Solo entrada la tarde del 7, los taxis se encontraron con la 104.^a brigada de infantería en el pueblo de La Barrière. Las tropas no daban crédito a sus ojos cuando descubrieron que los llevarían a la batalla en taxi; la mayoría no había subido en tal lujo en toda su vida. Pero cuando lograron apiñarse en su interior, con todas las armas y pertrechos, la columna se puso en marcha, siendo ya oscuro, hacia el 6.^o Ejército. Los soldados durmieron, como hacen siempre los soldados a la mínima oportunidad, salvo cuando los despertaba el ruido de metal aplastado y las maldiciones en voz baja que acompañaban las colisiones menores.

Paul Lintier estuvo entre los hombres de Manoury que fueron testigo del paso de los refuerzos a través de un pueblo ya abarrotado de hombres y caballos. Un vehículo que «se abría paso con dificultad entre la multitud, forzó una confusa

oleada de hombres y bestias que vino contra mí hasta aplastarme, con su peso, contra la pared. Otro coche vino detrás, luego otros, y otros más, en una procesión silenciosa e interminable. La luna ya había salido y sus rayos se reflejaban en las puntas brillantes de las gorras de los taxistas. Dentro de los coches, se distinguían las cabezas inclinadas de los soldados que dormían. Alguien preguntó: “¿Heridos?”, y una voz que pasaba replicó: “No; 7.^a división. De París. Van al frente”». ⁸ Los pasajeros terminaron bajando cerca de Nanteuil. Los «taxis del Marne» habían recorrido unos cincuenta kilómetros con cuatro mil franceses a bordo, para una batalla con casi un millón de participantes. A los conductores, cuyo taxímetro fue corriendo durante toda la odisea, se les pagó una cuarta parte de la cantidad apuntada: 130 francos (o unas cinco libras esterlinas), lo que suponía al menos el sueldo de una quincena.

A las 11.40 de la mañana del 7 de septiembre, Franchet d’Espèrey emitió una orden general: «El enemigo se está retirando a lo largo de todo el frente. El 5.º Ejército deberá esforzarse cuanto pueda en llegar al río Petit Morin [en Montmirail] esta misma noche». Aquel día, en contra de lo que esperaban, sus hombres avanzaron sin oposición. Los alemanes que había por delante de ellos se habían marchado en dirección al noroeste, para plantar cara a la ofensiva de Manoury. Solo quedaban los muertos de Kluck. Aquella noche, Charles Mangin se alojó en el *château* de Joiselle, que la noche anterior había ocupado el duque Günther de Schleswig-Holstein, cuñado del káiser. Louis de Maud’huy esperaba hallar alguna comodidad semejante en el *château* de Saint-Martin du Boschet, donde se veían luces. Pero al llegar descubrió que el edificio estaba atestado de alemanes heridos, acompañados por unos pocos auxiliares médicos que se cuadraron. «¡Mala suerte!», musitó el general, y salió, cerrando la puerta tras de sí. «No importa. ¿Supongo que habrá un establo en alguna parte?» Aquella noche, él y su Estado Mayor durmieron sobre la paja. ⁹

Más al este, en el frente del 9.º Ejército de Foch, los combates en las marismas de Saint-Gond continuaron con la misma ferocidad. Los *soixantequinze* franceses contuvieron los intentos de Bülow de ganar terreno y, en la mañana del 7 de septiembre, el comandante alemán ordenó retirarse por detrás del Petit Morin. A su izquierda, sin embargo, Hausen supuso que, en su propio sector, los franceses tenían que ser débiles; y en efecto, lo eran. El ejército del general quedó reducido a 82.000 hombres, y él mismo se hallaba en estado de semidelirio por una enfermedad que luego se identificó como tifus. Pero Hausen exigió lanzar un nuevo asalto de gran intensidad, sin atención a las bajas, que debería iniciarse en la

oscuridad de las primeras horas matinales del 8 de septiembre. Dos divisiones de la guardia alemana avanzaron en silencio hasta poder saltar sobre los hombres de dos regimientos, mientras dormían; muchos desventurados murieron traspasados por las bayonetas, allí donde estaban; los supervivientes se dieron a la fuga.

Los alemanes siguieron adelante y pronto cayeron sobre unidades de la reserva, que dormían asimismo con las armas en un montón y sin centinelas. También murieron o salieron huyendo; un regimiento de infantería, acampado a tres kilómetros del frente, perdió a quince oficiales y seiscientos hombres. Al amanecer, Foch y sus comandantes descubrieron que el ala derecha se estaba hundiendo, al completo, con miles de hombres a la fuga, presas del pánico. Su Estado Mayor telefoneó a las tropas de más al sur, para pedir ayuda, y se le dijo que el 4.º Ejército no podía hacer nada. En su lugar, Foch acordó con Franchet d'Espèrey, a su izquierda, que entre los dos intentarían atacar el ala opuesta, con la esperanza de obligar a los alemanes a interrumpir la acometida.

A la hora de comer, sin embargo, la situación aún era desesperada: desde el alba, los alemanes habían avanzado trece kilómetros, y nada parecía poder detenerles. Un teniente de los zuavos describió cómo su batallón se lanzó al contraataque por detrás de un oficial gigantesco, apellidado D'Urbal: «En la ofensiva por Etrépilly se fue adelante apoyado en un bastón, fumando su pipa. Se negó en redondo a quedarse estirado. “Un oficial francés no tiene miedo de los alemanes”, dijo; y al cabo de un segundo, recibió un disparo en la cabeza».¹⁰ La embestida fracasó. En el frente de Foch, parecía inminente que se produjera un desastre absoluto. Y en el sector del 6.º Ejército, la situación no era mejor. En un momento crucial, algunas unidades se derrumbaron y salieron corriendo frente a la muralla de Kluck. Un coronel llamado Robert Nivelles (que más adelante fue, de forma tan breve como desastrosa, comandante en jefe de las tropas francesas) respondió al espectáculo de la huida cabalgando al frente de su propia batería de artillería, soltando el avantrén de sus 75 milímetros y abriendo fuego a quemarropa contra los alemanes. Algunos infantes se congregaron en torno de sus cañones, lo que supuso un éxito; pero, por desgracia para el interés posterior del ejército francés, el propio Nivelles sobrevivió.

Aquel día 8, Gallieni condujo en persona hasta el cuartel general de Manoury en Saint-Soupplets, pese a que el viejo general padecía enormemente con la irregularidad de la carretera. «He venido a tranquilizaros», dijo, magníficamente. «Os enfrentáis a tres cuerpos del ejército alemán, por lo menos, y vuestro avance ha sido frenado. Pero no os preocupéis...» Se refería a que el 6.º Ejército estaba cumpliendo con su labor de maniar las fuerzas de Kluck, mientras Franchet d'Espèrey y Foch acometían la ofensiva crucial, con cierto apoyo testimonial de la FEB. Entrada la tarde, Manoury prometió resistir como pudiera, hasta que la

presión en otras zonas hiciera insostenible la posición de Kluck.

Pero el 8 de septiembre, el resultado de la batalla, y quizá incluso de la guerra, aún no se había definido. Los dos bandos se hallaron frente a una sucesión de puertas giratorias: si en un sector avanzaban, en otro tenían que replegarse. Los ejércitos franceses 6.º y 9.º corrían un grave peligro. Kluck estaba convencido de que, al día siguiente, culminaría la derrota de Manoury. La artillería de Foch no descansaba ni un momento; algunos cañones dispararon un millar de balas al día. Sus soldados vacilaban; algunos eran muy reticentes a aceptar las órdenes de echarse adelante. En el transcurso de las batallas del Marne, hubo varios episodios en los que regimientos franceses se descompusieron por entero y huyeron.

Spears cuenta que, en cierta ocasión, se hallaba con Maud'huy cuando se encontraron con un pelotón de fusilamiento que iba a ejecutar a un soldado por haber participado en esa clase de hundimiento. «Maud'huy lo miró, alzó la mano para que el grupo se detuviera y, con su paso rápido característico, se acercó al hombre sentenciado. Le preguntó por qué lo habían condenado. Era por abandonar su puesto. Entonces Maud'huy explicó al soldado la importancia de la disciplina y la necesidad de ejemplo; cómo algunos hombres podían cumplir con su deber sin sanciones, pero otros, más débiles, necesitaban conocer el precio del fracaso. El soldado asintió. Maud'huy le tendió la mano. “La vuestra también es una forma de morir por Francia”, le dijo, e indicó al pelotón que siguiera adelante.» Según Spears, esta conversación reconcilió al prisionero con su destino, lo que parece improbable. De lo que no cabe duda es de que, en 1914, el ejército francés entendió que esta clase de ejemplos eran esenciales para inducir a otros a no abandonar nunca sus puestos.

A lo largo del 8 de septiembre, Franchet d'Espèrey continuó batiendo contra el ejército de Bülow, que ahora experimentaba una gran presión, con los flancos al descubierto. El comandante alemán comenzó a replegar su ala derecha, ampliando así la distancia que lo separaba de sus compatriotas vecinos. Tuvo una importancia crucial el asombroso hecho de que las comunicaciones entre Bülow y Kluck — como entre ambos generales y Moltke— se habían perdido casi por completo. Cada comandante alemán lidiaba su propia batalla, con profunda ignorancia de lo que ocurría en otros lugares; y ninguna mano guiaba e imponía la coordinación. Moltke supo, tras interceptar mensajes de radio, que la FEB se adentraba en la brecha que separaba a Kluck de Bülow, pero tenía una imagen confusa de la situación general. También se permitió alarmarse por la amenaza que los belgas, que salieron brevemente de Amberes durante los días 25 y 26 de agosto, suponían para sus líneas de comunicación y por un posible descenso de los británicos sobre la costa belga.

En ese momento, el destino del frente occidental pendía de un hilo: Castelnau le estaba diciendo a Joffre que quizá tendría que abandonar Nancy; el ala derecha del

9.º Ejército se había derrumbado; el 3.º Ejército, de Maurice Sarrail, luchaba ferozmente por defender la brecha de Revigny, que cubría Verdún. El cuartel general británico empezó a quedar inundado de mensajes en los que Joffre, con refinada cortesía pero un tono cada vez más urgente, instaba a sir John French a apresurar el avance de la FEB. Pero cada vez que se acercaban a un bosque, los comandantes británicos se detenían a reconocerlo. Sus unidades cruzaron el Petit Morin sin apenas oposición, pero en la tarde del 8 de septiembre aún no habían llegado al Marne. El comandante Tom Bridges escribió: «No podía decirse que nuestra persecución fuera vigorosa, pero por entonces éramos un ejército algo cansado».¹¹ Sin duda, estaba en lo cierto; pero ¿qué podía afirmarse de la condición de los franceses, que habían soportado realidades mucho peores?

Todo dependía de qué ejército se viniera abajo. Hacia la 1 de la tarde del 8 de septiembre, el cuerpo de la guardia alemana que avanzaba contra el ala derecha de Foch se detuvo, exhausto. Su carga con bayonetas de primera hora de la mañana había supuesto un triunfo, pero no había reservas para aprovecharlo; las tres divisiones que habían ganado trece kilómetros habían perdido ya una quinta parte de su fuerza. Los demás soldados estaban atormentados por el hambre, pues llevaban al menos un día sin recibir raciones, y en algunos casos, dos días. La mayoría cayeron rendidos allí donde se habían detenido. El tiempo empeoró y trajo consigo neblinas y lloviznas. El combate de las marismas de Saint-Gond se volvió confuso, pues algunas de las unidades de Foch atacaban y otras se replegaban, mientras en otros lugares los franceses seguían retirándose. Varias unidades del 9.º Ejército se negaron a cumplir las órdenes de avanzar. Todos los combatientes estaban en un estado de extremo agotamiento y desmoralización.

Aquella tarde, Foch presentó un panorama optimista ante el GQG, lo que incluía mentiras, puras y duras, sobre el progreso de algunas de sus formaciones y los reveses, las retiradas e incluso las desbandadas que habían vivido otras. La verdad era que sus dos flancos se habían encogido y que el centro aguantaba precariamente. Según la leyenda, Foch afirmó entonces: «Mi derecha se ha desplazado hacia adentro, mi izquierda se repliega. Excelente. Atacaré con mi centro». Según destacados oficiales del Estado Mayor, estos sentimientos los puso en su boca, más adelante, el teniente André Tardieu, locuaz intérprete de Foch, que era muy dado a estos pronunciamientos melodramáticos. La realidad es que si el 9.º Ejército pudo salvarse de una situación desesperada, no fue tanto por su propio empeño como por la necesidad que tenían los alemanes de responder a las dificultades que experimentaban en otras zonas.

Es una ironía histórica que, mientras Joffre y los comandantes de su ejército, de la Lorena a París, vivían bajo una angustiosa incertidumbre al respecto de si sus líneas podrían aguantar o proseguir sus ofensivas, en cambio Moltke estudiaba el

mapa en su escuela de Luxemburgo y le decía a su Estado Mayor, en tono lívido: «¡No sabemos nada! ¡Es terrible!». Aunque la FEB se movía con gran lentitud, el jefe del Estado Mayor alemán veía con horror que las divisiones de sir John French avanzaran hacia la gran brecha abierta entre Bülow y Kluck, que lidiaban batallas completamente aisladas, sin tener en cuenta los objetivos del otro. El 7 de septiembre, Moltke no radió ninguna orden al 1.º o al 2.º Ejército; y si lo hubiera hecho, probablemente tampoco las habrían obedecido. En su lugar, se pasó todo el día padeciendo. El OHL tuvo que soportar una visita personal del príncipe heredero Rupprecht, que se quejó amargamente por verse obligado a entregar seis columnas de munición a los grupos vecinos, lo cual, según dijo, debilitaría la ofensiva del 6.º Ejército sobre Nancy. Moltke estaba tan agotado que cedió a las pretensiones de Rupprecht. Entonces, con la ausencia casi total de comunicación con los comandantes de su ejército septentrional, el jefe del Estado Mayor resolvió enviar a un oficial de enlace, el teniente coronel Richard Hentsch, a visitar sucesivamente los cuarteles generales. Esto daría pie a la manifestación más radical de autoridad delegada en la historia militar.

Tappen, el oficial principal del Estado Mayor de Moltke, solía utilizar tales emisarios y cederles poderes de gran alcance. Hentsch tenía cuarenta y cinco años y era hijo de un suboficial sajón que, en origen, se había unido al ejército de Sajonia, no al de Prusia. Se había labrado una reputación de pensar con claridad y brillantez, aunque ciertos problemas de la vesícula biliar lo convertían en un hombre irascible y fumaba mucho. Nadie sabe con precisión qué órdenes dio Moltke a Hentsch en su conversación privada antes de que este partiera en automóvil, con un segundo coche a la estela, para una posible emergencia. Pero no cabe duda de que el coronel recibió autoridad verbal para usar el nombre de Moltke e imponer con ello nuevos despliegues, si lo juzgaba necesario. Era extraordinario que un general ejerciera el mando de este modo en medio de la mayor campaña de la historia, pero así lo hizo Moltke. Hentsch se alejó de la escuela femenina en la que se había instalado el cuartel general del jefe del Estado Mayor poco después de las 11 de la mañana del día 8, mientras alemanes y franceses se estaban masacrando en cantidades espeluznantes a lo largo de los más de trescientos kilómetros de frente. Después Moltke pasó muchas horas en suspenso, a la espera de recibir noticias de su emisario.

Hentsch tomó la decisión personal de visitar todos los cuarteles generales del ejército, y no solo los de Bülow y Kluck. A los oficiales de menor graduación que le acompañaban les expresó cierta inquietud por el hecho de que Moltke no le había dado órdenes por escrito. Pero creía que esto no supondría una dificultad y, en efecto, no lo fue. Empezó sus viajes por la zona de bosques de la Argona. A las 4 de la tarde hizo una primera llamada de teléfono a Luxemburgo, para informar de que,

en el centro del frente, había hallado a los ejércitos 4.º y 5.º en condición satisfactoria. Llegó a la misma conclusión con respecto al 3.º, de Hausen; pero no se dio cuenta de que el rápido avance matinal se había quedado sin fuelle. Hausen aún creía que estaba a punto de dejar al descubierto el flanco de Foch y, a las 8 de la tarde, Moltke recibió un mensaje de radio que así lo afirmaba.

De madrugada llegó otra noticia de Hentsch, enviada en esta ocasión desde el cuartel general del 2.º Ejército, de Bülow, en el *château* de Montmort. Era uno de los mensajes de radio más importantes de la guerra, y se lo llevaron a Moltke, que aún seguía en su mesa. Estaba escribiendo a su esposa, como hacía casi cada día, en un tono casi histérico: «No puedo encontrar palabras para describir la aplastante carga de la responsabilidad que pesa sobre mis hombros estos últimos días y sigue pesando sobre mí hoy. Las espeluznantes dificultades de nuestra situación actual penden ante mis ojos como una cortina negra que me impide ver nada. Todo el mundo está coaligado contra nosotros; se diría que todos los países se han dispuesto a destruir Alemania de una vez por todas».

La noticia de Hentsch que, a las 2 de la madrugada del 9 de septiembre, cayó como una bomba sobre Moltke fue la que indicaba que el viejo Bülow estaba muy alarmado por el aprieto que vivía. Su ala derecha se estaba hundiendo bajo la presión de Franchet d'Espèrey y de Foch; los franceses eran mucho más numerosos que el 2.º Ejército, cuya fuerza de combate efectiva había caído de los 260.000 hombres a 154.000. Bülow no sabía nada de Kluck, pero informaba de que entre el 1.º y el 2.º Ejército había una brecha de casi treinta kilómetros; la distancia seguía aumentando y los británicos avanzaban hacia allí. En algún momento de la conversación con Hentsch, o Bülow o algún miembro de su Estado Mayor usaron la palabra *Schlacke* («cenizas») para describir el destino que amenazaba al 2.º Ejército. Bülow pidió al coronel que usara la autoridad del OHL para hacer que Kluck le protegiera el flanco. Hentsch, que habló en términos fríos y medidos, dijo al general que esto era imposible, porque el ejército de Kluck lidiaba combates intensos y estaba orientado en la dirección contraria. Mientras hablaban, llegó un mensaje que advertía de que Maud'huy se había abierto paso a través de Einem y amenazaba con tomar Montmirail.

Bülow era un anciano con mala salud, al igual que Otto Lauenstein, su jefe del Estado Mayor, que murió por una cardiopatía en 1916. Tras cinco semanas de vasta responsabilidad y tensión, los dos habían llegado a su límite. Hentsch, pese a no ser más que un teniente coronel, avisó al comandante del 2.º Ejército de que Moltke le había dado poderes para autorizar la retirada del 1.º y 2.º Ejército. Propuso que tal movimiento se iniciara sin retraso, de forma que las fuerzas de Kluck y Bülow se reunieran en Fismes, en el río Vesle, unos cincuenta kilómetros más al este, justo antes de Reims. Bülow pareció asentir con alivio a la propuesta, con sus enormes

consecuencias para la batalla y la guerra. Hentsch comunicó a Moltke: «Situación en 2.º Ejército grave, pero no irremediable». Luego se fue a la cama.

A las 5 de la mañana del día siguiente, 9 de septiembre, Hentsch sostuvo una nueva y definitiva conversación con el Estado Mayor de Bülow, en ausencia del propio general, que durante la noche había sucumbido a una sucesión de ataques de llanto. El reconocimiento aéreo mostró que los franceses avanzaban con rapidez contra el frente del 2.º Ejército. Dadas las circunstancias, en la reunión de la mañana se confirmó la decisión de retirarse, adoptada la noche anterior. El teniente coronel Hentsch había actuado con prudencia; el curso de acción que adoptó era, casi con toda certeza, inevitable. Pero la intervención de este oficial de bajo rango en un momento crítico de la guerra no dejó de ser un foco de controversias durante el siglo xx.

Tras dejar a Bülow, el coronel recorrió en un automóvil los ochenta kilómetros que lo separaban del cuartel general de Kluck en Mareuil, por las caóticas y abarrotadas áreas de la retaguardia de dos ejércitos en combate y una población civil aterrorizada y en fuga. Sus mensajes ya habían sumido a Moltke en la desmoralización y, de hecho, un derrotismo vil; en otra carta a su esposa, escribió: «Está yendo mal. Las batallas al este de París no acabarán a nuestro favor ... Y, sin duda, nos harán pagar por todo lo que se ha destruido». A las 9.02 de la mañana, las tropas de Bülow recibieron la orden de iniciar una retirada.

Más al sur, sin embargo, Hausen continuaba el asalto contra la derecha de Foch. Al amanecer, las tropas alemanas habían tomado el *château* de Mondement y puesto en fuga a un regimiento marroquí; durante toda la mañana, los alemanes estuvieron bombardeando la precaria línea francesa, junto con ataques de infantería que amenazaban con darles el control de un terreno elevado desde el que podían dominar toda la región. Para los aliados, fue una gran suerte que, cincuenta kilómetros más al oeste, su fortuna mejorase radicalmente. Había llovido con intensidad durante la noche. En la mañana del 9, la infantería francesa que avanzaba sobre Montmirail no encontró oposición. Los soldados de Bülow se habían ido, dejando tras de sí toda la basura típica de un ejército, junto con un número asombroso de botellas de vino vacías: la carretera estaba alfombrada de cristales rotos. Por una notable omisión, que era reflejo de su desmoralización y desorden, los alemanes no acertaron a destruir los puentes del Marne. Este fue un punto de inflexión, un momento decisivo de la primera guerra mundial.

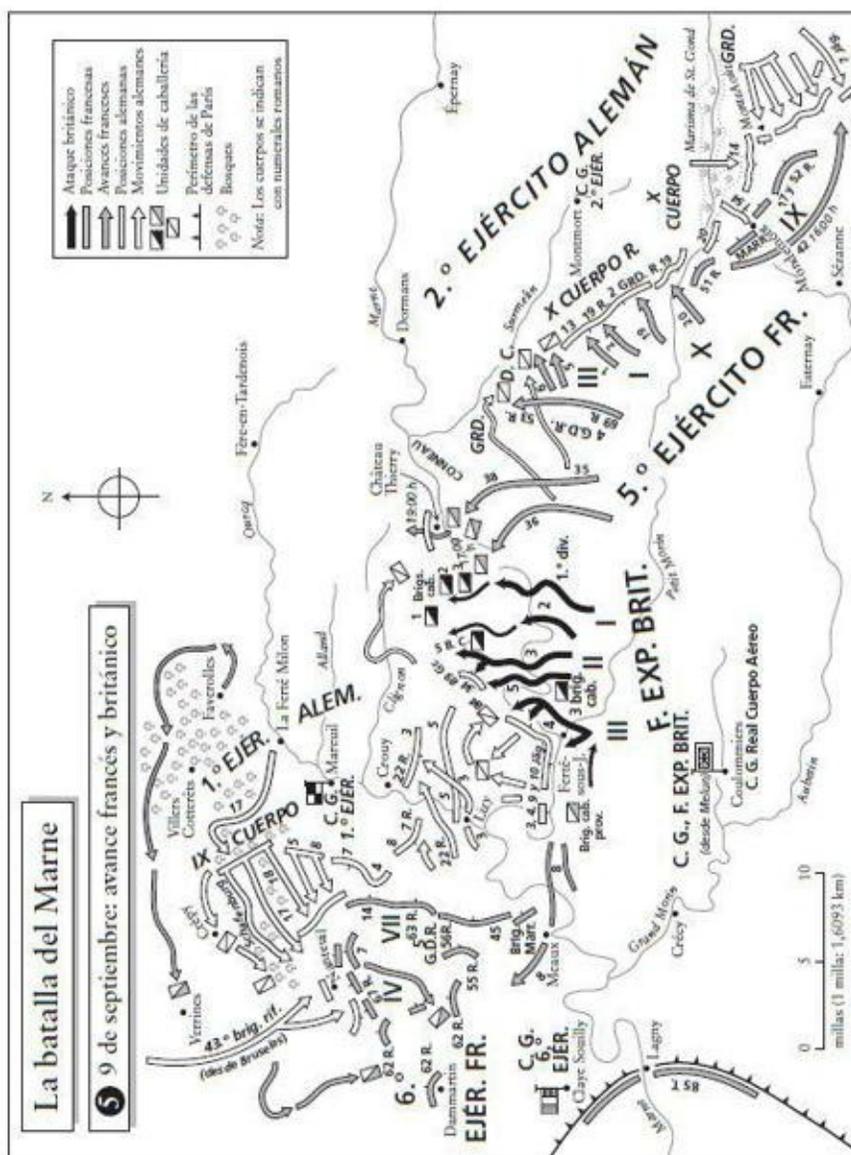
Aquel día, la caballería británica, seguida por hombres del I Cuerpo de Haig, cruzó al fin el Marne, como hizo también el II Cuerpo, más abajo. El 9 de septiembre, el

artillero William Edgington escribió: «Todo el mundo está mucho más alegre, ahora que no hay duda del repliegue alemán ... Por la tarde vimos a la mayor parte del ejército alemán en retirada, una visión maravillosa, una columna tras otra, en número incontable».¹² La carretera estaba sembrada de armas y pertrechos, y Edgington quedó fascinado, y no poco escandalizado, al comprobar que uno de los vehículos abandonados por los alemanes iba cargado de ropa interior de mujer. El coronel de caballería y cazador de zorros David Campbell se las ingenió para encabezar una carga en Moncel, de la que emergió sonriente, pese a haber recibido un lanzazo. «¡Los mejores quince minutos de mi vida!», exclamó con felicidad.

Aunque la FEB se adentraba ahora en una zona vacía, sir John French ordenó hacer otra parada con el fin de permitir que sus unidades se alinearan de nuevo; habían llegado refuerzos de Inglaterra y se creó un tercer cuerpo, además de los de Haig y Smith-Dorrien. El comandante Jeffreys, de los granaderos, escribió en tono sarcástico: «Es una preciosa persecución a marcha lenta, y la retaguardia alemana parece tener mucho éxito en sus intentos de demorarnos, a juzgar por las constantes paradas».¹³ A Haig, el día 9, le llegó el rumor de que sus vecinos franceses habían sufrido una «grave derrota», lo que intensificó su cautela.¹⁴

A los oficiales británicos de mayor graduación no les faltaba coraje, pero sí impulso, voluntad y competencia. De hecho, al igual que sus homólogos franceses, los comandantes británicos mostraron una necia prontitud a ponerse en peligro. Un capitán del Estado Mayor observaba al comandante de división Aylmer Hunter-Weston, de pie en una calle de La Ferté, haciendo caso omiso de las balas que impactaban en la pared, por detrás de él, y escribió: «Su arrojo es admirable; de hecho, es demasiado valiente para ser general».¹⁵ El coronel Le Marchant, del batallón de Lancashire oriental, también se expuso del todo tras recibir órdenes de atacar, el 9 de septiembre, y una bala alemana lo derribó. A los pocos días, los coroneles sir Evelyn Bradford (*highlanders* de Seaforth) y Henry Biddulph (brigada de fusilería) estaban en campo abierto, estudiando un mapa con el capitán Jimmy Brownlow. Uno de ellos acababa de musitar las palabras «avance general» cuando a su lado explotaron dos proyectiles. Bradford, que había sido jugador de críquet en el condado de Hampshire, murió al instante; Brownlow sufrió una herida horrenda en la cabeza. Biddulph tuvo que ir a buscar la gorra a treinta metros de distancia, pero salvo esto, resultó ileso. Tuvo menos suerte al día siguiente, cuando tuvo que ser evacuado después de que le disparase en el muslo un ingeniero real que estaba limpiando su fusil. Pero estos fueron simples incidentes del campo de batalla, más que consecuencias de una resistencia alemana sostenida. En el cuartel general británico, nadie intentó dar sentido de urgencia a sus movimientos. La inquietud única y fundamental del comandante en jefe era asegurarse de que su mando no era

víctima ni de otra traición francesa ni de otra sorpresa alemana.



Aquella misma mañana del día 9, el coronel Hentsch debía realizar otra visita de importancia. Llegó al cuartel general de Kluck a las 11.30, tras un viaje de pesadilla por carreteras de tráfico imposible; en cierto punto, soldados de la *Landwehr*^{*} dispararon contra su vehículo. En todas partes se les decía, con nerviosismo, que los franceses habían cruzado el Marne y estaban pisándoles los talones. Pero Hentsch encontró que Kluck y su Estado Mayor tenían la convicción —y estaban en lo cierto— de que habían contenido el avance de Manoury. Ahora, dijo el jefe del Estado Mayor del general, estaban a punto de infligir una derrota absoluta a los franceses. El ala izquierda de Manoury se estaba hundiendo, sus tropas habían perdido la moral y las bajas eran cuantiosas. Sin embargo, de pronto

aparecía el emisario de Moltke y afirmaba que Bülow había sido apaleado y se retiraba; y que Kluck, si no se retiraba, recibiría el asalto de la FEB por la retaguardia. Hentsch hizo hincapié en la amenaza, describiendo su propio viaje a través de un caos de rezagados, convoys de ambulancias, carros de abastecimiento y refugiados.

Los oficiales del 1.º Ejército replicaron que no pensaban inquietarse por ninguna amenaza de la FEB. Uno dijo, más adelante: «Por la experiencia previa, sabíamos con qué lentitud actuaban los británicos». Hentsch se mostró en desacuerdo. Aunque Joffre aún no había comprendido la gravedad de la brecha de cincuenta kilómetros abierta entre los dos ejércitos alemanes, el oficial del Estado Mayor alemán consideró que suponía un peligro mortal. Invocó la autoridad de Moltke para insistir en que el 1.º Ejército debía abandonar la batalla contra Manoury y empezar a replegarse hacia el río Aisne, entre Soissons y Compiègne. Hermann von Kuhl, el jefe del Estado Mayor de Kluck, asintió. Se envió un cuerpo a proteger la retirada frente a la FEB y Franchet d'Espèrey. Hentsch emprendió el viaje de regreso a Luxemburgo, adonde llegó a las 12.40 del mediodía del 10 de septiembre. Entre tanto, Moltke había dado sus propias órdenes de retirada general, alegando que los británicos estaban a punto de culminar una separación irrecuperable entre los ejércitos de Bülow y Kluck, por el mero hecho de adentrarse en el abismo que los separaba.

Los historiadores se han extrañado repetidamente del hecho de que la fundamental conversación entre Hentsch y el Estado Mayor del 1.º Ejército, y la resolución posterior, se desarrollara en ausencia de Kluck, que se hallaba a menos de trescientos metros de distancia, en su puesto de mando. Las partes no parecen haber tenido ninguna sensación de pánico ni desesperación. Ellos —no así Moltke— aún estaban seguros de que su situación estratégica era de una ventaja abrumadora. Obviamente, se había desvanecido la perspectiva de una gran maniobra envolvente por el norte, pero aún se confiaba en una incursión decisiva más al sur, en Verdún. El 9 de septiembre, en Luxemburgo, el káiser empezó mostrando su desacuerdo absoluto con la determinación de Moltke —o, para ser más precisos, su asenso a la decisión de Hentsch— de que los ejércitos alemanes del ala derecha se retirasen hasta el Aisne. «¡No, no, no! ¡Ni pensarlo!», dijo el emperador. Sin embargo, tras una reunión tormentosa, Moltke se marchó a dictar la orden oficial de retirada. Escribió con resignación a su mujer: «Pase lo que pase, debo asumir las consecuencias y compartir el destino de mi país».

Al tiempo que se iniciaba la retirada alemana, en el frente de Foch continuó habiendo combates feroces en el terreno elevado por encima de las marismas, donde los alemanes habían avanzado hasta la meseta y defendido el *château* de Mondement de los repetidos contraataques; en los caminos de acceso se

amontonaban los cadáveres de los franceses. Pero de golpe, en la mañana del 10 de septiembre, una de las divisiones de Foch actuó como punta de lanza de un ataque a través de las marismas de Saint-Gond, en La Fère-Champenoise, y no halló ninguna resistencia. Los alemanes se habían ido. Se ocupó de nuevo Mondement, después de que los artilleros empujaran dos piezas de artillería a lo largo de casi trescientos metros, con las que abrieron brechas en las murallas exteriores. Cuando se derribó un tramo suficiente para que los atacantes irrumpieran en el interior, se asombraron al descubrir que solo había cadáveres; también aquí los alemanes vivos habían levantado el campamento.

En el frente del 6.º Ejército de Manoury, al noroeste, ocurría lo mismo: la batería de Paul Lintier, cerca de Nanteuil, se despertó el día 10 y comprobó que la mañana no solo era soleada, sino también silenciosa: no se oía un arma. «El enemigo se ha largado por la noche», dijo al comandante de artillería un coronel de infantería que pasaba por la zona. «¿Y eso?», protestó el comandante, que no podía darle crédito. «Sí. Tenemos órdenes de avanzar ... Los alemanes están de retirada en todo el frente.» Los dos oficiales se sonrieron. «Eso significa...» «Así es: una victoria.» Lintier escribió: «La noticia corría de boca en boca y nos colmaba de alegría. Victoria, victoria ... ¡Cuando estábamos tan lejos de esperarla!».¹⁶

Muchos de los soldados alemanes quedaron confusos y enojados por la obligación de retirarse del Marne, como les había ocurrido a muchos británicos al replegarse de Mons, hacía menos de tres semanas. Tappen, eje vital en el Estado Mayor de Moltke, había afirmado que «quien ahora persevere, será el vencedor»; sin embargo, el ejército alemán interrumpía la ofensiva. El general de caballería George Wichura se sintió «diezmado»; la moral de sus hombres era «terrible, con miradas confusas por todas partes». Para un regimiento del 3.º Ejército, la orden de retirada era como el impacto de «un rayo», y su coronel escribió: «Vi llorar a muchos hombres, con lágrimas rodando por sus mejillas». El general Oskar von Hutier, de la 1.ª división de la guardia, preguntaba: «¿Es que se han vuelto todos locos?». El general Paul Flack escribió incrédulo: «Es imposible ... La victoria era nuestra».¹⁷ Hay aquí una primera manifestación de un sentimiento hondo y apasionado —casi histérico— de traición; la creencia de que unas fuerzas oscuras habían privado a la nación de un triunfo que, en justicia, debería haber sido de Alemania. Esto traería mucha cola, como trauma y como fantasía, con posterioridad a 1918. «En el OHL han perdido por completo el dominio de los nervios», apuntó desdeñosamente el príncipe Rupprecht en su diario de guerra. El bávaro Karl Wenninger escribió, sobre el ánimo del cuartel general de Moltke el día 10, que era «silencioso como el de un depósito de cadáveres. Se camina de puntillas ... y es mejor no dirigirse [al Estado Mayor], no preguntar».

El 11 de septiembre, Moltke dejó el cuartel de Luxemburgo para visitar

personalmente a los comandantes de campo, en compañía de Tappen. Aquel mismo día, a las pocas horas, hubo un encuentro importante cuando se reunió con Hausen en el cuartel general del 3.º Ejército. Desde allí, habló por teléfono con Bülow. Todas las noticias eran malas, dijo: el propio Hausen estaba enfermo; su ejército había sufrido quince mil bajas en los primeros diez días de septiembre; y los hombres restantes estaban exhaustos. Los franceses se habían echado adelante con un impulso que amenazaba con superar por el flanco al 3.º Ejército. A la izquierda de Hausen, el duque Albrecht solicitaba ayuda para lidiar con sus propias dificultades, que el sajón se sintió obligado a proporcionar.

Lionel Tennyson, de la FEB, escribió en su diario que «nos han llegado rumores de que los rusos vienen a socorrernos pasando por Inglaterra, aunque parece poco creíble».¹⁸ Sorprendentemente, el propio Moltke se dejó impresionar y alarmar por esta misma fantasía. Siempre había temido que los británicos realizaran un ataque anfibio contra Schleswig-Holstein. En Bélgica, hubo noticias de tropas británicas que desembarcaban por detrás del frente. En realidad, cuatro batallones que habían tomado tierra en Ostende embarcaron de nuevo casi inmediatamente, dejando tras de sí tan solo un cargamento de caballos muertos, ejecutados por sus propios dueños por falta de barcos en los que evacuarlos. Pero Moltke aún no lo sabía. Su sed de riesgo, nunca muy notable, se había saciado. Optó por trasladar a Bélgica diez divisiones del frente francés y mantener la firmeza de la retirada general en el oeste.

Aquel día, el general Karl Einem iba en coche hacia el 3.º Ejército, para relevar al doliente Hausen. Al pasar por Reims, se encontró por casualidad con Moltke, quien le pareció «un hombre ... totalmente roto». El jefe del Estado Mayor razonaba sin gran coherencia: «Dios mío, ¿cómo puede haber pasado esto?». Einem estalló: «¡Usted lo debería saber, mejor que nadie! ¿Cómo se le ha ocurrido quedarse en Luxemburgo y permitir que las riendas del liderazgo se le vayan completamente de las manos?». Moltke protestó débilmente, diciendo que no podía arrastrar al káiser por media Francia, a la estela del ejército. Einem replicó: «Si vuestro tío abuelo pudo llevar a su rey ... hasta Sedán, usted y el káiser podrían haber ido cerca del frente; al menos, lo bastante para seguir teniendo las riendas en la mano».¹⁹

Lo que se produjo a continuación no fue una desbandada. Los ejércitos alemanes se replegaron hacia el este, dejando tras de sí, en decenas de pueblos y ciudades, escenas de saqueo y miseria que consternaron a las tropas de Joffre, que avanzaban en pos. Pero los aliados no capturaron ninguna avalancha de prisioneros y cañones abandonados. Los alemanes seleccionaron con rapidez las posiciones en las que se detendrían para ofrecer batalla otra vez: en un terreno elevado, por detrás del Aisne, al que se envió a zapadores para que empezaran a cavar. Entrada la tarde

del 13 de septiembre, la crisis que amenazaba a los ejércitos de Kluck y Bülow había pasado: habían vuelto a situarse por detrás del río y ocupaban las montañas del Chemin des Dames. Franchet d'Espèrey, el día 14, se negó a acelerar el ritmo según le indicaba Joffre, alegando que «no tenemos ante nosotros una retaguardia, sino una posición organizada». La persecución emprendida por los aliados, y especialmente por la FEB, fue de una lentitud penosa. Los franceses casi habían agotado sus reservas de munición. La tropa estaba exhausta y había padecido demasiado para moverse con la velocidad que se habría requerido para intentar transformar un triunfo francés en una catástrofe alemana.

Pero el asalto de Moltke en el oeste había marcado una línea máxima que ya había retrocedido otra vez. «*La bataille de la Marne s'achève une victoire incontestable*», dijo Joffre. El general Moriz Lyncker, jefe del gabinete militar del káiser, se mostró de acuerdo: «En suma, hay que concluir que toda [nuestra] operación ... ha sido un absoluto fracaso ... Moltke está completamente aplastado por los acontecimientos; no controla los nervios como exige la situación». Un oficial del Estado Mayor escribió: «El nerviosismo del general se veía exteriormente, ante todo en el hecho de que caminaba sin cesar por la sala, arriba y abajo, y exhalaba entre los dientes un sonido silbante ... Había una convicción generalizada de que el general Moltke no estaba a la altura de su gran tarea, debido a su condición física, y que permitía que los jefes de los departamentos actuaran como les pareciera».²⁰ El día 14, Lyncker le dijo al káiser que Moltke debía irse. El jefe del Estado Mayor fue el principal de los treinta y tres generales alemanes que perdieron su puesto, aunque, durante varios meses, su expulsión no se reconoció en público. Recibió escasas muestras de simpatía de sus iguales y no merece ninguna de la historia. Nadie había contribuido más a precipitar la calamidad de la guerra europea; y sin embargo, habiendo logrado su fin, Moltke demostró ser incapaz de guiar con eficacia a los ejércitos de su nación. Murió en 1916, a los sesenta y ocho años.

Aunque al káiser no se le permitió influir en las operaciones del campo de batalla, hasta finales de 1916 retuvo una capacidad crucial: la de nombrar o despedir al jefe del Estado Mayor del ejército. En septiembre de 1914 confió a un hombre suyo, el ministro de la Guerra prusiano, Erich von Falkenhayn, el control de la maquinaria bélica prusiana. Al acceder al mando, Falkenhayn comentó lacónicamente: «Los papeles de Schlieffen se han acabado y, con ellos, los recursos de Moltke». En este momento crucial, a los líderes de Alemania les pareció preferible achacar a diversas responsabilidades individuales los diversos fracasos, antes que reconocer que todo el programa de guerra de la nación, puesto en marcha con plena confianza

hacía menos de dos meses, había demostrado ser una catástrofe para su país y para el mundo. Hew Strachan ha escrito: «El ejército culpó a Kluck por haber desobedecido órdenes y abrir una brecha [entre su propio ejército y el de Bülow]; a Bülow, por haber sido el primero en decidir retirarse; a Hentsch, por haber ordenado al 1.º Ejército que siguiera sus pasos; a Hausen y el príncipe heredero Rupprecht, por no haber logrado la ruptura decisiva que habría salvado la situación; y a Moltke, por no haber demostrado ser un verdadero *Feldherr*». ^{21 *}

Hacia una eternidad, el 24 de agosto, en la administración escolar de la provincia de Hannover se adoptó una costumbre que luego se emuló en toda Alemania. Cuando llegaba la noticia de alguna gran victoria, terrestre o naval, los maestros pronunciaban un sermón patriótico ante sus alumnos y les daban fiesta para que, durante el resto del día, lo celebraran. ²² No obstante, nadie había decidido cómo actuar cuando no había triunfo, sino derrota. La respuesta del gobierno alemán fue negarse a admitir el hecho. A sus aliados austríacos no les dijo nada del Marne; también mintió a su propio pueblo, aunque el engaño encontró a pocos crédulos. Incluso entre el torrente de propaganda de la prensa, que afirmaba que la batalla había dejado a Alemania en una posición favorable, los civiles inteligentes comprendieron que su nación había sufrido un importante revés. Anna Treplin escribió a su marido, que estaba en el frente: «De esto no cabe duda: la retirada ha cubierto una distancia enorme». ²³

Gertrud Schädla describió la «agonía» de estar a la espera de noticias de sus tres hermanos, que prestaban servicio en Bélgica. Se inquietaba por cómo pudiera afectarlos la experiencia bélica: «La visión de un campo de batalla, ¿cómo lastimará el corazón de los supervivientes?». Por fin, el 13 de septiembre, recibió una carta de su hermano menor, Gottfried, al que llamaban «Friedel». Escribía, dijo apesadumbrado, en un cuaderno de notas extraído de la mochila de un francés muerto; apenas lograba entender cómo había sobrevivido a los «cientos de peligros» que encontraba cada día: «No te puedes imaginar lo horrible que es hallarse delante del violento fuego de la artillería, sin poder hacer más que quedarse estirado, sin moverse, rogándole a Dios». ²⁴

La decisión de retirarse al Aisne todavía despertó mucha polémica. Algunos historiadores —y no todos ellos alemanes— creen que la crisis nerviosa de Moltke y el asentimiento casi despreocupado de Hentsch al repliegue de Bülow y Kluck privaron al káiser de una victoria que estaba a su alcance; entienden que, en conjunto, los alemanes seguían teniendo ventaja en el frente del Marne, a condición de que sus comandantes desplegaran resolución y unidad de propósito. Sin duda, un velo de misterio (que ya es improbable que se llegue a retirar) envuelve detalles importantes de las decisiones adoptadas por los alemanes entre el 8 y el 12 de

septiembre. Algunas formaciones alemanas estaban actuando con mucha más eficacia que sus oponentes franceses; tanto Foch como Manoury estaban peligrosamente cerca de la derrota.

Pero hay pruebas abrumadoras de que los franceses habían combatido hasta dejar la situación en punto muerto. Algunos de los hombres de Kluck habían recorrido unos 650 kilómetros entre el 17 de agosto y el 12 de septiembre y llevaban nueve días de acción ininterrumpida. Kluck y Bülow habían quedado en posiciones indefendibles. El 5.º Ejército de Franchet d'Espèrey, bien dirigido y con una fuerza formidable, los acosaba. Joffre, notable como general y con una voluntad de hierro, había logrado una superioridad de masa contra el ala derecha alemana, que sus subordinados aprovecharon hábilmente. Más al sur, los ejércitos franceses interpretaron su papel con nobleza, al mantener el terreno frente a una presión salvaje, mientras los del norte obtenían la victoria.

La última insensatez alemana de principios de septiembre fue un asalto con bayonetas, en la noche del 10, emprendido por casi cien mil reservistas del 5.º Ejército, del príncipe heredero, en Vaux-Marie, al norte de Sainte-Menehould. Primero, Moltke aprobó la operación; luego —alarmado por las bajas del asedio de Nancy— se retractó. El príncipe Guillermo amenazó al jefe del Estado Mayor con protestar ante su padre, el káiser, y Moltke cedió, a regañadientes. La consecuencia fue un desastre. Los atacantes no lograron penetrar y la artillería francesa, los «carniceros negros», castigó sin piedad las atestadas filas de la infantería. A las 7.45 de la mañana los franceses contraatacaron e hicieron replegarse, presas del pánico y la confusión, a los alemanes. Algunas unidades perdieron cerca del 40 % de sus oficiales. Aquella noche, el general Maurice Sarrail comunicó a Joffre, con laconismo: «Situación satisfactoria». Se ha hablado mucho de las sangrientas pifias de los franceses en las primeras semanas de guerra, pero los alemanes no se quedaron muy atrás en sus locuras; esta última destaca entre ellas. Las limitaciones de los comandantes del ejército imperial de Alemania las subraya el hecho de que el príncipe heredero Guillermo aseguró a Moltke, con satisfacción, que la operación del 10 de septiembre había sido «un gran éxito».

En contra de lo que defienden los apólogos del ejército alemán, el Marne no representó solo un fracaso de Moltke —que, en realidad, tuvo que consentir—, sino una victoria histórica del ejército francés, que impuso el castigo debido al desmedido orgullo alemán. Los franceses fueron capaces de aprovechar algunas ventajas: como defensores de su propio terreno, tenían mejores comunicaciones y rutas de abastecimiento mucho más cortas que los alemanes, que «jugaban fuera». El sistema de mando francés funcionó incomparablemente mejor que el alemán. Si Joffre hubiera sido despachado el 25 de agosto —como merecía por el desastroso fracaso de su Plan XVII y las bajas consiguientes—, sería recordado como una de

las vergüenzas militares de la historia. Pero después —como el erizo del dicho— demostró que quizá solo sabía una cosa, pero era grande. La concentración del Marne fue una apuesta del comandante en jefe y le salió bien. Es difícil exagerar la importancia que el triunfo de Joffre sobre Moltke, que fue un triunfo de la voluntad, tuvo a la hora de determinar el destino de Europa en 1914. Además, la contribución personal del comandante en jefe halló paralelo en la de los hombres de sus ejércitos, que revelaron su fortaleza en un momento en el que se les habría perdonado que sucumbieran a la desesperación.

Algunos historiadores afirman que la crisis nerviosa de Bülow fue menos explicable, y de consecuencias más graves, que la de Moltke. Pero esto parece pasar por alto el simple hecho de que, el 9 de septiembre, Franchet d'Espèrey había batallado mejor que el comandante del 2.º Ejército alemán. En cuanto a Kluck, si en verdad consideraba que la intervención de Moltke —o más bien, de Hentsch— era injustificada, ¿por qué no se opuso a ella, como se había opuesto antes a muchas directrices del OHL? Es más verosímil que también él hubiera reconocido, tácitamente, que en el oeste los ejércitos alemanes habían ido más allá de sus límites estratégicos, tácticos y logísticos. Ni por un momento, Kluck y sus iguales pensaron que las decisiones del 9 de septiembre implicaban que Alemania estaba perdiendo la guerra. Pero sí admitían la necesidad de echarse atrás y reagruparse.

Los aliados no supieron aprovechar la ocasión para convertir la incomodidad del enemigo en su destrucción, porque, después de los traumas de agosto, carecían de los medios y la energía necesarios. Tal vez la FEB habría logrado resultados importantes si hubiese hostigado con dureza a los alemanes en retirada, pero se negó a hacerlo. Los británicos solo sufrieron 1.701 bajas en toda la batalla del Marne: menos que algunas brigadas francesas. Si la cuestión hubiera quedado en manos del comandante en jefe, la FEB ni siquiera habría participado. Sumarse a la contraofensiva fue decisión de Asquith y Kitchener, no de sir John French. Es improbable que una acción británica más vigorosa pudiera haber transformado la victoria de Joffre en una catástrofe alemana, pero sin duda podría haber incrementado las pérdidas del enemigo, sobre todo en prisioneros, y habría desprovisto a la retirada de Kluck y Bülow de la comodidad de la que gozó.

Tras varias semanas de pesimismo y pavor por el resultado de la guerra, el éxito del Marne provocó un estallido de euforia en el campamento aliado. Sir Edward Grey escribió a un compañero del gobierno, el 14 de septiembre: «Las noticias de la guerra, en general, son casi demasiado buenas para ser ciertas».²⁵ El teniente Charles de Gaulle estuvo entre los que se engañó creyendo que la ofensiva del Marne supondría el golpe decisivo de la guerra: «El enemigo no será capaz de frenar nuestra persecución ... y tendremos la gloria de haber derrotado al ejército que creía ser el mejor del mundo ... y esto, sin necesidad ninguna de los rusos».²⁶

Otros soldados fueron más cautos, sin embargo. Edouard Cœurdevey se alegró al descubrir que los alemanes habían abandonado un pueblo en el camino de su unidad, pero se negó a unirse a los festejos extravagantes: «Sería maravilloso si Francia fuera a quedar libre con rapidez ... pero soy escéptico al respecto de las ilusiones de mis camaradas, que ya se imaginan en el Rin. Conozco la organización de los alemanes, su inmensa reserva de energía y la impresionante escala de su equipo. Creo que será duro. Mis compañeros se burlan de mis dudas, pero no conocen Alemania: su orgullo y la organización prusiana».²⁷

Sin embargo, los alemanes informados tenían claro que habían perdido la apuesta por un resultado rápido. En el departamento de Marne, Albert Hopman se retorció las manos: «Toda la situación es muy desafortunada» y se debía a los «pecados de los años pasados». Denunciaba la debilidad del gobierno, falta de personalidades fuertes. «Nuestro sistema no sabe cómo llevar fuerza e intelecto a la fila delantera de la política y el gobierno ... Es triste, demasiado triste, pobre Alemania.»²⁸ A los pocos días, describió la guerra como una «necedad increíble» de los responsables de la política exterior alemana. Solo veía consuelo en «el espíritu de la nación. Esto solo se podrá sostener con amplias concesiones democráticas. Si no, es obvio que habrá una revolución y la dinastía [Hohenzollern] caerá. Pero dudo de que nuestros políticos tengan el juicio [de actuar para prevenirlo]».²⁹

Una embriagadora oleada de alivio barrió Francia. El 15 de septiembre, Edouard Vaillant escribió en *L'Humanité*: «Es el principio de la aniquilación del imperialismo prusiano. Es, en realidad, el principio de la victoria definitiva de los ejércitos aliados». El apelativo de «milagro del Marne» lo acuñó en diciembre Maurice Barrès. Describió la batalla como el «eterno milagro francés, el milagro de Juana de Arco, la santa y patrona de Francia». En aquella época, en Francia, la iglesia católica pedía un renacer religioso: un clérigo siguió la estela de Barrès y publicó unos folletos titulados «El milagro del Marne». Como era de esperar, la experiencia de septiembre, vista por los soldados, era más precavida y menos romántica. Un coronel llamado Desfontaines escribió, el día 25: «Hemos experimentado el período más doloroso de la guerra: el agotamiento físico; el abastecimiento insuficiente; las pérdidas insustituibles de oficiales».³⁰

Después de 1918, el Marne pasó a formar parte de la invención alemana de la «puñalada en la espalda». En su historia oficial se afirmaba: «¡La descomunal e histórica batalla del Ourcq y el Marne se interrumpió! ¡Los ejércitos alemanes del ala derecha tornaron en retirada una victoria segura!».³¹ En 1934, Ludendorff escribió: «En el Marne, en 1914, el ejército no fue derrotado. Fue el vencedor».³² Pero esto eran fantasías. El mito de la invencibilidad alemana había quedado al

desnudo y el ejército francés se había alzado de sus cenizas de un modo soberbio. Los hombres de Joffre experimentaron una renovación espiritual en la euforia del avance, y recuperaron de manos de los ocupantes muchos kilómetros preciosos de territorio francés. Una noche, el capitán Plieux de Diusse se hallaba alojado en casa de una anciana antipática, que poco antes había albergado a alemanes. Al meterse en la cama, De Diusse se preguntó, por un momento, si la mujer habría cambiado las sábanas desde que aquellos partieran. Luego se encogió de hombros: «¡Vaya pregunta, para un soldado en medio de una campaña! ... Dormiré bien».³³

II. «Tablas a nuestro favor»

Los alemanes se retiraron del Marne ordenadamente y eligieron con buen criterio el terreno en el que se plantarían y ofrecerían resistencia. Moltke, en la última orden significativa que dio antes de ceder el mando, dispuso que los ejércitos del sur de Reims abandonaran sus asaltos —especialmente, en los alrededores de Verdún y de Nancy— y se atrincheraran. Así, las tropas quedaron disponibles para nuevas iniciativas en otros lugares; en particular, en el gran vacío del oeste de Bélgica y el norte de Francia, aún no castigado por los ejércitos. El 14 de septiembre, el káiser ordenó al jefe del Estado Mayor que se declarase enfermo, aunque como al pueblo alemán se le ocultó la noticia, durante varias semanas un desdichado Moltke se quedó en el OHL, que solo abandonó para una salida frustrada al frente de Amberes.

Falkenhayn, que asumió las responsabilidades operativas de Moltke, solo contaba cincuenta y tres años; era más joven que ningún otro comandante del ejército. Era un oficial de la guardia, frío y huraño, que al káiser le resultaba socialmente aceptable, a diferencia, por ejemplo, de Ludendorff. Aunque era rápido e inteligente —estuvo entre los que, desde el principio, predijo que la guerra sería larga—, a veces resultaba indeciso. Era un hombre enérgico, que necesitaba dormir poco y a menudo compartía horas de la madrugada con los comandantes, pero también un solitario y dado a los secretos. Se trataba de una personalidad mucho más estable que Moltke y, como caudillo principal de Alemania, en los dos años posteriores, Falkenhayn exhibiría mucho talento. Pese a todo, se enfrentaba a los mismos problemas intratables que su predecesor. El coronel Gerhard Tappen, arquitecto de la invasión alemana de Francia, seguía siendo el oficial de operaciones, lo que hacía improbable que hubiera cambios en la estrategia. En un principio, Falkenhayn se negó a considerar el revés del Marne como decisivo. Su labor inmediata fue tomar el mando, ejercer la autoridad e imponer la coordinación a los comandantes del ejército, cuestiones en las que Moltke, como hemos visto, había fracasado miserablemente.

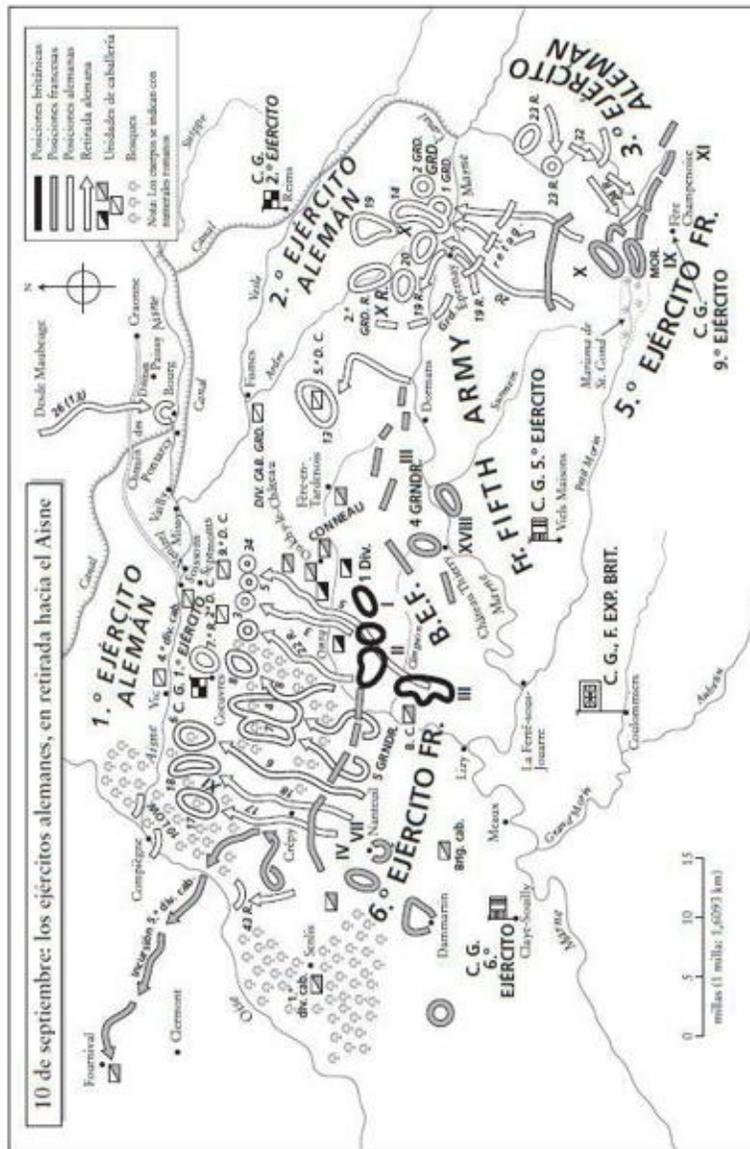
Casi de inmediato, surgieron tensiones entre Falkenhayn y Tappen. El nuevo jefe del Estado Mayor era partidario de recuperar el plan de la gran maniobra envolvente, enviando tropas al interior de Bélgica, para pasar por detrás del flanco aliado, rodeándolo por una zona que flotaba en el aire, con más de trescientos kilómetros de espacio vacío por delante. Tappen, en cambio, quería renovar el ataque por el centro, entre Soissons y Reims. En el corto plazo, se impuso la

perspectiva del oficial de operaciones, en parte porque la capacidad ferroviaria disponible para desplazar tropas por el frente era limitada: la mayor parte de las líneas iban de este a oeste, y no de sur a norte; y el sistema belga, muy saboteado, estaba en una condición caótica. Los alemanes realizaron una serie de ataques mal planeados, costosos y carentes de éxito.

Los aliados, entre tanto, intentaron convertir el buen resultado del Marne en un triunfo estratégico, cuarenta kilómetros más al norte, en una sucesión de enfrentamientos que se prolongó durante un mes y se dio en llamar «batalla del Aisne». Este río, de curso lento, corre por un valle tras el cual una colina boscosa se alza abruptamente hasta un monte de un millar de metros. Al norte, por detrás de los montes, hay tierras de labranza, que suben suavemente. Las atraviesa una carretera de unos treinta y cuatro kilómetros de longitud, modestamente famosa en la historia francesa como Le Chemin des Dames; recibió este nombre por Adelaida y Victoria, hijas de Luis XV, que la recorrían a caballo para visitar a la condesa de Narbona en el *château* de la Bove.

Durante el avance francés, algunos hombres rescataron «trofeos vulgares de los cuerpos de los alemanes, cubiertos de barro y sangre ... cargan sacos con abrigo y cascos alemanes, que no podrán conservar», según dijo desdeñosamente Edouard Cœurdevey. Una noche de septiembre, el sargento de Cœurdevey trajo a rastras a un soldado enemigo que llevaba cinco días y noches al raso, inmovilizado por un fémur roto. «Nos estremecemos de horror al pensar en la agonía de esos hombres heridos, incapaces de moverse para ponerse a salvo ni del calor del sol ni del frío de la noche, o protegerse de la lluvia. Este pobre hombre le dio a su salvador sus medallas y sus botones, y le ofreció dinero.»

Al este quedaban los montes de la zona de Reims y los bosques de la Argona, donde estaba atacando el 5.º Ejército, de Franchet d'Espèrey. Sus formaciones habían avanzado desde el Marne, con la lentitud de los británicos, pero con más disculpa, a tenor de las penalidades del mes anterior. Recuperaron Reims y mantuvieron los ataques desde allí, aunque con gran coste y poco adelanto. Del 17 al 19 de septiembre, los alemanes bombardearon la ciudad, causando grandes destrozos en la catedral. Este vandalismo produjo conmoción y una nueva oleada de alarma en la capital francesa: los parisinos se convencieron de que, si su propia ciudad quedaba al alcance de la artillería alemana, el Louvre, los Inválidos, Notre Dame y todos los demás tesoros de su patrimonio quedarían sentenciados; y el temor no parece infundado.



Entre Manoury y Franchet d'Espèrey, durante la segunda semana de septiembre, los británicos continuaron avanzando lentamente hacia el norte, más incomodados por la lluvia intensa que por una tenaz resistencia. «Según me temía», escribió Alexander Johnston el día 11, «hemos dejado que los alemanes desaparezcan con muy pocas pérdidas ... Sin duda, deberíamos haber acosado al enemigo todo lo posible.» Pero la FEB se entregó, en su mayoría, al optimismo. El 13 de septiembre, el capitán Dillon, de los Ox and Bucks, escribió a su casa: «Todo está yendo bien y creo que los alemanes están acabados. Ayer, después de dormir bajo la lluvia, los alcanzamos. Durante un tiempo estuvimos bajo un fuego de infantería bastante intenso, pero no hubo bajas y el regimiento capturó a 116 prisioneros, incluidos cinco oficiales ... Este espectáculo no me fastidia, salvo por las marchas y por estar siempre mojado, con sueño y demás».³⁴

No obstante, al tiempo que la FEB se aproximaba al Aisne, un nuevo 7.º Ejército alemán se apresuraba a ocupar la brecha abierta entre Kluck y Bülow. Algunos de estos refuerzos llegaron hasta el río a marchas forzadas y tomaron posiciones tan solo unas horas, o incluso unos minutos, antes de que aparecieran los británicos. El VII Cuerpo de la reserva alemana recorrió sesenta y cinco kilómetros y alcanzó la cima justo por delante de la vanguardia de sir John French. El 13 de septiembre se inició un mes de sangrientos combates, durante el cual los aliados se esforzaron por penetrar por el Chemin des Dames. Las fuerzas de Joffre, al norte y al este de Reims, aportaron una cuota de peso; pero la atención posterior se ha centrado sobre todo en las operaciones del sector británico, porque se pensaba — aunque, probablemente, no era cierto — que allí había una ocasión espectacular para desquiciar la línea alemana, si se cruzaba el río, se coronaba la sierra y se continuaba adelante por el campo abierto de más allá. Para Louis Spears: «Al echar la vista atrás, doy las gracias de corazón porque ninguno de los que dirigieron la mirada al otro lado del Aisne ... tenían ni la menor idea de lo que les esperaba. No se inquietaban por las visiones de barro y trincheras rezumantes ... años de penalidades por delante».³⁵

La primera vez que los británicos cruzaron fue la más exitosa. En la tarde del 12 de septiembre, la 11.ª brigada de infantería se alojó en Septmonts, cansada tras veinticuatro kilómetros de marcha y un largo período de lluvia. Solo llevaban dos horas de reposo, sin embargo, cuando se les hizo levantarse, vestirse las cinchas y el equipo, tiesos y empapados, y ponerse en marcha otra vez. El general de brigada Aylmer Hunter-Weston había tenido noticia de que los alemanes habían fallado en la demolición del puente del Aisne en Venizel, algunos kilómetros más adelante. El arco estaba fracturado, pero no partido; según una unidad de reconocimiento, con cuidado se podría pasar por él.

Hunter-Weston, con una urgencia inusual, aquel otoño, entre los comandantes de la FEB, insistió en que la brigada cruzara de inmediato, aprovechando la oscuridad. El oficial del Estado Mayor Lionel Tennyson escribió sobre el general de brigada: «Como hombre, no lo aprecio mucho, ni lo aprecia nadie. Es muy quisquilloso y tiene la reputación de que tiende a perder la cabeza y es bastante incompetente».³⁶ Pero aquella noche, ante el Aisne, por una vez, Hunter-Weston actuó con eficacia. A las 2 de la madrugada, en fila de a uno, con un intervalo de unos cinco metros entre cada hombre, la infantería empezó a cruzar la destartada estructura, con la sola guía de una luz semicubierta en la orilla oriental. La obra de hierro estaba fracturada y vibraba y temblaba cada vez que uno de los hombres pasaba nervioso, unos dieciocho metros por encima del cauce. Al cabo de una hora, los batallones se habían reagrupado y chapoteaban por las húmedas vegas situadas por debajo de la cima, en la orilla septentrional. Los hombres llevaban veinticuatro

horas sin comer, tenían frío y estaban calados hasta los huesos; en la FEB, nadie tenía ropa verdaderamente impermeable. Pero como les quedaban solo menos de tres horas de oscuridad, Hunter-Weston impuso otra vez su voluntad firme, e insistió en que la infantería, por cansada que estuviera, llegara hasta el terreno alto. La empresa tuvo recompensa: al amanecer, los hombres de los batallones de Somerset, Hampshire y la brigada de rifles sorprendieron a los piquetes alemanes, que salieron huyendo hacia el grueso de su frente.

Los recién llegados excavaron trincheras en un reborde de la sierra. Aún tenían por encima algunas posiciones alemanas fuertes, pero al menos estaban en el lado bueno del río. La historia oficial británica comenta con aspereza: «Si otras divisiones hubieran mostrado el mismo carácter emprendedor —y las marchas del día 12 hubieran sido más cortas—, los combates del 13 quizá habrían tenido un resultado distinto». En otras palabras, el resto de la FEB se acercó al Aisne con el mismo ánimo despreocupado con el que había avanzado desde el Marne, y no acertó a intentar seriamente el paso del río hasta el amanecer del 13, cuando hubo enfrentamientos en una docena de puntos de vadeo. Los alemanes habían situado un formidable despliegue de morteros y cañones pesados más allá de la cresta; desde la altura, los observadores podían contemplar todos los movimientos y lanzar un torrente de fuego sobre el valle. Un oficial de la artillería británica escribió, descontento: «El avance se realizó sin el impulso suficiente, lo que permitió a los alemanes preparar una posición defensiva fuerte ... de la que no logramos desalojarlos».³⁷

En Bourg-et-Comin, una ametralladora asoló el paso de la caballería británica: lord Gerald Fitzgerald, del 4.º regimiento de dragones, recibió un balazo entre los ojos; hacía solo treinta y tres días que se había casado. La infantería llegó a la orilla norte del Aisne cruzando por un acueducto que los alemanes no habían logrado destruir, pero, en cuanto los británicos ocuparon la población de Bourg, un diluvio de proyectiles cayó sobre ella. Los ingenieros que se esforzaban por construir un puente flotante sufrieron mucho por la artillería y los francotiradores. Una de las balsas recibió un impacto directo que lanzó al agua a una docena de zapadores; la mayoría murió. Tres hombres se arrojaron al río con valentía, en cueros, para recuperar la balsa entre las balas del enemigo. Uno fue alcanzado, pero los otros dos lograron subir a bordo y llevar la sencilla embarcación hasta la orilla, lo que salvó la vida de cinco ingenieros heridos que aún quedaban en ella.

Por debajo del pueblo de Paissy, los hombres de Surrey occidental perdieron a un centenar de hombres al pasar el río bajo el fuego. En Pontarcy, miles de infantes llegaron a la orilla oriental pasando por otro puente a medio demoler; pero los proyectiles alemanes seguían cayendo sin descanso, al igual que una lluvia intensa. En Vailly, decenas de hombres de French se jugaron la vida —y muchos la

perdieron— al cruzar por un puente de planchas. En Missy, los ingenieros se esforzaron, en las horas de oscuridad de la madrugada del 14 de septiembre, por trasladar caballos en balsas. «Fueron horas espantosas ... las orillas eran muy abruptas, y la corriente, muy intensa», escribió el teniente Jimmy Davenport, del batallón de Bedford.³⁸ Otro de los oficiales, el comandante Singer, resbaló y cayó al agua mientras tiraba de una de las balsas, y se halló aferrado precariamente al borde, con la cabeza a escasos centímetros de las pezuñas de un caballo. A medio trayecto, el animal empezó a repartir coces y el desafortunado oficial tuvo que retorcerse frenéticamente para ir esquivando los golpes letales. Varios caballos saltaron por la borda a la corriente y no fueron rescatados hasta pasadas varias horas.

En la mañana del 14 de septiembre, miles de soldados británicos habían logrado pasar a la orilla norte del Aisne, pero se hallaban en un aprieto. Calados hasta la médula, exhaustos y, en su mayoría, sin comer desde hacía muchas horas, se aferraron a posiciones situadas justo por encima de los bosques que bordeaban el Chemin des Dames. En todos los puntos quedaban por debajo de los alemanes, emplazados en las tierras de labranza de más al este, que se iban elevando suavemente. A lo largo de los días siguientes, los británicos lucharon por coronar la sierra, mientras los alemanes se esforzaban una y otra vez por obligarlos a volver al río. Ambos bandos fracasaron en el intento y sufrieron pérdidas cuantiosas. Además, el tiempo era pésimo, y la moral se hundió. Se habría hundido todavía más si alguno de los dos ejércitos hubiera sabido que, aunque todavía se producirían allí una gran cantidad de muertes, el frente del Chemin des Dames permaneció sin apenas cambios durante los cuatro años posteriores.

El soldado Charles Mackenzie, de los *highlanders* de Cameron, resultó herido en ambas piernas el 14 de septiembre, y escribió: «Es un lugar terrible ese de ahí afuera: no hay sino montones de cadáveres y sangre en abundancia. Hemos perdido a un montón de hombres ... de los 1.400 solo quedan 300».³⁹ La guardia de Coldstream y la escocesa también padecieron mucho. Los *rangers* de Connaught cruzaron el Aisne en Pont d'Arcy, durante la noche del 13 de septiembre, y se hallaron en la población de Soupir, dominada por un espléndido *château* que había pertenecido a Gaston Calmette, el editor de *Le Figaro* que había sido sensacionalmente asesinado por *madame* Caillaux. No tenían órdenes de ir más allá, aquella noche, pero el oficial al mando, el comandante William Sarsfield, con una notable exhibición de iniciativa, decidió que, si debían conquistar la zona alta en algún momento, era mejor hacerlo cuanto antes. Guió a sus hombres por un camino que subía desde el pueblo, serpenteando entre el bosque, hasta salir a campo abierto, en una gran casa de campo llamada La Cour de Soupir. Allí se establecieron y esperaron al amanecer. A las 9.45 de la mañana, bajo la acostumbrada lluvia

torrencial, llegó el 2.º regimiento de granaderos, que desconocía que tenía por delante a los soldados irlandeses. En ese mismo momento, los alemanes lanzaron contra la granja un poderoso ataque de infantería, lo que obligó a los dos regimientos a arreglárselas como pudieran para rechazarlos, entre el ruido de la mosquetería, sin mapas y sin apenas idea de quién estaba dónde. A continuación hubo una batalla menor, confusa, desordenada y costosa, librada entre diversas granjas y zonas de bosque del lugar.

El granadero Guy Harcourt-Vernon escribió: «Detenemos a muchos de los *rangers* de Connaught, que se “retiran” con bastante desorden, y nos dicen que su regimiento ha caído en una emboscada y su comandante les ha ordenado retirarse. Nos los quedamos a todos y se juntan con nosotros. Encontramos a un montón de destacamentos menores, como el nuestro ... Se nota que, si alguien se pone nervioso, acabaremos disparándonos todos contra todos. Eso es lo peor de estos combates de bosque: no se ve y nadie dirige. Oigo disparos a mi derecha y me detengo para que los hombres me alcancen; se han quedado horriblemente rezagados. De pronto, veo uniformes grises por delante, disparan y casi en seguida resulto herido».⁴⁰ Harcourt-Vernon recibió un tiro en la ingle, lo apresaron brevemente y, al cabo de una hora, cuando se repelió a los alemanes lo liberaron y enviaron a un hospital.

Fue un día de acciones locales desesperadas en una docena de lugares, de ataques y contraataques, con un goteo constante de pérdidas porque los fusileros alemanes disparaban desde atalayas ventajosas, en las copas de los árboles. Llegaron a dar su apoyo la guardia de Coldstream y luego la irlandesa. Durante el día, combatieron esporádicamente hombres de cuatro batallones, que no tenían nada claro, salvo la necesidad de disparar al enemigo en cuanto hiciera aparición. En un punto, cuando los granaderos empezaban una acometida, unos doscientos alemanes que estaban tumbados en un campo de remolacha se pusieron de pronto en pie, levantaron las manos y avanzaron ondeando una bandera blanca. Mientras los soldados británicos iban apresando a aquellas figuras desalentadas, otra unidad de infantería enemiga abrió fuego contra el grupo heterogéneo, sin distinción. George Jeffreys, de los granaderos, escribió: «Creo que no hubo intención traidora de parte de los alemanes. Los de la primera línea habían tenido bastante y querían rendirse de verdad. Coincidió que apenas les quedaba munición. Pero los apoyos que tenían a la espalda no tenían intención de rendirse y abrieron fuego en cuanto tuvieron un buen blanco. No imaginaba la buena cobertura que ofrece un campo de remolacha a unos hombres tumbados; allí dentro eran invisibles como perdices».

Ningún general dirigió la batalla de Soupir; simplemente, los batallones y las compañías lucharon lo mejor que pudieron. Entre los oficiales, las pérdidas fueron atroces. En los regimientos de la guardia, que se jactaban de tener tantos

aristócratas, la sangre azul fluyó libremente: mientras lord Guernsey estaba hablando con lord Arthur Hay, ambos cayeron muertos por balas disparadas por un único, y habilidoso, fusilero alemán. Los *rangers* de Connaught sufrieron 250 bajas; los granaderos, 120; la guardia de Coldstream, 178. Un joven soldado de los granaderos, llamado Parsons, recogió a doce hombres de un batallón que se había quedado sin oficiales ni suboficiales, y los dirigió todo el día con notable eficiencia. Esta actuación le valió un ascenso y su mención en los partes; pero Parsons, como tantos otros, moriría a las pocas semanas.

Aquella tarde, la guardia se atrincheró. En el pueblo de Soupir, colina abajo, donde estaban alojados los británicos, cerca de un kilómetro por detrás del frente, empezaron a caer proyectiles. Jeffreys escribió sobre aquella noche: «Intenté dormir, pero hacía demasiado frío, y también me mantenían despierto una serie de alemanes heridos que ... gritaban continuamente “Kamerad!”. Nunca antes había comprendido el significado de “Mis heridas hieden y se pudren”.* Desde luego, ¡aquellas heridas sin curar hedían y se pudrían!».⁴¹ Cuando un *ranger* de Connaught ofreció a Jeffreys una taza de té, el comandante estaba tan molesto por el recuerdo de la que se decía fue una pobre exhibición de los de Connaught en la retirada, que estuvo a punto de declinar, pero a la postre, sucumbió a la tentación.

Los combates de La Cour de Soupir continuaron a lo largo de los días siguientes, y también las pérdidas. Los alemanes atacaron con fuerza; cada vez que ganaban algo de terreno, había que desalojarlos. Cada enfrentamiento costaba vidas, y los británicos, por su parte, tampoco avanzaban significativamente. En la tarde del 16 de septiembre, un proyectil aterrizó en una cantera en cuyo acceso se había desplegado una compañía de granaderos; dentro estaban todos los heridos de su bando. Más de la mitad de los granaderos, cincuenta y nueve hombres, murieron de inmediato, así como once hombres de otras unidades y el único oficial médico de la posición: el doctor Huggan, un famoso jugador de rugby, internacional por Escocia. La distinción según el rango imperaba incluso en la muerte. George Jeffreys, de los granaderos, leyó el servicio fúnebre que, a la luz de unas teas, se dedicaba a los muertos de la tropa británica y alemana, enterrados en grandes fosas excavadas junto a un cruce de caminos. En cambio, los cadáveres de los oficiales alemanes se enviaban colina abajo y eran sepultados en el camposanto de Soupir.⁴²

El capitán Lionel Thurston, de los Ox and Bucks, que se sumaron a la batalla de Soupir, escribió a su familia el 20 de septiembre: «Hace una semana ... nos topamos con los alemanes en una posición preparada, y desde entonces, no hemos ganado ni un centímetro, ha sido un infierno ... Aquí el combate es incesante; hace dos días, 150 bueyes acabaron asados y murieron; a todas las vacas les han pegado un tiro; y ayer, de los cinco cerdos que quedaban, solo sobrevivieron dos».⁴³ El

capitán Rosslyn Evelegh murió por un proyectil que lo alcanzó cuando tuvo la imprudencia de exponerse para poner fin a las penalidades de un cerdo. Thurston concluyó con un escrúpulo: «Hay unos 500 alemanes muertos a cosa de 700 metros de nuestras trincheras, y la verdad es que creo que habría que hacer algo al respecto, porque llevan ahí cuatro días».

Bernard Gordon-Lennox escribió: «Todo el día sufrimos un bombardeo infernal ... Desde las trincheras podíamos ver buena parte de la posición alemana, y a ellos también los veíamos cavar a toda prisa; pero sus cañones cuesta mucho encontrarlos. Durante todo el día, había metralla estallando por encima de nosotros y donde estábamos. Se acercaron Ma [Jeffreys] y el doctor Howell, que es gordo y bajo. Howell dice que ha dejado lo de “ir a dar una vuelta”». ⁴⁴ Algunos artilleros británicos se entretuvieron con un pequeño cálculo materialista: los proyectiles del bombardeo de la tarde en su sector habían costado a los alemanes 35.000 libras. El nuevo oficial al mando de los granaderos, Wilfrid Abel-Smith, escribió a su esposa: «Los hombres son espléndidos, y creo que la valentía con la que hacen caso omiso del peligro se debe sobre todo a la estupidez británica. Creo que no se dan cuenta del peligro que corren, lo que es toda una bendición, y les hace aguantar como rocas ahí donde los extranjeros, menos resistentes, no lo soportan. Pero los hombres están cansados; lo puedo ver». ⁴⁵

Aunque, entre los británicos, Soupir cobró triste fama como escenario de frustración y derramamiento de sangre, la FEB sufrió experiencias similares a lo largo de todo el Chemin des Dames; y también los franceses, a su derecha. La fábrica de azúcar de Cerny se convirtió en un lugar de reputación particularmente funesta. En un puñado de regimientos, las bajas fueron muy graves. Entre el 15 y el 17 de septiembre, el regimiento real del norte de Lancashire, que atacaba Troyon, perdió a catorce oficiales (nueve muertos y cinco heridos) y quinientos soldados de la tropa. Una compañía que cruzó el Aisne con doscientos hombres quedó reducida a dos oficiales y veinticinco soldados. El día 20, el batallón de Yorkshire del oeste perdió el flanco en una acción menor, pero desastrosa, que los hizo rendirse en su mayor parte. Los alemanes sufrieron de un modo similar. El suboficial Ernst Nopper anotó, el 23 de septiembre, que su compañía había pasado de doscientos hombres a setenta y cuatro: «El comandante Zeppelin, cuando tuvo noticia de estas pérdidas, quería pegarse un tiro». ⁴⁶

Para los hombres que lucharon en el Aisne, la experiencia fue mucho peor que nada de lo que habían vivido en Mons o Le Cateau, porque la batalla fue mucho más larga. En el Chemin des Dames empezaron a experimentar la nueva naturaleza de la guerra, en la cual las operaciones eran continuas y los combates duraban semanas, sin descanso ni resolución. A veces, los bombardeos duraban horas y en una posición dada caían proyectiles con intervalos de solo unos segundos. Un oficial

alemán herido en septiembre dijo, premonitoriamente: «En esta guerra, la última palabra la dirá la artillería».⁴⁷ Los ocupantes de las trincheras parecían muñecos de barro: bañarse no era más que un recuerdo distante; incluso entre los oficiales, pocos se las arreglaban para afeitarse; la mayor parte de la FEB vestía la misma ropa desde Mons.

El carácter de la contienda estaba cambiando a medida que los hombres comprendían un mensaje simple: quien quisiera sobrevivir, debía hacerse invisible. Los soldados recién llegados al campo de batalla del Aisne quedaban impresionados porque aparentaba estar vacío, a todas horas, salvo cuando había un ataque en marcha. Solo por los chasquidos y silbidos de las balas, y la explosión de los proyectiles, se veía que se estaba librando una guerra. Por la noche, aprendieron a maldecir al soldado aislado que, llevado por los nervios, disparaba un tiro que provocaba una tormenta de mosquetería y bombardeo por todo el frente. El 14 de septiembre, Haig aseveró que «era imposible confiar en algunos regimientos de la 3.^a división que habían recibido un castigo tan grave en Mons y Le Cateau».⁴⁸ El día 20 describió que los hombres de Yorkshire occidental «salieron huyendo» y, para detenerlos y devolverlos al frente, hizo falta la intervención de los dragones.⁴⁹

Mientras, en Gran Bretaña, el 22 de septiembre *The Times* escribió: «“¿Se están viniendo abajo los alemanes?”, se preguntan todos». Pero no, no se hundían. Cuando Julian Grenfell reprendió a un oficial alemán y algunos hombres a los que había apresado, creyendo que habían matado a hombres de su propia unidad, el alemán lo miró a los ojos y le saludó. Grenfell se arrepintió de su arranque de cólera: «Nunca he visto a un hombre de mirada tan orgullosa y resuelta, y tan elegante y confiado, en una hora de amargura. Me hizo sentirme terriblemente avergonzado de mí mismo». El capitán John Macready, del regimiento de Bedford, escribió: «Si lo hubiéramos sabido, aquello era el principio de la guerra de trincheras ... No había, claro está, alambrada, y las trincheras estaban muy distantes, con el terreno intermedio cubierto por el fuego. Se seguía patrullando de noche, a través de las líneas de los *boches* y vuelta. Perdimos a muchos hombres por los francotiradores, tanto es así que en una de las secciones avanzadas de Allason no se podía mover ni un pie a la luz del día. La moral de ese puesto, desde luego, estaba hundida ... El tiempo se volvió caluroso y el olor de los cadáveres en los bosques era espantoso; tanto alemanes como hombres nuestros habían caído en sitios extraños y no se los había descubierto. Los cuerpos de los caballos y las reses eran algo aún peor. Poco a poco, los íbamos enterrando, pero hay que esforzarse lo suyo para darle tierra a una vaca que se ha hinchado hasta tres veces su tamaño normal».⁵⁰

En el Aisne, el promedio de bajas británicas fue de dos mil al día. Un soldado

escribió: «La tropa está empezando a desmoralizarse, porque los alemanes han demostrado ser un ejército mejor de lo que pensábamos ... En la guerra de 1870, los alemanes defendieron esta misma posición y derrotaron a los franceses».⁵¹ El suboficial de artillería alemán Wilhelm Kaisen, escribió el 2 de octubre: «He visto ataques que han hecho a los hombres sacudir la cabeza porque no daban crédito a que se dirigieran con tan poco sentido. Incluso los oficiales ingleses ven que asaltar en un frente de 600 a 800 metros, contra una posición bien preparada, es un desperdicio de vidas humanas».⁵² Afirmó que los infantes iban al ataque con un exceso de pertrechos, lo que generaba una lentitud de movimientos penosa, y deploraba la espeluznante repetición de los horrores: «Primero bombardeamos un pueblo durante un día, hasta que todo está destruido. Luego la infantería avanza con la bayoneta calada y se desarrolla una lucha asesina. Vi que unos bávaros se quitaban la guerrera y combatían en mangas de camisa, dando la vuelta a los fusiles y golpeando con las culatas. Entonces se desata el fuego de la artillería enemiga y baja sobre nosotros una columna de humo y llamas. Si alguien escapa ileso, ha tenido mucha suerte».

Unos meses después, cuando se estableció la censura de campaña, la carta de Kaisen no habría llegado nunca a su destino, porque afirmaba que las pérdidas de la infantería eran tan desastrosas que, sin refuerzos, algunos regimientos próximos habrían dejado de existir. Pasados tan solo unos minutos desde que un teniente se unió a la batería del propio Kaisen, el joven recibió el impacto casual de una esquirla de munición, que le causó la muerte. Se habían agotado las reservas de la munición fabricada antes de la contienda, por lo que los artilleros de todos los ejércitos dependían ahora de la producción de guerra, tan apresurada que su precisión y fiabilidad eran muy inferiores. «Los alemanes son valientes hasta el extremo de la absoluta necesidad», escribía el capitán Ernest Shepherd, de la FEB, a un amigo que tenía en Alabama; por extravagante que resulte, aun siendo británico Shepherd había sido miembro de la guardia nacional de Alabama. «Imagínate a un millar de hombres agrupados en formación de regimiento ... que se dirigen, sin vacilar, a trincheras ocupadas por los soldados con mejor puntería del mundo ... Es un asunto que pone los pelos de punta, y nunca antes ha existido nada semejante.»⁵³ En realidad, claro, sí habían existido casos semejantes: la guerra civil de Estados Unidos, como Shepherd debería haber sabido. Pero la conciencia colectiva británica prestaba poca atención a los precedentes.

Solo unos pocos hombres de uno u otro bando seguían afectando chulería, como un soldado alemán que escribió a su casa el 4 de octubre: «Aquí, a los ingleses no se les toma en serio ... Deberíais haber visto a esos tipos, cómo corrían ... Los abatíamos a sangre fría, entre risas estruendosas. Cayeron como moscas

desde distancias de hasta 1.200-1.300 metros».⁵⁴ También caían así los alemanes; el 21 de septiembre, el doctor Lorenz Treplin le contó a su esposa que a su regimiento solo le quedaba un tercio; seis de los oficiales habían muerto y otros treinta habían resultado heridos: «Es terrible cómo la guerra moderna sigue y sigue adelante».⁵⁵ Por entonces, pocos hombres, en cualquiera de los ejércitos, avanzaban hacia el frente con alguna de las ilusiones de agosto. El soldado alemán Kresten Andresen, uno de los sentenciados, escribió en su diario el 28 de septiembre: «Estamos tan embotados que marchamos hacia la guerra sin lágrimas ni terror, y, sin embargo, todos sabemos que vamos de camino a las fauces del infierno. Pero vestidos con un uniforme tieso, el corazón no late como quiere. No somos nosotros mismos. Ya apenas somos humanos; a lo sumo, somos autómatas bien instruidos que realizamos la acción que sea sin ninguna gran reflexión. ¡Ay, Señor! ¡Ojalá pudiéramos volver a ser humanos!».⁵⁶

La batalla del Aisne terminó oficialmente el 16 de octubre, cuando la FEB cedió sus posiciones a los reservistas franceses. El combate, de un mes de duración, fue un foco de polémicas apasionadas durante los años siguientes e incluso después de la guerra. ¿Había perdido el ejército de sir John French una gran oportunidad por la lentitud con la que avanzó hasta el Aisne, pasó el río y aprovechó para ir más allá? ¿Se podía haber logrado una penetración si se hubieran concentrado las fuerzas en un frente estrecho, antes que cruzar el Aisne por una docena de puntos? Desde el principio de la ofensiva del Marne, los británicos se movieron, frente a una oposición débil, con una lentitud vergonzosa. Nunca acosaron a los alemanes en retirada, que pudieron elegir el terreno en el Aisne y situar sus cañones a placer, para castigar a los aliados mientras cruzaban el río y se esforzaban por seguir más allá.

Más arrojo e impulso, desde luego, quizá habría permitido a la FEB llegar a la orilla oriental con menos desgaste y pérdidas menores. Pero, dicho esto, es muy improbable que se hubiera perdido una gran oportunidad estratégica. En el Marne, el ejército alemán se había visto arrastrado a una situación delicada e insostenible, pero no quedó hecho trizas. Hubo un envío rápido de refuerzos al Chemin des Dames, al mismo tiempo que los británicos se esforzaban por remontar las montañas. La artillería de campaña británica, situada en el valle, solo podía disparar con trayectoria plana, por lo que apenas podía prestar ayuda a los desdichados infantes, situados más arriba; en cambio, los obuses alemanes tenían todo el terreno a su alcance. Los intentos de llegar a la cumbre difícilmente podían prosperar cuando se pedía a los hombres que avanzaran a campo abierto, sin ninguna cobertura; los alemanes, si querían atacar a la inversa, se hallaban con la misma desventaja. La batalla del Aisne destacó las mismas lecciones derivadas de todo lo que había ocurrido desde agosto: en un terreno favorable, donde el resto de

circunstancias eran más o menos iguales, los defensores tenían gran ventaja sobre los atacantes.

Se manifestaron novedades extrañas. Los hombres de caballería clamaron por tener bayonetas, porque casi siempre luchaban desmontados. Algunos caballos de la artillería procedían de granjas y, la primera vez que oían los cañones en acción, corcoveaban aterrorizados. Los carreteros debían esforzarse mucho para domeñar unas bestias que coceaban y se encabritaban con furia, durante las semanas necesarias hasta que aprendían su nuevo papel, si llegaban a vivir tanto. Los soldados británicos dejaron de quejarse de que las bandas de música del enemigo se burlaban de ellos tocando el himno nacional británico, como hizo uno en el frente del Aisne, el 18 de septiembre; se les explicó que la música de *God Save the King* era también la de *Heil dir im Siegerkranz*, el himno del káiser. Pero nadie pudo aclarar a los soldados de ningún ejército por qué los combates más feroces solían coincidir con los domingos.

El 16 de septiembre, sir John French visitó en el hospital a un grupo de oficiales británicos heridos, que le preguntaron qué estaba pasando. El comandante en jefe replicó: «En este momento, tablas a nuestro favor», lo que hizo que uno de los oyentes añadiera con cierta confusión, en la carta a su familia, «signifique eso lo que signifique».⁵⁷ Por su parte, el comandante en jefe escribió al rey Jorge V, en una carta que, después de la guerra, recibió mucha atención: «Creo que la batalla del Aisne es muy característica de lo que, en el futuro, es probable que sean las batallas. Las operaciones de asedio caerán en gran medida dentro de los problemas tácticos; la pala será tan necesaria como el fusil, y en apoyo de ambos bandos se traerán los calibres y tipos de artillería más pesados».⁵⁸

La concepción de French, y su pesimismo, fueron compartidos en el otro lado de la montaña. Schlieffen siempre había temido que una campaña de movimiento cediera el paso a una parálisis: «A lo largo de toda la línea, el cuerpo intentará, como en la guerra de asedio, abordar al enemigo de posición en posición, día y noche, avanzando, atrincherándose, avanzando otra vez, atrincherándose otra vez, etc., utilizando todos los medios de la ciencia moderna para desalojar al enemigo de su cobertura». Ahora, la aprensión de Schlieffen se había hecho realidad. «¡Esta guerra de asedio y de trincheras es horrible!», se lamentaba el jefe del Estado Mayor del príncipe Rupprecht.⁵⁹ El granadero George Jeffreys dejó constancia de su cansancio poco antes de que los reservistas franceses relevaran a su batallón: «Cada día se parece mucho al anterior. Casi siempre hay bombardeo».⁶⁰ Freddie Guest, uno de los edecanes de sir John French, describió así, en carta a un amigo, los ataques incesantes de los alemanes: «No logro entender cómo sacan tanto de sus hombres»; y añadió, sombríamente: «Me temo que pronto verás otra larga lista de

bajas». [61](#)

La FEB podía enorgullecerse de la obstinación con la que defendió sus posiciones en el Aisne, durante un mes de combates feroces que diezmaron a muchas unidades. Pero si los aliados no habían perdido la batalla, tampoco la habían ganado. En ese momento, ambos bandos se esforzaban desesperadamente por identificar algún terreno, entre Suiza y el mar, en el que maniobrar para asestar un golpe decisivo en el vasto conflicto al que estaban entregados.

**«Pobres diablos, defendieron
sus barcos como hombres»**

El choque de los ejércitos de tierra en la Europa continental dominó la primera guerra mundial, al menos hasta que Alemania inició su importante campaña de submarinos en 1917. Sin embargo, el pueblo británico vivía con la falsa ilusión permanente de que la Marina Real de su país libraría una gran batalla contra la Flota de Alta Mar alemana (Hochseeflotte). Esto era lo que su patrimonio —y la vasta inversión en acorazados— los había condicionado a esperar. Querían una confrontación naval porque creían que favorecería sus intereses, y que no les permitiera tenerla engendró un resentimiento perdurable. En 1914, los británicos adolecían de un «complejo de Trafalgar» que desafiaba la lógica más simple: era improbable que los alemanes aceptaran una batalla que no podían confiar en ganar, porque sus números eran muy inferiores. En los primeros meses de la guerra, cada detalle de la actividad de la Marina Real emocionó al público británico mucho más que cualquier acción de los soldados, pese que el papel de los marinos tenía un peso inmediato mucho menor.

En la mañana del 30 de julio, en el Canal de la Mancha se presenciaba un espectáculo extraño, después de que la Gran Flota hubiera pasado de noche rumbo al este, hacia la base de guerra de Scapa Flow. En su estela cabeceaban mesas, sillones e incluso pianos: las tripulaciones habían arrojado por la borda de las columnas de grandes buques de guerra todo tipo de elementos y muebles inflamables, en previsión de un inminente choque con el enemigo. La Flota de Alta Mar alemana realizó una purga similar. El almirante Franz von Hipper escribió en su diario: «Las salas de estar tienen mal aspecto. Se ha arrancado todo lo que podía arder. Todo resulta muchísimo menos acogedor».¹

Los oficiales de baja graduación de ambos bandos, e incluso algunos principales, mantuvieron durante más de cuatro años un ansia de combatir que era tanto más poderosa cuanto apenas se había puesto a prueba. Los soldados de Europa aprendieron muy pronto que la guerra era espantosa para la humanidad en general y para ellos mismos en particular. Los marinos, no. El cadete naval Geoffrey Harper, del *HMS Endymion*, expresó un placer adolescente cuando el ultimátum de Gran Bretaña a Alemania expiró: «Muy buena noticia». El teniente Francis Pridham, del *Weymouth*, anotó el 4 de agosto: «Una gran emoción y entusiasmo a bordo».² El comandante John McLeod le escribía a su madre: «Si hay batalla, la verdad es que yo me apunté a la Marina para eso. Me siento perfectamente tranquilo, libre de toda inquietud».³

Filson Young, un periodista que sirvió en el Estado Mayor de guerra del vicealmirante sir David Beatty, el más distinguido de la escuadra de cruceros de combate, escribió: «Una diferencia profunda entre la Marina y Tierra era [que] ... cuando estalló la guerra, la vida del ejército se revolucionó; los transfirieron en persona a otro país, y toda su organización y su entorno se transformaron profundamente. Pero la Marina siguió moviéndose en su elemento de siempre; la rutina de paz estaba tan enteramente concebida para las condiciones de guerra que la inminencia de asuntos tremendos apenas afectaba su vida cotidiana; en vez de estar lista para combatir con doce horas de aviso, estaba lista en un momento».⁴ Los marinos de Gran Bretaña, fortalecidos por una magnífica confianza profesional, buscaron una ocasión temprana de demostrar, en la acción, su superioridad sobre el enemigo.

Pero esta no llegó. Durante los cansinos meses que siguieron, los ocupantes de las salas y los comedores de oficiales de las escuadras y flotillas del almirante sir John Jellicoe reemplazaron avergonzados los muebles y elementos que habían corrido a lanzar por la borda con la emoción de adoptar puestos de guerra. Ya el 17 de agosto, Geoffrey Harper se lamentaba: «La Flota de Alta Mar alemana se ha ciscado de miedo y se ha ocultado en algún puerto, y nuestros barcos no encuentran nada que volar por los aires; solo minas». Calificó al enemigo de «cobardes escondidos».⁵

Desde lord Howard de Effingham, en 1588, ningún almirante británico había tenido a sus órdenes la fuerza al completo de la flota de combate nacional. Es famosa la frase en la que Churchill escribió que Jellicoe podía «perder la guerra en una tarde» si se equivocaba en una escala tal que permitiera a los alemanes obtener el dominio de los mares que rodeaban Inglaterra. Tal creencia tuvo una influencia crucial en sus contemporáneos y la ha tenido en muchos historiadores posteriores. En realidad, sin embargo —y no por primera ni por última vez—, el primer lord empleaba un lenguaje incomparable para exagerar una idea. Es improbable que ningún golpe que pudiera asestar la flota alemana de superficie pudiera haber transformado el aspecto de la contienda; carecía de medios para imponer un bloqueo a Gran Bretaña, incluso si Jellicoe hubiera sufrido pérdidas graves. El dominio que la Marina Real tenía sobre las salidas septentrional y meridional del mar del Norte impidió que los alemanes pudieran interferir seriamente en el comercio atlántico, hasta que los submarinos se convirtieron en una amenaza importante, ya en 1917.

La Armada, y sobre todo el contraalmirante sir Edmund Slade, el experto en la guerra económica, que sirvió como director de la inteligencia naval de 1907 a 1909, hacía tiempo que temía una campaña de superficie contra el comercio británico, lo cual se antojaba una opción más realista, para los alemanes, que un

desafío directo contra la Gran Flota. El Almirantazgo intentó prevenir esta amenaza preparando una flota de «mercantes armados defensivos», es decir, naves civiles modificadas para llevar cañones; en 1914 había cuarenta en servicio. Irónicamente, si pensamos en el escándalo que se desató cuando el *Lusitania* fue hundido por un submarino alemán en 1915, tanto aquel buque de la naviera Cunard como su gemelo el *Mauretania* habían recibido cuantiosos subsidios del gobierno para su construcción, porque ambos estaban destinados a prestar servicio bélico como mercantes armados, aunque no llegaron a usarse nunca para esa función. Al estallar la guerra, el Almirantazgo expresó el temor a que alguno de los veintiún buques de pasajeros alemanes refugiados en la neutral Nueva York pudiera dotarse de cañones y salir al Atlántico para hacer estragos en el comercio, teniendo en cuenta que solo podrían destruirlos los cruceros de combate británicos.⁶ Pero el gran almirante Tirpitz no supo aprovechar con rapidez el potencial de una campaña de guerra económica: los mercantes británicos solo recibieron el acoso de un puñado de lanchas de asalto alemanas a las que no se tardó en dar caza y hundir.

Los guardianes del dominio naval de Gran Bretaña, las tripulaciones de decenas de buques de guerra anclados en filas apretadas en el seno de Scapa Flow, habrían preferido cumplir con su deber en un escenario más gratificante que las islas Orcadas, elegidas por ser el único fondeadero de las islas británicas orientales lo bastante grande para proteger a la Gran Flota de una intrusión hostil. La zona de Scapa, de tierras sin árboles, atraía sobre todo a los observadores de aves, por la profusión veraniega de araos, golondrinas de mar, gaviotas tridáctilas, págalos y alcas. Para los marinos a los que se permitía bajar a tierra, había un embarrado campo de fútbol, una cantina deprimente y un campo de golf para oficiales, en la isla de Flotta, donde cada acorazado tenía asignado el mantenimiento de un hoyo. Algunos capitanes y almirantes aliviaban el aburrimiento cuidando de pequeños huertos. Bajo las cubiertas, prosperaban las apuestas ilícitas.

Pero al menos la Gran Flota tenía libertad para surcar el mar del Norte cuando quería. Sus enemigos, no; y los hombres de la Flota de Alta Mar languidecían en su deshonroso aprieto. Cuando las tripulaciones regresaban a Wilhelmshaven a reponer carbón después de una breve salida, se aventuraban en tierra con aprensión: Alemania esperaba de ellos que combatieran y no lo estaban haciendo. «El aburrimiento genera depresión», escribió el marino Richard Stumpf.⁷ «En todas partes, la gente expresa su descontento por nuestra inactividad.»⁸ En la torreta delantera del barco de Stumpf, el *Helgoland*, se indicaban a diario, en un mapa del frente occidental, las últimas conquistas alemanas. Se convirtió en el foco de atención de una tripulación rotatoria de marinos apesadumbrados, que comparaban los triunfos del ejército de tierra con su propia inacción. Se quejaban de que los oficiales navales intensificaban las inspecciones de equipos solo para aliviar el

tedio embrutecedor de despertarse cada mañana con una vista inalterada de la rada de Schillig.

En los primeros años de la guerra, que Gran Bretaña bloqueara la economía de Alemania surtió poco efecto, porque en Whitehall, la responsabilidad estaba dividida y no había un propósito claro: al Foreign Office le preocupaba provocar una confrontación diplomática con los países neutrales, en especial con Estados Unidos. El Consejo de Comercio británico estaba empeñado en mantener las transacciones de su país. Había un flujo de mercancías vitales que llegaba a Alemania por las vías de Escandinavia y Rotterdam, pero también lo hacían, y en gran cantidad, las exportaciones británicas, incluido el carbón de Gales o el chocolate de Cadbury's. Por extraordinario que pueda parecer, la City de Londres seguía financiando y asegurando muchos cargamentos con destino a Alemania, algunos de los cuales se transportaban en barcos británicos. A la Armada se le denegó la autorización para dar un paso crucial en la implantación de un bloqueo, como era sembrar de minas el mar del Norte. Había dudas y polémicas crónicas al respecto de un bloqueo estricto, que Estados Unidos (entre otros) consideraba una violación de las Declaraciones de París (1856) y Londres (1909). Los alemanes pasaron por alto el importante recurso diplomático de intentar movilizar la opinión pública neutral contra las operaciones de bloqueo británicas, a la vez que atrajeron sobre sí un odio intenso cuando, más tarde, lanzaron una guerra submarina sin restricciones. Que hasta 1917 Gran Bretaña no lograra imponer un bloqueo convincente fue una manifestación evidente de la incapacidad del gobierno de comprender los imperativos de la guerra total.

Durante el mes de agosto, las fuerzas ligeras de Jellicoe pasaron el tiempo patrullando el mar del Norte, hundiendo pesqueros enemigos y advirtiendo a los barcos británicos y neutrales del estallido de la guerra. En aquellos días anteriores a la universalización de los receptores de radio, muchos barcos desconocían la agitación europea hasta que entraban a puerto. El 9 de agosto, un crucero alemán capturó una goleta belga cuya tripulación no tenía ni idea de que se habían convertido en enemigos.⁹ Los hombres de un arrastrero alemán saludaron alegre y amistosamente al crucero británico *Southampton*, sin comprender que venía a apresarlos. Uno de los oficiales del *Southampton*, el teniente Stephen King-Hall, comentó irónicamente que en el tablón de anuncios de su propia sala de oficiales aún colgaba una postal de hacía cinco semanas, de los oficiales del acorazado *Schleswig-Holstein*, que los habían visitado durante la regata de Kiel. «Nos alegraría volver a veros», habían escrito los hombres del káiser.

El *Southampton* participó en varias escaramuzas menores en torno a las costas de Gran Bretaña. Una ocurrió en las primeras horas del lunes 10 de agosto, al norte mismo de la punta de Kinnaird, cuando las metálicas campanadas de alarma

hicieron que los marinos saltaran de sus hamacas a los puestos de combate. Subieron adormilados a las cubiertas superiores y, al amanecer, hallaron que su buque gemelo *Birmingham* estaba disparando sus cañones contra un objetivo que, entre la bruma, les resultaba invisible. De pronto, la torre de mando de un submarino alemán rasgó la superficie del mar, con el agua cayendo en cascada por sus planchas, a medio camino entre los dos barcos de guerra. El *Birmingham* viró el timón y embistió. Unos momentos después, solo una negra mancha de petróleo marcaba la tumba del U-15, el primero de su tribu enviado a fondo por la Marina Real británica. Hubo emociones similares en varios puntos del mar del Norte: el 21 de agosto, en aguas de Borkum (islas Frisias), los vigías del *SMS Rostock* avistaron un submarino británico y evitaron por poco dos de sus torpedos. Uno de los oficiales del crucero, el teniente Reinhold Knobloch, escribió: «Ha sido una lección que nos sentará bien. Hemos visto que el enemigo era algo muy real».¹⁰

A pesar de estas breves urgencias, en los comedores británicos y alemanes, por igual, imperaba el mismo ánimo decepcionado. Pocos marinos tenían mucha imaginación; en su mayoría, respondieron con una inmadurez desvergonzada a la catástrofe de la guerra europea. El teniente Rudolph Firle, al mando de una flotilla de lanchas torpederas alemanas, escribió ya el 6 de agosto: «Está siendo de lo más aburrido. Uno se imaginaba que la guerra sería lanzar un “¡Hurra!” inmediatamente después de la declaración, y después el ataque y su resultado ... Aquí no hay enemigos a la vista, así que es difícil mantener la moral». Reinhold Knobloch sentía lo mismo: «La moral va cayendo porque pensábamos que la guerra sería algo distinto ... No está pasando nada ... A bordo domina un tremendo aburrimiento y despreocupación. Se envidia a los hombres del ejército».¹¹

Filson Young escribió: «El ánimo de la Marina estaba en la situación de un nadador que ha entrenado y practicado para una competición, ha logrado estar en las mejores condiciones posibles, y está allí en pie, con el torso desnudo, listo, en el borde del trampolín, esperando el aviso de lanzarse; y luego se espera que se conserve en esa actitud de expectativa durante tres o cuatro años. No cabría pensar en nada que agotara más el espíritu».¹² El gobierno británico llevaba varios años invirtiendo en la amada Marina del país, pródigamente, una cuarta parte del total de sus ingresos tributarios. Ahora los políticos, y la opinión pública, esperaban el rendimiento de ese dinero. Si el ejército era tan poco numeroso que apenas podía ejercer una influencia inmediata en la guerra terrestre, ¿no era evidente, en cambio, que la Marina Real podía arremeter contra las pretensiones del káiser, y destruirlas, en el elemento natural de Gran Bretaña?

Churchill ansiaba desembarcar un ejército en la costa alemana. Como primer lord del Almirantazgo, desde su nombramiento en 1911, había tratado a la Marina Real con el entusiasmo de quien se siente su amo y señor. Quiso dar salida a una

pasión personal bautizando con el nombre de *Oliver Cromwell* uno de los nuevos acorazados de la Gran Flota, una propuesta que, lógicamente, el rey Jorge V vetó. Ahora, lo que Churchill más deseaba era ver combatir a «su» flota. Se portaba más como un comandante en jefe que como un simple supervisor político, e intervenía sin cesar en las cuestiones operativas, irritando a los almirantes. También se lo acusó de rodearse de oficiales mediocres, cuyo único mérito era la disposición a hacer su voluntad. Pero las voces de la razón se opusieron con éxito a las fantasías anfibas del primer lord, afortunadamente para los que habrían sacrificado sus vidas en el intento de hacerlas realidad.

Si no iba a haber desembarco en la costa alemana, ¿cómo podía imponer su fuerza la Armada? Los británicos se enfrentaban con la dificultad de combatir con una gran potencia terrestre. La Flota de Alta Mar dirigida por el almirante Friedrich von Ingenohl no tenía ninguna intención de retar a los británicos en el mar del Norte, salvo que (o hasta que) pudiera hacerlo en condiciones favorables. Sus grandes barcos no salían al mar sino en contadas ocasiones, cuando parecía haber una oportunidad de pillar a un destacamento de la Gran Flota sin el apoyo de su fuerza principal.

Así, las primeras semanas de la guerra naval pasaron en un ambiente de desilusión por el anticlímax; en lugar de una gran acción, solo hubo una serie de incidentes, que sin duda tuvieron cierto color, pero no grandeza. Todos los oficiales navales ansiaban librar la guerra como caballeros. Reinhold Knobloch se sintió avergonzado cuando se empleó su barco para destruir algunos arrastreros británicos, tras hacer salir a los pescadores: «No nos hace sentir bien hundir vapores desarmados».¹³ El capitán Karl von Müller, del crucero ligero *Emden*, que atacaba el comercio británico en los océanos Pacífico e Índico, era uno de los pocos oficiales alemanes que merecía la admiración de sus rivales. El teniente William Parry comentó que el *Emden* «sin duda lo está haciendo muy bien, y además, se comporta con caballerosidad».¹⁴

Para los románticos —y para el primer lord de Gran Bretaña en especial—, todo aquello resultaba muy decepcionante. Allí estaba la Gran Flota, vestida y enjoyada como una noble heredera que brillaría en un baile naval en aguas del mar del Norte, pero los invitados no vienen. Los marinos deberían haber predicho tal situación, pero durante los años previos al estallido de la guerra los almirantazgos de ambos bandos fueron muy vagos al respecto de qué ocurriría después de la movilización y la implantación de medidas defensivas. «La Marina es muy mala en la guerra», escribió un Churchill impaciente en 1912. «Solo tienen una idea: luchar impetuosamente.»¹⁵ No era una valoración muy justa, dada la cantidad de energía que la jerarquía naval dedicaba a planear bloqueos, pero era cierto que su preocupación principal era la acción de la flota. Entre tanto, en el otro bando, los

oficiales alemanes más inteligentes comprendieron que el entusiasmo naval del káiser había servido para gastar muchos millones de marcos en la creación de una Armada importante, pero aún no lo bastante fuerte para enfrentarse a las escuadras de Jellicoe con una perspectiva realista de victoria.

En Coblenza, el 18 de agosto, Falkenhayn preguntó a Tirpitz por qué la Flota de Alta Mar no había atacado a los aliados.¹⁶ El gran almirante respondió: porque sería un proceder suicida, comparable a que un solo cuerpo del ejército marchara contra San Petersburgo. Falkenhayn replicó desdeñoso: «En ese caso, la flota es inútil. Sería mejor que sus marinos bajaran a tierra». Tirpitz insistió: el deber de la Flota de Alta Mar era mantener a salvo los intereses de Alemania, y eso difícilmente se conseguiría lanzándose de cabeza contra el poder superior de los aliados. El almirante confió luego a su Estado Mayor que temía que la Armada se convirtiera en el chivo expiatorio de las decepciones bélicas de la nación, y no andaba muy desencaminado. La incoherencia de la concepción de preguerra del marino más famoso de Alemania quedó al descubierto. Tirpitz, lejos de ser el arquitecto de la grandeza naval de su nación, demostró que solo había convencido a su señor, el káiser, para que gastara recursos prodigiosos en la construcción de una enorme escuadra de yates armados.

Jellicoe, entre tanto, reconocía que su deber más importante era preservar la superioridad de Gran Bretaña en el mar, absteniéndose de temeridades e incluso del arrojo. «Estaba muy claro que la inquietud principal del comandante en jefe era proteger a la flota del peligro», escribió uno de los oficiales de Beatty, de la escuadra de cruceros de combate. «Su estrategia no era poco desconcertante para aquella parte de la flota que se movía en el propio mar del Norte y centraba su esperanza en enfrentarse de inmediato con el enemigo.»¹⁷ Durante los ejercicios de la flota, cuando los destructores «enemigos» lanzaban ataques con torpedo, Jellicoe optaba siempre por alejarse; el oficial de un crucero afirmó cáusticamente: «Si hace tal cosa cuando los alemanes ataquen, no lo pueden derrotar; pero tampoco puede vencer».¹⁸

Sin embargo, aunque la Marina Real dejó pasar algunas de las escaramuzas iniciales, su aportación fue importante a la hora de negar a Alemania la victoria en 1914. La FEB se trasladó a Francia sin perder ni un solo hombre por acción del enemigo, en una operación organizada por sir Edmund Slade. Pese a alguna interferencia menor de Alemania en las rutas comerciales, y el hundimiento de algunos mercantes, el comercio aliado se mantuvo sin apenas impedimento, lo que suponía una ventaja de valor incalculable frente a las potencias centrales. La prensa austríaca y alemana denunciaba el bloqueo aliado como un acto de cobardía: «¡Quieren matarnos de hambre!», decía un titular.¹⁹ Aunque la ejecución mostrase

algunas carencias, que la Marina Real impidiera los movimientos de los barcos enemigos causó a las potencias centrales importantes dificultades desde una fase inicial de la guerra. Aquel otoño, todos los ejércitos en guerra sufrieron una escasez de animales de tiro y de carga, esenciales para la movilidad, porque cientos de miles de caballos y mulas habían resultado lisiados o muertos. Británicos y franceses pudieron comprar más animales en Estados Unidos, Argentina o Australia, y enviarlos por barco a Europa. No así los alemanes. Estaban obligados a depender de la requisita de más bestias en los territorios continentales bajo su control, pese a que la agricultura ya se había visto perjudicada por la pérdida de animales de tiro. Las carestías en el transporte obstaculizaron las operaciones del ejército alemán. La falta de fertilizantes —de importación— tuvo un fuerte impacto en la producción alemana de alimentos. Eran cuestiones aburridas, si se comparaban con la expectativa popular de un gran choque a lo Nelson. Pero el teniente naval Hermann *Graf* von Schweinitz estaba en lo cierto cuando, sacudiendo la cabeza ante el poderoso despliegue de los barcos de guerra británicos, escribió en su diario: «Controlan los océanos por todos lados ... Eso hace que todas nuestras victorias en tierra sean irrelevantes».²⁰

Cuanto más contemplaban los planificadores aliados su propia posición, más les atraía evitar cualquier gran apuesta, y centrarse, en su lugar, en mantener el statu quo, de un modo que coincidía con el pensamiento de los alemanes. El almirante Hugo von Pohl, quien posteriormente sería comandante en jefe de la Armada, declaró: «Nada podría resultar mejor para los ingleses, y nada podría dañar tanto nuestra [reputación], como que nuestra flota fuera derrotada en una confrontación importante». Hipper, al mando de los cruceros de combate de Alemania, escribió el 6 de agosto: «Si nos arriesgáramos ahora a una batalla ... no solo no tendríamos éxito, sino que nuestra Flota de Alta Mar desaparecería en un pispás: el mejor resultado posible para Inglaterra».²¹ Para ambos bandos, la disuasión y la defensa, la preservación de los activos ya existentes, se convirtió en el tema dominante durante los cuatro años posteriores, a expensas de la acción ofensiva.

Sin embargo, siempre hubo en el mar elementos de la Gran Flota, que hacían ejercicios o patrullaban, con cualquier clase de tiempo. La navegación, a menudo de noche, era un acontecimiento de intenso romanticismo para los hombres destinados en las cubiertas superiores, uno de los cuales escribió: «Las formas oscuras de alrededor se fundían en el vacío que nos rodeaba, la tierra atisbada se difuminaba en la negrura universal, y allí entraba aquel soplo que era el viento del destino, que no cesaría hasta que tocaras las costas de la muerte o de nuevo las del hogar. Ante ti, y a los dos costados, había una oscuridad absoluta; por detrás de ti, una sombra de negrura más grosera, que era el barco a popa; y de negrura en negrura, de la cabeza a la cola, treinta mil toneladas por buque, corríamos a veinte millas por hora. Y

aquello era ... rutina».²²

La rutina no satisfacía, sin embargo, a los espíritus más ansiosos de la Marina Real: algunos oficiales destacados empezaron a pensar denodadamente cómo podrían llevar la batalla al enemigo. Dos de los «jóvenes turcos» —el comodoro de submarino Roger Keyes y el comodoro del destructor *Harwich*, Reginald Tyrwhitt — concibieron la idea de sorprender a las fuerzas ligeras que, de día y de noche, barrían el golfo de Heligoland, las aguas territoriales de la Flota de Alta Mar. Propusieron atraer algunos de los destructores de Ingenohl hasta que quedaran al alcance de los cañones y torpedos de mayor fuerza de los buques de guerra y submarinos británicos, en la marea baja, cuando los acorazados no pudieran pasar la barra de Jade y salir de la bahía. En un principio, el Almirantazgo rechazó de plano la idea. Keyes era un oficial de inteligencia moderada, pero una energía e impulso inmensos. Se había labrado un nombre como héroe de muchas aventuras en el levantamiento de los bóxers, en China, en 1900; por ejemplo, una vez se las arregló para hacer pasar un tren entre una multitud de enemigos, tras plantarle un revólver en la cabeza al ingeniero. Ahora, en un sentido figurado, optó por una táctica no menos arrojada: en vez de apelar a los almirantes, hizo la propuesta directamente al primer lord. Churchill aceptó inmediatamente el plan de Keyes y ordenó ponerlo en práctica.

Tres submarinos británicos, que navegarían en superficie, serían el cebo que tentaría a los alemanes a la caza. Por detrás de ellos, unos cincuenta barcos de guerra pequeños se acercaría a escasas millas de la principal base marítima del káiser. Si la incursión salía mal e intervenían los acorazados de la Flota de Alta Mar, el resultado sería un fiasco: ningún barco sin blindaje podía sobrevivir al fuego de uno que montara cañones pesados. El único seguro previsto en el plan original era que, a cuarenta millas hacia el noroeste, se habrían agazapado dos cruceros de combate británicos. La operación confiaba en resucitar recuerdos del siglo XVI, con la incursión de Drake en Cádiz y el famoso «quemar las barbas del rey de España». Pero el Almirantazgo era tan torpe que se puso en marcha sin consultar ni informar a Jellicoe hasta el mismo día en que zarpó, el 26 de agosto.

Los primeros en partir fueron los submarinos de Keyes, acompañados por su comodoro, a bordo del destructor *Lurcher*. El teniente Oswald Frewen, de otro destructor participante, el *Lookout*, comentó que no le gustaba que le hubieran avisado de la batalla con dos días de antelación: «Habría preferido que nos cayera encima de pronto. Soy imaginativo y también de natural pesimista. ¡No necesito lo más mínimo esos dos días para darle vueltas a todo!». ²³ Al día siguiente, el barco de Frewen se echó al mar junto con las flotillas de Tyrwhitt; en total, treinta y dos destructores. El comodoro izó su bandera en el flamante crucero ligero *Arethusa*, lo que resultó un error, porque el barco aún no estaba preparado para entrar en

combate.

Jellicoe —cauto, razonable y de instinto controlador— exponía ahora su alarma por todo el asunto. Partidario de la concentración de fuerzas, propuso sacar al mar la Gran Flota y navegar hasta un punto desde el cual pudiera intervenir si se presentaba una buena ocasión o bien amenazaba un desastre. El Almirantazgo rechazó la idea, pero le autorizó, aun a regañadientes, a destacar el resto de la escuadra de cruceros. Así, Beatty puso rumbo a Heligoland en las primeras horas del 27 de agosto —el día después de Le Cateau— con seis cruceros ligeros como apoyo. Fue el turno de Jellicoe de desafiar al Almirantazgo y llevar hacia el sur sus propias unidades grandes, aunque solo en un papel de respaldo distante. Fue una operación concebida en un impulso y de ejecución torpe, que, no obstante, supuso una importante boya indicadora en la historia de la guerra naval: la primera ocasión en la que la Marina Real salía con gran fuerza y perspectiva de batalla. Una columna tras otra, los barcos grises y afilados surcaban el mar del Norte desde sus varios fondeaderos. Algunos capitanes pretendían hacer algo grande para Inglaterra; otros, simplemente, evitar un desastre.

La era del acorazado había creado una nueva jerarquía de marinos del siglo xx: los oficiales de los grandes buques, considerados casi todos «caballeros» (salvo los ingenieros), disfrutaban de notables comodidades y ostentaban cierta condición; al menos, en el porte. Tres noches por semana, la banda del barco tocaba frente a la cabina de Beatty, y él y sus invitados cenaban con el uniforme de diario; otras tardes, los músicos tocaban ante la sala de oficiales. Entre el personal más sencillo, las condiciones de trabajo eran distintas. El personal de las salas de máquinas trabajaban en las profundidades de los cascos con un calor, ruido y suciedad que recordaba las de una acería. «Hasta el menos informado podía saber cuándo íbamos a salir al mar, por las canciones que solían sonar desde las cubiertas comedor en cuanto se había dado al departamento de máquinas la orden de aumentar la presión; todo el barco empezaba a murmurar con una música extraña, como una colmena», escribió un oficial.²⁴ No todo el mundo aprobaba los cánticos: un suboficial de marina, fogonero, le pidió al oficial superior de ingeniería del *Lion* «que, por favor, ordenara que los hombres de los fogones no cantaran en acción, porque le resultaba imposible hacerse oír en la sala de calderas D».

En los buques de propulsión con petróleo, las condiciones de trabajo eran tolerables, salvo en los días de más calor; pero echar carbón a la caldera de los barcos más antiguos era una faena extenuante; y rellenar la carbonera era la tarea más detestada y sucia de todas las naves. Los fogoneros y paleros situados por debajo de la línea de flotación eran los que menos probabilidades tenían de sobrevivir a un hundimiento, y lo sabían muy bien. En todo momento de la navegación, podían ahogarse por el torrente de agua que entraría si el barco

chocaba con una mina o era torpedeado. En otros departamentos, los marinos y los hombres que manejaban los cañones pesados de los grandes buques disfrutaban de los privilegios de ventilación y calefacción efectivas, y, en su mayoría, estaban protegidos de los elementos. Había abundancia de comida; mucho más de lo que tenían a su alcance los civiles de clase trabajadora, en tiempos de guerra o de paz. A bordo de un crucero de combate británico, se cocinaban unos dos mil huevos cada mañana, y otros mil por la noche; para un marino, era normal tomarse seis huevos para desayunar.

Los que servían a bordo de los cruceros ligeros, destructores y barcos menores, en cambio, sufrían, si las condiciones meteorológicas eran duras, casi tanto como los de la era de Nelson. En la guardia, o manejando los cañones sin torreta, en las cubiertas e incluso en los puentes situados tan solo unos pocos pies por encima del mar, estaban siempre empapados, entumecidos y temblando, azotados por las salpicaduras semicongeladas, y sin perspectiva de, cuando acabara la guardia, secarse el cuerpo o la ropa en la humedad de las cubiertas comedor. Pese a todo, los hombres que tripulaban los submarinos y los barcos de superficie pequeños y veloces se enorgullecían de ser miembros de una élite. El oficial de submarino Johannes Spies exultaba por su estilo de vida, pese al hedor y la incomodidad crónicos: «En la clara agua marina, cuando brilla el sol, las burbujas plateadas chispean por todo el casco del barco y suben, como en un acuario. A veces, cuando el buque estaba quieto sobre el fondo del mar, podíamos ver a los peces nadar junto a las portillas de la torre de mando, atraídos por la luz eléctrica que brillaba a través».²⁵ Las tripulaciones de los destructores también disfrutaban de la emoción de surcar el mar a velocidades superiores a las 30 millas por hora. En cierta ocasión en que uno de estos «galgos oceánicos» levaba anclas, un espectador fantasioso comparó el susurro del casco cortando el agua con la acción de rasgar seda. A bordo, la vida incluía penalidades, pero también romanticismo.

El comandante de los cruceros de combate, el vicealmirante sir David Beatty, que interpretaría un papel importante en el golfo de Heligoland, ya era aclamado como el marino más arrojado de su tiempo, estrella por igual de los puentes y las *chaise-longues*. Se caracterizaba por cierta capacidad, una belicosidad intensa y una autoestima sin límites. Su periodista favorito, Filson Young, describió a Beatty como un hombre «joven y de apariencia distinguida, ciertamente, pero más con la distinción del Pall Mall que con la del Hoe de Plymouth».²⁶ Beatty saltó a la luz pública por primera vez como comandante de un cañonero del Nilo, en la campaña de Kitchener en Jartum, en 1898, y logró la seguridad económica al casarse con Ethel, hija de Marshall Field, magnate de los grandes almacenes de Chicago. Los críticos consideraban al almirante como un canalla de primera categoría, aludiendo a sus escauceos con las esposas de oficiales jóvenes y su afición a disparar contra

aves posadas.

Sin embargo, era un hombre identificado con Winston Churchill: antes de la guerra, el primer lord había rescatado del desguace la carrera de Beatty, que había sido degradado por su rechazo, desdeñoso y sin apenas precedentes, del puesto de subcomandante de la Flota Atlántica. Churchill le dio a cambio el pastel más jugoso del servicio: la escuadra de cruceros de combate. En 1914, Beatty tenía cuarenta y tres años, una edad en la que el promedio de los oficiales navales solo aspiraba a la simple capitanía. El *Lion*, en el que izó su bandera, fue el barco más publicitado de la guerra de 1914-1918.²⁷ La mayoría de los oficiales de Beatty lo adoraban, pero antes de que la guerra acabara, puso de relieve carencias peligrosas: ascendió a favoritos que no lo merecían y prestó una atención insuficiente a las cuestiones técnicas, en particular las comunicaciones. Beatty no tenía tanto el genio de Nelson —ni su suerte— como suponían él mismo y la opinión pública británica.

En las primeras horas del 28 de agosto, no obstante, cuando las fuerzas británicas convergían sobre el golfo de Heligoland, tales revelaciones aún pertenecían al futuro. Como la operación se había preparado a la carrera, al estilo «venid con lo puesto», la mayoría de los barcos desconocía olímpicamente la presencia de los otros. Beatty había enviado un mensaje a su escuadra, al zarpar: «Sé muy poco, confío en saber más por el camino». La Marina Real no solo adolecía de una cadena de mando confusa, sino de comunicaciones inadecuadas. Sus radios eran menos potentes que las de los alemanes. Un telegrama del Almirantazgo, que informaba a Keyes y Tyrwhitt de que Beatty se uniría a la operación, no les alcanzó antes de partir: el comodoro del destructor descubrió la asistencia de los cruceros solo cuando se encontró en el mar con los cruceros ligeros del comodoro William Goodenough. En combate, los mensajes se transmitían sobre todo por medio de la tecnología nelsoniana: las señales con banderas. En las distancias cortas, eran más fiables que los radios; pero con mal tiempo, resultaban ilegibles, y la eficacia dieciochesca quedaba empañada, en el siglo xx, por el humo de las chimeneas y la mayor velocidad de los barcos de guerra. El ayudante de Beatty era famoso por sus meteduras de pata, y sus deficiencias, durante los dos años siguientes, influyeron negativamente en las operaciones británicas en el mar del Norte.

Con la primera luz, los tres submarinos que actuarían de carnada emergieron a la superficie, según se había planeado, y se aproximaron a la isla de Heligoland, donde, como era de esperar, los alemanes los avistaron. El combate lo desencadenó uno de los destructores de Hipper, que a las 7 de la mañana divisó las flotillas de Tyrwhitt y avisó al almirante. La marea baja impidió que las unidades pesadas alemanas salieran al mar, conforme habían previsto Keyes y Tyrwhitt, pero Hipper ordenó que ocho cruceros ligeros zarparan en cuanto pudieran aumentar la presión

de las calderas, lo cual, en algunos barcos, exigió tres horas. Se inició una serie confusa y poco sistemática de acciones de los destructores, como si varias cazas del zorro estuvieran persiguiendo presas simultáneamente en los mismos campos. Los barcos británicos se expusieron al alcance de las baterías de costa, pero se libraron de su atención porque la visibilidad cayó a los 4.500 metros y la neblina cegaba a los artilleros.

A las 8 de la mañana, las escaramuzas de Tyrwhitt quedaron interrumpidas por la aparición de los dos primeros cruceros ligeros de Hipper: *Frauenlob* y *Stettin*. De acuerdo con la doctrina acordada, los británicos viraron y se replegaron al amparo de sus propios cruceros, *Arethusa* y *Fearless*, que se unieron a un cañoneo feroz. Pero en ese punto, el buque insignia británico demostró su falta de preparación: todos sus cañones, menos uno, quedaron atascados y en silencio. Los alemanes golpearon una y otra vez al *Arethusa*, de 3.500 toneladas, y la precisión de sus disparos exhibió una superioridad embarazosa frente a la de los barcos de Goodenough. Ya en agosto de 1913, el agregado naval de Gran Bretaña en Berlín, el capitán Hugh Watson, había escrito en un despacho de despedida: «No veo razón para pensar que los oficiales navales alemanes ... sean inferiores a sus camaradas británicos ... Por lo que sé ... creo que, en el día del juicio, demostrarán ser más capaces que los oficiales de armadas con las que, políticamente, tenemos una alianza más próxima».²⁸ Se refería a los franceses y rusos, y estaba en lo cierto, como se puso de manifiesto el 28 de agosto. La Marina alemana era un cuerpo joven, sin una herencia comparable a la de su rival; pero en el golfo de Heligoland, sus marinos mostraron valentía y habilidad.

El *Arethusa* se salvó porque el cañón que le quedaba, de 6 pulgadas, tuvo la fortuna de enviar un proyectil que estalló en el puente del *Frauenlob*, que quedó reducido a un amasijo de acero retorcido. Treinta y siete hombres murieron o resultaron heridos, incluido el capitán. El barco alemán tuvo que virar en redondo y alejarse como pudo. El *Arethusa* estaba en un grave apuro: había perdido velocidad y empezaba a entrarle agua. Casi de inmediato, los barcos de Tyrwhitt se encontraron con un nuevo grupo de barcos alemanes similares, que regresaban de una patrulla; cinco destructores huyeron, pero uno quedó atrapado y se hundió entre una lluvia de fuego, con la bandera enarbolada y los cañones disparando hasta el último minuto.

Los británicos acababan de empezar a rescatar supervivientes cuando el crucero *Stettin* entró de nuevo en acción, tras una breve retirada para alcanzar la máxima presión en las calderas. Mientras los alemanes ajustaban los cañonazos, los destructores de Tyrwhitt se dieron la vuelta y abandonaron dos botes llenos de prisioneros alemanes, más diez marinos británicos. Los huérfanos se preguntaban por su destino en unas aguas temporalmente vacías cuando uno de los submarinos

de Keyes, el E-4, emergió junto a ellos, hizo subir a bordo a los marinos de Tyrwhitt y tres oficiales alemanes («como muestra»), y luego se sumergió otra vez. Todo el mundo estaba resuelto a que se viera que se comportaba honrosamente: el capitán del E-4 dejó al enemigo a catorce millas, con agua, galletas, una brújula y el rumbo hacia Heligoland.

No eran mucho más de las 8 de la mañana, pero en el golfo ya se estaba desarrollando un día lleno de acontecimientos. Durante la hora siguiente, hubo algunos minutos cómicos, después de que Roger Keyes avistara unos cruceros de cuatro chimeneas. Al desconocer que en la zona hubiera barcos británicos de esas características, dio parte de la presencia de enemigos avisando por radio al crucero de combate *Invincible*, que estaba a lo lejos, y huyó con rapidez a bordo del pequeño *Lurcher*. Cuando se aclaró la confusión, Keyes expresó su alarma por la posibilidad de que los submarinos, en la misma ignorancia, intentaran hundir aquellos buques. Hubo en efecto un intento tal, que por fortuna falló, así como el empeño del *Southampton* de embestir al submarino británico que lo había atacado.

A las 10.17, Tyrwhitt aprovechó una pausa en los combates para ponerse al paio, aunque esto suponía un riesgo enorme en aguas en las que cabía esperar que hubiera submarinos. Hizo que el *Fearless* se situara al costado del dañado *Arethusa*; durante veinte minutos, los dos buques estuvieron sin moverse, mientras las tripulaciones trabajaban con frenesí para desatascar los cañones y recuperar la potencia. Cuando se logró, los británicos llevaban cuatro horas en el golfo de Heligoland y, sin duda, el enemigo debía tener refuerzos en camino. La marea seguía estando demasiado baja para que salieran los buques más grandes, pero cuando el *Arethusa* conectó de nuevo los motores, hicieron su aparición otros tres cruceros ligeros de Hipper, que abrieron fuego contra la fuerza incursora.

Era un paso difícilmente inesperado, pero Tyrwhitt envió un mensaje de socorro a Beatty, que aún estaba a casi dos horas de distancia: «Me ataca un crucero grande ... Ruego apoyo, respetuosamente, por situación difícil». El comodoro tuvo un descanso cuando los cruceros ligeros alemanes se dieron la vuelta, al enfrentarse a un torpedeo masivo de los destructores británicos. No obstante, Beatty comprendió que en el golfo de Heligoland se estaba agitando el avispero. Desconocía qué fuerzas enemigas —en particular, submarinos— podían hacerle frente, pero entendía que el mensaje de Tyrwhitt le afectaba personalmente. En lo alto del puente del *Lion*, se volvió a Ernle Chatfield, su capitán de banderas: «¿Qué creéis que debemos hacer? Debería ir allá en apoyo de Tyrwhitt, pero si pierdo uno de estos barcos tan valiosos, el país no me perdonará». Chatfield respondió, con el entusiasmo fácil de quien no está al mando: «Sin duda, deberíamos ir». A las 11.35, Beatty dirigió su poderosa columna —*Lion, Queen Mary, Princess Royal, Invincible* y *New Zealand*— hacia el golfo, a veintisiete nudos.

Desde la perspectiva de los marinos, cada gigante tenía su propio carácter definido: al *Queen Mary* y *New Zealand* se los tenía por buques de primera; el *Princess Royal* era el más alegre, socialmente; el *Lion* imponía más, quizá por el peso de la presencia del almirante y su Estado Mayor. Ahora, todas estas encarnaciones del prestigio naval británico avanzaban a toda velocidad hacia la puerta principal del káiser. La decisión de Beatty de intervenir fue valiente, y probablemente, inevitable, dado que se lo había enviado con órdenes de asistir a Tyrwhitt; pero aun así, era sumamente peligrosa. En los tiempos de Nelson, era rarísimo que un navío de línea fuera hundido por un barco que no fuera de un tamaño similar. En 1914, en cambio, aunque los acorazados eran invulnerables a los cañones de los barcos menores, sufrían mucho con las minas y los torpedos; estos últimos permitían que los barcos de guerra menores ejercieran un poder destructivo inmenso, de un modo que, para la mente escolar de algunos marinos, se antojaba monstruosamente injusto.

Geoffrey Harper escribió: «Los submarinos siempre me han dado mala espina, y nada me movería a alistarme en ellos, porque siempre he pensado que no eran exactamente la Marina, y ahora lo tengo aún más claro ... No son trigo limpio, son repulsivos, son como apuñalar a un hombre por la espalda ... No soy el único contrario a la guerra submarina, en todas partes me encuentro a gente cuya opinión general es: “No es justo, me desagrada”. Por descontado, nuestros submarinos no tienen menos culpa que los del enemigo. Quien sea, de cualquier nacionalidad, que sirve en un submarino no está jugando limpio».²⁹ Dejando a un lado tales absurdos, al mediodía del 28 de agosto la escuadra de Beatty se arriesgaba mucho al dirigirse hacia los peligros desconocidos del golfo, más por el honor de la Marina Real que por ninguna recompensa sustanciosa.

Por delante de los cruceros de combate, la acción derivaba hacia el oeste: el *Mainz*, de 4.350 toneladas, se unió a la batalla y abrió fuego con intensidad contra los destructores británicos; once de estos lanzaron torpedos contra el crucero ligero, sin efecto. Los barcos de Tyrwhitt sintieron el calor de los cañonazos del *Mainz*, de una precisión soberbia: la primera salva impactó en el *Laurel*, explotó proyectiles de los bastidores de almacenamiento, hizo saltar por los aires la chimenea de proa e hirió de gravedad al capitán; el *Laertes* recibió una salva completa que, temporalmente, lo dejó paralizado. Los británicos estaban amenazados por el desastre, de nuevo, cuando el *Mainz* los desconcertó al virar y alejarse a toda máquina. Los vigías alemanes habían divisado tres de los cruceros del comodoro Goodenough, que se acercaban rápidamente. El *Mainz*, sin embargo, se retiró demasiado tarde: a los pocos segundos, recibía el duro impacto de proyectiles británicos de 6 pulgadas. Los destructores de Tyrwhitt lanzaron otra ráfaga de torpedos, a costa de exponerse ellos mismos a una sucesión de cañonazos

del aguerrido alemán. Casi todos los torpedos británicos fallaron el blanco, salvo uno, que dañó gravemente el sistema de propulsión del *Mainz*, que redujo mucho la marcha y se convirtió en diana fácil para los cruceros británicos, que ahora pasaban a su lado bombardeándolo de proa a popa.

«Cada una de sus salvas suponía un perfecto tornado de impactos», dijo luego el teniente primero del *Mainz*. «Contaba todas las salvas por el destello: uno, dos, tres, cuatro, cinco; luego los proyectiles nos alcanzaban y sembraban la muerte y la destrucción. Cada andanada recibida sacudía el barco entero.»³⁰ A bordo del *Southampton*, Stephen King-Hall escribió:

El sentimiento de exultación era de lo más extraordinario. Uno ansiaba ver más destellos amarillos; quería hacer daño [al barco enemigo], torturarlo; y uno se decía a sí mismo: «¡Ja! ¡Toma otro! ¡Mándalo al infierno!», como si por hablar pudiera uno hacer que los cañones lo alcanzaran. Aunque lo golpeábamos, no golpeábamos lo bastante, porque a una distancia de 9.000 metros, entre aquella niebla, era casi imposible ver las salpicaduras de los proyectiles y, de esa forma, controlar el fuego. Además, aún nos llevaba ventaja. Para nuestra consternación, la niebla se disipó y, durante cinco minutos, seguimos adelante sin verlo.

Más abajo, en completa ignorancia de lo que había estado pasando, los fogoneros forzaban las calderas hasta que nuestras turbinas no daban más de sí y, con las válvulas de seguridad levantadas, el vapor subía rugiendo por los tubos de escape del costado de las chimeneas, con un rugido ensordecedor. De pronto —todo ocurre de pronto, en una batalla naval, con barcos que se mueven a treinta millas por hora— aparecimos encima del *Mainz*, a solo 6.500 metros, y la distancia se reducía cada vez más. Algo le había pasado mientras estaba entre la niebla, porque estaba casi parado ... Nos echamos sobre él, alcanzándolo con cada salva. A intervalos irregulares, uno de sus cañones de popa disparaba un tiro solitario, que nos pasaba varias millas por encima. A los diez minutos quedó en silencio, un naufragio humeante y maltrecho, con el ancla de proa al nivel del agua. Cuando nos acercamos, vimos saltar al agua figuras que recordaban a hormigas. El sol dispersó la niebla y nos acercamos despacio, a menos de 300 metros, e hicimos la señal de «¿OS RENDÍS?» en el código internacional. Cuando nos detuvimos, el palo mayor se inclinó hacia delante y, como un gran árbol, fue cayendo en paralelo a la cubierta.³¹

A las 12.50, era evidente que el *Mainz* estaba acabado, y Roger Keyes ordenó abarloar el *Lurcher*. Keyes escribió: «Se había ido hundiendo mucho por las amuras; la parte de popa estaba abarrotada de hombres, muchos de ellos, terriblemente heridos; la batería era un caos espantoso; el centro del barco era un horno en llamas, dos de las chimeneas se habían derrumbado y los restos parecían estar al rojo vivo; el calor te chamuscaba la cara, incluso desde el puente del *Lurcher*; todo se veía azafranado por los gases de nuestros proyectiles de lidita».³² El destructor rescató a 220 supervivientes. Un hombre, un joven oficial alemán que había estado dirigiendo la salida de los heridos, se negó a ir. Keyes se dirigió a él en persona, diciendo que lo había «hecho espléndidamente, teníamos que salir, tenía que venir en seguida, ya no podía hacer nada más». El enjuto comodoro británico le tendió la mano, con los ojos brillantes. El alemán se irguió, saludó y replicó: «Gracias; no». Este episodio tan encantadoramente sensiblero tuvo un colofón feliz:

unos momentos después, cuando el crucero se escoró y se fue a pique —la hélice de estribor estuvo a punto de impactar en el *Lurcher*, que iba a toda máquina a popa—, el joven aceptó ser rescatado del agua.

Ocho cruceros ligeros se aproximaban ahora a la escena y amenazaban de nuevo a los británicos con una potencia de fuego superior. Por fortuna para las fuerzas de Tyrwhitt, Goodenough y Keyes, los movimientos de sus enemigos no estaban coordinados. Cada barco alemán, por turnos, intentaba un asalto esporádico, y se alejaba a toda prisa ante el riesgo de ser cañoneado. Hacia las 12.30, el maltrecho *Arethusa* se convirtió una vez más en objetivo del fuego de los cruceros alemanes. Tyrwhitt, que estaba en el puente, dijo más tarde: «La verdad es que empezaba a sentirme un poco triste». Por un momento, los británicos se alarmaron al ver la forma de un gran buque, que aparecía entre la bruma, por el oeste. Su alivio fue incalculable —y expresaron la consiguiente alegría— al identificar al *Lion* y el resto de cruceros de combate. Miles de hombres, a bordo de los destructores y cruceros ligeros británicos, contemplaron exultantes cómo Beatty pasaba a su lado en cabeza de la columna de monstruos de 30.000 toneladas, cada uno de los cuales levantaba hermosas olas por la proa y dejaba tras de sí humo negro y estelas hirvientes.

Llegó el enfrentamiento entre los cruceros de combate. Los hombres de Beatty estaban sumamente emocionados. «Al acercarnos», escribió Chatfield, en su puesto con el almirante, en el puente del *Lion*, «todo el mundo estaba en sus puestos de combate; los cañones, cargados; los telémetros, con los hombres listos; el control, alerta; los telescopios y binoculares de los responsables de señales, inspeccionando el horizonte neblinoso ... Apenas se veía a dos millas. De pronto se oyó detonar cañones ... [y] en nuestra amura de babor, vimos ... el destello ... entre la niebla. ¿Eran amigos o enemigos? No se veía caer ningún proyectil. Beatty estaba junto a la brújula e inspeccionaba la escena con sus prismáticos. Al final, distinguimos el casco de un crucero [el *Mainz*] ... La chimenea se le había caído y el palo de proa había sido derribado de un cañonazo, había un incendio en la cubierta superior ... “Dejádselo a ellos”, dijo Beatty. “¡No disparéis!”»³³

El almirante prefirió enfrentarse con los cruceros ligeros no dañados. Unos momentos después, habiendo atravesado las vastas torretas del barco y elevado los cañones, entre sucesivas detonaciones atronadoras, empezaron a lanzar cargas en las aguas del golfo. De los barcos enemigos a la vista, el *Strassburg* logró escapar; pero el *Köln*, con sus minúsculos cañones de 4 pulgadas, se esforzaba patéticamente por devolver el fuego al tiempo que recibía el devastador impacto de los proyectiles de 12 y 13,5 pulgadas. Un minuto o dos de tal devastación redujo la obra muerta a llamas y un amasijo de acero. A los pocos momentos, el *Ariadne* sufrió el mismo destino; y la columna de Beatty seguía avanzando. Pero el almirante sabía

que el tiempo se estaba acabando; en cuanto la marea lo permitiera, los acorazados alemanes saldrían. Tras cuarenta minutos en el golfo, con la costa enemiga muy cerca, a la 1.10 de la tarde, comunicó a todas las fuerzas británicas: «Retirada». Mientras viraban al oeste, el *Lion* disparó otras dos salvas para rematar al *Köln*, que desapareció en seguida entre las olas, primero de popa. A los dos días, los alemanes rescataron por casualidad a un único superviviente; entre tanto, murieron un almirante *junior* y más de quinientos hombres.

A las 2.25 de la tarde, cuando hacía una hora que los británicos se habían ido, llegaron al fin a la escena los grandes buques de Ingenohl; hicieron un rastreo cauteloso y luego regresaron a puerto, como hizo la Gran Flota, que se había alejado doscientas millas hacia el norte. A bordo del *Lion*, una multitud de marinos extasiados se apiñó por debajo del puente para vitorear a su almirante adorado. El *Arethusa* fue remolcado de vuelta, a seis nudos. El 30 de agosto, los cruceros de combate y los cruceros ligeros llegaron a Scapa Flow, donde recibieron una bienvenida atronadora por parte de los hombres que formaban en las cubiertas y obras muertas de todos y cada uno de los barcos de la Gran Flota.

Habían hundido tres cruceros ligeros y un destructor, y causado daños a otros tres cruceros. En el bando británico, el *Arethusa* y otros tres destructores sufrieron daños graves, pero todos regresaron a flote. Solo treinta y cinco hombres habían muerto, una «factura del carnicero» asombrosamente reducida, en comparación con los 712 alemanes fallecidos. Churchill, eufórico, subió a bordo del buque insignia de Tyrwhitt en Sheerness, para repartir laureles; más adelante afirmó que en el golfo de Heligoland se había vivido «un episodio brillante».³⁴ La opinión pública estaba entusiasmada y aclamó a Beatty como el héroe del momento. El almirante quedó «disgustado» por no recibir ningún mensaje de aprecio del Almirantazgo; a Ethel le escribió hablando de los alemanes con la condescendencia propia de un hombre de su tiempo: «Pobres diablos, defendieron sus barcos como hombres y se fueron a fondo con las banderas al viento, como marinos con todo en contra ... Fueran cuales fueren sus defectos, son gallardos».

La acción resultó de enorme utilidad al gobierno británico, en medio de la retirada de Mons; en el momento se vivía una gran tensión por los acontecimientos de Francia. En el Almirantazgo, Norman Macleod escribió: «Esta pequeña batalla ha tenido un efecto muy reconfortante, al mostrar la moral de la Marina y lo improbable de una invasión».³⁵ Asquith expresó su placer por el hecho de que «el pequeño ardid de Winston ... ha salido muy bien ... [y supone] cierta compensación a nuestras tristes pérdidas en tierra».³⁶ En el ánimo posterior imperó la propia felicitación, y solo se formularon algunas de las preguntas que se deberían haber planteado: por qué la planificación británica había sido caótica, y la cadena de mando, poco clara; por qué había habido fallos en la comunicación; por qué la

artillería había logrado marcas tan mediocres. No solo hubo deficiencias en la puntería, sino que muchos proyectiles que sí alcanzaron sus blancos no llegaron a explotar o no causaron daños graves; las espoletas eran poco fiables y a menudo resultaban en una detonación prematura. Los submarinos británicos desplegados en el golfo no aportaron nada. Si Jellicoe, por su propia iniciativa, no hubiera enviado a Beatty en apoyo de la incursión, la fuerza de Tyrwhitt y Keyes podría haber sido apaleada por los cruceros ligeros enemigos. Un momento de mala suerte podía haber costado un crucero de combate. El comandante en jefe creía que los peligros de aquella apuesta arriesgada eran superiores a las recompensas.

Sin embargo, también intervenían otras fuerzas mayores, de carácter psicológico, que no estimaron en lo que valían (ni lo estiman hoy) los críticos de la acción del golfo de Heligoland. Tuvo un impacto en la Flota de Alta Mar que fue mucho más allá de unas pérdidas materiales secundarias. Los marinos alemanes reconocieron que habían sufrido una humillación. Los barcos británicos habían navegado y batallado con impunidad a unas pocas millas de la costa de su patria. En la costa, cientos de miles de civiles habían oído los cañonazos y temblado de miedo. El almirante Tirpitz estaba furioso; para empezar, porque había perdido a su propio hijo, que era teniente en el *Mainz*. Se dirigió a Albert Hopman en términos extravagantes: «Nos hemos deshonrado. Sabía que debía sacrificar a mi hijo. Pero esto es horrible. Nos han atacado y eso ha traído el fin de nuestra flota».³⁷ Tirpitz no aceptaba ningún consuelo; aunque Hopman le recordara que los británicos habían rescatado a algunos supervivientes y su hijo quizá estuviera entre ellos, estaba convencido de que el joven oficial habría muerto. Sin embargo, al día siguiente, los británicos avisaron de que, en efecto, tenían como prisionero al joven Tirpitz.³⁸

La operación de Heligoland puso de manifiesto que la Marina Real dominaba, anímicamente, a sus enemigos, dominio que perduraría hasta 1918. El káiser vio confirmado su respeto por la potencia naval británica y ordenó que, en adelante, la Flota de Alta Mar actuara con la mayor prudencia; los grandes buques solo podrían tomar la ofensiva con su aprobación personal. Esto era un importante logro estratégico de los británicos, lo que sin duda justificaba de sobra la acción. El 9 de septiembre, la Gran Flota volvió a buscar batalla en aguas de Heligoland, pero los alemanes se negaron por completo a responder. Aunque esta pasividad era frustrante para unos marinos ansiosos por combatir, ponía de relieve la primacía naval de Gran Bretaña.

Ahora bien, la batalla de Heligoland también evidenció que el Almirantazgo no era apto para dirigir una guerra moderna en el mar. Según un comentario del *Quarterly*, en 1860, la institución se había quedado en la «calma intelectual del humo de Trafalgar»; medio siglo más tarde, la frase no distaba mucho de la verdad.

Era una institución dominada por hombres viejos de escasa imaginación. Aunque el primer lord del mar, el príncipe Louis de Battenberg, gozaba de respeto (y el vilipendio de la prensa, debido a su origen alemán, era injusto), no estaba a la altura de su papel. Los críticos lo motejaron desdeñosamente «Quite Concur» («Totalmente de acuerdo»), por la frecuencia con la que garabateaba estas palabras de asentimiento en la correspondencia. El Estado Mayor de guerra de la Marina se parecía más a un departamento de investigación que a una máquina de planificación y dirección de operaciones. Su estructura daba por sentado que los almirantes tomarían las decisiones cuando la flota hubiera zarpado. Pero pronto quedó claro que, en la nueva era de la radio, el Almirantazgo no resistía la tentación de intervenir, pese a que tanto la institución como su plantilla estaban mal pertrechados para hacerlo. «Tanto en la Marina como en el Almirantazgo, el cerebro se tenía en poca estima», escribió Filson Young, el oficial del Estado Mayor de Beatty.³⁹ Compartía el desprecio de su jefe por los lores del mar y su personal ayudante: «El espíritu que informaba al conjunto era estrecho y falto de vida, y se expresaba por doquier en la política de que los medios eran más importantes que los fines».⁴⁰

Afortunadamente para la causa aliada, no obstante, en el Almirantazgo no solo había lobos de mar de especial lentitud. Un departamento de suma importancia —la inteligencia— cayó en las mejores manos posibles. Desde noviembre de 1914, la Sala 40 estuvo dirigida por el capitán Reginald «Blinker» Hall (apodado así por su costumbre de pestañear [*to blink*], sin descanso). Hall había sido una estrella emergente en el mar, que en fecha reciente había capitaneado un crucero de combate, pero la mala salud le había relegado a un trabajo en tierra. Había adquirido cierta experiencia como espía aficionado, en 1908, al tomar en préstamo un yate del duque de Westminster, con el que navegó hasta el fondeadero de la flota alemana en Kiel; allí enumeró y fotografió sus barcos, haciéndose pasar por un turista. Ahora, convertido en profesional, su figura físicamente irrisoria se convirtió en una fuerza vital: uno de esos magos de la inteligencia que Gran Bretaña ha ido ofreciendo cada cierto tiempo.

Un testigo describió su «forma de hablar incisiva» y añadió que «sus ojos y su cara atrapaban tu atención. Una nariz majestuosa, sobre una boca de labios bastante herméticos y una barbilla hendida y firme, hacía pensar, instintivamente, que no era la clase de hombre con la que uno se podía tomar libertades. Se parecía bastante a un halcón peregrino —una impresión que reforzaban sus ojos penetrantes— que se lanzara a volar entre la compañía reunida». Otro conocido lo calificó de «medio Maquiavelo, medio colegial». La segunda parte se manifiesta en una historia que le gustaba explicar a él mismo. Un juez sentenció a un espía alemán a una condena suave, basándose en el argumento de que el hombre solo indicaba a Alemania el emplazamiento de las fábricas. Se cuenta que Hall, muy irritado, hizo informar a la

inteligencia alemana de que la dirección de la casa del juez se correspondía con «una fábrica importante».

La tarea de la Sala 40 contó con la ayuda crucial de la captura, en el mar, de tres libros de códigos navales alemanes. El 11 de agosto, un oficial naval australiano apresó, a punta de pistola, el libro de códigos del vapor alemán *Hobart*, en aguas de Melbourne; por una suma de demoras, sin embargo, no llegó a Londres hasta finales de octubre. Los rusos enviaron otro libro, capturado cuando el crucero *Magdeburg* embarrancó en la costa de Estonia, en el Báltico, el 25 de agosto; llegó al Almirantazgo el 13 de octubre. Por último, el 30 de noviembre un arrastrero británico, en la isla holandesa de Texel, recuperó el libro de códigos de un destructor alemán hundido allí el 17 de octubre. En diciembre de 1914, con la ayuda de un grupo de brillantes eruditos germanohablantes reclutados para este fin, el equipo de Hall quedó en conocimiento de los secretos de los tres principales códigos navales del enemigo: los denominados como VB, HVB y SKM. Más adelante, aún descifraría otros.

Eran días en los que la radio aún les parecía un milagro a los hombres nacidos antes de que se inventara. A bordo del buque insignia de Beatty, el *Lion*, en Scapa Flow, un oficial, que estaba de noche en la sala de radio, se puso los cascos y escuchó extasiado las charlas en morse a través de las ondas: «Oímos al comandante en jefe ruso, en el Báltico; oímos Madrid; oímos al comandante en jefe alemán, desde su refugio del otro lado del mar del Norte; y me divirtió mover arriba y abajo el selector de onda, entre los comandantes alemán y británico —las dos voces que tienen una importancia infinita para todos nosotros— para comparar sus tonos e imaginar qué estaban diciendo».⁴¹

Gracias a la Sala 40, el alto mando británico no tardó en enterarse de muchas de las respuestas del extremo alemán de aquel enigma. Un volumen creciente de mensajes, interceptados por una cadena de receptores de radio del Almirantazgo, situados a lo largo de la costa este, fue descifrado, traducido y leído al cabo de unas pocas horas. A la Armada le fastidiaba que los traductores civiles ignorasen la jerga náutica, lo cual derivaba en que el departamento de operaciones recibía mensajes descifrados que afirmaban, por ejemplo: «La segunda escuadra de combate [alemana] saldrá a correr a las 2 de la tarde y regresará a puerto de banda a banda a las 4 de la tarde». Como la Flota de Alta Mar operaba desde Wilhelmshaven, donde muchas órdenes se emitían en papel o por teléfono, «Blinker» Hall no podía confiar en anticipar todos y cada uno de los movimientos alemanes. Sin embargo, gracias a la excelencia técnica de sus transmisores, los barcos de Ingenohl se comunicaban por radio más que los de la Marina Real. Además, una de las primeras acciones de Gran Bretaña, como beligerante, había sido cortar los cables telegráficos submarinos que unían Alemania con el resto del mundo. Esto obligó a Berlín a usar

la radio para mucho tráfico internacional delicado, y a menudo, las señales navales alertaban a la Gran Flota, con varias horas de antelación, de las salidas al mar del enemigo.

En los meses posteriores a la acción de Heligoland, sin embargo, la suerte del combate osciló de un lado a otro, de una forma que a menudo avergonzó a la Marina Real. El 22 de septiembre, el U-9 logró hundir tres viejos cruceros británicos que realizaban una inútil «labor de centinela» en aguas holandesas. Los *Hogue*, *Aboukir* y *Cressy* navegaban con parsimonia en un curso fijo, sin que los capitanes prestaran atención a ninguna amenaza submarina. Cuando el primer barco fue alcanzado, y luego el segundo, cada crucero tuvo la incomprensible ocurrencia de pararse a rescatar a los supervivientes; así perecieron 1.400 hombres. Muchos hombres de la Flota de Alta Mar sintieron envidia del comandante del U-9, que regresó a casa triunfante. El teniente Knobloch, del *Rostock*, escribió anhelante: «Volver a puerto después de tal hazaña tiene que ser una sensación alentadora».⁴² Hubo palabras más exaltadas. Ernst Weizsäcker estaba orgulloso del éxito del U-9, que contrastaba mucho con la apatía de la flota de superficie: «Es un motivo de alegría ser hoy un oficial naval».⁴³

El 27 de octubre, el nuevo acorazado británico *Audacious* se perdió tras chocar contra una mina frente a la costa norte de Irlanda. Durante varios meses, el Almirantazgo tuvo la ridícula pretensión de negarse a admitir el hundimiento, incluso en las órdenes navales, pese a que cientos de pasajeros estadounidenses, a bordo del transatlántico *Olympic*, lo habían visto con sus propios ojos; como celebración, los escolares alemanes disfrutaron de un día de fiesta. Entre tanto, las incursiones contra el comercio —las más famosas, las del *Emden*— lograron algunos éxitos embarazosos en el otro extremo del mundo, en los océanos Pacífico e Índico. Hubo un episodio turbador en la tarde del 1 de noviembre, cuando la anticuada escuadra de cruceros del contraalmirante sir Christopher Cradock fue destruida por el almirante Von Spee en aguas de Coronel, en la costa de Chile.

«Kit» Cradock había publicado un librito titulado *Whispers from the Fleet* [«Susurros de la Flota»] en el que advertía que «la terquedad irreflexiva con la que la Marina se lanza “de cabeza” va a acabar mal». Sin embargo, él mismo eligió interpretar precisamente ese papel: llevó la escuadra fuera del alcance protector de los cañones de 12 pulgadas del preacorazado *Canopus*, que se había puesto bajo su mando. El oficial de ingeniería del *Canopus* informó a su capitán de que, por problemas técnicos, era necesario reducir la velocidad del barco a doce nudos. Treinta y seis horas después, se supo que, sencillamente, aquel hombre había

sufrido una crisis nerviosa: no había necesidad de reducir la velocidad. Aunque se abrió una brecha de trescientas millas entre el preacorazado y el resto de la escuadra, en realidad el *Canopus* podría haber luchado en Coronel.

Pero esta revelación no llegó a tiempo de salvar a Cradock. Aunque sus viejos cruceros blindados *Good Hope* y *Monmouth* se habían movilizadado con hombres de la reserva, y como barco eficiente solo contaba con el crucero ligero *Glasgow*, rechazó la posibilidad de salir huyendo, pese a que lo tenía todo en contra. Había sido un cortesano leal, nombrado *sir* por prestar «servicios personales» al rey; como todos los oficiales de la Armada, participó del oprobio acumulado sobre el almirante Ernest Troubridge en agosto, por rehusar una ocasión de combatir contra los *Goeben* y *Breslau*, en el Mediterráneo, al poco de estallar la guerra. Aunque su propia fuerza era, comparativamente, muy inferior a la de Troubridge, Cradock se enfrentó al enemigo y no tardó en irse a pique, junto con 1.600 marinos británicos y sus barcos. Asquith escribió irritado a Venetia Stanley: «Me temo que el pobre hombre se ha ido a fondo, porque, si no, ciertamente merece que se le forme consejo de guerra».⁴⁴

Coronel, aunque estratégicamente carecía de importancia, asestó un golpe al prestigio británico e hizo perder la calma a un gobierno que ya estaba nervioso. Suele criticarse a Jellicoe como un trabajador sin genio, cuya cautela privó a la Marina Real de una gran victoria en Jutlandia. Sin embargo, la prudencia del comandante en jefe, por poco emocionante que pudiera resultar, contrastaba favorablemente con el gesto suicida de Cradock, la impulsividad de Beatty y la estupidez táctica que hizo que el *Hogue* y sus cruceros gemelos fueran hundidos por el U-9. Persistió, sin embargo, el problema de que, en Londres, el gobierno necesitaba desesperadamente algún éxito nacional llamativo. Asquith, con la habitual frivolidad con la que ponía de manifiesto su inadecuación como director de la guerra, escribió a Venetia Stanley el 4 de noviembre, después de Coronel: «Le dije a Winston ... [que] es hora de que cace algo y rompa algunos platos».⁴⁵

En realidad, por supuesto, el primer lord era el último que necesitaba de estímulos para asumir riesgos: acababa de adoptar una decisión extraordinariamente peligrosa. En octubre, el príncipe Louis de Battenberg terminó por abandonar el cargo, y Churchill intentó remediar la falta de firmeza en el control del Almirantazgo colocando como sucesor al anterior primer lord del mar, el almirante lord Fisher. «Jacky» Fisher, promotor de la construcción del *Dreadnought*, contaba ahora setenta y tres años. Era uno de los espíritus salvajes y brillantes que Churchill adoraba: este lo describió como «un verdadero volcán de conocimiento e inspiración».⁴⁶ Sus admiradores señalaban, justamente, que durante su segunda titularidad como primer lord del mar, mostró mejor juicio y más coherencia en las cuestiones operativas de lo que parecería sugerir su

correspondencia inmoderada. Pero Churchill y Fisher no tardaron en distanciarse y se embarcaron en una lucha por el dominio que no contribuyó ni a la eficiencia ni a la felicidad del Almirantazgo.

Afortunadamente para el prestigio británico, la derrota de Cradock en Coronel quedó borrada el 8 de diciembre: dos cruceros de combate capitaneados por sir Doveton Sturdee, destacados de la flotilla de Beatty para la ocasión, destruyeron los barcos de Spee cuando hizo una incursión temeraria contra las islas Malvinas, en busca de carbón, en lugar de obedecer las órdenes de regresar a Alemania. Aunque con retraso, el viejo *Canopus* interpretó un papel en la acción: fue varado deliberadamente en la bahía de Stanley (la capital de las islas), y el equipo de control de artillería se desplazó a una colina, por encima de la ciudad. Esto permitió al viejo acorazado disparar los primeros tiros de la acción. Los británicos tuvieron la suerte de que Spee no hizo ningún intento de reducir el alcance y atacar con torpedos cuando los barcos de Sturdee salieron de Stanley; probablemente, habría sido la única oportunidad de los alemanes de evitar la destrucción.

De vuelta en Inglaterra, todo el mundo estaba tan satisfecho con la victoria que apenas se prestó atención a la prodigiosa cantidad de munición que los británicos se vieron obligados a disparar —1.174 proyectiles de 12 pulgadas, en un lapso de cinco horas— para hundir a oponentes mucho más débiles. Los barcos de Sturdee solo consiguieron un impacto por cañón cada setenta y cinco minutos, lo que suponía un mal augurio para una posible batalla en el mar del Norte. La prensa alemana desdeñó la escuadra perdida de Spee, como barcos viejos sin importancia estratégica, lo que inquietó a los marinos del káiser. «Creo que es mezquino decir que esos barcos valientes son inferiores ... y carecen de valor, después de haber dado cuanto podían», escribió ofendido el cadete naval Walter Stitzinger, del SMS *Lothringen*.⁴⁷ La lección que ambos bandos aprendieron en Coronel y las Malvinas fue que enfrentarse a un enemigo muy superior no era un signo de gallardía, sino de necedad temeraria. Además, la prudencia de Jellicoe se intensificó más aún al acumularse datos sobre el carácter letal de las minas y submarinos: la mala suerte o un error de juicio podían transformar el equilibrio de fuerzas de las flotas con una rapidez alarmante. Y, en efecto, la Gran Flota no tardó en experimentar —sin tener constancia de ello— el momento más peligroso de su guerra.

Los alemanes anhelaban mitigar la amargura del golfo de Heligoland. Cuando cuatro destructores intentaron sembrar de minas el estuario del Támesis, se fueron a pique antes incluso de empezar a colocarlas. Se planeó otra operación de minado en aguas de Great Yarmouth, y Hipper obtuvo la aprobación del káiser para gozar del apoyo de los cruceros de combate. El 3 de noviembre, los barcos alemanes escenificaron un bombardeo —tan breve como fútil— de las playas de esta ciudad de la costa oriental de Inglaterra. Dispararon sin fruto contra algunas

embarcaciones menores y huyeron a Alemania sin haber entablado batalla. El Almirantazgo no podía creerse que la salida hubiera tenido como único propósito el bombardeo de una ciudad pequeña e inofensiva como Yarmouth. Los lores del mar no enviaron barcos en pos de Hipper, porque supusieron que el movimiento era un amago con el que distraer su atención de alguna amenaza mayor. En cualquier caso, los incursos regresaron ilesos, salvo un viejo crucero, el *Yorck*, que chocó con una mina alemana al acercarse a Wilhelmshaven; se fue a fondo y se perdieron 235 vidas.

Pero la floja respuesta británica a Yarmouth animó a Ingenohl a repetir la operación a una escala mayor. El 14 de diciembre, la Sala 40 de Hall advirtió al Almirantazgo de que los cruceros de combate de Hipper saldrían al día siguiente. Los descifradores no tenían ni idea de que, en realidad, toda la Flota de Alta Mar pretendía salir al mar. En Londres se adoptó la decisión de enviar a Beatty, reforzado por una escuadra de acorazados y con la asistencia de varios destructores y cruceros ligeros, a esperar a los alemanes en el banco de Dogger, en medio del mar del Norte, e impedirles huir de vuelta. Los británicos desconocían el blanco exacto de Hipper; eligieron permitir que los alemanes atacaran sin impedimento porque esto facilitaría atrapar a sus cruceros de combate en la ruta de regreso —una vez que ya se hubiera revelado el objetivo—, en lugar de hostigarlos en la ida, cuando podían dirigirse a cualquier punto de una costa de casi quinientos kilómetros de extensión. Se consideró prioritario hundir los cruceros de combate del enemigo, antes que impedirles acceder a los hogares británicos.

Jellicoe, al ser informado, volvió a inquietarse profundamente por la perspectiva de ver dividida a la Gran Flota; quería sacar todas sus fuerzas. El Almirantazgo vetó la idea, con la intención de proteger los grandes buques, cuyos motores se estaban estropeando con alarmante rapidez por la frecuente navegación con mar gruesa. Los acorazados de Beatty y el contraalmirante sir George Warrender se hicieron a la mar en condiciones meteorológicas tan espantosas que se ordenó regresar a varios destructores y cruceros ligeros. Los seis acorazados y cuatro cruceros de combate —de esta última escuadra, dos no habían vuelto aún de las Malvinas— no dispondrían de gran apoyo en el banco de Dogger. Sin embargo, se les venía encima toda la Flota de Alta Mar, con sus dieciocho acorazados, ocho preacorazados, nueve cruceros y cincuenta y cuatro destructores. Era una escena dispuesta para hacer realidad la pesadilla de Jellicoe: una fuerza alemana abrumadoramente poderosa se acercaba a un destacamento de la Gran Flota que, con su potencia de fuego, podría destruir; y esto acabaría con la superioridad británica en los buques principales.

Al principio, Hipper era reticente a emprender el bombardeo de ciudades británicas, pues lo consideraba, por un lado, estratégicamente irrelevante y, por

otro, incompatible con el código de caballeros de su profesión. El 29 de noviembre escribió en su diario que, si Alemania iba a arriesgar sus preciosos grandes buques, debería hacerlo contra la Marina Real. El bombardeo costero representaba un gesto insignificante, no una operación bélica seria. Además, le preocupaba el peligro que representaban los campos de minas. «Irme a pique sin batalla y honor sería un triste fin para mi carrera», reflexionaba, con una autocompasión digna de Beatty.⁴⁸

A las 8.05 de la neblinosa mañana del 16 de diciembre, en el centro turístico de Scarborough (Yorkshire), el oficial guardacostas Arthur Dean dirigió la mirada al mar y vio dos cruceros de combate. A poco más de quinientos metros del castillo de la ciudad, empezaron a disparar seguidamente contra la costa; navegaron por la bahía meridional hasta dar la vuelta y repetir el ejercicio. Viudas de edad, de las que en la ciudad había una buena provisión, estaban leyendo sus cartas sobre las elegantes mesas de desayuno del Grand Hotel cuando el establecimiento recibió una serie de impactos directos que devastaron el interior. El hastial del ayuntamiento quedó destruido, igual que varias fachadas de tiendas y dormitorios de casas de huéspedes en St. Nicholas Cliff, y una hilera de casitas de Stalby Road. Un magistrado llamado John Hall se estaba vistiendo cuando un proyectil arrasó su dormitorio y lo mató. A unos treinta kilómetros, en Whitby, otros dos cruceros alemanes provocaron similares escenas mortíferas: un proyectil demolió la crujía occidental de la vieja abadía; otro redujo a ruinas las casitas de Esk Terrace. En la vecina Hartlepool, durante treinta minutos de bombardeo, los barcos de guerra alemanes destruyeron una oficina de Lloyds Bank e hicieron explotar una fábrica de gas. Luego, los barcos de Hipper emprendieron el camino de regreso.

Entre tanto, en el banco de Dogger, en varios intervalos a lo largo de la noche y parte del día, los destructores de las flotas rivales se avistaron e intercambiaron fuego lo mejor que pudieron en la mar gruesa. Como en el golfo de Heligoland, la artillería alemana demostró ser superior: los destructores británicos fueron alcanzados varias veces, pero los barcos de Ingenohl salieron ilesos. Beatty y Warrender se esforzaban por adivinar la importancia de los movimientos del enemigo hasta que llegó un aviso crucial, con la noticia de que se estaba bombardeando Scarborough. Ahora correspondía a los almirantes destacados en el mar seleccionar las vías de intercepción más idóneas. Warrender radió a Jellicoe, con copia para los cruceros de combate: «Scarborough bombardeado; procedo hacia Hull». Beatty, arrojado caballero como siempre, respondió: «¿Sí? Yo voy a Scarborough». Pero cuando los grandes buques británicos viraron hacia el oeste, avanzada la mañana, la visibilidad se deterioró radicalmente. Los barcos británicos y alemanes, de cualquier tamaño, no tuvieron más remedio que tantear y disparar de forma intermitente entre la espesa niebla que impedía ver con claridad los movimientos del adversario.

En esos momentos, ¿dónde estaban Ingenohl y el poder de la Flota de Alta Mar? A las 5.45 de la mañana, al saber que sus destructores habían batallado con los británicos, el almirante alemán llegó a la convicción de que toda la Gran Flota debía haber salido. La sorpresa se había desvanecido. Ingenohl solo estaba en el mar en apoyo de la incursión de Hipper, pero el mandato del káiser no incluía librar una gran batalla. Regresó a casa con prontitud, ajeno a la presencia de Beatty y Warrender; con ello, desperdició la mejor ocasión estratégica de la Armada alemana en toda la guerra.

A lo largo de las últimas horas de la mañana y primeras de la tarde, las fuerzas ligeras rivales jugaron a un juego acelerado, de disparos y carreras, cañoneando en cuanto se lograba avistar al otro; los grandes buques británicos siguieron sin averiguar el paradero de Hipper. En su último informe, Warrender estaba exasperado: «Salían de una tormenta y se metían en otra». Beatty tomó la repentina decisión de virar al este, con la esperanza de mejorar las oportunidades de interceptar a Hipper en el viaje de regreso. Fue un error. Si hubiera mantenido la ruta del oeste, antes de una hora se habría encontrado con los cruceros de combate alemanes. Ahora bien, no está nada claro que el resultado del choque le hubiera sido favorable. Quizá Beatty se habría impuesto, pero —dado el posterior destino de su escuadra en Jutlandia, donde perdió dos barcos y padeció daños graves en otros dos— quizá habría sufrido un desastre. Al final, el 16 de diciembre no vio a Hipper, quien se escabulló ileso hasta volver a Wilhelmshaven. Ambas flotas llegaron a sus puertos de origen sin haber perdido ningún barco, en números absolutos, pero a dos destructores británicos les aguardaban los astilleros. Para disgusto de la Marina Real británica, con ello se había perdido la última ocasión de una gran batalla naval en 1914.

El guardiamarina Charles Daniel, del *HMS Orion*, comentó aquella mañana que, si la flota dejaba escapar a los alemanes, su reputación «quedaría por tierra, probablemente, a ojos de la opinión pública británica». Cinco días después, cuando en efecto había pasado lo peor, el joven añadió con amargura: «Que los cruceros alemanes se nos hayan escapado es algo que no se nos olvidará; y la decepción es peor aún cuando uno piensa el magnífico espectáculo que habría supuesto hundir[los]». ⁴⁹ Los británicos no habían identificado el blanco exacto de Hipper, pero sabían que venía y no intentaron impedirle acceder a la costa; ello supuso sacrificar las vidas de 107 hombres, mujeres y niños, en Scarborough, Whitby y Hartlepool, más otros quinientos civiles, que resultaron heridos. La Marina Real no había acertado a interceptar un enemigo cuyas intenciones había desvelado la Sala 40, incluso después de trabar contacto con alguna de sus escuadras. Fue un día deshonoroso, aunque característico de la guerra naval en la era anterior a los radares.

La debilidad más grave de la Marina Real —según ha analizado con brillantez Andrew Gordon— fue la rigidez mental de sus oficiales, así como la sumisión ciega a la autoridad superior: los capitanes aguardaban las órdenes de su almirante, y si estas no llegaban o eran confusas —como ocurría a menudo con las de Beatty—, los subordinados nunca se atrevían a pensar o actuar por sí mismos.⁵⁰ En los barcos de guerra del siglo xx, la atmósfera de opresiva masculinidad hacía pensar en un internado flotante; y en la Marina Real incluso los alumnos mayores, responsables de la disciplina —aquí, los capitanes— temían dar un paso sin la aprobación del director. Por dos veces, durante la incursión de Scarborough, se desaprovecharon oportunidades porque los capitanes esperaron en vano las indicaciones de sus superiores; en cierta ocasión, cuando el guía de una flotilla de destructores empezó a virar alocadamente porque un proyectil alemán había encallado el timón del barco, todas las embarcaciones del mando copiaron sus movimientos.

Pero ¿qué suponían los alemanes que estaban haciendo, al bombardear las ciudades costeras? Era un ejercicio de terrorismo, sin propósito militar, concebido para desmoralizar al pueblo británico demostrando que era vulnerable al «espanto» alemán. Sin embargo, sirvió para lo contrario: estimuló el odio popular contra el enemigo y reforzó la determinación nacional de combatir. Si el 4 de agosto, el pueblo británico no sentía especial animosidad hacia los súbditos del káiser, a finales de año las acciones alemanas y la propaganda de los aliados habían insuflado auténtica pasión en muchos pechos. James Colvill, un oficial del *Lancaster*, de veintidós años, escribió, después de que los barcos de Hipper culminaran su acción más grave, el 19 de diciembre: «Ojalá tengamos ocasión de pagarles con la misma moneda, hasta el último *pfennig*. Pero no masacrando a no combatientes cuando entremos en Alemania. Lo que me gustaría es ver una docena de ciudades alemanas —empezando por Essen y terminando por Berlín— reducidas a cenizas y saqueadas del todo, en una palabra: verlas “lovainadas”».⁵¹

La Marina Real fue criticada por la incursión de Scarborough, pero la crítica habría sido mucho más feroz si la opinión pública hubiera sabido que la costa británica se había dejado expuesta deliberadamente. Los oficiales navales pidieron que, si Scapa Flow seguía siendo el único fondeadero adecuado para la Gran Flota, al menos los cruceros de combate debían desplazarse más al sur, donde pudieran intervenir con más rapidez contra otra salida alemana. Al final, los barcos de Beatty pasaron a desplegarse en Escocia, en el Fiordo de Forth.

Pero también se reconoció, en general, que el comportamiento de la Flota de Alta Mar —la vana destrucción de lugares turísticos— era un signo de debilidad, no de fortaleza. Como Ingenohl y Hipper no se atrevían a enfrentarse cara a cara con la Gran Flota, no les quedaba otra que bombardear casas de huéspedes. La incursión

de Scarborough, por lo tanto, también reflejaba en parte que la guerra se estaba tornando más sucia. En ambos bandos eran muchos los que empezaban a dejar de lado las inhibiciones y angustias caballerescas con las que habían tomado las armas cinco meses antes. El oficial naval Walter *Freiherr* von Keyserlinck, al mando del *SMS Lothringen*, escribió a su tío el 29 de diciembre para pedir una campaña submarina de destrucción sin límites del comercio británico: «Salvo que hagamos que la guerra resulte algo real para los ingleses, en su propio país, esos ladrones y asesinos no reconocerán qué significa para otros pueblos. Desde los tiempos del [almirante holandés] De Ruyter [en el siglo XVII], nadie ha hecho estallar una sola bomba en las puertas [de Inglaterra]». ⁵²

Aun antes de la incursión de Scarborough, la mayoría de los oficiales navales, de uno y otro bando, reconocían que quizá tendrían que esperar mucho antes de que las dos flotas rivales se encontrasen en combate. El oficial del Estado Mayor Ernst Weizsäcker entendía que Alemania debería haber concentrado su programa de construcción naval en cruceros y barcos menores, antes que los acorazados, tan onerosos. ⁵³ Reinhold Knobloch estaba de acuerdo: «Nuestra inactividad nos hace plantearnos la utilidad de los barcos de guerra de superficie. Muchos [marinos alemanes] creen [ahora] que solo cuentan los submarinos, los aviones y las minas». ⁵⁴ Walther Zaeschmar, oficial de artillería del *Helgoland*, escribió en su diario, en octubre: «Al parecer, no se está librando ninguna guerra». Un mes más tarde, se había vuelto aún más pesimista: «En el mar del Norte ya no sucede nada más. Solo los submarinos actúan en permanente pie de guerra». ⁵⁵ La Flota de Alta Mar adoptó una rutina que acabó siendo muy pesada y familiar: los barcos servían durante dos días en las tareas de piquete avanzado, en la rada exterior de Jade; luego cuatro más, un poco más cerca de la costa; y por último pasaban ocho días en el puerto. Todos los oficiales de a bordo deploraban la aplastante monotonía de esta rotación que, aun así, caracterizó la experiencia de la flota alemana durante cuatro años, con tan solo unos brevísimos interludios de acción.

«Desde el punto de vista de un oficial naval ordinario», escribió Filson Young, desde el otro lado del mar del Norte, «el auténtico problema de la guerra, lo que la privó de gozo y emoción, fue la ausencia continuada del enemigo. En la Flota, casi nadie había visto a un alemán desde que se declaró la guerra, y solo unos pocos, algún barco alemán ... El enemigo empezó a volverse irreal y quimérico.» ⁵⁶ En otro pasaje, decía: «Una vez lo vimos, como cuatro minúsculas cuñas de humo, como erizos que corrían por el horizonte distante de un mar frío y gris. De esas cuñas, ya solo se veían tres. Esto significaba que un buque grande, con la población de toda una ciudad pequeña, después de haberse incendiado y convertido en un amasijo, se había enfriado, como un infierno agónico y candente, en el pálido mar invernal». ⁵⁷

Roger Keyes escribió a su esposa, en octubre: «Lo daría todo por formar parte de las tropas de tierra, hasta que la flota salga».⁵⁸ Al mes siguiente, aún era más enfático: «¡Estoy harto de la inacción! Creo que la próxima vez que nazca al mundo, seré un soldado. Fue una estupidez no haberlo pensado antes de decidirme a entrar en la Marina. La historia es muy clara al respecto. Los soldados luchan casi cada día de una guerra. Los marinos, quizá una vez al año, si tienen suerte. Lo peor de esto es que uno tiene que optar por la Armada siendo muy joven, y probablemente uno no sabe lo bastante de historia; y aquellos seis volúmenes de la historia naval de James ... con los que me alimenté en aquella época inducían a confusión: están llenos de batallas, grandes y pequeñas, pero repartidas a lo largo de treinta o cuarenta años».

Al concluir la guerra, la Marina Real había llegado a sumar 437.000 hombres, entre marinos y oficiales; y habían muerto 32.287 de sus marinos. Tales bajas no eran en absoluto despreciables, pero representaban una proporción de pérdidas muy inferior a la que vivieron los combatientes de tierra y la Real Fuerza Aérea (RAF) —sucesora del Real Cuerpo Aéreo—. Esto ayuda a explicar el ansia combativa que pervivió en el pecho de la Marina Real hasta mucho después de que se hubiera desvanecido en la mayoría de los soldados: aunque la guerra de los marinos tuvo sus riesgos y penalidades, no cabía compararlos con los horrores del servicio en el frente occidental. En los años posteriores a la incursión de Scarborough, hubo algunos enfrentamientos de superficie, más al norte, y con largos intervalos. El más importante fue el de Jutlandia, en mayo de 1916. La Gran Flota, que pasó al mando de Beatty después de que Jellicoe fuera transferido al Almirantazgo en noviembre de 1917, se quedó sin el triunfo épico que ansiaban los marinos.

Pero fueran cuales fuesen las limitaciones y los fallos de la Marina Real británica, hizo una aportación decisiva a la victoria aliada en la primera guerra mundial. A finales de 1914, Churchill comentó, con justa satisfacción, que desde el mes de agosto se habían transportado a Francia, sin pérdidas, 809.000 hombres, 203.000 caballos y 250.000 toneladas de pertrechos. Durante los años siguientes, la marina preservó la flota de combate existente; garantizó la libertad de movimiento en todo el mundo al comercio británico y las fuerzas del país; derrotó —aunque con retraso, y después de algunos graves desastres que situaron a Gran Bretaña al borde de la inanición, más aún que en la segunda guerra mundial— la campaña submarina de 1917; y mantuvo un bloqueo de Alemania que, desde abril de 1917, adquirió una eficacia formidable.

Los críticos de la «carrera naval» que emprendieron Gran Bretaña y Alemania antes de la guerra han defendido con frecuencia que la construcción de los acorazados británicos ayudó a precipitar la contienda y, sin embargo, no contribuyó a decidir su resultado. Ninguna de las dos proposiciones parece verdadera. No hay

razón para suponer que ninguna de las potencias continentales se habría comportado de otro modo en 1914 si la Marina Real hubiera poseído tan solo la mitad de los barcos. Y aunque la Gran Flota fue incapaz de realizar una aportación directa a la victoria, en ausencia de la superioridad naval, Gran Bretaña habría resultado extremadamente vulnerable. El honorable comandante Reginald Plunkett, uno de los oficiales de los cruceros de combate de Beatty, escribió en la revista del servicio, *Naval Review*, hacia el final de 1914: «La Marina británica ha logrado, sin apenas combatir, todo lo que cabría esperar que una Marina lograra».⁵⁹ Aunque en esta afirmación había vanagloria, prácticamente ningún marino alemán habría estado en desacuerdo.

12

Tres ejércitos en Polonia

Durante los primeros meses de la guerra, al mismo tiempo que los austríacos sufrían una humillación en Serbia, padecían experiencias aún peores en Galizia, una región situada a horcajadas entre el suroeste de Polonia y la provincia nororiental de Austria-Hungría. Allí, Conrad Hötendorf capitaneó un desastre que desgarró el ya raído tejido del imperio de los Habsburgo. Desde luego, los comandantes rusos compitieron con él en incapacidad; pero, a finales de año, Conrad había demostrado ser el sumo inepto de la campaña, al llevar a la muerte a 150.000 súbditos de Francisco José sin conseguir a cambio ni el más mínimo beneficio.

Tanto antes como después del comienzo de las hostilidades, el jefe del Estado Mayor austríaco no había acertado a coordinar los planes con Moltke: las recriminaciones entre ambas naciones estaban a la orden del día. En Viena, durante la segunda semana de agosto, el conde Berchtold —artífice de la guerra— gimoteaba ante Alexander Pallavicini, padre del oficial del mismo nombre que prestaba servicio en Serbia: «Todo es culpa de los alemanes».¹ Pallavicini comentó que pocos paisanos suyos podrían reprimir por más tiempo la perdurable amargura por la derrota de 1866 ante Prusia: «Pese al enorme peligro actual, la antigua hostilidad persiste, sobre todo en los círculos más elevados, y en Berlín lo saben muy bien».

Conrad, que ignoraba el hecho de que, en el este, los alemanes solo pretendían organizar una operación dilatoria, hasta haber dejado a Francia fuera de combate, se embarcó en Polonia en una maniobra envolvente particularmente ambiciosa. Para lograr este fin, en agosto destinó a treinta y una divisiones contra las cuarenta y cinco formaciones de infantería y las dieciocho de caballería rusas. Los ejércitos del zar pudieron desplegarse con rapidez en el sur de Polonia, en parte porque pusieron a las tropas en marcha antes de que se ordenase la movilización plena, y en parte porque habían invertido grandes cantidades de dinero francés en actualizar las vías de tren. Por comparación, los movimientos austríacos eran lentos: Conrad había planeado un envío inicial de 11.000 trenes, pero solo consiguió activar 1.942, que avanzaban por el imperio a paso de tortuga: a dieciséis kilómetros por hora, la mitad de la velocidad de los alemanes. Los trenes de las tropas paraban seis horas diarias para que sus ocupantes comieran. La incompetencia fue más allá de lo paródico: el jefe de la estación de Podborze, en la Silesia austríaca, sufrió una crisis nerviosa e invirtió todas las señales, haciendo que algunas formaciones acumulasen retrasos de varias horas; y, durante la investigación posterior, se pegó un tiro.

Los cuatro ejércitos de los Habsburgo enviados a Galizia tuvieron que bajar de los vagones bastante antes de llegar al frente y terminar el despliegue a pie, recorriendo unos treinta kilómetros diarios entre el 19 y el 26 de agosto. Algunos hombres pensaban en la campaña que se avecinaba con la misma ingenuidad que sus líderes. El teniente *Edler Von Hoefft** guiaba una patrulla de combate a la cabeza del ejército austríaco, y avistó un grupo de cosacos a dos kilómetros. Los dejaron acercarse hasta los 1.200 metros y lanzaron una descarga de fusilería. Cayó un ruso, para regocijo de los austríacos. «Por supuesto, todo el mundo reclamaba haber sido el autor del disparo —escribió Hoefft—. Mis fusileros decían: “¿Verdad que era genial como rodaba?”.»²

El doctor Richard von Stenitzer, de cuarenta y cuatro años, había dejado una consulta de moda en Viena para convertirse en oficial médico del ejército; llegó al frente tan solo con una maleta pequeña porque «se dice que la campaña no puede durar más que unos pocos meses».³ Pero el oficial del Estado Mayor Alexander Pallavicini —el conocido de Berchtold— fue pesimista desde el primer momento: «Triste “éxito” el de nuestra diplomacia, que siempre contó [luchar] solo contra Serbia». En su diario, recurrió al francés: «Ahora las palabras son *ordre, contraorde, désordre*». Cuando el teniente coronel Theodor Ritter von Zeynek se despidió de su esposa en Viena antes de unirse a un Estado Mayor de tierra en Galizia, se sintió como «si saltase a un grueso banco de nubes».⁴ Polonia, el saliente occidental del imperio zarista, se convirtió en uno de los campos de batalla más exóticos de la guerra. John Reed pintó un vívido retrato de la diversidad de sus habitantes nativos, ahora invadida por soldados llegados de todos los rincones de los dominios de Nicolás II: «Un dramático desfile de razas», tal como lo denominó el periodista estadounidense.

Había campesinos moldavos, amables y contenidos, todos de lino blanco, con sombreros de ala ancha y copa baja y una larga melena rizada que les caía sobre los hombros ... Los *mujiks* rusos, con sus camisas y gorras de plato, caminaban pisando fuerte con sus pesadas botas: gigantes barbudos de rostro simple, inexpresivo, y robustas mujeres rusas de cara plana, vestidas con unas combinaciones horrendas de faldas y pañuelos de colores ... Aquí y allá, el semblante retorcido, calculador, de un pope ruso, con la melena y un gran crucifijo balanceándose por delante de sus vestiduras. Los cosacos del Don, sin uniforme que los distinguiera más allá de la ancha banda roja que bajaba por los pantalones, el sable con incrustaciones de plata, la empuñadura sin protección y un mechón de pelo sobre el ojo izquierdo; los tártaros, picados de viruela, descendientes de la Horda de Oro que asaltó la santa Moscú —los hombres fuertes del ejército—, señalados por una estrecha banda roja; los turcomanos, con enormes pieles de oso blanco o negro, caftanes de un violeta o azul descoloridos, botas con la puntera levantada y afilada: espléndidos con sus cadenas de oro, cinturones, dagas y yataganes; y siempre judíos, judíos, judíos.⁵

Esta era la fértil sociedad, en la intersección de una multitud de razas y lealtades rivales, sobre la que cayeron tres ejércitos en agosto de 1914. Por más que el teniente austríaco Constantin Schneider siguiera aún en territorio de los

Habsburgo, cuando el tren de su regimiento se acercó a los montes Cárpatos le pareció que no solo cambiaba el paisaje, sino también el comportamiento de todos los soldados: «El alto mando había trazado una línea en el mapa para señalar el inicio del teatro de guerra, e incluso la naturaleza tenía otro aspecto. El mundo pacífico se acabó, los campos lozanos donde esforzados jornaleros reunían la cosecha estaban abandonados, la alegre vida urbana quedó atrás ... Cuando nos dijeron que quizá el tren pararía, nos despertamos de nuestras poéticas ensoñaciones y nos convertimos en ... héroes valerosos que cargaban las pistolas y aguardaban la llegada de la mañana, armados hasta los dientes».⁶

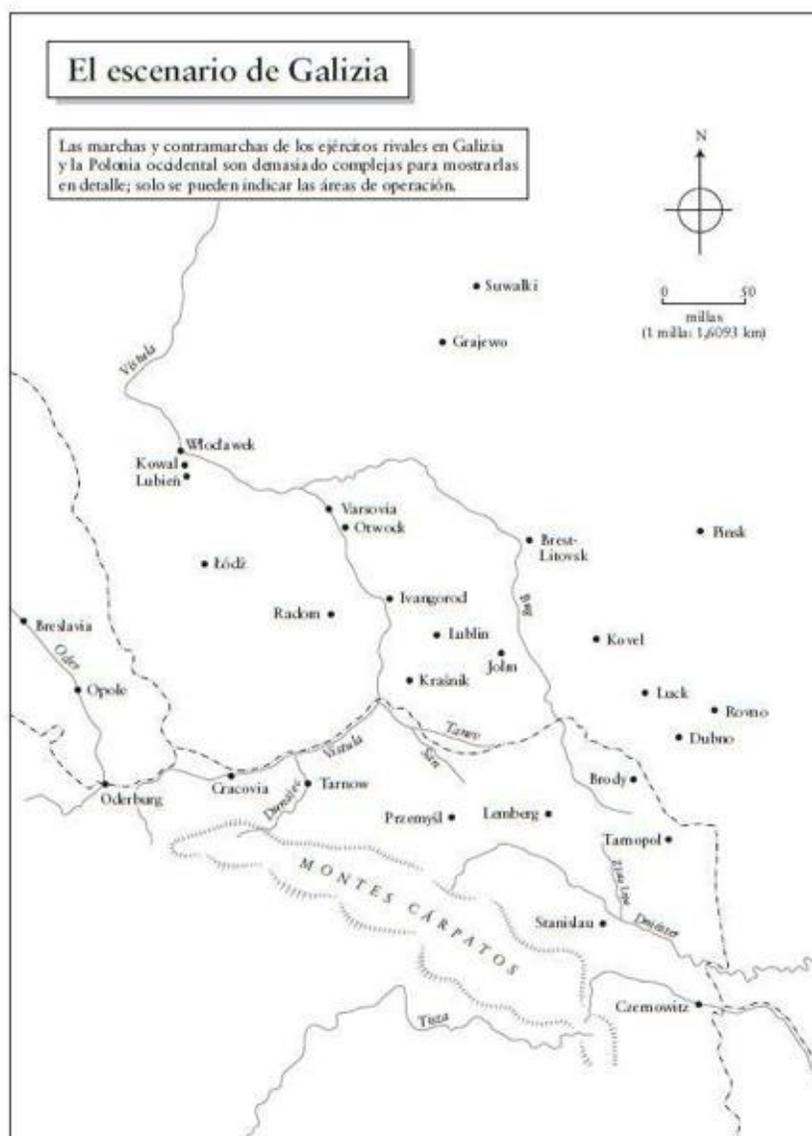
Una vez en los pasos de los Cárpatos, el ejército de Francisco José entró en la región fronteriza, salpicada de grandes ciudades-fortaleza: Lemberg, Przemyśl, Cracovia; en adelante, los austríacos avanzaron hacia los rusos a pie. La división de Constantin Schneider iba acompañada de seiscientos carros de impedimenta.⁷ Schneider se quejaba de la estupidez de sus inexpertos carreteros civiles, que se negaban a mantenerse a la izquierda de la carretera asignada: «Constantemente nos distraían las discusiones, que provocaban paradas, dificultades, reproches».⁸ En ambos lados de la frontera polaca, las carreteras estaban en malas condiciones y había pocas vías de tren. Las columnas de abastecimiento de Conrad, aunque en teoría se sumaban a una guerra del siglo XX, no se movían más rápido que las del siglo XIX.

Los austríacos avanzaron hasta encontrarse con los rusos en dos frentes: el primero, a unos ciento cincuenta kilómetros al sur de Varsovia, más allá del río San; el otro, en dirección este, a ambos lados del Dniéster. En este último sector, los austríacos eran inferiores en número, en una proporción de tres a uno. Pero cuando Nikolai Ruzsky, el comandante ruso, tras adentrarse con cautela en la Galizia habsburguesa, sufrió grandes pérdidas en los primeros enfrentamientos, decidió replegarse de nuevo al interior de Polonia. Entre tanto, los comandantes del ejército ruso recibían órdenes irracionales, e incluso contradictorias, de los distintos aspirantes rivales a la autoridad: el cuartel general de tierra —la Stavka—, presidido por el gran duque Nicolás y su Estado Mayor; San Petersburgo; y el general Nikolai Ivanov, el comandante del frente. Sobre el campo de batalla, los generales resolvían la confusión escogiendo lo que cada uno juzgaba más oportuno en cada situación, sin atender a los objetivos que pudieran estar persiguiendo los grupos próximos. Los altos oficiales se permitían demostrar la mutua animosidad sin inhibición ni vergüenza. Si la tensión entre Samsonov y Rennenkampf era de lo más conspicua, en Galizia el coronel Guliewicz —un aristócrata polaco y favorito de la corte, que prestaba servicio como jefe del Estado Mayor del 9.º Ejército— retiró la palabra al general Lechitzky, su comandante siberiano, al que reprochaba la grosería de no haber consentido que la esposa de Guliewicz se instalase a vivir en

su cuartel general.⁹

Ruzsky, un pesimista crónico, se enfrentaba a un ejército austríaco, pero al mismo tiempo vivía obsesionado por el miedo a que los alemanes —situados más al norte— pudieran descender sobre Varsovia y avanzar desde allí hacia San Petersburgo. En esta situación, fue partidario de que su propio mando se retirase al río Niemen. Algunos fuertes y puentes de Varsovia fueron volados en una sombría anticipación de este resultado. Mientras tanto, 350.000 rusos avanzaban al suroeste de Lublin, hacia suelo austríaco, donde Conrad había desplegado un número similar de tropas; ambos bandos saqueaban e incendiaban de manera indiscriminada. Aquel era un territorio nuevo en el conflicto, cuya población no se había ajustado aún a sus crueles exigencias. En Opole, solo sobrevivió el altar y la cruz de una iglesia aún en llamas, mientras los ladrillos del campanario quedaron esparcidos por los campos de los alrededores, que estaban rasgados por trincheras austríacas abandonadas. Por el contrario, un par o tres de kilómetros más allá, las tropas rusas adelantaban a familias vestidas con sus mejores ropas de domingo, que iban a la iglesia como de costumbre, mientras los niños se revolcaban y salpicaban en un estanque del pueblo.¹⁰ En el campamento austríaco, a Constantin Schneider le despertaron la curiosidad las cúpulas bulbiformes de las iglesias y los extraños topónimos de Galizia, y pensó que «el Oriente debía ser así. Está claro que nos hemos aventurado lejos de Europa».¹¹

El oficial del Estado Mayor Hoefft se enfrentó a su primera descarga rusa el 15 de agosto. La casa de campo en la que se alojaba recibió un impacto directo, «los caballos se encabritaron, la gente corría y yo estaba seguro de que algunos pobres diablos habrían muerto». Pero cuando cesó el bombardeo, se sorprendió al descubrir que solo había resultado herido un hombre, que fue alcanzado en la rodilla. Escribió: «Tiene que ser que Dios obra milagros, porque de otro modo ningún ser humano habría sobrevivido».¹² Aprendieron la lección de todos los campos de batalla: que si bien el fuego de la artillería entraña peligro, no supuso la aniquilación universal que, desde cierta distancia, parecía inevitable.



Los agregados militares destinados al frente suroeste fueron recibidos por los comandantes y oficiales del Estado Mayor rusos, a su llegada, con los besos que tanto desagradaban al general de división británico Alfred Knox. Encontraron a sus anfitriones bebiendo limonada dulce sin mucho entusiasmo: Ivanov había prohibido indefinidamente el alcohol en la mesa, una innovación que no parecía mejorar ni la moral ni la eficiencia. Pero el general gozaba de popularidad entre sus soldados, con quienes charlaba constantemente. Un enorme cañonero afirmaba haber dejado en casa esposa y cinco hijos; el comandante le aseguró amablemente que volvería a verlos, y el hombre respondió, sombrío: «Dicen que el camino que va a la guerra es muy ancho, pero el que vuelve a casa, muy estrecho».¹³

En la mañana del 19 de agosto, Ivanov vigilaba el avance de su ejército en medio de un aguacero torrencial. En las pausas, los hombres desenvolvían los

harapos que cubrían sus pies y los dejaban aparte para que se secasen cuando la lluvia hubiera cesado. Unos cuantos soldados jóvenes cantaban la clase de canciones típica del ejército:

Recuerdo que, siendo yo una chica,
en unas maniobras militares,
vino al pueblo un joven oficial
con sus soldados y me dijo:
«Dame algo de agua que beber».
Cuando acabó de beberla
se apeó de su caballo
y me besó.
Soñé con él toda la noche.¹⁴

Pero un testigo señaló que «la expresión de la mayoría de los hombres era de una tristeza apagada e irracional».¹⁵ Alfred Knox también observó que muchos de los caballos del ejército, recién requisados de granjas y establos, eran demasiado pequeños para el pesado cometido de arrastrar los cañones; y demasiado ariscos para que los manejasen fácilmente hombres sin experiencia en su trato. A cada caballo del ejército ruso, le correspondía oficialmente una ración diaria de 14,75 libras de avena, 15 libras de heno y 4 de paja: un tercio más que la alimentación de los tiempos de paz, en reconocimiento del hecho de que las pobres bestias estaban realizando un trabajo muy duro. En realidad, sin embargo, los caballos tenían aún menos posibilidades que los hombres de recibir una alimentación decente y, en consecuencia, perecían por miles.

El 23 de agosto, Yanushkevich, el jefe del Estado Mayor del frente, declaró en un tono optimista a Ivanov: «Las fuerzas austríacas alineadas contra nosotros son más débiles que aquellas contra las que hemos hecho simulacros». Pero durante los tres días siguientes, las formaciones rusas, desplegadas sin ningún cuidado, lucharon con los flancos descubiertos y se llevaron una buena tunda. Los hombres de Ivanov se apresuraron a retroceder por la misma carretera por la que habían avanzado, hacia nuevas posiciones en Kraśnik. Al día siguiente, el austríaco Hoeffft y un camarada llegaron a un cementerio que había sido ocupado por tropas rusas atrapadas en una concentración de artillería. Muchos de los fallecidos seguían insepultos: «El aire estaba envenenado y uno debía contener la respiración ... Por todas partes se habían desplomado gruesos muros y enormes cráteres se solapaban unos con otros. Las víctimas yacían alrededor; en un solo punto se amontonaban siete. A uno le faltaba el abdomen, otro había perdido toda la cabeza, salvo la mandíbula inferior. A un tercero le faltaban los hombros y las caderas. Era más que horripilante. Wenze tomó fotografías de todo mientras yo abandonaba el lugar, tapándome la nariz».¹⁶

En el bando austríaco, uno de los primeros caídos de Galizia fue el general Alexander von Brosch-Aarenau, uno de los altos oficiales que habían mostrado más ansias de guerra. El día 21 de agosto, despreciando el reconocimiento previo, capitaneó a una numerosa formación de *Kaiserjäger* (cazadores del káiser) en un ataque contra los rusos que precipitó una carnicería en la que él no fue sino la víctima más famosa de un cuantioso total de bajas.¹⁷ Los soldados austríacos se quejaban de que sus uniformes grises, que tan bien se disimulaban en el terreno montañoso, eran muy llamativos en las planicies de Galizia. Los rusos, por el contrario, vestidos de marrón, apenas destacaban entre las tierras de labranza, hasta que iniciaban el movimiento.¹⁸

El ejército de Francisco José vivió apuros lingüísticos crónicos. En varias ocasiones, hombres de una división reclutada en Bohemia abrieron fuego contra camaradas de una formación vecina, al suponerlos enemigos; lo cual resultaba comprensible, porque solo hablaban serbocroata.¹⁹ Constantin Schneider guiaba una patrulla de reconocimiento hacia el territorio ruso y se encontró con un pelotón de húsares de los Habsburgo, con quienes le habría encantado poder intercambiar información. Por desgracia, no obstante, ni un solo jinete hablaba o comprendía el dialecto de los tiroleños de Schneider.²⁰ La noche del 28 de agosto, un regimiento de caballería se acercó a las líneas de una división austríaca. «¡Cosacos!», gritó un hombre; un centenar de voces hicieron suyo el grito y a continuación se inició una feroz descarga de fusilería en dirección al enemigo, invisible en la oscuridad. A la mañana siguiente, Schneider examinó el terreno que había frente a las posiciones de la formación y quedó horrorizado al descubrir que «el barranco estaba lleno de cadáveres ... hombres de nuestro regimiento de húsares, a los que no había abatido el enemigo, sino nuestra propia infantería. Era tan grotesco que estuve a punto de gritar».²¹ Una vez más, el desastre se había debido a los fallos en las comunicaciones: los infantes de lengua alemana creyeron que los gritos de los húsares, extraños para ellos, eran voces rusas.

Sobre los civiles que habitaban la región se abatió la desdicha; ninguno de los dos bandos se preocupaba lo más mínimo por ellos. Las cabañas de madera con techo de paja de los campesinos eran incendiadas de forma indiscriminada. «De las casas, solo se ven las piedras de los cimientos y los restos del hogar. Las chimeneas bordean las carreteras como lápidas fantasmales. Todos los árboles están chamuscados, y las hojas, marchitas, por los incendios espantosos», escribió Hoefft.²² Los rusos destruían en su retirada los puentes y las estaciones del ferrocarril, al tiempo que derribaban árboles y cavaban zanjas de un lado a otro de las carreteras para frenar el avance los austríacos. El repentino estallido de un rifle cerca de una gran residencia campestre, en Suwałki, hizo que una sirvienta dejase

caer la sopera que llevaba para el almuerzo de su noble señor. Pronto tuvieron que huir todos de aquella casa, amos y criados por igual.

Por detrás del frente, en Lublin, el corresponsal de guerra Sergei Kondurashkin se sorprendió al ver que lo saludaba el conductor de un carro agrícola, acompañado de su esposa. El hombre resultó ser un conocido, un terrateniente que había sido miembro del Consejo de Estado; los austríacos le habían quemado la mansión rural. El refugiado señaló hacia la parte de atrás del carro, en un gesto desesperado: había una cesta y una silla. «Esto es todo lo que nos queda. Buscamos cobijo.»²³

Los horrores que vivió el pueblo judío durante la segunda guerra mundial son bien conocidos de la posteridad. Se presta mucha menos atención a los padecimientos de este mismo pueblo en 1914, a manos rusas. Centenares de judíos perecieron en Galizia y muchos más perdieron todo lo que poseían. Entre los rusos se desarrolló una desconfianza patológica hacia los comerciantes en general, y los judíos en particular. John Reed describía a los judíos polacos como «hombres flacos y encorvados, con sombreros raídos y largos abrigos grasientos, barbas greñudas y ojos arteros y desesperados, que, con temor a la policía, los soldados y los sacerdotes, se quedaban mirando fijamente a los campesinos; un pueblo perseguido, que se había hecho odioso por la extorsión y el abuso».²⁴

En octubre, los residentes de un bloque de apartamentos de Varsovia informaron de que un grupo de judíos que se reunía en el edificio estaba tramando una conspiración y ellos planeaban «desarticularlos». La policía que atendió el aviso descubrió que los desventurados «conspiradores» tan solo estaban estudiando posibles rutas para cruzar el frente hacia la relativa seguridad del territorio alemán.²⁵ Alfred Knox escribió el 14 de octubre: «Se dice que, en el puente de Ivangorod, apresaron a un judío cargado con un oficial alemán, dentro de un saco. Los colgaron a ambos».²⁶ En noviembre hubo un pogromo en la localidad de Lemberg, tomada por los cosacos, que mataron a veinte judíos. En diciembre, sesenta y cuatro judíos de Varsovia fueron arrestados y detenidos como supuestos miembros de una conspiración para subir los precios mediante la especulación: les confiscaron todos sus bienes.

Cosas cada vez peores fueron cayendo sobre los judíos de la Europa del este durante el resto de la guerra, y toda otra serie de inocentes sufrió penalidades similares. En el territorio de los Habsburgo, las minorías despertaban un recelo sistemático. En la ciudad fortificada de Przemyśl, el ejército austríaco publicó un edicto digno del Tercer Reich, en el que proclamaba que «solo la severidad más extrema e implacable ... acabará con la potencial actividad disidente entre la población». Solía darse por sentado que los rutenos simpatizaban con los rusos. El

16 de septiembre, un grupo de cuarenta y cinco detenidos por la policía militar era conducido a través de las calles de la ciudad cuando una turba los atacó con gritos de: «¡Colgad a los traidores!». Algunos soldados de la Landwehr húngara, al oír el clamor, apresaron a los detenidos en la Bocianstrasse y los mataron a todos, menos a cuatro, con sus sables.²⁷

La retirada inicial de los rusos hizo que Conrad se confiase en exceso. A medida que marchaba tras su estela, adentrándose en territorio polaco, se alejó demasiado de las líneas de abastecimiento; pronto se instaló el acostumbrado caos habsburgués. Las columnas de la artillería montada seguían avanzando por delante de la infantería. Órdenes y contraórdenes provocaron que algunas unidades marchasen en círculos. En comparación con los frentes casi continuos de Francia, en los vastos espacios del este las unidades llegaban a perderse, a veces durante días. El paradero del enemigo se convirtió en materia de conjetura. En muchas ocasiones, al caer la noche, los soldados, cansados, no habían recibido sus raciones. El oficial del Estado Mayor Theodor Ritter Zeynek lamentaba las *Kinderkrankheiten* —«enfermedades infantiles»— que ocasionaban grandes pérdidas en la caballería: algunos jinetes insensatos caracoleaban a la vista del enemigo, con la clase de descuido que podían exhibir sus abuelos en pleno siglo XIX.²⁸ Ambos bandos disponían de poca aviación, y la falta de reconocimiento provocó otra serie de enfrentamientos imprevistos entre el 28 y el 30 de agosto, que costaron a los ejércitos de Ivanov la pérdida de cien cañones y 20.000 hombres apresados.

Uno de ellos era Ivan Kuznetsov. Él y sus camaradas, por no hablar de sus oficiales, habían quedado profundamente desconcertados por la forma en que los hacían marchar y deshacer la marcha en la zona fronteriza.²⁹ A finales de agosto, se retiraron a un lugar en el que encontraron a un enorme contingente de civiles reclutados, cavando trincheras. Las tropas las ocuparon durante las horas de oscuridad y, al amanecer, recibieron órdenes de abandonarlas y retirarse; pero mientras se acercaban a un pueblo, se presentó un coronel al galope, gritando que debían regresar a las trincheras.

Allí reinó el caos: «Se mezclaron soldados de todas las compañías y secciones. Los oficiales llamaban a gritos a sus propios hombres». Volvieron desordenadamente a las trincheras —como una muchedumbre, más que un regimiento ordenado— justo a tiempo de que un avance del ejército austríaco los superara por el flanco. Cientos de soldados rusos daban vueltas, gritaban, disparaban los fusiles sin ton ni son mientras buscaban sus compañías, casi siempre

en vano. Un proyectil estalló al lado de Kuznetsov, lo lanzó por los aires y lo dejó inconsciente. Al despertarse, notó que se había hecho el silencio... y que estaba prisionero. Sus captosres hablaban en polaco: «*¡Dobje pane bude, dobj!*!». Kuznetsov escribió: «Entonces no lo entendí, pero luego me enteré de que esto significaba: “¡Se pondrá usted bien, señor, se pondrá bien!”». Pero cientos de compatriotas no se pusieron bien. Mientras lo ayudaban a subir a un carro que lo llevaría a la retaguardia, vio muertos y heridos por todas partes.

En las líneas austríacas, Conrad se pavoneaba jactándose de una gran victoria. Pero los rusos estaban trayendo refuerzos y, en aquel momento, sus líneas de abastecimiento eran más cortas que las de los austríacos. Al mismo tiempo que los ejércitos septentrionales de Conrad se adentraban en la Polonia rusa, al sur de Lemberg, entre el 26 y el 28 también atacaron al ejército ruso, mucho más numeroso, que había en el río Złota Lipa; en esta ocasión, correspondió a los austríacos sufrir una derrota con un coste similar al que había pagado el ejército de Ivanov un poco más al norte. Cerca de Chochłów, en una reunión de los mandos de la división, un camarada de Constantin Schneider señaló una nube que había en lo alto. El oficial comentó, en broma, que la forma recordaba a una vista posterior de la cabeza de Bismarck. «Era como si él, el creador de la Triple Alianza que siempre se había opuesto a la guerra con Rusia, ahora nos diera la espalda».³⁰ Los días 29 y 30, los austríacos atacaron de nuevo en el sur, y salieron mal parados. Los regimientos de Francisco José avanzaban en bloque y con escaso apoyo de la artillería, y fueron recompensados con unas pérdidas catastróficas.

Pero el fantasioso Conrad estaba convencido de que el evidente éxito en el norte volvía secundaria la derrota del sur. Concibió un plan complejo para permitir que los rusos del sector sur avanzaran más, y luego él desviaría a sus ejércitos del norte para atacarlos por los flancos. Quedó especialmente entusiasmado con las noticias de Tannenberg, que le llegaron en aquel momento: todo lo que los alemanes pudieran hacer, los austríacos debían igualarlo. Durante la primera semana de septiembre, las fuerzas de ambos bandos fueron dando tumbos por Galizia y los hombres se agotaron en unas marchas interminables antes incluso de llegar al combate. El día 3, Ruzsky ocupó la fortaleza austríaca de Lemberg, abandonada, pero fue derrotado en los días posteriores, en varios encontronazos con el enemigo.

La mayor insensatez de Conrad fue hacer caso omiso del hecho de que los rusos estaban reforzando mucho la zona norte, mientras él preparaba su pretendido golpe magistral, de corte napoleónico, en el sur. El 1 de septiembre, unas treinta y cinco divisiones rusas se enfrentaron a veinte austríacas. Cayeron sobre las posiciones de Conrad al sur de Lublin, con una fuerza irresistible, e incluso llegaron a disponer de suficientes tropas libres como para iniciar una embestida

adicional contra un cuerpo de reservistas alemanes desplegado al este del Vístula para proteger los territorios del káiser. Esta fuerza se replegó desordenadamente al otro lado del río, tras contabilizar unas pérdidas de 8.000 hombres; cabe señalar que los rusos, durante los dos primeros años de contienda, apresaron a más soldados alemanes que los ejércitos británico y francés juntos. Aunque la humillación de la derrota de Tannenberg, y pronto también en los lagos de Masuria, pesaba mucho en el ejército ruso, durante el mes de septiembre, en Polonia, su suerte dio un vuelco repentino.

Unos pocos kilómetros por detrás de la línea del frente, la ciudad de Lublin hervía de excitación. A las puertas de la catedral se agolpaban muchedumbres para examinar las piezas de artillería confiscadas a los austríacos y sus escudos —uno con la inscripción *Ultima Ratio Regis*, y otro con *Pro Gloria Patriae*— con multitud de abolladuras de las balas. Un joven cañonero ruso exhibía ante los civiles legos, lleno de orgullo, cómo se desempeñaba su trabajo: daba órdenes imaginarias, cargaba proyectiles ficticios, tiraba del cordón del disparador y gritaba «¡fuego!». En las calles se arremolinaban las nubes de polvo que levantaban los pasos de miles de botas. En la estación del ferrocarril, los soldados se acurrucaban en el suelo, durmiendo con el fusil al lado y las gorras cubriéndoles los ojos. «Ni siquiera a las 2 o las 3 de la madrugada —escribía un testigo— puede la ciudad calmarse, con las calles atestadas de gente emocionada y nerviosa tras la victoria.»³¹ Observó a una multitud de prisioneros austríacos a los que escoltaban por las calles, la mayoría con la vista clavada en sus propios pies y no en los alrededores, sin querer cruzar la mirada con las gentes de la localidad.

La abrumadora presión rusa sobre los flancos del enemigo empezó a surtir efecto: acción tras acción, las exhaustas formaciones de Conrad eran derrotadas y tenían que retirarse. En el campamento austríaco, el estado de ánimo era terriblemente sombrío: un soldado, Pál Kelemen, contemplaba, desde la vecina población de Halicz, cómo huían los fugitivos de la fortaleza de Lemberg:

La población abandonaba la ciudad en columnas interminables. En carros, a pie, a lomos de caballo. Todo el mundo hace cuanto puede para salvarse. Todos se llevan consigo lo que pueden, además del agotamiento, el polvo, el sudor, el pánico de cada rostro, el terrible desánimo, dolor y sufrimiento. Hay miedo en sus ojos, se mueven con cobardía: un pavoroso terror los oprime, como si la nube de polvo que han levantado hubiera saltado sobre ellos y fuera a arrastrarlos. Estoy tumbado, sin dormir, en la cuneta y contemplo el caleidoscopio infernal. Por allí en medio hay, incluso, carros militares, y mientras, por el campo va la infantería en desbandada, y la caballería, perdida. Ni uno solo lleva el equipo completo. La exhausta multitud se desparrama por el valle. Corren de vuelta a Stanislaw.

La caída de Lemberg, la cuarta ciudad más grande del imperio de los Habsburgo, representó una seria humillación; y los problemas austríacos persistieron en los días siguientes: se perdieron mucho cañones, incluidos algunos

que sus hombres abandonaron, simplemente, para acelerar la huida. La noche del día 8, los oficiales de Conrad, contemplando a sus mugrientos, exhaustos y desanimados hombres, reconocieron que el ejército estaba vencido. Al día siguiente, las fuerzas rusas avanzaron sobre ellos desde el norte, el este y el oeste. Los austríacos solo podían huir encaminándose al sur, y así lo hicieron: «Con una punzada de conciencia, una dolorosa sensación de fracaso, nuestra columna cruzó una vez más la frontera, con los sueños de victoria destrozados», escribió Constantin Schneider.³²

Los días posteriores fueron desesperados. El *Freiherr* Rüdiger Stillfried von Rathenitz, de dieciocho años, era comandante de sección en un batallón de *Feldjäger*. Se le ordenó contraatacar cerca de Magierów al amanecer del 10 de septiembre. Sus hombres perdieron la paciencia mientras esperaban la orden de avance, tumbados a la entrada de un bosque bajo el violento fuego de la artillería rusa. Alguien gritó: «*Vorwärts!*» («¡Adelante!») y los austríacos se pusieron en pie y corrieron a campo traviesa bajo la descarga enemiga, mientras Rathenitz salía en pos y luchaba en vano para frenar la euforia: «Quería controlar esta carrera demencial, pero desoyeron mis gritos; no se podían dar órdenes».³³ En un gesto absurdo, algunos hombres corrían con las palas frente al rostro, a modo de protección. Luego volvieron a ponerse a cubierto y empezaron a cavar. El propio Rathenitz apenas había empezado a rascar el suelo cuando sintió una punzada en el pie, seguida de un terrible dolor en el muslo. Sabía que le habían dado.

Tuvo que yacer a campo abierto quince horas, hasta que se hizo oscuro, porque ningún camillero iba a afrontar el fuego que arrasaba la zona. Lo consoló la compañía de un soldado que lo ayudaba a excavar: «A mediodía hizo un calor insoportable; la sed nos atormentaba terriblemente». Su camarada encontró un trozo de pan seco que ambos compartieron, antes de liarse un cigarrillo con papel higiénico y tabaco de pipa. Aquella noche, a las 9.30, los trasladaron por fin a la retaguardia. Tras un espantoso viaje en carro, en una columna de vehículos similares cuyos pasajeros proferían «incesantes lamentos y gemidos», Rathenitz llegó a Przemyśl. De allí lo llevaron en tren a Viena, donde permaneció hospitalizado varias semanas.

El 11 de septiembre, Conrad ordenó una retirada general. Constantin Schneider recibió la orden de cabalgar en medio de la oscuridad de la noche para suplicar a la división vecina que ayudara a cubrir una peligrosa brecha en la línea. De camino, se encontró con un batallón destrozado que había perdido al 90 % de sus fuerzas, cuyo oficial al mando agradeció que le indicasen su posición. Cuando Schneider comunicó su petición de socorro, el comandante de división lo despidió de inmediato, arguyendo que él también iba demasiado corto de personal como para ir prestando refuerzos.³⁴ La larga cabalgata del oficial había sido en vano, y

Schneider regresó a su cuartel general agobiado por el peligro al que se enfrentaba el ejército. Los generales del zar seguían añadiendo un torrente de refuerzos, mientras los efectivos de Conrad menguaban y sus hombres se marchitaban bajo la presión de la marcha incesante. El 9 de septiembre, los rusos seguían avanzando implacablemente y amenazaban a los austríacos con el desastre absoluto. Conrad recurrió a los alemanes en busca de ayuda. El káiser, con sus fuerzas en plena crisis de la retirada del Marne, respondió que no se podía hacer nada inmediatamente.

Los éxitos rusos se debieron mucho más a los errores austríacos que a sus propias dotes o habilidades para el mando, pero la humillación de Conrad era indiscutible. Y era aún más indigerible, si se comparaba con los triunfos alemanes en otros lugares. Alexander Pallavicini describió la agria respuesta que recibieron las noticias de Tannenberg entre sus camaradas del Estado Mayor del ejército. Refunfuñaron: «Siempre los prusianos, y no nosotros». Pallavicini respondió que «eso no debería importar, mientras las victorias caigan de este bando».³⁵ Los otros seguían en desacuerdo, pero él se mantuvo en sus trece y aventuró, con audacia: «Sería mejor que todo quedase bajo el mando alemán». No fue un comentario bien recibido. «No me haré popular, diciendo ese tipo de cosas.» Dos días después añadió: «El éxito alemán parece ser aún mayor. Deben tener una fórmula secreta (*die müssen ein geheimes Kraut haben*). En nuestras circunstancias, es difícil de asumir, pero no debemos olvidar que nosotros nos enfrentamos a la flor y nata del ejército ruso». Los súbditos del zar en las zonas fronterizas de Galizia se alegraban ante el repliegue de los invasores. El terrateniente Stanislav Kunitsky había mandado a sus hijos a Lublin cuando los austríacos tomaron su finca, y pasó treinta y seis horas escondido en la bodega de su mansión, con su esposa, mientras fuera se libraba una batalla. Cuando los cosacos los liberaron —por un tiempo—, él invitó a los oficiales a un festín dominado por una «fabulosa sopa de col» y una carpa gigante de su propio estanque.³⁶ Mientras el jardín de Kunitzky seguía marcado por los cráteres de los proyectiles, la mesa se adornaba con unos ásteres de otoño.

La ignorancia tecnológica de miles de soldados-campesinos provocó escenas cómicas. Un ruso explicaba a un corresponsal cómo había ganado una batalla: «Pues bien, señor, yo estaba en la carretera y vi que un automóvil venía hacia mí ... lo conducía un hombre con sombrero alemán. Me aparté a un lado y empecé a disparar. Le di al vehículo y se detuvo. Corrí y disparé al tipo que iba dentro. Pensé llevarlo al cuartel general. Me metí en el asiento del conductor e intenté que se moviera, pero no pude. El vehículo resoplaba, pero se negaba a arrancar. Entonces vi a un campesino con un carro. Hice que le quitara los arreos y [utilicé su caballo para] tirar del automóvil».³⁷ Los soldados se quedaban boquiabiertos al ver por primera vez los carros de combate rusos, desplegados en acción cerca de Łódź. Un hombre contemplaba el monstruo recubierto de acero y comentó con gravedad:

«Cosa seria». Un corresponsal escribió sobre los coches: «Son huéspedes bien acogidos; en todas partes los invitan a pasar una larga temporada».

El agregado militar británico, Alfred Knox, que seguía el avance ruso, una noche fue testigo del interrogatorio de varios prisioneros de guerra austríacos. Quedó fascinado por el hecho de que la caballerosidad de los captores nunca flaqueara: «Fue una escena inolvidable: la habitación llena de oficiales, una sola vela titilante, y los prisioneros. Solo preguntan a los suboficiales y a unos pocos hombres de la tropa ... La teoría rusa es que el oficial es un hombre de honor y no se le debe insultar presionándole para que dé información en contra de su propio país».³⁸ Con el mismo espíritu, más tarde, cuando los rusos tuvieron que retirarse al otro lado del río Dunajec, el Estado Mayor de una división austríaca se apoderó de un castillo en Radłów que antes había albergado al comandante de un cuerpo ruso; y los nuevos ocupantes no sufrieron los trastornos de la artillería porque, como gratitud por el mes de alojamiento, el general ruso había prometido al dueño del castillo, el conde Henryk Dolański, que lo dispensaría de tales atenciones.³⁹

La línea de retirada austríaca estaba llena de armas, pertrechos y vehículos abandonados, además de los habituales caballos muertos o moribundos. Los rezagados se amontonaban en el interior de la fortaleza de Przemyśl, donde el acuartelamiento reforzaba las fortificaciones en previsión de otro asedio. El 12 de septiembre, el tráfico en la zona de Przemyśl quedó bloqueado en medio del caos. El día 17, los rusos ya habían ocupado posiciones a tiro de la artillería, y abrieron fuego contra la ciudad. En Viena crecía el temor a que el enemigo llegase hasta el Danubio: enviaron a 30.000 obreros para que construyeran defensas, aunque en determinados sectores la única artillería disponible databa de 1875 o incluso de 1861.

En las filas austríacas, las condiciones de hombres y oficiales eran terriblemente distintas. Dentro de Przemyśl, el doctor Richard Stenitzer escribió en su diario el 24 de septiembre: «¡Pasamos el rato jugando a las cartas, comiendo y durmiendo! Al anochecer fuimos a una fiesta en el refugio del teniente Karara, con unos cuantos vinos y champán».⁴⁰ De sí mismo decía, sin bromear, que estaba poco ocupado, salvo cuando tenía que atender a los casos de cólera, alguno de los cuales acabaría por llevar la enfermedad a Viena. Pero en ese mismo período, el diario de guerra de un regimiento de infantería describía la espantosa retirada de tres semanas, con los hombres agotados hasta la extenuación y, sin embargo, la siguiente orden: «Continúen la marcha sin prestar atención a los rezagados y sin parar».⁴¹ Para colmo, la unidad tuvo que cubrir varios kilómetros más para rodear Przemyśl y no empeorar su caos de unidades destrozadas y vehículos averiados.

La ciudad tardó mucho en empezar a acumular provisiones para un asedio.⁴²

Casi la mitad de sus 714 cañones eran piezas del siglo XIX, que funcionaban con pólvora negra; al dispararlos, se descubrió que buena parte de los proyectiles almacenados eran inútiles. Se llevaron a cabo rápidos preparativos para la defensa, como construir nuevas fortificaciones adjuntas, levantar un millón de metros de alambrada o despejar los campos de fuego. Pero en los alrededores quedaban árboles sin derribar, de modo que, cuando los rusos se acercaron, pudieron aprovechar el bosque para ocultar su movimiento. Todo seguía la línea típica de los Habsburgo: los austríacos siempre se habían mostrado resueltos a conservar Przemysł, pero su habitual aletargamiento descartó la posibilidad de tomar medidas activas con este objetivo hasta que el enemigo estuvo a las puertas. El primer asedio a la fortaleza fue del 26 de septiembre al 10 de octubre, cuando cayó en manos de los rusos, que la ocuparon durante varias semanas, hasta verse obligados a retroceder una vez más.

Con el estrés de las derrotas, el ejército de Conrad —discordante y multiétnico— se fragmentó aún más. Las unidades reclutadas en el este demostraron ser muy poco fiables. El 19.º regimiento de la infantería *Landsturm*,* por ejemplo, estaba formado por rutenos, en su mayoría ucranios. Durante las batallas de agosto se desmoronó y los hombres huyeron lanzando sus armas y pertrechos. En septiembre, lo que quedaba de este ejército fue expulsado del acuartelamiento de Przemysł al ser considerado demasiado poco de fiar para la defensa de un sector.⁴³

Ludwig Wittgenstein se encontraba entre la tripulación de la pequeña embarcación armada *Goplana*, en el Vístula, que abandonó la nave a la vista del acelerado avance enemigo: «Los rusos nos están pisando los talones», escribió en su diario.⁴⁴ Luego añadió: «Llevo treinta horas sin dormir». Al día siguiente, la tripulación subió de nuevo a bordo, pero con el objetivo de retirarse a Cracovia por el río Dunajec. Más allá de Przemysł, la disciplina y la moral austríacas resucitaron ligeramente cuando la retirada de las tropas de Conrad las hizo entrar de nuevo en su propio territorio, tras haber perdido el contacto con el enemigo. Constantin Schneider señaló: «El comportamiento de los hombres mejora a diario. Llevan las armas al hombro según las órdenes, y no las arrastran por el suelo o las llevan como cazadores. Han dejado de merodear en los alrededores de las carreteras y ahora ni siquiera agrupan a todos los caballos de cualquier manera».⁴⁵

A mediados de septiembre, los austríacos se habían retirado a los ríos situados al este de Cracovia, tras perder a más de 350.000 hombres. Los rusos habían sufrido 250.000 bajas, pero todavía podían recurrir a unas reservas muy superiores. Entre la gran cantidad de material bélico que los austríacos dejaron atrás había un millar de locomotoras y 15.000 vagones. Por su enorme escasez de tractores y caballos, varias baterías de cañones de 120 milímetros fueron arrastradas, durante un tiempo,

por bueyes. Pero Constantin Schneider observó, sorprendido, que la campaña había resultado ser una revolución tecnológica sin precedentes en el terreno bélico, «más profunda que en todo el período que va de Napoleón a Moltke».

El único recurso que le quedaba ahora a Conrad era atrincherarse donde estaba y esperar la ayuda alemana. Desde Francia, Henry Wilson escribió a su esposa Cessie, el 19 de septiembre: «La campaña [del oeste] se habrá terminado en la primavera, es decir, si a los rusos les va razonablemente bien; y no veo por qué no debería ser así».⁴⁶ Sus observaciones ponían de manifiesto la inquebrantable fe que los franceses y británicos tenían en el poderío ruso, aun después de los desastres de Tannenberg y los lagos de Masuria, cuya magnitud llegó algo distorsionada a Londres y París. Durante el conflicto de 1914-1918 —como luego en 1941-1945—, que los rusos fueran tan obsesivamente secretistas con sus operaciones, y sobre todo con sus derrotas, fue un motivo de consternación y frustración para los aliados occidentales. El 17 de octubre, el británico *New Statesman* reconocía el velo de misterio que cubría los acontecimientos del este, en cuanto al mundo exterior se refería. Aceptaba que «la batalla en curso puede durar mucho tiempo, quizá incluso semanas ... Sería prudente por nuestra parte descartar en este momento las noticias de “grandes victorias”, vengan del lado que vengan».

En el campamento imperial, Conrad confesó secamente a su Estado Mayor que si el archiduque Francisco Fernando aún estuviera vivo, habría hecho salir al responsable de este vergonzoso desastre militar —esto es, él mismo— y lo habría fusilado. «La apurada situación de los austríacos tiene muy mal aspecto», escribió el coronel Max Hoffmann en su diario el 26 de septiembre, «lo cual evidencia las nefastas consecuencias de no invertir dinero en el ejército durante veinte años.»⁴⁷ Cerca de una tercera parte de las formaciones de Conrad estaban destrozadas. Pero la persecución rusa, tan rezagada, libró a los austríacos de una catástrofe definitiva. Ivanov decidió hacer una pausa para permitir que sus ejércitos se reagrupasen y reabastecieran, y fortificar Lemberg para el contraataque.

Los parones sufridos en ambos bandos, por turno, a consecuencia de la logística fueron característicos de la guerra en el frente oriental. La intendencia rusa y austríaca era débil por igual, y la llegada de las lluvias otoñales convirtió las carreteras sin asfaltar en lodazales. Los rusos tenían en Galizia ejércitos bastante más grandes de lo que podían mantener en condiciones razonables, contando con que la región no disponía de ferrocarril. Todo escaseaba, menos los hombres: los soldados deambulaban por los campos de batalla con sacos, recogiendo las herraduras de los caballos muertos. Sergei Kondurashkin oyó a un soldado que, bajo el fuego de la artillería austríaca, gritaba a todo el mundo desde una granja: «¡Venid a comer! ¡He hervido patatas y Dios sabe cuándo nos llegarán más raciones decentes!». Un goteo de hombres fue arriesgándose a echar una carrera hasta la

granja para compartir el botín.⁴⁸

El desventurado grupo de soldados del zar solo tenía el ligero alivio de recibir algunos caprichos de San Petersburgo: cigarrillos, *bagels* y pasteles en bolsitas rosas adornadas con cintas. En algunas unidades tuvieron que reservar los pocos fusiles disponibles para los hombres de las trincheras más adelantadas.⁴⁹ Los que estaban en segunda línea tenían que esperar, para disponer de armas, a que sus compañeros hubieran muerto: Vasily Mishin, que había sido vendedor de muebles en la Rusia central, retrocedió horrorizado cuando le entregaron un fusil manchado de sangre seca.⁵⁰ En la oficina de correos de Lublin se acumulaba, a mediados de octubre, una montaña de sacos de correo de treinta y dos toneladas: cartas para cientos de miles de soldados desesperados por tener noticias de casa. No se las podían entregar, porque el jefe de correos carecía de carros para llevárselas.

En el cuartel general austríaco, Alexander Pallavicini quiso mirarlo por el lado positivo y se consolaba pensando que el ejército había escapado de un desastre definitivo: «Sin noticias, salvo pequeños tropiezos en el frente ... Viendo los distintos escenarios de guerra, no hay razón para deprimirse: los franceses, los británicos e incluso los rusos han sufrido reveses considerables, por no hablar de Bélgica. Y por ahora hemos detenido la apisonadora rusa (*die Russische Dampfwalze*). Pero como en ninguna parte ha pasado nada que nos otorgue una ventaja decisiva, esta muerte y destrucción durará mucho tiempo antes de que descienda el ángel de la paz».⁵¹

Aunque la muerte era igual de terrible en todos los escenarios, las penalidades de los heridos eran peores en las condiciones del este que en las del oeste. Carretas chirriantes y traqueteantes, tiradas por caballos deslomados, avanzaban desde el campo de batalla hacia la retaguardia, cargadas de hombres malheridos y a menudo moribundos, postrados sobre lechos de sangrienta paja; de los tres que habitualmente iban en cada vehículo, era raro que dos llegasen con vida al hospital de campaña; más raro aún que sobrevivieran por más tiempo. Alexei Ksyunin oyó una amistosa conversación entre un ruso herido y un prisionero del imperio habsburgués, también herido, que iba en el mismo carro.

—¿Húngaro?

—No, eslovaco.

—¿Os habéis rendido muchos?

—Ah, sí, muchos, y también han muerto muchos ... Los primeros días fue divertido, pero luego, nada de nada. No había comida ... El pan se acabó, y también las latas; solo nos daban café, dos veces.

El eslovaco le dijo al ruso que había dejado mujer y dos hijos en los Cárpatos. Con el tono conciliador tan frecuente en los prisioneros, elogió a los rusos y los calificó de gente buena y agradable. «Díganme, señores, ¿por qué hemos estado

luchando? No sé por qué nos mandan a combatir contra nuestra propia gente.»⁵²

El hospital de Lublin tenía un aspecto dantesco: más de 2.500 heridos apelotonados en el espacio de trescientas camas. Los hombres yacían en el suelo, en los vestíbulos, pasillos y cocinas, muchos de ellos sin atención, porque los suministros sanitarios se habían agotado temporalmente, igual que faltaban médicos y enfermeras. Un hombre se quejaba a voz en grito contra otro que pasaba: «¡Llévenselo de aquí! Nos está pisando, ¡nos pone las botas encima!».⁵³ Un soldado al que habían alcanzado en la cabeza, ahora completamente ciego, avanzaba por un pasillo tanteando la pared. Otro hombre herido en la cabeza se agarraba a una estufa, con los ojos nublados y sin vida, hasta que pasó un oficial. En un acto reflejo, el hombre se puso en pie, con penas y trabajos, para saludar al superior.

Al lado de la estación de Lublin había un almacén que recogió las bajas que el hospital ya no podía admitir. Las enfermeras polacas pisaban con cuidado, repartiendo cigarrillos entre la muchedumbre postrada, sangrienta y quejumbrosa. Un ruso señaló a su vecino austríaco y le dijo a la chica: «Dele uno. Es de los nuestros. Habla nuestra lengua. Podría ser ucraniano».⁵⁴ La anécdota es creíble, porque en Galizia, más que en ningún otro escenario bélico, los súbditos de ambos emperadores enfrentados sentían un lazo de amistad en los momentos de dificultad, encadenados como ahora a un conflicto que escapaba a su comprensión o simpatía, a las órdenes de unos bufones rivales ataviados de oro. En el hospital de Varsovia, el corresponsal Sergei Kondurashkin preguntó a un soldado herido por qué había tantos pacientes con heridas en los brazos. El hombre respondió con un amargo sarcasmo: porque los que habían recibido en la cabeza habían tenido que quedarse en el campo de batalla. El periodista escribió: «Se oyen docenas de historias, pero todas son iguales, igual que los soldados en sí son todos el mismo, y lo son las circunstancias que millares de decenas de miles de hombres han experimentado en el campo de batalla».⁵⁵

Aleksei Tolstoy viajaba de Moscú hacia el frente y, desde el tren, se maravillaba, al principio, de ver que, por detrás de la zona de guerra, la vida rural conservaba su regularidad: «En las estaciones estaba la misma gente ociosa, la inalterada tranquilidad de los pueblos y granjas ... un campesino que guía a sus bueyes en paralelo a la vía del ferrocarril, los rebaños que levantan nubes de polvo al atardecer».⁵⁶ Pero a medida que se acercaba al campo de batalla, esta idílica visión empezó a quedar salpicada de imágenes y sonidos más deprimentes. El tránsito ferroviario en dirección sur, incluido el tren de Tolstoy, se interrumpía constantemente para permitir que los heridos rusos que viajaban en dirección contraria —en vagones abiertos y expuestos a los elementos— pudieran ser trasladados a Moscú. Tolstoy se dio cuenta de que muchos vestían las botas y las

guerreras de sarga azules de los austríacos, de mejor calidad que cualquier cosa distribuida por el ejército del zar.

Casi todo soldado que cae prisionero vive una enorme impresión y un gran desconcierto, toma conciencia de que ese momento le cambiará la vida y ve emerger una inconmensurable incertidumbre acerca del futuro. Ivan Kuznetsov describió los sentimientos que tuvo al estar en manos austríacas: «Pensaba en mi pueblo, Lipyagi; en mis padres, en mi joven esposa y en mi hijo. Lo van a pasar mal sin mí. ¿Qué me ocurrirá?». ⁵⁷ Muchos prisioneros de guerra perecieron, en ambos lados del frente oriental. Los prisioneros rusos a los que trasladaban por Hungría en vehículos de carga eran atacados, en las paradas del camino, por la población local, que les lanzaba piedras y golpeaba con palos los costados de los vehículos, en señal de hostilidad.

Varios millares de prisioneros rusos malvivían en condiciones deplorables en un campamento cercano a la ciudad húngara de Estergom, donde muchos murieron de hambre. Ivan Kuznetsov escribió:

Al levantarnos, vimos muertos tendidos aquí y allá, que había que enterrar en seguida. Varias veces ... nos reunimos para pedir comida ... acercándonos a los guardias y gritando: «¡*Khleba!* ¡*Khlee-ba!*» («¡Pan! ¡Paaan!»). Los guardias nos pegaban con la culata del fusil y nos metían de nuevo en los barracones ... Unos quince cuerpos seguían tirados en el suelo. En ocasiones, los jefes venían al campamento y nos amonestaban con severidad, y durante unos pocos días teníamos más pan y nos hacían sopa de patata. Pero luego la comida volvía a escasear. Los prisioneros se agrupaban según las regiones de origen; yo, con los otros de la zona de Penza ... Dos eran parientes ... Nos habían quitado los sobretodos, así que dormíamos en el suelo, con las guerreras y los pantalones puestos. Nos daban entre 200 y 300 gramos de pan, cada tres o cuatro días. Cocinaban una vez al día: agua hervida con un poco de harina de trigo y pimentón rojo, un cubo para cada veinte hombres. Llegó el otoño, con el frío, la humedad y el barro. Empezamos a abrirnos agujeros en la tierra, como topos. El suelo era arenoso y blando, así que pudimos hacer un hoyo en seguida, y luego un nicho en el que cabían varios hombres. En nuestro grupo había tres hombres; nos arrastramos al hoyo y allí descansamos bajo el arqueado techo de arena. Por la mañana nos levantábamos cubiertos de tierra, nos la sacudíamos y nos lavábamos; caminábamos todo el día por el campamento y, al caer la noche, volvíamos al hoyo. En octubre hizo aún más frío y nuestros búnkeres improvisados se derrumbaron. ⁵⁸

En el otro bando, las penalidades del ejército austríaco no hallaban respiro. «Quieres atrincherarte, por la artillería, pero entre charcos enormes, no tiene nada de divertido. Luego vino un aguacero tan torrencial que me calé hasta los huesos y las botas chapoteaban a cada paso. Atrincherarse resulta demasiado agotador si no pasas mucho tiempo en el mismo sitio, por eso me eché allí dentro con bastante apatía», escribió Hoefft. ⁵⁹ En aquellos fríos días del otoño polaco, las grullas sobrevolaban los campos de batalla con sus graznidos lastimeros, al tiempo que

muchos pueblos quedaban abandonados por sus habitantes, que temían por igual el paso de cualquiera de los ejércitos. La marcha de hombres, caballos y carros rebasaba los límites de las estrechas carreteras y abría nuevos pasos a través de los campos de patatas, remolacha y zanahorias.

Sergei Kondurashkin escribió: «Por los vacíos campos y en los valles, uno veía grupos de refugiados de los pueblos próximos al Vístula. Han cogido todo cuanto podían cargar a hombros y avanzan penosamente con sus familias. No saben adónde van. Se sientan en un valle húmedo y frío para descansar y pensar qué harán a continuación. Intentan calentar a sus hijos. Un hombre masca una corteza de pan seca con las mandíbulas heladas de frío y tristeza. Tarda mucho en tragárselo y contestarme a la pregunta que le he hecho: “¿Cómo están las cosas en Annopol?”. “¡Oh, señor! ¡Es como la muerte!” Ayer destrozaron la casa de los Rushinovitz. La alcanzó un proyectil y se desmoronó. El dueño resultó herido y su esposa murió. También murió un soldado. Maevich, Burak, dos vacas, Anton Petz y Godzhikovsky, todos murieron. Casi todos los demás se han ido. Los que no lo han hecho aún, lo harán hoy».⁶⁰ Ambos bandos llevaban a cabo incansables búsquedas de agentes enemigos; aunque la mayoría solo existían en su imaginación, muchos civiles inocentes perdieron la vida por ello. En Przemyśl, Richard Stenitzer contó que era frecuente oír disparos a las 6 de la mañana, en el campo de fusilería de la fortaleza, «donde se pegaba un tiro a los supuestos espías».⁶¹ Constantin Schneider rehuía las incesantes cazas de brujas y contó que los policías militares habían entrado en un pueblo «en el que decían que se habían oído disparos, y tirotearon sin miramientos a todo aquel que les pareció sospechoso».⁶²

Las tropas rusas seguían escaramuzando dentro del territorio de Prusia oriental, y su paranoia con respecto a los posibles francotiradores dio lugar a episodios de salvajismo. Después de que las tropas alemanas disparasen sobre ellos, los invasores incendiaron el pueblo de Domnau, prefiriendo pensar que los habían atacado las gentes del pueblo. Lo mismo sucedió en Aschwangen, donde ejecutaron a cuarenta personas después de que unos coches rusos recibieran disparos a su paso. Pero una historia oficial alemana, posterior a la guerra, señala con una imparcialidad escrupulosa: «Salvo contadas excepciones, los oficiales rusos intentaban impedir los actos de violencia».⁶³ En la mayoría de las comunidades, los rusos se comportaban con moderación y trataban de asegurar que los civiles de la localidad pudieran alimentarse. De hecho, en 1914 la invasión rusa de Prusia oriental —en marcado contraste con lo que sucedería treinta años después— se caracterizó por una moderación y humanidad generalizadas.

El motivo de queja más notable entre los alemanes fue que, durante la posterior retirada rusa, se llevaron a civiles como rehenes —el número es objeto de

discusión, pero podría ascender a varios miles— y los retuvieron durante el resto de la guerra.⁶⁴ Los rusos volvieron a ocupar algunas comunidades fronterizas de Prusia oriental de las que se habían retirado tras la derrota en los lagos de Masuria; entre ellas, la de Popowen. Las acciones de saqueadores, patrullas rapaces e incendiarios ocasionales acabaron convenciendo a la familia Sczuka de que debía abandonar su casa y huir al oeste, a territorios que siguieran en manos alemanas. El 14 de septiembre, escoltados por un soldado ruso, caminaron hacia el cuartel general en Grajewo para obtener el permiso necesario. Al principio los recibieron amablemente y les ofrecieron unas jarritas de miel. Pero luego los rusos les dijeron que tenían que retenerlos hasta el amanecer. Al anochecer siguiente, supieron que los iban a trasladar a la Rusia profunda: una familia más entre los varios centenares a las que arrastraron para convertirlas en rehenes. Permanecieron en Siberia hasta 1918; la última época, en un campo de prisioneros de guerra. Luego, en medio del caos de la guerra civil rusa, les resultó imposible regresar a su patria hasta pasados dos años.⁶⁵

Más al sur, Alexei Ksyunin visitó a algunos prisioneros austríacos, que parecían marchar por Lublin en una procesión infinita: «Primero había filas de eslovacos, vestidos con uniformes azulados; luego los sustituyeron los húngaros, con casacas azul oscuro. En cuanto uno se levantaba y asomaba la cabeza por la ventana, veía a prisioneros de guerra. Al salir de la ciudad, volvía a verse otra larga columna. De vuelta en el hotel, al caer la noche, volvían a verse las siluetas de los austríacos, como puntos negros». Los ánimos habían decaído en ambos bandos. Una noche, la unidad de Constantin Schneider andaba buscando un posible alojamiento y dio con una casa de campo. Tras reventar las cerraduras, entraron en el comedor y vieron los vasos y platos sucios en la mesa donde los dueños de la casa habían comido, hacía tan solo unas horas, con los oficiales rusos. Los soldados saquearon cualquier cosa que valiera la pena y luego destrozaron el mobiliario. «En un país enemigo, las restricciones morales desaparecen», escribió Schneider con desasosiego.⁶⁶ Sin embargo, al día siguiente, cuando la unidad fue objeto de un feroz bombardeo de la artillería rusa, su coronel se negó a autorizar la destrucción de un gigantesco crucifijo de madera que, indudablemente, ofrecía al enemigo un punto de mira; alegó escrúpulos religiosos.⁶⁷

Mientras que, en el oeste, los frentes rivales se fueron ralentizando en septiembre de 1914 —en un proceso que terminó en octubre—, en los vastos territorios del este la guerra continuó adelante. En un mundo con pocas carreteras y aún menos líneas ferroviarias, las grandes fuerzas solo podían moverse con la rapidez que permitía la marcha de un hombre. Con la llegada de la lluvia y el barro, el ritmo aún se volvió más lento. Las distancias eran tan largas que ningún bando

podía mantener posiciones continuas, como en Francia o en Flandes. La longitud de este frente era casi el doble, y la densidad de las tropas, casi una tercera parte que en el oeste.

Ahora ambos bandos sabían que el ejército de los Habsburgo era el hombre enfermo del conflicto, que pedía ayuda constantemente a Alemania para tenerse en pie. Los rusos se veían obligados a realizar esfuerzos simultáneos para acabar con los austríacos e invertir el resultado de su desastrosa campaña de agosto en Prusia oriental. Si en el oeste la inteligencia era mediocre, peor era la de Galizia. Los dos bandos malinterpretaban las acciones del otro o respondían con lentitud a sus iniciativas. A mediados de septiembre, en el sur, Ivanov quiso seguir presionando a los austríacos en su retirada, con la idea de tomar Przemyśl, luego Cracovia, y continuar después hacia Budapest.

Mientras tanto, en el otro bando, los alemanes no veían más opción que la de responder a las dificultades de Conrad. Falkenhayn y el káiser estaban horrorizados ante la perspectiva de un derrumbamiento austríaco total. Se apresuraron a enviar un refuerzo de cuatro cuerpos, que permitió a Hindenburg y Ludendorff cabalgar al rescate de sus aliados. Este nuevo 9.º Ejército se desplegó en la frontera oriental de Alemania, al norte de Cracovia, donde amenazaba inmediatamente el flanco derecho ruso. La respuesta rusa, a final de septiembre, fue concentrar treinta divisiones contra Hindenburg. Con esta fuerza, comandada por Ivanov, esperaban no solo derrotar al 9.º Ejército, sino también iniciar una invasión de Alemania desde el curso medio del Vístula hacia el alto Oder. La iniciativa del Vístula resucitó el enfrentamiento entre los egos de los comandantes rusos. Ruzsky, molesto por lo que a su juicio eran desaires de sus superiores, decidió proseguir con su propia ofensiva hacia el interior de Prusia oriental, con otra irresponsable desviación del esfuerzo. Veinticinco divisiones rusas se embarcaron en esta operación, mientras otras treinta permanecían inmovilizadas en Galizia, haciendo frente a los austríacos.

A principios de octubre, Ivanov decidió reagrupar a las tropas para la invasión. Ello exigía retirarlas al otro lado del San y hacerlas subir por la orilla este del Vístula, hasta dar con puntos de vadeo seguros. Durante esta maniobra de tres semanas, los rusos hicieron marchas interminables sin entrar en combate en ningún momento. El 9 de octubre, cuando los alemanes se hicieron con el orden de batalla ruso, tomado a un oficial caído, supieron que sus propias dieciocho divisiones, ya exhaustas, se enfrentaban ahora a sesenta, sin ninguna posibilidad de alcanzar una victoria definitiva. De este modo, alemanes y austríacos se limitaron a seguir a las columnas rusas. Ludendorff pregonó una victoria a los cuatro vientos, sencillamente porque sus propias fuerzas avanzaban mientras que las del enemigo retrocedían.

Ivanov, al más puro estilo zarista, se las ingenió para provocar graves daños a

su propio ejército aun sin entablar batalla contra nadie. En las interminables marchas, los caballos morían por millares por la falta de forraje; los hombres sufrían terriblemente bajo una incesante lluvia. Cuando por fin las tropas llegaron a los puntos de vadeo previstos en el Vístula, carecían de avituallamiento y equipos adecuados para pasar el río. Tuvieron que detenerse y, durante varios días, limitarse a contemplar la poderosa corriente de agua. Cuando el 11 de octubre empezaron a cruzar el río, alemanes y austríacos los estaban esperando: los hombres de Ivanov que alcanzaron la orilla oeste quedaron encerrados en reducidas cabezas de puente. Un pontón se rompió y cayó a la corriente, que lo arrastró río abajo hasta las afueras de Varsovia, donde quedó atascado. A mitad de octubre no cabía duda de que el paso del Vístula —y, por tanto, la invasión de Alemania por parte de Ivanov— quedaría en nada.

Las zonas fronterizas de la Polonia rusa se sumieron en la anarquía cuando los ejércitos empezaron a ir y venir por la región. En un gesto de prudencia, los oficiales rusos se retiraron a Varsovia. Los gendarmes se vistieron con ropa de civil para evitar llamar la atención, inoportunamente, a ninguno de los dos bandos. En la estación de ferrocarril de Otwock solo se quedó uno de estos empleados, para —fortalecido por generosos tragos de vodka— recaudar un «impuesto» personal de un rublo a cada pasajero.⁶⁸ En la ciudad de Włocławek, que los alemanes ocuparon durante tres semanas, fueron los bomberos locales quienes se encargaron de mantener el orden entre la población, armados con sables. Cuando los alemanes se retiraron, los bomberos siguieron haciendo las veces de policía, como sucedió en Lubień y Kowal. El ejército ruso jamás había instruido a sus oficiales para que asumieran responsabilidades civiles y, por tanto, allí donde las autoridades locales se habían desplomado, los civiles padecieron un desgobierno crónico.

Un oficial zarista, Mikhail Lemke, escribía desde su cuartel general, hastiado por la indiferencia de sus comandantes al sufrimiento de sus conciudadanos: «Siguen adelante ciegamente, sin la menor idea de cómo se está viviendo en el país».⁶⁹ Empezó a crecer un poderoso mercado negro que no solo comerciaba con comida y alcohol, sino también con uniformes, botas, abrigos e incluso armas, la mayoría recogidas por vendedores que habían pasado a rapiñar por los campos de batalla. Los hombres se acostumbraron a vender el equipo personal —incluso sus preciadas ropas de invierno— a cambio de comida.

Si todos los soldados de todas las guerras se encuentran con que su conocimiento de la situación se limita en gran medida a los sucesos que ocurren dentro de su línea visual, el aislamiento de Galizia y Polonia reforzó estas restricciones. El corresponsal de guerra Sergei Kondurashkin fue caminando hasta una enorme casa de campo cercana al Vístula, que hacía las veces de cuartel general de un regimiento de caballería; allí lo recibió el aluvión de preguntas habituales de

los oficiales desesperados por tener noticias de las campañas extranjeras: «¿Cómo van las cosas por Francia?», «¿Qué hace Rumanía?», «¿Turquía?», «¿Dónde han ido los alemanes?». Kondurashkin escribió: «No me había imaginado poseedor de tanta información interesante. Intenté referir los detalles de todos los sucesos que pasaban en el mundo, las posibilidades, opiniones y conversaciones».⁷⁰

Ahora les tocaba mover pieza a los alemanes. Avanzaron hacia Polonia con un tiempo horrible, por carreteras llenas de barro. Mientras el 9.º Ejército marchaba, los nervios de Ludendorff se descomponían. Llegó a la conclusión de que sus fuerzas eran del todo insuficientes para poder tomar Varsovia, y el 20 de octubre ordenó la retirada. Una vez más, ambos bandos se habían excedido. Habían muerto unos pocos millares de hombres más, sin que nadie obtuviera beneficios significativos.

La ciudad polaca de Łódź tenía problemas para determinar si estaba en guerra o en paz. Los cafés estaban llenos de clientes, civiles y militares por igual, que no se amedrentaban por la intermitente irrupción de los proyectiles. Uno de ellos alcanzó el mejor hotel, el Victoria, entrando por el tejado y haciendo añicos el techo y el suelo del piso superior, para salir por una pared lateral, afortunadamente sin provocar daños personales. Alexei Ksyunin estaba chismorreando con otro corresponsal de guerra, Vladimir Nemirovich-Danchenko, fundador del Teatro del Arte de Moscú, cuando un fragmento de un proyectil destrozó el cristal de la mesa contigua a la suya. El resto de la clientela no se alteró por semejante minucia; al poco escuchaban a un intrépido aviador relatar cómo su avión cayó en tierra de nadie y él se vio obligado a permanecer varias horas en un pantano, bajo el fuego de la artillería, hasta que la oscuridad le permitió volver arrastrándose hasta las líneas rusas.⁷¹

La ciudad estaba repleta de mendigos; muchos de ellos, antiguos obreros de las fábricas, privados de su modus vivendi por el cierre general de la industria. Ksyunin escribió: «Uno se encuentra perseguido por mujeres medio locas, con miradas de desesperación, que intentan agarrarse a la manga de la camisa. Niños harapientos y muertos de hambre siguen a los transeúntes, haciendo ruido con los zuecos». Los mejores hoteles seguían obstinados en ofrecer una apariencia de lujo, aunque las habitaciones estuvieran congeladas porque no había combustible para caldearlas. En algunos restaurantes servían comidas deliciosas, pero sin pan. Los tranvías funcionaban. La multitud se agolpaba ante las tiendas de comestibles, con las puertas cerradas; después de que se hubiera terminado el pan, hubo una breve tanda de espaguetis. Cuando estos también se acabaron, la gente subsistió a base de patatas. En la distancia, el estruendo de las detonaciones y el golpeteo de las armas pequeñas ofrecía un acompañamiento constante. Al caer la noche, el cielo quedaba iluminado por un resplandor rojo, y las sacudidas periódicas persistían. Las

veinticuatro horas del día, una corriente ininterrumpida de hombres heridos se arrastraba por las calles. A todos, salvo a los casos más graves, se les ordenaba ir por sus propios medios a la estación, desde donde partían algunos trenes de evacuación.⁷²

Pero los ejércitos del káiser en Polonia no consiguieron ningún triunfo equiparable a los de Prusia oriental: durante el otoño y el principio del invierno de 1914, los repetidos intentos por romper las líneas del frente ruso y tomar Łódź fracasaron estrepitosamente. Ambos bandos sufrieron unas pérdidas espantosas. Entre los heridos alemanes que cayeron en manos rusas había un antiguo contable, que lamentaba por igual el dolor y el verse separado de su casa, su esposa y sus hijos. Lo atendió brevemente una enfermera singular: la cantante de ópera Laura de Turczynowicz, de treinta y seis años y origen canadiense, que se había casado con un conde polaco y vivía en una gran mansión de Suwalki. El soldado enemigo herido le dijo con tristeza: «Los grandes señores se han peleado y ahora nosotros tenemos que pagar con nuestra sangre, nuestras esposas y nuestros hijos». La condesa de Turczynowicz acabó averiguando que el alemán había muerto antes de llegar a la ambulancia que lo llevaría a la retaguardia. La mayoría de sus camaradas, en ambos bandos, habrían estado de acuerdo en que era difícil rebatir este dictamen sobre la contienda.

«¿Habías bailado alguna vez con él?»

I. Frentes nacionales

Ya el 16 de septiembre, cuando la guerra solo contaba seis semanas, André Gide reflexionaba sobre «la imposibilidad de mantenerse en un estado de tensión (que, a fin de cuentas, es artificial) en cuanto nada, en el entorno inmediato, lo motiva. X vuelve a leer, a tocar a Bach, e incluso a preferir las fugas de ritmo alegre». Dejó constancia de las objeciones de una mujer encolerizada en la estación de ferrocarril, que se enfrentaba a un personal que alegaba imperativos militares para justificar la demora de los trenes: «¡Pues ya me estoy empezando a cansar de vuestra guerra!».¹

Los ciudadanos de todas las naciones en conflicto aprendieron a vivir con una normalidad nueva, sombría y restrictiva, que perduraría durante más de cuatro años. *The Economist* deploraba los poderes draconianos concedidos al gobierno por las regulaciones de emergencia de Gran Bretaña, parte de las cuales siguieron estando en uso —y abuso— por parte de los ministros aun varias décadas después de que llegara la paz. Alemania impuso una orden que prohibía hablar en inglés en los espacios públicos. En San Petersburgo se vetó el alemán: quien incumpliera la norma por teléfono se arriesgaba a una multa de 3.000 rublos, y quien tuviera la imprudencia de hablar en alemán cara a cara, en teoría, podía ser deportado a Siberia. Pero tales edictos se acompañaron de la actitud típicamente rusa de no imponer su cumplimiento: los alemanes adinerados continuaron viviendo con notable comodidad en la capital del zar, donde, el 14 de noviembre, celebraron un banquete en el que se brindó por la salud del káiser.

En todos los países, mucha gente se esforzaba por «aportar su granito de arena»; pero otros se quedaban en casa, a veces con buenas razones. Físicamente, Marcel Proust era muy poco apto para el servicio militar, y además concluyó que, con el uniforme, solo causaría molestias; a un amigo le dijo: «Me pregunto qué caos no sembraría en el servicio». Las personas suficientemente afortunadas para librarse de asistir al campo de batalla se ocupaban de las cuestiones domésticas. A finales de septiembre, los vitivinicultores de Burdeos informaron de que la vendimia había empezado muy bien y conjeturaban que el *clairnet* de 1914 quizá alcanzara la excelencia del de 1870 (un precedente que, sin embargo, atraía a pocos franceses). En Austria, aquel invierno, estuvieron de moda las *Kriegsblusen* y los *Kriegshüte* («blusas de guerra» y «sombrosos de guerra»). Llevar tales prendas era

poco favorecedor, pero se consideraba un gesto de solidaridad con los soldados del frente.² Cuando en los hogares prósperos se recortaron los menús, más por la carestía de personal de cocina que (aún) por la de alimentos, *The Lady* aconsejaba a sus elegantes lectoras británicas: «El segundo plato —budín— es recibido con particular ansia por los miembros más jóvenes de la familia. Si se quiere reducir la cena a dos platos, ellos elegirían carne y budín, o pescado y budín, y no preferirían carne y pescado dejando de lado el budín».

Para muchos hombres de negocios, la guerra era una intrusión exasperante. Los buzones de Europa se llenaron de cartas malhumoradas entre comerciales e industriales que lamentaban el retraso de envíos y la cancelación de ventas. El jefe de una pequeña compañía próxima a Ulm escribió en agosto quejándose de la «desafortunada irrupción de la guerra». El día 20, el fabricante de motores Wilhelm Maybach escribió a su hijo Karl, reprochándole la mala calidad de un dibujo técnico del joven: «Aunque la guerra distraiga a menudo nuestro pensamiento, no supone excusa para permitir que sufran cuestiones tan serias como una transmisión [mecánica]». Los británicos se obsesionaron con el temor de que había espías que pasaban secretos a Alemania por medio de palomas mensajeras. Esta supuesta amenaza hizo que se persiguiera y encarcelara a varios ciudadanos originarios de países enemigos. Por ejemplo, Anton Lambert, de Hermit Row (en Plaistow, Londres oriental), fue condenado a seis meses de trabajos forzados por poseer veinticuatro palomas sin licencia. A las aves les aguardaba la pena capital.

La inflación —especialmente en los precios de la comida, y sobre todo en Alemania— se convirtió en un mal crónico, que castigó severamente a los pobres. En muchas ciudades se instalaron centros de sopa boba, para alimentar a los que, de golpe, se habían quedado sin medios de vida. En Francia, se impuso una moratoria a los alquileres. A cada familia cuyo sostén económico hubiera ido a la guerra se le pagaba una asignación de 1,25 francos al día, más 50 céntimos por cada hijo de menos de dieciséis años. En una sociedad en la que el jornal diario medio oscilaba entre los 3,72 francos de la Vandea y los 7,24 de París, algunas familias ingresaban más con un hombre en el ejército que antes de que este se marchara. El gobierno lo reconocía, pero consideraba que valía la pena pagar ese precio para sostener la moral.³ Los británicos fueron menos generosos: tras dos meses de guerra, en una época en la que un juez recibía un salario de 5.000 libras esterlinas al año y al subsecretario permanente del Foreign Office se le pagaban 2.500, el gabinete votó sobre las pensiones de las viudas de guerra. Churchill propuso pagar 7 chelines y 6 peniques por semana; otros propusieron 6 chelines y 6 peniques. Lloyd George, el canciller, defendió pagar cinco chelines, y esta fue la cantidad que se aceptó.

La dureza y el padecimiento, en el frente nacional, se distribuía con gran desigualdad. Los pobres, y en especial los que dependían de las industrias de

consumo —como los mueblistas de Shoreditch y los constructores de pianos de Islington—, pasaron muchas penalidades. Muchas familias recurrieron a las casas de empeño para alimentarse; las de mejor posición vendían muebles y bicicletas. Los *music halls* quedaron muy afectados, lo que aceleró la tendencia de su conversión en salas de cine. Entre tanto, los más acaudalados se enojaban por la escasez de servidumbre, pero no pasaban apuros en la mesa: el 9 de noviembre, el menú del banquete del lord mayor de la ciudad de Londres incluía sopa de tortuga, filetes de lenguado, chuletas de añojo, barón de buey, cazuela de faisán, lengua ahumada, carlota rusa y merengues.

En otoño, el gobierno quedó consternado por las noticias de indigencia y alcoholismo en la capa más pobre de la sociedad. Según uno de los informes, «pervive el exceso de alcohol entre las mujeres y se dice que abunda la mendicidad». El Ministerio de Guerra pidió que la policía se interesara por el bienestar —e, implícitamente, la castidad— de las mujeres de los soldados ausentes, un papel que, como es lógico, a los agentes no les complacía interpretar. En Navidad, las condiciones mejoraron algo. A las esposas de los soldados se les estaba dando una paga por separación y el empleo estaba remontando. Con más dinero en circulación, el negocio de la joyería, que se había hundido en otoño, empezó a revivir. Las mujeres comenzaron a ocupar puestos de trabajo masculinos, en una tendencia que crecería a ritmo acelerado. Si en 1914 solo un millar de mujeres trabajaban como administrativas en los ferrocarriles, cuatro años después había 14.000.

Los armadores, molineros y comerciantes de cereales y azúcar prosperaron. Muchas fábricas estaban transformando las líneas de producción para manufacturar armas, munición o equipos militares; algunos elementos eran ciertamente selectos, como tejuelas de madera para las sillas de montar, labradas por antiguos ebanistas. Kitchener asombró a sir Edward Grey al pedir que el Foreign Office adquiriera y suministrara 10.000 cabras vivas al mes para cumplir con los requisitos alimentarios de las tropas indias en Francia; aunque no hubo cabras, se halló un sustituto aceptable. Pero la movilización económica progresaba con lentitud y, en 1915, la carestía de proyectiles que desveló la prensa de Northcliffe puso de relieve su inadecuación.

A algunos sindicalistas británicos —a los que, apelando a la solidaridad nacional, se había convencido de suspender las hostilidades obreras en agosto— se les estaba acabando la paciencia con la tregua. Veían que sus empleadores obtenían pingües beneficios del conflicto y no hallaban razón para no hacer lo mismo. El 12 de diciembre, *The Shop Assistant* denunciaba «ese espurio patriotismo» que entendía que toda «actitud militante [que] engendrara fricción entre el empleador y el empleado» suponía traicionar al país. Casi tres millones de días de trabajo se

perdieron por disputas industriales en 1915; 2,4 millones, en 1916; más de cinco millones, en 1917; y cerca de seis millones, en 1918. Estas cifras, en años de intenso peligro nacional, ponen de manifiesto la profundidad y dureza de las divisiones sociales en Gran Bretaña. La desobediencia en los puestos de trabajo puso una nota de discordancia constante en el esfuerzo bélico británico, aunque menos violenta y radical en su manifestación que los sentimientos similares que hubo en Rusia, Alemania y Austria-Hungría en 1917-1918.

En Viena, la prensa recurría habitualmente al concepto de «aguante» (*Durchhalten*), pero cada vez eran más los que se preguntaban con qué fin había que aguantar.⁴ A las mujeres austríacas se les recomendaba mascar los alimentos vigorosamente, porque esto liberaba más nutrientes; se ensalzaban las virtudes del té de moras; a las amas de casa se las instaba a cocinar las verduras pelándolas y recortándolas al mínimo.⁵ La mayoría de los artículos siguieron estando disponibles, pero el abastecimiento de pan no tardó en ser errático. El racionamiento de alimentos se introdujo en Alemania y Austria en 1915; en Francia, solo en 1917; y en Gran Bretaña, el año siguiente. Pero la carestía y la inflación fueron endémicas mucho antes; en Francia abundaban las quejas por la escasa calidad del pan.

En todo el mundo, muchas personas pensaban cómo sacar partido de la guerra; también varios gobiernos nacionales. Turquía se unió a las potencias centrales el 29 de octubre, tras obtener de Alemania lo que parecía ser un buen precio, tanto en metálico como en ayuda militar. Los gobernantes de Turquía vieron una ocasión de poner fin al aislamiento diplomático del Imperio Otomano: se dejaron llevar, temerariamente, por la convicción de que Alemania apoyaría la ambición constantinopolitana de recuperar el dominio de los Balcanes. En el otro extremo del mundo, los británicos vacilaban en torno de las ventajas de que Japón entrara en el bando aliado, y optaron por el escepticismo cuando quedó claro que el interés de Tokio solo respondía a las ambiciones imperialistas. Pero el cambio de opinión del Foreign Office llegó demasiado tarde: el 23 de septiembre, Japón declaró la guerra a las potencias centrales. Con ello, se convirtió en uno de los dos combatientes —el otro fue Italia, en 1915— que se unió a la contienda por ganancias territoriales explícitas. Con una modesta ayuda británica, las tropas japonesas atacaron y tomaron el enclave alemán de Tsingtao, en la costa china, con una rapidez, energía e ingenio táctico que a sus aliados occidentales les habría convenido imitar.

El marqués de San Giuliano, embajador italiano en Londres, reveló sin encogimiento al embajador francés, en octubre de 1914, que en el debate nacional sobre entrar o no en la guerra influían tres factores: la moralidad, los beneficios y el grado de preparación.⁶ El ejército italiano aún no estaba listo para combatir, y el gobierno de Roma animó a los beligerantes a presentar sus ofertas para averiguar

quién pagaba más por el apoyo del país. Sir Francis Bertie escribió con desdén: «Los italianos se creen muy superiores a los antiguos romanos, y destinados a ser la gran potencia del Mediterráneo, poseedora de Túnez, Malta, Egipto y las islas turcas».⁷ Al año siguiente, Italia se unió a los aliados a cambio de beneficios territoriales pactados; fue una transacción que arrojó descrédito sobre las dos partes y, además, una necesidad colosal del gobierno de Roma.

Algunos países neutrales —en particular, Estados Unidos, Holanda y Noruega— ya estaban sacando mucho partido de la libertad de acceso a aquellos mercados comerciales que los beligerantes, a la fuerza, habían desatendido. En 1918, varios navieros noruegos habían amasado fortunas, aunque la mitad de la flota mercante del país acabó siendo hundida por los submarinos alemanes. En Estados Unidos, al estallar la guerra, el presidente Woodrow Wilson pidió a los estadounidenses que permanecieran neutrales, tanto de corazón como desde el punto de vista de la ley; pero tras cierta alarma inicial en el gobierno sobre la posibilidad de que la guerra perjudicara la economía nacional, pronto comprendieron que la contienda creaba unas oportunidades industriales y comerciales prodigiosas, más aún después de que en agosto se abriera el canal de Panamá.

En el ámbito personal, la especulación se convirtió en un fenómeno paneuropeo. Un austríaco, Otto Zeilinger, fue responsable de una de sus manifestaciones más imaginativas. Poseedor de un negocio de manufactura de guadañas en Knittelfeld, cuya fortuna estaba languideciendo, pensó en convertir el centro en un campamento comercial de prisioneros de guerra.⁸ El 6 de septiembre, escribió a las autoridades para proponer un acuerdo válido hasta julio de 1915, que era lo máximo que este emprendedor optimista confiaba que duraría la guerra. La negociación de precios fue dura; Zeilinger acabó aceptando un alquiler de 25 coronas por cada metro cuadrado de espacio de barracón. Se le confiaron varios cientos de rusos, como mano de obra gratuita con la que construir las cabañas, y en diciembre alojaba ya a 20.000, con un contrato adicional para la manutención.

En un nivel más modesto, en Francia fue necesario colocar a los *laitiers* bajo control policial, cuando se descubrió que el 58 % de la leche que vendían estaba diluida con agua de las fuentes públicas.⁹ Con una hábil mezcla de servicio social y oportunismo comercial, en *The Times* empezaron a aparecer anuncios en francés dirigidos a los refugiados belgas, que en su mayoría ofrecían *maisons meublées à louer* («casas amuebladas en alquiler»). El periódico anunciaba: «A la vista del gran número de súbditos franceses y belgas en Inglaterra, el personal de *The Times* traducirá los anuncios sin coste, a petición». Entre otras manifestaciones visibles del nuevo mundo, desde octubre las farolas de Londres estrenaron una pintura de cobertura, por el temor a ataques aéreos como los que ya se habían producido en varias ciudades europeas. Era el *blackout*, un oscurecimiento preventivo de la

ciudad. Para la mayoría de los londinenses de todas las clases, era una operación desconcertante, e incluso penosa, sobre todo cuando el invierno pasó sin traer incursiones alemanas.

Para los civiles de clase media, sin embargo, exhibir optimismo formaba parte del deber patriótico. «La vida en Londres no solo parece normal, sino incluso inusualmente alegre», escribió un periodista en la semana anterior a Navidad. Algunos soldados en formación aceptaban el mismo imperativo. Un recluta de los «nuevos ejércitos» de Kitchener, que recibía la instrucción en el sur de Inglaterra, en condiciones de gran incomodidad y administración deficiente, describió en el *New Statesman* casi con euforia, a pesar de todo, sus primeras experiencias vestido de caqui:

He estado demasiado emocionado para pensar. Sin duda, en toda mi vida nunca he experimentado una alegría más continuada y —en el sentido más genuino de la palabra— más felicidad que en estos tres meses. La sensación de buena forma física; el júbilo de la vida colectiva en el regimiento; las ocasiones constantes de trabar nuevas amistades con hombres de experiencias muy diversas entre sí; el agrado de una vida que es comunista en el aspecto exacto en el que el comunismo conviene y estimula ... y, por último, los aspectos graciosos de la actividad propia y ajena, todo ello se combina para expulsar los elementos negativos de la existencia. Quizá algún día lo entienda de otro modo; pero en el momento actual, y partiendo de que la guerra era inevitable, solo siento gratitud para con los dioses, por haberla enviado en mi tiempo. Sea como sea la guerra en sí, prepararse para combatir en tiempos de guerra es el juego más magnífico y la obra más excelsa del mundo.¹⁰

Era una clase de sentimientos ampliamente compartidos, hasta que el autor y sus camaradas llegaron al frente occidental, en 1915.

Entre tanto, al otro lado del Canal, en los primeros días de diciembre, el gobierno francés regresó a París de su antiheroico exilio en Burdeos, que había dañado para siempre el prestigio del presidente Poincaré. Las tensiones sociales, en suspenso durante la crisis de otoño, volvían a emerger. La clase media, que en buena parte vivía de las rentas de la propiedad, cada vez estaba más molesta con la moratoria impuesta sobre la recaudación de los alquileres. Una viñeta de Harmann-Paul mostraba a un burgués arrodillado ante el primer ministro, diciendo: «Llévese a mi hijo durante cuatro, cinco, seis años, si quiere; pero no me toque, ¡ay!, no me toque las rentas». Los ricos no parecían nada dispuestos a compadecerse de los pobres. Un fondo nacional francés para el socorro de la miseria solo recaudó el equivalente de 200.000 libras esterlinas —muy poco, en comparación con lo obtenido por tales llamamientos en otros países—, de las que los Rothschild aportaron 40.000. París iba volviendo a la vida, con prudencia; algunas costureras de la *rue* de la Paix reabrían las tiendas y varios teatros realizaban funciones de tarde. Pero el transporte

público cerraba a las 10 de la noche y muchos parisinos acaudalados que habían huido en agosto preferían permanecer en el sur o el suroeste de Francia, lejos de la artillería, antes que volver a una capital apagada y acosada por la guerra.

La inflación del período bélico castigó las fortunas de algunos ricos, pero los hombres de negocios con acceso a los contratos militares prosperaron sobremanera. En septiembre, el ministro de Guerra francés invitó a varios industriales a un encuentro en Burdeos, donde les informó de que se avecinaba una crisis con los proyectiles: pasado un mes, las reservas de munición de los setenta y cinco milímetros bajarían a dos balas por cañón. Se introdujo un programa de choque cuyo objetivo, de 100.000 proyectiles por día, solo se alcanzó un año después; en este período, la producción de explosivos pasó de cuarenta y una toneladas diarias a 255.¹¹ Se hizo regresar del ejército, con premura, a los trabajadores especializados en la producción de material de guerra; para que pudieran demostrar que no se evadían de su deber, se les dio un brazal rojo adornado con una granada.¹² Algunos industriales aprovecharon las exenciones para hacer volver a sus obreros no especializados o a la gente querida. Pronto se amasaban fortunas, a medida que los fabricantes de bienes del hogar pasaban a producir platos de campaña, botellas de agua, palas, y también bombas y proyectiles.

Tras las primeras semanas, cuando muchas fábricas francesas cerraron por falta de compradores de sus productos, la guerra creó nuevas demandas de gran intensidad, que perduraron cuatro años. En Isère, una fundición de hierro de Renage se vio trabajando contra reloj para cumplir con los contratos gubernamentales que les pedían 10.000 palas y picos por semana. Una planta de ingeniería de Grenoble empleaba a quinientos hombres en la producción de refugios de metal para trincheras. Se contrató a otra fábrica de la ciudad para que, en la Navidad de 1914, produjera un millar de proyectiles de setenta y cinco milímetros al día; en 1918 eran 9.000, y su fuerza de trabajo pasó de ochocientos hombres a 2.750. Una papelería local pasó a rellenar proyectiles y duplicó la mano de obra de preguerra. Había una enorme demanda de lienzos, explosivos, cuero, cantimploras, papel de escribir y lápices, componentes de munición, comida enlatada. Vender tales productos enriqueció a industriales de todas las naciones en guerra.

Circulaban cadenas de cartas con oraciones, cuyos receptores debían hacerlas llegar a otras nueve personas. En todos los países se incrementó la asistencia a las iglesias, aunque hubiera pocas pruebas de un incremento similar de la piedad. La guerra hizo que mucha gente de expresión cortés, civiles y soldados por igual, que en su vida nunca habían usado palabras malsonantes delante de otros, se hallaran de pronto en circunstancias que les hacían recurrir a ellas. Para consternación de los ciudadanos respetables, las obras y las buenas razones

coincidían poco. El sexo extramarital se convirtió en una inquietud urgente para los que se enfrentaban a la muerte o sufrían la separación. En palabras del poeta A. E. Housman: «Recluté en casa a un lancero / tan bravo que hube de dormir con él». En Friburgo, en los ocho primeros meses de la guerra, los casos de enfermedades venéreas se multiplicaron por más de dos, y las condenas penales por prostitución subieron mucho;¹³ la experiencia fue similar en muchas ciudades.

Algunos civiles, sobre todo en la universidad, se esforzaban por mantener abiertas las líneas de comunicación con sus iguales de los países enemigos: se entendía que era un gesto civilizado que ponía de manifiesto la universalidad de la cultura europea. En octubre de 1914, Maynard Keynes envió una carta a Ludwig Wittgenstein, a través de la neutral Noruega, preguntando al austríaco por la posibilidad de que proporcionara una beca a un lógico de Cambridge, una vez acabada la guerra. Wittgenstein, que era rico, se había comportado antes como un benefactor generoso, pero ahora formaba parte de la tripulación de una pequeña embarcación armada en el río Vístula. Se enojó al recibir una simple propuesta de negocios de parte de un viejo amigo, «en tiempos como los presentes».¹⁴

La muerte prematura se convirtió en una cuestión de primer orden: en todas las naciones en guerra, la gente se acostumbró a recibir gran cantidad de noticias con la muerte de amigos y seres queridos. Sir Edward Grey escribió a un colega sobre Charlie, su hermano soldado, cuyo brazo se acababa de amputar («confiamos en poder traerlo con vida», como en efecto ocurrió) y un sobrino malherido: «La pena personal es muy pesada, pero otros cargan con penas igual de pesadas, y aún más».¹⁵ La familia de la maestra Gertrud Schädla, en Verden, cerca de Bremen, no lograba reunir el coraje necesario para leer las listas de bajas publicadas por la prensa: «No nos sentimos con fuerza».¹⁶ Se desanimaron con las nuevas del Marne: «En Francia, hemos tenido que retirarnos un poco».¹⁷ Pero en octubre recibieron noticias mucho peores: entre los muertos estaba el joven Ludwig Schädla. El ejército devolvió las cartas que la familia le había enviado, marcadas con un lacónico: «Falleció 4 sept.». Gertrud se angustiaba pensando el destino que habría corrido: «Fue un ataque sobre su regimiento o quizá le dispararon mientras estaba solo, de guardia, en una noche oscura. ¡Son tantos los que mueren! Y muchos, muchos más, de nuestros enemigos que de los nuestros. Pero ¡ay, Señor!, todos me dan pena».¹⁸

Dos días después, el 12 de octubre, también se devolvió a casa el correo de su hermano Gottfried, con la descripción: «Herido, paradero desconocido». Averiguaron que él también había muerto, a los veintiún años, ocho días después de que lo admitieran en un hospital de campaña próximo a Reims. «¡Así que hemos perdido también a nuestro pequeño, nuestro *Sonnenschein* (“sol”)! ¡Qué amarga

eres, Muerte! ¿Dónde hallaremos consuelo?»¹⁹ Intentó buscarlo en la reflexión de que sus hermanos estaban con Dios. «Señor, tened con vos a nuestros queridos chicos. Su lucha ha llegado a su fin, han cogido los laureles de vencedor y no les desearemos que vuelvan.» Las familias anhelaban obtener aunque fueran migajas de noticias sobre el destino de sus seres queridos caídos; a menudo, en vano. Por lo general, la chapa de identificación de los soldados franceses muertos, que se llevaba en la muñeca, se enviaba al pariente más próximo, con la breve indicación: «Fallecido en el campo de honor». Era una práctica conocida como «recibir la medalla». Una mujer con cinco hijos dio a luz a gemelos y, aquella misma noche, «recibió la medalla» de su marido, que se había marchado al frente hacía poco. Se puso de moda enviar tarjetas de duelo, como la de Léon-Pierre-Marie Challamel, alumno del seminario de SaintSulpice, «mort pour la France, le 24 Septembre 1914 au combat de Crécy (Somme) à l'âge de 22 ans». En Verdun, Magdalene Fischer, la novia de Ludwig Schädla, que había muerto en Francia, visitó al fotógrafo de la ciudad con la esperanza de hallar una última imagen del joven, en uniforme. En su lugar, solo encontró una fotografía de grupo, en la que Ludwig apenas era visible. Luego supo que el comandante de la compañía de su novio, el teniente Gatzenmeyer, había sido herido y estaba en un hospital local. Este le ofreció algunas migajas de información —reales o inventadas— sobre los últimos días de su amor. Era más de lo que recibían la mayor parte de las familias.

Como las fuerzas armadas habían sido una ocupación habitual, en tiempos de paz, de los hijos de las clases superiores británicas, las pérdidas de Francia les afectaron mucho. Un 19 de septiembre, la lista de bajas fatales incluía los nombres de jóvenes tan distinguidos como Percy Wyndham, lord Guernsey o Rivvy Grenfell. Asquith preguntó por este último a Venetia Stanley: «¿Habías bailado alguna vez con él?».²⁰ Sin duda, lo había hecho. Entre los «cuadros de honor» publicados aquel invierno, prácticamente todos mencionaban nombres conocidos para cualquier antigua debutante. Se podría decir cualquier otra cosa de la guerra, pero no sugerir que la clase dirigente británica no aportaba su cuota de sangre: sesenta miembros de la aristocracia murieron en Francia y Flandes entre el 23 de agosto y el 31 de diciembre; desde entonces, el índice de mortalidad en combate, entre los pares, se estabilizó en seis al mes. Una larga sucesión de hombres que habían logrado fama en su pequeño mundo de la distinción recibía ahora breves necrológicas. El 14 de octubre, Lionel Tennyson escribió: «El pobre Willy Macneil, del 16.º de lanceros, que solía montar a *Foolhardy* en el Grand National, ha muerto aquí, esta mañana, muy cerca de nosotros».²¹

En todos los países se reclutó a las escuelas para que estimularan el entusiasmo por la guerra. Albert Sarraut, ministro de Instrucción Pública de Francia, escribió en una circular a los directores: «Es mi deseo que, el primer día del trimestre, en

cada ciudad y en cada clase, las primeras palabras del maestro eleven todos los corazones hacia la nación y ... honren la lucha sagrada en la que están empeñadas nuestras fuerzas ... Todas nuestras escuelas han enviado soldados a la línea de fuego —maestros o alumnos— y todas, lo sé bien, cargan ya con el pesar, y el orgullo, por sus muertes».²² André Gide rehuía tal lenguaje: «Se está creando una nueva estampilla, una nueva psicología convencional del patriota, sin la cual es imposible ser respetable. El tono que usan los periodistas para hablar de Alemania es nauseabundo. Todos se están subiendo al carro; todos temen llegar tarde, no parecer un “buen francés” tanto como los demás».

Se instó a las escuelas francesas a imponer temas de redacción tales como «La partida del regimiento», «Carta de un hermano mayor desconocido, que está luchando por nosotros», «Llegada de un tren cargado de heridos», «Los alemanes han matado a un niño de siete años al que habían encontrado jugando en un campo con una pistola de juguete» y «Los alemanes han invadido tu ciudad; describe tus sentimientos».²³ La geografía, decían los directores, debería basarse en un mapa operativo de las zonas en guerra, actualizado día a día. Se entendía que los heridos que regresaban a la enseñanza tendrían un papel particularmente útil, aunque luego, en la práctica, este quizá no fuera el que pretendía el Ministerio de Educación. Se pasó a enseñar inglés donde se daban clases de alemán y, en el temario de Historia se hizo más hincapié en los héroes latinos y griegos.

En el certificado de fin de estudios de la secundaria alemana, el *Abitur*, se formulaban preguntas como: «Si la vida es una lucha, ¿cuáles son nuestras armas?», «¿Qué mueve a todo alemán apto para el servicio militar a responder al llamamiento de la patria a las armas?». Una escuela de Berlín propuso escribir ensayos sobre «la guerra como fuerza educativa».²⁴ En todas las naciones se reclutó a niños para que recogieran por las calles objetos y restos de metal que se pudieran fundir para crear munición. Elfriede Kuhr, en Schneidemühl, expresó su fascinación por la idea de que las sartenes y cazuelas que lograba sacar a su escéptica familia se transformarían en balas. La abuela de Elfriede comentó, enojada, que todas aquellas colectas escolares la llevarían a la ruina.²⁵

La influencia de la guerra sobre los juegos infantiles fue muy intensa. La empresa juguetera inglesa Britain's producía una amplia serie de soldados en miniatura de las diversas naciones en conflicto. En Hamburgo, la pequeña Ingeborg Treplin, de cuatro años, decía que su coche de juguete era un transporte de tropas. Cuando Frau Treplin llevó a sus tres hijas a los almacenes Hermann Tietz, en Hamburgo, hallaron que el suelo estaba dominado por la maqueta de un inmenso campo de batalla, adornado con una fortaleza, soldados franceses y alemanes, casas en llamas y un aeroplano que lo sobrevolaba. Según la madre, «las niñas quedaron

con la boca abierta».²⁶ La *Deutsche Spielwarenzeitung* —la revista del sector juguetero alemán— afirmaba que su gremio desempeñaba un papel importante. Los juguetes no eran productos de lujo, decía, sino que «inculcaban el progreso de la guerra en la mente de los niños y les infundían sentimiento nacional, probidad y patriotismo».²⁷

Aunque se quiso atraer al esfuerzo bélico a los hijos de todas las naciones, el compromiso de los centros de enseñanza privados de Gran Bretaña fue excepcional. En *La muerte del héroe*, Richard Aldington compuso el retrato de un producto típico del sistema —la clase de hombre que sirvió como oficial en los «nuevos ejércitos» de Kitchener—, que no es del todo injusto, pese al tono absolutamente cínico:

Acceptaba y obedecía todos los tabúes y prejuicios de la clase media inglesa. Lo que las clases medias inglesas pensaban y hacían era correcto, y lo que cualquier otro hacía y pensaba estaba mal. Despreciaba a todos los extranjeros. No parecía haber leído nada que no fuera Kipling, Jeffrey Farnol, Elinor Glyn y los periódicos. No tenía un buen concepto de Elinor Glyn, por ser demasiado «avanzada». No sentía ningún interés por Shakespeare y nunca había oído hablar de los *ballets* rusos, pero le gustaba «ver un buen espectáculo». Creía que *Chu Chin Chow* [una popular comedia musical] era la obra más excelente jamás producida ... Entendía que los estadounidenses eran una especie inferior, antiguos colonos que, lamentablemente, se habían divorciado de la más exquisita de las instituciones: el Imperio Británico ... Era de una estupidez exasperante, pero era honesto, era amable, era concienzudo, sabía obedecer órdenes e imponer la obediencia ajena, se esforzaba por cuidar de sus hombres. Tácitamente, cabía confiar en él para que dirigiera un ataque desesperado y mantuviera hasta el final una defensa sin esperanzas. Había miles y decenas de miles como él.

R. C. Sherriff —un oficial que, una vez terminada la guerra, cobró fama como autor de la «obra de trincheras» *Fin de jornada*—* afirmó que los exalumnos de los centros privados no guiaban a los hombres en Francia gracias a su pericia militar (que no se les requería), sino más bien por el ejemplo personal: «Por sus reservas de paciencia, buen humor y entereza».²⁸ En los campos de batalla de 1914 quedaron de manifiesto tanto las virtudes como los vicios del sistema inglés de enseñanza privada, y en el país, sus portaestandartes respondieron con una orgía de sentimentalismo que revolvió el estómago incluso de algunos patriotas. El primer maestro muerto fue el teniente A. J. N. Williamson, de Highgate, cuyo fallecimiento mereció un editorial en *The Times Educational Supplement*, el 22 de septiembre: «Todo el mundo reconoce el hecho de que el espíritu de disciplina y deportividad inculcado en nuestras escuelas está produciendo un rico y glorioso fruto en los duros campos del deber; y todo el mundo sabe que muchas de las hazañas más emotivas y heroicas descritas en la guerra redundan en el crédito de jóvenes oficiales cuyos días de escolarización terminaron hace tan solo unos meses». El número de octubre del *Eton College Chronicle* conmemoraba, con un poema, la muerte del teniente A. H. Blacklock, de los *highlanders* de Argyll y Sutherland, que no se había quitado el frac hasta el verano anterior:

A la cabeza del *Highland*
cargas contra el bosque ocupado.
Solo a una idea das lugar:
morir como debe un soldado.

En noviembre de 1914, Eton había perdido a sesenta y cinco de sus antiguos alumnos; Wellington, treinta y ocho; Charterhouse y Harrow, veintiuno cada una; Rugby, veinte. Estas muertes no frenaron en nada el ardor marcial de los que salían de tales escuelas. Lord Cranborne, heredero del marqués de Salisbury, invitó a sus dos amigos Oliver Lyttelton y Arthur Penn a quedarse en Hatfield, el palacio familiar, hasta que el ejército estuviera listo para aceptar sus servicios. Pasaron gran parte del tiempo practicando el tiro, lo que era motivo de risas, pensando en la clase muy distinta de tiro que pronto experimentarían. No renunciaron a ver la obra como una comedia, ni siquiera en el período posterior en Francia; así, cuando Penn regresó a casa inválido, tras recibir disparos en ambas piernas, añadió una entrada en su libro de caza: «Coto: Cour de l'Avoue. Pieza: yo mismo».

En un debate organizado en una clase de último curso de secundaria, en Westminster, la tesis «Sería desastroso para el mundo que el Arbitraje ocupara el lugar de la Guerra» fue aprobada por once votos contra siete; curiosamente, la tesis de «El káiser es el responsable de la guerra actual» se descartó por diez votos contra seis. Los directores de los centros escolares guiaban a sus antiguos alumnos hacia los campos de batalla con tal falta de escrúpulos que se diría que se imaginaban enviando un once de críquet a jugar el Gran Partido. El 2 de septiembre, el doctor A. A. David, director de Rugby, escribió a *The Times* haciendo hincapié en los beneficios morales de presentarse voluntario: «Esta es una ocasión espléndida de dar ejemplo a los jóvenes de todas las clases. Es también una prueba suprema del carácter y espíritu de la escuela ... A los padres, les recomendaríamos el consejo de una madre a un hijo vacilante ... “Hijo mío, no quiero que vayas, pero si yo fuera tú, debería ir”». El sentimentalismo con el que, durante los meses iniciales, se animaba a participar en la guerra llegó a tal extremo que, con el tiempo, cuando el coste humano se disparó, surgió una repulsión duradera entre parte de la opinión pública, que se sintió engañada. Los méritos genuinos de la causa aliada quedaron profundamente manchados por el lenguaje barroco y la falsa religiosidad con la que se vendían, sobre todo a juicio de la generación que aportaría la mayor parte de las muertes que, aun con retraso, posibilitarían la victoria.

Las sombras crecientes sobre sus propias perspectivas de supervivencia hicieron que algunos hombres abandonaran la idea de un matrimonio temprano; otros, en cambio, optaron por coger la rosa antes de que se marchitara. La hija de un amigo del jurista parlamentario Hugh Godley se casó el 23 de agosto y quedó viuda de su nuevo marido a los cuatro días. Un oficial de artillería de veinticuatro

años, John Peake Knight, galardonado con la Orden del Servicio Distinguido, se había comprometido con cierta *miss Olive Knight*, de Brighton, desde 1913. En agosto de 1914 acordaron retrasar la boda hasta el final de la guerra, pero al acercarse el invierno en las trincheras, cambiaron de opinión. Knight tuvo un permiso breve. La pareja celebró la unión en la iglesia de St. John, en Bromley, con el novio vestido de caqui, según se había puesto de moda, y no con las glorias del uniforme de gala completo. Se organizó una recepción en la casa de los padres de Knight, cerca del parque de Sundridge; y a los pocos días, regresó con su batería a Francia, donde halló la muerte en 1916. Muchos periódicos noticiaban bodas sin recepciones ni quizá, incluso consumación, como la de la señorita Joan Jameson y el señor John Farrell, del regimiento de Leinster: «La luna de miel debía desarrollarse en Escocia, pero el novio tuvo que reincorporarse al regimiento».

Entre millones de separaciones, las cartas adquirieron una importancia crucial en las vidas de las familias separadas. Algunos hombres escribían a casa cada día, cuando no estaban en combate, y muchas esposas rellenaban cuartillas por lo menos con la misma frecuencia. Ahora, la mayoría de los europeos sabían leer y escribir: durante toda la guerra de 1870, el ejército prusiano en campaña recibió medio millón de cartas y paquetes. En cambio, en 1914, esa cifra ascendió a 9,9 millones de remisiones diarias al ejército alemán, más 6,8 millones de misivas de vuelta.²⁹ El mero hecho de recibir una nota de un ser querido despertaba la emoción: «¡He recibido una carta tan larga y afectuosa de mi marido!», escribía la maestra austríaca Itha J., el 19 de octubre. «¡Hay que ver cuánto dependemos las mujeres de nuestros queridos esposos!».

A la mayoría de los escritores, sin embargo, tanto en casa como en campaña, les resultaba difícil describir los acontecimientos —y, especialmente, admitir la pasión— de un modo remotamente capaz de satisfacer las necesidades emocionales de los receptores. Decía Itha J., de nuevo: «Cada día escribo una carta para mi querido esposo. Le cuento todo lo que me entristece y emociona. Ayer recibí una carta suya, y hoy, dos. Escribe de un modo factual, interesante, sobre lo que hace cada día. Y al final, ¡siempre hay alguna [palabra de] ternura! Me gustaría que hubiera menos descripciones objetivas y más ternura. Pero no lo puede remediar. Para cada palabra tierna debe estrujarse el duro corazón».³⁰ Algunos campesinos franceses, convertidos en *poilus*, escribían a casa dando instrucciones detalladas sobre el manejo de las granjas. Un soldado de SaintAlban, en el departamento del Tarn, expresó su inquietud por una yegua del establo y reprochaba a su esposa: «Dices que no vas retrasada [con la labranza], pero no me dices [cuántos] sacos de avena y trigo has plantado».³¹ Una mujer de Lot y Garona envió un *pâté* de regalo al oficial al mando de su esposo, por si con ello contribuía a que aquel preservara a su marido del peligro más extremo.

«En casa existía la convención cortés, y los hombres de permiso la aceptaban según era», escribió el oficial de artillería Rolfe Scott-James, abuelo del autor, «de respetar que estos fueran reacios a hablar de la guerra. En realidad, sin embargo, los reacios eran los de casa: reacios a escuchar. No quiero decir con esto que quien prestaba servicio en ultramar fuera, en nada, peor o mejor que sus compatriotas, solo que este último se había convertido en una clase de animal, y aquel, en otro. Por decir la verdad, en realidad, ni siquiera había empatía entre ellos.»

A algunos privilegiados, les resultaba difícil tratar la guerra con la gravedad que, sin duda, merecía. Tras visitar Francia en octubre, Violet Asquith escribió a su padre, el primer ministro, describiendo con tono socarrón cómo había interrogado a una anciana refugiada «con la esperanza de [que me contara] atrocidades»:

—*Les allemands se sont mal conduits dans votre village?*

—*Très mal – ils ont tout ravagé etc.*

—*Ils étaient cruels?*

—*Très cruels – ils ont tué un cochon!*

La interrogadora expresó su alivio ante el hecho de que «¡la muerte de un cerdo ocupe un lugar tan destacado en la jerarquía de los horrores!». ³² Era tan necia que no comprendía el efecto que esa tragedia tendría en la economía de una familia campesina de Francia.

Las ediciones contemporáneas de la revista de sociedad *The Lady* también ponen de manifiesto la ingenuidad que persistía entre la buena sociedad de Gran Bretaña. El 15 de octubre, una corresponsal lamentaba las privaciones que sufrían las clases altas de las zonas rurales, al enviar tantos esposos y auxiliares de caza al ejército. Bajo el título «Deportistas y la guerra», la carta informaba con enojo: «En las perreras, los problemas son interminables, porque en este momento nadie tiene el trabajo bajo control. Aunque Evelyn está aquí abajo por la mañana, el mediodía y la noche, no tiene suficiente confianza en su propio criterio para mantener el orden entre los hombres. Darles de comer es una molestia constante, porque el hombre que se encarga ahora de darles la comida es una criatura sucia y desaseada, que solo sigue nuestras instrucciones cuando no tiene otro remedio».

Al poco de que estallara la guerra, ya había signos de una tendencia que cada vez se volvió más pronunciada: el rechazo a la deferencia social, para consternación de sus antiguos beneficiarios. Un inglés que se encontró con un antiguo amigo de los días de Oxford se lamentaba: «Hace diez años, cuando entraba en un autobús abarrotado, algún obrero se ponía en pie, se tocaba la gorra y me cedía el asiento. Lamento ver que este espíritu se extingue». ³³ Las distinciones raciales, en cambio, mantenían toda su crudeza. El 10 de octubre, *The Clarion* deploraba una información según la cual un general británico había cenado en el

mismo comedor de hotel que un príncipe indio vestido de uniforme, sin decirle una palabra. A la noche siguiente, en el salón de fumadores del mismo hotel, un testigo vio que un grupo de oficiales también hacía caso omiso del «potentado de tez morena». Un columnista del *Clarion* escribió enojado: «Si un príncipe indio no merece que se le dirija la palabra, ¿por qué nuestro rey acepta sus servicios?».

Era una buena pregunta, pero los árbitros de la sociedad británica no tenían interés en responderla. Si se les hubiera apretado, muchos habrían respondido que la guerra se libraba para preservar los principios y decencias de la Gran Bretaña tradicional. Casi todos los beligerantes, de hecho, estaban convencidos de estar defendiendo los valores sociales conservadores. A los hombres de clase media que se presentaban voluntarios para el ejército les disgustaba, en palabras de Leo Amery, «que los juntaran en un barracón con una pareja de gamberros piojosos y malhablados». Cyril Asquith, el hijo menor del primer ministro, que luego sirvió como oficial en Francia, describió el servicio militar con desdén: «Combatir contra bárbaros en compañía de pesados y sinvergüenzas». Aunque el peligro compartido hacía que, en el frente, se difuminaran algunas distinciones de clase, a muchos hombres (y muchas mujeres) de clase media les resultaba difícil hallarse, de golpe, en una proximidad forzosa a sus inferiores sociales: «Nunca imaginé que me tocaría en suerte dormir toda una noche, bajo un bombardeo intenso, en una sala compartida con soldados rasos, y todos, tumbados sobre paja», escribió la enfermera Elizabeth («Elsie») Knocker en un establo belga.³⁴ Cuando Knocker acompañó a un grupo de heridos de regreso a Inglaterra, tuvieron que pasar la noche en un hostel de Dover, después de que se les negara la admisión en un hospital local. En la estación de Euston, a la enfermera le costó convencer a las autoridades de que permitieran atender a las bajas en la sala de espera femenina, hasta que llegara su tren.³⁵

Por el contrario, unos pocos afortunados se hallaron en entornos más cómodos que aquellos a los que estaban acostumbrados en su hogar. El campesino austríaco Karl Auberhofer, de treinta y cuatro años, padre de siete hijos, se movilizó con la *Landsturm* y estuvo alojado en un hotel de lujo en el Tirol. Se admiraba: «Uno puede sentarse a una mesa y que lo sirva una camarera, como si fuera un noble; no tiene uno que ocuparse de nada».³⁶ Como Auberhofer tuvo la suerte de escapar al servicio en el frente, resolvió que el deber militar era muy preferible al duro azacaneo de su granja. Él y sus camaradas pasaban los días y las noches bebiendo y jugando, con un abandono inimaginable en casa. Su único deber era pasar dos horas al día vigilando una línea de ferrocarril, por lo que «aparte de comer, nuestra faena más dura es desfilar hasta la iglesia».³⁷

En Inglaterra, *The Lady* se ocupó del tema de los refugiados continentales con

suma condescendencia: «La vida y las maneras inglesas tienen que parecer extrañas a los muchos belgas y franceses que ahora hay aquí. Una cuestión que las mujeres echan en falta, con tristeza, es el regateo que acompaña a casi cada compra que hacen en sus respectivos países. El precio fijo, que es la alegría de la mayoría de las mujeres inglesas, les parece un arreglo insípido».³⁸ La columna de chismorreo social trataba del mismo asunto: «Entre los muchos que están ofreciendo hospitalidad a los belgas que han sufrido tanto por la guerra están lord y lady Exeter, que han albergado a la condesa belga de Villers, y sus cinco hijos, en Burghley House, su histórica residencia de las Midlands. Lady Exeter, que lleva el hermoso nombre de Myra, es muy atractiva, de pelo rubio y ojos oscuros. Las turquesas la favorecen y tiene varios adornos preciosos con estas piedras».³⁹

The Lady se esforzaba por ayudar a las mujeres a resolver los problemas sociales que, de forma inesperada, comportaba la guerra. En la sección «Dificultades cotidianas», del 10 de diciembre, planteaba el dilema de una mujer que, siendo propietaria de gatos, aloja al perro de un oficial que ha partido hacia el frente. Cuando el perro empieza a matarle los gatos, ¿qué debe hacer? Según *The Lady*, tiene la responsabilidad de asegurar que el can disponga de un alojamiento adecuado, pero es razonable que le busque otro hogar. La revista también se ocupaba de los delicados problemas de etiqueta con los que se enfrentaban las mujeres que regresaban de las colonias. Las instaba a no imprimir tarjetas de visita con sus direcciones temporales, sino, sencillamente, tachar la dirección permanente en las tarjetas ya existentes. Debían ser conscientes de que los residentes asentados en una comunidad dada no acudirían a la casa de un recién llegado si no los presentaba un conocido mutuo. Para facilitar el proceso, *The Lady* sugería que las recién llegadas del extranjero publicaran un aviso en un periódico respetable. Lo más cerca que estaba la revista de ocuparse de las penalidades de los hombres británicos en el continente era en un artículo sobre logística: «La tarea de alimentar a un ejército de soldados extenuados en un campo de batalla moderno es un logro verdaderamente admirable; es como “llevar la casa”, podríamos decir, en una escala colosal. Sin embargo, como tenemos el dominio del mar, abastecer a nuestra Fuerza Expedicionaria se convierte en un asunto bastante fácil».⁴⁰ No es de extrañar que, en Gran Bretaña, mucha gente desconociera tranquilamente los horrores que tenían lugar en Francia, si confiaban el entretenimiento a *The Lady*; y los periódicos serios tampoco ofrecían mucha más sustancia.

Algunos, con inocencia, aún permitían que los vestigios de sentimiento humanitario cruzaran los frentes. En Schneidemühl, la pequeña Elfriede Kühr escribió en su diario: «Los marinos cuyos barcos se hunden en las batallas navales tienen que estar aterrorizados, porque ningún barco se detendrá a rescatarlos. Cuando toda aquella gente se ahogó después de que el *Titanic* chocara contra un

iceberg, el mundo entero reaccionó con horror. Ahora, se hundan barcos cada día y nadie pregunta qué pasa con los tripulantes».⁴¹ La niña, con su amiga Gretel, se impuso una misión: arreglar y decorar las tumbas de los prisioneros de guerra rusos que morían lejos del hogar, en un campamento cercano a Schneidemühl.⁴²

Los complejos para prisioneros de guerra se convirtieron en atracciones turísticas en las zonas rurales, donde cualquier visitante extranjero siempre despertaba la curiosidad. Las autoridades se exasperaban con la costumbre campesina de pasear en familia, el domingo, para contemplar a los internos a través de las alambradas. En Münster se publicó un edicto que prohibía a todos los civiles aproximarse a menos de seiscientos metros de uno de estos centros. En las ciudades alemanas, los trenes que trasladaban a los prisioneros a sus campamentos congregaban a multitudes de espectadores; en su mayoría, espectadoras. Algunos patriotas se sentían conmocionados por las muestras de simpatía hacia las penalidades de los extranjeros: un periodista acusó a quienes se permitían tal sentimiento de sucumbir a «un deseo degenerado de aventuras eróticas»;⁴³ el gobierno amenazó con hacer público el nombre de aquellas criaturas desvergonzadas. Cuando se supo que, en Thionville, cuatro enfermeras se habían prometido con prisioneros de guerra franceses, el gobierno informó a la Cruz Roja de que sus voluntarios ya no tendrían acceso a los complejos.

Cualquier exhibición de simpatía hacia el enemigo se volvió cada vez más inaceptable. En Carintia, un sacerdote católico esloveno fue encarcelado por serbofilia, por haber dicho desde el púlpito: «Oremos por el Emperador y por Austria, pero también porque los serbios vean la luz».⁴⁴ El doctor Eugen Lampe se congratulaba de las derrotas británicas desde la Liubliana habsburguesa: «Todo el mundo le desea lo peor a los británicos. Bernatorič, cuyo establecimiento judío se llamaba “El almacén de ropa inglesa”, anuncia que lo ha rebautizado como “El almacén de ropa de Liubliana”».⁴⁵ Ethel Cooper conocía a una inglesa que vivía en Leipzig y había tenido un hijo con un alemán que falleció en Francia. Las autoridades se negaron tanto a subsidiar al niño como a permitir que la mujer — como extranjera de un país enemigo— ocupara un puesto de trabajo.⁴⁶ Gilbert Murray, profesor de Clásicas en Oxford, había empezado oponiéndose a la guerra, pero no tardó en escribir: «Me encuentro con el deseo ardiente de tener noticias del hundimiento de acorazados alemanes en el mar del Norte ... Cuando veo que en este y aquel otro enfrentamiento han muerto 20.000 alemanes, y al día siguiente son solo 2.000, lo lamento».⁴⁷

Louis Barthas se halló entre los soldados que escoltaban a prisioneros alemanes en un tren que pasaba por el sur de Francia. Los periódicos habían incitado a la población local a mostrar sus sentimientos contra aquellos «monstruos

de apariencia humana» y, en cada estación, aparecían muchedumbres furiosas: mujeres que escupían, hombres que blandían cuchillos y piedras. Esta misma gente entregaba a los guardias franceses vino y uvas que, en cuanto el tren se ponía en marcha, ellos compartían con las personas a su cargo: «Este gesto de camaradería compensa las exhibiciones de odio contra un enemigo desarmado». Los que habían visto las espantosas realidades de la guerra rehuían tales muestras de chovinismo. En un teatro de variedades parisino, un intérprete entonó una canción en la que las tropas alemanas salían huyendo y la mayoría de sus proyectiles quedaban sin estallar; halló una recepción gélida por parte de unos espectadores entre los que había soldados de permiso. Las tonadas francesas más populares sugerían que el verdadero crimen de los alemanes era someterse al despotismo: una, *Le repas manqué*, se refería a una supuesta invitación al káiser a cenar en París; el coro decía: «*Nous f'rons des crêpes et t'en mang'ras!*» («Nosotros haremos las creps, y tú te las comerás»).

En toda Europa, muchas mujeres sintieron una gran frustración por el hecho de que, mientras sus hombres ganaban laureles en el campo de batalla y recibían la adulación popular, su propio papel quedaba reducido a remendar calcetines y escribir cartas. «Aquí, en una zona tan interior, apenas vemos nada de las penalidades de la guerra, más allá de temer por nuestros queridos hombres en combate», escribió Gertrud Schädla en diciembre.⁴⁸ Gertrud y su madre pasaron buena parte del invierno cosiendo ropa y haciendo colectas caritativas para los refugiados llegados de Prusia oriental. Tejer para los soldados se convirtió en una ocupación universal —casi un deber sagrado— para las mujeres de Europa. Pero los frutos de sus trabajos, a veces, se recibían con cinismo. Egon Kisch describió un envío que su unidad austríaca recibió en Serbia, en el mes de noviembre, con estas palabras: «Ropa interior de abrigo —por descontado, solo absurdidades tejidas—, guantes finamente bordados, muñequeras con rojos corazones de punto, mitones para bebés de elefante, rodilleras para cigüeñas y cosas similares que las chicas han ido tejiendo en esas fiestas alegres con las que se alivian el aburrimiento o satisfacen sus pretensiones». Aun a regañadientes, el cabo Kisch estaba agradecido; pero habría preferido unos cigarrillos.

Algunas mujeres recibieron clases de primeros auxilios, que las unieron. Pero Itha J., la maestra de Graz, escribió el 16 de septiembre: «Cada día me añade un peso. ¿De qué se trata? Creo que me remuerde el descontento porque, en estos tiempos de grandeza, no puedo hacer más que cuidar de bebés».⁴⁹ En Gran Bretaña, incluso *The Lady* lamentaba que la contribución de las mujeres pudiera ser tan escasa: «Pronto se habrán formado todos los comités, se tendrán las agujas de labor en la mano, las miembros de la Sociedad de la Cruz Roja estarán listas para la orden de mando, las enfermeras elegidas habrán ido a sus puestos; todas las

mujeres del país estarán haciendo todo cuando se puede hacer en forma de labor especial. Pero a pesar de todo, en nuestros corazones siempre estará el anhelo de poder hacer más».⁵⁰

La señora Mayne era la esposa de un soldado británico destacado en Irlanda. Ella misma había trabajado en un hotel de la zona oriental de Londres, ocupándose de una multitud de mujeres alemanas, belgas y escandinavas que se habían quedado lejos de casa. La guerra le causaba un profundo sentimiento de soledad y dolorosa separación de su marido, mientras sus hermanos se formaban para el servicio militar: «Me abrumaba lo que venía a ser una sensación de sofoco». Observaba las idas y venidas, en un frenesí apresurado, de los vendedores de banderas, tenderos y ambulancias. «Era todo un laberinto y, sin embargo, secretamente, había en mi corazón un sentimiento de orgullo [por Gran Bretaña en guerra]; algo que ahora pienso que no estaba bien.» Aceptó un puesto como supervisora de enfermeras en un hospital británico, en Bélgica, y se marchó hacia allí después de enviar el anillo de casada a su esposo Gerald, para que lo guardara. Por desgracia, con la emoción de la partida, olvidó incluir en el paquete una nota aclaratoria, lo que causó confusión y desazón en el receptor del anillo.

A finales de septiembre, la joven Helene Schweida intentó —con tanta ingenuidad como valentía— visitar al ejército alemán en Francia para ver a su amado novio Wilhelm Kaisen. En la Alemania occidental, un oficial le cortó el paso y corrió a enviarla a casa, tras afirmar altaneramente que solo los hombres podían acercarse al teatro de operaciones. «Una vez más, olvidé que soy solo una mujer», escribió Helene, enojada.⁵¹ Pero ya en aquel momento, de un modo que fue cobrando impulso con cada nuevo día de la guerra, las mujeres fueron demostrando que, en muchos papeles, eran sustitutos indispensables de los hombres. En Toulouse, como en otras ciudades francesas, se contrató a las primeras mujeres encargadas del reparto postal y la extinción de incendios; también como conductoras de tranvía, a las que se apodó *Ponsinettes*, porque la compañía de transportes era propiedad de cierto señor Pons. A las mujeres que trabajaban en las fábricas de armamento se las denominó *munitio-nettes*.

La británica Dorothe Feilding, que conducía una ambulancia, escribió a su casa desde Bélgica, el 17 de octubre, lamentando su suerte: «Todo ha sido un caos y he tenido que dirigir todo este maldito espectáculo. Ojalá esto estuviera a cargo de un hombre responsable. En cuanto vuelva, me asentaré y me casaré con un hombre grande y fuerte que me intimide. Estoy cansada de gobernar a los demás».⁵² Pero es evidente que esta desazón solo refleja un agotamiento pasajero: la mayor parte del tiempo, Feilding, hija del conde de Denbigh, a la sazón de veinticinco años, disfrutaba de las emociones y oportunidades que le ofrecía aquel puesto.

Al principio, había temido que a su unidad de voluntarios no se le permitiera

una participación activa: «Por desgracia, creo que a las mujeres no se nos dejará hacer mucho trabajo de campo real. Tendremos que quedarnos atrás casi todo el tiempo, si no todo».⁵³ Pero pronto anticipaba con exultación las futuras experiencias: «Habrá un montón de cosas que hacer, será genial estar cerca de las cosas, y de lo más interesante». En la noche del 8 de octubre, ayudó a trasladar a dos heridos británicos hasta un punto situado a cinco kilómetros de las trincheras. Pero no estaba muy dispuesta a arriesgar la vida para ayudar a enemigos caídos: «No me importa correr riesgos por nuestros hombres, o por los franceses, pero tonta de mí si voy a dejar que un condenado teutón me agujeree mientras recojo a sus hombres».⁵⁴

En todas las naciones en guerra, las mujeres no tardarían en seguir la estela de esta clase de pioneras, y asumirían una autoridad y responsabilidad sin precedentes. Pero algunos roles de género tradicionales no cambiaban tan rápido: por detrás del frente, en Bélgica, la enfermera Elsie Knocker, de veintinueve años, hija de un médico de Exeter, escribió en su diario el 29 de septiembre: «Cosí un botón en el abrigo del general; fue encantador conmigo».

En todos los países, al menos en un principio, la guerra reforzó la importancia simbólica de los monarcas en cuyo nombre se suponía que se luchaba. La prensa austríaca recogió, con deferencia servil, una visita de Francisco José al hospital militar establecido en el Augartenpalais de Viena. El joven aristócrata Rüdiger Rathenitz fue uno de los que se encontró con el emperador: «La archiduquesa María Josefa me presentó y me preguntó por mi herida y por mi unidad. El monarca, al que había visto por última vez en 1909, en St. Pölten —cuando yo estudiaba en la escuela militar de esa ciudad— estaba ahora más encorvado que en aquella ocasión, y guardó un relativo silencio. Se me aconsejó ... responder en voz muy alta a sus preguntas. Yo había traído, como recuerdos del campo de batalla, una mochila, algunas insignias y varias balas de los rusos, y se lo mostré al emperador ... que pareció bastante interesado».⁵⁵

En *Die Neue Zeitung* se decía a los súbditos de Francisco José, con un tono previsible: «La amabilidad con la que el caudillo supremo saludó a sus oficiales hizo que un capitán al que se le había amputado el brazo derecho suplicara gozar del privilegio de seguir sirviendo en el ejército. El soberano quedó visiblemente emocionado y prometió al leal oficial que así sería. En el enorme salón en el cual el monarca permaneció durante casi una hora, habló a todos y cada uno de los 102 soldados en la lengua nacional de cada cual ... lo que a todos luces colmó de felicidad a los soldados».⁵⁶ Itha J., la maestra de Graz, transcribió la nota del periódico en su diario, casi literalmente, y añadió su comentario típicamente sentimental: «Estos pobres hombres corrientes habrán quedado infinitamente

complacidos por el hecho de que el emperador les hablara. ¡Y cuántos otros — incluso los heridos— estarán celosos de los que han recibido tal merced! La vida es injusta. Uno es afortunado, otros no».

Los monarcas de Europa no destacaban por su intelecto y algunos tardaron lo suyo en comprender el enorme significado del curso de los acontecimientos en el que Europa se había embarcado. Douglas Haig escribió el 11 de agosto, tras comer con Jorge V: «El rey parecía nervioso, pero no me dio la impresión de comprender en todo su alcance la gravedad que, para nuestro país y para su propia casa, tienen los asuntos que pronto se pondrán a prueba; y tampoco comprendía plenamente la incertidumbre de los resultados de todas las guerras entre grandes naciones, por muy preparado que uno piense que puede estar».⁵⁷ En aquel invierno, Haig se reunió de nuevo con el monarca, después de que este pasara revista a las tropas en Saint-Omer, y no lo percibió más cauteloso: «El rey parecía muy alegre, pero inclinado a pensar que todos nuestros soldados son, por naturaleza, valientes, e ignora todo el empeño que nuestros comandantes deben poner para mantener alta la “moral” de sus hombres en guerra, y toda la instrucción que se requiere en los tiempos de paz para permitir que una compañía, por ejemplo, marche hacia delante como una unidad organizada frente a una muerte casi segura».⁵⁸ El rey intentaba, por todos los medios, explicar que los numerosos parientes que combatían en el otro bando, en realidad, no hacían tal cosa. Por ejemplo, le dijo a Asquith que su primo el príncipe Alberto de Schleswig-Holstein «no estaba realmente combatiendo en el bando de los alemanes», sino tan solo dirigía un campamento de prisioneros de guerra.⁵⁹ Una noche de octubre, el aristócrata austríaco Alexander Pallavicini se sentó a cenar al lado del archiduque Carlos, que había sucedido a Francisco Fernando como heredero forzoso del trono de los Habsburgo. Pallavicini retrocedió con desmayo ante la ignorancia de su comensal: «Es increíble lo “fuera del mapa” que está, porque apenas tiene contacto con los soldados. Perdí la compostura por completo cuando aseguró, con toda confianza, que los rusos estaban acabados y la guerra, a punto de concluir. Pero él desdeñó todas las dudas y se mantuvo en sus trece».⁶⁰ Cuando Pallavicini afirmó que la guerra se decidiría en el frente occidental, donde Austria-Hungría debía apoyar a Alemania, la respuesta del futuro emperador puso de relieve su bovina estupidez: «Francia no nos importa. Tenemos que marchar contra Italia».

El soberano de Alemania, en cambio, ya revelaba su desencanto con la aventura que tanto había contribuido a promover. El 25 de septiembre, el almirante Albert Hopman se sentó junto al káiser, en la cena, y quedó impresionado por un cansancio de la guerra que ya era manifiesto. Guillermo habló de la «espantosa carnicería de seres humanos» (*furchtbare Menschenschlächtere*).⁶¹ Era un poco

tarde para tales arranques de sentimiento. Según le comentó al almirante Tirpitz un Hopman amargado: «Durante los últimos veinticinco años, hemos vivido con un absolutismo juguetón e irrazonable que se complacía en las apariencias huecas y una vana aspiración que la nación se ha permitido durante demasiado tiempo. En su mayoría, el pueblo no quería eso. Pero el gobierno absolutista ha sido el responsable de que no hayamos sido capaces de generar hombres de estado, sino solo burócratas y lacayos».⁶² Era una valoración profunda e importante de cómo Alemania precipitó una guerra con sus tropicónes, escrita por un observador inmediato de su forma de gobierno.

Cuando el otoño fue dando paso al invierno, aunque los aliados no veían nada claro de qué modo podrían vencer la contienda, cada vez temían menos que fueran a perderla, pues la movilización de sus fuerzas era cada vez más efectiva. En el otro bando, en cambio, muchos empezaron a sentir cierta desconfianza. Ludwig Wittgenstein escribió, el 25 de octubre: «Cada vez siento con más fuerza la terrible tragedia de este aprieto —el de la raza alemana—. Me parece indudable que no podemos imponernos a Inglaterra. Los ingleses —la mejor raza del mundo— no pueden perder. Pero nosotros sí podemos perder, y perderemos; si no este año, el próximo. ¡La idea que nuestra raza vaya a ser derrotada me acongoja horriblemente, porque yo soy total y completamente alemán!».

La estridente belicosidad de algunos combatientes y sus familias había refluído. El 26 de septiembre, Itha J., la maestra austríaca, escribió en su diario: «Hoy he visitado al doctor K. y a su esposa. Me animó la fuerza de la fe de este hombre inteligente. Está convencido de que Alemania y Austria vencerán porque tienen la justicia de su lado. ¡Ojalá pudiera creer yo lo mismo, y así de categóricamente!».⁶³ El 10 de octubre, Elfriede Kühr quedó asombrada al oír decir a su abuela: «Todas las madres deberían ir ante el káiser a decir: “Paz, ¡ahora!”». La anciana, que experimentaba la cuarta guerra prusiana de su vida, retrocedía ahora con horror ante la perspectiva de un derramamiento de sangre casi ilimitado.

Pero en noviembre, un informe de la inteligencia política, referido a una vecindad obrera del barrio berlinés de Moabit, aseveraba que, aunque los socialistas locales no estaban entusiasmados con la guerra, seguían comprometidos con ella.⁶⁴ El veterano primer alcalde de Friburgo, Otto Winterer, dijo ante una asamblea de un millar de sus ciudadanos más ilustres, en el gran salón de reuniones de la parroquia de San Pablo, el 28 de septiembre: «Somos un pueblo de hermanos, un pueblo unido, unido también en la respuesta a la pregunta: “¿Quién tiene la culpa de haber iniciado esta guerra?” ... Todas las clases se mantienen unidas, de los príncipes a los trabajadores».⁶⁵ Kurt Alexander, editor de la publicación liberal judía *K. C.-Blätter*, escribió en septiembre, tras constatar que muchos alemanes acusaban a los judíos de

no aportar su peso al esfuerzo bélico: «Por lo tanto, nuestro sagrado deber es hacer más que ningún otro. Cada judío debe intentar convertirse en un héroe, ya sea en la batalla o en su ocupación [civil], eso no importa. Las hazañas de cada judío deben valer tanto que se escriban con letras doradas en la historia del pueblo alemán».⁶⁶ En ese momento, solo había aún un puñado de disidentes, como el director de Krupp, Wilhelm Muehlon, un visionario que soñaba con una Europa sin fronteras, arbitrada por un gobierno común y deploraba que su país hiciera la guerra. Muehlon escribió en su diario: «Hoy, Prusia solo es capaz de intensificar el odio entre los pueblos europeos y elevarlo a pura obsesión».⁶⁷

El 24 de octubre, el británico *New Statesman* se ocupaba de una pregunta que se planteaba con renovado vigor, al menos en los círculos intelectuales: «¿Por qué hemos ido a la guerra?». Hablaba de una oposición general a la alianza de Gran Bretaña con la autocrática Rusia «y la desconfianza frente a todo lo que reciba el apoyo de los elementos reaccionarios de ese país». Se había sugerido que la guerra la habían iniciado, deliberadamente, las fuerzas reaccionarias, con el fin de impedir la reforma social; era una guerra de agresión militarista, «que estamos librando sin ninguna razón real, simple y solamente para complacer a los diplomáticos y los fabricantes de armas». El *Statesman* rechazaba estas teorías conspirativas y concluía moderadamente: «Sabemos que el grueso del pueblo alemán no quería la guerra, y los que cabe pensar que están bien informados ... son casi unánimes en la convicción de que el káiser no quería la guerra». El gabinete, el Parlamento y el pueblo de Gran Bretaña «consentían la guerra por mor de Bélgica, y sean cuales sean los deseos privados —sin duda, numerosos y diversos— que han resultado hallar compensación en esta decisión nacional, sigue siendo cierto que se llegó a tal decisión en atención a Bélgica». Esta última afirmación, desde luego, era válida.

Lloyd George contribuyó significativamente al esfuerzo bélico mediante un discurso, uno de los más poderosos de su carrera, pronunciado el 19 de septiembre en el Queen's Hall de Londres. En él, formulaba una doctrina que se convirtió en popular artículo de fe: «Para emancipar Europa de la esclavitud ante una casta militar ... El pueblo obtendrá con esta lucha, en todos los países, más de lo que puede comprender en el momento presente ... La gran inundación de lujo y pereza que había anegado al país ya se retira, y emerge una nueva Gran Bretaña». Sus palabras tuvieron un profundo impacto inspirador, pero más adelante cosecharían un fruto amargo. Cuando la noción lloydgeorgiana de que la guerra comportaría tanto una regeneración moral nacional como un acuerdo político radical se vio, a todas luces, incumplida en 1918, la desilusión del pueblo británico fue colosal. Muchos se apartaron, encolerizados, no solo de la experiencia de las trincheras —como era inevitable—, sino también del «gato por liebre» que les habían dado Lloyd George y su parentela política. El canciller, que se convirtió en primer

ministro de Gran Bretaña en diciembre de 1916, podía alegar con justicia que los políticos de otras naciones vendieron falsedades parecidas; pero lo mejor habría sido explicar la verdad al pueblo británico, en el mismo 1914: que ellos, como los franceses, tenían que pagar un precio terrible, en sangre y tesoro, por una victoria en la que no podían aspirar a ningún beneficio tangible, salvo unas pocas colonias adicionales, de valor dudoso; pero que, aun así, era necesario realizar ese sacrificio para evitar las cosas mucho peores que ocurrirían si Alemania vencía.

Se continuaba invocando con pasión a Dios, en una y otra causa. El arzobispo de York declaró en octubre, fervientemente: «Todo aquel que respete su conciencia debe resistir en su puesto hasta que termine la guerra. No puede haber paz hasta que se haya aplastado este espíritu de militarismo de los alemanes».⁶⁸ Con la misma intención, aunque a favor de la otra causa, las iglesias de Alemania estaban a reventar, en todas las misas. El pastor de la iglesia Unser Lieben Frauen, de Bremen, se dirigió a los hombres del batallón de reserva de la ciudad en un sermón de despedida, antes de que partieran en tren hacia el frente: «Es una dura tarea, la que estáis llamados a emprender, pero una tarea esencial para la salvación de vuestro pueblo. Incluso entre la muerte y la destrucción, podéis ser magníficos evangelistas del idealismo si mantenéis la conciencia clara aun frente al enemigo. El camino que debéis recorrer es tan oscuro que a ninguno de vosotros se os puede asegurar que volveréis a casa».⁶⁹ En este último aspecto, al menos, el pastor fue clarividente.

II. Noticias y abusos

El 5 de septiembre, el primer ministro británico escribió, con su acostumbrada ligereza, al primer lord del Almirantazgo: «Mi querido Winston: los periódicos se quejan, no sin razón, de que los matamos de hambre. Creo que ha llegado la hora de que ... a través de la Oficina [de Prensa] les transmitas una “valoración” de los acontecimientos de la semana; con el aderezo de condimentos que tu habilidosa mano pueda proporcionar. Según lo que sabe la opinión pública, podrían estar viviendo en los días del profeta Isaías, cuya idea de la batalla era “ruido confuso y mantos manchados de sangre”».

Un sacerdote alemán comentó: «Si antes de la guerra, el periódico era el amigo de la casa, ahora es su señor, pues determina el contenido de casi todas las conversaciones de la familia y los amigos».⁷⁰ La consecuencia de la adicción pública a las noticias, en la nueva era de la prensa de circulación general, fue que todos los gobiernos se esforzaron sin complejos por manipular la representación: mediante la palabra escrita y hablada, canciones y los noticiarios de nueva invención; en 1918, el ejército francés había producido más de seiscientas películas para el consumo público. En varios teatros de variedades de París, incluido el Moulin Rouge, los pases de cine sustituyeron a los espectáculos en vivo.

Todos los beligerantes reconocían la importancia del apoyo estadounidense y se embarcaron en una vigorosa competición por conseguirlo. *The Times* editorializaba en agosto, en tono petulante: «Con profunda satisfacción, el pueblo británico ha tomado nota de que la causa en la que están combatiendo cuenta con la simpatía —una simpatía sin apenas restricciones— de sus parientes norteamericanos».⁷¹ La realidad era más complicada. Un editor de Indiana escribió con un desdén que hallaba amplio eco en todo el continente: «Nunca como ahora hemos apreciado tan vivamente la previsión de nuestros antepasados al emigrar de Europa».⁷² El presidente Woodrow Wilson, siempre moralista, creía que los sistemas de gobierno alemán y austro-húngaro necesitaban de un cambio radical, pero se negaba a atribuir toda la responsabilidad de la guerra a los alemanes. Los industriales de Estados Unidos mostraban gran interés, al menos en privado, por un resultado que debilitara la competencia mundial de Alemania. Desde el principio, su país se inclinó hacia la Entente, y algunos notables ofrecieron su aprobación. Como ejemplo destacado, cabe mencionar el del expresidente Theodore Roosevelt, que

hizo hincapié en los derechos de las naciones pequeñas, y en especial de Bélgica; sin embargo, hasta el hundimiento del *Lusitania*, en 1915, prefirió la neutralidad armada a la beligerancia nacional. Pero las potencias centrales también obtuvieron un apoyo importante, sobre todo en las comunidades étnicas alemanas. Alemania abrió en Estados Unidos una oficina de información el 14 de agosto, y los aliados la imitaron al poco tiempo.

En Francia, el 19 de septiembre, en la estela de la crisis del campo de batalla, hubo una intensificación radical de la censura; se prohibió todo comentario editorial que realizara «ataques inmoderados contra el gobierno o el alto mando del ejército», al igual que los «artículos que promuevan la conclusión o suspensión de las hostilidades».⁷³ En los primeros días de octubre, el periódico de Clemenceau, *L'Homme Libre*, quedó clausurado durante una semana, como castigo por haber desvelado la escandalosa desatención de los soldados heridos. Los ministros instaron a todas las cabeceras a dejar de publicar listas de bajas.⁷⁴ En Alemania, no se impuso un freno riguroso al comentario editorial hasta 1915; pero después de que se estableciera una oficina central de la censura en Berlín, en octubre de 1914, quedó prohibido oficialmente todo análisis de los reveses o las derrotas militares; también la crítica de la alta política, el debate sobre los objetivos de la guerra y la discrepancia sobre los beneficios de la contienda.

En esta fase temprana de la guerra, en todos los países había un respaldo general a favor de un control estricto de las noticias. El escritor Hilaire Belloc instó a eliminar tanto las malas noticias como los secretos militares: «Es ... prudente mantener al grueso del pueblo en la ignorancia de un desastre que se puede reparar de inmediato, o de locuras o incluso vicios en el gobierno que puedan reprimirse antes de que resulten peligrosos».⁷⁵ Más tarde, Belloc escribió a G. K. Chesterton: «A veces es necesario mentir tremendamente en interés de la nación». Pero la relación entre el gobierno y la prensa de Gran Bretaña estaba envenenada por la forma draconiana en que se había practicado la censura en los primeros meses de guerra y por la eliminación incluso de aquellas noticias del frente que el enemigo conocía a la perfección.

Todos los beligerantes intentaron movilizar sus plumas más aceradas y elegantes en defensa de sus causas. Anatole France no solo denunció el régimen del káiser, sino también la cultura, la historia e incluso el vino de Alemania. El compositor Camille Saint-Saëns criticaba a Wagner. Algunos escritores afirmaban haber descubierto la virtud de matar. En un ensayo sobre guerra y literatura, publicado en las primeras fechas del otoño de 1914, Edmund Gosse caracterizó la guerra como «gran recolectora del pensamiento». Comparó el rojo flujo de la sangre con un fluido cuya función fuera «vaciar y limpiar las piscinas estancadas y los canales coagulados del intelecto». Sir Arthur Conan Doyle, el creador de

Sherlock Holmes, alegaba en el panfleto *¡A las armas!*: «Feliz el hombre que puede morir con el pensamiento de que, en la mayor de sus crisis, había prestado un servicio máximo a su país».

El 18 de octubre, cincuenta y cuatro archipámpanos de la literatura suscribieron conjuntamente un artículo del *New York Times*, titulado «Famosos autores británicos defienden la guerra de Inglaterra». Al pie de la pieza se incluía un facsímil de la firma de cada escritor. Uno de ellos, Arnold Bennett, creó más de trescientos artículos de propaganda en el transcurso de la guerra. En carta a su editor estadounidense, le confió que había compuesto su primer panfleto —*Libertad: exposición del caso británico*, publicado en octubre de 1914— porque temía que las «influencias pacifistas y económicas» de Gran Bretaña y Estados Unidos pudieran «forzar una paz demasiado pronto»; esto es, antes de haber aplastado decisivamente el militarismo alemán.⁷⁶ Cuando, en el *New Statesman*, un escritor puso en duda las credenciales de los novelistas para pontificar sobre las cuestiones de la guerra y la paz, Bennett replicó más bien pomposamente: «Como la guerra es, principalmente, un asunto de naturaleza humana, un triunfo del instinto sobre la razón, no me parece impropio que se permita a los novelistas serios (que, se supone, algo saben sobre la naturaleza humana ...) expresarse en relación con el fenómeno de una nación en guerra, sin ser insultados por ello».⁷⁷ Desde un punto de vista más pragmático, a Bennett ya le iban bien los chelines del gobierno; él y Ford Madox Ford estuvieron entre los autores que aceptaron importantes cheques por escribir para la oficina de propaganda del gobierno, establecida en la Wellington House.⁷⁸

En Alemania, un profesor universitario comentó en septiembre que cuarenta y tres de los sesenta y nueve catedráticos de historia de la nación estaban trabajando en artículos sobre la guerra. Rudolf Eucken, profesor de filosofía en Jena y premio Nobel, hizo en 1914 treinta y seis discursos propagandísticos. El filósofo berlinés Alois Riehl escribía gozoso que «nuestra primera victoria ... ha sido vencernos a nosotros mismos. Nunca un pueblo ha estado tan unido como en aquellos primeros —e inolvidables— días de agosto ... Cada uno de nosotros sintió que vivía para el todo y que el todo vivía en cada uno de nosotros».⁷⁹ Entre los quebrantamientos más infames de la integridad académica figura el llamado «Manifiesto de los intelectuales de Alemania», firmado en octubre por noventa y tres nombres encabezados por Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff. Protestaba por las «mentiras y calumnias» de los aliados, que se habían «empeñado en manchar el honor de Alemania en su dura lucha por la existencia; una lucha a la que se le ha obligado».

La violencia de la competencia retórica y de los panfletos se intensificó

rápida. La destrucción de Lovaina y el bombardeo de la catedral de Reims se convirtieron en armas formidables, a la hora de promover la tesis de los aliados: que defendían los valores de la civilización frente a la barbarie germánica. En Francia, sobre todo, donde antes de la guerra había una honda división entre católicos y laicos, la aversión hacia todo lo alemán demostró ser una fuerza unificadora. En Gran Bretaña, Wellington House publicó un informe recopilado por el comité de lord Bryce (el «Comité de investigación de supuestas atrocidades alemanas»), en Bélgica y Francia. Se trata de un documento magistral en su lenguaje, pero de contenido sensacionalista.

Varios escritores franceses afirmaron haber identificado distinciones físicas relevantes entre su propia gente y la del káiser. Un historiador distinguido, Augustin Cochin, afirmó —al parecer, con toda seriedad— que existía un olor específicamente alemán —«muy fuerte; es imposible librarse de él»—, así como una especie estrictamente alemana de pulga, mayor que la que afligía a los soldados franceses.⁸⁰ Esta clase de excesos hizo que las personas más reflexivas y racionales retrocedieran con disgusto ante la propaganda. A medida que la guerra avanzaba y su horror se incrementaba, algunos fueron más allá y sucumbieron al cinismo; no daban el más mínimo crédito a ninguno de los argumentos y pruebas presentados en apoyo de la propia causa nacional.

Los que suponen que los medios de comunicación modernos tienen una tendencia sin igual a la hipérbole, la fantasía y el engaño, deberían fijarse en la locura de rumores e invenciones que se apoderó de la prensa mundial en 1914. El *Daily Mail* publicó un relato detallado de una victoria naval completamente ficticia. A principios de septiembre de 1914, en Liubliana, el doctor Eugen Lampe escribió: «Cuando empiezan los rumores dañinos, se propagan a una velocidad increíble. Si dos personas se encuentran en la calle, se preguntan la una a la otra: “¿Alguna noticia?”. Y ninguna sabe nada. Pero hay gente que siempre elige creer y difundir lo peor. Durante una semana, el ambiente ha sido de extrema tensión. Las familias que tienen maridos e hijos en el ejército lloran, ruegan y tiemblan. Se pelean por los periódicos. Y luego susurran: “No hay ninguna de nuestras bajas en la lista de heridos. ¡No nos lo quieren contar! ¡Son tantos que no los pueden anotar a todos!”».⁸¹

Pocos periodistas a los que se pidió escribir sobre la guerra tenían algún conocimiento sobre los asuntos militares; y esa ignorancia quedaba de manifiesto. La introducción de la guerra de trincheras fue recibida por la prensa francesa, al principio, como una innovación cobarde de los alemanes, ridiculizados como «topos».⁸² Muchos periódicos exageraban las debilidades del enemigo, su moral decaída o su escasez de alimentos. Se decía que las ciudades austríacas rogaban a los italianos que las salvaran de una hambruna inminente; de Alemania se contaba

que estaba intentando —en vano— reclutar obreros italianos para sustituir a los trabajadores movilizados.⁸³ Hacia finales de septiembre, *The Times* publicó un cálculo desmesurado, a partir de la lista de bajas, según el cual la FEB había perdido el 40 % de sus oficiales en tan solo un mes de combates. Ludwig Wittgenstein, en su embarcación armada del Vístula, escribió el 25 de octubre: «Ayer llegó una noticia tonta sobre la caída de París. Al principio, quedé encantado; hasta que comprendí que la historia no podía ser cierta. Estas noticias fantásticas son siempre un mal indicio. Si hubiera nuevas genuinamente positivas, no habría que recurrir a esos absurdos».⁸⁴ Cinco días después, examinó con ansia un periódico alemán, y, tras darse cuenta de la vacuidad de sus contenidos, se temió lo peor: «No hay buenas noticias, ¡lo que supone lo mismo que malas noticias!».⁸⁵

Entre tanto, en Francia, el 19 de agosto, *L'Eclair* de Niza noticiaba un choque inventado entre la Marina Real y la Flota de Alta Mar, en el mar del Norte, en el que los británicos habrían perdido dieciséis acorazados, entre los que estarían los *Iron Duke*, *Lion* y *Superb*. Los periódicos franceses eran especialmente entusiastas con las noticias relativas al príncipe heredero alemán, al mando de un ejército en campaña. El 5 de agosto, fue víctima de un intento de asesinato en Berlín; el 15, resultó gravemente herido en el frente francés y fue trasladado a un hospital; el 24 sufrió otro intento de asesinato; el 4 de septiembre se suicidó; luego resucitó, pero para caer herido otra vez el 18 de octubre; el día 20, su esposa lo estaba velando en el lecho de muerte; sin embargo, el 3 de noviembre se certificó que estaba loco. Ninguna de tales historias contenía ni un grano de verdad.

L'Action Française informó al público de que las cadenas de tiendas Kub y lecherías Maggi eran, en realidad, centros de inteligencia manejados por oficiales prusianos que se habían naturalizado como franceses en previsión de la guerra; en cada lechería había transmisores de radio ocultos, y la leche Maggi estaba envenenada. Tales noticias comportaron asaltos multitudinarios y violentos contra aquellos negocios, de propiedad extranjera, pero perfectamente inocentes.⁸⁶ Entre los mitos más absurdos ampliamente divulgados estaba el de la «turpinita», un nuevo superexplosivo supuestamente inventado por el químico Eugène Turpin, que aniquilaría sin esfuerzo a los soldados alemanes en sus trincheras. La revista satírica francesa *Le Canard Enchaîné* se fundó hacia esta época como reacción a los engaños perpetrados por la prensa tradicional.

Algunas de las carencias de los periódicos no eran culpa suya, sino la consecuencia de la negativa de los gobiernos a comunicar hechos o permitir que los corresponsales visitaran el frente. En Gran Bretaña, el coronel Repington se quejaba de que se estaba abusando de la censura «para cubrir todos los errores políticos, navales y militares». Sin duda, el sistema se empleaba sobre todo para

mantener la moral pública, antes que para ocultar secretos operativos al enemigo. En Francia, después del Marne, el Estado Mayor empezó a proporcionar a la prensa un hilito de información; pero el daño ya se había hecho y se abrió una brecha de credibilidad que ya nunca se cerró del todo. Los periodistas franceses —y, al poco tiempo, sus lectores— desarrollaron un escepticismo crónico al respecto de cualquier pronunciamiento oficial.⁸⁷

En el campo de batalla, los soldados se referían desdeñosamente al *bourrage de crâne* (literalmente, «atiborrar el cerebro» y, en sentido figurado, «cuentos chinos») que contenían los periódicos que les llegaban. Maurice Barrès, de *L'Echo de Paris*, cobró (triste) fama por su entusiasmo bélico, lo que movió al apasionado pacifista Romain Rolland a calificarlo de «ruiseñor de la masacre».⁸⁸ El *poilu* rechazó la prensa convencional y optó por los periódicos de trincheras, que los propios soldados escribían y copiaban, o las cabeceras suizas, cuando se conseguían.⁸⁹ El filósofo Alain Emile-Auguste Chartier, a la sazón soldado, escribió el 25 de noviembre: «El *Journal de Genève* es muy buscado por aquí, y los oficiales hacen recortes; las noticias militares son admirables y todo el mundo está de acuerdo en que, por comparación, nuestros periódicos resultan risibles».

El historiador-soldado Louis Debidour coincidía: «A todos nos parece intolerable la clase de literatura que los periodistas escriben sobre las trincheras, el ingenio de nuestros hombres, el aire general de entusiasmo, la alegría forzosa que exhiben las tropas, los diseños pintorescos de trincheras, etc. Todo eso es pura invención. Los hombres están tranquilos y serenos, nada más; se han resignado a poner la mejor cara posible ante el espantoso sufrimiento causado por el frío y un tiempo atroz». Los periódicos alemanes hacían lo mismo. El *Oder-Zeitung* incluía una sección titulada: «Nuestros brandemburgueses en el Aisne».⁹⁰ Su autor, corresponsal de guerra, aplaudía la capacidad de los soldados tanto de hacer de las trincheras un lugar acogedor (*gemütlich*) como de ver la cara divertida de las cosas. Se decía que los refugios subterráneos estaban «cómodamente provistos» y los campamentos de las áreas avanzadas se parecían a los de la vieja frontera norteamericana, descrita en la serie de novelas de «Medias de Cuero», de James Fenimore Cooper. La guerra se presentaba como un desafío estimulante para los jóvenes.⁹¹

Todos los pueblos de Europa se mostraron vulnerables a las fantasías menos verosímiles. El 29 de septiembre, el escritor Arthur Machen compuso un relato breve para el *Evening News* londinense, en el que describía cómo los hombres de la FEB en Mons habían visto a San Jorge a la cabeza de los arqueros de la antigua Inglaterra, que lanzaron una lluvia de flechas que causó la muerte (sin dejarles marca alguna) de diez mil alemanes. Aunque la pieza de Machen se presentaba

expresamente como ficción literaria, fueron incontables los que decidieron que describía un hecho real. En el otro bando, los austríacos se entusiasmaron con la leyenda de una niña de doce años, llamada Rosa Zenoch, que se suponía había llevado agua a los heridos en la batalla de Lemberg, a costa de resultar herida por la metralla. La chica perdió una pierna y apareció en un hospital de Viena, donde el propio Francisco José le regaló un guardapelo y convino en costearle una prótesis. La historia del «pequeño ángel de Lemberg» se convirtió en materia básica de la literatura infantil austríaca.⁹² Para no ser menos, *The Lady* recomendaba un nuevo libro inglés, titulado *Amiguitas belgas (Belgian Playmates)*, de Nellie Pollock: «Una breve historia para niños, extraordinariamente bonita y adecuada, un cuento de la presente guerra, situada en parte en Inglaterra y en parte en Bélgica».⁹³

No es de extrañar que los soldados de los ejércitos rivales tuvieran un sentimiento de comunidad que los unía más entre ellos que con la gente de sus países, a la cual todos los gobiernos en guerra intentaron mantener alejada de cualquier conocimiento real de lo que se estaba haciendo, en su nombre, en el campo de batalla.

Los alemanes averiguaron más cosas sobre el esfuerzo bélico de Gran Bretaña gracias al chismorre social transmitido por neutrales que por medio de los periódicos aliados o sus propios espías. El primer agente enviado desde Berlín fue un oficial de la reserva, llamado Carl Lody, que llamaba un poco la atención sobre su persona por hablar inglés con acento de Estados Unidos. Fue arrestado el 2 de octubre, después de que se interceptaran cartas incriminatorias que había enviado a la neutral Estocolmo. Se le formó consejo de guerra público, en Westminster Guildhall, y fue condenado a muerte. Fue fusilado, como correspondía, en el foso de la Torre de Londres. «Supongo que no le daréis la mano a un espía», dijo el condenado al ayudante del preboste. «No; pero sí se la daré a un hombre valiente», respondió el oficial. Vernon Kell, director del MI5, respetaba a Lody y lamentó la decisión de fusilarlo. Otros agentes alemanes fueron detenidos después de que un refugiado belga en la neutral Holanda escribiera al Ministerio de Guerra para revelar a qué nombre (Frans Leibacher) y dirección de Rotterdam estaban dirigiendo la correspondencia.

Por suerte para Berlín, sin embargo, cabía acceder fácilmente a otras fuentes de información sobre la actividad militar británica. Aunque ello desesperaba a los comandantes en campaña, los «diez de arriba» —las diez mil personas de más influencia en la sociedad británica o, más en general, las capas superiores— adolecían de una indiscreción crónica. Los datos más delicados de la inteligencia

operativa se mencionaban en las mesas de las grandes anfitrionas, de donde, a menudo, acababan llegando a los periódicos de los países neutrales, y, de aquí, al enemigo. «Para saber cualquier cosa, había que salir a comer, y estoy seguro de que en casas como ... las de lady Paget y la señora J. J. Astor, la información solía ser precisa y actualizada», escribió el periodista Filson Young. «El bien alimentado oráculo del Ministerio de Guerra, que esperaba cuidadosamente a que los sirvientes hubieran salido de la sala, con un melocotón y un vaso de oporto ante sí y su “Bien, lo poco que sé se puede contar pronto” sigue siendo característico de estos días.»⁹⁴ Con censura o sin ella, la seguridad militar británica siguió siendo pobre durante la guerra, al igual que era pobre la calidad de la información que la prensa, maniatada, ofrecía a la opinión pública. Fue un rasgo notable de la guerra de 1914-1918 que, a su fin, la credibilidad de los gobiernos había quedado gravemente dañada por sus políticas —torpes y, de hecho, opresivas— de gestión de la información. El engaño que todos los gobernantes vendieron a las sociedades beligerantes contribuyó en muy gran medida a la desilusión posterior.

14

Campo abierto, cielo abierto

I. La aventura de Churchill

El 2 de septiembre, entre Suiza y Verdún, los beligerantes batallaban entre sí a lo largo de líneas casi continuas. Una semana después, el frente se había estabilizado en otro centenar de kilómetros, entre Verdún y Mailly. Pero seguía habiendo unos 275 kilómetros de campo abierto entre el Aisne y el Canal, que los ejércitos rivales ni atravesaban ni destruían. Franceses y británicos se esforzaban por hallar el número de hombres necesario para defender sus posiciones. Al norte y al oeste, Falkenhayn vio oportunidades de lograr, antes del invierno, la maniobra envolvente que los ejércitos del káiser no habían logrado concluir en agosto. No tenía claro que aún se pudiera lograr una victoria alemana absoluta; pero incluso si no podía dejar al descubierto el flanco aliado, tomar los puertos del Canal llegando, por el oeste, hasta la misma Calais redundaría en una posición estratégica abrumadoramente poderosa desde la que negociar la paz.

Mientras los ejércitos francés y británico se desplegaban de nuevo para responder a esta amenaza —en una notable proeza de logística y trabajo del Estado Mayor—, sus comandantes sentían un similar arranque de optimismo. Suponían que, en el norte de Francia y la región no ocupada de Bélgica, aún se podía llevar a cabo una campaña de movimiento rápido; algo muy distinto del estéril bombardeo del Chemin des Dames. En septiembre y octubre se vivieron las últimas convulsiones terribles de la campaña de 1914 en el frente occidental. Ante un otoño meteorológico cada vez más deteriorado, los ejércitos en conflicto se enfrentaron en una lucha que suele denominarse «la carrera por el mar», aunque en realidad, ambos bandos tenían menos interés en la costa del Canal que en buscar espacios en los que dejar al otro rodeado. Sir John French eligió trasladar la FEB al flanco izquierdo de los aliados, en parte para simplificar sus comunicaciones con Inglaterra, pero también con la engañosa idea de que su pequeño ejército y su poderoso contingente de caballería podrían aprovechar allí unas posibilidades fantásticas. En cambio, británicos, franceses y belgas se hallaron atrapados, primero, en una serie de batallas de encuentro; luego, en un proceso de asalto feroz que perduró durante algunas de las semanas más terribles de la guerra, en las que los aliados se aferraron precariamente a su línea, frente a las multitudinarias acometidas de los alemanes.

Al asumir el mando, la primera decisión de Falkenhayn —aun consciente de que era un error— fue permitir que el ejército de Bülow intentara de nuevo la

penetración por el frente de Soissons-Reims. Después de que ese asalto fracasara, el 16 de septiembre, centró todo el empeño en reforzar su ala derecha. En el bando francés, y con la misma esperanza de rodear a Kluck, Manoury remontó prudentemente el Oise, donde, el día 17, sus tropas chocaron con las alemanas y quedaron detenidas. Joffre empezó a enviar soldados más al norte, con rapidez, para formar un nuevo ejército dirigido por Castelnau, el viejo incondicional de setenta y tres años que había demostrado ser «una roca» en la Couronné de Nancy. Pero sus hombres eran reservistas, sin gran energía ni buena instrucción, y Falkenhayn pudo mover fuerzas para enfrentarse con ellos, formando también su propio nuevo ejército, capitaneado por el príncipe Rupprecht de Baviera. El problema de los alemanes era que el sistema ferroviario de este a oeste, en las zonas ocupadas de Bélgica, Luxemburgo y Francia, estaba mal adaptado para el transporte de un gran número de hombres hacia el norte, desde el extremo sur del frente. Las vías belgas habían sido objeto de intensos sabotajes de los compatriotas del rey Alberto, en su retirada, que además habían enviado a Francia la mayor parte del material rodante. En octubre, la red de ferrocarriles seguía funcionando de un modo imperfecto, aun a pesar de que los alemanes habían asignado 26.000 jornaleros a las labores de despejar los túneles bloqueados y reparar las vías rotas.

Entre septiembre y noviembre, los alemanes enviaron repetidamente refuerzos hacia la costa, pero nunca en número suficiente o con la rapidez precisa para obtener resultados decisivos. Los franceses usaron mejor sus trenes, y esta diferencia resultó crucial. Al atardecer del 23 de septiembre, el 6.º Ejército de Rupprecht subió por el Oise. A Joffre, en el GQG, le faltó agilidad para comprender la importancia del movimiento, pero los hombres de Castelnau lograron frenarlo. Las tropas francesas también contuvieron otra acometida, más al sur, el día 26, donde causaron pérdidas graves. Aquí, de nuevo, los generales de Falkenhayn hicieron avanzar a sus hombres en masa y sufrieron el mismo destino que los de Joffre en agosto, cuando fue su turno de atacar. Pero el auténtico foco de la atención era el norte: en el pecho de muchos hombres de las cuatro naciones aún brillaban esperanzas enfrentadas de lograr un triunfo histórico. Las carreteras de Francia estaban atestadas de jinetes y vehículos que subían hacia Amiens, Arras, Lens o Lille, mientras los trenes transportaban a las formaciones de infantería hasta los puntos de desembarco local.

En las líneas alemanas ocurría algo parecido. El 6 de octubre, el artillero Herbert Sulzbach contemplaba emocionado cómo, columna tras columna, la caballería pasaba junto a su batería, de camino al frente: «Dragones de Darmstadt, cazadores montados de Tréveris, regimientos de Metz, Karlsruhe, Bruchsal, Mulhouse y Cassel: tienen un aspecto terrorífico, con sus lanzas, y sientes que va a ocurrir algo muy gordo ... y te embargan la esperanza y la emoción. Vi a bastantes

conocidos, entre los hombres que pasaban. ¡Qué extraño que la gente se pueda encontrar en este frente gigantesco, casi en el mismo campo de batalla!».¹ Sulzbach se entusiasmó casi por igual al descubrirse una barba de varios días y oírse maldecir y gruñir como un viejo soldado: «Es maravilloso ser uno de los millones que son capaces de unirse a la batalla».²

El káiser visitó el frente en Chauny e intentó calmar el escepticismo de los soldados con los que se reunió. «Estaréis en casa por Navidad. Os dejaré ir pronto», les decía repetidamente. Hubo esperanzas paralelas en París, donde perduraba la euforia del Marne. En la embajada británica, sir Francis Bertie escribió, el 1 de octubre: «Si Joffre vence y logra tomar la Alsacia-Lorena para Francia, podrá hacer lo que se le antoje».³ Pero antes de que se expresaran tales esperanzas civiles, el comandante en jefe francés se había visto obligado a renunciar a la ambición de rodear a los alemanes. Aunque continuaba enviando tropas adelante, Joffre veía que solo podían aspirar a mantener una línea que frustrara el magno proyecto del enemigo. Los hombres del príncipe Rupprecht avanzaban sobre Lille y se habían echado sobre Arras, que, al atardecer del 4 de octubre, amenazaba con quedar rodeado. En respuesta a esta amenaza, Joffre nombró como su segundo al general Ferdinand Foch, con responsabilidad sobre toda el área de operaciones septentrional. En este papel, durante las semanas siguientes, la aportación de Foch fue mantener una resolución férrea. Dijo a sus subordinados que no podía haber retiradas: sus hombres debían morir en sus puestos. Maud'huy, al mando ahora del 10.º Ejército, adscrito a Foch, repelió una gran acometida alemana contra Arras. Al caer la noche del 6 de octubre, la línea era estable. Falkenhayn desvió la atención hacia otra zona.

Los franceses eran muy conscientes de que el destino del norte de su país y el resto de Bélgica no estaba únicamente en sus manos: las tropas británicas y belgas interpretarían papeles cruciales. Desde la última semana de septiembre, al mismo tiempo que el ejército del príncipe Rupprecht atacaba a los franceses al este de Arras, sus formaciones también habían estado recorriendo Bélgica, donde la población local y el ejército belga se retiraban a su paso. Desde Gante, la desdichada Jeanne van Bleyenberghé escribió a una amiga: «Oímos los cañones muchas veces, y no te puedes imaginar lo terrible que resulta oír ese ruido; pensar que, cada vez, están muriendo muchos hombres ... En vuestros periódicos se habrá hablado de los padecimientos de nuestro pueblo, cómo han matado a viejos, mujeres y niños, y prendido fuego a pueblos enteros».⁴

El día 30, la enfermera voluntaria Gladys Winterbottom tuvo que esquivar a varios hombres destrozados cuando entraba en Waelham para recoger bajas. «En el puente había uno de esos pequeños y bonitos centinelas; estaba muerto. Empezamos

a cruzar, bajo un bombardeo terrible ... pero justo entonces, doce soldados aterrorizados se pusieron en medio, tambaleándose como borrachos, agarrados a las barandas del puente, para poder tirar de sí mismos. Su comandante había muerto y huían para salvar la vida. No hallamos heridos, así que hice subir a los doce hombres en el Fiat ... Estaban muy histéricos y, del alivio, casi me abrazaron. Quedé demasiado afectada para arriesgarme de nuevo al bombardeo».

Falkenhayn decretó que había que acabar con la molestia de Amberes. Los belgas habían perturbado a los alemanes realizando dos salidas desde la fortaleza; la primera, en las fechas de Le Cateau; la segunda, durante los combates del Aisne. Ahora Falkenhayn estaba resuelto a poner fin a aquella amenaza persistente a sus comunicaciones. El OHL envió un cuerpo de reserva, con un ingente apoyo de la artillería, a bombardear la ciudad, donde se concentraba la mayor parte del ejército belga. Moltke viajó allí en persona, con la débil esperanza de recobrar al menos un poco de su prestigio perdido. Joffre rechazó la petición de ayuda de los belgas, porque Amberes no tenía lugar en su plan estratégico general; por su aislamiento, entendía que era imposible defender el perímetro. Solo envió unos pocos zuavos, reservistas e infantes de marina, para que cubrieran la retirada del destacamento de la ciudad, que bajaría por la costa hasta entrar en Francia; para el comandante en jefe, era un resultado inevitable. Los británicos, en cambio, tenían ideas más ambiciosas. Habían invertido un gran capital emocional en el país del rey Alberto. John Galsworthy preguntaba en el *Daily Mail*: «¿Qué vamos a hacer por Bélgica, por este país, el más valiente de entre los pequeños, triturado, por su pura lealtad, bajo un talón de hierro? ¿Por este país, el más inocente de los que sufren el Armagedón del propio Dios?».⁵ La explosión emocional del novelista reflejaba el sentir de la opinión pública. Aunque Bélgica había sido invadida, buena parte del país no había sido ocupada. ¿Acaso las armas de Gran Bretaña no podrían impedir su esclavitud absoluta? Mucha gente —incluidos ministros y generales— se sentían atraídos de forma instintiva por la noción de librar una batalla cerca del país, al alcance de la Marina Real. Era una oportunidad de emprender una acción independiente, sin el estorbo de Joffre y sus compatriotas.

Sir John French, con su infalible escasez de buen juicio, coqueteaba con la idea de llevarse toda la Fuerza Expedicionaria Británica hasta Amberes, que es donde habría querido estar desde el mes de agosto. Si este plan se hubiera llevado a cabo, es casi seguro que su ejército habría quedado rodeado por el alemán y quizá habría resultado destruido antes de que se lo pudiera evacuar. Al final, solo se acordó con los franceses que la FEB pasaría del Aisne a desplegarse en el flanco izquierdo. En la noche del 1 de octubre, sus divisiones iniciaron el largo proceso de retirada del Chemin des Dames. Y al mismo tiempo, lanzaron una aventura local en Amberes. Aunque la idea de llevarse a todo el ejército se había abandonado, algunos espíritus

británicos arrojados aún veían ocasión para la piratería.

En los archivos del Almirantazgo de aquellos días, el funcionario Norman Macleod se topó con un memorando estratégico de preguerra, escrito por el primer lord. Le pareció «maravilloso». En 1911, Churchill había descrito un choque entre la Entente y las potencias centrales, en el que «preveía que [los] franceses tendrían que permanecer a la defensiva en las fronteras del noreste y, posiblemente, ceder terreno ante el avance alemán por Bélgica; y, posiblemente, incluso París estaría en peligro. Se preguntaba si el pueblo francés podría cumplir con toda la acción de demora necesaria. Gran Bretaña enviaría 290.000 hombres en su ayuda ... al día 40, la marea cambiaría». Macleod introdujo matices en su admiración, sin embargo: «Este documento es casi la única prueba de genuino talento que he visto por parte de Churchill; el proyecto de División Naval ha mostrado sus debilidades. Su pensamiento es rápido, y él es fértil en sugerencias y un trabajador increíble; pero le falta equilibrio y consistencia, y en equipo no trabaja bien. No me lo puedo imaginar concibiendo un gran proyecto y llevándolo a cabo hasta el final. Empieza una cantidad interminable de cosas, amenaza a los jefes de departamento con graves sanciones si no se ejecutan sus planes... y entonces flaquea y se demora en tomar una decisión y deja caer el plan».

Fueron críticas clarividentes, a la luz de la extravagante aventura que patrocinaba ahora el primer lord. El «proyecto de División Naval» al que se refería Macleod era un ataque netamente pirático de Churchill. Reunió a una mezcolanza de hombres de la real infantería de marina, y personal naval excedente, con la aspiración de crear su propio ejército privado, pues estaba convencido de que en Amberes podría cumplir su sueño de realizar una operación anfibia. Se mirara como se mirase, era un proyecto imprudente o incluso, más aún: temerario. Amberes era una plaza insostenible como la cabeza de playa continental que él imaginaba: solo se la podía abastecer remontando el Escalda, es decir, quebrantando la neutralidad holandesa. El primer lord, sin embargo, se hizo nombrar plenipotenciario de Gran Bretaña en la fortaleza sitiada y se puso en marcha con la única fuerza británica disponible: su División Naval.

El ejército belga desplegado alrededor de Amberes estaba muy presionado. Un mes antes, el periódico francés *Le Matin* había asegurado que la ciudad era «virtualmente inexpugnable». En realidad, sin embargo, desde 1900 no se había hecho nada para modernizar sus fuertes protectores, tan vulnerables a la artillería moderna como los de Lieja. Entre el destacamento, estaban los granaderos Edouard y Charles Beer, dos de los cuatro hijos de una próspera familia belga. Se habían apresurado a unirse a la defensa del país, siete semanas antes, con una expectativa gloriosa; y se desanimaron al ser enviados a Amberes, donde solo blandían palas, un día tras otro. Ahora, el asalto alemán los sepultaba.⁶

Su fuerte, situado a las afueras de la ciudad, recibió un intenso bombardeo hasta que uno de los proyectiles impactó en un arsenal, provocando una explosión colosal. Edouard Beer escribió en su diario:

Hemos necesitado todo nuestro coraje. ¡Qué panorama tan atroz! Cuerpos sin cabezas o caras, miembros arrancados, pechos abiertos, lamentos y gritos que te destrozaban los oídos. La mayoría no llevaban las chapas de identificación, por lo que no se los podía reconocer. Había treinta y siete cadáveres; solo cuatro sobrevivieron, heridos, dos de ellos de gravedad.

Los camilleros se negaron a acercarse, así que el comandante pidió voluntarios para llevar a la granja los dos casos más graves. Nos adelantamos Charles, yo y otros dos. El comandante nos dio la mano a los cuatro y dijo: «*Bon courage, mes enfants*». Mientras cruzábamos a campo abierto, caían proyectiles por todo alrededor, a veces muy cerca. Los heridos gemían terriblemente a cada paso; y cada veinte pasos, o así, teníamos que parar porque la manta en la que los transportábamos había resbalado de nuestros dedos embarrados.⁷

Por fin llegaron a las posiciones principales, entregaron la carga y regresaron al fuerte, donde los saludaron sus camaradas, asombrados de verlos con vida.

El asedio formal a los cien kilómetros de perímetro de Amberes empezó el 28 de septiembre, aunque la carretera del oeste, que corría a lo largo de la frontera con los Países Bajos, siguió abierta. Se había optado por inundar amplias extensiones de los campos de los alrededores, para evitar que el enemigo las tomara; pero ello tuvo otra consecuencia: que los defensores del exterior de los fuertes no se pudieran atrincherar en el terreno anegado. En la noche del miércoles 30, el bombardeo se había vuelto continuo. Edouard Beer escribió: «El espectáculo es terrorífico. Tanto por delante de nosotros como por detrás, vemos los destellos de los cañones; al norte, al sur y al oeste, por igual, solo hay incendios. Todo el centro del pueblo de Wavre-Sainte-Catherine arde como una tea, incluida la torre del campanario». A la mañana siguiente, debido al bombardeo, su unidad abandonó las posiciones; pero al anochecer, aprovecharon una espesa niebla para recuperarlas. A los pocos días, Beer anotó: «Nuestra tercera noche sin descansar ... Otros cuatro hombres han muerto en el bombardeo de hoy, lo que suma ya veinte fallecidos solo en este tramo de trinchera ... ¡Ah! La rabia de la impotencia. Ver a los camaradas caer a tu lado, y a otros, heridos, ¡y no poder vengarlos! Ver a los hombres derribados por las ametralladoras, ¡que ni siquiera pueden morir luchando! Este período de bombardeo tan intenso es de lo más desazonador».⁸

Los hombres de la Real División Naval de Churchill vestían con el atuendo de marino e iban mal pertrechados, y sin apenas entrenamiento, para la guerra terrestre. Ya los había enviado en varias salidas breves y frustradas con las que se había encaprichado: primero a Ostende, luego a Dunkerque y, de ahí, a Lille. Ahora, el primer lord abandonó su puesto en el Almirantazgo y corrió a Amberes para reorganizar la defensa en persona, tras pasear por la ciudad en un RollsRoyce

descubierto. Uno de los hombres de su séquito, el marino de segunda Henry Stevens, describió así la experiencia: «A mí me parecía que el señor Churchill dominaba la situación y ... no estaba nada satisfecho con la posición ... A veces parecía criticar el emplazamiento y la construcción de las trincheras del ejército belga ... Exponía sus ideas convincentemente, agitando el bastón y golpeando en el suelo con él. Tras hacer algún comentario claramente mordaz, se alejaba unos pocos pasos y se quedaba mirando en la dirección del enemigo. En otras ocasiones, se marchaba a zancadas, sin decir otra palabra, se metía en el coche y aguardaba impaciente ... En una línea de trincheras halló que había muy pocos defensores y preguntó “dónde narices estaban los hombres”».

Es difícil exagerar el absurdo de arrojar a una fuerza británica, escasa e improvisada, a una batalla que casi nadie creía poder ganar, dada la debilidad de los belgas y el hecho de que la ciudad estaba muy alejada, en el extremo noroccidental del territorio aliado. El capitán de la infantería de marina Maurice Festing contó que sus hombres recibieron con disgusto la orden de salir corriendo de Lille —cuyos habitantes los habían recibido como libertadores— para acudir a Amberes a instancias de Churchill. En su diario apuntó, el 4 de octubre: «Nuestro éxodo es un recuerdo muy doloroso para mí, y confío en que nunca más se me pedirá que ejecute una retirada tan desagradable y humillante».⁹

Los infantes de marina que abandonaron la ciudad quedaron desconcertados cuando, en su penoso camino hacia el norte, se encontraron con cañones belgas que marchaban en sentido contrario, lo que sugería que el compromiso aliado con la defensa de Amberes no sería incondicional. Festing y sus camaradas estaban igualmente confusos ante lo que se esperaba de ellos, siendo una fuerza de solo 2.500 hombres, sin apoyo logístico ni artillería propia, que, además, pasaba mucha hambre. Se asombraron al encontrarse de pronto con el primer lord en persona, con su rechoncha figura ataviada con capa de oficial y gorra naval. «Pasó revista a nuestros hombres sobre la marcha, y les prometió que podrían comer toda clase de lujos. Se le veía entusiasmado.»¹⁰ La infantería de marina llegó a Amberes, donde se le unió la otra brigada de la improvisada División Naval; y las guiaron a posiciones donde pronto fueron objeto de un bombardeo que dirigían observadores alemanes en globos cautivos. Churchill se había apoderado de algunos Rolls-Royce blindados y un tren blindado, manejados ambos por marinos de guerra con uniforme de servicio naval, que en ese momento entraron un poco en acción. Llegaron órdenes de resistir hasta el último hombre. Maurice Festing escribió: «La recepción de este mensaje me irritó sobremanera, porque me pareció que sería mucho mejor no decir tal cosa sobre defender una posición perfectamente ridícula e inútil».¹¹

En la preguerra, el Almirantazgo había reservado a la infantería de marina

para el servicio a bordo de los barcos de guerra. Antes de la movilización, «la instrucción militar de este cuerpo había descendido a un nivel bajísimo, casi cómico ... [Ahora] se encontraba sin planes, equipo ni formación para aquella clase de emergencia».¹² En buena parte, los hombres destinados a la operación eran reservistas de relativa edad. Festing quedó horrorizado al pasar revista al batallón en sus puestos, durante su primera noche en Amberes: todos los hombres estaban profundamente dormidos, sin centinelas. Al día siguiente, 7 de octubre, primero se les ordenó retirarse; luego, tras haber recorrido alguna distancia, se les pidió que ocuparan de nuevo la línea anterior. Festing fue nombrado segundo del general de brigada; en este papel, su primera orden fue enarbolar una gran bandera de la Cruz Roja sobre el cuartel de su Estado Mayor, situado, muy apropiadamente, en un antiguo sanatorio mental. Al día siguiente, el general de brigada sufrió una crisis nerviosa.¹³

Entre tanto, la situación del perímetro belga era cada vez más desesperada. Edouard Beer escribió, el día 7: «Pronto llega el anochecer y, con este, nuevas órdenes: debemos aprovechar la niebla para recuperar las trincheras que hay por delante del pueblo; hay que ocuparlas de nuevo “al coste que sea”, dice el general, aun si perdemos la mitad de nuestras fuerzas por el camino. La columna marcha hacia adelante en doble fila, en medio de la oscuridad, en absoluto silencio. Pronto se levanta ante nosotros un gran resplandor rojo: es Wacherbe, en llamas; solo quedan ruinas; aquí y allá, sigue en pie una casa incendiada; los animales abandonados por los habitantes pasean a voluntad, buscando alimento; pasamos a su lado, con el corazón encogido. Nuestros pasos resuenan sobre el *pavé*, con grandes cráteres donde han explotado los proyectiles».¹⁴

Churchill se refirió luego, desdeñosamente, a formaciones alemanas de escasa calidad, formadas por reservistas que se adentraban en la fortaleza «arrastrándose como gusanos o balanceándose como patos». Pero era obvio que la línea aliada no se podía mantener: Amberes estaba condenada. La real infantería de marina recibió órdenes de retirarse de parte del coronel Jack Seeley, el antiguo ministro de Guerra británico, que se había trasladado al campo de batalla —a juicio de un exasperado Festing, como «uno de esos errantes políticos-soldado»— y estaba adscrito, temporalmente, al Estado Mayor de la División Naval. Se formó un caos cuando las unidades británicas fueron retirándose del frente y saliendo de la ciudad, en un goteo desordenado. «Creo que nunca me he sentido más enfadado con nadie que lo que en ese momento me enojé con el coronel Seely. Era, lo sabía, un gran amigo del señor Winston Churchill; y, sinceramente, maldije el día en que el destino puso aquella desafortunada brigada en manos de dos profesionales de la política y aficionados de las fuerzas armadas.»¹⁵

Cuando fue evidente que los británicos se retiraban y la ciudad iba a caer, el segundo de la brigada, el doliente general de brigada y el resto del Estado Mayor se apiñaron a bordo del único automóvil disponible; algunos, de pie sobre los estribos. En la oscuridad, perforada por el resplandor de los edificios en llamas, salieron de la ciudad traqueteando, con dos ruedas con la llanta desnuda, después de sendos reventones. Festing escribió: «Aquella noche del 8 de octubre, el propio diablo estaba celebrando una gran fiesta en Amberes: fue un auténtico infierno».¹⁶ Los guardias de la ciudad vacilaron antes de abrir a los británicos la puerta de Malinas, para que pudieran huir.

Más adelante, cuando Falkenhayn cerró el puño sobre el país, ochenta mil soldados belgas, que también se retiraron de Amberes, libraron con valentía algunas batallas contra la abrumadora superioridad alemana. Entre los que se replegaron había un pequeño grupo de británicos, enfermeras y conductores de ambulancia, que se habían unido al ejército belga. Al atardecer del 9 de octubre, una de ellas, Elsie Knocker, estaba en el pueblo de Melle, al norte de Gante. Escribió: «Los alemanes avanzaron de pronto, subiendo por la calle con las bayonetas montadas; tuvimos que salir a toda prisa bajo un fuego intenso».¹⁷ Entonces, la enfermera tuvo noticia de que allí cerca había muchas bajas, tendidas en un campo de nabos. La condujeron a la escena y halló decenas de alemanes muertos y heridos, entre numerosos *fusiliers-marins* franceses. Knocker, con la ayuda de Tom, su conductor *cockney*, llenó la ambulancia de heridos. Tom se marchó para dejarlos en lugar seguro y la enfermera se quedó al cuidado de tres alemanes y un belga con un hombro destrozado.

«Por todas partes había un silencio fatal, ni un sonido; y, hasta que vi a la ambulancia desaparecer por la carretera, no me di cuenta de lo sola que estaba. Sentada en un campo de nabos, rodeada por doscientos muertos y cuatro pacientes que se podían sentar. En la cabeza me rondaban ideas como: “¿Quedará Tom cortado y no podrá volver?”, “¿Avanzarán los alemanes por el campo, con la intención de reconquistar Melle”. De pronto, oí una voz a cierta distancia, que me preguntaba: “*Schwester, sprechen sie Deutsch?*”. “*Ja*”, respondí.* Uno de los pacientes sentados dijo entonces: “Coge un sobretodo y una gorra de uno de los muertos y ven a sentarte con nosotros” ... Me dijo que los alemanes estaban al otro lado del campo y, si venían [mi] uniforme caqui, podrían disparar», escribió la enfermera en su diario.

Al caer la noche, distinguió la ambulancia que regresaba hacia ella; una hora más tarde, estaba a salvo en el hospital. Como muestra de hasta qué punto podía ser aburrida y atrofiante la existencia diaria, en tiempos de paz, de las mujeres de clase media como Elsie Knocker, está su posterior comentario eufórico sobre aquella experiencia: «Fue un día magnífico, fantástico, que no me habría perdido por nada».

alemanes, se molestaban por la intervención de una inglesa que, ante todo lo que veía, sentía desbordarse una pasión juvenil despreocupada. «Mi querido padre», le escribió al primer ministro británico, «todo lo que me ha pasado o puede llegar a pasar nunca palidece y se consume ante el irresistible interés de esta expedición.»¹⁹

Amberes se rindió en las primeras horas de la tarde del 10 de octubre, aunque la mayor parte del destacamento y del contingente británico había logrado escapar costa abajo, para reunirse con el resto de las fuerzas aliadas en la estrecha franja de suelo belga que seguía en manos del rey Alberto. El propio monarca insistió, orgullosamente, en quedarse en La Panne el resto de la guerra. La Real División Naval fue evacuada por Ostende, donde estaba desembarcando la recién formada 7.^a división británica; pero más de un millar de sus marinos terminaron o bien como prisioneros alemanes o internos de los holandeses. En un principio, la 7.^a división debía reforzar la guarnición de Amberes, pero, por fortuna —no para Churchill, que se enfureció— imperó un consejo más prudente.

El primer lord escribió a sir John French el 26 de octubre: «Amberes fue un golpe amargo, para mí, y en algunos aspectos ha resultado de utilidad para mis enemigos».²⁰ Más adelante, lamiéndose las heridas políticas con un estado de ánimo autocompasivo y más compungido, comentó: «Si vuelvo la mirada atrás, con lo que ahora sé y el paso de los años, veo que al parecer me apresuraba a emprender tareas que eran arriesgadas e incluso desesperadas».²¹ Nunca reconoció que Amberes fue un fiasco. Maurice Festing escribió, molesto: «Uno habría creído que se habría impuesto un límite al gusto del señor Winston Churchill por las chanzas temerarias y los intentos sensacionalistas de dar un golpe de genio. Pero al cabo de unos pocos meses, ya andaba en ello, otra vez: ahora en los Dardanelos».²² Y añadió: «Si este relato llegara a caer en las manos de un editor, pediría al gran público británico que procurase que el cuerpo de la real infantería de marina no volviera a ser enviado nunca a una batalla terrestre salvo que se lo haya instruido, organizado y pertrechado para ese fin».²³

Algunos de los admiradores y biógrafos de Winston Churchill han tratado su acción de Amberes con indulgencia, como la aventura de un pícaro, un añadido vistoso a toda una vida espectacular y maravillosa. En realidad, sin embargo, lo que ocurrió supuso una necedad atroz de un ministro que abusó de su poder y faltó a sus responsabilidades. Es asombroso que los compañeros de gabinete del primer lord le disculparan tan fácilmente un error de juicio que habría destruido la carrera de la mayoría de los hombres. Sus colegas recibieron con carcajadas desdeñosas un telegrama enviado el 3 de octubre al primer ministro, en el que Churchill proponía renunciar a su cargo a cambio del «pleno poder como comandante de una fuerza destacada en campaña». Asquith escribió: «W[inston] es un exteniente de húsares y,

si se hubiera aceptado su propuesta, habría estado al mando de dos distinguidos generales de división, por no mencionar a los generales de brigada, coroneles y demás».²⁴

Asquith siguió siendo benigno con el comportamiento de Churchill en Amberes, pero los oficiales más destacados lo contemplaban con horror. El cuarto lord del mar «fue muy sarcástico sobre las virtudes de Winston como estratega», escribió el funcionario del Almirantazgo Norman Macleod, el 12 de octubre.²⁵ El secretario privado del rey, lord Stamfordham, comentó, no poco razonablemente: «¡Nuestro amigo [Churchill] debe estar mal de la cabeza!».²⁶ Otro oficial naval dijo despectivamente que el asunto de Amberes «recuerda a los cuentos de un libro ilustrado infantil».²⁷ El *Morning Post* expuso una crítica feroz del comportamiento del primer lord en un editorial del día 13, lo que llevó al *New Statesman* a aplaudir el hecho de que «un periódico importante haya roto con la regla autoimpuesta por la que se han suprimido prácticamente todas las críticas al gobierno». El 16 de octubre, Macleod escribió otra vez: «Un sentimiento de depresión en todas partes: la opinión pública ha sentido mucho la pérdida de Amberes, sobre todo cuando las noticias habían sido tan optimistas ... El avance de los alemanes sobre Ostende y Varsovia ... también ha tenido efecto: marca una pérdida de confianza en el Alm[irantazgo]».²⁸

Las tropas del rey Alberto, desorganizadas y desmoralizadas, se retiraron al río y el canal de Yser, la antigua vía navegable medieval por la que se transportaba la lana inglesa hacia el interior, desde la costa, por debajo de Nieuport, hasta el gran centro de producción textil de Ypres. Dorothe Feilding, que no estaba lejos, escribió a su casa el 10 de octubre: «Las tropas belgas han perdido la cabeza y ahora se niegan incluso a enfrentarse con los alemanes. En cuanto se antoja que habrá combate, se retiran. Están completamente agotados por haber tenido que soportar el enorme desgaste de todos estos meses, y ahora están muertos de miedo y corren como conejos. Pero sienta bien ver por aquí a todos esos soldados británicos y saber que, con ellos por aquí, no te irás a pique».²⁹ Jeanne van Bleyberghe, cuyo marido servía con el ejército belga, escribió desde Gante a una amiga en Inglaterra, el 11 de octubre: «Todos admiramos muchísimo a Inglaterra; en verdad es una nación grande y generosa. Cuando vuestros soldados pasan por la calle, todo el mundo los vitorea».³⁰

Pero se tardaría mucho tiempo en volver a ver al ejército británico por Gante, porque la marea de la guerra cubrió la ciudad y la dejó ocupada por los alemanes. La 7.^a división, con cuyos hombres se encontró Dorothe Feilding, marchó desde los puertos de su desembarco belga hacia posiciones situadas al norte de Ypres. Un oficial de los reales fusileros galeses se topó con el coronel George Malcolm, del

regimiento escocés de Londres (una de las unidades recién llegadas), que expresó su pesar por haber llegado a la guerra «demasiado tarde para poder ver cómo es». [31](#) Pero el temor de Malcolm no estaba justificado. Habría guerra suficiente para todos, y desde luego, la hubo para él. La 7.^a división marchó hacia un punto de encuentro con el resto de la Fuerza Expedicionaria Británica, que, entre tanto, se estaba acercando desde el sur. Se reunieron en un campo de batalla que, durante los meses por venir, se convirtió en el cementerio del viejo ejército británico.

II. «Inventos del diablo»

Las nuevas tecnologías crearon muchas oportunidades y dificultades para los soldados de 1914; y entre estas destacaron las consecuencias del logro del vuelo con motor. El 25 de agosto, el Estado Mayor del cuartel general de un cuerpo bávaro, al este de Nancy, vio un aeroplano que los sobrevolaba, en círculos, hasta que dejó caer una luz brillante. Mientras se preguntaban por aquellos fuegos artificiales, en apariencia inocuos, los bávaros se hallaron bajo el fuego de la artillería francesa: su posición había quedado señalada gracias a una bengala lanzada desde al aire.³²

Un escritor moderno, Christian Kehrt, sugiere que la recién descubierta accesibilidad del cielo a la invasión humana despertó, en muchos pechos, la misma ansia de dominio que los desiertos del África. Durante el siglo anterior, las aventuras de los soldados en el cielo se habían limitado al uso esporádico de globos de observación, amarrados a cables. Tenían cierto valor, y lo conservaron durante la primera guerra mundial; pero su campo de visión era limitado y solo se podían izar por detrás del propio frente de cada combatiente. El vuelo a motor representaba un avance asombroso. En 1903, los hermanos Wright habían puesto fin a los milenios de atadura del hombre a la tierra con su primer despegue exitoso. En los once años que pasaron hasta el estallido de la guerra, la capacidad aeronáutica se desarrolló a una velocidad asombrosa. El piloto de pruebas alemán Ernst Canter anotó en su diario de vuelo que, si en 1910 volaba a una altura de ochenta pies, dos años más tarde ascendía a casi 5.000. En 1908, moría un piloto de cada cinco: un cadáver por cada mil millas recorridas. En 1912, la tasa de mortalidad por accidente había descendido a uno de cada cincuenta y un pilotos: un fallecido por cada 103.000 millas.

En un principio, los generales alemanes quedaron más impresionados por los dirigibles que por los aeroplanos, y en 1907 rechazaron una propuesta comercial de los Wright. Pero algunos expertos no tardaron en predecir que los aparatos más pesados que el aire demostrarían ser más eficaces que los zepelines: a juicio de Wilhelm Hesse, «pronto aventaja[rían] a todo transporte mecánico existente, por su velocidad y libertad con respecto al suelo».³³ En 1909, Alemania empezó a ocuparse con más seriedad de este nuevo campo, espoleada al saber que Francia estaba entrenando a cuarenta y un pilotos militares, frente a los diez alemanes. El

doctor Walther Huth, de la compañía Albatros, pagó para que aprendiera a volar su propio chófer, quien luego se convirtió en instructor militar.

Al año siguiente, el general francés Joseph Manoury, que capitanearía el 6.º Ejército en el Marne, voló durante unas maniobras y quedó profundamente impresionado al ver con sus propios ojos qué podía aportar la aviación a la guerra. Tras los ejercicios que realizó el ejército alemán en 1912, Falkenhayn reflexionó sobre una variedad de innovaciones tecnológicas; entre las más notables, estaba la aviación: «Cuando estos inventos del diablo funcionan, lo que logran supera todas las expectativas; cuando no funcionan, logran menos que nada».³⁴ El káiser concedió formalmente la paridad del cuerpo aéreo alemán frente a los otros cuerpos de guerra en marzo de 1914, cuando ordenó a la iglesia protestante que incluyera a los aviadores en sus acostumbradas oraciones por las fuerzas armadas.

Los británicos empezaron a competir más tarde: en 1909, el Ministerio de Guerra canceló temporalmente los experimentos de vuelo del ejército, alegando que su coste era inasumible; había invertido 2.500 libras esterlinas en una época en la que los alemanes ya habían gastado 400.000, y los franceses, poco menos. En 1912, se formó el Real Cuerpo Aéreo y, al año siguiente, el teniente general sir James Grierson le dijo al rey Jorge: «Creo, señor, que estos aeroplanos arruinarán la guerra. Cuando se acercan, ¡solo puedo decirles a mis hombres que se cubran la cabeza con paja y pongan voz de champiñón!».³⁵ Sin embargo, Grierson era imaginativo, se convirtió pronto a la nueva tecnología y aprovechó el reconocimiento aéreo para imponerse en un ejercicio. Los altos oficiales de todos los ejércitos comprendieron que la capacidad de ver la tierra desde el cielo, incluso muy por detrás de las líneas enemigas, cambiaba las reglas: las concentraciones resultaban ahora vulnerables al bombardeo y para todas las maniobras podía haber un contraataque enemigo. En las guerras pasadas, antes de una batalla, los comandantes preferían situarse en lo alto de los cerros con mejor vista. Ahora, esta exposición podía ser letal: las ordenanzas del Estado Mayor alemán hacían hincapié en la importancia de no situar los cuarteles generales cerca de los hitos de referencia.³⁶

Pero el reconocimiento aéreo tenía sus limitaciones, empezando por las condiciones meteorológicas: con nubes bajas y lluvias intensas, los aviones se quedaban en tierra. Incluso si los pilotos levantaban el vuelo y observaban movimientos de tropas, tenían mucho que aprender en cuanto a interpretar el significado de lo que veían. Además, no estaba claro que los generales fueran a mostrar la imaginación precisa para atender a sus informes: French, en Mons, y Kluck, en el Marne, fueron solo dos ejemplos evidentes de comandantes que no acertaron a extraer las conclusiones apropiadas de la información aérea recibida. Por último, había una escasez crónica de aviones, sobre todo en el frente oriental.

Los alemanes empezaron la guerra con 254 pilotos formados y 246 aviones; la mitad eran Taube, y la otra mitad, Albatros y Aviatik; pero solo una proporción menor estaba de servicio en cualquier momento dado. Lo mismo podía decirse de la Aviación Militar francesa, que tenía unos doscientos aparatos y quinientos pilotos formados, reforzados pronto por voluntarios civiles. Los aviones —en su mayoría, Caudron y Morane-Saulnier— se organizaban en escuadrillas de seis aparatos biplaza o cuatro monoplazas. El errático oficial al mando del cuerpo aéreo francés empezó movilizándolo a sus pilotos por propia iniciativa, en los primeros días de julio, un mes antes de la guerra; pero luego decidió que de haber conflicto, sería breve, y en agosto cerró las escuelas de vuelo y envió al frente a todos los instructores. Tras el nombramiento de un nuevo general, se adoptaron políticas más racionales.

Los británicos fueron a la guerra con 197 pilotos y 113 aviones operativos en servicio; en su mayoría, biplanos BE2a y Farman. Churchill también había creado un cuerpo propio, el Real Servicio Aéreo de Marina. El ejército empezó engañándose con la idea de que podrían hallarse pilotos sustitutos invitando a los caballeros con capacidad de volar a obtener sus propios certificados de competencia del Aero Club, pagando de su propio bolsillo las 75 libras necesarias antes de alistarse en las fuerzas armadas. «Debe animarse a los miembros del Real Cuerpo Aéreo que posean sus propios aeroplanos a traerlos a la Academia Central de Vuelo, cuando desarrollen su instrucción allí», decía una directriz del Ministerio de Guerra.³⁷ No obstante, en el otoño de 1914 se instauró a toda prisa un programa de instrucción para el Real Cuerpo Aéreo, que, antes de que terminara la guerra, había causado la muerte de más pilotos que la acción enemiga. La primera baja en combate del cuerpo aéreo fue el brigada Jillings, herido en la pierna por una bala de fusil mientras sobrevolaba Bélgica el 22 de agosto.

Por su parte, los austríacos poseían solo cuarenta y ocho aparatos, y los belgas, doce. Sobre el papel, los rusos disponían de una fuerza impresionante: doscientos aviones de dieciséis clases, con un notable talento para el diseño. Pero su incompetencia organizativa era tal que la capacidad de servicio fue siempre baja. Los franceses eran los únicos beligerantes que tenían experiencia previa del uso de aviones para fines militares, durante la campaña colonial de 1913, en Marruecos.³⁸ Los biplanos franceses volaban a velocidades de entre 50 y 70 millas por hora y necesitaban entre treinta y sesenta minutos para alcanzar una altura de 6.000 pies, según las circunstancias.³⁹ Los monoplanos Blériot y Taube eran algo más rápidos y ágiles.

Al principio, la falta de costumbre hizo que, en el suelo, los más inocentes no hicieran más que admirarse. En Bélgica, la señora Mayne, la enfermera británica,

pensó que los Taube se asemejaban a unos «pequeños y hermosos pájaros».⁴⁰ Pero pronto, tanto los soldados como los civiles comprendieron que las máquinas volantes representaban una amenaza directa a su bienestar y se esforzaron por destruirlas a la primera ocasión. Al anochecer del 6 de agosto, los ciudadanos de Friburgo quedaron consternados por el espectáculo de ver que dos aviones franceses sobrevolaban la ciudad, tras pasar serenamente por encima de la frontera y los ejércitos del káiser. Algunos ciudadanos enfurecidos dispararon armas de caza contra el cielo, igual que los soldados de guardia que contaban con munición. La milicia de Fráncfort también fusiló rápidamente unas nubes en las que, según les habían dicho, se ocultaban aviones franceses.

El médico austríaco Richard Stenitzer, sitiado en Przemyśl, se sintió ofendido por las incursiones de los aparatos rusos: «Cuando un aeroplano aparece sobre ti, en el cielo, a gran altura, es un sentimiento extraño y desagradable. Te da la impresión de que te está siguiendo a ti, concretamente, aunque en realidad no es capaz de distinguir a las personas, al hallarse a 2.000 metros de altura».⁴¹ Aunque los aviones de las diversas nacionalidades no tardaron en caracterizarse con símbolos específicos —una cruz alemana o una escarapela tricolor, por ejemplo—, por lo general resultaban invisibles desde el suelo. El soldado francés François Mayer escribió: «Cada vez que un avión, el que sea, pasa por encima de nosotros, enterramos la cabeza como avestruces».⁴² El 27 de octubre, en Ypres, todos los fusileros de la guardia negra vaciaron sus cargadores contra un avión que los sobrevolaba y se extasiaron cuando este se incendió y cayó a tierra; pero para los testigos mejor informados, fue «una visión horrible, cuando ... nos dimos cuenta de que era británico».⁴³ El teniente austríaco Constantin Schneider describió la sensación que provocó el primer aeroplano que sobrevoló su división, en Galizia: hubo una descarga de mosquetería, que a los oficiales les costó parar, incluso cuando vieron que era uno de los suyos. En los primeros días de campaña, el «fuego amigo» derribó tres aparatos austríacos.⁴⁴

La opinión pública quedó fascinada por el nuevo arte de la guerra aérea. Herbert Asquith se refirió a aquellos aparatos revolucionarios con la maravilla propia de una persona de la era victoriana; los denominaba, con guión, *aeroplanes*. Los pilotos, que al principio solo iban armados con pistolas o rifles, se erigieron en héroes nacionales. Sus viajes por el cielo les permitieron alzarse sobre la miseria del campo de batalla, no solo literalmente, sino también de forma figurada. Parecían resucitar las glorias del esfuerzo personal en una nueva y repulsiva era de carnicería industrializada. Pyotr Nesterov, de veintisiete años, un famoso pionero de la aviación rusa que había sido el primero en rizar el rizo, sobrevolaba Polonia en un monoplano Morane-Saulnier cuando se encontró con un biplano austríaco

Albatros BII, a los mandos del piloto Fritz Malina y el barón Friedrich von Rosenthal como observador. Tras vaciar el revólver sin efecto, Nesterov recurrió a las embestidas, con las que derribó al avión enemigo. Por desgracia, su propio Morane sufrió daños graves en el choque y también se fue a tierra; Nesterov murió al día siguiente, por las heridas. Las exequias, celebradas en la catedral de Kiev, fueron un festejo público solemne: el ataúd estaba adornado con su casco de cuero y el catafalco estaba cubierto casi por entero de flores, algunas, traídas del campo en el que había caído el avión. El comportamiento de Nesterov reflejó los valores —suicidas y nada disciplinados— del servicio aéreo ruso, que tuvo, de lejos, la peor tasa de accidentes de todos los combatientes, por su insistencia en enviar al cielo pilotos sin apenas instrucción.

Maurice Baring, oficial del Estado Mayor del Real Cuerpo Aéreo, cantó con lirismo a la belleza del otoño en un aeródromo francés, entre jóvenes aviadores británicos, pese a las incoherencias del cuartel general de tierra al que prestaba servicio: «Recuerdo el tableteo de las máquinas de escribir en nuestra pequeña oficina improvisada, y un oficial que cantaba en la cocina, a voz en grito, “*Abide with me*”. Y la belleza de los Henry Farman surcando la clara tarde, “el silencio de la tarde roto por alas que vuelven al hogar”, y la luz de la luna que se levanta sobre los rastrojos del aeródromo, y unas pocas hogueras campestres brillan en la niebla, entre el ruido de los hombres que cantan canciones de la patria».⁴⁵

Una consecuencia importante de las primeras campañas de la guerra fue hacer que los comandantes de todas las naciones reconocieran la relevancia y el potencial de las armas aéreas. Joffre, impresionado por la contribución del reconocimiento aéreo a la victoria del Marne, pidió ampliar la Aviación Militar a sesenta y cinco escuadrillas. En octubre, los franceses habían encargado 2.300 aviones y 3.400 motores, y otras naciones pensaban en términos igualmente ambiciosos. A Kitchener se le habló de un plan para dotar al Real Cuerpo Aéreo de treinta escuadrillas y gruñó lacónicamente: «¡Que sean sesenta!». Todas las fuerzas aéreas contaban con demasiados tipos de aparatos, lo que suponía dificultades graves para la instrucción, el mantenimiento y los recambios. Los franceses fueron los primeros en categorizar expresamente sus escuadrillas en grupos de cazas, bombardeo y reconocimiento. Ya en septiembre, el Real Cuerpo Aéreo empezó a experimentar con la introducción de equipos de radio primitivos con los que comunicarse con la artillería.

Los soldados, cada vez más conscientes de su propio aprieto como prisioneros de un desagradable entorno terrestre, sucumbieron con prontitud al entusiasmo por las hazañas de sus compañeros volantes. Todo lo que tenía que ver con los aviones parecía digno de un respeto reverencial. Así, el 17 de septiembre, se dio una tarde libre a todo el batallón del belga Charles Stein, como si se tratara de un equipo

deportivo que acaba de imponerse en el torneo escolar: habían derribado un avión alemán y apresado a sus tripulantes.⁴⁶ El capitán Robert Harker, de la Fuerza Expedicionaria Británica, escribió en noviembre, sin disimular la admiración: «He tenido algunas conversaciones con hombres y oficiales del Cuerpo Aéreo en la zona, y ha sido de lo más interesante. Uno de ellos me decía que una vez le habían estado disparando durante media hora, y se sentía como un faisán perseguido; dice que [los cañones orientados a] los aeroplanos pueden disparar muy alto y con gran precisión. Dice que ahora quizá estás contemplando una gran batalla y, al cabo de una hora, estar comiendo un buen plato en algún lugar tranquilo, porque los aviones se pueden mover así de rápido».⁴⁷

Caroll Dana Winslow, un estadounidense que se entrenaba para ser piloto en la academia de vuelo francesa de Pau, identificó tres categorías de aviadores: los de la clase de los caballeros; los aviadores y mecánicos especializados de preguerra; y los mecánicos y chóferes civiles a los que se admitía en la aristocracia del aire porque se pensaba que su experiencia sería relevante.⁴⁸ Casi todos los mejores pilotos contaban entre veinte y treinta años. Por debajo de los veinte, la inmadurez era peligrosa; por encima, demostraban ser demasiado cautos y sus reflejos eran más lentos. Todas las naciones se apresuraron a instruir a montadores, ajustadores y mecánicos para revisar y reparar unos aparatos contruidos con lienzo, alambre y tablero. En Francia, mucho personal de tierra se reclutó en Indochina; se les llamaba «annamitas».

Todos los pilotos eran voluntarios, y cada vez eran más los oficiales de tierra que se ofrecían para este servicio: algunos, para huir de las trincheras; otros, porque la caballería apenas combatía como tal; otros, porque las heridas los habían incapacitado para servir en su antiguo puesto. Y todos aprendieron pronto que volar no era menos peligroso que ser soldado en tierra: muchos más aviadores murieron en accidentes que por la acción enemiga. La niña de doce años Elfriede Kuhr veía dos accidentes por día en el aeródromo de instrucción local, en Schneidemühl, y en su diario habló con fatalismo de los pilotos: «Cuando vuelan solos por primera vez suelen estar nerviosos y entonces hay un accidente».⁴⁹

Los pilotos tenían como un 25 % de probabilidades de sobrevivir a un accidente; ninguno iba equipado con paracaídas. Todo debía aprenderse por medio de la experiencia: los peligros que representaban, a baja altura, los cables del telégrafo y los de los globos de observación cautivos; la necesidad de desatar los cinturones de seguridad antes de impactar contra el suelo, porque el riesgo de romperse el cuello al salir disparado parecía inferior al de quedar aplastado por el motor, en un accidente; la amenaza de las nubes, que podían esconder máquinas hostiles. En la zona de combate, los zepelines, rellenos de gas, pronto quedaron

restringidos a operaciones nocturnas, porque eran muy vulnerables al fuego de tierra de ambos bandos; las tropas francesas derribaron repetidamente sus propios globos dirigibles. Pero en la oscuridad eran útiles, porque ninguno de los bandos había aceptado aún la necesidad de oscurecer las instalaciones militares por detrás del frente.

Una mañana de noviembre, en Hamburgo, la pequeña Ingeborg Treplin anunció: «¡Cuando crezca, me iré lejos, a la guerra!». Su madre le preguntó qué haría allí. «Disparar a los marinos y los zepelines.» *Frau* Treplin quedó «un poquito horrorizada» y abogó a favor de perdonar a los dirigibles. «Sí, no a nuestros zepelines», aclaró la niña, que había visto uno sobre Hamburgo, hacía unos pocos días, «pero si viene de Francia me tirará bombas a la cabeza.» La madre exclamó: «¡Tan pequeña, y de cuánto se entera!».⁵⁰ Su marido respondió a aquella carta diciendo: «La guerra no debería durar tanto como para que nuestras hijas crezcan ... para abatir zepelines. ¡La razón por la que ahora estamos aquí es poner fin al conflicto de una manera en que ninguna de nuestras hijas tenga que volver a vivir una guerra nunca más!».⁵¹

Por desgracia para las esperanzas del doctor Treplin, ya se estaba avanzando en el primitivo arte del bombardeo aéreo, que posibilitaba asaltar objetivos enemigos situados muy lejos del campo de batalla. Antes de la guerra se habían realizado algunos experimentos: en Francia, el Michelin Aero Club celebró una competición de bombardeo. Rudolf Martin, uno de los primeros defensores alemanes del bombardeo aéreo, afirmó en 1908 que los aviones y zepelines podían destruir la seguridad de la que gozaba Gran Bretaña en cuanto isla, y «debilitarla» para facilitar la invasión: ochenta zepelines —observó— costaban lo mismo que un solo acorazado. La capacidad industrial de Alemania le posibilitaría construir 100.000 aviones, cada uno de los cuales llevaría a dos infantes a Inglaterra, de noche, en no más de media hora. Martin creía que una gran flota aérea se convertiría en un decisivo disuasor estratégico frente a los enemigos de su nación.⁵² Como muchos profetas, comprendió bien la importancia de la nueva tecnología, pero subestimó (en más de una generación) el tiempo que tardaría en alcanzar la madurez y el poder destructivo preciso para cumplir con sus expectativas en el campo de batalla.

Alemania empezó con las pruebas de bombardeo aéreo en 1910, pero dos años después un informe aún describía los resultados como «muy malos», incluso desde una altura tan baja como trescientos pies.⁵³ En 1914, se creó en secreto una escuadrilla de bombarderos, bajo el nombre en clave de *Briefgabenabteilung Ostende* («unidad de palomas mensajeras de Ostende»). La unidad se acabó disolviendo porque no demostró ser capaz de acertar ningún blanco, pero la

experiencia de la guerra aceleró de manera enérgica el desarrollo tanto de la aviación como de las técnicas de bombardeo. El 18 de septiembre, un oficial del Real Cuerpo Aéreo, cierto comandante Musgrove, realizó el primer experimento de lanzamiento de una bomba desde su avión. Según el comentario lacónico de un observador, «explotó, pero no exactamente donde ni como se esperaba».⁵⁴ Tres semanas después, un avión alemán arrojó la primera bomba que cayó sobre un aeródromo del Real Cuerpo Aéreo, sin mayor efecto. En diciembre, los rusos formaron una escuadrilla de Ilya Muromet, los primeros bombarderos cuatrimotor del mundo, que atacó tan regular como ineficazmente las posiciones alemanas y austríacas.

En el invierno de 1914, todos los beligerantes, salvo los británicos, habían realizado incursiones (aunque fueran modestas) sobre ciudades accesibles del enemigo; y también se exploraba con urgencia su uso como identificadores de blancos para la artillería en el campo de batalla. Durante los cuatro años posteriores, la dirección aérea de la artillería, por control de radio, sería una de las innovaciones tácticas más importantes del conflicto. Los alemanes ayudaron a sus enemigos a celebrar la Nochebuena organizando su primer ataque aéreo contra suelo británico: un biplano lanzó una pequeña bomba en Dover. No causó daños, pero los augurios eran obvios: empezaba a resultar posible desarrollar un nuevo tipo de campaña contra la población civil, y, en cuanto los medios técnicos lo permitieran, no habría escrúpulos morales que frenaran tales acciones. Al día siguiente, en Navidad, el Real Servicio Aéreo de Marina atacó mediante hidroaviones lo que se creía eran nuevos hangares para zepelines, cerca de Cuxhaven. Pero la incursión fue un fracaso absoluto y, en el camino de vuelta, hubo que abandonar tres aparatos en el mar. Sin embargo, Erskine Childers, que viajaba como observador en uno de los hidroaviones, escribió exultante: «Tenemos la suerte de haber sido testigos de este hecho extraordinario, que no es sino un anticipo de una revolución total en la guerra».⁵⁵ En 1914-1918, los aviadores destacaron por detectar los movimientos del enemigo en tierra, mucho más que por la destrucción que causaban. Pero había transcurrido poco más de una década desde el primer vuelo a motor del ser humano y la era del *Blitz* ya estaba a mano.

15

**Ypres: «Algo sin ninguna
esperanza de éxito»**

A mediados de octubre, en Bélgica, mientras los soldados del rey Alberto se replegaban desde Amberes, más al oeste las fuerzas aliadas y las alemanas salían a campo abierto de forma impetuosa y desordenada, con la dificultad adicional de no tener nunca certeza sobre los movimientos del otro. A Joffre le había inquietado que sir John French solicitara trasladar su contingente al flanco izquierdo aliado: si estallaba otra crisis estratégica, hallarse cerca del mar podría incitar a los británicos a escabullirse de regreso a su país, tal como su comandante en jefe había ansiado hacer en agosto. Pero en el Aisne había pocas probabilidades de lograr algún avance significativo, mientras que en el noreste la potente caballería británica podría resultar útil. Además, sería mucho más fácil aprovisionar a la Fuerza Expedicionaria Británica desde Inglaterra, mediante los puertos del Canal. En consecuencia, Joffre accedió al cambio solicitado. El ejército continental de Gran Bretaña pasó la segunda semana de octubre en ruta hacia Flandes. La infantería viajó en tren, mientras la caballería disfrutó de una pausada cabalgata de una semana por la Picardía, con una agradable temperatura otoñal, haciendo paradas en pueblecitos hospitalarios. Quienes sobrevivieron a aquel año dijeron que este había sido el último contacto con una relativa felicidad y comodidad, antes de que las sombras se cernieran sobre ellos.

El día 13, los alemanes entraron en Lille, cantando *Die Wacht am Rhein* con la compañía de las bandas de música del regimiento, y se sorprendieron de encontrarse con tranvías que traqueteaban por las calles al lado de sus columnas. Joffre expresó luego su sentimiento de agravio por haber perdido la gran ciudad industrial: afirmaba que si el ferrocarril no hubiera estado ocupado en trasladar a los británicos a su conveniencia, los refuerzos franceses habrían podido llegar a Lille y conservarla. Sin embargo, resulta una teoría poco creíble; y la FEB llegó al norte justo a tiempo para representar un papel clave, aunque su comandante no tuviera idea de cuál sería su naturaleza. En uno de sus raptos de optimismo, sir John se convenció de que, en el noroeste de Bélgica, los alemanes eran débiles. Creyó que los tres cuerpos que ahora encabezaba podrían avanzar con rapidez, tomar Brujas y seguir presionando hacia Gante.

Además de las falsas esperanzas, circulaba una nueva epidemia de rumores. Uno de los comandantes de división de French, Charles Monro, de quien cabría haber esperado más conocimiento, afirmó con seguridad: «Cuantiosos refuerzos rusos están de camino y ya han desembarcado en el norte de Inglaterra». Un oficial

de rango inferior, Lionel Tennyson, fue algo más cauto al escribir, después de ojear el periódico del 11 de octubre: «Se dice que Amberes ha caído, pero que franceses y rusos siguen obteniendo victorias; se ha dicho tantas veces que ya empezamos a no creérmolo».¹ Pero la vivacidad que transmitía el comandante en jefe de la FEB también se hizo notar entre los periodistas que frecuentaban el café Napolitain de París, uno de los puntos de encuentro y chismorreo más concurridos. Un corresponsal del *New Statesman* informó desde su terraza: «Hace un mes, todo el mundo estaba serio y preocupado; hoy, todo el mundo estaba contento. La victoria [está] en el aire. Confío en que no nos estamos dejando llevar por un optimismo prematuro, pero no podemos evitar pensar que las cosas van realmente bien».²

En realidad, había más de cinco cuerpos alemanes concentrándose al norte de Lys, en la ruta de la FEB. Falkenhayn estaba reuniendo otro ejército más, el 4.º, que capitanearía el duque de Wurtemberg, para atacar por la derecha del príncipe Rupprecht. Muchas de sus unidades las formaban reservistas con una instrucción insuficiente y dirigidos por veteranos «rescatados» de su retiro. En octubre, uno de estos regimientos perdió a su oficial al mando y a los comandantes de los tres batallones, pero debido a los achaques, más que a las heridas. Si algunos de los hombres de mediana edad ya no eran útiles para el combate, la mayoría de los soldados jóvenes apenas sabían nada al respecto. Todas las formaciones estaban escasamente equipadas: a varias se les distribuyeron uniformes y pertrechos que databan de 1871, y carecían de palas y de cocinas de campaña. Para desesperación de los artilleros, había pocos cañoneros con nociones de cómo manejar a los caballos de sus equipos. Pero, fuera como fuese, era una gran masa de hombres y estaba a punto de echarse sobre los aliados.

La nueva ofensiva por Bélgica empezó en serio el 18 de octubre, cuando el ejército de Wurtemberg cayó sobre los belgas cerca de la costa del Canal. Los alemanes mostraron una insensatez táctica similar a la que habían mostrado antes los franceses. Una narración de un ataque del día 20 describió la muerte del capitán Hans *Graf* von Wintzingerode, que se adelantó montado en su corcel y, «blandiendo la espada en alto, incitó repetidas veces a sus hombres a atacar». Wintzingerode sufrió el destino que cabía imaginar: fue alcanzado por varias balas. Después quedó abandonado entre las dos líneas, bajo una intensa y fría lluvia. Transcurridos seis días con sus seis noches, lo encontraron y recogieron, y al poco tiempo expiró en un puesto de socorro.

La mañana del 23 de octubre, Charles Stein y sus compañeros de la granadería belga avistaron a unos alemanes que avanzaban arrastrándose. Los defensores ocuparon sus posiciones de tiro en silencio y esperaron. Cuando los atacantes estuvieron a unos trescientos metros, «todos se pusieron en pie a un tiempo y corrieron hacia nosotros gritando como bebés con dolor de muelas. Pero en ese

mismo momento nuestras ametralladoras y fusiles empezaron a “cantar” y pudimos contemplar, con sumo placer, que muchos alemanes caían abatidos y los otros huían tan rápido como podían». ³ Peter Kollwitz, aquel hijo de una artista que en el mes de agosto anterior había abandonado las vacaciones noruegas para servir alegremente a la madre patria, estaba entre los que aquel día hallaron la muerte en los alrededores de Dixmude.

Pero los atacantes ganaban terreno: el día 24, habían conseguido cruzar el Yser. El soldado belga Edouard Beer, veterano de Amberes, contempló el éxodo de refugiados de la ciudad de Malinas: «Toda la población huye de los bárbaros. ¡Qué trágico cortejo de desgraciados! En sus carros cargan las cuatro piezas del mobiliario —los recuerdos más valiosos— que han podido salvar de la devastación. Una columna de madres que toman a sus bebés en brazos, para protegerlos del frío, mientras los otros niños se aferran a ellas. Una columna de ancianos, muchos de ellos enfermos, a los que solo el pavor ante el enemigo ha dado fuerzas para moverse. ¡Y pensar que nosotros, los valerosos soldados de la comunidad, con frecuencia nos vemos obligados a negar a estas personas el acceso a las carreteras por las que podrían continuar sus viajes al Calvario! ¡A veces, cumplir con la propia obligación resulta muy duro!». ⁴

El ejército británico adoptó una postura de inflexible desprecio hacia sus camaradas belgas, pero hasta la última semana de octubre algunas unidades belgas mantuvieron una resistencia efectiva: las historias alemanas apenas aluden a la supuesta debilidad que los hombres de sir John French consideraban endémica entre los soldados de Alberto. Se produjeron violentos combates cuerpo a cuerpo entre medio de la red de diques y canales, en la que los atacantes se vieron obligados a improvisar puentes de ingeniería que en numerosas ocasiones acabaron destruidos. Los belgas protagonizaron repetidos contraataques. Cerca de la costa, los alemanes sufrieron considerablemente por el fuego de las patrulleras de la Marina Real británica, que recorrían el litoral. El 27 de octubre, un comandante alemán informó, al borde de la histeria: «La agresividad del batallón se ha desvanecido por completo». El frío, la lluvia y el barro castigaban a ambos bandos. Por todas partes, se daba lo mismo: los alemanes avanzaban con lentitud y muchas pérdidas.

La moral de los hombres de Alberto decaía a medida que se retiraban y se acumulaban las bajas. Según escribió la señora Mayne, la enfermera británica que atendía a los heridos belgas en el hospital de Furnes: «Había un torrente incesante de hombres descompuestos, que entraban y salían. Los patios estaban repletos de camillas empapadas en sangre, con las que te tropezabas en la oscuridad y te dejaban las manos muy pegajosas». ⁵ El día 27, el soldado Stein escribió en un tono algo rebuscado: «Sentimos gran cansancio de permanecer en las trincheras». Dos días después, durante un arduo combate, «una mariquita muy delicada vino a

posarse en mi mano izquierda. La cogí, la puse en un trozo de papel y me la metí en el bolsillo. La mariquita que me trajo suerte está ahora en manos de mi mejor amiga y espero y deseo que siempre le traiga mucha suerte, como me ha traído a mí». Stein había hablado demasiado pronto. Al poco tiempo, él y sus camaradas se reían, aliviados, porque un proyectil había aterrizado frente a su trinchera y explotó sin causar daños; pero pasados unos segundos, sufrieron un impacto directo: «Sin duda permanecí mucho tiempo inconsciente, porque era casi oscuro cuando abrí los ojos; intenté levantarme, pero no podía moverme y sentía un dolor muy intenso en la espalda». Stein pasó meses en los hospitales británicos, sometiéndose a toda una serie de operaciones.

El 26 de octubre, el comandante de campo belga propuso otra retirada, que el rey Alberto denegó. Pero había quedado claro que, para controlar la ofensiva alemana en la costa, hacían falta medidas drásticas. Si los soldados belgas no podían rechazar al enemigo, habría que reclutar a la naturaleza para que lo hiciese. El 27 de octubre, abrieron las puertas de la esclusa de Nieupart, estando la marea alta, para inundar con agua de mar las tierras de labranza de la zona. El día 31, los alemanes lanzaron un último asalto antes de que la crecida de las aguas los obligase a retirarse. Desde entonces, el flanco izquierdo aliado estaba asegurado: «En cuanto se levantaba una palada de tierra, el agujero se llenaba de agua», se lamentaba un soldado alemán. Cuando las raciones de comida llegaron, con bastante retraso, a algunos de sus camaradas en el frente de Dixmude, muchos ya tenían afecciones estomacales —provocadas, probablemente, por haber bebido el agua contaminada— que les impedían comer. Las tropas belgas se desplegaron de nuevo por detrás de parapetos, en el campo anegado, al oeste de las inundaciones.

Entre los hombres del rey Alberto y los británicos, la infantería de marina francesa luchó denodadamente para conservar Dixmude. Dorothe Feilding escribió:

Nuestros coches estaban en marcha de día y de noche; los últimos tres kilómetros, hasta entrar en Dixmude, se bajaba por una carretera totalmente recta y descubierta, sobre la que caían los proyectiles en cuanto asomaba algo vivo. Hemos hecho muchas carreras por allí, con nuestros vehículos de reconocimiento equipados con camillas ... Había ciudades, pueblos y granjas en llamas. A veces, el resplandor ayudaba a ver de noche, pero otras parecía el infierno, con las llamas encrespándose y saltando en la oscuridad; en el estrépito de las casas al desplomarse había algo espantoso. Una noche, mientras conducíamos por las calles de Dixmude, hacía tanto calor, con las casas de ambas aceras ardiendo, que tuve que acelerar al máximo con la esperanza de que todo acabase bien. No puedo entender que los neumáticos no reventasen más veces en mil pedazos, por los cristales, o se quemasen con los rescoldos ... Cuando habías sacado a los heridos del frente, no había dónde llevarlos. Por su número, el hospital de Furnes solo podía aceptar a los que estaban al borde de la muerte. Todos los demás tenían que seguir en tren, ¡y qué trenes! ... Vagones de ganado con un poco de paja sucia y sin luz, agua ni médicos con los que hablar. En cuanto un tren se llenaba, lo hacían salir, pero quizá se quedara en una vía muerta durante varias horas. Por lo general, los hombres tardaban entre tres y cuatro días en llegar al hospital de Calais, a poco más de sesenta kilómetros de allí. Es fácil imaginar cómo estaban los pobres cuando

llegaban a la base. Hombres con piernas rotas, atormentados por las sacudidas, sin una camilla en la que tenderse o una manta que los cubriera, y temblando de frío en sus uniformes empapados de sangre, lluvia y barro.⁶

Dixmude acabó siendo para los alemanes, pero a costa de muchas vidas. Más adelante, Feilding se convirtió en la primera mujer condecorada con la Medalla Militar del Reino Unido y con la Cruz de Guerra francesa. Más al sur, los soldados británicos desdeñaban la actuación de sus aliados vecinos. El granadero Wilfrid Abel-Smith escribió: «Los belgas nunca han hecho nada bueno, eso me dicen. No aguantarán un bombardeo; y nadie lo aguantaría, salvo unas tropas muy disciplinadas y entrenadas. Los franceses y los belgas, que no están lejos de nosotros, son de lo más informal».⁷ Era de un engreimiento escandaloso: estas formaciones habían combatido mejor de lo que sus aliados reconocían. Muy pronto, muchos soldados británicos se acobardaron e incluso huyeron de los constantes bombardeos. Un suboficial alemán escribió —dolido, pero con respeto— sobre la batalla por Dixmude: «Los franceses han demostrado ser tipos valientes, de la cabeza a los pies».

Tierra adentro con respecto a las posiciones belgas y francesas, en el terreno donde la FEB empezó a desplegarse en octubre, entre el día 6 y el 14, una fuerza numerosa de la caballería alemana se arremolinó con la intención de evitar que la vigilancia aliada descubriera el avance de su 4.º Ejército. La caballería de Marwitz entró en Ypres —la única ocasión durante la guerra en que lo hicieron— y empezó a buscar alojamientos. Un oficial alemán escribió: «La gente era bastante amable conmigo, pero no demostraba ni antipatía ni simpatía por el avance alemán. A cada tres palabras, lo que repetían era “¡Pobre Bélgica!”». La caballería se vio obligada a abandonar la ciudad rápidamente, pero la consiguiente arremetida alemana fue la más terrible de las experiencias británicas de 1914 y supuso una transformación decisiva de la contienda.

Los hombres de sir John French, al bajar de los trenes que venían del Aisne, pusieron el pie en un territorio aún no afectado por la guerra, donde civiles y militares trataban sus asuntos casi con despreocupación. Un oficial francés quedó sorprendido al encontrarse que unos soldados británicos compraban en Béthune y la gente de la localidad los atendía satisfecha. Se encogió de hombros: «Esto es para ti el alma de Francia. Me impresionó la flemática actitud de los ingleses y el modo irreflexivo en que se aproximaban al peligro. Vi una compañía destinada al frente que avanzaba a paso lento, con pipas en la boca, y los oficiales, con bastón de

paseo, como si salieran a jugar al golf. Poco después nos enteramos de que sufrieron un impacto directo y perdieron a varios hombres».⁸

A Joffre le habría gustado que sus aliados gastasen menos flema y más urgencia. Durante las diez primeras semanas de guerra —toda una eternidad, desde el punto de vista de la vivencia—, el ejército británico había sufrido mucho menos que el francés. Algunas unidades de la FEB recordaban días crueles en el Chemin des Dames, pero la vista del campo de Flandes, verde e intacto, les levantó el ánimo e hizo pensar en un nuevo comienzo. Este sentimiento, sin embargo, no apresuró el avance de las tropas. El oficial de comunicaciones Alexander Johnston lamentaba su lentitud en un texto del 13 de octubre: «Ha sido un día de lo más decepcionante: aquí estamos, toda una división, frenada casi todo el día por unos pocos *Jägers* con artillería carreteada. Por lo que yo veo, todo el mundo está esperando que alguna otra unidad, a la derecha o la izquierda, haga el trabajo pesado. No hemos estado haciendo prácticamente nada porque esperábamos a que actuara la 8.^a brigada de infantería, a nuestra izquierda».

Mientras tanto, la 7.^a división, que hacía dos semanas que había llegado de Inglaterra, soportaba con frustración unas marchas forzadas que los llevaron por muchas zonas sin apenas avistar a un alemán. Impacientes por entrar en acción y a la cabeza del resto de la FEB, el 14 de octubre sus regimientos entraron en Ypres (nombre que los británicos no tardaron en pronunciar, y rebautizar, como «Wipers»). Wilfrid Abel-Smith, que guió a sus granaderos por el mismo camino dos días después, lo describía como «una hermosa ciudad antigua, de calles estrechas y adoquinadas, con algunos edificios magníficos ... Parecía haber una terrible cantidad de curas y monjas ... Se hace muy extraño luchar en un país como este; hasta ahora, siempre hemos asociado la guerra con los trópicos».⁹

Henry Wilson, con su curiosa combinación de frivolidad y perspicacia, comentó unos meses antes que pocos soldados británicos prestaban la atención debida a «un país peculiar y pequeño como Bélgica, aunque la mayoría quizá estén enterrados allí antes de cumplir muchos años más». Los hombres de la FEB no tenían ninguna sensación de fatalidad inminente. Aunque sir John French sabía que las formaciones aliadas combatían con ferocidad en dirección al mar, aseguró a sus oficiales que avanzaban hacia el interior de un país vacío, donde se encontrarían con pocos enemigos. La 7.^a división salió de Ypres el 15 de octubre, para formar una línea unos pocos kilómetros más al este e ir preparando un nuevo avance rápido en cuanto apareciera el resto de la FEB.

El cañonero Charlie Burrows escribió el día 16: «Nos estamos hartando de toda esta espera y estamos ansiosos por entrar en acción. Los días son nublados y fríos. Hemos oído que la vanguardia enemiga estaba retrocediendo unos kilómetros más allá y le había prendido fuego a un pueblo».¹⁰ Hicieron unos cuantos

prisioneros: un bávaro al que escoltaban por Hazebrouck rezongaba ante un oficial británico porque los civiles franceses lo habían maltratado. «A los prisioneros aliados, cuando llegan a Alemania, se les dan pasteles e incluso bombones; pero a nosotros, nos apedrean. Es inhumano (*Das ist unmenschlich*)», decía.¹¹ Pero el grupo de los cautivos sí tenía privilegios que agradecer: su guerra había terminado y ellos estaban vivos.

El domingo día 18, se ordenó a la 7.^a división marchar hacia Menin, y protagonizó algunas escaramuzas menores con piquetes y patrullas alemanas. A la mañana siguiente, los pilotos del Real Cuerpo Aéreo hicieron un reconocimiento por la zona este y regresaron con una información de importancia capital: enormes columnas alemanas, cuyo número superaba con mucho al de la infantería británica y su caballería de protección, estarían sobre ellos en unas horas. Se dictó una orden urgente de detener el avance; las unidades volvieron sobre sus pasos y aquella noche acamparon en unas montañas bajas desde donde se dominaba Ypres. Aquí empezó a formarse —aún había trechos vacíos abiertos en ambos flancos— lo que pasó a la historia como «el saliente de Ypres»: una protuberancia fortuita de las líneas aliadas donde, en los años venideros, más de doscientos mil soldados británicos encontrarían su tumba.

Aquel día de octubre, por supuesto, los hombres tan solo creían vivir un alto en unas tierras de labranza, hermosas por no estar afectadas por la guerra. A primera hora del martes 20, una riada de civiles de la localidad se apresuró a escapar hacia el oeste, algunos con su ganado por delante. Los británicos siguieron esperando, pero no por mucho tiempo. A las pocas horas cayó sobre la 7.^a división el primer gran asalto alemán, respaldado por un intenso fuego de la artillería; la mayoría de los atacantes eran reservistas poco instruidos y algunos incluso carecían de formación por completo. Los habían mandado en tren a Menin, desde donde habían continuado a pie. Mientras un regimiento avanzaba contra los británicos, el comandante gritaba a sus hombres: «¡Devuelvan al mar a esa chusma mentirosa!».

Los alemanes progresaban penosamente por cerros bajos y pequeñas hondonadas, en un paisaje aún interrumpido por setos, corrales, franjas boscosas y pastoreo del ganado. Atravesaron estos terrenos en dirección a los soldados británicos, que, formando filas de escasa profundidad, ocupaban unas trincheras de poco fondo o, sencillamente, se tumbaban sobre el césped, las raíces o los rastrojos. Estos defensores, a diferencia del resto de la FEB, aún no habían visto nunca la infantería enemiga en masa: la estampa de los soldados de Wurtemberg, ataviados con sus cascos *pickelhauben*, les pareció formidable. Como antes hicieran los hombres de Smith-Dorrien en Le Cateau y Mons, lanzaron una feroz descarga de fusilería. La leyenda del «minuto demencial» británico se ha exagerado. La intensidad del fuego de fusilería iba disminuyendo y creciendo según los distintos

períodos de la batalla; conservar la munición era crucial y allí el número de blancos parecía infinito.

Los hombres de la 7.^a división tuvieron que aprender a realizar su trabajo bajo un torrente de balas y proyectiles. Algunos oficiales confundieron coraje con idiotez: el teniente coronel Walter Loring, del 2.^o batallón de Warwick, subió por la carretera de Menin al frente de su unidad, a lomos de un imponente caballo blanco. Soltó una maldición cuando una bala le alcanzó el talón y, después de que le vendaran la herida, insistió en montar de nuevo. Al poco tiempo, el caballo había muerto y Loring cogió otro, que cayó igualmente. El coronel acabó muriendo el día 24, renqueante, apremiando a sus hombres con el pie enfundado en una zapatilla de felpa. Fue el primero de tres hermanos en morir a lo largo del primer año de conflicto.

El pueblo de Passchendaele se perdió y permaneció en manos enemigas durante tres años. Las posiciones más avanzadas recibieron órdenes de atrincherarse, pero muchos hombres habían perdido o abandonado precipitadamente las herramientas de excavación y nadie tenía palas pesadas. Escarbaban como podían, algunos con las manos desnudas. El día 21 volvió a caracterizarse por la ferocidad de la acción y el número de bajas. Las primeras tropas que llegaban del Aisne empezaron a sumarse al frente; aparecía una unidad tras otra, justo a tiempo para plantar cara a nuevas oleadas de alemanes, que pronto empezaron a atacar tanto de noche como de día, en un frente aún más dilatado. Pero los soldados del káiser sufrieron graves pérdidas en los días 20 y 21 y distaban de sentirse invencibles. Marwitz, al mando de la caballería, escribió el día 22, tras estudiar las posiciones británicas: «Aquí, todo el campo es un conjunto de pequeños campos cercados y setos reforzados con alambrada. ¿Cómo se supone que atravesaremos tantos obstáculos? El enemigo es hábil a la hora de explotar su potencial y dispara desde el interior de las casas y de unas trincheras que han cavado a una velocidad asombrosa».

Un cabo alemán que participó en el asalto inicial de Langemarck, al norte de Ypres, escribía después con hastío: «¿Quién, aquel día o durante los días venideros, tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo o de lo que pretendíamos, nosotros o el enemigo? ... Casi de improviso, ráfagas de metralla sembraban la muerte y la destrucción en nuestras posiciones. Lo que vi y experimenté ... pertenecía a la clase de imágenes que podría fabricar la imaginación más salvaje. ¿Qué quedaba de nuestra división? ... En cada prado, detrás de cada seto, había grupos de hombres, algunos más numerosos, y otros, menos, ¿pero, qué hacían? ¿Qué podían hacer?». A media tarde del 21, un maltrecho regimiento alemán se descompuso y salió en desbandada después de que hubieran caído todos sus oficiales. Al anochecer, en el pueblo de Poelkapelle todas las casas estaban abarrotadas de heridos traídos del

grandes dificultades, los alemanes llevaron comida a sus puestos avanzados, para que sus hombres tomaran el primer alimento caliente en dos días (y, para muchos, el último). El 4.º Ejército de Falkenhayn se lamentaba porque las posiciones que tanto costaba tomar de día se perdían de nuevo durante la noche.

Aunque Ypres y el I Cuerpo de sir Douglas se convirtieron en el blanco principal de los asaltos alemanes, las tropas británicas y francesas de más al sur, delante de Armentières y detrás de La Basée, también combatieron con ferocidad durante las dos últimas semanas de octubre. El cuartel general tardó en comprender la magnitud del esfuerzo alemán y seguía enviando hacia las líneas del frente batallones con órdenes de asumir que, al poco tiempo, serían ellos mismos quienes lanzarían el ataque. La realidad fue otra. «Por todas partes por donde avanzamos, nos encontramos con alemanes por delante», escribió el granadero George Jeffreys.¹² Wilfrid Abel-Smith despotricaba el 22 de octubre: «Decir que no tenemos nada por delante es una perfecta estupidez. Hay montones de alemanes y, como ejército, son muy buenos y sus cañoneros son perfectos ... Desde luego, mataremos a montones de alemanes, pero siempre habrá muchos más».¹³

Buena parte de la ropa de los soldados británicos estaba hecha jirones después de las penurias vividas desde agosto. Algunos llevaban pantalones de civil; Frank Richards, un veterano fusilero galés, usaba un pañuelo anudado en lugar de su gorra de servicio, perdida hacía mucho. No le importaba: «Parecíamos una banda de *ragtime*, pero muy animados y preparados para lo que viniera».¹⁴ Inmediatamente al este de Fromelles, su unidad sacó las herramientas de atrincheramiento: «Poco nos imaginábamos ... que estábamos cavando nuestros futuros hogares».¹⁵ Dos divisiones indias se unieron por la derecha a la línea de la FEB, el 22 de octubre. Era un refuerzo terriblemente necesario, y el primer soldado indio en ganar una Cruz de la Victoria fue un baluchi, el cipayo Khudadad Khan, que obtuvo la medalla manejando una ametralladora en Hollebeke.

Se habló mucho, sin embargo, de lo poco idóneos que resultaban los cuerpos indios para la lucha europea. Frank Richards, que había servido durante años en el subcontinente, escribió luego con el desprecio propio de un soldado raso: «La infantería “nativa” no hizo nada bueno en Francia. Hubo quien escribió en los periódicos que no podían soportar el frío, pero lo cierto es que eran caguetas y si unos pocos proyectiles enemigos estallaban cerca de sus trincheras, eso bastaba para desmoralizar a la mayoría».¹⁶ El comandante de un cuerpo de la caballería india, el teniente general Mike Rimington, declaró con desdén que sus hombres «solo servían para alimentar a los cerdos». Era una afirmación tremendamente

injusta, pues las tropas indias enseñaron al resto de la FEB el arte de patrullar. Pero había una verdad irrefutable: resultaba brutal, aun en un momento de necesidad del Imperio Británico, exponer a mercenarios del otro extremo del mundo al terrible impacto cultural de combatir en Flandes.

Los alemanes atacaban noche y día, y muchas acciones se libraban a la luz de los edificios en llamas. El día 21 de octubre, en la oscuridad, un grupo se acercó a los granaderos profiriendo unos gritos que sonaban verosímiles: «¡Somos la guardia de Coldstream!». ¹⁷ Pero los granaderos atisbaron la silueta de los cascos puntiagudos, recortada en el horizonte, y les dispararon sin piedad. Un oficial escribió: «Se parece demasiado a disparar sobre un rebaño de ovejas, pobre gente. Son disciplinados y hacen lo que les dicen, pero sus ataques nocturnos, en este bosque, se han quedado en que los pobres diablos deambulan sin norte bajo nuestra temible fusilería». ¹⁸ El ganado pacía desatendido y algunos hombres ordeñaban vacas entre los bombardeos. En un ataque, los alemanes llevaron un rebaño por delante de las tropas: bestias y hombres fueron masacrados juntos.

El diario de guerra del 2.º batallón de los Ox and Bucks anotaba el 22 de octubre: «Se acercaron en líneas gruesas y nuestro fuego era sostenido, y la luz, suficientemente buena para apuntar bien»; ¹⁹ los alemanes de cabeza cayeron a unos veinte metros de las posiciones del batallón. Aunque la metralla británica infligió algunos daños, en ambos bandos escaseaba la munición de artillería: en su mayoría, las muertes se debieron a las ametralladoras y los fusiles. En un asalto sobre Langemarck, tristemente famoso, mil quinientos jóvenes alemanes perdieron la vida y otros seiscientos cayeron prisioneros. El tumulto de Ypres puso a prueba los límites de la fortaleza humana. Para conseguir que los hombres cumplieran con su deber se invocaban periódicamente castigos extremos —o al menos, la amenaza de sufrirlos—. El soldado Edward Tanner, de la infantería de Wiltshire, fue fusilado el 29 de octubre, tras ser apresado por detrás de las líneas vestido con ropas de civil. El cabo mayor William Walton desertó del cuerpo de fusileros del Rey cerca de Ypres, y fue ejecutado, como cabía esperar, cuando lo apresaron después de varios meses en fuga. Lionel Tennyson amenazó con disparar al siguiente de sus hombres que volviera antes de tiempo de una patrulla de espionaje en «tierra de nadie». ²⁰ Esta última expresión, de origen medieval —designaba una extensión de tierra sin dueño, al norte de las murallas de Londres, donde se celebraban las ejecuciones—, reapareció entonces en la jerga de los soldados, para referirse al espacio entre trincheras rivales, que podía ser de entre cincuenta y doscientos metros, según los caprichos del terreno.

En los sucesivos choques de Ypres, nacieron en ambos bandos por igual historias de penurias, desgracias, terror, desesperación y sacrificio. Casi todos los

hombres compartían la falsa idea de que la FEB se enfrentaba en solitario al poderío enemigo. Una sensación parecida llegó hasta Gran Bretaña. Churchill dejó constancia escrita del profundo pesimismo de aquellas semanas: «La sensación de forcejear —en vano— con un monstruo de una potencia abrumadora y aparentemente inagotable en tierra ... me ahoga el pensamiento».²¹ En noviembre volvió a difundirse el temor a la invasión, que afectó brevemente a Kitchener y Churchill, y reforzó su infundada convicción de que el káiser disponía de recursos ilimitados.

Era cierto que Falkenhayn hostigó especialmente al sector británico en Flandes, pero los franceses también sufrieron muchas tribulaciones y su contribución para mantener la línea fue crucial. Los interrogadores alemanes informaron de que los prisioneros franceses se quejaban del rendimiento —supuestamente pobre— de sus vecinos británicos, con palabras comparables a las groserías que sobre ellos mismos habían dicho sus aliados. Al sur del frente de la FEB, los hombres de Foch contraatacaban una y otra vez, manteniendo la presión sobre el enemigo. El sargento Paul Cocho, de treinta y cinco años, un tendero bretón que era padre de cuatro chicos, entró en acción por primera vez en Flandes y quedó abrumado por la experiencia. «No imaginaba que la guerra sería así ... He visto tanto caos en nuestro regimiento y un liderazgo tan inadecuado; he visto heridos muy desatendidos ... Durante los dos primeros días tuvimos que pasar con trocitos de pan seco, aunque apenas teníamos hambre, en medio de una experiencia emocional tan profunda. Al principio bebíamos vino, porque algunos espabilados fueron a saquear las bodegas de las casas destruidas, y luego solo quedó café frío.»²² Cocho calificó sus experiencias de larguísima pesadilla de la que solo se despertó cuando lo evacuaron, enfermo, a finales de noviembre.

El 23 de octubre, la infantería francesa inició un desesperado intento por reconquistar Passchendaele. Entre los atacantes de primera fila estaba su comandante, el general Moussy, que los apremiaba gritando: «*Allons, allons, mes enfants! En avant! En avant!*». Sus hombres respondían: «*Bien, mon général!*». Pero ante el fuego enemigo, se fueron echando atrás, buscando protección, y el avance perdió impulso. Moussy intentó recurrir al humor: «*Il faut absolument arriver a Passchendaele ce soir, ou pas de souper, pas de souper!*».²³ Tanto si al final los supervivientes cenaron como si se les privó de hacerlo, lo cierto es que los franceses no lograron llegar a Passchendaele. Los británicos tenían la sensación de que el propio Moussy se había conducido más como un comandante de compañía que como un general, pero en su propio ejército no fueron pocos los que emularon su comportamiento. Aunque más adelante se habló mucho del «generalato de *château*», durante la primera batalla de Ypres, los altos mandos de ambos lados arriesgaron la vida con mucha frecuencia y murieron en proporción.

Se estaba desarrollando una competición de dolor y sacrificio. El soldado alemán Paul Hub escribió a su casa el 23 de octubre: «María, este tipo de guerra es desolador hasta el extremo. Tan solo con que veas una hilera de camilleros con sus cargas, sabrás lo que quiero decir. Aún no he tenido ni una ocasión de disparar. Nos las hemos de ver con un enemigo oculto».²⁴ La explosión de un proyectil dejó a Hub sordo para siempre, pero el destino de muchos de sus camaradas fue bastante peor. Un suboficial alemán, llamado Knaut, recibió un disparo en el pecho que lo hirió de gravedad; más tarde escribió que se sorprendió pensando con alivio: «Bueno, pasarás la Navidad en casa». Y la ofensiva de Falkenhayn todavía seguía adelante, y con ella, los sufrimientos de sus hombres. El sargento Gustav Sack describió las magras raciones de su unidad en una carta a su esposa Paula, escrita cerca de Péronne, el 26 de octubre. A las 7 de la mañana bebían un café o un té, imposibles de distinguir uno de otro por su textura; y a última hora, de noche, recibían una sopa de campaña y una ración de pan.²⁵ En lugar de tener una trinchera continua, los hombres ocupaban hoyos en los que dormían sobre paja. En cuanto a la guerra, «todo esto es muy, muy diferente y más demencial de lo que creerías posible ... No se ve nada, aunque el malvado enemigo —su sentido del humor era más bien tosco— esté a trescientos o cuatrocientos metros; pero lo oyes todo».²⁶ En otra carta añadía: «¡Me estoy congelando! Hoy me toca guardia, de 7 a 7. La luna está en lo alto, hay nubes algodonosas, el amanecer es bonito, hay perdices por todas partes, todo muy pintoresco, pero... ¡hay frío, frío, frío y hambre!».²⁷

Todo soldado británico sabía, a estas alturas, que el cese de un bombardeo de la artillería enemiga significaba el comienzo de un asalto de infantería. El capitán Harry Dillon escribió a sus padres, a propósito de un ataque nocturno al que tuvo que hacer frente el 24 de octubre: «Una enorme masa humana de color gris cargaba contra nosotros, corría directamente hacia nosotros con todas sus fuerzas, desde cosa de unos cuarenta metros; más o menos, como del cenador a la cochera ... Disparé mi fusil y, casi al mismo tiempo, lo hicieron también los demás. Se veía vacilación en la enorme masa de alemanes. Lo cierto es que algunos cayeron, otros cayeron sobre estos, y así repetidamente. Jamás había disparado tanto en tan poco tiempo ... Mi mano derecha es un gigantesco cardenal de tanto tirar del cerrojo arriba y abajo ... El fuego fue decayendo y de la oscuridad surgió un enorme lamento. Personas que habían perdido brazos y piernas, tratando de alejarse a rastras; otros, que no podían moverse, exhalaban el último suspiro entre jadeos, con el gélido viento de la noche azotando sus cuerpos destrozados y el estridente resplandor rojo de una granja en la que se veían montones de diablos grises a los que habían matado los hombres de mi izquierda, un poco más abajo. Era una escena horrible, grotesca; algunos se levantaban apoyándose en un solo brazo o recorrían

a rastras una distancia corta».²⁸

Dillon fue uno de los pocos hombres que, en ambos bandos, no había agotado la emoción y aún podía dirigir un pensamiento hacia aquellos señores de la humanidad que, desde la distancia, habían iniciado la masacre: «Bien, imagino que, si hay un Dios, el emperador *Guille* tendrá que rendir cuentas algún día. Cuando uno piensa en los sufrimientos de los heridos y luego en las esposas, las madres y los amigos, y pensar que esta gran batalla donde quizá haya medio millón de hombres en cada bando es solo un frente de unos cuarenta kilómetros, y que este tipo de cosas están sucediendo ahora en un frente de casi 650 kilómetros... ¡Y pensar que este hombre podría haberlo salvado todo!».

Los británicos no defendían una línea continua; había amplias brechas por las que los alemanes podían infiltrarse y ganar terreno, tal como habían hecho, a una escala mucho menor, en Mons. Principalmente, aquello todavía era un enfrentamiento entre batallones, donde muchas unidades combatían de forma independiente. La mayoría entraron en acción estando ya diezmados por las bajas del Aisne, donde su número se redujo de los mil hombres a seiscientos, o menos. En noviembre, las cifras habrían descendido mucho más aún. Buena parte de la artillería británica estaba situada por detrás del frente, en un terreno más bajo, y contaba por lo tanto con la desventaja de que sus oficiales no podían ver a los alemanes sobre el horizonte; además, escaseaban considerablemente los proyectiles. Un problema aún más grave era que la FEB disponía de pocas alambradas. En las guerras del siglo xx, la clave de una defensa efectiva radicaba en disponer obstáculos cubiertos por el fuego. Allí había pocos obstáculos y, por lo tanto, los principales impedimentos al ataque enemigo eran las balas o los proyectiles, y nunca se disponía de unas ni otros en número suficiente.

Los británicos bautizaron una extensa plantación de pino serrano, justo al norte de la carretera de Menin, como el «bosque poligonal», por la forma que tenía sobre el mapa. Insospechadamente, en el centro había una escuela de equitación belga, donde varios jóvenes oficiales británicos, de energía desbordante, hacían saltar sus caballos al tiempo que en las inmediaciones caían los proyectiles. El 24 de octubre, aquel lugar se convirtió en el escenario de una larga y cruenta serie de acciones dispersas, en las que grupos de diez, veinte o cincuenta hombres combatían contra los alemanes cuando y donde se encontraban con ellos. Algunos soldados británicos que no habían dejado de disparar hasta que el enemigo tomó sus posiciones cometieron luego el error de tirar las armas y alzar las manos; los mataron con las bayonetas, como en cierta medida cabía esperar. En medio de tamaña carnicería,

¿quién podía aceptar rendiciones a demanda?

Pero para entonces, la acometida alemana había perdido impulso, y los británicos se esforzaron por utilizar aquel respiro para recuperar el terreno perdido. El 2.º batallón de Worcester acababa de retirarse para descansar un poco. «Todos los hombres ... estaban agotados y sin afeitar —decía uno de ellos, el soldado John Cole— y sentimos un gran alivio al poder retirarnos a la reserva. Pero nada más llegar nos dijeron que nos necesitaban con urgencia para detener otro ataque alemán ... Estábamos que no nos cabía nada más.»²⁹ Al mando de los hombres de Worcester estaba el comandante Edward Hankey, de treinta y seis años, que había ocupado el puesto de su coronel cuando a este lo ascendieron. Ahora, Hankey guió el batallón en una serie de cargas con bayoneta para recuperar el bosque poligonal. Las avalanchas fueron desesperadas y se cobraron muchas bajas, pero salvaron las líneas británicas. Aquella noche, uno de los ingenieros reales escribió: «¡Qué imágenes tan horribles en el bosque! Hay muertos tirados en grupos por todas partes. Nuestra brigada ha pasado por allí, a la carga, tres veces durante el día.»³⁰ Una unidad alemana perdió al 70 % de sus fuerzas de combate entre los pinos. El regimiento que había capitaneado el asalto enemigo quedó reducido de 57 oficiales y 2.629 soldados a, al caer la noche, 6 oficiales y 748 soldados. También se derramó mucha sangre en otros lugares: entre el 20 y el 21 de octubre, los alemanes sufrieron graves pérdidas más al sur, en los alrededores del bosque de Ploegstreet.

El día 25, el capitán Ottmar Rutz observó cómo la artillería pesada sembraba el caos entre los batallones de la guardia británica en Kruiseke, al sureste de Ypres: «El efecto era impresionante; no podían resistirlo. Saltaban fuera de sus trincheras mientras nuestras ametralladoras los tenían en el punto de mira. ¡Había llegado el momento de la venganza!». Rutz contó que el enemigo se desprendía de sus armas antes incluso de que su propia infantería iniciara el asalto. Los alemanes bajaron a las trincheras inglesas e hicieron muchos prisioneros entre los defensores que habían aguantado la descarga. Alexander Johnston anotó ese día: «La razón por la que los alemanes entraron en las trincheras del 2.º batallón de fusileros irlandeses es que los hombres estaban tan cansados que se habían dormido todos». Al final del día, en aquel batallón solo quedaban cuatro oficiales vivos. Los contraataques nocturnos no consiguieron restaurar la línea. A la mañana siguiente, más tropas británicas abandonaron sus posiciones, que pronto cayeron en manos de soldados de la caballería alemana, que se acercaron a pie, pero en buena parte, aún con las espuelas. Los vencedores se lanzaron ansiosamente sobre las provisiones conquistadas, en especial sobre los cigarrillos.

A lo largo de la historia, los ejércitos se habían acostumbrado a librar batallas que duraban, en su mayoría, un solo día; de vez en cuando, dos o tres jornadas; pero luego se iban apagando. Ahora, sin embargo, los aliados y los alemanes exploraron un universo nuevo y terrible de batallas continuas. Se acostumbraron a matar y morir a lo largo de semanas y más semanas, con interrupciones de tan solo unas pocas horas. El grandilocuente oficial al mando de los *highlanders* de Gordon apremió a sus hombres a asegurarse de que cada uno de ellos daba cuenta de al menos cuarenta alemanes antes de Año Nuevo. Cuando un sargento del regimiento, Arthur Robinson, estaba agonizando a consecuencia de las heridas sufridas el 24 de octubre, se disculpó por no haber logrado cumplir la cuota.

Algunos de los fallecidos eran adolescentes en sus primeras horas de combate; otros eran veteranos. Entre los caídos del día 26 estaba el soldado William Macpherson. Era un hombre de Leith (el puerto de Edimburgo), que había servido tres años en Sudáfrica, con el regimiento real de Escocia, y luego ocho más como policía, en Hampshire, antes de alistarse de nuevo, ahora en la guardia escocesa. El documento lo describe como «esposo de Alice Macpherson, en el 19 de Windsor Road, Boscombe, Bournemouth». El teniente John Brooke, de los *highlanders* de Gordon, de treinta años, y antiguo ganador de la Espada de Honor de la academia militar de Sandhurst, obtuvo una Cruz de la Victoria antes de morir en su segundo ataque contra las posiciones alemanas al sureste de Ypres, el día 29. El combate de aquel día en las proximidades de Gheluvelt redujo el 1.º batallón de granaderos a cuatro oficiales y un centenar de hombres.

En los últimos días de octubre se vivieron algunos de los ataques alemanes más feroces, con la resistencia británica más desesperada. El lunes día 26, Douglas Haig escribió en su diario: «A las 4 de la tarde, el grueso de la 7.^a división se ha retirado del saliente. La mayoría de las unidades, en desorden ... Hacia las 3 de la tarde, salí a caballo a ver qué pasaba y quedé sorprendido al ver que los hombres se retiraban aterrorizados. Aun así, algunas unidades de la división sí se quedaron en sus trincheras».³¹ El día 29, el asalto de Ypres estuvo a cargo de siete divisiones alemanas. Un oficial, el capitán Obermann, había pasado buena parte de la noche anterior arrastrándose por tierra de nadie, reconociendo las posiciones británicas en la carretera de Menin. Mientras avanzaba a través de la niebla, a primera hora de la mañana siguiente, fue herido de muerte por la ametralladora de una unidad escocesa. Obermann murió en los brazos de su asistente y fue el segundo oficial al mando que su batallón perdía en Flandes. Uno de los cabos de Obermann acabó precipitando la acción que silenciaría la ametralladora británica, que estaba en manos de un viejo y duro veterano que no paró de disparar hasta que los atacantes tomaron su posición y lo mataron. Desde este punto, los alemanes —muchos de ellos, voluntarios de Múnich— informaron de que las tropas británicas estaban

abandonando sus posiciones y corrían hacia la retaguardia, donde se reunieron con su comandante, consternado. Haig condenó el modo en que algunas unidades habían sido apostadas en las laderas más adelantadas, a plena vista del enemigo, y habían pagado por ello.

Pero aquel día también supuso una dolorosa experiencia para los alemanes. El sol fue disipando la niebla a medida que avanzaban, con lo que fueron quedando más a la vista de los cañoneros británicos. Un oficial atacante quedó prendado de los estanques de una granja, cuyas aguas centelleaban con la luz. Vio cómo una serie de álamos se bamboleaba y luego se derrumbaba bajo el fuego de la artillería: la belleza del campo estaba siendo aniquilada progresivamente. A medida que el bombardeo defensivo cobraba más intensidad, muchos alemanes buscaron refugio. Un oficial prusiano preguntó contrariado: «¿Por qué los bávaros no se adelantan? ¿Por qué están allí tendidos?». Con notable reticencia, los atacantes se pusieron en pie y reanudaron la acometida, bajo un fuego renovado. «Allá fuimos», escribió más tarde un oficial alemán, «pero ¿hacia dónde? Para la mayoría de los implicados, fue ir hacia su muerte ... Solo siguen con vida cinco hombres de mi sección ... Los británicos se habían atrincherado bien en un campo de tabaco, en lo alto de una colina extensa, y luchaban desesperadamente.» La artillería alemana disparó demasiado corto, repetidamente, y llegó a provocar bajas en sus propias filas. Resulta sorprendente ver que, tanto en el frente occidental como en el oriental, en muchas ocasiones los cañoneros alemanes fueron descuidados y causaron muchas bajas por «fuego amigo». Aquel día 29, un regimiento bávaro perdió a 349 hombres, por muerte, y un número de heridos proporcional.

Todos los ejércitos —y el británico, especialmente— eran enfermizamente vulnerables al supuesto deshonor de perder una posición. Durante las tres semanas de Ypres, sus líneas avanzaron y retrocedieron repetidas veces, en medio de una sucesión de ataques y contraataques. Se ganaba el terreno, se perdía, se volvía a conquistar, en ocasiones varias veces en días sucesivos. Se produjeron salvajes combates cuerpo a cuerpo en los que los hombres recurrían a las bayonetas, espadas, pistolas y hasta las culatas de los fusiles. Como en la mayoría de las batallas que se vivirían en el siglo xx, las unidades bombardeadas solían abandonar sus posiciones en distintos grados de desorden. Incluso para las tropas más disciplinadas y valientes, era excesivo exigirles que se quedasen en sus posiciones soportando una lluvia de metralla y proyectiles que mataba y mutilaba a los camaradas de su alrededor. Si permanecer en el sitio prometía una muerte segura, los hombres racionales se trasladaban a otro sitio, para disgusto de sus generales.

Las trincheras perdidas debían recuperarse —aun cuando no siempre se lograra— en contraataques lanzados a veces en el plazo de unos minutos, aunque lo más habitual era que se tardase una o dos horas; y para entonces, era probable que los alemanes ya hubieran emplazado allí sus ametralladoras Maxim.

Algunos batallones mostraban una firmeza excepcional, mientras otros se hicieron tristemente famosos por la prontitud con que huían. El 21 de octubre, Alexander Johnston apuntó con desprecio a propósito del 2.º batallón de Lancaster del Sur: «Son una panda verdaderamente horrorosa ... no se les puede confiar nada, y hoy es la cuarta vez, en esta guerra, que han salido pitando». El día 29, en medio de un intenso bombardeo, escribió: «Fue muy triste saber que a unos pocos del 1.º [batallón] de los *Wilts* y un buen grupo del 2.º de los *South Lancs* los encontraron al cabo de un rato, sin aliento y sin nada de equipo ... a casi tres kilómetros. Por supuesto, el bombardeo era desagradable, pero no duró mucho y me temo que es una muestra del estado de nervios al que han llegado los hombres». Otras unidades a las que se consideraba poco dignas de confianza eran por ejemplo las de Bedford o Cheshire y los fusileros de Northumberland.

El capitán Ernst Hamilton, uno de los primeros cronistas de la FEB, se excusaba al escribir la introducción de un libro sobre la batalla, que publicó en 1916: «Debe comprenderse sin ningún resquicio de duda que la mención ocasional de batallones a los que se ha expulsado de sus trincheras ni por asomo sugiere ineficiencia [entiéndase como eufemismo por «cobardía»] por parte de aquellos batallones. Es probable que todos los batallones de las fuerzas británicas se hayan visto obligados, en un momento u otro durante los últimos doce meses, a abandonar sus trincheras ... a causa de un bombardeo insoportable ... A veces, las trincheras perdidas eran recuperadas por un batallón inferior, en toda su esencia militar, al batallón expulsado».³²

Por encima del nivel del batallón, la dirección británica solía ser deficiente. En las líneas, muchos hombres no solo estaban asustados y agotados, sino que también se sentían dolorosamente solos en sus penalidades. Alexander Johnston se irritaba: «Es perverso cómo algunos miembros del cuartel general de la brigada no salen nunca del refugio subterráneo, en todo el día, por miedo a que les alcance una bala perdida, ¡e incluso se agachan y tiemblan cuando un proyectil estalla a sus buenos doscientos metros!, pero al mismo tiempo van enviando todo tipo de mensajes con las cosas que se deben hacer y, en ocasiones, no se muestran nada comprensivos con los pobres compañeros que están en el frente y reciben casi todo el bombardeo y las incomodidades. Con una mera visita cada dos días, de alguien que tenga autoridad, y alguna palabra ocasional de ánimo, creo que se ayudaría a esos pobres tipos a resistir».

Dos días después, Johnston añadió: «Estoy seguro de que el Estado Mayor no

tiene contacto real con la situación y no puede hacerse una verdadera idea del estado de los hombres, ni creo que el general de brigada esté haciendo realmente los esfuerzos suficientes para convencerles de que abran los ojos al verdadero estado de cosas. No me puedo creer que quieran destrozarse voluntariamente el corazón de los hombres, según están haciendo». Esta fue una de las primeras manifestaciones de lo que, en el transcurso de la guerra, se convertiría en una cuestión primordial, tras la evolución de la guerra estática. Para ejercer el mando de forma efectiva, los altos oficiales necesitaban situarse, con sus estados mayores, en el centro de una red de líneas telefónicas, establecida por fuerza a una cierta distancia por detrás del frente. Pero esto suponía pagar un coste elevado: abrió una brecha tremenda, psicológica, además de física, entre sus propias circunstancias y las de los hombres a los que mandaban. Aunque algunos oficiales del Estado Mayor no se preocupaban por ocultar que les alegraba haber escapado del combate propiamente dicho, en el frente, pocos generales eran cobardes. Sencillamente, escapaba a su limitada imaginación comprender que los soldados que vivían una pesadilla constante como la de Ypres necesitaban un contacto humano y un apoyo emocional que algunos oficiales de rango superior, prisioneros de décadas de rígidas convenciones sociales militares, no habían aprendido a dar. Lo llamativo no es cuántas unidades británicas se desmoronaron en distintos momentos durante la primera batalla de Ypres, sino cuántas consiguieron mantener la posición.

En los últimos días de octubre se formó una nueva fuerza alemana, con el objetivo expreso de abrir una brecha por el sur de la ciudad. Estaba formada por seis divisiones, a las órdenes del general Max von Fabeck. Pero cuando el Grupo de Ejércitos de Fabeck (según lo bautizaron) se echó al ataque, el 30 de octubre, la infantería quedó consternada al ver la debilidad del bombardeo preparatorio. Los cañones de Falkenhayn sufrían una terrible escasez de munición. A lo largo del resto del frente occidental, la artillería tenía racionadas las balas, de dos a tres diarias, para reservar y desviar proyectiles al sector de Ypres; aun así, en este último eran insuficientes para un bombardeo intenso. Las tropas de asalto empezaron la operación cansadas, tras una serie de marchas nocturnas para llegar al frente. Su primer objetivo era Hollebeke y un oficial superior dictó una severa advertencia acerca de las elevadas expectativas del alto mando: «En estos últimos días se han desperdiciado varias oportunidades prometedoras porque cuerpos enteros han permitido que fuerzas muchísimo menores los contuvieran ... Los ataques no se están realizando con el absoluto desprecio por el peligro que todo ataque requiere para conseguir un resultado positivo».

En la mañana del día 30, los hombres del 2.º batallón de los reales fusileros galeses, que estaba cerca de Fromelles, se levantaron y desayunaron: tres galletas cada uno, con una cucharadita de mermelada; una lata de carne para cada cuatro hombres; y una ración de ron, de una medida y media de cuchara sopera. El comandante de la compañía de Frank Richards —que no despertaba la simpatía del viejo soldado, pero sí su respeto— recorrió toda la extensión de la trinchera con la espada en una mano y la pistola en la otra, repitiendo a cada sección de soldados, abrigados con sus sobretodos y subidos en las banquetas de tiro, que aquella sería una lucha a muerte. Los cuatrocientos hombres de su batallón hermano, el 1.º de los reales fusileros galeses, estaban en el castillo de Zandvoorde. Recibieron a los alemanes con una tormenta de fuego y entorpecieron su avance hasta ser superados: a mediodía, la mayoría de los soldados habían muerto o eran prisioneros. La caballería real, que había echado pie a tierra, fue atacada en el pueblo vecino, tras una descarga preliminar de noventa minutos; tuvieron que retroceder, dejando atrás a sus muertos, entre ellos a lord Worsley, oficial de ametralladoras del regimiento de los Life Guards. Mediada la mañana, los alemanes tomaron las montañas de Zandvoorde. Un batallón británico intentó recuperar la posición y quedó aniquilado; la mayoría de sus hombres cayeron prisioneros y, al anochecer, solo habían regresado ochenta y seis supervivientes.

Pero los atacantes también sufrieron graves penalidades, no solo en el combate por Zandvoorde, sino también en las demás acometidas. Ese mismo día 30, los alemanes emprendieron otro asalto estéril contra Langemarck, sin disponer de artillería de apoyo. Bajo un intenso fuego, los hombres de una unidad contemplaban consternados cómo su único oficial aún con vida, el teniente Zitzewitz, permanecía junto a un árbol observando las líneas británicas a través de unos prismáticos. Le imploraron que se pusiera a cubierto, pero él hizo caso omiso de sus advertencias hasta que un proyectil cayó cerca y lo derribó: un fragmento le había abierto una herida en el pecho, pequeña pero fatal. Al caer la noche, no se había logrado ningún avance significativo. Al norte de Langemarck, un «oficial sustituto» llamado Franke escribió que lo peor de pasar la noche en el frente era tener que escuchar el gemido desesperado de los heridos, invisibles entre los campos de remolacha, en tierra de nadie: «¡Aleman, por aquí!», «¡Ayúdenme!», «¡Un auxiliar médico!», «¡Ayuda!». Los atacantes mantuvieron la presión sobre Langemarck durante los primeros días de noviembre, con tropas que habían traído del sector costero, donde las inundaciones habían bloqueado el movimiento. Pero no consiguieron nada.

Más al sur, en una reunión de comandantes de unidades alemanas, celebrada al atardecer del día 30, el oficial de mayor rango allí presente anunció que los batallones reanudarían la ofensiva al día siguiente. Ante ello, uno de los oficiales al mando interrumpió con energía: «¡Discúlpeme, *Herr Oberst!* Se ha hablado de

“batallones”. En el centro ya no tenemos batallón. Los hombres llevan cuarenta y ocho horas en combate y hace tres días que no duermen». Afirmó que era imposible reanudar el asalto, lo que despertó la indignación del oficial superior. El coronel explotó: «¿Dice usted “imposible”? ¡No existe lo imposible! ¡Todos somos soldados y debemos asumir el riesgo de la muerte!». El alto mando fue implacable. El asalto se reanudaría el día 31 de octubre.

Uno de los soldados de Wurtemberg, Paul Hub, que combatía en la zona central del saliente, cerca de Gheluvelt, garabateó a su mujer aquel día: «Mi querida María, me siento tan mal que en verdad preferiría no escribirte ... Cada día que paso aquí veo más claro lo bello que es estar en casa, y ¡qué multitud de sentimientos me despierta la palabra “casa”! He vivido tamaño horror, recientemente, que no puede describirse con palabras; la tragedia está por todas partes. La lucha es cada día más feroz y no se le ve final. Nuestra sangre corre en torrentes ... Me rodea la más horripilante devastación. Soldados muertos y heridos, animales muertos y moribundos, cadáveres de caballos, casas reducidas a cenizas, campos revueltos, vehículos, ropas, armas ... No creía que la guerra fuera así ... Quedamos muy pocos para plantar cara al inglés».³³

Por su parte, «el inglés», en clara inferioridad numérica, tenía la sensación de que solo en su bando se pasaba mal. Pero el 31 de octubre, los alemanes soportaron otra contienda feroz a cambio de unos objetivos limitados; aquel día, de hecho, se convirtió en uno de los más sangrientos y —para los británicos— de los más peligrosos de la batalla. Messines era un pueblo con una iglesia, un molino y una calería, con una población media de unas 1.400 personas. Ahora, sin embargo, lo defendían el 11.º regimiento de húsares y el 9.º de lanceros, desmontados. Abrieron troneras en todas las casas e hicieron que los atacantes sufrieran terriblemente por cada metro ganado. Los hombres de Fabek carecían de la potencia de fuego precisa para arrasarse sistemáticamente el pueblo y derrotar así a sus ocupantes: hubo que asaltar la mayoría de las casas una por una. Pese a todo, en Messines no había tropas británicas suficientes para frenar la marea. En un lugar, los alemanes adelantaron una batería de cañones de campaña que bombardeó a los británicos desde menos de doscientos metros, lo que dio lugar a varias rendiciones. Más tarde, el sargento de artillería William Edgington escribió: «Un perfecto huracán de cuatro ametralladoras Maxim barrió el otro lado de la calle; si uno le sumaba el resplandor de los edificios que ardían por las bombas incendiarias alemanas, y también sus granadas, la escena era simplemente indescriptible».³⁴ Al final, los defensores que lograron sobrevivir se tuvieron que replegar y ceder a los alemanes un importante terreno elevado.

Una de las unidades que se incorporó a la acción el 31 de octubre fue la del regimiento escocés de Londres, un potente batallón territorial con un centro de

instrucción en Buckingham Gate, al lado del Palacio. Antes de llegar a Ypres, la unidad había pasado seis deprimentes semanas trabajando en la retaguardia, en parte porque los comandantes de la FEB dudaban de la capacidad combativa de los *terriers*. En aquel momento de crisis, los enviaron al frente en autobuses de dos pisos, requisados en Londres; quizá fueran los mismos que unos meses antes los llevaban a sus oficinas del centro económico de la capital británica. Llegaron al cuartel general del cuerpo y su coronel fue informado de que la unidad utilizaría el transporte del 1.º batallón de la guardia de Coldstream. Este se interesó por si la guardia no lo necesitaría. «No —le dijeron—, están casi todos muertos.»

La primera acción del batallón, en Wytschaete (*Whitesheet*, en la jerga británica) fue un desastre. A los hombres se les distribuyó una munición que no servía para sus fusiles y, en su intento de recuperar las montañas de Messines, pagaron un precio muy alto: 394 bajas, de las cuales 190 eran por fallecimiento. Resistieron todo el día bajo el fuego y, al quedar desprotegido su flanco izquierdo, intentaron despejar el terreno cargando con las bayonetas, aunque se demostró que la empresa les quedaba grande. El soldado primero Edward Organ vio regresar a los hombres del regimiento escocés: «No eran, en absoluto, una fuerza organizada ... porque estaban hechos trizas. Los alemanes los habían acribillado».³⁵ Quizá fuera una acción de un coraje admirable, pero a los territoriales les faltó experiencia de guerra —y armas útiles— para sacar algún provecho de su terrible iniciación.

En Gheluvelt, la noticia imperante del día era que la presión alemana se estaba haciendo irresistible: las pérdidas de Rupprecht eran espantosas, pero, a fuerza de número, acabó doblegando las líneas británicas. En una trinchera, los atacantes hicieron doscientos prisioneros; cuando los dirigían a la retaguardia, los proyectiles británicos empezaron a caer sobre ellos y sembraron el caos. A las 12.30, el real cuerpo de fusileros del Rey, el de la Reina y el leal regimiento de Lancashire del norte habían sido expulsados de Gheluvelt; los alemanes también se apoderaron de varios cañones británicos de sesenta libras. Todas las baterías de la zona tuvieron que retirarse con una rapidez apremiante. «Sacamos los cañones justo cuando el enemigo aparece a plena vista, en la colina, y allá vamos», dijo más tarde el cañonero Charlie Burrows.³⁶ «Cómo logramos salir de aquella es un misterio. Estallan proyectiles por todas partes. Yo voy en el caballo de fuera, que está herido, y a punto de derrumbarse por el agotamiento, pero seguimos adelante —tenemos que hacerlo— por la carretera de Menin. Nunca pensé que saldríamos de aquella con vida. Retrocedemos un kilómetro y medio y nos detenemos en un campo. Perdimos a un oficial, dos suboficiales y un cañonero, y varios conductores resultaron heridos.» Hubo que abandonar seis cañones. Gheluvelt cayó.

Los húsares de Oxfordshire, una unidad de caballería formada por voluntarios a la que Winston Churchill había pertenecido hasta hacía poco, había estado

actuando como el regimiento del cuartel general del comandante en jefe; pero ahora se desplazaron a Messines. Para ello recorrieron unos cincuenta kilómetros y, tras una larga cabalgata nocturna bajo la lluvia, avanzaron a pie y, nada más llegar, recibieron órdenes de sumarse al combate. «No teníamos ni idea de lo que estaba pasando», recordaba Edward Organ, «pero era obvio que las cosas estaban muy difíciles ... Se veían casas y granjas ardiendo, y a nuestro alrededor caían proyectiles. Estábamos en la parte baja de las montañas, protegidos, se podría decir; pero a veces las balas se colaban sobre nuestras cabezas, zumbando como un numeroso enjambre de abejas. Estábamos todos nerviosos —bueno, asustados, supongo— y cuando te asustas, alguien empieza a cantar y todo el mundo corea a gritos ... Cantábamos *Ragtime Cowboy Joe* y nunca la oigo, pero pienso en nosotros allí tendidos y los cañones retronando ... Jamás he vivido un día tan ruidoso como aquel primero.»³⁷

Los hombres de Worcester habían salvado la línea británica con su contraataque de hacía una semana. A este mismo maltrecho batallón se le volvió a pedir que recuperase el centro de Gheluvelt. Comieron estofado y bebieron una ración de ron, y, a las 2 de la tarde, salieron de sus alojamientos hacia la línea del frente, cargados con bandoleras de algodón llenas de munición extra. Uno de sus oficiales constató que, mientras ellos avanzaban penosamente, una riada de hombres de otras unidades se dirigía a la retaguardia. Más adelante, Haig describió al rey Jorge V las «multitudes de fugitivos que volvían por la carretera de Menin ... después de tirar [por ahí] todo lo que podían, incluidos los fusiles y las mochilas, para escapar. Tenían en los rostros una mirada de absoluto terror como jamás antes había visto en la cara de ningún ser humano».³⁸ Algunos grupos de soldados británicos ondeaban banderas y fusiles invertidos, y luego se acercaban a las posiciones enemigas con las manos en alto; a los que tuvieron suerte, les aceptaron la rendición.

Contra esta marea, el viejo regimiento del condado cargó bajo un intenso fuego de artillería, ganó casi un millar de metros y llegó al *château* de Gheluvelt, donde encontraron a un puñado de los *borderers* de Gales del Sur, que aún resistían. El comandante Hankey hizo sonar, triunfante, su cuerno de caza. Los de Worcester persiguieron a varios alemanes rezagados entre los arbustos, se atrincheraron y luego rechazaron todos los asaltos con el fuego de fusilería. Pero los generales de la retaguardia solo supieron del éxito de Hankey tras un difícil período de suspenso en que temieron lo peor. Sir John French estuvo de acuerdo con Haig en que era probable que la FEB tuviera que abandonar la ciudad y replegarse al oeste de Ypres. En un determinado momento, el comandante del cuerpo se adelantó en su caballo para examinar con sus propios ojos la situación en el campo de batalla y quedó horrorizado por el caos que encontró, con unidades destrozadas en fuga. Su equipo

lo vio tirarse del bigote, una señal infalible de que su habitual serenidad se hallaba bajo presión. Más adelante, el comandante en jefe describió aquella tarde como la peor crisis de la FEB en toda la guerra, y puede ser que tuviera razón.

Más al sur, la caballería de Allenby, que había desmontado, seguía resistiendo; pero más allá, los franceses sufrían pérdidas aún peores que los ingleses. A las 2.30 de la tarde, Haig supo, a través del comandante de la 1.^a división, que su formación estaba «rota»: uno de sus batallones, el de la Reina, había perdido a 624 hombres, hasta quedarse con treinta y dos efectivos (en su mayoría, cocineros y transportistas). La 7.^a división lo estaba pasando igual de mal. Poco después de esta conversación, sobre el cuartel general de la 1.^a división en Hooge cayeron proyectiles que mataron o hirieron al comandante y a la mayoría de su Estado Mayor. Sir John French se sumió en la desesperación; pero cuando estaba saliendo del cuartel general de Haig, apareció un edecán con la noticia de que los de Worcester habían recuperado la posición. A las 3 de la tarde, el general de brigada Charles FitzClarence informó: «Mi línea aguanta». Al caer la noche, no quedaba duda de que habían detenido a los alemanes.

Los hombres de Worcester habían conseguido un tiempo de respiro, que permitió a la 7.^a división reunir a los rezagados y fugitivos y desplegarse de nuevo. El batallón había hecho avanzar a 370 hombres, y, a lo largo del día, perdió la cuarta parte de sus fuerzas. Durante años, un monumento local a los caídos enumeraba a los que cayeron «combatiendo gloriosamente contra un enemigo mortífero»; en tiempos modernos, más moderados, se habla de que estuvieron «combatiendo gloriosamente contra un enemigo determinado». Los alemanes no quedaron tan impresionados por la acción worcesteriana como los británicos, que se congratulaban de retener el pueblo de Gheluvelt, pero no habían logrado llevar a efecto la penetración total que ellos ansiaban y los británicos tanto temían. Los alemanes consideraron que los vigorosos contraataques de las tropas francesas, más al sur, fueron el factor clave para frustrar su avance del día 31 de octubre. Es discutible. Es muy poco frecuente que una sola unidad altere el curso de una batalla entre ejércitos, pero puede ser que los de Worcester lo consiguieran en Ypres. Lo que es innegable es que, ese día, en lo que atañe a la moral de combate, Foch se alzó por encima de Falkenhayn, cuya voluntad quedó resquebrajada; y esto tuvo graves repercusiones para la suerte de los alemanes.

Los británicos pasaron la noche siguiente alternando entre cavar trincheras y rechazar nuevos ataques alemanes, incluida una ofensiva contra los escoceses de Londres. En palabras del soldado Herbert de Hamel, «no intentaron abalanzarse

sobre nosotros, sino que avanzaban con paso constante, cayendo a medida que se acercaban. Por toda su línea estallaban fogonazos. No se oía nada: ni gritos, ni llantos, solo el repiqueteo de los fusiles. Las balas atravesaban el seto que teníamos delante y se encastaban en el terraplén que había por detrás, y todo el rato, mientras intentábamos devolver el fuego, nuestros nuevos rifles se encallaban y atascaban, a veces después de un disparo, otras, de cinco ... Pero al cabo de un rato, ya no había más alemanes avanzando hacia nosotros». ³⁹ El batallón intentó cargar a través de un terreno iluminado por las llamas de los edificios incendiados, pero fue rechazado. El oficial de enlace Paul Maze describió un encuentro con los supervivientes, a la mañana siguiente: «Con la falda escocesa hecha jirones y aspecto de estar extenuado, un sargento de los Escoceses de Londres hacía formar a sus hombres, que estaban allí como marineros a los que se fotografiara en la costa, a la vista del naufragio de su barco». ⁴⁰ Una de las bajas fue un empleado de una compañía de transportes de la City londinense, el soldado Ronald Colman, territorial desde 1909. La metralla lo alcanzó en un tobillo y quedó cojo, lo cual probablemente le salvó la vida, al alejarlo de la guerra. La herida no le impidió convertirse, más adelante, en estrella de Hollywood, igual que sucediera —en una insospechada casualidad— con otros tres hombres de su mismo regimiento: Basil Rathbone, Herbert Marshall y Claude Rains.

Aquel día, el domingo 1 de noviembre, George Jeffreys se reunió con sir Thomas Capper, comandante de la 7.^a división. El comandante dijo: «Me temo que su división ha pasado un mal rato, señor». ⁴¹ El general respondió: «Sí, tan malo que no queda división y ahora soy una rareza: un comandante de división sin división». Jeffreys, desconcertado, escribió: «Casi parecía tomárselo a broma». La formación de Capper había perdido cuatro quintas partes de sus efectivos en las tres primeras semanas de acción. El desgaste apenas era menos terrible en el resto de la FEB. De los ochenta y cuatro batallones de infantería de sir John French, había setenta y cinco con menos de trescientos hombres; dieciocho quedaron reducidos a menos de un centenar.

Foch, alarmado por el visible agotamiento y desmoralización del comandante en jefe británico, envió dos divisiones francesas —con el apoyo de la caballería de Conneau— a ocuparse de parte de la línea de Allenby. Cualquier refuerzo era bienvenido, pero los jinetes franceses aún iban ataviados de un modo tan poco adecuado como cuando empezó la guerra. Una enfermera británica los vio taconear y avanzar ruidosamente: «Hombres de rostro grave ... formando un hermoso espectáculo, con sus vivos uniformes y los petos relucientes; era una imagen triste pero maravillosa». ⁴² Kitchener, consciente de la consternación de los aliados ante el estado mental de sir John French, ofreció en este punto sustituirlo por sir Ian

Hamilton. Sin embargo, Joffre y sus generales —en un gesto sorprendente, en muchos sentidos— prefirieron no dar un salto al vacío.

El resto de la línea aliada no tenía constancia clara de las graves penalidades que vivían sus hombres en territorio belga. Charles de Gaulle, que se había reintegrado a su regimiento, en la Champaña, una vez curada su herida de agosto, escribió en su diario el 1 de noviembre: «Las noticias del norte siguen siendo buenas. Pero qué lento va, ¡por Dios! Vinos de Sauternes y champán, para la comida. Muy alegre. Algunos invitados. Brindamos por la ofensiva. Podíamos oír a los alemanes cantando en sus trincheras. Himnos, sin duda. ¡Qué gente tan rara!».⁴³

Aquel mismo día, los alemanes reanudaron el asalto de Ypres, respaldados por una artillería muy potente, buena parte de cuyos proyectiles se dirigían contra las posiciones de la caballería británica. El voluntario bávaro Ludwig Engstler escribió a su familia contando cuál era su papel: «He titulado esta carta “*Allseelen*” [Día de los Fieles Difuntos; literalmente, “de todas las almas”]. ¡Dios mío, cuánto se oculta en esas palabras: “todas las almas”!». Describió cómo entraron en Wytschaete, desde cuyas casas y bodegas el fuego británico arrolló a los alemanes. «Éramos demasiado pocos. No había oficiales a la vista y tuvimos que retirarnos ... Era una sección entristecida la que daba la espalda a este lugar de muerte. “¿Seguís vivos?”, preguntó uno de los pocos que quedaban.» Los aliados acabaron perdiendo Wytschaete, igual que Messines, y su línea volvía a curvarse peligrosamente hacia el interior; pero los alemanes sabían que aún no habían logrado un éxito decisivo. El coronel Klotz, de la artillería, escribió tras el combate del 1 de noviembre: «El enemigo ha sido expulsado de sus posiciones en todas partes, pero a costa de un gran número de bajas en nuestro bando. No se ha abierto brecha».

Al día siguiente no hubo tregua. La unidad de George Jeffreys tuvo que encarar un asalto nocturno el 2 de noviembre: «Podíamos ver a los alemanes muy cerca (había un poco de luna): se acercaban muy despacio y parecían tambalearse ante nuestra fusilería, pero siempre adelantaban unos pasos más. Con ellos iba un tambor, que no paraba de tocar y ahora, como todos los demás, se cubría detrás de los árboles. No lo vi caer y creo que nuestros hombres no le dispararon. El ataque fue apagándose paulatinamente, ante nuestro fuego, pero ellos se habían acercado tanto que resultaba incómodo». ⁴⁴ El 3 de noviembre, el comandante de un cuerpo alemán dictó una orden del día, señalando que, a lo largo de tres días, sus hombres habían apresado a unos cuarenta oficiales y otros 2.000 hombres de la tropa: «Está claro que los británicos se rendirán si se les ataca con energía. Ordeno, por tanto, que los ataques incluyan toques de clarín y la música de las bandas del regimiento. Los músicos del regimiento que toquen durante los asaltos serán condecorados con cruces de Hierro». Un soldado alemán describió cómo, aquel mismo día, intentaron romper la línea francesa al norte de Langemarck: «Los *franchutes* estaban muy

atentos ... en nuestros primeros saltos hacia adelante no caímos bajo el fuego enemigo ... Luego, de repente, abrieron un fuego absolutamente letal. A la mañana siguiente nos relevaron. Al pasar lista nos dimos cuenta de que este ataque había abierto boquetes en nuestras filas ... La compañía había quedado más o menos eliminada».

Al caer la noche del tercer día, en el cuartel general del Grupo de Ejércitos de Fabeck, se había abandonado toda esperanza de penetración. Sus hombres habían sufrido 17.500 bajas en tres días y la munición de artillería estaba casi agotada. El teniente coronel Fritz von Lossberg, jefe del Estado Mayor de Fabeck, escribió: «Los sucesos del 3 de noviembre demostraron ... que no había forma de forzar una operación exitosa en Flandes». Pero añadió que Falkenhayn y el káiser seguían sin querer admitir esta realidad. El propio Lossberg creía que lo correcto, a la vista del fracaso del 1 al 3 de noviembre y durante las semanas previas, habría sido cancelar las grandes operaciones en el frente occidental y desviar las fuerzas hacia el este, donde quizá se podría conseguir una victoria decisiva sobre los rusos.

En las trincheras de ambos bandos, las condiciones se iban deteriorando con rapidez, agravando las penalidades infligidas por la acción enemiga. Bernard Gordon-Lennox señaló el 4 de noviembre: «Al anochecer empezó la lluvia y fue torrencial: a la postre, un final de lo más desagradable para un día de lo más desagradable. Nuestras trincheras están todas sobre arcilla húmeda y en un terreno pantanoso, lo que hace las cosas aún más desagradables de lo que podrían ser, pero hay una parte de satisfacción en saber que las cosas son igual de desagradables, si no más, para los *Dutchmen* [«alemanes»]». ⁴⁵ Gordon-Lennox añadió cansado: «Supongo que uno se habitúa a ver cómo se llevan a sus mejores amigos y solo puede pensar en la suerte que tiene de seguir aquí... por ahora». ⁴⁶ No le faltaba razón a la apostilla, pues él mismo halló la muerte seis días después, víctima de un proyectil.

Wilfrid Abel-Smith escribió al respecto: «Cuando pienso en el cansancio extremo del pobre Bernard, hace unos días (lo dejé en su trinchera a primera hora de la mañana y deseé poder ocupar su sitio, tan agotado estaba) ... Ahora pienso que él está en paz, lejos de todo este ruido y sufrimiento, y aunque tiene que ser terrible para ella [la esposa de Gordon-Lennox], pobre mujer, para él no puede ser malo, y para ella ha de ser un consuelo saber que al fin puede descansar». ⁴⁷ Las generaciones posteriores, apartadas de la religión, sienten la tentación de descartar como tópicos huecos las frases inscritas en piedra en tantísimos cementerios de guerra: «Ha encontrado el descanso eterno», «se ha ganado la paz eterna». Pero estas palabras tenían un significado profundo para muchos de los hombres que vivieron los horrores de Flandes.

El 5 de noviembre, Falkenhayn orquestó una nueva oleada de ataques casi suicidas en los extremos norte y sur del saliente de Ypres, oleada que se prolongó, con alguna tregua, a lo largo de la semana siguiente. Los hombres de ambos bandos la soportaron porque, de algún modo, les parecía fundamentalmente imposible que semejante carnicería y desdicha pudiera continuar mucho más tiempo. El teniente Richardson, de los reales fusileros galeses, escribió: «Las trincheras me están aburriendo espantosamente y me siento terriblemente cansado. Espero que no sigamos en ellas mucho tiempo. Ojalá ordenen avanzar». Durante varios días, el frente británico estuvo sometido solo al acoso de la artillería. Luego, el día 6, la infantería de Falkenhayn acometió de nuevo contra Klein Zillebeke, al sureste de Ypres. Bajo la habitual tormenta del fuego defensivo, algunos alemanes se desmoronaron. Un voluntario describió cómo la unidad a la que acababa de unirse, en las proximidades de Gheluvelt, se descompuso repentinamente y echó a correr bajo un intenso bombardeo. «Todos se precipitaron en tropel hacia la retaguardia, encorvados y abriéndose paso entre los matorrales a lo largo de unos doscientos metros ... Nos pareció terrible que nuestra primera experiencia de batalla consistiera en dar la espalda al enemigo.» Los días siguientes le parecieron «el infierno en vida», bajo un fuego constante y sin apoyo médico para los heridos.

Pero los aliados vivieron sus propias crisis el día 6. Las tropas francesas y la guardia irlandesa —«muy inestable, incluso antes de hoy», en palabras de «Ma» Jeffreys— también se desmoronaron y dejaron desprotegido el flanco derecho británico.⁴⁸ La caballería real se halló galopando hacia delante y desmontando para enfrentarse a los alemanes en medio de una multitud de franceses en fuga. El comandante Hugh Dawnay, que era oficial del Estado Mayor, guió a los Life Guards en una carga con bayoneta: él murió, pero se salvó la línea. Ahora apenas quedaba una unidad de la Fuerza Expedicionaria Británica con algo parecido a una dotación completa: el 2.º batallón de granaderos, por ejemplo, había perdido en Ypres a veinte oficiales y ochocientos hombres de la tropa; la guardia irlandesa quedó reducida a tres oficiales y 150 hombres; el 1.º batallón de la guardia de Coldstream quedó en un centenar.

Haig estaba indignado por lo que consideraba una pobre actuación de algunas unidades, y el 7 de noviembre anotó en su diario: «Los de Lincoln, los fusileros de Northumberland y los de Bedford dejan sus trincheras al mínimo bombardeo. Algunos pasan por el cuartel general de la división estando yo allí. Ordeno que se [forme consejo de guerra a todos] los hombres que se hayan acobardado de este modo, y que las trincheras [abandonadas] se vuelvan a ocupar de inmediato».⁴⁹ En el cuartel general de la brigada, Alexander Johnston quedó tan impresionado y enojado como el general: «De repente una riada de hombres empezó a llegar a nuestro cuartel general ... La mayoría daban la impresión de haber arrojado los

fusiles por cualquier parte y muchos ni siquiera llevaban el equipo. Venían con las historias de siempre: “Nos han ordenado retirarnos”, “todo el mundo se está retirando”, “nos han mandado volver a por munición”, “los alemanes están en las trincheras”, etcétera, etcétera. Casi dan ganas de vomitar al ver a tantos ingleses tan cobardes ... Tuve que amenazar con fusilar a varios antes de poder ponerlos en marcha ... Estábamos haciendo salir sin parar a hombres que se escondían en agujeros y esquinas».

Al día siguiente, el comandante de la 3.^a división dijo que «no podía hacer que sus hombres cargaran para recobrar la antigua línea de trincheras». A la semana siguiente, el coronel de los Escoceses de Londres mandó una nota al cuerpo, alegando que su unidad «no estaba en condiciones de salir al campo: los hombres están completamente destrozados. Lo que el batallón necesita con urgencia es un período de descanso por detrás de los cañones. Sin el debido descanso, podría ser desastroso para el batallón». Haig comentó mordazmente: «Me sorprendió que ese coronel (que se llama Malcolm) anhelara el descanso más que sus hombres». ⁵⁰ Apenas un mes antes, ese mismo George Malcolm había mostrado su alarma ante la posibilidad de que su unidad no hubiera llegado a Bélgica a tiempo de participar en la guerra.

A ojos de las generaciones modernas, las observaciones de Haig son crueles y carentes de comprensión, en referencia a unos hombres cuyas experiencias los había llevado hasta el límite de lo soportable. Pero la tarea de un general incluye endurecer el corazón. Si la línea aliada tenía que aguantar en Ypres, de algún modo habría que sobrellevar las bajas y los sufrimientos. No existían alternativas tácticas, más allá de una resistencia a ultranza; no había lugar para la caridad hacia los débiles ni para la compasión por los afligidos. El propio Haig había tenido una pobre actuación en la retirada de Mons y avanzó hacia el Aisne sin ganarse el aplauso de nadie. Pero sus colegas admiraron profundamente los nervios de acero y la capacidad de decisión que mostró en las tres semanas de Ypres; y se diría que era una admiración justa. Haig fue un hombre de su época, distante y reservado, romano por su capacidad de presidir una carnicería sin dejar que le arruinara la comida, si consideraba que el deber así lo requería; y esta fue su convicción durante los cuatro años siguientes. Poca gente adoraba al comandante del I Cuerpo. Pero Haig demostró ser muy competente en un momento en el que no cabe duda de que muchos otros —sir John French, especialmente— no lo fueron. Sin Haig, es probable que la línea británica de Ypres se hubiera derrumbado.

Los ataques alemanes ya flaqueaban, y sus comandantes discutían con gestos de nerviosismo. Mientras bajaban por la carretera de Menin, la tarde del 7 de noviembre, la banda del regimiento de infantería n.º 43 tocaba la *Yorckscher Marsch* y *Deutschland über alles*. La operación fue un desastre para los músicos: el oboe

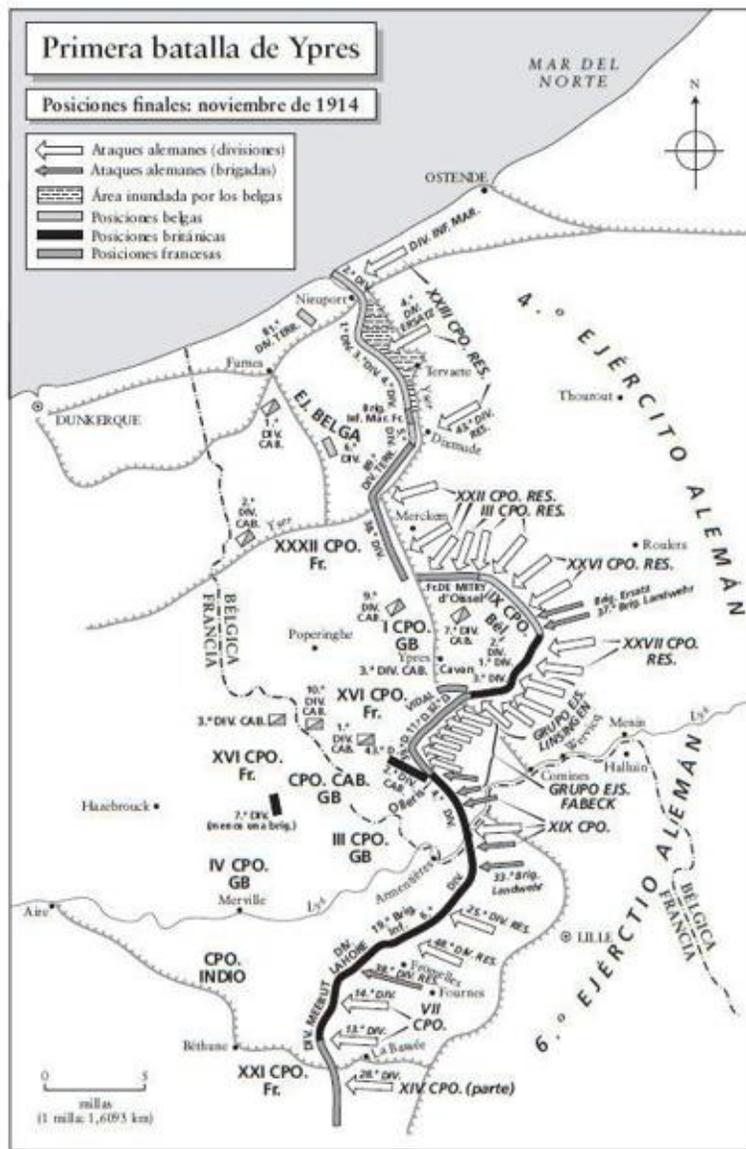
Waldmeyer murió y el oboe Wilebinsky, junto con el sargento Barth, resultó herido. Este engulló a toda prisa la petaca de brandy del director de la banda, antes de que se lo llevaran a la retaguardia. Después de aquella acción, se ordenó a la banda dejar los instrumentos y asumir nuevas tareas como camilleros. Fue un momento simbólico.

Cuando los granaderos de la guardia alemana avanzaron hacia su línea de partida, el día 9, vieron junto a la carretera a un alto oficial ataviado con el uniforme del 1.º regimiento de los dragones de la guardia y rodeado de su Estado Mayor. Era Theobald Bethmann Hollweg: el canciller alemán había acudido a presenciar en persona cómo se desarrollaban los acontecimientos a cuya génesis él tanto había contribuido. Se dirigió al coronel del regimiento en tono pomposo: «*Herr Oberst*, así es como lo he querido siempre: hallarme presente en el momento y el lugar donde realmente pueda dar a los muchachos *die letzte Ölung*». La imagen del «último aceite» se refería a los días en los que se engrasaba el cuerpo de los gladiadores cuando estaban a punto de entrar en la arena, para dificultar más el agarre del contrincante. Pero tampoco escapó a los oyentes de Bethmann que la expresión tenía otro sentido adicional: una «última unción», el rito funerario de la iglesia luterana. Bethmann no vio ningún triunfo de los suyos aquel día; solo más muertes.

Una vez más, la lucha aflojó brevemente. El capitán Eben Pike, un granadero, escribió el 9 de noviembre: «Aquí resistimos como la macabra Muerte», y él mismo falleció unos días después.⁵¹ Wilfrid Abel-Smith escribió al respecto: «No puedo soportar el ver que mis amigos se van, un día tras otro, y cuando alcanzaron a Eben, me dio un vuelco el corazón, pero debo hacer frente a las dificultades y esperar con lo mejor. Si no hubiera puesto mi confianza en Dios, no habría aguantado tanto». Pero algunos hombres sí perdían la esperanza, en ambos bandos. El 9 de noviembre, el teniente Baehreke, de los granaderos, estaba interrogando a un prisionero británico cuando, de repente, la protección que había ante ellos se abrió y dejó ver a un zuavo que gritaba en francés: «¡No disparen! ¡Soy padre de una gran familia con muchos hijos!». Entonces cogió y vació una de las cantimploras alemanas, lo que provocó un estallido de risas que aliviaron la tensión. Aquel mismo día, el teniente Von Schauroth, edecán de un regimiento, escribió: «Los informes del frente de combate indicaban que emprender un asalto, en las condiciones actuales, no ofrecía perspectivas de éxito. Todo intento por convencer a los superiores de lo desesperado de un ataque frontal por la arcillosa ciénaga de Flandes, sin tener ningún concepto claro del enemigo, el terreno e incluso nuestras

propias posiciones, fracasó por completo ... Centenares de nuestros mejores hombres han dado la vida por algo sin ninguna esperanza de éxito».

Ante la insistencia de los comandantes alemanes, el 10 de noviembre tuvo lugar un ataque, condenado al fracaso, en el sector francés. Al día siguiente, hubo otra gran acometida contra los británicos: dos brigadas de la guardia prusiana se lanzaron hacia Ypres desde los dos lados de la carretera de Menin. Con la tenue luz de primera hora de la mañana, los defensores no daban crédito al espectáculo de densas formaciones enemigas que, una vez más, se aproximaban en un número que hacía pensar que las fuerzas del príncipe Rupprecht eran inagotables. En las horas de lucha posteriores, los alemanes siguieron presionando una vez tras otra, perforando las defensas en varios lugares. Un soldado británico garabateó lacónicamente en su diario: «Todos en estado de pánico, huyen y dejan rifles, eq[ui]po, todo».⁵² Una vez más, el frente quedó restaurado por los contraataques: los Ox and Bucks, que habían representado un papel destacado en los combates de septiembre en la Cour de Soupir, consiguieron una victoria menor, pero crucial, en el bosque de Nonne Bosschen. Entre las bajas fatales de aquel día estaba el comandante de la brigada de la guardia, Charles FitzClarence, quien, por consenso general, había sido uno de los héroes de la defensa. En el otro bando, el 11 de noviembre un regimiento de la guardia alemana sufrió ochocientas bajas, entre ellas siete oficiales muertos. Los atacantes fueron detenidos a unos cuatro kilómetros de Ypres.



El cabo William Holbrook, de los fusileros reales, describió algunas experiencias de humor negro, mientras su unidad permanecía inmovilizada durante unas horas en tierra de nadie.⁵³ De repente, un oficial alemán salió reptando de entre los matorros y dijo, en perfecto inglés: «Estoy herido». El teniente de la unidad británica respondió irritado: «No ataquen con esa brutalidad ¡y verán como no acaban heridos!», lo cual provocó la carcajada de los fusileros. Pero el teniente murió por una bala perdida, unos minutos después, y sus hombres quedaron sin líder y, además, sin saber exactamente dónde estaban. Holbrook extrajo una bala de metralla de la rodilla de un compañero, que luego se alejó a rastras en busca de refugio. Él mismo estaba sentado en el cráter de un proyectil, al anochecer, cuando oyó a su lado el crujido de una rama y vio aparecer la cabeza de un alemán. El hombre gemía y, malherido, murmuraba «Wasser! Wasser!». Holbrook le dio un

trago de su cantimplora y quedó horrorizado al ver que el agua salía de inmediato por el costado del hombre, mezclada con sangre. Entonces el alemán levantó tres dedos y balbuceó entristecido «*Kleine Kinder*» —tenía tres hijos pequeños— antes de expirar durante la madrugada. Holbrook aprovechó las últimas horas de oscuridad para huir a las líneas británicas.

Aquella noche, en Ypres, ardió en llamas el mercado de paños medieval. Gordon Fisher, sargento aposentador del regimiento territorial de Hertfordshire, recién llegado a la guerra, se dirigía hacia el campo de batalla a bordo de un autobús. Contemplaba sobrecogido la oscuridad, interrumpida por los brillantes fogonazos y pensó: «¿No es bonito? Como fuegos artificiales».⁵⁴ Pero poco a poco, fue percibiendo el horror del espectáculo. El teniente John Dimmer, ametrallador de treinta y un años, era uno de aquellos ejemplos singulares de oficial que había ascendido tras empezar como soldado raso. En Ypres, el 12 de noviembre, su Vickers estaba disparando contra el avance de la guardia prusiana cuando se paró en seco, por culpa de una banda de cartuchos empapada. Dimmer reparó la ametralladora con una llave inglesa ajustable y reanudó los disparos. Una bala enemiga le dio en la mandíbula y la ametralladora se volvió a encallar. Mientras la remediaba, recibió otro balazo, esta vez en el hombro derecho, y tres fragmentos de metralla en el mismo lugar. Pese a todo, siguió disparando hasta que los alemanes más próximos, que ya estaban a menos de cincuenta metros, se dieron la vuelta y echaron a correr. Dimmer recibió otro impacto en la cara y quedó casi cegado por su propia sangre, pero vivió para recibir la Cruz de la Victoria. Más adelante ganó también una Cruz Militar; acabó muriendo al mando de un batallón, en enero de 1918, tres meses después de casarse. En Ypres, gracias a muchas acciones locales como la suya, las unidades de la FEB, cada vez más menguadas, consiguieron resistir en sus posiciones.

A la izquierda de los británicos, los franceses también libraron una batalla terrible para conservar la línea entre Zonnebeke y Bixschoote. Langemarck seguía siendo objeto de una presión incesante. Aquel 12 de noviembre, uno de los boletines bélicos oficiales de mayor notoriedad llegó a muchas ciudades y pueblos de Alemania informando de que «al oeste de Langemarck, cantando *Deutschland, Deutschland über alles*, nuestros jóvenes regimientos acometieron la línea atrincherada de las posiciones inglesas y la conquistaron». En realidad, en aquel sector, la línea era de los aliados. Y en cualquier otra parte del frente británico, si de verdad hubo cánticos, por la noche los atacantes tenían pocos motivos de celebración: una vez más, no habían logrado abrirse paso.

Los días 16 y 17, los alemanes reanudaron los asaltos locales y lanzaron más proyectiles sobre la ciudad de Ypres. El diario de guerra del 2.º batallón de granaderos decía: «Los ataques se han repetido con gran fuerza. El batallón ha

disparado 24.000 balas de a[rmaz] p[er] [pequeñas]». ⁵⁵ Pero ahora, los alemanes estaban tan cansados como los aliados. El 16 de noviembre, Alexander Johnston describió el agotamiento y la desmoralización de muchas unidades británicas, pero luego añadió: «Por suerte, creo que a la infantería alemana que tenemos delante le queda muy poco impulso». Tenía razón. Las condiciones meteorológicas dificultaban los movimientos en cualquier dirección. La conductora de ambulancia Dorothie Feilding se lamentaba, el día 17: «Esta humedad es un infierno para los pobres *tommies* de las trincheras. Es horrible ver en qué estado se encuentran, por ello, ¿quién no se desanima si está congelado, empapado y no se puede secar nunca?». ⁵⁶

Cuando empezó una temporada de fuertes vientos y tormentas de nieve, la batalla de Ypres se aletargó y dejó a ambos bandos en sus ensangrentadas posiciones. La consecuencia territorial más importante fue que los alemanes se habían apoderado del terreno elevado de las montañas de Messines, que siguió en sus manos hasta junio de 1917. Pero en la zona de Ypres habían sufrido 80.000 bajas; muchos regimientos perdieron las dos terceras partes de sus fuerzas, si no más. Un alemán escribió a casa: «Los días que he vivido no se pueden ni imaginar. Jamás habría pensado que un hombre pudiera soportar algo así ... Nuestro 1.º batallón, que ha luchado con una valentía inigualable, ha pasado de 1.200 hombres a 194. Dios quiera que vuelva a verte pronto y que este horror ya no tarde en acabar». El autor tuvo la suerte de caer prisionero poco tiempo después.

En la primera batalla de Ypres se impusieron, sin lugar a dudas, los aliados: en el último intento invernal por conseguir una penetración estratégica en el frente occidental, los alemanes habían derramado mucha sangre en vano. Los ejércitos franceses, británicos y belgas protagonizaron una obstinada batalla defensiva en la que, contra todo pronóstico, lograron al menos aguantar la línea. Más adelante, Churchill hablaría de la «siempre gloriosa Ypres». ⁵⁷ Acertaba en la importancia de aquella victoria, pero el inventario de sufrimiento y tragedia fue tan extremo, para vencedores y vencidos por igual, que pocos hombres se hallaban con ánimo de celebración. Los británicos aprovecharon el hecho de que la mayoría de sus soldados eran profesionales veteranos y luchaban contra reservistas mal entrenados; en adelante, los generales alemanes siempre reprocharon a Falkenhayn que no asignara mejores tropas a la empresa. Los líderes británicos no mostraron gran genio táctico; solo se vio la férrea voluntad de sus hombres para resistir y morir del modo que había caracterizado a los casacas rojas durante siglos. Pero Ypres costó la destrucción del viejo ejército. Hubo 54.105 bajas, para un total de 89.964 entre agosto y finales de noviembre: más que los efectivos de las primeras

siete divisiones de la Fuerza Expedicionaria Británica. En adelante, pues, los británicos destinados en Bélgica y Francia solo pudieron aspirar a aguantar sus posiciones hasta que recibieran refuerzos nutridos del imperio y de los nuevos ejércitos que Kitchener instruía en su país.

El cabo George Matheson, de los *highlanders* de Cameron, escribió a su familia: «De los 1.110 oficiales y soldados que partieron al comienzo, nos quedan el comandante Yeadon y unos ochenta hombres. Creo que en el país os quedan muchos soldados. En fin, ¡aquí nos irían bien unos cuantos!». ⁵⁸ La opinión pública civil tardó en comprender la magnitud de la batalla que se había librado. El 21 de noviembre, el *New Statesman* informó en tono anodino y autocomplaciente: «Dejando a un lado unos pocos incidentes de gallardía —en especial, cuando la infantería británica rechazó a la guardia prusiana—, no hay nada que señalar en el teatro occidental de la guerra, desde la semana pasada. Los movimientos de la línea de contacto entre las fuerzas enfrentadas han sido tan leves que solo se aprecian en un mapa de muy gran escala ... Cada vez más, la lucha en esta región se contempla como una simple prueba de resistencia relativa».

Aunque la opinión pública británica consideraba que las bajas de la Fuerza Expedicionaria eran terribles, el sacrificio del ejército francés fue diez veces más duro. Entre los comandantes, fueron la energía, la intuición y el liderazgo genuinamente inspirador de Foch los que contribuyeron de forma decisiva a que los aliados lograsen mantener la línea en Ypres, con cierta ayuda de Haig. La fuerza de combate del ejército belga se había reducido a la mitad. Durante las mortíferas semanas comprendidas entre el 18 de octubre y el 12 de noviembre, no solo murieron decenas de miles de hombres, sino también muchas esperanzas. Por descontado, los generales no desesperaron, pues carecían de ese derecho; era su deber continuar esforzándose por la victoria. Pero los hombres que se enfrentaban en las trincheras —no solo en Ypres, sino a lo largo de un frente de cientos de kilómetros, por llanuras, valles y colinas, hasta la frontera suiza— veían la verdad. Ambos ejércitos poseían una capacidad ilimitada de provocarse mutuamente bajas y dolor; pero mientras hubiera hombres y cañones en cada bando, las defensas podrían reforzarse antes de que los atacantes tuvieran oportunidad de aprovechar un éxito local.

Wilfrid Abel-Smith escribió, el 28 de octubre, palabras clarividentes: «El ruido de los cañones y los proyectiles se ha vuelto tremendamente soporífero. Por supuesto, conservamos cierta conciencia de peligro; pero la sensación de aburrimiento la supera. Querría alejarme por unos días de este barullo incesante. No acierto a ver cómo acabarán estas batallas. Estamos en tablas. Con un frente de esta longitud, no se puede avanzar por ningún sitio sin colocarse en situación de peligro; y no se puede ir adelante porque no hay flancos y, por lo tanto, no se los

puede rodear. En cuanto hay un pequeño flanqueo, un aeroplano lo descubre y el enemigo le planta cara, y lo mismo pasa con nosotros; así que es el cuento de nunca acabar. Llegas a unos pocos cientos de metros del otro y te atrincheras, y allí te quedas, disparando todo el día y cañoneando toda la noche».⁵⁹ Era una imagen clara del futuro estratégico que horrorizaba a los comandantes de ambos bandos, quienes, durante casi cuatro años, seguirían batallando hasta que su mortal abrazo se rompiera tardíamente en la primavera de 1918.

16

«El azote de la humanidad»

I. Polonia

En el frente oriental, los alemanes se felicitaban a sí mismos, radiantes, por el éxito de Tannenberg, y les exasperaba que sus aliados se quedaran muy atrás. «Aquí todo está bien», escribió Max Hoffmann, el jefe de operaciones de Hindenburg, desde Kielce, en Polonia, el 8 de octubre, «salvo los austríacos. ¡Ojalá esos sujetos (*Kerle*) se pusieran de una vez en marcha! Han dejado que el éxito que les trajimos se les escape de las manos.»¹ Los soldados de Francisco José estaban ciertamente agotados y desanimados. «Llevamos demasiado tiempo sin descansar», escribía el conde Viktor Dankl, comandante de caballería, el 15 de octubre. «Es tanto lo que ha aquejado los nervios de todo el mundo que ahora ya no se puede hacer nada más con ellos ... Habíamos partido henchidos de esperanza y orgullo, pero ahora ese espíritu se ha quebrantado.»² Dankl añadió, nueve días después: «Los hombres ya no quieren atacar más, nos faltan oficiales y los que quedan son tímidos. Esto se ha acabado. Hemos descendido al nivel de los rusos: los hombres solo quieren defender posiciones y vaciar las armas a bulto».

En el cuartel de Conrad, Alex Pallavicini se admiraba de cuán lejos quedaban de la realidad del campo de batalla los comandantes y oficiales del Estado Mayor sentados en sus cómodas mesas, detrás de sus teléfonos, «malgastando mucho papel y mucha tinta. Es una institución que se asemeja a algún banco internacional, salvo que [nuestro] papelorio será todavía más inútil, probablemente. Aquí hay muchos hombres que ... aún no han oído disparar un tiro. Pero la gente dice que así es como tiene que ser». A lo largo y ancho del imperio de los Habsburgo, un número creciente de los súbditos de Francisco José retrocedían con disgusto ante los horrores cuya responsabilidad recaía sobre aquellos guerreros dorados. El sacerdote esloveno Tomo Župan recordaba las súplicas de Conrad antes de que empezara la contienda: «¡Dios nos dé una guerra!». Ahora, escribió Župan, la demencial visión del jefe del Estado Mayor no solo derribaría quizá la monarquía Habsburgo, sino que ya había hecho trizas a la humanidad europea. En su diario reprochaba a Conrad: «Habéis destruido gran número de vidas florecientes y llenas de esperanza. ¿Estáis en posición de compensar a la familia de incluso un solo hombre al que esta nunca habría elegido sacrificar, aun a cambio de todos los miles de millones del mundo?»³ Otro sacerdote, Ivan Vrhovnik, escribió el 18 de octubre: «Hoy han partido de Liubliana muchos más hombres para el frente. El entusiasmo

que caracterizó el primer llamamiento a las armas contra el enemigo ha desaparecido por completo; [las tropas que acaban de partir] alivian el pesar de la separación con la bebida; en sus caras se muestra su desesperación».⁴

Los refuerzos acertaban al temer lo peor. Conrad conservaba una capacidad ilimitada para favorecer el desastre. A mediados de octubre, volvió a ordenar que el ejército de Galizia avanzara hacia el este. El día 14, cuando las tropas empezaron a cruzar el río San, sufrieron terriblemente por efecto de la artillería de los dos bandos, por lo que una unidad de asalto envió el siguiente mensaje a la retaguardia: «¡Por el amor de Dios, que nuestras baterías bombardeen a los rusos, no a nosotros!».⁵ Constantin Schneider se lamentaba: «¡Nuestros obuses pesados ya han matado a un centenar de nuestros propios hombres!». No había pontones, porque la artillería rusa mató la mayoría de los caballos que tiraban de las secciones de puentes, con lo cual el paso del río solo podía hacerse con botes.

El comandante de la división de Schneider concibió la idea de que, si una banda de música tocaba en la orilla austríaca, esto quizá elevaría la moral. Pero la mezcla del ruido de los proyectiles, la música militar y la angustia humana convenció a muchos de que se estaban volviendo locos. El fuego ruso destruyó la mayoría de los botes de asalto. Cuando los supervivientes se replegaron, al amanecer del 16, «caminaban con pasos temblorosos, los ojos hundidos, hombres demacrados que, hasta hacía tres días, estaban poseídos por el ansia de vivir. Ahora estaban tan consternados que se habían quedado sin palabras, incapaces de describir la experiencia», en palabras de Schneider.⁶

En el confuso combate que se produjo a continuación, durante la última semana de octubre, los austríacos volvieron a sufrir bajas espantosas. El derrotismo se apoderó por entero del ejército. En Przemysł, amenazada por un nuevo asalto ruso, los soldados, muertos de hambre, pedían caridad por la calle y ofrecían sumas absurdas de un dinero inútil a cambio de pan o patatas. El 3 de noviembre, se invitó al destacamento a enviar las últimas cartas a casa, antes de que una maniobra envolvente volviera a cercar la fortificación. Al día siguiente, se ordenó a los habitantes civiles —como bocas inútiles— que se marcharan. Entre las multitudes frenéticas que se apiñaban en la estación, una mujer logró abrirse paso hasta un vagón con dos de sus hijos, y, cuando el tren se puso en camino, quedó horrorizada al ver por la ventana a su hijo de tres años, abandonado en el andén.

Una viuda polaca, Helena Jabiońska, consiguió salir en carro y, el 8 de noviembre, llegó a la población de Olszan. Las ruinas incendiadas aún humeaban, y los habitantes supervivientes estaban sentados entre sus míseras posesiones, temblando sin control. En palabras de Jabiońska: «No son personas, sino fantasmas. El lugar es peor que un desierto. No hay nada con lo que hacer fuego: se han talado todos los árboles y se han quemado hasta los tocones». Lo peor de todo era que ya

tenían a los rusos encima. Los fugitivos no tuvieron más remedio que regresar a Przemyśl, cuyo sitio, de cinco meses, fue el más largo de la guerra, y resultó una pesadilla por igual para sus 127.000 defensores y los 18.000 ciudadanos atrapados.

Sobre el campo, el ejército austríaco se estaba replegando otra vez. Carecía de munición suficiente para actuar con normalidad: a la artillería de Conrad se le asignó una cuota máxima de cuatro balas por día, incluso si la infantería se veía en apuros.⁷ Aunque en las batallas de octubre, nadie obtuvo una victoria decisiva, sin duda las potencias centrales se llevaron la peor parte. El cólera se extendió con rapidez por Galizia y causó la muerte de 3.632 austríacos en tan solo un mes. Al principio, el Ministerio de Guerra, en Viena, se negó a autorizar la vacunación, y en los hospitales había demasiados heridos para admitir casos de cólera.⁸ La vacuna se distribuyó tarde y, antes de eso, las tropas austríacas que se retiraron a la Silesia superior difundieron la enfermedad entre la población civil de la zona. Como consecuencia adicional de este brote epidémico, muchos hombres, e incluso oficiales, fingieron los síntomas para obtener un pasaporte a la retaguardia; para cortar la hemorragia de simuladores hubo que introducir exámenes rigurosos.⁹

En el otro bando, Alexei Tolstoy estaba en Kiev, una noche, cuando se anunció una gran victoria rusa. La noticia despertó especial entusiasmo entre el importante número de desertores de la causa de los Habsburgo que ahora estaban al servicio del zar. «Por el salón de mi hotel paseaban ufanos unos oficiales checos, que se acariciaban los bigotes pelirrojos y arrastraban los largos sables por el suelo. En el piso de arriba, otros checos lo celebraban gritando y cantando. Entre los voluntarios checos también hay señoras, a las que nuestros porteros llaman “las damas reservistas”.»¹⁰ Pero la ciudad, en su conjunto, no estaba tan impresionada: la ciudadanía recibía con cautela las noticias de supuestos éxitos que luego se agriaban. Solo hacia las 2 de la tarde siguiente se juntó una multitud, con estandartes, para una misa celebrada en la plaza de delante de la antigua catedral. Vitorearon, cantaron un himno y, durante un largo rato, estuvieron lanzando al aire gorras y sombreros de lana de cordero.

«Aquí, como en todas partes», escribió Tolstoy, «quien realmente responde a la guerra es el pueblo llano. Por ejemplo, las vendedoras de panecillos y manzanas acuden a la llegada de los trenes hospitalarios y reparten la mitad de sus mercancías entre los soldados heridos. Una vez, vi que una mujer se acercaba a un oficial al que yo conocía. Lo miró con cara de compasión, le preguntó cómo se llamaba y prometió acordarse de él en sus plegarias.» Aquí, el escritor identificaba una debilidad fundamental del esfuerzo bélico ruso: el cinismo con el que gran parte de su clase dirigente trataba la lucha, esforzándose por salvar su propia persona de las cargas y sacrificios de la contienda. Además, muchos de los súbditos del zar se

quejaban de agravios étnicos o religiosos, sumados a las penalidades generales de la guerra. Un recluta musulmán lamentaba que, mientras que sus conmlitones cristianos tenían a sus sacerdotes, a los de su religión se les negaba ese consuelo, «a pesar del hecho de que más de la mitad de los soldados [de mi unidad] son musulmanes, que mueren sin sus *mullahs* y son enterrados en compañía de los rusos, en una tumba única».¹¹

Pero en la campaña oriental, nadie, en ninguno de los bandos, estaba satisfecho con la forma en que se desarrollaba. En el campamento alemán, Max Hoffmann estaba entre los que se sentían muy inquietos por la incapacidad de concentrar las fuerzas precisas para asestar un golpe decisivo en alguno de los frentes. Estando en Radom, el 21 de octubre, escribió en su diario: «Habría preferido que primero ajustáramos cuentas o con Francia o con Rusia. Solo con que nos hubieran dado uno o dos cuerpos más, yo habría garantizado ese resultado aquí. Ahora mismo, en cambio, bastante nos cuesta aguantar contra unos números enormemente superiores».¹² Esta queja, que el propio Ludendorff expondría cada vez con mayor vehemencia en Berlín, se convertiría en la canción característica de la guerra oriental: un poquito más, dadnos un poquito más, y os daremos la victoria. Es casi indudable, no obstante, que los generales del káiser estaban en un error: no había perspectiva de victoria hasta que los ejércitos del zar quedaran apaleados, diezmados y exhaustos por varios años de desgaste. Pero los recursos humanos de Rusia no eran en ningún caso infinitos, como a veces suponían sus enemigos: durante la mayor parte de 1914-1915, debido a las deficiencias en la movilización del zar, las fuerzas rivales no eran incomparablemente desiguales, sino cuarenta y ocho divisiones austríacas y alemanas contra noventa y nueve rusas. Entre tanto imperó la indecisión. En el sector septentrional del frente, a finales de octubre los ejércitos rivales se hallaban combatiendo, en palabras del teniente Harald von der Marwitz, en «trincheras anegadas en las que tenemos un pie en suelo alemán y otro en Rusia».¹³ Su unidad estaba desplegada entre los hitos fronterizos que marcaban la separación entre Prusia oriental y el imperio del zar, y no tenía prisa por ir a ningún sitio.

En la Europa occidental, no obstante, pervivió la ingenuidad en las expectativas de los aliados: con cada avance ruso, la esperanza se disparaba. El 7 de noviembre, el *New Statesman* se emocionaba ante noticias según las cuales «quizá solo tengamos que esperar dos o tres semanas para que los grandes ejércitos rusos estén en territorio alemán ... Sabemos, sin lugar a dudas, que en el este Alemania está derrotada y, en ese frente, no puede resistir contra Rusia con sus fuerzas actuales». En *The Illustrated London News*, con una exhibición de crédula lealtad al aliado británico, se incluía un retrato a toda página del gran duque Nicolás y se afirmaba que estaba «ejecutando sin vacilación planes que están cubriendo de gloria las

armas rusas». A los soldados del gran duque, tales elogios les habrían parecido extravagantes: en sí, Nicolás no era más que una figura decorativa, y los rusos eran incapaces de sacar partido de su situación ventajosa de aquel otoño en Galizia. La cadena de abastecimiento estaba casi hundida y hubo que requisar coches de los estados mayores para llevar al frente cajas de galletas con las que alimentar a los soldados. La escasez de munición era grave y San Petersburgo emitía un torrente de directrices contradictorias.

En el otro bando, Falkenhayn envió un mensajero a Conrad, a explicarle por qué le resultaba difícil trasladar más tropas al frente oriental. El papel recayó, ni más ni menos, que en el coronel Richard Hentsch, el mismo que había sido intermediario de Moltke en las decisiones cruciales del Marne. Es significativo que la misión se confiara a Hentsch —quien llegó al cuartel general austríaco en Galizia el 10 de noviembre—, pues ello parece indicar que se entendía que, en septiembre, en el Marne, había ejecutado correctamente las órdenes de Moltke; al coronel no se le habría dado tal comisión si se le considerase responsable de traer el desastre a las armas alemanas. Ahora le dijo a Conrad que los austríacos quedaban a su suerte.

Pero Hentsch debería haber visitado a Hindenburg antes de dirigirse a los austríacos. El comandante en jefe alemán y su jefe del Estado Mayor llegaron a conclusiones distintas. El 11 de noviembre averiguaron, tras interceptar un mensaje de radio, que la Stavka planeaba renovar la invasión rusa de Alemania. Ludendorff, con más refuerzos de Falkenhayn o sin ellos, decidió impedir la ofensiva del enemigo con una acometida propia. Lanzó un ataque masivo contra el flanco septentrional de los ejércitos de Ivanov y precipitó lo que se daría en llamar la batalla de Łódź.

Los rusos, como de costumbre, no estaban al caso del golpe inminente; el comandante de su ejército más septentrional, Rennenkampf, avanzaba hacia Prusia oriental, en vez de proteger su flanco por el oeste. El cuerpo que se hallaba en la ruta inmediata de la ofensiva se derrumbó, con pérdidas colosales. Quien estaba al mando del frente en general, Ruzsky, tardó en comprender la escala de la ofensiva alemana. El 18 de noviembre, Łódź había quedado prácticamente rodeada, y los rusos, encerrados en un perímetro aproximado de veintiséis por trece kilómetros. El día 19, un mensajero a caballo, casi histérico, alcanzó al general Phleve, del 5.º Ejército ruso, mientras este avanzaba con su Estado Mayor. «¡Su Excelencia!», gritó el joven, sin apenas aliento, «¡el 2.º Ejército está rodeado y se verá obligado a rendirse!» Los ojos de Phleve, bajo sus espesas cejas, contemplaron impávidos al mensajero durante unos segundos, y luego dijo: «Padrecito, ¿habéis venido como actor de una tragedia o para informar? Si tenéis de qué informar, hacedlo ante el jefe del Estado Mayor; pero recordadlo, sin histrionismo, u os haré arrestar».¹⁴ Tras recibir la noticia, tanto Phleve como su colega en la comandancia del ejército

actuaron por propia iniciativa y desviaron fuerzas del proyecto de invasión de Alemania con miras a salvar el pellejo del 2.º Ejército. Se volvieron hacia Łódź y, con una celeridad inesperada en tropas rusas, llegaron milagrosamente antes que los alemanes. De un modo casi accidental —como era característico de la campaña—, siete cuerpos rusos se cruzaron en el camino de las vanguardias enemigas que se aproximaban a la ciudad. Ludendorff había aspirado a demasiado y, de hecho, había metido la pata: ahora, un cuarto de millón de sus hombres se enfrentaban a más del doble de rusos.

Durante la posterior semana de combates, la ofensiva alemana se quedó sin energía y sin munición. Los rusos eran mucho más poderosos y ocupaban un terreno que favorecía la defensa. Tres divisiones alemanas quedaron aisladas en las colinas boscosas del este de la ciudad y, el 22 de noviembre, la Stavka ordenó preparar sesenta trenes para transportar lo que se calculaba serían 50.000 prisioneros rusos a los campos de prisioneros de guerra. En la tarde del 23, el comandante alemán *Freiherr* von Scheffer-Boyadel se comunicó por radio con el cuartel general de su ejército, para decir que aquella noche intentaría abrir una brecha de salida; de otro modo, «mañana el XXV Cuerpo de la Reserva dejará de existir».¹⁵ A continuación, se produjeron combates feroces y, a la mañana siguiente, a las 7.50, Scheffer transmitió otra vez: «Sin reservas. Situación grave», y, diez minutos más tarde: «Carencia gravísima de munición y raciones. Se requiere ... asistencia inmediata». En respuesta, August Mackensen, comandante del 9.º Ejército, envió dos cuerpos en ayuda de Scheffer, cuyos hombres lograron abrirse camino y apresaron a 16.000 rusos. En la tarde del 24, las fuerzas se encontraron en Bshesiny y los rusos se quedaron sin su golpe. Pero la ofensiva de Ludendorff había sido un fracaso, por mucho que se jactara de lo contrario. Aun cuando, en lo que respecta a la pericia militar, no cabe duda de que el jefe del Estado Mayor de Hindenburg era superior a sus oponentes rusos (igual que lo eran la mayoría de sus subordinados), sin embargo distaba de ser el genio que creía ser.

Ruzsky, aunque tácticamente había logrado el éxito de repeler a Mackensen, se estaba quedando ahora sin apenas existencias de multitud de cosas. Una sola división rusa había gastado 2,15 millones de balas de armas menores en tan solo tres días de noviembre. Rusia había iniciado la guerra con 5.000 cañones y un arsenal de cinco millones de proyectiles. A finales de 1914, las fábricas del zar producían 35.000 balas al mes, pero los ejércitos del frente, en ocasiones, disparaban 45.000 al día. El 1 de diciembre, los depósitos de municiones de vanguardia ya solo contenían 300.000 proyectiles. Además de munición, al ejército le faltaban fusiles e incluso botas, de las que Ruzsky pidió medio millón de pares. Había carros que peinaban el campo de batalla para quitar a los caballos muertos herraduras que se necesitaban para los vivos. El suelo era duro como el hierro, lo

que favorecía el transporte de pertrechos, pero dificultaba sobremanera el atrincheramiento. La capa de nieve era profunda y casi todos los heridos morían congelados antes de que se les pudiera evacuar. Incluso sin la intervención de balas y proyectiles, algunos hombres murieron, simplemente, del frío de pasar la noche en aquellas trincheras. Los aviones solo realizaban vuelos cortos, porque los pilotos no tardaban en perder el movimiento de las manos, y por ende el control de los aparatos; aun así, los alemanes siguieron hostigando la ciudad de Varsovia con bombardeos. En ambos bandos, las deserciones eran constantes. Aunque la ofensiva alemana había quedado paralizada, era evidente que Rusia no iba a invadir Alemania. Ludendorff informó a sus superiores de que había obtenido otra gran victoria. En realidad, apenas había vapuleado algunas formaciones rusas, pero conservaba suficiente prestigio para convencer a Falkenhayn de que le enviara desde el oeste otros cuatro cuerpos.

Más al sur, entre los austríacos, después de cuatro meses de penalidades, derrotas y un liderazgo deplorable, la moral seguía siendo baja. Los generales del imperio de los Habsburgo bailaban mejor de lo que luchaban y eran un cero a la izquierda en la gestión de las personas. Cuando Constantin Schneider se presentó ante su comandante, en Cracovia, el 29 de noviembre, hallarse otra vez en el mundo civilizado le supuso un trauma, después de tanto tiempo en el campo de batalla: «Parecía que la vida militar se interrumpiera en el límite de la ciudad. Era como si te hubieran sacado de la guerra por arte de magia. Las calles estaban muy iluminadas ... Una vida completamente nueva, que ahora me resultaba extraña, latía de pronto alrededor de mí, como si me hubieran trasladado de un sueño a la realidad. Aquí había gente que no vestía de uniforme y realizaba actividades tranquilas: mujeres con ropa moderna; oficiales con el uniforme del destacamento y las gorras negras del tiempo de paz. Era extraño pensar que, tan solo dos horas antes, a mi alrededor llovía la metralla rusa, en medio de una zona muerta y devastada que se extendía muchos kilómetros más allá de los barrios exteriores de esta ciudad viva y vital».¹⁶ Schneider halló que el cuartel general se había establecido en un hotel magnífico. Al ir sucio y con un uniforme raído, le avergonzaba mezclarse con oficiales del Estado Mayor aseados, pulcros e impecablemente vestidos. A través de ellos, se enteró de noticias de calado: habían llegado refuerzos alemanes, que estaban bajando de los trenes en aquel mismo momento. «Esta noticia renovó la esperanza de que la victoria era posible.»¹⁷

En realidad, las tropas adicionales solo sirvieron para impedir el hundimiento absoluto de los austríacos, con la colaboración del caos del campamento ruso. Hubo más peleas entre los generales del zar: en el sur, Ivanov quería atacar de nuevo a los austríacos, pero esto solo podía hacerse si el grupo vecino protegía su flanco derecho, una protección que a Ruzsky no le interesaba dar. Así, la nueva

ofensiva la emprendieron los austríacos, en los primeros días de diciembre. En un principio, esta logró cierto éxito, lo que inspiró en Conrad cierta emoción, incluso euforia, y le llevó a anunciar un triunfo. Para Constantin Schneider, avanzar fue casi peor que retirarse: «Los derrotados ... no ven a las víctimas de la guerra. El vencedor, en cambio, obligado a cruzar el campo de batalla, los avista y tiembla».¹⁸ Describió un encuentro característico de aquellos días, cuando se topó con un ruso y un austríaco que, en el intento mutuo de clavarse la bayoneta, fallecieron por la explosión de un mismo proyectil. Como de costumbre, el breve éxito de Conrad quedó en nada, pues no pudo ir más allá. Los rusos contraatacaron y, cuando el año se acercaba a su fin, las fuerzas austríacas tuvieron que replegarse una vez más a las pendientes inferiores de los Cárpatos.

En ambos lados se perseguían estrategias incoherentes. Falkenhayn reconoció que la guerra se ganaría o perdería en el oeste. El 26 de noviembre, escribió al Ober Ost (el alto mando en Polonia), diciendo: «Todas las victorias que se logren en el este a costa del [éxito en] el frente occidental son inútiles».¹⁹ Pero estas restricciones no disuadieron a Ludendorff y Hindenburg de seguir pidiendo refuerzos con insistencia y, en la estela del fracaso de Ypres —del que se culpó a Falkenhayn en persona—, el prestigio de aquellos era más elevado que el de este. Los imperativos políticos influyeron más que los militares a la hora de convencer a los alemanes de enviar más tropas al este. Las potencias centrales estaban angustiadas ante la posibilidad de que, si parecían estar perdiendo la campaña oriental, los estados neutrales unirían su suerte a la de los aliados. Berlín y Viena temían que no solo Italia pudiera entrar en guerra con ellos, sino también Bulgaria y Rumanía. Aún pesaban más las consecuencias fantasmales de una derrota absoluta de Austria-Hungría. Aunque los comandantes tanto del zar Nicolás como del emperador Francisco José eran incompetentes, y sus fuerzas estaban mal equipadas para la guerra moderna, el caso de los ejércitos habsburgueses era peor. Las tropas rusas, cuando tenían el día y, sobre todo, a la defensiva, luchaban bien; los austríacos, en cambio, casi nunca. En adelante, las acciones de Alemania en el frente oriental tuvieron como objetivo, sobre todo, mantener a Austria-Hungría en la guerra.

El penoso rendimiento del ejército austríaco reflejó su desprecio institucional por la ciencia militar, con la notable inclusión de la logística. Los simulacros bélicos de Conrad en 1913-1914 (*das grosse Etappenkriegsspiel*) se habían ocupado, en teoría, precisamente de las cuestiones que ahora estaban en juego en el campo de batalla: el despliegue y abastecimiento de varios cuerpos del ejército en Galicia. Pero un instructor llamado Theodor von Siegringen, que afirmaba que la logística sería un factor operativo crucial en una región de pocas carreteras y vías férreas, fue apartado por ser problemático. Los soldados de Francisco José padecieron

penalidades y pesares infinitos, en el invierno de 1914, porque sus comandantes se negaron a cumplir con su responsabilidad de proporcionarles alimento y bienestar. El teniente Aleksandr Trushnovich, que era esloveno, describió las míseras raciones que se daban a sus soldados: pan negro, potaje sin carne, sustitutos del café solo... En suma, «casi se morían de hambre». En cambio, él y los demás oficiales «recibíamos más calorías que la compañía entera, y vino y pasteles, y también cigarrillos y cigarros, que yo regalaba a los hombres. Aquella desigualdad me parecía repulsiva, en unas trincheras en las que todos, claramente, éramos iguales delante de la muerte».

Los austríacos libraban una guerra fantástica. Un oficial alemán que contemplaba cómo sus tropas se arrastraban adelante cierto día de diciembre, calificó de «escandalosa» (*hanebüchen*) su disciplina de marcha, en comparación con las unidades alemanas, en rigurosa formación. Como curiosidad secundaria de la campaña, se cree que hasta cuarenta de los «hombres» de Conrad en Galizia eran en realidad mujeres.²⁰ No era inusual que, en la Europa oriental previa a la guerra, las mujeres se invistieran de más autoridad vistiéndose con atuendo masculino y haciéndose pasar por hombres; y algunos oficiales al mando toleraban la presencia de mujeres en las filas, incluso después de que se desvelara su condición. Un ejemplo identificado fue el de la artista polacovienesca Zofia Plewińska, que en 1914 tenía diecinueve años y se alistó con el nombre de Leszek Pomianowski. La enviaron al frente de Lipnica Murowana, en diciembre, y en adelante sirvió en combate.

En el transcurso de 1914, la división de Constantin Schneider, que llegó al campo de batalla con 15.000 hombres, sufrió el doble de bajas, incluidos 9.000 desaparecidos (en su mayoría, prisioneros).²¹ En Navidad solo contaba con 4.000 soldados. En total, en los cinco primeros meses de la contienda, los ejércitos de Conrad sufrieron un millón de bajas. «La guerra se convierte en el azote de la humanidad, no por las vidas humanas que se pierden, sino por el hundimiento de los valores humanos», se lamentaba el teniente coronel Theodor Zeynek.²² Para cientos de miles de familias, claro está, esas «vidas humanas que se pierden» sí eran una causa suficiente para el duelo.

Cierto día de diciembre, Aleksandr Trushnovich capitaneaba media compañía de refuerzos austríacos, que debía tomar posiciones por encima del río Prut. Antes del alba, en las áreas de retaguardia, los alimentaron e incluso les dieron un poco de cerveza. Un general los arengó sobre el glorioso papel que tendrían en la batalla y victoria inminente. Luego avanzaron unas seis horas, en una columna de carros campesinos, antes de marchar a pie. Se hallaron atravesando un bosque denso, en un silencio deshecho de pronto por proyectiles que rompían las ramas «como si un ciervo gigante hubiera pasado a la carrera. Entonces hubo bramidos y gemidos, y

los ruidos resonaban por las bóvedas del bosque, en una cacofonía tal que uno no se podía oír hablar ni a sí mismo».

Tras llegar a la linde del bosque, los soldados, apabullados, vieron ante sí las trincheras que debían ocupar y corrieron a ocupar su refugio. Pero eran posiciones de escasa profundidad, no terminadas, y el bombardeo ruso tenía una precisión aterradora. Con una energía frenética, los hombres se esforzaron en ahondar los hoyos. Trushnovich se arriesgó a mirar por encima del parapeto, hacia la cinta gris verdosa del río Prut, más abajo. Se veían soldados rusos que lo cruzaban a toda prisa bajo el fuego austríaco: «Una ametralladora austrohúngara estaba disparando desde un terraplén, a diez pasos de mí. Falló. Se podía ver el impacto de las balas en el agua. Me cayó encima una lluvia de tierra: un proyectil había explotado justo al lado de mi parapeto. No sentía el más mínimo deseo de morir».

Cuando el bombardeo se interrumpió al fin, los austríacos recién llegados quedaron desconcertados al oír un profundo murmullo que subía desde el valle. Alguien dijo: «¡Los rusos están rezando!». Cayó la noche, y la oscuridad se vio interrumpida por disparos esporádicos, destellos, falsas alarmas. Al amanecer empezó una nueva descarga rusa, que hizo que el bosque, por encima y por debajo de la línea austríaca, cruziera con el ruido de más ramas rotas. Los soldados de Trushnovich «se escondieron en lo más hondo de sus hoyos, compartiendo cada uno su refugio con su Dios personal, al que rogaban que les salvara la vida». Los heridos gemían, pero nadie quería arriesgar la vida para ayudarlos.

Cuando el fuego se intensificó,

muy pronto, ya no se podía oír nada que no fuera el rugido de aquella bacanal de acero, que ahogaba las súplicas de ayuda. De pronto, las baterías rusas quedaron en silencio y en el bosque, a nuestra izquierda, se alzó un coro de «¡Ura!». Todo quedó en silencio, solo el eco de voces humanas resonaba ... En las profundidades del bosque, pudimos ver soldados con guerreras del color de los arbustos y la hierba. Se estaban acercando, corriendo de un árbol a otro, mientras avanzábamos para hacerles frente. Ahora veíamos sus caras con claridad, e incluso los dientes, cuando gritaban «¡Ura!». Ante los ojos, había niebla: ¿y si teníamos que repeler un ataque con bayonetas? ... Casi están aquí ... Vi que los rusos hacían rodar algo hacia delante. ¡Dios mío, es una ametralladora! ¡Que Dios nos salve de este mal! Abrió fuego estruendosamente, entre los gritos discordantes de «¡Ura!» y «¡Hurra!», y por todas partes los hombres caían y gemían con dolor. Yo apenas tuve tiempo de arrojarme a una trinchera poco profunda. La descarga se volvió cada vez más feroz, hasta que se extinguió de repente, cuando los uniformes grises [austríacos] empezaron a replegarse.

Pero al día siguiente, los rusos, a su vez, se retiraron un poco. Los austríacos bajaron con cautela hasta el río: «En las trincheras había un olor tan fuerte a cuero ruso, y a su *makhorka* —tabaco de liar—, que se sabía de inmediato quién las había estado ocupando». Había allí muchos muertos, junto con un saco de cartas dispersas. Durante un tiempo, las colinas quedaron en silencio y los austríacos pudieron oír cómo ladraban los perros y llegaban a las líneas rusas las cocinas de

campaña. Imaginaban que el enemigo, invisible, estaba paseando por allí, comiendo, bebiendo. Mientras los escuchaban, un hombre dijo, con un curioso sentimiento de proximidad: «¿Lo oís? Los rusos han traído sus cocinas. ¿Qué estarán cocinando por allí?». Al día siguiente, se retomó la masacre. Trushnovich acabó desertando y pasándose al bando ruso, en cuyas filas sirvió durante años.

El 16 de diciembre, tras uno de los últimos enfrentamientos importantes de 1914, en Limanowa, Theodor Zeynek recorrió a caballo el campo de batalla:

La escena era fantástica: un laberinto de trincheras, que se extendían en todas direcciones, todas llenas de cartuchos gastados, fusiles rotos, bayonetas dobladas, fragmentos de madera, paja podrida, aguas subterráneas, basura. Había libros de oraciones, gorras austríacas, *Pickelhauben* prusianos, gorras rusas ... Pueblos enteros habían quedado asolados; los postes de telégrafo, derribados; los puentes, destruidos; grupos de campesinos que lloraban y gemían, y venían con sus hijos porque no sabían dónde ir; aquí había un montón de soldados muertos, allá una hilera de tumbas recién excavadas; muchos cadáveres de caballos. En los pueblos, las pruebas de la devastación eran incontables: la mayoría de sus habitantes habían sido deportados o habían huido, los campos estaban pisoteados, y en el cielo, bandadas de cuervos graznaban por la carroña ... Por encima, el sol del invierno brillaba con fuerza, como si nada fuera mal en un mundo de paz y felicidad.²³

En Galizia, como en el resto de teatros, el año terminó sin nada decidido. La victoria alemana en Tannenberg impidió ver, durante toda una campaña, lo que el historiador Gerhard Gross ha descrito como «la derrota estratégica del Kaiserreich» en el este, en 1914.²⁴ Tanto si la transferencia de dos cuerpos desde el frente occidental, a finales de agosto, debilitó en demasía la campaña de Moltke en Francia, como si no fue así, el hecho crucial fue que los ejércitos alemanes no fueron capaces de obtener un resultado concluyente en ninguno de los dos frentes. Aunque Ludendorff era un oficial capaz y enérgico, ciertamente no era el genio que él mismo creía ser. Él tampoco logró superar —no más que ningún otro director de la guerra en ninguno de los bandos— las dificultades fundamentales con los recursos, la logística, la masiva cantidad de soldados enemigos y las distancias. En el frente occidental había seis fusiles por cada metro de frente; en el oriental, solo un fusil cada dos metros.

Para derrotar a los alemanes, a los ejércitos rusos les faltaba fuerza y una dirección de calidad. Sus victorias dejaron al desnudo la podredumbre de los ejércitos del imperio de los Habsburgo, pero sus propios fracasos comportaron tensiones fortísimas para las tropas de los Romanov. Los enemigos de Rusia estaban asombrados por la resistencia al sufrimiento de los soldados del zar; pero ya había rusos perspicaces que admitían que la guerra suponía una carga insostenible para millones de infortunados súbditos imperiales, arrastrados a las fauces de la contienda con menos simpatía o comprensión de la causa que la mayoría de los soldados del oeste. La economía rusa sufría terriblemente por el

cierre de los Dardanelos a los barcos imperiales: no podían exportar a Occidente los cereales rusos, ni importar materias vitales. Al pueblo de Nicolás se le invitaba a sufrir y morir, no por ningún gran ideal, en cuanto ellos podían ver, sino simplemente por la voluntad del emperador. Según un agente gubernamental, unos campesinos decían: «¿Acaso no da lo mismo bajo qué zar vivamos?». ²⁵ Sugerían que su gobierno pagara a los enemigos de Inglaterra para terminar la guerra.

Alexei Tolstoy describió cómo un suboficial gritaba órdenes a unos reservistas de origen campesino, una minúscula fracción de los nueve millones de reclutas del primer año de guerra, en un barracón con piojos, humedad y tuberculosis. «¡Alinéense a la derecha! ¡Todo el mundo firmes! ¡Tacones juntos, dedos de los pies separados por una culata, sin espacio entre las rodillas! ¡Cabezas derechas! ... Ahora todo el mundo podrá ver que sois soldados dispuestos a dar la vida por vuestra fe, el zar y la madre patria. ¿Y tú? ¿Por qué pones esa cara? ¡Mantén la cabeza derecha!». El hombre miró tristemente al suboficial y gritó: «¡No puedo, no puedo, no puedo!». «¿Por qué no?» «Tengo los músculos dañados. ¡Por una paliza, de niño!» ²⁶

El suboficial cedió y expresó cómo le sentaba verse obligado a convertir en soldados a unos tullidos. Otro hombre empezó a farfullar, y luego otros. En palabras de Tolstoy, «temblaban sin poder controlar una tos húmeda, profunda, sollozante». El sargento gritó: «¿Qué hacen, criando aquí la tisis? ¡Silencio! ¡En silencio! Y ahora, el saludo: el brazo debe moverse como si fuera un muelle, y la palma de la mano, rígida como una tabla. ¡Saludar es un asunto serio!». Pero Tolstoy ya percibía cansancio en los soldados. Aquellos hombres «ya [eran] incapaces de ver ninguna belleza en el servicio militar y solo se estaban sometiendo a la disciplina ... Ya habían sentido las primeras punzadas de angustia, de duda interior: “Todo esto, ¿de qué va? ¡Que Dios nos ayude!”». Para el escritor, aquellos hombres retrocedían ante la «monstruosa disfuncionalidad» de sus nuevas vidas, arrancadas de su normalidad por la guerra, que alejó a millones de personas de sus existencias familiares y propias. Y a los combatientes del este aún les aguardaban años de penalidades y masacres, antes de que sus gobernantes se enfrentaran a un juicio definitivo que ocurrió lejos de los campos de batalla.

II. El último triunfo de los serbios

En el panorama general de la guerra, el frente serbio era, con mucho, el menos importante de todos; pero contribuyó poderosamente al hundimiento del imperio de los Habsburgo. Allí, como en Galizia y la Europa occidental, la meteorología invernal agravó los padecimientos de todos los combatientes. El teniente austríaco Roland Wüster quedó impresionado al ver cadáveres serbios cuyas entrañas habían sido devoradas por animales. Alex Pallavicini describió lo difícil que era circular con los automóviles, que se atascaban sin cesar en barrizales de los que solo podían salir tirados por caballos: toda una humillación para la tecnología del siglo xx. Las reparaciones eran difíciles, por falta de recambios, y el combustible también solía escasear. En cuanto a los serbios, aunque el ejército lograra algunas victorias, los civiles sufrían espantosamente. El doctor Šajnović, asistente del director del hospital psiquiátrico de Belgrado, dijo con desesperación el 2 de noviembre: «Si no logramos la paz pronto, me uniré a mis pacientes, en vez de tratarlos. Fumo como un maníaco y engullo cantidad de *tinktura energika* [una mezcla de *rakija* y coñac], ¡pero ya no me sirve para tener más energía!».²⁷ Cuando ya no se pudieron obtener cigarrillos, fumaba hojas secas.

El general Oskar Potiorek había fracasado estrepitosamente en sus ofensivas de agosto y septiembre. A principios de noviembre, sin embargo, la abrumadora superioridad de sus fuerzas le permitió asestar un gran golpe al ejército serbio. El káiser le honró y se le puso su nombre a una calle de Sarajevo. No por ello disminuyeron el orgullo, la incompetencia y la falta de sensibilidad de Potiorek. Intentó seguir ganando terreno en Serbia durante el invierno, pese a que sus hombres estaban agotados y mal pertrechados. El comandante de una división protestó en vano porque «el tiempo extremo afecta a la forma de las tropas, aún vestidas con las guerreras de verano». Para Potiorek, todas las peticiones de botas, ropas de invierno, más munición y más equipo no eran sino «gimoteos». Cuando se le dijo que algunos de sus hombres estaban al borde de la inanición, replicó: «Librar guerras supone pasar hambre».²⁸ Un soldado austríaco recogió unos rumores que circulaban entre las filas, al respecto del general: «Dicen que no tiene ningún interés en la evolución de las batallas, que olvida todo lo que ha pasado el día anterior y emite órdenes sumamente inútiles».²⁹

El 6 de noviembre, Potiorek lanzó una nueva ofensiva que se adentró mucho en

Serbia. Medio millón de soldados austríacos, que avanzaban en tres frentes, cayeron sobre unos defensores que solo ascendían a la mitad. «La noticia de que el bravo ejército serbio ha sido derrotado ha producido un pánico indescriptible en la capital. La poca gente que aún queda aquí se prepara para huir», escribió la doctora Slavka Mihajlović.³⁰ A los pocos días añadió: «Hace un frío increíble y, en el hospital, las condiciones de trabajo son insoportables. La comida es malísima y casi se han terminado las reservas. Como el bombardeo es constante, todas las carreteras que van al campo están cortadas».³¹ Cuando los austríacos se abrieron paso por el interior, les sorprendió, sobre todo, la pobreza del país. Las casas campesinas estaban bastante cuidadas, pero muy mal provistas; solo había paño y mantas bordadas, y la única manifestación general de tecnología eran las máquinas de coser. En las paredes había unos pocos iconos y algunos grabados baratos a color, con imágenes heroicas de la guerra de los Balcanes contra los turcos.³² Los austríacos despreciaban a sus enemigos como bárbaros y, brevemente, también como perdedores.

Belgrado cayó. El 3 de diciembre, las tropas austríacas celebraron un desfile triunfal por la ciudad, y pronto se informó de que estaban a tan solo unos setenta kilómetros del cuartel general del ejército serbio, en Kragujevatz. A los defensores apenas les quedaba munición. Cientos de miles de refugiados civiles, aterrorizados por la experiencia anterior de la ocupación austríaca, huyeron junto con el ejército en retirada. La suerte de Serbia parecía echada, y el general Putkin, su comandante en jefe, instó a los políticos del país a negociar un armisticio con Viena. Quedó asombrado cuando el gobierno de Pašić respondió afirmando su decisión de seguir combatiendo. El sufrimiento se intensificó tanto entre los serbios que se agarraban a sus tierras natales como entre los que huían como refugiados. La esposa del diplomático ruso Nikolai Charykov quedó horrorizada por las condiciones que vio en un hospital situado ya al otro lado de la frontera, en Niš, Bulgaria, donde se había evacuado a cientos de heridos serbios; pero allí estaban desatendidos, por falta de cloroformo, antisépticos, vendas e incluso agua caliente para lavar las heridas.

Pero la situación de los vencedores no era mucho mejor. A mediados de noviembre, las columnas austríacas que se arrastraban hacia su siguiente objetivo, Draginje-Bosnak, padecían grandes penalidades. A menudo, las unidades se quedaban sin sus raciones porque los carros de abastecimiento se atascaban sin remedio en los barrizales. Los hombres dormían en el fango. Un soldado escribió: «Los que solo tenían tos y resfriados estaban en mejor forma que los pobres que sufrían dolor de muelas o eran casi incapaces de mover las piernas por el reumatismo. Las mochilas y las mantas llegaban a pesar tanto, con la humedad, que te abrían tiras ensangrentadas en el hombro; era bastante difícil no caerse para atrás.

Los cañones se hundían tanto en el barro que se perdían las ruedas. Hasta con seis bueyes y tres pares de caballos atados a la cureña, a veces había que penar más de una hora para liberar una sola pieza de artillería». ³³

Se encontraron con muchos refugiados —ancianos, mujeres y niños empeñados en regresar a las aldeas de las que habían huido hacía unas pocas semanas o meses— a los que el barro causaba tantas dificultades como a los austríacos. A la vista de aquellas columnas trágicas, en palabras del cabo Egon Kisch, «nuestros propios problemas parecían menores. Con cierta frecuencia, el carro de un aldeano se hundía en la ciénaga sin remedio o el animal de tiro caía desfallecido: había reses muertas por la carretera y, de vez en cuando, carros tumbados, con sus contenidos dispersos. Los propietarios se quedaban mirando, sin saber qué hacer, y su tormento se nos clavaba en el corazón. Pero no podíamos ayudarles». ³⁴ Roland Wüster escribió, desesperado: «Ya no tenemos botas ni ropas decentes; no llegan raciones y los hombres están agotados, a consecuencia del avance apresurado y los combates feroces. La mitad de las bestias de tiro tienen llagas abiertas que apestan de tal modo que es insoportable marchar por detrás de ellas». ³⁵

Pero en ese momento, casi milagrosamente, la rueda de la fortuna giró una vez más. Francia envió a Serbia la munición justa para rellenar los vacíos avantrenes de artillería de su aliado. Putnik reagrupó sus fuerzas. De algún modo, convenció a sus tropas —sucias, exhaustas, harapientas y medio muertas de hambre— para emprender un contraataque. El 3 de diciembre se libró en Arandjelovac una batalla que, contra todo pronóstico, ganaron los serbios. Al avanzar desde aquí, quedaron desconcertados al ver que el ejército austríaco se venía abajo: primero el centro del frente, luego los flancos. El 4 de diciembre, Roland Wüster escribió que la retirada del ejército de Potiorek se asemejaba a la del ejército napoleónico desde Moscú: un caos de columnas de impedimenta, artillería, destacamentos de asedio, zapadores, «con la infantería dispersa entre ellos, junto con los heridos y los que hurgaban entre los restos; todo el mundo se esforzaba por escapar de esta tierra malhadada». ³⁶ Al día siguiente, el propio Wüster resultó herido en una pierna. Sin ayuda a la vista, él mismo improvisó un vendaje para la herida y, cojeando, llegó hasta una granja próxima, donde se tendió. Durante las siete horas siguientes, luchó en vano por contener la hemorragia. Perdida la esperanza, el joven oficial dio una fotografía de su familia a un centinela próximo y le dijo cómo deseaba ser enterrado. Sin darle gran importancia, el hombre lo tranquilizó, diciéndole que la herida no tenía mal aspecto, aunque también añadió alegremente que no hacía mucho había enterrado a un camarada con una similar. «¡Bonitas palabras de consuelo!», garabateó Wüster, acongojado.

Al día siguiente, con la artillería enemiga cada vez más cerca, consiguió subir a un carruaje sin ballestas, que lo llevó hasta Valjevo, a unos veinticinco kilómetros. Cada metro de aquel recorrido, de cinco horas y media, le producía un dolor agónico. Cuando llegó al hospital militar, los médicos se negaron a tratarlo porque estaban de retirada. Wüster empezó a gimotear histéricamente y, de algún modo, logró que lo llevaran hasta la estación de la ciudad. Lo tendieron en un vagón descubierto de un tren que, a la mañana siguiente, cruzó la frontera bosnia, territorio seguro al fin. Tardó otros tres días en llegar a su hogar, en Linz, consumido y sin afeitar; su propio hijo no lo reconoció. Wüster no podía describir sus experiencias sin arrancar a llorar y, durante muchas semanas, sufrió pesadillas en las que se hallaba abandonado a la merced de los serbios.

El 14 de diciembre, los testigos austríacos no daban crédito a lo que veían: sobre las aguas del río Sava, un puente de pontones del ejército oscilaba y se tambaleaba bajo el peso de multitudes de soldados fugitivos, llevados por el pánico, que se peleaban por cruzar hasta la costa bosnia; entre tanto, varios serbios, harapientos pero exultantes, intentaban abatirlos con sus fusiles. Aquel día, el alto mando serbio anunció: «El enemigo ha sido destrozado, dispersado, derrotado y expulsado de nuestro territorio de una vez por todas».

El día 16, un grupo de infantes austríacos se apiñó ansiosamente en torno de un periódico vienes de hacía una quincena. Los labios se encogieron en una mueca de cinismo cuando comprobaron que se proclamaba la triunfal ocupación austríaca de Belgrado. Cuando los soldados vieron aquellos titulares atrasados, habían evacuado de nuevo la ciudad, en una más de las retiradas precipitadas de los austríacos.³⁷ Aquel día, el 16 de diciembre, los serbios se plantaron de nuevo, con aire de triunfo, en las machacadas y desoladas calles de la capital. El general Živojin Mišić, que había dirigido la contraofensiva, se convirtió en el héroe nacional del momento. Telegrafió orgulloso: «En suelo serbio, no quedan soldados austríacos que no sean prisioneros».

Alex Pallavicini escribió el 17 de diciembre, describiendo la huida de los austríacos a los puentes del Danubio y el Sava: «Después de esta experiencia, parece justificada la cólera y la desconfianza para con el alto mando, porque es imposible imaginar nada peor hecho que nuestro liderazgo y el sistema de abastecimiento. En Valjevo hubo que prender fuego a cuarenta mil pares de botas porque nadie alcanzó a repartirlas. Nuestras fuerzas, literalmente, caminaban con los pies descalzos, protegidos con tiras de cuero».³⁸ La desbandada de Potiorek dejó a los serbios en posesión de 130 cañones y 40.000 prisioneros (270 de ellos, oficiales). El regimiento de infantería del doctor Johann Bachmann se desintegró durante la retirada de diciembre. El médico tuvo que abandonar a los heridos más graves, porque no había medios de transporte para ellos.³⁹ Cuando por fin cruzaron el

Sava, a Bachmann no se le vio apto para seguir prestando servicio y recibió un permiso prolongado. Al llegar a casa, durmió durante doce horas ininterrumpidas. Posteriormente, sin embargo, estuvo muchas semanas sin descansar, hostigado por las pesadillas de Serbia.

Según demostrarían los acontecimientos posteriores, la derrota del ejército de los Habsburgo no era irreversible y Serbia estaba agotando hasta los últimos recursos. Pero el prestigio del imperio de Francisco José había quedado muy tocado por su pequeño vecino, odiado y menospreciado. Conrad Hötendorf admitió que, durante el resto del invierno, el frente meridional debía quedar a la defensiva. Pero en ese momento también erró en la decisión: las fuerzas que excavaron en el suelo estéril o se plantaron ante barreras fluviales erigidas frente a los serbios carecían de la fuerza necesaria para tomar la ofensiva, pero desbordaban la fuerza precisa para contrarrestar un ataque enemigo. Así, la forma en que Conrad dirigió las primeras campañas contra el despreciado enemigo eslavo resultó tan desastrosa como las que encabezó contra los rusos. Los austríacos habían descrito la invasión de Serbia como una *Strafexpedition* («expedición de castigo») y ahora los serbios se mofaban llamándola *bestrafte Expedition* («expedición castigada»). Compusieron una canción de triunfo que empezaba diciendo: «El emperador Nicolás monta un caballo negro, el emperador Francisco José monta una mula».

No parecían tener fin los sufrimientos compartidos de vencedores y vencidos, soldados y civiles. Si, en 1914, los austríacos se comportaron como bárbaros durante las invasiones de Serbia, sus infortunados soldados pagaban un precio casi igual de elevado si caían en manos del enemigo. Con pocos alimentos para sí mismos, los serbios les daban menos aún a quienes habían querido conquistarlos. El gobierno autorizó que cualquier ciudadano contratara a un trabajador austríaco a cambio de una miseria; para los prisioneros de guerra fue un alivio, porque los empleadores serbios los alimentaban mejor que los jefes de los campos de prisioneros. Pero las enfermedades pasaron una factura importante: a finales de 1914, uno de cada cinco de los 60.000 prisioneros austríacos en manos de Belgrado había muerto de tifus; y les seguirían más. Al acabar el año, Austria-Hungría había pagado su exceso de orgullo para con Serbia con 273.804 bajas de los 450.000 hombres desplegados. Aunque con retraso, Viena acabó sintiéndose obligada a reconocer la incompetencia de sus oficiales más destacados, y despachó a cuatro de sus seis comandantes de ejército, incluido Oskar Potiorek.

Pero el pueblo serbio tenía poco que celebrar. Un joven cegado en combate cantaba una canción que empezaba así: «Estoy triste, porque ya no puedo ver el sol, ni los campos verdes, ni los ciruelos en flor».⁴⁰ El valle del Sava, al oeste de Belgrado, había quedado arrasado. Muchos pueblos y ciudades pequeñas habían

sido abandonados por sus habitantes y la hierba crecía en sus calles. El goteo de refugiados que regresaba hacia el oeste, junto con el ejército, contemplaba horrorizado la destrucción de sus comunidades. Belgrado había quedado reducida a una ciudad de pordioseros, tullidos y huérfanos. Las pocas carreteras del país estaban arruinadas por el tráfico militar. Serbia solo se conectaba con el exterior por un ferrocarril de vía única, con término en Salónica, por el que los pertrechos y víveres se movían con gran lentitud; Grecia, como país neutral, prestaba muy poca ayuda. El tifus epidémico, la disentería y el cólera asolaron grandes extensiones del país, y cualquier herido en el campo de batalla tenía mucha suerte si sobrevivía a la gangrena.

Las penalidades de Serbia se pusieron de moda en Gran Bretaña: *lady Wimborne*, *lady Paget* y sir Thomas Lipton fueron solo los personajes más prominentes de los que se incorporaron a unidades médicas de voluntarios en el país, junto con la condesa Trubetskoy, esposa del nuevo plenipotenciario ruso. Pero apenas podían hacer nada por una nación de tal pobreza y aislamiento geográfico; temporalmente victoriosa, en efecto, pero destrozada y con una debilidad peligrosa. Serbia había perdido ya a 163.557 hombres (incluidos 69.022 muertos). El país aún sufriría mucho más en los años posteriores, sin que las alegrías de otras victorias lo pudieran compensar. A la postre, en la guerra halló la muerte el 62,5 % de los varones serbios de entre quince y cincuenta y cinco años; y todo el país quedó arrasado.

El teniente Djordje Stanojevitch, del ejército serbio, preguntó al corresponsal estadounidense John Reed, con la pasión furiosa que inspira el alcohol: «¿Qué están haciendo estos franceses e ingleses? ¿Por qué no derrotan a los alemanes? Lo que necesitan por allí es a unos pocos serbios que les enseñen cómo se hace la guerra. Nosotros, los serbios, sabemos que todo lo que se necesita es aceptar que uno puede morir, ¡y la guerra se acabará pronto!». ⁴¹ Otros —algunos de ellos, comandantes en jefe— compartían esta misma creencia y esto tuvo consecuencias espantosas para la juventud europea.

17

Vida en el barro

Mientras el invierno caía sobre Europa, Gertrud Schädla contemplaba la fría lluvia en su ciudad natal, Verden, cerca de Bremen, y pensaba en los soldados de la nación que estaban en el frente y «no solo deben plantar cara a este tiempo, sino también a un peligro letal».¹ No era una inquietud sin fundamento. Del frente occidental, de Suiza hasta el mar, emanaba un hedor penetrante, creado por los cadáveres insepultos, los excrementos y siete millones de conjuntos de botas y ropas empapadas sin mudar durante semanas. A lo largo de ochocientos kilómetros de defensas rivales, algunos hombres ocupaban cimas precarias entre los pinos acribillados de los Vosgos, mientras otros se refugiaban detrás de parapetos, a lo largo del canal del Yser, donde era imposible atrincherarse. Al acabar la primera batalla de Ypres, los franceses defendían casi setecientos kilómetros de frente; los belgas, veinticuatro; y la Fuerza Expedicionaria Británica, treinta y cuatro. Esto último era lo máximo que por entonces permitían los escasos efectivos británicos; en febrero de 1918, en cambio, su línea se extendería hasta casi ciento ochenta kilómetros.

Casi todas las grandes operaciones realizadas entre septiembre de 1914 y el final de la guerra se desarrollaron entre Verdún y la costa del Canal; en el terreno de más al sur, se admitía que no valía la pena atacar. Algunas ciudades de Bélgica occidental eran lugares hermosos, al menos hasta que las batallas de octubre y noviembre las destrozaron. Pero las tierras de labranza intermedias eran poco atractivas: campos llanos, interrumpidos por unos pocos setos; sauces; alamedas y platanares en el margen de las carreteras; algún haya, de vez en cuando. Durante las primeras semanas de guerra, el ganado pastaba libremente entre los combatientes; de hecho, la gran cantidad de estiércol animal en el suelo contribuyó a la extensión de la gangrena gaseosa entre los heridos. Con la época de las lluvias otoñales, por los terrenos más bajos los vehículos no podían desplazarse a campo traviesa. Incluso donde las variaciones en altura eran ligeras, la ventaja, aunque marginal, era importante: los alemanes adoptaban por sistema las posiciones más elevadas, porque, como ocupantes, no les avergonzaba retirarse si ello les convenía desde el punto de vista táctico, ya que no se jugaban el prestigio local. Los aliados, en cambio, solo podían ceder unos pocos metros de suelo belga o francés si tenían razones muy convincentes.

Cuando Edouard Cœurdevey se desplegó en la Francia nororiental, él y sus camaradas quedaron estupefactos al llegar a su destino y ver que eran trincheras

profundas, lo que resultaba «algo nuevo para nosotros». Así sería el futuro. Millones de hombres, durante meses, ocuparon posiciones sin apenas cambios y a escasa distancia del enemigo. «En aquellos días iniciales de la guerra de trincheras, los dos bandos eran bastante temerarios; no era inusual ver que un alemán se ponía en pie y salía corriendo hacia el pueblo. No siempre llegaba allí y, con el paso del tiempo, se empezó a respetar tanto la puntería del oponente que nadie se atrevía a asomar un dedo», escribió Frank Richards.² El corresponsal de guerra Ellis Ashmead-Bartlett comentó en el *Daily Telegraph*: «En la guerra moderna, los hombres no suelen estar visibles, porque para exponerse lo más mínimo contra las maquinaciones infernales de los señores Krupp, Schneider, Creusot y compañía, deben sepultarse en la tierra y no ponerse en pie para disparar salvo que su enemigo sea lo bastante insensato como para mostrarse». Robert Harker apuntó en noviembre que, en su sector, las posiciones de ambos bandos solo quedaban separadas por unos metros, pero «en esta clase de combates, uno pasa días de las trincheras y, en algunas partes de la línea, ni siquiera llega a ver a un alemán».³

Colwyn Phillips, de la guardia real de caballería, escribió apesadumbrado desde Ypres: «Lo primero que uno aprende aquí es a olvidarse de la “gloria”». En el ataque, algunos oficiales alemanes se acostumbraron a llevar consigo fusiles y mochilas para escapar de las atenciones particulares de los fusileros enemigos. Los soldados desenroscaban las puntas de sus cascos *pickelhaube*, pues podían sobresalir por encima de los parapetos de la trinchera, con consecuencias fatales. Para no exponer ni un dedo de carne se necesitaba una disciplina rigurosa. Lionel Tennyson, de la brigada de rifles, deploraba la negligencia del batallón inmediato, de los *highlanders* de Seaforth: «Una panda de lo más extraordinaria: en cuanto hace cosa de veinte minutos que no ha caído un proyectil, salen de sus trincheras y empiezan a exponerse como si no hubiera una batalla en marcha. La consecuencia es que muchos mueren innecesariamente».⁴

Los británicos desarrollaron una rutina de monotonía agotadora e incomodidad sin tregua. El estado de alerta empezaba antes del amanecer; desayuno a las 7, almuerzo a las 12.30, merienda a las 4, cena a las 7 y, a las 9.30, a dormir, si no había guardia. Pero esta organización, benigna en apariencia, la interrumpían alarmas durante las horas de luz y de oscuridad, además de patrullas y faenas; así, la mayoría no se quitaba la ropa, e incluso las botas, durante días y más días. Se alimentaban a base de carne de vaca enlatada, galletas, pan y jamón, más los pocos lujos que pudieran enviarles desde sus casas. Los servicios postales crearon una máquina de eficiencia admirable, que permitía a millones de hombres al borde de la muerte recibir periódicos británicos un día o dos después de su publicación, junto con otras comodidades domésticas. Los oficiales pedían a tiendas elegantes de Londres que les remitieran cigarros, galletas y otras mercancías similares. Un

oficial de granaderos solicitó a Fortnum & Mason el envío de dos libras de café semanales, aunque solo vivió para tomarse la ración de un mes. A las 5 de la tarde de un jueves, la hermana Mayne recibió en su hospital belga, en Furnes, unos huevos enviados desde Cookstown (en el condado de Tyrone) a las 4 de la tarde de un martes.⁵

Los hombres aprendieron a valorar las posiciones más próximas a las de los alemanes, con lo que evitaban la artillería enemiga: «De esa forma no nos pueden *marmiter*», decía François Mayer con satisfacción, usando el argot francés para «bombardear», paralelo al uso de *pruneau* («ciruela») como bala.⁶ El oficial de la guardia lord Cavan escribió en diciembre: «Últimamente, hemos estado ocupados sobre todo en aprender tres cosas. 1) Cómo hacer nuestro propio carbón y cómo llevarlo y usarlo en las trincheras cuando está listo. 2) Cómo lanzar granadas de mano (¡curiosa tarea, siendo granaderos!). 3) Cómo disparar a los aviones; pero aquí el problema es que los aparatos escasean y nuestras piezas obligan a esperar mucho de un cañonazo a otro».⁷ En algunos sectores, como el Chemin des Dames, ambos bandos montaron reflectores para responder mejor a los ataques nocturnos. Las alambradas de protección se hicieron más gruesas, sin llegar aún a la densidad fantástica de años posteriores. Algunos oficiales británicos se aferraron a la creencia de que la guerra debía realizarse de acuerdo con un código de honor que, a su juicio, los alemanes quebrantaban. Robert Harker se quejó: «Tienen toda clase de trucos antideportivos y atacan a nuestros hombres vestidos de caqui y, a veces, faldas escocesas, y gritan frases en inglés, diciendo que no les disparemos, que son tal y cual, y dan el nombre de algún regimiento inglés. También gritan “Cease fire” en inglés (“Alto el fuego”) y usan nuestras señales».⁸

La unidad del *poilu* francés Louis Barthas no estuvo destinada en el frente hasta finales de noviembre, tras pasar los meses anteriores vigilando prisioneros y en tareas similares. Llegaron a Annequin, en el Paso de Calais, entre la oscuridad invernal, tras viajar desde Narbona, en el extremo meridional de Francia. A primera hora de la mañana siguiente, en el límite de la ciudad, Barthas se sorprendió al recibir el saludo familiar de tres figuras espectrales, rebozadas de barro de la cabeza a los pies y apenas identificables como humanas. Eran *copains* que habían salido de los mismos barracones hacía tan solo cinco días. «Dicen que llevan horas tirados en el fango, sin refugio, con comida escasa y lluvias constantes.»⁹ Pronto, él y sus camaradas se hallaron a cargo de una trinchera anegada. Cuando se hizo de noche, no pudieron dormir durante varias horas, atormentados por el miedo que les provocaban los esporádicos destellos y disparos.

El sueño, cuando llegó por fin, quedó interrumpido por el ruido de los picos y las palas. «¿Qué estáis haciendo?», preguntó Barthas, adormilado, a las figuras

borrosas de lo alto. «Enterrar a los muertos del último asalto», gruñó una voz. Pero muchos montones grises de humanidad en proceso de putrefacción cayeron en tierra de nadie, inalcanzables salvo para las ratas y los cuervos que los sobrevolaban. Otro soldado francés describió cómo unos infantes abatidos en su ataque por las ametralladoras enemigas seguían donde habían caído, un mes más tarde, delante de su trinchera, «en línea, como para una maniobra. La lluvia cae sobre ellos inexorablemente y las balas sacuden sus huesos blanqueados. Una tarde, Jacques, de patrulla, vio unas ratas enormes que salían huyendo de sus abrigos raídos; habían engordado de comer carne humana. Con el corazón desbocado, se arrastró hacia un muerto. El casco se le había caído rodando. Mostraba una mueca, en una cara sin carne; el cráneo, desnudo; los ojos, comidos. Una prótesis dental había caído a la camisa putrefacta y de su boca abierta saltó un animal repulsivo».¹⁰

El 18 de noviembre la prensa inglesa publicó la carta de un oficial anónimo de la Fuerza Expedicionaria Británica. «Aquí sentado, leyendo los periódicos ingleses que nos llegan, no puedo evitar sentir que Inglaterra aún no ha logrado desterrar ese concepto espectacular y romántico de la guerra que ya no guarda ninguna relación con la actualidad. Los periódicos siguen dando la impresión de que la guerra es cuestión de acometer y batallar con arrojo [aquí, el autor de la carta citaba ecos públicos relacionados con la experiencia del regimiento de escoceses de Londres en Ypres]. Esto no es lo que está ocurriendo. La valentía de nuestros hombres —y es una valentía espléndida, la suya— consiste en estar sentados, a menudo durante días y noches, en trincheras empapadas, entre proyectiles que explotan con un ruido aterrador y hacen temblar la tierra ... Leo notas sobre los batallones de deportistas, todos atletas [una de las recientes unidades de “colegas” del ejército de Kitchener]. Todo eso estaría muy bien, si importaran las proezas individuales; pero no. Lo que se necesita son hombres corrientes, con buena disciplina y buena puntería, y en abundancia; hombres a los que se pueda contener, que no vuelvan a disparar hasta que convenga, y no hombres que vengan a chillar, acometer y matar a dos alemanes de un sablazo.»

El estadista y periodista Georges Clemenceau escribió, con el mismo estado de ánimo: «Siempre representamos al soldado lidiando con el enemigo ... Pero ¡cuánto más huidizo es el arrojo necesario para soportar la inacción bajo una lluvia de proyectiles! ¡Cuánto más dura es la prueba que impone el sufrimiento pasivo, que continúa sin interrupción y devora toda la resistencia física y psicológica». En ambos bandos del frente occidental se reconocía que no había en perspectiva ningún avance significativo antes de la primavera. El oficial alemán Rudolf Binding escribió malhumorado el 22 de noviembre, en Flandes: «Según están ahora las cosas, no solo aquí sino a lo largo de todo el frente, tanto nosotros como el enemigo nos hemos hecho tanto daño ... que ... ya no tenemos fuerza para una

ofensiva ... Quizá haya sido un logro increíble crear esta línea interminable e ininterrumpida entre los Alpes y el mar, como un todo monstruoso; pero no es mi idea de la estrategia».¹¹ Una vez quedó claro que se tardaría en emprender nuevas operaciones importantes, la FEB dio permiso a algunos de sus hombres y oficiales; era el primer descanso desde agosto. En la posterior rebatiña por los asientos de tren, un grupo de oficiales llevó un ténder de carbón hasta la estación de Boulogne.

Los comandantes también aprovecharon la pausa para enviar a casa a algunos espíritus frágiles que se entendía habían actuado deficientemente. Eran por ejemplo el general de brigada R. H. Davies, un neozelandés que se consideraba había fracasado en el Aisne, y el teniente coronel Noel Corry, de los granaderos, castigado por retirarse de Mons el 23 de agosto sin haber recibido orden al respecto. George Jeffreys, el segundo al mando, creía que a Corry lo habían tratado mal porque su decisión había sido la correcta. Otros casos eran más ambiguos: el teniente coronel Delme-Radcliffe, de los reales fusileros galeses, regresó a la base tras haber sufrido una crisis nerviosa, concepto general que cubría toda una serie de condiciones mal definidas. La explicación simple era que algunos oficiales regulares habían demostrado ser incapaces de resistir la presión de la guerra. A estas personas, la jerarquía militar las trató con mucha más generosidad, en 1914, que a soldados más humildes en los años posteriores.

En cuanto a los que se quedaron en sus trincheras, aunque no podían conseguir una victoria inmediata, los comandantes de ambos bandos se convencieron de que era esencial que hubiera acción para impedir que los hombres se hundieran en un abismo de desánimo y apatía. Así, tomaron por costumbre organizar ataques locales cuya futilidad era evidente para los que estaban obligados a llevarlos a cabo. Los oficiales franceses de segundo rango se quejaban amargamente por las vidas sacrificadas por generales que simplemente querían que pareciera que estaban haciendo algo (*de paraître agir*). En el frente británico, el capitán John Cowan describió una batalla típica, en Givenchy, en diciembre: «Una de nuestras compañías atacó el extremo de una zapa alemana, y tomó su trinchera, pero los enfilaron las ametralladoras, que los hicieron pedazos; de los cincuenta atacantes solo volvieron dos. El teniente Kerr murió cuando intentaba volver a nuestra trinchera. El [cabo] Coy fue en su apoyo y no recibimos socorro hasta que nuestras trincheras habían volado por los aires ... Estuve en pie de día y de noche, empapado, sin dormir durante cinco noches. Fue una tarea dura y gravosa, porque esperábamos ataques cada noche».¹²

A primera hora de la mañana del 21 de diciembre, los hombres de Cowan estaban limpiando sus fusiles cuando «se oyó un ruido atronador y en todas las trincheras se sintió una fuerte sacudida. El parapeto y las trincheras cedieron y el suelo se abrió todo alrededor [porque había explotado una cadena de minas

enemigas]. Por encima se oyeron los gritos de los alemanes, a diez metros, que cargaban con la bayoneta calada ... Al final [nos] tuvimos que retirar. Algunos de mis hombres quedaron enterrados vivos; otros murieron por las bayonetas». Los alemanes habían hecho explotar diez minas en el frente del cuerpo indio, lo que causó bajas graves, además de alarma y confusión. En la trinchera auxiliar, Cowan reunió a diez supervivientes y, junto con cuarenta *gurkhas* del batallón inmediato, se lanzaron al contraataque: «Algunos cargamos sin ningún arma. Yo le di al sargento Brisbane mi revólver, porque el suyo estaba inutilizado, pero le dispararon en la cabeza, al lado de mí ... Dios quiso que los alemanes no nos hicieran frente, sino que se dieran la vuelta ... Yo tomé un fusil y me encargué de siete alemanes, hiriéndolos a todos por la espalda. También le di a un oficial alemán ... Pero los alemanes empezaron a bombardearnos, de una barrera de protección a otra, y al final nos retiramos a la línea de reserva, bajo un fuego intenso». El batallón de Cowan perdió a catorce oficiales y 516 hombres de la tropa, «lo que fue terrible ... Yo tuve suerte de salir con vida: una bala me atravesó el pasamontañas por encima de la cabeza».

La consecuencia de tal torrente de pérdidas en la actividad típica de las trincheras (incursiones, patrullas, francotiradores, descargas por sorpresa y ataques locales) fue que los comandantes británicos cada vez se inquietaron más por la falta de hombres. Se rastrillaron las bases del país, en busca de refuerzos, hasta que las nuevas formaciones de Kitchener estuvieran entrenadas y equipadas para las campañas de 1915. Pero los restos del viejo ejército no causaron gran impresión. Según escribió Lionel Tennyson en su diario: «El sargento Swinchat llegó acompañando a un segundo refuerzo; él era un suboficial de lo más inútil. Cuando lo amenacé con denunciarlo ante el oficial al mando, por su haraganería, se pegó un tiro en el pie; lo recompensaron formándole consejo de guerra».¹³ Swinchat fue degradado, pero no encarcelado, por falta de pruebas de que hubiera actuado deliberadamente. Es probable que le pareciera el mejor resultado posible para sus intereses.

Sir Douglas Haig se quejó ante el Ministerio de Guerra por las deficiencias de tales hombres: «Dije que queríamos patriotas que tuvieran clara la importancia de la causa por la que estamos luchando. Todo el pueblo alemán, desde la juventud, está impregnado de un intenso sentimiento patriótico que les lleva a morir voluntariamente por su país. Entre nuestros hombres, no hay muchos que hagan tal cosa, salvo que estén bien dirigidos. Ahora nos faltan oficiales que los guíen. Les dije que me enviaran como oficiales a jóvenes de Oxford y Cambridge, porque ellos entienden en qué crisis está metido el Imperio Británico».¹⁴ Sin duda, los alemanes no compartían esta idea de Haig, según la cual sus hombres no temían a la muerte: desde su propio punto de vista, se enfrentaban a los mismos problemas de motivación y liderazgo que sus adversarios. Rudolf Binding escribió desde Ypres:

«No hay duda de que las tropas inglesas y francesas ya habrían sido derrotadas por tropas con buena instrucción. Pero estos jóvenes que solo ahora acabamos de entrenar son demasiado desvalidos; en particular, cuando sus oficiales han muerto. Nuestro batallón de infantería ligera, casi todo de estudiantes de Marburgo ... ha sufrido enormemente por la artillería enemiga».

En Gran Bretaña, el *Morning Post* hizo una campaña estridente en pro del reclutamiento obligatorio; para el *New Statesman*, en cambio, un paso tan radical «supondría sacrificar nueve décimas partes de nuestro fundamento moral en esta guerra. No solo equivaldría a admitir —del todo injustificadamente— que el corazón del país no está en la guerra ... También supondría cambiar la base de nuestra participación. Dejaría de ser la guerra del pueblo británico para ser la guerra de las clases gobernantes británicas».¹⁵ Lord Northcliffe dejó claro que pensaba ocuparse de la cuestión según su propio concepto. En una reunión vespertina con los ejecutivos del *Daily Mail*, dijo: «He visto al gobierno y me han pedido que desarrolle una campaña de reclutamiento intensa. Me he negado en redondo, hasta que a nuestros hombres [los corresponsales de prensa destinados detrás del frente] se les dé un trato correcto y se les cedan instalaciones que les permitan reclutar informando sobre nuestro ejército. Puedo conseguir 500.000 hombres, pero tengo que hacerlo a mi manera. No han querido, así que me he negado en redondo».¹⁶ Así, durante el invierno de 1914 y el año siguiente, el ejército se esforzó por reclutar —por medio del sistema de los voluntarios— el número de hombres preciso para que el país interpretara un papel relevante en la guerra continental.

En respuesta a una necesidad desesperada, el ejército rebajó el requisito de la altura mínima: de 1,73 metros, en agosto, a 1,65, en octubre, y 1,60, en noviembre. Fue una medida exitosa, en parte: en 1914, se sumaron a las fuerzas armadas 1.186.351 civiles británicos. Pero otros ejércitos combatientes ya habían desplegado en campaña tres o cuatro veces esos efectivos. Solo en 1916, las fuerzas británicas en Francia lograron una masa proporcional al tamaño del país; y solo la introducción del reclutamiento forzoso, aquel mismo año, les permitió reponer las unidades según exigía aquella contienda insaciable. En cualquier caso, es dudoso que un ejército extenso se pudiera haber armado y pertrechado antes: la Fuerza Expedicionaria Británica sufrió una carencia crónica de ropa de abrigo —los abrigos de piel de cabra que se dieron el primer invierno eran muy insuficientes—, de toda clase de armas y, sobre todo, de munición de artillería, hasta que la producción industrial nacional alcanzó su plena capacidad en el tercer año de guerra.

Faltaron igualmente bestias de carga y de tiro. Los británicos se llevaron 53.000 caballos a Francia, en 1914, y otros ejércitos los usaron en una proporción similar. A juicio de los historiadores oficiales, «se subestimó el enorme desperdicio de bajas animales de una guerra moderna».¹⁷ Los caballos y las mulas de la FEB sufrieron una tasa de mortalidad anual del 29 %, con más de 13.000 animales muertos en Francia y Flandes antes del año nuevo de 1915, por enfermedad o acción del enemigo.¹⁸ Alexander Johnston calculaba que, en la marcha al río Aisne, hallaba un caballo muerto cada doscientos metros: «Pobres brutos, lo han pasado terriblemente mal». Muchas de estas bajas —animales abatidos a tiros, lisiados o montados hasta el agotamiento— procedían de los 165.000 caballos de caza y tiro agrícola comprados por el ejército británico en los primeros doce días de la guerra. En septiembre, los alemanes, en su retirada, sembraron el camino de abrojos: piezas de hierro en forma de estrella, con púas, para tullir las bestias. En muchos casos lograron su propósito, y cuando no, lo hacía una costumbre de las amas de casa francesas, que lanzaban a los caminos rurales las cenizas de los fogones, sin eliminar clavos u otros hierros inútiles.

Muchos caballos sufrieron por la incompetencia o el trato brutal. Los veterinarios prepararon una lista de ejemplos de las deficiencias de trato de jinetes y mozos ignorantes: carreteros de la artillería que golpeaban a las bestias en la boca; regimientos de caballería que descuidaban dar comida y agua a sus monturas; animales obligados a galopar en carreteras asfaltadas, sin ninguna necesidad urgente; jinetes que hacían caso omiso de las llagas abiertas.¹⁹ Hubo centros de reemplazo de caballos en Ormskirk, Swaythling y Shirehampton, y, junto a cada uno, un hospital veterinario capaz de atender a un millar de pacientes equinos. En los establos del campamento de Pitt Corner, cerca de Winchester, hubo en cierto momento más de 3.000 animales enfermos y heridos.

Entre tanto, los pesados caballos de tiro, reclutados contra el consejo de los expertos, demostraron ser poco adecuados para la función que se les destinaba, como auxiliares de la artillería. En la historia oficial se afirma: «Los oficiales veterinarios ... previeron que les faltaría fuerza para los propósitos militares y que, si se los utilizaba en la guerra de forma indiscriminada, las pérdidas serían muy elevadas ... por su vulnerabilidad a la enfermedad, las enormes necesidades de agua y forraje y su incapacidad de resistir la marcha forzada».²⁰ En Francia, los caballos pesados perecieron por millares; en parte, porque sus pezuñas eran extremadamente vulnerables al tiempo húmedo. Tanto los franceses como los británicos compraron gran cantidad de bestias en el extranjero, pero hubo muchos fracasos antes de identificar la clase de animal que se necesitaría. Muchas caballerías canadienses murieron en el paso del Atlántico o al poco de llegar a Gran Bretaña. Se descubrió

que la variedad más idónea eran las resistentes bestias de las zonas rurales de Estados Unidos, por ejemplo de las dos Dakotas, y no caballos criados en establos. A la conclusión de la guerra, el ejército británico contaba con un total de 450.000 animales; se calculaba que, en uno y otro bando del frente occidental, habían prestado servicio dos millones de caballos desventurados. El Real Cuerpo Veterinario del ejército británico, que en 1914 solo daba trabajo a 360 personas, empleaba a 28.000 cuatro años después.

Si para los hombres que estaban sanos e ilesos, al igual que para los animales, la vida en las trincheras ya resultaba muy dura, para los que se convertían en bajas era atroz. El alemán Alois Löwenstein sentía compasión ante algunas de las víctimas típicas del campo de batalla: «Entre un montón de cadáveres había tres franceses heridos. Un hombre tenía las dos piernas destrozadas; el segundo, el estómago abierto; el tercero había estado intentando matarse con su propia pistola hasta que uno de nuestros camaradas se la quitó. Para escapar al sufrimiento, se había pegado dos tiros en la cabeza, pero con la torpeza de haber apuntado demasiado alto. Tenía el hueso del cráneo levantado y gemía de un modo que te destrozaba el corazón. Otro hombre parecía estar muerto, pero una pierna aún se le agitaba como la de una perdiz que no se acaba de morir. ¡Espantoso!».²¹

Durante el medio siglo precedente, la medicina militar había progresado menos que otras ramas de la ciencia. En ausencia de antibióticos, la gangrena seguía causando un número incontable de muertes, a lo que ayudaba el hecho de que muchos de los hombres tardaban varios días en recibir un tratamiento adecuado. Era habitual que los soldados se engañaran pensando que se estaban recuperando porque el dolor retrocedía. En realidad, solo habían llegado al entumecimiento y la palidez previas a una muerte inminente. Por lo general, no se sobrevivía sin tener una suerte extraordinaria. René Cassin resultó herido en el estómago —un problema casi siempre insuperable— cerca de Saint-Mihiel, el 12 de octubre.²² Los servicios médicos franceses decretaron que solo podrían tratarlo los doctores de su propio regimiento, que estaban a unos 650 kilómetros de distancia. Tardó diez días en llegar y, entonces, se le operó sin anestesia. La experiencia lo convirtió en un defensor, de por vida, de los veteranos heridos y la causa de los derechos humanos.

Cuando Edouard Cœurdevey entró en un hospital de campaña francés con la intención de despedirse de un amigo moribundo, se halló con ochenta hombres tendidos en una fábrica de azúcar, sobre paja, vestidos aún con los uniformes embarrados. La única cama del hospital estaba reservada para un hombre que ya estaba a punto de morir. En octubre, un fallo en la conexión ferroviaria envió a un

tren ambulancia, cargado con quinientos heridos, por una vía que conducía a un puente del Marne, dinamitado por los alemanes. Solo dos de los quince vagones del tren —por casualidad, los que llevaban a las bajas alemanas— no cayeron de cabeza al río. Por otro lado, no todas las enfermeras era hermanitas de la caridad. El capitán Plieux de Diusse quedó consternado al ver una mujer que pasaba por una fila de vagones llenos de hombres que gemían. En cada puerta, la mujer preguntaba, lacónica, si alguien necesitaba un médico; pero cuando una víctima rogó que asistieran a un compañero cuya herida del estómago se había abierto y liberaba el hedor de la gangrena gaseosa, la enfermera se marchó sin hacerle caso. De Diusse acabó encontrando a un médico, saturado de trabajo, lo puso al corriente y se marchó: «Ya había tenido bastante de aquellos horrores y se los dejé para ellos».

Louis Maufrais, ordenanza médico del ejército, describió su propio empeño conmovedor por ayudar a un hombre herido: «Su cara, con la mandíbula destrozada, es solo un amasijo sangriento. Tras quitarle algunos fragmentos de la boca conseguimos bajar un tubo hasta el esófago, por el que le metimos una especie de enema, algo de agua y luego algo de café». En el puesto de socorro de Maufrais solía faltar el agua precisa incluso para quitarse el barro de las manos antes de vendar una herida. Él y sus compañeros no tenían nada que ofrecer a los pacientes conmocionados —la mayoría— y, en aquel entorno antihigiénico, no cabía pensar en transfusiones de sangre. Describió así uno de los puestos en los que sirvió: «A la izquierda de la entrada, hay dos cuerpos al sol, cubiertos con un trozo de lienzo de una tienda; por detrás hay un buen montón de pertrechos, fusiles, bayonetas, sábanas ensangrentadas. El interior solo está iluminado por unas pocas velas y dos lámparas. Poco a poco, mis ojos disciernen a los heridos tendidos en el suelo, casi uno encima de otro. Huele a materia viva, a sangre, a vómito; solo se oyen gritos incesantes. Lo más difícil es colocar un pie entre las piernas de un chico y una rodilla bajo el sobaco de otro para poder atender a un tercero».

A Maufrais también se le pedía que enterrara a los muertos, que «a menudo apestaban horriblemente, en estado de total putrefacción, con la cara negra, hinchada y surcada de gusanos. Te revolvió el estómago desvestirlos y quitarles la chapa de identidad». En los primeros meses de la guerra, a los oficiales no se los sepultaba con la tropa, pero cuando las bajas se fueron acumulando, el ejército francés dictaminó que solo los hombres con grado de capitán o superior gozaran de ese privilegio. El gobierno francés, en respuesta al clamor de la opinión pública, acabó autorizando a las familias a llevarse a casa a sus seres queridos, pero se convirtió en un tema polémico cuando se vio que muchos no podían costear el traslado del cadáver. Por su parte, británicos y alemanes enterraron a casi todos sus soldados rasos en fosas comunes, cerca del lugar donde caían.

El campo de batalla aún no se había transformado en un lugar totalmente arrasado por los explosivos; hicieron falta muchos más meses y miles de cañones pesados. En 1914 todavía quedaban algunos edificios, setos y bosques, aun dañados en parte; pero su número se iba reduciendo día a día. Cierta comandante Grimm, al mando de un regimiento alemán en las inmediaciones de Poelkapelle, describió cómo algunos de sus hombres se alojaron con total comodidad en una granja, donde él mismo pudo gozar del primer afeitado en muchos días. Pero luego su refugio se convirtió en blanco de una concentración de artillería que causó la muerte de la mayoría de sus ocupantes.

A medida que los hombres se acostumbraban a vivir e intercambiar fuego en emplazamientos fijos, un mes tras otro, los hitos locales fueron adquiriendo notoriedad. La brigada de rifles combatió con ferocidad por una posición próxima a Messines, apodada «jaula de pájaros» por sus espesas alambradas. En Le Bassée, «el tren de permiso» era una serie de vagones abandonados que los alemanes habían llenado de cemento y usaron, con cierta eficacia, sus francotiradores. Allí, un soldado británico podía tener la suerte de «llevarse una *Blighty*», es decir, recibir una herida que, sin ser temible, le permitiera volver a Inglaterra. Hubo una gran carnicería en una posición de los Vosgos que los alemanes llamaban HWK (por un monte, el Hartsmannsweilerkopf o «cabezo de Hartsmannswiller»), y los franceses, Vieil Armand («Viejo Armando»). Los soldados del káiser dedicaron un inmenso empeño y aceptaron sufrir muchas bajas por la posesión de ese cabezo, porque dominaba la carretera de Mulhouse.

En 1914, a los ejércitos les faltaba casi todo lo necesario para una guerra posicional. Los teléfonos escaseaban, pero los responsables de comunicaciones no podían arriesgarse a emplear destellos de morse o banderas de señales, a diferencia de lo que se habían habituado a hacer en las campañas coloniales. En su lugar, con frecuencia, los comandantes tenían que enviar notas por escrito, lo que ponía en grave peligro a los mensajeros. Los fusiles sucios de fango o residuos de pólvora no se podían limpiar adecuadamente por falta de aceite y borra de algodón. En consecuencia, a menudo se encallaban, un problema que agravaba la mala calidad de la munición proporcionada por fabricantes chapuceros. Algunos fusileros galeses mataron a un cerdo en una granja abandonada y usaron el unto para engrasar las armas. Los hábitos sanitarios eran primitivos: se orinaba en las latas de carne, que luego se arrojaban por encima del parapeto, lo más lejos posible. También era necesario defecar en el refugio de una trinchera; y, hasta que no se introdujeron procedimientos de eliminación de los excrementos, con estos tampoco se hacía más que arrojarlos a tierra de nadie. Cuando los ingenieros tendieron una alambrada protectora por delante del frente de los fusileros galeses, de una sola hilera, uno de los compañeros de Frank Richards comentó desdeñosamente que

aquello no impediría el paso ni de una jirafa.²³ Pero durante varias semanas, los británicos no dispusieron de más alambre.

Los alemanes trabajaron para la propia comodidad mucho más que los británicos, franceses y belgas. No solo cavaban trincheras muy profundas, sino que añadían toques domésticos a sus refugios. El teniente Adolf Spemann admiraba los estantes, tragaluces y huecos de almacenamiento con los que sus hombres adornaban los espacios.²⁴ Había letreros de entrada cuidadosamente pintados para residencias como Villa Despreocupada (*Villa Sorgenfrei*). Otro búnker se había decorado con proyectiles franceses fallidos y bautizado como Palais des Obus. Los alemanes también se alimentaban mejor que los franceses: la unidad de Louis Barthas sobrevivió, durante varias semanas, a base de café frío, un trozo de cecina y algo de pan embarrado, que se distribuía diariamente, al amanecer. La iniciativa privada complementaba esta dieta escasa para los que querían (y podían) pagar por ello: cada noche, uno de los camaradas de Barthas se arriesgaba a un consejo de guerra al escabullirse fuera de la posición y caminar hasta Béthune, donde entregaba encargos de media compañía, con los que regresaba, muy cargado, antes de que saliera el sol.

Los soldados y militares profesionales, incluidos los de mayor rango, habían pasado a ver la contienda como una competición entre voluntades enfrentadas, en la que era esencial que el propio bando se impusiera por la vía de mostrar más aguante ante el sufrimiento y la pérdida. El 7 de diciembre, Charles de Gaulle escribió a su madre: «Este conflicto, ¿qué es, sino una guerra de exterminio? Una lucha de esta especie, que en su alcance, importancia y furia va más allá que cualquier cosa que Europa haya conocido nunca, no se puede librar sin enormes sacrificios. Hay que ganarla. El vencedor será el bando que lo desee de un modo más ardiente».²⁵ A De Gaulle le repugnaba el espíritu de coexistencia que se desarrolló en muchos puntos del frente. Tras excavar una trinchera hacia los alemanes, con intención de frustrar la misma zapa por parte del enemigo, instó al comandante de su batallón a utilizarla como base de tiro. El comandante no estaba nada de acuerdo: «No empiece nada parecido en nuestro sector. Provocará fuegos artificiales. ¡Deje al enemigo en paz, aquí en el *Bonnet Persan*, ya que él nos deja en paz en nuestra parte del mundo!». De Gaulle escribió enojado: «La guerra de trincheras tiene un grave inconveniente: exagera en todo el mundo el sentimiento de que “si dejo al enemigo en paz, él no me molestará a mí” ... Es lamentable».

Sin embargo, las unidades que se enfrentaban entre sí una semana tras otra no lo veían igual que el joven y riguroso oficial francés. Buscaron acuerdos para que la existencia fuera algo menos intolerable. En un bosque situado al norte de Pont à Mousson estaba la fuente de Père Hilarion, de la que bebían agua tanto los franceses como los alemanes. Al norte de Ypres, después de unas lluvias intensas, hubo

ocasiones en las que tanto británicos como alemanes se sentaron por encima de sus parapetos, porque las trincheras se habían inundado y los sumideros de campaña estaban destrozados por los proyectiles; y ante las penalidades compartidas, ninguno mostró demasiado entusiasmo por empezar un tiroteo. A principios de diciembre, un cirujano alemán informó de que en el regimiento de infantería adyacente se había acordado con los franceses media hora de tregua al día, durante la cual se llevaban a los muertos, para enterrarlos, y los combatientes trocaban periódicos. Sin embargo, los franceses acabaron abandonando el pacto: según los alemanes «estaba claro que estaban enojados por nuestras últimas victorias contra los rusos».²⁶ Es más probable que interviniera algún oficial de primer nivel. El general D'Urbal envió esta advertencia a su *confrère* el general Grossetti: «Por favor, tome nota de que los hombres que permanecen demasiado tiempo en el mismo sector traban conocimiento con los vecinos de enfrente. Esto engendra conversaciones y, algunas veces, visitas, lo que a menudo tiene consecuencias desafortunadas».²⁷

Entre las naciones en guerra se iba extendiendo un nuevo estado de ánimo, en nada similar a los entusiasmos y falsas ilusiones románticas de agosto. Cuando, en noviembre, Louis Barthas se marchó de Narbona en dirección al frente, le llamó la atención que su unidad no fuera despedida con ceremonia, vítores y besos, a diferencia de la pasión exhibida a finales del verano. Le pareció simbólico que, si hacía cuatro meses, las mujeres se apiñaban en el andén para regalar frutas, mermelada o vino a los soldados, ahora se habían instalado allí para venderlos como mercancías.²⁸ Ahora se ansiaba recibir heridas leves. Después de que su hermano fuera herido en la mano izquierda, el sargento Wilhelm Kaisen escribió a su familia, celoso de la suerte de aquel: «Realmente, le ha tocado la lotería».²⁹ François Mayer sufrió laceraciones graves al lanzarse a tierra para protegerse de los proyectiles y caer sobre un montón de vidrios rotos. Estas heridas le concedieron unos pocos —y preciosos— días alejado de la línea. «Me apena abandonar a mis *copains*, pero he prometido volver antes de una semana.» En la zona de seguridad, acabó superando la vergüenza que, en un principio, le ocasionaban las muestras de simpatía de los civiles: «Allá donde voy, cuento evasivas sobre la naturaleza de mi herida y doy a entender que se debió a una bala. Los frutos de esta mentira a medias son varios litros de café y diversos vasos de ron, que me han dado gratis».

El joven artillero alemán Herbert Sulzbach se topó con algunos prisioneros franceses y quedó desconcertado al oír que, en su mayoría, se sentían aliviados al estar camino de Alemania, habiendo salvado el pellejo y dejado la guerra tras de sí. En las líneas francesas ocurría lo mismo: un prisionero alemán le dijo a Edouard

Cœurdevey: «Estamos mucho mejor aquí fuera que en combate». Cuando algunos camaradas de aquel hombre le reprocharon el comentario, Cœurdevey preguntó si creían que Francia tenía la culpa de la guerra. Ni Francia ni Alemania, dijeron: «La responsable es Rusia. Nosotros, los soldados, luchamos porque es nuestro deber». Aún quedaban unos pocos aspirantes a héroes, sin embargo, que se congratulaban de los apuros que pasaban (o, al menos, fingían tal sentimiento). Julian Grenfell, cuyos pares lo idolatraban por razones que escapan a la posteridad, escribió en octubre: «Adoro la guerra ... Es como una gran merienda campestre, pero con un objetivo, a diferencia de la merienda. Es extraordinariamente divertida ... Encaja a la perfección con mi salud inquebrantable y mis nervios inquebrantables y mi disposición bárbara. La emoción del combate da nueva vida a todo, a cualquier vista, a cualquier acción. Uno ama mucho más a los demás seres humanos cuando se ha propuesto matarlos».

Eran muchísimos más los soldados, no obstante, que odiaban cada instante de aquella ordalía, cuya carga recaía, abrumadoramente, sobre la infantería. También albergaban resentimiento por el hecho de que, por detrás de las líneas, cientos de miles de soldados de apoyo vivieran en relativa comodidad, pudiendo dormir, lavarse o disfrutar de comidas saludables sin apenas peligro de una interrupción violenta. Un soldado alemán afirmaba, amargamente: «La guerra es como el cine. La acción está delante y los mejores asientos, en la parte de atrás».³⁰ El artillero Wilhelm Hillern-Flinsch escribió: «En la retaguardia viven exactamente igual que en los tiempos de paz; de hecho, no se enteran de que hay guerra. La infantería y los zapadores son los que más reciben, con diferencia, según lo veo yo. Llevan la mortaja puesta de día y de noche».³¹ Alois Löwenstein escribió a su hija Agnes, inquieto por gozar del privilegio de ser conductor, una posición de escaso riesgo: «Algunos soldados atraen los rayos: les golpean una y otra vez. Vuestro adorado padre, en cambio, está muy lejos de cualquier trueno; y a veces, esto me hace sentir avergonzado. Pero no lo puedo cambiar: ya me gustaría enfrentarme a los truenos, si me lo permitieran».³²

Si Löwenstein era sincero, su caso era inusual. Cuando «Ma» Jeffreys guiaba a sus hombres hacia el frente, para otra tanda de servicio en combate, describió un encuentro en Merville con otro oficial de granaderos, cuyo nombre no consta. Jeffreys preguntó: «¿Cuándo vuelves al regimiento?». El conocido respondió: «Por Dios, ¡no seré yo tan tonto de hacer eso! Tengo un buen trabajo». Jeffreys escribió, molesto: «Es un supergandul, y encima le echa una cara durísima. Es guía de reclutas, los trae desde el ferrocarril, o algo parecido».³³

Los *biffins* —«traperos», como se llamaban a sí mismos los infantes franceses, en tono de sorna— sintieron un desprecio cada vez más intenso hacia la larga

«cola» de hombres que, aunque vestían el mismo uniforme que ellos, compartían pocos de sus riesgos. Un oficial se tropezó por casualidad con algunos infantes de marina, que no recorrían la carretera a pie, sino en vehículos. Preguntó a su comandante si habían tenido muchas bajas y recibió una respuesta en tono despreocupado: «Muy pocas», lo que parecía significar ninguna. El oficial de tierra escribió: «Miro a mis pobres soldados, que avanzan a pie hasta unas trincheras empapadas donde los harán polvo. No, ciertamente, en esta guerra no hay igualdad en los padecimientos que sufren los distintos combatientes».³⁴ Un grupo de oficiales franceses, que había vuelto de la primera línea durante unos pocos días, estaba comiendo en un hotel de Houdain, donde se alojaba el cuartel general de un cuerpo. Uno de los *biffins* expresó su disgusto ante los gritos de: «¡Camarero! ¡Otro *chartreuse!*!», pronunciados por oficiales del Estado Mayor que, a todas luces, estaban acostumbrados a cenar allí cada noche en aquellas circunstancias tan cómodas.³⁵

Edouard Cœurdevey expresó su amargura al ver, día tras día, que algunos oficiales adelantaban, en sus coches relucientes, las largas columnas de heridos obligados a caminar penosamente hasta la siguiente estación de socorro; una caminata que, en alguna ocasión, podía llegar a unos veinte kilómetros: «Estos caballeros pasan sin que un coche se detenga a recoger ni a las [bajas] más agotadas. ¡El comandante no debe llegar tarde al asado!».³⁶ Según Alois Löwenstein, entre los *Frontsoldaten*, sometidos a los fusiles y la artillería, existía el mismo desprecio hacia el Estado Mayor: «Están destinados a muchos kilómetros del frente y manejan mesas, teléfonos y cintas perforadas. ¡Los caballos de los oficiales encargados del material se vuelven gordos!».³⁷

En la primera línea, nadie que fuera inteligente era inmune al miedo, pero algunos sucumbían a él más visiblemente que otros. «Es curioso ver los ojos de un hombre aterrado», reflexionaba François Mayer. «Enloquecen de angustia y de espanto. Pero estos proyectiles, aun desagradables, no merecen el miedo que inspiran. Salvo que logren un impacto directo, son inofensivos. Uno puede oír el silbido mucho antes; luego cuenta hasta diez y estallan.»³⁸ La conductora de ambulancia Dorothe Feilding desdeñaba la cobardía de algunos ante el fuego, y en particular de un voluntario apellidado Johnyson, que en la vida civil era un agente de la propiedad: «Es extraño cómo el simple sonido de [un proyectil] te arruga tanto. Así le pasaba a Johnyson, de Dunchurch: en cuanto había a la vista una “maría negra” [proyectil alemán], le daba como un desmayo y caía redondo; y lo mismo, otro de los chóferes».³⁹

Además de la carga psicológica, la exigencia física también era tremenda. Cuando el invierno se recrudeció, muchos hombres —incluso de los más jóvenes y sanos— empezaron a sufrir reumatismo y congelaciones por la humedad; a todas horas, los calcetines y las botas estaban empapados y a menudo había que vadear aguas sucias hundiendo el pie hasta la rodilla (si no más). Las listas de enfermos se multiplicaron. Las infecciones bronquiales eran algo corriente y, en ocasiones, letal. Los piojos no solo eran una molestia, sino que portaban enfermedades. Decía el sargento Gustav Sack, desde Hardecourt, el 5 de noviembre: «Amor, hoy es nuestro séptimo día en las trincheras. Parecemos cerdos, en el sentido literal de la palabra: a los pantalones, las guerreras y los sobretodos se les ha adherido una capa de barro de un centímetro de grueso; y no exagero ... Si esa estúpida prensa dice “han ido ganando terreno lentamente”, eso significa que, después de cavar durante dos noches, ¡nos habremos acercado cincuenta o sesenta metros al enemigo!». ⁴⁰ Sack era periodista, pero le disgustaba casi todo lo que los periódicos alemanes publicaban sobre la nobleza de la guerra y la experiencia en las trincheras. Tenía la impresión de que nunca lograría redactar nada que fuera capaz de describir lo que había vivido en Francia: «Todos esos que parlotean sobre “ser testigos de la guerra y escribir algo grande al respecto” están diciendo tonterías». ⁴¹

En la mañana del 24 de diciembre —después de haber relevado, durante las horas nocturnas, a una unidad en la primera línea—, George Jeffreys escribió: «A primera hora he dado una vuelta. En algunos sitios, el agua me llega a la cintura. Con la luz del día hemos visto que nuestras trincheras están muy mal situadas, además de llenas de agua y de barro ... El paisaje es muy llano, sin accidentes, solo varias acequias ... los alemanes nos ven desde más arriba ... He tardado más de dos horas en recorrer nuestra línea y, en muchos sitios, he tenido que vadear». ⁴² Robert Harker estaba en las mismas condiciones: «Aquí fuera, en esta partida, es algo extraordinario. Perdemos toda noción del tiempo, tanto del día de la semana como de la fecha, y todo parece contarse por la forma en que entramos en las trincheras y luego salimos para descansar ... El fango ... es extraordinario. Contiene mucha arcilla y mucha materia mineral, y forma una pasta gruesa, como liga de cazar pájaros, con una succión tremenda que te estira de los pies. En otra sección, cinco hombres se quedaron atascados en el pantanal de una trinchera de comunicaciones, hasta la línea de fuego, y se tardó siete horas en sacar a tres de ellos ... arrodillándose sobre haces de leña tomada de un seto, y rascándoles el barro de piernas y pies con las manos desnudas ... Este fango se te pega a la ropa, al sobretodo, a los pantalones y al equipo, con más de un centímetro de grosor, y así hay que llevar casi el doble de peso y es imposible mantener el fusil en funcionamiento, porque se queda bañado y se encasquilla». ⁴³ Harker estuvo

penando varios meses en este purgatorio, hasta que la muerte lo liberó.

François Mayer empezó el otoño escribiendo alegremente a su esposa: «Estamos felices, nos dan de comer muy bien. Por supuesto, hay mucho gruñón (*grognard*), pero yo diría que la moral de los hombres, por lo general, está mejor que al empezar la cosa. Algunos socialistas violentos han vuelto a descubrir, apasionadamente, el patriotismo».⁴⁴ Solo entre unos pocos hombres habían empezado los murmullos de desertión, decía Mayer, aunque algunos prusianos de las trincheras rivales sí se entregaron, con las manos en alto y gritando: «*Vive la France! C'est atroce!*». El interrogatorio reveló quejas por la escasez de comida y malos tratos de los oficiales. Pero a medida que las semanas pasaban y el tiempo empeoraba, el ánimo de Mayer decayó, como el de tantos millones de hombres. El 31 de octubre, este francés tomó parte en un ataque en el cual la mayor parte de la compañía cayó antes de que se les diera la orden de retirada: «Ahí se nos acabó la buena suerte. Mientras corríamos hacia atrás, alcanzaron a mis tres *copains*: Chabrier cayó, con un disparo en la cabeza; Dufour resultó herido y murió varias horas después; Blanc recibió tres balazos en la mochila».⁴⁵

A Mayer, todo le parecía cada vez más inútil; y la sensación se intensificaba con cada operación en la que participaba. «Ayer fingimos atacar a los alemanes, para atraer reservistas alemanes a nuestra zona», decía desde Rosières, al sureste de Amiens, el 29 de noviembre, «y de esta manera, ayudar en un ataque real, cerca de Quesnoy-en-Sarterre. Desde mi punto de vista, no lo podíamos disfrutar. Después de que nuestros cañones lanzaran varias salvas contra el enemigo, este abrió fuego con intensidad, tras lo cual diez hombres, encabezados por un sargento, avanzaron unos sesenta metros desde nuestras líneas. Esto provocó que nos cayera una lluvia de metralla. Pasó cerca de una hora y nuestros diez hombres volvieron, pero el bombardeo del enemigo duró hasta el anochecer. ¿De qué sirvió todo aquello? No lo sé. En la compañía hubo un muerto y dos heridos, a cambio de casi nada.» El coronel Wilfrid Abel-Smith quedó horrorizado al leer que lord Kitchener preveía que la guerra sería larga; no le podía dar crédito: «Es imposible creer que el mundo pueda soportar algo así durante dos años».⁴⁶

Todos los ejércitos consideraron preciso emplear sanciones para mantener la disciplina. Cuando, por fin, la unidad de Frank Richards tuvo un descanso de la primera línea, su oficial al mando lo aprovechó para imponer marchas adicionales; había retrasado la imposición de castigos a todos aquellos, oficiales incluidos, que se habían rezagado —se habían apartado del grupo y quedado atrás— durante la retirada de Mons. Incluso un hombre que había estado participando en una carga

con bayonetas con otra unidad tuvo que marchar, lo que hizo maldiciendo generosamente. En los alojamientos de descanso, este mismo tirano infligía el «castigo de campaña n.º 1» a los soldados que se hallaba culpables de ofensas disciplinarias. El procedimiento usual era amarrarlos a una rueda de carreta; en Houplines, él los ató a la verja exterior de una fábrica. Las mujeres locales se acercaban, algunas para expresar su simpatía, otras para mofarse. Un hombre afirmó que no le molestaba el castigo, «pero no quería que una puñetera panda de cretinos comerranas se le quedaran mirando».⁴⁷

Todas las naciones impusieron algunas penas capitales por desertión o por haber huido del campo de batalla, pero los alemanes ejecutaron muchas menos, entre sus propios hombres, que los aliados. Lucien Laby fue testigo del fusilamiento de un francés integrado en un regimiento de ciclistas, condenado por abandonar su posición ante el enemigo: «Muere valerosamente, desabrochándose la guerrera y diciendo: “Mis queridos camaradas, apuntad al pecho, no a la cabeza”». La víctima no quiso que le vendaran los ojos y acabó gritando: «¡Larga vida a Francia! ¡Larga vida a Alsacia!».⁴⁸ Edouard Beer describió una ejecución belga espantosamente chapucera: dos hombres condenados fueron atados a unos postes y, al darse la orden, un pelotón de diez hombres disparó una descarga. Una víctima cayó muerta, pero cuando el médico examinó a la otra, la halló con vida; rezongando, se lo dijo al oficial al mando, quien ordenó a un cabo que disparase un *coup de grâce*. Cuando el médico inspeccionó al hombre otra vez, aún se agarraba a la vida. Esta vez, el propio oficial tomó el fusil del cabo y puso fin a los padecimientos de la pobre víctima. Según Beer: «Los oficiales se retiraron y los hombres cortaron las ataduras de los cadáveres. Todos habían quedado sumamente impresionados. Oí que uno decía: “¡Ah! Preferiría que un proyectil me volara la cabeza, antes que ser ignominiosamente trinchado por un bruto incompetente”».⁴⁹

El aburrimiento y la inmovilidad hicieron que los habitantes de las trincheras buscaran todas las diversiones que podían conseguirse dentro de los límites de las posiciones de su unidad. Según Frank Richards: «La Biblia de todo buen soldado era su mazo de naipes».⁵⁰ Él y sus compañeros jugaban sin cesar a *kitty nap*, la veintiuna, corona y ancla, o *brag* (una especie de póquer). El sargento Alf Brisley pasó una semana tallando el escudo del regimiento de Hampshire en la cara caliza de una cantera, por debajo del Chemin des Dames; más adelante, los soldados franceses y alemanes añadieron sus propias contribuciones artísticas. Edouard Cœurdevey se maravilló ante el espectáculo de una docena de hombres tan enfrascados en un juego improvisado de *bagatelle* que ni siquiera prestaban atención a los proyectiles que, de forma esporádica, estallaban en las proximidades. Al final, uno explotó tan cerca que los soldados levantaron la cabeza y uno exclamó

con enojo: «¡Esos imbéciles están intentando arruinarlos la partida!».

La guerra estática creó un mercado para nuevas destrezas. Un famoso pintor francés, Guirand de Scévola, que prestaba servicio como telefonista del ejército, pensó que se podría camuflar la artillería con material diseñado expresamente para confundirse con los rasgos del terreno local: rocas, hierba, árboles. Después del Marne, buscó el apoyo de Poincaré y Joffre para la ejecución de sus ideas. «Usé los mismos métodos que los cubistas», escribió un tiempo más tarde. Movilizó la asistencia de otros pintores: Forain, Dunoyer de Segonzac, Albert Laurens, Abel Truchet, Devambez, Boussingault, Dufresne, Camoin, Jaulmes, Braque y Roger de la Fresnayne, junto con los escultores Despiau, Bouchard y Landowski. El camuflaje se volvió ubicuo. André Mare enseñó la técnica a los británicos y guardó cuadernos en los que pintaba con acuarelas sus propias obras maestras: puestos de observación situados en árboles y ruinas artificiales.⁵¹

«Ya no nos ocupamos de los muertos; solo nos cuidamos de los vivos», escribía François Mayer el 28 de noviembre. «Ahí está lo que degrada este sacrificio humano. Nadie ha visto nada si no ha visto la guerra, no ha comido al lado de cadáveres que los cuervos están picoteando, y todo riendo y charlando con los camaradas. Es absolutamente aterrador.»⁵² Edouard Cœurdevey también dejó constancia de este endurecimiento. Se topó con un alemán que estaba sentado con la espalda recta, apoyado en la mochila. Se había desangrado hasta morir, no muy rápido, pues tuvo tiempo de ponerse sobre la cabeza un lienzo impermeable, para protegerse de la lluvia. «También tuvo tiempo de sacar de su abrigo una fotografía de su joven esposa y dos hijas pequeñas y regordetas.» Cœurdevey quedó conmocionado al ver que sus compatriotas no solo no se habían molestado en enterrar al alemán, sino que se burlaron de él pintando bigotes en las figuras de la fotografía agarrada entre sus manos sin vida.⁵³ Un sargento francés escribió a su esposa, en diciembre: «Durante una pausa, en el frente, los camilleros pasaron por delante de nosotros, a unos pocos metros, portando a un soldado muerto. Si algunos parecieron interesarse por saber quién era, otros siguieron jugando a las cartas, tranquilamente, como si no hubiera pasado nada».⁵⁴

El sargento Gustav Sack, destinado en Hardecourt, veía desde su trinchera todo un panorama de franceses muertos desde hacía quince días. La única ventaja era que las patrullas nocturnas podían saquear las raciones de sus mochilas. «Uno abre las latas medio despreocupado, medio angustiado y tembloroso, y luego se las come. *Dulce et decorum est pro patria mori*. Espantoso, verdaderamente espantoso. ¡Ojalá pudiera uno emborracharse, emborracharse hasta perder el sentido!» Las paredes de las trincheras, excavadas con tanto azacaneo, se hundían con la humedad imparable. Cuando llovía bastante tiempo seguido, los techos de los refugios también se

derrumbaban, «y así podemos retozar como los cerdos».⁵⁵ Los hombres más reflexivos expresaron una repulsión meridiana por todo lo que veían a su alrededor. El teniente de artillería alemán Adolf Spemann escribió, desde el frente del Somme, el 1 de noviembre:

En esta hermosa luz otoñal, la vista de la llanura es verdaderamente agradable, pese a su uniformidad. Pero todo está revuelto, el paisaje, a lo largo de muchos kilómetros, marcado por cintas de trincheras y refugios; se puede imaginar como una sola línea de trincheras que se extiende de Dunkerque a Verdún. Toda la llanura se ve muerta y vacía ... unas pocas vacas pastan por el campo; a lo lejos, en el territorio enemigo, se pueden ver campesinos que aran y algún vehículo, de vez en cuando.

Mañana se demolerá el campanario de la iglesia de Thiepval. Hace mucho que es un blanco de la artillería francesa, lo que pone en peligro toda la posición. Los campanarios son puestos de observación favoritos y, por lo tanto, también blancos de la artillería. También se han puesto explosivos en la torre de Pozières, que se detonarán de inmediato si hay una descarga enemiga. Entre toda la devastación que hay ante nuestros ojos, damos gracias, cada hora, por haber llevado esta guerra al territorio enemigo. Si esta fuera nuestra patria, ¿cómo la tratarían esos animales?⁵⁶

Alois Löwenstein se hizo eco de los pensamientos de Spemann: «¡Pobres habitantes! Gracias a Dios que la guerra no se está librando en nuestro país».⁵⁷ Las autoridades militares alemanas contemplaban la vasta destrucción ya evidente en Francia y Bélgica y admitían que, cuando la guerra acabara, habría gran polémica sobre a quién se debía culpar. En diciembre, el OHL dio órdenes de que se fotografiasen las ciudades y los edificios ocupados, para mostrarlos intactos. Si luego resultaban destruidos, Alemania podría alegar que habían sido los aliados.

Sigmund Freud, aun siendo civil, reconoció que el conflicto había alcanzado un nivel de barbarie sin precedentes: «No solo es más sangriento y asesino que ninguna guerra previa, sino también más cruel, más implacable, más despiadado ... Descarta todos los parámetros a los que nos acogemos en tiempos de paz y que denominamos “los derechos del hombre”. No reconoce los privilegios del herido o el médico, y no distingue entre los no combatientes y la parte combatiente de la población».⁵⁸ El Comité Internacional de la Cruz Roja, con sede en Ginebra, contaba con una plantilla de solo dieciséis personas en septiembre de 1914, cuando se publicó la primera lista de prisioneros franceses en manos alemanas, que el comité debía trasladar a París. En adelante, la plantilla creció hasta los 200 trabajadores, en octubre, y 1.200, poco después.⁵⁹

El comité también fue el responsable de organizar visitas de inspectores neutrales a los campamentos de prisioneros de todos los beligerantes. Según estos supervisores, los alemanes, franceses y británicos cumplían con sus deberes humanitarios con respecto a los prisioneros de guerra, pero no los austríacos y rusos. En los campos alemanes, los internos franceses y rusos convivían bastante amablemente; trocaban clases de la propia lengua y charlaban sobre las culturas

respectivas. André Warnod, prisionero francés, escribió en tono algo idealista que la experiencia compartida «logra cierta clase de internacionalismo del que los alemanes están excluidos y en el cual sentimos latir y pulsar un único corazón». Alois Löwenstein notició, en carta a su casa, que los prisioneros franceses eran más populares que los ingleses porque mostraban su gratitud a las enfermeras alemanas. Los ingleses, en cambio —añadía— se comportan con «grosería e ingratitud».⁶⁰

Por detrás de las líneas, los civiles vivieron penurias de diversa intensidad, de manos de los enemigos. Durante la mayor parte de la guerra, el fuego de artillería fue la música de fondo de los ciudadanos y aldeanos de la Francia oriental y la Alemania suroccidental. Muchos inocentes murieron fusilados como supuestos espías. La población local afirmaba, a menudo, que su propio ejército mostraba tanto desprecio como el enemigo por la propiedad privada. El soldado raso belga Charles Stein tuvo un altercado con un granjero, un compatriota que se quejaba mucho de que los soldados le robaran paja para dormir. Stein sugirió que, si no se tratara de ellos, sino de los alemanes, lo pasaría mucho peor. No, insistía el granjero, porque «antes que vosotros tuvimos a los alemanes, y eran buena gente que pagaba por todo lo que cogía».⁶¹

En la Francia oriental ocupada, sin embargo, dos millones de civiles estaban sometidos a un régimen tan duro e implacable que acabaron denominando «Francia libre» al territorio situado al otro lado del frente. Los alemanes impusieron su propia zona horaria, una o dos horas más adelantada que la de París, según la estación. Unos pocos espíritus valientes se las arreglaron para escapar hacia el oeste porque, como escribió un ciudadano de Fontaine au Pire, «vivir en Fontaine ya no era Francia; vivíamos con el horario alemán».⁶² Se requería pasaporte para todos los viajes y se prohibieron las reuniones públicas. Los ocupantes concibieron una variedad de gravámenes extorsionistas. En la familia de Yves Congar, un niño de Sedán, se mató al perro para escapar de un nuevo impuesto sobre las mascotas.

Los ocupantes hicieron caso omiso de lo dispuesto en la Convención de La Haya y reclutaron a decenas de miles de civiles para realizar trabajos forzosos. A un anciano de setenta y cuatro años se le obligó a barrer las calles de Lille, hiciera el tiempo que hiciese, «sin apenas alimento y expuesto a la artillería de ambos bandos. Con paciencia, soportó una forma de esclavitud».⁶³ Un sacerdote describió igualmente cómo se ponía a trabajar a personas de todos los grupos de edad y de los dos sexos: «A los niños, a cuidar de las bestias [de los alemanes] y recoger las manzanas, y a las niñas, a barrer las calles, los establos y las casas ocupadas; a otros, a trabajar en los campos o coser cintos para las ametralladoras. Entre tanto, los jóvenes tenían que cavar tumbas en las que enterrar a los muchos muertos que se traían del frente».

No todos los ocupantes trataron con brutalidad a los franceses obligados a acogerlos. En Cannectancourt, en octubre, el oficial médico Lorenz Treplin organizó en la aldea una carrera de chicos que atrajo a una multitud tanto de soldados como de civiles; como premio había caramelos de menta. Una mujer vino llorando a protestar porque los soldados se habían llevado a su vaca, pese a que ella debía alimentar a un bebé de un año y un abuelo de noventa. Contaba Treplin: «Cuando me convencí de que esos dos consumidores de leche existían de verdad, le devolvimos la vaca, con el acuerdo de que nos proporcionaría varios litros de leche al día. Con eso, ambas partes quedaron satisfechas».⁶⁴ Durante las largas pausas de invierno entre las ofensivas, este médico abrió la consulta quirúrgica a la población local, que le pagaba con peras.

Maurice Delmotte, un anciano granjero de Fontaine, describió que, al principio, los oficiales alemanes albergados en hogares franceses comían con las armas a mano. Pero cuando todos, anfitriones y huéspedes, comprendieron que, mal que les pesara, la guerra duraría mucho tiempo, la mayoría de las familias llegaron a un entendimiento con «sus» alemanes. El soldado Paul Hub, alojado en la aldea belga de Pipaix, escribió a su esposa Maria para pedirle un diccionario de bolsillo francés-alemán: «La gente es muy amable y amistosa con nosotros».⁶⁵ Paul Kessler estaba destacado en Lille, donde trabajaba en el servicio postal del ejército. Quedó consternado por el tono de dureza de cierto manual de conversación, alemán-francés, que se había distribuido entre los ocupantes. A los hombres que entraban en un alojamiento, se les invitaba a dirigirse a sus anfitriones involuntarios con frases como: «Enséñeme mi habitación ahora mismo ... ¿Esta covacha asquerosa? ¿Cómo se atreve? ... Abra todas las puertas ahora mismo ... Os hago responsable de ...». El manual se había compuesto en Berlín, bastante antes, para ilustración de los soldados que sirvieran con fuerzas de ocupación victoriosas. Kessler manejaba una 33.ª edición, publicada en 1913. Le escribió a su esposa Elise: «Genial. Uno puede estar contento de no pertenecer al otro lado. Yo nunca he adoptado ese tono ... Se puede ser al mismo tiempo vigilante y amistoso».⁶⁶

Georg Bantlin, de veintiséis años, era cirujano en jefe a la par que el responsable del hospedaje de su regimiento. Tuvo que lidiar con el problema de acomodar en el pueblo belga de Ronquières (de unos siete mil habitantes) a dos cuarteles generales, un regimiento de infantería, dos trenes de munición, un destacamento de artillería y dos compañías médicas; en total, unos cinco mil hombres y setecientos caballos. Los soldados corrientes dormían sobre paja, tumbados en el suelo en casi cualquier espacio disponible. Solo los oficiales tenían camas y comían en un *château* local. Bantlin escribió a su casa: «Comemos en un salón magnífico, con vistas a unos jardines preciosos ... Las cenas cuidadosamente preparadas y los vinos exquisitos, en la vajilla de un noble, saben pelín distinto que

la sopa de una cocina de campaña, tomada con cucharas de hojalata en platos de hojalata. Contrastamos mucho con lo que nos rodea: nuestras botas de clavos pisan sobre hermosas alfombras persas. Nuestros uniformes, desgastados por la intemperie, chocan extrañamente con los sillones tapizados de seda, los empapelados de cuero flamenco y los viejos tapices gobelinos».⁶⁷

En las calles de todas las comunidades ocupadas se colgaron carteles que informaban a los habitantes de que no tenían nada que temer, a condición de que respetaran la regulación alemana; ahora bien, a los infractores se los fusilaría. Primero se intentó que los hombres trabajaran voluntariamente para ellos; en 1916, esta labor devino forzosa y de una dureza extrema. En todas las comunidades se pasaba lista dos veces por semana. Algunos alemanes mostraban total corrección para con sus anfitriones franceses y belgas, lo que estos solían recompensar en especie. Pero otros se apoderaban de cualquier cosa que les atraía. Un soldado escribió a un amigo sobre una experiencia al este de Laon: «A la población francesa le quitamos todo el plomo, hojalata, cobre, corcho, aceite, velas, cacharros de cocina ... que se envían a Alemania. El otro día pillamos un buen botín, con uno de mis camaradas. En una habitación tapiada encontramos quince instrumentos musicales de cobre, una bicicleta nueva, 150 juegos de sábanas, algunas toallas y seis candelabros de cobre batido. Ya te puedes imaginar el jaleo que armó la vieja bruja que lo tenía. A mí me dio la risa. El comandante quedó muy complacido».⁶⁸

Todo el ejército alemán vivía paranoico no solo con respecto a los francotiradores, sino también sobre palomas arteras que llevaban mensajes a las líneas francesas. En la Lorena, Adolf Spemann anotó en su diario que cumplir una orden que mandaba abatir a todas las palomas detectadas «se ha convertido en un deporte muy popular. Toda una bandada levantó el vuelo en el pueblo, por detrás de nosotros, y voló directa y con rapidez hacia el oeste. Esas pobres descaradas se llevan una buena, ahora, pero es preferible a que [mueran] alemanes».⁶⁹

Los ocupantes infligieron castigos colectivos brutales a las comunidades que creían culpables de albergar a francotiradores. El 19 de octubre, el teniente Hans Rensch, un hombre de Leipzig que servía en una compañía de construcción de ferrocarriles, atravesó en coche el pueblo de Orchies, al que se había prendido fuego diez días antes: «Es un montón de ruinas. Vi a una mujer sollozando con su hijo pequeño, de pie ante los restos de su casa. ¡Es una vergüenza y un sufrimiento tan grande! Estuve a punto de derrumbarme cuando vi a unas veinte mujeres y niños excavando entre las ruinas de sus casas. Pero ¿de qué sirve? Si la población se comporta bestialmente con los heridos [alemanes, que se suponía eran atacados por francotiradores], hay que prender fuego a toda la localidad. Es difícil hallar a los culpables y le toca sufrir al 99 %, que son inocentes. Al pueblo francés le ha caído encima un padecimiento sin nombre. ¿Y cómo será [este lugar] en invierno?».

Ahora bien, los escrúpulos de Rensch no se extendían a la propiedad. Cuando un amigo le ofreció enviar algunos detalles para sus hombres, el teniente rechazó la idea, afirmando que ya disponían de muchas cosas buenas porque los franceses estaban obligados a darles todo lo que ellos quisieran. «Nunca nos falta ropa ni comida. Nuestros hombres “descubren” las cosas que Francia no entrega. Nuestra gente tiene olfato para eso. Desentierran las cosas más exquisitas incluso en los pueblos destrozados.»

Cierto día de primeros de diciembre, el regimiento de Louis Barthas, el antiguo tonelero de Aude, se congratuló al tener noticias de su relevo. A las 4 de la madrugada se marcharían a unos alojamientos de reposo, en Mazingharbe. Pero los labios formaron una mueca descreída cuando, a algo menos de siete kilómetros de Mazingharbe, se detuvieron y les repartieron raciones para dos días. Comprendieron que iban a luchar una vez más. Los oficiales les dijeron que atacarían al amanecer. Barthas escribió enojado: «Así pues, este iba a ser nuestro descanso; claro que sí, para algunos, el descanso eterno ... Pero ¿por qué esta comedia ridícula, esta trampa odiosa? ¿Qué temen, acaso un motín? Nos tienen en tan alta estima que nos creen capaces de algún pequeño gesto de protesta cuando nos conducen al matadero. No somos ciudadanos, sino una manada de bestias de carga». ⁷⁰ La amargura se acrecentó cuando supieron que su asalto, además, sería solo una maniobra de distracción para dar cobertura a un asalto británico en La Bassée y otro, francés, en Arras. «*Oh Patrie*, ¡qué crímenes se cometen en tu nombre!», se lamentaba Barthas.

Fue una carnicería: el regimiento quedó inmovilizado por el fuego enemigo mientras avanzaba por un campo de remolachas «y simplemente ofrecíamos un blanco para la práctica de los alemanes». Barthas se vio luchando en vano para contener la hemorragia de un compañero a quien la metralla le había reventado las mejillas, la lengua y toda la mandíbula. Tras una noche de ir trasladando heridos a la retaguardia, sin ayuda de camilleros, la unidad de Barthas renovó el ataque. ⁷¹ Su oficial, el teniente Rodière, estaba como loco de emoción y aparentaba estar bebido. Paseó a lo largo de la trinchera bajo la descarga, blandiendo una bayoneta alemana y prometiendo «ensartar al *boche* con su propio acero». Murió a los pocos minutos, después de asomarse imprudentemente sobre el parapeto.

En varias unidades francesas hubo los primeros conatos no de motín, pero sí de resistencia a aquellas locuras absurdas. Según François Mayer: «Algunos reservistas han perdido el hábito de la disciplina e indican a sus líderes que no piensan avanzar bajo el fuego a sus órdenes; algunos hablan de marcharse a otra compañía bien dirigida». ⁷² Mientras Louis Barthas observaba los horrores que se desarrollaban ante él, pensó despiadadamente en «todas esas pinturas de batallas que adornan las paredes de nuestros museos o ilustran las páginas de nuestros libros de

historia, en las que se muestra a los comandantes sobre caballos empenachados, entre banderas al viento, clarines, tambores y ruido de cañones, y están iluminados por la embriaguez y la furia heroicos. ¿Dónde están hoy nuestros grandes comandantes, o incluso los menores? Escondidos en un refugio subterráneo, con la oreja pegada a un teléfono».⁷³

Robert Scott-Mcfie había dejado el ejército británico con rango de sargento, en 1907, tras siete años de servicio. A los cuarenta y seis, al estallar la guerra, se había enrolado de nuevo con el regimiento de los escoceses de Liverpool; fue a Francia en noviembre. Las primeras experiencias de su compañía en las trincheras fueron tan espeluznantes como las de tantos otros. «Ninguno de nosotros se encuentra especialmente bien, y todo el batallón está debilitado por una epidemia de diarrea que hace varias semanas que dura», le escribió a su padre el 23 de diciembre.⁷⁴ Tras marchar adelante por carreteras maltrechas e inundadas, «un número lamentable de hombres se han quedado atrás, incapaces de seguir el paso ... mi primer infortunio fue caerme a una zanja de trinchera, llena de agua hasta la cintura. Al poco, me caí de cara en un fango profundo y con una mochila pesada a la espalda ... Tuve algunas dificultades para salir». Nada más llegar a la primera línea, el batallón se vio envuelto en un tiroteo que costó numerosas bajas. Además de las pérdidas — escribió Scott-Mcfie, con pesimismo—, a nadie parecía importarle «que nuestra ropa está toda empapada, que no habrá ocasión de secarla durante semanas, que la mitad del equipo se ha perdido, que nuestros fusiles están encallados por el barro, etcétera ... Pronto no quedará mucho de los escoceses de Londres ... Me asombra estar entre los supervivientes, pensando en mi edad».

El soldado alemán Kresten Andresen escribió, después de ver una ciudad de la Picardía saqueada por sus compatriotas: «¡Qué brutal e implacable es la guerra! Pisotea los valores más selectos: el cristianismo, la moralidad, la casa y el hogar. Y sin embargo, en nuestro tiempo se habla mucho de civilización. Uno tiende a perder la fe en la civilización y [otros] valores cuando no se les muestra más respeto que esto».⁷⁵ Rudolf Binding describió la escena de desolación que veía en Flandes y luego reflexionó, desesperado: «Todo se vuelve absurdo, demencial, un chiste espantoso con los pueblos y su historia, un oprobio inacabable para la humanidad, una negación de toda la civilización, la muerte de toda creencia en la capacidad de progresar de la humanidad y el hombre, una profanación de lo sagrado, de modo que uno siente que, en esta guerra, todos los seres humanos están condenados».⁷⁶

Ninguno de los bandos tenía el monopolio de la brutalidad. El 5 de octubre, Lucien Laby estaba al cargo de una escolta que llevaba catorce prisioneros alemanes a la retaguardia, cuando su pequeña columna fue acosada de pronto por soldados senegaleses, decididos a cortarles al enemigo las orejas. Tras una

escaramuza violenta, se rechazó a los coloniales. Uno particularmente alto saludó a Laby y dijo en tono anhelante: «Ah, mi teniente, me podríais haber dejado cortar dos orejas ... ¡Solo dos orejas!». ⁷⁷ Un capellán del ejército francés, aunque aplaudía el terror que la infantería colonial inspiraba en los alemanes, deploraba las dificultades de tratar a los heridos como pacientes de su hospital: «Los negros del norte de África son casi tan civilizados como sus compatriotas bereberes o árabes ... [pero] hay otros del África occidental y el Congo francés ... que son ciertamente primitivos». De hecho, la gran mayoría de marroquíes, tunecinos, argelinos y similares ni siquiera hablaba la lengua de sus señores coloniales. Un sudanés herido se resistía a que lo desvistieran y, cuando lo iban a tratar «rugió como un animal salvaje y mordió ferozmente la mano de la enfermera ... cuando, al día siguiente, lo llevaron a la sala de operaciones para drenar la herida, miró con curiosidad el tubo de éter y se lo puso él mismo en la nariz». ⁷⁸

Entre los hombres de todos los ejércitos rivales creció un sentimiento común de ser víctimas del conflicto; un sentimiento que, progresivamente, en la cabeza de no pocos, fue superando el de compromiso con una causa nacional. El oficial británico Wilbert Spencer describía así un encuentro con prisioneros alemanes: «Una panda de tipos tremendamente estupendos. Yo era tremendamente popular, había multitudes a mi alrededor, para oír mi excelente pronunciación alemana. Estuve charlando mucho rato con todos y prometí ir a Berlín después de la guerra y beberme con ellos una botella de *lager*. Dijeron que ojalá pudiera ir más veces. Ellos, por descontado, estaban muy sucios, después de los combates y caminos; pero, en conjunto, desde luego que eran una tropa de caballeros». ⁷⁹ El socialista y antimilitarista Jean Petit escribió, en un posterior relato sobre su vida como prisionero de guerra de los alemanes: «Franceses, belgas, rusos, ingleses duermen todos mezclados. Es una nueva Torre de Babel. Cada nación tiene tipos buenos y malos; algunos son buenos, honrados y limpios, y otros son agresivos, rapaces y desagradables. Antes habían sido nuestros enemigos y ahora eran nuestros aliados. Ni ellos ni nosotros sabemos por qué. No somos más que juguetes o títeres».

Alois Löwenstein escribió a su casa en diciembre, reflexionando sobre el hecho de que su unidad había ocupado las mismas posiciones durante cuatro semanas, y luego añadió, con una predicción acertada: «Es curioso. Creíamos que habíamos venido para cuatro días. ¿Acaso toda la guerra durará cuatro años, porque contábamos con cuatro meses?». Los millones de hombres de los ejércitos rivales, hundidos en sus feas casas de tierra, iban percibiendo cada vez con más claridad que aquel atolladero no sería pasajero, sino colosal e intratable.

18

Noche de paz, noche de amor

La proximidad de las navidades de 1914 desencadenó una reflexión profunda entre las gentes de Europa, tanto en cada nación como entre los desplazados en el extranjero. Si en alguna ocasión habían albergado dudas sobre la gravedad del rumbo que sus gobiernos les habían marcado, ya no lo hacían. En Viena, Sigmund Freud, que en julio había acogido la contienda con entusiasmo, ahora se refería con aborrecimiento a «estos tiempos desdichados, esta guerra, que empobrece tanto en el espíritu como en los bienes materiales».¹ Richard Meinertzhagen, un oficial que servía con las fuerzas británicas en el África oriental, recibió con desconcierto una tregua y una reunión amistosa con los alemanes en la localidad de Tanga: «¡Parecía tan raro que hoy tuviera que comer con gente a la que ayer intentaba matar! Me parecía de lo más equivocado y me hizo preguntarme si de verdad había guerra o si todos habíamos cometido un error descomunal».² Helene Schweida escribió desde Bremen a su novio que servía en el frente occidental: «Hoy todo el mundo está muy deprimido. Se han apagado un poco hasta las expectativas de los niños, tan felices, en esta época».³ En todos los países, los civiles remitieron grandes cantidades de regalos a sus soldados: solo los envíos de la ciudad de Fráncfort llenaron cincuenta vagones.

Los comentarios de prensa de los últimos días del año se caracterizaron por la sensatez. El editorial del *Daily Mail* afirmaba: «Los aliados han dedicado la segunda mitad de 1914, en el oeste, a afrontar y rechazar la arremetida alemana sobre la capital de Francia. Su tarea, en 1915, es limpiar de enemigos toda Francia y recuperar Bélgica ... Conseguir estas metas, mediante ataques repetidos e incesantes, cuando todas las condiciones militares favorecen la defensa exigirá de nosotros —y de los belgas y franceses— un esfuerzo enorme». Aunque tales afirmaciones representaban un primer acercamiento a la realidad, aún distaban de reconocer lo que algunos militares de primer nivel ya sostenían en privado, Falkenhayn el primero: que imponer un resultado en el campo de batalla podría exigir años, si es que realmente se podía alcanzar.

En el frente nacional de Alemania, para conservar el apoyo del pueblo a la guerra, se consideró esencial hacer alarde de optimismo. El periódico berlinés *Vossische Zeitung* afirmó que los alemanes iban a vencer, sin lugar a dudas, gracias a unos «nervios más firmes ... Unos nervios más firmes, en esta guerra mundial sin precedentes, garantizarán la victoria y otorgarán la ventaja en una situación en que las probabilidades están, por lo demás, igualadas». El zar Nicolás había anticipado

que sería muy difícil detener el conflicto una vez iniciado, dificultad que agravaba la progresiva escalada de los objetivos bélicos de todos los beligerantes. En Alemania se popularizó un nuevo lema: *Siegfrieden* («paz por medio de la victoria»). Tenía que ser una paz dictada por los vencedores, más que negociada, y ese mismo espíritu se respiraba en buena parte de Europa. Todos los líderes nacionales querían poner fin a la matanza —y a los astronómicos gastos—, pero solo cuando se hubieran asegurado los beneficios suficientes para justificar los sacrificios de 1914.

Gran Bretaña y Francia se comprometieron a destruir el «militarismo prusiano», lo que significaba garantizar que la Alemania de posguerra carecería de los medios industriales y militares para iniciar otra guerra. Rechazaron un primer intento de mediación del presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, alegando —no sin razón— que todo desenlace que no consiguiera limitar o paralizar al Kaiserreich solo prometía un resurgir del conflicto cuando a Alemania le conviniese. Hasta aquí, parece del todo razonable; pero los aliados concluyeron, con un fundamento más dudoso, que para poder dictar a Berlín unas condiciones adecuadas se requería una victoria total, seguida de medidas económicas punitivas que se diseñarían específicamente para asegurarse la ventaja comercial en el mundo de la posguerra. El presidente Poincaré era partidario de ocupar una zona de amortiguación entre el Mosela y el Rin. El 21 de diciembre, Théophile Delcassé, el ministro de Exteriores, telegrafió al gobierno ruso haciendo hincapié en el compromiso de Francia: «El ejército francés no limitará su esfuerzo ni siquiera a la frontera de Alsacia-Lorena, sino que seguirá adelante ... hasta el día en que los gobiernos aliados puedan obtener para sus naciones todas las reparaciones legítimas e instituir en Europa una nueva administración que garantice la paz del mundo durante muchos años».⁴

El otro lado de la moneda era, por supuesto, que los alemanes entendían la lucha en términos existenciales. Las palabras *Sein oder Nichtsein* («ser o no ser») estaban constantemente en boca de todos. Preveían, con acierto, que la derrota sería el paso previo a la humillación de su país. Si bien la guerra no había comenzado como una lucha entre la democracia de la Europa occidental y el conservadurismo centroeuropeo, al menos en parte sí había adquirido tal carácter. Al principio, los alemanes no aspiraban a dominar el mundo, pero la guerra hizo que sus líderes, por una parte, reconocieran las nefastas consecuencias de una derrota y, por otra, formularan unos planes cada vez más ambiciosos que se pondrían en práctica en caso de victoria. Bethmann Hollweg siguió centrado en asegurarse el control político de Europa por medios económicos, recurriendo solo a adquisiciones territoriales limitadas. Pero muchos de sus compatriotas más notables —en especial, los industriales y banqueros— rechazaron su idea de una simple unión

aduanera de Europa y demostraron un insistente entusiasmo por las anexiones. Falkenhayn, en particular, aunque no tenía los ojos puestos en el Imperio Ruso, se convirtió en un «maximalista» en las cuestiones occidentales, con ambiciosos planes de conquista permanente.⁵

Con la Declaración de Londres, en septiembre, los aliados se comprometieron no solo a renunciar a tratados de paz independientes, sino también a asegurar el consenso de todos a cualquier condición de paz que una parte pudiera querer imponer. Franceses y británicos no dejaron de sospechar mutuamente que el otro ansiaba ampliar los imperios después de la guerra. En París quedaron consternados cuando llegó a los ministros el rumor de que los británicos negociaban con los japoneses para que estos enviaran fuerzas al frente occidental a cambio de Indochina, joya del imperio colonial francés. Era cierto que los aliados occidentales ansiaban traer un ejército japonés a Europa y que Tokio rechazó la idea en ausencia de incentivos suficientes, pero ni hubo un soborno satisfactorio ni tropas japonesas. En noviembre, los aliados empezaron a pensar en cómo se repartirían los restos del Imperio Otomano cuando sus señores hubieran sido vencidos en el campo de batalla, una cuestión que precipitó unas negociaciones franco-británicas cada vez más tortuosas en 1915-1916. Los franceses exigían Siria. Gran Bretaña tenía su propia lista de la compra, pero Asquith accedió a la principal demanda rusa: el zar se quedaría Constantinopla y los Dardanelos.

Todos los beligerantes se disputaban la autoridad moral. El *Daily Mail*, en los últimos días del año, comparó la barbaridad del bombardeo naval alemán de Scarborough con la supuesta decencia de un ataque aéreo propio, en Navidad, contra objetivos navales de Cuxhaven (aunque no se alcanzó un solo blanco): «Aún hay quien sigue pretendiendo que, como la guerra es inhumana por esencia, no importa si el propio comportamiento es más o menos despiadado o cruel. La comparación entre Cuxhaven y Scarborough es la mejor respuesta a sus alegaciones sin sustancia. Es un contraste que muestra que las desgracias inevitables de una guerra pueden, por una parte, restringirse y limitarse sin menoscabo de la ventaja militar, cuando la libran caballeros y deportistas; o, por la otra parte, pueden extenderse hasta el infinito cuando la guerra la libran los alemanes».

Las atrocidades perpetradas en Bélgica y el norte de Francia hacen que la afirmación sea algo menos absurda de lo que parece por el lenguaje con que se expresó. Aunque los aliados occidentales transigieron en el terreno moral y, como todos los beligerantes en todas las guerras, localmente desarrollaron comportamientos reprochables, su conducta en general fue netamente mejor que la de las potencias centrales. En el este, la persecución de los judíos rusos en 1914 —y, especialmente, durante la prolongada retirada de 1915— supuso un grave borrón en su currículum. Pero a británicos, franceses o italianos nunca se les pudo achacar

masacres de civiles que igualasen las cometidas repetidamente por alemanes, austríacos o turcos. Más adelante, los alemanes también fueron culpables de reclutar en las regiones ocupadas a gran número de belgas y franceses como mano de obra esclava, en condiciones atroces. Las potencias centrales afirmaban que el bloqueo económico aliado infligió tales privaciones a sus pueblos que también podía considerarse un crimen de guerra. Es cierto que la legalidad del bloqueo era dudosa, sobre todo cuando se impuso más rigurosamente, desde 1917. Sin embargo, un bloqueo parece pertenecer a un orden de conducta moral distinto al del asesinato deliberado de civiles.



La realidad que se impuso a finales de año fue que ninguno de los dos bandos logró una penetración estratégica crucial en el este ni el oeste, y que ambos

resolvieron renovar las ofensivas tan pronto como lo permitieran las condiciones climatológicas y la munición. A pesar de que todos los líderes militares estaban escarmentados por las experiencias de 1914, ninguno quiso admitir un fracaso absoluto, aunque más adelante nos ocuparemos del punto de vista personal de Falkenhayn. Un número reducido de ciudadanos corrientes —casi todos, socialistas de distintas tendencias y nacionalidades— creyó que ningún propósito, honroso o no, podía justificar el coste. Los conciliadores sostenían que abandonar la lucha, fueran cuales fuesen las consecuencias políticas, era preferible a seguir insistiendo en la destrucción de los hombres, la riqueza y la cultura de Europa. Esta opinión inspira un apoyo popular generalizado en el siglo XXI, pero pasa por alto enormes obstáculos de índole práctica y moral.

Maquiavelo decía que «la guerra se empieza cuando uno quiere, pero no termina cuando te conviene». ¿Acaso algún gobierno aliado responsable podría haber acordado con Alemania y Austria una paz como la que quería y seguía buscando el káiser junto con sus generales y ministros? Las naciones que han satisfecho el colosal precio moral, político y financiero de entrar en un conflicto raras veces están interesadas en abandonarlo mientras consideren que pueden ganar. En 1917, Bethmann Hollweg, como converso tardío, defendió un acuerdo de paz, pero se vio obligado a dimitir cuando se impuso el punto de vista alternativo de Ludendorff: Alemania debía continuar luchando por la victoria. Es importante tener claro que, además de los objetivos de conquista territorial a expensas de los aliados, los líderes alemanes eran muy sensibles a su enemigo interior. Un factor clave en la decisión original de Berlín de entrar en la lucha había sido el deseo de aplastar lo que se percibía como la amenaza socialista en el país logrando un triunfo evidente contra los enemigos extranjeros de Alemania. Por ello, era inaceptable cualquier salida que amenazase con dar influencia política a los socialistas; esto es, todo lo que no fuese una victoria clara.

En Francia y Gran Bretaña, aunque mucha gente ansiaba la paz con creciente fervor, pocos habrían apoyado un acuerdo que recompensara a las potencias centrales. Y ¿por qué se debería esperar otra cosa de ellos? Los argumentos para resistirse al dominio alemán del continente no eran más débiles en diciembre que en agosto, aunque el coste hubiera aumentado vertiginosamente. Cientos de miles de familias ya habían perdido a seres queridos. Es indiscutible que la primera guerra mundial fue una catástrofe para Europa. Sin embargo, sigue siendo difícil ver por qué medios sus estadistas podían haberse apartado de la lucha una vez iniciada, adelantándose a la decisión en el campo de batalla.

Parece erróneo suponer que, si Gran Bretaña, unilateralmente, se hubiera quedado al margen o se hubiera retirado —posibilitando con ello, casi con toda certeza, la victoria de las potencias centrales—, esto habría tenido consecuencias

positivas aun para el interés propio y exclusivo de los súbditos del rey Jorge V. Se ha permitido que el punto de vista «de los poetas» —según el cual los supuestos méritos de la causa aliada perdieron el sentido entre el horror de la batalla y la brutal incompetencia de muchos comandantes— distorsione drásticamente la percepción moderna. Muchos veteranos británicos condenaron, durante toda su vida, el supuesto de que Wilfred Owen o Siegfried Sassoon hablaban en nombre de toda su generación. Uno de estos críticos fue Henry Mellersh, quien declaró rechazar incondicionalmente la idea «de que la guerra era una tragedia ingente, inútil y vana, que solo merecía ser recordada como un lamentable error». Al contrario, escribió este soldado en 1978, «yo y mis compañeros entramos en la guerra esperando una aventura heroica y con una firme confianza en la rectitud de nuestra causa; acabamos terriblemente desilusionados en cuanto a la naturaleza de la aventura, pero convencidos aún de que nuestra causa era correcta y que no habíamos luchado en vano».⁶

Apruebe o no un lector moderno la opinión de Mellersh, entre sus contemporáneos estuvo mucho más difundida que la visión de la «futilidad» de Owen, Sassoon y similares, que jamás esbozaron ningún proyecto diplomático creíble que pudiera poner fin a la pesadilla que con tanta viveza retrataban. Casi cualquier combatiente en su sano juicio se angustiaba con las desgracias del campo de batalla y expresaba el rechazo manifestado por tantos soldados a lo largo de estas páginas. Pero sus sentimientos no deberían malinterpretarse como indicadores de que quienes los ponían por escrito preferían consentir el triunfo de sus enemigos.

¿Cuál era la mejor forma de evitarlo? Cuando el invierno se recrudeció, todos los altos mandos de la guerra meditaron sobre el futuro. En el seno del gobierno británico se entabló un debate feroz sobre la conveniencia de fortalecer el bloqueo, absurdamente laxo, sobre Alemania. Lord Fisher y el Almirantazgo ansiaban minar el mar del Norte para frenar el gran caudal de mercancías tales como carbón y alimentos, y el algodón de Estados Unidos, que era un ingrediente clave en la fabricación de explosivos. Pero Grey y el Foreign Office se negaron una y otra vez a discutir con Estados Unidos, que afirmaba que, para su economía, era esencial mantener las exportaciones de algodón, por ejemplo. El ministro de Exteriores y los de otros varios departamentos también rechazaron endurecer el trato con Holanda, que era una vía de entrada a Alemania de grandes cantidades de suministros. A su entender, los pondría en un aprieto actuar con dureza contra un país neutral después de haber entrado en guerra para respaldar la inviolabilidad del país vecino.

Algunas voces influyentes se mostraron partidarias de levantar el bloqueo, alegando la ineficacia de la medida y los perjuicios diplomáticos que provocaba.

Los ministros quedaron consternados al descubrir que en Europa había funcionarios consulares de Estados Unidos que ayudaban activamente a pasar carga a Alemania, en connivencia con los exportadores; la Italia neutral, por su parte, abastecía a las potencias centrales con cereales y caucho. Grey, que con la guerra se había vuelto netamente melancólico y cada vez más errático, propuso una sugerencia personal extravagante: permitir que Alemania comprase productos de lujo para que gastase las divisas extranjeras en su adquisición. En Whitehall también se temía que un bloqueo inflexible pudiera precipitar el derrumbe del sistema financiero en su conjunto, lo que supondría consecuencias especialmente desastrosas para Gran Bretaña. De resultas de todos estos argumentos y vacilaciones, en octubre los británicos casi abandonaron el bloqueo. Era un acontecimiento extraordinario, porque, desde 1914, el almirantazgo había dedicado muchas energías a planear la guerra económica como principal arma de Gran Bretaña contra Alemania. En diciembre, había barcos británicos descargando comida en Rotterdam, buena parte de la cual acabó llenando los estómagos de los enemigos del Reino Unido. Solo en 1917, cuando Estados Unidos entró en la guerra, el bloqueo aliado pasó a convertirse, con retraso, en un instrumento básico para doblegar a los alemanes.

En lo que respecta al debate del gobierno británico sobre qué estrategia seguir, John Horne y Alan Kramer han escrito que, en 1916, «la guerra, como proceso militar, amenazaba con eclipsar la importancia moral y política de su estallido».⁷ Esto ya era así en la Navidad de 1914. Cualquier ideal romántico que los soldados hubieran manifestado en agosto había muerto, desplazado por nuevas realidades enormes y apabullantes. Winston Churchill pronunció un elogio de las viejas formas, escrito con su ingenio característico y solo una ligera parodia de sí mismo: «Es una vergüenza que la guerra, en su transcurso ansioso, innoble y oportunista, haya dejado de lado [las cargas de la caballería] y se haya volcado en los químicos con gafas y chóferes que manejan palancas de aeroplanos y ametralladoras ... [Los políticos] han permitido que la guerra escapase del control de los expertos y personas con la preparación adecuada, las que saben sobre ella, y la han reducido a una mera y repugnante cuestión de hombres, dinero y maquinaria (*Men, Money and Manichery*)».⁸ Estas últimas palabras reflejaban una nostalgia sincera que compartían muchos militares de primer nivel, aunque sus compatriotas civiles podrían haber replicado que la dirección de las operaciones de 1914 por parte de los profesionales difícilmente refrendaba su derecho a controlar el conflicto.

La Fuerza Expedicionaria Británica desplegaba ahora a 270.000 soldados,

organizados en un cuerpo de caballería, a las órdenes de Allenby, y en dos ejércitos, uno comandado por Haig y el otro por Smith-Dorrien. Desde agosto había perdido, entre soldados y oficiales, a 16.200 muertos, 47.707 heridos y 16.476 desaparecidos o prisioneros. Habían perecido cuarenta y siete herederos de títulos nobiliarios, muchos de los cuales pertenecían a un grupo de 150 antiguos alumnos de Eton (que supusieron el 15 % de las pérdidas finales de esta escuela en toda la guerra). Estas cifras de bajas parecían lo suficientemente terribles para el pueblo británico, pero seguían siendo pequeñas en comparación con las de otros beligerantes, lo cual refleja la relativamente modesta contribución del país a la guerra de 1914. Por supuesto, más tarde las cosas cambiaron radicalmente en la época del armisticio, y como consecuencia de la recluta obligatoria, casi seis millones de hombres —una cuarta parte de la población masculina adulta de Gran Bretaña— habían pasado por las filas del ejército, y cerca de uno de cada ocho había muerto.

El 20 de diciembre, sir John French hizo una breve visita a Walmer, en la costa de Kent, para encontrarse con Asquith y Kitchener. El primer ministro y sus colegas de gabinete consideraban irritante tener que confiar, en tan gran medida, el rumbo del gobierno y la suerte de la nación a seres tan extraños como los generales, pero ¿quién más había allí con conocimientos militares? Asquith también estaba cada vez más exasperado por las indiscreciones públicas de los altos oficiales, tanto de los optimistas como de los fatalistas. Escribió: «Las autoridades deberían ... cerrar con candado la boca de todos los combatientes, ya sean generales o almirantes».⁹

Kitchener estaba alejado sin remedio de sus colegas, pocos de los cuales consideraban agradable su compañía: el joven Cyril Asquith, tras contemplar el rubicundo y venoso rostro del mariscal de campo, comentó con desprecio que «sus mejillas parecían un mapa de la red ferroviaria polaca».¹⁰ Sin embargo, el vencedor de Omdurmán no era un necio, aunque sí fuera una persona limitada: en una ocasión, propuso enviar el cráneo del «Mahdi», líder derviche fallecido hacía tiempo, desde Jartum a Londres, para su exposición pública. Y también demostró ser mucho más sensible que el comandante en jefe de la FEB. La hermana de Cyril Asquith, Violet, que también estaba en Walmer, le dijo a su amigo Rupert Brooke que sir John era «sorprendentemente optimista con todo, mucho más que padre o K[itche]ner». [El comandante en jefe] detectaba grandes señales de “tensión” en los alemanes; dice que, en las tres últimas semanas, ¡casi todos los prisioneros eran profesores! ... Pensaba que era bastante probable que se produjera un derrumbamiento repentino y que todo podría haber terminado en abril o mayo, sin que nadie llegase a ningún sitio sensacional ¡como Berlín!».¹¹

He aquí otra prueba del escaso juicio de French, convencido de que las ofensivas de primavera planeadas por los aliados occidentales podían producir un resultado decisivo. Era asombroso que el comandante de la FEB no hubiese sido

destituido por su deplorable dirección, desde agosto y, sobre todo, en los días previos a la batalla del Marne y durante su desarrollo. En noviembre, se refirió a los comandantes franceses con palabras imperdonables para un comandante en jefe de los aliados en el campo de batalla: «*Au fond*, son un grupo inferior y uno debe recordar siempre de qué clase provienen, en su mayoría, estos generales franceses». Pero conservó el trabajo porque el gobierno no tenía claro cómo librar la guerra. Muchos de sus miembros —Churchill incluido— seguían albergando la falsa ilusión de que sir John era un comandante competente, defraudado por aliados pusilánimes. Hasta Kitchener se había sentido obligado a elogiar a French ante la Cámara de los Lores, en septiembre, por mostrar capacidad de liderazgo, un «sereno coraje» y una «consumada destreza»; nada que ver con la verdad.¹² La atroz negligencia de sir John —porque su ejercicio del mando, en 1914, merece este nombre— no alteró el curso de la historia porque los resultados los determinaron fuerzas mucho mayores que la FEB. Pero su continuidad como comandante en jefe durante 1915 sí fue una desgracia para quienes se hallaron bajo su mando. Haig, su sucesor, por incomprensivo que parezca a las generaciones posteriores —y, desde luego, sin merecer un lugar entre los grandes comandantes de la historia— fue un director de ejércitos más capaz.

El propio Asquith tendía al optimismo, inspirado más en los sucesos del frente oriental que en los del oeste. Después del fin de semana de Walmer le confesó a Venetia Stanley: «Parece haber razones sólidas para pensar que Austria querrá firmar la paz por su cuenta». A veces, su pensamiento daba extraños rodeos. Le dijo a Stanley que, una noche de invierno, soñó que había sido suplantado en Downing Street por Herbert Samuel, a propósito del cual citaba al príncipe Hal: «¡Un judío, un judío hebreo!».¹³ Pese a carecer de la energía y el instinto precisos para la guerra, Asquith permaneció en el cargo hasta diciembre de 1916. Un apologista podría alegar que los gobiernos francés, ruso, alemán, austríaco e italiano no demostraron mayor sabiduría que la administración liberal británica durante los primeros años de conflicto.

En cuanto al resto del gabinete, Churchill demostró un entusiasmo constante por la contienda, pero ahora temía que el frente occidental se estancara en tablas, con lo cual millones de combatientes se quedarían «mascando alambrada». El primer ministro escribió el 5 de diciembre: «El volátil pensamiento [de Winston] está concentrado hoy en Turquía y Bulgaria, y quiere organizar una aventura heroica contra Galípoli y los Dardanelos, a la q[ue] yo me opongo totalmente».¹⁴ El propio Churchill estaba cada día más aburrido y frustrado con su papel en el Almirantazgo y ansiaba un mando militar. Después de la guerra sostuvo que fue un gran error no haber celebrado ninguna conferencia estratégica franco-británica en el invierno de 1914, y probablemente tenía razón. La cooperación interaliada se

organizó de un modo poco sistemático, más preocupada, al principio, por cómo financiar la guerra que por cómo librarla. Los aliados de Gran Bretaña pensaron que, siendo relativamente escasa la aportación humana de esta, al menos podía pagar la mayor parte de las facturas; y así lo hizo, sobre todo mediante préstamos a Francia. Solo en las desesperadas circunstancias de la ofensiva alemana de marzo de 1918 los británicos hicieron lo que tendrían que haber hecho cuarenta y cuatro meses antes: poner a sus ejércitos bajo el mando de un comandante supremo francés, Foch.

El más brillante de los oradores británicos y el más popular de los políticos liberales estaba de acuerdo con Churchill en que el frente occidental había quedado en tablas. Lloyd George, en privado, sentía con respecto a los generales aliados un escepticismo que acabó derivando en desprecio. Le escribió a Asquith: «Estoy preocupado por cómo pueda evolucionar la guerra, a menos que el gobierno adopte algunas medidas decisivas para controlar la situación. En ninguna parte veo señales de que nuestros líderes y guías militares estén sopesando planes para sacarnos de nuestra insatisfactoria posición actual. De no haber sido testigo de su deplorable falta de previsión, no habría creído posible que hombres con tanta responsabilidad pudieran ser tan poco pródigos».¹⁵

El canciller estaba a favor de abrir un frente balcánico: aportar hombres y recursos para apoyar las operaciones de serbios, griegos y rumanos e intentar atacar a los turcos a través de Siria. Su idea de que un liderazgo militar más imaginativo podría haber dado con la forma de evitar muchas bajas y conseguir una pronta victoria sobre las potencias centrales era, casi sin duda, errónea; pero él la defendió apasionadamente durante el resto de su vida. Churchill compartía su opinión, en menor medida, cuando escribió, una vez terminada la guerra: «Las batallas se ganan por medio de masacres y maniobras. Cuanto mejor es el general, más aporta en maniobras y menos masacre exige».¹⁶ Él mismo conservó, hasta empezada la segunda guerra mundial, la falsa ilusión de que si se ponían en práctica suficientes medios militares ingeniosos, se podría obtener la victoria a un coste más moderado. Pero en cuanto a los conflictos del siglo xx, entre poderosos estados industriales, Churchill estaba en un error.

En *El general*, la novela de 1936 en la que C. S. Forester retrata de forma brillante y desdeñosa a un oficial británico en tiempos de guerra, el autor comparaba a los comandantes de la primera guerra mundial con salvajes que luchaban por extraer un tornillo de una pieza de madera mediante la fuerza bruta y con ayuda de fulcros y palancas. Era una pena, escribió Forester, que no se hubieran dado cuenta de que, con solo hacer girar el tornillo, lo habrían retirado con una mínima parte del esfuerzo. Esta imagen del generalato en tiempo de guerra, que era fundamentalmente la misma que la de Churchill y Lloyd George, ha conseguido el

favor generalizado desde entonces. Pero ¿qué pasa si, como creen hoy día muchos estudiosos del conflicto, era imposible «hacer girar el tornillo», identificar algún medio creíble para romper aquellas tablas?

El intento de derrotar a Turquía asaltando los Dardanelos era, probablemente, una quimera con pocas perspectivas de conseguir sus objetivos, aun si la campaña de Galípoli hubiera estado mejor dirigida. Sin duda, Gran Bretaña tenía que combatir contra los turcos para proteger intereses imperiales vitales —en el canal de Suez, por ejemplo—, pero es muy discutible que la operación aliada de 1915 pudiera haber provocado la rendición turca, aun apoderándose de la entrada al mar Negro. Rusia habría obtenido importantes beneficios de la libertad para exportar, sobre todo cereales. Pero sigue siendo poco creíble que el régimen zarista se hubiera salvado y en el frente oriental se hubiera ganado la guerra mediante el envío de armas por el estrecho. La incompetencia institucional del ejército ruso representaba una notable desventaja. Además, en 1915-1916, los aliados occidentales no llegaban a reabastecer de munición a sus propios ejércitos, así que menos aún podrían haber equipado a las fuerzas rusas en la medida necesaria para alterar la historia (aunque, en Londres, algunas voces destacadas estuvieran a favor de permitir que los soldados rusos combatieran con armas de fabricación inglesa, como alternativa cínica a la ampliación del ejército británico en el frente occidental, con su consiguiente «factura del carnicero»). Las operaciones franco-británicas contra Turquía, y el consiguiente pillaje de un Imperio Otomano derrotado, ejercieron una gran influencia en los destinos de Oriente Próximo, pero muy poca en el resultado del conflicto.

El frente occidental era el reñidero de la guerra y, en batallas tales como las de 1914-1918, era casi inevitable que hubiera que matar a muchos antes de poder alcanzar un resultado decisivo. Lo mismo sucedió entre 1939 y 1945: el sustancial descenso en el número de bajas de los aliados occidentales no respondió a un liderazgo mejor que en la contienda anterior, sino al hecho de que, la segunda vez, los rusos cargaron con una parte ingente del sacrificio necesario. La única ocasión en que un gran ejército anglo-estadounidense se encontró cara a cara con la Wehrmacht en un frente limitado —en Normandía, en 1944— algunas tasas de bajas entre la infantería fueron comparables a las de 1916; fue así brevemente, hasta que la línea alemana se quebró y los ejércitos de Eisenhower pudieron explotar su enorme capacidad móvil, que no existía en la primera guerra mundial.

Entre los comandantes de 1914, Joffre, sobre todo, merece una extrema censura por los asaltos del Plan XVII. Pero de no haber tenido el comandante en jefe una elefantina terquedad —o fuerza de voluntad, si se prefiere—, no se habría llevado a cabo la posterior, y victoriosa, contraofensiva del Marne. En el verano de 1914, después de lograr un triunfo sumamente importante en las afueras de París, en

la batalla de voluntades con Moltke, la posición de Joffre como director del esfuerzo bélico en Francia era incontestable. Ypres, en octubre, demostró que Falkenhayn no tenía una fórmula de ataque más exitosa que sus homólogos del bando aliado. El ejército de Alemania era superior, institucionalmente, al de sus enemigos, pero ningún general del káiser exhibió verdadero talento: incluso Ludendorff, un maestro de la táctica, demostró ser un pésimo estratega.

Los comandantes aliados, a partir de septiembre de 1914, trabajaron con la desventaja fundamental de que, para recuperar la Bélgica ocupada y la Francia oriental, se veían obligados a atacar, mientras que los alemanes podían ejercer a voluntad su privilegio de actuar a la defensiva y ceder terreno cuando lo considerasen ventajoso. Conseguir la cuota de victorias británicas en el campo de batalla pasó a ser responsabilidad, entre 1916 y 1918, de sir Douglas Haig, que sustituyó a sir John French como comandante en jefe. El pensamiento de Haig estaba muy influido por su experiencia en Ypres, en octubre de 1914. Teniendo presente lo cerca que estuvieron los alemanes de cruzar las líneas, llegó a la conclusión de que si un atacante exhibía determinación y perseverancia —el triunfo de la voluntad— lograría resultados decisivos. Pero hoy no parece plausible que, antes de 1918, ninguna de las sucesivas ofensivas rivales en el frente occidental pudiera haber valido para ganar la guerra. La victoria solo devino posible con el agotamiento de Alemania, la entrada de Estados Unidos en la guerra y una considerable mejora en los métodos operativos del ejército británico (de la que Haig puede reclamar buena parte del mérito).

Nunca hubo un atajo creíble. Según señaló sabiamente George Orwell una generación después, la única forma de terminar rápidamente una guerra es perderla. La reputación de los generales del frente occidental sería hoy mejor si hubieran economizado más las vidas y no hubieran demostrado una conspicua insensibilidad con respecto a las pérdidas; pero es difícil imaginar cómo podrían haber deshecho la situación de tablas. Hasta 1918, los aliados occidentales solo tenían dos opciones, fundamentalmente: o bien consentir la hegemonía germánica sobre el continente, o bien continuar soportando el horrible coste de la resistencia. Era engañoso, y sigue siéndolo, suponer que existía una tercera vía.

Francia pagaría caro ser el principal escenario de la guerra. Al final, la nación movilizó el mayor número de soldados de todos los países implicados —ocho millones— y sufrió las pérdidas más gravosas, en proporción, de todas las grandes potencias: 1,3 millones de muertos de la Francia metropolitana, el 16,5 % de los reclutados. Alemania perdió el 15,4 %; Gran Bretaña, el 12,5 %; Austria-Hungría,

el 12,2 %; Rusia, el 11,5 %, e Italia, el 10,3 %. Las muertes francesas equivalieron al 3,4 % de toda la población, una proporción superada solo por Serbia y Turquía; y el peaje de estos últimos se incrementó por la espantosa masacre de más de un millón de armenios a manos de sus propios compatriotas turcos. Otros tres millones de soldados franceses resultaron heridos: el 40 % del total de reclutados acabaron siendo víctimas, de un tipo o de otro, incluidos uno de cada cinco oficiales. Pero en diciembre de 1914, aunque los franceses reconocían su propia desgracia tanto como los hombres de cualquier otra nación, aún conservaron grandes reservas de voluntad y compromiso, que solo dieron señas de agotamiento con los motines de 1917.

En el imperio de los Habsburgo, muchos de los súbditos de Francisco José admitieron que la guerra era un desastre; los rusos confiaban en que Hungría firmaría una paz independiente. En diciembre, los austríacos —que habían sufrido un millón de bajas, incluyendo los 189.000 muertos en combate contra los rusos— tan solo congregaron a 303.000 combatientes en el frente de Galizia. Conrad insistió ante Berlín en que aún podía alcanzar una gran victoria si Alemania aportaba más tropas, pero también lanzó una sombría advertencia: en primavera, si estos refuerzos no llegaban, el esfuerzo bélico de su país podría desmoronarse. Los rusos, a su vez, creían que otro gran empujón en Galizia podría acabar de derrotar a Austria, aunque en la Stavka también había partidarios de otra nueva ofensiva hacia el interior de la Prusia oriental. Aunque los rusos estaban consternados por sus pérdidas y el conflicto se vivía con desánimo por todo el imperio del zar, ningún grupo articulado —salvo el de los revolucionarios— exigía aún una paz a cualquier precio.

Aquel invierno tuvo lugar en Alemania el desacuerdo más grave, con mucho, en la cumbre de cualquiera de los gobiernos nacionales. El káiser se quejó de que lo excluían del proceso de decisión estratégica. «El Estado Mayor general no me dice nada ni tampoco me pregunta nada», afirmó enfurruñado el 6 de noviembre. «Si en Alemania tienen la impresión de que estoy al mando del ejército, están en un grave error.» Pero Guillermo conservaba un poder importante: el de nombrar y destituir al jefe del Estado Mayor que dictaba órdenes en su nombre, como comandante en jefe. Esto influyó de forma crítica en el conflicto abierto entre los generales del káiser, que persistió durante el resto de la guerra.

El cuerpo de oficiales de Alemania pasaría el cuarto de siglo siguiente buscando chivos expiatorios para la histórica incapacidad del ejército de hacerse con la victoria en 1914. Moltke, desde luego, era el candidato principal, pero el prestigio de Falkenhayn quedó gravemente perjudicado por las pérdidas sufridas durante la fallida ofensiva de octubre en el frente belga. Durante los últimos cuatro meses del año, Alemania acumuló 800.000 bajas, de las que 18.000 correspondían a

oficiales; de todos estos hombres, 116.000 perdieron la vida. El jefe del Estado Mayor escribió sobre el káiser: «Su majestad está muy deprimido. Es de la opinión de que el ataque sobre Ypres se ha ido al traste y, con él, la campaña ... Es una derrota moral de primera categoría». Además, a Falkenhayn empezó a flaquearle seriamente la convicción de que las potencias centrales podrían imponerse a la Entente.

Su solución drástica pasaba por buscar una paz independiente con los rusos, que impusiera reparaciones económicas pero no cesiones territoriales. Creía que si las fuerzas alemanas del este podían desplazarse al frente occidental, los franceses no tardarían en caer. Veía en Gran Bretaña al «archienemigo» de Alemania, opinión que compartían en el *Vossische Zeitung*: «Inglaterra es la fuerza impulsora de la guerra mundial. Hoy, eso está claramente demostrado y se reconoce en todas partes. Millones de inocentes [sufren por causa del] mercantilismo (*Krämergeist*), el enriquecimiento de los comerciantes londinenses y su despreciable ansia de dinero. Para Inglaterra, la guerra no es más que un negocio, una competición comercial pensada para destruir al rival, en este caso Alemania, por medios bélicos».

El 18 de noviembre, Falkenhayn presentó a Bethmann Hollweg su propuesta de clausurar el frente oriental. El canciller quedó horrorizado. Al contrario que el jefe del Estado Mayor, él siempre había considerado que la amenaza irreconciliable para los intereses de Alemania era Rusia. Tras rechazar cualquier final del conflicto que no destruyera el potencial ruso, pidió a Falkenhayn que recordara el pacto de los aliados en septiembre, en virtud del cual todos renunciaban a una paz independiente. También se sentía alarmado por las advertencias de Conrad, según el cual, sin más ayuda de Alemania, Austria-Hungría podría venirse abajo. A principios de diciembre, Bethmann visitó el cuartel general de Hindenburg, donde discutió todos estos asuntos con Ludendorff. El sombrío, impulsivo y nervioso general estaba obsesionado con la creencia de que, con más efectivos, podría derrotar a Rusia, lo que a su vez permitiría vencer en el oeste. Despreciaba a Falkenhayn y ni tan siquiera le consultó o informó sobre el envío de varias divisiones alemanas a Conrad, en enero de 1915. Desde entonces, Ludendorff procuró la destitución del jefe del Estado Mayor.

Bethmann regresó a Berlín con una confianza casi ciega en los «orientales». El comandante Hans von Haeften, oficial de enlace de Ludendorff en la cancillería, presionó enérgicamente para que despidieran a Falkenhayn y lo sustituyeran por el vencedor de Tannenberg. Bethmann estaba de acuerdo, pero el káiser vetó la propuesta y sostuvo enfáticamente que jamás nombraría un «carácter dudoso» como Ludendorff, «devorado por la ambición personal». Para sortear a Guillermo, el príncipe Bülow (antiguo canciller) y el gran almirante Tirpitz analizaron la posibilidad de declararlo desequilibrado y situar a su hijo en el trono, con

Hindenburg como *Reichsverweser* o regente imperial. Hindenburg y Ludendorff, durante un tiempo, incluso fueron partidarios de recuperar a Moltke como jefe del Estado Mayor, y marioneta de sus propios intereses.

Aunque aquellas conversaciones terminaron en nada, son un reflejo del ánimo desesperado que imperaba en los pasillos del poder berlineses, cinco meses después de que el gobierno alemán hubiera abrazado con tanto entusiasmo la guerra europea. Si en el frente estaban en un punto muerto, en adelante también hubo tablas entre los líderes alemanes. Bethmann se volvió muy crítico con Falkenhayn —«un jugador ... una persona execrable»— y apoyó con entusiasmo la petición de más tropas para el frente oriental, con la noción de que en Polonia se podría ganar la guerra. Más aún, el canciller fue responsable, en persona, de aplastar la propuesta de que las potencias centrales aceptasen que la victoria era inalcanzable y buscasen la paz, al menos en el este. Era irónico que, mientras los aliados imaginaban una Alemania sometida al militarismo prusiano, fuera Bethmann el político que rechazó cualquier acuerdo negociado en el invierno de 1914.

Mientras tanto, la autoridad personal de Falkenhayn, sin el apoyo de ninguna gran victoria como las cosechadas por Hindenburg y Ludendorff, quedó tan debilitada que acabó en el peor caso posible. Aun comprendiendo que cargaba con la responsabilidad de alcanzar un imposible, sin embargo se mantuvo en su puesto durante 1915-1916. El jefe del Estado Mayor se vio obligado a acceder a las demandas de Ludendorff, de envío de refuerzos a expensas del frente occidental, mientras disfrutaba de la estéril satisfacción de ver su propio parecer confirmado: estas fuerzas no consiguieron nada decisivo. Los alemanes volvieron a derrotar a los rusos, una vez tras otra, apoderándose de grandes extensiones de territorio y, finalmente, obteniendo la victoria, reconocida en el tratado de Brest-Litovsk, de febrero de 1918, firmado por los bolcheviques.

En la guerra, Rusia sufrió un total de seis millones y medio de bajas; probablemente, el total más elevado de cualquier país beligerante, aunque las estadísticas son poco fiables. Pero Ludendorff demostró equivocarse al creer que la derrota de los ejércitos del zar podía determinar el final del conflicto en general. Falkenhayn estaba en lo cierto: las victorias del este eran de una importancia ilusoria, en la enormidad de Rusia. Él mismo fue despedido a finales de 1916, tras su fracaso en la toma de Verdún. Hindenburg pasó a ocupar el cargo de jefe del Estado Mayor, mientras Ludendorff ostentaba el auténtico poder con el título de *Erster Generalquartiermeister*. Pero los beneficiarios del desastre que hundió a los Romanov resultaron ser los revolucionarios bolcheviques, más que el imperio de los Hohenzollern.

Cuando se acercaba la Navidad, el papa Benedicto XV hizo un llamamiento público para que, en aquellas fechas santas del cristianismo, se suspendieran las hostilidades. Gobiernos y comandantes rechazaron de inmediato la idea, pero sus soldados se mostraron mejor dispuestos. Las treguas espontáneas de 1914 —porque hubo muchas, en todos los frentes, menos en el serbio— atraen con fuerza la imaginación de la posteridad, como símbolo de la inutilidad de un conflicto en el que no había una verdadera animosidad o propósito. Se trata de una conclusión bastante injustificada, porque tales treguas no eran nada inusual. En muchas guerras, a lo largo de los siglos, se han dado intermedios de fraternidad que no sirvieron para disuadir a los soldados de matarse unos a otros cuando acababan. Los accesos de sentimentalismo y autocompasión de diciembre de 1914, casi todos iniciados por alemanes, solo eran reflejo del hecho de que, en Navidad, casi todos los miembros de la cultura cristiana deseaban estar en casa con los suyos, mientras que entonces, millones de ellos se hallaban apiñados y temblorosos entre la nieve y la inmundicia de campos de batalla letales y distantes del hogar. La emotividad que generaban estas circunstancias hizo que algunos hombres tuvieran pequeños gestos de humanidad antes de reanudar los hábitos bárbaros que pedían sus líderes nacionales.

El 24 de diciembre, un soldado bávaro llamado Carl Mühlegg caminó unos quince kilómetros hasta Comines, donde compró un pequeño pino antes de regresar a su unidad, en la línea de combate. Luego tocó un villancico, invitó al comandante de su compañía a encender las velas del árbol y deseó la paz a sus camaradas, al pueblo alemán y al mundo entero. Pasada la medianoche, en el sector de Mühlegg, los soldados franceses y alemanes se encontraron en tierra de nadie. Los belgas, asimismo, salieron de sus posiciones cerca de Dixmude y, a través del canal de Ypres, hablaron con los alemanes, a quienes convencieron de enviar postales a sus familias en el territorio ocupado.¹⁷ Algunos oficiales alemanes hicieron acto de presencia y pidieron ver a un capellán castrense belga. Entonces los invasores le ofrecieron un cáliz que sus hombres habían encontrado durante la batalla por Dixmude, guardado en una bolsa de arpillera atada a una cuerda que lanzaron al otro lado del canal de agua. Los belgas tiraron de ella hacia su orilla con las oportunas expresiones de gratitud.

El día de Navidad, en Galizia, las tropas austríacas recibieron orden de no disparar a menos que se las provocara, y los rusos mostraron la misma contención. Algunos sitiadores de Przemyśl depositaron tres árboles de Navidad en tierra de nadie, con una nota cortés dirigida al enemigo: «Les deseamos, héroes de Przemyśl, una feliz Navidad y esperamos llegar a un acuerdo pacífico lo antes posible».¹⁸ Hubo encuentros de soldados en terreno intermedio, en los que se intercambiaron tabaco y aguardiente austríacos a cambio de pan y carne rusos. Cuando los hombres del zar celebraron sus propias festividades, unos pocos días más tarde, las tropas

habsburguesas les correspondieron.

A lo largo de varios sectores del frente occidental se organizó una competición de canto entre trincheras rivales. En la 2.^a división de la guardia alemana, por ejemplo, cantaron *Stille Nacht* y *O du Fröhliche*, y alzaron un árbol de Navidad en el parapeto. Cuando los franceses acabaron su contribución coral, los alemanes respondieron con *Vom Himmel hoch*. Después, el concurso se volvió más nacionalista: los franceses entonaron *La Marsellesa*, y los alemanes, *Wacht am Rhein* y *Deutschland über alles*, antes de vocear tres hurras por el káiser.

Alexander Johnston escribió lacónicamente: «Mi primera, y espero que mi última Navidad en el servicio activo». Cerca de Ypres, Wilbert Spencer vio «nueve o diez luces en las líneas alemanas. Dije que eran árboles de Navidad y resultó que tenía razón ... El día de Navidad oímos decir en nuestra lengua “feliz Navidad”, a lo cual nosotros escribimos en un tablón *Glückliches Weihnachten* y lo levantamos. No había fuego, así que, paulatinamente, fueron apareciendo cada vez más hombres de cada bando y entonces dos de ellos fueron hasta mitad de camino y pidieron ver a un oficial. Fui y hallé que proponían un armisticio de cuatro horas, y acercar a nuestros muertos hasta mitad de camino, para que pudiéramos enterrarlos; hacía unos pocos días, habíamos tenido un ataque con muchas bajas. Así lo arreglé con ellos y entonces, bueno, ¡nunca imaginarías algo así! Los dos bandos salieron y se encontraron en medio, se dieron la mano, intercambiaron los saludos propios de las fiestas y charlaron un rato».

Los hombres del 99.^o regimiento de infantería francés, que tuvieron experiencias similares, se sintieron ofendidos al descubrir que, el día de Año Nuevo, los alemanes rompían la tregua abriendo fuego con intensidad. A la mañana siguiente, un teniente bávaro se acercó para explicarles, en todo de disculpa, que a sus superiores, la confraternización les había dado miedo, por el maligno impacto que pudiera tener en una cuestión tan seria como ganar la guerra. Un informe de un regimiento alemán describía otro incidente parecido cerca de Biaches, en el sector del Somme. Algunos hombres de la infantería francesa hicieron señas a los enemigos bávaros y un coronel francés sugirió que un oficial alemán avanzase para reunirse con él. «El teniente de la reserva Vogel, comandante de una compañía en el 15.^o regimiento de infantería, dio unos pasos adelante y los oficiales se encontraron entre las líneas. El teniente coronel propuso una tregua por las festividades y el teniente Vogel la rechazó. El teniente coronel pidió entonces, al menos, poder enterrar el cuerpo de un francés que llevaba mucho tiempo caído entre las líneas. Vogel estuvo de acuerdo con la sugerencia y el cadáver fue enterrado por dos soldados franceses y dos alemanes.» El informe lamentaba que los intentos de evitar la confraternización hubieran fracasado, pero aseguraba al cuartel general de formación que varios oficiales y soldados habían sido castigados por esta violación

de la disciplina.

Gervais Morillon, un joven de veinte años, escribió a sus padres: «Los *boches* ondeaban una bandera blanca y gritaban “*Camarades, camarades, rendezvous*”. Cuando nos quedamos quietos, ellos se acercaron a nosotros, desarmados, con un oficial a la cabeza. Aunque nosotros no vamos limpios, ellos están horriblemente asquerosos. Os cuento esto, pero no se lo digáis a nadie. No debemos hablar de ello ni siquiera con otros soldados».¹⁹ Morillon murió en 1915. En otro lugar, Gustave Berthier, de veinticinco años, escribía: «El día de Navidad, los *boches* nos transmitieron que querían hablar con nosotros. Dijeron que no querían disparar ... Estaban hartos de combates, y estaban casados, como yo, y no tenían diferencias con los franceses sino con los ingleses». Berthier murió en junio de 1917.

Pero la buena voluntad no era universal, en modo alguno. Yves Congar, el niño francés de diez años que vivía en Sedán y había recibido la guerra con gran emoción, vivía ahora la Navidad en territorio ocupado por los alemanes. Aquella noche escribió en su diario: «Espero que el año próximo sea mejor que este. Hace mucho frío. Durante la noche, a papá lo tienen como rehén. No hay misa del Gallo ... En la carretera vieja suenan las pisadas de los extranjeros y todo está silencioso y fúnebre ... Es la ley del más fuerte. Es invasión y ruinas; es el llanto del hambre que no tiene ni un mendrugo de pan; es el resentimiento contra la raza que roba, incendia y nos tiene prisioneros; nuestro país ya no es nuestra casa cuando nuestras coles, nuestros puerros y todas las demás cosas están en manos de esos ladrones».²⁰

El día de Navidad, el 2.º batallón de los granaderos británicos perdió a veinticuatro hombres: tres muertos, dos desaparecidos y diecinueve heridos; otro de los hombres fue hospitalizado por congelación, igual que otros veintidós, a la mañana siguiente. El 28 de diciembre, el diario de guerra del batallón decía: «Horrible la humedad y el barro. La noche, espantosa. Truenos, granizo y una lluvia terribles, viento muy fuerte y algunos disparos».²¹ En el sector de François Mayer, los alemanes de unas trincheras situadas a unos setenta metros gritaron «*Français kaputt!*» y mensajes similares. En Nochevieja, a las 12, lanzaron una descarga cerrada a la que los franceses respondieron con un coro de *La Marsellesa*. Mayer escribió: «Era emocionante oír a todos aquellos soldados elevando sus voces de guerra en respuesta a las balas que pasaban silbando a nuestro lado. Cuando nos llamamos, ellos gritaron: “¡Larga vida al káiser!”».²² Los comandantes rivales se ocuparon de que las treguas de Navidad no volvieran a repetirse en aquella medida en años posteriores, pero fueron incapaces de impedir muchos entendimientos informales, a nivel local —períodos prolongados de «vive y deja vivir» por ambas partes—, que se convirtieron en rasgo habitual del conflicto en todos los frentes.

Cuando terminó la guerra, el teniente austríaco Constantin Schneider repasó sus experiencias y observó un fenómeno característico en la mayoría de conflictos, pero sobre todo en este, una vez superada la fase de iniciación de un hombre: «No me pasaba nada nuevo; todo parecía una repetición de las sensaciones vividas antes. La guerra se había convertido en un asunto cansino».²³ De un modo parecido, el marino Richard Stumpf, que servía en la Flota de Alta Mar alemana, escribió en su diario justo después de la Navidad de 1914: «No sucede nada digno de mención. Si describiera las tareas diarias, la lista sería idéntica, un día tras otro».²⁴

En Nochebuena, un escritor francés llamado J. J. Chastenet observó en *Le Droit du Peuple* que las iglesias de Francia habían estado más llenas, desde agosto, que en ningún otro momento desde mediados del siglo pasado: «La gente reza por miedo. Cuanta más gente se vaya acostumbrando a esta guerra ... veremos repetir a menos gente y las cosas volverán a la normalidad». Chastenet tenía razón. Mientras que los primeros funerales de los muertos en combate de una población atrajeron a multitudes, una vez familiarizadas con estos sucesos las muchedumbres se dispersaron otra vez. En los primeros meses, muchas comunidades rurales francesas aceptaban refugiados de Bélgica y del noroeste de Francia. Para Navidad, había tres millones de personas en esta situación: una carga gravosa para quienes los albergaban y alimentaban. Cada vez había más ciudades y pueblos que volvían la espalda a los de fuera y los calificaban de plaga: seres sucios o inmorales, pulgosos o incapaces para el trabajo agrícola.

En agosto, los *maires* locales se vestían solemnemente, con abrigo negro, medallas y banda de alcalde para visitar a las familias y anunciarles la trágica pérdida. Pero al cabo de cinco meses, muchos de estos dignatarios delegaban este trabajo en el maestro local. En uno de estos casos, una mujer llamada Marie Plissonier, en el pueblo de Lavadens, en Isère, asumió el antiguo trabajo del cartero, que había partido a la guerra, porque parecía la persona con más empatía para entregar las malas noticias que llegaban con suma frecuencia. Ella contaba: «La gente reaccionaba de formas distintas, claro. Algunos recibían la noticia histéricos, pero la mayoría quedaba como anestesiada, como si de algún modo ya se lo esperasen».²⁵ Al final, en Lavadens, murieron treinta de los cuatrocientos reclutas, y más de un centenar resultaron heridos. En el ayuntamiento del pueblo, la señora Plissonier también presidía reuniones informativas regulares, en las que explicaba el avance de la guerra con la ayuda de mapas y periódicos. Al principio, a estas sesiones acudía mucha gente. Más tarde, sin embargo, cuando los frentes quedaron congelados, el público empezó a disminuir y acabó por desaparecer. Cada día terminó siendo muy parecido al anterior, y esto era igual para los civiles, en su hogar, que para hombres como Constantin Schneider, en el campo de batalla.

A finales de 1914, la guerra había dejado de parecer interesante o gratificante para nadie, a excepción de una pequeña proporción de sus participantes; al contrario, representaba un deber profundamente desagradable, que cada uno soportaba con distintos niveles de estoicismo. En el frente oriental, la mayoría de los soldados habsburgueses y rusos habrían recibido la paz con alegría, fueran cuales fueran los términos, pero sus gobernantes querían otra cosa. Entre los soldados occidentales, sin embargo, pese a todo el disgusto que sentían por sus circunstancias personales, pocos estaban ya preparados para no creer en la victoria o plegarse a las exigencias de sus enemigos. Durante otros cuarenta y seis meses de guerra, mostraron una considerable disposición para sufrir, obedecer y, en caso de necesidad, dar la vida. Parece un engreimiento, por parte de las generaciones posteriores, afirmar que con ello demostraban una necedad irracional. Sostener que los aliados occidentales deberían haber aceptado la hegemonía alemana como precio justo por librarse del fangoso panorama de Flandes parece una propuesta tan simplista y dudosa hoy como lo fue en aquella época para la mayoría de quienes lucharon por Gran Bretaña, Francia y Bélgica. Y eso era lo que implicaba abandonar la guerra. Hasta 1918, tras sufrir la derrota en el campo de batalla, Alemania no estuvo dispuesta a abandonar su brutal ocupación de Bélgica y la Francia oriental y renunciar a sus ambiciones dominadoras.

Serbia pagó un precio espantoso por haber desafiado a Austria en 1914: durante el año siguiente, las potencias centrales invadieron el país y los restos de su ejército se resignaron al exilio. Pero mucho después, tras haber perdido el dominio sobre su propio país, la adhesión a la causa aliada permitió a los serbios alcanzar una de las victorias pírricas más notables de la historia, al llegar la paz: hicieron realidad su gran ambición, la creación de una Yugoslavia que englobaba buena parte del imperio oriental de los Habsburgo; un estado que duró más de setenta años. También Rumanía, aunque en 1916 sufrió mucho, al entrar en guerra con el bando aliado, consiguió en tiempo de paz la recompensa de más tierras de las que luego demostró ser capaz de mantener. Los italianos se embarcaron en la contienda en 1915, persiguiendo claramente un botín territorial. En 1918 también recibieron su parte del territorio habsburgués, que incluía el puerto de Trieste; pero aquellas tierras les costaron 460.000 muertos. Los polacos sometidos al dominio ruso, austro-húngaro y alemán se unieron para proclamarse estado independiente el 7 de octubre de 1918, aunque, para conservar las fronteras, tuvieron que combatir a los bolcheviques rusos hasta 1921. El 28 de octubre de 1918, se declaró en Praga una república checoslovaca, y el 1 de noviembre, Hungría anunció su independencia de Austria. Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania también se declararon estados independientes.

Estados Unidos obtuvo inmensos beneficios económicos con la venta de armas

y otros productos a los aliados occidentales, y en menor medida a Alemania, durante los primeros treinta y tres meses de contienda. Su entrada en la guerra, en abril de 1917, ejerció una influencia moral e industrial clave para el resultado, aunque desde el punto de vista militar fuera marginal. La adhesión de las fuerzas estadounidenses, lógicamente, alentó a los aliados y desanimó a las potencias centrales; y compensó más que de sobra la retirada rusa del conflicto en marzo de 1918. Japón se convirtió en el único beligerante que salió del conflicto con el botín exacto por el cual había entrado en la guerra, en el bando aliado, en 1914, y lo hizo con un coste insignificante, tanto en dinero como en sangre derramada. De este modo, los japoneses tuvieron más motivos para celebrar su participación que ningún otro pueblo. Entre los vencidos, la guerra costó al imperio de los Habsburgo la muerte de un millón y medio de militares; a Alemania, dos millones; y a Turquía, 770.000. El imperio de Guillermo se convirtió en una república, con la caída de la dinastía Hohenzollern, y lo mismo sucedió en Austria con el final de los Habsburgo. El Imperio Británico perdió más de un millón de hombres, de los cuales más de 800.000 eran del Reino Unido; los imperios ruso y francés acumularon bajas de aproximadamente 1,7 millones cada uno. La revolución bolchevique acabó con los Romanov y dejó a Jorge V de Gran Bretaña como el único gran gobernante imperial en Europa.

La posteridad sigue sin entender cómo los líderes de las grandes potencias del mundo —en su mayoría, hombres que no eran más estúpidos ni malvados que sus contemporáneos— pudieron, primero, permitir que la guerra tuviera lugar y, luego, continuarla durante cuatro años más. Parece un error tachar de sonámbulos a los gobernantes de la Europa de 1914, y en especial a los de Austria y Alemania, porque eso implicaría que no eran conscientes de sus actos. Es más adecuado llamarlos «negadores»: prefirieron insistir en políticas y estrategias sumamente perjudiciales antes que aceptar que era poco plausible llevarlas a cabo y, en retrospectiva, que se había fracasado. La causa inmediata más importante de la primera guerra mundial fue que Alemania decidió apoyar la invasión austríaca de Serbia, con la convicción de que las potencias centrales podrían vencer en cualquier conflicto más general que una acción como aquella pudiera desencadenar. Al zar, sus ministros y sus generales podríamos tacharlos simplemente de necios, e incluso temerarios, por hundir su precario sistema de gobierno entrando en guerra por Serbia; pero reaccionaron a una iniciativa austríaca, por lo cual el oprobio moral debe permanecer en Viena. A la hora de precipitar el desastre, una fuerza clave fue la soberbia institucional del ejército alemán, encarnada en la incompetencia de

Moltke. El comportamiento de Viena y Berlín (y, en menor medida, el de San Petersburgo y París) quedó alterado por el ansia de alcanzar un resultado decisivo en lugar de una sucesión de crisis inconcluyentes.

No obstante, pese al enorme esfuerzo invertido en la propaganda bélica —o quizá por ello mismo—, al cabo de una década del armisticio, el cuerpo político británico que llevó al país a la guerra perdió a ojos vistas la confianza de muchos de quienes la habían librado. Los soldados, sobre todo, se echaban atrás ante lo que consideraban debilidad moral de la sociedad a la que habían regresado. Algunos hicieron extensivo el distanciamiento a las causas por las cuales se había entablado el combate. El abuelo del autor, el que fuera oficial de artillería Rolfe Scott-James, contaba que un viejo camarada decía, en 1923: «Algunos no podemos evitar pensar que hicimos la guerra para nada». Scott-James añadía: «En la voz del hablante no había rabia ni desesperación. Con un ligero gesto de encoger los hombros expresaba, sencillamente, su desilusión». En aquella época, esta opinión aún era minoritaria, en comparación con la fe de Henry Mellersh y los suyos, que hemos citado más arriba. Pero en las décadas siguientes, cada vez más gente se sumó a la opinión de que los enemigos contra los que Gran Bretaña y los aliados tomaron las armas no merecían una guerra como la merecieron los nazis, una generación después. Estos puntos de vista opuestos estuvieron decisivamente influidos, sin duda, por el hecho de que los soldados de 1918 regresaron de Francia a una sociedad que, lamentablemente, no había experimentado ninguna reforma y solo les ofrecía los frutos más estériles de la victoria; mientras que los de 1945, al regresar, se encontraron con un gobierno laborista empeñado en crear un estado del bienestar. En el siglo XXI, la mayoría del pueblo británico sigue mostrando un triunfalismo extravagante con respecto a la actuación de su país en la segunda guerra mundial, al tiempo que exhibe un ansia extravagante de descartar todo argumento a favor de resistirse a la agresión alemana en 1914.

La culpa de la contienda recae principalmente sobre Alemania; en la actualidad, los argumentos a favor de esta idea siguen siendo abrumadoramente sólidos. Aunque no conspirase para hacer estallar la guerra, rehusó utilizar su poder para contener a Austria y, de esta forma, impedir el estallido. Aunque Berlín no pretendiera maquinar una conflagración europea general, deseaba una guerra porque creía que se haría con la victoria. El mayor error de los líderes alemanes fue contemplar sus grandes ambiciones a través del prisma de los guerreros, suponiendo que la batalla bastaría para consolidar y aumentar el poder; con ello subestimaron enormemente el peso económico e industrial del poderío de su país. El káiser, Bethmann y Moltke intentaron asestar un golpe magnífico e implacable, al estilo de Bismarck, que el propio Bismarck nunca habría emprendido.

Una vez comenzada la contienda, sería un completo error suponer —como

tanta gente hace en el siglo XXI— que no importaba qué bando fuera el vencedor. El tratado de paz de Versalles, firmado en 1919 a instancias de los aliados, fue burdo; pero de haber sido los alemanes quienes hubieran dictado los términos en calidad de vencedores, la libertad, la justicia y la democracia europeas habrían pagado un precio muy elevado. Durante la primera guerra mundial, Alemania adoptó unos objetivos territoriales poco menos ambiciosos que los pretendidos por Hitler en la segunda. Parece, por lo tanto, fuera de lugar calificar de «fútil» la indudable tragedia europea de 1914-1918, una opinión que la posteridad ha asumido, ante todo, a partir del coste humano de la experiencia militar. Si el Kaiserreich no merecía triunfar, quienes lucharon y perecieron en la batalla (a la postre, victoriosa) por impedir este resultado no fallecieron por nada, salvo en la medida en que todos los sacrificios de todas las guerras son dignos de lamentación.

Agradecimientos

Con este libro he contraído muchas deudas de gratitud, de las que quiero dejar constancia; en primer lugar, con Clive Harris y Mike Sheil, espléndidos guías del campo de batalla, que en abril de 2012 me llevaron de visita por el frente occidental de 1914, desde las sierras nevadas de los Vosgos a las viejas llanuras inundables que hay por detrás de la costa belga. Christoph Nubel trabajó de forma excelente con las fuentes alemanas y austríacas, y no me cabe duda de que será un estudioso importante; Pavlina Bobić me proporcionó material de Serbia y Eslovenia; Serena Sissons buceó en fuentes francesas; la dra. Lyuba Vinogradovna, como en mis últimos cuatro libros, proporcionó una ingente cantidad de relatos rusos. Aprendí mucho de la conferencia que, en octubre de 2011, organizó el Instituto Histórico Alemán de Londres con el título de «Nuevas perspectivas sobre la controversia Fischer». Josh Samborn me pasó algunos de sus importantes escritos sobre las experiencias rusas en 1914. John Rohl me concedió generoso acceso a pasajes relevantes del borrador de su próximo libro sobre el káiser en la guerra.

Jack Sheldon compartió conmigo su monografía inédita sobre Le Cateau, y leyó y comentó los borradores de mis capítulos sobre la experiencia de la Fuerza Expedicionaria Británica. Gary Sheffield hizo lo mismo con todo el manuscrito, poniendo de manifiesto una extrema generosidad con su tiempo. Mi viejo colega de la prensa, Don Berry, echó al texto el vistazo de un profano que es asimismo un crítico espléndido. Siento gratitud por todos los que me han proporcionado copias de correspondencia contemporánea inédita, incluidos Jamie Illingworth, por los documentos de su abuelo Percy, principal responsable de la disciplina del Partido Liberal en 1914; Anthony Gray, por el manuscrito de su abuelo Robert Emmet; John Festing, por el de su tío abuelo Maurice. Como en mis libros anteriores, en este el profesor sir Michael Howard (Orden del Mérito, Compañero de Honor, Cruz Militar) también ha sido un crítico y tutor sin igual, aunque no le corresponde responsabilidad alguna por mis juicios ni mis errores. El profesor Nicholas Rodger y Matthew Seligmann leyeron y comentaron el borrador del capítulo naval, lo cual ha redundado en gran beneficio para el texto final. El profesor Mark Cornwall me

ofreció cierta orientación para las fuentes serbias. Me parece prudente repetir mi advertencia habitual con respecto a todas las cifras elevadas que se citan en el texto del volumen (y, a este respecto, en cualquier otro estudio histórico): proceden de las mejores fuentes disponibles, pero deben entenderse como una orientación, no como un dato exacto.

También debo dar las gracias, no menos sinceramente por el hecho de que sea un hecho habitual en todos mis libros, al Archivo Nacional Británico, el Museo Imperial de la Guerra y la Biblioteca de Londres, por la inestimable ayuda de sus espléndidas plantillas. En toda Europa, muchas colecciones similares han posibilitado el estudio y las traducciones de mis investigadores en Francia, Rusia, Alemania, Austria, Serbia y Eslovenia. Michael Sissons y Peter Matson han sido mis agentes en Londres y Nueva York durante más de tres décadas, y valoro su guía y sus consejos tanto como siempre. Arabella Pike y Robert Lacey, en HarperCollins (Londres), y Andrew Miller en Knopf (Nueva York), apoyaron el proyecto desde su concepción y han mejorado mucho mis palabras durante su gestación. Mi secretaria Rachel Lawrence ha estado ayudándome en mi trabajo durante la mayor parte de los últimos treinta años, y su energía y entrega no dejan nunca de merecer mi gratitud. Mi esposa Penny sufrió la redacción de este libro, como tantos otros antes que este, con una fortaleza y simpatía que valdrían el respeto de un veterano de guerra.

Referencias

En las referencias que siguen se emplean estas abreviaturas:

- BNA Archivo Nacional Británico (British National Archive), Kew.
- IWM Colecciones de documentos del Museo Imperial de la Guerra (Imperial War Museum).
- ASA Archivo Estatal Austríaco (Österreichisches Staatsarchiv, Kriegsarchiv: OeStA/KA).
- AS Arhiv Srbije (Archivo Nacional Serbia).
- ASC1938 Estudio conjunto del colegio del Estado Mayor del ejército británico sobre la batalla de Le Cateau, con fecha de 1938, que incluye importante correspondencia, de 1930-1933, con testigos militares.
- GW Correspondencia con veteranos de guerra, preservada en los archivos del autor de la serie de televisión de la BBC *Great War*, de 1964.
- SB Archivo de la ciudad de Bremen (Staatsarchiv Bremen).
- NUK Archivo Estatal Esloveno, Liubliana.
- GHAC Conferencia de la Asociación Histórica Alemana en octubre de 2011: «Nuevas perspectivas sobre la controversia Fischer».

He omitido las referencias de las citas de las principales declaraciones y discursos que hoy son de dominio público.

Bibliografía

DOCUMENTOS, PAPELES, PERIÓDICOS Y FUENTES DE INTERNET

- Abschiedsfeier für das Ersatzbataillon des Inf.-Rgts. 75*, Bremen, 1914.
- Audoin-Rouzeau, Stéphane, y Becker, Annette, *14-18: Understanding the Great War*, Hill & Wang, 2002.
- Becker, Jean-Jacques, «La guerre était-elle inévitable?», pp. 41-43.
- , *Les innovations stratégiques*, pp. 86-87.
- , *La bataille de la Marne, ou le fin des illusions*, pp. 123, 125-126.
- Blume, Wilhelm von, «Inwiefern haben sich die Bedingungen des Erfolges im Kriege seit 1871 verändert?», en *Vierteljahrshefte für Truppenführung und Heereskunde*, 5, 1908.
- , «Der Einfluß des heutigen Verkehrs- und Nachrichtenmittel auf die Kriegsführung», en *Beihefte zum Militär-Wochenblatt*, 1910.
- , «Kriegserfahrung», en *Militär-Wochenblatt*, 1908, n.º 26, pp. 583-590.
- Brenner, Stefan, *Das Kriegsgefangenenlager in Knittelfeld: Eine Untersuchung der Akten des Kriegsarchivs Wien von den ersten Bemühungen Otto Zeilingers zur Errichtung des Lagers Knittelfeld bis zur Umwandlung des Kriegsgefangenenlagers in ein Militärspital*, tesis magistral, Graz, 2011.
- Castle, Terry, «Our First View of the End of the World», en *The US Chronicle of Higher Education*, 5 de noviembre de 2004.
- Chiari, Bernard, y Groß, Gerhard P. (eds.), *Am Rande Europas? Der Balkan — Raum und Bevölkerung als Wirkungsfelder militärischer Gewalt*, Múnich, Oldenbourg, 2009, pp. 121-136.
- Cowan, John, cartas manuscritas de Francia, copiadas al autor por un descendiente.
- Emmet, comandante Robert, *An American in the British Army during World War I*, manuscrito inédito, por cortesía de Anthony Gray.
- Evans, R. J. W., «Communicating Empire: The Habsburgs and Their Critics 1700-1919», *Transactions of the RHS*, 2008.

- Festing, Maurice, relato inédito de sus experiencias como oficial de la Marina Real británica en Amberes; manuscrito cortesía de John Festing.
- Förster, Stig, «Der deutsche Generalstab und die Illusion des kurzen Krieges, 1871-1914. Metakritik eines Mito», en *Militärgeschichtliche Mitteilungen* 54 (1995), pp. 61-95.
- Howard, Michael, encuentro en enero de 1964.
- Illingworth, Percy, documentos privados del responsable de disciplina del Partido Liberal, en posesión de James Illingworth.
- Morgan, Kenneth O., «England, Britain and the Audit of War», *Transactions of the RHS*, 2006.
- , *Mourir pour la patrie*, Editions du Seuil, 1992.
- Pallavicini, Alexander, «Markgraf Pallavicini B 1600» (dos colecciones de diarios, en el Archivo Estatal Austríaco).
- Rusky *Invalid*, n.º 163, 27 de julio de 1914, sección dominical «La vida pública».
- Samborn, Josh, «Unsettling the Russian Empire», en *The Journal of Modern History*, junio de 2005, pp. 295-309.
- , «Daily Life in Russian Poland», *Festschrift*, pp. 44-55.
- , «The Mobilization of 1914 and the Question of the Russian Nation: A Re-examination», *Slavic Review*, vol. LIX, n.º 2, verano de 2000.
- Schmitt, Bernadotte, *The Fashion and Future of History: Historical Studies and Addresses*, Cleveland Press of Western Reserve University, 1960, pp. 129-150.
- Seligmann, Matthew: «“A Barometer of National Confidence”: A British Assessment of the Role of Insecurity in the Formulation of German Military Policy before the First World War», en *English Historical Review*, vol. CXVII, n.º 471, abril de 2002, pp. 333-355.
- , «New Weapons for New Targets», en *International History Review*, vol. XXX, n.º 2, junio de 2008, pp. 303-331.
- , «Switching Horses: The Admiralty’s Recognition of the Threat from Germany 1900-1905», en *International History Review*, vol. XXX, n.º 2, junio de 2008, pp. 239-258.
- , «The Mobilization of 1914 and The Question of the Russian Nation: A Re-examination», *Slavic Review*, vol. LIX, n.º 2, verano de 2000, pp. 272-289.
- Stengers, Jean, «Le rôle de l’opinion publique dans la genèse d’une guerre: 1870 et 1914» (internet).
- Trachtenberg, Marc, *The Coming of the First World War: A Reassessment in History and Strategy*, Princeton, 1991, pp. 47-99.
- «Über Angriff und Verteidigung befestigter Stellungen, en *Militär-*

Wochenblatt, 1909, n.º 18.

Überegger, Oswald, «Man mache diese Leute, wenn sie halbwegs verdächtig erscheinen, nieder. Militärische Normübertretungen, Guerillakrieg und ziviler Widerstand an der Balkanfront 1914», en Rougevin-Baville, coronel J., *Revue Historique de l'Armée*, Ministère des Armées, 1964: *L'aéronautique militaire française, les débuts de la guerre aérienne 1914*.
«La vie quotidienne à Nice en août 1914 d'après *L'Eclaireur de Nice*» (internet).

LIBROS

- Adam, H. Pearl, *Paris Sees it Through: A Diary 1914-1919*, Hodder & Stoughton, 1919.
- Albertini, Luigi, *The Origins of the War of 1914*, OUP, 1953.
- Alberto de Bélgica, *Le Roi Albert à travers de ses lettres inédites 1882-1916*, ed. Thielemans y Vandevoude, Bruselas, 1982.
- Allard, capitán Jules, *Journal d'un gendarme 1914-1916*, presentado por Arlette Farge, Bayard Éditions, 2010.
- Ambrožič, Matjaž, *Dnevniški zapiski dr. Evgena Lampeta (1898-1917)*, Liubliana, 2007.
- Andrew, Christopher, *The Defence of the Realm: The Authorized History of MI5*, Allen Lane, 2005.
- Angelow, Jürgen (ed.), *Der Erste Weltkrieg auf dem Balkan Perspektiven der Forschung*, Berlín, 2011.
- Anglesey, marqués de, *A History of the British Cavalry*, vol. VII, Leo Cooper, 1996.
- Arand, Tobias, *Die 'Urkatastrophe' als Erinnerung – Geschichtskultur des Ersten Weltkriegs*, Münster, ZfL-Verlag, 2006.
- Ascoli, David, *The Mons Star*, Harrap, 1981.
- Asquith, Violet, *Champion Redoubtable: The Diaries and Letters of Violet Bonham-Carter 1914-45*, ed. Mark Pottle, Weidenfeld & Nicolson, 1998.
- Audoin-Rouzeau, Stéphanie, *L'Enfer, c'est la boue!* Seuil, París, 1992.
- Avakumović, Joven D., *Memoari Izdavačka knjižarnica Zorana Stojanovića*, Sremski Karlovci-Noví Sad, 2008.
- Babington, Anthony, *For the Sake of Example*, Leo Cooper, 1983.
- Baker-Carr, Christophe D., *From Chauffeur to Brigadier*, E. Benn, 1930.
- Ball, Simon, *The Guardsmen*, HarperCollins, 2004.

- Barbusse, Henri, *Le feu*, Flammarion, 1917.
- Baring, Maurice, *Flying Corps Headquarters 1914-18*, Buchan & Enright, 1985.
- Barluet, Alain, *Les fraternisations de Noël*.
- Barthas, Louis, *Les carnets de guerre de Louis Barthas, tonnelier, 1914-1918*, La Decouverte/Poche, 2003.
- Basedow, Heinow von, «Reiseeindrücke aus dem militärischen Rußland», en *Beihefte zum Militär-Wochenblatt*, 1910.
- Becker, Annette, *Oubliés de la Grande Guerre: Humanitaire et culture de guerre*, Hachette Littératures-Editions Noësis, 1998.
- Becker, Jean-Jacques, «La guerre était-elle inévitable?», *L'Histoire*, n.º 107, enero de 1988.
- , *La France en guerre, 1914-1918: la grande mutation*, París, 1985.
- Beesly, Patrick, *Room 40: British Naval Intelligence 1914-18*, Hamish Hamilton, 1982.
- Belloc, Hilaire, *The Two Maps of Europe*, Pearson, 1915.
- Bennett, Arnold, *The Letters of Arnold Bennett*, ed. James Hepburn, OUP, 1968.
- Berliner Geschichtswerkstatt (ed.), *August 1914: Ein Volk zieht in den Krieg*, Berlín, Nishen, 1989.
- Bernhardi, gen. Friedrich von, *Germany and the Next War*, Edward Arnold, 1914.
- Bertie, Francis, *The Diary of Sir Francis Bertie of Thame, 1914-1918*, ed. lady Algernon Gordon-Lennox, Hodder & Stoughton, 1924.
- Bihl, Wolfdieter, *Der Erste Weltkrieg 1914-1918. Chronik – Daten – Fakten*, Viena, Böhlau, 2010.
- Binding, Rudolf, *A Fatalist at War*, Allen & Unwin, 1929.
- Biwald, Brigitte, *Von Helden und Krüppeln. Das österreichisch-ungarische Militärsanitätswesen im Ersten Weltkrieg*, vols. I, II, Viena, ÖBV & Hpt, 2002.
- Blenkinsop, gen. div. sir L. J. et al., *History of the Great War: Veterinary Services*, HMSO, 1925.
- Bloem, Walter, *The Advance from Mons 1914*, Peter Davies, 1930.
- Blond, Georges, *La Marne*, Presses de la Cité, 1962.
- Borck, Karin, y Kölm, Lothar (eds.), *Gefangen in Sibirien. Tagebuch eines ostpreußischen Mädchens 1914-1920*, Osnabrück, Fibre, 2001.
- Boyle, Andrew, *The Riddle of Erskine Childers*, Hutchinson, 1977.
- Bridges, sir Tom, *Alarms and Excursions*, Longman, 1938.
- Buitenhuis, Peter, *The Great War of Words*, Batsford, 1989.
- Bywater, Hector, *Cruisers in Battle*, Constable, 1939.

- Capes, Harriet M., *Diary of a French Army Chaplain, abbé Felix Klein*, trad. de La guerre vue d'une ambulance, Andrew Melrose, 1915.
- Cave, Nigel, y Sheldon, Jack, *Le Cateau 26 August 1914*, Pen & Sword, 2008.
- Charykov, N. V., *Glimpses of High Politics*, Allen & Unwin, 1931.
- Chatfield, lord Ernle, *The Navy and Defence: An Autobiography*, Heinemann, 1942.
- Chickering, Roger, *The Great War and Urban Life in Germany*, CUP, 2007.
- , *Imperial Germany and the Great War*, CUP, 1998.
- Churchill, Winston S., *The World Crisis*, vol. I, Thornton Butterworth, 1923.
- , *My Early Life*, Eland, 2000. [Hay trad. cast.: *Mi juventud*, Granada, 2010.]
- Clark, Christopher, *The Sleepwalkers*, Penguin, 2012.
- Clarke, Tom, *My Northcliffe Diary*, Gollancz, 1931.
- Clayton, Anthony, *Paths of Glory: The French Army 1914-1918*, Cassell, 2003.
- Cocho, Paul, *Mes carnets de guerre et de prisonnier 1914-1919*, Presses Universitaires de Rennes, 2010.
- Cœurdevey, Edouard, *Carnets de guerre 1914-1918: Un témoin lucide*, Plon, 2008.
- Cole, Laurence; Hämmerle, Christa, y Scheutz, Martin (eds.), *Glanz – Gewalt – Gehorsam. Militär und Gesellschaft in der Habsburgermonarchie (1800 bis 1918)*, Essen, Klartext, 2011.
- Cooper, C. E., *Behind the Lines: One Woman's War*, Norman & Hobbes, 1982.
- Corday, Michel, *The Paris Front: An Unpublished Diary 1914-18*, Nueva York, 1934.
- Corns, Cathryn, y Hughes-Wilson, John, *Blindfold and Alone: British Military Executions in the Great War*, Cassell, 2001.
- Cornwall, Mark, «The Habsburg Elite and the Southern Slav Question», en *A Living Anachronism? European Diplomacy and the Habsburg Monarchy*, ed. L. Nobelt y T. G. Otte, Viena, Böhlau, 2010.
- Craster, J. M. (ed.), *Fifteen Rounds a Minute*, Macmillan, 1976.
- Dangerfield, George, *The Strange Death of Liberal England*, Constable, 1935.
- Dedijer, Vladimir, *The Road to Sarajevo*, MacGibbon & Kee, 1967.
- Delabeye, ten. Bernard, *Avant la ligne Maginot. Admirable résistance de la 1ère armée à la frontière des Vosges. Héroïque sacrifice de l'infanterie française*, Montpellier, Causse, Graille et Castelnau, 1939.
- Delmotte, Maurice, *Vie quotidienne en France occupée: Journaux de Maurice Delmotte 1914-1918*, ed. Nathalie Philippe, L'Harmattan, 2007.
- Delvert, A., *Histoire d'une compagnie*, Berger-Levrault, 1918.
- Dirr, Pius (ed.), *Bayerische Dokumente zum Kriegsausbruch und zum Versailler Schuldspruch*, Múnich y Berlín, 1922.

- Druène, ten. cor. B., *Revue Historique de l'Armée*, 1964, n.º 3: *De la guerre de mouvement à la guerre de tranchées*.
- Dunn, capitán J. C., *The War the Infantry Knew*, Jane's, 1987.
- Đurič, Silvija, y Stevanović, Vidosav (eds.), *Golgota i vaskrs Srbije, 1914-1915*, Belgrado, 1990, 3.ª ed.
- Egremont, Max, *Forgotten Land: Journeys Among the Ghosts of East Prussia*, Picador, 2011.
- Emigholz, Björn (ed.), *Die Tagebücher der Gertrud Schädla 1914-1918*, Verden, 2000.
- Englund, Peter, *The Beauty and the Sorrow*, Bloomsbury, 2011.
- Farmborough, Florence, *Nurse at the Russian Front: A Diary 1914-18*, Londres, 1977.
- Feilding, lady Dorothea, *Lady Under Fire on the Western Front*, ed. Andrew y Nicola Hallam, Pen & Sword, 2010.
- Ferguson, Niall, *The Pity of War*, Penguin, 2003.
- Flood, P. J., *France 1914-18: Public Opinion and the War Effort*, Macmillan, 1990.
- Forstner, Franz, *Przemysl. Österreich-Ungarns bedeutendste Festung*, Viena, ÖBV Pädagogischer, 2.ª ed., 1997.
- French, mariscal de campo y vizconde, *1914*, Houghton Mifflin, 1914.
- Freud, Sigmund, *Letters 1873-1939*, Hogarth Press, 1961.
- Gallieni, Joseph, *Mémoires du Maréchal Gallieni: Défense de Paris, 25 août-11 septembre 1914*, Payot, París 1928.
- Geiss, Immanuel, *July 1914*, Batsford, 1967.
- Gibson, Hugh, *A Journal from Our Legation*, Nueva York, 1917.
- Gide, André, *Journals 1914-27*, trad. Justin O'Brien, Secker & Warburg, 1948.
- Gilbert, Martin, *Winston S. Churchill*, vol. III, Heinemann, 1971.
- Givray, Jacques (capitán Plieux de Diusse), *Journal d'un officier de liaison (La Marne. La Somme. L'Yser)*, París, Jouvé, 1917.
- Gleason, A., *What the Workers Want*, Londres 1920.
- Goebel, Stefan, *The Great War and Medieval Memory: War, Remembrance and Medievalism in Britain and Germany, 1914-1940*, CUP, 2007.
- Gordon, Andrew, *The Rules of the Game: Jutland and British Naval Command*, John Murray, 1996.
- Grdina, Igor, *Slovenci med tradicijo in perspektivo. Politični mozaik 1860-1918*, Liubliana, 2003.
- Grigg, John, *Lloyd George: From Peace to War 1912-16*, Methuen, 1985.
- Groß, Gerhard P. (ed.) *Die Vergessene Front. Der Osten 1914/15. Ereignis, Wirkung, Nachwirkung*, Paderborn, Schöningh, 2006.

- Guard, William J., *The Soul of Paris: Two Months in the French Capital During the War of 1914*, Sun Printing & Publishing, 1914.
- Gudehus-Schomerus, Heilwig et al. (eds.), «Einmal muß doch das wirkliche Leben wieder kommen!» *Die Kriegsbriefe von Anna und Lorenz Treplin 1914-1918*, Paderborn, Schöningh, 2010.
- Gueno, Jean-Pierre (ed.), *Paroles de Poilus: Lettres et carnets du front 1914-1918*, Librio y Radio France, 1998.
- Gumilev, Nikolai, *Zapiski Kavalerista* [«Diarios de un soldado de caballería»], Moscú, 2007.
- Gumz, Jonathan, *The Resurrection and Collapse of Empire in Habsburg Serbia 1914-18*, CUP, 2009.
- Haig, Douglas, *War Diaries and Letters*, ed. Gary Sheffield y John Bourne, Weidenfeld & Nicolson, 2005.
- Hamilton, Ernest, *The First Seven Divisions*, Hurst & Blackett, 1916.
- Harding Davis, Richard, *With the Allies*, Duckworth, 1915.
- Harel, Ambroise, *Mémoires d'un poilu breton*, Odilon, Ouest France, 2003.
- Harris, Simon, *History of the 43rd and 52nd (Ox and Bucks) Light Infantry in the Great War 1914-18*, Simon Harris, 2012.
- Hayne, M. B., *The French Foreign Office and the Origins of the First World War 1898-1914*, OUP, 1993.
- Healey, Maureen, *Vienna and the Fall of the Habsburg Empire: Total War and Everyday Life in World War I*, CUP, 2004.
- Herwig, Holger, *The First World War: Germany and Austria-Hungary 1914-18*, Edward Arnold, 1997.
- , *The Marne*, Random House, 2009.
- Hirschfeld, Gerhard; Krumeich, Gerd, y Renz, Irina (eds.), *Keiner fühlt sich hier mehr als Mensch. Erlebnis und Wirkung des Ersten Weltkrieges*, Essen, 1993.
- , *Kriegserfahrungen. Studien zur Sozial- und Mentalitätsgeschichte des Ersten Weltkrieges*, Essen, Klartext, 1997.
- , *Die Deutschen an der Somme 1914-1918. Krieg, Besatzung, Verbrannte Erde*, Essen, Klartext, 2006.
- , *Enzyklopädie Erster Weltkrieg*, Paderborn, Schöningh, 2009.
- Holmes, Richard, *Tommy: The British Soldier on the Western Front 1914-18*, HarperCollins, 2004.
- Holroyd, Michael, *Bernard Shaw*, Chatto & Windus, 1997.
- Holzer, Antón, *Das Lächeln der Henker. Der unbekannteste Krieg gegen die Zivilbevölkerung 1914-1918*, Darmstadt, Primus, 2008.
- Hopman, Albert, *Das ereignisreiche Leben eines «Wilhelminers»*. *Tagebücher*,

- Briefe, Aufzeichnungen 1901 bis 1920*, ed. Michael Epkenhans, München, Oldenbourg, 2004.
- Horne, John (ed.), *State, Society and Mobilization in Europe During the First World War*, CUP, 1997.
- y Kramer, Alan, *German Atrocities 1914: A History of Denial*, Yale, 2001.
- Huot, Louis, y Voivenel, Paul, *La psychologie du soldat*, Renaissance du Livre, 1918.
- Jackson, Julian, *The Fall of France*, OUP, 2003.
- Jay, John, *Freud: A Life*, Little Books, 2006.
- Jeffrey, Keith, *Field Marshal Sir Henry Wilson: A Political Soldier*, OUP, 2006.
- Jenkins, Roy, *Asquith*, Collins, 1964.
- Joffre, Joseph Jacques Césaire, *The Memoirs of Marshal Joffre*, trad. coronel T. Bentley Mott, Bles, 1931.
- Johnston, Alexander, *The Great War Diaries of Brigadier Alexander Johnston*, ed. Edwin Astill, Pen & Sword, 2007.
- Joll, James, *The Origins of the First World War*, Londres, 1984.
- Jones, Heather et al. (eds.), *Untold War: New Perspectives in First World War Studies*, Leiden, 2008.
- Kehrt, Christian, *Moderne Krieger. Die Technikerfahrungen deutscher Militärpiloten 1910-1945*, Paderborn, Schöningh, 2010.
- Kelemen, Pál, *Hussar's Picture Book, from the Diary of a Hungarian Cavalry Officer in World War I*, Bloomington, 1972.
- Kendall, Paul, *Aisne 1914: The Dawn of Trench Warfare*, Spellmount, 2012.
- Kennedy, David M., *Over Here: The First World War and American Society*, OUP, 1980.
- Kessler, Harry Graf, *Das Tagebuch*, vol. V: 1914-1916, ed. Günter Riederer y Ulrich Ott, Stuttgart, Cotta, 2008.
- King-Hall, Stephen, *A North Sea Diary 1914-1918*, Nueva York, 2012.
- Kisch, Egon Erwin «Schreib das auf, Kisch!» *Das Kriegstagebuch von Egon Erwin Kisch*, Berlín, Reiss, 1930.
- Knoch, Peter (ed.), *Menschen im Krieg 1914-1918*, Ludwigsburg, Pädagogische Hochschule, 1987.
- Knox, sir Alfred, *With the Russian Army*, vol. I, Hutchinson, 1921.
- Koenigswald, Harald von, *Stirb und Werde. Aus Briefen und Kriegstagebuchblättern des Leutnants Bernhard von der Marwitz*, Breslavia, Korn Verlag, 1931.
- Kondurashkin, S. S., *Vsled za voinoi* [«Tras los pasos de la guerra»], Petrogrado, 1915.
- Krafft-Krivanec, Johnanna, *Niedergeschrieben für euch. Ein Kriegstagebuch*

- aus kulturalanthropologischer Perspektive*, Viena, Passagen Verlag, 2005.
- Kronenbitter, Gunther, *Krieg im Frieden. Die Führung der k.u.k. Armee und die Großmachtpolitik Österreich-Ungarns 1906-1914*, München, Oldenbourg, 2003.
- Ksyunin, A., *Narod na voine (iz zapisok voennogo korrespondenta)* [«Un pueblo en guerra (de las notas de un corresponsal de guerra)»], Petrogrado, 1916.
- Kupferman, Fred, *14-18: Mourir pour la patrie. Rumeurs, bobards et propagande*, Editions du Seuil, 1992.
- Kuznetsov, Ivan (ed.), *Petrov Pobeg Iz Plena*, Penza, 1998.
- Laby, Lucien, *Les carnets de l'aspirant Laby, médecin dans les tranchées, 28 juillet 191-414 juillet 1919*, Editions Bayard, 2001.
- Lacouture, Jean, *De Gaulle: The Rebel 1890-1944*, Collins Harvill, 1990.
- Ladurner-Parthanes, Matthias, *Kriegstagebuch eines Kaiserjägers*, Bolzano, Athesia, 1996.
- Lambert, Nicholas A., *Planning Armageddon: British Economic Warfare and the First World War*, Harvard University Press, 2012.
- Lang, Carl von, «Die Lage auf dem Balkan», en *Danzer's Armee-Zeitung* 19 (1914), n.º 1.
- Lasswell, Harold D., *Propaganda Technique in the World War*, Knopf, 1927.
- Lieven, D. C. B., *Russia and the Origins of the First World War*, Nueva York, St. Martin's, 1983.
- Lintier, Paul, *My Seventy-Five: The Journal of a French Gunner*, Peter Davies, 1929.
- Lipp, Anne, *Meinunglenkung im Krieg. Kriegserfahrungen deutscher Soldaten und ihre Deutung 1914-1918*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2003.
- Littauer, Vladimir, *Russkie gusary* [«Los húsares rusos»], Moscú, 2006.
- Lloyd George, David, *War Memoirs*, Ivor Nicholson & Watson, 1933.
- Lobanov-Rostovsky, Andrei, *The Grinding Mill: Reminiscences of War and Revolution in Russia*, Nueva York, 1935.
- Longerich, Peter, *Heinrich Himmler: A Life*, OUP, 2011. [Hay trad. cast.: *Heinrich Himmler*, RBA, Barcelona, 2009.]
- Ludendorff, Erich, *Das Marne-Drama*, München, 1934.
- Macarthur, Brian, *For King and Country*, Little, Brown 2008.
- Macdonald, Lynn, *1914*, Michael Joseph, 1987.
- McMeekin, Sean, *The Russian Origins of the First World War*, Belknap, 2011.
- Madan, Geoffrey, *Geoffrey Madan's Notebooks*, OUP, 1985.
- Mahnke, Dietrich, *Kriegstaten und Schicksale des Res.-Inf.-Regiments 75 1914/18*, Bremen, 1932.
- Martin, Rudolf, *Stehen wir vor einem Weltkrieg?*, Leipzig, Engelmann, 1908.

- Masterman, Charles, *The Condition of England*, Londres, 1909.
- Maufrais, Louis, *J'étais médecin dans les tranchées, août 1914-juillet 1919*, ed. Martine Veillet, Robert Laffont, 2008.
- Maze, Paul, *A Frenchman in Khaki*, Heinemann, 1934.
- Meinertzhagen, Richard, *Army Diary 1899-1926*, Oliver & Boyd, 1960.
- Mellersh, H. E. L., *Schoolboy into War*, Kimber, 1978.
- Meštrović, Ivan, *Spomini*, Liubliana, 1971.
- Meteling, Wencke, *Ehre, Einheit, Ordnung. Preußische und französische Städte und ihre Regimenter im Krieg, 1870/71 und 1914-19*, Baden-Baden, Nomos, 2010.
- Meyer, Jacques, *La vie quotidienne des soldats pendant la Grande Guerre*, Hachette, 1966.
- Mihaly, Jo, ... *da gibt's ein Wiedersehn! Kriegstagebuch eines Mädchens 1914-1918*, Friburgo, F. H. Kerle, 1982.
- Minaudier, Jean-Pierre, *Population et société de 1850 à 1914*, Versailles, Lycée La Bruyère, 2004.
- Miquel, Pierre, *L'année 14*.
- Mitrovic, Andrej, *Serbia's Great War*, Hurst, 2007.
- Mombauer, Annika, *Helmuth von Moltke and the Origins of the First World War*, CUP, 2000.
- Mommsen, Wolfgang J., *Der Topos vom unvermeidlichen Krieg. Außenpolitik und öffentliche Meinung im Deutschen Reich im letzten Jahrzehnt vor 1914*, en Jost Dülffer y Karl Holl (eds.), *Bereit zum Krieg. Kriegsmentalität im wilhelminischen Deutschland 1890-1914*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1986.
- Montague, C. E., *Rough Justice*, Chatto & Windus, 1926.
- Morton, Frederick, *Thunder at Twilight*, Peter Owen, 1991.
- Muehlon, Wilhelm, *Ein Fremder im eigenen Land. Erinnerungen und Tagebuchaufzeichnungen eines Krupp-Direktors 1908-1914*, ed. Wolfgang Benz, Bremen, Donat, 1989.
- Muggeridge, Kitty, y Adam, Ruth, *Beatrice Webb*, Secker & Warburg, 1967.
- Murray, Gilbert, *Faith, War and Policy*, OUP, 1918.
- Naegelen, R., *Les suppliciés*, París, 1927.
- Neiberg, Michael, *Dance of the Furies: Europe and the Outbreak of World War 1*, Belknap, 2011.
- Niedhart, Gottfried (ed.), *Gustav Mayer. Als deutsch-jüdischer Historiker in Krieg und Revolution 1914-1920. Tagebücher, Aufzeichnungen, Briefe*, Múnich, Oldenbourg, 2009.
- Nogales, Rafael de, *Four Years Beneath the Crescent*, Londres, 2003.

- Nowak, Karl Friedrich (ed.), *Die Aufzeichnungen des Generalmajor Max Hoffmann*, vol. I, Berlín, Verlag für Kulturpolitik, 1930.
- Nübel, Christoph, *Die Mobilisierung der Kriegsgesellschaft. Propaganda und Alltag im Ersten Weltkrieg in Münster*, Münster, 2008.
- Oldenburg, I. O., *Schlachten des Weltkrieges*, vol. VI: *Von Nancy bis zum Camp des Romains 1914*, Stalling, 2.^a ed., 1928.
- , vol. X: *Ypern 1914*.
- Oman, J., *The War and its Issues*, CUP, 1915.
- Painter, George, *Marcel Proust*, Pimlico, 1996.
- Paléologue, Maurice, *An Ambassador's Memoirs*, trad. F. A. Holt, Nueva York, George H. Doran, 1925.
- Palmer, Svetlana, y Wallis, Sarah (eds.), *The War in Words*, Simon & Schuster, 2003.
- Playne, Caroline, *Society at War*, Allen & Unwin, 1931.
- Poincaré, Raymond, *Comment fut déclarée la guerre de 1914*, Flammarion, 1939.
- Ponsonby, Arthur, *Falsehood in Wartime*, Londres, 1928.
- Pound, Reginald, *The Lost Generation*, Constable, 1964.
- Prévost, Alain, *Paysan français Ephraim Grenadou*, Éditions du Seuil, 1966.
- Priestley, R. E., *The Signal Service in the European War of 1914-18*, W. & J. Mackay, 1921.
- Ransome, Arthur, *Autobiography*, Cape, 1976.
- Recouly, Raymond, *Les heures tragiques d'avant-guerre*, París, 1922.
- Reed, John, *The War in Eastern Europe*, Eveleigh Nash, 1916.
- Reichsarchiv (ed.), *Der Weltkrieg 1914-1918*, vol. I, Berlín, Mittler, 1925.
- Reimann, Aribert, *Der große Krieg der Sprachen. Untersuchungen zur historischen Semantik in Deutschland und England zur Zeit des Ersten Weltkrieges*, Essen, Klartext, 2000.
- Reinschedl, Manfred, *Die Aufrüstung der Habsburgermonarchie von 1880 bis 1914 im internationalen Vergleich. Der Anteil Österreich-Ungarns am Wettrüsten vor dem Ersten Weltkrieg*, Fráncfort, 2001.
- Richards, Frank, *Old Soldiers Never Die*, Mott, 1983.
- Rioux, Jean-Pierre, *La dernière journée de paix*.
- Ritter, Gerhard, *The Sword and the Sceptre: The Problem of Militarism in Germany*, 4 vols., Allen Lane, 1970-1973.
- Rivière, Jacques, *Carnets 1914-1918*, ed. Isabelle y Alain Rivière, Fayard, 1974.
- Rohl, John C., *The Kaiser and His Court*, CUP, 1994.
- , *Wilhelm II: Into the Abyss of War and Exile*, CUP, 2013.

- Rougevin-Baville, coronel J., *Revue Historique de l'Armée*, Ministère des Armées, 1964: *L'aéronautique militaire française, les débuts de la guerre aérienne 1914*.
- Sanders, M. L., y Taylor, Philip M., *British Propaganda During the First World War 1914-18*, Macmillan, 1982.
- Schindler, John, «Disaster on the Drina: The Austro-Hungarian Army in Bosnia», en *War in History*, 9, 2002.
- Schmitt, Bernadotte, *The Fashion and Future of History: Historical Studies and Addresses*, Cleveland Press of Western Reserve University, 1960.
- Schneider, Constantin, *Die Kriegserinnerungen 1914-1919*, ed. Oskar Dohle, Viena, Böhlau, 2003.
- Schwarte, Max (ed.), *Technik des Kriegswesens*, Leipzig y Berlín, B. G. Teubner, 1913.
- Seligmann, Matthew, *The Royal Navy and the German Threat 1901-1914*, OUP, 2012.
- , *Naval Intelligence from Germany*, Navy Records Society, 2007.
- Sheldon, Jack, *The German Army at Ypres 1914*, Pen & Sword, 2010.
- Showalter, Dennis, *Tannenberg: Clash of Empires*, Archon, 1991.
- Sitwell, Osbert, *The Scarlet Tree*, Macmillan, 1947.
- Smith, Douglas, *Former People*, Macmillan, 2012.
- Smith, Leonard et al., *France and the Great War 1914-1918*, trad. Helen McPhail, CUP, 2003.
- Soames, Mary, *Speaking for Themselves*, Doubleday, 1998.
- Soutou, Georges-Henri, *L'or et le sang: Les buts de guerre économique de la première guerre mondiale*, París, Fayard, 1989.
- Spears, Edward, *Liaison 1914*, Stein & Day, 1968.
- Stahl und Steckrüben. Beiträge und Quellen zur Geschichte Niedersachsens im Ersten Weltkrieg (1914-1918)*, vols. I, II, Hamelín, Niemeyer, 1993.
- Steed, Wickham, *The Habsburg Monarchy*, Constable, 1913.
- Steffen, Gustaf F., *Krieg und Kultur. Sozialpsychologische Dokumente und Beobachtungen vom Weltkrieg 1914*, Jena, 1915.
- Steinberg, Jonathan, *Bismarck: A Life*, OUP, 2011.
- Stojadinović, Milan, *Ni rat ni pakt*, Otokar Kerošvani, Rijeka, 1970.
- Stone, Norman, *The Eastern Front*, Hodder & Stoughton, 1975.
- Strachan, Hew, *The First World War Vol I: To Arms*, OUP, 2001.
- Štrandman, Vasily N. (Basil de Strandman), *Balkanske uspomene* [«Memorias balcánicas»], Knjiga I., Deo 1-2, Žagor, Belgrado, 2009.
- Strong, Rowland, *Diary of an English Resident in France*, Eveleigh Nash, 1915.
- Stumpf, Richard, «Erinnerungen aus dem deutsch-englischen Seekriege auf

- S. M. S. Helgoland», en *Die Ursachen des Deutschen Zusammenbruches im Jahre 1918*, 4.^a serie, vol. X, 2, Berlín, Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik und Geschichte, 1928.
- Šuklje, Fran, *Iz mojih spominov*, II, Liubliana, 1995.
- Sulzbach, Herbert, *With the German Guns*, Warne, 1981.
- Tapert, Annette, *Despatches from the Heart*, Hamish Hamilton, 1984.
- Terraine, John, *Mons*, Batsford, 1960.
- Thiel, Jens, *Anerbung, Deportation und Zwangsarbeit im Ersten Weltkrieg*, Essen, Klartext, 2007.
- Thompson, John A., *Reformers and War*, CUP, 1987.
- Thompson, Wayne C., *In the Eye of the Storm*, University of Iowa Press, 1980.
- Thomson, George Malcolm, *Lord Castlerosse*, Weidenfeld & Nicolson, 1973.
- Tolstoy, Alexei, *Pisma s Puti* [«Noticias de viajes»], Russkie Vedomosti, 1914.
- Tomalin, Claire, *Thomas Hardy*, Penguin, 2006.
- Trushnovich, Aleksandr, *Vospominaniya kornilovtsa* [«Memorias de un hombre de Kornilov»], 1914-1934, Moscú y Fráncfort, 2004.
- Tuffrau, Paul, *Quatre années sur le front: Carnets d'un combattant*, París, Imago, 1998.
- Turczynowicz, Laura de G., *When the Prussians Came to Poland*, Nueva York, 1916.
- Turner E. S., *Dear Old Blighty*, Michael Joseph, 1980.
- Turner, L. C. F., *Origins of the First World War*, Edward Arnold, 1970.
- Überegger, Oswald, *Heimatfronten. Dokumente zur Erfahrungsgeschichte der Tiroler Kriegsgesellschaft im Ersten Weltkrieg*, Innsbruck UP, Wagner, 2006.
- Verhey, Jeffrey, *The Spirit of 1914*, CUP, 2000.
- Viard, Albert, *Lettres à Léa 1914-18*, Editions de l'Aube, 1998.
- Waites, Bernard, *A Class Society at War: England 1914-18*, Berg, 1977.
- Wallace, Stuart, *War and the Image of Germany*, John Donald, 1988.
- Waterhouse, Michael, *Edwardian Requiem: A Life of Sir Edward Greg*, Biteback, 2013.
- Wharton, Edith, *A Backward Glance*, Nueva York, Appleton-Century, 1934.
- Williamson, Samuel, *Austria-Hungary and the Origins of the First World War*, Macmillan, 1991.
- , *The Politics of Grand Strategy*, Harvard, 1970.
- Wilson, Keith (ed.), *Decisions for War 1914*, UCL Press, 1995.
- Wilson, Trevor, *The Myriad Faces of War*, Blackwell, 1986.
- Winslow, Carroll Dana, *With the French Flying Corps*, Charles Scribner's Sons, 1917.

- Winter, Denis, *First of the Few*, Penguin, 1982.
- Winter, Jay, *Remembering War*, Yale, 2006.
- y Robert, Jean-Louis (eds.), *Capital Cities at War*, CUP, 1997.
- Wisthaler, Sigrid (ed.), *Karl Außerhofer: Das Kriegstagebuch eines Soldaten im Ersten Weltkrieg*, Innsbruck UP, 2010.
- Wittgenstein, Ludwig, *Geheime Tagebücher 1914-1916*, Viena, Turia & Kant, 2.^a ed., 1991. [Hay trad. cast.: *Cuadernos de notas, Síntesis*, Madrid, 2009.]
- Wolff, Theodor, *Diaries 1914-19*, vol. I, Boldt Verlag, Boppard del Rin, 1984.
- Wolmar, Christian, *Engines of War: How Wars Were Won and Lost on the Railways*, Atlantic, 2010.
- Wolz, Nicolas, *Das lange Warten. Kriegserfahrungen deutscher und britischer Seeoffiziere 1914 bis 1918*, Paderborn, Schöningh, 2008.
- Yerta, Gabrielle y Marguerite, *Six Women and the Invasion*, Macmillan, 1917 (disponible en formato electrónico en Gutenberg).
- Young, Filson, *With the Battlecruisers*, Cassell, 1921.
- Zeynek, Theodor Ritter von, *Ein Offizier im Generalstabskorps*, ed. Peter Broucek, Viena, 2009.
- Ziemann, Benjamin, *War Experiences in Rural Germany 1914-23*, OUP, 2007.



«¡Los acorazados no tienen ruedas!»: oficiales alemanes y austríacos disfrutan del ingenio del caudillo supremo.



Poincaré y el zar durante la visita de estado francesa de julio de 1914 a San Petersburgo.



Asquith y Lloyd George en The Wharf, residencia rural del primer ministro en Berkshire.

Abajo, en el sentido de las agujas del reloj, desde el extremo inferior izquierdo: Pašić, Berchtold, Sazonov, Grey, Churchill y Bethmann Hollweg.



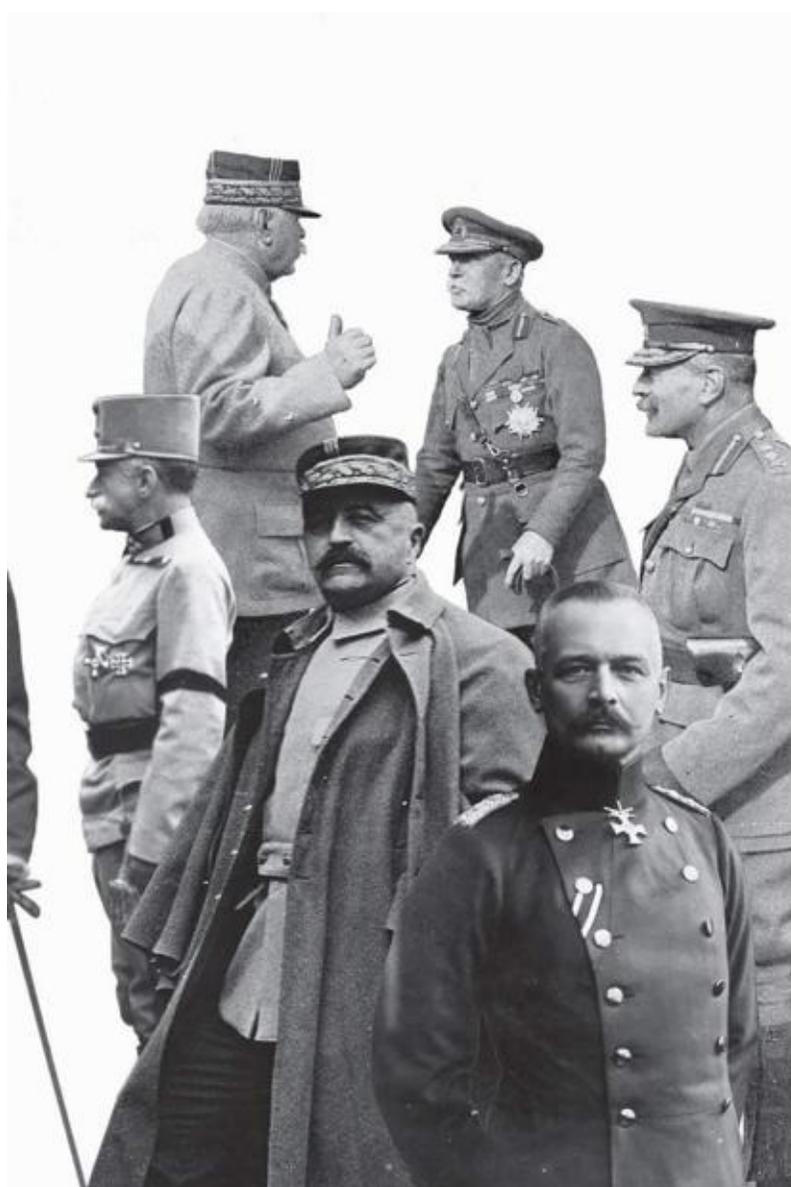


Todos los ejércitos, incluido el del zar, pedían la ayuda divina antes de ponerse en marcha.

*Abajo, en el sentido de las agujas del reloj, desde el extremo inferior izquierdo:
Moltke, Ludendorff, Hindenburg, Kitchener, Lanrezac.*



*Abajo, en el sentido de las agujas del reloj, desde el extremo inferior izquierdo:
Conrad, Joffre, French, Haig, Falkenhayn, Franchet d'Espèrey.*





Rusos en Galizia.

SERBIA



Avance de tropas serbias.



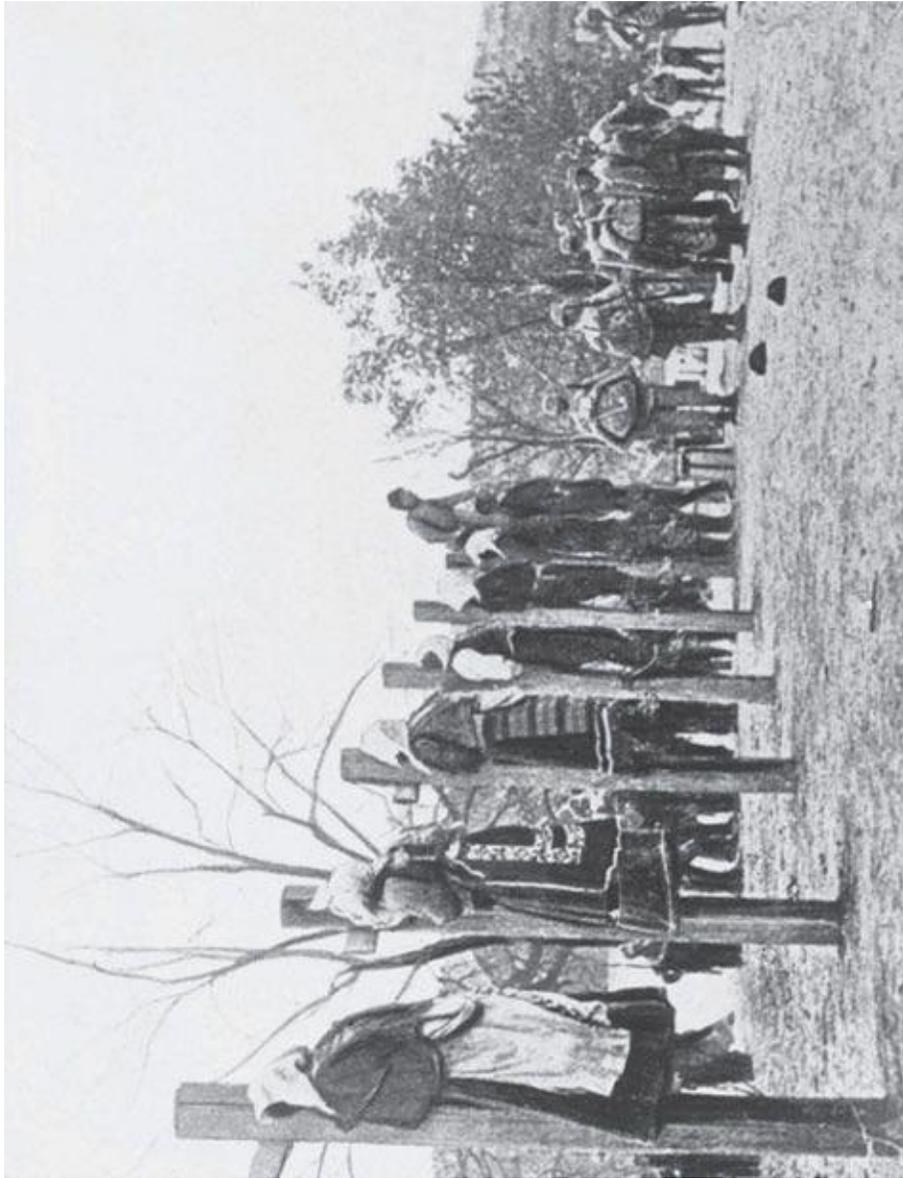
Putnik, el comandante en jefe serbio.



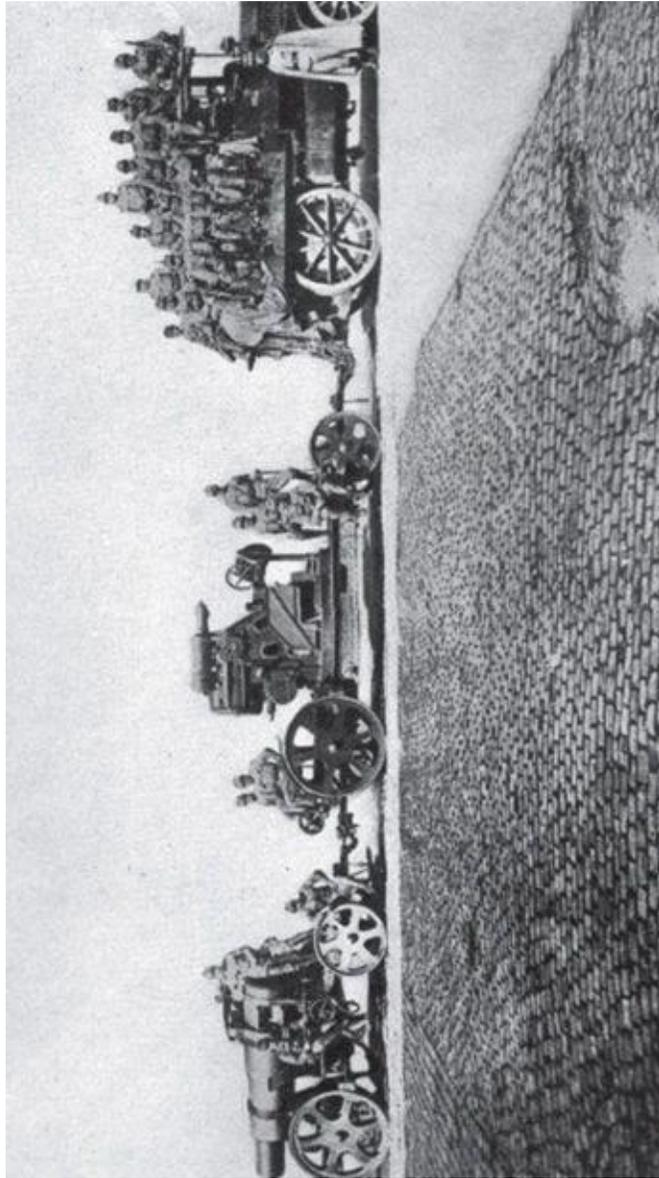
Potiorek, comandante de campo austríaco.



El cabo Egon Kisch (izquierda) y un camarada.



En Serbia, las tropas austríacas realizaron ejecuciones colectivas de civiles, en un ritual que a menudo se fotografió y difundió para disuadir a los posibles francotiradores.



Pieza de sitio austríaca, de la clase empleada para destruir los fuertes de Lieja.



Luck, al mando del 1.º Ejército alemán.



Bülow, al mando del 2.º Ejército.



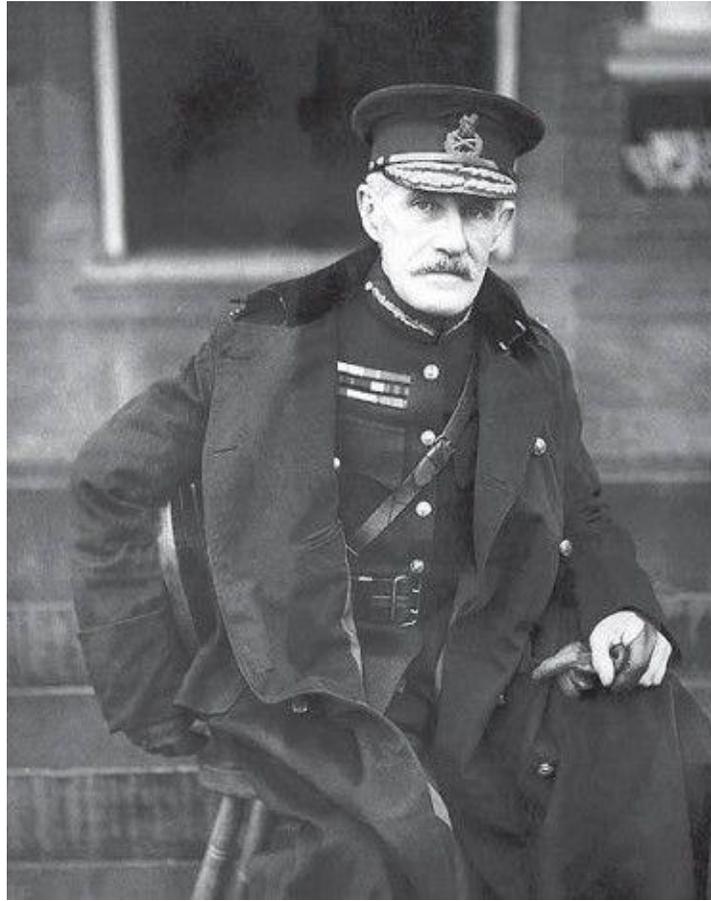
Algunos de los hombres de Joffre, antes del diluvio.



Los belgas, esforzándose hasta su modesto máximo.



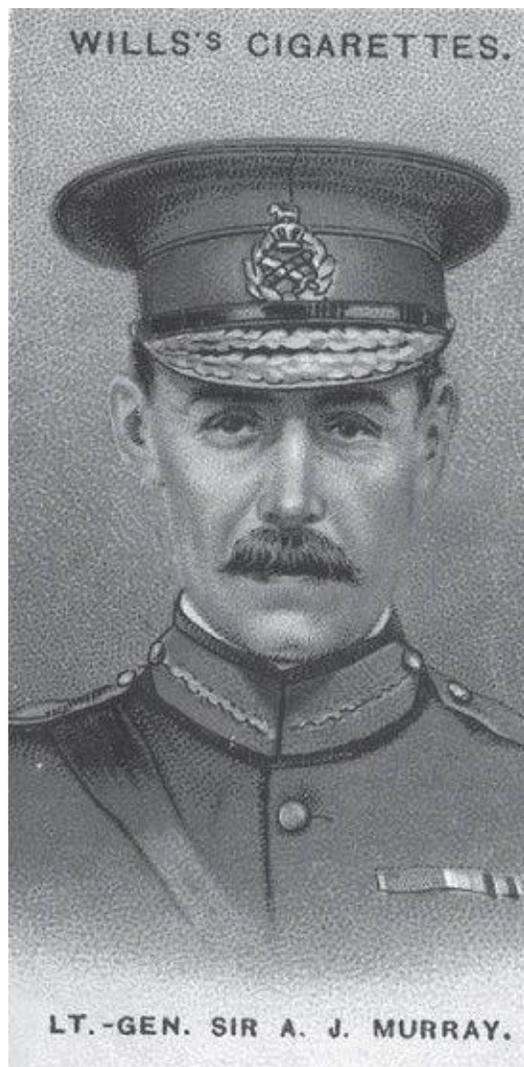
Los 75 milímetros —los legendarios soixante-quinzes franceses— en acción.



Smith-Dorrien, que eligió luchar en Le Cateau.



Wilson (aquel «rufián ponzoñoso pero astuto») con Foch y el coronel Huguet.



Murray, jefe del estado mayor de la Fuerza Expedicionaria Británica, que escribió de sir John French: «Yo sabía, mejor que nadie, que su salud, carácter y temperamento lo hacían inadecuado ... para la crisis a la que nos enfrentábamos».



Un espectáculo familiar para incontables tropas francesas y británicas en el verano de 1914: el avance de soldados alemanes.



Soldados franceses muestran el espíritu ofensivo tan valorado por Joffre.



Lucha de la caballería austro-húngara en Galicia.



Soldados británicos en despliegue en su primer campo de batalla.



Soldados británicos aguardando al enemigo.



Samsonov



Soldados rusos pagan el arrojado de sus comandantes, y abajo: caen prisioneros por decenas de miles después de Tannenberg.





Rennenkampf



Pintura de Fortunino Matania, que muestra la acción de la Batería L en Néry.



Una de las pocas fotografías en apariencia genuinas de la retirada: hombres del regimiento de Middlesex bajo el fuego.



En todos los países se abrieron gran cantidad de nuevas puertas a las mujeres para que ocuparan los puestos de los millones de hombres ausentes. Aquí, una chica de Suffolk se muestra orgullosa a los mandos de un tranvía de Lowestoft.



Vivac de soldados rusos, la clase de hombres que, si sobrevivió, engrosó las filas de los revolucionarios de 1917.



Imagen idealizada de un hospital de campaña ruso. Las bajas de todos los ejércitos recibieron cuidados sumamente inadecuados —si recibían alguno— en los primeros meses del conflicto.



Aspecto del frente occidental en el invierno de 1914: trincheras, ametralladoras, barro y alambrada. Salvo para una foto posada como la presente, ningún soldado, de ningún ejército, se aventuraba a mostrarse por encima de los parapetos.



TESTIGOS DE LA CATÁSTROFE

1: Dorothe Feilding; 2: Edouard Cœurdevey; 3: Jacques Rivière; 4: teniente coronel Richard Hentsch; 5: Paul Lintier; 6: Vladimir Littauer; 7: Constantin Schneider; 8: Lionel Tennyson; 9: Venetia Stanley; 10: Louis Spears; 11: Helene Schweida y su futuro marido, Wilhelm Kaisen; 12: Louis Barthas; 13: François Mayer.



La guerra creó penalidades inenarrables entre los civiles: separaciones, hambre, indigencia y la pérdida de seres queridos en las sociedades de toda Europa. Aquí, una familia —entre los millones de refugiados franceses, belgas, polacos, serbios, prusiano-orientales y galizianos— huye de un campo de batalla cuando, por detrás de ellos, se acercan los artilleros.



En Bélgica, durante el invierno de 1914, unos soldados británicos contemplan un medio que apenas sufriría alteraciones durante cuatro años, salvo para los que lo cambiaban por un lugar de descanso eterno en la tierra del lugar.

Notas

- [1.](#) Keith Jeffrey, *Field Marshal Sir Henry Wilson: A Political Soldier*, OUP, 2006, p. 80.

[2.](#) André Gide, *Journals 1914-27*, trad. Justin O'Brien, Secker & Warburg, 1948, p. 48.

3. Sir Alfred Knox, *With the Russian Army*, Hutchinson, 1921, vol. I, p. 45.

[1.](#) Edward Spears, *Liaison 1914*, p. VII.

[2.](#) Brenda Horsfield, *The Listener*, 20 de enero de 1972.

3. Sean McMeekin, *The Russian Origins of the First World War*, Belknap, 2011, p. 5.

[4. Spears, p. 9.](#)

[1.](#) Frederic Morton, *Thunder at Twilight*, Nueva York, 1989, p. 92.

[2.](#) Wickham Steed, *The Habsburg Monarchy*, Constable, 1913, p. 282.

3. Silvija Đurič y Vidosav Stevanović (eds.), *Golgota i vaskrs Srbije, 1914-1915*, Belgrado, 1990, 3.ª ed., p. 242, diario de Jovan Žujović.

4. Vladimir Dedijer, *The Road to Sarajevo*, MacGibbon & Kee, 1967, p. 10.

5. Dirr, Pius (ed.), *Bayerische Dokumente zum Kriegsausbruch und zum Versailler Schuldspruch*, München y Berlin, 1922, pp. 114-115.

6. Albert Hopman, *Das ereignisreiche Leben eines 'Wilhelminers'. Tagebücher, Briefe, Aufzeichnungen 1901 bis 1920*, ed. Michael Epkenhans, München, Oldenbourg, 2004, p. 380.

[Z. Ransome, p. 166.](#)

[8.](#) Jo Mihaly, ... *da gibt's ein Wiedersehn! Kriegstagebuch eines Mädchens 1914-1918*, Friburgo, F. H. Kerle, 1982, p. 26, 5 de agosto de 1914.

[9.](#) Andrej Mitrovic, *Serbia's Great War*, Hurst, 2007, p. 13.

[1.](#) Winston Churchill, *The World Crisis*, vol. I, Thornton Butterworth, 1923.

[2.](#) Reginald Pound, *The Lost Generation*, Constable, 1964, p. 12.

[3.](#) Christian Kehrt, *Moderne Krieger. Die Technikerfahrungen deutscher Militärpiloten 1910-1945*, Paderborn, Schöningh, 2010, p. 50.

4. Charles Masterman, *The Condition of England*, Londres, 1909, p. 74.

5. Carl von Lang, «Die Lage auf dem Balkan», en *Danzer's Armee-Zeitung* 19 (1914), n.º 1/2, pp. 10-11.

6. Winston Churchill, *My Early Life*, Eland Books, 2000, p. 67.

[7](#). BNA, FO371/1374, parte de Russell.

8. Seligmann, *Naval Intelligence*, p. 535.

9. Gerhard Hirschfeld *et al.* (eds.), *Kriegserfahrungen. Studien zur Sozial- und Mentalitätsgeschichte des Ersten Weltkriegs*, Essen, Klartext, 1997, pp. 330-331.

[10](#). Christopher Clark, *The Sleepwalkers*, Allen Lane, 2012, p. 182.

[11](#). Hopman, p. 368.

[12.](#) *Ibid.*, p. 378.

[13.](#) Jonathan Steinberg, *Bismarck: A Life*, OUP, 2011, p. 458.

[14.](#) Steinberg, p. 479.

[15](#). Seligmann, *Naval Intelligence*, p. 528.

[16](#). *Ibid.*, p. 545.

[17.](#) *H. H. Asquith Letters to Venetia Stanley*, ed. Michael y Eleanor Brock, OUP, 1982, 14 de junio de 1914, p. 86.

[18.](#) John C. Rohl, *The Kaiser and His Court*, CUP, 1994, p. 175.

[19](#). Norman Stone, *The Eastern Front*, Hodder & Stoughton, 1975, p. 71.

[20](#). Morton, p. 19.

[21](#). Steed, p. 202.

[22](#). D. C. B. Lieven, *Russia and the Origins of the First World War*, Nueva York, St. Martin's, 1983, p. 46.

[23](#). Lieven, p. 128.

[24](#). McMeekin, p. 32.

[25](#). *The Lady*, 27 de agosto de 1914.

[26](#). Lieven, p. 65.

[27](#). *Ibid*, p. 15.

[28](#). *Ibid.*, p. 23.

[29](#). *Ibid.*, p. 21.

[30](#). Кнох, р. 37.

[31](#). Joseph Jacques Césaire Joffre, *The Memoirs of Marshal Joffre*, trad. coronel T. Bentley Mott, Bles, 1931, p. 59.

[32](#). Lieven, p. 113.

[33](#). NV 1/14 de junio de 1908, p. 3.

[34](#). Lieven, p. 41.

[35](#). *Ibid.*, p. 42.

[36](#). Herbert Vivian, *Servia: The Poor Man's Paradise*, Longmans, 1897, p. VI.

[37](#). *Ibid.*, p. 236.

[38](#). John Reed, *The War in Eastern Europe*, Londres, Eveleigh Nash, 1916, p. 53.

[39](#). *Ibid.*, p. 3.

[40](#). Becker, *Guerre*, p. 47.

[41](#). *Ibid.*, p. 21.

[42.](#) Jean-Pierre Minaudier, *Population et Société de 1850 à 1914*, Lycée La Bruyère, Versailles, 2004, p. 4.

[43](#). *Ibid.*, p. 7.

[44](#). *Ibid.*, p. 2.

[45](#). Becker, *Guerre*, pp. 52-53.

[46](#). George Dangerfield, *The Strange Death of Liberal England*, Constable, 1935, p. 211.

[47](#). C. E. Montague, *Rough Justice*, Chatto & Windus, 1926, p. 49.

[48](#). Dangerfield, p. 242.

[49](#). Henry Wilson, diario, 23 de marzo de 1914.

[50](#). Roy Jenkins, *Asquith*, Collins, 1964, p. 52.

[51](#). Dangerfield, p. 17.

[52](#). *Ibid.*, p. 49.

[53](#). *Ibid.*, p. 79.

[54](#). *Ibid.*, p. 322.

[55](#). *Ibid.*, p. 281.

[56](#). Annika Mombauer, *Helmuth von Moltke and the Origins of the First World War*, CUP, 2000, p. 50.

[57](#). Holger Herwig, *The First World War: Germany and Austria-Hungary 1914-18*, Arnold, 1997, p. 45.

[58](#). Churchill, *World Crisis*, vol. I, p. 154.

[59](#). Theodor Ritter von Zeynek, *Ein Offizier im Generalstabskorps erinnert sich*, Peter Broucek (ed.), Viena, Colonia y Weimar, 2009, p. 47.

[60](#). Wolfdieter Bihl, *Der Erste Weltkrieg 1914-1918. Chronik - Daten – Fakten*, Viena, Böhlau, 2010, pp. 61-62.

[61](#). Rohl, pp. 162-163.

[62](#). Véase John Rohl, *passim*.

[63](#). Keith Wilson (ed.), *Decisions for War 1914*, UCL Press, 1995, p. 44.

[64](#). Becker, *Guerre*, p. 55.

[65](#). David Lloyd George, *War Memoirs*, vol. I, Ivor Nicholson & Watson, 1933, p. 30.

[66](#). Lieven, p. 48.

[67](#). Recouly, p. 104.

[68](#). Lloyd George, vol. I, p. 1.

[69](#). Osbert Sitwell, *Great Morning*, Macmillan, 1948, p. 297.

[70](#). Jeffrey, p. 97.

[71](#). Clark, p. 213.

[72](#). *Ibid.*, p. 211.

[73](#). Churchill, *My Early Life*, p. 66.

[74](#). Michael Waterhouse, *Edwardian Requiem*, Biteback, 2013, *passim*.

[75](#). Lloyd George, p. 46.

[76](#). Lloyd George, vol. I, p. 48.

[77](#). *Ibid.*, p. 97.

[78](#). Henry Wilson, diario, 9 de agosto de 1911.

[79](#). Michael Holroyd, *Bernard Shaw*, Chatto & Windus, 1997, p. 450.

[80](#). Henry Wilson, diario, 22 de noviembre de 1913.

[81](#). Jeffrey, p. 76.

[82](#). *Ibid.*, p. 80.

[83](#). *Ibid.*, p. 84.

[84](#). Asquith a Stanley, 20 de diciembre de 1914.

[1.](#) Joven D. Avakumović, *Memoari*, Izdavačka knjižarnica Zorana Stojanovića, Sremski Karlovci-Noví Sad, 2008, p. 587.

[2](#). *Ibid.*, p. 589.

3. Dirr, p. 120.

4. Jovan Dinić, «Stupanje u đачki bataljon», en Đurić y Stevanović, p. 261.

5. Keith Wilson, p. 13.

6. *Ibid.*, p. 14.

7. Wayne C. Thompson, *In the Eye of the Storm*, University of Iowa Press, 1980, p. 74.

[8](#). *Ibid.*, p. 78.

[9](#). Hopman, 6 de julio de 1914, p. 383.

[10](#). *Ibid.*, p. 385.

[11](#). Keith Wilson, p. 15.

[12.](#) Mombauer, pp. 213-214.

[13](#). Kronenbitter, pp. 485-486.

[14.](#) Mombauer, p. 122.

[15](#). Citado por Jeffrey Verhey, *The Spirit of 1914*, CUP, 2000, p. 14.

[16.](#) Wetterleuchten, en *Danzer's Armee-Zeitung* 19, 1914, n.º 5/6, pp. 9-10.

[17](#). Raymond Poincaré, *Comment fut déclarée la guerre de 1914*, Flammarion, 1939, *passim*.

[18](#). Maurice Paléologue, *An Ambassador's Memoirs*, trad. F. A. Holt, Nueva York, George H. Doran, 1925, p. 3.

[19](#). *Ibid.*, p. 4.

[20](#). Paléologue, p. 3.

[21](#). Clark, p. 209.

[22](#). *Ibid.*, p. 266.

[23](#). Paléologue, p. 7.

[24](#). Hayne, pp. 272-273.

[25.](#) Đurič y Stevanović, p. 48.

[26](#). Strandmann, p.300.

[27](#). Recouly, p. 94.

[28](#). *Ibid.*, p. 95.

[29](#). Johannna Krafft-Krivanec, *Niedergeschrieben für euch. Ein Kriegstagebuch aus kulturanthropologischer Perspektive*, Viena, Passagen Verlag, 2005, p. 47, 10 de agosto de 1914.

[30](#). Mihajlović, 25-7-1914 en Đurič y Stevanović, p. 26.

[31](#). Lieven, p. 143.

[32.](#) Bjorn Emigholz (ed.), *Die Tagebücher der Gertrud Schädla 1914-1918*, Verden, 2000.

[33](#). Lloyd George, vol. I, p. 53.

[34](#). Churchill, vol. I, p. 193.

[35](#). Carta de Asquith a VS, 24 de julio de 1914, p. 125.

[36](#). George Malcolm Thomson, *Lord Castlerosse*, Weidenfeld & Nicolson, 1973, p. 35.

[37](#). Gide, p. 45, 27 de julio de 1914.

[38](#). AS Jovan Žujović, nota 81. Diario manuscrito, p. 244.

[39](#). Riezler, diario, 25 de julio de 1914.

[40](#). Joffre, p. 115, 24 de julio de 1914.

[41](#). *Ibid.*, p. 116.

[42](#). Keith Wilson, p. 158.

[43](#). *Russky Invalid*, n.º 164.

[44.](#) *Ibid.*, n.º 163, 27 de julio de 1914, sección dominical «La vida pública».

[45](#). Littauer, Vladimir, *Russkie gusary* [«Los húsares rusos»], Moscú, 2006, p. 126.

[46](#). McMeekin, p. 67.

[47](#). Archivos GW, información privada para el autor, 1964.

[48](#). SB S 7 97/2-2, Kaisen, manuscrito.

[49](#). Seligmann, *Naval Intelligence*, p. 538.

[50](#). Vorwärts, 27 de julio, p. 15.

[51](#). Chickering, pp. 59-60.

[52](#). Verhey, p. 20.

[53](#). Recouly, p. 23.

[54](#). Francis Bertie, *The Diary of Viscount Bertie of Thame, 1914-1918*, ed. lady Algernon Gordon-Lennox, Hodder & Stoughton, 1924.

[55](#). Keith Wilson, p. 16.

[56](#). Milan M. Stojadinović, *Ni rat ni pakt*, Otokar Kerošvani, Rijeka, 1970, p. 71.

[57](#). Vasilij N. Štrandman (Basil de Strandman), *Balkanske uspomene* [«Memorias balcánicas»], Knjiga I., Deo 1-2, Žagor, Belgrado, 2009, p. 329.

[58](#). Joffre, p. 120.

[59](#). Wencke Meteling, *Ehre, Einheit, Ordnung. Preußische und französische Städte und ihre Regimenter im Krieg, 1870/71 und 1914-19*, Baden-Baden, Nomos, 2010, p. 321. Derenne, diario, 29 de julio de 1914.

[60](#). Gide, p. 48, 28 de julio de 1914.

[61](#). Tom Clarke, *My Northcliffe Diary*, Gollancz, 1931, p. 60.

[62](#). Recouly, p. 45.

[63](#). Soames, *Mary Speaking for Themselves*, p. 96.

[64](#). SSA Belgrado 80-7-356-7.

[65](#). McMeekin, p. 73.

[66](#). Lieven, p. 147.

[67](#). *Ibid.*, p. 86.

[68](#). Littauer, p. 127.

[69](#). Кнох, р. 39.

[70](#). Immanuel Geiss, *July 1914*, Batsford, 1967, p. 132.

[71](#). Hesse, p. 2.

[72](#). Mombauer, p. 118.

[73](#). *Ibid.*, p. 199.

[74](#). Keith Wilson, p. 39.

[75](#). Asquith a VS, 30 de julio de 1914, p. 136.

[76](#). Mombauer, p. 205.

[77](#). Bertie, diario, 30 de julio de 1914.

[78](#). P. J. Flood, *France 1914-18: Public Opinion and the War Effort*, Macmillan, 1990, p. 10.

[79](#). Recouly, p. 110.

[80](#). *Ibid.*, p. 111.

[81](#). Reichsarchiv (ed.), *Der Weltkrieg 1914-1918*, vol. I, Berlin, Mittler, 1925, pp. 104-105.

[82](#). Mombauer, p. 223.

[83](#). Peter Longerich, *Heinrich Himmler: A Life*, OUP, 2011, p. 19.

[84](#). Verhey, p. 59.

[85](#). Keith Wilson, p. 39.

[86](#). Mombauer, 14 de junio de 1915.

[87](#). Keith Wilson, p. 28.

[88](#). Wolff, diario, 17 de febrero de 1915.

[89](#). Verhey, p. 58.

[90](#). Schädla, diario, 1 de agosto de 1914.

[91](#). *Ibid.*, 19 de agosto de 1914.

[92](#). Bertie, diario, 31 de julio de 1914.

[93](#). Jean-Pierre Rioux, *La dernière journée de paix*, p. 66.

[94](#). *Ibid.*, p. 68.

[95](#). Recouly, p. 114.

[96](#). *Ibid.*, p. 116.

[97](#). *Ibid.*

[98](#). Bertie, diario, 1 de agosto de 1914.

[99](#). Edith Wharton, *A Backward Glance*, Nueva York, Appleton-Century, 1934, p. 336.

[100](#). John Jay, *Freud: A Life*, Little Books, 2006, p. 347.

[101](#). Richard Stumpf, «Erinnerungen aus dem deutsch-englischen Seekriege auf S. M. S. Helgoland», en: *Die Ursachen des Deutschen Zusammenbruches im Jahre 1918*, 4.^a serie, vol. X, 2, Berlín, Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik und Geschichte, 1928, p. 11, 2 de agosto de 1914.

[102](#). William J. Guard, *The Soul of Paris: Two Months in the French Capital During the War of 1914*, Sun Co., 1914, p. 12.

[103](#). Maurice Baring, *Flying Corps Headquarters 1914-18*, Buchan & Enright, 1985, p. 6.

[104](#). Recouly, p. 51.

[105](#). *Economist*, 1 de agosto de 1914.

[106](#). Asquith a VS, 1 de agosto de 1914, p. 139.

[107](#). Recouly, p. 55.

[108](#). Keith Wilson, p. 179.

[109](#). Recouly, p. 130.

[110](#). *Ibid.*, p. 128.

[111](#). Alberto de Bélgica, *Le Roi Albert à travers de ses lettres inédites 1882-1916*, ed. Thielemans y Vandevoude, Bruselas, 1982, p. 85.

[112](#). Recouly, p. 137.

[113](#). Hugh Gibson, *A Journal from Our Legation*, Nueva York, 1917, p. 43.

[114](#). Véase Keith Wilson, p. 155.

[115](#). *L'Express*, 24 de julio de 1914.

[116](#). IWM 05/63/1, documentos de N. Macleod.

[117](#). *Ibid.*

[118](#). Festing, manuscrito, p. 4.

[119](#). Bertie, diario, 4 de agosto de 1914.

[120](#). Recouly, p. 25.

[121](#). Clark, pp. 63-64.

[122](#). Strong, p. 21.

[123](#). IWM 05/63/1, documentos de N. Macleod.

[124](#). Festing, manuscrito, p. 11.

[125](#). Herwig, *War*, p. 31.

[126](#). Christopher Andrew, *The Defence of the Realm: The Authorized History of MI5*, Allen Lane, 2005, p. 52.

[127](#). Holroyd, p. 448, 4 de agosto de 1914.

[128](#). Кнох, р. XXxv.

[129](#). Fran Šuklje, *Iz mojih spominov*, II, Ljubljana, 1995.

[130](#). Baring, p. 9.

[131](#). Georges-Henri Soutou, p. 22.

[132](#). *Ibid.*, p. 22 y *passim*.

[133](#). *Ibid.*, p. 30.

[1. BNA CAB15/5.](#)

[2.](#) Tadija Pejović, «Dvadesetšesti juli 1914», en Đurič y Stevanović, pp. 31-32.

3. J. Oman, *The War and its Issues*, CUP, 1915, p. 91.

4. [Johanna Krafft-Krivanec](#), *Niedergeschrieben für euch. Ein Kriegstagebuch aus kulturanthropologischer Perspektive*, Viena, Passagen Verlag, 2005, pp. 59-60.

[5](#). IWM 91/3/1, Edouard Beer, manuscrito.

6. S. S. Kondurashkin, *Vsled za voinoi* [«Tras los pasos de la guerra»], Petrogrado, 1915, p. 9.

7. Josh Samborn, «The Mobilization of 1914 and the Question of the Russian Nation: A Re-examination», *Slavic Review*, vol. LIX, n.º 2, verano de 2000; p. 272.

8. Alain Prévost, *Paysan français Ephraïm Grenadou*, Éditions du Seuil, 1966, p. 76.

[9](#). Flood, p. 7.

[10](#). *Ibid.*, p. 12.

[11](#). *Ibid.*, p. 13.

[12.](#) Gide, p. 51.

[13](#). *Ibid.*, p. 34.

[14.](#) IWM 76/21/1, *Major Hon. (Lionel) Tennyson*.

[15.](#) Oswald Überegger (ed.), *Heimatfronten. Dokumente zur Erfahrungsgeschichte der Tiroler Kriegsgesellschaft im Ersten Weltkrieg*, Innsbruck UP, Wagner, 2006, pp. 24-25.

[16.](#) Überegger, pp. 405-406.

[17.](#) Constantin Schneider, *Die Kriegserinnerungen 1914-1919*, ed. Oskar Dohle, Viena, Böhlau, 2003, pp. 22-23.

[18.](#) *The Times*, carta, 5 de agosto de 1914.

[19](#). Archivos GW, carta de G. Galpin al autor, 7 de mayo de 1964.

[20](#). Max Egremont, *Forgotten Land: Journeys Among the Ghosts of East Prussia*, Picador, 2011, p. 75.

[21](#). Recouly, p. 36.

[22](#). Mihaly, p. 15, 2 de agosto de 1914.

[23](#). *Ibid.*, p. 16, 2 de agosto de 1914.

[24](#). Clarke, p. 64.

[25](#). *The Times*, 6 de agosto de 1914.

[26](#). NAZ, 22 de agosto de 1914.

[27](#). Rioux, pp. 63-64.

[28](#). Holroyd, p. 449.

[29](#). *Ibid.*, p. 453.

[30](#). *Berliner Geschichtswerkstatt*, p. 161.

[31](#). Nubel, p. 80.

[32](#). Slavka Mihajlović, 17 de septiembre de 1914, en Đurič y Stevanović, p. 140.

[33](#). Bertie, diario, 7 de agosto de 1914.

[34.](#) *The Times*, 22 de agosto de 1914.

[35](#). Verhey, p. 84.

[36](#). ASA, manuscrito Matija Malešič, *Diario de guerra 1914*, p. 44. 36. *Stahl und Steckrüben. Beiträge und Quellen zur Geschichte Niedersachsens im Ersten Weltkrieg (1914-1918)*, vol. I, Hamelín, Niemeyer, 1993, p. 75, 3-8-1914.

[37](#). Kondurashkin, p. 8.

[38](#). *Ibid.*, p. 10.

[39](#). *Stahl und Steckrüben*, p. 117, 19 de agosto de 1914.

[40.](#) Gudehus-Schomerus.

[41](#). Krafft-Krivanec, p. 59.

[42](#). Thompson, p. 96.

[43](#). Verhey, p. 128.

[44](#). IWM 05/63/1, documentos de N. Macleod.

[45.](#) *The Economist*, 8 de agosto de 1914.

[46](#). E. S. Turner, *Dear Old Blighty*, Michael Joseph, 1980, p. 26.

[47](#). Claire Tomalin, *Thomas Hardy*, Penguin, 2006, p. 332.

[48](#). Stuart Wallace, *War and the Image of Germany*, John Donald, 1988, p. 74.

[49](#). Manuscrito Emmet, colección de la familia, prestado al autor.

[50](#). *Berliner Geschichtswerkstatt*, pp. 165-166.

[51](#). Violet Bonham-Carter, *Champion Redoubtable: The Diaries and Letters of Violet Bonham-Carter 1914-45*, ed. Mark Pottle, Weidenfeld & Nicolson, 1998, p. 7.

[52](#). Caroline Playne, *Society At War*, Allen & Unwin, 1931, p. 100.

[53](#). Gottfried Niedhart (ed.), *Gustav Mayer. Als deutsch-jüdischer Historiker in Krieg und Revolution 1914-1920. Tagebücher, Aufzeichnungen, Briefe*, München, Oldenbourg, 2009, pp. 314-315.

[54](#). Verhey, p. 92.

[55](#). IWM 07/63/1 GCF, documentos Harcourt-Vernon, 6 de agosto de 1914.

[56](#). Allan Mallinson, *The Times*, 10 de septiembre de 2011.

[57](#). Verhey, p. 75.

[58](#). Svetlana Palmer y Sarah Wallis (eds.), *The War in Words*, Simon & Schuster, 2003, p. 44.

[59](#). Kitty Muggeridge y Ruth Adam, *Beatrice Webb*, Secker & Warburg, 1967, p. 206.

[60](#). Holroyd, p. 447.

[61](#). Chickering, *Urban Life*, p. 73.

[62](#). Arthur Ransome, *Autobiography*, Cape, 1976, p. 169.

[63](#). *Ibid.*, p. 273.

[64](#). Michael Neiburg, *Dance of the Furies: Europe and the Outbreak of World War 1*, Belknap, 2011, p. 132.

[65](#). Lieven, p. 21.

[66](#). Josh Samborn, «Mobilization of 1914», p. 275.

[67](#). Ludwig Wittgenstein, *Geheime Tagebücher 1914-1916*, Viena, Turia & Kant, 1991, p. 13.

[68](#). *Ibid.*, p. 17, 15 de agosto de 1914.

[69](#). Palmer y Wallis, p. 19.

[70](#). Andrew Boyle, *The Riddle of Erskine Childers*, Hutchinson, 1977, p. 198.

[71](#). *Ibid.*, p. 201.

[72](#). Lloyd George, p. 83.

[73](#). *Ibid.*, p. 63.

[74](#). Palmer y Wallis, p. 20.

[75](#). *Ibid.*, p. 21

[76](#). *The Times*, 22 de agosto de 1914.

[77](#). Archivos GW, *Lt. Col. G. B. Hamley* al autor, 16 de mayo de 1964.

[78](#). Archivos GW, Stephen Lang al autor, 1964.

[79](#). Clarke, p. 65.

[80](#). Douglas Haig, *War Diaries and Letters*, ed. Gary Sheffield y John Bourne, Weidenfeld & Nicolson, 2005, p. 54.

[81](#). *Ibid.*, p. 56.

[82](#). George Painter, *Marcel Proust*, Pimlico, 1996, p. 217.

[83](#). *Ibid.*

[84](#). Chickering, *Urban Life*, p. 67.

[85](#). Hirschfeld *et al.* (eds.), *Kriegserfahrungen*, p. 41.

[86](#). Mihaly, pp. 24-25, 4 de agosto de 1914.

[87](#). Kondurashkin, p. 13.

[88](#). Littauer, p. 129.

[89](#). *Ibid.*, p. 128.

[90](#). Thomson, p. 83.

[91](#). Strong, p. 128.

[92](#). Stein, manuscrito, IWM 86/30/1.

[93](#). NUK/R, Jože Cvelbar, manuscrito 1774.

[94](#). Jean Lacouture, *De Gaulle: The Rebel 1890-1944*, Collins Harvill, 1990, p. 29.

[95](#). *Ibid.*, p. 26.

[96](#). Mombauer, p. 233.

[97](#). Palmer y Wallis, p. 53.

[98](#). Florence Farmborough, *Nurse at the Russian Front: A Diary 1914-18*, Londres, 1977, p. 17.

[1.](#) Đurič y Stevanović, pp. 35, 37.

[2.](#) *Ibid.*, p. 45 y ss.

[3](#). Vivian, p. 198.

[4. Kronenbitter](#), pp. 484-485.

5. Jay, p. 346.

[6.](#) Herwig, *War*, p. 52.

[7. Kronenbitter](#), p. 87.

[8](#). *Ibid.*, p. 107.

[9.](#) *The Times*, 27 de julio de 1914.

[10](#). Reed, p. 47.

[11](#). Živanović, en Đurić y Stevanović, p. 50.

[12.](#) *Ibid.*, p. 32.

[13](#). Strandman, p. 323.

[14.](#) Stojadinović, p. 72.

[15.](#) Sveta Milutinović, *Kako se u Beogradu živelo prvim danima svetskog rata*, p. 39.

[16.](#) Đurič y Stevanović, p. 52.

[17](#). *Ibid.*, pp. 121-122.

[18.](#) Žujović, diario, p. 246.

[19](#). ASA, manuscrito Matija Malešič, *Diario de guerra 1914*.

[20](#). ASA, B 1600/6: Alexander Koloman Maria Pallavicini, «La campaña serbia 1914», 6 de agosto de 1914.

[21](#). Kisch, p. 31, 10 de agosto de 1914.

[22](#). Kisch, p. 33.

[23](#). *Ibid.*, pp. 34-35, 12 de agosto de 1914.

[24.](#) ASA, Alexander Pallavicini, «Markgraf Pallavicini B 1600».

[25](#). Kisch, p. 40, 14 de agosto de 1914.

[26](#). ASA B1600/6, AKM Pallavicini, 14/15 de agosto de 1914.

[27](#). Kisch, p. 36.

[28](#). Jonathan Gumz, *The Resurrection and Collapse of Empire in Habsburg Serbia 1914-18*, CUP, 2009, p. 46.

[29](#). Kisch, p. 46.

[30](#). ASA Pallavicini, diario manuscrito, B 1600/6.

[31](#). Holzer, Anton, *Das Lächeln der Henker. Der unbekannte Krieg gegen die Zivilbevölkerung 1914-1918*, Darmstadt, Primus, 2008, p. 101.

[32](#). ASA B 1600/6: Alexander Koloman Maria Pallavicini, diario manuscrito, «La campaña serbia 1914».

[33](#). Holzer, pp. 133-137, 141-144.

[34](#). Gumz, p. 47.

[35](#). ASA, manuscrito Pallavicini, 18 de agosto de 1914.

[36](#). ASA B609, manuscrito Bachmann.

[37](#). Kisch, p. 50, 16 de agosto de 1914.

[38](#). Kisch, pp. 41-42.

[39](#). *Ibid.*, p. 43.

[40](#). *Ibid.*, pp. 127-128, 19 de septiembre de 1914.

[41.](#) ASA Matija Malešič, *Diario de guerra 1914.*

[42](#). Kisch, pp. 59-61.

[43.](#) ASA B1600/6 AKM Pallavicini.

[44](#). Mitrovic, p. 69.

[45](#). Krafft-Krivanec, p. 63, 17 de agosto de 1914.

[46](#). Krafft-Krivanec, pp. 75-76.

[47](#). *Ibid.*, pp. 77-78, 23 de agosto de 1914.

[48](#). *Ibid.*, p. 84.

[49](#). Kisch, p. 64, 20 de agosto de 1914.

[50](#). Kisch, pp. 69-70.

[51](#). Lampe, p. 51.

[52](#). Krafft-Krivanec, p. 85, 24 de agosto de 1914.

[53](#). Lampe, p. 50.

[54](#). Kisch, pp. 77-79, 29 de agosto de 1914.

[55](#). *Ibid.*, p. 79, 29 de agosto de 1914.

[56](#). *Ibid.*, pp. 92-93.

[57](#). Đurič y Stevanović, pp. 250-251.

[58](#). SSA, Belgrado, 10 de julio de 1914.

[59](#). Kisch, p. 73.

[60](#). Kisch, p. 94, 7 de septiembre de 1914.

[61](#). *Ibid.*, pp. 98-99.

[62](#). ASA, manuscrito Matija Malešič, *Diario de guerra 1914*.

[63](#). Mitrovic, p. 75.

[64](#). ASA B 609, manuscrito Bachmann.

[65](#). *Ibid.*

[66](#). ASA B609, Bachmann, 15-10.

[1.](#) Paul Lintier, *My Seventy-Five: The Journal of a French Gunner*, Peter Davies, 1929, p. 28.

[2.](#) Herwig, *War*, p. 35.

3. Holger Herwig, *The Marne*, Random House, 2009, p. 111.

4. Elfriede Kühr, *There We'll Meet Again: The First World War Diary of a Young German Girl*, Gloucester, 1998, p. 31, 7 de agosto de 1914.

5. Gudehus-Schomerus, pp. 53-54.

[6.](#) Gudehus-Schomerus, p. 61, 20 de agosto de 1914.

[7](#). IWM 99/41/1, cartas manuscritas de *madame* Jeanne van Bleyenbergh.

8. John Horne y Alan Kramer, *German Atrocities 1914: A History of Denial*, Yale, 2001, *passim*.

[9](#). *Ibid.*, p. 17.

[10](#). Harry Graf Kessler, *Das Tagebuch*, vol. V: 1914-1916, ed. Günter Riederer y Ulrich Ott, Cotta, Stuttgart, 2008, p. 87.

[11.](#) Max Schwarte (ed.), *Technik des Kriegswesens*, Leipzig y Berlín, B. G. Teubner, 1913, p. 115.

[12.](#) Georges Blond, *La Marne*, Presses de la Cité, 1962, p. 23.

[13](#). IWM, documentos de C. Stein, 86/30/1.

[14.](#) Dietrich Mahnke, *Kriegstaten und Schicksale des Res.Inf.-Regiments 75 1914/18*, Bremen, 1932, p. 17.

[15](#). Gudehus-Schomerus, p. 66, 28 de agosto de 1914.

[16.](#) Pierre Miguel, *L'année 14*, pp. 104-105.

[17.](#) Herwig, *Marne*, p. 78.

[18](#). Miguel, p. 110.

[19.](#) Krafft-Krivanec, p. 183.

[20](#). SB S7, colección Kaisen, 97/2-3.

[21](#). Jacques Rivière, *Carnets 1914-1918*, ed. Isabelle y Alain Rivière, Fayard, 1974, p. 16.

[22](#). Lucien Laby, *Les carnets de l'aspirant Laby, médecin dans les tranchées, 28 juillet 1914-14 juillet 1919*, Editions Bayard, 2001, p. 19.

[23](#). Teniente Bernard Delabeye, *Avant la ligne Maginot. Admirable résistance de la 1ère armée à la frontière des Vosges. Héroïque sacrifice de l'infanterie française*, Montpellier, Causse, Graille & Castelnaud, 1939, pp. 114-115.

[24](#). Strong, p. 49.

[25](#). Anthony Clayton, *Paths of Glory: The French Army 1914-1916*, p. 24.

[26](#). Lacouture, p. 30.

[27](#). Blond, p. 20.

[28](#). Bertie, diario, 5 de noviembre de 1914.

[29](#). Lintier, p. 60.

[30](#). *Ibid.*, p. 25.

[31](#). Edouard Cœurdevey, *Carnets de guerre 1914-1918: Un témoin lucide*, Plon, 2008, 23 de agosto de 1914.

[32](#). *Ibid.*

[33](#). Bertie, diario, 10 de septiembre de 1914.

[34](#). Gide, diario, 4 de septiembre de 1914.

[35](#). Herwig, *War*, p. 89.

[36](#). Rivière, pp. 20, 30, 31, 46.

[37](#). *Ibid.*, pp. 33, 39.

[38](#). *Ibid.*, p. 42.

[39](#). *Ibid.*, 8 de septiembre de 1914, p. 80.

[40](#). Heather Jones *et al.* (eds.), *Untold War: New Perspectives in First World War Studies*, Leiden, 2008, p. 29.

[41](#). Herwig, *Marne*, p. 100.

[42](#). IWM 09/65/1, documentos de sir James Stubblefield.

[43](#). SB 7, 97/2-17.

[44](#). Chickering, *Urban Life*, p. 431.

[45](#). Strong, p. 100.

[46](#). Bertie, diario, 16 de agosto de 1914.

[47](#). Bertie, 31 de agosto de 1914.

[48](#). Flood, p. 51.

[49](#). Barthes, pp. 19-20.

[50](#). Barthes, p. 88.

[51](#). Horne y Kramer, p. 96.

[52](#). Rivière, p. 35.

[53](#). Nicolas Wolz, *Das lange Warten. Kriegserfahrungen deutscher und britischer Seeoffiziere 1914 bis 1918*, Schöningh, Paderborn, 2008, pp. 354-355.

[54](#). Gide, 15 de noviembre de 1914.

[55](#). IWM HET/1, P229, documentos de Trevor.

[56](#). *New Statesman*, 10-10-1914.

[57](#). Holroyd, p. 447.

[58](#). Horne y Kramer, p. 419.

[59](#). *Ibid.*, p. 36.

[60](#). Peter Knoch (ed.), *Menschen im Krieg 1914-1918*, Ludwigsburg, Pädagogische Hochschule, 1987, p. 78.

[61](#). Kessler, 22 de agosto de 1914.

[62](#). Kessler, p. 47.

[63](#). *Ibid.*, p. 80.

[64](#). Spears, p. 134.

[65](#). *Ibid.*, p. 135.

[66](#). Julian Jackson, *The Fall of France*, OUP, 2003, p. 91.

[1.](#) IWM 07/63/1, Harcourt-Vernon, manuscrito.

[2.](#) Richard Harding Davis, *With the Allies*, Duckworth, 1915, p. 22.

[3](#). J. M. Craster (ed.), *Fifteen Rounds a Minute*, Macmillan, 1976, p. 23.

[4. IWM 07/63/1.](#)

5. GW, transcripción de una entrevista.

6. Sir Tom Bridges, *Alarms and Excursions*, Longman, 1938, p. 73.

[7.](#) BBC Home Service, emisión de radio, 23 de agosto de 1954.

[8](#). IWM 07/63/1, Harcourt-Vernon, manuscrito.

[9](#). John Terraine, *Mons*, Batsford, 1960, p. 91.

[10](#). Ascoli, p. 92.

[11](#). IWM 89/7/1, documentos de Wollocombe.

[12.](#) Documentos de Wollocombe.

13. *Ibid.*

[14.](#) IWM 88/52/1, documentos de Edgington.

[15](#). Sheffield, *The Chief*, p. 72.

[16.](#) IWM 89/7/1, Wollocombe, manuscrito.

[17.](#) Wencke, p. 224.

[18](#). Zuber, p. 132.

[19](#). *Ibid.*, p. 136.

[20](#). IWM 89/7/1, Wollocombe, manuscrito.

[21](#). Longerich, p. 20, 24 de agosto de 1914.

[22](#). Craster, p. 37.

[23](#). *Ibid.*, p. 39.

[24.](#) Simon Harris, *History of the 43rd and 52nd (Ox and Bucks) Light Infantry in the Great War 1914-18*, Simon Harris, 2012, p. 22.

[25](#). Relato de Rose, *Journal of the Wiltshire Regiment*.

[26](#). Spears, p. 319.

[27](#). IWM 99/41/1, correspondencia de *madame* Jeanne van Bleyenbergh.

[28](#). Haig, p. 65.

[29](#). Craster, pp. 44-46.

[30](#). ASC1938.

[31](#). ASC1938, relato de Bird.

[32](#). ASC1938, carta de Edmonds, 11 de mayo de 1933.

[33](#). *Idem.*

[34](#). Spears, p. 228.

[35](#). *Ibid.*, p. 230.

[36](#). *Ibid.*, p. 233.

[37](#). ASC1938, carta de Murray, 18 de diciembre de 1930.

[38](#). Baring, p. 25.

[39](#). Spears, p. 235.

[40](#). Ascoli, p. 97.

[41](#). R. E. Priestley, *The Signal Service in the European War of 1914-18*, W. & J. Mackay, 1921, p. 33.

[42](#). Cave y Sheldon, Le Cateau, p. 40.

[43](#). ASC1938, relato de Bird.

[44](#). ASC1938, carta de Arthur Hildebrand, 21 de diciembre de 1930.

[45](#). IWM HET/1, P229, documentos de Trevor.

[46](#). Ascoli, p. 100.

[47](#). Cave y Sheldon, p. 52.

[48](#). IWM HET/1, P229, documentos de Trevor.

[49](#). ASC1938, carta de Beaumont.

[50](#). IWM 89/7/1, documentos de Wollocombe.

[51](#). Cave y Sheldon, p. 76.

[52](#). *Ibid.*, p. 106.

[53](#). ASC1938, relato de Bird.

[54](#). Ascoli, p. 105.

[55](#). IWM HET/1, P229, carta de Trevor, 2 de septiembre de 1914.

[56](#). IWM HET/1, P229, carta de Trevor, 14 de septiembre de 1914.

[57](#). Terraine, p. 152.

[58](#). ASC1938, relato de Bird.

[59](#). Cave y Sheldon, p. 80.

[60](#). ASC1938, relato del mayor C. M. Usher.

[61](#). Cave y Sheldon, p. 100.

[62](#). Cave y Sheldon, p. 163.

[63](#). ASC1938, carta de Edmonds, 11 de mayo de 1933.

[64](#). Carta de Edmonds, *cit.*

[1.](#) IWM 88/52/1, Edgington, diario.

[2.](#) Anthony Babington, *For the Sake of Example*, Leo Cooper, 1983, p. 6.

[3](#). IWM 07/63/1, Harcourt-Vernon, manuscrito.

[4. Clarke, p. 67.](#)

5. BNA WO95/1347.

[6.](#) H. Gotham, transcripción de una entrevista grabada, archivos GW.

7. Brian Macarthur, *For King and Country*, Little, Brown, 2008, p. 21.

[8](#). Baring, p. 28.

[9](#). ASC1938, carta de H. S. Jeurwine.

[10](#). Craster, p. 50.

[11](#). Reichsarchiv (ed.), *Der Weltkrieg 1914-1918*, vol. I, Berlin, Mittler, 1925, p. 440.

[12.](#) Thompson, p. 98.

[13](#). *Ibid.*, p. 106.

[14.](#) Spears, p. 250.

[15](#). *Ibid.*, p. 269.

[16](#). *Ibid.*, pp. 339-340.

[17](#). Leonard Smith *et al.*, *France and the Great War 1914-1918*, trad. Helen McPhail, CUP, 2003, p. 41.

[18](#). Harris, p. 44.

[19](#). Craster, p. 56.

[20](#). Thomson, p. 45.

[21](#). *Ibid.*

[22](#). Craster, p. 57.

[23](#). Terraine, p. 193.

[24](#). Ascoli, p. 140.

[25](#). ASC1938, carta de Harper, 8 de septiembre de 1914.

[26](#). IWM 88/51/1, Edgington, diario.

[1.](#) Kondurashkin, p. 8.

[2.](#) Клох, р. 46.

[3.](#) Клох, р. 45.

4. A. Ksyunin, *Narod na voine (iz zapisok voennogo korrespondenta)* [«Un pueblo en guerra (de las notas de un corresponsal de guerra)»], Petrogrado, 1916, p. 69.

5. Reed, p. 186.

6. Клох, р. 103.

[7. Ksyunin, p. 5.](#)

8. Josh Samborn, «Daily Life in Russian Poland», p. 49.

[9](#). Samborn, «Poland», p. 50.

[10.](#) Josh Samborn, «Unsettling the Russian Empire», p. 304.

[11](#). Samborn, «Russian Empire», p. 305.

[12.](#) Samborn, «Poland», p. 52.

[13](#). Palmer y Wallis, p. 36.

[14.](#) Véase Harald von Koenigswald, *Stirb und Werde. Aus Briefen und Kriegstagebuchblättern des Leutnant Bernhard von der Marwitz*, Breslavia, Korn Verlag, 1931, pp. 29-33.

[15](#). Nikolai Gumilev, *Zapiski Kavalerista* [«Diarios de un soldado de caballería»], Moscú, 2007, p. 23.

[16](#). Karin Borck y Lothar Kölm (eds.), *Gefangen in Sibirien. Tagebuch eines ostpreußischen Mädchens 1914-1920*, Osnabrück, Fibre, 2001, p. 17.

[17.](#) Borck y Kölm, p. 18.

[18](#). Littauer, p. 136.

[19](#). Kondurashkin, p. 41.

[20](#). Littauer, p. 137.

[21](#). *Ibid.*, p. 129.

[22](#). *Ibid.*, p. 138.

[23](#). *Ibid.*, p. 144.

24. *Ibid.*

[25](#). Borck y Kölm, p. 21.

[26.](#) Heinow von Basedow, «Reiseindrücke aus dem militärischen Rußland», en: *Beihefte zum Militär-Wochenblatt*, 1910, p. 358.

[27](#). Pohlmann, p. 282.

[28](#). Mihaly, pp. 32, 55.

[29](#). Kessler, p. 106.

[30](#). Reichsarchiv (ed.), *Der Weltkrieg 1914-1918*, vol. II, Berlin, Mittler, 1925, p. 321.

[31](#). Кнох, р. 59.

[32](#). Reichsarchiv, p. 324.

[33](#). Кнох, р. 87.

[34](#). *Ibid.*, p. 74.

[35](#). Karl Friedrich Nowak (ed.), *Die Aufzeichnungen des Generalmajor Max Hoffmann*, vol. 1, Berlin, Verlag für Kulturpolitik, 1930, p. 54, 9 de septiembre de 1914.

[36](#). Reichsarchiv, vol. II, p. 243.

[37](#). Herwig, *Marne*, p. XVI.

[38](#). Schädla, diario, 31 de agosto de 1914.

[39](#). Кнох, р. 82.

[40](#). *Ibid.*, p. 80.

[41](#). Reed, p. 119.

[42](#). Borck y Kölm, pp. 26-27.

[43](#). *Ibid.*, p. 23.

[1.](#) Guard, p. 9.

[2](#). Guard, p. 66.

[3](#). *Ibid.*, p. 39.

[4.](#) Bertie, diario, 16 de agosto de 1914.

5. *Ibid.*, pp. 10, 12, 15, 21, 45.

6. Painter, p. 224.

[Z. Gide, 25-8-1914.](#)

[8](#). Bertie, diario, 30 de agosto de 1914.

[9](#). *Ibid.*, 3 de septiembre de 1914.

[10](#). Citado por Peter Englund, *The Beauty and the Sorrow*, Bloomsbury, 2011, p. 73.

[11](#). Lloyd George, p. 154.

[12.](#) Joseph Gallieni, *Mémoires du Maréchal Gallieni: Défense de Paris, 25 août-11 septembre 1914*, Paris, Payot, 1928.

[13](#). Strong, p. 128.

[14.](#) Lloyd George, vol. I, p. 156.

[15](#). Spears, p. 312.

[16.](#) Asquith a VS, 27 de agosto de 1914, p. 215.

[17](#). Asquith a VS, 25 de agosto de 1914, p. 195.

[18](#). Bonham-Carter, p. 216.

[19](#). IWM, documentos de N. Macleod, 05/63/1.

[20](#). *Ibid.*

[21](#). Clarke, p. 68.

[22](#). Guard, p. 107.

[23](#). IWM, 05/63/1, 3 de septiembre de 1914, documentos de Macleod.

[24](#). Terraine, p. 216.

[25](#). Spears, p. 316.

[26](#). *Ibid.*

[27](#). *Ibid.*, p. 319.

[28](#). *Ibid.*, p. 318.

[29](#). Lintier, p. 43.

[30](#). Carta de Hirschfeld, 12 de septiembre de 1914, p. 180.

[31](#). Sulzbach, p. 26.

[32](#). IWM 06/61/1, Hacker, diario, 22 de agosto de 1914.

[33](#). Harcourt-Vernon, manuscrito, IWM 07/63/1.

[34](#). Spears, p. 384.

[35](#). Capitaine Jules Allard, *Journal d'un gendarme 1914-1916*, presentación de Arlette Farge, Bayard Éditions, 2010, p. 60.

[36](#). Gallieni, p. 68.

[37](#). Spears, p. 394.

[38](#). Haig, p. 68.

[39](#). *Ibid.*

[40](#). Spears, p. 401.

[41](#). Walter Bloem, *The Advance From Mons 1914*, Peter Davies, 1930, p. 101.

[42](#). Smith *et al.*, p. 41.

[43](#). Painter, p. 222.

[44](#). Spears, p. 414.

[1. Haig, p. 104.](#)

[2.](#) Palmer y Wallis, p. 26.

[3](#). Flood, p. 51.

[4. Tennyson, IWM 76/21/1.](#)

5. Corns y Hughes-Wilson, p. 119.

[6. Baring, p. 54.](#)

[Z. Blond](#), p. 172.

[8](#). Lintier, p. 71.

[9](#). Blond, p. 186.

[10](#). *Ibid.*, p. 193.

[11](#). Bridges, p. 94.

[12.](#) William Edgington, IWM 88/52/1.

[13](#). Craster, p. 76.

[14.](#) Sheffield, p. 83.

[15](#). Tennyson, manuscrito IWM 76/21/1.

[16](#). Lintier, p. 156.

[17.](#) Herwig, *Marne*, pp. 302-303.

[18](#). IWM 76/21/1, Tennyson, manuscrito, 17 de septiembre de 1914.

[19](#). *Ibid.*, p. 302.

[20](#). Mombauer, p. 264.

[21](#). Strachan, p. 262.

[22](#). Stahl y Steckrüben, pp. 365-366.

[23](#). Gudehus-Schomerus, p. 87, 23 de septiembre de 1914.

[24](#). Schädla, diario, 3 de septiembre de 1914.

[25](#). Grey a Percy Illingworth, 14 de septiembre de 1914, documentos de Illingworth.

[26](#). Lacouture, p. 31.

[27](#). Cœurdevey, pp. 35-36.

[28](#). Hopman, 15 de septiembre de 1914, p. 43.

[29](#). Hopman, p. 439, diario, 17 de septiembre de 1914.

[30](#). Desfontaines, p. 133.

[31](#). Reichsarchiv, vol. IV, p. 270.

[32](#). Erich Ludendorff, *Das Marne-Drama*, München, 1934, p. 1.

[33](#). Jacques Givray (*capitaine* Plieux de Diusse), *Journal d'un officier de liaison (La Marne. La Somme. L'Yser)*, Paris, Jouvé, 1917, p. 86.

[34](#). Harris, p. 50.

[35](#). Spears, p. 469.

[36](#). IWM 76/21/1, Tennyson, manuscrito.

[37](#). Paul Kendall, *Aisne 1914: The Dawn of Trench Warfare*, Spellmount, 2012, p. 342.

[38](#). Kendall, p. 99.

[39](#). *Ibid.*, p. 152.

[40](#). IWM 07/63/1, Harcourt-Vernon, manuscrito.

[41](#). Craster, p. 89.

[42](#). Craster, p. 90.

[43](#). Harris, p. 63.

[44](#). Craster, p. 94.

[45](#). *Ibid.*, p. 96.

[46](#). Knock (ed.), p. 78.

[47](#). Guard, p. 125.

[48](#). Haig, p. 70.

[49](#). *Ibid*, p. 72.

[50](#). Kendall, p. 344.

[51](#). IWM T. H. Cubbon.

[52](#). SB S7, 97/2-3, colección Kaisen.

[53](#). *New York Times*, 13 de septiembre de 1914.

[54.](#) Aribert Reimann, *Der große Krieg der Sprachen. Untersuchungen zur historischen Semantik in Deutschland und England zur Zeit des Ersten Weltkrieges*, Essen, Klartext, 2000, p. 181, 4 de octubre de 1914.

[55](#). Gudehus-Schomerus, p. 89, 21 de septiembre de 1914.

[56](#). Andresen Kresten, citado por Englund, p. 30.

[57](#). IWM 07/63/1. Harcourt-Vernon, manuscrito.

[58](#). Archivos Reales GV Q832/72.

[59](#). Herwig, *Marne*, p. 216.

[60](#). Craster, p. 103.

[61](#). Invitado a Percy Illingworth, 21 de septiembre de 1914, documentos de Illingworth.

[1.](#) Hipper, diario, 7 de septiembre de 1914, Wolz, p. 203.

[2.](#) Wolz, p. 99.

3. *Ibid.*

4. Filson Young, *With the Battlecruisers*, Cassell, 1921, p. 121.

5. Wolz, p. 344.

6. Seligmann, *New Weapons for New Targets*, p. 328.

[Z. Stumpf](#), p. 14, 13 de agosto de 1914.

[8](#). *Ibid*, p. 15.

[9](#). *Ibid.*, p. 13.

[10](#). Diario, 21 de agosto de 1914 Wolz, p. 115.

[11](#). Wolz, p. 100.

[12.](#) Young, p. 54.

[13](#). Knobloch, diario, 22 de agosto de 1914, p. 328.

[14.](#) Wolz, p. 357, 24-10-1914.

[15](#). Michael Sheldon, *Young Titan*, Simon & Schuster, 2013, p. 300.

[16](#). Hopman, p. 411.

[17](#). Young, p. 84.

[18](#). *Ibid.*, p. 85.

[19](#). Maureen Healey, *Vienna and the Fall of the Habsburg Empire: Total War and Everyday Life in World War I*, CUP, 2004, p. 38.

[20](#). Wolz, p. 345, 25 de agosto de 1914.

[21](#). *Ibid.*, p. 100.

[22](#). Young, p. 126.

[23](#). Wolz, p. 121.

[24](#). Young, p. 120.

[25](#). Palmer y Wallis, p. 234.

[26](#). Young, p. 6.

[27](#). Andrew Gordon, *The Rules of the Game: Jutland and British Naval Command*, John Murray, 1996, p. 27.

[28](#). Seligmann, *Naval Intelligence*, p. 517.

[29](#). Wolz, p. 332, 22 de octubre de 1914.

[30](#). Hector Bywater, *Cruisers in Battle*, p. 56.

[31](#). Stephen King-Hall, *A North Sea Diary 1914-1918*, pp. 54-55.

[32](#). Bywater, p. 57.

[33](#). Lord Ernle Chatfield, *The Navy and Defence: An Autobiography*, Heinemann, 1942, p. 125.

[34](#). Churchill, vol. I, p. 306.

[35](#). IWM, documentos de Macleod.

[36](#). Asquith a VS, 28 de agosto de 1914, p. 203.

[37](#). Hopman, diario, 29 de agosto de 1914, pp. 419-420.

[38](#). Hopman, p. 421, diario, 30 de agosto de 1914.

[39](#). Young, p. 10.

[40](#). *Ibid.*, p. 47.

[41](#). *Ibid.*, p. 68.

[42](#). Wolz, p. 326.

[43](#). *Ibid.*, p. 416, 23 de septiembre de 1914.

[44](#). Asquith a VS, 4 de noviembre de 1914, p. 309.

[45](#). *Ibid.*

[46](#). Churchill, vol. I, p. 77.

[47](#). Wolz, p. 417.

[48](#). *Ibid.*, p. 420.

[49](#). *Ibid.*, p. 429.

[50](#). Andrew Gordon, *passim*.

[51](#). Wolz, pp. 356-357.

[52](#). *Ibid.*, p. 349.

[53](#). *Ibid.*, p. 324, 28-10-1914.

[54](#). *Ibid.*, p. 450.

[55](#). *Ibid.*, p. 101, 21-11-1914.

[56](#). Young, p. 157.

[57](#). *Ibid.*, p. 161.

[58](#). Wolz, p. 318, carta de Keyes, 9 de octubre de 1914.

[59](#). *Naval Review*, 14 de octubre de 1914.

[1.](#) ASA B1600/7, Pallavicini, diario, 12 de agosto de 1914.

[2.](#) ASA B1492, von Hoefft, manuscrito.

[3.](#) Richard von Stenitzer, *Belagerung und Gefangenschaft. Von Przemyśl bis RussischTurkestan. Das Kriegstagebuch des Dr Richard Ritter von Stenitzer 1914-1917*, ed. Albert Petho, Graz, Ares, 2010, p. 23.

[4. Zeynek](#), p. 183.

5. Reed, p. 123.

6. Schneider, pp. 30-31.

[7](#). Schneider, pp. 60-61, 29 de agosto de 1914.

[8](#). *Ibid.*, p. 35.

[9](#). Stone, p. 58.

[10.](#) Ksyunin, p. 17.

[11](#). Schneider, p. 69, 30 de agosto de 1914.

[12.](#) OS B1492, von Hoefft, manuscrito.

[13](#). Кнох, р. 50.

[14.](#) Reed, p. 164.

[15](#). Кнох, р. 51.

[16.](#) ASA B1492, von Hoefft, manuscrito.

[17.](#) Kronenbitter, p. 522.

[18](#). Schneider, p. 201.

[19](#). John Schindler, «Disaster on the Drina: The Austro-Hungarian Army in Bosnia», en *War in History* 9 (2002), p. 169.

[20](#). Schneider, p. 46.

[21](#). *Ibid.*, pp. 56-58.

[22](#). ASA B1492, von Hoefft, manuscrito.

[23](#). Kondurashkin, p. 40.

24. *Ibid.*

[25](#). *Ibid.*, p. 51.

[26](#). Кнох, р. 145.

[27](#). Stenitzer, pp. 158-159.

[28](#). Zeynek, p. 185.

[29](#). Ivan Kuznetsov (ed.), *Petrov Pobeg Iz Plena*, Penza, 1998, pp. 67-68.

[30](#). Schneider, p. 62.

[31](#). Kondurashkin, p. 31.

[32](#). *Ibid.*, pp. 89-90.

[33](#). ASA B863/1, Rathenitz, manuscrito.

[34](#). *Ibid.*, pp. 99-100.

[35](#). ANA B 1600/7, Pallavicini, diario.

[36](#). Ksyunin, p. 18.

[37](#). *Ibid.*, p. 68.

[38](#). Кнох, р. 115.

[39](#). Schneider, pp. 231-232, 14-12-1914.

[40](#). Stenitzer, p. 40.

[41](#). Biwald, p. 344.

[42.](#) Franz Forstner, *Przemysl. Österreich-Ungarns bedeutendste Festung*, Viena, ÖBV Pädagogischer, 1997, pp. 146, 148.

[43](#). Forstner, p. 151.

[44](#). Wittgenstein, p. 21.

[45](#). Schneider, p. 108.

[46](#). Jeffrey, p. 138.

[47](#). Hoffmann, p. 55.

[48](#). Kondurashkin, p. 67.

[49](#). Reed, p. 154.

[50](#). Palmer y Wallis, p. 37.

[51](#). ASA B1600/7, Pallavicini, manuscrito.

[52](#). Kysunin, p. 6.

[53](#). *Ibid.*, p. 7.

[54](#). *Ibid.*, p. 9.

[55](#). Kondurashkin, p. 25.

[56](#). *Ibid.*, p. 370.

[57](#). Kuznetsov, p. 68.

[58](#). *Ibid.*, p. 69.

[59](#). ASA B1492, von Hoefft, manuscrito.

[60](#). Kondurashkin, pp. 60-61.

[61](#). Stenitzer, p. 25, 22-8-1914.

[62](#). Schneider, pp. 72-73.

[63](#). Reichsarchiv (ed.), *Der Weltkrieg 1914-1918*, vol. II, Berlin, Mittler, 1925, pp. 325-327.

[64](#). Véase Karin Borck y Lothar Kölm (eds.), *Gefangen in Sibirien. Tagebuch eines ostpreußischen Mädchens 1914-1920*, Osnabrück, Fibre, 2001, p. 8.

[65](#). Borck y Kölm, pp. 27-30.

[66](#). Schneider, p. 77.

[67](#). Schneider, pp. 84-85, 6 de septiembre de 1914.

[68](#). Samborn, «Poland», p. 45.

[69](#). Samborn, p. 48.

[70](#). Kondurashkin, p. 63.

[71](#). Ksyunin, p. 62.

[72](#). *Ibid.*, p. 64.

[1.](#) Gide, p. 80.

[2.](#) Krafft-Krivanec, p. 147, 12 de octubre de 1914.

3. Jean-Jacques Becker, *The Great War and the French People*, trad. Arnold Pomerans, 1985, p. 13.

[4. Healey, p. 34.](#)

5. Healey, p. 38.

[6.](#) Bertie, diario, 26 de octubre de 1914.

[7.](#) Bertie, 11 de octubre de 1914.

8. Stefan Brenner, *Das Kriegsgefangenenlager in Knittelfeld: Eine Untersuchung der Akten des Kriegsarchivs Wien von den ersten Bemühungen Otto Zeilingers zur Errichtung des Lagers Knittelfeld bis zur Umwandlung des Kriegsgefangenenlagers in ein Militärspital*, tesis magistral, Graz, 2011, pp. 45-85.

9. «La vie quotidienne à Nice en août 1914 d'après *l'Eclaireur de Nice*».

[10](#). NS 5 de diciembre de 1914.

[11](#). Becker, p. 23.

[12.](#) *Ibid.*, pp. 26 -27.

[13.](#) Chickering, *Urban Life*, p. 358.

[14.](#) Wittgenstein, p. 27, 5 de octubre de 1914.

[15](#). Grey a Percy Illingworth, 20 de septiembre de 1914, documentos de Illingworth.

[16.](#) Schädla, diario, 19 de septiembre de 1914.

[17.](#) *Ibid.*, 23 de septiembre de 1914.

[18.](#) *Ibid.*, 6 de octubre de 1914.

[19](#). *Ibid.*, 22 de octubre de 1914.

[20](#). Asquith a VS, 19 de septiembre de 1914, p. 247.

[21](#). IWM Tennyson, manuscrito.

[22](#). John Horne (ed.) *State, Society and Mobilization in Europe during the First World War*, CUP, 1997, p. 41.

[23](#). Flood, pp. 87-88.

[24](#). *Berliner Geschichtswerkstatt*, p. 183.

[25](#). Mihaly, pp. 71, 94.

[26](#). Gudehus-Schomerus, p. 130, 4 de noviembre de 1914.

[27](#). Hirschfeld, p. 325 10 de septiembre de 1914.

[28](#). Macarthur, p. 69.

[29](#). Herwig, *Marne*, p. 101.

[30](#). *Ibid.*, pp. 157-158, 8 de agosto de 1914.

[31](#). «1914-18. Scènes de vie quotidienne à l'arrière», en www.ladepeche.fr, 2 de novembre de 2008, Sabine Bernède.

[32](#). Asquith, p. 13.

[33](#). A. Gleason, *What the Workers Want*, Londres, 1920, p. 250.

[34](#). IWM P404, *baroness T'Cleraes*, vol. III.

[35](#). *Ibid.*

[36](#). Sigrd Wisthaler (ed.) *Karl Außerhofer: Das Kriegstagebuch eines Soldaten im Ersten Weltkrieg*, Innsbruck UP, 2010.

[37](#). Wisthaler, p. 102, 3 de noviembre de 1914.

[38](#). *The Lady*, 3 de diciembre de 1914.

[39](#). *Ibid.*, 29 de octubre de 1914.

[40](#). *Ibid.*, 22 de octubre de 1914.

[41](#). Mihaly, p. 99, 8 de noviembre de 1914.

[42](#). *Ibid.*, p. 88.

[43](#). Verhey, p. 82.

[44.](#) Matjaz Ambrožič, *Dnevniški zapiski dr. Evgena Lampeta (1898-1917)*, Ljubljana, 2007, p. 56.

[45.](#) Ambrožič, p. 51.

[46](#). C. E. Cooper, *Behind the Lines: One Woman's War*, Norman & Hobbes, 1982, pp. 21-22.

[47](#). Gilbert Murray, *Faith, War and Policy*, OUP, 1918, p. 9.

[48](#). Schädla, diario, 12 de diciembre de 1914.

[49](#). Krafft-Krivanec, pp. 125-126.

[50](#). *The Lady*, 20 de agosto de 1914.

[51](#). SB 7, 97/2-17.

[52](#). Lady Dorothe Feilding, *Lady Under Fire on the Western Front*, ed. Andrew y Nicola Hallam, Pen & Sword, 2010, p. 13.

[53](#). Feilding, p. 9.

[54](#). *Ibid.*, p. 12.

[55](#). ASA, diario de Rüdiger *Freiherr* Stillfried von Rathenitz, B 863/1 RS (18941972), 19 de septiembre de 1914.

[56](#). *Die Neue Zeitung*, n.º 259, 20 de septiembre de 1914.

[57](#). Haig, p. 56.

[58](#). *Ibid.*, p. 83, 4 de diciembre de 1914.

[59](#). Asquith a VS, 24 de octubre de 1914, p. 285.

[60](#). ASA Pallavacini, 9 de octubre de 1914.

[61](#). Hopman, diario, p. 446, 25 de septiembre de 1914.

[62](#). Hopman, p. 441, 18-9-1914.

[63](#). Krafft-Krivanec, p. 180.

[64](#). *Berliner Geschichtswerkstatt*, p. 124.

[65](#). Chickering, p. 438.

[66](#). Horne, p. 94.

[67](#). Muehlon, p. 192.

[68](#). *Daily Chronicle*, 12 de octubre de 1914.

[69](#). *Abschiedsfeier für das Ersatzbataillon des Inf.-Rgts. 75, Bremen, 1914.*

[70](#). Verhey, p. 111.

[71](#). *The Times*, 8 de agosto de 1914.

[72](#). William Leuchtenberg, *The Perils of Prosperity 1914-32*, Chicago University Press, 1958, p. 14.

[73](#). Becker, *The Great War and the French People*, p. 53.

[74](#). Becker, pp. 67-68.

[75](#). Hilaire Belloc, *The Two Maps of Europe*, Pearson, 1915, p. 102.

[76](#). Arnold Bennett, *The Letters of Arnold Bennett*, ed. James Hepburn, OUP, 1968, 2: 351.

[77](#). *New Statesman*, 1 de septiembre de 1914.

[78](#). Buitenhuis, p. 72.

[79](#). Verhey, p. 130.

[80](#). Becker, *Guerre*, p. 58.

[81](#). Matjaž Ambrožič, *Dnevniški zapiski dr. Evgena Lampeta (1898-1917)*, Ljubljana, 2007, p. 54.

[82](#). Becker, p. 66.

[83](#). *Ibid.*, p. 57.

[84](#). Wittgenstein, pp. 33-34.

[85](#). *Ibid.*, p. 36, 30 de octubre de 1914.

[86](#). Fred Kupferman, *14-18: Mourir pour la patrie. Rumeurs, bobards et propagande*, Editions du Seuil, 1992, pp. 212-213.

[87](#). Kupferman, p. 67.

[88](#). Becker, *The Great War and the French People*, p. 162.

[89](#). *Ibid.*, pp. 57-58.

[90](#). *Oder-Zeitung*, 14 de noviembre de 1914.

[91](#). Becker, p. 43.

[92](#). Healey, p. 230.

[93](#). *The Lady*, 3 de diciembre de 1914.

[94](#). Young, p. 32.

[1.](#) Sulzbach, p. 32.

[2.](#) *Ibid.*, p. 33.

[3](#). Bertie, diario, 1 de octubre de 1914.

[4.](#) IWM 99/41/1, cartas de Van Bleyenbergh, 24 de septiembre de 1914.

5. *Daily Mail*, 31 de agosto de 1914.

[6.](#) IWM 91/3/1, Beer, manuscrito.

[Z. IWM 91/3/1, Beer.](#)

[8](#). *Ibid.*

[9](#). Festing, manuscrito, p. 55.

[10](#). Festing, p. 62.

[11](#). *Ibid.*, p. 69.

[12](#). *Ibid.*, p. 10.

[13](#). *Ibid.*, p. 74.

[14.](#) Beer, manuscrito, IWM 91/3/1.

[15](#). Festing, manuscrito, p. 84.

[16](#). Festing, p. 85.

[17](#). IWM P404, *baroness* de T' Serclaes, manuscrito.

[18](#). Bonham-Carter, p. 12, 18 de octubre de 1914.

[19](#). Bonham-Carter, p. 11.

[20](#). Churchill, *Great War*, p. 336.

[21](#). Churchill, p. 292.

[22](#). Festing, manuscrito, p. 95.

[23](#). Festing, p. 2.

[24](#). Asquith, carta a VS, 5 de octubre de 1914, p. 263.

[25](#). IWM 05/63/1, documentos de Macleod.

[26](#). Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. III, p. 120.

[27](#). IWM 05/63/1, documentos de Macleod.

[28](#). IWM *ibid.*

[29](#). Feilding, p. 10, carta de 10 de octubre de 1914.

[30](#). IWM 99/41/1, Van Bleyenbergh, manuscrito.

[31](#). Dunn, p. 69.

[32](#). Oldenburg, pp. 22-23.

[33](#). Hesse, p. 20.

[34](#). Strachan, p. 233.

[35](#). Bridges, p. 80.

[36](#). Bayerisches Hauptstaatsarchiv, Abt. IV, Kriegsarchiv [Archivo Central de Baviera, Múnich, Depto. IV., Archivo de Guerra, HS3180].

[37](#). Denis Winter, *First of the Few*, Penguin, 1982, p. 18.

[38](#). Clayton, p. 233.

[39](#). Coronel J. Rougevin-Baville, *Revue historique de l'armée*, Ministère des Armées, 1964: *L'aéronautique militaire française, les débuts de la guerre aérienne 1914*, p. 6.

[40](#). Mayne, manuscrito, IWM 81/26/1.

[41](#). Stenitzer, p. 56, 2 de diciembre de 1914.

[42](#). IWM 80/35/1, Mayer, manuscrito.

[43](#). Craster, p. 118.

[44](#). Craster, p. 59, 29 de agosto de 1914.

[45](#). Baring, p. 50.

[46](#). IWM 86/30/1, documentos de Stein.

[47](#). Stefan Goebel, *The Great War and Medieval Memory: War, Remembrance and Medievalism in Britain and Germany, 1914-1940*, CUP, 2007, p. 70.

[48](#). Carroll D. Winslow, *With the French Flying Corps*, Charles Scribner's Sons, 1917, p. 19.

[49](#). Palmer y Wallis, p. 36.

[50](#). Gudehus-Schomerus, p. 157, 24 de noviembre de 1914.

[51](#). Gudehus-Schomerus, p. 170, 30 de noviembre de 1914.

[52](#). Rudolf Martin, *Stehen wir vor einem Weltkrieg?*, Leipzig, Engelmann, 1908.

[53](#). Kehrt, pp. 192-193.

[54](#). Baring, p. 44.

[55](#). Boyle, p. 209.

[1.](#) IWM, Tennyson, manuscrito.

[2.](#) *New Statesman*, 10 de octubre de 1914.

[3](#). IWM 86/30/1, documentos de C. Stein.

[4. IWM 91/3/1, Beer, manuscrito.](#)

5. IWM 82/26/1.

[6.](#) Feilding, p. 20.

[7](#). Craster, p. 106.

[8](#). Givray, pp. 191-193, 12 de octubre de 1914.

[9](#). Craster, pp. 108, 111.

[10](#). Lynn Macdonald, *1914*, Michael Joseph, 1987, p. 357.

[11](#). Baring, p. 54.

[12.](#) Craster, p. 107.

[13](#). *Ibid.*, p. 111.

[14.](#) Frank Richards, *Old Soldiers Never Die*, Mott, 1983, p. 31.

[15](#). Richards, p. 34.

[16](#). *Ibid.*, p. 39.

[17](#). BNA WO95/1342.

[18](#). Craster, p. 132.

[19](#). BNA WO95/1348.

[20](#). IWM, Tennyson, manuscrito, p. 121.

[21](#). Churchill, *Great War*, p. 378.

[22](#). Paul Cocho, *Mes carnets de guerre et de prisonnier 1914-1919*, Presses Universitaires de Rennes, 2010, pp. 8, 19.

[23](#). Craster, p. 113.

[24](#). Palmer y Wallis, p. 29.

[25](#). Hirschfeld, p. 29.

[26](#). *Ibid.*, p. 30.

[27](#). *Ibid.*, p. 31, 2 de noviembre de 1914.

[28](#). Macarthur, p. 43.

[29](#). Macdonald, p. 368.

[30](#). Macdonald, p. 370.

[31](#). Haig, p. 75.

[32](#). Ernest Hamilton, *The First Seven Divisions*, Hurst & Blackett, 1916, p. 83.

[33](#). Palmer y Wallis, p. 33.

[34](#). IWM88/52/1, Edgington, diario.

[35](#). Macdonald, p. 398.

[36](#). Macdonald, p. 389.

[37](#). *Ibid.*, pp. 396-397.

[38](#). Haig, p. 83, 4 de diciembre de 1914.

[39](#). Macdonald, p. 399.

[40](#). Paul Maze, *A Frenchman in Khaki*, Heinemann, 1934, p. 75.

[41](#). Craster, p. 125.

[42](#). IWM 82/26/1, Mayne, manuscrito.

[43](#). Lacouture, p. 32.

[44](#). Craster, p. 127.

[45](#). *Ibid.*, p. 128.

[46](#). *Ibid.*, p. 129.

[47](#). *Ibid.*, p. 140.

[48](#). *Ibid.*, p. 131.

[49](#). Haig, p. 78.

[50](#). *Ibid.*, p. 81.

[51](#). Craster, p. 134.

[52](#). IWM, T. H. Cubbon, diario.

[53](#). Macdonald, p. 418.

[54](#). *Ibid.*, p. 420.

[55](#). BNA WO95/1342.

[56](#). Feilding, p. 32.

[57](#). Churchill, *Great War*, vol. I, p. 325.

[58](#). Macdonald, p. 421.

[59](#). Craster, p. 119.

[1.](#) Hoffmann, p. 57, 8 de octubre de 1914.

2. Gerhard P. Groß (ed.), *Die vergessene Front. Der Osten 1914/15. Ereignis, Wirkung, Nachwirkung*, Paderborn, Schöningh, 2006.

[3.](#) Dr. Tomo Župan, NUK/R, Ms. 1390, m. 29, Spominji XXVII.

[4.](#) NUK/R, Ivan Vrhovnik, Ms. 1207, m. 74.

5. Schneider, pp. 138-140.

6. *Ibid.*, pp. 144-145.

[7](#). *Ibid.*, p. 154.

8. Biwald, pp. 534-535.

[9](#). *Ibid.*, pp. 261-262.

[10.](#) A. Tolstoy, *In Volyn*, p. 371.

[11](#). Samborn, «Mobilization», p. 288.

[12](#). Hoffmann, diario, p. 58.

[13](#). Koenigswald, p. 26, 26 de octubre de 1914.

[14.](#) Кнох, р. 205.

[15](#). Reichsarchiv, vol. II, pp. 152-226.

[16.](#) Schneider, pp. 210-211.

[17](#). Schneider, p. 212.

[18.](#) *Ibid.*, p. 200, 20 de noviembre de 1914.

[19](#). Hoffmann, diario, p. 58.

[20](#). Laurence Cole, Christa Hämmerle y Martin Scheutz (eds.), *Glanz – Gewalt – Gehorsam. Militär und Gesellschaft in der Habsburgermonarchie (1800 bis 1918)*, Essen, Klartext, 2011, pp. 55-76, citando a Angelique Leszczawski-Schwerk.

[21](#). Schneider, p. 239.

[22](#). Zeynek, p. 192.

[23](#). Zeynek, p. 202.

[24](#). Groß, p. 55.

[25](#). Orlando Figes, *A People's Tragedy*, Cape, 1996, p. 258.

[26](#). Tolstoy, p. 377.

[27](#). Slavka Mihajlović, 17 de noviembre de 1914, en Đurič y Stevanović, p. 141.

[28](#). Kronenbitter, p. 107.

[29](#). Kisch, p. 185, 6 de noviembre de 1914.

[30](#). Mihajlović, 6 de noviembre de 1914, en Đurič y Stevanović, p. 149.

[31](#). Mihajlović, p. 151, 16 de noviembre de 1914.

[32](#). Kisch, pp. 174-175.

[33](#). *Ibid.*, pp. 195-197, 13 de noviembre de 1914.

[34](#). *Ibid.*, p. 198.

[35](#). ASA B729, Wüster, manuscrito.

[36](#). ASA, Wüster, 4 de diciembre de 1914.

[37](#). Kisch, p. 239, 16 de diciembre de 1914.

[38](#). ASA B1600/7, Alex Pallavicini, manuscrito.

[39](#). ASA, Bachmann, manuscrito.

[40](#). Reed, p. 86.

[41](#). *Ibid.*, p. 49.

[1.](#) Schädla, diario, 1 de noviembre de 1914.

[2](#). Richards, p. 41.

[3](#). Reimann, p. 180, carta de 26 de noviembre de 1914.

[4.](#) IWM, Tennyson, manuscrito, 2 de octubre de 1914.

5. [Mayne, manuscrito, IWM 81/26/1.](#)

[6](#). IWM 80/35/1, Mayer, manuscrito.

[7](#). Craster, p. 161.

8. Robert P. Harker, 6 de noviembre de 1914, en Reimann, p. 240.

[9](#). Barthes, pp. 43, 45.

[10](#). R. Naegelen, *Les suppliciés*, Paris, 1927, p. 89.

[11.](#) Rudolf Binding, *A Fatalist at War*, p. 69.

[12.](#) Cartas de Cowan, colección privada.

[13](#). IWM, Tennyson, manuscrito, 25 de septiembre de 1914.

[14.](#) Haig, p. 83.

[15](#). *New Statesman*, edición de 14 de noviembre de 1914.

[16](#). Clarke, pp. 70-71.

[17](#). Gen. div. sir L. J. Blenkinsop *et al.*, *History of the Great War: Veterinary Services*, HMSO, 1925, p. 71.

[18](#). Blenkinsop, p. 510.

[19](#). *Ibid.*, p. 703

[20](#). *Ibid.*, p. 64.

[21](#). *Ibid.*, p. 175.

[22](#). Winter, p. 63.

[23](#). Richards, p. 45.

[24](#). HStA Stuttgart, M 660/041, n.º 2, Spemann, diario, 6 de noviembre de 1914.

[25](#). Lacouture, p. 32.

[26](#). Gudehus-Schomerus, p. 173, 3 de diciembre de 1914.

[27](#). Alain Barluet, *Les fraternisations de Noël*, pp. 171-172.

[28](#). Barthes, p. 40.

[29](#). SB, S7, 97/2-3, colección Kaisen.

[30](#). Benjamin Ziemann, *War Experiences in Rural Germany 1914-23*, OUP, 2007, p. 44.

[31](#). BA-MA PH 3/542, Hillern-Flinsch, diario, pp. 70-71.

[32](#). Hirschfeld *et. al.* (eds.), *Kriegserfahrungen*, p. 180.

[33](#). Craster, p. 165, 22 de diciembre de 1914.

[34](#). Capt. A. Delvert, *Histoire d'une compagnie*, Berger-Levrault, 1918, p. 164.

[35](#). Givray, pp. 213-214.

[36](#). Cœurdevey, p. 45.

[37](#). Hirschfeld, p. 185, carta de 12 de septiembre de 1914.

[38](#). IWM 80/35/1, Mayer, manuscrito.

[39](#). Feilding, p. 23.

[40](#). Hirschfeld, p. 32.

[41](#). Hirschfeld, p. 34, 17 de noviembre de 1914.

[42](#). Craster, p. 166.

[43](#). Robert P. Harker, en Reimann, p. 261.

[44](#). IWM 80/35/1, François Mayer, manuscrito.

[45](#). IWM Mayer.

[46](#). Craster, p. 161.

[47](#). *Ibid.*, p. 53.

[48](#). Laby, 7 de diciembre de 1914.

[49](#). IWM 91/3/1, Beer, manuscrito, 20 de septiembre de 1914.

[50](#). Richards, p. 29.

[51](#). Jacques Meyer, *La vie quotidienne des soldats pendant la Grande Guerre*, Hachette, 1966, pp. 64-65.

[52](#). IWM 80/35/1, François Mayer, manuscrito.

[53](#). Cœurdevey, p. 78.

[54](#). Stéphanie Audoin-Rouzeau, *L'Enfer, c'est la boue!*, p. 141.

[55](#). Hirschfeld, p. 34 31 de diciembre de 1914.

[56](#). HStA Stuttgart, M 660/0414.

[57](#). *Ibid.*, p. 175, carta de Löwenstein, 4 de octubre de 1914.

[58](#). Annette Becker, *Oubliés de la Grand Guerre: Humanitaire et culture de guerre*, Hachette Littératures-Éditions Noêsis, 1998, pp. 155-158.

[59](#). Annette Becker, pp. 181-189.

[60](#). Hirschfeld, p. 181, carta de 24 de septiembre de 1914.

[61](#). IWM 86/30/1, documentos de C. Stein.

[62](#). Maurice Delmotte, *Vie quotidienne en France occupée: Journaux de Maurice Delmotte 1914-1918*, ed. Nathalie Philippe, L'Harmattan, 2007, p. 38.

[63](#). Annette Becker, p. 57.

[64](#). Gudehus-Schomerus, pp. 116-117, 18 de octubre de 1914.

[65](#). Palmer y Wallis, p. 29.

[66](#). Hirschfeld, pp. 37-38, 26 de noviembre de 1914.

[67](#). Gerhard Hirschfeld, Gerd Krumeich e Irina Renz (eds.), *Die Deutschen an der Somme 1914-1918. Krieg, Besatzung, Verbrannte Erde*, Essen, Klartext, 2006, pp. 22-23, 14 de octubre de 1914.

[68](#). Gabrielle y Marguerite Yerta, *Six Women and the Invasión*, Macmillan, 1917, reeditado electrónicamente por Gutenberg, p. 2.

[69](#). HStA Stuttgart, M 660/041, n.º 2, Spemann, diario, 14 de octubre de 1914.

[70](#). Barthes, p. 66.

[71](#). Barthes, p. 72.

[72](#). IWM 80/35/1, Mayer, manuscrito.

[73](#). Barthes, pp. 76-77.

[74](#). Annette Tapert, *Despatches from the Heart*, Hamish Hamilton, 1984, p. 16.

[75](#). Englund, p. 64.

[76](#). Binding, p. 87.

[77](#). Wilbert Spencer, citado por Wolz, p. 185.

[78](#). Laby, diario, 5 de octubre de 1914.

[79](#). Capes, p. 40.

[1.](#) Jay, p. 311.

[2.](#) Richard Meinertzhagen, *Army Diary 1899-1926*, Oliver & Boyd, 1960, p. 98.

[3.](#) SB 7 97/2-17HS, 26 de diciembre de 1914.

[4. Soutou, p. 114.](#)

5. Soutou, p. 50 y *passim*.

6. Henry Mellersh, *Schoolboy into War*, Londres, 1978, p. 16.

[7.](#) Horne y Kramer, p. 317.

8. Churchill, *My Early Life*, pp. 64, 66.

[9](#). Asquith a VS, 26 de diciembre de 1914, p. 340.

[10.](#) *Geoffrey Madan's Notebooks*, p. 41.

[11](#). Bonham-Carter, p. 17.

[12](#). Discurso ante los Lores, 18 de septiembre de 1914, citado en Philip Magnus, *Kitchener: Portrait of an Imperialist*, Penguin, 1968, p. 355.

[13](#). Asquith a VS, 3 de noviembre de 1914, p. 306.

[14.](#) Asquith a VS, 5 de diciembre de 1914, p. 327.

[15](#). Lloyd George, vol. I, p. 356.

[16.](#) Churchill, *The Great War*, vol. I, p. 498.

[17.](#) Tobias Arand, *Die 'Urkatastrophe' als Erinnerung – Geschichtskultur des Ersten Weltkriegs*, Münster, ZfL-Verlag, 2006, p. 32.

[18](#). Arand, p. 77.

[19](#). Jean-Pierre Guéno (ed.), *Paroles de Poilus: Lettres et carnets du front 1914-1918*, Libro y Radio France, 1998, p. 78.

[20](#). Palmer y Wallis, p. 59.

[21](#). BNA WO95/1342.

[22](#). IWM 80/35/1, Mayer, manuscrito.

[23](#). Schneider, p. 215.

[24](#). Stumpf, p. 33.

[25](#). Flood, p. 91.

* Con el término «bajas» aludo al conjunto de soldados muertos, desaparecidos, heridos o apresados. (*N. del a.*)

* No hay traducciones españolas de estos dos libros, solo inglesas: *The Origins of the War of 1914* y *Germany's War Aims in the First World War*. (N. de los t.)

* Barbara W. Tuchman, *Los cañones de agosto: treinta y un días de 1914 que cambiaron la faz del mundo*, Barcelona, RBA, 2012. (N. de los t.)

* Las fechas de movilización son confusas, porque en todos los casos ya se habían adoptado previamente medidas militares y, en la mayoría de los casos, los jefes de Estado firmaron los decretos oficiales después de que las tropas iniciasen sus movimientos. (*N. del a.*)

* Cursivas del original. (*N. del a.*)

* Residencia oficial del alcalde de Londres. (*N. de los t.*)

* También se hizo una traducción española en 1916, en la editorial Gustavo Gili, de Barcelona. (*N. de los t.*)

* El título de *Grafes* es equivalente al de «conde». (*N. de los t.*)

* Capitán de caballería. (*N. de los t.*)

* «Guillermi», nombre burlesco que le daba la prensa inglesa. (*N. de los t.*)

* Empalizada defensiva, construida con arbustos espinosos. (*N. de los t.*)

* Título equivalente al de barón. (*N. de los t.*)

* Milicia nacional de Prusia. (*N. de los t.*)

* *Feldherr* es el general en jefe, mando superior de un ejército. (*N. de los t.*)

* Cita del salmo 38 según la difundida *Biblia del Rey Jacobo*. En la traducción española de Nácar y Colunga: «Hedionda podre supuran mis llagas». (*N. de los t.*)

* Título nobiliario, el de menor categoría. (*N. de los t.*)

* Reserva territorial. (*N. de los t.*)

* La citada *La muerte del héroe* (*Death of a hero*) se tradujo al español en 1946, en la editorial Luis de Caralt. *Fin de jornada* (*Journey's End*) se había traducido en 1936 en Buenos Aires, por iniciativa de Argentores. (N. de los t.)

* «Enfermera, ¿habla usted alemán?» «Sí.» (*N. de los t.*)

1914. El año de la catástrofe
Max Hastings

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Catastrophe. Europe goes to war 1914
© Max Hastings, 2013

© de la traducción, Gonzalo García y Cecilia Belza, 2013

© Editorial Planeta S. A., 2013
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

© del diseño de la portada, Jaime Fernández, 2013
© de la imagen de la portada, Wikipedia Commons

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2013

ISBN: 978-84-9892-645-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com